

EDITADO POR

GEORGE R. R. MARTIN
& GARDNER DOZOIS



CANALLAS

HISTORIAS ORIGINALES DE

GILLIAN FLYNN

NEIL GAIMAN

PATRICK ROTHFUSS JOE ABERCROMBIE

CONNIE WILLIS

SCOTT LYNCH

INCLUYE UNA NUEVA HISTORIA
DE JUEGO DE TRONOS DE

GEORGE R. R. MARTIN



Lectulandia

Si sois fans de la ficción que va más allá del blanco y el negro, esta antología de historias del número uno de ventas del *New York Times* George R. R. Martin y el galardonado editor Gardner Dozois, está llena de sutiles sombras de gris.

Veintiuna historias originales escritas por una lista estelar de colaboradores os deleitarán por igual con giros ingeniosos y cambios impresionantes. El propio George R. R. Martin presenta una historia de *Juego de Tronos* completamente inédita en la que hace una crónica de uno de los canallas más grandes en toda la saga de *Canción de Hielo y Fuego*.

Adentraos en las narraciones de Gillian Flynn, Joe Abercrombie, Neil Gaiman, Patrick Rothfuss, Scott Lynch, Cherie Priest, Garth Nix y Connie Willis, así como de otros maestros a la hora de hacer magia con las palabras, en esta galería de historias de canallas que os robará el corazón y, aún así, os lo enriquecerá.

Lectulandia

AA. VV.

Canallas

Editado por George R. R. Martin & Gardner Dozois

ePub r1.0

Titivillus 18.05.2019

Título original: *Rogues*

AA. VV., 2014

Traducción: José A. López Camarillas

Título original de los relatos

Everybody Loves a Rogue: George R. R. Martin, 2014

Tough Times All Over: Joe Abercrombie, 2014

What Do You Do?: Gillian Flynn, 2014

The Inn of the Seven Blessings: Matthew Hughes, 2014

Bent Twig: Joe R. Lansdale, 2014

Tawny Petticoats: Michael Swanwick, 2014

Provenance: David W. Ball, 2014

Roaring Twenties: Carrie Vaughn, 2014

A Year and a Day in Old Theradane: Scott Lynch, 2014

Bad Brass: Bradley Denton, 2014

Heavy Metal: Cherie Priest, 2014

The Meaning of Love: Daniel Abraham, 2014

A Better Way to Die: Paul Cornell, 2014

Ill Seen in Tyre: Steven Saylor, 2014

A Cargo of Ivories: Garth Nix, 2014

Diamonds from Tequila: Walter Jon Williams, 2014

The Caravan to Nowhere: Phyllis Eisenstein, 2014

The Curious Affair of the Dead Wives: Lisa Tuttle, 2014

How the Marquis Got His Coat Back: Neil Gaiman, 2014

Now Showing: Connie Willis, 2014

The Lightning Tree: Patrick Rothfuss, 2014

The Rogue Prince, or, A King's Brother: George R. R. Martin, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Para Joe y Gay Haldeman, dos canallas aventureros

Índice

INTRODUCCIÓN:

TODO EL MUNDO AMA A UN CANALLA

por George R. R. Martin

TIEMPOS DUROS SIEMPRE

por Joe Abercrombie

¿A QUÉ TE DEDICAS?

por Gillian Flynn

LA POSADA DE LAS SIETE BENDICIONES

por Matthew Hughes

EL ÁRBOL TORCIDO

por Joe R. Lansdale

BRUNA ENAGUAS

por Michael Swanwick

PROCEDENCIA

por David W. Ball

LOS TURBULENTOS AÑOS VEINTE

por Carrie Vaughn

UN AÑO Y UN DÍA

EN LA ANTIGUA THERADANE

por Scott Lynch

DURA COMO EL METAL

por Bradley Denton

METAL PESADO

por Cherie Priest

EL SIGNIFICADO DEL AMOR

por Daniel Abraham

UNA FORMA MEJOR DE MORIR

por Paul Cornell

MAL VISTOS EN TIRO

por Steven Saylor

UNA CARGA DE MARFILES

por Garth Nix

DIAMANTES DE TEQUILA

por Walter Jon Williams

LA CARAVANA A NINGUNA PARTE

por Phyllis Eisenstein

**EL CURIOSO CASO
DE LAS ESPOSAS MUERTAS**

por Lisa Tuttle

**CÓMO EL MARQUÉS
RECUPERÓ SU ABRIGO**

por Neil Gaiman

UNA TARDE DE CINE

por Connie Willis

EL ÁRBOL DEL RELÁMPAGO

por Patrick Rothfuss

**EL PRÍNCIPE PÍCARO
O EL HERMANO DE UN REY**

por George R. R. Martin

Introducción: TODO EL MUNDO AMA A UN CANALLA
por George R. R. Martin

... aunque a veces nos arrepentimos toda la vida.

Sinvergüenzas, estafadores y pícaros. Gandules, ladrones, tramposos y granujas. Chicos malos y chicas malas. Engañadores, seductores, timadores, charlatanes, impostores, farsantes, falsos, mentirosos, canallas, embaucadores... tienen muchos nombres y aparecen en historias de todo tipo, en cada género, en mitos y leyendas... y, oh, en la historia también. Son los hijos de Loki, los hermanos de Coyote. A veces son héroes. A veces son villanos. La mayoría de ellas algo intermedio, personajes grises... y el gris ha sido mucho tiempo mi color preferido. Es mucho más interesante que el blanco o el negro.

Creo que siempre he sido parcial con los canallas. Cuando era niño, en los años cincuenta, a veces me daba la impresión de que la mitad del *prime time* de la parrilla de televisión eran comedias y la otra mitad eran *westerns*. Mi padre adoraba los *westerns* de forma que, mientras crecía, los vi todos, un desfile interminable de *sheriffs* con mandíbulas marcadas y alguaciles de la frontera del Oeste, cada uno más heroico que el anterior. El alguacil Dillon era una roca, Wyatt Earp era valiente, atrevido y audaz (así lo decía la canción de la serie) y el Llanero Solitario, Hopalong Cassidy, Gene Autry y Roy Roger eran heroicos, nobles y cabales, el modelo de conducta más perfecto que cualquier muchacho pudiera querer... pero ninguno de ellos me pareció nunca real. Mis héroes preferidos del *western* eran los dos que rompieron el molde: Paladín, que vestía de negro —como un villano— cuando seguía alguna pista y como un dandi afeminado cuando estaba en San Francisco, cada semana «le acompañaba» (¡ejem!) una mujer bonita diferente y prestaba sus servicios por dinero (a los héroes no les importaba el dinero); y los hermanos Maverick (especialmente Bret), sinvergüenzas encantadores que preferían la vestimenta de jugador con traje negro, corbata de bolo y chaleco de lujo al atuendo tradicional de alguacil de chaleco, placa y gorro blanco, y era más probable encontrarlos en una mesa de póquer que en un tiroteo.

Y, bien, si los veis hoy, Maverick^[1] y Have Gun – Will Travel^[2] se conservan mucho mejor que los *westerns* más tradicionales de la época. Se podría alegar que tienen mejor guion, mejores actuaciones y mejores

directores que la mayoría de *westerns* estereotipados de la época. Y así es... pero creo que el factor canalla también tiene algo que ver.

Aun así, no solamente los fans de los antiguos *westerns* televisivos aprecian a un buen canalla. Lo cierto es que se trata de un personaje tipo que ha trascendido todos los medios y géneros. Clint Eatswood se convirtió en estrella interpretando a personajes como Rowdy Yates^[3], Harry el Sucio y el Hombre Sin Nombre: todos ellos canallas. Si en vez de estos le hubieran dado los papeles de Yates el Bueno, Billy el Estricto y el Hombre con Dos Formas de Identificación, nadie le habría conocido. Aunque, siendo sincero, en la universidad conocí a una chica que prefería a Ashley Wilkes, noble y sacrificado, que al caradura de Rhett Butler, jugador y contrabandista... pero creo que es la única. El resto de mujeres elegirían a Rhett antes que a Ashley sin pensarlo. Y no hablemos ya de Frank Kennedy y Charles Wilkes. Harrison Ford aparenta ser un canalla en todos los papeles que interpreta pero, por supuesto, todo comenzó con Han Solo e Indiana Jones. ¿De verdad hay alguien que prefiera a Luke Skywalker antes que a Han Solo? Claro, Han está allí solamente por dinero, lo deja claro desde el principio... Lo que hace más emocionante que vuelva al final de *Star Wars* para meterle un cohete por el culo a Darth Vader. (Oh, y él Sí que disparó primero en la escena de la cantina, da igual cómo George Lucas retrocontinúe aquella primera película). E Indiana... Indiana es la propia definición del canalla. Sacar la pistola para disparar a ese espadachín no fue nada justo. Pero ¡caramba! ¿No lo adoramos por eso?

Sin embargo, los canallas no imperan solo en la televisión y el cine. Mirad los libros: tened en cuenta la fantasía épica. A menudo se caracteriza a la fantasía como un género en el que el bien absoluto pelea contra el mal absoluto y, es verdad que abundan mucho este tipo de tramas, especialmente a manos de las legiones de imitadores de Tolkien, con sus interminables señores oscuros, subalternos malvados y héroes con mandíbulas cuadradas. Pero hay un subgénero de fantasía más antiguo que está abarrotado de canallas, denominado espada y brujería. A veces se caracteriza a Conan el Bárbaro como un héroe, pero no olvidemos que también era un ladrón, un asaltador, un pirata, un mercenario y, en última instancia, un usurpador que se instaló a sí mismo en un trono robado... y se acostaba con toda mujer atractiva que encontraba por el camino. Fafhrd y el Ratonero Gris son todavía más canallas, aunque con algo menos de éxito. No es probable que ninguno de los dos acabe siendo rey. Y después tenemos el concienzudamente amoral (y concienzudamente delicioso) Cugel el inteligente de Jack Vance, cuyas

maquinaciones no acaban nunca de dar los resultados deseados, pero aun así...

La ficción histórica tiene también un hueco para pícaros gallardos, jetas y de poca confianza. Los Tres Mosqueteros tenían, por supuesto, cualidades canallas (no se puede pretender ser un gran héroe sin tenerlas). Rhett Butler era un gran canalla tanto en la novela como en la película. Michael Chabon nos regaló dos nuevos canallas espléndidos con Amram y Zelikman, las estrellas de su novela corta histórica *Gentlemen of the Road*. Espero ver mucho más de esa pareja. Y, por supuesto, está el inmortal Harry Flashman, de George MacDonald Fraser (Sir *Harry Paget Flashman* VC KCB KCIE para ustedes, por favor), un personaje en cierta forma tomado prestado de *Tom Brown's Schooldays*, la clásica novela de los internados británicos de Thomas Hughes (una especie de Harry Potter sin *quidditch*, magia ni chicas). Si no habéis leído los libros sobre Flashman de MacDonald (podéis saltar los de Hughes, salvo que os guste la moral victoriana), tenéis por delante a uno de los más grandes canallas de la literatura. Os envidio.

¿*Westerns*? Joder, todo el Salvaje Oeste está lleno de canallas. El héroe malhechor es tan común como el malo malhechor, o incluso más. ¿Billy el Niño? ¿Jesse James y su pandilla? ¿Doc Holliday? Un dentista canalla extraordinario. Si echamos la vista atrás en la televisión —aunque sea en la de cable—, tenemos también la fabulosa y muy lamentada *Deadwood*^[4] de HBO y el vil cobarde Al Swearingen en el centro de todo. Interpretado por Ian McShane, Swearingen robó por completo el protagonismo al supuesto héroe, el *sheriff*. Pero claro, los canallas saben robar. Es una de las cosas que mejor saben hacer.

¿Qué hay sobre el género romántico? ¡Viva! El canalla siempre se lleva a la chica en una romántica. Últimamente, la canalla ES con frecuencia una chica, lo que todavía es mejor. Siempre está bien cambiar las convenciones.

La ficción de misterio tiene subgéneros completos sobre canallas. Los detectives privados siempre han tenido aspecto de canallas; si fueran chicos rectos, estrictos, de ‘solo los hechos, señora’^[5], serían policías. No lo son.

Podría continuar. Ficción literaria, góticos, romántica paranormal, *chick-lit* o novelas de heroínas, horror, ciberpunk, *steampunk*, fantasía urbana, novelas de enfermeras, tragedia, comedia, erótica, *thrillers*, ópera espacial, *horse opera* o *westerns* estereotipados, historias de deportes, ficción militar, novela romántica en ranchos..., todos los géneros y subgéneros tienen sus canallas y con frecuencia son los personajes más valorados y mejor recordados.

Todos estos géneros no están representados en esta antología, ¡ay...!, pero una parte de mí desearía que lo estuvieran. Tal vez es el canalla que hay dentro de mí, mi parte que adora el color fuera de las líneas, pero la verdad es que no tengo nada de respeto por las fronteras en los géneros. Actualmente se me conoce como un autor de fantasía, pero *Canallas* no pretende ser una antología de fantasía..., a pesar de que contiene buena fantasía. Mi coeditor, Gardner Dozois, editó una revista de ciencia ficción durante un par de décadas, pero *Canallas* no es tampoco una antología de ciencia ficción..., aunque presenta algunas historias de ciencia ficción tan buenas como las que encontraréis en las revistas mensuales.

Como *Warriors* y *Dangerous Women*, nuestras anteriores antologías de género mixto, *Canallas* pretende romper todas las fronteras de los géneros. Nuestro tema es universal y a Gardner y a mí nos encantan las buenas historias de todo tipo, de cualquier tiempo, lugar o género, de forma que salimos a invitar a autores famosos de los mundos del misterio, la fantasía épica, la espada y la brujería, la fantasía urbana, la ciencia ficción, la novela romántica, *mainstream*, la novela detectivesca (*hard-boiled*, con violencia y sexo explícito, o *cozy*, más ligero y con humor), el *thriller*, la novela histórica, el *western*, la novela negra, el horror..., poned un nombre. No todos aceptaron, pero la mayoría sí, y los resultados aparecen en las siguientes páginas. Nuestros colaboradores forman una alineación estelar de escritores con galardones y éxitos de ventas que representan a una docena de editoriales diferentes y el mismo número de géneros. Pedimos a cada uno de ellos lo mismo: una historia sobre un canalla, llena de giros hábiles, planes astutos e inversión de papeles. No se impuso ningún límite de género a ninguno de ellos. Algunos eligieron escribir en el género en el que son famosos. Otros decidieron probar una cosa diferente.

En mi introducción de *Warriors*, la primera de estas antologías, hablé sobre crecer en Bayonne, Nueva Jersey, durante los años '50, una ciudad sin ninguna librería. Compraba todo mi material de lectura en quioscos y en la tienda de golosinas de la esquina, con estanterías giratorias de alambre. Los libros de bolsillo en esas estanterías no estaban separados por género. Estaba todo amontonado, una copia de esto, dos copias de aquello. Se podía encontrar *Los hermanos Karamazov* dentro de una novela de enfermeras y la última historia de Mike Hammer y Mickey Spillane. Dorothy Parker y Dorothy Sayers compartían estante con Ralph Ellison y J. D. Salinger. Max Brand tocaba con Barbara Cartland. A. E. van Vogt, P. G. Wodehouse y H. P. Lovecraft estaban apretujados junto a F. Scott Fitzgerald. Misterio, *westerns*,

novelas góticas, historias de fantasmas, clásicos de la literatura inglesa, las últimas novelas 'literarias' contemporáneas y, por supuesto, ciencia ficción, fantasía y horror. Podías encontrarlo todo en esa estantería giratoria y diez mil cosas más.

Me gustaba. Y todavía me gusta. Aun así, en todas estas décadas (demasiadas décadas, me temo), las publicaciones han cambiado, las cadenas de librerías se han multiplicado y las fronteras de los géneros se han endurecido. Creo que es una pena. Los libros deberían ampliarnos, llevarnos a lugares donde no hayamos estado nunca y enseñarnos cosas que no hemos visto nunca, expandir nuestros horizontes y nuestra forma de ver el mundo. Limitar las lecturas a un solo género acaba con todo esto. Nos limita y nos encoge. Me parecía, tanto entonces como ahora, que había buenas y malas historias y que esa era la única distinción que importaba de verdad.

Consideramos que aquí tenemos de las buenas. Encontraréis canallas de todas las medidas, formas y colores en estas páginas, con una amplia variedad de escenarios, que representan una mezcla saludable de diferentes géneros y subgéneros. No sabréis de qué géneros y subgéneros son hasta que las hayáis leído, dado que Gardner y yo, siguiendo la tradición de aquellas antiguas estanterías giratorias, lo hemos mezclado todo. Algunos de los cuentos de aquí están escritos por vuestros escritores preferidos, esperamos; otros, por escritores de los que tal vez no habéis oído hablar nunca (todavía). Nuestra esperanza es que, cuando acabéis *Canallas*, algunos de los últimos puedan pasar a ser de los primeros.

Disfrutad de la lectura..., pero id con cuidado. Algunos de los caballeros y de las encantadoras damas de estas páginas no son de completa confianza.

CANALLAS

Joe Abercrombie

Joe Abercrombie es una de las estrellas que más rápido ha crecido en la fantasía actual, aclamado tanto por lectores como por críticos por su enfoque duro, sobrio y sensato del género. La trilogía *First Law* es probablemente su obra más famosa. La primera novela de la misma, *The Blade Itself*, se publicó en 2006. La siguieron en los dos siguientes años *Before They Are Hanged* y *Last Argument of Kings*. También ha escrito las novelas independientes de fantasía *Best Served Cold* y *The Heroes*. Su novela más reciente es *Red Country*. Además de escribir, Abercrombie también es guionista de películas y vive y trabaja en Londres.

En este vertiginoso *thriller* nos adentramos en las calles de Sipani: sucias, fétidas, melodiosas y en forma de laberinto. Una de las ciudades más peligrosas del mundo para un juego mortal de ‘tú la llevas’.

TIEMPOS DUROS SIEMPRE

Joe Abercrombie

¡Joder, odiaba Sipani!

La maldita niebla cegadora, la maldita agua que golpeaba las piedras y el maldito olor nauseabundo de putrefacción. Las fiestas, las mascaradas y las verbenas de los cojones. Maldita diversión, todo el mundo pasándolo bien o, al menos, fingiéndolo. Lo peor de todo era la gente de mierda. Canallas todos: hombres, mujeres y niños. Mentirosos o idiotas, todos.

Carcolf odiaba Sipani. Aun así, allí estaba de nuevo. ¿Quién era la idiota?

Unas enormes carcajadas resonaban en la neblina que tenía delante. Se adentró en las sombras del camino acariciando con la mano la empuñadura de la espada. Un buen mensajero no confía en nadie y Carcolf era la mejor, pero en Sipani desconfiaba más todavía.

Otra pandilla de buscadores de placer iba a trompicones entre las tinieblas y un hombre con una máscara en forma de luna señalaba a una mujer que iba tan borracha que se caía una y otra vez de sus zapatos de tacón. Todos reían y uno de ellos agitaba sus encajes como si no existiera nada más divertido que beber tanto como para no poder mantenerse en pie. Carcolf levantó los ojos al cielo y se consoló pensando que, detrás de esas máscaras, odiaban todo aquello tanto como ella cuando intentaba pasárselo bien.

En la soledad del camino, Carcolf se lamentó. Joder, ¡necesitaba unas vacaciones! Se estaba convirtiendo en una misántropa. O ya lo era e iba a peor. Una de esas personas que mira a todo el mundo con desdén. ¿Estaba convirtiéndose en su maldito padre?

—Cualquier cosa menos eso —masculló.

Cuando los festeros desaparecieron en la noche, se apartó del camino y siguió adelante, ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, los tacones de las botas no hacían ruido en los adoquines bañados de rocío y llevaba su excepcional capucha bajada para pasar desapercibida: la viva imagen de una persona que tiene asuntos que esconder, que en Sipani eran bastantes.

En algún lugar en dirección al oeste, su carruaje blindado cabalgaría deprisa por anchos senderos, las ruedas echarían chispas al sonar en los puentes y los transeúntes atónitos se apartarían a un lado, el látigo del

conductor fustigaría las ijadas espumosas de los caballos, los doce guardias contratados tronarían detrás y las farolas se reflejarían en las armaduras bañadas de rocío. Salvo que los hombres del Cantero ya hubiesen movido ficha, por supuesto: sonaría el silbido de las flechas, los gritos de las bestias y los hombres, el trueno del carro al salirse del camino, el impacto del hierro y, al final, el gran candado reventado de la caja fuerte con dinamita, el humo asfixiante apartado por manos impacientes y la tapa retirada para descubrir... nada.

Carcolf se permitió una sonrisa minúscula y apretó el bulto contra las costillas. El artículo, cosido y seguro, estaba dentro del forro de su abrigo.

Se preparó, dio un par de pasos y saltó desde un lado del canal por encima de cuatro metros de agua aceitosa hasta la cubierta de una barcaza deteriorada, con la madera que crujía debajo de ella mientras rodaba y se levantaba con suavidad. Ir por el puente Fintine significaba dar un buen rodeo, por no mencionar que era un camino vigilado y con transeúntes, pero esa barca siempre estaba amarrada en la sombra y ofrecía un atajo. Lo sabía por experiencia: el azar podía ser muy bastardo.

Una cara marchita se asomó desde la penumbra de la cabina mientras salía vapor de una tetera maltratada:

—¿Quién cojones eres tú?

—Nadie. —Carcolf lo saludó con alegría—. Solo pasaba por aquí.

Carcolf saltó de la madera en vaivén a las piedras del lado opuesto del canal y se adentró en la neblina con olor de moho. Solo pasaba por allí, directa al muelle a coger la marea y seguir su feliz camino. O, al menos, su camino de misantropía. Allá donde fuera, Carcolf no era nadie. Por todas partes, solo pasaba por allí.

En dirección al este, el idiota de Pombrine cabalgaría en compañía de cuatro mercenarios. A penas se parecía a ella con el bigote y todo eso, pero envuelto en aquella capa bordada para pasar desapercibido servía como doble. Era un proxeneta sin dinero que creía, con petulancia, que estaba haciéndose pasar por ella para que pudiera visitar a un amante, una dama con medios que no quería que su cita se hiciera pública. Carcolf suspiró. Ojalá. Se consoló pensando en la sorpresa de Pombrine cuando los bastardos de Profundo y Superficial le disparasen desde la silla de montar: expresarían una sorpresa considerable al ver su bigote, entonces le registrarían la ropa con una creciente frustración y, al final, sin ninguna duda, le vaciarían el cuerpo para no encontrar nada.

Carcolf apretó el bulto de nuevo y siguió adelante añadiendo brincos a sus pasos. Allí iba, por el camino del medio, sola y a pie, siguiendo una ruta preparada a conciencia por barrios pobres, caminos estrechos, atajos sin vigilancia y escaleras olvidadas, a través de palacios en ruinas y vecindarios marchitos, de puertas abiertas para trapicheos y, más adelante, un pequeño tramo de alcantarillado que la llevaría al muelle con una o dos horas de antelación.

Después de este trabajo hacía falta que se tomara unas vacaciones de verdad. Se pasó la lengua por el interior del labio, donde una úlcera pequeña pero demasiado dolorosa le había salido en los últimos días. No hacía otra cosa que trabajar. ¿Un viaje a Adua, tal vez? ¿Visitar a su hermano y ver a sus sobrinas? ¿Cuántos años debían de tener ya? Puf. No. Recordaba lo arpía crítica que era su cuñada. Una de esas personas que afrontaba todo con desdén. Le recordaba a su padre y, probablemente por eso, su hermano se casaría con esa maldita mujer...

La música se dispersaba desde algún lugar mientras se agachaba bajo un arco en ruinas. Sería un violinista que, o afinaba, o era de una calidad execrable. Ninguna opción la habría sorprendido. Los papeles se agitaban y crujían en un muro cubierto de musgo, en el que unos carteles pobremente impresos exhortaban a la ciudadanía fiel a levantarse contra la tiranía de la Serpiente de Talins. Carcolf resopló. La mayoría de los ciudadanos de Sipani tenían más interés en caer que en levantarse y el resto eran de todo menos fieles.

Se giró y estuvo a punto de conseguir tirar de la culera de sus pantalones, pero fue imposible. ¿Cuánto había que pagar por una ropa en la que las costuras no rozasen en el peor sitio? Saltó a un camino estrecho junto a una zona de agua estancada del canal que hacía mucho que no se gastaba, pegajosa, con algas y basura itinerante, y tiró de la molesta tela para aquí y para allá sin efecto. ¡Maldita la moda de los pantalones estrechos! Tal vez era una especie de castigo divino por haber pagado al sastre con monedas falsas. A Carcolf, sin embargo, le importaba más el concepto de beneficio local que el de castigo divino y, por tanto, se esforzaba en evitar pagar todo lo que podía. Era uno de sus principios y su padre siempre decía que una persona tenía que ser fiel a ellos...

¡Joder, sí que se estaba convirtiendo en su padre!

—¡Ja!

Una persona harapienta salió de un arco de entrada, con una lámpara tenue de acero. Con un gimoteo instintivo, Carcolf dio un paso atrás, se apartó

la capa a ciegas y desenvainó el acero, convencida de que la muerte la había encontrado al final. ¿Iba el Cantero un paso por delante? O eran Profundo y Superficial, o los mercenarios de Kurrikan..., pero nadie se descubrió. Solo un hombre, envuelto en una capa manchada, con los cabellos sueltos pegados a la piel pálida por la humedad, una cicatriz mohosa que le enmascaraba la parte inferior de la cara y los ojos redondos e inyectados en sangre.

—¡La bolsa o la vida! —gritó con voz de trueno, algo amortiguada por la cicatriz.

—¿Quién ordena eso? —Carcolf arqueó las cejas.

Hubo una pausa corta mientras el agua putrefacta golpeaba las piedras de al lado.

—¿Eres una mujer?

La voz del aspirante a ladrón cambió casi apologeticamente.

—¿Si lo soy, no me robarás?

—Bien... mmm... —El ladrón parecía deshincharse y, entonces, se hinchó de nuevo—. ¡La bolsa o la vida de todos modos!

—¿Por qué? —preguntó Carcolf.

La punta de la espada del ladrón iba a la deriva con aire titubeante.

—Porque tengo una deuda considerable con... ¡Eso a ti no te importa!

—No, quiero decir, ¿por qué no me apuñalas y vacías mi cadáver de objetos de valor en vez de avisarme?

Otra pausa.

—Supongo que... ¿intento evitar la violencia? Pero te advierto que estoy completamente preparado.

Era un civil de mierda. Un atracador que se había topado con ella. Un encuentro aleatorio. ¡Ya sabía que el azar era bastardo! Al menos para él.

—Señor, eres un ladrón de mierda.

—Señora, soy un caballero.

—Señor, eres un caballero muerto.

Carcolf dio un paso adelante, sopesó la espada, una hoja de acero de un metro y medio que cogía el reflejo implacable de la lámpara de una ventana de un lugar superior. No se molestaba nunca en practicar pero, aun así, era más que aceptable con la espada.

Haría falta mucho más que ese palo de mierda de alcantarillado para sacar lo mejor de ella.

—Te cortaré como a...

El hombre avanzó a una asombrosa velocidad, se escuchó un chirrido de acero y, antes de que Carcolf pensara en moverse, la espada le torció los

dedos, pasó rozando los adoquines grasientos e hizo plaf al caer al canal.

—¡Ah! —exclamó ella.

Esto cambiaba las cosas. Estaba claro que su atacador no era el paleta que aparentaba, al menos en lo relativo a la lucha de espadas. Tendría que haberlo sabido. En Sipani nada es lo que parece.

—Entrégame el dinero —ordenó él.

—Con mucho gusto.

Carcolf sacó su cartera y la lanzó contra el muro, con la esperanza de escabullirse mientras estaba distraído. Por desgracia, la cazó al vuelo con una destreza impresionante y apuntó a Carcolf con la espada para evitar que se escapara. Golpeó suavemente el bulto de su abrigo.

—¿Qué tienes... aquí?

De mal a peor, mucho peor.

—Nada, nada de nada.

Carcolf intentó que lo creyera con una minúscula y falsa sonrisa, pero aquel barco ya había zarpado y ella, tristemente, no iba a bordo. Tampoco iba a bordo del maldito barco que todavía se balanceaba en el muelle para la travesía a Thond. Señaló el lejano punto brillante con un dedo.

—Pues ahora tengo un compromiso extremadamente urgente, así que si...

Hubo un ligero silbido cuando la espada cortó el abrigo y lo dejó abierto. Carcolf parpadeó.

—¡Ay!

Sintió un dolor que le quemaba las costillas. La espada también la había abierto... a ella.

—¡Ay!

Cayó de rodillas, profundamente perjudicada, y la sangre le chorreaba entre los dedos mientras se apretaba el costado.

—Oh... oh, no. Perdón. De verdad..., de verdad que no pretendía cortarte a ti. Solo quería, ya sabes...

—¡Ay!

El paquete, ahora con unas cuantas manchas de sangre de Carcolf, cayó del bolsillo rajado y pegó varias vueltas por los adoquines. Era un paquete fino, quizás del tamaño de un pie, envuelto en cuero manchado.

—Necesito un cirujano —jadeó Carcolf con su mejor voz de mujer indefensa.

La Gran Duquesa siempre la había acusado de ser demasiado dramática, pero si no se puede ser dramática en un momento así, ¿cuándo se podía? Al fin y al cabo, era probable que sí que necesitara un cirujano y, además, tenía

una oportunidad para que el ladrón se arrodillase a ayudarla y así podría apuñalar la cara de ese bastardo.

—Por favor, te lo suplico.

Perplejo, con los ojos como platos, evidenciaba que las cosas habían llegado más lejos de lo que él había planeado. Sin embargo, solo se acercó un poco más para coger el paquete, con la punta brillante de la espada apuntando todavía hacia ella.

Entonces, ella probó una táctica diferente y aún más desesperada. Se esforzó para disimular el pánico de su voz.

—Mira, llévate el dinero, y ojalá que lo disfrutes. —Aunque Carcolf, en verdad, solo deseaba que se pudriera en una tumba—. ¡Pero los dos saldremos ganando si dejas ese paquete!

—¿Por qué? ¿Qué tiene? —Con las manos levantadas.

—No lo sé. Recibí órdenes de no abrirlo.

—¿Órdenes de quién?

—Eso tampoco lo sé, pero... —Carcolf se estremeció.

Kurtis se llevó el paquete, por supuesto. Era tonto, pero no tanto. Cogió el paquete y salió corriendo. ¿Alguna vez dejó de hacerlo?

Arrancó por el callejón, con el corazón en la boca, saltó un barril reventado, tropezó y cayó, casi se atraviesa a sí mismo con su propia espada desenvainada, la cara le deslizó por una superficie de estiércol, recogió un bocado de algo dulce, se tambaleó al levantarse, escupiendo y maldiciendo, y miró hacia atrás asustado.

No había signos de persecución. Solo la neblina, la interminable neblina, que crecía y se ondulaba como si estuviera viva.

Guardó el paquete, que ahora estaba viscoso, en su harapienta capa y continuó cojeando, agarrándose la nalga llena de magulladuras y esforzándose por escupir ese sabor entre dulce y podrido de la boca. Tampoco es que fuera peor que su desayuno. Puede que incluso mejor. Se conoce a un hombre por su desayuno, aseveraba siempre su maestro de esgrima.

Se puso la húmeda capucha con un ligero olor a cebolla y desesperanza, arrancó la cartera robada de la espada y guardó el acero en la vaina mientras salía del callejón y se mezclaba con la multitud, con ese chasquido final de empuñadura que le traía tantos recuerdos. De entrenamientos y torneos, de futuros brillantes y adulación de las masas. ¡La esgrima, chaval, es la forma de ascender! Esos espectadores tan cultos de Styria adoran a sus

espadachines. ¡Harás fortuna! Eran tiempos mejores. Cuando no se vestía con harapos, ni daba las gracias por las sobras del carnicero, ni robaba para sobrevivir. Hizo una mueca. Robar a *mujeres*. Si a eso se le podía denominar sobrevivir... Lanzó otra mirada furtiva por encima del hombro. ¿La habría matado? La piel le ardía del horror. Era solo un rasguño. ¿Solo un rasguño? ¿Seguro? Había visto sangre. ¡Por favor, que solo sea un rasguño! Se frotó la cara como si pudiera borrar el recuerdo, pero se había fijado. Una detrás de otra, cosas que no había imaginado nunca, cosas que se había prometido que no haría nunca, que no volvería a hacerlas, se habían convertido en su rutina diaria.

Comprobó otra vez que no lo seguían y entonces salió de la calle y siguió a través de un patio putrefacto, con las caras desteñidas de los héroes de ayer que lo miraban desde los carteles de las noticias. Subió las escaleras con olor a orín y rodeó la planta muerta. Sacó su llave y se peleó con la cerradura pegajosa.

—Joder, me cago en todo... ¡Ah!

La puerta se abrió de repente y entró en la habitación a empujones, estuvo a punto de volver a caerse, se giró, la cerró de un empujón y permaneció un momento en la apestosa oscuridad, respirando fuerte.

¿Quién se creería que ese hombre había llegado a practicar esgrima con el rey? Había perdido. Y tanto. Lo había perdido todo. Perdió dos toques a cero y lo insultaron mientras yacía en el polvo pero, aun así, había medido espadas con Su Augusta Majestad. Esta misma espada, se dio cuenta, mientras la ponía contra la pared, junto a la puerta. Con una muesca, y deslustrada, e incluso ligeramente inclinada hacia la punta. Los últimos veinte años habían sido casi tan crueles con su espada como con él. Pero tal vez hoy cambiaba su suerte.

Se quitó rápidamente la capa, la lanzó contra una esquina y sacó el paquete para desenvolverlo y ver qué había atrapado. Intentó torpemente encender la lámpara en la oscuridad y, finalmente, se hizo un poco de luz y se estremeció cuando las deprimentes habitaciones se hicieron visibles. Los vidrios agrietados, el yeso bufado con manchas de humedad, el colchón reventado donde dormía y que perdía paja apestosa, los cuatro palos de sus muebles deformados.

Había un hombre sentado en la única silla de la única mesa. Un hombre gigante con un abrigo grande y la cabeza afeitada con incipientes púas canosas. Inspiró lentamente a través de una nariz chata y dejó caer encima de la mesa manchada un par de dados desde su puño.

—Seis y dos —dijo—. Ocho.

—¿Quién coño eres? —La voz de Kurtis era chillona por su asombro.

—El Cantero me envía. —Dejó que el dado rodara de nuevo—. Seis y cinco.

—¿Eso significa que pierdo yo? —Kurtis miró hacia la espada e intentó, sin éxito, parecer indiferente mientras calculaba a qué velocidad podría agarrarla, desenvainar y golpear...

—Ya has perdido —afirmó el gigantón, que recogió los dados con la palma de la mano. Finalmente levantó la vista. Tenía los ojos como los de un pez muerto. Como los pescados en las paradas del mercado. Muertos y oscuros y con un brillo triste—. ¿Quieres saber qué pasará si vas a por la espada?

Kurtis no era un hombre valiente. No lo había sido nunca. Habría necesitado todo su valor para sorprender al otro, pero ser él el sorprendido le había quitado todas las ganas de plantar cara.

—No —masculló, con los hombros hundidos.

—Dame ese paquete —ordenó el gigante, y Kurtis obedeció—. La cartera también.

Era como si toda su resistencia se hubiera esfumado. Kurtis no había tenido fuerzas ni para intentar una estratagema. A penas había tenido fuerza para mantenerse en pie. Lanzó la cartera hurtada encima de la mesa y el gigantón la abrió con las yemas de los dedos y miró su interior.

—No tengo nada más de valor. —Kurtis enseñó las manos con gesto indefenso y débil.

—Lo sé —dijo el hombre mientras se levantaba—. Lo he comprobado.

Caminó alrededor de la mesa y Kurtis se encogió y permaneció quieto junto al armario. Un armario que no tenía nada más que telarañas.

—¿Está la deuda saldada? —preguntó casi sin voz.

—¿Crees que la deuda está saldada?

Se miraron. Kurtis tragó saliva.

—¿Cuándo estará la deuda saldada?

El gigante encogió los hombros, que casi se fusionaban con la cabeza.

—¿Cuándo crees que la deuda estará saldada?

Kurtis volvió a tragar saliva y se dio cuenta de que le temblaba el labio.

—¿Cuándo lo diga el Cantero?

El grandullón levantó un segundo su pesada frente, que tenía una roncha cicatrizada sin pelo.

—¿Tienes alguna pregunta... cuya respuesta no sepas?

Kurtis cayó de rodillas, con las manos entrelazadas, y veía la cara del gigante flotando entre las lágrimas de sus ojos doloridos. Había perdido la vergüenza. El Cantero ya le había arrebatado la última parte de su orgullo desde hacía muchas visitas.

—Déjame algo —susurró—. Solo... alguna cosa.

El hombre lo miró con sus ojos de pescado muerto.

—¿Por qué?

Amistoso cogió la espada también, no había nada más de valor.

—Volveré la semana que viene —anunció.

No había sido una amenaza, era simplemente una declaración de intenciones, y una bien clara, dado que ese había sido siempre el acuerdo, pero la cabeza de Kurtis dan Broya se agachó despacito y empezó a estremecerse entre sollozos.

Amistoso pensó en consolarlo, pero al final no lo hizo. A menudo lo malinterpretaban.

—Tal vez no deberías haber pedido el dinero. —Se marchó.

Siempre le sorprendía que la gente no hiciera números cuando pedía préstamos. Los porcentajes, el tiempo y los intereses no son tan difíciles de entender. Pero tal vez es que eran propensos a sobreestimar sus ingresos, a engañarse mirando la parte positiva de las cosas. Vendrían las buenas oportunidades, las cosas mejorarían y todo acabaría bien, porque eran especiales. Amistoso no tenía ilusiones. Sabía que él era una pieza más en el elaborado engranaje de la vida. Para él, los hechos eran la única verdad.

Caminaba contando los pasos que quedaban hasta el palacio del Cantero. Ciento cinco, ciento cuatro, ciento tres...

Sorprendía lo pequeña que era la ciudad cuando la medías. Toda esa gente, todos sus deseos, metas y deudas, todo amontonado en el estrecho tramo de una marisma ganada al agua. Amistoso creía que algunos tramos volverían a inundarse pronto y se preguntaba si, entonces, el mundo sería un sitio mejor.

... setenta y seis, setenta y cinco, setenta y cuatro...

Amistoso percibió una sombra. ¿Un carterista? Tal vez. Miró sin mucho interés, sin ni siquiera pararse, y la cazó de reojo. Una chica morena con el pelo recogido en una gorra y con una chaqueta demasiado grande para ella. Era prácticamente una niña. Amistoso dio unos pocos pasos por un callejón estrecho, se giró, bloqueó el paso y se abrió el abrigo para mostrar las

empuñaduras de cuatro de sus seis armas. La sombra giró la esquina y él la miró de frente. Solo la miró. Al principio se quedó helada, entonces tragó saliva y quebró por un camino, luego por otro, y entonces retrocedió para perderse entre la multitud. Y así se acabó la historia.

... treinta y uno, treinta, veintinueve...

Sipani, y especialmente el húmedo y apestoso Barrio Viejo, estaba lleno de mangantes. Eran una molestia constante, como los mosquitos en verano. También los atracadores, los ladrones, los butroneros, los carteristas, los pendencieros, los matones, los asesinos, los gorilas, los estraperlistas, los estafadores, los jugadores, los corredores de apuestas, los prestamistas, los calaveras, los mendigos, los embaucadores, los proxenetas, los dueños de las casas de empeño y los comerciantes sinvergüenzas, por no hablar de los contables y los abogados. Los abogados eran los peores de todos, según Amistoso. A veces parecía que en Sipani nadie hacía nada de provecho. Todos parecían trabajar de lo lindo para estafar a alguien.

Amistoso suponía que él tampoco era mejor que ellos.

... cuatro, tres, dos, uno y ahora quedaban doce, pasar los tres guardias y atravesar la puerta de la habitación del Cantero.

Estaba brumoso por el humo que había dentro, la luz de lámparas de colores confundía, el aliento y los roces calentaban el ambiente, agobiaban los cuchicheos y las conversaciones silenciosas de secretos comerciados, reputaciones arruinadas y confianzas traicionadas. Era como ese tipo de sitios son siempre.

Dos nórdicos estaban apretujados detrás de una mesa en un lado. Uno, con los dientes afilados y el cabello lacio, había inclinado la silla hacia atrás y estaba espatarrado, fumando. El otro tenía una botella en una mano y un libro diminuto en la otra y lo miraba con el frente bien arrugado.

Amistoso conocía a la mayoría de los parroquianos de vista. Eran habituales del lugar. Algunos iban a beber. Otros, a comer. La mayoría de ellos optaba por los juegos de azar. El ruido de los dados, el lanzamiento de las cartas, los ojos brillantes de los desesperados mientras la rueda de la fortuna giraba.

El juego no era en realidad el negocio del Cantero, pero creaba deudas, y las deudas eran el negocio del Cantero. Subió treinta y tres escalones hasta la zona elevada y un guardia con la cara tatuada lo saludó con la mano cuando pasó.

Otros tres recaudadores estaban sentados y compartían una botella. El más pequeño le sonrió y asintió: tal vez intentaba plantar las semillas de una

alianza. El más grande se hinchó e irritó al detectar una competición. Amistoso los ignoró por igual. Hacía tiempo que había renunciado a entender los cálculos irresolubles de las relaciones humanas, como para participar... Si la riña hubiera prosperado, el cuchillo de carnicero de Amistoso habría hablado por él. Era una voz que silenciaba inmediatamente la más tediosa de las peleas.

La señora Borfero era una mujer regordeta, con unos rizos oscuros que se asomaban por debajo de una gorra morada, unas gafas pequeñas que hacían que sus ojos parecieran más grandes y con olor a aceite de lámpara. Frecuentaba la antesala ante la oficina del Cantero en una mesa baja con montones de libros de contabilidad. El primer día de Amistoso señaló la puerta ornamentada de detrás y dijo:

—Yo soy la mano derecha del Cantero. No se le puede molestar nunca. Nunca. Háblame a mí.

Amistoso, por supuesto, solo con ver el dominio de los números en aquellos libros supo que no había nadie en la oficina y que Borfero era el Cantero, pero ella parecía tan encantada con la decepción que le siguió el juego con alegría. A Amistoso no le había gustado nunca provocar tormentas. Así es como la gente se ahoga. Además, de alguna manera le ayudaba imaginar que las órdenes venían de otro lugar, de un lugar desconocido e irresistible. Estaba bien tener un ático donde amontonar la culpa. Amistoso contempló la puerta de la oficina del Cantero y se preguntó si había una oficina, o si la puerta no abría a ningún sitio.

—¿Qué me traes hoy? —preguntó, abriendo de par en par un libro de contabilidad y clavando la estilográfica. Directa a los negocios, sin ni siquiera hacer las preguntas de cortesía.

Le gustaba y admiraba mucho ese rasgo, a pesar de que nunca lo habría confesado. Sus halagos solían causar ofensas.

Amistoso apiló las monedas y entonces, una por una, las colocó en hileras según el deudor y el valor. La mayoría eran monedas de base metálica bañadas en plata.

Borfero se sentó mirando al frente, arrugó la nariz y se colocó las gafas en la frente, con ojos que ahora le parecían demasiado pequeños sin las lentes.

—Una espada, también —dijo Amistoso, y la apoyó en el lado del escritorio.

—Una cosecha decepcionante —murmuró.

—La tierra es pedregosa por aquí.

—Es cierto. —Dejó caer las gafas y comenzó a emborronar cifras metódicamente en el libro de contabilidad—. Tiempos duros siempre.

A menudo sentenciaba esto. Como si fuera una explicación y excusa para cualquier cosa.

—Kurtis dan Broya me ha preguntado que cuándo estará saldada la deuda.

—Cuando el Cantero lo diga —levantó la vista, sorprendida por la pregunta.

—Eso es lo que le he respondido.

—Bien.

—Me pediste que fuera a la caza de un... paquete. —Amistoso lo dejó en el escritorio ante ella—. Lo tenía Broya.

No parecía tan importante. Medía menos de un pie, estaba envuelto en piel de animal pelado y tenía manchas antiguas, con una letra, o tal vez un número, quemado a hierro. Pero no un número que Amistoso reconociera.

La señora Borfero agarró el paquete e inmediatamente se insultó por parecer demasiado impaciente. Sabía que no podía confiar en nadie en este negocio, cosa que le desembocó un torrente de pensamientos en la mente. Sospechas. ¿Cómo podía ese despreciable de Broya haberse hecho con esto? ¿Era una estafa? ¿Era Amistoso agente de Gurkhul? ¿Un farol? Las historias que se imaginaba esa arpía petulante eran infinitas. ¿Iría de farol y sería un engaño de verdad? Pero ¿con qué sentido? ¿Dónde estaba el beneficio?

¿O iría de farol para que pareciera que no lo iba, pero sí que era un farol?

La cara de Amistoso no delataba ningún rastro de codicia, ningún rastro de ambición, ningún rastro de nada. Era sin duda un compañero extraño, pero venía con buenas recomendaciones. Parecía que solo le importaban los negocios y le gustaba esto en un hombre, a pesar de que nunca lo habría confesado. Una directora tiene que mantener cierta distancia.

A veces las cosas son lo que parecen. Borfero ya había visto demasiadas casualidades en su vida.

—Podría ser —pensó a pesar de que enseguida estuvo segura. No era una mujer que malgastara el tiempo en supuestos.

Amistoso asintió con la cabeza.

—Lo has hecho bien —dijo ella.

Él asintió de nuevo.

—El Cantero querrá que tengas una recompensa. —Sé generosa con tu propia gente, se había dicho siempre, o lo serán los otros.

Pero la generosidad no despertó ninguna respuesta en Amistoso.

—Una mujer, ¿tal vez?

—No. —Parecía un poco herido por la sugerencia.

—¿Un hombre?

—No. —Lo mismo.

—¿Husk? Una botella de...

—No.

—Debe de haber algo.

Encogió los hombros.

La Señora Borfero resopló. Todo lo que tenía lo había obtenido cumpliendo los deseos de la gente. No sabía qué hacer con alguien que no tenía ninguno.

—Bien, ¿por qué no lo piensas?

—Lo pensaré. —Amistoso asintió lentamente.

—¿Has visto a dos nórdicos cuando venías hacia aquí?

—He visto a dos nórdicos. Uno leía un libro.

—¿De verdad? ¿Un libro?

—Hay lectores por todas partes. —Amistoso encogió los hombros.

Lanzó una mirada por el local, notó la decepcionante ausencia de clientela adinerada y calculó lo pésimos que serían los beneficios de la noche. Si uno de los nórdicos estaba leyendo, quería decir que se había rendido. Profundo bebía su mejor vino directamente de la botella. Había tres botellas vacías tiradas por debajo de la mesa. Superficial fumaba una pipa de chaga y había dejado el aire cargado con el tufo que desprendía. Borfero no solía consentirlo, pero estaba obligada a hacer una excepción con ellos dos. No entendía por qué el banco había decidido contratar a esos repugnantes especímenes, pero suponía que la gente rica no necesitaba dar explicaciones.

—Caballeros —dijo, sentándose con ellos.

—¿Dónde? —Superficial rio con voz ronca. Profundo apartó la botella y miró a su hermano por encima del hombro, con un desdén agrio.

—Comentasteis que vuestros... jefes agradecerían mucho si yo encontraba... cierto artículo que mencionasteis.

Los dos nórdicos se incorporaron como si los moviera la misma cuerda y la bota de Superficial golpeó una botella vacía y la mandó rodando sobre sí misma por el suelo.

—Gratamente agradecidos —matizó Profundo.

—¿Cómo disminuiría mi deuda con su gratitud?

—Del todo.

Borfero sintió un hormigueo en la piel. Libertad. ¿Sería posible? ¿En su bolsillo? Pero no podía dejar que los intereses la convirtieran en descuidada. Cuanto más alta fuera la recompensa, más precavida debía ser.

—¿Se saldaría mi deuda?

Superficial se acercó y deslizó el filtro de la pipa por su cuello sin afeitarse.

—Quedaría muerto —aseguró.

—Asesinado —gruñó el hermano, que se acercó por el otro lado.

No le gustaba para nada tener tan cerca las fisonomías de esos asesinos con cicatrices. Unos pocos segundos más de su aliento habrían bastado para eliminarla.

—¡Excelente! —gritó, y dejó el paquete en la mesa—. En ese caso cancelaré el pago de los intereses inmediatamente. Por favor, transmitid mis saludos a... vuestros jefes.

—Por supuesto. —Superficial, más que sonreír, enseñó los dientes afilados—. Aunque no creas que tus saludos significarán algo para ellos.

—No es nada contra ti, ¿eh? —Profundo no sonrió—. A nuestros jefes no les importan los saludos.

—Tiempos duros siempre. —Borfero respiró profundamente.

—¿Alguna vez dejaron de serlo? —Profundo se levantó y agarró el paquete de un zarpazo.

El aire fresco abofeteó a Profundo cuando salió a la noche. Sipani, que no era nada agradable cuando estaba tranquila, de repente había decidido cambiar.

—Tengo que confesar —confesó, aclarándose la garganta y escupiendo— que he bebido más de la cuenta.

—Sí —dijo Superficial eructando al entrecerrar los ojos por la neblina. Al menos se estaba despejando. Tan claro como se podía hacer en ese infierno tenebroso—. Probablemente no sea lo mejor para trabajar, ¿sabes?

—Tienes razón. —Profundo sacó el paquete hacia la poca luz que tenían—. Pero ¿quién esperaba que esto nos cayera en las manos?

—Yo no, seguro. —Superficial arrugó la frente—. ¿Alguien sí?

—Iba a ser solo una copa... —afirmó Profundo.

—Una copa siempre suele acabar en unas cuantas. —Superficial se puso un gorro estúpido—. ¿Un paseíto hacia el banco?

—Ese gorro hace que parezcas un jodido burro.

—Hermano, estás obsesionado con las apariencias.

Profundo lo dejó pasar con un largo silbido.

—Ahora sí que borrarán la deuda de esa mujer, ¿no crees?

—Por ahora, a lo mejor. Pero ya los conoces. Una vez les debes, les debes para siempre.

Profundo escupió de nuevo y, ahora que el callejón era algo más seguro, se dejó llevar con el bulto agarrado con fuerza en la mano. Por nada del mundo lo guardaría en el bolsillo, donde cualquier ardilla se lo podía manganar. Sipani estaba lleno de ladrones bastardos. La última vez que estuvo le habían robado los calcetines buenos y se le formaron un par de bambollas desagradables de vuelta a casa. ¿Quién roba calcetines? Los bastardos de Styria. Lo agarraría con fuerza. Que intentasen robárselo ahora esos cabrones.

—¿Quién es ahora el burro? —le gritó Superficial desde detrás—. El banco es en esta dirección.

—Es que no vamos al banco, burro. —Profundo miró por encima del hombro—. Tenemos que echarlo a un pozo en un antiguo patio que hay al girar la esquina.

—Ah, ¿sí? —Superficial se afanó para alcanzarlo.

—No, lo he dicho en broma, idiota.

—¿Por qué en un pozo?

—Porque así lo quiso él.

—¿Quién?

—El jefe.

—¿El que manda poco o el que manda mucho?

—El calvo. —Incluso bebido como iba, Profundo sabía que había que bajar la voz.

—Mierda —respiró Superficial—. ¿En persona?

—En persona.

Una pausa corta.

—¿Cómo fue?

—Todavía más horrible que de costumbre, gracias por recordármelo.

Hubo una larga pausa, con el único sonido de las botas contra los adoquines húmedos. Entonces Superficial dijo:

—Habría estado bien que no nos encargásemos.

—Mis más sinceras gracias —agradeció Profundo— por ese pensamiento tan profundo. Constantemente tenemos que evitar que nos jodan, ¿no crees?

—Siempre intentas evitarlo, y tanto, pero a veces te pringas igualmente. Lo que intento decir es que no nos tiremos de cabeza. —Superficial bajó la voz hasta cuchichear—. Ya sabes lo que dijo el jefe calvo la última vez.

—No hace falta que cuchichees. No está aquí, ¿no?

—No lo sé. ¿Está aquí? —Superficial miró como un loco a su alrededor.

—No, no está. —Profundo se frotó las sienes. Algún día mataría a su hermano, lo veía venir—. Es lo que intento decir.

—¿Qué pasaría si estuviera? Es mejor actuar siempre como si pudiera estar.

—¿Puedes cerrar la boca por un maldito instante? —Profundo agarró a Superficial por el brazo y le refregó el paquete por la cara—. Es como hablar con un maldito...

Se sorprendió mucho cuando una forma oscura se interpuso entre los dos y le desapareció de la mano.

* * *

Kiam corrió como si le fuera la vida. Le iba en ello.

—¡Atrápalo, cojones!

Sintió por detrás a los dos nórdicos agitándose, haciendo ruido y trotando por el callejón. No demasiado detrás para su gusto.

—¡Es una chica, idiota!

Eran grandes y torpes, pero venían rápido, con las botas martilleando, las manos cerradas y si la pillaban...

—¡Qué más da! ¡Recupéralo!

El aliento le silbaba, el corazón le palpitaba y los músculos le ardían mientras corría.

Giró derrapando en una esquina, donde los pies envueltos en harapos se pegaban a los adoquines húmedos, el camino era más ancho, las lámparas y antorchas dejaban manchas turbias y había gente atareada por todas partes. Se agachó y zigzagueó entre ellos, entre caras que aparecían y desaparecían. Era el mercado nocturno de Orillanegra, con paradas, compradores y gritos de los comerciantes, lleno de ruido, de olores y de trasiego. Kiam se deslizó entre las ruedas de un carro, flexible como un junco, se cruzó entre un comprador y un vendedor en una parada de fruta, y pasó por encima de una parada llena de pescado viscoso mientras el comerciante gritaba y trataba de atraparla con las manos, pero solamente agarró aire. Metió un pie en una cesta pero consiguió escapar de allí, aunque dejó un rastro de conchas por la calle. Todavía escuchaba los gritos de los nórdicos al empujar la gente para seguir su estela y los choques de los carros, como si una tormenta ciega destrozara el mercado

detrás de ella. Se metió entre las piernas de un hombre, giró otra esquina y subió los escalones grasientos de dos en dos siguiendo una senda estrecha junto al agua derramada, con las ratas que chillaban en la basura y el ruido de los nórdicos que la insultaban a ella y se insultaban entre ellos. Respiraba fuertemente y la respiración le hacía arder el pecho, corría desesperada, y con cada zancada resonaba el agua que salpicaba y se evaporaba a su alrededor.

—¡La tenemos! —gritó una voz muy cerca de sus talones—. ¡Ven aquí!

Entró disparada por el agujero de una reja enmohecida, un diente afilado le dejó una brecha que escocía en el brazo y, por una vez, se alegró de que la Vieja Verde no le diera nunca suficiente comida. Se adentró en la oscuridad, a baja profundidad, y permaneció agarrando el paquete y luchando para contener la respiración. Allí uno de los nórdicos arrastraba la reja, con los nudillos blancos de la fuerza, y caían manchas de herrumbre a medida que se movía la reja. Kiam lo observaba y se preguntaba qué le harían esas manos si las uñas sucias le tocaban la piel.

El otro asomó su cara barbuda por el hueco, con un puñal siniestro en la mano, que no es que alguien a quien acabas de robar tenga nunca un puñal bonito. Sus ojos la apuntaban y sus labios rasgados gruñeron:

—Échanos el paquete y lo olvidaremos todo. ¡Lánzalo ya!

Kiam pegó una patada y la reja chirrió al doblarse.

—¡Estás muerta, mierdecilla! ¡Te encontraremos, no te preocupes!

Se deslizó entre el polvo y cosas apestosos y se metió por una raja entre muros derrumbados.

—¡Iremos a por ti! —resonó por detrás.

Tal vez lo harían, pero un ladrón no puede perder demasiado tiempo preocupado por el mañana. El día de hoy ya es bastante mierdoso. Se abrió el abrigo, lo puso del revés para mostrar un forro verde desteñido, guardó la gorra en el bolsillo, descubrió su larga melena al viento y entró por la senda de al lado del Quinto Canal, caminando rápida y con la cabeza baja.

Un barco alegre a la deriva pasó y todo eran murmullos, risas y copas entrecuchadas, gente moviéndose mucho y apaciblemente a bordo, tan extraños como un fantasma visto a través de la neblina, y Kiam se preguntó qué habían hecho para merecer esa vida y que había hecho ella para merecer esta, pero no había nunca respuestas fáciles a esa pregunta. Mientras las luces rosadas se adentraban en la niebla, sintió la música del violín de Hove. Permaneció un momento en la oscuridad, escuchando y pensando que sonaba muy bien. Miró el paquete. No parecía gran cosa para ser un problema tan grave. Ni siquiera pesaba. Pero a ella no le incumbían las cosas a las que la

Vieja Verde ponía precio. Se sonó la nariz y anduvo junto al muro, con la música cada vez más hasta, hasta que vio la espalda de Hove y su arco moviéndose, pasó por detrás de él y dejó el paquete dentro de su enorme bolsillo.

Hove no sintió el impacto, solo tres toques en la espalda y el peso en el abrigo cuando se movió. No vio quién lo había dejado caer y tampoco miró. Siguió tocando el violín, esa marcha de la Unión con la que había abierto todos los espectáculos durante su época en el escenario de Adua, o debajo del mismo, a cualquier ritmo, calentando al público para la gran entrada de Lestek. Antes de que su esposa muriera y todo se fuera a la mierda. Esas notas alegres le recordaban los tiempos pasados y sentía las lágrimas llamando a sus ojos doloridos, de forma que cambió a una melodía minué más adecuada para su estado de ánimo, a pesar de que la mayoría de gente de alrededor no debieron de notar la diferencia. A Sipani le gustaba presentarse como un lugar de cultura, pero la mayoría eran borrachos, estafadores y perdonavidas zafios o combinaciones variadas de los tres tipos.

¿Cómo había llegado a esto? La canción de siempre. Vagó por la calle como si no tuviera nada más en mente que conseguir una moneda por su música y derramar las notas en la oscuridad. Al pasar por la parada de los pasteles, la fragancia de la carne barata provocó que el estómago le rugiera y dejó de tocar para pasar la gorra por la cola. No hubo ningún interesado ni ninguna sorpresa, de forma que se dirigió hacia casa Verscetti. Entraba y salía entre las mesas de la calle bailando y tocando un vals de Ospria, sonreía a los clientes que haraganeaban con una pipa o una botella y hacía sonar con sus dedos enguantados los bordes de las copas de vidrio, pero sus ojos solo encontraban desdén entre las ranuras de las máscaras con espejos incrustados. Jervi estaba sentado cerca del muro como siempre, junto a una mujer con el cabello recogido.

—¿Un poco de música, cariño? —preguntó Hove con voz ronca, se acercó a él y dejó el abrigo colgando junto a Jervi.

Jervi sacó una cosa del bolsillo de Hove, arrugó la nariz por el olor del viejo borracho y preguntó:

—¿Por qué no te vas a la mierda?

Hove se marchó y se llevó su horrible música con él, gracias a los dioses.

—¿Qué pasa aquí? —Riseld se levantó la máscara un momento para enseñar su cara redonda y suave, bien empolvada y tan a la moda como aburrida.

Parecía que había algún tumulto en la calle. Choques, golpes y gritos en nórdico.

—Malditos nórdicos —murmuró—. Siempre causan problemas, tendrían que llevarlos con correa, como a los perros.

Jervi se quitó el gorro y lo lanzó a la mesa, la señal de siempre, y entonces se apoyó en la silla para sujetar el paquete discretamente con el pie. Un negocio desagradable, pero hace falta que los hombres trabajen.

—Nada de lo que haya que preocuparse, cariño.

Ella le sonrió de esa forma, sin alegría ni interés que, por alguna razón, él encontraba irresistible.

—¿Nos vamos a la cama? —preguntó él, y dejó un par de monedas para el vino.

—Si hace falta... —suspiró ella.

Jervi notó que el paquete desaparecía por arte de magia.

Sifkiss salió de debajo de las mesas serpenteando, haciendo ruido con su palo contra los barrotes de la valla que estaba a su lado, con el paquete suelto oscilando de un lado a otro. Tal vez la Vieja Verde había dicho que se mantuviera sano, pero ese ya no era el estilo de Sifkiss. Un hombre tiene que hacer las cosas a su manera y él ya tenía trece años, ¿no? Muy pronto pasaría a asuntos más importantes. Trabajar para Kurrikan tal vez. Cualquiera podría decir que estaba marcado como especial —había robado un sombrero alto que lo hacía parecer un caballero de la ciudad— y si ellos eran tan aburridos, y tristemente alguna gente lo era, él prefería optar por un estilo más alegre. Tan alegre como el infierno.

Sí, todos miraban a Sifkiss.

Se aseguró que no lo observaban lo más mínimo, se introdujo entre los arbustos bañados de rocío y la raja del muro de detrás, lo que, en realidad, era meterse en un lugar estrecho, en el sótano del viejo templo, con una lucecita que se filtraba desde arriba.

La mayoría de los niños estaban fuera, trabajando. Solamente un par de los niños más jóvenes jugaban a dados, una chica roía un hueso, Pens fumaba sin ni siquiera mirar a su alrededor y la nueva estaba aislada en un rincón, tosiendo. A Sifkiss no le gustaba la manera en que sonaba aquella tos. Lo más

probable era que la echara al alcantarillado en un día o dos, pero bueno, esto significaba más dinero de cadáveres para él, ¿no? A la mayoría de gente no le gustaba cargar con un cadáver, pero a Sifkiss no lo molestaba lo más mínimo. Nunca llueve a gusto de todos, como siempre decía la Vieja Verde. Estaba allí arriba, al fondo, encorvada sobre su viejo escritorio con una lámpara encendida, tenía los cabellos grises, largos y lacios, con grasa, y la lengua apretada entre sus encías vacías mientras contemplaba la forma en que Sifkiss subía. Había un compañero con aire de inteligente con ella, que tenía un chaleco elaborado con hojas plateadas y Sifkiss se puso el sombrero en la cabeza con la intención de impresionar.

—¿Lo tienes? —preguntó la Vieja Verde, con su fuerte acento.

—Y tanto —aseguró Sifkiss con un movimiento brusco de cabeza, pero el sombrero chocó con una viga baja y él renegó porque tenía que ponérselo de nuevo a ciegas. Lanzó el paquete agriamente a la mesa.

—Pues ale, vete —dijo bruscamente Verde.

Sifkiss parecía altivo, como si tuviera suficiente conocimiento para responder. Estaba acumulando demasiado conocimiento ese niño y Verde le tuvo que enseñar los nudillos de la mano antes de que se escabullera.

—Así que aquí lo tienes, como prometí.

Señaló aquel envoltorio de cuero a la luz de la lámpara en la mesa, con la parte de arriba agrietada y manchada y el acabado dorado ya pelado, pero aun así un buen mueble antiguo al que le quedaban muchos años. Igual que la Vieja Verde en ese sentido, si bien lo pensó para él.

—Parece muy poco paquete para tanto jaleo —sentenció Fallow arrugando la nariz y echó la cartera sobre la mesa con un delicioso repique de dinero. La Vieja Verde lo agarró y lo abrió y ya estaba lista para contarlo.

—¿Dónde está tu chica Kiam? —preguntó Fallow—. ¿Dónde está Kiameta, eh?

Los hombros de la Vieja Verde se tensaron, pero siguió contando. Habría podido contar durante una tormenta en el mar.

—Fuera, trabajando.

—¿Cuándo volverá? Me gusta. —Fallow se acercó, con la voz más baja—. Pagaría un buen precio por ella.

—Pero ella es mi mejor trabajadora —dijo Verde—. Hay otros que me podrías quitar de las manos. ¿Qué te parece Sifkiss, este chavalín?

—¿Quién, el de cara de manzanas agrias que ha traído el paquete?

—Es un buen trabajador. Un chico fuerte con muchas agallas. Haría un buen papel en galeras, te lo digo yo. Incluso, tal vez como luchador.

—¿En un círculo de lucha? ¿Ese mierdecilla? Lo dudo. Necesitaría buenos latigazos para remar, creo.

—¿Y? ¿Tienen látigos, no?

—Supongo que sí. Me lo llevaré por si hace falta. A él y a tres más. Me voy al mercado de Puerto-Oeste en una semana contando a partir de mañana. Tú los eliges, pero no me des ninguna mierda de las tuyas.

—Yo no tengo mierda —respondió la Vieja Verde.

—Solamente tienes mierda, vieja estafadora de mierda. ¿Y qué le dirás al resto de la prole, eh? —Fallow puso una estúpida y pretenciosa voz—. ¿Se han ido a servir a la alta burguesía, o a vivir con los caballos a una granja, o los ha adoptado el maldito Emperador de Gurkhul o por el estilo, eh? —Fallow rio y la Vieja Verde sintió una repentina urgencia de usar su puñal, pero era mejor tener conocimiento en esos días, como había aprendido a la fuerza.

—Les diré lo que haga falta —gruñó, todavía pasando los dedos por las monedas. Malditos dedos, que ya no eran ni la mitad de rápidos que antes.

—De acuerdo, yo volveré a por Kiam otro día, ¿eh?

Y Fallow le guiñó un ojo.

—Como quieras —asintió Verde—, como digas.

A pesar de que estaba muy bien con Kiam, no podía salvar a muchos, no era tan idiota como para creer esto, pero tal vez podría salvar a una y el día que muriera podría decir que lo había hecho. Probablemente nadie la escucharía, pero ella lo sabría.

—Está todo. El paquete es tuyo.

Fallow recogió el paquete y salió de aquel lugar appestoso de mierda. Le recordaba demasiado a la prisión. El hedor que hacía. Los ojos de los niños, todos grandes y húmedos. No le importaba comprarlos y venderlos, pero no quería ver sus ojos. ¿Quiere el matarife ver los ojos de la oveja? Tal vez al matarife le daba igual. Quizás se acostumbra. Fallow, en cambio, se preocupaba demasiado. Tenía demasiado corazón.

Sus guardias haraganeaban en la puerta principal, los saludó y se marchó, caminando dentro del cuadrado que formaban.

—¿Una reunión de éxito? —dijo Grenti rápidamente.

—Ha ido bien —gruñó Fallow, de una manera que no animaba a seguir la conversación.

‘O quieres amigos o dinero’ había oído decir una vez a Kurrikan y la frase se le había quedado.

—¿Te vas a ver a Kurrikan? —Grenti no se desanimó para nada, tristemente.

—Sí —dijo Fallow tan bruscamente como pudo.

Pero a Grenti le encantaba mover la boca. Al fin y al cabo, a la mayoría de sinvergüenzas les gusta.

—Una casa encantadora la de Kurrikan, ¿no? ¿Cómo se llaman esas columnas de delante?

—Pilastras —gruñó otro de los sinvergüenzas.

—No, no, conozco las pilastras, no. Quiero saber el nombre de ese particular estilo de arquitectura, con las parras allí, en la parte superior.

—¿Allí?

—No, no, esto lo han hecho los obreros, está trabajado con el cincel, me refiero al diseño global, mira arriba.

Por un momento se sintió bastante aliviado con la interrupción. Después se preocupó. Veía una figura en la niebla. Una figura inmensa. Los mendicantes, los festeros y la escoria dispersa por esa parte se habían apartado de su camino como el agua y el aceite. Este no se movía. Era un bastardo alto, alto como el guardia más alto de Fallow, envuelto en una capa blanca y la capucha puesta. Bien, ya no era blanca. Las cosas blancas no duraban en Sipani. Era gris, con el borde ennegrecido.

—Sacadlo de aquí —ordenó bruscamente.

—Fuera de aquí —rugió Grenti.

—¿Eres Fallow? —El hombre se quitó la capucha.

—Es una mujer —informó Grenti.

Aunque no lo parecía, pues tenía el cuello fuertemente musculado, la mandíbula angular y sus cabellos rojos cortados a raíz de cráneo.

—Yo soy Javre —dijo levantando la barbilla y sonriéndoles—. Leona de Hoskopp.

—Quizás está loca —apuntó Grenti.

—Se ha escapado del manicomio de allí arriba.

—Una vez sí que me escapé de un manicomio —explicó la mujer. Tenía un acento extraño; Fallow no sabía de dónde era—. Bien, era una prisión para magos. Pero algunos se habían vuelto locos. Una distinción fina: la mayoría

de los magos son, al menos, excéntricos. Pero me voy del tema. Tienes una cosa que necesito.

—Ah, ¿sí? —dijo Fallow, empezando a reír. Estaba menos preocupado ahora. Primero porque era una mujer. Y segundo porque, obviamente, estaba loca.

—No sé de qué manera convencerte, pues me faltan las buenas palabras. Es un defecto que viene de lejos. Pero sería mejor para todos si me lo dieras voluntariamente.

—Te daré una cosa voluntariamente... —respondió Fallow, y provocó las risas de los otros.

—Es un paquete, envuelto en cuero, que mide... —La mujer no rio. Levantó una mano y estiró el dedo gordo y el índice—. Cinco veces la medida de tu polla.

Si sabía qué era el paquete, tenía un problema. Fallow no tenía sentido del humor respecto a su pene, en el que ningún ungüento había conseguido producir un mínimo cambio. Dejó de reír.

—Matadla.

Golpeó a Grenti cerca del pecho, o tal vez en el pecho; todo estaba borroso. Los ojos se le abrieron de par en par, emitió un sonido extraño y se quedó helado, temblando de puntillas con la espada a medio desenvainar.

El segundo guardia —un hombre de la Unión más grande que una montaña— le pegó con la maza, pero golpeó al abrigo. Un instante después se escuchó un aullido de sorpresa y voló desde calle hasta estamparse contra el muro, que se hundió en una nube de polvo y láminas de yeso del tejado que había encima.

El tercer guardia —un hombre de Ospria habilidoso con los dedos— sacó una daga voladora, pero antes de que pudiera lanzarla, la maza trizó en el aire y le rebotó en la cabeza. Cayó sin hacer ruido, con los brazos abiertos.

—Se llaman columnas espigadas.

La mujer puso su índice en la frente de Grenti y lo apartó con delicadeza. Él cayó en posición fetal junto al estiércol, todavía engarrotado y temblando, con los ojos hinchados perdidos en la nada.

—Esto ha sido solo con una mano.

Levantó el otro puño y sacó de la nada una espada envainada, con oro brillante en la empuñadura.

—Y ahora sacaré esta espada forjada con el metal de un meteorito en los Tiempos Antiguos. Solo seis personas vivas han visto la hoja. Te parecerá extremadamente bonita y luego te mataré con ella.

El último de los guardianes intercambió una breve mirada con Fallow, lanzó el hacha y se marchó corriendo.

—Mmm —dijo la mujer mientras fruncía de decepción sus cejas pelirrojas—. Así que ya lo sabes, si corres te atraparé en... —Entornó los ojos y torció los morros, examinando a Fallow de arriba a abajo. Le miraba igual que él miraba a los niños. No le gustó nada—. En unas cuatro zancadas.

Él corrió.

Le atrapó en tres zancadas: sin darse cuenta acabó con la cara en unos adoquines sucios y el brazo luxado detrás de la espalda.

—¡No sabes con quién te estás enfrentando, zorra estúpida! —Luchó, pero el puño de ella era hierro, y gritó con dolor mientras le giraba el brazo todavía más bruscamente.

—Es verdad, no sé nada. —Su voz era tranquila, sin rastro de tensión—. Me gustan las cosas bien hechas y no tengo tiempo para filosofar. ¿Me dices ya dónde está el paquete o te tengo que golpear hasta que caiga?

—¡Trabajo para Kurrikan! —gritó.

—Soy nueva en la ciudad. Los nombres no significan nada para mí.

—¡Te encontraremos!

—Y tanto —rio—. No me escondo. Soy Javre, Primera de los Quince, Caballera templaria de la Orden de Oro. Javre, Rompedora de cadenas, Rompedora de juramentos, Rompedora de caras. —Entonces le dio una colleja que le rompió la nariz contra los adoquines y le inundó la boca con el gusto salado de la sangre—. Para encontrarme solo tienes que preguntar por Javre. —Se acercó a él y con el aliento le hacía cosquillas en la oreja—. Una vez me has encontrado es cuando empiezan tus problemas. Venga, ¿dónde está el paquete?

Fallow sintió un pellizco en la mano. Era un dolor mediano que iba en aumento, le subía por el brazo y le hacía gimotear como un perro.

—¡Ah, ah, ah, dentro del bolsillo, dentro del bolsillo!

—Muy bien.

Sintió unas manos que le desvalijaban la ropa, pero no podía defenderse, solo gemir mientras se recuperaba. Estiró el cuello para mirarla y abrió la boca:

—Juro por mis jodidas palas...

—¿Sí? —Los dedos de ella encontraron el bolsillo escondido y liberaron el paquete—. Eso es imprudente.

Javre juntó el dedo índice y el pulgar y arrancó las palas de Fallow. Un truco que había aprendido de un viejo en Suljuk y, como en tantas cosas en la vida, dependía del juego de muñeca. Lo dejó encorvado en el camino, luchando para toserlas.

—La próxima vez que nos veamos te tendré que enseñar la espada —gritó mientras se iba dando zancadas y guardaba el paquete debajo del cinturón. Diosa, los de Sipani eran unos flojos. ¿Ya no había nadie con quién ponerse a prueba?

Se apretó la mano dolorida. Probablemente la uña del dedo se le volvería negra y caería, pero volvería a crecer, no como los dientes de Fallow. No sería la primera uña que perdía. Una vez las perdió todas, también las de los pies, a cargo del profeta Khalul. ¡Eso sí que fue una prueba! Por un momento sintió nostalgia por los interrogadores. Bueno, en verdad sentía nostalgia por la sensación de meter la cara de su líder dentro de un brasero cuando se escapó. ¡Qué ascuas había hecho!

Tal vez ese Kurrikan estaría lo suficiente indignado como para enviar a un asesino decente a por ella. Entonces ella podría ir a por él. No sería como las batallas de antaño, pero por lo menos pasaría las tardes.

Javre andaba veloz y firme, con los hombros hacia atrás. Le encantaba andar. Con cada zancada sentía su propia fuerza. Con todos los músculos completamente relajados, a pesar de que siempre estaba preparada para poner una marcha más con un bote poderoso, un voltereta ágil y un golpe mortal. Sin necesidad de mirar, percibía a todas las personas a su alrededor, juzgaba si eran una amenaza, predecía el posible ataque, imaginaba su respuesta, con las posibilidades calculadas y los movimientos trazados en forma de mapa, conocía las distancias y los objetos aprovechables. Las amenazas más serias eran las que no se veían venir, así que Javre tenía siempre la espada afilada, el arma desenvainada y la respuesta a cualquier pregunta preparada.

Pero no apareció ningún acero desde la oscuridad. Ninguna flecha, ninguna chispa de fuego, ningún chorro de veneno. Ningún pelotón de asesinos surgió de entre las tinieblas.

Por desgracia.

Solo había un par de nórdicos borrachos que luchaban a las puertas de la casa de Pombrine. Uno de ellos gruñía algo sobre un jefe calvo. No les prestó atención mientras subía los escalones e ignoraba a los guardias del ceño fruncido, que eran incluso más ineptos que los hombres de Fallow, a través del vestíbulo, en dirección al salón central, cubierto de mármol falso, con lámparas de araña baratas y un mosaico rancio de una pareja follando a cuatro

patas. Era evidente que la caza nocturna todavía tenía que empezar. Había putos de ambos sexos y Javre todavía no tenía claro si se aliviaría, abrumada por tanto mueble recargado.

Pombrine estaba ocupado riñendo a uno de los suyos por vestirse en exceso y miró sorprendido cuando ella entró.

—¿Ya has vuelto? ¿Qué ha pasado?

—De todo. —Javre rio muy fuerte. Los ojos de Pombrine se abrieron de par en par y ella rio todavía más fuerte—. Para ellos.

Le agarró la muñeca y le puso el paquete en la mano.

—¿Lo has conseguido? —Pombrine observó el bulto sencillo de piel animal.

La mujer le rodeó los hombros con un brazo y los apretó fuertemente. Él resopló al crujirle los huesos. Sin ningún tipo de duda, ella tenía un tamaño excepcional, pero la fuerza que tenía era casi increíble.

—No me conoces... todavía. Soy Javre, la Leona de Hoskopp. —Le miró desde arriba y él tuvo la sensación desagradable y desconocida de ser un niño malo e indefenso en el regazo de su madre—. Cuando acepto un encargo no fallo, pero ya lo aprenderás.

—Recibo con entusiasmo la lección. —Pombrine se liberó del aplastante peso del brazo—. ¿No lo has... abierto?

—Me ordenaste que no lo hiciera.

—Bien. Bien. —Miró hacia abajo con media sonrisa en la cara, sin creer que hubiera sido tan fácil.

—Pues págame.

—Por supuesto. —Agarró la cartera.

—La mitad en carne. —Levantó su mano callosa.

—¿En carne?

—¿No vendes aquí?

—La mitad es mucho. —Levantó las cejas.

—Ya me apañaré. Pretendo quedarme una temporada.

—¡Qué suerte la nuestra! —masculló.

—Me llevaré a ese.

—Una decisión excelente, yo...

—Y a él, a él, y a ella. —Javre se frotó las palmas—. Ella puede calentar a los chicos, yo no pago para pajear a nadie.

—Claro que no.

—Soy una mujer de Thond y tengo grandes apetitos.

—Empiezo a verlo.

—Y por el amor del Sol, que alguien me prepare un baño. Ya huelo como una perra en celo, miedo me da pensar en el pestuzo de luego. Todos los gatos de la ciudad me perseguirán. —Rompió en risas.

Uno de los hombres tragó saliva. El otro miró a Pombrine con una expresión ligeramente desesperada mientras Javre los mandaba a la habitación más cercana.

—... tú, quítate los pantalones. Tú, quítame las vendas de las tetas. No te imaginas lo que me las tengo que apretar para hacer cualquier cosa...

Por fortuna, la puerta se cerró.

Pombrine agarró del hombro a Scalacay, su sirviente más leal, y se lo acercó.

—Ve a prisa al templo de Gurkhul del tercer canal, el que tiene pilares verdes de mármol. ¿Lo conoces?

—Sí, amo.

—Di al rector que sermonea en la entrada que tienes un mensaje para Ishri. Que el Amo Pombrine tiene el artículo que pedía. Para Ishri, ¿lo entiendes?

—Para Ishri. El Amo Pombrine tiene el artículo.

—Pues corre.

Scalacay se fue corriendo y Pombrine se afanó hacia su oficina con la misma prisa, con el paquete agarrado en su mano sudada. Cerró la puerta y giró la llave: las cinco cerraduras se cerraron con un ruido metálico tranquilizador.

Solo entonces se permitió respirar. Dejó el paquete reverencialmente encima del escritorio. Ahora que lo tenía sentía la necesidad de alargar el momento del triunfo. Saborearlo con la solemnidad apropiada. Se dirigió al mueble bar, lo abrió y sacó la botella de Shiznadze de su abuelo del sitio de honor. El hombre había estado toda su jodida vida esperando un momento digno de abrir esa botella. Pombrine sonrió mientras agarraba el sacacorchos y extraía el corcho.

¿Cuánto tiempo había trabajado para asegurar ese maldito paquete? Circulaban rumores de que su negocio fracasaba cuando, de hecho, no había tenido nunca tanto éxito. Interponerse en el camino de Carcolf una y otra vez hasta que pareciera que se encontraban por casualidad. Ganarse su confianza mientras esa mensajera idiota se pensaba que era un títere sin cerebro, trepar a una posición privilegiada desde donde poder hacerse con el paquete y

entonces... ¡destino infeliz! Carcolf se había desvanecido, la mala puta, y había dejado a Pombrine con las esperanzas arruinadas. Pero ahora... ¡destino feliz! Las extorsiones de esa odiosa Javre habían triunfado, de milagrosa casualidad, donde su genio había fallado tan injustamente.

¿Qué importaba como se había hecho con él? La sonrisa le creció mientras liberaba el corcho. Tenía el paquete. Miró de nuevo su premio.

¡Pum! Un arco de vino gaseoso cayó fuera de la copa y salió a mares hacia su alfombra de Kadiri. Se quedó boquiabierto. Un gancho tenía el paquete en suspensión. Pegado al gancho había un hilo muy fino. El hilo desapareció por un agujero del techo de vidrio donde pudo ver a una figura oscura con los brazos y las piernas abiertas.

Pombrine lanzó un zarpazo desesperado y la botella y el vaso cayeron al suelo y se derramó el vino, pero el paquete se le resbaló entre los dedos y se esfumó por arriba.

—¡Guardias! —gritó moviendo el puño—. ¡Un ladrón!

Un momento después se dio cuenta de que la ira se había convertido en un horror abrasador.

Ishri no tardaría en llegar.

Con un golpe entrenado de muñeca, Shev lanzó el paquete hacia su guante paciente.

—Qué pescadora —cuchicheó.

Lo guardó en el bolsillo y se marchó del techo abruptamente, con las rodilleras pegajosas de alquitrán que habían hecho la mayor parte del trabajo. Se escabulló hacia la chimenea, descendió por la cuerda hacia la calle y se descolgó. No pienses en el suelo, nunca pienses en el suelo. Se está muy bien, pero no quieres llegar antes de tiempo...

—Qué escaladora —cuchicheó mientras pasaba por una ventana grande y veía un salón decorado con estridencia e iluminado con melancolía y...

Se agarró con fuerza a la cuerda y frenó en seco, con un poco de angustia.

Tenía un compromiso: que los guardias de Pombrine no la pillasen, pero dentro de la habitación había una de esas vistas que no se pueden dejar pasar. Cuatro, posiblemente cinco, o incluso seis cuerpos desnudos habían formado una especie de escultura humana: una maraña de extremidades que intercambiaban de posiciones. Mientras giró la cabeza para encontrar el sentido a esa visión, Shev cruzó miradas con lo que aparentemente era un hombre pelirrojo.

—¿Shevedieh?

Estaba claro que no era un hombre, pero sin duda era muy fuerte. Incluso con los cabellos cortados cortos era inconfundible.

—¿Javre? ¿Qué cojones haces?

—¿No es obvio? —arqueó una ceja hacia los cuerpos desnudos enroscados a su alrededor.

Los ruidos de los guardias hicieron que Shev volviera en sí.

—¡No me has visto!

Se deslizó por la cuerda, el cáñamo silbaba a través de los guantes, aterrizó con fuerza y echó a correr justo cuando un grupo de hombres con armas desenvainadas apareció.

—¡Alto, ladrón!

—¡Atrapadlo!

—¡Mi paquete! —aulló desesperado, con una voz estridente, Pombrine.

Shev se guardó la cuerda en un bolsillo trasero, liberó sus afilados abrojos y sintió los gritos de una pareja de guardias al caer en la trampa. Tendrían los pies doloridos toda la mañana. Pero todavía la seguían unos cuantos más.

—¡Rajadla!

—¡Disparadle!

Giró a la izquierda, oyó encordar un arco un instante después, escuchó rebotar la flecha en el muro de al lado y se perdió en la noche. Se quitó los guantes mientras corría, uno de ellos ardía por la fricción, y se los echó por encima de los hombros. Giró rápidamente hacia la derecha, con la ruta planeada con anterioridad, por supuesto, y de un brinco subió a las mesas fuera de casa Verscetti, botando con largas zancadas de una a otra y tirando toda la vajilla al suelo: los clientes no sabían qué decir mientras un violinista enfurecido buscaba cobijo.

—Qué corredora —cuchicheó.

Botó de la última mesa por encima de las manos cerradas de un guardia a su izquierda y de las de un juerguista a su derecha, se agarró a una cuerda que colgaba detrás del cartel de casa Verscetti mientras caía y pegó un buen tirón.

Sonó un trueno y se hizo un resplandor enorme cuando giró, de forma que la noche oscura se iluminó de golpe y las fachadas de los edificios de delante se hicieron blancas. Se escucharon gritos, clamores y una lluvia de detonaciones. Detrás de ella, ya lo sabía, se dispararían fuegos artificiales: una demostración a la altura de la boda de un barón.

—Ese Qohdam sí que sabe disparar castillos de fuego —cuchicheó.

Resistió la tentación de pararse a mirar el espectáculo y se introdujo en un callejón oscuro, espantó a un gato sarnoso, corrió como unas tres docenas de zancadas y se agachó en un jardín estrecho, luchando para calmar su jadeante respiración. Abrió el paquete que había escondido entre las raíces del viejo sauce, desplegó una cuerda blanca, se la enroscó, se puso la capucha y esperó en la oscuridad, con el gran cirio votivo en una mano y las orejas pendientes de los ruidos de la noche.

—Mierda —masculló.

A medida que los últimos ecos de su exaltada diversión se apagaban escuchaba ligeramente, pero cada vez más cerca, los gritos de los guardias acechantes de Pombrine y los ruidos de las puertas cuando las probaban una por una.

—¿Dónde se ha metido?

—Creo que por aquí.

—¡Los malditos fuegos artificiales me han quemado la mano! Estoy muy quemado, ¿sabes?

—¡Mi paquete!

—Va, va —masculló ella.

Si estos idiotas la atrapaban sería uno de los momentos más vergonzosos de su carrera. Aquella vez que se quedó atrapada en un vestido de boda a medio camino de escalar la sede del gremio de los merceros en Adua, con flores en el pelo pero sin ropa interior y con una multitud creciente de espectadores debajo, sería difícil de superar, pero aun así...

—Va, va, va...

Ahora, por el otro lado escuchó cánticos y sonrió. Las Hermanas siempre llegaban a tiempo. Ahora escuchó pasos, pasos que tapaban los gritos de los guardias de Pombrine y los llantos de una mujer ensordecida por los fuegos. Cuanto más fuertes eran los pasos, más fuerte era la canción celestial. La procesión pasó por el jardín. Todas las mujeres iban de blanco, con capucha y con cirios encendidos agarrados en las manos, fantasmales en la penumbra, mientras marchaban a coro.

—Qué sacerdotisa —cuchicheó Shev para ella y se abrió paso a empujones por mitad de la procesión.

Inclinó su cirio a la izquierda, de forma que la mecha tocó la de la vecina. La mujer frunció el ceño y Shev le devolvió un guiño.

—Dale fuego a la chica, por favor.

Con un silbido bastó, se cogió al ritmo mientras la procesión seguía por la calle Caldiche y por el puente Fintine y los festeros enmascarados se hacían a

un lado con respeto para dejarlas pasar. Pombrine, la busca frenética de sus guardias y los alaridos furiosos de un par de nórdicos que discutían con furia disminuyeron entre la niebla.

Era oscuro cuando entró por su propia ventana abierta, a través de las cortinas, y gateó hasta su cómoda silla. Carcolf dormía, con un mechón de cabellos rubios agitándosele en la boca cuando respiraba. Se la veía joven con los ojos cerrados y la cara relajada, cubierta de aquel desdén habitual que siempre había tenido. Joven y muy bonita. ¡Bendita moda de los pantalones estrechos! El cirio proyectó un brillo ligero en los cabellos sedosos que tenía en la mejilla y Shev sintió la necesidad de alargar el brazo, ponerle la palma en la cara y juntarle los labios con el dedo gordo.

A pesar de que era amante de los riesgos extremos, habría sido demasiado arriesgado, así que gritó:

—¡Uh!

Carcolf saltó como una rana escapa del agua hirviendo, chocó contra una mesa, casi se cayó y tambaleó con los ojos de par en par.

—¡Me cago en todo! —masculló—. ¿Es necesario que hagas esto?

—¿Hace falta? No.

—Creo que me has abierto los puntos. —Carcolf se apretó el pecho con una mano.

—¡Eres una bebé! —Shev apartó la cuerda a un lado—. ¡A penas te han rozado la piel!

—Tu pérdida del buen gusto me hiere más que cualquier acero.

Shev se quitó los cinturones que le sujetaban sus herramientas de ladrona y las almohadillas de escalar y empezó a quitarse la ropa negra sin importarle si Carcolf miraba o no. Pero se dio cuenta con satisfacción que cuando se puso un vestido limpio, Carcolf, por fin, habló y, además, con voz ronca:

—¿Y?

—¿Y qué?

—Siempre había tenido la fantasía de ver desnudarse a una Hermana ante mis ojos, pero me preguntaba si habías encontrado lo que...

Shev le lanzó el paquete y Carcolf lo cazó al vuelo.

* * *

—Sabía que podía confiar en ti. —Carcolf sintió alivio, por no mencionar que había sentido algo más de ese hormigueo del deseo. Siempre había

sentido debilidad por las mujeres peligrosas.

Joder, sí que se estaba convirtiendo en su padre...

—Tenías razón —dijo Shev, dejándose caer en una silla—. Lo tenía Pombrine.

—¡Lo sabía, joder! ¡Qué chusma! ¡Sí que es difícil encontrar un señuelo estos días!

—Como si ya no pudieras confiar en nadie.

—No pasa nada, ¿eh? —Carcolf se levantó la camisa y, con mucho cuidado, colocó el paquete en el bolsillo superior del cinturón.

Le tocaba a Shev mirar mientras se servía una copa de vino.

—¿Qué tiene el paquete? —preguntó.

—Es más seguro que no te lo diga.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—He recibido órdenes de no mirar —se vio obligada a admitir Carcolf.

—¿No te lo has preguntado nunca? Quiero decir, cuanto más me ordenasen no mirar, más querría mirar.

Shev se sentó. Sus ojos negros brillaban de una forma cautivadora y, por un instante, la cabeza de Carcolf se llenó de imágenes de ellas dos rodando por la alfombra, riendo mientras abrían el paquete. Se deshizo de ellas con gran esfuerzo.

—Un ladrón puede preguntárselo. Una mensajera no.

—¿Podrías ser más extravagante?

—Me haría falta esfuerzo.

—Bien, es tu paquete. Supongo. —Shev sorbió el vino.

—No, no lo es. De eso se trata todo.

—Creo que te prefería cuando eras una criminal.

—Mientes. Te encanta la idea de corromperme.

—También es verdad. —Shev se movió por la silla de forma que sus largas piernas se asomaron del vestido—. ¿Por qué no te quedas un rato? —Un pie jugueteó encontró el tobillo de Carcolf y subió con delicadeza por la pierna hasta arriba—. ¿Y te corrompes?

—¡Joder, me encantaría! —Carcolf suspiró de forma casi dolorosa. El golpe sentimental la sorprendió, se le agarró a la garganta y, por un momento muy breve, casi se ahoga.

Por un momento muy breve, casi lanzó el paquete por la ventana para meterse debajo de la silla, agarrar la mano de Shev y compartir historias que nunca le había contado de cuando era una niña. Por un momento muy breve.

Entonces volvió a ser Carcolf, se apartó con conocimiento y dejó que los pies de Shev impactaron contra la mesa.

—Ya sabes cómo funciona mi negocio. Tengo que aprovechar la marea.

Agarró su abrigo y se giró mientras se lo ponía, para darse tiempo de parpadear y eliminar cualquier rastro de lágrimas.

—Tendrías que cogerte unas vacaciones.

—En todos los encargos lo digo y, cuando acaban, creo que me pongo nerviosa. —Carcolf suspiró mientras se abrochaba los botones—. No estoy hecha para estar quieta.

—Sí, sí.

—No finjamos que tú eres diferente.

—No lo fingimos. He pensado en mudarme. Adua, tal vez, o volver al Sur.

—Preferiría que te quedases —se le escapó a Carcolf, que intentó disimularlo con un movimiento de mano despreocupado—. ¿Quién me sacará de los problemas cuando venga a aquí? Eres la única persona en esta maldita ciudad en la que confío.

Era todo mentira, por supuesto: no confiaba lo más mínimo en Shev. Un buen mensajero no confía en nadie y Carcolf era la mejor. Sin embargo, se sentía más cómoda con mentiras que con la verdad.

Vio la sonrisa de Shev, que entendía toda la situación perfectamente.

—¡Qué bonito! —Cogió la muñeca de Carcolf y se giró con una risa que no pasaría desapercibida—. ¿Y mi dinero?

—Sí, estoy empanada. —Carcolf le entregó la cartera.

—El resto también —exigió Shev sin ni siquiera mirar el interior.

—Te enfadarías si no lo intentase. —Carcolf suspiró una vez más y le lanzó la otra cartera a la cama, con el resplandor dorado de las monedas que caían por la sábana blanca.

—Es muy emocionante que te preocupes por mis sentimientos. Me atrevería a decir que te veré la próxima vez que vengas —dijo cuando Carcolf cogió el pomo de la puerta.

—Contaré los segundos.

Quería un beso más que nada en el mundo, pero no estaba segura de que su determinación fuera lo bastante fuerte como para solo uno. El deseo era tan fuerte que le dolía. Le lanzó un beso y cerró la puerta. Se fue rápidamente por el patio tenebroso y salió a la calle por la pesada puerta de entrada, con la esperanza de que pasara mucho tiempo antes de que Shevedieh examinase las

monedas que contenía la primera cartera. Tal vez había provocado un castigo cósmico, pero valía la pena solo por imaginar la cara que pondría.

El día había sido un jodido fiasco, pero suponía que podría haber sido mucho peor. Todavía tenía tiempo para llegar al barco antes de perder la marea. Carcolf se puso la capucha con un gesto de dolor por la cicatriz y por esa úlcera. Entonces se adentró a zancadas en la noche nublosa, ni demasiado rápido ni demasiado despacio, y pasó del todo desapercibida.

¡Joder, odiaba Sipani!

Gillian Flynn

Gillian Flynn es la autora de *Perdida*, la número uno en ventas del *New York Times*; *La parte oscura*, éxito de ventas del *New York Times* y *Heridas abiertas*, que ganó dos premios Daga. Exredactora y crítica del *Entertainment Weekly*, su obra se ha publicado en cuarenta países. Gillian vive en Chicago con su familia.

En el *thriller* tenso y lleno de giros que hay a continuación nos enseña que, aunque siempre es bueno tener ambiciones profesionales, la senda de nuestra carrera laboral puede llevarnos a un territorio muy peligroso.

¿A QUÉ TE DEDICAS?

Gillian Flynn

No dejé de hacer pajas porque no fuera buena. Dejé de hacerlas porque era la mejor.

Durante tres años fui la que mejor la cascaba en la zona de los tres estados. El truco es no pensarlo demasiado. Si empiezas a preocuparte por la técnica, si empiezas a analizar el ritmo y la presión, pierdes la naturaleza esencial del acto. Tienes que estar preparada con antelación y, entonces, tienes que dejar de pensar y dejar que tu cuerpo tome el control.

Básicamente, es como el balanceo del golf.

La pelaba seis días a la semana, ocho horas al día, con una pausa para comer, y siempre tenía la agenda llena. Me tomaba dos semanas de vacaciones todos los años y no trabajaba nunca los días festivos porque las pajas de vacaciones son tristes para todos. Así que, a lo largo de tres años, calculo que suman 23 546 pajas. Así que no escuchéis a esa zorra de Shardelle cuando afirma que lo dejé porque no tenía talento.

Lo dejé porque cuando haces 23 546 pajas en tres años, el síndrome del túnel carpiano es una amenaza muy real.

Llegué a mi ocupación con honestidad. Tal vez ‘con naturalidad’ sea más adecuado. No he hecho nada con honestidad en mi vida. Crecí en la ciudad con una madre torcida (la primera línea de mis memorias) y no era una mujer agradable. No tenía ningún problema con las drogas o el alcohol, pero sí que lo tenía con el trabajo. Era la arpía más gandula que he conocido. Dos veces a la semana íbamos a los suburbios de la ciudad y mendigábamos. Pero como mi madre odiaba estar de pie, quería controlar todo el asunto. Quería conseguir más dinero, lo antes posible, y volver a casa para comer pasteles y ver programas de juicios basados en casos reales desde nuestro colchón lleno de manchas. (Eso es lo que más recuerdo de mi infancia: manchas. No sabría decir el color de los ojos de mi madre, pero podría explicar que la mancha de la alfombra era profunda y de color marrón sopa, que las manchas del techo eran de color naranja quemado y las manchas de la pared eran de un amarillo orín de resaca).

Mi madre y yo nos vestíamos para la ocasión. Ella tenía un vestido de algodón bonito, desteñado y gastado, pero que expresaba decencia. A mí me ponía cualquier ropa que me viniera pequeña. Nos sentábamos en un banco y buscábamos la gente adecuada para pedir. Era un esquema bastante simple. La primera opción era el autobús de la iglesia de fuera de la ciudad. La gente de la iglesia de la ciudad te enviaba a la iglesia. Los de fuera suelen ayudar, especialmente a una mujer tuerta con una niña de cara triste. La segunda opción eran las mujeres que iban de dos en dos. (Una mujer sola puede huir demasiado deprisa y es demasiado complicado hablar con un grupo de mujeres). La tercera opción era alguna mujer soltera que tuviera apariencia de abierta. Ya sabes: la misma mujer a la que paras para preguntarle direcciones o la hora, esa es la mujer a la que pedimos dinero. También a hombres, jóvenes con barba o guitarra. No paréis a hombres con traje: el tópico es real, son todos unos idiotas. Evitad también a los que lleven una sortija en el dedo gordo. No sé por qué, pero los hombres con sortijas en el dedo gordo no ayudan nunca.

¿A quiénes elegíamos? No les llamábamos objetivos, ni presas ni víctimas. Les decíamos Tony, porque mi padre se llamaba Tony y no sabía decir no a nadie (a pesar de que supongo que le diría no a mi madre al menos una vez, cuando ella le pidió que se quedara).

Una vez paras a un Tony, sabes en dos segundos de qué manera pedirle. Algunos quieren acabar rápido, como en un atraco. Entonces le sueltas: ‘Necesitamos dinero para comer a cambio?’. Otros quieren deleitarse con tu desgracia. Solo dan dinero si les das algo para que se sientan mejor y, cuanto más triste sea la historia, mejor se sienten al ayudarte y recibes más dinero. No les culpo. Vas al teatro, quieres que te entretengan.

Mi madre había crecido en una granja al sur del estado. Su madre murió en el parto, su padre cultivaba soja y se ocupaba de ella cuando no estaba demasiado exhausto. Vino aquí para ir a la universidad, pero su padre tuvo cáncer, vendió la granja, no llegaba a final de mes y la niña de papá lo tuvo que dejar. Trabajó de camarera durante tres años, pero entonces llegó su niña y el padre de su niña se fue y, antes de que se diera cuenta..., era una de ellos. Los necesitados. No estaba orgullosa...

Os pongo en situación. Esto solo es la historia de calentamiento. Podéis seguir a partir de ella. Se sabe muy rápido si la persona quiere un cuento improvisado, inventado sobre la marcha: de repente era una estudiante de honor de una lejana escuela pública (lo era, pero no estoy hablando de eso ahora) y mamá necesitaba dinero para comprar gasolina y traerme (en

realidad, cogía sola tres autobuses). O si la persona quiere una historia sobre el jodido sistema: entonces inmediatamente sufría una enfermedad extraña (con el nombre del idiota con quien saliera mi madre: el síndrome de Todd-Tychon, la enfermedad de Gregory-Fisher) y problemas con el seguro nos habían arruinado.

Mi madre era astuta, pero vaga. Yo era mucho más ambiciosa. Tenía mucha resistencia y nada de orgullo. Cuando tenía trece años, recaudaba miles de dólares al día más que ella y, cuando tenía dieciséis, las había dejado a ella, a las manchas, al televisor (sí, también al instituto) y trabajaba por mi cuenta. Salía cada día y mendigaba seis horas. Sabía a quién acercarme, cuánto tiempo y qué decir exactamente. No me daba vergüenza. Lo que hacía era una pura transacción: haces que alguien se sienta bien y te da dinero.

Ahora entendedís por qué el trabajo de las pajas me pareció una progresión natural en mi carrera.

Manos Espirituales (yo no lo bauticé así, no me culpéis) estaba en un vecindario refinado al oeste de la parte baja de la ciudad. Tenía cartas del tarot y bolas de vidrio delante y trabajadoras sexuales detrás. Contesté a un anuncio de recepcionista y resultó que ‘recepcionista’ quería decir ‘prostituta’. Mi jefa, Viveca, había trabajado de recepcionista y ahora leía la mano. (A pesar de que Viveca no es su nombre real: su verdadero nombre es Jennifer, pero la gente cree que las Jennifers no saben leer el futuro; las Jennifers saben aconsejarte qué zapato comprar o qué mercado de granjeros visitar, pero no deberían toquitar el futuro de otra gente). Viveca tiene algunas adivinatoras de cara al público y una habitación minúscula escondida. La habitación del fondo parece la consulta de un doctor: tiene papel higiénico, desinfectante y una mesa para examinar. Las chicas lo decoraron con bufandas alrededor de las lámparas, popurrís de flores y almohadas cubiertas de lentejuelas: todas esas cosas que solamente pueden interesar a las chicas femeninas. Quiero decir, si yo fuera un tío que buscara a una chica para que me masturbara, no entraría a la habitación y diría:

—Dios, olor a pastel fresco y nuez moscada... ¡Corre, agárrame el rabo!

Yo entraría a la habitación y hablaría muy poco, como hacen la mayoría.

El hombre que entra a por una paja es único. (Y aquí solo hacemos pajas, o al menos yo solo hago pajas: tengo una ficha policial por unos pocos robos insignificantes, chorradas que hice cuando tenía dieciocho, diecinueve, veinte años, que dificulta que encuentre alguna vez un trabajo decente, así que no hace falta que la corone con antecedentes de prostituta). El tío que busca pajas es muy diferente del tío que quiere una mamada o del tío que quiere follar.

Por supuesto, para muchos hombres, una paja solo es una previa al acto sexual. Sin embargo, muchos clientes lo han repetido: no querrán nunca nada más que una paja. No consideran que una paja sea infidelidad. O se preocupan por las enfermedades, o no se atreven a pedir más. Suelen ser hombres casados tensos y nerviosos, con trabajos normales y sin poder. No los juzgo. Solo hago mi evaluación. Quieren que seas atractiva, pero no puta. Por ejemplo, en la vida real llevo gafas, pero me las quito cuando trabajo porque se distraen: piensan que harás de bibliotecaria sexi y se tensan mientras esperan que suenen los primeros acordes de una canción de ZZ Top y entonces no escuchan nada y se avergüenzan por haber pensado que harías de bibliotecaria sexi, se distraen y todo tarda más de lo que los dos queremos.

Quieren que seas amistosa y agradable, pero no débil. No quieren sentirse unos depredadores. Quieren que sea una transacción orientada al servicio. De forma que intercambias conversación educada sobre el tiempo y el equipo de deporte que les gusta. Suelo buscar una broma en común que podamos repetir en cada visita: una broma en común es un gesto de amistad sin tener que hacer el trabajo que requiere una amistad verdadera. Así que sueltas un ¡Ya es temporada de fresas! o ¡Le hará falta otro barco más grande! (ese tipo de bromas recurrentes) y se rompe el hielo y no se sienten tan cerdos porque sois amigos, están de buen humor y puedes ponerte manos a la obra.

Cuando me hacen esa pregunta que todo el mundo hace:

—¿A qué te dedicas?

Yo contesto:

—Atención al cliente. —Y es verdad.

Para mí es un buen día de trabajo cuando haces sonreír a mucha gente. Sé que suena demasiado serio, pero es verdad. Quiero decir, preferiría ser bibliotecaria, pero me preocupo por mi estabilidad laboral. Los libros son temporales, las pollas son para siempre.

El problema era que la muñeca me estaba matando. A penas tenía treinta años y ya tenía la muñeca de una octogenaria y una muñequera ortopédica poco sexi a juego. Me la quitaba antes de los trabajos, pero el sonido del velcro tensaba un poco a los hombres. Un día, Viveca me visitó en la habitación del fondo. Es una mujer tosca, como un pulpo: llena de abalorios, volantes y pañuelos flotando a su alrededor y acompañada de una fragancia intensa de colonia. Tiene el pelo teñido del color del ponche e insiste en que es el natural. (*Viveca: se crio siendo la pequeña en una familia obrera; complaciente con la gente que le gusta; llora con los anuncios, varios intentos fracasados de ser vegetariana. Solo es mi suposición*).

—¿Eres clarividente, Estudiosa? —me preguntó.

Me decía Estudiosa porque llevaba gafas, leía libros y comía yogur en la pausa de la comida. No soy realmente estudiosa, solo aspiro a serlo por aquello de haber dejado el instituto. Soy autodidacta. (No es una palabra guarra, la he buscado en el diccionario). Leo bastante, creo. Pero no tengo educación formal. Así que me quedo con la sensación de ser la más inteligente de mi entorno, pero si pudiera relacionarme alguna vez con gente inteligente de verdad, la que ha ido a la universidad, bebe vino y habla latín, los aburriría como una ostra. Es una forma solitaria de pasar la vida. De forma que llevo el nombre como una insignia de honor. Algún día no aburriré del todo a los inteligentes. La pregunta es: ¿Cómo se encuentra a la gente inteligente?

—¿Clarividente? No.

—¿Vidente? ¿Nunca has tenido visiones?

—No.

Yo pensaba que toda esa mierda de adivinar el futuro solo servía para hacerles el culo gordo a charlatanes, como diría mi madre. Ella era de un estado agrícola del sur, esa parte era cierta.

Viveca dejó de tocar un abalorio:

—Estudiosa, intento ayudarte.

Entonces la entendí. No suelo ser tan lenta, pero la muñeca me latía con fuerza. Ese tipo de dolor que distrae y solo te deja pensar en cómo parar el dolor. En mi defensa diré también que Viveca suele preguntar cosas sin importarle las respuestas.

—Cada vez que conozco a alguien tengo una visión inmediata —dije, imitando su voz sensata de señora de clase alta— de quién son y qué necesitan. Veo como un color, un halo a su alrededor. —Todo, excepto lo último, era verdad.

—Ves auras. —Sonrió—. Lo sabía.

Así supe que ascendía a la parte delantera. Leería auras, lo que significaba que no necesitaba ninguna capacitación.

—Diles lo que quieren oír —me aconsejó Viveca—. Hazlo como si fuera un juego.

Y cuando la gente me preguntaba:

—¿A qué te dedicas?

Respondía:

—Soy especialista de la visión.

O:

—Estoy en prácticas terapéuticas. —No era mentira.

Los clientes que venían a la consulta de adivinar el futuro eran casi todas mujeres. Y los clientes de las pajas eran, obviamente, todos hombres, de forma que gestionábamos el negocio como un reloj. No era un espacio grande: tenías que recibir y acomodar a un tío en la habitación del fondo y asegurarte de que se corriera antes de que hicieran pasar a la mujer a su cita. No eran deseables los jadeos orgásmicos de fondo cuando una señora te contaba que se hundía su matrimonio. La excusa del cachorro solo funciona una vez.

El negocio era arriesgado, pues los clientes de Viveca eran en su mayoría de clase media alta y de clase baja. La gente de esas clases se ofende fácilmente. Si las amas de casa ricas y tristes no quieren que una Jennifer les lea el futuro, menos todavía que lo haga una extrabajadora del sexo diligente con una muñeca destrozada. Las apariencias lo son todo. No es gente que quiera vivir como los pobres. Es gente cuyo principal propósito es vivir en la ciudad, pero sentirse como en las afueras. La parte delantera del local parecía un anuncio de Ikea. Yo me vestía a juego: como un artista funk embalado por J. Crew. La clave son las blusas campestres.

Las mujeres que venían en grupo eran frívolas, sofisticadas, bebedoras y con ganas de pasarlo bien. Las que venían solas, en cambio, solo querían que las creyeran. Estaban desesperadas y no tenían un seguro que les cubriese un terapeuta. O no sabían que estaban lo suficientemente desesperadas como para necesitar un terapeuta. Era difícil que te diesen pena. Yo lo intentaba, porque no quieres que tu adivina, la guardiana de tu futuro, te ignore. Pero, venga va: casoplones en la ciudad, maridos que no les pegan palizas y ayudan con los niños, a veces con carrera, y siempre en un club de lectura. Y pese a ello estaban tristes. Por eso siempre acababan diciendo:

—Si solo estoy triste...

Sentirse triste suele significar tener demasiado tiempo libre. De verdad. No soy terapeuta licenciada, pero suele significar tener demasiado tiempo.

Así que digo cosas como:

—Una pasión enorme está a punto de entrar en tu vida.

Entonces piensas algo que puedan hacer. Imaginas qué las hará sentirse bien con ellas mismas. Cuidar un niño, ser voluntaria en una biblioteca, castrar perros, hacerse vegetarianas. Pero no lo dices como una sugerencia, esa es la clave. Lo sueltas como una advertencia:

—Una pasión enorme está a punto de entrar en tu vida..., tienes que ir despacio o eclipsará todo lo que te importa.

No digo que siempre sea así de fácil, pero suele serlo. La gente quiere pasión. La gente quiere una meta. Y cuando tienen esas cosas, vuelven porque les predije el futuro y salió bien.

Susan Burke era diferente. Me pareció más inteligente desde el primer momento. Entré a la habitación una mañana lluviosa de abril, fresca después de pajar a un cliente. Todavía tenía algunos, mis preferidos a largo plazo, y acababa de atender a un tío rico, baboso pero dulce, que se hacía decir Michael Audley (digo que ‘se hacía decir’ porque supongo que un tío rico no me daría su nombre real). Michael Audley: *Eclipsado por un hermano deportista, se hizo un nombre en la universidad, muy inteligente pero sin petulancia, runner compulsivo*. Solo es mi suposición. Lo único que realmente sabía sobre Mike era que le gustaban los libros. Recomendaba libros con el fervor que siempre he anhelado como aspirante a estudiosa: con urgencia y camaradería. ¡Tienes que leer esto! Pronto tuvimos nuestro propio (a veces pegajoso) club de lectura. Le encantaban las «Historias clásicas de cosas sobrenaturales» y quería que también me gustasen.

—Eres vidente, al fin y al cabo —decía con una sonrisa.

Así que aquel día discutimos sobre la soledad y la necesidad en *La maldición de Hill House*, se corrió, me limpié las manos con pañuelos higiénicos y me dejó otro libro para la próxima sesión: *La dama de blanco*.

—¡Tienes que leer esto! ¡Es una de las mejores obras de todos los tiempos!

Entonces me deshice el moño para parecer más intuitiva, me alisé la blusa campestre, me puse el libro debajo del brazo y corrí a la habitación principal. No fui puntual: llegué treinta y siete segundos tarde. Susan Burke esperaba; me encajó nerviosa la mano, arriba y abajo, y el movimiento repetitivo me estremeció. Me cayó el libro y chocamos las cabezas al recogerlo. Sin duda, lo que no quieres de tu vidente: una escena de *Los tres chiflados*.

La invité a sentarse. Puse la voz de sabia y le pregunté que por qué estaba allí. Es la manera más fácil de decirle a la gente lo que quiere oír: preguntarle qué quiere.

Susan Burke calló unos segundos y entonces murmuró:

—Se me cae la vida a pedazos.

Era muy bonita, pero tan cautelosa y nerviosa que no te dabas cuenta hasta que no la mirabas fijamente. La mirabas a través de las gafas, directamente a sus ojos azules claros. La imaginé con su pelo rubio despeinado. Sin duda, era rica. Su bolso era demasiado sencillo como para no ser caro. Su vestido era simple, pero bien hecho. De hecho, quizá el vestido

no era sencillo, sino que ella lo llevaba así. *Inteligente, pero no creativa, pensé. Conformista. Vive con miedo a decir o hacer algo mal. Le falta confianza en ella misma. Probablemente los padres la habían intimidado y ahora lo hacía el marido. El marido tiene carácter: el único objetivo de ella es llegar al final sin discutir. Triste. Debe de ser una de las tristes.*

Susan Burke empezó a llorar. Lloró durante un minuto y medio. Iba a darle dos minutos antes de interrumpirla, pero paró ella sola.

—No sé porque estoy aquí —dijo. Sacó un pañuelo del bolso, pero no lo gastó—. Es una locura. Solo empeora.

—¿Qué pasa en tu vida? —Le di mi mejor *ya está, ya pasó* sin tocarla.

—¿No lo sabes? —se frotó los ojos y me miró un momento. Parpadeó.

Entonces me sonrió. Sentido del humor. Inesperado.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —me preguntó poniéndose la ropa bien de nuevo. Se hizo un masaje en un punto cerca del pescuezo—. ¿Cómo funciona esto?

—Tengo intuición psicológica —empecé—. ¿Sabes lo que quiere decir?

—Sabes lo que le pasa a la gente.

—Sí, hasta cierto punto, pero mis poderes son mucho más fuertes que un presentimiento. Intervienen todos mis sentidos. Siento vibraciones que vienen de la gente. Veo auras. Huelo la desesperanza, la deshonestidad y la depresión. Es un don que he tenido desde pequeña. Mi madre era una mujer deprimida y desequilibrada. La rodeaba una neblina de morado oscuro. Cuando estaba cerca, la piel se me erizaba, como si alguien tocara el piano, y olía a desesperanza, como el aroma del pan.

—¿Pan? —preguntó.

—Era solo su aroma, el de un alma desesperada.

Necesitaba elegir una nueva *eau* de chica triste. Nada de hojas muertas, demasiado obvio, pero algo con olor a tierra. ¿Setas? No, poco elegante.

—Pan, qué extraño —dijo.

La gente solía preguntarme qué aroma desprendían o cómo tenían el aura. Era su primer paso para comprometerse con el juego. Susan cambió de posición, incómoda.

—No pretendo ser maleducada —dijo—, pero... creo que esto no es para mí.

Esperé hasta que se calmó. El silencio empático es una de las armas más infrutilizadas del mundo.

—De acuerdo —aceptó Susan. Se recogió el pelo detrás de las orejas — llevaba sortijas de boda llenas de diamantes gigantes que brillaban como la

Vía Láctea— y parecía ser diez años más joven. Me la imaginaba de niña, una rata de biblioteca tal vez, bonita, pero tímida. Con padres exigentes. Siempre sacaba matrículas—. ¿Qué lees en mí?

—Pasa algo en tu casa.

—Esto ya te lo he dicho yo. —Sentía como la desesperanza por creer en mí huía de ella.

—No, me has dicho que tu vida se caía a pedazos. Yo digo que tiene que ver con tu casa. Tienes un marido, veo mucha discordia: te veo rodeada de un verde apestoso, como la yema de huevo podrida. En cambio, veo espirales sanas de color turquesa brillante por los bordes, lo que me dice que tenías una cosa buena que se ha echado a perder. ¿No?

Se trataba de una suposición fácil, obviamente, pero me gustaba mi exposición de colores, me parecía apropiada.

Me fulminó con la mirada. Había dado en la diana.

—Siento las mismas vibraciones contigo que con mi madre: esa piel de gallina por los acordes de piano altos y fuertes. Estás desesperada, con un dolor intensísimo. No duermes.

La mención al insomnio siempre era arriesgada, pero solía valer la pena. La gente con dolor no suele dormir bien. Los insomnes suelen agradecer exquisitamente que se les reconozca la fatiga.

—No, no, yo duermo ocho horas —aseguró Susan.

—No es un sueño reparador. Tienes sueños desestabilizadores. Quizás no son pesadillas, tal vez ni siquiera los recuerdas, pero te despiertes rendida y dolorida.

Veis, la mayoría de las suposiciones malas se pueden arreglar. Esta mujer tenía cuarenta años y la gente de cuarenta años suele levantarse dolorida. Lo sé por los anuncios.

—Acumulas la ansiedad en el pescuezo —continué—. Además, hueles a flor de peonía. ¿Tienes un niño?

Si no tenía ninguno, pues diría:

—Pero quieres uno.

Y ella podría negarlo —no he pensado nunca en tener niños— y yo podría insistir y bien pronto la dejaría en entredicho porque pocas mujeres deciden no procrear sin espacio a la duda. Es un pensamiento fácil de implantar. Salvo que sea inteligente.

—Sí. Bien, dos: un hijo y un hijastro.

Hijastro, prueba con el hijastro.

—Algo va mal en tu casa. ¿Es el hijastro?

Se levantó y buscó su bolso.

—¿Cuánto te debo?

Me equivoqué. Pensaba que no la vería más. Sin embargo, cuatro días después, Susan Burke volvió.

—¿Las cosas pueden tener auras? —preguntó—. ¿Como los objetos? ¿O una casa?

Tres días después, también:

—¿Crees en los espíritus malignos? ¿Crees que esto existe?

Y de nuevo al día siguiente.

Había acertado con ella en la mayoría de cosas. Autoritaria; con padres exigentes; todo matrículas; de la *Ivy League*, la élite universidades del país; con una carrera relacionada con los negocios. Le hice la pregunta:

—¿A qué te dedicas?

Me soltó una larga explicación sobre reducir, reestructurar e intersecciones de clientes y, cuando frunció el ceño, se impacientó y dijo:

—Defino y elimino problemas.

Las cosas con el marido iban bien, excepto por el hijastro. Los Burke se habían mudado a la ciudad el año anterior y entonces el niño pasó de preocuparles a darles problemas.

—Miles es un buen niño. Soy la única madre que ha conocido, he estado con su padre desde que tenía seis años. Pero siempre ha sido frío. Está vacío por dentro. Me odio por decirlo. Quiero decir, introvertido es una buena palabra. Pero el año pasado, desde que nos mudamos... ha cambiado. Se ha hecho más agresivo. Siempre está enfadado. Es tan siniestro... Tan amenazante... Me da miedo.

El niño tenía quince años y lo acababan de mudar a la fuerza de las afueras a la ciudad, donde no conocía a nadie. Y encima ya de por sí era raro. Normal que estuviera enfadado. Habría ayudado que yo lo dijera, pero callé. Aproveché la oportunidad.

Hacía tiempo que intentaba entrar en el negocio de limpiar auras domésticas. Básicamente, cuando alguien se muda a un nuevo hogar, te llama. Andas por la casa, quemas salvia y espolvoreas sal y murmuras mucho. Un nuevo comienzo y eliminas cualquier mal energía que quede de los anteriores propietarios. Ahora que la gente volvía a vivir en el corazón de la ciudad, en las antiguas casas históricas, parecía como una industria en expansión que esperaba su momento. En una casa de cien años hay muchas vibraciones residuales.

—Susan, ¿has pensado que la casa está afectando al comportamiento de tu hijo?

—¡Sí! Sí, lo pienso. ¿Es una locura? Por eso..., por eso volví. Porque... había sangre en la pared. —Susan se incorporó, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Sangre?

Se incorporó y olí la menta que enmascaraba su aliento agrio.

—La semana pasada. No quise decir nada... Creía que pensarías que estaba loca. Pero había. Un hilo enorme del suelo al techo. ¿Estoy... loca?

Fui a su casa la semana siguiente. Aparcando en su calle pensé: será herrumbre, no sangre. Algo de las paredes al techo. A saber cómo se construyeron las casas antiguas. ¿Quién sabe que podía filtrarse después de cien años? La cuestión era saber cómo actuar. No estaba interesada en la mierda religiosa de exorcismos y la demonología. Creo que Susan tampoco lo quería. Pero me invitó a su casa y las mujeres así no invitan a mujeres como yo salvo que quieran algo. Comodidad. Me pasearía por el 'hilo de sangre', encontraría una explicación y, aun así, insistiría en que la casa necesitaba una limpieza.

Varias limpiezas. Todavía teníamos que hablar de dinero. Doce visitas por 2000 dólares me parecía un buen precio. Estirarlas una vez al mes, durante un año, y dar tiempo al niño para que pusiera en orden sus pensamientos y se adaptase a la nueva escuela y a los otros niños. Entonces se curaría y yo sería la heroína y muy pronto Susan me recomendaría a todas sus amistades ricas y nerviosas. Me podría montar el negocio por mi cuenta y cuando la gente me preguntase:

—¿A qué te dedicas?

—Soy empresaria —respondería con ese tono altivo de los empresarios.

Tal vez Susan y yo nos haríamos amigas. Tal vez me invitaría a un club de lectura. Me sentaría cerca de la chimenea y mordisquearía queso *brie* y diría:

—Tengo un negocio pequeño, soy empresaria, si hacéis el favor...

Aparqué, salí del coche e inspiré una optimista bocanada de aire primaveral.

Pero entonces encontré la casa de Susan. Me paré, la observé y tuve un escalofrío.

Era diferente del resto. La única casa victoriana en pie en una larga hilera de casas cuadradas de nueva construcción y, tal vez por eso, parecía viva y calculadora. La fachada de la mansión estaba totalmente hecha de piedra

tallada, con tantos detalles que mareaba: flores y filigranas, varillas y cintas que caían en picado. Dos ángeles a tamaño real enmarcaban la entrada, con los brazos hacia arriba y las caras fascinadas por alguna razón que no podía entender.

Miraba la casa y la casa me miraba a mí a través de unas largas ventanas funestas, tan altas que un niño podría ponerse de pie en el alféizar. De hecho, había uno. Veía la altura del cuerpo delgado: pantalones grises, jersey negro y corbata con un nudo perfecto al cuello. Un matojo de pelo oscuro le tapaba los ojos. Entonces todo se volvió borroso de repente, el niño bajó de un bote y desapareció detrás de las pesadas cortinas.

Los escalones en la mansión eran grandes y empinados. El corazón me latía con fuerza cuando llegué arriba, después de pasar los ángeles atemorizados, llegué a la puerta y toqué el timbre. Mientras esperaba, leí la inscripción tallada en la piedra que había junto a mis pies.

mansión carterhook
establecida 1893
patrick carterhook

La inscripción estaba escrita en una cursiva victoriana austera y una floritura como una pluma diseccionaba las dos jugosas letras o. Hacía que me quisiera proteger la barriga.

Susan abrió la puerta con ojos rojos.

—Bienvenida a la Mansión Carterhook.

Me recibió con una grandiosidad forzada. Me pilló mirándola; Susan no parecía estar bien nunca cuando la miraba, pero ni siquiera había fingido peinarse los cabellos y desprendía un olor nauseabundo y agrio. (Nada de ‘desesperanza’ ni ‘depresión’, solo aliento podrido y mal olor). Encogió los hombros sin fuerza.

—Ya he dejado de dormir.

El interior de la casa no se asemejaba en nada al exterior. Habían remodelado el interior y ahora parecía cualquier casa de un rico. Me hizo sentir más alegre. Podía limpiar este lugar: las luces de buen gusto empotradas, las barras y los electrodomésticos de acero inoxidable y las paredes lisas de madera de roble.

—Empecemos con el hilo de sangre —sugerí.

Subimos al segundo piso. Había dos más por encima. El vacío de la escalera estaba abierto y me asomé por los barrotes para ver una cara que me miraba desde el piso más alto. Tenía los cabellos y los ojos negros sobre una piel como la de una muñeca de porcelana antigua. Era Miles. Me observó durante un momento solemne y entonces desapareció de nuevo. Aquel niño conjuntaba a la perfección con la casa original.

Susan apartó un grabado de buen gusto en el rellano para que viera la pared entera.

—Aquí, era aquí mismo —señaló del techo al suelo.

Fingí examinarla a fondo, pero no había nada que ver. La había borrado del roce: todavía chorreaba la lejía.

—Puedo ayudarte —aseguré—. Hay un enorme sentimiento de dolor aquí mismo. Por todos los sitios de la casa, pero aquí seguro. Puedo ayudarte.

—La casa cruje toda la noche —explicó—. Quiero decir, parece que gima y no debería. Todo lo que hay es nuevo. La puerta de Miles se cierra de un portazo a horas extrañas. Y él..., está empeorando. Es como si algo se le hubiera metido dentro. Una oscuridad que lleva a la espalda. Como el caparazón de un insecto. Se escabulle. Como un escarabajo. Me mudaría, tengo tanto miedo que me mudaría, pero ya no tenemos dinero. Hemos gastado tanto en esta casa... Casi lo mismo que para renovarla y..., mi marido no me dejará, de todas maneras. Dice que Miles solo sufre dolores de crecimiento. Y que yo soy una mujer nerviosa y tonta.

—Puedo ayudarte —repetí.

—Te enseñaré toda la casa —respondió.

Recorrimos el recibidor largo y ancho. La casa era oscura. Aunque si te apartabas de las ventanas, la oscuridad descendía. Susan encendía las luces a medida que avanzábamos.

—Miles las apaga —explicó—. Y yo las enciendo de nuevo. Cuando le pido que las deje encendidas, hace como que no sabe de qué le hablo. Aquí tenemos la sala de estar. —Abrió una puerta para descubrir una sala grande y tenebrosa con chimenea y estantes de pared a pared.

—Es una biblioteca —exclamé ahogando un grito de emoción.

Debían de tener mil libros. Libros gruesos, impresionantes, de gente inteligente. ¿Cómo guardas mil libros en una habitación y la llamas sala de estar?

Entré. Me recorrió un escalofrío dramático.

—¿Sientes esto? ¿Sientes la... pesadez del lugar?

—Odio esta sala —asintió con la cabeza.

—Tendré que prestar especial atención a esta sala —dije. Permanecería una hora cada vez y leería, leería lo que me apeteciera.

Volvimos al recibidor, que estaba oscuro de nuevo. Susan suspiró y empezó a encender las luces. Escuchaba golpes de pies arriba, que corrían desatados por el pasillo. Pasamos por una puerta cerrada a mi derecha y Susan llamó.

—Jack, soy yo.

Se escuchó el ruido de una silla echada hacia atrás, el chirrido de un cerrojo y entonces abrió la puerta otro niño, unos años más joven que Miles. Se parecía a su madre. Sonrió a Susan como si no la hubiera visto en un año.

—Hola, mamá —saludó. La abrazó—. Te he echado de menos.

—Este es Jack y tiene siete años —lo presentó.

Lo despeinó.

—Mamá tiene que hacer un trabajito con su amiga —dijo Susan, que se arrodilló a la altura de sus ojos—. Acaba los deberes de lectura y merendaremos.

—¿Echo el cerrojo? —preguntó Jack.

—Sí, echa el cerrojo siempre, cariño.

Volvió a andar cuando escuchamos el cerrojo.

—¿Por qué echa el pestillo?

—Miles no quiere a su hermano.

Debe de haberme visto el ceño fruncido: ningún adolescente quiere a su hermano pequeño.

—Tendrías que haber visto lo que Miles hizo a la canguro que no le gustaba. Es una de las razones por las que no tenemos dinero. Facturas médicas. —Se giró hacia mí con brusquedad—. No tendría que haber dicho esto. No fue... grave. Debió de ser un accidente. Ya no sé más, de verdad. Tal vez solo estoy como un cencerro.

Se rio con crudeza. Se frotó un ojo.

Llegamos al final del pasillo, donde había otra puerta cerrada con llave.

—Te enseñaría la habitación de Miles, pero no tengo la llave —se excusó con simplicidad—. Además, tengo demasiado miedo.

Forzó otra risa. No era convincente: no tenía la energía suficiente ni siquiera para una carcajada. Subimos al siguiente piso, que tenía habitaciones con tapices y mobiliario victoriano sin ningún orden. También una sala en la que solo había una bandeja de arena.

—Para nuestro gato Wilkie —explicó Susan—. El gato más afortunado del mundo: una habitación propia para su propia mierda.

—Ya le encontrarás un uso.

—En realidad es un buen gato. Tiene casi veinte años.

Sonreí como si fuera interesante y bueno.

—Obviamente, tenemos más lugar del que necesitamos —explicó Susan—. Creo que pensábamos que vendría otro..., tal vez adoptado, pero no traería a otra criatura a esta casa. Así que vivimos en un almacén muy caro. A mi marido sí que le gustan sus antigüedades.

Me lo imaginaba como el típico marido estirado. Un hombre que compraba antigüedades, pero que no las buscaba él mismo. Debía de tener una decoradora con estilo y gafas de pasta haciendo todo el trabajo y ella le debía de haber comprado esos libros también. He escuchado que se puede hacer esto: comprar libros al peso y convertirlos en muebles. La gente es estúpida. No entenderé jamás lo estúpida que es la gente.

Subimos un piso más. El de arriba del todo era un ático grande con baúles en las paredes.

—¿No son estúpidos los baúles? —cuchicheó—. Dice que le da un poco de autenticidad al lugar. No le gustó la restauración.

La casa había sido un acuerdo: el hombre la quería *vintage* y Susan la quería a la última moda, así que pensaron que la escisión entre el exterior y el interior lo solucionaría. Los Burke, sin embargo, acabaron más resentidos que satisfechos. Millones de dólares gastados y ninguno de los dos era feliz. Los ricos malgastan el dinero.

Bajamos la escalera, estrecha y mareadora como la madriguera de un animal, y acabamos en una enorme cocina moderna y brillante.

Miles estaba sentado en el mueble de en medio de la cocina, esperando. Susan se sorprendió al verlo.

Era pequeño para su edad. Tenía la cara pálida, el mentón puntiagudo y ojos negros que reflejaban destellos como los de una araña. *Calculador. Extremadamente brillante, pero odia la escuela, pensé. No le prestan nunca suficiente atención, ni siquiera toda la atención de Susan sería suficiente. Con mala intención. Egocéntrico.*

—Hola, mamá —saludó. La cara se le transformó, con una sonrisa brillante y bobalicona—. Te he echado de menos.

El adorable Jack, de naturaleza dulce. Estaba haciendo una versión perfecta de su hermano pequeño. Miles fue a abrazar Susan y, mientras andaba, imitó la postura de Jack, infantil y con los hombros caídos. La rodeó con los brazos y se acurrucó en ella. Susan me miró por encima de su cabeza,

con las mejillas rojas de ira y los labios apretados, como si oliera algo apestoso. Miles la miró.

—¿Por qué no me abrazas?

Ella lo abrazó un instante. Miles la soltó como si se hubiera escaldado.

—He escuchado lo que le has contado —afirmó—. Sobre Jack. Sobre la canguro. Sobre todo. ¡Eres una arpía!

Susan se estremeció. Miles se giró hacia mí.

—Espero realmente que te vayas y no vuelvas. Por tu propio bien. —Nos sonrió a las dos—. Esto es un asunto familiar. ¿No crees, mamá?

Entonces se fue haciendo ruido con sus pesados zapatos de cuero hacia arriba por la escalera, muy recto. Sí que se escabullía como si llevase el caparazón de un insecto duro y brillante.

Susan miró al suelo, suspiró y me miró.

—Quiero tu ayuda.

—¿Qué opina tu marido de todo esto?

—No lo hablamos. Miles es su niño. Él lo crío. Cada vez que hago la mínima crítica, dice que estoy loca. Dice mucho que estoy loca. Una casa embrujada. Tal vez lo estoy. De todas maneras, siempre está viajando, ni sabrá que has estado aquí.

—Puedo ayudarte —reiteré—. ¿Hablamos del precio en un momento?

Aceptó el dinero, pero no el horario.

—No puedo esperar un año a que Miles mejore; podría matarnos a todos antes. —Soltó una carcajada. Acepté ir dos veces a la semana.

Solía ir de día, cuando los niños estaban en clase y Susan en el trabajo. Sí que limpiaba la casa, en el sentido de que la lavaba. Quemaba salvia y esparcía sal de mar. Hervía espliego y romero y pasaba un trapo por aquella casa: paredes y suelos. Y entonces me sentaba en la biblioteca y leía. También cotilleaba. Encontré un montón de fotos de Jack sonriendo, unas pocas antiguas de Miles haciendo muecas, un par de Susan melancólica y ninguna del marido. Lo sentía por Susan. Un hijastro enfadado y un marido que siempre estaba fuera, no me extrañaba que la mente se le fuera a lugares oscuros.

Y aun así, aun así, yo también sentía algo: la casa. No era necesariamente malévola, sino... consciente. Sentía que me vigilaba, ¿tiene sentido? Me acosaba. Un día pasaba un trapo por el suelo y, de repente, sentí un dolor cortante en el dedo del medio, como si me lo hubieron mordido y, cuando lo aparté, sangraba. Me lo envolví fuertemente con un trapo limpio, contemplé como la sangre se filtraba y sentí como si algo de la casa estuviera satisfecho.

Cogí miedo. Intenté luchar contra el miedo. Tú has inventado todo esto, me dije, así que acáballo.

Era la sexta semana y hervía espliego en la cocina una mañana —Susan estaba en el trabajo y los niños en clase— cuando sentí una presencia detrás de mí. Me giré y encontré a Miles con el uniforme de la escuela, examinándome, con una sonrisa en la cara. Tenía en las manos mi ejemplar de *Vuelta de tuerca*.

—¿Te gustan las historias de fantasmas? —Sonrió.

Me había rebuscado el bolso.

—¿Por qué estás en casa, Miles?

—He estado estudiándote. Eres interesante. Sabes que una cosa mala está a punto de pasar, ¿verdad? Tengo curiosidad.

Se me acercó y yo me aparté. Se puso junto a la olla en la que hervía agua. Las mejillas se le tornaron rojas por el calor.

—Intento ayudar, Miles.

—Pero ¿estás de acuerdo? ¿Lo percibes? ¿El mal?

—Lo percibo.

Contempló la olla de agua. Pasó un dedo por el canto y entonces lo apartó, rosa. Sus ojos oscuros y brillantes de araña me recorrieron.

—No eras como yo pensaba que serías. De bien cerca. Pensaba que serías... sexi —pronunció la palabra con ironía y sabía lo que quería decir: sexi como una adivina en Halloween. Brillo de labios, cabellos largos y pendientes de aro—. Pareces una canguro.

Di un paso atrás. Había herido a la última canguro.

—¿Intentas darme miedo, Miles?

Ojalá pudiera acercarme a la cocina y apagar el fuego.

—Intento ayudar —dijo—. No te quiero por aquí. Si vuelves, morirás. No quiero decir nada más. Pero te he advertido.

Se giró y abandonó la cocina. Cuando sentí que subía la escalera, eché el agua hirviendo por el desagüe y corrí al comedor a por el bolso y las llaves. Tenía que irme. Cuando agarré el bolso, mi nariz se llenó de un olor dulce y fétido. Había vomitado dentro: encima de las llaves, la cartera y el teléfono. No podía coger las llaves sin tocar el vómito.

Susan entró por la puerta, desesperada.

—¿Está aquí? ¿Estás bien? —preguntó—. Me han llamado de la escuela y me han dicho que Miles no ha aparecido. Debe de haber salido por la puerta principal y vuelto a entrar por detrás. No le gusta que vengas. ¿Te ha dicho algo?

Escuchamos escándalo en la planta superior. Llantos. Subimos la escalera corriendo. En el pasillo, colgando de un gancho metálico, había un muñeco primitivo y diminuto hecho con tela. Tenía una cara dibujada con rotulador. Una soga con hilo rojo. Escuchamos un grito en la habitación de Miles, al final del pasillo. ¡Nonooooooooo, arpía, arpía!

Esperamos en la puerta.

—¿Quieres hablar con él? —pregunté.

—No —respondió.

Volvió al recibidor con lágrimas en los ojos. Quitó el muñeco de la luz.

—Al principio creía que era yo —dijo Susan, entregándomelo—. Pero yo tengo los cabellos castaños.

—Creo que soy yo.

—Estoy tan cansada de tener miedo —murmuró.

—Lo sé.

—No, no lo sabes —contestó—. Pero lo sabrás.

Susan se fue a su habitación. Yo fui a trabajar. Juro que trabajaba. Limpié cada centímetro de pared y suelo con romero y espliego. Esparcía la salvia y recitaba mis palabras mágicas, que eran galimatías, mientras Miles chillaba y Susan lloraba en las habitaciones por encima de mí. Entonces eché todo lo que tenía mi bolso impregnado de vómito a la pila y lo lavé hasta dejarlo limpio.

Mientras abría el coche cuando oscurecía, una mujer mayor, bien maquillada y con las mejillas redondas, me llamó desde el final de la calle. Salió disparada de entre la neblina, con una sonrisa pequeña en la cara.

—Solo quiero agradecerte lo que haces por esta familia. Para ayudar al pequeño Miles. Gracias.

Entonces se puso los dedos en los labios e hizo como si se los cerrara y se fue disparada antes de que pudiera contarle que no estaba haciendo nada para ayudar a esta familia.

Una semana después, cuando mataba el tiempo en mi apartamento minúsculo (una habitación, catorce libros), me di cuenta de una cosa. Había una mancha, como un charco diminuto, en la pared del lado de mi cama. Me recordaba a mi madre. A mi antigua vida. Tanta transacción —esta por eso, aquella por aquello— y ninguna de ellas había significado nada hasta ahora. Cuando la transacción estaba completada, la mente se me quedaba en blanco, esperando la próxima. Pero Susan Burke y su familia se quedaron conmigo. Susan Burke, su familia y aquella casa.

Abrí mi portátil antiguo y realicé una búsqueda: Patrick Carterhook. En un abrir y cerrar de ojos encontré un enlace a un artículo del Departamento de Inglés de una universidad: Un crimen victoriano auténtico: la espeluznante historia de la familia de Patrick Carterhook.

Estamos en el año 1893 y el magnate de los grandes almacenes Patrick Carterhook se muda a su espléndida mansión en el corazón de la ciudad con su encantadora esposa, Margaret, y sus dos hijos, Robert y Chester. Robert era un chico que preocupaba a sus padres por acosar a compañeros de clase y molestar a las mascotas del vecindario. Con doce años quemó uno de los almacenes de su padre y permaneció en la escena del crimen para ver las ruinas. Atormentaba al hermano pequeño siempre. Con catorce años, Robert demostró que era incapaz de controlarse. Los Carterhook decidieron apartarlo de la sociedad: en 1895 lo encerraron dentro de la mansión. No tenía que pisar la calle nunca más. Robert se convirtió en más y más violento en su cárcel de oro. Embadurnaba las pertenencias familiares con sus excrementos y vómitos. Una niñera acabó en el hospital con moratones y sin explicaciones: no volvió nunca. La cocinera también huyó una mañana de invierno. Se rumoreaba que había sufrido quemaduras de tercer grado de agua hirviendo en un ‘contratiempo en la cocina’.

Nadie sabe con exactitud qué ocurrió en aquella casa la noche del 7 de enero de 1897, pero los sangrientos resultados son indiscutibles. Descubrieron a Patrick Carterhook apuñalado hasta la muerte en su cama: el cuerpo tenía 117 heridas de cuchillo. Encontraron a la esposa de Patrick, Margaret, abatida por un hacha —que todavía tenía en la espalda— mientras huía por la escalera del ático; y el pequeño Chester, con diez años, estaba ahogado en la bañera. Robert se colgó de una viga en su habitación. Según parece, se había vestido para la ocasión: llevaba el traje azul de los domingos manchado con la sangre de los padres. Todavía estaba mojado de haber ahogado al hermano pequeño.

Debajo de la historia había una fotografía antigua y borrosa de los Carterhook. Cuatro caras formales y serias miraban desde la fachada de volantes victorianos. Un hombre esbelto de cuarenta años con una barba acabada en punta con ingenio; una mujer pequeña y rubia con ojos tristes y penetrantes, tan claros que parecían blancos; y dos niños: el pequeño rubio como su madre y el mayor con los ojos y los cabellos oscuros, una ligera sonrisa y la cabeza inclinada de una forma familiar. Era Miles. El mayor se parecía a Miles. No eran clavados, pero la esencia era la misma: la petulancia, la superioridad, la amenaza.

Era Miles.

Si quitas el maldito suelo y las baldosas manchadas de agua; si retiras las vigas que aguantaban el cuerpo de Robert Carterhook y demueles las paredes que absorbieron los gritos, ¿tumbas la casa? ¿Puede estar embrujada si han vaciado sus tripas, sus órganos internos? ¿O la maldad persiste? Aquella noche soñé que el muñeco pequeño abría la puerta de la habitación de Susan, se arrastraba por el suelo mientras dormía y se quedaba a su lado con un cuchillo jamonero reluciente que había cogido de la cocina de un millón de dólares. La habitación olía a salvia y espliego.

Me dormí por la tarde y desperté en la oscuridad, en medio de una tormenta eléctrica. Miré el techo hasta que salió el sol, me vestí y conduje hasta la Mansión Carterhook. Dejé las hierbas inútiles en casa.

Susan abrió la puerta con ojos húmedos. La cara pálida le brillaba por la oscuridad de la casa.

—Sí que eres vidente —murmuró—. Estaba a punto de llamarte. Ha empeorado, no se ha detenido.

Se dejó caer en el sofá.

—¿Jack y Miles están?

Susan asintió con la cabeza y levantó un dedo.

—Miles me dijo anoche, muy sereno, que nos mataría. Me preocupó de verdad... porque... Wilkie... —Volvía a llorar—. ¡Oh, Dios mío!

Un gato entró en la sala sin hacer ruido. Extenuado y con las costillas marcadas, era un gato viejo y Susan lo señaló.

—Mira qué le ha hecho... al pobre Wilkie.

Lo miré de nuevo. En el lomo del animal solo había un mechón deshilachado de pelo. Miles le había cortado la cola.

—Susan, ¿tienes un ordenador portátil? Tengo que enseñarte una cosa.

Me condujo a la biblioteca y me senté en un escritorio victoriano que era claramente del marido. Apretó un interruptor y unas llamas se encendieron en

la chimenea. Pulsó una tecla y el portátil brilló. Le mostré a Susan la página web y la historia de los Carterhook. Sentía su aliento caliente en el pescuezo mientras leía.

—¿Robert Carterhook no te recuerda a nadie? —señalé la fotografía.

—¿Qué significa? —Susan asintió con la cabeza como si estuviera en tránsito.

La lluvia salpicaba los vidrios negros de las ventanas. Anhelaba un día claro y nítido. La carga de la casa era insoportable.

—Susan, me caes bien. No me cae bien casi nadie. Quiero lo mejor para tu familia. Y no creo que sea yo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que necesitas a alguien que te ayude. Yo no puedo. Hay algo malo en esta casa. Creo que te tendrías que ir. ¡Qué más da lo que diga tu marido!

—Pero si nos vamos..., Miles vendrá con nosotros.

—Sí.

—Entonces... ¿se curará? ¿Si se va de esta casa?

—Susan, no lo sé.

—¿Qué dices?

—Digo que te hace falta alguien más que yo para arreglar esto. Yo no estoy capacitada, no puedo solucionarlo. Creo que te tienes que ir esta noche. Vete a un hotel. Dos habitaciones. Cierra con cerrojo la puerta adyacente. Entonces..., ya veremos. Pero lo único que puedo hacer por ti es ser tu amiga.

Susan permaneció recta, con las manos en la garganta. Se alejó de mí, murmuró *perdóname un momento* y desapareció por la puerta. Esperé. La muñeca me volvía a latir con fuerza. Miré alrededor de la habitación llena de libros. No había parte para mí. Tampoco recomendaciones a amistades ricas y nerviosas. Estaba arruinando mi gran oportunidad, le daba una respuesta que no quería. Sin embargo, me sentí, por una vez, decente. No me decía que era decente, me sentía.

Vi pasar a Susan en un parpadeo hacia la escalera. Miles pasó detrás de ella.

—¡Susan! —grité.

Me levanté, pero no me atrevía a salir de la habitación. Sentí murmurar. Urgente o enfadado. Después nada. Silencio. Nada. Salí. Pero tenía demasiado miedo para aventurarme sola por el oscuro pasillo.

—¡Susan!

Un niño que atemorizaba al hermano pequeño y amenazaba a la madrastra. Que me había dicho, serenado, que moriría. Un niño que cortaba la cola de la mascota familiar. Una casa que atacaba y manipulaba a los habitantes. Una casa que ya había visto cuatro muertos y quería más. Tranquila. El pasillo todavía estaba oscuro. No había ninguna señal de Susan. Me levanté. Empecé a andar hacia la puerta.

Miles apareció de repente en la puerta, estirado y tenso, con el uniforme escolar, como siempre. Me bloqueaba la salida.

—Te dije que no volvieras nunca y has vuelto una y otra vez —dijo razonable, como si le hablara a un niño al que castigaban—. ¿Sabes que estás a punto de morir, verdad?

—¿Dónde está tu madrastra, Miles? —retrocedí. Él caminó hacia mí. Era un niño pequeño, pero me daba miedo—. ¿Qué le has hecho a Susan?

—Todavía no lo has entendido. Esta noche es cuando morimos.

—Lo siento, Miles. No pretendía molestarte.

Rio y los ojos se le cerraron de la risa.

—No, me malinterpretas. Ella te matará. Susan está a punto de matarte a ti y a mí. Mira la habitación. ¿Crees que estás aquí por accidente? Mira más cerca. Mira los libros de más cerca.

Había mirado los libros de cerca. Cada vez que limpiaba, miraba todos los libros y los codiciaba. Imaginaba robar uno o dos para mi pequeño club de libros con...

Con Mike. Mi cliente preferido. Todos los libros que había leído con Mike durante los últimos años estaban aquí. *La dama de blanco*, *Vuelta de tuerca*, *La maldición de Hill House*. Me había felicitado cuando los había visto:

Era inteligente por haber leído tantos de los libros de la biblioteca de esta gente elegante. Yo no era, sin embargo, una rata de biblioteca culta, solo una puta bendita en la biblioteca adecuada. Miles sacó una fotografía del cajón del escritorio, una fotografía de boda. La puesta de sol veraniega detrás de la novia y el novio hacía que la luz reflejara y creara un velo en las caras. Susan era una versión alegre, seductora y preciosa de la mujer que conocía. ¿El novio? A penas le reconocí la cara, pero sin duda conocía su polla. Hacía dos años que le hacía pajas al hombre de Susan.

Miles me miraba, con los ojos entreabiertos, como un cómico que esperaba que el público entendiera el chiste.

—Está a punto de matarte y estoy convencido de que también me matará a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Está llamando al teléfono de emergencias ahora mismo. Me ha dicho que te cerrase el paso. Cuando suba, te disparará y contará a la policía una de estas dos opciones. En la primera, eres una artista de la estafa que asegura tener poderes psíquicos para aprovecharse de las personas emocionalmente vulnerables. Aseguraste a Susan que podías ayudar a su hijo con problemas mentales y ella confió en ti pero, en lugar de eso, solo has venido a esta casa a robarle. Cuando se enfrentó a ti, te pusiste violenta, me disparaste y ella te disparó en defensa propia.

—Esa no me gusta. ¿Cuál es la otra opción?

—Que en realidad eres de confianza. Creíste de verdad que la casa estaba embrujándome. Pero resultó que yo no estaba embrujado, sino que soy un sociópata adolescente normal y corriente. Ella y yo forcejamos con la pistola y me disparó en defensa propia.

—¿Por qué querría matarte?

—No me quiere, nunca me ha querido. No soy su hijo. Intentó enviarme con mi madre, pero mi madre no tenía ningún interés. Entonces intentó enviarme a un internado, pero mi padre dijo que no. Y tanto que me quiere muerto. Ella es así. Es como se gana la vida: define y elimina problemas. Es práctica de una forma malvada.

—Pero parece tan...

—¿Mosquita muerta? No lo es. Quería que lo creyeras. Es una ejecutiva bonita de éxito. Siempre va por delante, la condenada. Pero hacía falta que sintieras que te aprovechabas de alguien más débil que tú. Que tú partías la pana. ¿Me equivoco? ¿No va de esto tu negocio? ¿Manipular lo manipulable?

Mi madre y yo habíamos jugado a ese juego durante una década: vestirte y actuar como gente que daba pena. No lo había visto venir.

—Quiere matarme... ¿por tu padre?

—Susan Burke tenía el matrimonio perfecto y tú lo arruinaste. Mi padre la ha abandonado. Se ha ido.

—Estoy segura de que unas pocas... relaciones no son la razón por la que tu padre se ha ido.

—Es la razón que ella ha decidido creer. Es el problema que ha definido y ha planeado eliminar.

—¿Tu padre sabe que estoy aquí?

—Todavía no, es cierto que siempre está de viaje. ¿Y cuando mi padre se entere de que estamos muertos y escuche la historia de Susan? Cuando ella le cuente que tenía tanto miedo y fue al negocio de la vidente por la tarjeta en su

ejemplar de *Rebecca* y pidió ayuda, desesperada..., imagina esa culpa. Su hijo ha muerto porque él quería una paja. Su esposa obligada a defender su familia y a matar porque le hicieron una paja. Ese horror y culpa: nunca se lo compensará. De esto se trata todo.

—¿Así me encontró? ¿Con la tarjeta del negocio?

—Susan encontró la tarjeta. Pensó que era extraño. Sospechoso. A mi padre le encantan las historias de fantasmas, pero es la persona más escéptica del mundo, él nunca visitaría a una adivina de manos. Salvo que... no fuera realmente una quiromante. Lo siguió. Pidió una cita. Y entonces saliste tú de la habitación del fondo con su ejemplar de *La dama de blanco* y lo supo.

—Confía en ti.

—Al principio me lo tomé como un cumplido. Sin embargo, me di cuenta de que intentaba distraerme. Me contó su plan de matarte para que no me diera cuenta de que yo también moriría.

—¿Por qué no me disparó en un callejón por la noche?

—Porque entonces mi padre no sentiría dolor. ¿Y si la ven? No. Quería matarte aquí, donde todo la hacía parecer la víctima. En realidad, es la manera más fácil de hacerlo. Así que se inventó esa historia de la casa embrujada para atraerte aquí. La mansión Carterhook, que da tanto miedo.

—Pero ¿y los Carterhook? Leí sobre ellos en Internet.

—Los Carterhook son ficción. Quiero decir, existieron, supongo, pero no murieron como tú leíste.

—¡Leí sobre ellos!

—Leíste sobre ellos porque ella lo escribió. Es Internet. ¿Sabes lo fácil que es crear una página web? Y después pones enlaces a esa página para que la gente la encuentre, crea la historia y la añade a sus páginas web. Es muy fácil. Especialmente para alguien como Susan.

—Aquella fotografía, parecía...

—¿No has ido nunca a un rastro? Hay cajas y cajas de zapatos llenas de esas fotos antiguas, a un dólar cada una. Es fácil encontrar a un niño que se parezca a mí. Especialmente si tienes una persona que quiere creer. Una imbécil. Como tú.

—¿Y la pared que sangraba?

—Esto solo te lo contó. Crea ambiente. Quería que vinieses y que creyeras. Le gusta joder a la gente. Quería hacerse amiga tuya, que te preocupases por ella y entonces, bum, que tengas ese momento de *shock* cuando te des cuenta de que estás a punto de morir y de que habías tenido

miedo de la cosa equivocada. Tus sentidos te habían traicionado. —Me sonrió.

—¿Quién le cortó la cola al gato?

—Es un manés, idiota, no tienen cola. ¿Puedo contestar las preguntas de camino? Preferiría no esperar a morir aquí.

—¿Quieres venir conmigo?

—A ver: irme contigo o quedarme aquí y morir. Sí, me gustaría irme contigo. Ya debe de haber finalizado la llamada. Debe de estar al final de la escalera. Ya he enganchado la escalera de incendios a mi habitación.

Los tacones de Susan resonaban por la sala de estar. Dos pisos por debajo y moviéndose deprisa.

—Por favor, llévame contigo —suplicó—. Por favor. Solo hasta que mi padre vuelva a casa. Por favor, tengo miedo.

—¿Y Jack?

—Quiere a Jack. Solo nos quiere muertos a nosotros.

Escuchaba los pasos de Susan un piso por debajo. Subiendo.

Nos escabullimos por la salida de incendios. Fue muy dramático.

Estábamos en mi coche, alejándonos antes de que me diera cuenta de que no sabía hacia dónde cojones conducía. La cara pálida de Miles reflejaba las luces que pasaban como una luna enfermiza. Las gotas le caían de la frente a las mejillas y la barbilla.

—Llama a tu padre —ordené.

—Mi padre está en África.

La lluvia golpeaba contra mi diminuto techo. Susan Burke (esa magnífica artista de la estafa) me había infundido tanto miedo a la casa que no me había dado cuenta. Ahora podía pensar: una mujer exitosa se casa con un hombre rico. Tienen un bebé que es un verdadero encanto. La vida es bonita excepto por una cosa: el hijastro rarito. La había creído cuando me había dicho que Miles siempre había sido frío con ella. Estoy segura de que ella siempre fue fría con Miles. Estoy segura de que intentó deshacerse de él desde el principio. Alguien tan calculador como Susan Burke no querría criar al hijo excéntrico y complicado de otra mujer. Susan y Mike fueron tirando, pero su crueldad hacia el primogénito de él infectó pronto la relación. Él se aparta. Cuando le toca, le deja frío. Él viene a visitarme. Y continúa visitándome. Tenemos suficientes cosas en común, con los libros puede engañarse pensando que es una relación de algún tipo. Las cosas con Susan continúan estropeándose. Él se muda. Deja a Miles porque viaja al extranjero: cuando vuelva, lo solucionará. (Esto es pura suposición, pero el Mike que yo conocí,

el que reía como un bobalicón cuando se corría, parecía un tío que salvaría a su hijo). Por desgracia, Susan descubre el secreto y me culpa a mí de destrozar su matrimonio. Imaginad esa ira: una mujer de los suburbios de la ciudad masturbaba a su marido. Y ahora tenía un niño repulsivo que odiaba y una casa que no le gustaba. ¿Cómo resolver el problema? Empieza a maquinar. Me atrae a mí. Miles me advierte con un estilo esquivo, jugando conmigo y disfrutando del juego un poco. Susan cuenta algo a los vecinos — ha venido a ayudar al pobre Miles— así, cuando se sepa la verdad —que soy puta y ahora estafadora—, ella parecerá desafortunada, digna de lástima, patética. Y yo pareceré lo peor. Es la forma perfecta de cometer un asesinato.

Miles me miró con su cara enorme de luna y sonrió.

—¿Sabes que ahora eres en esencia una secuestradora?

—Supongo que tendremos que ir a la policía.

—Tenemos que ir a Chattanooga, Tennessee —dijo con impaciencia, como si se retrasase en un plan a largo plazo—. El Sauce de Sangre es allí este año. Siempre es en el extranjero: es la primera vez que lo hacen en los Estados Unidos desde 1978.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Es la convención más grande sobre temas sobrenaturales del mundo. Susan dijo que no podía ir. Así que tú puedes llevarme. Pensé que te gustaría: te encantan las historias de fantasmas. Puedes coger la autopista si giras en esa tercera farola a la izquierda.

—No te llevaré a Chattanooga.

—Será mejor que me lleves. Ahora mando yo.

—Eres un niño iluso.

—Y tú una ladrona y una secuestradora.

—No soy ninguna de esas cosas.

—Susan no llamó al teléfono de emergencias porque estuviera a punto de matarte. —Rio—. Llamó al teléfono de emergencias porque le dije que te había pillado robando. Resulta que ha perdido algunas joyas. —Se golpeó los bolsillos de la americana. Escuché un ruido metálico—. Ahora debe de haber subido para descubrir que una adivina del futuro, puta y ladrona, ha secuestrado a su hijastro problemático, así que tendremos que ser fugitivos unos días. Esto está bien: el Sauce de Sangre no empieza hasta el jueves.

—Susan quería matarme porque descubrió lo que pasaba entre tu padre y yo.

—Puedes decir paja, sabes. No me ofende.

—Susan lo descubrió.

—Susan no descubrió nada. Es increíblemente idiota para ser inteligente. Yo me enteré. Siempre le cojo los libros a mi padre. Yo descubrí la tarjeta del negocio, yo encontré tus notas en los márgenes. Yo fui a tu puesto de trabajo y me lo imaginé. Una parte de lo que dijo Susan es verdad: ella no piensa que yo sea raro. Cuando nos mudamos aquí, después de que le dijera que no quería, fui muy claro al respecto, empecé a hacer que pasasen cosas en la casa. Solo para joderla. Yo creé esa página web. Yo. Yo inventé la historia de los Carterhook. Yo te la envié solo para ver si ella la descubría de una vez y nos marchábamos. Pero no pasó, ella se creyó tus mentiras.

—Así que Susan decía la verdad sobre las cosas terribles de la casa. ¿De verdad la amenazaste con matar a tu hermano?

—Dice más sobre ella que me creyera que lo que dice sobre mí.

—¿De verdad tiraste a la canguro por la escalera?

—Por favor, cayó ella. No soy violento, solo inteligente.

—¿Y aquel día, con el vómito en el bolso, tu ataque en el piso de arriba y el muñeco que colgaba de la luz?

—El vómito fui yo porque no me escuchabas. No te ibas. El muñeco también. Y la cuchilla en el suelo que te cortó el dedo. Esa es en realidad una idea inspirada por las estrategias bélicas de los antiguos romanos. ¿No has leído nunca...?

—No. ¿Y tu grito? Parecías muy furioso.

—Oh, fue real. Susan me había cortado la tarjeta de crédito y la había dejado en el escritorio. Intentaba encerrarme en casa. Entonces me di cuenta de que tú me sacarías de esa estúpida casa. Necesito a un adulto para hacer cualquier cosa, de verdad: conducir un coche, alquilar una habitación de hotel. Soy demasiado pequeño para mi edad. Tengo quince años, pero aparento doce. Necesitaba a alguien como tú. Solo tenía que conseguir que me sacases de esa casa y tú estabas preparada. Porque sabes que no irás a la policía. Supongo que alguien como tú tiene una ficha policial.

Miles tenía razón. La gente como yo no va nunca a la policía, porque no nos sale nunca bien.

—Gira a la izquierda para coger la autopista sin peaje —ordenó.

Giré a la izquierda.

Cogí su historia, la cambié y la inspeccioné. Espera, espera.

—Espera. Susan dijo que le habías cortado la cola al gato. Tú me has dicho que era un manés...

Entonces sonrió.

—¡Ja! Muy bien. Así que alguien te miente. Supongo que tendrás que decidir qué historia crees. ¿Quieres creer que Susan está loca o que lo estoy yo? ¿Qué opción te hace sentir más cómoda? Al principio, creí que sería mejor si pensabas que Susan era la loca: suponía que simpatizarías con mi difícil situación y que seríamos amigos. Colegas de viaje en la carretera. Pero entonces pensé que tal vez es mejor si piensas que soy yo el malvado. Tal vez así hay más posibilidades de que entiendas que aquí mando yo... ¿Qué piensas?

Conduje en silencio mientras repasaba las opciones que tenía.

—Quiero decir, creo que realmente ganamos todos —Miles me interrumpió—. Si Susan es la loca y nos quiere muertos, nos vamos.

—¿Qué le dirá a tu padre cuando vuelva a casa?

—Depende de qué historia quieras creer.

—¿Tu padre está en África de verdad?

—No creo que mi padre sea un factor por el que te tengas que preocupar para tomar una decisión.

—De acuerdo, ¿qué pasa si tú eres el loco? Tu madre nos enviará a la policía.

—Para en el aparcamiento, en la iglesia.

Lo miré y busqué un arma. No quería ser un cadáver del que se deshacen en el aparcamiento de una iglesia abandonada.

—Hazlo, ¿vale? —dijo Miles, brusco.

Paré en el aparcamiento de la iglesia con ventanales junto a la entrada de la autopista. Miles salió a la lluvia, subió la escalera y se guareció. Sacó el móvil de la americana e hizo una llamada de espaldas a mí. Estuvo un minuto al teléfono. Entonces lanzó el móvil al suelo, lo pisó varias veces y corrió hacia el coche. Hacía un olor inquietante de primavera.

—De acuerdo, acabo de llamar a mi nerviosa madrastra. Le he dicho que tú me asustaste. Estoy harto de la casa y de sus cosas extrañas, su hábito de traer a casa gente tan desagradable y, entonces, me fui y estoy viviendo con mi padre, que acaba de volver de África y por eso me quedaré con él. No llama nunca a mi padre.

Y reventó el móvil para que no pudiera ver si realmente había llamado a Susan o si seguía actuando.

—¿Qué dirá tu padre?

—Recuerda que cuando tienes dos padres que se odian y siempre están trabajando o viajando y te quieren fuera de sus vidas, puedes decir muchas cosas. Tienes mucho margen para trabajar. Así que no hace falta que te

preocupes. Vuelve a la autopista, hay un motel en tres horas. Tiene televisión por cable y un restaurante.

Volví a la autopista. El niño era más astuto a los quince que yo con el doble de su edad. Empezaba a pensar que todo esto se convertía en una cosa legal y benevolente, sobre pensar en los demás y *hacer culos gordos*. Empezaba a pensar que este niño podía ser un buen compañero. Este adolescente minúsculo necesitaba a un adulto para moverse por el mundo y no había nada mejor para una estafadora que un niño.

—¿A qué te dedicas? —preguntaría la gente.

—Soy madre —respondería.

Pensad en todas las cosas de las que podría escabullirme, qué trapicheos podría llevar a cabo si la gente pensaba que solo era una madre dulce.

Además, esa convención del Sauce de Sangre sonaba bien. Llegamos al motel tres horas después, como Miles había pronosticado. Cogimos habitaciones adyacentes.

—Buenas noches —me deseó Miles—. No te vayas por la noche o llamaré a la policía con la historia del secuestro. Prometo que es la última vez que te amenazo. No quiero ser un imbécil. ¡Pero tenemos que ir a Chattanooga! Nos lo pasaremos de categoría, te lo juro. No me puedo creer que vaya a ir. ¡He querido ir desde que era un niño! —Hizo un extraño baile de emoción y se fue a su habitación.

El niño era agradable. También un posible sociópata, pero muy agradable. Tuve un buen presentimiento sobre él. Iba con un niño inteligente a un lugar donde todo el mundo quería hablar de libros. Al fin dejaría la ciudad por primera vez en mi vida y tenía la nueva perspectiva de ‘mamá’ para trabajar. Decidí no preocuparme: tal vez no sabría nunca la verdad sobre los sucesos en la mansión Carterhook (qué línea tan buena, ¿eh?). Pero o estaba jodida o sin joder, y elegí creer que estaba sin joder. Había convencido a mucha gente de muchas cosas en mi vida, pero esta sería mi mejor hazaña: convencerme de que hacía una cosa razonable. No decente, razonable.

Me acosté y miré la puerta de la habitación adyacente. Comprobé la cerradura. Apagué la luz. Contemplé la puerta adyacente.

Corrí el pestillo de la puerta.

No había que preocuparse de nada.

Matthew Hughes

Matthew Hughes nació en Liverpool, Inglaterra, pero ha vivido la mayor parte de su vida adulta en Canadá. Trabajó de periodista, como escritor de discursos de los ministros de Justicia y Medioambiente canadienses y como autónomo y escritor de discursos políticos en la Columbia Británica antes de dedicarse a escribir ficción a tiempo completo.

Sin duda, fuertemente influido por Jack Vance, Hughes consiguió una reputación como autor detallando las aventuras de canallas como Luff Imbry, el maestro del crimen de la Tierra Antigua, que vive en una época anterior a *The Dying Earth* en una serie de novelas y novelas cortas que incluyen *Fools Errant*, *Fool Me Twice*, *Black Brillion*, *Majestrum*, *Hespira*, *The Spiral Labyrinth*, *Template*, *Quartet and Triptych*, *The Yellow Cabochon*, *The Other* y *The Commons* y las colecciones de historias cortas *The Gist Hunter and Other Stories*, *9 Tales of Henghis Haphorn* y *The Meaning of Luff and Other Stories*.

Sus libros más recientes son las novelas de su trilogía de fantasía urbana *To Hell and Back: The Damned Busters*, *Costume Not Included* y *Hell to Pay*. También escribe género policiaco como Matt Hughes y en la televisión firma como Hugh Matthews.

Para un ladrón abandonado a su suerte y a la fuga a través de un peligroso bosque embrujado con solo unas pocas monedas en la cartera, encontrar un valioso objeto mágico puede ser un golpe de suerte. O tal vez no.

LA POSADA DE LAS SIETE BENDICIONES

Matthew Hughes

El ladrón Raffalon dormía al calor del mediodía, detrás de unos helechos, a poca distancia del camino del bosque, cuando el ruido de la lucha lo despertó. Se revolvió y desenvainó despacio el puñal por si lo necesitaba. Después se quedó quieto e intentó ver a través de los helechos entrelazados.

Las figuras se peleaban y las voces hablaban indistintamente, alternando sílabas sibilantes con guturales. Un grito amortiguado, como el de un hombre con la boca tapada, seguido del plaf seco de una madera contra un cráneo humano.

Raffalon no tenía intención de ayudar. Las voces que había escuchado eran de los Vandaayo, cuya frontera no andaba muy lejos. Los guerreros Vandaayo solo dejaban su tierra por razones rituales, siempre en grupos de seis y nunca sin sus garfios, redes y garrotes. Sus festividades estacionales consistían en consumir carne humana y, si Raffalon hubiera intentado intervenir en la cosecha que ocurría al otro lado del matorral, solo habría conseguido convertirse en un extra para la despensa de los merántropos, aquellas bestias que solo tenían una parte de hombre.

Aguardó a que atasen, colgasen y se llevaran al pobre cautivo y esperó un poco más de tiempo: los Vandaayo podrían pensar que en el lugar del bosque donde habían encontrado a un imbécil podrían encontrar a otro. Solo cuando comprobó que los gorriones y los bichos reanudaban sus actividades se levantó y se dirigió hacia el camino.

Lo encontró vacío, excepto por las posesiones del viajante desafortunado que ahora se llevaban hacia el este, a la Tierra de los Vandaayo. Examinó los bienes dispersos: una cartera de cuero rozada, una botella de agua y un bastón de madera tallado a mano, liso en la parte superior. Con poca expectación, se agachó y clasificó el contenido de la cartera: solo encontró una camisa de calidad mediocre, un juego para hacer fuego peor que el suyo y un objeto de madera más largo que ancho, grabado y del tamaño de su mano.

Estudió el grabado. Formaba un friso de figuras humanas y animales que se conectaban las unas con las otras con formas que algunos habrían catalogado de obscenas, pero que para el ojo sofisticado de Raffalon eran

inverosímiles desde un punto de vista anatómico. En un rombo, en el centro, había un ideograma grabado más profundo que desconcentró al ladrón.

La sensación de desconcierto hizo que la boca de Raffalon se abriera de par en par por el placer. El objeto poseía propiedades mágicas. Debía de tener algún valor en el bazar de Puerto Thayes, a menos de un día de camino en la dirección que llevaba. Cada vez había más magos. Giró el objeto para ver si había algo por el otro lado. Mientras lo hacía, algo se movió débilmente en el interior.

Una caja, pensó. Mejor. Le dio la vuelta y la examinó desde diferentes ángulos, pero no encontró juntas ni bisagras ni ninguna forma aparente de abrirla. Todavía mejor, una caja puzle.

El día mejoraba. Para Raffalon, había empezado con una fuga en el bosque a primera hora, con solo dos monedas de cobre en el portamonedas y media barra de pan duro en la bolsa de la comida. Había discutido con un granjero sobre el destino final de un pollo que el ladrón había encontrado en el corral de un gallinero poco. Ahora era mediodía y, a pesar de que el pollo se había quedado en el corral, se había comido el pan mientras se iba. Todavía tenía las monedas y había conseguido una caja que ya tenía valor en sí misma y que, además, podía contener cualquier cosa.

La cartera también podía ser útil. Se colgó la correa al hombro después de tirar la camisa, que era demasiado grande y apestaba a cuerpo sin lavar. Destapó la botella y olió el contenido con la esperanza de que contuviera vino o cazalla, pero se decepcionó al encontrar solo agua. Aun así, la metió en la bolsa de cuero y, después de un momento, decidió dejar también el bastón aunque tenía cuestas empinadas por delante y la tierra se elevaba antes del camino que descendía al valle fluvial de Thayes: era mejor tener el puñal a mano.

Estudió la caja y notó un punto desgastado por un lado. Lo apretó. No pasó nada. Lo rozó, de nuevo sin resultado. Entonces intentó hacerlo deslizar hacia un lado y hacia el otro. Oyó un clic minúsculo dentro. Un trozo de madera se movió a un lado y descubrió un agujero del tamaño de una aguja.

Raffalon no tenía ninguna aguja, pero tenía el puñal y todo un bosque hecho de madera. Cortó una rama de la medida apropiada, la insertó en el agujero y apretó. Una cara se abrió. Cuando el ladrón aplicó presión aquí y allá, el lado cortado de la caja se movió y descubrió un recipiente que se movía con una bisagra secreta.

Dentro había un forro de felpa morado, con un hueco en el que descansaba una estatuilla de madera tallada del tamaño de su pulgar. Parecía

un personaje pequeño, calvo, probablemente varón, con la cabeza inclinada de manera benévola y la boca tenía una sonrisa indulgente de oreja a oreja. Raffalon extrajo la talla para examinarla mejor.

Con la punta de los dedos tocó la madera y un hormigueo ligero, que conforme avanzaba se hacía más fuerte, le recorrió los dedos, la palma y el brazo. Alarmado, intentó lanzarla de manera instintiva, pero encontró que los dedos no le obedecían. Mientras tanto, la sensación de hormigueo, que había evolucionado a un temblor en todo el cuerpo, alcanzó su punto más álgido. Durante un instante, el ladrón vibró en medio del camino del bosque. Los ojos le daban vueltas y paró de respirar, sus rodillas se bloquearon y parecía que un fuerte viento le atravesaba el cráneo de izquierda a derecha.

Las sensaciones acabaron abruptamente y recuperó el control del cuerpo, excepto cuando volvía a intentar lanzar la talla. El brazo le obedecía, pero la mano no. La extremidad apretó con fuerza la madera y la voluntad de Raffalon no bastó para abrirla.

Mientras tanto, escuchó una voz:

—Deberíamos ir haciendo camino. Cuando los Vandaayo están de caza, de nada sirve vagar.

Con poca esperanza, el ladrón se giró. Pero no había nadie. Las palabras se habían formado en la mente sin que las orejas participasen. Las manos se abrieron y se dirigió al objeto que descansaba en la palma:

—¿Qué eres?

—Es una larga historia —se excusó la voz—. Me falta energía para contarla.

Raffalon estaba de acuerdo en lo de vagar. Retomó la marcha en dirección a Puerto Thayes, mirando a izquierda y derecha todo el sendero del bosque. Pero solo había dado dos o tres pasos cuando sus piernas se detuvieron para girar y volver por el camino por el que había venido.

—Por el otro camino —ordenó la voz—. Tenemos que rescatar a Fulferin.

Una imagen apareció en la mente de Raffalon: un hombre alto y desgarbado con ropa de cuero, una gran mandíbula y la mirada perdida. El ladrón zarandeo la cabeza para deshacerse de la imagen no deseada (rescatar a un gilipollas no aparecía en su itinerario), pero luchaba sin éxito por recuperar el control de los miembros inferiores.

—Malgastas energía que necesitarás cuando alcancemos a los Vandaayo —le advertía la voz en la cabeza.

Otra imagen se le creó en la pantalla mental: media docena de guerreros Vandaayo jorobados, calvos, las orejas y los dientes en punta y las pieles

manchadas de verde claro y oscuro. Corrían por una senda del bosque y dos de ellos llevaban un fardo dentro de una red colgada de una tabla.

No intentó disipar la visión, sino que la examinó con interés. No conocía a nadie que hubiera tenido nunca una visión nítida de los Vandaayo; de manera sistemática, aquellos que los veían de cerca veían muy poco a partir de ese momento, excepto los restos del carnicero, al lado del caldero comunitario.

Raffalon sabía lo mismo que todos: que eran una especie creada por Olverion el Arquetipo, un mago soberbio de una época antigua que había pretendido que los merántropos fuesen un tormento para sus enemigos. Por desgracia, el brujo calculó mal algún elemento del proceso de formación y suya fue la primera carne que las criaturas probaron.

Los esfuerzos agotadores y repetidos de las comunidades de la zona consiguieron confinar a los antropófagos en el valle salvaje que había sido el dominio de Olverion. Aun así, todos los intentos de adentrarse en el valle y eliminar a los monstruos de una vez por todas habían acabado en matanzas sangrientas: el mago no había escatimado a la hora de inculcar a las criaturas un talento para el arte de la guerra y una genialidad perfecta para las emboscadas.

Al final, se estableció una tregua sin declarar. Los términos eran que los barones locales no conducirían a las tropas al valle siempre que los Vandaayo no molestasen a sus pueblos y villas. Los merántropos solo cogerían la carne festiva del camino que atravesaba el bosque al oeste del valle y en el sendero que conducía a las montañas en el nordeste. Los habitantes sabían las épocas del año en las que los Vandaayo cazaban y evitaban esas vías en esas épocas. Los vagabundos y bandoleros del estilo de Raffalon el ladrón y de Fulferin, el hombre del dios, tenían la posibilidad de arriesgarse.

La imagen de los antropófagos se desvaneció de la mente de Raffalon cuando las piernas le dirigieron hacia el lugar en el que habían tomado a la víctima. Sin ninguna pausa, se apartó del camino del bosque, atravesó unos cuantos matorrales y casi inmediatamente se encontró en el sendero de caza. Vio heces de ciervos, pero también el rastro de los pies planos de los Vandaayo, reconocibles al instante por las huellas puntiagudas y con forma de membrana que habían dejado en el suelo con la garra del dedo grande del pie.

El rastro llevaba a la Tierra de los Vandaayo. Raffalon también vio gotitas de sangre en un matorral junto al sendero. Así que detectados estos detalles, se entregó a la persecución a zancadas.

Dentro de los confines de la mente, dijo:

—¡Espera! ¡Tenemos que encontrar un lugar tranquilo y hablar de este asunto!

El paso no aflojó, pero la voz en la cabeza contestó:

—¿Qué tenemos que hablar?

—¡Si triunfarás sin mi cooperación!

El hombre sintió que la deidad lo estaba pensando.

—De acuerdo. Pero me agotará la energía... Encontremos un lugar apartado.

El sendero les condujo a través de un claro tranquilo bifurcado por un riachuelo serpenteante. El ladrón vio un sauce de ramas gruesas y exclamó:

—¡Esto sirve!

Se agachó debajo las ramas del sauce, se sentó en una de las raíces rugosas y miró a través de la cortina verde de hojas hasta que se aseguró de que era el único ocupante del claro. Entonces se dirigió a la pequeña pieza de madera tallada a mano y repitió la pregunta original:

—¿Qué eres?

—Menos de lo que fui, menos de lo que seré.

Raffalon mascullo. Por su experiencia, las entidades que hablaban de una manera tan elevada tendían a tener una alta consideración de ellas mismas, inversamente proporcional a la falta de preocupación por aquellos que les hacían de subalternos; de hecho, incluso por la continuación de su existencia.

Por otro lado, la determinación del captor por rescatar al desafortunado Fulferin denotaba cierta consideración por las necesidades ajenas. Tal vez podía negociar los términos. Se lo propuso a la pieza de madera.

—No veo la necesidad de términos —dijo la voz, con un tono desesperadamente calmado—. Fulferin necesita que le rescaten. Estás entre dos compromisos: el uno es un alto imperativo, el otro es mera vacuidad.

—¿Quién dice que estoy entre dos compromisos?

—Tengo acceso a los sótanos de tus recuerdos, por no mencionar los contenidos de tu carácter, que ni aguanta que lo mencione. Fulferin tiene una categoría superior —la voz tomó un tono distante.

—Fulferin cuelga de una red de los Vandaayo y pronto hervirá a fuego lento en una olla: no es una categoría a la que aspiren los grandes hombres.

Las piernas se le estiraron y se encontró abandonando el sauce.

—Espera —llamó—. Ya has perdido una bestia de carga. Si me pierdes a mí, crees que podrás apoderarte de uno de esos caníbales para...

—Fulferin no es ninguna bestia de carga —aseveró la voz—. Es un devoto, un discípulo. Conoce el rito que restablecerá mi nombre.

—Aun así, está camino de cenar con los Vandaayo, cosa que me dice que al menos uno de los dos tenía demasiada prisa.

Las piernas se pararon.

—Tienes razón. Habla.

—¿Te hace falta Fulferin? —preguntó el ladrón—. Si solo necesitas transporte...

—Fulferin es indispensable. Solo él es versado en el ritual.

—¿De forma que lo tengo que rescatar de los Vandaayo?

—He dicho que es una orden.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que arriesgar mi vida?

—Por razones que van más allá de tu comprensión. Asuntos sublimes y sin par.

—Asuntos divinos —supuso Raffalon—. Eres un tipo de deidad venida a menos, probablemente reducida a un solo devoto. Y ni siquiera eres capaz de mantenerlo fuera de la olla.

—No tienen que cocinar a Fulferin.

—¿Qué puedes hacer para evitarlo?

—Enviarte.

—Pero yo no quiero.

—Un problema que tengo que trabajar.

—Cosa que nos devuelve a la cuestión de los términos.

Raffalon percibió, por el silencio en la cabeza, que la entidad estaba considerando el problema. Entonces escuchó:

—¡Habla, pero afánate!

—Quieres que rescate a tu devoto. Yo quiero vivir —exigió.

—Está bien. Intentaré por todos los medios mantenerte vivo.

Las piernas del ladrón se volvieron a mover.

—¡Espera! —llamó—. ¡La mera supervivencia no es suficiente!

—¿No valoras tu propia existencia?

—Ya la tenía antes de conocerte. Si estoy a punto de arriesgarme en tu nombre, merezco una recompensa.

Volvió a sentir que el otro lo sopesaba. Entonces escuchó:

—¿Qué tienes en mente?

—Riqueza. Una enorme riqueza es siempre bienvenida.

—No tengo poder sobre cosas físicas grandes —explicó la voz—, solo sobre ciertos atributos de individuos que estén relacionados con la corriente de las cosas fenomenales.

—¿Quieres decir que no puedes entregarme montones de objetos preciosos?

—Ni siquiera cantidades pequeñas.

El ladrón pensó y preguntó:

—¿Qué ‘atributos de individuos’ puedes alterar? ¿La fuerza de diez hombres, la habilidad de volar, la impermeabilidad a armas puntiagudas? Todas esas me servirían.

—Por desdicha, ninguna de esas entra dentro de mi ámbito.

Raffalon se dio cuenta de que sería mejor formular la pregunta desde el lado de los proveedores:

—Exactamente, ¿qué puedes ofrecer?

—Mis poderes afectan el campo de las probabilidades —explicó la deidad.

—¿Quieres decir que conviertes las cosas improbables en probables?

—Sería más preciso decir que puedo ajustar las probabilidades, de forma que afecten a una determinada persona.

Raffalon se volvió más optimista.

—¿Así que podrías arreglarlo para que ganase la lotería comunitaria de Zagothian?

—Diré la verdad —afirmó la voz—. En mi condición actual, a lo sumo podría reducir las posibilidades de millones contra una a miles contra una.

—¿Pero aun así las reducirías?

—Sí.

—¿Así que eres un dios de la suerte, pero solo en cosas pequeñas?

—A día de hoy, mi potencia se ha reducido. Fulferin me ayudará a restaurar mis poderes.

—Si sobrevive —matizó el ladrón. Entonces le vino un pensamiento—. No le trajiste suerte.

—No había invocado mi ayuda. Actuó con..., supongo que tengo que denominarlo entusiasmo. Además, tengo que conservar mi fuerza. La caja me ayuda al actuar de aislante.

Raffalon pensó solo un momento y dijo:

—Lo resumiré. Deseas que arriesgue mi vida, en circunstancias en las que un resultado malo sería particularmente espeluznante y doloroso. En cambio, te asegurarás que, a lo largo del camino, no me golpee el dedo gordo del pie contra nada ni pierda el peine.

—En una competición muy disputada, puedo poner la balanza a tu favor.

—Yo contra media docena de Vandaayo hambrientos no es mi definición de disputado.

—Estos son los únicos términos que puedo ofrecer.

—Me controlas el cuerpo. ¿No puedes al menos alterarlo? —Raffalon se tocó la prominente nariz—. ¿Tal vez hacer algunas partes más pequeñas? —Se agarró otro órgano—. ¿O hacer esto más prodigioso?

—Solo controlo ciertos intersticios de tu cerebro que generan un campo que puedo aumentar.

—Y solo cuando mi carne toca tu imagen —siguió el ladrón, haciendo memoria.

—No. Una vez los altero, permanecen alterados para siempre.

—Vale más esto que un puñetazo en el ojo —se resignó el ladrón—. Aun así, no es el mejor pacto que he hecho.

—Es el mejor que puedo ofrecer. Por otro lado, no hace falta que lo ofrezca. Puedo obligarte siempre que tu carne toque mi portal.

—¿El portal?

—El eidolon de madera.

—Ya. —Raffalon apartó las ramas del sauce, caminó por el claro y cruzó al sendero. Vio más manchas de sangre, que debían de ser de Fulferin—. Si tu devoto sobrevive y completa el ritual del que hablas, ¿tus poderes se incrementarán?

—Oh, sí. Se multiplicarán.

—¿Que pasará, entonces, con la lotería de Zagothian?

—Ganarías algo.

—¿Siempre que comprara?

—Siempre.

El hombre se adentró en el sendero.

—¿Y esta suerte se aplicaría a mis otros afanes?

Pensaba en ocasiones pasadas en las que un poco de ayuda de un dios de la fortuna habría sido útil, incluida una fuga desesperada que le había traído a un periodo considerable de rutina de esas prisiones llamadas ‘contemplarium’.

—Tendrías que rescatar a Fulferin para que pueda cumplir los requisitos del rito.

—Entonces ese tiene que ser nuestro pacto.

Señaló con la nariz, todavía prominente, la dirección de la Tierra de los Vandaayo y siguió el sendero. Después de unos pasos, aventuró:

—Quizás estarías mejor viajando en tu caja de forro de felpa.

—No. Entonces podrías decidir no cumplir nuestro pacto.

Como su misión había sido un éxito, los Vandaayo no habían hecho una gran caminata. Ni tampoco habían vigilado la retaguardia del sendero, ya que las posibilidades de que alguien deseara seguir la misma senda que seis de su clase, eran demasiado pequeñas para mirar por encima de sus verdes hombros. Así que, hacia el final de la tarde, mientras Raffalon descendía una pendiente hacia el valle, vio a través de los árboles un movimiento en la vegetación al otro lado del terreno. Los merántropos marchaban a un ritmo constante hacia lo alto de una pendiente que hacía zigzag fuera del valle. En una curva muy pronunciada del sendero, el ladrón vio como la banda paraba y transfería la carga que colgaba de la tabla de un par de cargadores a la de otro.

Raffalon tenía una idea aproximada de lo lejos que estaba la Tierra de los Vandaayo y no creía que los secuestradores de hombres pudieran cruzar la frontera antes de que se hiciera de noche. Pensó que era probable que parasen antes de que se hiciera oscuro; esta parte del bosque se había quedado sin habitantes después de los cálculos erróneos de Olverion y las enormes bestias depredadoras que ahora vagaban no tenían ningún inconveniente en cenar carne fresca.

Recortó la distancia con ellos hasta que escuchó los gruñidos y los jadeos de aliento encima, a una curva o dos del sendero.

A medida que se hacía de noche, escuchó diferentes ruidos y avanzó para descubrir que la senda cruzaba otro claro. Los Vandaayo habían parado y estaban recogiendo leña para el fuego y helechos para las almohadas. Fulferin, todavía envuelto en la red que lo había capturado y atado a una tabla, yacía inerte junto al rastro.

Raffalon se colocó detrás de un árbol y observó como los merántropos hacían un buen fuego. Lo rodearon y se sentaron con las piernas cruzadas en círculo a su alrededor. Habían traído bolsas muy anchas de cuero de las que sacaban trozos de carne con mal olor y botellas de arcilla. A los ruidos de desgarrar la carne y sorber los líquidos se unieron los de las llamas, seguidos de gruñidos y eructos y algún bramido ocasional cuando un Vandaayo prestaba demasiada atención a los avituallamientos de otro.

Ya era de noche. Al oír un ruido del otro sendero, los merántropos se pusieron en alerta. Dejaron las comidas sin acabar y se levantaron, en guardia. Unos pocos segundos después, se relajaron un poco, pues un segundo grupo

de Vandaayo emergió del bosque, con su propia tabla de contribución al banquete ritual.

Se saludaron, o al menos esto es lo que Raffalon pensó que el torrente de gruñidos señalaba. Aun así, se dio cuenta de que los dos grupos no se mezclaban y que el grupo que había seguido no se relajó del todo mientras los recién llegados empezaban a reunir leña para un segundo fuego y hojas para sus propias camas. De hecho, dos de los que habían llegado primero abandonaron la hoguera comunitaria y fueron a agacharse junto al pobre Fulferin, mientras que el otro grupo ponía a su cautivo lo más lejos posible del campamento, todo lo que la claridad les permitía.

La última luz desaparecía del manto de hojas encima de la cabeza del ladrón. Observó los procedimientos mientras los recién llegados se preparaban su propia cena y los dos grupos se preparaban para la noche, cada uno de ellos tomaba la posición de dormir junto al fuego y enfrente de los otros. Así pues, entre las dos hogueras había un espacio ancho de hierba aplastada que claramente era zona sin Vandaayo.

—Mmm —se dijo el ladrón. Después de mirar algo más, se adentró más en el bosque y habló bajito a la pequeña deidad—. Necesitaré las dos manos.

Sintió que la mano que sostenía la deidad se levantaba y le llegaba al escote de la túnica. Un momento después, la pieza de madera cayó hasta descansar junto a la barriga. La voz en la cabeza dijo:

—Siempre que alguna parte de mí toque alguna parte de tu cuerpo, tendré el control.

—¿Estás dentro de la madera en realidad? —Se despertó el interés del ladrón.

—Estoy donde estoy. El eidolon abre un... conducto entre aquí y allí. Ahora, por favor, sigue con el rescate.

Raffalon encogió los hombros y retrocedió en el sendero hasta llegar al lugar donde había cruzado un curso de agua pequeño. Se arrodilló y metió la mano en el agua, tocó el fondo del riachuelo y encontró lo que necesitaba. Se levantó y miró alrededor. Cincuenta pasos más allá, un árbol majestuoso lleno de hojas formaba un arco sobre el riachuelo. Fue, rebuscó la cartera y sacó una cuerda con nudos resistentes rematada con un gancho. La lanzó a las ramas y, con la suerte de su lado, se agarró con seguridad al primer intento.

Dejó la cuerda colgando y volvió al lado del claro, con la cartera de Fulferin que pesaba más debido a unos guijarros, que hicieron que pasara de la anchura de la uña del dedo pulgar a casi la de su puño.

Dentro de la línea del árbol, trazó círculos furtivamente alrededor del claro hasta que encontró el árbol que más le servía para sus propósitos. Escaló hasta que encontró un espacio cómodo entre dos ramas y con buena visión de los dos campamentos. Entonces se serenó y esperó.

La noche se lanzó sobre el claro. Los fuegos de los Vandaayo eran minúsculos y se avivaban. Entonces se hacían minúsculos de nuevo. En ese momento, todos los antropófagos se habían acurrucado o espatarrado por la hierba, excepto uno de cada grupo. Raffalon se dio cuenta de que estos centinelas no estaban de cara a la oscuridad exterior ni a las amenazas que podían rondar, sino que se miraban el uno al otro.

Esperó hasta que vio que uno se levantaba a por leña para la hoguera. Mientras la figura jorobada se doblaba para elegir la longitud de la madera, el ladrón cuchicheó a la deidad:

—Un poco de suerte para ahora.

Lanzó un guijarro a la oscuridad. El misil formó un arco a través del aire oscuro y escuchó un puf satisfactorio al chocar contra la calva del Vandaayo.

—¡Oi! —gimió el centinela herido y añadió un torrente de sonidos guturales dirigidos al Vandaayo de enfrente.

El centinela del otro grupo miró y, a pesar de que no pudo averiguar la causa del dolor del otro, aprovechó para reírse. El centinela al que le había golpeado la cabeza volvió a su posición y lanzó la leña al fuego. Se agachó, frotándose la herida, y miró a través de sus ojos entreabiertos al homólogo, mascullando lo que Raffalon tomó por promesas funestas de venganza.

El ladrón esperó a que el segundo centinela fuera a por leña. Cuando este se detuvo a coger un tronco, Raffalon lanzó otra piedra. Oyó el ruido del impacto igual que el del primero: un grito de dolor recibido con risas y burlas del otro lado.

El Vandaayo recién herido se situó entre los fuegos y dirigió miradas al que se burlaba, acompañadas de movimientos de mandíbula y movimientos de puño. El receptor de esas atenciones replicó con palabras, gestos y enseñando su culo verde, que hizo sonar con palmadas.

Cuando el primer Vandaayo al que el ladrón había atacado le dio la espalda al segundo, Raffalon lanzó otro guijarro más grande desde la oscuridad. Golpeó con un sólido puf en la cabeza del que se golpeaba las nalgas y provocó un nuevo bramido de ira y dolor.

El Vandaayo herido se giró y cargó a través de la zona neutral, con su mano buscando un garrote enganchado en la correa que le rodeaba la cintura. El de enfrente desenvainó su arma, un garrote hecho de piedra gris, y

berreando un grito de guerra se afanó en atacar al asaltante. Se encontraron en mitad del claro con todo el fervor y una coordinación mediocre compensada por la enorme fuerza por la que los Vandaayo eran famosos.

El ruido despertó a los demás, que se levantaron parpadeando y mirando alrededor. Raffalon lanzó algunos misiles más en una rápida sucesión, incluido el guijarro más grande. Ayudado por la suerte del diosito, todos ellos encontraron un objetivo entre uno de los dos grupos somnolientos de merántropos. Una roca impactó con tanta fuerza que derribó al líder de los seis que habían capturado a Fulferin. Cuando los compañeros vieron al superior tirado en tierra y al centinela batallando, cogieron las armas y, aullando, cargaron contra los enemigos. Los enemigos, resentidos por las propias heridas, corrieron a por ellos.

Raffalon descendió con delicadeza del árbol y se giró para bordear el claro hasta el lugar en el que Fulferin yacía atado. Las piernas, sin embargo, le desobedecieron y se giró en la dirección contraria mientras la voz de la cabeza le explicaba:

—Quizás necesitemos algo para retrasar la persecución.

Mientras tanto, apareció una imagen de él y el devoto rescatado huyendo por el sendero mientras una persona desafortunada y mal definida se quedaba atrás para que los Vandaayo perseguidores se peleasen por ella.

—Eres un dios cruel —cuchicheó mientras se dirigía a por el otro cautivo.

—Soy, por naturaleza, un tipo de dios bueno que concede las pequeñas bendiciones dentro de mi poder —respondió—. Pero ahora hago lo que hace falta.

Raffalon no hizo más comentarios, sino que bordeó el claro intentando pasar desapercibido hasta que llegó a la forma tirada y envuelta en una red resistente y muy apretada por cuerdas trenzadas de cuero. Encontró el puñal y cortó la red cuchicheando:

—¡Ssst! Aquí llega el rescate. ¡Levántate y sígueme en silencio!

No podía ver a la figura con claridad tan lejos del fuego, pero reconoció el movimiento de la cabeza y escuchó un gruñido. Marchó por el claro hacia donde yacía Fulferin, consciente de que el cautivo liberado atravesaba los matorrales detrás de él. Encontró al hombre del dios, que luchaba contra las cadenas y mascullaba algo que sonaba como un hechizo.

—Tranquilo —cuchicheó—. Yo te liberaré y escaparemos mientras están ocupados batallando entre ellos.

—¡Rápido! —gritó el hombre encadenado—. Solo veo a seis en pie.

Raffalon usó el puñal y levantó la vista para ver que, en efecto, la lucha llegaba al final. Dos de los Vandaayo del grupo de Fulferin se daban la espalda, rodeados por cuatro de los enemigos. Era cuestión de tiempo antes de que se acabara y los vencedores fueran a ver qué premio habían ganado.

—Por aquí —indicó mientras Fulferin se ponía de pie.

Aunque los dos cautivos estarían agarrotados y con calambres por el confinamiento, le siguieron mientras bordeaba el resto del claro en busca del sendero que los devolviera al camino del bosque. Al sumergirse en la oscuridad del bosque nocturno, oía gruñidos e impactos. Un momento más tarde, el sonido desagradable de los Vandaayo celebrando el triunfo llegó a sus orejas y grito:

—¡Más rápido!

Llegaron al pequeño riachuelo donde había elegido las piedras y se giró para guiarlos hacia arriba del riachuelo con la cuerda con nudos.

—¡Escala! —ordenó a Fulferin. El hombre del dios había recobrado la fuerza porque escaló la cuerda como un acróbata en buena forma.

Raffalon se giró a la figura poco definida del segundo cautivo y dijo:

—Ahora tú.

Pero este, a pesar de que era más pequeño, tenía una condición física peor y le costó escalar. El ladrón escuchaba nuevos sonidos del campamento de los Vandaayo, bramidos de indignación y furia. En la oscuridad, buscó y agarró el torso del otro con ambas manos con la intención de proporcionar una propulsión extra. Su esfuerzo obtuvo recompensa y la persona, que ahora también podía emplear los pies y las manos en la cuerda con nudos, empezó a ascender.

Esperó hasta que los pies le pasaron por encima de la cabeza, se agarró al cáñamo y les siguió inquietado por la lentitud del escalador anterior a él mientras el sonido de los pasos de los Vandaayo llegaba por la dirección del claro. Llegó a la rama del gancho que enganchara la cuerda y se acercó a sus acompañantes:

—Vayamos más arriba, rápido, pero en silencio.

Escuchó un crujido al liberar el gancho y acercar la cuerda. Entonces se giró y, sin hacer ruido, escaló por el tronco del árbol y encontró dos manchas de oscuridad sentadas en dos ramas resistentes, con la espalda apoyada en el tronco.

—Silencio absoluto —murmuró al encontrar una posición privilegiada y quedarse quieto.

A través de las hojas veía la brillantez de las antorchas. Los Vandaayo venían por el riachuelo y se agachaban para husmear los bordes. Pasaron por debajo sin mirar hacia arriba.

El tiempo pasó y los buscadores volvieron con los hombros desplomados y se dirigían entre ellos con tonos que Raffalon interpretó como acusatorios. Uno empujó a otro y la antorcha de este cayó al riachuelo con un silbido. Mascullando, siguieron riachuelo abajo, hacia el sendero, y volvieron arrastrando los pies a su campamento.

—Esperaremos —explicó Raffalon en voz baja— hasta que se haga de día y entonces volveremos al camino hacia Puerto Thayes.

—De acuerdo —aceptó Fulferin.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo la segunda figura. Raffalon no se sorprendió de escuchar la voz de una mujer joven. Antes, cuando con las manos la había ayudado a que escalara por la cuerda, había encontrado dos partes suyas que, si bien eran más pequeñas de lo que le habría gustado, eran sin duda femeninas.

—Yo haré la primera guardia —propuso. Sintió que las respiraciones se relajaban y pensó que si tenía que abandonar a alguien ante los Vandaayo, preferiría dejar a Fulferin.

El dios pequeño le leyó los pensamientos. La voz sentenció:

—Hago lo que hace falta.

A primera hora escucharon a los Vandaayo marchar, pero esperaron en el árbol hasta media mañana. Descendieron y disfrutaron de un frugal desayuno de agua del riachuelo y marcharon en dirección contraria al curso de agua. Los merántropos estarían ansiosos por volver a llenar la despensa hurtada, explicó Raffalon a los otros. Los senderos y los caminos eran sus escenarios preferidos para las emboscadas. Además, el sonido del agua en movimiento disimularía el ruido de sus movimientos.

Anduvieron en silencio y en fila india un rato. Entonces el ladrón sintió que le estiraban de la manga. Fulferin dijo:

—Esto que llevas al hombro es mi cartera.

—Hay varias opiniones al respecto —espetó Raffalon—. La encontré abandonada, lo que me da derecho a...

Pero mientras hablaba, vio como sus manos descolgaban la bolsa de cuero y la entregaban al otro hombre.

Fulferin abrió la solapa y hurgó dentro de la cartera. Sacó la caja puzle y dio un grito de sorpresa triste al ver que su secreto se había revelado y que el compartimento interior de forro de terciopelo estaba vacío.

Lanzó una afilada pregunta con la mirada a su rescatador, pero la voz de la cabeza de Raffalon ya estaba ordenando:

—Entrégame a él.

El ladrón cumplió de buen grado, contento de volver a ser él mismo, pero observó a Fulferin con cuidado mientras la pequeña escultura cambiaba de manos. En realidad, notó que las manos no actuaban igual en los dos lados: el hombre desgarrado no tocaba la madera, sino la caja, para que Raffalon pudiera colocar el eidolon en su emplazamiento original. Entonces cerró la caja con cuidado y restableció las cerraduras ocultas.

Raffalon sintió el suspiro de alivio del otro hombre. Mientras Fulferin se colgaba la cartera al hombro, el ladrón estudió al hombre que había salvado. Le interesaba comparar la realidad con la imagen que el dios pequeño le había metido en la mente. No cuadraban. En lo referente al físico, Fulferin era igual, alto y enjuto, con dedos largos y protuberancias huesudas en las rodillas y los codos. Pero la cara era diferente. A Raffalon le había mostrado un visionario con cara de inocente, mientras el semblante que veía ahora era el de un hombre que calculaba con rigor y seguía el camino que sus cálculos le dictaban.

La mujer observó el intercambio y su actitud indicaba que no encontraba nada atractivo en esos dos hombres y que, a pesar de que uno de ellos la había rescatado, no habría elegido voluntariamente pasar tiempo con ninguno de ellos. Por su parte, Fulferin la ignoraba y fijaba todo su interés en la caja y lo que contenía.

Raffalon estudió a la mujer con tanta franqueza como ella lo había estudiado. Ya hacía tiempo que había abandonado la infancia, pero no tenía aspecto de matrona, con los ojos muy juntos, la nariz puntiaguda y unos labios que se convertían con facilidad en una sonrisa burlona. Vestía mejor que la hija de un granjero, pero no con tanto lujo como la hija de un mercader. Cuando volvió a mirarla a la cara, sus ojos se encontraron y se presentó:

—Soy Raffalon, ya me conoces como a un hombre de recursos y valor. Él es Fulferin, devoto de un dios. ¿Cómo te llamas y qué condición social tienes?

—Erminia —respondió—. Mi padre es hostelero, tiene una posada, el Gorrión Gris, en Fosseth.

—¿Cómo te capturaron los merántropos?

—Mi padre me envió a buscar setas para el banquete de Reeve.

—¿Cuando los Vandaayo cazaban? —Raffalon frunció el ceño.

—La licencia de la posada se tiene que renovar el mes que viene. —Las comisuras de la boca le decayeron—. Mi padre valora sus posesiones con una escala propia.

—Tendríamos que partir —sugirió Fulferin, poniéndose la cartera en el pecho. El mentón señalaba el riachuelo—. ¿A dónde lleva esto?

—He visto mapas. —El ladrón encogió los hombros—. Va paralelo al camino del bosque. Algo más adelante fluye a través de un antiguo edificio abandonado después de los ligeros errores de cálculo de Olverion. Si podemos encontrarlo, sería un buen lugar para permanecer protegidos hasta que nos aseguremos de que los Vandaayo se han ido a casa.

—Tengo que volver a Puerto Thayes lo antes posible.

Raffalon hizo un gesto con elocuencia a los matorrales hacia ambos lados del riachuelo. Fulferin se calmó, pero el ladrón vio un parpadeo de cálculo en esos ojos, que sin duda no eran místicos, y supuso que el mismo pensamiento de tener que dejar a alguien para los antropófagos acababa de cruzar la mente de Fulferin. El hombre del dios gesticuló de una manera que invitaba al rescatador a guiarlos.

Después de otra hora de caminata llegaron a una presa que cortaba el riachuelo en un lugar que debía de haber sido el principio de un tramo de rápidos antes de que colocasen la barrera. Cuando llegaron arriba, vieron que la presa había creado un lago largo y estrecho. En uno de los bordes, rodeado por jardines invadidos por malas hierbas, orquídeas y árboles frutales sin podar, había un conjunto en ruinas de muros de piedra cubiertos de parras, torres espirales, cúpulas, columnatas, peristilos y soportales.

Lo exploraron y descubrieron que habían construido una de las torres pensando en la defensa, probablemente hacía algunas generaciones, cuando los Vandaayo eran solo un incordio embrionario. Tenía una puerta resistente y bisagras tan gruesas que no se habían enmohecido. En el sótano, la comida almacenada hacía tiempo que se había podrido, pero el vino de uno de los barriles era todavía potable.

Erminia dijo que recogería fruta de los árboles si alguien la acompañaba y vigilaba. Raffalon se ofreció voluntario. Fulferin, por su parte, subiría al punto más alto de la torre, haría de centinela y los llamaría si veía que algún Vandaayo se acercaba. El ladrón desconfió del hombre del dios y cuando él y la mujer llegaron a los árboles frutales, se subió a un alto y vigiló.

Erminia encontró manzanas, caquis, karbas y ojos de sangre y los envolvió en su delantal. Llamó a Raffalon, que bajó a reunirse con ella. El

ladrón pensó que ese podría ser un momento ideal para poner a prueba hasta qué punto la mujer estaba agradecida por haberse librado de la olla de los Vandaayo. No era su tipo, pero era lo que tenía a mano.

Un momento después, con la cara ardiendo por un guantazo y con dolor de cadera por un rodillazo que había esquivado a tiempo, entendió que Erminia había definido bruscamente los límites. Irritado, consideró brevemente conseguir la ayuda de Fulferin para urdir una violación grupal del virgo de la hija del posadero. Sin embargo, pensar en cualquier trabajo cooperativo con el devoto del dios le dio más reparos que pensar en forzar a la mujer.

Mostró a Erminia las palmas en señal de rendición y la acompañó en el retorno a la torre, donde pasaron el cerrojo a la puerta y subieron la escalera de caracol hasta los aposentos de arriba del todo. Encontraron a Fulferin, que no estaba vigilando, sino espatarrado, muy cómodo, en un diván mugriento y bebía de un bote que había llenado con el abundante suministro del sótano.

Las ventanas no tenían vidrios, pero el tiempo era bueno. Raffalon despejó la mesa y Erminia desplegó la cosecha. Encontraron sillas y Fulferin se unió con el vino. La mujer joven fue a rebuscar en un escaparate y volvió a la mesa con un resistente cuchillo de cocinero. Pero, en lugar de cortar la fruta, les enseñó la punta a los dos de una manera significativa y se lo guardó en el delantal.

Comieron en silencio, pasándose el bote. El líquido hacía un regusto a vinagre, pero era bebible. Al final, con el estómago lleno y la sangre caliente por el vino, el ladrón se apartó de la mesa y observó al hombre del dios. Fulferin lo observó a él con una expresión que decía que no le gustaba la curiosidad de los desconocidos. Raffalon ignoró el rechazo insinuado y dijo:

—Tu dios ha hecho un pacto conmigo. Ahora que te he rescatado, estoy seguro de que querrás ayudarlo a cumplirlo.

—¿Qué pacto? —Los ojos místicos se entrecerraron.

—Es un dios de la suerte de las cosas pequeñas. Dijo que si te ayudaba, desde ese instante me bendeciría con su intervención. Creo que su influencia ya me ha servido y que crecerá todavía más cuando hayas revivido sus poderes.

Fulferin encogió los hombros. Estaba claro que no le despertaba ningún interés.

—¿De qué dios habla? —preguntó Erminia.

Fulferin no parecía dispuesto a responder. Raffalon describió con detalle la serie de acontecimientos que los habían juntado a todos. No encontró

oportuno mencionar la voluntad del dios de sacrificarla.

—¿Cuál es ese rito que restaurará la fuerza del dios? —La mujer prosiguió con sus cejas pobladas hacia abajo—. Y, por cierto, ¿cómo se llama el dios?

Raffalon se dio cuenta de que la pregunta no había aparecido en la conversación y se giró hacia Fulferin, con un interrogante en la cara. De nuevo, el hombre del dios no mostraba ningún interés en continuar la conversación, pero cuando lo presionaron respondió:

—Los dioses que no escuchan sus nombres de la boca de sus fieles, los olvidan despacio. Es muy similar a caer en un sueño profundo, del que es difícil que se despierten.

—¿Así que el rito lo despertará?

—No soy un experto. —El hombre del dios encogió los hombros.

Cuando el ladrón le hizo más preguntas, mostró irritación e hizo gestos que indicaban que el interrogatorio era una afrenta.

—¿Por qué eres tan reacio a responder? —preguntó Erminia—. ¿No eres un devoto de este dios, dedicado a restaurar sus poderes? ¡Habla!

Fulferin, sin embargo, calló. Con un gesto de enfado se levantó de la mesa, agarró la cartera y su precioso contenido y subió el tramo corto de escalera que acababa en una puerta que se abría a la terraza.

Raffalon lo vio marchar y pensamientos oscuros se apoderaron de él. Fulferin no era el hombre que el dios pensaba que era. Recordó el cuidado que había empleado el compañero para no tocar el ídolo, cosa que habría dado acceso a sus pensamientos más recónditos a la deidad.

El ladrón hizo un sonido pensativo con la garganta. Desvió la mirada hacia Erminia. La mujer, que estaba sentada con la barbilla en las manos y los codos en la mesa, también había contemplado la marcha de Fulferin. Ella desvió la mirada hacia Raffalon, inclinó la cabeza y movió la boca de una manera que significaba que sabía algo.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Qué sabes?

Pero la cara de ella decía que se reservaba la información.

—La próxima vez que rescate gente del caldero de los Vandaayo tendré que ser más exigente —gruñó Raffalon.

El comentario provocó una risilla de Erminia, pero sin humor. Ella cogió la última manzana y fue a sentarse en una de las ventanas abiertas, desde donde podía vigilar uno de los accesos a la propiedad. Raffalon se sentó a vigilar la parte contraria. A medida que avanzaba el día, tanto el uno como el

otro iban a la mesa para un sorbo de vino o una pieza de fruta, pero continuaban la vigilancia por separado.

Al hacerse de noche, Fulferin bajó de la terraza. No intentaron encender una hoguera porque no podían cubrir las ventanas. Raffalon dijo que él haría la primera guardia. Erminia dijo que ella haría la segunda. Fulferin se encogió de hombros y se acostó en el suelo, con la cartera que le hacía de almohada.

Después de tres horas sin incidentes, Raffalon despertó a la mujer, despacio, porque dormía con el cuchillo en la mano, y se dispuso a dormir. Fulferin roncaba muy fuerte en un rincón: había sido un día largo después de una corta noche de sueño y todo aquello del árbol. El ladrón cogió el sueño pronto.

Se despertó a la luz del día. Erminia lo zarandeaba.

—¡Levántate! —gritó—. ¡Ese bastardo nos ha traicionado!

Se puso de pie de un bote y la siguió a la ventana. El sol estaba un palmo por encima de las copas del bosque. Debajo, en un patio cubierto de hojas y adoquines, un fuego ardía y enviaba una alta columna de humo gris al aire. De Fulferin no había ni rastro.

—Los Vandaayo deben de haber visto ya el humo —supuso la mujer—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Raffalon ya se movía hacia la escalera. Recogió la cartera por el camino y bajó la escalera con Erminia pisándole los talones. En el piso de debajo encontró la puerta abierta y la cerradura embadurnada de barro.

Ya fuera, el ladrón apagó el fuego a patadas, fue a una valla del jardín perforada y miró por una de las aperturas. A través del lago vio movimientos entre los árboles. En un momento se transformaron en las figuras de los Vandaayo. Se sumergieron en el agua, puesto que confiaban en que la herencia anfibia de sus ancestros los haría flotar. No tardarían mucho en cruzar esa distancia.

—¡Corre! —gritó.

—Si tenemos suerte —dijo a la mujer mientras seguían el sendero que creía que los devolvería al camino a Puerto Thayes—, Fulferin habrá tomado este camino y lo atraparemos.

—¿Y entonces qué? —preguntó ella jadeando mientras se esforzaba en seguirle el ritmo.

—Entre los dos lo reduciremos y lo dejaremos igual que él nos hizo a nosotros.

—¿Entregarlo a los Vandaayo? De acuerdo.

El sendero era compacto y no mostraba ningún rastro. Aun así, Raffalon vio un guijarro al que le habían dado la vuelta, con el lado de atrás más oscuro que los guijarros de alrededor. Un poco más adelante vio un hilo enganchado en una espina. La influencia del dios de la suerte pequeña todavía permanecía con él.

Llegaron a un riachuelo más ancho y con piedras que lo cruzaban. Al aminorar la velocidad para pasar al otro lado, Erminia dijo:

—Sé una cosa de Fulferin que él no sabe que sé.

—¿Qué? —preguntó el ladrón—. ¿Y cómo?

—Pasó por Fosseth y por nuestra posada.

—No te ha reconocido.

—Yo casi siempre estoy relegada en la cocina, fregando con cepillo las ollas y echando a la basura restos mientras mi hermana, Elfrey (una rubia con los pechos como melones y unas caderas que atraen todas las miradas) atiende los clientes. Mi padre lo considera bueno para el negocio.

Raffalon estiró una mano para ayudarla a pasar el tramo en el que la corriente bajaba fuerte entre las piedras.

—¿Qué sabes de Fulferin?

—Solo que es un brujo principiante, como mucho.

Saltó con delicadeza.

—Dudo que conozca nada más que un puñado de hechizos menores, pero está al servicio de Bolbek, que se hace decir la Potencia, un mago poderoso en Puerto Thayes.

—¿Por qué Bolbek lo envía a través de Fosseth?

—Está en el viejo camino que va a las ruinas de Itharios.

El hombre las conocía: un lugar de muros rotos y pavimento levantado, devastado en un terremoto hacía milenios.

—¿Y?

—Fulferin hurga entre los antiguos templos en busca de efigies de dioses perdidos y las entrega al maestro. A pesar de que a veces excavan juntos.

—¿Para restaurar los poderes?

Ya habían cruzado. Ella negó con la cabeza.

—Tiene que ver con el poder, seguro, pero por lo que les escuché cuchichear una vez que pararon los dos en el Gorrión Gris, el mago usa a los dioses como una araña a una mosca.

—Ah —exclamó Raffalon. Como una vez lo encarcelaron y lo habían tratado de formas que no le habían gustado, tendía a ponerse del lado de las

moscas y rechazaba las demandas de las arañas—. ¿Ha engañado a los dioses?

—Supongo que incluso las deidades están dispuestas a creer lo que quieren creer, especialmente cuando están desesperadas por sobrevivir —aventuró ella—. Y cuando un mago poderoso oculta la verdadera naturaleza de su ayudante...

El hombre recordaba la imagen de un Fulferin inocente que el dios le había puesto en la mente.

—Mmm —pensó—, tendríamos que seguir.

Continuaron por el sendero a un buen ritmo. El ladrón siempre parecía colocar los pies en el lugar adecuado para la máxima tracción. Los matorrales no le impedían el paso. Se preguntó si su suerte pondría obstáculos en el camino de su presa y pensó que no podría. Sin embargo, tal vez fuera suficiente para mantenerlo fuera del alcance de los Vandaayo. Se preguntó si también había tenido suerte de encontrar a Erminia: había resultado ser una compañera útil.

Encontró otro guijarro girado y se detuvo a examinarlo. El revés mostrado todavía estaba mojado, a pesar de que el sol ya estaba alto y hacía calor. Se lo transmitió a la mujer:

—Ha aminorado. Cree que los Vandaayo ya nos tienen y no se esfuerza.

—Me da la impresión de que es de los que esperan que los asuntos se arreglen a su conveniencia —comentó ella.

Marcharon rápidos pero silenciosamente. El terreno tenía ahora más altibajos y pronto se vieron cruzando una sierra. A través de los árboles, Raffalon vio un movimiento por delante. Paró, miró y, en un segundo, se convenció.

—Aquí lo tenemos.

—Tiene las piernas largas —remarcó Erminia—. Si nos oye llegar, tal vez nos deje atrás.

El hombre se tomó un momento para darse cuenta de que fregar ollas con cepillo no le había disminuido la habilidad de concentrarse en lo que importaba. Mientras tanto, escaneaba el bosque a su alrededor en busca de cualquier oportunidad de ventaja.

Delante de ellos, la sierra y el sendero se juntaban en una ligera curva a la derecha. Si, rápido y en silencio, la atravesaban, tal vez saldrían al sendero por delante de Fulferin, que seguía deambulando.

—Por allí —dijo señalando.

Un árbol alto acababa de caer y había chafado lo que, de lo contrario, habría sido un matorral impenetrable. Cruzaron los matorrales y escalaron las raíces levantadas del árbol.

El tronco caído no tenía ramas en un buen tramo y, cuando encontraron el primer follaje, se toparon con una alfombra de musgo y líquenes. A continuación vieron lo que debía de haber sido alguna vez el curso de un arroyo seco, que seguía por un túnel bajo de ramas y acababa en un matorral con flores, a unos pocos pasos del sendero.

El hombre y la mujer llegaron a tiempo para ver a Fulferin, con sus rodillas huesudas, pasar a un ritmo tranquilo. No había tiempo para planear una estrategia. Simplemente salieron del escondrijo y se lanzaron encima del traidor. Raffalon atacó por arriba y Erminia por bajo y entre los dos derribaron al alto hombre. Por otro golpe de suerte, las rodillas del ladrón aterrizaron en el diafragma del ladrón del dios, dejándolo sin aliento, con un considerable jadeo.

Raffalon rebuscó en el portamonedas y sacó un trozo de cuerda. Con la ayuda de Erminia, levantó al mago, que respiraba rápido y con dificultad, y le anudó las muñecas y los tobillos. Entonces lo sentaron con la espalda apoyada en un terraplén. La mujer rasgó un trozo de la camisa de Fulferin y lo amordazó, no fuera cosa que les lanzara un hechizo para dañarles.

Mientras se encargaba de esto, Raffalon dijo:

—Si tan solo nos hubieses abandonado podría ser más indulgente. Pero ¿encender un fuego para atraer a los Vandaayo?

Se calló las consecuencias. Erminia fue más directa. Le pegó una patada en las costillas a Fulferin. A Raffalon le espetó:

—Vámonos.

El hombre atado hacía gestos como si quisiera contarles algo. Raffalon se encorvó y le quitó la mordaza, pero le puso el puñal en la garganta. El asistente de mago dijo:

—Mi maestro os pagará si me ayudáis a entregar lo que le traigo. —Al no ver ninguna reacción de sus captores, continuó—: El objeto completará un proyecto de gran importancia para él.

Raffalon levantó con esfuerzo la cartera del hombre.

—Me aseguraré de comentarle que pensaste en él hasta el final — pronosticó.

—¡Pero no sabéis quién es! —Una mirada astuta se apoderó de la cara de Fulferin.

—Yo no lo sabía —explicó el ladrón y señaló a la mujer con la cabeza—. Hasta que ella me lo dijo. —Le amordazó de nuevo. Se giró y miró la curva de la sierra, donde figuras con manchas verdes marchaban por el sendero—. Ya nos vamos.

La casa de Bolbek la Potencia estaba en la parte alta de Puerto Thayes y ocupaba una ladera que bajaba hasta el puerto fluvial. Estaba construida con una combinación desafortunada de paneles de hierro y hemisferios de vidrio azul clarito. Para desanimar a los que no estaban invitados, estaba rodeada por una valla alta de parras hambrientas y adornadas con espinas y enredaderas en continua búsqueda de fragancia de carne humana.

Raffalon y Erminia se acercaron a la única entrada, un arco de madera estrecho que perforaba la valla. Mientras se aproximaban, el aire se heló y algo vaporoso comenzó a vagar.

—Mi maestro no espera visitas.

—Dile a tu maestro que una cosa que esperaba ha llegado —respondió Raffalon enseñando la caja tallada.

La aparición suspiró y desapareció en la dirección de la casa.

El hombre y la mujer esperaron, respondiendo las preguntas mecánicas de la valla, hasta que el guardián se apareció de nuevo ante ellos.

—Seguidme —ordenó.

Las parras retrocedieron y el fantasma los guio por una senda de piedras luminosas hasta un par de puertas dobles en las que había tallada una cara muy contraída. Hasta que no llegaron a las puertas, Raffalon no se dio cuenta de que los paneles eran un par de elementos del bosque encantados por el mago para guardar su entrada.

Las puertas se abrieron cuando el fantasma se acercó y el hombre y la mujer penetraron en el vestíbulo, un lugar con la clara intención de desorientar los sentidos. El ladrón cerró los ojos al llegar el mareo y dijo:

—No toleraremos este tratamiento. Nos vamos.

Se giró y caminó a ciegas hacia las puertas, encontró la mano de Erminia y la guio detrás de él. Mirando al suelo, ella le siguió como un corderito.

—¡Esperad! —ordenó una voz autoritaria.

El vértigo del ladrón cesó enseguida. Raffalon volvió a abrir los ojos y vio que se les había unido un hombre pequeño y barrigudo, ataviado con vestimentas de color rojo sangre llenas de runas negras y un gorro alto de tela doblada de manera compleja y cuero. Su expresión era impasible. Preguntó:

—¿Qué me habéis traído?

Raffalon cogió el portamonedas y le dio la caja puzle.

Los ojos de Bolbek mostraron un destello de avaricia.

—¿Qué ha pasado con Fulferin? —preguntó.

—Ha aceptado una invitación para cenar —respondió el ladrón—. En la Tierra de los Vandaayo.

La cara del mago mostró una breve reacción que podría haber sido de arrepentimiento. Preguntó:

—¿Y la caja?

—Fulferin dijo que era un dios de la suerte pequeña —contestó Raffalon, que esbozó una sonrisa de complicidad y añadió—, por decirlo de alguna manera.

El destello de codicia en los ojos de Bolbek se convirtió en un brillo permanente.

—Traedlo a mi taller —pidió.

—Primero tenemos que acordar un precio.

Raffalon permaneció quieto.

Bolbek dijo una cifra. Raffalon la dobló. El mago gesticuló para demostrar que esa cifra no significaba nada para él y dijo:

—De acuerdo. Traedlo. —Se giró y salió por una puerta que apareció en la pared a medida que se acercaba.

El ladrón se preocupó. Normalmente, los que aceptaban tan fácilmente un precio no tenían ninguna intención de pagar. Mientras Erminia y él seguían al mago, estaba atento por si necesitaban una salida de emergencia.

La habitación a la que entraron no tenía forma ni medida. Las paredes parecían retroceder o avanzar según se las mirase desde un ángulo directo o periférico y los ángulos del suelo o del techo no permanecían estáticos. Raffalon vio estantes y escaparates en los que había algunos objetos que le habría gustado examinar de más cerca. De hecho, le habría gustado llevárselos para una valoración pausada, seguida de una reventa rápida.

Sin embargo, Bolbek no le dio tiempo. El mago avanzó por el suelo de piedra hacia una hornacina con cortinas. Corrió las pesadas telas bordadas para revelar un trabajo en proceso con dos partes. Una parte era un contenedor cilíndrico de oro blanco, en los laterales había escrita una sarta de caracteres que el ladrón no supo descifrar, a pesar de que sentía que uno de ellos replicaba los símbolos ilegibles de la caja puzle. Los ideogramas debían de ser un hechizo de un poder considerable, pensó, mirando la forma en que brillaban rítmicamente contra el oro, como un corazón que late despacio.

La segunda parte del proyecto tenía forma humana: de hecho, una forma muy parecida a la del hombre que lo había fabricado. Tenía un marco de hilo de alambre hecho de oro y electrum, conectado al cilindro por cables gruesos y trenzados de plata. El marco estaba dividido en dos mitades, con bisagras de forma que el mago podía abrirlo y entrar dentro, envuelto por completo de las energías que el cilindro debía de generar. Bolbek lanzó una mirada al aparato doble. Con una aparente satisfacción, se giró hacia Raffalon:

—El precio —exigió el ladrón.

Una chispa de irritación animó los rasgos insulsos del mago, pronunció dos palabras e hizo un movimiento complejo con una mano. Una bolsa de cuero apareció en el aire ante el ladrón y cayó al suelo con un sonido que decía que estaba repleta de monedas de Puerto Thayes.

Raffalon entregó la caja y se paró a recoger la bolsa. Entonces se apartó, como si quisiera examinar el contenido en privado. Al hacerlo, se llevó la mano a un pliegue de la ropa, fuera del campo visual de Bolbek. Cerró la mano alrededor de una cosa que tenía escondida. Se guardó las monedas mientras enviaba una mirada significativa hacia Erminia.

La mujer, que hasta entonces había intentado no llamar la atención, empezó a ir hacia uno de los escaparates. Fijó los ojos en una jarra con una tapa de vidrio llena de líquido azul en el que flotaba un hombrecillo de extremidades cortas con unos enormes ojos amarillos que brillaban con luz tenue.

Mientras tanto, el mago había colocado la caja en una mesita junto al cilindro de oro blanco. Se movía con brío para sacar de un cajón de la mesa un par de guantes que se puso hasta los codos. Eran de cuero brillante y escamosos, iridiscentes por la luz difusa de la habitación, como si contuvieran un arco iris.

Con una clara evidencia de entusiasmo, Bolbek se giró hacia la caja. Encontró el punto de entrada en uno de los acabados y deslizó la pieza de madera tallada. Entonces agarró una aguja del cajón y la insertó en el agujero. Su anterior expresión anodina se transformó en una máscara de intensidad y la respiración se le hizo rápida y aguda.

Raffalon escuchó el clic de la caja al abrirse. Miró a Erminia. La mujer había llegado al escaparate y se giró de forma que golpeó la jarra con el codo. Tambaleó y casi cayó, la tapadera saltó y el licor azul se derramó, con un sonido fuerte de vidrio contra vidrio.

La cabeza de Bolbek se giró hacia ellos.

—¡Idiota! Apártate de... —empezó a decir.

En aquel momento, sin embargo, Raffalon sacó la efigie pequeña del dios de la suerte del escondrijo e hizo que tocara la carne desnuda del cuello del mago. El mago se paralizó enseguida. Se le marcaron las cuerdas de la garganta y los ojos le salían de las órbitas. Los labios se le retorcían al luchar por pronunciar una sílaba. Para asegurarse de que no lo hacía, Raffalon le cerró los labios con los dedos.

El ladrón se impresionó del tiempo que el hechicero había resistido al poder del dios: su propio encantamiento había sido casi instantáneo. Al final, sin embargo, la lucha acabó y el cuerpo de Bolbek se relajó a pesar de que sus ojos reflejaban un suplicio interior.

—¿Todo bien? —preguntó el ladrón. Mantuvo el ídolo presionado contra el cuello del hombre.

—Todavía le examino el contenido de la memoria —anunció el dios a través del aparato vocal del mago—. Sorprendente.

Erminia avanzó un paso.

—¿Qué te habría hecho esto? —preguntó señalando el aparato.

—Me habría disuelto, me habría robado el poder y se lo habría inyectado a Bolbek. —Hizo una pausa—. El cilindro ya contiene seis deidades encarceladas. Mi entrada habría permitido al compañero dar el último paso para filtrarnos las energías. Entonces se habría transferido el maná a la máquina para que se incorporase a su ser.

—¿Se habría transformado en un dios? —preguntó el ladrón.

—No. El proceso habría fallado. Siempre pasa. Pero habría sido un rato muy interesante antes de que el cataclismo lo arrasara a él y, de paso, su casa y el vecindario.

Raffalon examinó los ojos de Bolbek. Vio ira y desesperanza y dijo:

—Aun así, creo que no nos habría agradecido que interviniéramos.

—No lo habría hecho —aseguró el dios dentro del mago—. Será mejor que lo atéis bien, incluso los dedos. Y que lo amordacéis a conciencia. Conoce hechizos que solo necesitan una sílaba y está decidido a emplearlos contra vosotros.

—Aquí tienes la gratitud de un brujo —sentenció Erminia.

La mujer encontró cuerdas, cadenas y tela y se encargó de dejar a Bolbek indefenso. Incluso le ató los dedos de los pies. Cuando ya estaba inmovilizado, Raffalon apartó la efigie de la piel del mago y dejó al pequeño dios en la mesa.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—He estudiado los planos del aparato —le habló de nuevo en la mente—. Si desenroscas la tapa, liberarás a los prisioneros.

—Es probable que estén enfadados y tal vez no diferencien...

—Me encargaré de que no os dañen. De hecho, creo que verán que os deben a los dos cualquier recompensa que esté dentro de su poder.

Raffalon transmitió la información a Erminia y sugirió que se acercara. Cuando lo hizo, él agarró la tapa del cilindro y la rotó despacio. Aparecieron hilos finos y el oro blanco hizo un ligero ruido al desenroscarse.

Entonces llegó la última vuelta, la tapa del cilindro voló y apartó la mano del hombre a un lado con un trueno. Una fuente parpadeante de fuerza, de varios colores y una intensidad demasiado clara como para mirarla sin cerrar los ojos, salió disparada hacia el techo. El aire de la habitación se llenó de fragancias embriagadoras, vientos impetuosos, truenos cercanos y olas de presión que dañaban las orejas del ladrón.

Unas manos invisibles agarraron a Raffalon y Erminia con una fuerza aplastante y los elevó unos metros por encima del suelo. El ladrón solo tuvo un momento para pensar que estaban a punto de lanzarlo a las piedras. Entonces, con la misma prisa que los habían levantado, los bajaron con gentileza.

—Me arrepiento —se disculpó una voz diferente—. Potho nos ha explicado que vosotros nos habéis liberado, no capturado.

—¿Potho? —preguntaron Raffalon y Erminia a la vez.

—Es mi nombre —explicó la voz que el ladrón reconoció como la del dios de la suerte. Ahora, sin embargo, parecía encantado—. Mithron me ha reconocido y yo a él. Somos el equivalente divino a los primos.

—¿Mithron?

—Un dios de las carreras de caballos —habló ahora la otra voz—. A Potho y a mí solían invocarnos juntos.

El dios de la suerte hizo más presentaciones: Iteran, que presidía cruces de caminos; Belseren, cuyas competencias eran la salud y el vigor; Samiravi, una diosa cumplidora de deseos eróticos; Fhazzant, que protege inspectores de licencias y recaudadores de impuestos y Tweeks, que, si lo invocaban adecuadamente, podía cumplir los anhelos del corazón.

—Os estamos agradecidos —dijo Potho—. Y todos nosotros os hemos otorgado a los dos aquellas bendiciones que están dentro de nuestros ámbitos, pues ahora sabemos nuestros nombres y nuestros poderes se han restaurado.

—¿Quieres decir que tendré un buen día en las carreras?

—Siempre —aseguró Mithron.

Raffalon desglosó mentalmente las otras ganancias. No le harían nunca emboscadas en los cruces de caminos. No enfermaría ni se cansaría, ni se avergonzaría ni dejaría a medias los deseos de una mujer en los momentos de intimidad. En cambio, no podía imaginar qué ventajas obtendría del patrón de los recaudadores de impuestos.

—No os molestarán —sentenció una nueva voz que supuso que sería la de Fhazzant.

—Os lo agradezco a todos —dijo e hizo un gesto formal de gratitud.

—Yo también —replicó Erminia, a pesar de que al principio Raffalon no reconoció la voz musical como suya.

Se giró y vio que Samiravi ya había hecho su trabajo. Los ojos de la joven no estaban tan juntos ni tenía la nariz tan larga y puntiaguda. Tenía los labios más carnosos y le había desaparecido una peca peluda de la barbilla. Su nuevo pecho y las caderas ahora le ceñían la ropa. Brillaba con salud y erotismo.

Por la manera en la que le miraba, parecía que a él también lo habían reordenado y mejorado. Se tocó la nariz y encontró que tenía otra forma magnífica, mientras que una mano furtiva en el bolsillo de los pantalones determinó con discreción que también se había escuchado su petición inicial sobre la virilidad. ¡Y tanto que se había aceptado!

—Yo le agradezco a Tweks en particular —puntualizó él.

—Ahora —anunció Potho—, nos despedimos. Tenemos asuntos pendientes con este brujo orgulloso.

—Hemos destituido a todos sus ayudantes y sus espíritus. Si en el camino de salida veis algo que os guste, lleváoslo.

—Ya no necesitará sus bienes —añadió la voz de Fhazzant.

Raffalon repitió el gesto de gratitud. Erminia hizo una reverencia grácil y entonces dijo con una sonrisa deslumbrante:

—No había podido hacer esto nunca.

Juntos abandonaron el taller del mago, donde los vientos volvían a rugir. A través de toda la mansión, las puertas se abrían con estrépito, las tapas de cofres cerrados saltaban y las puertas de los armarios se abrían de par en par.

Un poco después, con los bolsillos llenos y cargando entre los dos un baúl empaquetado muy lleno, bajaban por uno de los mejores bulevares de Puerto Thayes buscando un lugar en el que quedarse. Erminia habló:

—He estado pensando. Si construimos una posada en un cruce de caminos, cerca de un hipódromo... —paró por un pensamiento y entonces

siguió—, y si yo atiendo a los clientes y tú te encargas de los juegos de azar, tal vez montar una...

—Y no tendríamos problemas con funcionarios demasiado diligentes —añadió Raffalon.

—Podría funcionar —asintió—. Por supuesto, tú y yo tendríamos que ser compatibles.

—Hay un hotel al otro lado del camino —informó el ladrón—. Podríamos coger una habitación para la noche y ver qué pasa.

Se sorprendió de satisfacción cuando ella expresó aprobación por la proposición.

Esa noche, al haber descubierto que, de hecho, eran maravillosamente compatibles, ella le pasó un brazo por el pecho y dijo:

—Para tener éxito, una posada necesita un buen nombre.

—Con suerte, seguro que se me ocurrirá uno —pronosticó él.

Joe R. Lansdale

El prolífico escritor de Texas Joe R. Lansdale ha ganado el premio Edgar, el premio Británico de Fantasía, el premio Americano de Horror, el premio Americano de Misterio, el premio Internacional de Escritores de Crimen y nueve Premios Bram Stoker. A pesar de que tal vez es famoso por historias de horror y thrillers como *The Nightrunners*, *Bubba Ho-Tep*, *The Bottoms*, *The God of The Razor* y *The Drive-In*, también escribe las series de misterio de los populares Hap Collins y Leonard Pine (*Savage Season*, *Mucho Mojo*, *The Two-Bear Mambo*, *Bad Chili*, *Rumble Tumble*, *Captains Outrageous*), así como westerns como *The Magin Wagon* y novelas totalmente inclasificables que cruzan los géneros como *Zeppelins West*, *The Drive-In* y *The Drive-In 2: Not Just One of Them Sequels*. Otras novelas suyas incluyen *Dead in the West*, *The Big Blow*, *Sunset and Sawdust*, *Act of Love*, *Freezer Burn*, *Waltz of Shadows* y *Leather Maiden*. También ha colaborado en series como *Batman* y *Tarzán*. Sus múltiples historias cortas aparecen compiladas en *By Bizarre Hands*, *Sanctified and Chicken-Fried*, *The Best of Joe R. Lansdale*, *The Shadows*, *Kith and Kin*, *The Long Ones*, *Stories by Mama Lansdale's Youngest Boy*, *Bestsellers Guaranteed*, *On the Far Side of the Cadillac Desert with Dead Folks*, *Electric Gumbo*, *Writer of the Purple Rage*, *Fist Full of Stories*, *Bumper Crop*, *The Good, the Bad, and the Indifferent*, *Selected Stories by Joe R. Lansdale*, *For a Few Stories More*, *Mad Dog Summer: And Other Stories*, *The King and Other Stories*, *Deadman's Road*, *High Cotton: The Collected Stories of Joe R. Lansdale* y una antología *Flaming Zeppelins: The Adventures of Ned the Seal*. Como editor, ha publicado las antologías *The Best of the West*, *Retro Pulp Tales*, *Son of Retro Pulp Tales* (con Keith Lansdale), *Razored Saddles* (con Pat LoBrutto), *Dark at Heart: All New Tales of Dark Suspense* (con su esposa, Karen Lansdale), *The Horror Hall of Fame: The Stoker Winners* y la antología de tributo a Robert E. Howard *Cross Plains Universe* (con Scott A. Cupp). Una antología homenaje a la obra de Lansdale es *Lords of the Razor*. Sus libros más recientes son dos novelas nuevas de Hap y Leonard, *Vanilla Ride* y *Devil Red*, así como las novelas cortas *Hyenas* y *Dead Aim*, las novelas *Edge of Dark Water* y *The Thicket*, dos antologías nuevas —*The Urban Fantasy* (editada con Peter S. Beagle) y *Crucified Dreams*— y tres colecciones nuevas, *Shadows West* (con John L. Lansdale),

Trapped in the Saturday Matinee y *Bleeding Shadows*. Vive con su familia en Nacogdoches, Texas.

Aquí envía a dos de sus personajes más populares, Hap y Leonard, en una búsqueda peligrosa y enérgica para rescatar a una doncella en peligro, a pesar de no ser del tipo de doncellas que se suelen encontrar en los cuentos de hadas.

EL ÁRBOL TORCIDO

Una aventura de Hap y Leonard

Joe R. Lansdale

Cuando volví a casa aquella noche, Brett, mi pelirroja, estaba sentada en la mesa de la cocina. No tenía turno en el hospital aquella semana, así que me sorprendió verla despierta y fuera de la cama. Eran las dos de la madrugada. Yo había acabado trabajando de vigilante nocturno en una fábrica de comida para perros, con la esperanza de que mi colega Leonard volviera pronto de Michigan, adonde había ido a seguir a alguien en un caso para el que nuestro amigo Marvin y su agencia lo habían contratado. Hacíamos trabajos por separado de vez en cuando.

No había ninguna tarea para mí en esta misión y, dado que Leonard no tenía ningún trabajo y necesitaba el dinero más que yo, se ofreció. Yo tenía un trabajo temporal en la fábrica. Estaba bien, pero era muy aburrido. La tarea más emocionante que había hecho era perseguir unas ratas que había pillado en el almacén de pienso cuando mordisqueaban los sacos de pienso, robando la comida de la boca de algún perro faldero, por decir algo. Esas ratas sabían que no se tenían que meter conmigo.

Seguía esperando a que Marvin me encontrara algo y pudiera dejar ese trabajo, pero hasta entonces nada. Mientras llegaba, por lo menos tenía asegurado el cheque semanal de la fábrica.

—¿Qué haces despierta? —pregunté.

—Preocuparme —respondió.

—Tenemos suficiente dinero, ¿no? —Me senté en la mesa con ella.

—Tenemos de sobra. Es Tillie.

—¡Oh, mierda! —exclamé.

—No es como otras veces... —dijo Brett. Eso significaba que era una mezcla entre problema de tipo A y de tipo B.

Problema de tipo A fue cuando estuvo retenida en un club de moteros para ser prostituida, en parte por voluntad propia, puesto que era su profesión, y en parte obligada, porque no pensaban pagarle. Brett, Leonard y yo la rescatamos. Entonces desapareció y se metió en una serie de problemas domésticos en Tyler, pero este era el tipo de líos de los que Brett la sacaba, o

al menos se las apañaba para evitar una catástrofe una temporada. Cada vez que Brett mencionaba a Tillie significaba que haría la mochila, se tomaría unos días en el trabajo y se iría a solventar algunas estupideces que no tendrían que haber ocurrido. Como era la hija de Brett, intentaba que me importase. Yo no le caía bien a ella ni ella me caía bien a mí. Aun así, sí que quería a Brett, así que intentaba apoyarle siempre que podía, pero Brett sabía cómo me sentía.

—¿Te tienes que ir unos días? —pregunté.

—Tal vez sean algunos más.

—¿Y eso?

—Ha desaparecido.

—No sería la primera vez que desaparece una temporada sin avisar. Ya la conoces. Se va sin abrir la boca y vuelve sin decir ni mu, salvo que necesite dinero o que el problema se haga más gordo.

—No es toda la culpa suya.

—Brett, cariño, no empieces con la monserga de que no fuiste una buena madre.

—No lo fui.

—Eras joven y creo que no lo hiciste tan mal. Tuviste algunos problemas económicos e hiciste lo que podías por ella. Es un desastre, en gran parte, por elección propia.

—Tal vez.

—Pero no estás convencida.

—Da igual. Es mi hija.

—Tienes razón —cedí.

—Me ha llamado una amiga suya. No la conoces. Se llama Mónica y está bien. Creo que no tiene tantos pájaros en la cabeza como Tillie. La conocí la última vez que fui. Creo que ha sido una buena influencia para mi niña. La cuestión es que, de alguna manera, pensaba que Tillie estaba madurando y he mantenido el contacto con Mónica sobre este asunto. Me llamó para informarme que se suponía que iban al cine, una noche de chicas. Pero Tillie no apareció. Ni avisó. Y ya han pasado tres días. Mónica dijo que, cuando se le pasó el enfado, se preocupó. Cree que el tío con el que vive Tillie puede ser el problema. Era un proxeneta y Tillie podría volver fácilmente a esa vida. Quiero decir..., a ver, el tipo tiene problemas con las drogas y Tillie, a veces, también. Podría haberse puesto duro con Tillie. Tal vez intenta hacer dinero con ella o, quizás, se ha metido en algún asunto turbio y ha arrastrado a Tillie.

—¿Mónica cree que la retiene en casa?

—Quizás sea peor.

—Pensaba que estaba bien el chico.

—Yo también —dijo ella—. Pero últimamente no tanto. Al principio, era un príncipe encantador, un exdrogadicto al que le iba bien. Pero, de repente, no quería que saliera de casa ni quería que contactase con nadie. No quiere que vea a Mónica. Mónica cree que es porque él elige a quién Tillie puede ver...

—Prostitución —remarqué.

—Sí. —Brett asintió con la cabeza—. Así actúan esos tíos. Primero como si les importases o como si hubieran tenido alguno de los problemas de los que estás desenganchándote y, sin darse cuenta, Tillie vuelve a meterse farlopa, vende su cuerpo y muy pronto deja de recibir dinero por la venta. Se lo queda él todo.

—El chulo se lo queda todo, droga a la chica y sigue ingresando más dinero.

—Sí, exacto —confirmó Brett—. Ya le ha pasado antes y lo sabes, así que...

—Crees que le puede volver a pasar.

—Sí, lo creo —afirmó.

—Por supuesto que, aunque no importa, podría no haber sido planeado. Puede haber recaído y arrastrarla a ella en la recaída. Y después de haber conseguido el premio, no quería compartirlo ni presumir.

—Le encantaba presumir de ella —explicó Brett—. Le gustaba que se vistiera sexi y, si alguien la miraba, se ponía hecho un basilisco. Estaba loco por ella y, aun así, quería hacerla desfilarse y que nadie mirara el desfile. Quizás cuando se enganchó a la droga... No lo sé. Me da igual. Solo quiero saber que está bien.

—¿Y quieres que vaya a comprobarlo?

—Quiero que vayamos a comprobarlo.

—Primero iré a la fábrica y me despediré con antelación.

—Con poca antelación —dijo Brett.

—Lo sé —dije—, pero así son las cosas.

Era extraño marcharse a averiguar un asunto como ese sin Leonard. Me gusta estar con él en este tipo de circunstancias. Me ayudó a fortalecer el carácter. Me gustaba pensar que ya era lo bastante firme en esa área, pero

nunca viene mal que tu colega, que es como un hermano, te ayude a tener más autoestima.

Tillie vivía en las afueras de Tyler, entre allí y Bullock, una localidad fuera de la ciudad. Tyler no estaba al nivel de Dallas o Houston, pero era un pueblo grande, o una ciudad pequeña, según os guste etiquetar las cosas. En torno a cien mil habitantes, con mucho tránsito, inmigrantes ilegales y estudiantes universitarios. Les gustaba utilizar a los inmigrantes para trabajos baratos y como chivos expiatorios en cualquier situación posible, sin pensar que no estarían allí para culparles de lo que hacían y de lo que no hacían si no les hubiesen ofrecido esos trabajos.

Cuando llegamos a casa de Tillie encontramos dos coches aparcados. Brett confirmó:

—Son los coches de Tillie y Robert.

Fui y golpeé la puerta delantera, pero nadie contestó. Es difícil de explicar, pero a veces llamas y sabes que hay alguien dentro y, otras veces, sientes que está vacía la casa. Y a veces solo eres un gilipollas y si había alguna persona dentro se esconde. Recuerdo que mi madre lo hacía de vez en cuando si venía un cobrador de facturas. Siempre me he preguntado si sabían que estábamos dentro, escondiéndonos para no pagar el alquiler porque todavía no teníamos el dinero, pero que pagaríamos, y escondiéndonos para no pagar una letra del coche, con la esperanza de que no se llevasen el vehículo.

Fui por la parte trasera y golpeé, pero tampoco me respondieron. Rodeé la casa con Brett y miramos por las ventanas cuando había una ventana por la que mirar. La mayoría estaban tapadas con persianas o cortinas, pero la ventana de la cocina, en la parte trasera, tenía las cortinas descorridas y podíamos ver el interior si nos hacíamos sombra con las manos y las presionábamos contra el vidrio. No había nada que ver.

Al final, volvimos a mi coche. Nos apoyamos en el capó y pregunté:

—¿Quieres que entre?

—No lo sé —dudó—. Ayer llamé a la policía; bueno, al departamento del *sheriff*, pero no harán nada.

—¿Hasta que pasen veinticuatro horas? —pregunté.

—En realidad ya han pasado hace tiempo. El problema es que la conocen.

No sabía todos los detalles, pero me los imaginaba. Tillie tendía a meterse en líos y desaparecer de vez en cuando, de forma que no tenían prisa en emplear recursos para perseguir a una prostituta y a un yonqui: un dolor de cabeza constante.

—De acuerdo —dije—. Tomaré una decisión resolutive. Entraré a la casa.

Había casas alrededor, pero nada de movimiento, y no veía a nadie que escudriñara por una apertura en las cortinas, así que agarré mi juego de forzar cerraduras de la guantera que uso con la agencia de vez en cuando, volví a la parte trasera y me puse manos a la obra. No se me da bien forzar cerraduras y, la verdad sea dicha, casi nunca es como en la televisión, al menos para mí. Siempre requiere un rato.

Esta puerta, sin embargo, fue fácil: solo me llevó cinco minutos. Brett y yo entramos.

—¡Tillie! ¡Robert! Soy mamá —gritó Brett.

Nadie respondió. Las palabras rebotaron en la pared.

—Espera en la puerta —ordené.

Recorrí la casa y miré en todas las habitaciones. No había nadie, pero en la sala de estar había una silla y una mesa volcadas, habían derramado una especie de líquido en el suelo, se había hecho pegajoso y había un vaso roto cerca. Volví y le conté a Brett lo que había visto.

—Tal vez esto interese a la justicia —dije.

Fuera, por la parte trasera, vi que había un rastro pequeño de gotas de sangre. No me había dado cuenta antes, pero ahora, al salir de la casa y con la luz adecuada, podía verlo. Parecía que alguien hubiera echado rubíes de diferentes tamaños en la hierba. Dije:

—Brett, cariño, ve al coche y siéntate al volante. Aquí tienes las llaves por si necesitas irte. Y si te vas, marchate. No te preocupes por mí.

—Chorradas —respondió—. Sacaremos la pistola de la guantera.

Tengo permiso de portación oculta de armas, pero casi nunca llevo la pistola. También es verdad que no me gustan, pero en mi trabajo —y no me refiero solo a ser vigilante de una fábrica de comida para perros—, la situación a veces lo requiere.

Fuimos y sacamos la pistola de la guantera, un revólver de estilo clásico, y seguimos las gotas de sangre.

Se adentraban en el bosque y ya casi no se veían. Seguimos el rastro un poco más y vi que habían echado algo a los matorrales y los habían aplastado. Fuimos hasta allí y encontramos un cuerpo que yacía en el suelo boca abajo. No tendría que haber movido el cadáver, pero lo empujé con el pie para darle la vuelta. La cara que descubrí era la de un joven con los ojos llenos de hormigas y la nariz lisa y raspada de haberlo arrastrado por el suelo. Tenía un

agujero de bala en el pecho, o eso supuse, pues había visto ya algunos. Le habían disparado a quemarropa, a la altura del bolsillo de la camisa. Vi otro en el lado derecho. Supuse que un disparo le había herido, había intentado refugiarse y el asesino le había pillado, le había vuelto a disparar y le había arrastrado a los matorrales. También me di cuenta de que el hombre tenía ambos brazos llenos de tatuajes y no eran nada buenos. Parecía que los hubiera dibujado un borracho que intentara escribir en sánscrito y jeroglíficos. Esto, o un compañero de celda.

Brett estaba a mi lado y aseguró:

—Es él.

—¿Te refieres a Robert, el chico de Tillie?

—Sí —confirmó.

Empezó a mirar a su alrededor. Yo también. Más o menos, esperaba encontrar el cadáver de su hija, pero no estaba. Incluso volvimos a la casa y la examinamos sin tocar nada, excepto el pomo de la puerta, por si no habíamos visto a Tillie en la primera inspección debajo del sofá, en un armario o en el congelador. No tenían congelador y no estaba debajo de la cama o en un armario.

Guardé la pistola en la guantera y llamamos al teléfono de emergencias.

Enviaron a un hombre joven que vestía unos pantalones demasiado grandes y una placa tan brillante como los sueños de Navidad de un niño. Llevaba una pistola en la cintura que era lo bastante grande como para que yo pensara que, tal vez, esperaba que le molestasen elefantes. Llevaba un gorro de vaquero que parecía demasiado alto, con un ala demasiado ancha. Parecía un idiota que jugaba a los policías. Me contó que era el ayudante del *sheriff*.

Había otro tipo con él, mayor, que ocupaba el asiento del copiloto del coche. El joven salió del vehículo. El más viejo, no. Solo abrió la puerta y permaneció sentado. Parecía un hombre que esperaba la jubilación y no sabía cómo llegar. Tal vez tenía cuarenta años, pero algún destello de la cara le hacía parecer mayor. Llevaba una pistola más pequeña en la cintura. Se veía con claridad. También tenía un gorro de vaquero en las rodillas.

El joven nos escuchó declarar. Parecía interesado y anotaba cosas en un bloc. Le informé de que tenía una pistola en la guantera y que tenía permiso, para que no hubiera malos entendidos en caso de que la encontrasen más tarde. Después de un rato, el viejo salió del coche, se acercó y preguntó:

—¿Lo tienes todo, Olford?

—Sí, señor —respondió el ayudante del *sheriff*.

Entonces vi que el hombre que teníamos enfrente tenía una placa que decía *SHERIFF*. Parecía una de esas que comprábamos a los niños, las que venían con una pistola de juguete y sin balas. Las tenías que comprar por separado.

Nos repitió algunas preguntas para ver si metíamos la pata, supongo. A penas me miraba cuando respondía. Estudiaba a Brett siempre. No le culpo. Estaba guapa, como siempre. La melena pelirroja que le caía sobre los hombros, un gran cuerpo que mantenía firme con ejercicio y una cara que haría que *Wonder Woman* se muriese de la envidia.

—Acompáñeme —me pidió el *sheriff*.

—Yo también voy —aseveró Brett—. No soy ninguna mojigata.

—Seguro que no —dijo el *sheriff*—. Olford, ve al coche y pasa las notas a limpio.

—Ya lo están, *sheriff* —replicó Olford.

—Ve al coche de todas maneras —mandó.

Caminamos un rato. El *sheriff*, que se llamaba Nathan Hews, explicó:

—Olford es el niño del alcalde. ¿Qué le vamos a hacer?

—¿Consiguió ese uniforme en Cáritas? —pregunté.

—No sea irrespetuoso —contestó el *sheriff*—. Lo robó de un tendedero.

Nos dirigimos hacia el cadáver. Dije:

—Le he pegado la vuelta.

—No tendría que haberlo hecho —recriminó el *sheriff*.

—Lo sé. Pero he comprobado si estaba vivo.

—Cuando están así, boca arriba o boca abajo, no tienes más remedio que saber que están muertos.

—Quizás —dije.

—Tú sabes muchas cosas —aseguró el *sheriff*—. Cuando has llamado y has dicho vuestra identidad, he hecho algunas llamadas y he averiguado cosas. El jefe en LaBorde me ha asegurado que eres un verdadero dolor de cabeza. Suelen ir con un negro que se llama Leonard.

—Sí, ese soy yo —afirmé—. Quiero decir, voy con un negro que se llama Leonard. No sé nada sobre ser un dolor de cabeza.

—Creo que sí —rebatí—. El jefe me ha dado cierta información.

—Bocachancla —dije.

Después de ver el cadáver, volvimos al coche. El *sheriff* mandó a Olford que sacara una cámara del coche y fuera a hacer fotografías.

—No tenemos un equipo de verdad —explicó—. Somos Olford, otro ayudante, un administrativo y yo. A veces también tenemos donuts gratis.

—Eso sí que es mantenerse en forma —apunté.

—Y tanto —dijo. Miró a Brett—. Está muy tranquila, si tenemos en cuenta que su hija ha desaparecido y hay un muerto.

Todavía jugaba con nosotros, para ver si teníamos algo que ver con lo que había ocurrido.

—Crea que estoy muerta de preocupación —rebatí Brett.

Tuvimos que permanecer un par de horas en un motel hasta que el *sheriff* volvió sin ninguna información.

—No hemos encontrado a su hija —explicó a Brett—. Esto podrían ser buenas noticias.

—Podrían —replicó Brett.

El *sheriff* se había perdido la crisis y los llantos de Brett en su ausencia, pero le debía de notar el color rojo de los ojos. Escuchó lo que le tenía que decir el *sheriff*, se retiró al lavabo y cerró la puerta.

—Escuche, no le engañaré —me dijo el *sheriff*—. Le contaré lo que usted debe de haber supuesto ya. Soy un *sheriff* de mala muerte en un pueblo de mala muerte con dos ayudantes que trabajan en su primer caso de asesinato. Están más acostumbrados a perseguir gatos y perros y a averiguar quién robó las galletas integrales de la guardería. Si es que tenemos una. No le pido que vaya por su cuenta, hay agentes superiores que podrían inmiscuirse. Pero, si yo fuera usted, por lo que sé de usted, le diría a escondidas, que es lo que estoy haciendo en caso de que no se dé cuenta, que investigue por su cuenta.

Asentí con la cabeza y pregunté:

—¿Sabe por dónde tendría que empezar?

—He dicho que soy un *sheriff* de mala muerte, pero hace tiempo trabajé en la ciudad. Me trasladé aquí para ver menos cadáveres. Hasta ahora he visto menos. Este es el primer muerto que no es un suicidio que veo en cinco años. El muerto es Robert Austin y lo buscaban por tonterías. La chica, la hija de la mujer, se comenta que hacía negocios, no sé si me entiende.

—Los comentarios deben de ser ciertos —aseveré.

—Este chico, Robert, vendía droga. A ella también. En un pueblo como este, la gente que hace uso de sus servicios... Bueno, aquí todo se sabe. Todos aquí saben el tamaño de las mierdas de sus vecinos y pueden diferenciar los

olores. La cosa es que es más que probable que Robert fuera un camello de Buster Smith. Buster regenta un local de Ópera góspel en Marvel Creek.

—Yo nací allí —dije.

—Entonces conoce el lugar. Antes era resistente como una cuña de puerta y afilado como una cuchilla de afeitar. Con tanto alcohol que había en esa media milla infernal... Ahora es conocido por sus antigüedades. De la Ópera, bueno, se dice que es una tapadera del viejo Buster. La ciudad lo considera un empresario piadoso. Yo lo veo como a un hombre que ensucia la imagen de los que somos verdaderos cristianos.

—Perfecto —dije.

—Tiene unos cincuenta años, el pelo peinado hacia atrás y unos modales muy refinados. Siempre viste chaquetas deportivas a cuadros, horribles. He coincidido con él una vez o dos, cuando estaba por allí. Incluso llegué a ir a la Ópera. Un entretenimiento de los buenos. Pero seguían llegando los comentarios sobre él y, a pesar de que solo es un rumor, yo he llegado a creerlo. Es un empresario que lleva una vida sencilla a primera vista, aparentemente limpia, mientras gestiona asuntos turbios por detrás. Tiene a todos los peces gordos de la zona en el bolsillo. Otra cosa: hay un tipo que se llama Kevin Crisper que pasa el tiempo en la tienda de al lado, en un banco que hay fuera. Es su banco. Hace de camello allí y se rumorea, a pesar de que no podemos probarlo, que trabaja para Buster. Yo lo vigilo, pero hasta ahora no le he pillado haciendo nada. Le ayudan un par de hombres. Todos tienen ficha policial, pero nada que los pueda mantener entre rejas. Quiero decir, sé lo que hacen, pero no puedo probarlo. No puedo hacer con ellos lo que hace falta. La cosa es que Kevin Crisper vende droga y le pagan un porcentaje de la venta. Buster se queda la mayor parte porque él proporciona los bienes. Tillie, y quiero decir esto antes de que vuelva tu novia, iba por su cuenta, pero se comentaba que estaba hundiéndose en las drogas y que tal vez acabaría hecha una mierda o ciega. Estaba en las últimas, con una o dos neuronas para mantenerse viva. Robert, probablemente, la chuleaba a través de Kevin. Y Tillie sería una muñeca hinchable de lo jodida que tenía la cabeza.

—¿Sabía todo esto y no podía hacer nada? —pregunté.

—Así es —contestó—. ¿No es precioso? Escuche, el jefe de LaBorde dice que usted es más inteligente de lo que parece, así que sigo pensando lo que le he dicho antes. Hay cosas que usted puede hacer y yo no. La ley y todo eso. Pero si le pillan haciéndolas, yo no le he dicho que las haga y, si dice que lo he dicho, declararé que es un mentiroso. Incluso le arrestaré. ¿Le parece una buena interpretación de la ley moderna?

—No me quita el sueño —afirmé.

Hizo falta un poco de trabajo, pero finalmente conseguí que Brett me dejara llevarla a casa. Llamé a Leonard al móvil, pero no contestó. Le dejé un mensaje. Conduje hasta Bullock, que era una travesía, y fui a la tienda, donde encontré a Kevin Crisper. Era un hombre de cuarenta años que intentaba aparentar treinta. Tenía unos tatuajes parecidos a los de Robert. Kevin parecía un hombre al que habían mojado y calentado demasiado tiempo en un microondas. La última vez que se vio una piel así fue en la momia de Tutankamon. Dicho esto, tenía los brazos musculados, con esos hombros con los que alguna gente nace, largos, marcando vena y aparentemente fuertes.

Me acerqué y le lancé:

—Me han dicho que puedes venderme algunas cosas.

—¿Algunas cosas? —replicó—. ¿Qué tipo de cosas? ¿Parezco tener algo para vender? ¿Cazuelas y ollas? ¿O tal vez guantes y zapatos?

—Me han dicho que tienes cosas para pasar un buen rato. Un tal Robert me lo ha dicho. Eres Kevin, ¿verdad?

—Sí, soy yo. —Kevin levantó la cabeza y preguntó—. ¿Cuándo te dijo eso Robert?

Mencioné una fecha anterior, por si Kevin sabía que Robert se había ido al otro barrio. Añadí:

—Me ha dicho que hay una chica que me haría favores, ya sabes. Por dinero.

—¿Te ha dicho todo eso, eh?

—Sí.

—¿No quiso atenderte él?

—Me ha dicho que trabajaba para ti y que tenía que hablar contigo.

—¡Es gracioso que diga eso! —exclamó.

—Escucha, ¿tienes o no? Tengo pasta. Quiero servicios. Me gustaría una fiesta con una chica y ponerme hasta arriba. Ya sabes de parte de quién vengo.

Asintió con la cabeza.

—Sé cómo conseguirte a la chica y la mierda que quieres para colocarte, ¿pero crees que lo llevo encima? ¿Crees que llevo el coño de la tía en el bolsillo junto a un saco de farlopa?

—Pues sería muy práctico.

—Escucha, te diré una cosita. Me cae bien Robert y, como te ha enviado él, conozco un sitio al que puedes venir a por la mierda y la chica. No utilizamos moteles. Solo hay uno y todo el mundo se conoce.

—¿Y dónde está ese sitio?

—¿Estarás por aquí esta noche?

—Quizás.

—Si quieres tetas y que la cabeza te dé vueltas, tendrás que estar por aquí.

—¿Que la cabeza me dé vueltas?

—Es una mierda que vendo. Una mezcla. Si te lo tomas, se te pone la polla dura, la cabeza te da vueltas y te lo pasas tan bien que acabarás volviendo a casa y abofeteando a tu mamá.

—Muy bien.

—Eso es lo que he escuchado. Por supuesto, yo no pruebo esa mierda.

—Pues vaya vendedor —critiqué.

—Oh, de eso nada. Yo pruebo a la chica, y tanto que la pruebo, pero el resto es mercancía, tío. Si pruebas tu propia mierda, especialmente si la tienes a mano, puedes acabar fatal.

Me dio una hora y una dirección. Se lo agradecí e intenté parecer emocionado. Conduje hasta una cafetería, aparqué fuera, y llamé a Leonard de nuevo. Pensaba que el asunto de Michigan ya estaría casi resuelto y que él, tal vez, estaba conduciendo hacia Texas, pero parecía que necesitaba más tiempo del que esperábamos, porque no me respondió tampoco. Le dejé un mensaje detallado e incluso le dije donde tenía que ir y a qué hora. Le di la misma dirección que me había dado Kevin. Entré a la cafetería y me tomé un café y un sándwich. Supuse que tendría que coger fuerzas. Compré cena y un mango de hacha en la tienda, lo guardé en el coche y conduje hasta donde se suponía que tenía que encontrarme con Kevin. Aun así, llegué cuatro horas antes.

* * *

Llamé algunas veces más a Leonard, pero fuera lo que fuera eso que tenía entre manos, no necesitaba el móvil. La localización que Kevin me dio no estaba en lo más profundo del bosque, pero estaba fuera del pueblo y, por supuesto, era ideal para ese tipo de servicios. Como no creía que Tillie, que debía de ser la única chica en la red, por decirlo de alguna manera, estuviera realmente disponible, y como que sabía que Robert estaba más muerto que el

pavo del día de Acción de Gracias y sospechaba que Kevin también lo sabía, pensé que no confiaría en la amabilidad de llevarme a Tillie a la primera. Brett, Leonard y yo ya la habíamos rescatado una vez, hacía algunos años, de un lío estúpido en el que se había metido y que se asemejaba mucho a este y, si soy franco, una parte mía quería dejarla allí. Pero no podía hacerlo porque era la hija de Brett: ese era el gran problema. El otro problema era yo, que parezco uno de esos hombres que ayudaría a un perro rabioso a cruzar la calle si lo viera perdido.

Pensé sobre la dirección que me había dado y exploré la zona. Encontré un camino para descender, un sendero de caza y una senda que salía del sendero. Aparqué allí y confié en que nadie encontraría mi coche, decidiría hacerle un puente y robarlo o solo destruirlo. Saqué la pistola de la guantera, me la metí en los pantalones, en la base de la columna vertebral, y me coloqué la camisa por encima. Agarré la cena que había comprado en la cafetería: una hamburguesa, patatas fritas y un bote de Coca-Cola Light. Me puse el mango de hacha debajo del brazo y me dirigí a lo que yo creía que era el lugar de encuentro.

Cuando divisé la casa, que parecía abandonada y, en parte, regalada al bosque, estaba casi seguro de que mis sospechas se habían confirmado. Cualquiera que viniera aquí en busca de coños y drogas era un idiota. Yo en realidad no esperaba ninguna de las dos cosas, pero era un idiota, porque estaba allí. Fui a la casa y comprobé la puerta. Estaba cerrada con llave. Fui por detrás. Allí también estaba la puerta cerrada, pero la cerradura era fina. Pensé que podía ser mi entrada sorpresa de una patada en la puerta. Podía hacerlo y esperarle dentro, pero si venía por detrás, o si ese era su camino preferido, el tiro me saldría por la culata.

Volví al bosque, hacia la izquierda, y encontré un árbol caído para sentarme. Tenía comida, que estaba bien para una persona sin papilas gustativas y el estómago forrado de hierro. Solo comí unas pocas patatas fritas y estaban lo bastante grasientas como para hacer que una estatua de jardín se cagara. Bebí la Coca-Cola Light y me comí la hamburguesa. La carne parecía sospechosa, pero tenía hambre. Siempre tengo hambre cuando pienso que puedo matar a alguien o que pueden matarme.

A medida que se hacía oscuro, los mosquitos salieron, trajinaron y unos pocos me picaron. Me pregunté si serían portadores del virus del Nilo Occidental o tal vez de otro peor. Los golpeé. Pillé una chinche que me subía por los pantalones, en dirección a los huevos: me sentí orgulloso de haberlos salvado.

Después de un rato, vi a Kevin aparcar y entrar en la casa. Vi como encendía una luz. No llevaba a Tillie. Parecía que no llevaba nada. Él también había llegado pronto. Decidí que esperaría un rato antes de sorprenderlo. Consulté el reloj. Le daría unos minutos para sentirse seguro y entonces lo sorprendería. Por supuesto, si tenía una pistola, que podría tener una, me sorprendería él a mí. Sí, yo también tenía una, pero cuando aparecen las pistolas puede pasar cualquier cosa.

Pensé en esto y en aquello y entonces pensé que tenía frío en la base del cráneo y, como estábamos a finales del verano, aunque ya era de noche, sabía que no era una brisa fresca.

Era un cañón de pistola.

No puedo explicar cómo me sentí. Intentaba sorprenderlo y me había sorprendido él a mí. Me giré despacio. Un hombre pequeño, gordo y con una cara que parecía que habían utilizado como objetivo de misiles de tantas pústulas que tenía, me sonreía con una dentadura que necesitaba urgentemente 15 000 dólares de trabajo dental.

—Podría dispararte, ¿sabes? —aseguró.

—Sí —respondí.

—Lo que ahora haremos será andar hasta allí arriba y ver a Kevin. Levántate.

Me levanté y dejé el mango de hacha en el tronco. Me registró con una mano, me encontró la pistola y se la guardó en uno de los bolsillos de sus pantalones anchos. Agarró el mango de hacha con la mano libre y me pegó un golpe en el hombro.

—Ve hasta la casa —ordenó.

Estaba haciéndome mayor, supuse. En cualquier otra época, habría estado preparado. O eso me dije. Había pensado que yo era el inteligente por llegar pronto, pero ya me había sorprendido al enviar al cara de cráteres de luna al bosque a esperarme mientras Kevin hacía de señuelo.

—Hay un camino allí detrás del bosque, imbécil —explicó Cráteres de Luna—. Vine por allí y después a través del bosque. Me escondí y esperé. Pensaba que tendría que hacer un buen trabajo, pero elegiste un lugar cerca de mí. Fue fácil, tío. Kevin dijo que pensaba que eras un hombre inteligente, pero no lo eres tanto, ¿verdad?

—Tengo que darte la razón —cedí.

Kevin esperaba en la casa. Dijo:

—Ni tía ni droga para ti, ¿eh? Aunque no venías por eso, ¿no? No me han gustado tus pintas desde el principio.

—No tienes espejos en tu casa, ¿no?

Cráteres de Luna me pegó un golpe seco en las espinillas con el mango de hacha para que cayera de rodillas.

—Sospecho que tienes otra razón para verme. Sospecho que tal vez buscas a Tillie o a Robert. Tengo que decírtelo: creo que sabes que Robert está muerto.

—Me has pillado —afirmé—. Sé que está muerto. ¿Y Tillie?

—Está bien, pero por poco de tiempo —aseguró—. Al señor Smith le gusta sacar todo el zumo de un producto antes de tirarlo. Lo engancha a una cosa o a otra y entonces lo puede vender hasta que no le queda zumo, ya sabes. Entonces le dan mucha droga para una sobredosis, que parezca un accidente. Y al final la encuentran en cualquier zanja con hongos en el culo.

—Robert no parecía un accidente.

—Causó más de un problema. Las cosas se fueron de las manos. Se estaban pasando, la puta y él. No nos gusta la gente que se pasa, excepto la que se pasa con las drogas.

A Kevin y Cráteres de Luna les gustó el chiste. Ambos rieron. Supuse que casi no salían.

—Ponlo en la silla —mandó Kevin.

Ya estaban listos para mí. La silla estaba en medio de la sala. Tenía una buena vista a través de la ventana cuando Kevin me ponía enfrente, cosa que hacía de vez en cuando. Era evidente que mentía sobre lo de probar los productos. Había probado un poco hacía poco y le provocaba un tic nervioso. Me pusieron en la silla y Cráteres de Luna me ató las piernas y los brazos con una cuerda mientras Kevin me apuntaba con la pistola de Cráteres de Luna. Cuando estuve atado, Kevin dijo:

—Ahora me tienes que decir a qué has venido.

—Vete a amasar barro.

—Oh, qué descortés —dijo Kevin—. Jubil, aguanta la pistola.

Jubil, alias Cráteres de Luna, cogió la pistola. Kevin agarró mi mango de hacha. Sabía que me arrepentiría de haberlo llevado. Me golpeó con fuerza las piernas. El dolor me botó de la pierna a la columna vertebral y de allí directo al cerebro. Por un momento creí que vomitaría y me desmayaría.

—Esto debe de hacer daño —aventuró Kevin.

—¿Tú crees? —respondí. No era gran cosa, y no era tampoco buena, pero era mejor que nada, aunque sonara como si viniera de un hombrecillo debajo

de una almohada en un rincón.

Kevin avanzó y dejó el mango de hacha en la puerta delantera. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja. La abrió.

—Esta casa me la dejó mi abuela. No es gran cosa, pero vengo de vez en cuando por algunos asuntos. Tiene un gran valor sentimental para mí, aunque ya empieza a hacerse vieja. Lo que quiero decir es que no me gustaría mancharla de sangre y no tengo que hacerlo. Así que, por el bien de los dos, deberías hablar.

—Si hablo, ¿dejarás que me vaya? —pregunté.

—Claro —aseguró Kevin.

—Chorradas —respondí.

—De acuerdo, como quieras. Te mataré. Pero puedo hacerlo deprisa con un corte en el cuello. Da grima pensarlo, pero acaba deprisa. Sangra bien. A Robert le tuve que pegar un par de tiros. No queda tan bien. Sufrió hasta la última bala. A ti puedo hacerte sufrir mucho rato con esta navaja.

—¿Así que tengo que elegir entre hablar y que me degüelles o no hablar y que vayas cortándome hasta que hable?

—Exacto —confirmó.

En ese momento vi pasar por la ventana la cabeza de Leonard. Me paralicé. Dije:

—¿Qué te gustaría saber ahora? A lo mejor tengo algunas respuestas, siempre que no aparezca ningún problema matemático.

—De acuerdo. ¿Quién cojones eres?

—Trabajo para el censo —respondí.

—Con esa respuesta te has ganado un corte —amenazó Kevin—. Te cortaré una oreja.

—Antes de que lo hagas, te tengo que contar una cosa.

—¿Qué? —preguntó.

—Se acerca el infierno —pronostiqué.

En ese momento la puerta se abrió de golpe, empujada por el pie de Leonard. Leonard vio el mango de hacha y lo tenía en la mano antes de que me diera cuenta.

—Abrís a un negro follonero y maricón —gritó Leonard, entrando a zancadas.

Corrió y golpeó a Cráteres de Luna en los dientes con un golpe izquierdo de mango. Dejó a Cráteres de Luna inconsciente y envió la pistola muy lejos de él.

La luz resaltó el brillo negro de la cabeza afeitada de Leonard y bailó en sus ojos al ritmo del mango de hacha, que cortó el aire como un cuchillo caliente corta la mantequilla. Cuando la madera impactó en Kevin, sonó como un cinturón contra un sofá de cuero y entonces algunos dientes botaron de la boca de Kevin y la suficiente sangre como para asegurar que la casa de la yaya estaba arruinada. Salpicó las paredes y la ventana y los dientes impactaron con ruido en el suelo.

Kevin cayó al suelo de bruces y soltó la navaja. Intentó gatear hasta ella, pero Leonard le pisó la mano y volvió a hacer uso del mango de hacha. Esta vez sonó como si alguien cortara el cuello de un pavo con un cuchillo de carnicero.

Kevin no se movió después de aquel trueno pero, por si acaso, Leonard le volvió a golpear. Se dirigió hacia Cráteres de Luna, que intentaba levantarse, y le pegó una patada en la boca. El trabajo dental que Cráteres de Luna necesitaba ahora sería mucho más caro.

Cuando Kevin recobró la conciencia, estaba atado con una correa en la silla donde había estado yo. Leonard estaba cerca y se apoyaba en el mango. Estaba sentado de cuclillas frente a Kevin. Cráteres de Luna todavía estaba desplomado en el suelo. Si no estaba muerto o en coma, en las profundidades de su cuerpo debía de desear estarlo.

—¡Hola! —saludé.

—¡Vete a cagar! —exclamó Kevin, aunque era difícil estar seguro, pues escupía sangre.

—Si lo dejas ahora —dije—, y todavía es posible, tal vez podrás recoger tus dientes, sin confundirlos con los gérmenes de la boca de Jubil. Quizás quieres ponerlos en un vaso de agua y congelarlos. He escuchado que hacen maravillas con los dientes arrancados.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Me llamo Hap y él es mi hermano, Leonard. Pero ya os habéis conocido.

—Encantado de haberos conocido, malparidos —dijo.

Me levanté y me giré hacia Leonard:

—No sabía que venías.

—Estaba de camino a casa cuando me llamaste. Empecé el retorno hace dos días, pero no tenía cobertura en el móvil. Pasaba por un valle. Recibí tu mensaje algo más tarde.

—Pero no demasiado tarde.

Me giré hacia Kevin y le espeté:

—Kevin, tú y yo tenemos que hablar y tengo que recibir respuestas y, si me gustan, ni siquiera te cortaré el cuello.

Nos explicaron que Buster Smith, el tío de la Ópera góspel, se había llevado a Tillie y que Kevin y Cráteres de Luna le habían ayudado a llevársela. Ella estaba en un viejo teatro. Yo conocía el teatro. Era de Marvel Creek y, cuando vivía allí, había ido a ver muchas películas. Tenía un escenario y una pantalla de cine. Hacían espectáculos para niños y traían payasos y malabaristas y entretenimiento especial. Era horroroso y siempre me alegraba cuando abandonaban el escenario, apagaban las luces y me dejaban solo con las cucarachas y la película.

Leonard no quería dejarlos en su coche para no joderlo. Quería joderlos a ellos. No me gustan esas cosas, pero ¿qué le haremos? Empezaron ellos.

Leonard los puso en el maletero de su coche y yo le seguí con el mío después de que me echara del otro. Los llevamos hasta la orilla del río. Leonard los sacó del maletero. Salieron y ninguno de ellos se sentía bien. Leonard les había pegado un buen golpe con el mango de hacha. Dijo:

—Lo que haré será romperos las dos piernas. Una a cada uno.

—No hace falta, Leonard —dije.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo.

—Mira, escucha a tu amigo —suplicó Kevin—. Solo trabajamos para ese imbécil. No tenemos nada que ver. Esperamos que recuperéis a la chica.

—Oh, recuperaremos a la chica si la tenemos que recuperar —aseguró Leonard—. Pero así está la cosa: estabais a punto de matar a mi amigo. Si no llego a aparecer, lo habríais matado. Así que, ¿qué pierna?

Kevin y Cráteres de Luna me miraron.

—Ya ha tomado una decisión —aseveré—. Y estabais a punto de matarme.

—Pero moriremos aquí si nos rompe las piernas —apuntó Cráteres de Luna.

—No seas tan dramático —respondió Leonard—. Todavía podréis gatear o a lo mejor encontrar un palo para andar o algo parecido. En realidad, no es nuestro problema.

—¿Qué pierna? —repitió Leonard—. O elijo yo.

—La izquierda —eligió Kevin. Cráteres de Luna no escogió—. Pero...

Antes de que Kevin pudiera protestar de nuevo, Leonard giró el mango de hacha. Silbó y le golpeó junto a la rodilla, donde es más débil. Sentí un sonido como si alguien rompiera un puñado de bolas de billar. Kevin gritó y se dobló para agarrarse la rodilla.

—Una —contó Leonard.

Cráteres de Luna se escabulló. Le debía una a Leonard, así que lo perseguí, lo agarré del hombro, lo giré y le pegué un puñetazo en toda la cara. Cayó en tierra. Antes de que pudiera levantarse, Leonard estaba allí con el mango. Creo que necesitó tres golpes para acertar, no lo recuerdo. Miré hacia otro lado. Aun así, creo que era la pierna derecha.

Abandonamos el coche de Leonard en el aparcamiento de una iglesia, cosa que nos pareció irónica, y fuimos con el mío a Marvel Creek.

—¿Qué pasa si estos tíos salen del bosque y llaman? ¿Y si avisan a Buster? —Me preocupé.

—Están a kilómetros de su coche —respondió Leonard—. Están a kilómetros de cualquier parte. Tienen las piernas rotas. Además, fuiste tú quien no quiso que los matase. Si fuera por mí, estarían en el río Sabine, con los peces mordisqueándolos.

—No tienes sentimientos —lo acusé.

—En absoluto —confirmó.

Pensamos en vigilar la Ópera góspel, pero cuando llegamos había movimiento. Una enorme multitud y Leonard dijo:

—Lo guardan todo dentro. ¿Qué hora es? ¿Las nueve? ¿Las diez en punto? Yo no sabía que Jesús trasnochase tanto.

—Es cierto. Se suele ir a dormir pronto y levantarse temprano.

Saqué la pistola y me la coloqué debajo de la camisa, en la parte baja de la espalda. Dejamos el mango de hacha con sus recuerdos en los asientos de detrás. Mientras caminábamos, vimos que la multitud crecía.

—¿Qué pasa? —pregunté a un viejo con garrote.

—La Ópera góspel. Pero esta noche hay un espectáculo de talentos. ¿No lo sabéis?

—No —respondí—. No lo sabemos.

—Es más divertido que una cuadrilla de monos. La gente canta, baila y hace comedia. Diversión asegurada. —Observó a Leonard—. Entrarás, hijo. Recuerdo cuando los de tu color no podían.

—¡Caramba, cómo han cambiado los tiempos! —exclamó Leonard.

Contemplé los alrededores y vi una fila en otra puerta, al otro lado. Pregunté al viejo:

—¿Quiénes son esos?

—El talento. Se apuntan para actuar.

—Venga, Hap.

Nos pusimos en la fila de la puerta del talento.

—Cuadrilla de monos —repetí— y dejan entrar a los de tu color, Leonard.

—*Güeno, se lo tendríamos de agradecer a eso blanco sureño. Aro* —dijo parodiando el acento del sur del país.

Dentro había un hombrecillo en un escritorio. Llevaba una peluca mala. Nos preguntó nuestros nombres. Se los dijimos. Leonard añadió que cantábamos.

El hombre no nos encontraba en la lista, claro.

—Ya estábamos preparados —dije—. Llamamos con antelación y todo. En Overton opinan que somos *la crème de la crème*.

—Overton es tan pequeña que puedes lanzar una piedra de lado a lado —respondió el hombre.

—Sí, pero allí somos famosos —repliqué.

Lo meditó un rato y dijo:

—Escuchad. Hay un par de tíos que tocan la gaita que han cancelado. La lavandería les ha perdido los kilts o algo así. Os daré su turno. No os registrasteis, pero funcionará. ¿Así que cantáis?

—Como jodidos gorriones —respondió Leonard.

El hombre lo miró y rio despacio. Parecía que Jesús no estaba siempre en casa. Nos pidió que entrásemos.

—¿Cantamos? —pregunté.

—*La crème de la crème* —contestó Leonard.

Nos guiaron a los bastidores. Había muchas actuaciones allí. Un viejo vestía lo que parecía el uniforme de un sargento. Era barrigudo, calvo y parecía necesitar estar conectado a oxígeno. Tenía un muñeco ventrílocuo. El muñeco vestía como un soldado, con gorra militar y todo. No tengo más remedio que contároslo: odio de verdad los muñecos ventrílocuos. Cuando era un niño, tarde por la noche, pillé una película antigua que se titulaba *Al morir la noche*, una antología de varias historias. Una de ellas era sobre un hombre y un muñeco ventrílocuo que se apodera de su vida. Me cagué de miedo. Veo un tronco de madera que puede ser tallado como un muñeco ventrílocuo y me pongo nervioso. Y parecía que las ratas y alguien con un piolet hubieran trabajado en este muñeco.

—¿Cuánto hace que te dedicas a esto?

El hombre respiró con dificultad antes de responder.

—Antes sacaba dinero de verdad con esto. Nadie me contrata ya, excepto en estos espectáculos de talento y algunas fiestas infantiles. No soy tan bueno como antes. Ahora tienen al condenado Internet. Oh, no dirán nada de esto, ¿verdad? Les gusta que tengamos cuidado con el vocabulario.

—No diremos ni una maldita palabra —aseguró Leonard.

El viejo rio. Se acercó.

—¿Ninguno de los dos tendrá una botella, no?

Admitimos que no teníamos.

—No pasa nada. Solo preguntaba. —Zarandéó el muñeco un poco y el polvo se fue—. El soldado Johnson está desgastándose. Mi esposa le clavó un cuchillo y lo usó para pegarme en la cabeza. Nos echó a perder, a él y a mí. Me tiré un pedo, lo que hizo que perdiera la conciencia, y cuando me desperté llevaba un tutú.

Aulló con su chiste y siguió:

—No he tenido dinero para arreglarlo. Hago como que el párpado que se le baja es parte de la actuación. Le da personalidad.

—Y tanto —afirmé—. Los dejará muertos.

Esperaba que no se quedara muerto él también. Tenía la cara roja y respiraba con pesadez: parecía que le podía reventar una vena en cualquier momento. Tal vez la charla sobre pedos y marearse no era solo un chiste.

Todos estábamos en fila y mirábamos el escenario, donde hacían actuaciones de danza. La banda sonaba como vacas moribundas. Los bailarines se movían como si tuvieron patas de palo. A continuación, un hombre joven con una buena tocha tocaba un violín tan mal que parecía que serrara un tronco. Un ruido que hace que el ojete se te cierre.

—Las hermanas ganarán esto —pronosticó el viejo—. Todavía no las he visto, pero aparecerán pronto. Esas putas con el chocho seco. Concursan todas las semanas y ganan quinientos dólares. Son esos condenados himnos. Hacen que el público escuche a Jesús y entonces sienten que las tienen que votar. Mierda, ya me toca.

El viejo salió al escenario andando como un pato con aquel horrible muñeco y agarró un taburete por el camino. La actuación fue tan dolorosa que pensé en ahorcarme con la cuerda de una cortina, pero a la vez admiraba a ese viejo bastardo. No se daba por vencido. Respiraba con dificultad e intentaba proyectar la voz, pero al final de la actuación el muñeco parecía más sano que él.

Volvió con el muñeco y el taburete. Se sentó en el taburete.

—He intentado llegar a una nota alta cuando el soldado cantaba *Boogie Woogie Bugle Boy* y casi me cago encima. Creo que se me ha movido una costilla.

—Lo ha hecho bien —dije.

—Lo hacía bien hace unos cincuenta años. Era una mañana de primavera y acababa de disfrutar de un buen culo. Entonces lo hacía bien. Al menos así lo recuerdo. Podría haber sido una tarde sofocante a finales del verano y una vaca atada a un palo.

—Siéntese aquí y descanse —recomendé.

—No pasa nada —me aseguró—. ¿Seguro que no tenéis bebida?

—Seguro —afirmé.

Había otra compañía de danza en el escenario y un hombre con bolos con los que haría malabarismos era el siguiente. Leonard y yo observamos la zona, con la intención de conocerla. No parecía un antro en el que esconderían a una prostituta o, en este caso, a una que fuera por libre hasta que ya no pudieran usarla más. No parecía un lugar donde se vendían drogas. Parecía un lugar lleno de entretenimiento del malo, cosa que lo hacía un buen escondite, pero no estaba convencido.

Me di cuenta de que a las actuaciones que acababan las conducían por un camino determinado y que había dos tipos a cada lado de una escalera oscura. No parecían diáconos eclesiásticos, pero decidí bautizarlos así en mi cabeza. Dejé a Leonard, avancé hasta la escalera y miré hacia arriba.

—¿Qué hay arriba? —pregunté.

—Es una zona privada, señor —respondió uno de los hombres, dando un paso adelante.

Volví con Leonard y le dije:

—Hay otra planta allí arriba.

—Hay también una escalera en la otra parte del escenario —aseguró—. Se ve desde aquí. También tiene gorilas a los dos lados.

Miré. Dos tipos más. Si los dos que teníamos cerca no eran diáconos eclesiásticos, esos tampoco eran del coro. En la planta superior tal vez lo que había era un almacén de libros de himnos, pero lo dudaba.

—Buster no nos contrata, a los negros —apuntó Leonard—. Son todos requesones blancos.

—Parece que no hace tanto que no os dejaban entrar. Quizás les gustaba así.

—Eso no es verdad —negó Leonard—. Sí que venían y lo sabes.

—Eran los bedeles, subían por la escalera de detrás y se sentaban en el gallinero.

—El dinero de los negros eran tan bueno como el de cualquiera —explicó Leonard—. Lo sé. Yo me senté en el gallinero y escupí a la cabeza de un niño blanco.

—De eso nada —repliqué.

—No, pero me gusta soñar de vez en cuando.

Cuchicheábamos un plan de acción cuando de repente el colega que nos había registrado apareció y dijo:

—Las Hermanas de la Miel están enfermas.

—¿Quién? —pregunté.

—Las cantantes góspel de las que os he hablado —intervino el viejo ventrílocuo, que se había acercado—. Sus pañales de adulto se deben de haber terminado y no han podido venir hasta aquí. O han escuchado a la chica joven cantar y se han ido. Sé que han estado aquí. Las he visto, a esas zorras presumidas.

—Basta —lo paró el hombrecillo.

—Lo siento —se disculpó el ventrílocuo y volvió andando como un pato al taburete.

Yo tenía la cabeza en otro sitio y ni siquiera me había dado cuenta de la chica joven. Pero en lo más profundo de mi mente la recordaba haciendo un número como los de Patsy Cline y no lo hacía nada mal.

—Las Hermanas de la Miel dicen que están enfermas —repitió el hombrecillo.

—¿Las dos? —preguntó Leonard.

—De repente, así que a continuación salís vosotros.

—¡Oh! —exclamé.

—Venga, todavía recuerdo la letra de Santo, santo, santo, santo es el señor.

—Estás vacilándome —afirmé—. ¿De verdad saldremos?

—Yo canto en la ducha —informó Leonard—. Lo hago muy bien.

—Los cojones —respondí.

Bien, salimos al escenario y yo también sabía esa vieja canción. Soy ateo, pero me gusta una buena melodía de vez en cuando. No teníamos música, pero estaba la banda del local y se la sabían, más o menos, a pesar de que yo no la recordaba con un solo de tuba. Empezamos a cantar: Leonard lo hacía bien; de hecho, sonaba bien. Yo entré cuando me levantó la mano, pero

después de algunas líneas olvidé la letra, así que empecé a cantar tonterías. Una anciana en silla de ruedas en primera fila gritó:

—¡Acabad ya!

Leonard acabó mientras yo chasqueaba los dedos e intentaba quedar de moderno. Creo que si hubiera tenido gafas de sol, me las habría quitado.

Cuando terminamos, o más o menos abandonamos, se alegraron de vernos marchar. Alguien incluso me lanzó una bola de papel arrugado. El cabrón falló.

Cuando salimos por el otro lado, Leonard me acusó:

—Cojones, Hap, lo has jodido todo. Podríamos haber ganado ese premio en metálico. O podría haberlo ganado yo.

—No soy yo el que nos ha hecho salir como un dúo aunque no habíamos cantado juntos ni siquiera una vez. No he pretendido en ningún momento salir al escenario.

—Yo siempre había querido hacerlo.

—Tú sonabas bien —aseguré—, pero no te lo plantees como un segundo oficio.

—Como tú —replicó Leonard—, no te lo plantees en absoluto. Ahora a ver si encontramos a Tillie.

—Si está viva —maticé.

—Si está viva, pagarán por ello; si está muerta, pagarán por ello y entonces cobrarán dividendos.

A mí Tillie no me caía bien, pero sí que me gustaba Brett. Brett decía que era un árbol torcido. Solía decir:

—Hap, es un árbol torcido, no roto. Puede esquivar la situación y salir.

Por lo que yo sabía, ella estaba muy cómoda dentro de la situación, pero si la información que teníamos era correcta, no se merecía esto: esto era todavía peor que lo que tendría que pasarle a los políticos. Nos dirigimos hacia la escalera del lado por el que habíamos salido, cerca de los chicos del coro. Un hombre nos señaló la salida. Era un tipo regordete que llevaba un traje morado desteñido de los años 70, incluso antiguo para un museo. Nos dijo:

—Lo habéis hecho mal, tíos. Muy mal.

Lo ignoramos y nos dirigimos a la escalera.

—Por allí no —dijo y me agarró de la manga.

Me zafé y seguimos la marcha. Tenía el presentimiento de que la mayoría de la gente no tenía ni idea de lo que pasaba en el piso superior, ni idea de que el hombre que regentaba la Ópera góspel era tan servicial y amable como el lado pesado de un hacha.

—Estos tíos no van con bromas —informó el hombre que me había agarrado de la manga. Hablaba con dos tíos de la escalera. Dieron un paso adelante, uno hacia mí, el otro hacia Leonard.

—Vosotros no os marcháis de aquí —ordenó el chico del coro de mi lado.

Le pegué una patada en los huevos, se dobló un poco y le solté un gancho con la derecha. Se golpeó con la pared y volvió hacia mí furioso. Lo golpeé de nuevo, con otro en la mandíbula. Cayó de rodillas e intentó sacar una pistola de debajo del abrigo. Yo saqué la mía y le golpeé la cabeza. Cayó de nuevo y le solté otro golpe. Dobló los codos como si no pudiera hacer una flexión y cayó al suelo. Fue entonces cuando me di cuenta de que la pierna en la que me había golpeado Kevin con el mango me hacía mucho mal. Me di cuenta porque estaba a punto de pegarle otra patada, pero decidí que mejor no.

Miré a Leonard. Su hombre ya yacía inconsciente a los pies de la escalera. Creo que lo tumbó con un buen puñetazo. Giré al mío y le cogí la pistola. Tenía una en cada mano. Subí la escalera detrás de Leonard. Escuchaba risas en el escenario. Al final alguien hacía una cosa bien. Un chiste quizás.

Cuando llegué arriba de la escalera, Leonard había cogido un revólver automático del hombre al que había golpeado y ya lo tenía cargado. Me giré y miré hacia abajo, con la duda de si los diáconos sabían lo que tramábamos. Si no lo sabían, se enterarían pronto. Supuse que el hombre que me había agarrado de la manga lo contaría. Tal vez no sabía por qué habíamos ido, pero sabía para quién trabajaba.

Por supuesto, si nos habíamos equivocado, y lo que esperábamos no estaba arriba de la escalera, sino que en realidad era una sala de billar, tendríamos que dar muchas explicaciones. Quizás tendríamos que dar muchas explicaciones de todas maneras.

Los diáconos se enteraron. Corrieron a través del escenario en medio de un número de danza con un hombre y una mujer disfrazados de caballo. El hombre era la parte final, el culo del caballo. Lo sé porque bajé la escalera cuando los escuché correr. Tenía una buena visión del escenario. Los diáconos tumbaron el caballo y el hombre y la mujer salieron del disfraz. La pareja pronunció algunas palabras de las que no esperaríais escuchar en una Ópera góspel. Dios seguramente les hizo una gran raya negra en su libro.

Los diáconos no tenían pistolas en las manos y casi me atropellaron por la velocidad tan alta que llevaban. Cuando vieron mi revólver, así como el

automático que había cogidos de uno de los chicos del coro, frenaron en seco. Se congelaron como cubitos de hielo.

—¿De verdad queréis morir? —pregunté.

Un hombre movió la cabeza y empezó a correr hacia el escenario de nuevo, por delante del caballo que habían acoplado de nuevo. Una trompeta minúscula y un piano sonaban por algún sitio. El caballo bailaba. La puñetera tuba tocaba notas al azar: el que la tocara se merecía caer fulminado.

El otro diácono, el que no corría, levantó las manos. Dijo:

—Me tienes que quitar la pistola para que pueda decir que estoy desarmado.

—Buena idea —dije—. Pero échala con tranquilidad.

Lo hizo, se agachó, la dejó en el suelo, se alzó y dijo:

—No tengo ningún problema contigo.

—Eso está muy bien —repliqué—, pero no estoy de humor.

Retrocedió y atravesó el escenario a paso rápido. La pareja con el disfraz de caballo se fue. La mujer se quitó la cabeza de caballo y la lanzó a la audiencia. Ojalá golpeara a la mujer en silla de ruedas que había dicho que acabásemos ya.

Recogí la pistola, una de nueve milímetros, y subí de nuevo la escalera. Leonard me esperaba.

—¿Has ido al servicio? —me preguntó.

—Estaba desarmando a un caballero.

—Hay una puerta allí —señaló Leonard—. ¿Deberíamos ver que hay al otro lado? ¿El huevo o la gallina?

—Quizás nos encontremos a los dos —dije.

Atravesamos el vestíbulo y Leonard pegó una patada a la puerta, que se movió y se quedó suelta, la sostenía una sola bisagra y entonces la bisagra se soltó y la puerta cayó. Era un lavabo. Estaba vacío.

—¿Hacían guardia por un lavabo? —se extrañó Leonard—. ¿De verdad?

Debía de haber otro camino, pero no lo veíamos y teníamos un poco de prisa. Nos guardamos las pistolas en los cinturones, debajo de las camisas, bajamos la escalera y acabamos detrás del escenario. El público de la Ópera góspel no había desistido. La acción, igual que antes, seguía en marcha. Había una especie de actuación cómica. Cuando llegamos al otro lado, pasamos por delante del hombre y la mujer que se habían disfrazado de caballo. Nos miraron mal.

—¿Habéis participado en la interrupción? —preguntó la mujer.

—No, señora —aseguré y seguí andando.

Subimos la escalera donde habían estado los diáconos. Sacamos las pistolas. Había dos puertas en el vestíbulo.

—Tú vas por una y yo por la otra —decidió Leonard.

Elegimos una puerta, nos asentimos con la cabeza el uno al otro y las tumbamos de una patada. La mía se descolgó por completo de las bisagras de lo vieja que era. Podía escuchar todavía a Leonard pegando patadas cuando me adentré.

Había una cama en la habitación y un poco de luz a la derecha. Había una hilera de cuatro sillas y, que me muera si es mentira, cuatro hombres sentados en esas sillas. El que estaba más cerca de la luz leía el diario. Era como si estuviesen en el barbero y esperasen su turno. Tillie estaba en la cama y tenía a un hombre desnudo encima, que movía el culo como si fuera una pelota de baloncesto. Tillie no estaba allí de verdad. Estaba en otro lugar. Tenía los ojos abiertos, pero podrían estar cerrados. Estaba esquelética. Suponía que no la habían alimentado en una buena temporada, excepto lo que se había pinchado. Se parecía mucho a Brett, si Brett fuera la superviviente de un campo de concentración, y eso todavía me molestaba más.

Los cuatro hombres se levantaron. Todos estaban vestidos, excepto uno que se había quitado los zapatos y los había puesto debajo de la silla. Uno de ellos llevaba un uniforme policial y tenía la mano en una pistola que llevaba en el cinturón. Estaba de misión para descargar la escopeta y hacerse alguna raya, por lo que parecía.

En ese momento, Leonard ya había entrado por la puerta. El policía sacó la pistola y yo le disparé. Le herí en el brazo, cayó en tierra y empezó a hacer círculos como Curly el de *Los tres chiflados*. Gritaba:

—No me vuelvas a disparar, no me vuelvas a disparar.

Había sangre por todas partes.

Los otros tres intentaron correr, pero recurrí a un lenguaje zafio relacionado con sus madres. Se sentaron de nuevo, como si todavía esperasen su turno. Sus madres les daban igual.

—¿Dónde está el gilipollas de Buster? —pregunté.

Nadie dijo nada.

—Os ha hecho una pregunta —explicó Leonard—. Si no respondéis y lo encontramos, os volaremos todos los dedos de los pies a tiros. Y después las pollas.

En ese momento el hombre de la cama se había levantado y estaba junto a la mesa, con una mano sobre su pito.

—Si yo tuviera una ratilla como esa, también la escondería —aseguró Leonard—. La cosa es que soy un experto en pollas y esa es fea.

—Sí que entiende de rabos —confirmé.

El hombre con el uniforme policial ya no pegaba vueltas y se había enganchado con las patas de una silla. Gritó:

—Estoy herido, estoy herido.

—Sin dramas —ordené.

Fui hacia allí y vi que Tillie respiraba con dificultad. La tapé con la manta que había al final de la cama. Contemplé al hombre con una mano sobre sus partes íntimas y enloquecí. No sé qué me pasó, pero no podía pensar que existía gente así, que se sentaban en sillas y esperaban su turno para penetrar a una chica drogada. Le arreé una patada en los huevos y le golpeé la cabeza con la pistola y luego fui a por los otros tres después de pegar una patada al oficial de policía del suelo y lanzarle la pistola debajo de la cama. Empecé a golpear a los tres tíos con las pistolas, una en cada mano. Los golpeaba tan fuerte que parecía Shiva. Intentaron escabullirse pero, cada vez que lo intentaban, Leonard los volvía a enviar al juego y yo seguía con el trabajo. Me sentía salvaje. Me sentía fatal y, aun así, me sentía bien.

No pasó mucho tiempo hasta que todos sangraran. Dos yacían en el suelo. Uno había vuelto a la silla. El hombre desnudo del suelo no se movía. Yacía de lado, había vomitado por todas partes y el aire estaba cargado con el mal olor del vómito.

—De acuerdo —dijo Leonard. Caminó hasta allí y colocó la pistola en la nariz del hombre descalzo, que era el que se había vuelto a sentar—. ¿Dónde está Buster?

El hombre no respondió. No hizo falta. Una puerta se abrió al otro extremo y entraron dos hombres. Uno tenía una escopeta y abrió fuego, pero ya estábamos en movimiento. Yo me eché al suelo detrás de la cama y Leonard botó por la puerta que había tumbado y aterrizó en el vestíbulo. Desde debajo de la cama, veía las piernas del hombre y disparé, tres veces en una rápida sucesión. Le acerté en alguna parte porque gritó y cayó. Le disparé de nuevo, esta vez en la cabeza y se la abrí como a una nuez grande. El otro hombre tenía una pistola y la había disparado durante todo el rato. Hasta entonces había dado a la cama, matado al hombre descalzo en la silla y había agujereado la pared.

Desde debajo de la cama veía los pies de Leonard a medida que venía por la otra puerta, la que había tumbado de una patada. Me puse de pie y tropecé

con el policía que, sin haberme visto, había empezado a gatear hacia la puerta abierta.

—Quieto —ordené, como si le hablara a un perro.

Paró de gatear.

Cuando llegué junto a Leonard, ya había tumbado al hombre. El hombre se había disparado de alguna manera a sí mismo en el pie. Le pegué una patada en la cabeza, para hacerle saber que yo también jugaba, y entonces Leonard se agachó y recogió la pistola del hombre. Si valoramos la puntería del hombre, habría sido mejor dejarle la pistola: habría acabado disparándose, tal vez en la cabeza.

—Tú te quedas —dije a Leonard.

—Está bien, pero si escucho demasiados tiros, voy. Y mato a muchos.

Atravesé la puerta por la que habían entrado los dos y podía escuchar gritos debajo, en el auditorio. El tiroteo había alterado al público y debía de ser mucho más emocionante que cualquiera de las actuaciones que habían visto esa noche.

Cuando entré a la habitación del piso superior, vi que estaba muy adornada para un edificio viejo. Muchos muebles modernos, incluso un gran sofá. Estaba separado de la pared y veía unos pies que sobresalían por detrás. Fui hasta allí, dejé las pistolas en la mesa del café, agarré al hombre por los tobillos y lo saqué.

Intentó agarrarse al suelo, pero solo sirvió para que arrastrara las uñas. Era un hombre alto y flaco con una chaqueta deportiva a cuadros y el pelo oscuro. Pregunté:

—¿Eres Buster Smith?

—No —respondió.

Le saqué la cartera del bolsillo y miré el carné de conducir.

—Sí, sí que eres Buster —dije—. Seguro que siempre te pillaban cuando jugabas al escondite de niño.

—Pues sí —se apoyó en una rodilla.

—Yo no intentaría nada. —Volví y recuperé mis armas—. Te dispararía y entonces Leonard dispararía a todo el mundo y lo pasaremos mal teniendo que explicar cosas. Pero tú estarás muerto.

No fuimos a la prisión.

Esa es la parte importante. Os explicaré cómo. Cuando todo se acabó y todos estábamos en comisaría, Leonard y yo incluidos, nos trajeron ante el

jefe de policía. Esto fue después de los interrogatorios, cacheos y un dedo con guante de goma por el agujero del culo, por si acaso escondíamos granadas de mano. Era un tío guapo con el pelo oscuro muy corto y una oreja que sobresalía más que la otra, como si fuera un intermitente. Había un letrado en el escritorio que decía: JEFE DE POLICÍA.

—Bien, Hap Collins —empezó.

Lo reconocí. Algo más viejo. Todavía en forma. James Dell. Habíamos ido juntos a la escuela.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo—. Lo que mejor recuerdo de ti es que no me caes bien.

—Ese es un club muy grande —apuntó Leonard—. Hap tiene incluso un boletín informativo.

—Jim y yo salimos con la misma chica —expliqué.

—No a la vez —replicó Jim.

—Él salió con ella después —maticé.

—Exacto. Y me casé.

—Pues ganas tú —cedí.

—Así me gusta verlo —añadió James—. Habéis montado un buen escándalo. Habéis disparado y habéis pegado a la gente. Y Hap, has matado a un tío. También me han dicho que hay dos hombres con las piernas rotas en el bosque. Se han entregado al *sheriff*.

—Buenos chicos —dije.

—Uno de los hombres a los que has disparado era un oficial de policía —recalcó James.

—Lo sé. Hacía cola para violar a una chica joven. ¿Cómo está ella, por cierto?

—En el hospital. Se mantenía por un hilo al principio, pero lo ha superado. Se ve que conoce las drogas, así que quizás tiene cierta tolerancia. No ha comido nada en unos días. Hemos hablado con Buster Smith. Se deshizo como una galleta mojada. Resulta que solo es duro cuando el dinero le hace el trabajo. Aquel policía, por cierto, era el jefe de policía.

—¡Oh! —exclamó Leonard—. ¿Entonces qué eres tú?

—El nuevo jefe de policía. También debería mencionar que el alcalde es aquel al que hirió una bala perdida y está más seco que la mojama.

—El alcalde. Un jefe de policía. Qué noche —afirmé.

Por hacer esta parte más corta, tuvimos que permanecer en la prisión hasta que nuestro amigo Marvin Hanson nos consiguió un abogado, entonces salimos sin cargos, a pesar de que habíamos cazado a aquel bastardo y

habíamos armado un buen jaleo. El antiguo jefe de policía estaba muerto, por nuestras propias manos, y el alcalde también estaba en la lista de los difuntos por una bala perdida, y los otros que estaban en la fila de sillas eran ciudadanos destacados. Era mejor facilitarnos las cosas, así podrían tapar la mierda a su estilo.

Así de simple fue: el crimen perpetrado a Tillie era tan grave que nos dejaron huir en defensa propia. Joder, al fin y al cabo, esto es Texas.

Brett y yo nos acostamos y se apoyó en mi brazo.

—Tillie saldrá del hospital mañana —dijo Brett.

Había pasado tres meses y estaba en mala forma. Tengo que reconocérselo: era dura como la carne de una fajita hecha el día anterior.

—Tengo que ir a por ella —explicó Brett.

—Muy bien —dije.

—Sé que no te cae bien.

—Correcto.

—No hacía falta que hicieras lo que hiciste.

—Sí, hacía falta.

—¿Por mí?

—Por ti y por ella.

—Pero no te cae bien.

—Hay mucha gente que no me cae bien, pero tú la aprecias. Crees que es un árbol torcido y tal vez tienes razón. Nadie se merece eso.

—Pero ella se lo busca, ¿no?

—Sí —afirmé—. Se lo busca. Pero creo que no cambiará nunca. Si no cambia pronto, morirá. Elige a los hombres como los patos eligen los escarabajos de mayo. A lo loco.

—Yo sé que intenté ser una buena madre.

—Y yo también, no empieces con la canción de que fracasaste. Hiciste lo que pudiste.

—Le pegué fuego a la cabeza de su padre —recordó Brett.

—Sí, le pegaste fuego —repetí—. Pero se lo buscó.

—Y tanto, tú lo sabes.

—No lo he dudado nunca.

—Te quiero, Hap.

—Y yo te quiero a ti, Brett.

—¿Quieres que perdamos cinco minutos de nuestras vidas así? — preguntó.

—Qué poco agradable. —Reí.

Rio, se dio la vuelta y apagó las luces. Después sí que fue todo muy agradable.

Michael Swanwick

Michael Swanwick debutó en 1980 y en estos treinta y cuatro años se ha consolidado como uno de los escritores más prolíficos y consistentemente excelentes de historias cortas de ciencia-ficción, así como uno de los mejores novelistas de su generación. Ha ganado el premio Theodore Sturgeon y la votación del Premio de los Lectores de *Asimov*. En 1991, su novela *Stations of the Tide* ganó un Premio Nebula y en 1996 ganó el premio Fantasía del Mundo por la historia *Radio Waves*. Ganó el premio Hugo cinco veces entre 1990 y 2004 por las historias *The Very Pulse of the Machine*, *Scherzo with Tyrannosaur*, *The Dog Said Bow-Wow*, *Slow Life* y *Legions in Time*. Otros libros suyos incluyen las novelas *In the Drift*, *Vacuum Flowers*, *The Iron Dragon's Daughter*, *Jack Faust*, *Bones of the Earth* y *The Dragons of Babel*. Sus obras de ficción cortas se han compilado en *Gravity's Angels*, *A Geography of Unknown Lands*, *Slow Dancing Through Time*, *Moon Dogs*, *Puck Aleshire's Abecedary*, *Tales of Old Earth*, *Cigar-Box Faust and Other Miniatures*, *Michael Swanwick's Field Guide to the Mesozoic Megafauna* y *The Periodic Table of SF*. Sus libros más recientes son una enorme colección retrospectiva, *The Best of Michael Swanwick* y una nueva novela, *Dancing with Bears*. Swanwick vive en Filadelfia con su esposa, Marianne Porter. Tiene una página web, www.michaelswanwick.com y escribe un blog en www.floggingbabel.blogspot.com, ambos en inglés.

En esta historia lleva a sus famosos canallas Darger y Excedente, unos extraordinarios estafadores, a una Nueva Orleans post-utópica y surrealista llena de mastodontes pigmeos, serpientes marinas y muchos, muchos zombis, donde aprenden que hacer dinero —literalmente— puede ser fácil, pero que aferrarse al mismo y seguir vivos es mucho más complicado.

BRUNA ENAGUAS

Michael Swanwick

La ciudad portuaria independiente y, según decían algunos, paraíso de los piratas, Nueva Orleans, era para muchos una visión extraña. Era un lugar donde serpientes marinas transportaban barcos, a través de campos trabajados por peones zombis, hacia dársenas donde se traspasaba la carga a carros de madera llevados por equipos de mastodontes pigmeos tan pequeños como caballos percherones. Así que nadie consideró que fuera particularmente raro que, durante tres días, una cola interminable de mujeres jóvenes esperase en el pasillo de fuera de la suite del Maison Fema la oportunidad de levantarse la falda o abrirse la blusa para enseñar un muslo, un pecho o una nalga con tatuajes a dos jueces que se sentaban en sillas idénticas y las contemplaban con solemnidad, les hacían unas preguntas, les agradecían su tiempo y les mostraban la salida.

Las mujeres habían acudido allí en respuesta a un cartel pegado por algunos distritos que decía:

SE BUSCA HEREDERA

¿ES USTED...

UNA MUJER JOVEN ENTRE 18 Y 21 AÑOS?

¿HUÉRFANA DE PADRE?

¿TATUADA DESDE QUE NACIÓ EN UNA PARTE ÍNTIMA DEL CUERPO?

SI ES ASÍ, TAL VEZ TIENE DERECHO A GRANDES RIQUEZAS

RAZÓN DURANTE EL DÍA, SUITE 1, MAISON FEMA

—Podrías pensar que ya estoy cansado —comentó Darger durante una breve pausa en el ritual—. Sin embargo, no lo estoy.

—La infinita variedad de formas en las que las mujeres pueden ser bonitas es muy sorprendente —le dio la razón Excedente—. Así como el entusiasmo de muchas para mostrar esa belleza.

Abrió la puerta.

—Siguiente.

Una mujer entró de puntillas, dejando un rastro de humo de puro. Era sobrecogedoramente alta, un metro noventa o dos metros, con un vestido adornado con un lazo del mismo tono dorado que su piel. Excedente le señaló un cenicero en el escritorio y, con un gracioso gesto de asentimiento con la cabeza, apagó el cigarro.

—¿Cómo se llama? —preguntó Darger después de que Excedente se sentase de nuevo.

—¿Se refieren a mi nombre real o a mi nombre artística?

—¡Vaya! El que prefiera.

—Les diré el real, entonces. —La mujer joven se quitó el gorro y los guantes. Los dejó juntos con cuidado en el escritorio—. Me llamo Bruna Enaguas. Pero pueden llamarme Bruna.

—Cuéntenos algo sobre usted, Bruna —pidió Excedente.

—Nací feriante y siempre he trabajado de aquí para allá —explicó Bruna mientras se desabrochaba la blusa—. Recientemente he trabajado de actriz secundaria como La Bella Durmiente Hecha Inmortal Por La Tecnología Utópica Pero Condenada A No Despertar Nunca. Me acuesto en un ataúd de vidrio y solo me tapo con la melena y una mano estratégicamente colocada mientras la audiencia intenta averiguar si estoy viva o no. Tengo un buen control de la respiración.

Dobló la blusa y la dejó junto a los guantes y el gorro.

—Jake, mi esposo, era el captador. Estudiaba la audiencia y, cuando veía una víctima adecuada, la pillaba a la salida y le cuchicheaba que, por un par de billetes, podía arreglarlo para pasar tiempo íntimo conmigo. Entonces salía y miraba a través de una ranura de la lona.

Bruna se quitó la falda y la dejó encima de la blusa. Empezó a deshacer los lazos de las enaguas.

—Cuando el desgraciado se había quitado los pantalones y estaba a punto de subir al ataúd, Jake salía hecho un buey y berreaba que se suponía que solo tenía que mirar y no aprovecharse de mi condición vulnerable.

Puso las enaguas encima de la falda, se quitó las ligas y procedió a sacarse las medias.

—Esto solía ser bueno para su cartera.

—¿Quieres decir que los estafabais? —preguntó Excedente con precaución.

—Yo solo estaba allí, tumbada. Pero estaba preparada para levantarme y pegarle una hostia al hijo de puta si se le iba la mano. También teníamos otros trapicheos: la estafa de la estampita, la de la estampita inmobiliaria, la estafa del violín, por mencionar algunas.

Desnuda del todo, la joven mujer se apartó la frondosa melena de rizos negros con las manos y les enseñó el pescuezo.

—Un día una víctima entró, pero Jake no estaba. Así que abrí los ojos de golpe y grité en la cara del bastardo. Echó a correr, se golpeó la cabeza con el suelo y no esperé a averiguar si estaba inconsciente o muerto. Le robé la chaqueta y fui a buscar mi marido. Resulta que Jake se había fugado con la Mujer Serpiente, que lo dejó dos semanas después, y entonces quiso volver conmigo, pero ni hablar.

Se giró despacio para que Darger y Excedente pudieran examinar cada centímetro de aquel admirable cuerpo.

—Mmm..., parece que no tiene ningún tatuaje. —Darger se aclaró la garganta.

—Ya, lo he descubierto enseguida. He hablado con algunas de las chicas que habéis entrevistado y dicen que les habéis preguntado mucho sobre ellas, pero que no las habéis importunado. Ninguna de ellas estaba contenta con esa parte. Especialmente después de haber pasado por el mal rato de tatuarse. Así que, dos y dos son cuatro, he supuesto que quieren llevar a cabo una estafa que requiere de una compañera con ingenio y tendencia a robar.

Bruna Enaguas se llevó las manos a las caderas y sonrió:

—Bueno. ¿El trabajo es mío?

Sonriendo de oreja a oreja como un perro, nada sorprendente si tenemos en cuenta que toda su secuencia de genoma era canina, Excedente se levantó y le ofreció la pata. Darger, en cambio, se interpuso enseguida entre los dos y se disculpó:

—Si nos excusa un momento, señora Enaguas, mi amigo y yo tenemos que hablar en la habitación del fondo. Puede emplear este tiempo para vestirse.

Cuando los dos hombres se aislaron, Darger cuchicheó con furia:

—¡Gracias a Dios que he podido pararte! Estabas a punto de reclutar a esa joven en nuestra conspiración.

—Bueno, ¿y por qué no? —murmuró Excedente con la misma calma—. Buscamos a una mujer de apariencia atractiva, poco atada a la moralidad convencional y que tenga confianza en ella misma, iniciativa y la inventiva que todo buen estafador requiere. Brunna tiene un diez en todos los aspectos.

—Trabajar con una amateur es una cosa, pero esta mujer es una profesional. Se acostará con los dos, nos pondrá en contra y, al final, huirá con el botín y nos dejará desplumados, solo con la vergüenza y la pena por todos nuestros esfuerzos.

—Eso es machista y, si me lo permites, difamaciones poco elegantes hacia el sexo bello y estoy perplejo por escucharlas de tu boca.

—No reniego de todas las mujeres, sino de las embaucadoras con confianza en ellas mismas. —Darger movió la cabeza con tristeza—. Hablo desde la experiencia triste y repetida.

—Bien, si insistes en hacerlo sin esta criatura joven e inocente —dijo Excedente, cruzando los brazos—, yo insisto en que lo hagas sin mí.

—¡Por el amor de Dios!

—Tengo que ser fiel a mis principios.

Seguir discutiendo sería inútil, entendió Darger. Así que, poniendo buena cara al mal tiempo, emergió de la habitación del fondo para decir:

—Tienes el trabajo, bonita. —De un bolsillo de la chaqueta sacó una aceitera con filigranas de plata y, quitando la tapadera, extrajo una única pastilla—. Trágate esto y tendrás el tatuaje que requeríamos esta mañana. Debes de querer que lo analice tu farmacéutico primero, claro, para verificar...

—Oh, confío en ti. Si buscáis follar, no me habríais esperado a mí. Algunas de esas muchachas eran muy guapas. —Bruna se tragó la pastilla—. ¿Cuál es el engaño?

—Se trata de la estafa del dinero tintado —explicó Excedente.

—Oh, siempre he querido hacer ese trapicheo. —Con un grito, Bruna abrazó a los dos.

A pesar de que sus dedos se morían para hacerlo, Darger fue muy cauteloso y no comprobó si todavía conservaba la cartera.

Al día siguiente, peones zombis trajeron al hotel diez cajones de dinero negro, que en realidad eran trozos de pergaminos rectangulares teñidos de negro en la distante Vicksburg y entonces, bajo la dirección de Excedente, los apilaron en la puerta de la habitación de Bruna de forma que, como la suya era la habitación central de la suite, la única manera de entrar o salir era a través de la puerta de Darger o de la suya. Entonces dejaron que la dama se vistiera y se maquillara y sus nuevos compañeros partieron a hablar con las víctimas.

Darger empezó en la zona portuaria de la ciudad.

El despacho del especulador Jean-Nagin Lafitte era deliciosamente lujoso y lo presidía el cráneo de un *Mausaurus*, decorado con una filigrana grabada en plata. El 'Duque' Lafitte, como se hacía llamar, o el 'Pirata' Lafitte, como lo conocía todo el mundo, era un hombre esbelto y guapo con piel de color oliva, cabellos largos y sueltos y un bigote tan fino que se lo podría haber dibujado con lápiz de cejas. Mientras que otros hombres ricos llevaban un garrote, él llevaba un látigo enrollado en el cinturón.

—¡Alquilar un lingote de plata! —exclamó—. No había escuchado nunca nada parecido.

—Es una propuesta bastante simple —afirmó Darger—. La plata sirve de catalizador para cierto proceso bioindustrial, cuya la naturaleza precisa no tengo permiso para divulgar. El plan consiste en convertir un lingote de plata en un compuesto coloidal que, cuando el proceso se complete, se recuperará y se le volverá a dar forma de lingote. No perdería nada. Además, solo lo necesitaríamos unos... bueno, diez días para mayor seguridad. A cambio de esto, estamos en condiciones de ofrecerle un diez por ciento de intereses por la inversión. Unos beneficios muy altos sin ningún riesgo.

—Está el riesgo de que coja la plata y huya. —Se le esbozó una sonrisa pequeña y despiadada en los labios.

—Esa es una acusación indignante y no la aceptaría de un hombre al que no respetase tanto como a usted. —Darger señaló por la ventana los concurridos almacenes y las dársenas llenas de actividad—. Entiendo que la mitad de todo lo que vemos le pertenece. Deje a mi equipo un edificio en el que llevar a cabo la operación y coloque todos los guardias que desee protegiéndolo. Traeremos nuestros aparatos y usted aportará la plata. ¿De acuerdo?

El Pirata Lafitte dudó durante un breve momento. Entonces dijo con brusquedad ofreciéndole la mano:

—¡Trato hecho! Por un quince por ciento. Y el alquiler del edificio.

Encajaron las manos y Darger aseguró:

—No tendrá ninguna pega en que un reputado ensayador examine el lingote, ¿no?

En el Barrio Francés, mientras tanto, Excedente mantenía una conversación casi idéntica con una mujer flaca y mordaz, con un austero vestido negro, que además de alcaldesa, era la propietaria del burdel más

grande y famoso de Nueva Orleans. Detrás de ella, en guardia y callados, había dos hombres-mono del nordeste de Canadá. Los dos con esa expresión de ira frustrada que tienen todas las bestias que casi habían llegado a la inteligencia humana.

—¿Un ensayador? —preguntó—. ¿No le vale mi palabra? Y si no le vale, ¿tendríamos que hacer negocios?

—La respuesta a sus tres preguntas, señora alcaldesa Tresjolie, es sí —respondió Excedente apaciblemente—. El ensayador es por su propia seguridad. Como sin duda sabe, la plata suele adulterarse con otros metales. Cuando hayamos terminado con la plata, el compuesto será fundido y se le volverá a dar forma de lingote. Por supuesto, querrá saber que el lingote que le devolveremos es del mismo valor que el lingote que nos entregó.

—Mmm...

Estaban sentados en el vestíbulo de la casa de tolerancia de la señora alcaldesa: ella en una silla de mimbre, intencionadamente similar a un trono, y Excedente en una silla plegable de madera frente a ella. Como todavía era pronto, el centro aún no había abierto para los negocios.

Pero los mensajes y los lacayos del gobierno iban y venían. Uno de ellos cuchicheó algo a la oreja de la Señora Alcaldesa Tresjolie. Lo apartó con una mano.

—Diecisiete y medio por ciento. O eso o nada.

—De acuerdo.

—Bien —aceptó Tresjolie—. Ahora tengo negocios con el amo de los zombis. Ponga su silla junto a mí y observe. Si al final hacemos negocios, lo encontrará edificante.

Un hombre rechoncho y alegre entró en la habitación seguido de media docena de zombis. Excedente los estudió con interés. A pesar de que tenían los ojos apagados, las caras rígidas y un brillo malsano en la piel, no parecían los cadáveres apestosos de la leyenda de Utopía. Más bien parecían jornaleros que habían trabajado hasta la extenuación, que también era el caso.

—Buenos días —saludó el hombre alegre, frotándose las manos con brío—. He traído la hilera de esclavos deudores de esta semana que, como ya han cumplido su condena, pueden ser escogidos para el perdón y la libertad.

—No conocía la fuente de vuestra fuerza laboral involuntaria —añadió Excedente—. Son desgraciados que no pagan al día, ¿no?

—Exactamente —aseguró el amo de los zombis—. Nueva Orleans no colabora en la práctica bárbara y cara de construir prisiones para morosos. En lugar de eso, se incapacita químicamente a los criminales de la deuda para

que no puedan pensar por ellos mismos y se les pone a trabajar hasta que saldan la deuda con la sociedad, que es lo que los alegres colegas de hoy han hecho. —Con un guiño, añadió—. Tal vez deberías recordar esto antes de gastar demasiado dinero en las habitaciones de arriba. ¿Está preparada para empezar, Señora-Alcaldesa Tresjolie?

—Puede proceder, amo Huesos.

El amo Huesos hizo un gesto imperioso y el primer zombi arrastró los pies hasta allí y dijo:

—Por derrochar el dinero llegaste a la deuda y mediante el trabajo honesto te has ganado la libertad. Abre la boca.

La criatura pálida obedeció. El amo Huesos sacó una cuchara y la metió dentro de un salero, en una mesa cercana. Echó la sal dentro de la boca del hombre.

—Traga.

Lentamente, el hombre experimentó una transformación notable. Se levantó y miró a su alrededor con actitud titubeante.

—Yo, yo... —dijo—. Ahora lo recuerdo. Mi mujer... ¿Mi mujer está...?

—Calla —ordenó el amo de los zombis—. Todavía no se ha completado la ceremonia.

Los guardias canadienses habían cambiado la posición para defender a su señora en caso de que el zombi recuperado la atacase.

—Yo te declaro ciudadano libre de Nueva Orleans de nuevo y sin deudas con nadie —pronunció Tresjolie con solemnidad—. Vete y no gastes por encima de tus posibilidades. —Extendió una pierna y se levantó la falda por encima del tobillo—. Puedes besarme el pie.

* * *

—¿Así que le has pedido una línea de crédito a Tresjolie en su prostíbulo? —preguntó Bruna cuando Excedente detalló la aventura a sus cómplices.

—Claro que no —exclamó Excedente—. Le he dicho que siempre he querido regentar un burdel privado pequeño pero selecto, uno que solo estuviera dedicado a mi uso personal. Un harén, si quieres llamarlo así, pero habitado por empleadas rotatorias y bien pagadas. Le he sugerido que en poco de tiempo puedo estar en posición de encargarle que encuentre un hotel apropiado y monte una institución así para mí.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha respondido que dudaba de que fuera consciente de lo cara que sería una operación así.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no creía que el dinero sería un problema —explicó Excedente sin dar importancia—. Porque haría un buen negocio muy pronto.

—Me parto con vosotros, chicos —exclamó Bruna deleitada.

—En otro orden de cosas —cortó Darger—, te ha llegado el vestido nuevo.

—Lo he visto cuando ha llegado. —Bruna hizo una mueca—. No lo han diseñado para sacar partido a mi cuerpo ni a nada.

—Es muy modesto —le dio la razón Darger—. Aun así, tu personaje es reservado e inexperto. Ante sus ojos inocentes, Nueva Orleans es un lugar terriblemente perverso, un pozo negro de lujuria y pecado. Por lo tanto, ella necesita la protección constante de ropa que no deje ver nada y de hombres incondicionales de elevada moral.

—Además —amplió Excedente—, ella es el punto débil de nuestros planes, puesto que cualquiera que conozca el tatuaje y sepa el significado puede prescindir por completo de nosotros si la secuestra en la calle.

—¡Oh! —exclamó Bruna casi sin voz, con la clara intención de despertar los instintos protectores de cualquier hombre.

Excedente dio un paso hacia ella y entonces se dio cuenta. Sonrió de oreja a oreja, como un buen carnívoro.

—Lo harás muy bien.

La tercera reunión con un potencial inversor tuvo lugar aquella tarde en un club de luz tenue en un distrito decadente de la periferia del Barrio Francés, puesto que el entretenimiento era, en la mente del público, demasiado turbio incluso para ese barrio de mentalidad abierta. Camareras pálidas se movían sin vida entre las mesitas, tomaban nota y traían las bebidas mientras una pequeña banda de metal y batería tocaba música apropiadamente sórdida para acompañar el espectáculo del escenario.

—Veo que no es aficionado a los espectáculos de sexo en directo —observó el amo de los zombis, Jeremy Huesos. La luz del cirio de la mesa hacía que las gotas de sudor de su cara brillasen como gotas de lluvia.

—El éxito artístico de esas demostraciones depende por completo del grado de coincidencia con las tendencias sexuales de uno mismo —replicó

Darger—. Confieso que las mías van por otro rumbo. Pero da igual. Volviendo al tema que teníamos entre manos: ¿acepta los términos?

—Sí. No me queda claro, aun así, porque insistes en llevar a cabo el ensayo en el Banco de San Francisco, cuando Nueva Orleans tiene buenas instituciones financieras propias.

—Y todas pertenecen en parte a la Señora-Alcaldesa Tresjolie, al Duque Lafitte y a usted.

—Al Pirata Lafitte, querrá decir. Un ensayo es un ensayo y un banco es un banco. ¿Por qué te tendría que importar cuál de ellos utilizamos?

—Antes ha llevado seis zombis a la alcaldesa para que los liberase. Si asumimos que es una semana normal, son cerca de trescientos zombis al año. Aun así, todo el trabajo de baja categoría de la ciudad lo hacen los zombis y todavía hay centenares de miles que trabajan en las plantaciones que bordean el río.

—Muchos de los deudores tienen sentencias de varios años.

—He investigado y he descubierto que los barcos de Lafitte importan doscientos prisioneros a la semana de municipios y territorios entre el Misisipí y St. Louis.

—Muchos gobiernos encuentran más barato pagarnos para que nos encarguemos de los habitantes problemáticos que construir prisiones. — Esbozó una sonrisa.

—La Señora-Alcaldesa Tresjolie condena a esos desgraciados según el código penal de la ciudad, usted le paga por los cuerpos y, después de haberlos transformado en zombis, los alquila para trabajos de baja categoría a precios que los empresarios encuentran irresistibles. Los que entran a su servicio casi nunca se van.

—Si un oficial del gobierno o un familiar me presenta papeles que demuestran que la deuda de alguien con la sociedad se ha saldado, los libero con alegría. Te garantizo que son muy pocos los que vienen con esos papeles. Pero siempre estoy disponible para los que aparecen. Exactamente, ¿cuál es la objeción a este pacto?

—¿Objeción? —preguntó Darger, sorprendido—. Ninguna. Es su sistema y, como persona forastera, no tengo nada que decir. Solo explico la razón por la que deseo hacer uso de un banco independiente para el ensayo.

—¿Y cuál es?

—Pues que, a pesar de que estoy contento de hacer negocios con los tres, les veo demasiado habilidosos como colectivo.

Darger se giró a contemplar el escenario, donde zombis desnudos copulaban sin ánimo. Cerca del escenario, un espectador se sacó unos billetes de la cartera y los lanzó de manera significativa encima de la mesa. Una de las camareras sin vida recogió el dinero y lo condujo por una cortina a la parte posterior de la habitación.

—Unidos, sospecho que nos comerían de un solo bocado a mis compañeros y a mí.

—Oh, no sufras —le tranquilizó el amo Huesos—. Los tres actuamos como colectivo solo cuando hay posibilidades de sacar un gran beneficio. Su pequeña empresa, sea la que sea, no cumple los requisitos.

—Me alivia escuchar esto.

Al día siguiente, los tres conspiradores efectuaron tres viajes diferentes a la Oficina de Ensayo de la sucursal del Banco de San Francisco. En el primer viaje, uno de los guardaespaldas zombis con chaqueta verde de la Señora-Alcaldesa Tresjolie abrió una caja fuerte, extrajo un lingote de plata y lo colocó en el banco de trabajo. Entonces, para sorpresa de la alcaldesa y del ensayador, Excedente ordenó a sus zombis contratados que dejaran también unos abultados sacos de cuero en el banco y, con la ayuda de sus colegas, comenzó a sacar taladros, balanzas, ácidos, reactivos y otras herramientas y materiales y las colocó en orden de uso.

El ensayador abrió la boca para protestar, pero Darger le cortó con suavidad:

—Estoy seguro de que no les importara si ponemos nuestro propio equipo. No somos de aquí y, aunque nadie duda de la honradez de la entidad financiera más prestigiosa de San Francisco, solo si tomamos las precauciones adecuadas los negocios serán fructíferos.

Mientras hablaba, Bruna y Excedente cogieron las balanzas a la vez, chocaron y los aparatos salieron volando. Todas las caras se giraron hacia ellas y las manos trataron de atraparlas. Pero fue Excedente el que salvó los aparatos del desastre.

—Ay —exclamó Bruna, que enrojeció con belleza.

El ensayador realizó los exámenes rápidamente. Al obtener las conclusiones, levantó la vista del lingote.

—El resultado es .925 —explicó—. El estándar de la plata de ley.

Con un asentimiento mecánico con la cabeza, la Señora-Alcaldesa Tresjolie le agradeció el resultado. Entonces preguntó:

—La chica. ¿Cuánto queréis por ella?

Darger y Excedente se giraron a la vez. Entonces cambiaron de posición con disimulo de forma que cada uno de ellos quedaba a un lado de Bruna.

—La señora Enaguas es nuestra pupila y, por lo tanto, no hace falta decir que no está en venta —informó Darger—. Además, el suyo no es un negocio adecuado para una chica tan inocente como ella.

—La inocencia se demanda mucho en mi local. Os daré el lingote. Para vosotros. Haced lo que queráis.

—Créame, señora. En muy poco tiempo, pensaré que los lingotes de plata son calderilla.

El amo Huesos observaba el ensayo, incluso el caótico montaje del equipamiento del trío, con una sonrisa beatífica. Aun así, no le quitó el ojo a Bruna en ningún momento. Finalmente, torció la boca y dijo:

—Quizá haya sitio para vuestra joven amiga en mi club. Si considerarais alquilármela durante, pongamos un año, yo renunciaría alegremente a mi veinte por ciento en este negocio. —Girándose hacia Bruna, aseguró—. No te preocupes, cariño. Con mis drogas zombis no sentirás nada y después no te acordarás. Será como si no hubiera pasado nada. Además, dado que te pagaría una comisión por cada encuentro comercial llevado a cabo, acabarías con una suma respetable.

Sin hacer caso de la mirada llena de ira de Bruna, Darger dijo:

—Con la confianza más absoluta, señor, hoy ya hemos rechazado una oferta mejor que la suya. Mi compañero y yo, sin embargo, no entregáramos a nuestra compañera por ninguna cantidad de dinero. Para nosotros es un tesoro que va más allá del dinero.

—Ya estoy preparado —les interrumpió el ensayador—. ¿Dónde desea que perfore?

Darger movió la mano por encima del lingote y entonces, aparentemente al azar, tocó un punto en medio del lingote.

—Aquí.

—Entiendo que en la calle me llamen el Pirata —dijo Jean-Nagin Lafitte con una intensidad pausada—. Aun así, es una insolencia que no consentiré que me lancen a la cara. Sí, da la casualidad de que comparto nombre con el legendario forajido, pero no encontrarán un acto ilegal en mi vida.

—¡Ni hoy tampoco, señor! —exclamó Darger—. Esto es un pacto de negocios estrictamente legítimo.

—Así lo entiendo o, de lo contrario, no estaría aquí. Sin embargo, entienda por qué me ofende que sus torpes cómplices y usted cuestionen la calidad de mi plata.

—¡No diga nada más, señor! Aquí todos somos caballeros, excepto la señora Enaguas, por supuesto, que es una huérfana cristiana criada con delicadeza. Si mi palabra es suficiente para usted, la suya lo es para mí. Podemos deshacernos del ensayador. —Darger tosió discretamente—. Aun así, solo por mi propia protección legal, en ausencia de un ensayo necesitaré una declaración notarial suya en la que afirme que le complacerá la calidad de la plata que le devolvamos, sea la que sea.

La mirada del Pirata Lafitte habría fundido el acero, pero no consiguió marchitar la sonrisa simpática de Darger. Al final, cedió:

—De acuerdo, que haga el ensayo.

Darger levantó un dedo de manera despreocupada y lo dejó caer en medio del lingote.

—Aquí.

Mientras el ensayador trabajaba, el Pirata Lafitte preguntó:

—Me preguntaba si vuestra señora Enaguas estaría disponible para...

—No está en venta —respondió Darger con brío—. Ni se vende ni se alquila ni está disponible para adquirir en ningún término. Punto final.

—Estaba a punto de preguntarle si estaría interesada en venir a cazar conmigo mañana —dijo el Pirata Lafitte, con el semblante irritado—. Hay actividades interesantes en el pantano.

—Tampoco está disponible para acontecimientos sociales. —Darger se giró hacia el ensayador—. ¿Y bien, señor?

—Estándar de plata de ley —respondió el hombre—. De nuevo.

—No esperaba menos.

Para guardar las apariencias, cuando se completaron los ensayos, los tres estafadores enviaron los zombis a Maison Fema con el equipamiento de laboratorio y salieron a cenar juntos. Después de la comida, pasearon con elegancia por el pueblo. Especialmente Bruna, que había esperado en la habitación mientras negociaban, estaba contenta del paseo, pero Darger, Excedente y ella misma contemplaron aliviados que las pesadas bolsas les esperaban en la mesa de la sala de estar de la suite.

—¿Quién hace los honores? —preguntó Darger.

—La señora, por supuesto —respondió Excedente con una pequeña reverencia.

Bruna le devolvió la reverencia y, después de desparar un pestillo escondido en la parte baja de una de las bolsas, extrajo un lingote de plata. De otra bolsa, extrajo un segundo lingote. Y, de la última, un tercer lingote. Un suspiro de alivio se escapó de los tres conspiradores al ver la plata, que relucía a la luz de las linternas.

—Habéis cambiado los lingotes falsos por los reales con mucha sabiduría —aduló Bruna.

—No —objetó Darger con educación—, ha sido la distracción lo que ha hecho posible el truco y, en ese sentido, habéis estado los dos espléndidos. Ni siquiera el ensayador, que estaba presente las tres veces que casi tiráis el equipamiento, ha sospechado nada.

—Pero explícame una cosa —insistió Bruna—. ¿Por qué lo has sustituido antes del ensayo y no después? A la inversa no te habría hecho falta aquel tapón de plata en medio del lingote para que extrajeran una muestra. Solo un lingote de plomo recubierto de plata.

—Estamos tratando con gente desconfiada. De esta manera, primero les confirman que los lingotes son originales y después descubren que nos hemos desvanecido. Los lingotes están en una caja fuerte de seguridad en un banco reputado, así que en sus mentes no corren ningún riesgo. Todo está en orden.

—Pero no nos detendremos aquí, ¿verdad? —preguntó Bruna, ansiosa—. Tengo tantas ganas de hacer la estafa de los billetes tintados.

—No sufras, cariño —la tranquilizó Excedente—, esto solo es el principio, pero nos sirve de póliza de seguro. Incluso si el plan fallase, ya habríamos sacado un buen beneficio. —Sirvió brandi en tres vasitos y los ofreció a sus compañeros—. ¿A la salud de quien brindamos?

—¡A la de la Señora-Alcaldesa Tresjolie! —propuso Darger.

Bebieron y entonces Bruna preguntó:

—¿Qué opinas de ella? Profesionalmente, quiero decir.

—Es mucho más astuta de lo que hace creer —respondió Excedente—, pero, como sin duda te has dado cuenta, los que son astutos y lo saben son los más fáciles de engañar.

Sirvió un segundo vaso.

—¡Por el amo Huesos!

Volvieron a beber y Bruna preguntó:

—Y de él, ¿qué opinas?

—Él es más problemático —explicó Darger—. Un hombre aparentemente delicado con un ramalazo brutal debajo. A veces, no parece ni humano.

—Quizás ha probado su propia mercancía —sugirió Excedente.

—Extracto de pez globo, dirás. No. Tiene la mente bastante activa. Pero no le he encontrado ni un mínimo de empatía. Sospecho que hace tanto tiempo que trabaja con zombis que ya cree que todos somos como ellos.

El brindis final fue, de manera inevitable, a la salud del Pirata Lafitte.

—Creo que es guapo —confesó Bruna—. Aunque tal vez no estáis de acuerdo.

—Es un fraude. Todo fachada —replicó Darger—. Un sinvergüenza que dice ser un caballero, un manipulador del código legal que insiste en que es el ciudadano más decente. Por lo tanto, me cae un poco bien. Creo que es un hombre con el que se pueden hacer negocios. Acuérdate: mañana vendrán los tres convencidos por él.

Hablaron de negocios un rato. Entonces Excedente sacó una baraja de cartas. Jugaron al euchre, a la canasta y al póquer y, como solo se jugaban cerillas, nadie protestó cuando el juego se convirtió en una competición para ver con qué destreza cogían cartas de debajo de la baraja o se las sacaban de la manga. Ni siquiera cuando, en una partida memorable, aparecieron once ases a la vez.

Cada uno se fue a su respectiva habitación después de que Darger exclamase:

—¡Mirad qué hora es! Mañana será un día muy largo.

Aquella noche, mientras Darger se dormía, escuchó que la puerta que conectaba su habitación con la de Bruna se abría en silencio y se cerraba. Las sábanas hicieron frufnú cuando ella se metió en la cama. Entonces sintió el calor del cuerpo desnudo de Bruna rozándole y las manos de la joven se cerraron sobre sus genitales. Darger abrió los ojos de golpe.

—¿Qué cojones crees que haces? —cuchicheó, feroz.

Sin previo aviso, Bruna soltó a Darger y le pegó un buen puñetazo en el hombro.

—¡Qué fácil es para ti! —replicó, también en voz baja—. ¡Qué fácil es para los hombres! Esa espantosa vieja ha intentado comprarme. Aquel horrible hombrecillo quería que le dierais permiso que me para drogarme. Y a saber qué intenciones guarda el Pirata Lafitte. Te habrás dado cuenta de que todos te lo han propuesto a ti. Nadie se ha dirigido a mí.

Las lágrimas calientes golpearon el pecho de Darger.

—He necesitado la protección de los hombres toda mi vida. Primero mi padre, hasta que hui. Luego mi primer esposo, hasta que se lo comieron los cangrejos gigantes. Después algunos chicos. Y, finalmente, el asqueroso de Jake.

—No te tienes que preocupar para nada. Excedente y yo no hemos abandonado nunca un a cómplice ni lo haremos ahora. Nuestra reputación es impecable en ese aspecto.

—Eso me digo a mí misma. Y por el día me lo creo. Pero por la noche... Esta semana he batido mi propio récord de tiempo sin el consuelo del cuerpo de un hombre...

—Sí, pero seguro que entiendes que...

Bruna se levantó. Incluso con la tenue luz de la luna, su cuerpo era una visión magnífica. Se agachó para besar la mejilla de Darger y le murmuró al oído:

—No he tenido nunca que suplicar a un hombre. Pero... ¿por favor?

Darger se consideraba un hombre con moral. Sin embargo, existe un límite de tentación que un hombre puede soportar sin perder la dignidad.

Al día siguiente, Darger se despertó solo. Pensó en los acontecimientos de la noche anterior y sonrió. Pensó en lo que implicaban y frunció el ceño. Bajó al comedor a desayunar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bruna, después de que los tres hubieron cogido fuerzas con café de chicoria, buñuelos y fruta cortada con bacón.

—Hemos sembrado sospechas en la mente de nuestros tres patrocinadores de que hay más beneficio del que les ofrecemos para compartir —explicó Excedente—. Les hemos dejado entrever a nuestra misteriosa y joven pupila y les hemos sugerido que es la clave de la empresa. Les hemos presentado un puzle que quizás piensan que es irresoluble. Y si reflexionan, solo pueden llegar a la conclusión de que si tenemos la sartén por el mango es porque estamos haciendo que se peleen entre ellos. —Se metió el último buñuelo en la boca—. Así que más pronto que tarde se unirán y nos pedirán explicaciones.

—Mientras tanto... —empezó Darger.

—Ya lo sé, ya lo sé. Vuelvo a mi habitación vieja y deprimente a jugar al solitario y leer el tipo de literatura que eleva el espíritu, la más apropiada para una virgen joven y modesta.

—Es importante no salirse del personaje —dijo Excedente.

—Lo entiendo. Pero la próxima vez convertidme en alguien que no tenga que estar oculta en la oscuridad, como un saco de patatas. La sobrina de un prisionero español, quizás. O una heredera destacada de la sociedad. Incluso una puta.

—Eres una Mujer del Misterio —explicó Darger—, que es un papel de larga tradición e incluso algunos dirían que envidiable.

Así que cuando Darger y Excedente abandonaron Maison Fema —a las diez en punto como siempre—, no se sorprendieron al encontrar a los tres benefactores en grupo, esperándolos. Después de un intercambio brusco de amenazas e ira y de protestar en cada paso del camino, condujeron a las víctimas hasta la suite.

Las tres habitaciones abiertas formaban una sala común soleada. Teniendo en cuenta la elegante decoración de la habitación, las cajas de papel negro que habían amontonado frente a la puerta de Bruna Enaguas parecían, a simple vista, fuera de lugar.

Darger, invitando a los invitados para que se sentasen, adoptó un aire de resignación y dijo:

—Con el fin de explicar adecuadamente nuestra empresa, debemos retroceder dos generaciones atrás, antes de que San Francisco se convirtiera en el centro financiero de Norteamérica. Los líderes visionarios de aquella gran ciudad-estado decidieron fundar una nueva economía basada en billetes que no se pudieran falsificar y, para ello, emplearon el mayor grabador bacteriano de su época, Phineas Whipsnade McGonigle.

—Es un nombre muy inverosímil —señaló con desdén la Señora-Alcaldesa Tresjolie.

—Por supuesto, era un nombre artístico que tomó para protegerse de secuestradores y ese tipo de gente —explicó Excedente—. En su vida privada, lo conocían como Magnus Norton.

—Sigán.

Darger retomó la narración:

—Ya conocéis los resultados. Norton trabajó con ciento trece bacterias diferentes que, como parte de sus funciones naturales, extienden las capas de tinta en delicados arabescos tan intrincados que se convirtieron en la pesadilla de los estafadores y falsificadores. Todo esto, combinado con unas impecables políticas monetarias, hizo que el dólar de San Francisco se convirtiera en la moneda común del centenar de naciones que compone Norteamérica. Para su desdicha, hay un punto débil: el mismo Norton, que

creó en secreto unos tanques de impresión propios, utilizó la bacteria que él mismo había creado e imprimió en serie billetes que no solo eran indistinguibles de los originales, sino que en la práctica eran los originales. Imprimió lo suficiente para convertirse en el hombre más rico del continente. Pero para desgracia del hombre, intentó pagar mal al proveedor del papel y provocó una pelea que acabó con su arresto por parte de las autoridades de San Francisco.

El Pirata Lafitte levantó un dedo elegantemente.

—¿Cómo saben todo esto?

—Mi colega y yo somos periodistas —dijo Darger. Al ver las expresiones de la audiencia, levantó las manos—. ¡No de los que destapan escándalos, palabra! La corrupción es una compañera necesaria de cualquier gobierno que funcione, y la apoyamos incondicionalmente. No, escribimos perfiles de figuras públicas que merezcan elogios en proporción directa a su generosidad; historias de interés humano de chicos heroicos que rescatan a herederas de incendios y de gatitos a los que un cocodrilo se ha comido y que, aun así, atraviesan de manera milagrosa su sistema digestivo intactos. Y, por supuesto, recuperamos historias graciosas y olvidadas de sinvergüenzas que el paso del tiempo ha hecho que dejen de ser una amenaza.

—Esto último es lo que nos llevó a la historia de Norton —aclaró Excedente.

—Y tanto. Lo descubrimos por una anomalía del laberinto de regulaciones bancarias de San Francisco. Las creaciones monetarias de Norton ni se podían destruir ni distribuir como una moneda de verdad. Así que para prevenir un mal uso, sometieron los billetes a otro proceso biolitográfico para impregnarlos de tinta negra de forma que ningún proceso pudiera desteñirlos sin destrozarse el papel durante el proceso. Ahora es cuando nuestra historia se pone interesante. Norton era, como recordarán, incomparable en su trabajo. Naturalmente, los padres de la ciudad se negaban a privarse de sus servicios, así que, en lugar de hacer que se pudiera en una prisión normal, tapiaron y fortificaron una mansión, la equiparon con un laboratorio y todas las materias que necesitaba y lo pusieron a trabajar. ¡Imaginen como se sentía Norton! Pasó de estar a punto de acumular una gran fortuna a ser casi un esclavo. Siempre que cooperara, le daban buena comida, vino e incluso visitas conyugales con su esposa. Pero, pese a lo cómoda que era la prisión, no podía abandonarla nunca. Aun así, era un hombre ingenioso y, a pesar de que no podía maquinarse una fuga, se las apañó para concebir un plan de venganza: si no podía tener una vasta fortuna, sus descendientes la tendrían. Algún día se

olvidarían del origen del papel negro y lo sacarían a subasta pública como ocurre con todos los trastos inútiles que una burocracia adquiere. Sus hijos, nietos o biznietos lo adquirirían y, con un método que había ideado él mismo, convertirían los billetes negros en dinero legal y valdrían un imperio.

—Los antiguos tenían un dicho: si quieres hacer reír a Dios, explícale tus planes —añadió Excedente—. Transcurrieron las décadas, Norton murió y el papel negro permaneció en un almacén. Cuando empezamos nuestras investigaciones, su familia aparentemente se había extinguido. Tuvo tres hijos: una hija a la que no le interesaban los hombres, un hijo que murió joven y otro que no se casó nunca. El segundo hijo, sin embargo, viajó de joven y, en el mismo legajo de papeles familiares abandonados en el que descubrimos los planes de Norton, encontramos la prueba de que pagaba una manutención por una niña bastarda que había engendrado veinte años atrás. Así que, empleando los conocimientos sobre la burocracia de la ciudad de los que carecían la mujer y los hijos de Norton, sobornamos al funcionario adecuado para que nos vendiera los cajones de papeles aparentemente sin valor y vinimos a Nueva Orleans, donde encontramos a Bruna Enaguas.

—Esto no explica nada —dijo la Señora-Alcaldesa Tresjolie.

Darger suspiró profundamente.

—Esperábamos que una explicación parcial los satisficiera. Ahora veo que es o todo o nada. Aquí delante tienen los billetes ennegrecidos. —Habían quitado una tabla de una de las cajas superiores. Agarró un puñado de papeles negros rectangulares, los movió para que todos los vieran y los volvió a guardar—. Les presentaremos a la joven a nuestro cargo.

Darger y Excedente quitaron los cajones de delante de la puerta y los colocaron a los lados de esta. Después Excedente llamó a la puerta.

—Señora Enaguas, ¿está presentable? Tenemos visita. Y la quieren ver.

La puerta se abrió. Los grandes ojos marrones de Bruna miraron con recelo desde la oscuridad.

—Pasen —cuchicheó.

Todos arrastraron los pies hacia dentro. Bruna miró primero a Darger y después a Excedente. Cuando sus ojos no encontraron respuesta, agachó la cabeza enrojecida.

—Imagino lo que vienen todos a ver. ¿Es necesario que...?

—Sí, cariño, hace falta —respondió Excedente, brusco.

Bruna apretó los labios y levantó la barbilla, con la mirada tan perdida como la del capitán de una goleta que navega por aguas traicioneras.

Se llevó las manos a las espaldas y empezó a desatarse el vestido.

—Magnus Norton diseñó lo que no había diseñado ningún otro hombre: un microorganismo capaz de comerse la tinta negra de los billetes sin dañar las otras tintas. Solo habría que colocar los billetes en la sustancia líquida adecuada, añadir plata en polvo como catalizador y, en una semana, obtendríamos dinero de San Francisco y un compuesto de plata —explicó Darger—. Aun así, todavía tenía el problema de transmitir a la familia la información de cómo crear el organismo. Además, de una manera lo bastante resistente como para sobrevivir décadas de olvido.

Bruna se había soltado el vestido. Con una mano sobre el pecho para sujetar la ropa, sacó un brazo de la manga. Después, cambiando las manos, sacó el otro.

—¿Ahora? —preguntó.

Excedente asintió.

Con pasos minúsculos, como los de una muñeca, Bruna se giró de cara a la pared. Entonces se bajó el vestido para que pudieran ver su espalda desnuda, que tenía un gran tatuaje de tres círculos concéntricos con siete colores claros. Cada círculo estaba hecho de un gran número de líneas pequeñas y casi paralelas, de la piel sin marcas hacia el centro del tatuaje. Cualquiera que pudiese leer un mapa genético, podría hacer uso fácilmente de él para crear el organismo que describía.

El amo Huesos, que todavía no había hablado, dijo:

—Esto es un E. coli, ¿verdad?

—Una variante, sí. El señor Norton escribió este tatuaje en su propio genoma y entonces engendró a tres niños con su mujer, pues creía que estos tendrían muchos más. Pero el destino es caprichoso y la señora Enaguas es la última de su línea. Aun así, nos servirá. —Se giró hacia Bruna—. Puede vestirse de nuevo. Ya hemos satisfecho la curiosidad de nuestros visitantes y se van ya.

Darger condujo al grupo a la habitación principal y cerró la puerta con firmeza detrás de él.

—Ya se han enterado de lo que venían a enterarse —dijo—. Al precio, si me lo permiten, de privar violentamente a una doncella inocente de su honradez.

—¡Qué afirmación más canalla! —replicó el Pirata Lafitte, áspero.

En el silencio que siguió al arrebató de Lafitte, todos escucharon como Bruna Enaguas lloraba a moco tendido en la habitación contigua.

—Ya han hecho su trabajo y ahora les pido que se vayan —dijo Darger.

Ahora que Bruna Enaguas ya no era un secreto, los tres conspiradores solo tenían que esperar el equipamiento que se suponía que habían enviado río arriba y aguardar a que las víctimas fuesen por separado con grandes sobornos para comprarles el proceso y las cajas de papel negro, como la pura lógica estipulaba que inevitablemente acabarían haciendo.

Al día siguiente, después de que el correo les trajera dos notas con propuestas de reunión, el trío fue a desayunar a una cafetería de la acera. Cuando ya habían acabado y empezaban los segundos cafés, Bruna miró por encima del hombro de Darger y exclamó:

—¡Oh, por el amor de Dios! Es Jake.

Al ver la incompreensión de los compañeros, añadió:

—¡Mi marido! Habla con el Pirata Lafitte. Vienen hacia aquí.

—¡No pares de sonreír! —murmuró Darger—. Finge indiferencia. Excedente, ya sabes qué tienes que hacer.

Contaron hasta diez antes de que los intrusos llegasen a la mesa.

—¡Jake! —exclamó Excedente con una sorpresa evidente, empezando a levantarse de la silla.

—Viene a por su dinero, sin duda. —Darger se sacó un fajo de billetes del bolsillo, uno de mucho valor por encima y muchos otros por debajo, de los que un empresario cauto siempre lleva encima y, girándose, dijo—. La señora alcaldesa quiere que sepas...

Se encontró frente a un desconocido, que solo podía ser el Jake de Bruna, y al Pirata Lafitte, cuya cara se contrajo de estupefacción.

Darger se volvió a meter el fajo de billetes en el bolsillo apresuradamente.

—Quiere que sepas —repitió—, que siempre que quieras pasarte por su establecimiento, te ofrecerá con mucho gusto un diez por ciento de descuento en todos los bienes y servicios, exceptuando el alcohol. Es una cortesía que acaba de decidir extender, por respeto a tu patrón, a todos sus nuevos empleados.

Lafitte se giró, agarró a Jake por el pecho y lo zarandeó como un mastín a una rata.

—Ahora lo entiendo —exclamó entre dientes—. La honorable madame quiere dejarme fuera de una oportunidad de oro y por eso te ha enviado con historias falsas sobre esta joven mujer virtuosa e inofensiva.

—De verdad, no tengo ni la más remota idea de qué... habla este extranjero. Yo paso información de la buena. He escuchado en la calle que mi asquerosa puta de...

Con un resoplido de rabia, el Pirata Lafitte le pegó un puñetazo tan fuerte en la cara a Jake que lo tumbó. Se quitó el cinturón y comenzó a arremeter contra el hombre tan salvajemente que, cuando hubo acabado, tenía la camisa y el chaleco empapados de sudor.

Respirando con dificultad por el esfuerzo, saludó a Darger y a Excedente inclinándose el gorro.

—Señores. Hablaremos después, cuando mis pasiones no estén tan excitadas. Esta tarde a las cinco en punto en mi despacho. Tengo que hacerles una proposición.

Entonces se giró hacia Bruna:

—Señora Enaguas, le pido disculpas por haber tenido que ver esto.

Se fue con pasos largos.

—¡Oh! —suspiró Bruna—. Golpear a Jake hasta casi quitarle la vida. Ha sido la cosa más romántica que he visto nunca.

—¿Una paliza? ¿Romántica? —preguntó Darger.

Bruna le honró con una mirada de superioridad.

—No entiendes cómo funciona el corazón de una mujer, ¿no?

—Parece que no —replicó Darger—. Y empiezo a pensar que no lo entenderé jamás.

Fuera, en la calle, Jake, dolorido, intentaba recuperarse y levantarse.

—Perdón.

Darger se acercó al hombre apaleado y sangriento y le ayudó a ponerse de pie. Entonces, hablándole en voz baja, abrió la billetera y le puso unos billetes en la mano.

—¿Qué le has dado? —preguntó Bruna cuando volvió dentro.

—Una advertencia severa para que no vuelva a inmiscuirse en nuestros planes. Y también diecisiete dólares. Una suma lo suficiente ofensiva como para garantizar que, a pesar de las heridas, le contará su historia cada vez más inverosímil al amo Huesos y a la señora alcaldesa.

Bruna cogió a Darger y a Excedente y los abrazó a la vez.

—¡Oh, chicos, sois tan buenos conmigo! Os quiero un montón.

—Aun así, empieza a parecer —dijo Excedente— que nos han plantado. Según la nota de la Señora-Alcaldesa Tresjolie, ya debería de estar aquí. Cosa que es, si me permitís la expresión, raro de cojones.

—Debe de haber pasado algo. —Darger miró el cielo entrecerrando los ojos—. Tresjolie no está y se acerca la hora de reunirnos con el amo Huesos. Deberías quedarte aquí por si aparece la señora alcaldesa. Yo iré a ver qué tiene que decir el amo Huesos.

—Y yo —añadió Bruna— volveré a mi habitación a ajustarme el vestido.

—¿Ajustártelo? —preguntó Excedente.

—Tiene que ir más ceñido y mostrar un poquito más de pecho.

—Tu personaje es modesto e inocente —replicó Darger, alarmado.

—Es modesta e inocente, pero en secreto desea que un canalla con mucho mundo le enseñe todos esos actos perversos de los que ha escuchado hablar, pero que solo puede imaginar. Ya he hecho este papel antes, caballeros. Confíad en mí, no es la inocencia en sí misma lo que atrae a hombres como el Pirata Lafitte, sino la tentadora posibilidad de corromper esa inocencia.

Entonces se fue.

—Una dama muy excepcional nuestra señora Enaguas —concluyó Excedente.

Darger frunció el ceño.

Cuando Darger se fue, Excedente se apoyó en la silla para mirar a la gente que pasaba. Al poco descubrió a una mujer excepcionalmente bonita en una mesa, en el otro extremo de la cafetería, que miraba hacia él. Cuando le devolvió la mirada, enrojeció y desvió la mirada.

Por la experiencia que tenía, Excedente entendió qué significaba una mirada así. Dejó dinero encima de la mesa para pagar los desayunos y caminó hasta allí para presentarse a la mujer. Parecía receptiva a sus atenciones y, después de una conversación muy corta, le invitó a su habitación en un hotel cercano. Fingiendo sorpresa, Excedente aceptó.

Lo que pasó ya le había ocurrido otras muchas veces en su vida llena de experiencias, pero no lo hacía menos delicioso.

Al abandonar el hotel, sin embargo, Excedente se alarmó cuando dos hombres-mono canadienses de piel roja, que medían dos metros y vestían uniforme, lo agarraron abruptamente y lo sujetaron con firmeza.

—Veo que te has entretenido con una de las putas locales —comentó la Señora-Alcaldesa Tresjolie. Parecía menos benévola que de costumbre.

—Esa es una calificación dura para una dama que, hasta lo que yo sé, podría tener mucha moral. También tengo que preguntarle por qué estoy cautivo de esta manera.

—Todo a su tiempo. En primer lugar, dime si tu encuentro ha sido comercial o no.

—Yo pensaba que no durante las acometidas, pero después me ha enseñado la tarjeta del sindicato y me ha informado que, por un tema de

política, me tenía que cobrar por hora y por posición. Yo, por supuesto, estaba atónito.

—¿Qué has hecho?

—Pagar, por supuesto —respondió Excedente indignado—. ¡No soy un jeta!

—La mujer con la cual te has acostado, sin embargo, no es una miembro registrada de la Asociación Internacional Mujeres de la Vida, Rameras y Putas de Callejón y la tarjeta era una falsificación. Esto quiere decir que, mientras que nadie objeta nada a tus actividades sexuales no comerciales, al pagarle estás implicado en una actividad desleal al sindicato y esto, señor, va contra la ley.

—Es obvio que me ha tendido una trampa. De lo contrario, no sabría nada de esto.

—Eso no tiene importancia. Lo que es relevante aquí es que tienes cosas que quiero: la chica con la marca de nacimiento, los cajones de dinero y los conocimientos de cómo hacer uso de la primera para que el resto sean un negocio.

—Ahora lo entiendo. Sin duda, señora alcaldesa, busca sobornarme. Le aseguro que no hay ninguna cantidad de dinero...

—¿Dinero? —La risa de la señora alcaldesa fue corta y seca—. Te ofrezco una cosa mucho más preciosa: tu conciencia.

Sacó una aguja hipodérmica.

—La gente cree que la fórmula de la zombificación es solo extracto de pez globo. Pero, de hecho, la atropina, el estramonio y otra docena de drogas participan también, todas mezcladas de una manera que garantiza que la experiencia sea muy desagradable.

—Las amenazas no funcionarán conmigo.

—Todavía no. Pero después de que pruebes lo que tienes delante, estoy segura de que volverás. En una semana más o menos te recogeré de los campos. Entonces podremos negociar.

Los monos matones de la Señora-Alcaldesa sujetaron a Excedente con firmeza pese a su resistencia. Ella levantó la jeringuilla y le pinchó.

El mundo se paró.

Mientras tanto, Darger había alquilado un megaterio, con silla de montar y un montador zombi, y fue a las filas interminables de establos zombis, corrales y cabañas de alimentación al lado del pueblo. Allí, el amo Huesos le

enseñó los corrales a la altura del pecho que llenaban con pienso cada mañana y cada tarde y las filas de cucharas de acero que las pobres criaturas empleaban para alimentarse.

—Cuando todos mis bonitos han comido, dejan la cuchara al lado para que la laven y esterilicen antes de hacer uso de nuevo —explicó el amo Huesos—. Se toman todas las precauciones para asegurar que no se pasen enfermedades entre ellos.

—Loablemente humano, señor. Ni hay que decir que son una buena práctica empresarial.

—Tú me comprendes.

Salieron y un par de zombis, un hombre y una mujer, los dos en condiciones excepcionales y perfectamente emparejados en altura y color de cabellos y piel, les esperaban con paraguas. Mientras se dirigían al corral, les tapaban el sol.

—Señor Darger, ¿qué ratio de zombis por ciudadano cree que tenemos en Nueva Orleans?

Darger meditó.

—¿Están empatados?

—Hay seis zombis por cada humano plenamente consciente en la ciudad. Parecen menos porque la mayoría de ellos tienen trabajos rurales y no se les ve casi por las calles. Pero podría inundar la ciudad con ellos, en caso de que así lo deseara.

—¿Para qué cojones haría eso?

Más que contestar la pregunta, el amo Huesos dijo:

—Tiene una cosa que quiero.

—Creo que sé de qué se trata. Pero le aseguro que no hay ninguna cantidad de dinero con la que pueda comprarme lo que, en definitiva, es una suma mayor de dinero. Así que no tenemos nada que discutir.

—Oh, yo creo que sí. —El amo Huesos señaló el corral más próximo, en el que había un buey de tamaño prodigioso y de predecible fuerza. Era de color oscuro con una mancha pálida por la columna vertebral y tenía los cuernos largos y afilados—. Es un uro euroasiático, el ancestro de nuestro ganado doméstico moderno. Se extinguió en la Polonia del siglo XVII y resucitó hace menos de un siglo. Debido a su ferocidad, no sirve para comer, pero tengo una pequeña mandada en reproducción para la República de Baja California y otros estados mexicanos en los que todavía se estila torear. Bastardo es un ejemplar particularmente belicoso de su raza. Ahora piense en lo que hay en el corral contiguo.

El corral estaba repleto de jornaleros zombis y desprendía una peste de mil demonios. Los zombis no mostraban emociones y no miraban a ninguna parte.

—No parecen nada fuertes, ¿verdad? Uno a uno, no lo son. La fuerza, sin embargo, está en el número. —Se acercó a la valla, golpeó a un zombi el hombro y ordenó—. Abre la puerta entre tu corral y el de al lado.

Cuando la puerta se abrió, el amo Huesos levantó un megáfono con las manos y gritó:

—¡Escuchadme todos! Matad el uro. Ahora.

Sin entusiasmo ni negación, los deshechos humanos de un corral pasaron al otro y se reunieron en torno a la enorme bestia. Con un bramido furioso, Bastardo tomó impulso varias veces con las pezuñas. Los otros seguían yendo. Agachó la cabeza para atravesar un cuerpo con los cuernos y lo levantó para lanzar el cadáver. Aun así, los zombis seguían yendo.

Aquella cabeza fuerte se agachó y embistió una y otra vez. Volaron más cuerpos. Pero ya había zombis que se aferraban a las espaldas, la ijada y las piernas del buey y le dificultaban los movimientos. Una nota de miedo se apoderó del vozarrón de la bestia. En ese momento ya había cuerpos amontonados sobre el suyo, bastantes porque las piernas se le doblaron de tanto peso. Había puños que le martilleaban los costados y manos que le arrancaban los cuernos. Hizo un movimiento hacia adelante, casi se puso a dos patas, y después cayó debajo de aquel mar apisonador de cuerpos.

El amo Huesos empezó a reír estúpidamente cuando el uro cayó por primera vez. El gozo creció y los ojos se le llenaron de lágrimas de risa y una o dos veces soltó una carcajada de lo bien que se lo pasaba con el espectáculo.

El uro soltó un mugido muy alto... y entonces se hizo el silencio, con la excepción del ruido de los puños que golpeaban el cadáver de la bestia.

Secándose las lágrimas con la manga, el amo Huesos levantó la voz de nuevo:

—Muy bien. Bien hecho. Gracias. Parad. Volved a los corrales.

Se giró de espaldas al cadáver sangriento y a unos cuerpos de zombis que yacían inmóviles en la suciedad y dijo a Darger:

—Yo creo que hay que ser directo. Dame el dinero y la chica mañana a esta hora o tu compañero y tú estaréis tan extinguidos como lo estaban los uros hace poco. No hay poder más terrorífico que una turba. Y yo controlo la mayor turba que haya existido nunca.

—¡Señor! —dijo Darger—. ¡El equipamiento necesario no ha llegado todavía de la Utopía Socialista de Minneapolis! Yo no puedo de ninguna

forma...

—Entonces te daré cuatro días para meditarlo. —Una sonrisa lasciva dividió la cara pálida del amo de los zombis—. Mientras decides, te dejaré a estos dos zombis para que hagas el uso que desees. Harán cualquier cosa que les mandes. Son capaces de cumplir órdenes bastante complejas, a pesar de que no las entienden de manera consciente.

Se giró a los zombis y les ordenó:

—¿Habéis escuchado la voz de este hombre? Obedecedle. Aun así, si intenta irse de Nueva Orleans, matadlo. ¿Qué haréis?

—Si se va..., matar... él.

—Sí.

Algo iba mal.

Algo iba mal, pero Excedente no sabía con exactitud qué era. No podía concentrarse. Sus pensamientos eran una maraña y no encontraba las palabras con las que ordenarlos. Era como si hubiera olvidado la manera de pensar. Mientras tanto, su cuerpo se movía sin que él lo deseara. No se le ocurría comportarse de otro modo. Aun así, sabía que algo iba mal.

El sol salía, el sol se ponía. No encontraba ninguna diferencia.

Su cuerpo trabajaba de manera sistemática y cortaba cañas de azúcar con un machete. El trabajo se desarrollaba sin que él participara, de manera fija y continua. Le salieron ampollas en las almohadillas de las garras, se hincharon y reventaron. Le daba igual. Alguien le había ordenado que trabajara y eso hacía y haría hasta que llegara la hora de parar. Todo el mundo era como una niebla para él, pero sabía mover los brazos y las piernas para que lo llevaran a la siguiente planta.

Sin embargo, la sensación de que algo iba mal perduraba. Excedente se sentía aturdido, como se debe de sentir el buey al que acababan de tumbar, o el único superviviente de alguna catástrofe devastadora. Algo terrible acababa de pasar y era un imperativo que hiciera algo.

Ojalá supiera qué.

Sonó una trompeta en la distancia y, sin ningún escándalo a su alrededor, los otros jornaleros dejaron de trabajar. Él también. Sin prisa, se unió a su gélida compañía al paseo lento de vuelta a las cabañas de alimentación.

Quizás durmió, quizás no. Llegó la mañana y empujaron a Excedente a la comida, donde tragó diez cucharadas de pienso mientras un zombi supervisor

le dirigía. Como a muchos otros, le dieron un machete y caminó hacia los campos, donde lo pusieron a trabajar de nuevo.

Las horas pasaron.

Hubo ruido de cascos y silbidos de ruedas de carro. Un carruaje llevado por un par de mastodontes pigmeos se detuvo junto a Excedente. Él siguió trabajando. Alguien descendió del carro y le arrancó el machete de la mano.

—Abre la boca —ordenó la voz.

Alguien... le había dicho... que no obedeciera las órdenes de ningún desconocido. La voz, sin embargo, le sonaba familiar, a pesar de que no habría podido explicar por qué. Abrió la boca despacio. Le pusieron una cosa dentro.

—Ahora calla y traga.

Así lo hizo su boca.

El mundo empezó a girar y casi cayó. En las profundidades recónditas de su mente, se encendió una chispa de luz. Era un ascua que brillaba en medio de las cenizas de un fuego apagado. Creció e iluminó más y más hasta que sintió que el sol salía dentro de él. Se centró en el mundo externo y fue consciente que él, Excedente, tenía una identidad distinta a la del resto de las personas. Se dio cuenta en primer lugar de que le hacía daño la garganta y que tenía la parte interior de la boca tan seca y quemada como el Sahara. Entonces alguien que conocía se le puso enfrente. Al fin, reconoció que esa persona era su amigo y colega Aubrey Darger.

—¿Cuánto tiempo he...? —Excedente no pudo completar la oración.

—Más de un día. Menos de dos. Cuando no volviste al hotel, Bruna y yo nos alarmamos, claro, y salimos a buscarte. Nueva Orleans es una ciudad proclive a los chismorreos, y como solo hay un perro antropomorfo aquí, determinamos con facilidad la causa de tu desaparición. Enterarnos, sin embargo, de que te habían enviado a trabajar a los campos de caña de azúcar no limitó mucho la búsqueda, puesto que hay literalmente centenares de kilómetros cuadrados de campos. Por suerte, Bruna sabía dónde se reunían los obreros que habían oído hablar de la aparición de un zombi con cabeza de perro y allí nos enteramos finalmente de tu paradero.

—Ya... veo. —Centrando sus pensamientos en asuntos prácticos, Excedente dijo—: La Señora-Alcaldesa Tresjolie, como ya has adivinado, no tenía ninguna intención de comprarnos los cajones de papel negro. ¿Qué ha pasado con nuestras otras víctimas?

—La reunión con el Pirata Lafitte fue bien. Bruna hizo con él lo que quiso. La reunión con el amo Huesos tuvo bastante menos éxito. Aun así,

hemos negociado un precio lo bastante alto con Lafitte para llevarlo a la bancarrota y hacernos ricos a los tres. Bruna está de camino al banco con él ahora mismo, para asegurarse de que no recupera el sentido en el último momento. Está loco por ella y en su presencia se le anula el conocimiento.

—Ya no rechazas tanto a la chica.

Torciendo la boca hasta casi la mueca que solía adoptar cuando se veía forzado a admitir que había emitido un juicio injusto, Darger dijo:

—Bruna me ha ganado, creo. Es una incorporación magnífica para nuestro equipo.

—Esto está bien —aseveró Excedente. Al final, se dio cuenta de que en la parte posterior de la carroza estaban sentados dos zombis encima de una pila de sacos—. ¿Qué llevas en el carro?

—Sal. Una enorme cantidad.

En la última cabaña de alimentación, Excedente pegó una patada al comedero y echó el pienso al suelo. Entonces, siguiendo sus órdenes, los zombis de Darger se dirigieron al comedero y lo llenaron con sal. Mientras tanto, Darger agarró un bote de pintura y dibujó un mapa de Nueva Orleans en la pared. Trazó tres flechas: hacia el burdel de la Señora-Alcaldesa Tresjolie, hacia el despacho al lado del río de Jean-Nagin Lafitte y hacia el club que el amo Jeremy Huesos presidía cada tarde. Al final, escribió una leyenda con letras mayúsculas para cada flecha:

EL HOMBRE QUE OS HA TRANSPORTADO AQUÍ

LA MUJER QUE OS HA PUESTO AQUÍ

EL HOMBRE QUE OS HA MANTENIDO AQUÍ

Arriba del todo escribió la fecha del día.

—Ya está —dijo Darger cuando terminó. Se giró a los zombis y les dijo—. Tenéis que hacer lo que os he ordenado.

—Sí —dijo el hombre, inerte.

—Tenemos que o... bedecer —dijo la mujer.

—Aquí tengo una cuchara para cada uno. Cuando los zombis vuelvan al granero, les tenéis que dar a todos ellos una cucharada de sal. Sal. De aquí del comedero. Cogéis una cuchara de sal. Les ordenáis que abran la boca y echáis la sal. Entonces les ordenáis que traguen. ¿Podréis hacer esto?

—Sí.

—Sal. Tragar, oh.

—Cuando todos hayan tomado —dijo Excedente—, aseguraos de tomar una cucharada de sal vosotros mismos, los dos.

—Sal.

—Sí.

Pronto los zombis irían a comer y encontrarían sal en la boca en lugar de pienso. Como si fuera un milagro, volverían a tener las mentes nítidas. Cabaña tras cabaña, leerían lo que Darger había escrito. Los que habían pasado más años, e incluso décadas, de condena se sentirían llenos de ira, con toda justificación. Después de esto, se podría esperar que emprendieran acciones colectivas.

—El sol está poniéndose —dijo Darger. En la distancia, divisaba como los zombis andaban lenta y pesadamente por los campos—. Tenemos el tiempo justo para volver a nuestras habitaciones y aceptar el soborno del Pirata Lafitte antes de que empiecen los disturbios.

Cuando volvieron a Maison Fema, sin embargo, su suite estaba a oscuras y Bruna Enaguas no estaba. Tampoco el Pirata Lafitte.

Los cajones de papel negro tampoco estaban en la puerta de la habitación de Bruna. Encendiendo bien de prisa un candil, Darger abrió la puerta. En medio de su cama hecha con cuidado había una nota. La cogió y la leyó en voz alta:

Queridos Chicos:

Se que no creis en el amor a primera vista porque los dos sois unos sinicos. Pero Jean-Nagin y yo somos Almas Jemelas y debemos de estar juntos. Le he dicho que un hombre tan valiente como él no tendría que ser Comerciante, esp. el que tiene bancos, barcos y muelles y esta de acuerdo.

Así que será un Pirata de verdad como su nombre y yo sere su Reina

Pirata.

Siento la estafa del dinero tintao, pero una chica no puede comensar una nueva vida engañando a su hombre, eso no puede ser.

Con aprecio,

Bruna Enaguas

P. D.: Los dos sois muy divertidos.

—Dímelo —preguntó Darger después de un largo silencio—. ¿Bruna se acostó contigo?

Excedente parecía sorprendido. Entonces se puso la garra en el pecho y, franco, a pesar de que sin mirar a Darger a los ojos, respondió:

—Te doy mi palabra de que no. ¿Quieres decir que...?

—No. No, por supuesto que no.

Hubo otro silencio extraño.

—Bien, entonces —dijo Darger—, como predije, nos hemos quedado sin nada de nuestro trabajo.

—Te olvidas de los lingotes de plata —apuntó Excedente.

—A penas vale la pena molestarse por...

Pero Excedente ya se había arrodillado y buscaba a tientas y a oscuras debajo de la cama de Bruna. Sacó tres maletas de cuero y extrajo tres lingotes.

—Obviamente, esos son...

Excedente sacó la navaja y rascó todos los lingotes, uno detrás del otro. El primero era plomo pintado de plata. Los otros dos eran de plata buena. Darger suspiró aliviado.

—¡Un brindis! —gritó Excedente, poniéndose en pie—. Por las mujeres. Dios las bendiga. Constantes, fieles e indefectiblemente caballerosas. Un modelo, señor, de virtudes en todos los sentidos.

Escucharon el sonido de una ventana que se rompía en la distancia.

—Yo brindaré por eso —replicó Darger—. Pero solo un trago y, después, tendremos que huir. Me temo que tenemos que evitar una turba.

David W. Ball

Expiloto, fabricante de sarcófagos y empresario, David W. Ball ha viajado a más de sesenta países de todos los continentes, ha cruzado el desierto del Sahara cuatro veces mientras se documentaba para su novela *Empires of Sand* y ha explorado los Andes con un bus de Volkswagen. Otros viajes de documentación lo han llevado a China, Estambul, Argelia y Malta. Ha conducido un taxi en Nueva York, ha instalado equipos de telecomunicación en Camerún, ha reformado antiguas casas victorianas en Denver y ha bombeado gasolina en el Grand Teton. Sus novelas éxito de ventas incluyen las historias épicas extensamente documentadas *Ironfire* y la ya mencionada *Empires of Sand* y el thriller contemporáneo *China Run*. Vive con su familia en una pequeña granja de Colorado donde, después de un paréntesis de casi una década, vuelve a trabajar cultivando grandes historias.

Si bien dicen que la belleza depende de los ojos del que la mira, el deseo de poseerla, especialmente cuando vale una gran cantidad de dinero, puede llevaros ante personajes muy desagradables...

PROCEDENCIA

David W. Ball

La carta llegó a la Galería Wolff de Nueva York junto a los catálogos habituales y los anuncios de la galería. Iba marcada como Personal, de forma que la secretaria de Max se la dejó en el escritorio sin abrir.

Max estropeó el sobre con su mano buena y sacó una nota escrita a mano, pero con letra clara.

Querido Sr. Max Wolff:

He oído que sabe mucho sobre cuadros de lujo y que puede venderlos a veces. Tengo uno que creo que no vale nada, pero considero que le tendría que echar un vistazo y, si le parece bien, podríamos hacer negocios. A escondidas, claro. Si le interesa, por favor, envíe una nota a la oficina postal de debajo.

Sinceramente, L. M.

Entonces Max vio la fotografía. Parpadeó, incrédulo. Sintió que se le encogía el pecho, una ola de placer, de conmoción y de tristeza. Apartó el batiburrillo de papeles que tenía en el escritorio y colocó la foto en la carpeta. Abrió el cajón, buscó a tientas la lupa y se inclinó hacia el escritorio.

Un aficionado había hecho la fotografía con mala iluminación, pero daba igual. Max conocía el cuadro, cualquier estudiante de Historia del Arte lo reconocería. Era una creación bonita y maldita, el trabajo de un loco, que estaba desaparecida desde la Segunda Guerra Mundial.

Se puso recto, con los ojos acuosos. Sintió un mareo y buscó a tientas una pastilla de las suyas en el chaleco.

Max no escuchó a la secretaria decir buenas noches, ni se dio cuenta de que la tarde se había convertido en noche, puesto que su mente rondaba por la historia del cuadro: de nazis y de la Stasi, de traficantes de armas y de cardenales católicos. Había tanta violencia y corrupción en su pasado... Sabía

claramente cuál tenía que ser la próxima parada de su largo y problemático viaje.

Con su mano buena temblorosa, Max Wolff cogió el teléfono.

* * *

Dos semanas después, un domingo por la mañana, Max esperaba a un cliente en un taller privado junto al santuario de la Iglesia del Salvador Resucitado en Colorado Springs.

Se sentó en una silla acolchada que casi se traga su cuerpo pequeño. A pesar de las paredes que aislaban los ruidos, escuchaba el estrépito y las vibraciones del edificio mientras cuatrocientas almas apasionadas en el santuario de la puerta de al lado pisoteaban, aplaudían, reían, gritaban y cantaban mientras la entrega se elevaba hasta el clímax.

El reverendo Joe Cooley Barber se dedicaba al negocio de salvar almas y este era un negocio activo. Con carisma, apariencia y una voz que nacía de un micrófono, había creado un imperio que abrazaba cuarenta y siete países de todos los continentes. Su programa dominical de Creyentes, una mezcla sencilla de parábolas y evangelios, se emitía en sesenta y ocho lenguas. Había publicado diecisiete libros, todos éxitos de ventas perpetuos. Su división de medios vendía CD, vídeos y camisetas y todos los productos llevaban un holograma del Salvador Resucitado para impedir las falsificaciones.

Daba trabajo a mil personas y tenía una buena cantidad de contables y gerentes trabajando para él como miembros del coro: exactamente a 229, un número escogido de una revelación que había tenido en un punto bajo de su vida cuando, borracho, indigente y desesperado, se le cayó la Biblia y se abrió por la página 229 del Nuevo Testamento. En esa página leyó el segundo versículo de la tercera carta de San Juan: *Queridísimo, ruego a Dios que te dé prosperidad en todo, y goces de salud, como la goza dichosamente tu alma.* Joe Cooley decidió otorgar a la palabra ‘prosperidad’ su significado moderno y de este pasaje nació su frase estrella: ‘El Señor nos quiere ricos’.

No era el primer predicador de la prosperidad, pero era el mejor (‘más lucero que Lucifer’, solía decir) y se aplicaba lo que predicaba: tenía una aeronave Gulfstream, una pequeña flota de coches que incluía un Aston Martin y un Bentley y lo que le gustaba describir como ‘un modesto caballete de granja en Kentucky’, donde criaba Purasangres.

—Yo no predico el fin de los tiempos —decía—, sino el mejor de los tiempos.

Con tanto éxito llegó la controversia. Por cada dólar que recogía para el ministerio sacerdotal, Joe Cooley Barber ganaba cinco de compañías en paraísos fiscales, todas ocultas detrás de una telaraña empresarial impenetrable. En medio de las acusaciones de que solo treinta centavos de cada dólar iban a las misiones, Hacienda, el Departamento de Justicia y varios comités del Congreso habían lanzado un puñado de campañas de investigaciones. A un retador Joe Cooley Barber le gustaba recalcar que no se había probado nunca ni una sola evidencia de irregularidad contra él.

—Solo soy un benefactor temeroso de Dios —afirmaba.

Había alimentado a decenas de almas hambrientas por toda Asia y África. Millones de pastillas contra la malaria del Salvador Resucitado salvaban bebés en Bangladesh y Botsuana. Las misiones anuales enseñaban técnicas de agricultura moderna a granjeros de Malawi y Tanzania y les proporcionaban tractores y semillas para ayudar a las masas que se ayudasen a ellas mismas. Construía iglesias en Zambia y había abierto nuevas escuelas en Zaire.

‘Una plaga de desgraciados’ era la forma en la que, en confianza, describía a los abogados y políticos que le acosaban. Aun así, le entusiasmaba su atención y prosperaba. Cuanto más se quejaban, más dinero ingresaba.

—Vuestros dólares pavimentan el camino a vuestra salvación —predicaba Joe Cooley a las cámaras de televisión—. Vuestros dólares son el juicio de Dios a nuestro ministerio.

—¡Max, amigo mío! —exclamó Joe Cooley, limpiándose el sudor de la frente al entrar en la habitación media hora tarde—. Siento que tengas que esperar.

—Nada —respondió Max—. ¡Qué puesta en escena! No había visto tu actuación nunca.

—¿Eres judío? —Joe Cooley mostró una sonrisa amplia.

—No.

—Entonces, ¿por qué no vienes cada semana?

—Sería un gran viaje de ida y vuelta. Tal vez si me enviases la aeronave.

—No hace falta. —Joe Cooley entró al lavabo privado a refrescarse—. Estoy muy cerca, en tu señal de televisión. —Salió, limpiándose las manos—. Pero ahora centrémonos en los negocios. A penas lo podía creer cuando me llamaste. —Bajó la voz un poco—. ¿Es posible? ¿Un Caravaggio?

—Hay quizás noventa cuadros suyos en el mundo. —Max asintió con la cabeza—. Pensé en ti cuando cayó en mis manos.

—Entiendo que este está desaparecido.

—Sin duda es para tu colección privada —aseveró Max—. Si lo quieres, lo tienes.

—Vamos al taller —invitó el predicador.

Extendió una mano para ayudar Max a levantarse. El tratante de arte agarró el bastón. Tenía la mano derecha agarrotada, con los dedos torcidos e impedidos. Se puso las correas del maletín en el hombro y cogió una gran carpeta de cuero. Los ojos de Joe Cooley se abrieron de par en par.

—Dime que no lo traes en ese maletín —pidió—. ¡Qué cojones!

—¡Qué va! —negó Max—. Está bien embalado y tus hombres me han acompañado todo el camino. Además, yo no parezco un objetivo. Una vez llevé cinco millones de dólares a través de Manhattan en este maletín. Lo único que intentaron hacerme fue ayudarme a cruzar la calle.

—Yo no soy tan confiado —explicó Joe Cooley—, pero entiendo lo que quieres decir.

Max tenía setenta y pocos años y medía metro y medio. Siempre llevaba un sombrero fedora. Años dedicados al estudio, cribando documentos históricos y escudriñando arte, le habían dañado tanto los ojos que las lentes gruesas de las gafas le distorsionaban los destellos. Parecía un contable amablemente viejo. A pesar de todo esto, Joe Cooley sabía que era un negociador implacable con un sagaz sentido de los negocios. Max gestionaba una galería de arte muy respetada y era un habitual de Christie's y Sotheby's. Su negocio más lucrativo, sin embargo, discurría en las cloacas del comercio, un mundo en el que hombres que rechazaban la publicidad compraban y vendían arte o lo usaban en lugar de dinero para impulsar grandes adquisiciones de drogas o armas. Max encontraba los cuadros y arreglaba los acuerdos.

Cogieron un carro de golf para cruzar el complejo. El Salvador Resucitado ocupaba un campus de setenta hectáreas cerca del Jardín de los Dioses. Además de la iglesia, estaban las oficinas de la fundación, el estudio de retransmisión, una universidad cristiana y un museo. A medida que el carro les conducía a través de jardines con estatuas y piscinas, Joe Cooley devolvía saludos con la mano a los de parroquianos que disfrutaban del día soleado.

El museo era el orgullo y la joya de Joe Cooley Barber. Apreciaba las cosas bonitas, cosas a las que llamaba la gloria de Dios. Creía que no había un

homenaje más grande al Todopoderoso que coleccionar imágenes que glorificaban a él y a sus sagradas palabras. Sus galerías derramaban arte religioso de todas las épocas: cristaleras, iconos griegos, manuscritos ilustrados y pergaminos cristianos, un Giotto, algunos Rembrandt, un Rubens y un Greco. Después estaban los cuadros al óleo del propio Joe Cooley, la mayoría representaciones de cuentos bíblicos de prosperidad, de Job y Salomón. Para Max, destacaban como pústulas en las paredes de la galería, pero estaban entre las exposiciones más populares.

Entraron al escondrijo de Joe Cooley, una mezcla de taller y estudio, con cuadros en la pared mirando el suelo. Además de una gran mesa de conferencias, había bancos de trabajo, caballetes y estanterías llenas de Biblias extrañas y ricos volúmenes de cuero.

Max dejó la carpeta en la mesa, retiró las correas y sacó el compartimento interior. El cuadro descansaba cómodamente en una cama de suave algodón blanco. Max retiró la tela, levantó con cuidado el cuadro y lo colocó en el caballete. Retrocedió hasta la pared y encendió un interruptor, que iluminó de manera tenue el cuadro.

El joven pastor David, con una espada en la mano, sostenía en alto la cabeza sangrienta de Goliat, el guerrero filisteo. La cara de Goliat se había congelado en la muerte, con los ojos y la boca abiertos, la frente herida y la sangre que chorreaba del cuello degollado. Joe Cooley la observó en un silencio inquietante, paralizado.

—Es más pequeño de lo que imaginaba —dijo en voz baja—. Y más oscuro.

Max sacó algunas carpetas gruesas del maletín.

—He traído documentos sobre su procedencia, por supuesto —alegó y los dejó en la mesa. Acto seguido, sacó carpetas que parecían contener recortes de prensa, libros y notas escritas a mano.

Joe Cooley sabía que a Max no le hacían falta las notas, esto era lo suyo.

—Ya empieza mi amigo el profesor. Tendríamos que tomar una copa. ¿Whisky? ¿Vino?

—Agua. —El predicador sirvió whisky para él y agua para Max y cogió una silla.

—Sus obras pueden ser bastante truculentas: degollados, como este, asesinatos, traiciones, martirios, todos captados en el instante clave. Capturar el momento era su don. Pintó esta escena al menos cuatro veces a lo largo de su carrera y cada una representa una progresión en su madurez, expresada en las dos caras —explicó Max—. Esta debía de ser la segunda versión, en la

que hay orgullo en la expresión de David, pero también una profunda humildad: el triunfo del reino del cielo sobre las fuerzas de Satanás.

Max recorrió el lienzo por encima con la mano impedida y seguía con delicadeza las líneas de Caravaggio mientras se imaginaba al artista manos a la obra.

—Estaba tan seguro de él mismo que casi nunca usaba bocetos, como otros artistas. Pintaba directamente de la vida. Dejaba *pentimenti*, arrugas finas en el cuadro: puedes apreciarlas aquí y aquí. Un genio, ¿no crees? Y lo hacía todo tan deprisa que algunos comentan que sus obras fluían como si viniesen de la mano de Dios. ¡Y la luz! Mira la carne como se convierte en sombra, la sangre roja se convierte en negra y la luz se convierte en oscuridad y muerte. Qué maestría de la luz, o de la oscuridad, depende del punto de vista.

—Luz, por supuesto —afirmó Joe Cooley—. No te había visto nunca tan excitado con un cuadro.

—No hay muchos cuadros como este, ni muchos pintores. —Max sonrió, tímido—. Su obra fue innovadora y brillante, pero tan cruda que a menudo impactaba a los mecenas de la Iglesia, que se quejaban de la vulgaridad y el sacrilegio. Empleaba a prostitutas de modelos y las vestía como a la Virgen María con camisones cortos. Pintaba verrugas a los santos y les ponía uñas sucias. La clase dirigente de la Iglesia lo encontraba intolerable. Preferían perfección en los santos.

—Como el Senado de los Estados Unidos —masculló Joe Cooley, sorbiendo el whisky.

—Su vida fue tan cruda como su obra. Era un alma torturada. Algunos creen que la locura se la causó el saturnismo, por el plomo de los cuadros; otros, que simplemente le atormentaba su propio genio. Fuera lo que fuera la causa, vivía con intensidad, con duelos y alcohol. Se iba de putas, apostaba dinero y entraba y salía de los tribunales constantemente. Asaltó a un camarero por un mal servicio y apuñaló a un abogado en una pelea por una prostituta. Asesinó a un agente de policía, lo torturaron y se escapó. Cualquiera otro hombre se habría podrido en la prisión por cualquiera de esas cosas, pero a pesar de que Caravaggio tenía detractores en la Iglesia, también tenía poderosos protectores, entre ellos este.

Max había señalado una página en un libro de Historia del Arte y la abrió: era el retrato de un clérigo que parecía asceta.

—Es Scipione Borghese, un sobrino del papa Pablo V, el que ordenó a Galileo que abandonara las teorías heréticas sobre nuestro sistema solar.

Pablo elevó a Borghese al cargo de cardenal-sobrino, una posición de inmenso poder. Era brillante, despiadado y sin escrúpulos. Además de ser la cabeza *de facto* del gobierno vaticano, tenía múltiples cargos y títulos que lo hacían más rico de lo que se puede contar. Extorsionaba a hombres y amenazaba las almas. Creaba impuestos y adquiría estados, pueblos enteros, mediante extorsión y edictos papales. Tenía una vasta colección de pornografía y su homosexualidad escandalizaba a la Iglesia.

Joe Cooley no pudo suprimir una risa estúpida de placer y aseguró:

—La Iglesia siempre se las ha arreglado para cosechar sinvergüenzas.

—Sí, pero a pesar de sus defectos, fue un gran mecenas de las artes. Usó su fortuna para construir una magnífica villa para enseñar las obras de Rafael, Ticiano, Bernini y Caravaggio, su preferido.

—Un hombre a la imagen de mi corazón —aseguró Joe Cooley—. Excepto por los hombres, claro. Todo por la gloria de Dios.

Max se giró hacia otro archivo.

—En cuanto a nuestro cuadro —prosiguió—, la Iglesia fue la primera propietaria. O, mejor dicho, la primera ladrona. Borghese había empezado a coleccionar arte de manera obsesiva y estaba aprendiendo a hacer uso de su poder. Giuseppe Cesari era un artista destacado que poseía una importante colección de más de cien cuadros, incluidas algunas obras de Caravaggio, pues había trabajado en su estudio de joven. Borghese se enteró de que Cesari también coleccionaba arcabuces. Cesari era inofensivo y tenía las armas por afición, pero eran ilegales. Borghese mandó arrestar a Cesari y le confiscaron las posesiones. Lo condenó a muerte. Al final, aquella sentencia se perdonó, pero no fue hasta que Cesari accedió a dar sus obras a la cámara apostólica. Unos meses después, el papa entregó todo el lote al cardenal-sobrino.

—En esta época, Caravaggio mató a un hombre que creía que le había engañado en la *pallacorda*, un tenis primitivo, y huyó de Roma con un precio por su cabeza. Pasó el resto de su vida huyendo, con la esperanza de que Borghese dispusiera de una indulgencia papal. Mientras era fugitivo, creó algunas de sus mejores obras. En Malta, pintó para los Caballeros de San Juan y se convirtió en caballero, hasta que la Orden lo encarceló por una pelea. Se escapó, pero en Nápoles le atacaron e hirió de gravedad a unos supuestos mercenarios de los Caballeros. Volvió a Roma. Le habían otorgado el perdón, pero murió de fiebre antes de enterarse. —Max zarandeó la cabeza—. Solo tenía treinta y ocho años. Imagina lo que habría podido hacer en veinte años más.

Max deslizó un libro de contabilidad por la mesa.

—Borghese solo se separó de nuestro cuadro porque tenía otra versión que le había enviado Caravaggio desde el exilio. Lo incluyó como parte del soborno a un conde polaco llamado Krasinski. Había tres cuadros más: un Annibale Carracci, un Renio y un Lanfranco, además de un exquisito relicario enjovado. Hemos comprobado la lista en los libros de cuentas de la casa del conde Krasinski. Al morir, el conde legó los artículos a su hermano, que el rey acababa de denominar obispo de Stawicki. Como puedes ver aquí, los artículos están incluidos en un inventario de la iglesia de 1685.

Max sacó un papel del montón.

—Está en polaco, claro, pero te he redondeado los objetos. Las pinturas y el relicario estuvieron ocultos y a salvo en la iglesia alrededor de trescientos años, y sobrevivieron a incendios e insurrecciones. Durante la mayoría de ese tiempo, se habían olvidado de Caravaggio, que no reapareció en la historia hasta el siglo xx, cuando los eruditos empezaron a apreciar el tipo de coloso que era.

—Hora de otra copa. ¿Seguro que no quieres nada más fuerte? —Joe Cooley se levantó.

—Algo más de agua. Todavía nos queda mucho qué explicar.

Max abrió un archivo grueso de documentos amarillentos y recortes de noticias. Encima de todo había una fotografía en blanco y negro de un oficial alemán. Max la deslizó por la mesa.

—Las SS —comentó Joe Cooley—. Un hermoso demonio.

—Walter Beck. —Max asintió con la cabeza—. Hicieron esta fotografía después de que lo promocionasen a coronel, algunos años antes del final de la guerra.

Joe Cooley estudió la cara larga y angular y los ojos inteligentes. Apuntó:

—El perfecto oficial alemán. Un bastardo frío, por su apariencia.

Max sacó un recorte de la carpeta, una copia del anuncio de su nacimiento en los diarios de Berlín.

—Fue el primogénito de Otto Beck, un destacado comerciante de arte alemán. La galería de arte de Beck era una de las más antiguas de Berlín: la fundó el abuelo de Otto como una tienda de suministros para artistas, donde vendía aceites, bastidores y lienzos. Los artistas no tenían nunca dinero, así que Beck a veces intercambiaba mercancías por sus obras. El padre de Otto empezó a vender las pinturas. El negocio prosperó y en 1900 Beck había ocupado un gran edificio de dos plantas. La familia vivía en el piso superior, mientras que el resto del edificio estaba dedicado a una galería y unos talleres

en los que los artesanos de Beck restauraban y reparaban cuadros. Artistas, coleccionistas y conservadores llevaban obras dañadas de toda Europa.

»Walter trabajó para su padre algunos años. Tenía buena cabeza para los negocios, pero le faltaba vocación por el arte. Era joven y ambicioso y la fiebre nacionalsocialista de los años treinta se lo llevó por delante. Se alistó al Partido Nazi. Su padre no lo aprobaba, pero a Walter le daba igual. Leyó el panorama político y entendió a Hitler. Escaló posiciones rápidamente y, el aprendizaje en la galería de su padre, le llevó a un puesto en el *Sonderauftrag Linz*.

—No me cambies de idioma, Max.

—Quiere decir «Operación Especial Linz», un proyecto secreto de Hitler, que era un artista frustrado y creía que la mayoría del arte europeo le pertenecía. Estaba obsesionado con construir un edificio en Linz, una ciudad que convertiría en la capital cultural de Europa después de la guerra. Antes de la guerra, sus agentes recorrieron museos, galerías y colecciones privadas por toda Europa y elaboraron listas exhaustivas de las obras de arte más importantes. El resultado fue una guía de todo lo que los ejércitos de Hitler acabarían confiscando, o saqueando, cuando las fuerzas alemanas invadían una zona. Beck ayudó a elaborar aquella guía y, de esa manera, llegó a saber dónde estaba escondido el cuadro.

»Beck debería haber pasado la guerra en París, donde estaba el mejor arte, pero era un hombre arrogante y cometió el error de pelearse con Alfred Rosenberg. Rosenberg era el ideólogo de los nazis, uno de los hombres más poderosos de Alemania, y Beck vio que le asignaban el frente oriental. Era un oficial excelente, pero era excepcionalmente cruel incluso para las SS. Unión Soviética, Checoslovaquia y Polonia: Beck se las ingenió para convertirse en uno de los criminales de guerra más buscados.

Había más recortes amarillentos, la mayoría en lenguas que Joe Cooley no reconoció, de Europa oriental pensó, y algunas en hebreo. La mayoría mostraban la misma fotografía. No entendía los pies de página, pero veía al hombre perseguido.

* * *

La columna alemana se paró en lo alto de un monte, cerca del viejo pueblo de Stawicki. Había cinco camiones de transporte de tropas, dos tanques y varios vehículos más pequeños: los restos de un ejército derrotado

que se habían unido en la retirada. El coronel de las SS Walter Beck salió de un coche oficial con unos prismáticos. Estiró las piernas y, con paciencia, enfocó con los prismáticos a la lejana carretera que dejaba detrás. No había rastro de los soviéticos. Gracias a las minas que habían plantado los hombres de Beck, todavía tardarían unas horas y tendría tiempo para sus negocios. Beck sabía que la guerra estaba perdida y que los hombres que no olvidan lo perseguirían muy pronto. Rendirse significaría que lo ejecutasen. Huiría, pero antes necesitaba conseguir los medios que le asegurarían que sus perseguidores no lo encontrasen nunca.

Prestó atención en el pueblo. Aparentemente, la guerra había pasado por alto el pueblo. Veía el campanario de la vieja iglesia y, más allá, la torre del reloj del ayuntamiento; todo parecía en paz. Podría enviar a sus hombres a encontrar lo que buscaba, pero ya debía de hacer tiempo que los vecinos habrían escondido su precioso tesoro. No tenía tiempo para jugar al escondite.

—Tráeme al cura del pueblo y al alcalde y su familia —ordenó a un lugarteniente.

—Enseguida, *Standartenführer*.

—Y a veinticinco vecinos.

Cuando el oficial se marchó con un camión, un funcionario montó una mesa plegable y una silla. Beck se sentó con una botella de vino y se giró cara el sol para disfrutar de sus rayos calientes.

El camión volvió pronto serpenteando cuesta arriba por la carretera y se detuvo junto a Beck, que sorbía el vino mientras los soldados ladraban órdenes y sacaban a los vecinos del camión a codazos. Solo había mujeres, niños y ancianos. Condujeron al cura, al alcalde y a la mujer, la hija y la nieta del alcalde ante el coronel. El alcalde era un hombre gordo con generosas mejillas y el cura era viejo, enjuto y con cara de enfadado.

—Tengo que protestar —empezó el alcalde—. Somos un pueblo que no combate...

Un soldado le golpeó el estómago con la culata del rifle. El alcalde cayó de rodillas y se acurrucó jadeando con arcadas.

—No seremos desagradables si hacen lo que ordeno —aseguró Beck—. Solo exijo unos objetos de vuestra iglesia.

—Ya la han desvalijado —objetó el cura—. No queda nada de valor.

—Más bien al contrario —respondió Beck—. Carracci y Caravaggio. Renio. Lanfranco. —Sonrió—. ¿Me falla la memoria? Todos fueron regalos del conde Krasinski a su hermano obispo.

Un parpadeo en la expresión del cura era la confirmación que le hacía falta a Beck.

—Excelencia —espetó el alcalde, con la cara enrojecida—, se llevaron esas pinturas antes de la guerra a Gdynia. Sí, a Gdyn... —No recuperaba el aliento.

—Ayúdeme, padre —se dirigió Beck al cura—. Seguro que se acuerda. ¿Detrás de una pared falsa en la cripta o debajo de una pila de escombros? Sin duda una búsqueda los sacará. Muy probablemente cerca del relicario, sospecho.

Sorbió el vino.

—El relicario, por cierto, también lo quiero, a pesar de que puede quedarse los contenidos: un dedo de San Bernabé, creo. ¿O una costilla de Eduvigis o los cabellos de Casemiro o el dedo del pie de Sarkander? Perdóneme, no recuerdo los detalles, pero jamás me plantearía privar de unas reliquias tan preciosas a sus devotos. —Se miró el reloj—. Tengo muy poco tiempo, me temo. Los bolcheviques se acercan.

—No podemos daros lo que no tenemos —respondió el cura.

—Muy bien.

Beck se levantó, lanzó los guantes de cuero a la mesa, abrió la funda de la pistola y sacó su *Luger*. Eligió a un anciano de la multitud y le disparó. Una mujer se arrodilló a su lado con un grito de dolor mientras el cuerpo temblaba en la muerte. Beck también disparó a la mujer. Los vecinos gritaron. Los soldados de Beck los rodearon enseguida, con las armas preparadas.

—¿Y bien, padre? —preguntó Beck—. ¿Qué está dispuesto a sacrificar para proteger unos cuadros? ¿A qué precio está el óleo y los lienzos en su iglesia? ¿Unos adornos? ¿Una docena de vidas? ¿Todos los presentes? ¿O sacrificará a un pueblo entero?

El cura cerró los ojos, se santiguó y agachó la cabeza para rezar. Beck le puso la *Luger* en la sien. El cura se estremeció al sentir el metal caliente, pero siguió rezando. Beck consideró la posibilidad de que solo él supiera donde encontrar lo que buscaba. Guardó la pistola en la funda y se giró hacia el alcalde, que todavía estaba arrodillado.

—No me has presentado a la familia —dijo, andando hacia la mujer joven y el bebé que tenía detrás—. ¿Tu encantadora hija, verdad?

Las mejillas gordas del alcalde temblaron de miedo. Su hija jadeó y retrocedió, apretando con fuerza al bebé. Beck agarró a la criatura y se la quitó de los brazos. El bebé empezó a llorar.

—No, por favor —suplicó en voz baja, con el rostro lleno de lágrimas.

Beck cuchicheó al bebé.

—¡Qué criatura tan bonita! Debes de estar orgullosa.

Lanzándola arriba y abajo, caminó hasta el borde de un precipicio, con una pendiente marcada de piedras recortadas. Lanzó al bebé hacia arriba, como si fuera su tío. El bebé lloró más fuerte. La madre gimió y se desmayó.

—Padre, dígaselo —suplicó al cura.

Beck lanzó más arriba al bebé, que ya hacía un grito muy agudo. Una mujer se desmayó, otra gritó.

—Sí, padre —pidió Beck mientras la criatura se elevaba—. Dígamelo.

El cura rezaba.

Beck lanzó a la niña de nuevo, con más fuerza. Gimió con furia.

—Se lo pido —dijo la hija del alcalde, arrastrándose de rodillas hacia Beck—. No le haga daño a mi bebé.

Un soldado se interpuso en su camino. La niña volaba más alto cada vez y tanto la madre como la hija lloraban, histéricas.

—¡Jerzy, por favor! Por el amor de Dios, dele lo que quiere —suplicaron el alcalde y su mujer.

Beck casi falló y la atrapó con dificultades con una mano. La niña se movía, pegaba patadas en los brazos del coronel y berreaba con ira.

—Esto es muy difícil en realidad —aseguró Beck—. Creo que no podré atraparla la próxima vez.

Volvió a empezar, pero el alcalde ya había visto bastante.

—Sí. Te lo enseñaremos.

—No —dijo el cura, brusco—. ¡Callad!

El alcalde lo ignoró y se dirigió a Beck:

—Si te obedecemos, ¿dejarás nuestro pueblo en paz? ¿Dejarás que nos vayamos?

—Solo quiero esto. Tenéis mi palabra.

Una docena de soldados acompañaron al alcalde y al cura de vuelta al pueblo en uno de los camiones. Beck devolvió la niña a la madre y se sentó de nuevo a tomar el sol. Cuarenta minutos después, cuando el lugarteniente informó de que había visto rusos que avanzaban hacia allí, el camión apareció por la carretera llena de surcos con la preciosa carga.

El cura observaba con resentimiento como Beck examinaba el relicario, un cofre exquisito de marfil y oro que brillaba con rubíes y perlas, y todos los cuadros, todo con precisión, como Beck esperaba.

Cuando los cargó con seguridad, Beck se sentó en la parte posterior del coche oficial.

—Os podéis ir —dijo al alcalde—. Escondeos rápido, antes de que lleguen vuestros nuevos amos rusos. He escuchado que no quieren nada a los polacos.

Los motores de la columna rugieron con vida mientras los vecinos recogían los muertos y descendían el monte.

El lugarteniente de Beck se acercó.

—A su servicio, *Standartenführer*, estoy preparado para obedecer sus órdenes.

Llevaron al pueblo los Panzers, que esperaban las órdenes del alto mando alemán para quemar la tierra.

—Sería imperdonable destrozarse un pueblo tan pintoresco —afirmó Beck—. Siglos de historia no tendrían que convertirse en escombros. Dejaremos Stawicki para que los rusos la disfruten. —Señaló con la cabeza hacia los vecinos que marchaban—. Solo a nuestros amigos de aquí. Nada más.

Mientras el coche de Beck se llevaba los lienzos, el lateral de uno de los camiones de la tropa cayó. Con un gran rugido, las ametralladoras abrieron fuego.

Media hora después, los gritos habían parado y el polvo y el humo se habían asentado. Solo la columna soviética que se acercaba rompía el silencio.

Joe Cooley Barber dejó la fotografía de un memorial de piedra frente a la iglesia de Stawicki, erigido en memoria de los vecinos asesinados durante la guerra.

—Dios mío, pensaba que solo hacían esto a los judíos —dijo suavemente. Cogió un recorte de un diario de Sudamérica con la fotografía de Beck—. ¿Así que Beck escapó con el cuadro a Sudamérica?

—No fue tan sencillo. Me ha hecho falta mucho tiempo y muchas fuentes distintas para reconstruir la historia. Informes del ejército de los Estados Unidos, documentos de la CIA, reportajes de periodistas, ese tipo de cosas. Y después estas.

Max hojeó un montón de copias de informes en microfilme, en blanco y negro y muy complicadas de leer.

—En los años setenta encontramos (o tendría que decir la Stasi, la policía secreta de Alemania del Este) una colección de papeles enterrados en un sótano de Berlín, en lo que era el sector soviético. Los papeles fueron parte de los archivos secretos de la Stasi hasta la caída del muro de Berlín, cuando se

hicieron públicos junto a otros miles de documentos. Había un diario, escrito por Heinrich, el hermano más pequeño de Walter, que era lo bastante joven como para perderse los combates cruentos de la guerra. Esto es una copia.

—Está en alemán —se quejó Joe Cooley—. Así no lo entiendo.

—Detrás aparece la traducción.

Los negocios siempre eran buenos en la tienda de Beck. Después de la Gran Guerra, orgullosos ancianos alemanes vendían reliquias para sobrevivir durante la ruinoso inflación. En los años treinta, no tenían solamente cuadros, también plata y joyas, y cada vez hacían más negocios con los nazis. Incluso los judíos podían vender sus objetos de valor en Beck, al menos hasta la *Kristallnacht* de 1938, cuando se hizo demasiado arriesgado hacer negocios. Otto Beck no estafaba a los judíos, pero sabía que a menudo se beneficiaba de la persecución. En 1940 ya volvían a estar en guerra y los negocios prosperaron más que nunca, puesto que los oficiales que volvían de los frentes traían arte saqueado para vender: cuadros y tapices, oro y plata. Beck pagaba los precios más altos. Las limusinas llegaban y se marchaban y traían un flujo constante de ministros del gobierno y oficiales militares. Los propios traficantes de arte de Hitler compraban allí. Goering era un cliente asiduo. Otto les vendía lo que querían mientras en privado se burlaba del gusto de los nazis en el arte.

—Matisse y Van Gogh, Kandinski y Klee, *mein Gott*, el mundo es suyo, y el *Führer* prefiere a cazadores y personas gorditas —explicó a su hijo.

A Heinrich no le importaban nada las pistolas ni los juegos de guerra que fascinaban a la mayoría de chicos de su edad. Le encantaba el arte que se movía por la tienda Beck. Acompañaba a su padre en los viajes de negocios en París cuando solo tenía ocho años y Otto Beck no lo podía sacar del *Louvre*.

Desde que fue lo suficientemente mayor como para sostener un pincel, Heinrich dedicaba todo el tiempo libre a pintar. Era un artesano cuidadoso y mostraba un talento sólido, incluso brillante. Uno de los trabajadores de su padre le dijo que podía mejorar la técnica copiando las obras que admiraba. Los favoritos de Heinrich eran los barrocos. Después de media docena de intentos, reprodujo un Velázquez extraordinario; excepto por la pintura fresca y el agrietado (el tiempo agrieta las pinturas). Incluso los restauradores más reconocidos que trabajaban para su padre a duras penas distinguían cuál era el

original y cuál era el del niño. Sin la guerra, Heinrich Beck tal vez se habría convertido en un artista de éxito.

Aprendió todos los aspectos del negocio de su padre y ayudaba a los artesanos a reparar los vestigios de la guerra en los cuadros que pasaban por la galería: marcas de bota y arañazos profundos, agujeros limpios de balas y bordes estropeados que dejaban las navajas que separaban lienzos de marcos antiguos, todos testigos mudos de una guerra que él no vio.

Cuando las bombas de los aliados acercaron la guerra, Otto se mudó con su familia y el inventario al sótano. Los talleres estaban amontonados desde el suelo hasta el techo con marcos y lienzos y la familia dormía en catres en una habitación pequeña. Las vigas del pesado suelo resonaban y temblaban, pero el negocio seguía adelante.

La clientela de la galería estaba más desesperada cada semana que pasaba e intentaba financiar fugas, comprar identidades nuevas o simplemente sobrevivir. Ríos de arte, plata y dinero entraron y salieron de la tienda Beck el invierno de entre 1944 y 1945.

‘Se acerca la guerra’, rezaba una nota, ‘nuestra casa huele a pintura al óleo, a las comidas de mamá y a miedo’.

Una noche de la primavera de 1945, bien tarde, Heinrich levantó la vista del banco de trabajo y vio a un hombre en la sombra. Pronto supo quién era.

—¡Walter!

Otto emergió de detrás, donde hacía las cuentas. Solo habían visto una vez a Walter desde el principio de la guerra, en 1941, mientras el alto mando nazi se preparaba para abrir un frente oriental. Entonces vestía el negro de las SS y ahora llevaba ropa de civil. Estaba demacrado, tenía las facciones de la cara marcadas y olía a cigarrillos y alcohol.

—¿Walter? —preguntó Otto—. ¿Estás bien?

—Tengo unas cosas que me guardarás.

—¿Dónde vas? —preguntó Otto al hijo. Walter no respondió y dejó a dos hombres que llevaban un cajón de madera.

—Te he hecho una pregunta, Walter —dijo Otto, irritado. Otto era el cabeza de familia y, SS o no, Walter era su hijo—. ¿Dónde vas?

Walter le abofeteó con brutalidad y lo tumbó.

—¡*Arschloch!* —gruñó—. Asegúrate de que esta maleta está bien resguardada. ¿Lo has entendido?

Otto estaba demasiado aturdido para responder. Heinrich asintió con la cabeza por su padre.

—Sí, te he escuchado —dijo en voz baja—. Nos encargaremos. Lo prometo.

Walter se giró y subió los escalones de la escalera. Heinrich le siguió con brío.

—¡Walter, espera! ¿Ahora eres general? ¿Qué has hecho en la guerra? ¿Te han disparado alguna vez? ¿Sabes si los rusos están cerca? ¿Tienes hambre?

Walter Beck se adentró en la noche y se agachó para entrar en un coche que le esperaba. Arrancó mientras las otras preguntas de Heinrich morían en sus labios.

A Otto le sangraba la boca y tenía la mejilla morada. Heinrich le ayudó a sentarse en una silla y corrió a por agua y un trapo. Otto le hizo señales para que se fuera, con los ojos puestos en las escaleras vacías y la mente en la mujer, que dormía.

—No le digas que ha venido —ordenó. Otto Beck no habló nunca más de Walter.

Escondieron el maletín debajo del sótano, con los cuadros más valiosos de Otto, en una cámara cubierta de metal para mantenerla seca. Permaneció hasta el final de la guerra, mucho tiempo después de que los rusos fueran en busca de Walter. Las represalias soviéticas contra antiguos agentes de las SS eran terribles, especialmente para los que eran como Walter Beck, que habían criado fama en el este.

Un día las tropas rusas entraron al edificio destrozando la puerta. Otto tuvo el tiempo necesario para esconder a su hijo en la cámara de debajo del sótano y cerrar la trapa. Los rusos golpearon a Otto hasta matarlo y dispararon a la esposa. Destrozaron la tienda, pero estaban borrachos y no se les daba bien lo que hacían, así que no encontraron nunca la trapa del sótano, donde Heinrich temblaba con sus tesoros. Durante tres meses mearon en lienzos incalculables y bebieron vodka mientras Heinrich se escondía debajo del suelo, escuchando la balalaica y sobreviviendo con mermelada, pan duro y un bidón de agua que hacía gusto a diésel. Solo salía cuando dormían o estaban patrullando.

—Dios mío —exclamó Joe Cooley—. ¿Cómo sobrevive un niño a eso?

—Tenía más suerte que la mayoría —replicó Max—. Estaba vivo.

Después de que los rusos se marchasen, Heinrich retomó el negocio de su padre bajo el nuevo contexto de Berlín Oriental. Los años pasaron y, como Heinrich no supo nada de Walter, supuso que su hermano estaba muerto o era prisionero de los soviéticos, que venía a ser lo mismo. Un día, sin embargo,

un hombre fue a la galería con una carta de Walter, en la que daba instrucciones a Heinrich para entregar el maletín al hombre que traía la carta.

—Heinrich solo siguió escribiendo el diario unos meses después de esto —apuntó Max—. Hizo la última anotación dos días antes de que la Stasi asaltara la galería. Tal vez conocían sus negocios en el mercado negro. Ya no tenemos más noticias de Heinrich. Desapareció.

Max hizo una pausa y dio un trago. Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Walter también desapareció, pero él tenía bastante ayuda, de orígenes muy sorprendentes. —Cogió el siguiente documento, un informe desclasificado del ejército de los Estados Unidos y continuó la historia.

Las fuerzas americanas capturaron a Walter Beck de camino al norte de Italia. Su documentación lo identificaba como Horst Schmidt, un cura de la *Wehrmacht*. Su interrogatorio, a cargo de un lugarteniente del ejército, acababa de empezar cuando Beck, gravemente enfermo, se desmayó por un caso severo, pero afortunado, de gripe y se lo llevaron a la enfermería. Cuando se recuperó, un error de papeleo lo envió directo a un campo general de prisioneros de guerra sin más preguntas. No tuvo que enseñar nunca el brazo, en el que el tatuaje del grupo sanguíneo de las SS habría delatado su identidad. Después de la puesta en libertad de prisioneros, pasó tres años trabajando en el olivar de una granja que era propiedad de las SS, parte de una red clandestina dedicada a ayudar a antiguos nazis para evitar que los detuvieran. Un día recibió un paquete con documentación de la Cruz Roja y un permiso de entrada en Argentina, proporcionado a través de los esfuerzos de Alois Hudal, un obispo austríaco del Vaticano.

En mayo de 1948 se embarcó en un barco de carga croata con destino a Buenos Aires, donde le dio la bienvenida una comunidad de fugitivos alemanes en medio de católicos argentinos. Le proporcionaron un permiso de trabajo en una fábrica de sillas de montar, pero gente que conoció gracias a sus contactos consiguió que trabajara muy pronto para el gobierno de Perón, que necesitaba oficiales como Beck para adiestrar militares. Beck se enteró de que la CIA lo buscaba y pagó para crear un flujo constante de rumores y chismorreos sobre hombres que había conocido en su ciudad natal, en lo que ahora era Berlín Oriental, y a cambio de esto guardaron su identidad como un secreto. Muy pronto, Beck vivía con opulencia, contento de servir a dos amos. Se casó con una heredera y creyó que tenía el futuro garantizado.

Después de casi una década, las cosas empezaron a torcerse. Los norteamericanos se aburrían de los chismorreos y se le acabó el dinero. Después, un grupo israelí secuestró a Adolf Eichmann, que vivía cerca de Beck.

Argentina ya no era segura. Necesitaba dinero. Dejó a la esposa sin despedirse y se refugió en el sótano de un piso que pertenecía a un diplomático argentino favorable a su causa. Usó su red para enviar un hombre a la galería de su padre en Berlín para recoger el maletín que había dejado en 1945. El maletín viajó hasta Argentina en una valija diplomática, un método costoso, pero empleado de manera común por los nazis para llevar el contrabando fuera de Europa.

Beck rompió el relicario, fundió el oro, quitó las joyas y lo vendió todo. También se deshizo de algunos de los cuadros, obras modernas de Picasso y Chagall, que eran fáciles de comercializar en aquella época.

Se escapó a Paraguay, cuyo presidente, Alfredo Stroessner, hacía tiempo que facilitaba refugio seguro a los nazis. Beck vivió en Asunción casi una década, con pagos regulares para protegerse, pero a medida que la corrupción del gobierno de Stroessner perdía el control, estaba más incómodo. Unos hombres con tan poco honor personal le venderían por una miseria a los judíos, que no se olvidaban de una guerra tan antigua. Josef Mengele, uno de los objetivos vivos más destacados, estaba en el país.

Un día Beck se dio cuenta de que dos hombres le miraban en una cafetería. Parecía que no se conocían entre ellos, uno estaba en una bicicleta y el otro leía un diario, pero su paranoia iba en aumento, y le pareció que llevaban Estrellas de David. Le siguieron, pero los despistó. No volvió a casa, sino que recogió sus cosas de valor del escondite y huyó a La Paz.

—Esto nos lleva a Victor Maslov —siguió Max. Sacó un montón grueso de recortes de un archivo—. Aparecía de manera destacada en una serie de artículos del *New York Times* sobre traficantes de armas internacionales.

Victor Maslov se había hecho un nombre de la nada: empezó a trabajar para un primo que había adquirido un bombardero americano de la época de la Segunda Guerra Mundial y lo había convertido en un transporte de mercancías. El primo no era empresario, pero Maslov sí. Aprendió a volar y bien pronto transportaba bienes del mercado negro a Croacia, Yugoslavia, Grecia y Hungría. Hacía negocios principalmente con trigo y harina al principio y después con cerveza y whisky, dispuesto a hacer peligrosos

aterrizajes nocturnos mientras construía una red de compañeros en Europa y África. No tardó en tener dos aviones más y pasó a vender armas pequeñas junto con el whisky y, después, abandonó el whisky para solo vender armas. Sus riquezas crecían al ritmo de los conflictos regionales. Su flota finalmente incluía un avión Ilyushin-76, lo bastante grande como para llevar tanques.

Compraba en América y Europa y vendía en todos los rincones del mundo, meticuloso con los certificados para los clientes finales que necesitaba para que el negocio fuera legal para la ley internacional. El suyo era un mundo de asesinos y déspotas y no se sobrevivía sin ser despiadado y sagaz. Cada vez que actuaba morían hombres, o víctimas de las armas que vendía o por las maniobras secretas de su empresa. Era un maestro del mundo gris del comercio internacional de armas, protegido por intereses poderosos en cada país. El gobierno lo condenaba a la vez que hacía negocios con él.

La prensa le apodaba el Mercader de la Muerte. Las revistas nuevas hacían difusión a todo color de la destrucción que sus armas causaban, a veces en el mismo número en el que sacaban artículos sobre su vida privada. Uno de los solteros de oro del mundo, tenía casas en Los Ángeles y París, una afición por las apuestas altas y un gusto impecable en la ropa y las mujeres. Tenía una pasión innegable: amaba el buen arte. Lo coleccionaba, lo estudiaba y le tocaba la fibra sensible. Era autodidacta y hacía horas en galerías y museos de todo el mundo. Sus adquisiciones venían de casas de subastas de reconocido prestigio y comerciantes con proveedores menos legítimos. No solo le gustaba el arte, sino que a veces también lo empleaba como moneda en acuerdos en los que los controles financieros del gobierno dificultaban una transacción particular.

En 1981, Maslov estaba en Bolivia para negociar un gran trato de armas con el general Luis García Meza, el brutal nuevo presidente boliviano. Una conjunción de factores singulares había ayudado a Meza a llegar al poder en 1980, incluidos el cártel de la droga de Roberto Suárez y un grupo de nazis y jóvenes neofascistas encabezado por Klaus Barbie, un miembro de la Gestapo conocido como el Carnicero de Lyon.

A Maslov no le gustaba negociar con clientes financiados por las drogas porque atraían la atención de la DEA, la Agencia para el Control de las Drogas norteamericana, a la que Maslov temía más que a los señores de la droga. Al menos ellos operaban con ética, mientras que la agencia norteamericana había hecho uso de medios viles para derribar a más de uno de sus contrincantes. Estaba contento de sus desgracias, pero no tenía ningún interés en ser uno más.

Maslov estaba en el Palacio Quemado en La Paz el último día de una negociación difícil. En el transcurso de la misma había valorado a Meza como un idiota de poca confianza que no duraría en el poder más de seis meses. Meza había hecho un pedido considerable, pero quería más armamento del que se podía permitir, en particular armas semiautomáticas y lanzagranadas. Le faltaban 8 millones de dólares para llegar al precio de Maslov. Meza tenía poco dinero en efectivo y le ofreció drogas y pareció sorprendido cuando Maslov se rio. Las risas aumentaron al sugerir a Maslov que le concediera un crédito. Inquieto, Maslov se excusó para dejar que Meza consultara a sus asesores.

Fue entonces cuando, casi de manera automática, se dio cuenta del Caravaggio.

Casi fue corriendo, un cuadro oscuro en un sitio oscuro, colgado de manera informal con otra media docena en una pared dominada por retratos de color dorado llamativo de dictadores y generales bolivianos, que a su vez estaban eclipsados por un cuadro de seis metros de Simón Bolívar montado en su caballo, victorioso en el campo de batalla.

El cuadro no estaba firmado, pero Maslov estaba tan seguro de que conocía al artista como de que se reconocía la cara en el espejo. Todos los cuadros colgados de la pared eran valiosos, pero solo uno le importaba de verdad. Maslov volvió a la reunión.

—Como tal vez sabéis, Excelencia, soy un entusiasta del arte. He visto cuatro o cinco piezas que me interesarían. Tal vez podríamos llegar a un acuerdo que resolvería sus dificultades económicas.

—No podemos hacer nada con esos cuadros, al menos no todavía. Pertenecen a un nuevo aliado. Un amigo de Barbie, el coronel Beck. Estamos en un punto muerto. Me temo que su valoración está un poco hinchada.

—Si me lo permite, ¿cuánto pide el coronel Beck?

—Lo que quieren todos —respondió Meza con desdén—. Un pasaporte diplomático y dinero. Afirma que los cuadros valen ocho millones. Nuestro experto estima que no valen más de cuatro.

Maslov conocía al experto, el director del museo nacional, un hombre que había pasado la vida adquiriendo retratos de generales y sus caballos. Tenía que ser muy imbécil para no haberse dado cuenta, pero así era.

—Vuestro experto se equivoca —aseguró Maslov.

—Tal vez, pero da igual. Hemos llamado a un especialista de París para resolver la diferencia.

Maslov encogió los hombros.

—Como queráis, pero le daré los ocho millones de Beck. Aun así, me voy esta noche. La oferta solo sirve si llegamos a un acuerdo ahora, en este momento. Si es así, tendrá sus armas, el pedido entero, antes de que se acabe la semana.

Meza a duras penas podía disimular la sorpresa, pero vio la oportunidad de subir la apuesta inicial.

—Por desgracia, amigo mío, no es tan fácil. La oferta es muy generosa, pero los cuadros no son un regalo del todo. El coronel Beck quiere sacar dinero del negocio.

—¿Cuánto?

Beck había pedido dos millones.

—Tres millones —pidió Meza.

—¿Por qué no lo envías a la prisión y te lo quedas tú?

—Sus amigos alemanes siguen ofreciéndonos apoyo. No podemos aislarnos. Además, todavía tiene más activos. Tal vez lo volvamos a necesitar.

—Muy bien —aceptó Maslov—. Yo mismo le pagaré al coronel.

—Pero... —Meza buscó las palabras, fuera de juego.

—Insisto —dijo Maslov, levantándose para irse—. ¿Qué le parece?

Aquella noche Caravaggio, Velázquez, Picasso, Braque y algunos más acompañaron a Victor Maslov a Los Ángeles. Desde el avión hizo una llamada al general Torrelio, el ministro del Interior que intentaba derribar la joven dictadura de Meza. Maslov no solía traicionar a los clientes, pero sabía que no tenía que proteger a un imbécil. El general Torrelio estuvo encantado de recibir los detalles del envío inminente y le envió enseguida dos millones de dólares a Maslov por el precio rebajado de las armas. Maslov sabía que el dinero venía de la Agencia para el Control de las Drogas, lo que hacía más atractivo el trato. Una semana después, el envío prometido de armas llegó a una pista de aterrizaje próxima a La Paz. Los hombres de Torrelio prepararon una emboscada a las tropas de Meza y tomaron posesión de la carga que Maslov había vendido a Meza. Fue el principio del fin de la joven dictadura de Meza.

Un coronel boliviano mandó un mensaje a Walter Beck y concertó una reunión en la que le pagarían los cuadros y le darían un nuevo pasaporte. Beck apareció con puntualidad, confiado, puesto que sabía que los generales bolivianos no traicionaban a sus benefactores.

Dieciocho horas después, bajaron a un Beck inconsciente de un avión en Tel Aviv y lo ataron en la parte posterior de una furgoneta abollada. A sus captores no les importaba repetir el espectáculo del juicio de Eichmann. Beck

se despertó desnudo en el desierto del Néguév, en una minúscula celda oscura con el suelo sucio y una grieta como ventana. Se hizo sangre en las manos golpeando las paredes y pidiendo ayuda a unos hombres que no le escuchaban. Hacía un calor de mil demonios.

—¡Agua! —gritaba—. ¡Animales!

En Bolivia se filtró el rumor de que los israelíes habían secuestrado a Beck. Los israelíes lo negaron. Por supuesto, todos supusieron que mentían.

Max cerró la carpeta sobre Walter Beck y Victor Maslov.

—Esto es todo —aseguró.

—Casi todo —recriminó Joe Cooley—. Queda la pregunta obvia: ¿cómo un hombre como Victor Maslov se separó de un cuadro así? ¿Cómo llegó hasta ti?

—Un ratero, un hombre que se llamaba Lonnie. Uno de los clientes más interesantes con los que he trabajado en treinta años. Me mandó una carta. —Max encontró otro recorte de revista, que mostraba su fotografía—. ¿Te acuerdas?

Max tenía el don de leer a la gente. Se había equivocado algunas veces, pero no a menudo, y el temor a que todo fuera una estafa o un fraude que había sentido cuando Lonnie Mack se puso en contacto con él de la nada se disipó cuando quedaron. Al final de la reunión sabía seguro que Lonnie Mack tenía el objeto original. A veces era así en el mundo del arte: un Rembrandt descubierto entre trastos viejos o un Braque en el ático de la tía Sally. Y después aparecía un hombre como Lonnie, un ratero que tropezaba por accidente con la veta madre.

Lonnie era flaco, nervioso y educado y estaba preocupado por si podía fiarse de Max. Al principio aseguró que era un amigo el que había robado el cuadro, pero desistió enseguida.

—¿Así que puedo confiar en ti incluso si fuera robado? Es decir, no es que yo lo haya hecho ni nada. Solo conozco a alguien.

Max levantó las manos.

—Por favor, señor Mack, dígamelo. Si no puedo ayudarle, se lo diré también. Hay muchas posibilidades con una cosa así, incluso la posibilidad de devolverlo al amo o a su compañía de seguros por una recompensa. Esto se puede hacer de manera anónima.

—¿De verdad? —Los ojos de Lonnie se encogieron al escucharlo—. Pues de acuerdo. Soy un hombre de las termitas, ¿sabes?

—Perdón, ¿qué dices?

—Termitas, ya sabes. Insectos.

—Ah. —Max levantó las cejas. No lo entendía.

—Mi hermano Frank tiene una compañía. Matamos las termitas de la madera seca. Hace mucho mal, ¿sabes? Te destrozarían esta casa en una semana. Solo puedes deshacerte con gas.

—¿Gas?

—Sí. Fluoruro de sulfuro. Tenemos que cubrir la casa entera con lonas. Tarda tres días. Yo me encargo de los sistemas de alarma para que podamos limpiar la casa y asegurarla. Bien, siempre aconsejo a los propietarios que cambien los códigos una vez hayamos acabado, pero he hecho un curso, ¿sabes? Puedo tocar la caja de forma que todavía pueda entrar, incluso después de que lo hayan cambiado. Registro la casa y miro qué tiene. Gaseamos las termitas, quitamos las lonas y ya está. Unas semanas o meses después, vuelvo a entrar y me lo llevo. No tengo avaricia ni nada, solo cosas de las que sea fácil deshacerse.

—¿Esto no es arriesgado?

—No, esa es la parte fácil. Al salir enciendo la alarma y entonces rompo una ventana o una puerta. Suena la alarma, aparece la policía y bum. Piensan que ha sido un ladrón.

A Max le hacía gracia.

—¿Y así es como encontró este cuadro? ¿Con un trabajo de... termitas?

Lonnie asintió con la cabeza con entusiasmo.

—¿Qué lugar, sabes? Un empresario internacional o algo parecido. No lo he conocido. Siempre de viaje, decían, un personaje de verdad. Solo conocí a su hombre, el que decía que era conservador de arte. No sabía que era eso hasta que me lo explicó: se encarga de cuidar el arte. Tío, ese lugar estaba lleno. Estatuas de mármol como en un museo y bronce en el recibidor, cuadros por todas partes y mobiliario antiguo. La cuestión es que no me gustó nada, ¿sabes? Pensé que las termitas podrían mejorarla, pero eso no se le dice a un cliente.

»Dimos un vistazo y, tío, había termitas. Puedes saberlo por la mierda. Dejan montoncitos pequeños, ¿sabes? Ves los montones y tu casa se hunde. Estaba muy preocupado por los cuadros. Le dije que seguramente uno de los marcos de esos cuadros era el que trajo las termitas, de Bora Bora o algún lugar así, y que el gas lo exterminaría y no echaría a perder nada excepto la comida, los perros y cosas así. Dijo que no podía arriesgarse, así que tuvo que tragarse los inconvenientes de sacar todos los cuadros de los marcos.

»Llamó a una compañía de coches blindados para que lo recogieran todo y entonces fue cuando tuve suerte. Mis hombres estaban preparándolo todo, ya sabes, las lonas por todas partes, el plástico y todo, y estos tíos estaban embalando los cuadros, con mucho guante blanco. Una enorme pérdida de tiempo, pero no es mi dinero, ¿de acuerdo? Debía de haber mil cosas embaladas, por todas partes, pero me daba igual, yo solo había visto que tenían un buen juego de ollas de cocer y sartenes en la cocina.

»Acabaron y firmaron los papeles y entonces los coches blindados se marcharon y yo tenía que esperar hasta que todos se fueran, ver, es mi trabajo y tenía que tener mucho cuidado de no gasear a nadie. Entonces fue cuando me di cuenta de que se habían dejado un embalaje. Ya estaba medio cubierto por nuestro plástico y lo habían pasado por alto, ¿sabes?

»Ni siquiera sabía lo que tenía, pero sabía que me lo podía llevar y que nadie se daría cuenta, porque habían firmado los papeles y todo y, si nunca se daban cuenta, pensarían que habían sido los tíos del coche blindado y alguna compañía de seguros pagaría. No me gustan nada las compañías de seguros, ¿sabes? Así que lo agarré.

Lonnie se encogió de hombros.

—Así de fácil, pero tengo que decir que me decepcioné cuando abrí el embalaje. Objetos que valen una fortuna en esa casa y lo que yo me llevo es un cuadro viejo. Y uno muy basto. Un niño que tiene la cabeza de un tío, con sangre por todas partes. Seguro que no lo colgarías junto al televisor, ¿sabes?

»Pensé en tirarlo o volver y dejarlo en la entrada y que nadie se enterase nunca. Joder, no podía hacer nada con un cuadro. El único cuadro que me había servido era uno de terciopelo. Dicen que lo hicieron para Elvis Presley, ¿sabes? ¿O que lo hizo él, tal vez? De todas maneras, saqué ochocientos dólares por él, así que estaba bastante contento.

»Como no sabía qué más hacer, lo colgué en el cobertizo. Entonces un día, Della, que es mi chica y trabaja en un salón de belleza, cinco años después trajo a casa una de esas revistas que hojean los clientes y había una historia sobre un cuadro perdido. El cuadro se parecía mucho al mío, solo que estaba en Italia o por allí. Sabía que el mío era viejo también, pero... Solo pensaba en que podría ser un buen negocio. Así que lo traje a casa y se lo mostré a Della y lo pusimos en el comedor.

—Y así es cómo me encontró —acabó Max.

En treinta años solo había habido un escándalo en la Galería Wolff. La historia había causado sensación, puesto que involucraba a clientes famosos y alegaban que Wolff había vendido un cuadro robado en el mercado negro.

Max había hecho esto muchas veces, pero no en el caso por el que le acusaba el artículo. No había pasado nada, excepto un juicio por difamación, que ganó Max, y la publicidad, que no había sido una mala cosa al fin y al cabo. La historia había aparecido en el mismo número que el Caravaggio perdido.

—Así es. —Lonnie asintió con la cabeza orgullosamente—. Leí el artículo. Así pues, señor Max Wolff, ¿crees que puedes ayudarme?

Joe Cooley rio muy fuerte.

—Imagínalo, un Caravaggio en una caravana. Junto a la salsa de los espaguetis.

—Creo que el propio Caravaggio habría dado el visto bueno. —Max sonrió. Cerró el archivo y dio palmadas—. Aquí lo tienes. Una procedencia bastante simple, en realidad. Una maldición acumulada a una condenación, como dijo uno de los estudiosos. Un espejo de su artífice, a lo mejor. —Encogió un poco los hombros—. O solo un cuadro bonito. Así que dime, ¿estás satisfecho?

—Estaba satisfecho, amigo Max, cuando me dijiste que podría comprarlo —contestó—. Pero tengo curiosidad. ¿Cómo llegaste hasta mí? ¿Por qué no se lo devolviste a Maslov?

—Simples temas económicos. Conozco a Victor Maslov bastante bien. Me pagaría una comisión. Generosa, sin duda, pero una mera recompensa. Tú, por otro lado, me pagarías más, seguirá siendo una fracción del valor verdadero, pero mucho más y, por supuesto, no mostrarás nunca el cuadro en público, no más de lo que podría enseñarlo Victor. Si lo mostrases, te enfrentarías a una sucesión vergonzosa e interminable de demandas de antiguos amos del cuadro que intentarían recuperar lo que les perteneció una vez. Sin publicidad, no hay problema. El cuadro satisfará tu vanidad, perdóname, ¿pero no es así? Lo tratarás bien y dejarás la cuestión de la pertenencia a tus herederos. En cuanto a Victor, es realista. Siempre lo he tratado con justicia. Lo valoro como cliente, pero no le debo nada. Perdió un cuadro, yo he encontrado uno. No soy ni el ladrón ni la policía de Victor. Solo soy un comerciante de arte.

Joe Cooley Barber rio al escucharlo.

—Y tanto, solo eso —dijo, zarandeando la cabeza—. A mí me sirve.

—Creo que me tomaré una copa de vino —dijo Max.

Joe Cooley le sirvió una y un whisky doble para él. Cogió el teléfono y llamó al gerente comercial, que llamó al banquero. Nueva York, las Bahamas,

las Caimán: el dinero se movía a la velocidad de la luz mientras Max sorbía el vino, perdido en sus pensamientos. Cuando recibió la confirmación del banquero, se levantó y Joe Cooley le ayudó con sus cosas.

—Pues ya está hecho —informó Max.

—Así de rápido —replicó Joe Cooley Barber—. El buen Señor sonrío: por fin este cuadro problemático ha encontrado un hogar en un lugar bendito. Una nueva anotación de oro en la procedencia.

La aeronave privada se elevó y le dio una maravillosa visión a Max del sol poniéndose sobre Pikes Peak. Sintió una gran calma y durmió en paz en el vuelo. Una vez llegó a su estudio de Manhattan, telefoneó a Lonnie Mack, que recibió extasiado la noticia de que le llegaría medio millón de dólares por un cuadro que casi había tirado a la basura.

—Tendrá el dinero mañana —aseguró Max—. Sin embargo, no hace falta que le recuerde que no tiene que decir nada a nadie.

—¿Estás vacilándome? —preguntó Lonnie, herido, con la euforia un poco atenuada por la precaución de Max—. Yo no hablo nunca de mis trabajos.

—Y tanto que no —dijo Max—. Solo voy con precaución. Dime dónde quieres que nos encontremos. En algún lugar seguro. Tú eliges.

Lonnie lo meditó durante un rato y entonces le proporcionó una dirección. Max lo escuchó gritar de alegría mientras colgaba.

Max hizo otra llamada.

—¿Victor? Max. Bastante bien, gracias. Tengo noticias maravillosas. He recuperado tu cuadro. Sí, el Caravaggio. —Rio con la reacción de Maslov. De todos sus clientes, Victor Maslov era el que más amaba el arte—. Sí, bastante seguro. Está en buen estado, si consideramos que ha estado unos años colgado de un cobertizo. Está como nuevo. Estoy mirando los ojos de David ahora mismo. —Tocó con suavidad la mejilla del pastor—. Es una obra tan poderosa, amigo mío. El triunfo del bien sobre el mal.

Max contó por encima a Maslov cómo había recuperado la pintura.

—Sí —rio—. Así de fácil. Fue una llamada afortunada, eso es todo. Es un buen chico, Victor. Le he prometido medio millón, una comisión modesta, creo, a pesar de que él se llevó el cuadro. Sí, bien. ¿Tú te encargarás por mí? Un momento, no sé dónde he metido el papel. —Se revolvió los bolsillos y entonces se dio cuenta de que el papel todavía estaba en la mesa. Leyó la dirección—. Sí, está bien.

—Está el problema de tu comisión —añadió Maslov—. Yo había pensado cinco millones.

—Por favor, Victor. Eres un buen cliente, pero eso es demasiado generoso.

—El cuadro vale mucho más para mí. Pensaba que estaba perdido para siempre. Pensaba que mi conservador se lo había llevado. —Victor rio—. Todo este tiempo, y un hombre de las termitas...

Max sabía que el conservador de Victor había muerto en un accidente automovilístico poco tiempo después del hurto.

—Cogeré con gusto tu dinero cuando tengas seguro el cuadro de nuevo en las manos. Por ahora solo hace falta que envíes alguien a por eso. —No se pudo resistir a pincharlo un poco—. Alguien competente, por favor. No estaría bien perderlo de nuevo.

Al día siguiente, como prometió, Lonnie recibió el dinero, pilas limpias de billetes en un maletín de aluminio entregado por un hombre que conocía. Lonnie no había visto nunca tanto dinero junto. Lo llevó a casa, a Della, con una botella de champán caro, y empezaron a planear un viaje a Las Vegas.

Esa noche la cadena local de televisión comenzó las noticias con la historia de una explosión abrasadora en un camping de caravanas debido a una supuesta fuga de propano. Los helicópteros de las noticias capturaron secuencias dramáticas de las llamas y el humo de la explosión.

Era la parte del negocio de la que menos disfrutaba Max. No se podía tener a Lonnie inventando historias para la prensa ni tampoco lo podía tener en la puerta de casa en un año en busca de más dinero.

Acompañado por dos guardaespaldas, el nuevo conservador de arte de Victor Maslov recogió el Caravaggio en persona y no cabía en sí del entusiasmo cuando lo vio. Unos días después, Victor envió la comisión a Max, restando el dinero que se habían quemado con Lonnie.

A Max solo le quedaba decidir qué hacer con el Caravaggio original, que todavía descansaba en su despacho.

* * *

Por supuesto, había detalles de la procedencia que había ocultado a Joe Cooley, en particular sobre Heinrich Beck, el hermano pequeño de Walter. Su diario acababa con el asalto de la Stasi, pero su historia no.

Los rusos que mataron a sus padres se habían alojado en la casa de los Beck unos meses, mientras él permanecía escondido en la cámara de debajo del sótano. Solo emergía por la noche en busca de comida y agua, en extraños momentos de seguridad.

Debajo de la trapa que su padre había construido, Heinrich llenó todos esos meses de soledad pintando. A pesar de que estaba rodeado de arte precioso, no tenía lienzos nuevos en los que pintar, así que pintaba sobre algunas de las obras que menos le gustaban, probando ideas nuevas y entonces limpiaba los lienzos y empezaba de nuevo. Le encantaba ver lo buenas que eran sus copias y cuánto le enseñaba el proceso. Entre los originales, por supuesto, estaban los del maletín de su hermano. Cuanto más estudiaba a Caravaggio, más lo admiraba. Hizo seis copias en total, pero solo guardó dos y reutilizó los otros lienzos. Sabía que las dos copias era lo mejor que había hecho nunca.

Los rusos abandonaron la galería finalmente y él salió del agujero donde se escondía. La vida en el Berlín de la posguerra era difícil, pero Heinrich era un superviviente. Todavía era fácil trabajar con el arte. Era mejor que el dinero si se sabía cómo y se tenían las conexiones y, por supuesto, Heinrich contaba con las dos cosas. Todavía tenía montones de pinturas del sótano que habían sobrevivido con él y empezó a traficar. Durante mucho tiempo su negocio era mayoritariamente secreto: compraba a gente sin nombre y vendía a gente sin cara, al servicio de alemanes con una humildad recién estrenada, que negaban el pasado y que ahora hacían reverencias a los amos rusos mientras se disponían a aprender las nuevas sutilezas de la corrupción bolchevique.

Heinrich no tardó mucho en pensar vender sus propias copias también. Era fácil, en particular entre las nuevas élites que tenían dinero, pero no sabían nada de arte. Heinrich sabía que su padre se habría horrorizado, pero su padre estaba muerto y él no y esa verdad marcaba las únicas reglas que importaban. Pintaba nuevas copias, traficaba y sobornaba con ellas, y sobrevivía mientras la guerra empezaba a retirarse, Berlín se reconstruía y la radio echaba humo con una nueva guerra fría.

La carta de Walter, que pedía que entregara el maletín al emisario, provocó que Heinrich hiciera lo que hizo. Reaccionó de manera impulsiva por la ira y la vergüenza por lo que Walter le había hecho al nombre de la familia, porque los padres murieron por el pasado de Walter y por una nota que solo pedía obediencia y no preguntaba nada sobre él o los padres.

Envió al hermano una de las copias, convencido de que Walter no notaría nunca la diferencia.

El asalto de la Stasi le mostró lo equivocado que estaba. Habían ido por la noche, después de que la galería cerrara y él estuviera solo. No eran solo de la Stasi, también había antiguos SS, y sabían lo que buscaban. Le preguntaron dónde había escondido el cuadro original. Cuanto más negaba saber, más lo golpeaban.

—Eres un imbécil —le soltó uno—. Tu hermano dejó una marca en todos sus cuadros y no estaba en el que enviaste.

Heinrich no entregó el cuadro. Decidió que antes moriría. Casi lo consiguen al golpearlo de manera salvaje.

Ganaron una fortuna con otros cuadros, cargaron lienzos en la parte posterior del camión y se llevaron todo lo que cabía. Antes de irse, uno de los hombres le desató el brazo derecho y le obligó a extenderlo por encima del banco de la mesa.

—Tu hermano nos dijo que no te matemos —explicó mientras Heinrich hacía frente con ferocidad—. Aun así, nos dijo que nos aseguremos de que no le engañabas nunca más.

Con un martillo de bola, otro hombre destrozó cuidadosamente los huesos de la mano derecha de Heinrich y después todos los dedos, uno por uno.

Heinrich Beck no volvió a escribir otra palabra en su diario y no volvió a pintar. Tardó dos años, pero finalmente consiguió comprar el pasaporte de un joven alemán muerto que se decía Max Wolff y pagó el soborno para abandonar Berlín Oriental con el Caravaggio y algunas de sus propias pinturas. Los agentes de la aduana de los Estados Unidos vieron unos lienzos y dieron el visto bueno al lote, como si fuera el trabajo amateur de un estudiante mediocre.

Max pensó qué hacer con el original. Era un anciano y le quedaba poco tiempo. Tal vez tendría que pensar en un legado. Consideró legarlo al pueblo de Stawicki, donde había pasado más de tres siglos, pero le parecía tan... poco provechoso.

Revisó los mensajes antiguos del teléfono y encontró el de un coleccionista chino, un nuevo rico que buscaba arte. Algo importante, había dicho. Algo espectacular. Construiría un museo.

Carrie Vaughn

El éxito de ventas del *New York Times* Carrie Vaughn es la autora de una serie de novelas muy populares que detallan las aventuras de Kitty Norville, una famosa de la radio que también es licántropa y dirige un programa de llamadas en la radio para aconsejar a criaturas sobrenaturales por la madrugada. La undécima y la duodécima novela de Kitty, *Kitty Rocks The House* y *Kitty in the Underworld*, se publicaron en 2013. Otras novelas suyas son los libros para jóvenes *Voices of Dragons* y *Steel*, un libro de fantasía, *Discord's Apple*, y la novela de superhéroes *After The Golden Era*. Las obras cortas de Vaughn han aparecido en *Lightspeed*, *Asimov's Science Fiction*, *Subterranean*, *Wild Cards: Inside Straight*, *Realms of Fantasy*, *Jim Baen's Universe*, *Paradox*, *Strange Horizons*, *Weird Tales*, *All-Star Zeppelin Adventure Stories* y en otras publicaciones. Algunas de sus historias cortas se compilan en *Straying from the Path* y en *Kitty's Greatest Hits*. Vive en Colorado. Pronto sacará al mercado *Dreams of Golden Age*, una secuela de la novela de superhéroes, y más libros de la serie de Kitty.

Todos los canallas necesitan un lugar para beber y relajarse, como el club de la Estrella Fugaz de la historia de suspense que viene a continuación. Eso sí, si estáis en un lugar donde los canallas beben y se relajan, una buena recomendación es que vigiléis vuestras espaldas, aunque vosotros mismos seáis también canallas.

LOS TURBULENTOS AÑOS VEINTE

Carrie Vaughn

Lo bueno del Estrella Fugaz es que es invisible, así que no hay nunca redadas. Lo malo es que, al ser invisible, es difícil encontrarlo. Tienes que tener un poco de magia propia y, como la Señora M tiene, encontrar lugares así no es un problema para ella.

La Señora M para el coche para que nos deje entre la Quinta y Pino y se despide del chófer. La sigo por una acera húmeda junto a edificios de baldosas. Es bastante pronto para que las calles estén abarrotadas, con coches y gente de camino a algún lugar, sin que nadie mire nada. Hay algunos sonidos de bocinas y el naranja de los semáforos de acero pulcro parece que ha encendido con brasas las caras con el ceño fruncido. Yo aprieto mi visión firmemente sobre los hombros. La Señora M ha hecho deslizarse el suyo hasta los codos para mostrar la suave piel de su espalda. Parecemos hermanas andando juntas, al mismo paso.

El callejón por el que se adentra parece un callejón cualquiera y ese pasaje nos lleva a otro hasta que acabamos solas, junto a unas papeleras y un gato que maúlla, debajo de férreas escaleras de incendios y un cielo que amenaza lluvia. Golpea una pared de baldosas, alejada de cualquier puerta o ventana, pero no me sorprende cuando se abre una grieta a la altura de su cabeza. Se acerca para cuchichear una palabra y la puerta se abre. Es una puerta pintada en forma de baldosas, o bien la pared se mueve: ni lo sé ni me importa.

La música de un conjunto que improvisa jazz en la recepción suena celestial. El portero, un gorila con un traje marrón que debe de estar hecho a medida para que quepan esos hombros, nos mira y nos da el visto bueno asintiendo con la cabeza. Tiene bastante pelo alrededor del cuello de la camisa, en las manos y mechoncillos en las orejas. Cuando sonrío, enseña colmillos y los ojos le brillan con un color dorado. Es de algún tipo de espécimen que no quiero averiguar. Entro sin mirarlo a los ojos. La chica del guardarropa que parece bastante normal, nos coge los visones y le doy una buena propina. Un camarero refinado, pulcro y limpio nos conduce al club. Hay una mesa que se acaba de despejar; por supuesto, siempre hay mesas para la Señora M. Pido soda para las dos y el camarero me mira divertido:

¿por qué voy a un lugar como ese si no me gusta el alcohol? El alcohol aquí es bueno, de primera calidad y de contrabando, no cocinado en una bañera sucia de granja. Le digo que tal vez después y se marcha disparado.

Estamos cerca de la pista de baile, en medio de todo, y el local está lleno. La banda consiste en un tío blanco al piano, dos tíos negros en el bajo y la batería y un soporte de micrófono, que significa que quizás alguien cante más tarde, pero por ahora tocan una melodía con poca intensidad y las parejas bailan en una minúscula pista. A primera vista parece gente normal en una noche normal; bohemias *flappers*, mujeres de bien con vestidos de noche, hombres con trajes e incluso algunos esmóquines. Pero si me fijo, veo un colmillo y una garra, el brillo del ala de un hada, un trozo de un cuerno debajo de peinado hacia atrás y otras partes que puedo intuir, pero que seguramente me equivocaría. Esta gente no llama la atención y yo tampoco lo haré, porque entonces podrían observarnos a la Señora M y a mí.

Unas puertas conducen a las salas traseras, donde puedes encontrar cartas, dados y otras cosas que puedes imaginar. Una de ellas está cubierta por una cortina de cuentas brillantes y, a través de ellas y más allá de la neblina del humo de los cigarrillos, diviso a una gran dama celebrando una audiencia en un sofá y una mesa de café, rodeada por hombres trajeados y mujeres emperifolladas. La escena es confusa, como si la viera a través de un vidrio grabado.

La Señora M quiere hablar con Gigi, la mujer que está detrás de la cortina de cuentas y que regenta el local, pero creo que es mala idea. No lo discutiré, M sabe más de estas cosas que yo: los intercambios y los pactos, los secretos y las estafas. Lo que se me da bien es cubrirle las espaldas y anticiparme a los problemas.

Solo somos dos en una guarida en la que apostadores y los contrabandistas de alcohol son minoría. Aquí hay gente que se bebería tu sangre seca si le dejases, otros que te cortarían el cuello y algunos que te comprarían el alma, a pesar de que saben lo poco que valen algunas de las almas de aquí. M y yo nos lo repartimos bien: ella, los negocios, y yo, la protección.

Parecemos dos fulanas de visita en la ciudad con nuestra seda y nuestros flecos de colores, los hombros y las rodillas al aire, vestidos que hacen frufrú y que muestran las caderas cuando andamos con los tacones y balanceamos las piernas. Todos creen que somos una presa fácil, pero se equivocan.

Las bebidas llegan más deprisa de lo que esperaba porque pensaba que el camarero estaba al otro lado de la sala tomando nota. Pero no, está aquí, más

refinado que nunca, y sonrío mientras pasa los vasos de la bandeja a la mesa. La música suena y M sorbe.

—Se avecina algo malo —cuchichea.

Observo a mi alrededor. Al lado juegan a las cartas. Cerca, el recluta de un gánster intenta impresionar a su chica. Los dos se acercan hacia una minúscula mesa redonda mientras él le enseña la cinta de oro del reloj.

Los labios de ella sonrían, pero sus ojos están hambrientos. Intenta sacarle algo a él. Están tramándose un buen puñado de intrigas. Aun así, la gente está allí en gran parte para pasarlo bien, beber buen alcohol y olvidarse de sus problemas.

—¿Una redada? —respondí—. ¿El desafío a algún líder? ¿Rocco pasa definitivamente de Margolis?

Anthony Margolis es el que preside la partida de cartas. Está jugando para demostrar que ya no le importa ni Rocco ni nadie.

No, es más grande. Todo se va a pique.

Con ella, no sé nunca si se trata de una metáfora.

—¿Es uno de tus sueños?

—Visiones —me corrige. Sorbe el vaso y deja una marca roja de pintalabios.

—¿El futuro?

—Exacto.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo de siempre: ten los ojos abiertos e invierte en licor. —Piensa en voz alta y me pone nerviosa. Muy nerviosa. Señalo con la cabeza la cortina de cuentas.

—Sabrá que estás aquí.

—Hará que pregunte —pronosticó M.

—Para eso estamos aquí, ¿no?

—Fingimos que estamos para pasarlo bien.

Se echa para atrás, estira la espalda y se apoya en el respaldo de mi silla. Saco un cigarrillo de mi bolsa sin asas, lo enciendo y se lo ofrezco. Su mano enguantada y enjovada lo coge, da una buena calada y suelta una nube de humo con la boca bien abierta. Sigue la música con el pie.

Su actuación fingiendo pasarlo bien parece real. Se ganaría la vida haciendo cualquier cosa que se le metiera en la cabeza, pero ha acabado en un lugar como este por una razón. Yo también.

El lugar apesta a alcohol y a serrín. Todo va rodado: los camareros y las bebidas van de la barra a la mesa y viceversa, una chica que vende cigarrillos

hace la ronda... La partida de cartas de al lado va acompañada de risas nerviosas y los jugadores fingen que las grandes sumas que acaban de perder no les importan mientras el sudor les chorrea por el cuello de la camisa. Si estaba a punto de producirse algún conflicto, vendría de ellos: un bromista molestaría a otro, tropezarían con la mesa, caerían y se liarían a puñetazos. El gorila de la puerta habría hecho que dejasen las armas, así que no me tenía que preocupar. M y yo nos podemos proteger fácilmente de una pelea de puñetazos. De las balas, no tanto. Ser invisible no siempre te salva de un disparo en un fuego cruzado.

Ahora que suena la tercera canción y ya me he acabado la mitad de mi vaso, un hombre entra a tropezones, con la boca abierta como un pescado fuera del agua, y me pregunto qué le habrá dicho al gorila para entrar. Debe de tener algo, un amuleto o un aura, lo primero para encontrar el lugar y lo segundo para no llamar la atención. Está en la entrada y mira a su alrededor, con los ojos abiertos. Da la impresión de que no esperaba que funcionase y, ahora que lo ha conseguido, no sabe qué hacer. Lleva un traje marrón, nada especial, y se quita el gorro lentamente. Es refinado, tiene la mandíbula cuadrada y lleva una pistola en una funda colgada al hombro, por debajo de la chaqueta. También debe de haber hecho un hechizo para esconderla, porque el gorila se la habría visto.

Todo en el Estrella Fugaz se congela durante medio segundo porque una especie de balanza se ha desequilibrado y todo el mundo lo percibe. El pianista se equivoca en un acorde y se escucha el ruido cuando sueltan una cuerda del bajo. El hombre contempla que todos los ojos que le miran, avanza dos pasos y frunce el ceño. Entonces, todo vuelve a la normalidad. Echo un vistazo a la banda, miro al hombre nuevo de reajo todo el rato y me acerco a M como si le contara un chiste.

—Creo que ya tenemos a un policía federal.

—¿Cómo ha entrado?

Es demasiado educada para girarse y mirar, pero sí que levanta una ceja.

—Tal vez solo ha venido para pasarlo bien.

El federal parece un cazador que ha encontrado una presa. Con un ademán despreocupado, se acerca a la barra. No hace señales al barman, no pide nada, solo mira. Contempla con ansia todo el licor de contrabando del estante y se pregunta qué redada tan grande llevaría a cabo si pudiera hacer una. El barman lo ignora y limpia la barra, frío como el hielo, como si no tuviera un federal ante sus narices. Un minuto después, el federal llama al camarero, que

le señala una mesa al fondo y me duele el cuello porque ya no lo veo, pero siento que me mira.

Si el tío sabe lo suficiente para entrar, pronto se dará cuenta de quién parte el bacalao y sacar a M de aquí de una pieza cuando empiece el caos será mucho más complicado. M me pone una mano en el brazo y me da una palmada. Una señal para que me calme. Escucho la música, miro a la gente que baila e intento recordar que se supone que nos lo pasamos bien.

La chica de los cigarrillos pasa por nuestra mesa por cuarta vez y nos mira, pero no nos dice nada. Una chica morena y guapa con pantalones cortos de seda, un top y el pelo recogido en un pequeño gorro. Es una de esas chicas con piernas infinitas y demasiado maquillaje, pero es la moda y sabe cómo llevarla. Pasa con habilidad entre las mesas y cuenta el cambio sin perder el ritmo, como si llevara mucho tiempo trabajando en eso. Aun así, se las apaña para sonreír.

Es la quinta vez que pasa sin ofrecernos cigarrillos pero mirándonos, levanto la mano para que pare. Parece agradecida cuando lo hace, con un suspiro de alivio que le mueve las lentejuelas del cuello.

—Un paquete de cigarrillos —pido—. Quieres preguntarnos algo, ¿no?

Mira hacia detrás y entre nosotras, lo que me dice que conoce nuestra reputación, pero no sabe quién es la Señora M y quién es Pauline, su compañera. Señalo con la cabeza a M para indicar que es ella con quien tendría que hablar.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta M.

Hago como si buscara en mi bolsa un billete escurridizo para que espere y proporcionarle el tiempo que necesita.

Cambia la expresión de la cara y dice:

—Estoy atrapada. Quiero decir, estamos los dos atrapados. Quiero decir...

—Baja la voz hasta el más flojo de los murmullos. Yo apenas la oigo, pero M ni siquiera se tiene que acercar—. Quiero decir que tengo que salir de aquí y me tengo que llevar a mi chico.

—¿Tu chico?

—Uno de los hombres de Anthony.

Lanza una mirada a la partida de cartas del lado y enseguida cala a su novio, uno de los guardias fuertes, de medida mediana y cara de bebé con un traje barato. Tiene las manos metidas en los bolsillos del pantalón y suda más que nadie. Mira hacia aquí y los labios le tiemblan como si quisiera decir algo.

—Hemos ahorrado dinero para ir a California, para salir pronto. Pero no queremos que Anthony o... ella nos sigan. —No hace falta que señale a la mujer de detrás de la cortina de cuentas—. Yo..., nosotros..., podemos pagarte.

Parece preocupada, como si supiera exactamente el precio de la ayuda de M, que la mira con una sonrisa astuta. Yo ya tengo el billete en la mano y lo único que puedo hacer es seguir escarbando en la bolsa.

—Vuestros jefes no están de acuerdo, ¿verdad? Y vosotros, criaturas, ¿queréis dejar vuestros trabajos, vuestras familias, para huir? ¿Vivir la típica historia de Romeo y Julieta?

La chica de los cigarrillos se muerde el labio. No debe de ser un problema muy complicado, no de esos problemas que la gente suele contarle a M. Ella, sin embargo, conoce a Anthony y, especialmente, a Gigi. Resolver el problema no es tan sencillo. Miro a M, ni siquiera yo sé qué dirá. Apaga el último cigarrillo y coge otro del paquete que acabo de comprar.

—Creo que podremos hacer algo. Pero estate atenta, no tendrás una segunda oportunidad.

La chica asintió con la cabeza enseguida.

—¿Cuánto es?

—Te pediré algo cuando se me ocurra una buena idea. De momento... ¿Pauline?

Ya tengo la mano en la bolsa y busco durante unos segundos hasta encontrar la caja de cerillas que sé que quiere. M dice:

—Necesito un pelo tuyo y otro de él. Me ayudará a no perderos el rastro. ¿Puedes hacerlo?

Resulta que ya lo ha hecho: estira del guante blanco y saca dos pelos enlazados. M parece impresionada de que venga preparada: sabe exactamente lo que pide.

Le ofrezco a la chica el billete de dólar que he sacado de la bolsa para esconder el intercambio de los pelos. Guardo los pelos en la caja y se la doy a M. Completada la transacción, la chica pone su sonrisa profesional de labios de cereza y desaparece.

—¿Les pedirás el primogénito? —pregunto a M, levantando una ceja.

Hace una mueca.

—¿Qué haría yo con un niño?

Así que tengo que vigilar a la chica y a su pretendiente y preguntarme qué planea exactamente para ellos. Será divertido verlo. M decidirá cuándo hacer un movimiento y solo puedo esperar a que haga la señal.

El conjunto hace una pausa, vuelve y la cantante, una bonita mujer negra gorda con un vestido cubierto de lentejuelas, con un moño sujeto por una magnolia de seda, entra en el escenario y ajusta el soporte del micrófono.

M aparta el vaso y se levanta de la mesa.

—Seré descarada. Le mandaré un mensaje a Gigi —asegura y señala con la cabeza al barman.

Mira al barman, que no ha levantado la vista y ha estado toda la noche sirviendo bebidas y sodas, agitando cócteles y poniendo cerezas en copas como un autómatas. Cuando no hay nadie, limpia la barra una y otra vez.

—¿Crees que funcionará?

—Tal vez Gigi me hable si parezco desesperada.

—Yo haré guardia. —No le digo a M que ya parece un poco desesperada.

Me lanza una sonrisa de oreja a oreja. Veo como se dirige con sigilo hacia la barra, balanceando las caderas debajo del vestido, cosa que hace que las cuentas y las lentejuelas brillen. Tiene el pelo oscuro, en una melena perfecta cortada a la altura de la barbilla, sin que se salga ningún pelo, y una piel perfecta de marfil, sin ninguna mancha. La gente supone que mantiene la belleza con magia, pero no es así. Es ella, solo ella. No es tan vanidosa como para malgastar su magia en una cosa tan vulgar como la belleza.

La mujer del micrófono canta con una voz tan rica y dulce como esperaba, aquel estilo de jazz es demasiado picante para los clubes a los que se puede entrar directamente desde la calle. Me siento en la silla, sorbo mi soda y estoy atenta. Miro a la gente que mira a M, que se preguntan en qué lío está metida.

Detrás de la cortina de cuentas, el humo y las sombras no han cambiado. Gigi debe de saber que estamos aquí, pero le debe de dar igual.

Volvemos a la partida de cartas. El pobre matón joven sigue mirando a la preocupada chica de los cigarrillos, que circula y hace un buen negocio, con una sonrisa lo suficientemente grande como para que la mayoría de la gente no se dé cuenta de su cara de preocupación. Es más inteligente que su pretendiente, porque no se atreve a mirarlo. El chico no para de mirarla, porque cualquiera puede perdonarle que mire a una chica de piernas largas toda la noche. Intento pensar sobre cómo M cumplirá su promesa de ayudarlos a escapar. Tal vez les dé un par de billetes de tren y un poco de un hechizo para hacerlos invisibles o, al menos, que nadie los vea. Esa sería la forma más simple.

Por otro lado, seguro que hay una forma de solucionarlo todo sin magia. Si es así, esto es lo que hará M solo para demostrar que se puede hacer y para enseñarles que no confía nada en los trucos por los que es famosa. Para que la

gente siga haciendo cábalas. Una distracción y una amenaza. No le hace falta nada más para sacar a los chicos del pueblo. Espero que una vez sepan dónde van, se queden a vivir y tengan hijos y todo lo demás y valoren siempre la suerte que tienen.

Todavía me duele la parte del pescuezo que el federal ha estado contemplando todo el rato. A mí y no a M, de lo contrario se habría acercado a la barra cuando M ha ido a hablar con el barman. No lo veo venir, pero no me sorprende cuando llega a nuestra mesa, aparta la silla de M y se sienta. Ni siquiera me estremezco.

—¿Te importa si te acompaño?

Le sonrío con suficiencia. Todavía tengo el paquete de cigarrillos de la chica, así que lo cojo y lo levanto.

—¿Un cigarrillo?

El federal coge uno y sigue mirándome. Enciendo una cerilla y le ofrezco el fuego porque soy educada. Entonces espero a que diga algo. Parece contento de mirar y mi trabajo consiste en dejarlo. Puedo esperar toda la noche, siempre que la preciosidad del micrófono siga cantando.

—Sé quién eres —me lanza al fin.

—¿Sí?

—Creo que podemos ayudarnos el uno al otro. —Se retira un poco y mira a la cantante—. Digamos que quiero mudarme y quisiera tener una compañera...

—¿Te doy la clave del lugar, te aseguras de que no se me lleve la redada y tal vez me des algo bajo manga, especialmente si me tienes ganada?

—Vaya. Eso es hablar sin rodeos. —Hasta ese momento se pensaba que me había equivocado.

—He pensado que ahorraría tiempo.

—Este lugar se hundirá de una forma o de otra, pero si tenemos ayuda será más fácil y pareces una mujer que sabe cómo actuar.

Está hablando con la mujer equivocada y lo sabrá. Tal vez piensa que quiero dejarlo, que estoy cansada de trabajar de guardaespaldas, lo que me explica de qué manera ve el mundo.

—Adulador —digo, con los ojos entreabiertos.

—Está bastante bien esto, tengo que admitirlo —responde el federal.

Recorre la sala con la mirada: los jugadores, los bailadores... Pero estoy convencida de que no ve los cuernos debajo de las cintas con plumas o las colas enrolladas debajo de los pantalones. Para un momento para mirar la

partida de cartas de al lado antes de volver a la cantante. Parece no haber visto la cortina de cuentas.

—Y pensar que lo hemos tenido delante todo el rato. —Apaga el cigarrillo.

¿Puedo hacerte una pregunta? —pregunto, estudiándolo con una curiosidad honesta. Me señala con la mano que continúe—. ¿Cómo has entrado? Un hombre como tú, con un traje y unas manos tan limpias no tendría que haber podido encontrar la puerta, pero aquí estás.

—No me subestimes. Hace tiempo que tenemos el ojo puesto en este lugar.

Es un farol. Con los ojos entreabiertos ha conseguido algunos trucos y tonterías. Tal vez había conseguido con mano dura que una vidente de poco nivel le ayudara. O quizás, pobrecillo, ha encontrado un libro de hechizos y lo ha usado solo, como si entregases una pistola cargada a un niño sin enseñarle cómo funciona. No puedo rendirme, porque nada en el Estrella Fugaz parará las balas si decide abrir fuego.

—¿Qué buscas exactamente en mí, Señor Traje Limpio?

—¿Qué te parece si callas y no avisas a nadie de que estoy aquí? — sugiere. Como si yo tuviera que avisar a alguien—. Si tienes algo para mí, podemos negociar.

—Lo meditaré y te avisaré.

—Gracias por el cigarrillo —agradece y se va de mi mesa a la suya. Tengo la sensación de que cree que tal vez le ayudaré si se queda por aquí el tiempo necesario.

M se apoya en la barra durante unos minutos antes de volver, balanceando las caderas y con una sonrisa irónica. Ha traído un par de sodas frescas.

—Has hecho un amigo —apunta.

—Creo que tenemos a un paladín con un cartucho de dinamita y no tiene ni idea de qué hacer —respondo—. Tal vez tendríamos que pensar en marcharnos. Ocupate de nuestros Romeo y Julieta y marchemos. Da la orden y puedo empezar una desviación de...

—No, todavía tengo que hablar con Gigi.

Sabía que diría eso.

—¿Y que ha dicho el barman?

—Ni una palabra. Es un zombi.

¿Gigi había contratado a un barman zombi? Reí.

—Maravilloso. Pero bueno, un trago de whisky es un trago de whisky. Sin espumar por arriba ni ningún extra para la banda.

Miré a mi alrededor y, por supuesto, el barman estaba en el mismo lugar, limpiando la barra, hacia aquí y hacia allá, una y otra vez. Tenía la piel gris y la expresión floja.

—Ella me hablará, solo tengo que esperar.

—No puedes hacer nada si no quiere hablarte.

Tiene la barbilla entre sus manos y mira con fuerza la cortina de cuentas. Esperamos y yo tengo que resistir las ganas de mirar por encima del hombro al federal, que todavía sigue sentado allí, contemplando y esperando.

La cantante ha acabado la última canción, una pieza lenta y triste sobre cómo él la ha herido y ella vuelve a él, como las chicas parecen hacer siempre en esas canciones. La gente escucha las canciones y piensa que no haría nunca esto, que nunca volvería con alguien que la ha tratado mal. Pero lo hace, porque son diferentes. Su amor es diferente, como lo es para todo el mundo, y es complicado irse cuando estás enamorado y estás convencido de que cambiará, así que siempre vuelves. Salvo que tengas a alguien en tu vida que te siente y te diga:

—No lo hagas.

Como hizo M conmigo. Es raro tener a alguien así en tu vida.

Gigi no hablará con M. Estoy convencida de que estaremos sentadas aquí toda la noche. Y estoy segura de que el federal hará algo estúpido porque, si fuera inteligente, habría tanteado el terreno y se habría ido a planear un regreso con más fuerza. Se ha pintado una diana él mismo.

Puedo desalojar a M por una puerta del fondo. Hace falta un poco de magia para entrar en el Estrella Fugaz y tener un poco de ayuda para salir, pero cargaré enseguida si hace falta. Falta de delicadeza: así se derrota la magia.

—Te tiene preocupada —afirma M.

Tengo la espalda rígida y sigo mirando por encima del hombro de reojo. No estoy fingiendo que lo paso bien.

—Es inofensivo —continúa ella—. No tiene ninguna trampa para sorprendernos y es demasiado orgulloso como para irse sin ningún trofeo.

—Estoy preocupada por si pasa algo cuando saque esa pistola.

—Pauline, relájate. Me preocupa más Gigi que un hombre con traje del gobierno.

La vista detrás de la cortina de cuentas no ha cambiado. Gigi está detrás, atendiendo un encuentro, sin prestar ninguna atención a M. Tendría que confiar en la Señora M. Casi nunca se equivoca. Ella, sin embargo, no ve el panorama ahora mismo.

Creo que tengo un plan para deshacerme del federal.

—¿Confías en mí? —pregunto a M, que frunce el ceño.

—Y tanto. ¿Qué estás pensando?

—Solo hará falta un minuto.

—No he preguntado eso.

Yo, sin embargo, ya me he ido. Con apariencia despreocupada, esquivo al camarero que se mueve tan deprisa y pongo la mirada en el federal. Parezco pensativa e interesada. Ha estado observándome como esperaba y le dedico una sonrisa dulce. Hay una silla retirada en la mesa en la que me espera. Dejo que piense que me ha invitado y que ha planeado él todo el asunto.

—¿Te importa si me siento?

Hace gestos hacia la silla. Me acomodo y cruzo los tobillos púdicamente. Cojo mi bolsa para sacar el paquete de cigarrillos, pero no el que le he comprado a la chica, sino otro que guardo para las emergencias.

—¿Otro cigarrillo? —le ofrezco, coge uno y le enciendo una cerilla con amabilidad.

Pega una calada larga y lenta. Lo que lanza no huele a tabaco, pero no se da cuenta.

—Parece que tienes algo que decir.

—Solo un consejo —contesto—. La cuestión es que hablas con la mujer equivocada si crees que nos sacarás algo a mi amiga o a mí.

Su expresión se vuelve desconfiada y arruga la frente. Pensaba que había calado el lugar.

—Sé quiénes sois: la Señora M y Pauline, las dos damas que no son lo que aparentan. Crees que no te conoce nadie, pero has dejado huella en muchos asuntos de este pueblo.

—Las huellas no significan que tengamos toda la culpa. Eso lo dejamos para gente refinada.

Si no tenemos un local como el Estrella Fugaz ni tampoco una banda como la de Anthony es por una razón: pasar desapercibidas para ser un objetivo más difícil de atrapar.

—Entonces, ¿con qué gente refinada tendría que hablar?

—¿Seguimos teniendo un pacto? ¿Te ayudo y me avisas cuándo me tendría que ir antes de que pase nada? —Incluso le parpadeo.

Echa la ceniza del cigarrillo y pega otra calada larga.

—Si de verdad quieres saber qué pasa aquí y con quién hay que tratar, tienes que hablar con ella. —Señalo el escenario con la cabeza.

—¿La cantante? —Arruga la frente.

—Exacto. Qué cobertura, ¿eh? Ella está allí, controla todo el lugar y nadie se da cuenta de que no trabaja solo por las propinas.

—Eso es muy interesante.

—Y tanto.

Estoy a punto de levantarme e irme cuando se acerca. El aliento le huele, por lo que ha fumado, a dulce y agrio. Está un poco confuso.

—¿Puedo invitarte a una copa? Para mostrarte mi agradecimiento.

—Gracias, pero ya tengo una soda. Soy una ciudadana respetuosa con la ley, como tú.

—Pues de acuerdo. Pero mantén la nariz limpia, ¿me oyes?

No puedo pegarle un puñetazo, todavía no. Si esto funciona, no hará falta.

De vuelta a mi mesa me detengo porque el panorama ha cambiado. Al no prestar atención, me he perdido el momento en el que la chica de los cigarrillos ha desaparecido. El pretendiente de la chica suda la gota gorda y el jefe se dará cuenta, porque el capullo no para de mirar la puerta y no está quieto, como si quisiera huir. M está junto a la puerta y habla con el gorila mientras intenta que la mire. Su frente indica que es serio y me he perdido su señal. Levanta una ceja enfurecida. Ya ha llegado el momento de la distracción. Entiendo su plan: necesita una mecha larga y un fuego lento. Esto significa que todavía tengo tiempo para empezar. Sonríe y ando hacia la partida de cartas.

Anthony me ve. Nos debe de haber estado vigilando a M y a mí tanto como nosotros a él. A lo mejor no tanto: dudo de que tenga idea de lo que tramamos. Lo que tramamos de verdad, quiero decir. Somos dos brujas locas y quién sabe qué busca una mujer cuando empieza a hacer planes, ¿verdad?

Toco el hombro del jugador que está enfrente a Anthony. El chico se estremece y se relame los labios: ya no sabrá jugar el resto de la partida. Me concentro en Anthony.

—¿Hay sitio para una más, señor Margolis? —pregunto con toda la dulzura que sé fingir.

—Pauline, muñeca —exclama Anthony abriendo los brazos en un gesto de falsa generosidad—. ¿Cuánto crees que costaría que dejases de trabajar para esa tía?

Cree que está siendo inteligente. Cree que me pone en mi sitio, y a M también, por decir eso. Sé lo que ve, lo que cree que ve.

—Oh, rey, sabes que no puedes pagarme —respondo, como si me supiera mal.

—¿Y la señora aquí presente puede?

—Tienes que entenderlo, somos como hermanas.

Mueve la cabeza como si pensara que es una pena.

—Harry, deja que entre la dama, por favor.

Hace una señal, los hombres de la mesa se abren y dejan un sitio. El pretendiente de la chica de los cigarrillos trae una silla. Sé cuál es la apuesta: dos mil. Saco un dineral en billetes de mi bolsa y lo dejo encima de la mesa. Los jugadores fingen no sorprenderse.

El que se llama Harry, que lleva un bigote fino y un traje tan azul que casi parece morado, me reparte y jugamos. Harry es un chico del pueblo, completamente honesto. Si no lo fuera, nadie jugaría en la partida de Anthony. La gente juega a las partidas de Anthony porque creen que pueden hacerse ricos, pero el secreto es que Anthony es bastante buen jugador. No juega con el orgullo y puede doblar el dinero cuando hace falta.

El repartidor nos da las cartas, yo cojo mi mano y juego. He jugado lo suficiente como para que sea un reflejo, un hábito. Las cartas harán lo que tengan que hacer, yo solo debo seguir el ritmo.

La primera regla del juego es cubrir los gastos, porque dos mil dólares valen la pena independientemente de lo que tengas. Es cuestión de guardar las apariencias y asegurarse de que los chicos no piensen que te han robado la cartera. Así que jugamos al póquer y recupero mi apuesta y, después de esto, no juego para perder, pero tampoco para ganar. Juego para esperar el momento oportuno, mirando la forma en la que Anthony me observa porque cree que tramo algo mientras vigilo al niño, a M y al federal. Y la cortina de cuentas, por si las moscas. M está a punto de joder su bonito club y, seguramente, Gigi se dará cuenta y le parará los pies.

M vuelve a estar en la barra y parece más relajada que hace un minuto, así que tal vez no llego tarde. Tal vez ya se ha resuelto todo y no hará falta que huyamos de una lluvia de balas. La gente tal vez se pregunte por qué M no está rodeada de hombres que quieran pasar un rato con ella. Creo que tal vez ha decidido no dejar que la vean.

Dos de los chicos de la partida de cartas conocen a M y, por lo tanto, saben que no pueden fiarse de mí. Aun así, dos de ellos piensan que soy una pardilla. Lo pasan muy mal, pero se lo guardan para ellos por orgullo. ¿Quién es el pardillo?

Pierdo una mano, gano otra y los jugadores apuntan a la suerte porque es más fácil que admitir que una mujer sabe jugar de verdad. No gano una gran cantidad para que no se enfaden. Vuelven a bromear sabiendo que estoy allí, bastante fuerte, sin tomarme en serio.

—Tommy, ¿estás bien?

Anthony estudia a su joven fuerte, que ya hace un rato que se estira el cuello de la camisa. Lo estropeará todo si no tiene cuidado y me doy cuenta por qué la chica necesitaba ayuda para conseguir su objetivo. Lo único que puedo hacer es mirarlo con un poco de compasión y estudiar las cartas.

Tommy hacia atrás, con ojos laterales como los de un conejo.

—Hace un poco de calor, señor.

—No estarás mareado, ¿verdad? Dime que no estás mareado.

—No, no, señor.

—Bien.

Y ahora Anthony está en el borde del precipicio y todo puede hundirse. No es demasiado tarde para huir, si puedo avisar a M...

El federal, fumando el cigarrillo que le había dado, parece volverse de color verde y, en un ataque de ansiedad, se levanta de la mesa y fija la mirada en la partida de cartas. En mí. Empieza a avanzar hacia la mesa y ya tendría que saber que no se tiene que acercarse a Anthony. O tal vez no lo sabe, después de tanto de fumar...

Tengo que permanecer tranquila y no saltar del pánico, lo que no es fácil. Solo tiene que parecer que no sé nada.

—¿Qué quiere ese payaso? —masculla Anthony y todos sus hombres se ponen firmes, excitándose como perros de caza al oler un pato de laguna.

Entonces la cantante llega a una nota alta, muy alta y hace que las copas de la mesa tiemblen y que el corazón me lata. No podemos evitar contemplarla admirados mientras mantiene esa nota con los pulmones llenos, los brazos abiertos, los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, como si cantara para la creación.

El federal para, la escucha, acerca una mesa al escenario y se hunde en la silla como si lo hubieron atrapado en arenas movedizas. La voz de la mujer vuelve al corazón y sonrío con dulzura a su nuevo admirador.

Pillo a M guiñando un ojo a la cantante. Sí, M siempre sabe lo que hace.

La partida continúa. Los chicos de Anthony relajan la expresión, excepto el tío de la chica de los cigarrillos, que todavía mira la puerta, y Anthony mueve la cabeza. Poco tiempo después, M se toca el pendiente, se ajusta la diadema y acaricia la pluma que lleva en el pelo. Es hora de encender la mecha, así que pongo dos ases extra en mi mano y los tiro. Cuando la mano acaba, el repartidor recoge las cartas, las baraja y las vuelve a repartir.

Nadie me acusa de robar cartas porque, ¿dónde cojones las guardaría con este vestido con tanta piel a la vista?

—Chicos —digo juntando el resto de mis ganancias, poniéndolas muy apiladas para joder—. Quiero agradeceros este rato tan agradable, pero me tengo que ir. Espero que no os ofendáis.

Enrojezco y parpadeo y no pueden discutir conmigo porque no he hecho nada para ofenderlos. No los he desplumado. No les he dañado el orgullo de una manera terrible.

—Pauline, cariño, siempre eres bienvenida en mi mesa. —Anthony abre los brazos como siempre. Me acerco, lo beso en la mejilla y sus compatriotas de la mesa lo fusilan con la mirada. Con una sonrisa dulce por encima del hombro, vuelvo con la Señora M.

—Bien, empezaba a preguntarme si podíamos conseguirlo —dice.

—¿Qué quieres decir? —Frunzo el ceño.

—Da igual, ahora ya estamos juntas.

—Me agradecerás el hechizo que he lanzado al federal.

—Quedan unos cinco minutos antes de que se enteren. —Señaló con la cabeza la partida de cartas.

—Más o menos.

—Iré a retocarme el maquillaje. ¿Haces guardia?

—Igual que siempre.

Alrededor de cinco minutos después, el primero de los jugadores grita lo bastante fuerte como para que todo el mundo en el Estrella Fugaz los mire.

—¿Qué intentas hacer?

—¿Qué quieres decir con lo de qué intento hacer? ¿Qué intentas hacer tú?

—No puedes tener tres ases, porque yo tengo otros tres.

—Chicos, chicos —grita Anthony, pero es demasiado tarde.

Anthony acata las normas, así que han dejado las pistolas fuera, pero esto no frena a uno de los jugadores, que tropieza con la mesa y cae cuando otro hombre intenta golpearlo. Las cartas, las fichas y los billetes salen volando y caen al suelo. Los guardaespaldas y todo el cortejo entran rápidamente para proteger a Anthony, que se ha llevado un golpe en la mandíbula.

Todos excepto Tommy, que es más inteligente de lo que parece porque se ha apartado. M se va a su lado y le habla al oído. La sigue a la parte delantera del club y, tal vez, soy la única que los ha visto marchar.

Vuelvo a la parte posterior del club e intento ser invisible, pero no se me da igual de bien que a M. Un bailarín grita cuando la pelea llega a la pista. La banda ha vuelto y toca como una distracción que solo es efectiva en parte. Un par de tíos la miran con entusiasmo y sonrían lo suficiente para mostrar sus colmillos inhumanos. Les gustaría una bronca y la ganarían, seguro.

Tengo demasiada cabeza como para buscarme problemas, así que me siento en la barra, apartada de la pelea, pero me tengo que cambiar de lugar cuando el barman zombi empieza a limpiar la superficie de mi alrededor.

M se viene conmigo y observamos la trifulca con algunas criaturas de la noche. Tengo una botella en la mano, una vacía que el zombi se ha dejado, por si un caso.

—¿Todo bien? —pregunto y sonrío. Supongo que la chica de los cigarrillos y Tommy están en un autobús en dirección a la costa. Espero que tengan buena suerte.

—Un buen entretenimiento —observa ella y yo sonrío.

El federal solo tiene ojos para la cantante y parece que no se da cuenta del jaleo a su alrededor. La cantante ha cambiado de lugar y se ha sentado en el borde de su mesa. Sigue cantando con una voz suave y enrosca un mechón de pelo alrededor de un dedo. Ha conseguido una bebida y la ofrece al federal, que toma un trago agradecido y enamorado. No nos tendremos que preocupar por él lo que queda de noche.

—Sabes que es una sirena, ¿no? —comenta M, atenta a la partida.

—Y tanto —aseguro.

—¿Y que yo no me fiaría de esa bebida hasta que pudiera escupirla? — Sonrío.

—Oh, lo sé. —El federal sorbe el whisky de contrabando como si fuera al cielo y cree que la sirena solo canta para él.

—No iba a causar ningún problema, sabes —asegura—. Al menos no esta noche.

—No, no lo sabía. —M niega con la cabeza.

Uno de los jóvenes fuertes golpea la barra y yo le reviento la botella en la cabeza porque es un acto reflejo y no puedo resistirme. La botella se rompe, los trozos de vidrio impactan contra el suelo como campanas y el idiota cae en tierra, inconsciente. Muy satisfactorio.

Hay una turba peleándose en el Estrella Fugaz, con gruñidos de otro mundo. Alguna gente parece lucir más pelo que antes y quizás alguno de esos colmillos gotea sangre, algo más de lo que había anticipado, y considero que es hora de llevarme a M.

Entonces, un vidrio que suena como el hielo se sobrepone. El sonido debe de ser sutil, pero es asombroso y todo el mundo se para, se detiene el tiempo. Las peleas cesan, se acaban los puñetazos. Levantan las sillas por encima de la cabeza, pero no las lanzan. Todo el mundo se gira hacia la cortina de cuentas. Una mujer está allí, aparta las tiras de cuentas con un filtro de

cigarrillo de ébano y analiza el lugar a través de unas largas pestañas. Lleva un vestido de seda roja, como si fuera una segunda piel, las caderas inclinadas y los brazos cruzados y tiene algo que, una vez la has mirado, no puedes obviarla. Y una vez te ha visto, estás atrapada, porque lo sabe todo sobre ti y no puedes hacer nada.

Todo el mundo, incluso la cantante, incluso Anthony, incluso yo, mira hacia otro lado, disgustados, porque sabemos que hemos cruzado la línea. Todo el mundo mira hacia otro lado excepto el federal, que ha puesto su cara en la mesa y parece que llora; y M, que le devuelve la mirada.

Se ha acabado todo. Con una señal, el portero gorila y un par de compañeros entran y empiezan a desalojar a todo el mundo, incluidos Anthony y sus hombres. El gánster grita que no sabe qué ha pasado y que no tiene nada que ver, pero da igual. Ni siquiera se ha dado cuenta en ningún momento que su chico Tommy ha desaparecido. Cuando se dé cuenta, quizás incluso intuya que M y yo hemos tenido algo que ver, pero no podrá hacer nada. Además, hay cien niños más de donde vino Tommy y la venganza no es buena para los negocios.

Cuando el problema se ha solucionado, los camareros se afanan en barrer los vidrios y levantar las mesas. Entonces me doy cuenta de por qué me ha costado tanto seguirles el rastro: son tres, trigéminos idénticos o algo parecido. Se mueven en una rutina coordinada sin hablar, como si pudieran leerse las mentes paseando a gran velocidad por el local, tan eficientes porque triplican la eficiencia. ¿Qué os parece?

Más allá de las mesas y los camareros que limpian los vidrios rotos y las bebidas derramadas, la mujer de rojo mantiene la mirada de M y pasa un largo rato. Contengo el aliento y espero, porque no sé qué pasará exactamente. No sé quien retirará la mirada primero y qué significara. M solo quiere saber si Gigi le hablará. Gigi no cede.

Gigi mira hacia detrás y un puñado de hombres sale en mandada de la habitación del fondo mientras aguanta la cortina. Hombres con traje, pero ninguno de ellos es un matón: son todos empresarios, incluso con chaquetas a medida, pañuelos caros que se asoman por el bolsillo y capullos de rosas en las solapas. Llevan del brazo a mujeres bonitas con caras maquilladas a la perfección, *flappers* con vestidos cortos y collares de perlas que calzan tacones altos y que parecen aburridas y altivas. Unas mantenidas, pienso, porque se aferran con demasiada desesperación a los brazos de sus pretendientes, como si pudieran caerse si no van con cuidado. Creo que está es la razón por la que M trabaja por cuenta propia.

No tenemos contrato. Trabajamos para nosotras y no nos tenemos que aferrar a nada.

Entonces la mujer de rojo, Gigi, asiente con la cabeza y M le devuelve el asentimiento, se giran a la vez y la primera se retira detrás de la cortina. M busca la silla. A nuestro alrededor, las sillas y las mesas están volcadas y parecemos un par de botes de remo a la deriva. Levanto la mano al camarero, que viene corriendo y nos prepara una mesa y un par de sillas, las limpia e incluso encuentra una jarra de flores de seda para poner en medio. Nos sentamos en las sillas de nuestra mesa y nos acercamos para hablar.

—¿Qué quiere decir? —pregunto.

—No lo sé.

—¿Hablará contigo o no?

—No lo sé —responde con calma, como si no le importara, y tal vez le da igual. Ha sido una larga batalla.

—Está jugando contigo, haciéndote esperar. Cree que es mejor que tú y así lo demuestra.

—Si lo tiene que demostrar, sabe que no lo es.

—¿Cuánto tiempo hace que esperamos?

Estoy impaciente. Ya hace demasiado rato que esperamos e imagino que Anthony y sus chicos, o más bien los chicos que le quedan, nos esperan fuera para darnos una de sus charlas. M tiene sus trucos y nos iremos, pero Anthony también tiene trucos y me preocupa que un día de estos los de M no sean suficientes. Tengo que prever ese día antes de que llegue y me preocupa no hacerlo.

—Un poquito más —dice—. Pensaba que te gustaba.

Señala con la cabeza a la cantante, que ha vuelto, y M tiene razón, la mujer es bonita y la voz, agradable. Las parejas vuelven a bailar en la pista como si no hubiera pasado nada porque las peleas son bien corrientes en un lugar así, es una de las razones por las que la gente viene. También me doy cuenta de que el federal se ha ido, deben de haberlo expulsado con el resto de la turba. Espero que esté lo suficientemente destrozado como para no recordar el Estrella Fugaz ni al resto de nosotros. Ya hace demasiado que estamos aquí.

—Solo es una chica bonita de una noche —contesto—. Me preocupas.

—Estoy bien. —Frunce el ceño y yo le levanto la ceja—. Pensaba que yo te cuidaba.

—Así es, y me cuidas.

Viene un camarero. O el primero o uno de los hermanos, no lo puedo saber. No sé si es un truco, si tiene una razón, si se trata de alguna estafa de Gigi en la que necesita un juego de trigéminos idénticos como camareros, pero no me sorprendería. Paso unos minutos rumiándolo y pensando qué haría yo si trigéminos idénticos trabajasen para mí. M tendría algunas sugerencias si se lo preguntara.

El camarero, sin embargo, está hablando a M e inclino la oreja para escucharlo.

—La recibirá ahora, al fondo, si me acompaña.

M se gira para hacerme una cara de ‘te lo había dicho’ y se mueve para salir de la mesa. Yo cojo mi bolsa y hago lo mismo cuando el camarero, con un gesto de dolor como excusa, nos informa:

—Lo siento, solo la señora puede acompañarme.

¿Qué te parece? Intento planear, porque de ninguna forma permitiré que M entre sin mí.

—Pauline es mi mejor amiga —dice M, claramente en *shock* y ofendida—. No iremos a ningún lugar por separado. ¡Somos como hermanas!

No tanto, pienso, pero es una historia demasiado larga. Aun así, M no tiene que contar la historia porque guiña un ojo al chico, que claramente está dispuesto a ceder.

—Por favor, no tocará nada, lo sé.

El pobre chaval suspira. Sabe que lo están embaucando. Pero ¿qué puede hacer?

—Está bien, está bien. Las dos, acompañenme.

Atravesamos la cortina de cuentas, con los trozos de vidrio que repican a nuestro alrededor y transforman el sofá claro en muchos colores. La música de fuera de repente es distante, como si estuviéramos en otro edificio o en otro mundo.

Gigi yace en un sofá rojo de terciopelo, con sus piernas suaves tapadas. Arruga la frente.

—Solo deseo hablar con la señora. —Su tono es suave, pero el camarero encoge los hombros.

M interviene.

—Oh, deja que Pauline se quede. Yo te prometo que no matará ni una mosca. —Y no abrirá la boca, lo prometo por Dios.

Con una ceja levantada de desconfianza, Gigi echa la ceniza del cigarrillo.

—Sois uña y carne. Que pasen las dos.

No tiene guardaespaldas ni matones que nos busquen pistolas escondidas o frustren las peleas antes de que empiecen. Ella no tiene seguridad convencional, excepto el gorila de la puerta. Aquí en su santuario no le hacen falta hombres con trajes y fundas de pistola metidas dentro de las chaquetas. Tiene otros ojos que vigilan por ella. No sé exactamente qué le pasaría a alguien que intentara algún truco aquí, pero no seré yo la que lo experimente.

Gigi señala con el filtro del cigarrillo una silla acolchada delante de una mesita redonda, una disposición diseñada para reuniones serias, para que dos personas se miren y lean las intenciones del otro mientras negocian. M se sienta en la silla como una profesional, cruza los tobillos y se inclina hacia adelante como si fuera a contar un secreto. Yo me voy al sofá de al lado y finjo que me miro las uñas.

La habitación está decorada como un salón, con las sillas y los sofás alrededor de la mesa y con armarios que guardan licoreras de vidrio tallado que brillan con líquidos de color ámbar. Las lámparas *Tiffany* arrojan una luz tenue y amarillenta, por lo que el papel de las paredes parece pintado con sombras. Al contemplar esta sala desde el exterior, la habitación está rodeada por un halo gracias a la cortina de cuentas y el humo de los cigarrillos. Si miramos hacia fuera, sin embargo, la barra, las mesas, la pista de baile y la banda se ven claramente. Incluso veo la entrada, la puerta principal y al gorila que hace guardia. No tendría que poder, pero es así e intento no cuestionarlo. La neblina del aire podría ser una sustancia tan exótica como el opio, pero estoy bastante convencida de que solo es tabaco. Podría intentar drogar a los socios, pero no a ella.

—Bien, reina, ¿cómo hacemos esto? —empieza la mujer de rojo, pues está en casa.

—Ya sabes lo que se acerca —dice M, directa, sin bailarle el agua.

No sé si ha sorprendido a Gigi o no. No mueve ni un solo músculo, ni siquiera para parpadear, y el filtro de su cigarrillo no tiembla nunca. El humo fluye hacia el techo.

Pasa un momento. Esperamos a que Gigi nos responda sí o no.

—¿Y?

—Mi objetivo es que hagamos piña. Reforzaremos la seguridad. Somos más fuertes unidas que si vamos por separado. Lo hemos sido siempre.

—¿Qué gano yo? —pregunta.

La frase hecha es indigna de ella. No puedo evitar pensar que ha sido condescendiente. No lo digo por la forma en la que trata a la gente o dirige el negocio, sino por ir de sobrada. Sabe lo que tiene y no lo suelta. No hace

planes porque cree que ya tiene todo lo mejor. M no recibirá la respuesta que quiere al final de la reunión.

—Seguridad —responde M sin dudar—. Longevidad. Paz.

—Son palabras muy abstractas.

—Podemos hacer un fondo común de recursos —explicó M—, doblar nuestra protección y la de los nuestros. Ratas como Anthony o ese federal no podrán tocarnos. ¿Cómo ha conseguido entrar ese federal? No es propio de ti, Gigi, dejar una grieta en la armadura.

Gigi intenta estar quieta, pero estira las piernas, las vuelve a cruzar y mira a M con mucho desdén.

—No es nadie. No ha hecho falta gran cosa para cuidarlo, ¿no? —Me mira a mí, con su sonrisa cruel.

Me cuesta callarme. Me muerdo la lengua e intento observar cada centímetro cuadrado del aposento en busca del objeto que nos atacará y morderá.

Hay un fonógrafo en la esquina, sobre una mesita de caoba. Su campana está enfocada hacia la sala, como es lógico, pero no hay ningún disco ni ninguna aguja en el brazo, lo que significa que está haciendo algo diferente a reproducir discos. La piel del cuello se me eriza mientras pienso qué otra cosa puede estar haciendo.

—Está acercándose —dice M, intentándolo de nuevo—. No es magia. No son los vampiros ni las sirenas ni nada similar. Es la economía. Son los empresarios, los banqueros, los corredores de bolsa y la gente con dinero los que lo tumbarán todo. Gente como tú, que cree que está segura y que nada cambiará nunca. ¿Qué harás tú, Gigi, cuando todo cambie?

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —preguntó Gigi, como si estuviera sorprendida.

—¿Por qué no?

—Sé cuidarme sola. Te tendrías que cuidar tú en lugar de preocuparte por gente que no necesita tu ayuda.

Pega otra calada al cigarrillo y lanza una nube de humo por la boca redonda, como suele hacer M, que estudia a la mujer de rojo un largo rato. Gigi no se da cuenta de su tristeza porque no está mirándola. Se inclina hacia adelante para echar la ceniza en un plato de vidrio.

Entonces levanta la vista, preocupada por alguna razón que no entiendo. M no ha hecho nada diferente y yo no me he movido ni un centímetro. Ella, sin embargo, mira por encima del hombro de M, a través de la cortina de cuentas hacia el comedor, que está en silencio. La banda ha parado de tocar,

las voces han parado de tararear, ni siquiera chocan las copas, y yo me preocupo también. No me hace falta un sexto sentido para saber que todas las rutinas del lugar han cambiado y tiene que ser peor de lo que pienso para que Gigi mire así.

Se oye un tiro de pistola y un cuerpo cae en tierra con un ruido amortiguado.

M corre hacia la cortina para mirar y yo la sigo, preparada para tirarla para atrás por seguridad. Yo tendría que ir la primera cuando hay problemas. ¿Por qué siempre tiene que ir a ver qué ocurre? Gigi se detiene un momento para subirse la falda y recuperar la pistola que sostiene una liga y, entonces, sé que va mal, peor que mal.

M retira las cortinas y todos vemos el panorama: cinco o diez hombres que llevan trajes y gorros fedora han irrumpido en el local, todos armados y preparados para la batalla como soldados en la Gran Guerra. Algunos llevan metralletas, otros llevan escopetas y un tipo, un revólver. Él los guía a todos, el arrogante federal estaba asaltando el local, como había prometido. Se le debía de haber pasada la cogorza al echarlo y ahora recordaba todo, qué mala suerte. Se habrá puesto cera en las orejas para esquivar a la sirena y, efectivamente, los veo a todos con algodón en las orejas. Se lo tengo que reconocer al chico: tal vez no tenía todas las cartas en la mano, pero estaba aprendiendo a jugar. Aun así, tendría que haber esperado hasta que lo tuviera todo planeado y no solo una parte. Se escuchan pasos y una mujer grita.

El gorila que se encarga de la puerta yace muerto en el suelo y el federal debe de haber usado balas de plata para matarlo. Por eso nadie lo ha expulsado.

—¡Todo el mundo quieto! —grita el federal.

Es como una escena de dibujos animados e imagino que disparan a todos y, al morir, levantan los brazos, tiemblan dramáticamente al recibir la bala y caen como nadie lo hace en la vida real, pero la gente de las películas debe de pensar que queda bien. No se ve en las películas la forma en la que la sangre salpica o, tal vez, es que todavía no han averiguado cómo simularlo.

Cojo el brazo de M para apartarla cuando Gigi nos empuja para pasar, tal vez para verlo mejor. Me da igual si le disparan, pero tengo que sacar a M de aquí.

Todo el mundo está quieto como el federal ha pedido. Gigi y toda su gente se están mirando. La banda, la cantante e incluso el zombi barman. Se supone que esto no tendría que pasar. El Estrella Fugaz tendría que ser un lugar

seguro y si los federales pueden asaltar un lugar invisible, ¿qué otras cosas pueden hacer? Es como si un poco de magia se escapara del mundo.

M pone una mano sobre mí y me sonrío con una orden tácita: espera. Está loca o tiene un plan, porque es M y tiene que tener un plan, así que espero.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡Cuerpo a tierra! ¡Esto es un asalto! —Sueno muy satisfecho, como si hubiera ganado una batalla.

Desde el otro lado del local, el federal me mira como si yo le hubiera hecho algo malo. Está demasiado lejos para que lo agarre y solo puedo fruncirle el ceño. Tengo pensamientos de todo tipo sobre quitarle la pistola de la mano y pegarle una patada en las rodillas. Aprieto las manos y lo fulmino con la mirada.

M se inclina hacia Gigi y le pregunta:

—No lo has visto venir, ¿verdad?

—¿Y tú? —le suelta Gigi.

M me mira y yo sonrío.

Pasa por delante de Gigi hacia la pista de baile. Todas las miradas recaen en ella. Ha centrado toda la atención en ella al moverse y yo quiero gritar, porque aquí y ahora llamar la atención no es bueno: todos los federales giran la pistola hacia ella y colocan los dedos en los gatillos. Ella, sin embargo, sabe lo que hace, siempre lo sabe.

Levanta un brazo y hace un gesto, con los dedos doblados con un patrón que parece sencillo, pero que nadie podrá reproducir nunca. Mira directamente al federal y levanta el otro brazo. Parece que el aire ha desaparecido y no se oye nada. Yo escucho un pitido en los oídos, como después de un constipado fuerte, y el gruñido lleno de ira del federal se congela. Los dedos están rígidos en los gatillos, los pistoleros están petrificados y nadie parpadea. Están más quietos que las piedras, pues la rigidez de la piedra es natural y esta no.

Las otras personas del local (la banda y la cantante, los camareros, los patronos y los gánsteres) se miran entre ellos para confirmar que no es un sueño y se sacuden como si hubieran sufrido un ataque. Empiezan a caminar y estudian a los pistoleros, que solo son estatuas serviciales.

—Solo hago lo que me ha pedido el hombre.

M se frota las manos como si estuviera limpiándoselas, pero yo sé que están inmaculadas. El federal no puede hacer nada cuando se le acerca y empieza a pegarle palmadas en los bolsillos de los pantalones y de la chaqueta. Casi puedo ver la protesta en sus ojos acuosos.

Es en el bolsillo interior de la chaqueta donde encuentra el libro de hechizos, un objeto pequeño y anodino con la cubierta roja, los bordes desgastados y el lomo roto, como si hubiera estado en un ático durante un siglo o dos: la forma que esperaríais que tuviera un antiguo libro de hechizos. M da un vistazo a las dos primeras páginas y sonrío.

—Esto es lo imaginaba —dijo—. Tenías talento para llegar hasta aquí. Podrías haber llegado lejos. Pensaste, en cambio, que podías coger esto y apuntar como si fuera una pistola. Pues bien, no funciona así. ¿Pauline?

Doy un paso adelante cuando me llama. Me entrega el libro y me lo guardo en la bolsa. Después nos desharemos de él.

—¿Puedes limpiar esto? —pregunta M a Gigi.

Gigi tuerce el morro. Podría estar pensando un millón de cosas y no dirá ninguna. Tal vez está en *shock* por todo lo que M ha sido capaz de hacer en su propio territorio, pero no lo demostrará. Incluso después de esto, Gigi no sabe cuánto poder M tiene en realidad. Casi nunca presume de él.

—Sí, claro. Lo limpiaré y los echaré.

Asiente con la cabeza y los camareros trigéminos van a por todos los pistoleros y les quitan las armas. Por más ganas que tengamos todos de hacer desaparecer a toda esa multitud, la opción más probable es que Gigi solo les borre los recuerdos y los tire a un callejón alejado, donde no puedan molestarla más. Encontrará a un nuevo guardia para la puerta.

—Recuerda lo que he dicho —añade M—. Llámame si cambias de opinión.

—Lo haré. —Gigi tiene el desdén como expresión.

M parece triste y puede permanecer así toda la noche, pero le toco el brazo y la dirijo hacia la puerta. No sé qué pensar de Gigi, salvo que me da pena: que alguien como M te ofrezca ayuda y despreciarla de esa forma...

Gigi nos llama por última vez:

—M. No te metas en muchos problemas.

—Ni tú tampoco, Gigi.

Ya está. Doy un último vistazo por encima del hombro a la bonita cantante, que, intentando volver a la normalidad, vuelve a cantar con una voz suave sobre lo maravilloso que es bailar en los brazos de tu hombre. Debe de faltar poco para el amanecer, la hora de cerrar. Canta para una habitación casi vacía, donde solo quedan los camareros y el barman zombi, que todavía tiene aquel trapo en la mano y limpia la barra. Recogemos los visones de la chica del guardarropa. Un guardia nuevo, ancho como un barril y con pelo extraño alrededor de las orejas, nos abre la puerta para que salgamos y volvamos a la

calle, junto a una sucia pared de baldosas. La luz de una farola distante nos alarga las sombras. Ella sigue andando. El coche debe de estar cerca. Lo encontraremos cuando ella quiera que lo encontremos. Mientras tanto, le apetece andar y yo la acompaño a su lado.

—¿Tienes una botella de whisky en esa cosa? —pregunta M, señalando con la cabeza mi bolsa.

—Probablemente. Tal vez tenga que buscarla.

La bolsa no es más grande que mis manos juntas, pero tiene de todo porque para eso la diseñaron. Cigarrillos, dinero y fichas de póquer, una pistola *Derringer* para emergencias que nadie encontrará salvo que yo quiera, un puñado de fichas del autobús, un par de medias extra, un carrete de hilo y un pintalabios. Y ahora un libreto extraño de hechizos. Tal vez pueda encontrar una botella de whisky.

—Da igual. —Suspira—. Sabía que era una apuesta arriesgada. Bien está.

—No sabe lo que hace —sentencio.

—No es nuestro problema. Ya no.

Caminamos cerca de un kilómetro y yo puedo ser dura y M mágica, pero mis zapatos no están fabricados para eso y me hacen daño. Sin embargo, me quedo con ella. El cielo es gris y el sol sale.

Paramos cuando escuchamos cantar de forma áspera y desafinada. Viene de la siguiente esquina y no puedo evitarlo, tengo que echar un vistazo. Allí está: el federal tumbado en el bordillo, sin chaqueta, con la camisa abierta. La funda de la pistola cuelga torcida, tiene el revólver en la mano y lo agita en lo que podría ser un acto de desesperación. Gigi les ha quitado las pistolas, pero debía de tener una escondida, debajo del camal a lo mejor. Así que allí estaba el federal, con la pistola en la mano, perdido como un cachorro e intentando comprender dónde le ha llevado la vida y a quién culpar.

Me pongo delante de M, igual que hago siempre en mi imaginación en estos casos. No es nada complicado. Podemos escaparnos, apartarnos de su vista antes de que sepa que estamos aquí y presiono a M, instándole a que se gire.

Demasiado tarde, porque el federal nos ve y de repente el brazo se le calma y se pone en pie sin soltar el arma.

Nos ha visto y la pistola es real. No tenemos ninguna puerta al fondo para escapar. Oigo a M respirar fuertemente detrás de mí y no sé si tiene preparado algún truco.

—¿Qué... qué ha pasado aquí? —Hace gestos con la pistola, como si fuera una extensión del brazo.

Noto como el sudor se me congela debajo del vestido de seda.

—Ni siquiera sé lo que crees haber visto.

—Sí, lo sabes. ¡Lo viste todo, lo viste todo! Ni siquiera me acuerdo. ¿Qué se supone que le tengo que decir al director?

Puede dispararme y explicar que fue culpa mía. Y tanto que puede. No puede volver del asalto con las manos vacías y pienso lo estúpido que es que todo se reduzca a que un federal borracho me atraque en un callejón.

Doy un paso al frente y le quito la pistola de las manos, todo en un movimiento suave que no se ve venir. El arma se le escapa de las manos y se hunde en un llanto, con lágrimas y mocos. Se lleva las manos a la cara. Se desploma en la acera.

Nosotros lo miramos desde arriba. Tengo un arma que no quiero, pero estoy aliviada, M está segura y todo va bien. Espotarrado en el hormigón, empieza a cantar aquella canción de nuevo y esta vez escucho lo que es o lo que se supone que es: la que cantaba la sirena en el Estrella Fugaz sobre el chico que le había hecho daño.

Vacíó las balas de la recámara en mi bolsa y dejó la pistola en la acera. Le pregunto:

—¿Crees que le tendríamos que ayudar? ¿Llamar a la policía o algo similar?

—No irá a ninguna parte. Lo encontrarán pronto. Venga, Pauline.

Me enlaza el brazo con el suyo y nos vamos. El coche aparece en la curva que tenemos delante, a la hora acordada, y el conductor sale para abrirnos la puerta. Es hora de volver a casa, desmaquillarme y acostarme.

—A veces me pregunto lo diferentes que podrían haber sido las cosas —dice M—. Con Gigi, quiero decir.

—Creo que no podrías haber dicho nada que...

—Aquí y ahora no —asevera, para adentro, pesarosa, y no puedo imaginarme qué castillos en el aire tiene en la cabeza, qué planes maquina o qué planes pasados desmonta debido a los errores—. Me refiero a hace diez o veinte años. ¿Sucedió porque le agarré la muñeca o porque me robó el regaliz? ¿O fue porque mamá la quería más o me quería más a mí? No sé a quién quería mamá más, en el caso de que quisiera a alguna de las dos. No importa.

No digo nada porque, ¿qué puedo decir? No conozco la historia de la mamá de M y de Gigi, probablemente porque no la he preguntado. Ni lo haré. Ni quiero ni necesito saberlo porque no cambiaría nada.

—Me imagino que no —digo—. Tu hermana y tú habéis hecho esto las dos solas.

M sonrío y me aprieta el brazo.

—Soy una mujer afortunada por tenerte a mi lado.

—No sé. Pensaba que yo era la afortunada.

—Las dos juntas somos la mejor banda de la ciudad, ¿lo sabes? Venga lo que venga, estaremos bien. —No suena convincente.

—Sí, señora —afirmo con firmeza—. Lo estaremos.

Scott Lynch

El novelista de fantasía Scott Lynch es famoso por la serie *Crónicas de los caballeros bastardos*, sobre un ladrón y un estafador en un peligroso mundo de fantasía, y que consta de *Las mentiras de Locke Lamora*, finalista en el Premio Mundial de Fantasía y del Premio de la Sociedad Británica de Fantasía; *Mares de sangre bajo cielos rojos* y *The Republic of Thieves*. También escribe por capítulos una novela, *Queen of the Iron Sands*, en su web en inglés www.scottlynch.us. Vive en New Richmond, Wisconsin, pero pasa algunos meses del año en Massachusetts con su compañera, la escritora de ciencia ficción y fantasía Elizabeth Bear.

En esta historia nos hace viajar a una ciudad asediada, desgarrada por una guerra entre magos y bajo la amenaza de una lluvia mágica y mortal. Un grupo desesperado de ladrones y canallas tienen que robar una cosa que es imposible de robar y están quedándose sin tiempo antes de perder la vida.

UN AÑO Y UN DÍA EN LA ANTIGUA THERADANE

Scott Lynch

1. Temporal de magos

Llovía cuando Amarelle Parathis salió después del atardecer a por una bebida. Había una magia extraña en la lluvia. Era de una especie de color lavanda mezclado con rojo pálido, con líneas difuminadas, y se convertía en neblina al chocar con el suelo caliente. Sentía que el aire era como burbujas de champán que se rompían contra su piel. Por encima de los oscuros tejados resplandeció un azulado rayo seguido de un trueno. Amarelle habría jurado escuchar gritos mezclados con el trueno.

Otra vez los malditos magos.

Bueno, ella tenía sed y una cita, y una lluvia extraña no era ni de lejos lo peor que había caído del cielo sobre Theradane. Mientras caminaba, Amarelle se escurría gotas de colores que no tenían nombre. Tomó un atajo fantasmal a través de la niebla, que fluía como tinieblas bajo un mar rosa y naranja. Como solía pasar con los magos que eran especialmente malos, no tenía casi compañía. La calle de los Sabios Pálidos estaba desierta. Los comerciantes, desde las ventanas, miraban con tristeza a la Avenida de los Siete Ángulos.

Antaño, habría sido la noche ideal para ella. Un tiempo complicado para apartar a los testigos de la calle. Truenos para cubrir el ruido de sus pies deslizándose sobre los tejados. Esos días eran solitarios, impredecibles y peligrosos.

Un arco doble de luces plateadas señalaba el Puente del Canal de Alaliada, el último entre su destino y ella. Las luces brillaban dentro de las lámparas bañadas por la lluvia y sostenidas por estatuas blancas de mármol de figuras encadenadas y encapuchadas. Amarelle agachó la mirada cuando cruzó el puente. Conocía las placas de debajo de las estatuas de la memoria. Las dos primeras por la izquierda, por ejemplo:

BOLAR KUSS

TRAIDOR

AHORA SIRVO A THERADANE SIEMPRE

CAMIRA THOLAR

ASESINA

AHORA SIRVO A THERADANE SIEMPRE

Las estatuas no la molestaban, ni siquiera las luces. ¿Qué más daba si la ciudad iluminaba las calles y los puentes con las almas condenadas de los convictos, convertidas para siempre en esculturas melodramáticas con placas fatuas? No, el problema era que esos espíritus agitados cuchicheaban a los transeúntes.

—*Mírame, corazón latiente, y contempla el precio de los juramentos que no cumplí.*

—Que te jodan, Bolar —murmuró Amarelle—. No conspiro para derribar el Parlamento del Conflicto.

—*¡Cuidado mientras tengas la sangre caliente y contempla el precio eterno de mi avaricia y masacre!*

—No tengo una familia para envenenarla, Camira.

—*Amarelle —cuchicheó la última estatua del lado izquierdo—, tú tendrías que estar aquí arriba, arpía desleal.*

Amarelle contempló la última inscripción, como se prometía que no haría cada vez que pasaba.

SCAVIUS DE LA CALLE DE LA SOMBRA

LADRÓN

AHORA SIRVO A THERADANE SIEMPRE

—Yo no te di nunca la espalda —cuchicheó Amarelle—. Yo pagué por el refugio. Igual que todos. Te suplicamos que abandonaras el juego con nosotros, pero no nos escuchaste. Tú lo arruinaste.

—*Te arrodillaste ante mis asesinos antes de que se me helara la carne.*

—Todos nos compramos un trocito de ciudad, Scav. Ese era el plan. Tú lo hiciste a las malas.

—*Algún día compartirás este velatorio conmigo.*

—Hasta aquí hemos llegado. Ilumina tu puente y déjame tranquila.

Era imposible razonar con los muertos. Amarelle siguió andando. Solo pasaba cuando quería una bebida y siempre que abandonaba el puente necesitaba al menos dos.

Un relámpago tronó en el barranco de las calles. Se incendió un edificio en el este. Las llamas eran de un morado poco natural. Bandadas de bestias con alas de murciélago chillaban y cubrían el cielo entre las llamas y las nubes bajas. Algunas de ellas se enmarañaban y luchaban con zarpas, lanzas de púas y botes de arcilla de niebla explosiva. Los objetivos por los que las criaturas competían solo los sabían los dioses y los brujos.

Los malditos magos y sus estúpidas contiendas. Qué pena que gobernaran la ciudad. Qué pena que Amarelle necesitara su protección.

2. La barriga amueblada de la bestia

La Señal del Fuego Caído estaba al oeste de la calle de Alaliada. Era, literalmente, todo el oeste de la calle de Alaliada. No había espacio para más, excepto la catedral de los huesos en espiral caídos hacía quince siglos, cuando los dragones salvajes se enfadaban por el tamaño en expansión de Theradane y la visitaban. Este dragón había caído de una manera tan artística al morir que algún empresario, cuyo nombre ya nadie recordaba, había raspado la carne y las escamas y había techado los huesos, duros como el acero, en el lugar donde estaban.

Amarelle entró por la boca del dragón, se escurrió la lluvia de color naranja del pelo y vio las espirales de vapor luminosas que subían desde la alfombra donde aterrizaban las gotitas. Los porteros que se apoyaban en los colmillos serrados de dos metros y medio la saludaron con la cabeza.

En la taberna había puertas donde los dragones habían tenido las amígdalas. Las puertas olían bien y se abrían con suavidad.

El cuello era para comer y la cola era para las apuestas. Los brazos ofrecían un lugar para dormir o no dormir, como los inquilinos prefirieran. La cita de Amarelle era en el esófago, en una caverna para beber debajo de las costillas y la médula espinal de la bestia, donde mil botellas brillaban en estantes detrás de la barra central.

Grask Zarpadorada, el gerente de la planta, era un duende con escamas de ébano que vestía un traje tejido con billetes reales del Banco de Theradane. Tenía uno con diferentes valores para cada noche de la semana: esa noche lo llevaba de billetes de cincuenta.

—Amarelle Parathis, la Duquesa Invisible —gritó—. Te veo muy bien.

—Ese chiste no envejece nunca, Grask.

—Contaré los vasos y los cubiertos que dejas esta noche.

—Me he retirado y me encanta —aseguró Amarelle. Había robado tres veces en la Señal del Fuego Caído cuando trabajaba allí. Ninguna de esas veces se había llevado cubiertos—. ¿Está Sophara en la barra esta noche?

—Por supuesto —respondió Grask—. Es la decimoséptima. La misma noche que tu pandillita se junta y finge que es un accidente. Los que no estáis iluminando las calles, claro.

Amarelle lo fulminó con la mirada. El duende improvisó: fue hacia ella, le agarró la mano izquierda y, arrepentido, le besó los nudillos.

—Lo siento —se disculpó—. No pretendía ser un imbécil. Sé que pagaste el diezmo y que eres una oveja honesta que vive bajo el bombardeo como el resto de nosotros. Mira, Sophara te saluda. Te invito a una.

Sophara Miris tenía ojos desiguales y la piel del color del palisandro, pelo fino de aguamarina y las manos de un trilero de la calle. Cuando pagó el diezmo del refugio al Parlamento del Conflicto, la buscaban por 312 cargos diferentes de delitos graves en dieciocho ciudades. En ese momento, era una maga jubilada en la Señal del Fuego Caído y ya se había acabado la mitad de la primera bebida de Amarelle.

—Buenas noches, desconocida.

Sophara anotaba pedidos en una pizarra y se la entregaba a uno de los barman, cuyo conocimiento enciclopédico de los contenidos y las ubicaciones de todas las botellas mantenían el bar vivo.

—¿Recuerdas cuando éramos gente interesante?

—Creo que estar vivas y libres es bastante interesante —contestó Amarelle—. ¿Tu esposa planea dejarse caer por aquí esta noche?

—En cualquier momento —aseguró Sophara, agitando licor e ilusión a partes iguales en un brebaje de múltiples capas—. El hombre hecho a sí mismo tiene un hueco para nosotras. Estoy preparándome un Surgimiento y Caída de los Imperios, pero he oído a Grask. ¿Quieres dos? ¿U otra cosa?

—¿Te apetece hacerme un Peligro en el Mar? —pidió Amarelle.

—Lo que quieras. ¿Por qué no te sientas? Iré cuando estén las bebidas preparadas.

Diez docenas de cabinas llenaban el esófago, cada una de ellas con espacio suficiente y cortinas para crear una sensación de intimidad profunda en medio de un gran espectáculo. Un rayo, visible a través de las claraboyas de las costillas, rechinó por encima mientras Amarelle cruzaba la pista. Su

gente tenía un lugar habitual en su noche habitual y Shraplin guardaba la mesa.

Shraplin Hecho A Sí Mismo era una conjunto de alambres y engranajes que hacía un ruido suave y llevaba una capa granate bordada con hilos de plata. La cara de latón esculpida tenía ojos negros de piedras preciosas y una permanente y fantasmagórica sonrisa. Era un antiguo esclavo de la fundición que se había beneficiado de la ley de la antigua Theradane, que estipulaba que un robot sensitivo era propietario de su propia cabeza y de sus pensamientos. A lo largo de quince años, había robado con cuidado piñones, tornillos, tuercas y alambres y había reemplazado gradualmente todos los centímetros de su cuerpo hasta que no le quedó ni un trozo del cuerpo original. Así pudo romper el contrato mágico perpetuo que lo ligaba a su dueño. Poco después, encontró almas gemelas cleptómanas en la pandilla de Amarelle Parathis.

—Parece mojada, jefa —observó—. ¿Qué cae allí fuera?

—Agua extraña —respondió Amarelle, sentándose a su lado—. Mucha, en verdad. Y no me llames jefa.

—Algunos patronos se graban en mi disco de pensar, jefa. —Shraplin derramó un poco de baba negra de un vaso en un puerto de su cuello—. El Parlamento va a por todas esta noche. Cuando he llegado aquí caía fuego morado en los Desiertos Altos.

—Es una ventaja de vivir en nuestra próspera taumatocracia. —Amarelle suspiró—. Siempre hay una explosión interesante cerca. Mira, aquí tenemos a nuestras chicas.

Sophara Miris llevaba en una mano una bandeja de bebidas y, con la otra, rodeaba las caderas de Brandwin Miris. Brandwin tenía la piel de color lavanda, sin ninguna afectación mágica, y gafas gruesas de ámbar sobre sus ojos dorados. Brandwin, armera, artesana y médica de autómatas, estaba condenada a muerte en tres principados por proporcionar los aparatos que con tanta frecuencia permitían a la pandilla de la Duquesa Invisible evadir marañas aburridas en los sistemas judiciales locales. Lo único que había robado en su vida era el corazón de la maga de la pandilla.

—Shraplin, juguete mío —exclamó Brandwin. Se tocaron las yemas de los dedos antes de sentarse—. ¿Las válvulas y los tubos funcionan?

—Todo perfecto y sin óxido —respondió Shraplin—. ¿Y tus procesos y necesidades metabólicas?

—Bien atendidas —contestó Sophara con una sonrisa—. ¿Empezamos esta reunión de la Sociedad de Conmiseración y Embriaguez de los Viejos Retirados? Tengo una bebida flemática y sanguínea para ti, Shraplin.

Le dio otro vaso de alcohol negro. El alcohol no le servía de nada al hombre artificial, así que tenía una reserva privada de temperamentos humanos destilados con magia en barniz de asfalto tras la barra.

—Un Lámparas Negras de sus Ojos para mí —anunció Sophara—. Un Torre del Elefante para la bella artesana. Y para usted, Su Alteza, un Peligro en el Mar y un Surgimiento y Caída de los Imperios.

Amarelle levantó el último, un vaso grueso que contenía nueve capas horizontales de licores con matices rosa y en cada capa había un paisaje en movimiento. Variaban desde colinas y campos en barbecho en el fondo hasta enormes ciudades en las capas medianas y abundantes toques de ruinas arriba, rematado todo por nubes de espuma.

—¿Alguien sabe algo de Jade? —preguntó.

—Como siempre —respondió Shraplin—. Recuerdos y que no la esperéis despiertas.

—Recuerdos y que no la esperemos despiertas —murmuró Amarelle.

Miró a la mesa, vio ojos desiguales, ojos oscuros y frías piedras negras fijas en ella con expectación. Como siempre. Que así fuera. Levantó el vaso y la imitaron.

—Un brindis —propuso—. Lo hemos hecho y hemos sobrevivido. Nos encarcelamos para librarnos de la prisión. Por los amigos ausentes, que han ido donde nuestras palabras y nuestros tesoros no pueden hacer enmiendas. Lo hemos hecho y hemos sobrevivido. Por las cadenas que rechazamos y las que nos atraparon de todas maneras. Lo hemos hecho y hemos sobrevivido.

Atacó la bebida con violencia y se vertió capas de historia espumosa por la garganta. No solía hacer ese tipo de cosas sin haber cenado para amortecer el impacto pero, joder, parecía ese tipo de noche. Relampagueó por encima de las claraboyas.

—¿Te has bebido alguna por el camino, jefa? —preguntó Shraplin.

—La Duquesa ha muerto. —Amarelle dejó el vaso vacío—. Larga vida a la Duquesa. ¿Tengo que hacer la parodia de enseñar mis cartas y repartirlas o preferís apilarme vuestro dinero en medio de la mesa?

—Oh, querida —dijo Brandwin—. No jugaremos con tu baraja. Está más trucada que una escopeta de feria.

—Me perjudicaré a mí misma —aseguró Amarelle.

Levantó el Peligro en el Mar, admiró las olas de aguamarina rematadas con cabrillas de vainilla y en dos tragos lo añadió a la bola de calor que se extendía por su estómago.

—Esa sí que es una magia que aprecio. ¿Jugamos a las cartas o hacemos un concurso de aguantar la mirada? ¡Yo pago la siguiente ronda!

3. *Las manos de hacer trampas*

—Yo pago la siguiente ronda —repitió Amarelle una hora y media después. En la mesa había un desorden de cartas, billetes y vasos vacíos.

—La próxima la tienes tú dentro, jefa —rectificó Shraplin—. Nos llevas tres de ventaja.

—Me parece justo. De todas maneras, ¿qué cojones me acabo de beber?

—Una bebida a la que llamo Instrumento Amoral —explicó Sophara. Le brillaban los ojos—. No me permiten elaborarlo para los clientes. De hecho, tengo curiosidad por ver qué te pasa.

—Como el que oye llover —dijo Amarelle, a pesar de que la habitación tenía más esquinas suaves de las que recordaba y las cartas no cooperaban del todo con su plan de cogerlas con fuerza—. Esto es un desastre. ¡Un desastre! Shraplin, tú debes de estar *sobriesco*. ¿Cuántas cartas tiene una baraja?

—Sesenta, jefa.

—¿Cuántas tenemos en este momento en las manos o en la mesa?

—Setenta y ocho.

—¡Qué ridículo! —exclamó Amarelle—. ¿Quién no hace trampas? Deberíamos tener noventa. ¿Quién no hace trampas?

—Yo afirmo solemnemente que no he tenido una mano honesta desde que hemos empezado —aseguró Brandwin.

—Maga —dijo Sophara, golpeándose las cartas contra el pecho—. Ya he dicho bastante.

—Yo llevo las manos de hacer trampas, jefa —dijo Shraplin. Movi6 los dedos en borrosos arcos de plata.

—Es triste. —Amarelle se llevó la mano detrás de la oreja izquierda, hizo aparecer la sexagésima novena carta de sus rizos oscuros y la añadió al tapete de la mesa—. Nos estamos haciendo viejos y decrepitos de verdad.

Un rayo estropeó el cielo y coloreó la habitación a ritmos grises y blancos. El trueno sonó: las claraboyas vibraron e incluso las enormes vigas de huesos parecieron temblar. Algunos de los otros bebedores se movieron y mascullaron.

—Malditos magos —exclamó Amarelle—. Con la excepción de la compañía presente, por supuesto.

—¿Por qué exceptuaría yo a la compañía presente? —preguntó Brandwin, enredando los dedos de una mano en los cabellos de Sophara y poniendo con gracia la octogésima carta encima de la mesa con la otra.

—Ha sido terrible toda la semana —explicó—. Creo que es Iovovandas, allá en los Desiertos Altos. Un rival que no he identificado y ella escupen fuego y lluvia y objetos voladores por todas partes. Los vendedores de sombrillas han hecho el agosto con esos modelos nuevos de cuero y cadenas de mensaje.

—Alguien tendría que ir y pedirles con educación una tregua. —La cabeza reluciente de Shraplin rotó hasta que señaló a Amarelle—. Alguien famoso, a lo mejor. Alguien pintoresco y respetado. Alguien con una preocupación peligrosa.

—Mejor no decir nada y que piensen que eres idiota —sentenció Amarelle—, que interferir en el negocio de los magos y demostrarlo. ¿Quién necesita otra ronda? La siguiente también la pago yo. De todas maneras, mi plan es tener todo vuestro dinero antes de poder decir esta boca es mía.

4. El problema de los techos de vidrio

Los truenos y los rayos continuaron durante una hora. Unos objetos que se agitaban y aullaban rebotaban en los tejados en intervalos regulares. La mitad de los patrones del esófago se fueron, agobiados por las pamplinas de Grask Zarpadorada.

—¡La Señal del Fuego Caído tiene quinientos años! —gritaba—. ¡Es el lugar más seguro de toda Theradane! ¿De verdad queréis salir a la calle en una noche como esta? ¿Habéis pensado en una de nuestras habitaciones refinadas en los brazos?

Hubo un sonido agudo de vidrio roto. Algo grande, mojado y muerto cayó en el suelo junto a la barra, acompañado de fragmentos de claraboya y lluvia brillante. Grask gruñó a un mago de la casa que arreglara el desorden mientras el éxodo a su alrededor se aceleraba.

—Ah, qué bien que no me toca trabajar. —Sophara sorbió con vacilación un vaso con algo azul y sencillo. Ya no dejaban que lanzara sus propios hechizos a las bebidas.

—Sabéis que a lo mejor alguien —dijo Amarelle despacio—, tendría que ir de verdad a los Desiertos Altos y decirle a aquella vieja bruja arpía que ate en corto a sus mascotas.

El local, a través de sus ojos, se había ido disolviendo conforme anochecía y ahora estaba en una fase decididamente impresionista. Grask Zarpadorada era una mancha clara que perseguía a otros e incluso las cartas de la mesa ya no estaban lo bastante claras para que Amarelle percibiera su valor.

—Eh, Sophara, eres una ciudadana de buena posición. ¿Por qué no te hacemos miembro del Parlamento para que pares a esos idiotas?

—¡Oh, una idea brillante! Bueno, en primer lugar, hará falta que robe o invente una buena poción para ocultar mi juventud —contestó la maga—, algo mejor que la que estoy desarrollando ahora, que transforma tres años en cinco para poder acelerar mi entrenamiento un siglo o dos. Aunque tal vez encuentres esta cronología inconveniente para tus propósitos...

—Después tendrías que encontrar un foco de poder externo —respondió Brandwin.

—Sí —dijo Sophara—, y utilizarlo sin que ningún otro mago peligroso se dé cuenta. ¡Oh, y también hace falta que se me vaya la maldita cabeza del todo! Tienes que ser un maníaco ciego y con el alma sucia para querer pasarte la vida peleando con otros maníacos. Una vez te has hecho con ese poder, no puedes escapar de esa vorágine. Peleas como un poseso por ese poder o te lo quitan.

—¡Pum! —exclamó Brandwin.

—No es mi idea de entretenimiento —aclaró Sophara, se acabó la bebida y dejó el vaso vacío en la mesa con fuerza.

Unos segundos después sonó un estrépito horroroso. Un ser de media tonelada, con las alas oscuras y el pelo pegajoso por la lluvia, cayó en picado a través de la claraboya y reventó su mesa. Una imagen borrosa y confusa de movimiento y sonido siguió al estrépito y Amarelle se encontró en el suelo con un dolor sordo en el pecho.

Una fracción responsable y cabezona de su conciencia se abrió paso hasta la superficie del océano etílico de su mente y allí se agarró a una tabla de salvación hasta que ordenó la secuencia real de los acontecimientos. Shraplin, el autómatas habilidoso, la había empujado a un lado antes de saltar por encima de la mesa para salvar a Sophara y a Brandwin.

—Eh —dijo Amarelle sentándose—, no estás borracho.

—Era una de mis trampas, jefa.

El autómatas había sido bastante rápido, casi lo suficiente. Sophara y Brandwin estaban bien, pero él tenía la pierna inmovilizada debajo de la criatura caída y la mesa.

—¡Oh, tú que eres el mejor de todos los autómatas posibles! ¡Tu pobre pie! —Brandwin fue a gatas hasta él y le besó la parte superior de la cara de latón.

—Tengo tres de repuesto en casa —aseguró Shraplin.

—Hasta aquí hemos llegado —murmuró Amarelle, moviendo y serpenteando el pie—. ¡Nadie lanza una gárgola asquerosa a mis amigos!

—Creo que es un byakhee —aventuró Brandwin, golpeando la bestia. Tenía alas membranosas y una lanza que sobresalía de lo que podría haber sido el cuello. Olía a queso curado con gangrena y rocío de cementerio.

—Yo creo que es un vorpílax, amor —dijo Sophara. Ayudó, borracha, a su esposa a sacar a Shraplin de debajo de aquel ser—. Observa la simetría bilateral.

—Me da igual lo que sea —cortó Amarelle, mientras se ponía a ciegas su abrigo negro y largo—. Nadie tira uno a mi partida de cartas o a mi pandilla. Averiguaré dónde vive esa Iovovandas y le diré lo que pienso.

—Los valientes caen de culo, jefa —dijo Shraplin, quitándose rollos y aparatos del pie—. Antes hablaba en broma.

—¡Malditos magos estúpidos que matan el comercio! —Grask Zarpadorada llegó al fin, con un grupo de camareros—. ¡Sophara! ¿Te han herido? ¿Y al resto de vosotros? ¡Shraplin! Eso parece caro. ¡Dime que no es caro!

—Puedo restablecerme una funcionalidad óptima en un santiamén —respondió Shraplin—. ¿Qué te parecería si sugiriera que esta noche es excelente para que rompamos nuestra cuenta?

—Yo, eh, bueno, si no os trae problemas —dijo el duende dirigiendo a los camareros con fregonas hacia el charco de lluvia de color pastel bajo la bestia.

—Si nos la das de buena voluntad, no es robo —explicó Sophara— y nadie de nosotros romperá los términos del refugio. Shraplin tiene razón, Amarelle. ¡No puedes regañar a un miembro del Parlamento del Conflicto! Ni aunque pudieras atravesar con seguridad los Desiertos Altos en medio de este caos...

—Por supuesto que puedo. —Amarelle se levantó casi de golpe y, después de unos intentos fallidos, cuadró sus hombros—. No soy una turista con músculos de gelatina, ¡soy la Duquesa Invisible! Yo robé el sonido del alba y las lágrimas de un tiburón. Yo saqué un libro de la biblioteca de Hazar y no lo devolví. Yo he cruzado el Laberinto de las Arañas de la Muerte en Moraska dos veces...

—Lo sé —aseveró Sophara—. Yo estaba.

—... y entonces volví y robé todas las Arañas de la Muerte.

—De eso hace diez años y una cantidad horrible de bebidas —dijo Sophara—. Va, cariño, yo preparé la mayoría de las bebidas. No nos asustes de esta manera, Amarelle. Estás borracha y te has retirado. Vete a casa.

—Esa cosa hedionda podía habernos matado a todos —objetó Amarelle.

—Bueno, gracias a un poco de suerte y, especialmente, a un mucho de Shraplin, no ha sido así. Venga, Amarelle. Prométenos que no harás nada estúpido esta noche. ¿Nos lo prometes?

5. Disipando todas las dudas

Los Desiertos Altos, al este de la calle de Alaliada, estaban vacíos de habitantes y llenos de asquerosas sorpresas de la batalla en marcha. Amarelle evitaba los lugares descubiertos, iba desde un arco con sombras hasta el muro de un jardín y a una entrada oscurecida y tropezaba a menudo. El mundo tenía una frágil nitidez, corría hasta las esquinas y se asomaba para comprobar lo que escondían. No estaba tan borracha como para olvidar que tenía que ser precavida, pero estaba demasiado borracha para darse cuenta de que se tenía que volver por donde había venido.

Los Desiertos Altos habían sido un barrio de mansiones, maravillosos cipreses cortados con formas animales y humanas, y fuentes públicas, pero la llegada de la maga Iovandas había mandado a paseo a los anteriores habitantes. Las discusiones del Parlamento del Conflicto habían agujereado los adoquines, agrietado y secado las fuentes y roto las mansiones como a casas de juguete que ya nadie quiere. El fuego morado de antes todavía quemaba en una alta estructura arruinada de madera y baldosas.

No fue complicado encontrar la mansión de Iovandas, la única estructura iluminada y atendida del barrio, protegida por paredes lisas, ideogramas brillantes y vallas de un verde cobrizo que cuchicheaban con los esqueletos de los muchos gorriones y animalitos esparcidos por la basura. Había un sendero de piedras de alabastro entrelazadas de casi cuarenta metros, que brillaba con una luz interna, que conducía a una puerta dorada.

Perfecto. Eso garantizaba un perímetro de seguridad.

Los gritos de terribles seres voladores por el cielo complicaban concentrarse, pero Amarelle aplicó al sendero tres décadas de experiencia y no la decepcionaron. Evitó cuatro piedras de trampa por intuición y dos por la suerte de borracha. También se enfrentó a una inversión de gravedad. Era un truco que ya había visto antes: dio volteretas laterales (de cualquier manera)

sobre el peligroso sendero y logró que la magia la empujase más hacia el suelo que hacia el cielo. Ni siquiera escuchó la llamada de las esculturas de sapos hipnóticos en el césped, puesto que estaba demasiado ebria para devolverles la mirada y provocar ese efecto.

Cuando llegó a la puerta frontal, la superficie dorada se onduló como un baño de fusión y un brazo esculpido que sujetaba un timbre de picaporte emergió. Amarelle sacó un bastón plegable del abrigo y lo usó para hacer sonar el timbre mientras se apartaba a un lado. Hubo una breve pausa después de que unos dardos silbaran por el aire. Una voz resonante dijo:

—¿Quién viene de *motu proprio* a la puerta de la creadora suprema de hechizos Ivovandas del honorable Parlamento de Theradane? Habla, piojosa.

—Yo no aguanto chorradas de puertas —dijo Amarelle—. Halago a tu dueña al llamar. Dile que una ciudadana de Theradane está aquí para expresarle una opinión franca y honrada de lo terrible que es su objetivo.

—Tu actitud es comprensible y, aun así, completamente ofensiva. Se te aplicarán arcos de electrodinámica en los lóbulos del cerebro hasta que sean masa escaldada. Para recibir esta declaración en forma de pictogramas universales, llama una vez. Para pedir un olvido sensorial más rápido, llama dos veces y espera a ver qué pasa.

—Me llamo Amarelle Parathis, alias la Duquesa Invisible. Las contienda estúpidas de tu dueña están convirtiendo un pueblo bonito en un establecimiento de sacos de mierda y de sufrimiento y me arruinan las partidas de cartas. ¿Vas a abrir o busco una ventana?

—Amarelle Parathis —dijo la puerta. Pasó un momento—. Conocemos tu nombre. Compraste refugio del Parlamento de Theradane hace dos años y cuatro meses.

—Ábrete, sésamo —dijo Amarelle.

—La dueña te recibirá.

La mano esculpida que sujetaba el picaporte se escondió en la líquida superficie de la puerta. Una docena de otros brazos salieron y agarraron a Amarelle de la garganta, los brazos, las piernas y el pelo. La levantaron en andas y la adentraron en una superficie de olas doradas, que se solidificó unos segundos después y no dejó rastro alguno de su paso.

6. *El armario de las manos doradas*

Amarelle se despertó muy cómoda, pero desposeída de todas sus armas y con un camisón de seda que no era el suyo.

Estaba en una habitación sin puertas, en una cama de plumas que flotaba con dulzura en un líquido dorado que cubría todo el suelo, o tal vez toda la planta. Rayos de iluminación de color rubí entraban por claraboyas de vidrio teñido y cuando Amarelle tiró las mantas se disolvieron en espirales de vapor aromático.

Algo borboteó y se agitó bajo la piscina dorada. Una semiesfera pequeña salió de la superficie, siguió elevándose y se convirtió en una forma pequeña, estrecha y humanoide. El líquido se secó con suavidad para revelar a una mujer albina, pálida como una paloma, con perfectos ojos áuricos y con pelo hecho de mil mariposas doradas, que revoloteaban al azar con elegancia.

—Buenas tardes, Amarelle —saludó la maga Iovandas. Los pies no tocaban la superficie de la piscina mientras levitaba hacia la cama—. Espero que hayas dormido bien. ¡Estuviste magnífica anoche!

—¿Sí? No me recuerdo..., ah, claro, recuerdo un poco... ¿Llevo tu ropa?

—Sí.

—¿Por qué no tengo resaca?

—Me la he llevado mientras dormías —respondió Iovandas—. Tengo una colección de enfermedades embotelladas. Tu resaca hubiera sido legendaria. ¡Aquí tendrías dragones! Y cuando digo ‘aquí’ me refiero a justo detrás de los ojos, probablemente para lo que queda de semana. Algún día encontraré otra cabeza para ponerla. Existe la posibilidad de que te la devuelva a ti si me fallas.

—¿Fallarte? ¿Qué? —Amarelle se puso de pie y se hundió enseguida de una manera extraña en el colchón—. Me confundes con alguien que sabe lo que pasa. Empieza por lo magnífica que fui.

—¡Nunca me habían insultado tan exhaustivamente! En mi vestíbulo, nada más y nada menos, incluso antes de que pasáramos al estudio. Ofreciste una explicación muy salvaje de todos los defectos de mi personalidad, la mayoría de ellos imaginarios, y entonces me explicaste todas las instrucciones posibles y claras sobre de qué manera mis iguales y yo tendríamos que solucionar nuestros asuntos de ahora en adelante para conveniencia tuya y de tus amigos.

—Yo, eh, lo recuerdo un poco, creo.

—Tengo curiosidad por un tema crucial, ciudadana Parathis. Cuando adquiriste el refugio del Parlamento de Theradane, te informaron de que las amenazas personales contra los miembros de dicho Parlamento podrían ser motivo de revocación de los privilegios del refugio, ¿verdad?

—Yo..., recuerdo algo similar..., en el papeleo..., quizás por la parte de detrás..., ¿o tal vez en los márgenes?

—Estarás de acuerdo en que tus afirmaciones de anoche pueden ciertamente calificarse como amenazas personales.

—¿Mis afirmaciones?

Sonriente, Iovondas creó un vidrio azul parlanchín y lo empleó para proyectar una imagen sólida y nítida junto a la cama. Era Amarelle, con un abrigo negro y empapada por la lluvia mágica, haciendo gestos con los puños cerrados mientras despotricaba:

—Y otra cosa, ¡mala zorra de cara lechosa y lengua viperina! ¡Nadie tira un vorpílax muerto a mis amigos, nadie! Lo que lances a otros miembros de tu círculo de imbéciles con gorros de punta es problema tuyo, pero la próxima vez que juegues con las vidas de ciudadanos que no tienen nada que ver, ya puedes cerrar las puertas con pestillo, ponerte el corsé de acero más grueso que tengas y contratar a un catador, ¿entiendes lo que quiero decir?

La imagen se desvaneció.

—Joder —exclamó Amarelle—. Siempre he creído que era una borracha alegre.

—¡Tengo 310 años y anoche aprendí palabras nuevas! —replicó Iovondas—. Oh, qué bien nos lo estábamos pasando, hasta que me sentí amenazada.

—Sí. Eso parece. ¿Cómo crees que podríamos, eh, arreglar este asunto?

—De manera habitual —respondió Iovondas—. Te redirigiría mediante magia el flujo del intestino gordo a los pulmones: esa sería mi forma de decirte que se han revocado tus privilegios del refugio. Aun así, esas habilidades tuyas y esa reputación... Tengo un contrato adecuado para tal contratista. ¿Por qué no te vistes y vienes a mi estudio?

Una poderosa fuerza golpeó a Amarelle por detrás y la tiró de la cama, de cabeza a la piscina dorada. Se encontró flotando sobre el suelo del estudio de Iovondas, una habitación enorme llena de estanterías con libros, pergaminos y paneles lacados con piel de basilisco. Amarelle, de repente, volvía a llevar su ropa.

En la pared había un cuadro al óleo de la habitación que Amarelle acababa de abandonar, completado con una versión magistral de Iovondas, que flotaba sobre la piscina dorada. Mientras Amarelle la contemplaba, la figura pintada crecía más y más dentro del marco, entonces sacó los brazos y la cabeza y, con un giro y un salto, por fin flotaba libre en medio del estudio.

—En resumen —dijo Iovandas—, hay algo en Theradane que espero que consigas. Si te ayudan tus amigos o no, no es asunto mío. Como incentivo añadido, si me lo entregas con sigilo y éxito, calmarás una contienda de, ah, desacuerdo público entre cierto igual parlamentario y yo.

—Pero ¿y los términos del refugio? —protestó Amarelle—. ¡Tú tienes una parte de mi diezmo! Conoces su funcionamiento. No puedo robar dentro de las fronteras de Theradane.

—Bueno, tampoco puedes amenazarme —replicó Iovandas—. Además, ese es un punto discutible, ¿así que qué puedes perder?

—No pasar una eternidad de farola.

—Un pensamiento a largo plazo admirable —observó Iovandas—. Sin embargo, creo que, si examinas la situación, verás que te estás metiendo en un charco muy hondo y que soy la única vendedora de remos que te quiere vender uno.

Amarelle estaba nerviosa, con las manos dentro de los bolsillos del abrigo. Su pandilla y ella necesitaban la seguridad de Theradane: eran demasiado famosos, habían destruido demasiadas protecciones y eran demasiado recordados por los ricos y poderosos en muchos otros lugares. El sistema de Theradane era la simplicidad personificada: pagar una suma exorbitante al Parlamento del Conflicto, retirarse a Theradane y no practicar ninguno de los hábitos que te metieron en problemas fuera de la ciudad. Nunca más.

—Ten un poco de corazón, Amarelle. No es exactamente ilegal que coaccione a una maestra del crimen para que vuelva a operar dentro de los límites de la ciudad, pero puedo imaginar que mis iguales no dejarían pasar el tema si alguna vez se enterasen. Haz lo que te pido y destrozaré el vidrio azul con gusto. Las dos nos iremos con una sonrisa, un equilibrio armonioso.

—¿Qué quieres que te consiga?

Iovandas abrió un armario alto apoyado contra la pared a mano derecha. Dentro había un tapiz rodeado por manos doradas incorpóreas que eran parecidas a las que la habían hecho atravesar el umbral. Las manos cobraron vida y trabajaban el tapiz con agujas doradas e hilo negro. Aparecieron líneas en la superficie, líneas que Amarelle reconoció enseguida como los distritos de Theradane y sus monumentos: los Desiertos Altos, la Señal del Fuego Caído, las Colinas de los Fuegos Fatuos y otros muchos, punto a punto.

Cuando el mapa estuvo terminado, una mano bordó el punto final de un color carmesí como una hoguera veraniega que brillaba en alguna parte de la zona nordeste de la ciudad.

—La calle de la Prosperidad —dijo Iovandas—. En la Puerta de la Fortuna, cerca del Parlamento Viejo.

—He estado —afirmó Amarelle—. ¿Qué quieres?

—La calle de la Prosperidad. En la Puerta de la Fortuna, cerca del Parlamento Viejo.

—Te he oído la primera vez —dijo Amarelle—. Pero qué... Oh, no. No. ¡No has insinuado eso!

—Quiero que robes la calle de la Prosperidad —confirmó Iovandas—. La calle entera. Todo su tamaño. Hasta la última baldosa y piedra. Tiene que dejar de existir. La tenemos que eliminar de Theradane.

—Esa calle mide casi trescientos metros y está en el corazón de un distrito tan importante y con tanto dinero que ni siquiera vosotros los pirados atacáis con vuestras guerrillas y tiene transeúntes siempre.

—Por lo tanto, sería conveniente que la quitaras sin que nadie se diera cuenta —dijo Iovandas—. Aun así, es tu trabajo, de una forma o de otra y no me atreveré a darte instrucciones sobre tu especialidad.

—¡Es... una... calle!

—Y tú eres Amarelle Parathis. ¿No gritabas anoche que robaste el sonido del alba?

—El día adecuado del año —respondió Amarelle— en la cumbre de la montaña adecuada con la inestimable ayuda de unos enanos y más cuero de pipa del que... ¡joder, fue muy complicado!

—Le robaste las lágrimas a un tiburón.

—Si averiguas cómo identificar a un tiburón melancólico, ya tienes la mitad del asunto resuelto.

—Por cierto, ¿qué hiciste con las Arañas de la Muerte de Moraska cuando las capturaste?

—Las envié por correo de vuelta a varios templos de arañas-sacerdotisas que habían estado mareándome. Digamos que el confinamiento deja a las arañas agitadas y hambrientas y el culto ahora tiene unas normas muy severas respecto a las cajas enviadas por correo con agujeros de ventilación. Además, envié las cajas con franqueo en destino.

—¡Qué bonito! —gritó Iovandas—. Bueno, pues me parece la clase de mujer que robaría una calle.

—Supongo que la única alternativa que me queda es un pedestal que diga ‘Ahora sirvo a Theradane siempre’.

—Esto, o un destino más privado y personal —concluyó Iovandas—. Pero ya te has dado cuenta de las alternativas en tus elecciones.

—¿Por qué una calle? —preguntó Amarelle—. Antes de que proceda, seamos francas, o al menos parezcámoslo. ¿Por qué quieres eliminar esa calle y cómo servirá eso para calmar la lucha entre tú y tu...? Oh, demonios, ¿es un foco, no?

—Sí —afirmó Iovovandas. Su sonrisa depredadora dejó a la vista los dientes grabados con líneas de oro que formaban patrones arcanos—. La calle de la Prosperidad es el foco de poder externo del mago Jarrow, mi colega menos querido. De allí saca los medios para invocar criaturas y prolongar esta lucha estúpida en el tiempo. Sin él, lo aplastaría en una tarde y estaría en casa a la hora del té.

—Perdóname si es un tema delicado, pero creía que la naturaleza de esos focos eran el secreto que mejor guardabais tus... colegas y tú.

—Jarrow ha sido indiscreto —explicó Iovovandas—. Sin embargo, sabe que el mero conocimiento es inútil si no va de la mano de una serie de acciones. Una calle es muy grande y la cuestión de cómo hacerlo me tenía estancada del todo hasta que apareciste llamando con tu cabeza astuta tan llena de indignación de borracha. ¿Firmamos el contrato?

El armario de las manos doradas descosió el mapa de Theradane y en su lugar bordó un número de párrafos con una caligrafía pulcra y uniforme. Amarelle lo observó de cerca. Era sorprendentemente sencillo: describía el intercambio de una (1) calle por destrozarse un (1) vidrio azul, pero entonces...

—¿Qué cojones es esto? —preguntó—. ¿Un plazo? ¿Un año y un día?

—Es el período habitual para este tipo de trabajos —explicó Iovovandas—. Debes entender los motivos. Necesito despojar de poder a Jarrow lo antes posible y no de aquí a cinco o diez o algún número impreciso y cambiante de años. Te pido que trabajes con determinación y centrada. A ti te hace falta algún incentivo más que la simple destrucción para no fallar, así que aquí está.

—Un año y un día y te entrego la calle o mi ciudadanía y mi riqueza terrenal por un contrato permanente a tu servicio —dijo Amarelle.

—Sería una vida cómoda y emocionante —aseguró Iovovandas—. Pero puedes evitarla si eres tan lista como espero.

—¿Qué pasaría si informara sigilosamente de este acuerdo al mago Jarrow para ver si él puede ofrecerme mejores condiciones?

—¡Una buena observación! Me entusiasma tu osadía, pero tienes que recordar que Jarrow no tiene un vidrio azul. Tampoco tenéis ninguno de los dos ni idea de dónde está mi foco externo. Tienes que decidir cuál de nosotros

es un objetivo más fácil. Si quieres que te guie la sabiduría, métete las manos en los bolsillos ahora.

Así lo hizo Amarelle y encontró una pluma y una botella de tinta que, de alguna forma, se habían materializado allí.

—Una calle. Por un vidrio. Un año y un día.

—Está todo aquí —afirmó Iovovandas—. ¿Lo firmarás?

Amarelle miró el contrato y rechinó los dientes, un hábito por el que su madre siempre le había llamado la atención con severidad. Al final destapó la botella de tinta y mojó la pluma.

7. Otro cambio inesperado de ropa

El jaleo habitual de las peleas de los magos se había calmado. Incluso parecía que Iovovandas y Jarrow descansaban de sus trabajos cuando Amarelle salió de los Desiertos Altos por la tarde, con una neblina de color melocotón. Todos los relojes de la ciudad tocaron las tres, haciéndose eco e interrumpiéndose unos a otros. Realmente era un poco más tarde de las dos y media, pero por tradición los relojes de Theradane estaban desincronizados para confundir a personas malintencionadas.

Los pensamientos de Amarelle eran un remolino de ansiedad y cálculos. Hizo señas a un ave mecánica y de repente iba a toda velocidad por los tejados de la ciudad en una silla que se balanceaba debajo de las alas estiradas de una bandada de gorriones mecánicos. No había otro lugar donde pedir ayuda: se tendría que arrastrar ante sus amigos como los desechos que llevaba la corriente a una playa.

Sophara y Brandwin vivían en una casa estrecha y torcida en la calle de la Canilla Vil, una casa que habían conseguido a un precio excelente, puesto que tenía cinco plantas y, a veces, seis. Desconocían a dónde se iba a veces la sexta, pues si bien esquivaba con educación las preguntas sobre sus asuntos, también tenía la cortesía de no preguntar nada sobre los de los demás. Amarelle hizo que el ave mecánica la dejara en la ventana del tercer piso que servía como un portal de asuntos urgentes solo para los amigos.

Las señoras de la casa estaban y, por fortuna, también Shraplin. Brandwin se encargaba de los pistones del pie de Shraplin mientras Sophara estaba esparrada en una hamaca de terciopelo con gafas de sol y una boina blanca como el hielo que exudaba un vaho analgésico en un halo por encima de la cabeza.

—¿Cómo es que no estás cubierta de vómito y suplicando morir? —preguntó Sophara—. ¿Cómo es que consumiste tres veces tu propio peso en licor y tengo yo sola la custodia única de la resaca?

—He tenido una benefactora inesperada, Soph. ¿Puedes asegurar esta sala para una conversación delicada?

—Toda la casa es razonablemente segura —masculló la maga, bajando de la hamaca con poca gracia y dignidad—. Si quieres que teja un silencio más profundo, dame un minuto para reunir las bolas. Espera...

Cogió los vidrios oscuros y miró a Amarelle con frialdad. Pisando con cuidado alrededor del desorden de herramientas y chatarras mecánicas que ensuciaban la alfombra, olió el aire.

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó Brandwin.

—Chsst —pidió Sophara.

Se frotó los ojos como si se acabara de levantar, metió la mano en el bolsillo derecho del abrigo de Amarelle y sacó un hilo de oro.

—Tú —dijo y volvió los ojos hacia Amarelle— has visto a otra maga.

Sophara dio una palmada y un silencio inquietante se apoderó de la sala. Los ligeros ruidos de la ciudad fueron desterrados del todo.

—Ivovandas —confesó Amarelle—. Me fui e hice una estupidez anoche. En mi defensa me gustaría señalar que estaba enfadada y que tú mezclaste las bebidas.

—¡Bruja molesta por todo! —exclamó Sophara—. Pues este hilillo permitiría a Ivovandas escucharnos si no fuera por mi contrahechizo y algunas confusiones talladas en las piedras de esta casa. Siempre que hay una mentira obvia, hay un peligro asediando. Quítate toda la ropa.

—¿Qué?

—¡Hazlo, Amarelle!

Sophara cogió un cofre grabado en plata del salón, lo abrió e hizo movimientos rápidos mientras Amarelle se quitaba el abrigo.

—¿Ves lo decidida que es? —Brandwin apretó un pequeño fuelle para presurizar un tubo de aceite verde dentro de la pierna de Shraplin—. No habríamos llegado a ninguna parte si hubiéramos esperado a que yo tomara la iniciativa.

—Tú atiende tu trabajo —ordenó Sophara—. Yo haré el reconocimiento por las dos y te contaré los detalles después.

—A veces pienso que ‘amiga’ es una palabra que empleo para la gente a la que todavía no he matado —dijo Amarelle.

Se quitó las botas, las mallas, los cinturones, el chaleco, la blusa y los complementos y dejó las cuerdas de seda y las cápsulas de humo. Cuando estaba desnuda del todo, Sophara cerró el cofre y murmuró hechizos sobre la cerradura.

Como una acción decidida en el último momento, sonriendo y con calma, finalmente dio a Amarelle una bata de seda bordada con dibujos astronómicos blancos y azules.

—Parece que es el día de probarme la ropa de otra gente —murmuró.

—Lo siento por tus cosas —dijo Sophara—. Tendría que poder limpiarlas de trucos, pero Iovondas es tan superior a mí que podría tardar días.

—Nunca dejes que una maga meta mano a tu ropa —sentenció Brandwin—. Al menos no hasta que te haya prometido mudarse contigo. Debería de ser más seguro hablar ahora.

—No sé muy bien cómo decir esto —empezó Amarelle—, pero el resumen es que vuelvo a trabajar durante una temporada.

Narró la historia entera y solo paró para responder las preguntas emocionadas de Sophara sobre las defensas y la decoración de la mansión de Iovondas.

—Tiene cojones la cosa —aseveró Shraplin cuando terminó.

Los relojes de la casa empezaron a dar las cinco durante un rato.

—Creía que ya lo teníamos complicado cuando nos tocó robar las lágrimas de un tiburón. ¡Pero una calle!

—Me pregunto cómo Jarrow averiguó que la calle era un foco. —Sophara se ajustó el gorro analgésico que tanto bien le había hecho mientras Amarelle contaba la historia—. ¿Cómo lo utilizaría sin que nadie interfiriera?

—Centrémonos, soñadora. —Brandwin dio un masaje a las piernas de su esposa—. La cuestión es: ¿cómo la conseguiremos?

—Solo he venido para que me aconsejéis —dijo Amarelle deprisa—. Es todo culpa mía y no hace falta que nadie arriesgue su refugio porque yo me emborrachara y le hablara descaradamente a una maga.

—Yo te dejaré las cosas claras, jefa —dijo Shraplin—. Si no quieres que te siga y te ayude, ya puedes planear destrozarme la cabeza ahora mismo.

—Amarelle, ¡no puedes dejarnos fuera ahora! Este entuerto es demasiado delicioso —aseguró Sophara—. Y, claramente, no es prudente dejarte sola.

—Os lo agradezco —dijo Amarelle—, pero me siento responsable de vuestra seguridad.

—El Parlamento del Conflicto destroza su propia ciudad al azar, jefa. —Shraplin extendió las manos—. ¿Podemos estar más inseguros? Francamente,

dos años y medio de retiro son bastante para mi gusto.

—Sí —confirmó Sophara—. Controla tus delicados sentimientos, Amarelle, sabes que no te dejaremos... oh, espera. ¡Astuto saco de tetas y azúcar! ¡No has venido para que te aconsejemos! ¡Has puesto cara de responsable para que nos comprometiéramos sin el placer de verte suplicar!

—Y habéis caído. —Amarelle sonrió de oreja a oreja—. Así que estamos de acuerdo, hemos vuelto todos al trabajo y robaremos una calle. Si a alguien le importa explicarme cómo cojones haremos este trabajo, el buzón de sugerencias está abierto.

8. El truco barato

Pasaron los dos primeros días haciendo planos y vigilando. La calle de la Prosperidad medía cerca de trescientos metros de largo, con una media de casi diez metros de ancho. Nueve avenidas importantes y quince callejones la cruzaban. Había ciento seis residencias y negocios, uno de los cuales era una taberna que servía destilaciones de tan buena calidad que la perdieron al tercer día por las resacas y las protestas.

Atacaron la tarde del cuarto día, con una neblina que formaba vagas hélices de vapor desde las bocas del alcantarillado y las farolas brillaban como perlas en pliegues de gasas grises. Los relojes empezaron a dar las once, un proceso que a menudo duraba hasta que casi era hora de que tocaran las doce.

Una mujer con la piel morada y un peto de funcionaria municipal ajustó con calma la señal de la intersección de Prosperidad con Magdamar. Metió la placa de madera que decía C/PROSPERIDAD en un saco y le regaló el gorro a un duende borracho y con cierta curiosidad. Brandwin quitó tres intersecciones de señales de C/PROSPERIDAD antes de que los relojes se calmaran.

En la intersección de Prosperidad y Nuevededos, un esclavo con la cabeza de latón educado pintó todos los C/PROSPERIDAD visibles con barniz negro. Dos manzanas más al norte, un ave mecánica que volaba excepcionalmente bajo, cargando con una mujer con el pelo negro, chocó contra una señal, un accidente que se repetiría seis veces. En la legendaria intersección de siete caminos en la que varios Mercados de Duendes se unían a Prosperidad, una maga disfrazada de la sombra de un gato murmuraba hechizos silenciosos de anulación alfabética, que borraban todas las señales relevantes como si estuvieran en una pizarra.

Tuvieron que eliminar cuarenta y seis placas o señales y embadurnaron los letreros de dieciséis negocios que se llamaban como la calle. Finalmente, se las ingeniaron para tirar una garrafa de sulfato sobre un tramo del suelo donde estaba escrito CALLE DE LA PROSPERIDAD con letras de hierro. Cuando se había convertido en CAIII DI IA PPCSPIPIIAI, lo regaron con agua y huyeron para deshacerse de los petos, las pinturas y las propiedades municipales robadas.

Al día siguiente, Iovondas ni siquiera estaba impresionada.

—No ha pasado nada. —Los ojos dorados le brillaban peligrosamente y tenía las mariposas quietas—. Ni siquiera una *femtocentella* de desviación o pérdida en la potencia del foco de Jarrow, a pesar de que ha habido viajeros y turistas confusos. Tienes que robar la calle, Amarelle, no destrozarle los ornamentos.

—No esperaba que fuera tan fácil —espetó Amarelle—. Solo pensaba que tendríamos que eliminar los accesos más simples al principio. No lances nunca un as a la mesa cuando puedas ganar con un dos.

—El mapa no es el territorio. —Iovondas hizo un gesto y transportó a Amarelle al césped de la parte delantera de la mansión, donde las esculturas hipnóticas de sapo le hicieron perder todavía más tiempo.

9. Fuerza bruta

Tardaron once días en planificar y poner en marcha el siguiente intento, incluidos los dos días que perdieron por una batalla entre magos del Parlamento en los sectores oeste que destruyeron el Templo-Puente de Dios de los Nombres Ocultos.

Habían restaurado las señales de la calle en la intersección de Prosperidad con Languinar, el límite más meridional de la calle de la Prosperidad. El cielo del amanecer salía al horizonte de la ciudad con estrías naranjas y escarlatas y los relojes tocaban y no tocaban las siete. Una caravana de carros de carga, de la que tiraban caballos con armaduras, paró en Languinar preparándose para girar hacia el norte. Las señales que colgaban de los carros decían:

Nusbarq Desiko e Hijos
Transporte de Animales Peligrosos

Mientras la caravana se movía por el tráfico, una mujer con un vestido rojo llamativo que montaba un conejo mecánico saltó bruscamente al camino desde el carruaje de plomo y provocó una cadena de desastres improbables, pero pintorescos. Volcaron todos los carruajes, todas las ruedas volaron de los ejes y los caballos relincharon cuando se partieron las riendas de emergencia. El lateral del primer carruaje que había volcado explotó hacia afuera y una bestia peluda y furiosa salió de un salto de la chatarra.

—Corred —gritó alguien, que resultó ser la mujer con el vestido rojo—. ¡Es un hombre chacal con muelles en los pies!

Un momento después, su conejo mecánico dañado explotó y fue envuelto por una nube de vapor y chispas. El vestido rojo era reversible y Amarelle había practicado la forma de darle la vuelta con solo tocarlo. Tres segundos después huyó de la nube de vapor vestida con ropa y capucha negra. Shraplin, pese a estar cubierto por unos veinte kilos de piel, cuero y garras de madera, activó alegremente las piernas con bobinas reforzadas que Brandwin le había improvisado. Con saltos y gruñidos se abrió paso entre la multitud y convirtió la alarma en pánico y fuga.

Hubo veintidós colisiones imprevistas de carruajes o aves mecánicas en medio segundo y atascaron el tránsito hasta dos manzanas al norte del accidente inicial. Amarelle no tenía tiempo para contarlas mientras se apresuraba a seguir la estela de Shraplin hacia el norte.

Otro carruaje curiosamente defectuoso de la caravana de Nusbarq Desiko reventó y perdió la carga de enjambres del tamaño de personas. Miles de Abejas-Hediondas Policromáticas, que resplandecían todos los colores del arcoíris y temerosas de la seguridad de las reinas, volaron a esparcir néctar pestilente defensivo a todo lo que tuvieron a la distancia de un zumbido. Un pequeño rastro de ese mal olor siguió a Amarelle hacia el norte y se arrepintió de haber desayunado. Centenares de personas quemarían la ropa antes de que se acabara el día.

Por toda la calle de la Prosperidad, hechizos acústicos que Sophara había preparado con antelación empezaron a estallar. Voces fuertes y autoritarias ordenaban que parara el tráfico, que corrieran los transeúntes, que las tiendas cerraran y que los ciudadanos rezaran por la salvación. Gritaban noticias sobre hombres chacales, basiliscos, abejas-hediondas, Avispas Comecriaturas, vorpílix rabiosos y una plaga. Ordenaron a los agentes de policía y a los ciudadanos capacitados que usaran barriles y carruajes como barricadas en las intersecciones principales y algunos de ellos obedecieron.

Amarelle llegó al callejón de después del Camino Nuevededos y encontró el paquete que había escondido detrás de un cajón podrido la noche anterior. Muy pronto salió del callejón con el uniforme de los agentes de policía de Theradane con barras brillantes en el cuello de la camisa y una porra de acero brillante. Emitía órdenes inútiles y contradictorias, fomentaba el pánico, empujaba a los comerciantes dentro de las tiendas y les ordenaba que vallaran las puertas. Cuando se encontraba con agentes de policía reales, les pegaba con la punta narcótica escondida al final de la porra. Los cuerpos inconscientes, que se confundían con facilidad con muertos, añadían más verosimilitud al caos.

En el tramo septentrional de la calle de la Prosperidad, un carro de disturbios de la policía guiado por dos mujeres causó otro improbable accidente cuando entró en contacto con el fuego abierto de un vendedor ambulante de *fondue*. Brandwin y Sophara echaron los cascos, corrieron gritando e infectaron a docenas de ciudadanos de pánico antes de que los cohetes y botes de humo del carro empezasen a estallar. Durante casi media hora, llovió dinamita, humo sedante y gas pimienta sobre la calle de la Prosperidad.

Finalmente, dos magos del Parlamento tuvieron que intervenir a disgusto para ayudar a los agentes de policía y a las brigadas a restablecer el orden. Encontraron vacías las oficinas de Nusbarq Desiko e Hijos y no había ningún registro, pues presuntamente se los habían llevado todos al abandonar la ciudad. No se localizó nunca al hombre chacal con muelles en los pies y supusieron que un mago u otro se lo habría quedado de mascota.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no ha pasado nada?

Amarelle caminaba con furia en el estudio de Iovovandas al día siguiente. Había explicado lo que habían hecho a la maga, que la escuchó a medias mientras consultaba un grimorio que a veces gemía y se reía.

—¡Cerramos toda la calle de la Prosperidad más de tres horas! ¡Le robamos esa calle a todo el mundo en un sentido muy significativo! No había tráfico, había barricadas de disturbios y no hubo ni el más mínimo negocio en ninguna parte...

—Amarelle —dijo la bruja sin quitar los ojos del libro—, aplaudo la adopción de una solución más dinámica al problema, pero me temo que, en pocas palabras, no sirvió para nada. Ni la más mínima disminución de las fuentes arcanas de Jarrow. Desearía que fuera de otra manera. Cuidado con los sapos hipnóticos, que les he fortalecido sustancialmente los hechizos.

Chasqueó los dedos y Amarelle volvía a estar en el césped.

10. *El método tipográfico*

Sophara dirigió la siguiente fase de las operaciones y dimitió de su trabajo de maga profesional de manera indefinida.

—Era en gran parte para tener un acceso fácil al bar —explicó—. Y me besarían los talones para que volviera en cualquier momento.

Pasó un mes de estudio, forzando la vista. Sophara trabajaba con una mesa de hechizos, unos ábacos, un grimorio y un diario en cuatro lenguas y varias formas de anotación taumatúrgica que a Amarelle le quemaba los ojos.

—¡No me canso de decirte que no los mires! —chilló Sophara mientras ajustaba el gorro analgésico en la cabeza de Amarelle—. ¡No tienes la geometría óptica adecuada! ¡Ni Brandwin ni tú! Sois peores que los gatos.

Brandwin rondaba librerías y archivos civiles. Amarelle se adentró en diecisiete colecciones privadas importantes. Shraplin aplicó su percepción mecánica infatigable en la tarea de hojear rápidamente miles de páginas en miles de libros. Una extensa torre de apuntes crecía en casa de Brandwin y Sophara, junto a una lista maestra poco elegante, pero a conciencia, de pergaminos, panfletos, tomos y registros.

—Todas las guías de la ciudad —canturreó Amarelle, pues la frase había resultado ser un tipo de mantra—. Todos los apuntes de todos los viajeros, todos los registros de impuestos y residencia, todas las menciones de reparaciones, todos los diarios y recuerdos. ¿Hemos hecho algo más loco? ¿Cómo esperamos localizar todas las referencias escritas sobre la calle de la Prosperidad en todos los documentos que existen?

—No podemos —dijo Sophara—. Sin embargo, si mis cálculos se acercan a la realidad y, si esto puede funcionar, solo hay que cambiar cierto porcentaje crítico de esos registros, especialmente los archivos municipales oficiales.

Shraplin y Brandwin cortaron paneles de madera para crear réplicas cuidadosas de las cuarenta y seis señales de la calle y los dieciséis letreros que habían intentado robar con anterioridad. Rasparon, pulieron, barnizaron y grabaron y solo hicieron un pequeño cambio en cada facsímil.

—Tengo la clave —dijo Brandwin, saliendo de su taller lleno de incienso una noche, con los ojos empañados y murmurando a una mariposa blanca encima del dedo índice—. La denomino la Mariposa del Ajustamiento. Es un hechizo pequeño muy complejo y eficiente que lanzo a todas las cosas de este tamaño.

—¿Qué harán? —pidió Amarelle.

—Se convertirán en ayudantes itinerantes —respondió Sophara—. Tardaríamos años en ajustar manualmente todos los registros que buscamos. Con mi hechizo, las guiaré y les daré poder para que podamos enviar esta preciosidad a realizar casi todo el trabajo por nosotros en una noche.

—¿Cuántas nos hacen falta? —preguntó Shraplin.

Nueve noches más tarde, desde puntos escogidos con cuidado alrededor de la ciudad, soltaron 3449 Mariposas del Ajustamiento de Sophara, cada una de ellas revoloteó en la oscuridad y, desde allí, en las bibliotecas, archivos, armarios de tiendas, estudios privados y mesillas de noche. Las 2625 Mariposas del Ajustamiento que no se comieron ni los murciélagos ni los gatos, localizaron un total de 617 451 referencias del nombre ‘calle de la Prosperidad’ e hicieron un cambio crucial en cada texto físico. Al amanecer habían muerto todas, exhaustas.

Amarelle y su pandilla reemplazaron cuarenta y seis señales de calle y dieciséis letreros de negocio cubiertos por la oscuridad y entonces levantaron una letra de las restablecidas en el suelo. CALLE DE LA PROSPERIDA, decían las letras supervivientes. PROSPERIDA decían las señales y las placas.

‘Calle de la Prosperida’ se leía en cada guía, diario privado, contrata de arrendamiento, sesiones de los juzgados y registros de la ciudad, excepto unos guardados con magia en los sanctasanctorum del Parlamento del Conflicto.

Durante la noche, la calle de la Prosperidad había sido reemplazada por su primo hermano, la calle de la Prosperida.

—Amarelle —dijo Iovovandas, sorbiendo con delicadeza una copa de oro fundido que había calentado en un candil en un lado del escritorio—, aplaudo tu inclinación al fracaso con un esquema tan original y de gran alcance, pero hace falta que enfatice la necesidad de abandonar esos intentos infructuosos. No robes el nombre de la calle, ni sus comercios, ni la D del final. ¡Roba la calle, completa y físicamente!

—¿De nuevo al césped? —se quejó Amarelle.

—¡De nuevo al césped, cariño!

11. Después de Amarelle, el diluvio

Veintisiete días después, una de las naturales tormentas de verano sopló desde el oeste: un velo arremolinado de nubes oscuras que buscaban pelea. Como siempre, los magos del Parlamento preservaron sus territorios individuales y dejaron que el resto de Theradane se las apañara. Por tanto, no era descabellado pensar que el acueducto que cruzaba la calle de la

Prosperidad al norte del Camino de la Matrona Coja pudiera romperse por la presión.

La calle de la Prosperidad ya se enfrentaba a tapones de mierda que obstruían las rejillas del alcantarillado (esos tapones eran de un grosor y una persistencia fuera de lo normal por los hechizos de Sophara Miris). Un torrente de espuma del acueducto roto convirtió el charco que empapaba las botas en un río que llegaba a la altura de las caderas.

Amarelle y su pandilla patrullaban con sombras artificiales por los tejados, observando con atención para asegurarse de que nadie, particularmente los niños y los duendes, sufrieran más que una empapada por la inundación. Los hidrománticos de la ciudad acabarían apareciendo para arreglar las cosas, pero sin duda estaban teniendo una noche ocupada.

—Esto todavía es un acercamiento metafísico, creo yo —dijo Sophara.

—Es más un acercamiento híbrido —matizó Amarelle—. Después de todo, ¿cómo puede ser una calle si la hemos convertido físicamente en un canal?

12. *No*

—No —dijo Iovovandas. Amarelle volvió al césped.

13. *Medidas instructivas*

Ya había pasado medio año. A pesar del vandalismo, las barricadas, los hombres chacales, los errores de oficina y la inundación, la calle de la Prosperidad hacía más honor a su nombre que nunca. Amarelle paseaba por el empedrado, sintió el sol del otoño en la cara y admiró las hojas bronce pálido de los Árboles-Oración mientras caían en nubes pequeñas, inscritas con bendiciones caligráficas para cualquiera que pasase por allí.

Había una conmoción en la multitud de su alrededor, una nueva cacofonía de gritos y murmullos y pezuñas de caballos y ruedas que chirriaban. El tráfico partía hacia el norte, abriendo camino a un carruaje que hacía un ruido sordo, la mitad de grande y ancho que cualquiera de los otros de la calle. Era negro como el culo de la muerte, sin ventanas, y adornado con plata grabada y nácar incrustado. No tenía caballos ni chófer y cada una de las cuatro ruedas tenía una jaula de acero circular en la que un demonio necrófago esclavizado de ojos rojos y negros corría a gatas.

El carruaje singular gimió al virar con brusquedad y hacer un zarandeo para acabar junto a Amarelle. Los demonios necrófagos le lanzaban miradas lascivas, sin respirar, con la carne claramente necrótica, como papel de arroz apretado sobre antiguas heridas que supuraban.

La puerta negra se abrió y un pie pisó el suelo. Una cortina de terciopelo todavía ondeaba a la entrada del carruaje y escondía lo que había dentro. Una voz gritó, fría como el cloroformo y la vergüenza antigua.

—¿No reconoces una invitación cuando ves una, ciudadana Parathis?

Huir de los magos a la luz del día sin tener ningún plan no era una habilidad que Amarelle hubiera cultivado jamás, así que entró en el carruaje agachando la cabeza.

Se sobresaltó al encontrarse en un espacio gris que medía casi cuarenta metros por un lado, con un techo doblado con delicadeza e iluminado por luces de plata flotantes. Un vasto aparato mecánico hacía tictac, latía y se movía por el aposento, algo parecido a un planetario mecánico pero, en lugar de lunas y planetas, los brazos flacos sostenían rostros de hombres y mujeres, rostros tallados con rasgos exagerados y defectos cómicos. Amarelle reconoció uno como el de Iovandas, por los ojos dorados y los cabellos de mariposas.

Había trece figuras y se movían en complejos patrones entrelazados alrededor de una maqueta de la ciudad de Theradane.

La puerta del carruaje se cerró con estrépito detrás de ella. No había sensación de movimiento excepto el balanceo y la oscilación casi hipnótica del planetario de magos.

—Mis iguales —dijo la voz fría, que venía de algún lugar detrás de él—. Como cuerpos celestiales, que transitan por sus órbitas y ejercen sus influencias. Como los cuerpos celestiales, no es particularmente difícil rastrear ni predecir sus movimientos.

Amarelle se giró y ahogó un grito. El hombre era pequeño y ágil, con la piel de ébano y los cabellos reducidos a cuatro pelos cobrizos. Tenía una cicatriz en el mentón y otra en la mandíbula y los dedos y los labios de Amarelle conocían las dos. Solo estaban mal los ojos: eran ojos de envenenador, muertos como el vidrio.

—No tienes ningún derecho a usar esa cara —exclamó Amarelle, luchando para no chillar.

—Scavius de la calle de la Sombra, ¿no es así? O mejor dicho, ¿no era así? Vino contigo a Theradane, pero no conseguimos el dinero para su refugio. Lo despilfarró todo en un acto dramático, me acuerdo.

—Se emborrachó y lo perdió todo en una apuesta de dados —apuntó ella, mojándose los labios y forzándose a decir—: Jarrow.

—Encantada de conocerte, Amarelle Parathis. —El hombre vestía una simple chaqueta negra y calzas. Le ofreció una mano, que no tocó—. ¿Lo perdió todo en una apuesta? Es estúpido.

—Conozco bien los errores de las borracheras —aseguró Amarelle.

—Entonces hizo una cosa todavía más estúpida —dijo Jarrow—. Se ganó el final de un criminal. Transfigurado en una farola.

—Por favor..., adopta otra forma.

—No. —Jarrow se rascó la cabeza y movió un dedo hacia ella—. Es un buen punto de partida para el debate por el que te he traído. Hablamos sobre el comportamiento que podría transfigurar a una persona en decoración de calle.

—Me he retirado.

—Y tanto, chica. Mira, hay un dicho muy viejo en mi familia: ‘Una vez es casualidad. Dos son coincidencia. Tres, otro mago está tocándote los huevos’. Tú no pisabas la calle de la Prosperidad antes, ¿no? Tus apartamentos están en Hellendal. Al sur de la calle de Alaliada. ¿Verdad?

—Por allí está mi apartamento, por supuesto.

—Tienes morro, Amarelle, y no estoy aquí para prolongar esto ni avergonzarte. Solo sugiero, en el aposento si quieres, que sería una pena que ocurrieran más fenómenos poco comunes en una parte de Theradane que tiene un valor sentimental particular para mí. Esto es lo que te ofrece el dinero del refugio. Este es mi yo amable. ¿Finges que me escuchas o me escuchas?

—Te escucho.

—Aquí tienes una cosita para que agudices el oído. —Un saco de arpillera apareció en las manos de Jarrow, que se lo lanzó. Pesaba casi cinco kilos y el contenido hizo ruido—. La prueba de que voy en serio. Ya sabes cómo funciona. De todas maneras, en el mejor de todos los mundos posibles, no tendremos que volver a tener una conversación como esta. ¿En qué mundo quieres vivir, Amarelle Parathis?

El aire se enfrió. Las luces se atenuaron, retrocedieron a los lados del aposento y se desvanecieron como las estrellas detrás de las nubes. El estómago de Amarelle se revolvió y entonces tenía las botas en el asfalto y el ruido del tráfico a su alrededor y las hojas de los Árboles-Oración le rozaban la cara.

El sol era alto y cálido y el carruaje negro no se veía en ninguna parte.

Amarelle abrió el saco y soltó palabrotas cuando la cabeza de Shraplin cayó. Los bordes de los tubos que le salían del cuello estaban quemados y doblados.

—No sé qué decir, jefa. —Tenía la voz estable, pero floja—. Me da vergüenza. Se me llevaron anoche.

—¿Qué cojones te han hecho?

—Nada que sea técnicamente ilegal, jefa. Me han dejado la cabeza y su contenido intacto. Respecto a lo otro, digamos que no espero verlo de nuevo.

—Lo siento, Shraplin. Te llevaré a Brandwin. Lo siento tanto.

—Para ya de disculparte, jefa. —Algo hizo un zumbido y golpeó detrás de los ojos del autómatas y soltó un gemido confuso—. Pero tengo que decir que mi veneración por estos magos de alto nivel empieza a tocarme lo que podríamos denominar la zona baja.

—Nos hace falta más ayuda —cuchicheó Amarelle—. Si tiene que ir a peor, creo que es hora de que juntemos a toda la pandilla de nuevo.

14. El regreso al trabajo de Lenguadejade Squirn

Era alta para ser duende, lo que no significaba nada para la mayoría de otras especies. Tenía las escamas como vidrio negro y los ojos como una caída repentina en las profundidades azules de una placa continental. Tenía las orejas agujereadas con aros de plata, algunos sostenían plumas de escribir que podía coger y usar cuando quisiera.

Todos fueron juntos a verla a su claustro oscuro en el Ministerio de Finanzas y Recursos de Theradane, un lugar que apestaba a hábitos, respetabilidad y trabajadores que morían en los escritorios con buzones vacíos. No se alegró nada de recibirlos.

—¡No somos lo que éramos! —musitó Jade cuando Amarelle terminó de contarle casi toda la historia, segura dentro de la oficina del duende y de la burbuja insonorizada de Sophara—. ¡Mírate! ¡Mira los jaleos que has armado! Y mírame a mí. ¿Cómo podría ayudarte? Ahora soy una funcionaria manchada de tinta. Escribo ordenanzas y diseño grabados para billetes.

Amarelle la miró y se mordió el labio. Lenguadejade Squirn había estado en la prisión seis veces y había escapado seis veces. Casi se podía recorrer el mundo pisando solo las naciones que todavía la buscaban para juzgarla. Contrabandista, negociadora, procuradora de suministros extraños, también era la mejor falsificadora que Amarelle había conocido, capaz de memorizar firmas de un vistazo y reproducirlas con cualquier mano.

—Te hemos echado de menos en nuestras copas nocturnas —dijo Brandwin—. Siempre fuiste bienvenida. Siempre te hemos buscado.

—Yo ya no pertenezco. —La voz de Jade era plana y se agarró al escritorio como si fuera un muro entre sus antiguos compañeros y ella misma—. Soy como un cangrejo ermitaño que se ha puesto un despacho encima. Tal vez vosotros bromeabais sobre retiraros, pero yo voy en serio. No he salido a veros porque esperabais a Lenguadejade Squirn y no esta persona tímida que trae su ropa.

—Somos como una mano con cuatro dedos —aseguró Amarelle—. Tenemos medio año para hacer desaparecer casi trescientos metros de calle y necesitamos tu cerebro de genio verde y habilidoso. Tú lo has dicho: ¡mira qué desorden hemos hecho hasta ahora! Mira lo que Jarrow le hizo a Shraplin.

Amarelle cogió un saco de cuero. La cabeza del autómatas rebotó en el escritorio de Lenguadejade y ella hizo un ruido con la garganta.

—¡Ja, ja! ¡Mira qué cara! —dijo Shraplin.

—¿Y si miran la tuya, trozo de latón? —gruñó—. ¡Te tendría que guardar en un cajón por asustarme así!

—Ahora entiendes por qué te necesitamos —dijo Amarelle—. Shraplin es la advertencia. Nuestro próximo intento tiene que ser el definitivo.

—Tres arpías graciosas y un autómatas sabelotodo y sin culo —dijo Jade—. ¿Creéis que podéis entrar aquí, tocarme la fibra sensible y sacarme de mi triste retiro?

—Sí —respondió Amarelle.

—Todavía no somos lo que éramos. —Puso una mano escamosa en la cara de Shraplin y entonces le giró la cabeza—. Está claro que no soy lo que era. Pero qué demonios. Tal vez tienes razón, sobre la ayuda, al menos.

—Entonces, ¿te tomarás una excedencia o algo parecido? —preguntó Shraplin cuando dejó de decir ‘Uaargabaarrgg’.

—¿Una excedencia? ¿Seguro que no te han dañado el contenido de la cabeza? —Lenguadejade observó a todos los miembros de la pandilla—. ¡Queridas, pánfilas e idiotas, si estáis dispuestos a hacerlo, la burocracia municipal de Theradane es la última herramienta de la que querréis desprenderos!

15. Negocios honestos

—No te he pedido nada de ayuda en este negocio —dijo Amarelle—. Ni una sola vez. Eso tiene que cambiar.

—No soy contraria, en teoría, a los favorcitos —explicó Iovandas—, dado que la recompensa por tu triunfo final es tan tentadora para mi persona. Sin embargo, entiende que la mayoría de mis recursos mágicos están comprometidos a día de hoy. No haré tampoco ninguna acción lo bastante explícita que endurezca las sospechas de Jarrow. Él tiene la misma autoridad que yo para matarte al instante si puede probar tu violación de los términos del refugio ante nuestros iguales.

—Estamos empezando un negocio —afirmó Amarelle—. El Consorcio de Reciclaje de los Desiertos Altos. Hace falta que aparezcas como la accionista principal.

—¿Por qué?

—Porque nadie puede denunciarte. —Amarelle se sacó un paquete de papel del abrigo y lo dejó en el escritorio de Iovandas—. Necesitamos un par de carros y alrededor de una docena de trabajadores. Nosotros los pondremos. Excavaremos mansiones en ruinas en los Desiertos Altos los días que Jarrow y tú no os atacáis.

—De nuevo, ¿por qué?

—Hay algunas cosas que hace falta que cojamos —dijo Amarelle con una sonrisa—, y otras que hace falta que escondamos. Si lo hacemos con nuestros nombres, los herederos de todas las familias que huyeron como alma que lleva el demonio cuando te instalaste y empezaste a disparar a otros magos harán cola en los juzgados para detenernos. Si tú eres la jefa, no pueden hacer nada.

—Examinaré estos papeles —aceptó Iovandas—. Te los devolveré si considero que la disposición es apropiada.

Amarelle se encontró en el césped. No obstante, tres días después los papeles aparecieron en su apartamento, firmados y autenticados. El Consorcio de Reciclaje de los Desiertos Altos empezó a trabajar.

El Parlamento del Conflicto gobernaba Theradane por completo, pero no tenía ningún interés en el negocio mundano de la limpieza de las calles y la clasificación del papeleo. Ese aspecto lo dejaban para la extrañamente feudal y hermética burocracia de la ciudad, que en esencia eran libres para hacer lo que quisieran siempre que las calles estuvieran decoradas y los daños de las continuas contiendas entre los magos se repararan. Jade trabajó con eficiencia dentro de su edificio. Se encargó de todo el papeleo, de falsificar o adquirir todos los permisos esenciales, escondió debajo de la alfombra todas las demoras y las vistas exigidas y entonces pisó la alfombra.

Brandwin contrató a su pandilla, una docena de hombres y mujeres corpulentas. Les pagaban el salario habitual por su trabajo, la misma cantidad como extra por el peligro de proximidad a las batallas de Iovandas y una parte triple por no abrir la boca. Durante una semana o dos excavaron con cuidado en las ruinas de unas casas que antaño habían sido poderosas y escondieron todo lo que sacaban de las ruinas debajo de las lonas de los carros.

A continuación, Brandwin y Shraplin estuvieron una semana transformando tres carros para hacerlos carros móviles de venta. Les pusieron bajos de madera hasta el suelo, instalaron velas con pliegues y techos macizos, cortaron señales y las pintaron de manera atractiva. Uno de los carros iba equipado con un compartimento de libros y los otros dos eran carros de comida.

El laberinto de sobornos y permisos necesarios para emprender este tipo de aventura era todavía más deprimente que el de la empresa de excavaciones. Jade se superó y, con chantajes e intimidaciones, tejió una tapadera eficiente de sobornos. Que las placas que colgaban de los carros de venta fueran artículos genuinos o copias perfectas era, en última instancia, irrelevante. Ninguna complicación de forma sobrevivió al primer contacto con la atención de Jade.

Cuando les quedaban solo cuatro meses, Amarelle y Sophara ya tenían un negocio legítimo. Amarelle vendía libros en la calle de la Prosperidad hasta el mediodía mientras Sophara ejercía su brujería en abundantes desayunos para las multitudes en la calle Galban. Cocinaba pasteles congelados de nueces con formas de unicornios y plantas de aciano, hacía que la fruta fresca se exprimiera sola en vasos de zumo y que los higos y los dátiles pronunciasen discursos obscenos mientras los clientes intentaban comer y reír a la vez. Por la tarde, Amarelle y ella se intercambiaban los lugares.

Algunos días, Brandwin trabajaba con el tercer carro de venta, donde ofrecía dulces y cerveza, pero durante un tiempo un número de modificaciones necesarias en el cuerpo y las extremidades de Shraplin lo absorbieron. Esos cambios permanecían ocultos en la oscuridad de su taller: Shraplin no salió nunca al público sin uno de sus cuerpos corrientes.

Un día claro en la calle de la Prosperidad, una brisa perdida abrió uno de los libros de Amarelle y agitó sus páginas. Se acercó para cerrarlo y se sobrecogió al ver un detallado grabado a escala de la cara de Scavius que la miraba desde el inicio de la página.

—Amarelle —dijo la ilustración—. Parece que tienes una actividad complementaria literaria inesperada.

—Ya no puedo trabajar de mi antiguo oficio —respondió con los dientes prietos—. Se me acaba el dinero.

—Así que exploras nuevas vías, ¿eh? ¿Nuevas vías? ¿Ni siquiera una sonrisa? Pues bien, como tú quieras. Te tengo que seguir, lo comprendes. No sé qué o quién provocó las rarezas de los meses previos...

Amarelle sopló las páginas del libro de manera vengativa. La ilustración se transmitió enseguida de una página a la otra y continuó hablando bajito cuando Amarelle se rindió.

—... pero el movimiento sabio e inteligente sería destrozarte los huesos y hacerlos vidrio y no arriesgarme. Por desgracia, me hace falta una evidencia de entuertos. No puedo atacar sin más los diezmos de los refugios. La gente tal vez dejaría de darnos grandes sumas de tesoros por los privilegios.

—Mis socios y yo tenemos un comercio aburrido y legítimo —explicó Amarelle.

—Lo sé. He vigilado por los bajos, por así decirlo. Muy aburrido. Creo que tenemos que tener una última conversación. Un pequeño recordatorio de que tendrías que seguir así de aburrida o me sé de una historia que no tendrá un final feliz.

El libro se cerró solo. Amarelle inspiró lentamente, se frotó los ojos y volvió al trabajo. Los días pasaban y el negocio legítimo tiraba hacia adelante. Las mujeres empezaron a mover los carros de venta más a menudo e invirtieron los beneficios en caballetes mecánicos para simplificar el trabajo. Cuando solo les quedaban tres meses para cumplir el contrato, los carros que se movían arriba y abajo de la calle de la Prosperidad empezaron a cruzarse con carros de otras partes de la ciudad en una danza complicada que siempre acababa con un carro sin marcas del Consorcio de Reciclaje de los Desiertos Altos que visitaba con calma una de las mansiones que estaban excavando. Pasaron dos meses y no había ni un lugar en la calle de la Prosperidad que ni Amarelle ni Sophara ni Brandwin no hubieran marcado con estacas al menos durante una temporada, ni ningún comerciante que no conociera por el nombre a algún agente de policía al que no hubieran apaciguado a conciencia con comida gratis, buena cerveza y el regalo ocasional de libros. Tres días antes de que el contrato expirara, una explosión fuerte zarandeó el tramo norte de la calle de la Prosperidad, rompió las ventanas e hizo volar a los peatones. Encontraron en llamas una mansión en un patio privado que estaba hundiéndose. Había un enorme carruaje negro destrozado en la entrada, con

ruedas con jaulas de demonios necrófagos abiertas, el techo roto y el interior solo mostraba asientos entapizados y un suelo con alfombra.

Al día siguiente, convocaron con educación a Amarelle Parathis en la mansión de la maga Iovovandas.

16. Enfermedad embotellada

—¿Si estoy satisfecha? La satisfacción es un paliativo —soltó Iovovandas, con los dientes con hilos de oro que centelleaban con luces que se reflejaban y las mariposas que revoloteaban furiosamente—. La satisfacción es un vino suave. La satisfacción es una fracción minúscula de lo que siento. ¡El placer me late en el pecho como acuerdo triunfante! Setenta años de desdén infructuoso de este réprobo de cara cambiante y ahora tengo su tristeza para contemplarla cuando quiera.

—Estoy tan satisfecha de que lo hayas destrozado —dijo Amarelle—. ¿Te las has apañado para estar en casa a la hora del té?

La maga dorada la ignoró y siguió mirando el cilindro de vidrio en su escritorio. Medía quince centímetros de alto y casi la mitad de ancho, cubierto con un tapón de vidrio deslustrado y sellado con cera del color de la sangre seca. Dentro estaba el infeliz de Jarrow, encogido en una proporción adecuada y vestido con harapos. Había adoptado (o lo habían convertido) en la figura de un hombre cadavérico y pálido con una barba plateada negruzca.

—Jarrow —murmuró—. Jarrow. Oh, las leyes de la proporción y la simetría nos han vuelto a hacer funcionar: mi placer en un equilibrio exacto con tu incomodidad y tu caída.

—Así que obviamente —dijo Amarelle—, ¿consideras que he robado la calle de la Prosperidad de acuerdo con el contrato?

Jarrow golpeó con furia el vidrio.

—Oh, y tanto, querida Amarelle, ¡has salido adelante de manera espléndida! A pesar de que la calle todavía está allí, ¿no? Todavía tiene tránsito y todavía tiene comercios. Antes de que te entregue el vidrio azul, ¿te ves con ánimos para satisfacernos a mi antiguo colega y a mí con una explicación?

—Encantada —aceptó Amarelle—. Después de que todos los otros intentos fallaran, decidimos intentar ser literales. La calle de la Prosperidad apenas son 2650 metros cuadrados de superficie de baldosas y piedra. La pregunta que nos hicimos era: ¿quién mira de verdad todas las baldosas y todas las piedras?

—Está claro que el pobre Jarrow no —dijo Iovandas—, o su botella no estaría a punto de unirse a mi colección.

—Decidimos robar la parte física de todos los metros cuadrados de la calle de la Prosperidad, todas las baldosas y piedras —continuó Amarelle—, lo que nos suponía tres problemas. El primero era cómo lo haríamos sin que nadie se diera cuenta del ruido y el tumulto de nuestro trabajo. El segundo, cómo lo haríamos sin que nadie se quejara por el desorden de la calle a nuestro paso. Y el tercero: ¿de dónde sacaríamos la fuerza física para llevar a cabo el volumen y el fastidio de la tarea?

—Para contestar el segundo punto, empleamos el Consorcio de Reciclaje de los Desiertos Altos, que buscó las mansiones que los dos habéis destrozado en vuestra contienda para proporcionarnos todas las baldosas y piedras que nos harían falta. Construimos un espacio vacío debajo de cada carro de venta, que paseábamos arriba y abajo de las calles de la ciudad, no solamente la de la Prosperidad, durante una interminable cantidad de tiempo para disipar las sospechas de que el foco de Jarrow era nuestro objetivo.

Jarrow se golpeó la cabeza repetidamente contra el interior de la prisión.

—Al final sentimos que era seguro proceder con nuestro negocio real. Debes de haber averiguado el resto ya. El trabajo lo hizo Shraplin, un autómatas, cuya reunión con Jarrow lo dejó con ganas de soportar cualquier problema o tedio en su venganza. Shraplin hizo uso de los brazos que Brandwin Miris le construyó a medida para excavar las baldosas y las piedras de la calle y para dejar en su lugar las baldosas y las piedras extraídas de las mansiones de los Desiertos Altos. Por la noche, echábamos los escombros que había quitado raspando de día en las ruinas de esas mismas mansiones. El motivo por el que nadie oyó nunca a Shraplin raspando o golpeando bajo de nuestros carros, solo puedo decir que nuestra maga es una gran experta en producir barreras insonorizadas para cualquier espacio o necesidad. Lo único que nos quedaba por hacer —dijo Amarelle, estirándose y bostezando— era dejar pasar los meses necesarios para posicionar con cuidado los carros por cada centímetro cuadrado de la calle de la Prosperidad. Nadie se dio cuenta de que, cuando nos movíamos, los trozos de calle de debajo habían cambiado de manera sutil. Al final, levantamos la última baldosa y el foco de Jarrow se convirtió en otra calle normal de la ciudad.

—¡Ayudadme! —gritó Jarrow, con la voz alta y débil como un grito en el desierto—. ¡Libérame de ella! ¡Puedo convertirme en él para ti! ¡Puedo ser Scavius! ¡Puedo ser cualquier persona que quieras!

—Ya te hemos escuchado bastante, creo.

Ivovandas dejó con cariño su prisión en un cajón del escritorio, todavía sonriente. Giró los dedos y un vidrio azul familiar apareció.

—Has sufrido tenazmente por esto y ahora te lo doy como la mitad de nuestro trato, que empezó en buena ley y que acaba en buena ley.

Amarelle cogió el vidrio brillante y lo reventó.

—¿Aquí se acaba todo? —preguntó—. ¿Se ha restaurado el equilibrio armonioso? ¿Yo sigo mi camino y te dejo unos años de conversación con Jarrow?

—Es una forma de decirlo —afirmó Ivovandas—. A pesar de que me he deshecho con rapidez de los vidrios del registro de la visita desenfadada de la borrachera del año pasado, ahora me he asegurado uno todavía más entretenido en el que confiesas los crímenes que has cometido a Theradane e implicas a algunos amigos.

—Sí —dijo Amarelle—. Ya esperaba algo así. Imaginaba que, puesto que había probabilidades de que volvería a ser traicionada, al menos tendría un público agradecido.

—¡Yo soy el público más agradecido! ¡Oh, formaríamos un equipo tan bueno! Piensa, Amarelle, los límites razonables de mis deseos y expectativas. Me considero bastante experta en identificar los focos que usan mis colegas. Con Jarrow fuera del mapa, habrá un nuevo reequilibrio de alianzas en el Parlamento. Habrá nuevas pruebas y nuevas luchas. Tendré que ir con mucho, mucho cuidado, e inevitablemente espero tener otro objetivo para tus amigos y para ti para que lo consigáis en mi nombre.

—Quieres emplearnos para destrozarnos el Parlamento, foco por foco —dijo Amarelle—. Hasta que sea más o menos el Parlamento de Ivovandas.

—Tal vez no ocurra en tu vida —aseguró la maga—, ¡pero un buen avance me sería útil! Mientras tanto, me satisfará bastante dejarte libre en la ciudad, disfrutando de tu refugio y haciendo lo que te venga en gana. Siempre que tus amigos y tú vengáis cuando os llame. No lo dudes, os llamaré.

17. El trabajo futuro

Amarelle se reunió después con ellos en el Puente de Alaliada, a la luz agradable del crepúsculo que se apagaba. La ciudad estaba en silencio, con los Desiertos Altos en paz, sin que cayera ningún fuego de las nubes ni seres chillones que se clavaran las zarpas unos a otros.

Se reunieron en un arco frente a la estatua de Scavius. Sophara masculló y gesticuló con los dedos.

—Estamos en la burbuja —dijo—. Nadie nos puede oír, ni siquiera ver salvo que yo... Calla, Scavius, sé que nos puedes oír. Eres un caso especial. ¿Cómo ha ido todo?

—Ha ido según esperábamos —explicó Amarelle—. Exactamente lo que esperábamos.

—Ya te he dicho que ese tipo de magos son un atajo de locos traidores a conciencia —dijo Sophara—. ¿Cuál es su juego?

—Nos quiere de criados sin sueldo para sacar a la luz los focos de más colegas suyos y enviarnos.

—Suenan a una buena manera de matar el tiempo, jefa. —Shraplin giró una manivela del pecho y sincronizó de nuevo un mecanismo que había hecho un chasquido—. Yo estoy dispuesto a tumbar a más imbéciles de esos. Nos ahorraría un montón de trabajo si nos identificara los focos.

—No podría estar más de acuerdo. Ahora no te muevas —ordenó Sophara.

Pasó los dedos por los cabellos de Amarelle y, después de un momento de búsqueda, sacó un mechón de rizos negros.

—Aquí está mi espía —dijo Sophara—. Estoy contenta de que me hayas traído lo que Iovondas te colocó, Am. No habría aprendido nunca estas cosas tan sutiles si no lo hubiera podido desmontar.

—¿Crees que te contará suficientes cosas? —preguntó Brandwin.

—Honestamente, lo dudo. —Sophara guardó el cabello en una cartera y sonrió—. Pero me dará una buena visión de todo lo que le permitió ver a Amarelle y menos da una piedra. Si podemos identificar sus patrones y hábitos, esa arpía acabará dándonos pistas de la localización de su propio foco.

—¡Pum! —exclamó Brandwin.

—Sí —dijo Sophara—. Esa es mi idea de entretenimiento.

—Tendría que poder enviar mensajes fuera de la ciudad —añadió Lenguadejade—. Algunos de los que piden nuestra sangre, odian todavía más al Parlamento del Conflicto. Si pudiéramos pactar con ellos antes de derribar a estos magos, seguro que compraríamos el pasaje de vuelta al mundo. El refugio de Theradane a la inversa, al menos en algunos lugares.

—Me gusta como pensáis, gente —dijo Amarelle—. Iovondas sería la mujer de paja y, cuando tengamos pruebas contra ella, la enviamos a freír espárragos. A ella y a todos sus amigos. ¿Quién tiene el vino?

Jade sacó la botella luminosa y cara. Se la pasaron unos a otros e incluso Shraplin vertió un trago ceremonial. Amarelle agarró la botella medio vacía y

se puso de cara a la estatua de Scavius.

—Aquí lo tienes, imbécil. Supongo que no nos hemos retirado del todo. Cinco ladrones en guerra contra el Parlamento del Conflicto. Es de locos. El tipo de riesgos que más te gustaba. ¿Intentarás pensar mejor de nosotros? Y si no puedes, ¿al menos mantendrás algunos pedestales calientes? Tal vez acabemos todas de farolas. Bébete una a nuestra salud.

Reventó la botella contra su placa y observaron como el vino brillante y burbujeante bajaba por el mármol. Después de un instante, Sophara y Brandwin se fueron, agarradas del brazo, hacia el norte por la calle de Alaliada. Shraplin las siguió y después fue Jade.

Amarelle permaneció sola en la luz blanca de lo que quedaba de Scavius. Lo que él le cuchicheó, se lo guardó para ella.

Corrió para pillar a los demás.

—Eh —gritó Jade—. ¡Me alegra que vuelvas! ¿Te vienes al Señal del Fuego Caído con nosotros? Jugaremos.

—Sí —respondió Amarelle y el aire de Theradane le gustó más que en muchos meses—. ¡Y tanto que sí, jugaremos!

Bradley Denton

El ganador del Premio Mundial de Fantasía y el premio Memorial John W. Campell Bradley Denton nació en 1958, creció en Kansas y estudió un Máster en Escritura Creativa en la Universidad de Kansas. Vendió su primera historia en 1984 y muy pronto se convirtió en un colaborador habitual en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. En 1986 publicó su primera novela, *Wrack and Roll*, a la que siguieron *Lunatics*, *Buddy Holly Is Alive and Well on Ganymede*, *Blackburn*, y *Laughin' Boy*. Tal vez sus obras más famosas son las historias de Blackburn y las novelas sobre un asesino en serie excéntrico, pero ganó el premio Memorial John W. Campbell por la novela *Buddy Holly Is Alive and Well on Ganymede*. La colección en dos volúmenes *A Conflagration Artist* y *The Calvin Coolidge Home for Dead Comedians* ganó el premio de Fantasía Mundial en la categoría de Mejor Colección. Han recopilado sus historias en *One Day Closer to Death: Eight Stabs at Immortality*. Vive en Austin, Texas.

En el siguiente *thriller* irónico y cómico de mucha acción aprendemos que no se trata del instrumento, sino de la música.

DURA COMO EL METAL

Bradley Denton

1. Perdido en el bosque

Con solo un cuarto de luna en el cielo y rodeado por ramas torcidas de robles y cedros de Texas, no me preocupaba que los cinco ladrones de la casa me vieran. Me había adentrado cuarenta metros en el bosque. Además, era una noche de sábado. Bueno, la 1:30 AM. En realidad era un domingo por la mañana y mis presas eran adolescentes de diecisiete años que solo se preocupaban por lo que tenían en sus móviles y en los pantalones.

Por lo que sabía, su arma más peligrosa era el country punk de Hank Williams III que sonaba a todo volumen cada vez que abrían la puerta principal. Esos niños eran un mal chiste de delincuencia y esa era una de las razones por las que me gustaba la idea de quitarles el dinero mal ganado. Creía que no serían un gran problema para mí y tal vez ellos aprenderían algo de esta experiencia. Salíamos ganando todos. Además, si mi exmujer me llamaba para que volviera a dar clases durante las próximas semanas y resultaba que algunos de estos niños estaban en mi clase, la estrella de las sustituciones Matthew Marx tendría el placer de ver las expresiones de vergüenza en sus caras llenas de granos.

Sin embargo, en ese momento pensé que necesitaba mejor visión. Además del cuarto de luna, la única luz que tenía era la que salía por las ventanas de la casa y una brillantez amarillenta, como las natillas, de una bombilla en el porche delantero. No estaba mal, pero ya hacía casi cuarenta y cinco minutos que observaba con mis prismáticos y me había dado cuenta de que iba a estar demasiado lejos para tener una buena visión cuando el dinero cambiara de manos. Especialmente si pasaba dentro. Necesitaba asegurarme de que podría distinguir qué niño cogía el dinero y si el niño se lo quedaba, lo repartía con los otros o se lo escondía.

También quería ver cuánto dinero recolectaban. No servía de nada seguir a un adolescente por cien malditos dólares, ni tampoco robar en ese lugar de mala muerte si no había nada más que latas de cerveza y bolsas de *Cheetos* vacías. Ya me había pasado antes y me había mordido un chihuahua que no había detectado previamente. Me dieron solo veinte dólares por el chihuahua,

que no habían sido suficientes para cubrir mi dolor y sufrimiento. Esperaba que hubiera acabado en una cazuela.

Esa desventura me había enseñado que las apariencias engañan. La casa del chihuahua había sido una mansioncita ocupada por importadores de éxito de marihuana y aun así no me había rentado demasiado. Esta casa rural con un marco torcido, en comparación, era poco más que una casucha de Dogpatch. Había sido en otra época una elegante cabaña de invitados en el tercer rancho más grande del condado de Kingman, pero ahora era vieja y fea. Aun así, tal vez guardaba un tesoro.

Había sacado esa dirección de un móvil que pertenecía a una estrella del fútbol americano del Instituto Kingman que se llamaba Donny. En los pasillos, antes de una de mis clases, le oí fardar con un amigo sobre sus negocios de delincuente fuera de temporada. Esa era la ventaja de ser viejo y sustituto en un instituto. Salvo que me plantara ante ellos y les chillara en la cara, los niños ni me veían. Ignoraban la norma de la escuela que prohibía usar los móviles durante las clases, así que podía escuchar a escondidas o pasar por los pupitres y leerles los mensajes, como si fuera un fantasma.

Cuando conseguí la dirección, una búsqueda persistente en Google reveló que la casa, más dos hectáreas, pertenecían al padre empresario de otro estudiante del instituto que se llamaba Jared. No lo había visto por el instituto, pero desde mi posición estratégica en el bosque suponía quién era, siempre que las fotos de Facebook no mintieran.

No parecía que el padre de Jared estuviera interesado en segar o mantener este refugio en el campo. Sin ninguna duda, había comprado el lugar como una inversión antes de que la burbuja inmobiliaria explotara, así que ahora su heredero de diecisiete años tenía un club y, dado que la casa habitada más cercana estaba a casi un kilómetro, el club también se podía permitir acoger actividades ilegales.

Estaba bastante convencido de que no había drogas duras, así que no creía que debiera preocuparme sobre armas de asalto. Por supuesto, estábamos en Texas, así que tal vez tenían escopetas o rifles de caza, pero no iba a asustarme por algo que necesita recargar entre disparos.

Yo no llevaba pistola. Nunca llevo. Las pistolas son una ayuda para los que no están en forma para correr. Sí que llevaba mi navaja suiza, pero solo por si necesitaba una herramienta para allanar un domicilio.

Creía que no la necesitaría. Hasta ahora, esos niños no parecían lo suficientemente espabilados para cerrar la puerta.

2. Mercancía defectuosa

A las 1:55 AM de mi reloj, un par de luces de coche apuntaron a la casa desde la carretera del condado, levantando polvo cerca de mi escondrijo. Me agaché debajo del tronco de un roble hasta que una furgoneta blanca, sucia y sin ventanas laterales ni posteriores pasó. La cosa prometía.

La furgoneta adelantó un PT Cruiser, un Honda Civic y una camioneta Ford que estaban aparcados en el césped al otro lado de la entrada. Levantó una gran polvareda en el patio lleno de hierba y entonces dio marcha atrás hasta que los parachoques traseros casi tocaron los escalones del porche. Las puertas traseras se abrieron.

En el porche, un chico flaco con el pelo castaño —Jared— y una chica alta con melena rubia y lisa estaban liándose en un sofá viejo junto a la puerta delantera. En ese momento saltaron. Jared abrió la puerta, hizo gestos a alguien de dentro y Hank Williams III enmudeció. Oía otra vez los grillos y las cigarras, pero las voces del porche eran solo un cuchicheo.

Enderecé los prismáticos. Nadie miraría hacia mí ahora que ya había llegado la furgoneta. Me metí los prismáticos en el bolsillo de mis vaqueros negros, me subí la cremallera de la sudadera negra y me puse la capucha. A finales de abril, incluso en medio de la noche, hacía demasiado calor para este conjunto. Y la pintura negra de ojos que me había embadurnado en la cara me picaba. Sin embargo, a veces hay que sacrificar la comodidad por el estilo.

Había dejado los árboles, me había desviado en cuclillas trece metros por la entrada y me había agachado detrás del PT Cruiser. Paré un momento y entonces avancé hasta el Civic. Las rodillas no me dolían lo bastante para frenarme, pero las sentía más de lo que me habría gustado. En un reconocimiento médico después de mudarme de Chicago, mi doctor nuevo de Texas me había dicho que tenía una forma física decente ‘para alguien de cuarenta y tres años que fuma, bebe y ya ha probado la artrosis’. Todo esto lo aseguró un médico de cabecera de setenta años con aliento a mantequilla de cacahuete y una barriga como una pelota de playa. No me habría importado si no me hubiera preguntado si quería hacer algo respecto a mi escasez de pelo.

—Al menos el mío todavía es marrón —espeté.

—Tictac —me replicó. El tipo de tío que me gusta.

Llegué de cuclillas al guardabarros frontal izquierdo del Civic y contuve el aliento. Oía las charlas de ‘¿qué tal?’ del porche, pero por bajo había voces suaves en la plataforma de la camioneta Ford, al otro lado del Honda.

—¿Qué pasa? —Era el cuchicheo de una adolescente.

—Están a punto de hacer una oferta —respondió un cuchicheo de chico—. No te preocupes. Tyler se encargará.

—¿No tendrías que estar allí tú también, Donny?

—No, está bien. Va, Marisa. Bésame de nuevo.

‘Marisa’ era un nombre que había oído hacía unos días, cuando había hecho una sustitución en una clase de redacción y literatura de preparación universitaria. Era una joven minúscula con cabellos negros y enormes ojos marrones y un deje de acento tejano. Había hecho comentarios perspicaces sobre *El caballito de madera*. Me había impresionado. Por eso la recordaba.

Aun así, resultó que era otra adolescente delincuente. Me decepcionó, porque no había esperado que ninguno de los niños involucrados en el robo fuera inteligente. Por supuesto, estos ladrones habían sido bastante inteligentes para entrar y salir del Instituto Rural de Kingman por la noche sin que los grabara ninguna cámara de seguridad, pero solo había tres que funcionaban y dos enfocaban la entrada principal. No había que ser un estudiante de matrícula para evitarlas.

Cuando oí los sonidos húmedos de Marisa y Donny mordiéndose las caras, me arrastré hasta el guardabarros posterior del Civic y miré alrededor. Estaba a nueve metros de la casa y tenía una perspectiva directa del lado oeste del porche. Ni siquiera había una reja. Si los niños y los compradores no se movían, vería el trato entero.

En la plataforma de la camioneta, Donny hacía todo lo posible para que la sesión de besos con Marisa evolucionara hacia algo más. No obstante, Marisa se desconectaba cada poco para levantarse y observar las negociaciones en el porche. Yo me divertía. Aun así, también tenía que vigilar el porche.

Tres estudiantes blancos —Jared y la chica del sofá, además de Tyler, el colega de fútbol americano de Donny— estaban de espaldas en la puerta abierta. Tyler era un muchacho enorme de nariz aguileña y cuatro pelos en la cabeza, vaqueros azules y una camiseta de Toby Keith que acabaría en la Liga Nacional de Fútbol Americano o en el negocio de atracar tiendas de licores. No había dicho ni jota sobre *El caballito de madera*.

Había dos adultos de espaldas a la furgoneta. Uno era un tío blanco con la cara rosada que llevaba una gorra de la NASCAR que podría haber sido un clon mayor y menos musculoso de Tyler. Aparentaba sesenta y cinco o setenta años, pero tal vez se debía a una vida dura. Creí reconocerlo como el colega fumeta de mi padre, pero no estaba seguro.

El otro era un tío esbelto de piel clara con una expresión áspera y los ojos gris plomo. Aparentaba treinta y pocos. Llevaba un gorro de vaquero blanco,

una chaqueta roja bordada con estampados dorados encima de una camisa negra con botones blanco perla, una corbata vaquera y un reloj de pulsera dorado, pantalones negros ceñidos y botas de rodeo acabadas en punta. Era otro hombre que sabía que a veces había que sacrificar la comodidad por el estilo. O tal vez venía de un concierto.

El tío de la gorra NASCAR estaba hablando:

—... apreciamos la oferta, pero preferiríamos valorar la mercancía. Carlos y yo pilotamos el negocio, ¿entiendes lo que quiero decir?

Tyler sonrió y alargó la mano hacia el hombre con el gorro de vaquero.

—Carlos, ¿no? Me muero de ganas por hacer negocios contigo.

Hice un gesto de dolor. Tyler imitaba a un vendedor de electrodomésticos y no lo hacía bien.

A Carlos tampoco le gustaba. Frunció los ojos y le temblaban los hombros. No alargó ninguna mano para coger la de Tyler.

El tío de la gorra de NASCAR rio entre dientes de manera forzada.

—Eh, ‘Carlos’ no es su nombre real. Solo lo llamo así para esta transacción. Tú me tendrías que tratar como señor Anthony, ya te lo he dicho por teléfono, puesto que soy mayor y me debes respeto. Va, pongámonos manos a la obra.

Sí, ese era el tío que recordaba de cuando era pequeño. El tío Anthony. Papá lo llamaba Tío To. Había pasado una temporada a la sombra. A mamá no le había hecho nunca gracia.

Tyler bajó la mano. El ceño fruncido indicaba que Carlos y Tío To le habían faltado el respeto y que estaba ofendido.

Volví a hacer un gesto de dolor. Un movimiento equivocado, Tyler. Esos tíos podrían sacarte la columna vertebral por la nariz.

Por suerte, el ceño fruncido duró un instante y Tyler se volvió a convertir en Willy Loman, el vendedor protagonista de la obra de Arthur Miller *Muerte de un viajante*.

—Bien, por supuesto, ¡claro que sí! ¡Manos a la obra! Jared, ¿quieres sacarlo?

—¿Todo a la vez? —Jared parecía confuso.

—Kaylee puede ayudarte. —Tyler señaló con la cabeza a la chica rubia, que se miraba los pies y se apartaba el pelo de los ojos.

Carlos se aclaró la garganta y habló. Vestía como un músico de una banda de viento mexicana y estaba en un porche de Texas, pero su voz sonaba como la de un presentador de noticias anglosajón en Connecticut.

—Por lo que he entendido, tienes tres modelos disponibles diferentes. Te sugiero que los saques uno por uno para que los pueda evaluar individualmente.

Tyler y Jared se miraron bobamente y Kaylee siguió mirándose los pies. Entonces Tío To les ladró:

—Vamos, chicos, ¿a qué esperáis?

Tyler golpeó a Jared con una mano y Jared se apresuró a entrar en la casa. Kaylee se rascó las chanclas y no hizo nada más.

En la plataforma del Ford, Donny gruñía. Levanté la vista y vi que Marisa había estado mirando al porche con los brazos apoyados en el lateral de la plataforma de la camioneta. Sin embargo, Donny intentaba que volviera con él.

—¡Donny, no! —chilló Marisa.

Donny gruñó de nuevo y siguió empujándola hacia él. Marisa se fue hacia abajo y tuve la amarga sensación de que tendría que intervenir, lo que sería muy estúpido por mi parte.

—¡Donny! ¡Basta ya!

Lo oí acompañado de un sonido de carne abofeteada. Supuse que era la cara de Donny y me relajé un poco.

En el porche, Carlos miró hacia el Ford, muy cerca de donde estaba yo. Contuve el aliento, pero Carlos casi no desvió la mirada. Se giró hacia Tyler, consultó el reloj de pulsera y masculló algo sobre los *amateurs*.

Marisa se aupó a la plataforma para mirar de nuevo. Donny se levantó, musitó ‘A tomar por culo’ y saltó al suelo. Entonces se dirigió rápidamente al porche.

—Adiós —cuchicheó Marisa. Estaba de espaldas a mí, pero tenía la sensación de que sonreía.

Yo también sonreí. Entonces miré hacia el porche de nuevo.

Tyler frunció el ceño cuando Donny apareció en el porche.

—¿Necesitas algo, tío?

—Sí, pero no me lo darán.

Tío To se aclaró la garganta.

—Chavales, apreciaríamos que dejaseis a un lado vuestras vidas sentimentales hasta que acabemos.

Entonces Jared volvió a aparecer con una funda de plástico negro trapezoidal que era casi tan grande como él. La dejó en el hormigón del porche con un ruido sordo y Tyler se agachó para abrir los pasadores.

—Regalaos la vista con esto, caballeros —dijo.

La parte superior de la funda se balanceaba y no podía ver lo que había dentro, pero observaba la expresión agria de Carlos.

—Eh, ¿es malo? —preguntó el Tío.

Carlos zarandeó la cabeza lenta y ásperamente.

—Mierda de la mala —dijo. Seguía sonando como si fuera de Connecticut.

Tío To dio un paso adelante y, de una patada, envió la funda fuera del porche. Cuando golpeó el suelo, la campana de una especie de tuba, un sousafón, cayó y rodó unos pocos metros hacia mí antes de detenerse ante el porche. Los cilindros enrollados del resto del instrumento también cayeron. La funda aterrizó encima de todo.

—Eh —gritó Donny—. ¿Qué cojones haces?

Carlos lanzó una mirada amenazante a Donny y Tyler.

—Fibra de vidrio —gruñó Carlos.

Se llevó la mano a la espalda, debajo de la chaqueta, y sacó un revólver tan grande que parecía que era de unos dibujos animados.

Entonces disparó y destrozó la campana del sousafón.

También era un buen tirador.

3. ¡Una mierda!

Me agaché detrás de la rueda posterior izquierda del Civic. El movimiento podía delatarme, pero era mejor que un perdigonazo. Carlos disparó cinco balas en total y cada una de ellas sonó como medio cartucho de dinamita. Reconocí el ruido: cartuchos de escopeta .410 Magnum.

Cuando se apagó el último eco y las orejas, que me zumbaban, oyeron de nuevo las voces de adolescentes chillones, me arriesgué a echar un vistazo por el parachoques del Civic de nuevo. El sousafón lucía cinco agujeros del tamaño de una pelota de golf y estaba lleno de arañazos más pequeños. El césped de alrededor estaba cubierto de blanca fibra de vidrio.

Mientras que Tío To se hurgaba las orejas con el dedo pequeño, Carlos abrió el tambor del revólver y tiró los cartuchos vacíos de la escopeta. Entonces se metió la mano en la chaqueta, sacó cinco cartuchos más y recargó.

—Esta pistola —dijo Carlos, colocando el tambor en su sitio— se llama la Jueza. Y a la Jueza no le gusta la fibra de vidrio. —Miró a Tío To de reojo—. ¿No les has dicho que a la Jueza no le gustaba la fibra de vidrio?

—Mencioné que los instrumentos de baja calidad no se tendrían en cuenta. —Tío To asintió con la cabeza.

Tyler señaló con un dedo la campana mencionada.

—¡Es un King! Es un instrumento de viento de cuatro mil dólares.

—Si tú lo dices —dijo Tío To—. No soy experto en ese campo, solo un intermediario.

Carlos se puso la Jueza detrás de la espalda de nuevo.

—Así que, niños, ¿qué más tenéis?

Mientras que Tyler, Donny y Jared formaron un corro nervioso y Kaylee se sentó de nuevo en el sofá harapiento, miré el Ford. Creía que ninguna bala había sonado en la camioneta, pero suponía que Marisa se había llevado un buen susto. Por supuesto, no la veía. Imaginaba que se había tirado al suelo de la plataforma de la camioneta.

Bien. Hacía falta que una chica inteligente como Marisa cogiera miedo a esas mierdas tan turbias. De lo contrario, podía acabar con una capucha, la cara embadurnada de negro y agachada detrás de la hierba.

En el porche, Jared sacaba otra gran funda negra. Esta vez, cuando Tyler la abrió, vi la campana de un instrumento de metal lacado en oro que brillaba.

—Este parece aceptable. —Carlos frunció los labios—. Pero averigüémoslo.

En unos movimientos suaves, Carlos sacó el sousafón de la funda con la campana. Levantó los cilindros por encima de la cabeza, se los colocó en los hombros y puso los dedos en los pistones y los labios en la boquilla.

Sonó una escala rápida y atronadora que hizo que el parachoques del Civic vibrara. Yo también sentí la vibración. No era tan intensa como el sonido de la Jueza, pero penetraba más adentro. Estaba impresionado.

Carlos paró después de treinta segundos, se quitó el instrumento, lo desmontó y lo volvió a guardar en la funda, la cerró, se levantó y miró a Tío To.

—Dos mil doscientos —ofreció.

Donny rebuznó como un burro al que le han pegado una patada en los huevos y Tyler exclamó:

—¡Una mierda!

Carlos se giró y contempló la noche.

Tío To extendió las manos hacia los chicos con las palmas hacia arriba.

—Si dice dos mil doscientos dólares, son dos mil doscientos.

—Venga, por el amor de Dios —suplicó Tyler. La voz de vendedor de electrodomésticos se había transformado en un gemido—. Es un Conn: vale

ocho mil y solo tendrá cuatro meses. Ni siquiera ha desfilado en una procesión. Nos tienes que dar como mínimo cuatro mil. Especialmente porque has disparado al King.

Carlos permaneció inmóvil.

Tío To levantó una ceja:

—Chicos, esto o nada. Si elegís nada, no hará otra oferta.

Tyler y Donny los pusieron a parir, pero Jared solo miraba a Kaylee, que estaba en el sofá con el pelo en la cara y se miraba las rodillas. La vi asentir.

Entonces Jared y Tyler intercambiaron una mirada y Tyler soltó un respingo exasperado.

—Si no nos queda otra —afirmó.

Carlos se giró hacia ellos y se llevó la mano a la espalda. Los chicos se estremecieron. Sin embargo, esta vez Carlos sacó una cartera de cuero del tamaño de una libreta. La abrió como si fuera la Biblia, contó veintidós billetes y se los entregó a Tío To. Entonces volvió a guardar la cartera junto a la Jueza.

Tío quitó dos billetes del montón y entregó el resto a Tyler.

—Tío, nos estás robando —se quejó Tyler.

—No. —Tío To frunció el ceño—. Mi comisión es del diez por ciento, así que todavía me debéis veinte dólares.

Tyler cogió el montón de billetes y se lo metió en el bolsillo.

—¿Habéis guardado lo mejor para el final? —preguntó Carlos.

Donny, con el dedo, señaló a Jared y este entró.

—Sí, señor —dijo Tyler. El chico hacía todo lo posible para recuperar las buenas formas—. Tiene casi tres años, pero se conserva perfecta. En una tienda te costaría quince mil.

—Los sousafones no suelen costar tanto. —Carlos arqueó una ceja.

Tyler sonrió mientras Jared sacaba la tercera funda y la dejaba en el porche junto a la segunda.

—Porque este caramelito no es un sousafón —dijo. Se agachó y abrió los pasadores y la tapadera con una floritura—. Según mis colegas pringados de la banda, es una tuba Gronitz de concierto. Es el orgullo del profesor de la banda del Instituto de Kingman desde que convenció a un imbécil de San Antonio para que la donara. No obstante, la pérdida del señor Garrett puede ser tu beneficio.

Los dientes me rechinaron. Hasta ese momento, tenía cierta esperanza en que David Garrett formase parte de la conspiración del robo de los sousafones. Al fin y al cabo, era un profesor con un sueldo bajo y acceso a

instrumentos caros, pero no había ningún indicio de que estuviera por aquí y Tyler parecía contento por su futura molestia.

¡Joder! Todavía no me habían presentado a Garrett, pero estaba bastante seguro de que se acostaba con mi ex. Me habría alegrado de que fuera un delincuente. En las cinco semanas que hacía que había vuelto a Kingman solo había visto que era guapo y popular, que tenía talento y conducía un Nissan Maxima casi nuevo. Además, era afroamericano como Elizabeth. Por supuesto, sabía que mis genes europeos no eran la razón por la que nuestro matrimonio se había hundido. Sin embargo, yo había deseado ser negro desde que había visto a Freddie King tocar en el Armadillo, en Austin, cuando tenía seis años. Mi padre me había enseñado algunas cosas buenas, además de forzar cerraduras.

Carlos se acercó, miró dentro de la funda y suspiró.

—No —exclamó—. No, creo que no.

—¿Estás vacilándome? Está perfecta. —Tyler se levantó con los ojos fuera de sus orbitas.

—¡Y mira si hay metal! —apuntó Donny—. Tiene más que tres sousafones juntos.

Carlos volvió a mirar dentro de la funda.

—Estaría bien como instrumento de grabación o para una sinfónica, pero no trabajo esos mercados. Creo que te has confundido porque en México se le dice tuba al sousafón. —Miró a Donny con desdén—. Sobre la cantidad de metal, supongo que crees que trabajo el negocio de la chatarra y no. —Miró la funda por tercera vez—. Ochocientos.

Entonces Carlos se giró y contempló la noche de nuevo.

Esta vez fue Donny quien chilló:

—¡Una mierda! ¡Una mierda te comas!

Tío To levantó las manos.

—Chicos, tenéis diez segundos.

Vi que Tyler y Donny pegaban patadas al suelo y los volvían a poner a parir. Entonces, como antes, Jared miró a Kaylee, cuya cara todavía estaba escondida bajo el pelo. Se arrancaba una piel muerta del tobillo. Sin embargo, volvió a asentir a Jared y este se lo comunicó a Tyler.

Tyler gimió y levantó la mano.

Como antes, Carlos se giró, cogió la cartera grande, sacó unos billetes y se los entregó a Tío To.

Tío apartó el billete superior con dicho pulgar y se lo guardó en el bolsillo.

—Ya no me debéis veinte. —Dio a Tyler los otros setecientos.

Tyler, tan arisco como un bulldog capado, se lo guardó en el bolsillo trasero con los demás. Su bolsillo abultaba, pero parecía que eso solo lo entristecía más.

Haría lo que hiciera falta para liberarlo de esa carga. Dos mil setecientos dólares no era una paga descomunal, pero a menudo aceptaba sueldos peores.

Carlos se volvió hacia Tío To.

—Si no hay nada más, nos tendríamos que ir.

—¿Algo más? —Tío señaló la casa.

—No, esto es todo lo que hemos podido pillar —respondió Donny—. De todas maneras, Kingman solo tiene otro sousafón y está viejo y abollado.

—En ese caso —dijo Tío To—, tal vez tendríais que expandiros hacia otros distritos escolares. Carlos me dice que también nos servirían trompetas y trombones, pero eso da poco beneficio. Si queréis dinero, coged más sousafones.

Carlos hizo un gesto de desdén hacia la campana tiroteada en la hierba, hizo una mueca y dijo:

—Recordad: nada de fibra de vidrio.

Hubo un momento de silencio. Entonces Tío To cerró la tapa de la funda de la tuba de una patada.

—De acuerdo, chicos, cargadlo.

Jared empezó a agacharse hacia las fundas de los instrumentos, pero Donny se interpuso.

—Ya lo traigo yo, clarinetista.

Donny se agachó y pasó los pasadores de la funda de la tuba, entonces la puso en la furgoneta y la lanzó dentro. Aterrizó con ruido.

—¡Con cuidado! —ordenó Tío To.

Donny parecía enfadado.

—Eh, no pasa nada. Solo vale setecientos dólares. —Pegó una patada a la puerta trasera izquierda de la furgoneta, que se cerró con otro ruido.

—Eso ha sido grosero —aseguró Tío To. Carlos le miró.

Donny los ignoró y se dirigió a por la funda del sousafón.

En ese momento el motor de la furgoneta se encendió. Berreó y la furgoneta abandonó el porche, con los neumáticos lanzando polvo y hierba y una puerta dando golpes. Derrapó en el polvo de la pista de la entrada y salió disparado a la carretera del condado.

Cuando la furgoneta rugió a mi lado, vi de reojo quién la conducía.

Marisa.

Volví a mirar al porche y esperaba que Carlos volviera a sacar a la Jueza. Sin embargo, él permaneció con una expresión de desconcierto mientras los otros chicos en el porche gritaban. Mientras tanto, Kaylee se había apartado el pelo de un ojo y miraba la furgoneta irse.

Yo también la miraba. Se le encendieron las luces cuando chirrió en el asfalto de la carretera y se dirigió hacia el este. La luz derecha titilaba cuando la puerta abierta se movía. Después las dos luces se desvanecieron entre los robles y el ruido se redujo hasta ser un gemido distante.

Encima del porche, los gritos y las palabrotas también se redujeron. Cuando se impuso el silencio, Carlos habló. Por primera vez sonó como si pudiera ser de Texas.

—Joder —dijo—. ¿La novia de quién me ha mangado la tuba?

4. No era un perverso

No tenía ni idea de por qué Marisa lo había hecho. Tal vez estaba enfadada con Donny por irse enfadado cuando ella había rechazado ceder, pero robar una furgoneta parecía una forma estúpida de expresar el desagrado para una chica inteligente. Ver que Carlos y la Jueza podían decidir disparar a algo más que una campana de fibra de vidrio de un sousafón.

Por fortuna, parecía que a Carlos le daba igual la furgoneta y todavía le importaba menos la tuba. Parecía feliz de tener el sousafón de metal.

Sin embargo, Tío To estaba tocado. Le escuché ordenar a Tyler que le devolviera el dinero de la tuba, más quinientos dólares de la furgoneta.

—Robé esa mierda de vehículo con el único propósito de esta transacción —explicó—. Así que no es por el vehículo *per se*. Es un principio: si invitas a una persona a una reunión de negocios, esa persona tiene una expectativa razonable de irse con el mismo vehículo con el que llegó.

Los chicos miraron a Kaylee, que asintió con la cabeza. El pelo le cayó en la cara otra vez.

Tyler, con los hombros encorvados por el sufrimiento, se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó el fajo de billetes. Contó doce y se los dio a Tío To. Entonces el Tío contó ocho y se los devolvió a Carlos, que levantó una mano y afirmó:

—No, tú te quedas la comisión.

Tío To apartó un billete y entregó el resto.

—Por eso aprecia nuestra sociedad, Carlos.

Carlos sacó la cartera y metió los billetes.

—Has cumplido tu parte. —Lanzó una mirada fría a Tyler—. Pero tú me darás cien, pendejo. —La última palabra con acento mexicano no le sonaba natural en la boca. Acentuó la primera sílaba en lugar de la segunda—. Entonces nos llevarás al señor Anthony, a mí y a mi sousafón a nuestros coches, que están aparcados en Kingman. Si alguna vez vuelvo a hacer negocios contigo, te asegurarás de que la transacción proceda de una manera más profesional. ¿Comprendes?

Esta vez Tyler no miró a Jared ni a Kaylee. Solo asintió con la cabeza y entregó a Carlos cien dólares más.

Ahogué mis ganas de gritar: la red para robar los sousafones del Instituto de Kingman se había quedado con solo mil cuatrocientos dólares, más la fibra de vidrio tiroteada.

Yo no perseguiría el dinero de Tío To ni de Carlos. Yo solo quería robar caramelos a bebés para tener cambio. Especialmente después del incidente navideño en Chicago que implicó a un Papá Noel con una pistola Sig Sauer. Aquella liquidación había financiado mi retorno a Texas, pero aun así no había merecido la pena casi violar la Regla número uno: no morir.

Vale, mil cuatrocientos era poco, pero era algo. Ya había invertido demasiado tiempo para dejarlo pasar, así que tenía que dejar de reflexionar sobre el robo de la furgoneta por parte de Marisa. No era relevante para el objetivo.

Kaylee se levantó y cogió el dinero que quedaba en la mano de Tyler. No habló ni levantó la vista. Solo lo cogió con suavidad cuando pasó por su lado. Tyler parpadeó y parecía sobrecogido, pero no abrió la boca. Entonces Kaylee y Jared entraron en casa y cerraron la puerta.

—Perfecto, jóvenes —dijo Tío To y dio una palmada—. Es hora de que Carlos y yo nos marchemos de la función de los *Teletubbies*. ¿Quién conduce?

Donny masculló e hizo gestos hacia la camioneta Ford.

Yo me fui del parachoques del Civic. Cuando me aparté, escuché el chirrido del plástico contra el hormigón de la funda del sousafón al recogerla. Entonces, respirando deprisa, me escabullí hacia un lateral de la casa. Me agaché, fuera de la visión de los coches aparcados, con la espalda contra la pared de madera.

Vi que Tyler venía por el porche con la funda del sousafón, seguido por Donny, Tío To y Carlos.

—¿Dónde está Marisa? —preguntó Tyler mientras levantaba el sousafón para ponerlo en la plataforma de la camioneta. Estaba apagado.

—Desaparecida —dijo Donny.

Tyler subió a la plataforma de la camioneta con el instrumento y los otros tres se sentaron delante. Cuando Donny puso en marcha el motor, retrocedí por el lateral antes de que se encendieran los faros. Entonces miré de nuevo mientras el Ford daba marcha atrás por encima de la campana de fibra de vidrio tiroteado y se dirigía hacia la carretera.

Cuando se fue, permanecí quieto unos pocos minutos y escuché. Oí las voces amortiguadas de Jared y Kaylee dentro de la casa. Estaba bastante convencido de que estaban solos. Había vigilado el lugar muchas horas y había visto llegar a todos los vehículos. El Ford era de Donny y Tyler era el copiloto. El Honda era de Jared. Kaylee había conducido el PT Cruiser con Marisa de pasajera. Me preguntaba si evolucionaría su amistad ahora que Marisa había jodido lo que parecía que era el pacto de Kaylee. Anulé ese pensamiento porque, otra vez, no era relevante para mi objetivo.

Me arrastré alrededor de la casa siguiendo las voces de Jared y Kaylee. Cuando pasé la entrada con escalinata del este, vi que la puerta delantera estaba abierta. Había una mosquitera de madera, pero no tenía pestillo. No necesitaría mi navaja suiza.

Cuando fui a la parte trasera, me paré en la hierba debajo de la segunda ventana. Igual que la puerta delantera: abierta, pero con una mosquitera. Había un brillo suave acompañado de crujidos, pero las voces habían callado. Parecía que Jared y Kaylee habían llegado más lejos que Donny y Marisa.

Conforme los ruidos se hicieron rítmicos, me arriesgué a levantarme para mirar dentro. Ignoré a los adolescentes en la cama y me fijé en su ropa en el suelo. La luz de la lámpara en la cómoda no era gran cosa, pero era suficiente para que viera los pantalones cortos blancos de Kaylee en la entrada. Se veía el dinero enrollado en uno de los bolsillos.

En las películas, suele representarse al ladrón solitario como una persona planificadora y elegante. Sin embargo, en el proceso real del robo, especialmente cuando robas a otros sinvergüenzas, importa más la suerte que la pericia. El que quiera peces, que se moje el culo.

Deshice el camino que había hecho, abrí la mosquitera con cautela y entré.

El resto fue fácil. Atravesé de cuclillas el baño y la cocina, entré al recibidor y seguí la luz de la lámpara hasta la puerta abierta de la habitación. Jared y Kaylee estaban ocupados y habría hecho falta una granada de mano para distraerlos, así que agarré los pantalones cortos y me arrastré por el otro

lado hasta que fui a la entrada con la escalinata. Había entrado y salido en treinta segundos.

Cuando cerré la mosquitera, saqué el dinero del bolsillo de los pantalones cortos de Kaylee y me lo guardé en mis vaqueros. Entonces encontré su móvil en el bolsillo trasero. Ahora que tenía el dinero, decidí permitirme un poco de curiosidad. Pulsé la pantalla, se encendió y mostró el último mensaje de texto que le había llegado a Kaylee antes de quitarse la ropa.

M ALEGRO TODO OK. YO TMB. NO HAY PROBLEMA.

Lo había enviado alguien guardado como MRSA.

Tal vez Marisa no había jodido el pacto de Kaylee. Quizás solo trabajaban juntas en algún asunto.

No sabía qué tipo de pacto cogía dos mil doscientos dólares y los convertía en mil cuatrocientos. Fuera como fuera, esos niños habían aprendido la amarga lección de que el crimen no compensa.

Al menos no bastante.

Como ya no me preocupaba hacer un poco de ruido, corrí entre el Honda y el PT Cruiser a través de la entrada y volví al bosque. Desde allí, con la ayuda de mi leal linterna de bolsillo, volvería por unos caminos de ciervos a la carretera secundaria donde había aparcado mi Toyota Corolla.

Dejé el teléfono de Kaylee y los pantalones cortos en la entrada con escalinata. Me alegraba de que no hubiera ropa interior dentro de los pantalones cortos: me habría dado asco.

Fuera como fuera, sabía que a pesar de que era un delincuente, no era un perverso. Me aferraría a eso.

A eso y a mil cuatrocientos dólares robados a una banda de adolescentes ladrones de sousafones.

5. No se permiten los juegos de palabras

Cuando llegué al Instituto Rural de Kingman el lunes por la mañana, me sentía un fraude con mis pantalones caquis y una camisa deportiva azul. Me encontré al sexagenario ayudante de la *sheriff* nada más atravesar la puerta principal. Estaba fuerte, tenía la nariz grande y ocupaba el centro del vestíbulo de baldosas y adoquines como un monumento al orden público local. Llevaba gafas de sol de aviador con el uniforme del color del ciervo y un gorro Stetson y masticaba chicle lentamente.

Llevaba la funda del revólver .357 sin pasar y no llevaba nada más en la cartuchera, excepto una funda de esposas. No había visto a un policía con otra

arma que no fuera una semiautomática desde que era un niño y la mayoría estaban acompañadas de radios, pistolas eléctricas, porras plegables, botes de gas y todo tipo de juguetes. Sin embargo, este tío era de la vieja escuela.

No lo reconocí, a pesar de que había crecido en el condado de Kingman, lo que quería decir que, a pesar de su edad, era nuevo, así que decidí hablarle. Siempre que es posible, me gusta mantener buena relación con los problemas potenciales.

—¿Algún problema, jefe? —le pregunté mientras los niños entraban en manada. Tuve que levantar la voz para que me oyera entre los adolescentes quejicas.

El ayudante no me miró mientras respondía:

—Allanaron el edificio y robaron el viernes por la noche. Robo de material escolar.

Zarandeeé la cabeza como un spaniel confundido.

—¿Qué resolverá estar aquí un lunes por la mañana?

Las cejas del ayudante se juntaron unos milímetros.

—Hago lo que puedo. —Me miró por encima de las gafas de sol—. Le he comunicado a la *sheriff* que sospecho de los alumnos y ella cree que los culpables me verán y se pondrán nerviosos. Los niños nerviosos lo charlan todo. En teoría.

Observé el flujo creciente de adolescentes altos y bajitos, gordos y flacos, blancos, negros y morenos. La mitad miraban los móviles al pasar y la otra mitad estaban absortos en una conversación o giraban los ojos al vernos.

—Pues mucha suerte —le deseé.

El ayudante se subió las gafas de sol.

—Sé muy bien que un viejo gordo no intimida a esos cabroncetes. Pero, como yo digo, hago lo que puedo. Y tengo que tomarme el segundo vaso de café cuando el timbre suene. —Miró el reloj que había en la pared tras él—. Trece minutos.

Señalé con la cabeza la funda sin pasar.

—Cuidado con no disparar a ninguno de esos cabroncetes mientras tanto, colega.

Levantó una ceja.

—En un momento me has llamado ‘jefe’ y ‘colega’. Detecto sarcasmo. Así que si disparo a alguien, será a ti.

Consulté el reloj de pulsera.

—Tendrá que ser más adelante, coronel. La directora quiere verme y, como ha señalado, solo faltan trece minutos hasta que suene el timbre.

—Qué pena —aseguró el ayudante—. Estaba disfrutando de su compañía.
—Me llamo Matthew Marx, por cierto. —Le ofrecí la mano—. Profesor sustituto por excelencia. Encantado de conocerlo, ayudante...

Consulté el nombre en la etiqueta de la placa.

—¿Abejónix? —pregunté.

No alargó la mano.

—Nosotros no tenemos nada que ver.

—Pero tenemos una cosa en común, jefe. Nuestros apellidos acaban en x.

—No existen los hermanos de abecedario. —Tenía la cara como una roca con la nariz grande.

Así que convertí mi intento de apretón de manos en un saludo y me adentré en el pasillo principal, abriéndome paso entre la multitud hasta que la pared de baldosas a mi izquierda se convirtió en paneles de vidrio. Tomé un atajo por el recibidor, paré dos veces para esquivar niños que no levantaban la vista de los móviles y entonces abrí la puerta de la administración de la escuela.

Lester, el administrador —no le gustaba que lo llamasen secretario— estaba apoyado en la larga taquilla que dividía la sala entre su puesto de trabajo y el área de espera. Lester era un profesor de historia retirado y entrenador que había aceptado el trabajo, según alegaba, porque su esposa le había amenazado con apuñalarlo con las tijeras del jardín si permanecía en casa. En ese momento, Lester tenía su cabeza calva entre las manos, apoyando el rojizo bulto que tenía por cara en el vapor de una taza gigante. Tenía la corbata sobre el hombro de la camisa de cuadros escoceses para que no acabara dentro de la taza.

—Está reunida con una alumna —anunció Lester sin levantar la vista. La voz le sonaba como gravilla en una licuadora—. Así que quédate aquí y no digas nada. Tengo una resaca de madre.

—¿Tu madre tenía muchas resacas, Lester? —Yo también me apoyé en la taquilla, enfrente de él.

—Si hubieras conocido a mi padre, no lo preguntarías. Ahora calla.

—Tío, nadie está de humor esta mañana. —Chasquéé la lengua—. El ayudante Abejónix casi me ha arrancado la cabeza de un bocado.

—Ernest —confirmó Lester—. ‘Abejónix’ es como lo llamaban en el Departamento de Policía de Houston. No sé por qué. Ahora es ayudante de la *sheriff* de Kingman, que es lo que entiende por una jubilación a medias. La *sheriff* estará de acuerdo, porque Ernest ha aparecido esta mañana con su propio coche, que si bien es un Chrysler bueno y nuevo, no tiene radio de

policía, ni apartado para los detenidos, ni siquiera compartimento para la escopeta. Así que creo que el plan de Ernest es plantarse en la entrada mañana y tarde, con semblante sanguinario, y leer novelas *western* en edición rústica de Louis La Amour en el aparcamiento mientras tanto. Tal vez dar alguna cabezadita. Creo que el asiento de conductor se reclina.

—A lo mejor le pongo un petardo en el tubo de escape —aventuré—. Como hacía antes.

Los ojos de Lester se abrieron de par en par y silbó bajito.

—No, ni pensarlo. Yo jugaba al fútbol americano con él en el suroeste de Texas en el periodo cretáceo y le vi romperle el cuello al apoyador de un golpe limpio. El chico acabó conduciendo un camión de reparto de bollería que tenía que girar soplando una pajita.

La puerta del despacho al otro lado de la ventanilla se abrió y una chica bajita con la melena negra, vaqueros y una camiseta que decía en rojo clarito BANDA DE PUMAS DE KINGMAN salió. Hizo malabarismos con una mochila azul de una mano a la otra, cerró la puerta y me miró. Era Marisa.

Levantó las cejas.

—Oh, hola, señor Marx. —Su acento tejano era completamente musical—. ¿Impartirá hoy nuestra clase de redacción y literatura?

—Yo, eh, no lo sé —dije. Estaba desconcertado. La última vez que la había visto robaba una furgoneta con una tuba—. Supongo que Eliz..., eh, la señora Owens me dirá a qué clase tengo que ir.

En la taquilla, Lester emitió un ruido de ahogo.

Marisa sonrió. Sabría que la ‘señora Owens’ y yo habíamos estado casados en un pasado lejano. Realmente solo hacía seis años que Elizabeth se había divorciado de mí y yo me había esfumado a Chicago. Sin embargo, para una adolescente de diecisiete años, eso parecía historia antigua. Ojalá me lo pareciera a mí también.

—Pues espero que sí —aseguró Marisa—. Me gustó esa historia de D. H. Lawrence. El señor Morris nos habría hecho escribir sobre *El barril de Amontillado* por décima vez.

—Poe... bre de ti —bromeé.

—¿Eh? —Marisa frunció el ceño.

La puerta del despacho se abrió de nuevo y apareció mi exmujer, llena de gracia, alta, con la piel suave y un pantalón de color morado. Llevaba el pelo recogido, lo que hacía destacar su frente alta, los ojos oscuros y las mejillas perfectas. Ojalá se hubiera abandonado después del divorcio, pero no tuve esa suerte.

—Como ya le he dicho, señor Marx —dijo Elizabeth—, a nadie le gustan los juegos de palabras. No los toleraré en el Instituto Rural de Kingman.

Miró a Marisa.

—No llegues tarde. Te necesitarán para abrir los armarios.

—Sí, señora —dijo Marisa y se dirigió hacia la salida. Me hizo un gesto con la cabeza—. Hasta luego, señor Marx.

La vi adentrarse en el pasillo y entonces vi la serigrafía en la parte posterior de su camiseta de la banda.

En negrita y en mayúsculas decía DURA COMO EL METAL.

6. Chispas y fuegos sin control

Me volví hacia Elizabeth.

—Si yo hubiera traído una camiseta así cuando estudiaba aquí, me habrían expulsado. Después de que Lester me hubiera pegado una colleja.

Lester roncó.

—Bueno, me la habrías dado tú.

Elizabeth se encogió de hombros.

—Un padre se ha quejado. Ese padre ha averiguado que las camisetas fueron un regalo de un anónimo mecenas de la banda, alguien de San Antonio. Cuando las donaciones son la única forma en la que un instituto puede mantener el programa de música, la gente soporta un poco de vulgaridad.

—¿Incluso los baptistas? —pregunté.

—Especialmente los baptistas. Ellos entienden que todos somos pecadores. Pase, señor Marx.

Seguí a Elizabeth dentro de su despacho y cerré las puertas mientras oía como Lester mascullaba:

—¿Señor Marx?

—Sabes que puedes llamarme por mi nombre —dije mientras Elizabeth se sentaba detrás del escritorio—. Todo el mundo sabe que solíamos meternos mano.

Elizabeth me lanzó una pequeña sonrisa e hizo gestos hacia dos sillas negras.

—Lo dirás por ti, Matt.

Me senté de lado en una de las sillas y puse los pies en la otra.

—Me encanta cuando bromeamos, Lizbeth. Así sé que la chispa todavía está viva.

—Esto es Texas. Las chispas provocan incendios y arruinan centenares de vidas.

—Exageras —repliqué—. A lo sumo, solo hemos arruinado mi vida. Tú diriges un instituto de los veinte o treinta mejores entre Conroe y Nacogdoches. ¿Cuántos estudiantes con camisetas vulgares tienes ahora? ¿Unos 666?

La sonrisa se le encogió.

—Entiendo que todavía creas que Kingman es un castigo de Satanás. Sin embargo, yo te agradezco que me trajeras aquí. Me horrorizaba cualquier lugar de Texas que no fuera Austin, pero Kingman me ha enseñado que hay gente buena en todas partes. —Pegó un suspiro que recordaba bien—. ¿Por qué volviste, Matt? Tus padres están muertos y yo soy una espina que tienes clavada. No puedes ser feliz en ese apartamento minúsculo de encima de la ferretería.

—La casa de Tornillos y Suministros Kingman es temporal. A pesar del alojamiento, yo crecí aquí. Es mi hogar, pero no puedo idealizarlo porque sé lo que esconden las paredes. Por ejemplo, lo racista y rancio que es este condado. ¿Sabes cuánta gente dijo cosas crueles sobre nuestro matrimonio?

En realidad, lo que escuché a la mayoría de la gente es que no era lo suficientemente bueno para ella. Ya podía ir a la Universidad de Texas, sacar matrículas de honor, hacer un máster en educación, que siempre sería un delincuente de tercera generación para la gente más mayor. No se equivocaban, por supuesto, pero aun así era poco amable que lo comentasen.

Elizabeth rio un instante.

—Si dejara que unos racistas dirigieran mi vida, no podría vivir en ninguna parte. —Frunció el ceño—. Sin embargo, si no pudiera trabajar de esto, me iría a cualquier sitio en el que pudiera, lo que me lleva a algo que quería decirte desde hace tiempo. —Se acercó a mí—. Tal vez piensas que si esperas, quedará un hueco libre y podrás formar parte del cuerpo docente de Kingman de nuevo. Pero eso no pasará a corto plazo. En cambio, podrías trabajar a jornada completa en, por ejemplo, Dallas. O en Fort Worth o en Oklahoma City. —Arqueó las cejas—. O en Canadá. Si te ha gustado Chicago, te encantará Canadá: nieve, hielo y alces. Todo lo que no verás por aquí.

Hice una mueca.

—No. Allí hay gente que habla francés. Ya lo paso bastante mal con el castellano. —Miré el reloj—. El timbre está a punto de sonar. ¿Dónde me

necesitas? Por cierto, también me habrías podido dejar un mensaje en el contestador si no querías que bromeáramos.

—No te he avisado porque no lo sabía seguro —aseguró Elizabeth—. No obstante, sabía que tendríamos profesores con baja por enfermedad. Pasa siempre hacia el final del trimestre, cuando se dan cuenta de que todavía no han gastado las bajas por enfermedad. Creía que uno de ellos volvería a ser Morris, en cuyo caso podrías continuar enseñando inglés de verdad. Sin embargo, después de todo, ha venido.

—¡Qué pena! Algunos de esos niños tienen madera.

—Lo sé. —Miró al escritorio. Cuando volvió a hablar, bajó la voz—. Aun así, alguien cuya baja no esperaba... no ha venido. Esta mañana ha mandado un mensaje de 'No puedo ir' sin ninguna explicación. Tampoco contesta ni los mensajes ni las llamadas.

Esperé. Escuchando la manera en la que Elizabeth hablaba, no era difícil adivinar quién era el susodicho. Aun así, quería que lo dijera.

—Es el profesor de la banda —dijo Elizabeth—. David Garrett.

—¿Te refieres al tío al que montas como a un toro de rodeo? —Dejé caer los pies.

—Qué descripción más vulgar y errónea. —Respondió, sin perturbarse—. No lo sabe nadie más, así que no digas nada.

Reí forzado, un poco amargamente.

—Joder, Lester tendrá aspas rojas pequeñas en el calendario para marcar las mañanas que el señor Garrett y tú llegáis con cinco minutos de diferencia. Esto es un pueblecito, Lizbeth. Si la directora de la escuela toca el trombón del duque de los pringados de la banda, no seré el único que se habrá dado cuenta.

Elizabeth me dirigió una mirada que hubiera fundido el acero.

—Lo único que necesito oír de ti es si irás a la banda sinfónica la primera hora, después matarás una hora y sustituirás dos clases de historia consecutivas. La señora Conley ha dejado un DVD de la batalla de Gettysburg que asegura que servirá para las dos. Después, puedes irte a casa con la paga de media jornada o puedes ocuparte de dos salas de estudio esta tarde. Los exámenes finales empiezan en una semana y a algunos profesores de verdad les vendría bien tiempo para programar.

Intenté devolverle la misma mirada que me dirigía, pero a ella se le daba mucho mejor.

—En primer lugar, no sé nada de enseñar a bandas. En segundo lugar, me encanta el concepto de 'profesores de verdad'. En tercer lugar... —Si mi

aventura del fin de semana hubiera sido más provechosa... Pero necesitaba los ochenta pavos—. De acuerdo. Puedo cubrir la tarde también.

Elizabeth recobró la calma de líder de la manada.

—No te preocupes por la banda. Por eso estaba aquí Marisa. Está empezando, pero incluso los veteranos la respetan, y David también. Le he dado la llave para el armario de los instrumentos y dirigirá el ensayo. Solo tienes que asegurarte de que nadie los interrumpe. El concierto de primavera es el viernes y tienen que tocar bien. La venta de dulces y la barbacoa son justo después y la gente compra más galletas si les ha gustado el espectáculo. Nuestro mecenas nos ha proporcionado buenos instrumentos y camisetas, pero todavía necesitamos dinero para trasladar la banda a los partidos de fútbol y a las competiciones del distrito el año que viene.

—¿Crees que tu, eh, señor Garrett habrá vuelto el viernes? —pregunté—. Quiero decir, es inquietante que no diga por qué no ha venido hoy, ¿no crees? Igual se ha quedado sin cobertura.

No eran preguntas ni amables ni útiles por mi parte, pero ya no era un tío tan amable ni útil como antaño.

Esta vez Elizabeth se mantuvo fría.

—David tiene un hermano que atraviesa ciertas dificultades. No me he dado detalles y yo no se los he pedido. Sin embargo, creo que por eso no ha venido. Sea como sea, no decepcionaré a la banda. De hecho, estuvo aquí ayer, un domingo. Estuvimos los dos e instalamos nuevos candados en los armarios de los instrumentos. David los pagó de su bolsillo, por cierto. —Respiró fuerte—. Y ahora me pregunto que a ti qué te importa.

—Solo quiero ayudar si puedo. Tengo la sensación de que puedo ser bastante capaz de aprender a dirigir la banda antes del viernes.

—Ah, lo tendré en mente. —Estaba lista para que me fuera, pero yo no.

—Hablando de nuevos candados, el ayudante de la *sheriff* me ha contado lo del robo de instrumentos. —No lo había hecho exactamente así, pero era solo una mentira pequeña—. ¿Será un problema para mi clase de hoy?

Elizabeth zarandeó la cabeza.

—No. De hecho, han devuelto uno de los instrumentos robados: la tuba. Apareció por arte de magia en el depósito de la cafetería. Supongo que el ladrón se dio cuenta de que el mercado negro de bandas de viento no quiere instrumentos para estar sentados. Cuando mezclas polca, cumbia, rancheras y pop, nadie se sienta. Especialmente los que tocan instrumentos de metal.

Sabía que Marisa había devuelto la tuba, a pesar de que desconocía el motivo. Ya me había imaginado, incluso antes de ver cómo iba vestido

Carlos, que habían robado los sousafones para revenderlos a una banda de viento, tal vez en Texas, tal vez en México. ¿Quién cojones más los podía querer?

—Por eso prefiero el blues eléctrico. Puedes estar de pie o sentarte, no hace falta que te arrugues ni soples y no chorreas saliva por todas partes. Salvo que seas percusionista. Además, no tienes que acatar órdenes de los que tocan instrumentos de metal.

Elizabeth me dedicó una pequeña sonrisa, pero sincera.

—Me acuerdo —dijo. Entonces se levantó, caminó hasta la puerta y puso la mano en el pomo—. Resulta que tenemos una persona que toca muy bien los instrumentos de viento metal aquí en la banda de nuestro pequeño instituto. Ya lo verás. —Sonó el timbre y abrió la puerta—. Ya llegas tarde.

Me levanté, la miré y sentí una punzada.

—Seguro que Annie habría tocado algo.

Las palabras me salieron antes de que me diera cuenta de que estaba diciéndolas. Elizabeth cerró los ojos. Ojalá me hubiera mordido la lengua en lugar de pensar en voz alta. Entonces abrió los ojos y volvimos al presente. Abrió la puerta.

—El aula de la banda está en el nuevo anexo, lejos de las otras aulas. Sal por este lado del pasillo hacia el aparcamiento posterior. Coge el pasillo entre la cafetería y el gimnasio y entonces...

—Seguiré el ruido de los cachorros a los que están pegando patadas.

Pasé por su lado.

Elizabeth cerró la puerta detrás de mí y pasé a zancadas por la taquilla en la que Lester todavía se apoyaba encima del café.

—¿Oyes todo esto? —pregunté.

Me miró, adormilado.

—En algún lugar me tendré que entretener. No querrás que me quede todo el día en casa y mire telenovelas con mi esposa. Me apuñalaría.

—No la culpo, Lester.

—Ni tú ni nadie.

Salí de la administración y me adentré en el pasillo, que ahora estaba vacío. Me habría sentido muy bien si hubiera salido del despacho de Elizabeth un minuto antes. Después de todo, pasar un rato con Elizabeth siempre me hacía bien. La clave era que fuera corto, pero algunas cosas tienden a limitarse a ellas mismas.

Marisa era bajita y delgada. La tuba Gronitz parecía más grande que ella. Cuando se la puso entre las piernas, en posición de tocar, solo se veía una maraña de metal con un par de deportivas blancas.

Sin embargo, desde la fila superior del aula con terraza de la banda, gritaba órdenes y marcaba el ritmo como un sargento de instrucción. Ya lo había afirmado Elizabeth: los otros niños la respetaban.

Solo eran cincuenta y seis, pero era la banda más grande que había tenido nunca Kingman. Eran buenos, especialmente Marisa. Incluso hizo el solo de *Barras y estrellas*, que suele tocar un flautín. Cada nota de la tuba fue rápida, precisa y perfecta.

Bueno, si soy sincero, cada nota me sonó como un pedo de ballena, pero eran pedos de ballena rápidos, precisos y perfectos.

Estaba impresionado y también desconcertado. Era obvio que a la niña le gustaba tocar en esa banda cursi del instituto. Así pues, ¿cómo podía ser parte de la red de robos de sousafones? ¿Se arrepentía y por eso había devuelto la tuba? ¿O solo la había devuelto porque se había dado cuenta de que no tendría una tuba decente para tocar?

Sus cómplices y el comprador sabían lo que había hecho. El comprador llevaba una pistola enorme cargada con cartuchos de escopeta y no le daba miedo usarla. A pesar de sus razones, ¿eso no debería haber hecho que Marisa se lo pensara dos veces antes de devolver la Gronitz?

Ninguna de esas preguntas me tendría que haber importado. Marisa era una joven sinvergüenza, de forma que yo les había robado a sus amigos sinvergüenzas jóvenes y a ella, porque eso era lo que yo hacía: robar a los sinvergüenzas. Sus motivos no eran mi problema, tampoco las consecuencias.

Sin embargo, ver el ensayo de la banda me complicaba reprimir la curiosidad. Dos de los compañeros gánsteres de Marisa estaban con ella. Kaylee, que llevaba otra camiseta de DURA COMO EL METAL y tocaba la trompeta, se sentaba un escalón por debajo de Marisa. Jared estaba abajo del todo, a la izquierda del taburete del director, donde estaba yo. Era uno de los ocho clarinetistas y se sentaba en primera fila. Suponía que eso quería decir que estaba bueno.

Cuando entré al aula en un momento álgido, lo primero que vi fue la espalda de la camiseta de Jared de BANDA DE PUMAS DE KINGMAN. Decía CAÑA DE LA BUENA.

—Supongo que no presumirías si fuera verdad —le dije.

—¿Eh? —fue la respuesta de Jared.

Mientras el período disminuía y *Barras y estrellas* acababa con un enorme pedo de ballena por parte de toda la banda, me rasqué las orejas y pensé en cómo pasar la próxima hora. La sala de profesores no, allí trataban a los sustitutos como portadores de la varicela y era imposible echarse una siesta. Los armarios de conserjería hacían un olor extraño y los asientos de mi Toyota no se reclinaban como los del Chrysler del ayudante Abejónix. Así pues, el despacho del director de la banda, cerrado por una puerta y una ventana cubierta por estores en la pared de la sala de ensayos, fue mi primera opción.

Además, quería hurgar los cajones del escritorio de David Garrett. Tal vez no servía del todo el proverbio ‘Conoce a tu enemigo’, pero ‘Conoce a tu sustituto’, sí.

Por supuesto, la puerta estaría cerrada con llave, lo que no me detendría. Sin embargo, tendría que esperar, hasta que se fueran los niños.

Cuando ya no vibraba la última nota, Marisa se levantó con la tuba apoyada en la cadera izquierda y se inclinó hacia la derecha para hacer contrapeso.

—De acuerdo, ¡asegurémonos de que el señor Garret no cancele el espectáculo! —gritó—. Instrumentos de viento de madera, ¡no dejéis las lengüetas viejas y asquerosas en el suelo! Instrumentos de metal, ¡limpiad la saliva! Percusión, ¡abrid paso! Si vuestro instrumento sigue aquí, recogedlo deprisa. ¡Tres minutos!

Se acercó la boquilla de la tuba y tocó siete notas rápidas: ¡Tan ta ra ran, tan tan!

Ni un solo estudiante se volvió hacia mí, sino que empezaron a seguir las órdenes de Marisa. Oí el ruido de las fundas al cerrarse. Permanecí donde estaba y seguí mirando a Marisa, Kaylee y Jared. Ninguno de ellos parecía avergonzado ni nervioso por su fin de semana de delincuencia, pero yo tampoco me sentía así.

Tampoco parecían molestos o deprimidos porque les hubieron robado los beneficios. Eso sí que me molestaba.

Cuando los niños acabaron de recoger, Kaylee y Jared se unieron a Marisa en la pared del norte, que estaba cubierta por un armario de roble enorme con cinco puertas. Guardaron trombones, trompas, bombardinos barítonos y unas trompetas y Marisa y sus amigos cerraron las puertas con los candados nuevos. La tuba fue la última en entrar. Después, Kaylee y Jared siguieron a los otros niños a través de las grandes puertas dobles y Marisa se abrió paso

entre las sillas plegables para recoger la mochila. Se detuvo junto a mi taburete de director de camino a la salida.

—Gracias por hacernos de canguro —agradeció—. ¿Lo veré en la clase de inglés después?

—Me temo que no. Hoy hago de canguro todo el santo día. Pero que te paguen por no hacer nada es... —Abrí los brazos en un gesto para abrazar el aula entera—. ¿Cómo lo tendría que expresar en este escenario? No hacer nada es... ¿mi *forte*?

Marisa me lanzó una risa irónica.

—Un juego de palabras musical. Muy inteligente, señor Marx. Cuidado no lo escuche la señora Owens.

Empezó a irse y decidí probar una cosa.

—Tengo curiosidad —anuncié—. ¿Cómo has conseguido que los ladrones devuelvan la tuba?

Se paró y frunció el ceño.

—¿Qué le hace pensar que yo tengo algo que ver con esto?

—Eres la única que toca la tuba en la banda —remarqué—. Así que si yo robase una tuba, te pediría un rescate a ti.

Marisa dio dos pasos hacia la salida.

—Sería inútil. Estoy pelada.

Intenté otra cosa.

—Entonces, ¿quién crees que lo robó?

Marisa se giró y no parpadeó.

—No hay forma de saberlo. Nunca se sabe quién puede ser un ladrón.

Se dio la vuelta sobre sus talones, como si fuera una bailarina en lugar de una persona que tocaba la tuba, y se fue.

8. Un diminuto biquini morado

Fui a la puerta y observé a Marisa hasta que se desvaneció en la esquina, hacia la cafetería. No había nadie más en el pasillo. Volví al aula de la banda y cerré las puertas.

Entonces intenté abrir el despacho del director de la banda y encontré que, en efecto, estaba cerrado con llave. Así pues, me saqué dos clips del bolsillo y entré en veinte segundos. Cerré la puerta y giré la llave de nuevo.

Un interruptor en la pared de baldosas de hormigón encendió un par de bombillas fluorescentes, que iluminaron un espacio que solo mediría diez por

diez, si no hubiera tenido archivadores, cajas, el escritorio y una silla de despacho de tamaño industrial.

Me senté en la silla e intenté abrir el cajón central del escritorio. También estaba cerrado con llave, lo que me alegró.

Tardé casi un minuto. Muy lento para un cajón de escritorio, pero tenía tiempo. Tampoco estaba buscando nada en particular. Aun así, si resultaba que encontraba algo que hiciera quedar mal a Garrett, no me importaría. Tenía una fantasía que consistía en enviarle a Elizabeth un anónimo con pruebas de que estaba cometiendo un error terrible.

Al principio no vi nada que valiera la pena cerrar con llave: un bolígrafo, peniques y centavos, lengüetas de clarinete y saxofón. Una goma gris, una batuta rota. Algunas boquillas de instrumentos de metal.

Sin embargo, debajo de todo esto había una libreta de gusanillo. La saqué, la abrí y encontré una maraña de comentarios y garabatos sobre cómo colocar en fila la sección de instrumentos de viento de madera. Era tan emocionante como el examen del carné de conducir.

Entonces cayeron dos sobres de las últimas páginas de la libreta. No estaban cerrados, así que los abrí. De acuerdo, los habría abierto de todas maneras.

El primer sobre contenía un montón de cinco fotos, sacadas con una impresora casera de fotografías digitales. Eran de Elizabeth, subidas de tono.

Bueno, en realidad no, pero tampoco estaban seguras en la escuela. Incluso los baptistas tenían límites respecto a la forma en la que los niños veían a la directora. O de la cantidad que de ella veían. Habían tomado las fotografías en un día de verano en la playa en Galveston y Elizabeth salía bien. Salía bien, con un diminuto bikini morado. Tan bien que los adolescentes las escanearían y las subirían a Internet.

Estaba molesto. ¿De verdad Garrett las había imprimido y las había traído al trabajo? ¿No podía aguantar ocho horas sin mirar de reojo el ombligo de Elizabeth? Joder, yo había aguantado seis años y estaba bien. Más o menos.

Volví a poner las fotos del bikini morado en el sobre después de decidir que no las escanearía yo mismo. Sabía dónde encontrarlas de nuevo.

Entonces abrí el segundo sobre. Solo contenía una fotografía, pero mucho más antigua. La habían hecho con una cámara de carrete y la habían revelado en un laboratorio fotográfico. Así de vieja era.

Era David Garret, a la edad de ir al instituto, frente a un rancho con otro tío que tenía algunos años menos. El David adolescente sonreía de oreja a oreja a la cámara y sostenía (o, mejor dicho, llevaba) un sousafón de metal

reluciente. También era guapo entonces y sería talentoso y popular a pesar de ser un pringado de la banda. Así pues, quería retroceder en el tiempo y abofetearlo.

Sin embargo, si exceptuamos ese primer impulso, estaba más interesado en el otro chico.

Era blanco. David y él llevaban vaqueros azules y camisetas de Jimi Hendrix. Las camisetas eran de colores diferentes, pero aun así parecía que la misma persona hubiera comprado la ropa a los chicos en la misma tienda.

Tardé un minuto, a pesar de que no tendría que haber sido así. Tal vez el pelo rubio del otro chico me desconcertó, puesto que no lo había visto antes. Entonces lo reconocí. No llevaba una chaqueta roja ni un gorro de vaquero, pero los ojos grises y la expresión áspera no habían cambiado nada.

En la foto tenía un sousafón de fibra de vidrio en los hombros. Tal vez, su expresión venía por no llevar el de metal.

Era el comprador de la banda de viento de la noche del sábado. El tío con la pistola descomunal a la que llamaba la Jueza.

Era Carlos.

9. Una boquilla fácil

Todavía contemplaba la fotografía de Garrett y Carlos cuando oí que las puertas dobles se abrían.

Miré a la derecha. La puerta del despacho estaba cerrada con llave y los estores de las ventanas, echado. El que estuviera fuera no podía ver el interior. Tal vez ni siquiera veían que la luz estaba encendida, así que me quedé quieto y escuché.

—Deprisa, Donny. —Era Marisa—. No quiero llegar tarde. No pasa nada por seis o siete minutos, pero diez son demasiados.

—¿Entonces por qué me has arrastrado hasta aquí? —pidió Donny—. ¿Dónde está el señor Marx? Has dicho que sustituía, pero no nos lo hemos encontrado en el pasillo.

—Habrás ido al descampado de atrás a fumarse un cigarrillo —explicó Marisa—. A saber. Se ha ido, como todos los demás. No hay ninguna clase en el anexo ahora, lo que lo convierte en el lugar más seguro para hablar. ¿Qué quieres? ¿Y por qué no podías mandarme un mensaje al móvil?

¿Al descampado de atrás a fumarse un cigarrillo? Me sonó presuntuoso. Yo no fumaba. Al menos no cigarrillos, ni tampoco en la escuela.

—¿Qué quiero? —la voz de Donny se rompió—. ¿Estás vacilándome? Robaste la furgoneta del señor Anthony, devolviste la tuba y dejaste la furgoneta en una zanja. Yo tuve que traer a esos tíos al pueblo. Ahora Kaylee asegura que no tiene el dinero del Conn. Y no me has contestado a los mensajes desde que te fuiste.

La respuesta de Marisa fue serena y segura:

—En primer lugar, no es la furgoneta del señor Anthony. Él la robó y el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón. En segundo lugar, Kaylee os advirtió de que no mostraseis a los compradores nada excepto los sousafones. Ella y yo te habríamos dicho que te racanearían con el precio de la tuba, incluso antes de que la robases, si nos hubieras contado tus planes.

—¡No podía contar nada antes de que lo hiciéramos! —exclamó Donny—. Además, el señor Anthony no nos dijo que llevásemos la tuba. La tuba no molestó a Carlos. Fue el sousafón. ¡Huir con la furgoneta cabreó a Carlos y fuiste tú!

Marisa masculló algo en castellano que no entendí y entonces dijo:

—No entiendo a esos pijos de la fibra de vidrio. En cuanto a mis acciones..., pues no podía permitir que compraran un Gronitz tan barato. No estaba bien.

—¡Pero Kaylee asintió con la cabeza!

—Eso no era una señal para aceptar el trato. El señor Anthony es primo segundo o tío tercero de Kaylee y ella dice que ya trabajaba en los asuntos turbios del condado de Kingman antes de que nacieran nuestras madres. Ella sabía, por la manera en la que actuaban, que habían ofrecido su mejor oferta: eso quería decir.

Al hablar, Donny tenía cada vez la voz más floja y triste:

—Pues se equivocaba. Tyler recibió un mensaje del señor Anthony en menos de una hora. Resulta que, después de todo, Carlos nos ofrecerá un buen precio por la tuba si la volvemos a traer esta noche. Dos mil quinientos.

Hubo una pausa antes de que Marisa hablara de nuevo.

—¿Qué me estás contando?

—Va en serio —dijo Donny—. Escucha, Kaylee tiene que traer los mil cuatrocientos y dárselos a Tyler. Entonces, cuando tengamos los dos mil quinientos para sumarlos, os entregaremos una parte. Sin embargo, ya no podemos confiar en que Kaylee lo guarde. Tyler ha amenazado con que si Kaylee no aparece con el dinero, reventará a Jared. Una paliza brutal, con huesos y dientes rotos. Quiere obligar a Kaylee a mirar. Entonces dice que le enviará un correo electrónico a su padre y le contará que su hija se folla a

Jared, porque su padre le bloqueará el dinero de la universidad. Hemos oído que la enviará a la Universidad de Baylor solo si es virgen. ¿Esa norma será suya o de Baylor? ¿Qué opinas?

—Ni idea —respondió Marisa—. Lo que sí sé es que alguien entró en la casa y se llevó la pasta mientras Kaylee y Jared dormían. No se dieron cuenta hasta que la madre de Kaylee los llamó por teléfono y los despertó. Y encontraron el móvil de Kaylee en el porche posterior.

Donny no lo creía.

—¿Cómo sabemos que no han inventado esa historia para quedarse con el dinero?

Marisa estaba indignada.

—¿Cómo sabemos que no fuisteis Tyler y tú los que volvisteis y os lo llevasteis?

Esta parte de la discusión era culpa mía y tenía bastante materia para ponerse fea, pero no habría pasado si los niños no hubieran sido unos gamberros ladrones, así que no me sentía mal.

—Tendrás que confiar en mi palabra —afirmó Donny. Su tono se rebajó a un cuchicheo ridículo que debía de pensar que sonaba seductor—. Yo no te metería en esto, Marisa. Me gustas demasiado. Por eso quería meterte, pero Kaylee y Jared fueron idea tuya. Así que, si nos han estafado, es culpa tuya.

Marisa rio de manera aguda.

—No me incluiste porque te gustara, me incluiste porque Tyler y tú no sabíais cuánto valían los instrumentos. Pero Kaylee es la que entiende al señor Anthony. Y Jared entra en conjunto con Kaylee. Así que, si la próxima vez no quieres a pringados de la banda, no robes instrumentos de la banda.

Imaginé a Donny encogiéndose de hombros.

—Pensamos que sería fácil. Y Marisa, lo juro por Dios, quería que te llevaras una parte. Sabía que tendrías que tocar esa mierda de sousafón de veinte años cuando nos llevásemos los buenos, así que me sentía mal. Me gustas de verdad...

Un momento después, se oyó el ruido de carne abofeteada, como el sábado por la noche.

—¿Sabes qué? —preguntó Marisa—. Ya no estamos saliendo. Tienes una boquilla floja. Yo lo tendría que saber, toco un instrumento de metal.

Donny gruñó.

—De acuerdo, sirves para una cosa. Puedes llevarte la tuba a casa para ensayar, ¿verdad?

—No. Cuando ensayo con la Gronitz, lo hago aquí. Y el señor Garrett suele estar por aquí.

—Pero hoy no —apuntó Donny—. Así que nadie te impedirá llevártela. Ni siquiera el ayudante de la *sheriff*. Y la señora Owens te habrá dado las llaves del armario. Así que llévate la tuba a casa esta tarde y esta noche la venderemos.

Marisa no estaba convencida.

—Entonces yo seré la primera a la que interrogarán.

—Ningún problema —dijo Donny—. Irás a dar una vuelta en el estúpido PT Cruiser ese, ¿no? Di que os lo robaron del coche cuando parasteis a por una Coca-Cola o algo. Incluso yo os puedo romper una de las ventanas.

—Qué majo eres, Donny.

—Deja que te lo demuestre.

—Como dijiste, tendré que confiar en tu palabra.

Donny gruñó de nuevo.

—De acuerdo, como quieras. Nos vemos esta noche a las once y media en el rancho de Jared. Si tienes que escabullirte de tu madre, hazlo. Kaylee y Jared tienen que traer los mil cuatrocientos.

—No los tienen.

—... y tú tienes que traer la tuba. No llegues tarde.

—Vas a regarla —dijo Marisa—. ¿No recuerdas lo rata que era ese Carlos? ¿Qué te hace pensar que pagará dos mil quinientos por un instrumento que no quería hace un día y medio?

—Yo solo sé lo que el señor Anthony le ha dicho a Tyler —respondió Donny—. Le ha asegurado que si la volvemos a joder, Carlos nos cazarán con esa pistola gigante para abrirnos unos agujeros del culo extras.

Cuando Marisa habló, bajó la voz.

—Puede que sí o puede que no, pero supongo que no queremos averiguarlo. —Respiró profundamente y recuperó la voz de siempre—. De acuerdo, lo averiguaré. Ahora nos tendríamos que ir a clase. Tú primero.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Para que nadie nos vea salir juntos del anexo. Si la tuba tiene que desaparecer de nuevo, no es conveniente que nos vean juntos cerca del aula de la banda. Tú no formas parte de la banda. Yo toco la tuba. ¿Entiendes ahora el problema?

—Oh. De acuerdo. —Una de las puertas dobles del corredor chirrió—. No te olvides: a las once y media. Si puedes, ven más pronto.

La puerta se cerró y entonces esperé a oír como Marisa también se iba. En lugar de eso, la oí buscar a ciegas en la mochila y hablar de nuevo.

—Te dejo un mensaje de voz para que sepas que no es otra persona escribiéndote mensajes con mi móvil —dijo—. Va en serio. Quieren el Gronitz, así que lo llevaré. Esta noche a las once y media en la caseta de Jared. También quieren el dinero y no lo tenemos, así que no nos dejes tirados o se irá todo a la mierda.

Entonces hubo un chirrido suave y una de las puertas dobles se abrió de nuevo. Después, silencio.

Eché un último vistazo a la fotografía de los adolescentes Garrett y Carlos. Aparte de que tenían tonos de piel diferentes y que sostenían instrumentos distintos, se parecían mucho.

Entonces volví a meter la fotografía en el sobre, guardé los dos sobres en la libreta y lo dejé todo como lo había encontrado. Me aseguré de cerrar con llave el cajón.

Tenía un poco de tiempo todavía, pero después de todo no echaría una cabezadita, sino que pensaría cómo pasaría la noche. Tal vez me ganaría dos mil quinientos dólares. Tenía un estilo de vida de lujo y despilfarro sobre la ferretería que mantener.

10. La solución de la tierra de los conejitos esponjosos

A las 10 PM, estaba en la puerta noroeste del bosque de la casa torcida de nuevo y llevaba otra vez la ropa oscura y la cara embadurnada de negro. Era consciente del bulto en el bolsillo trasero y me sentía estúpido por llevarlo.

La casa estaba a oscuras y no había ningún vehículo aparcado en la entrada, así que decidí empezar la guardia en la misma posición estratégica en la que había empezado el sábado. Llegué pronto, pero tenía las obras completas de Otis Rush grabadas en un reproductor mp3 del tamaño del dedo. Estaba bien.

O lo habría estado, si no me hubiera dormido. Esto me pasó por saltarme la siesta en la escuela.

Me desperté con *Crosscut Saw* en los auriculares, con el lado derecho de la cara aplastado contra el tronco del roble y el picor de las hormigas que me subían por las canillas. Me quité los auriculares, los guardé dentro del bolsillo de los vaqueros con el reproductor mp3 y entonces me golpeé las piernas hasta que dejar de sentir hormigueo. Mi reloj marcaba las 11:15.

En la entrada, iluminados por la débil luz de la luna y una brillantez amarilla de la casa, estaban la camioneta de Donny, el Honda de Jared y el PT Cruiser de Kaylee. Tener a Otis en los oídos había enmascarado el sonido de las llegadas. Me preguntaba cómo estaban todos a buenas si los mil cuatrocientos dólares perdidos no se podían haber rematerializado, salvo que los pringados de la banda hubieran asaltado las jarras de galletas de sus padres.

Entonces aparecieron unos focos en la entrada. Al menos, pensé, me había levantado a tiempo para ver la llegada de Tío Anthony y Carlos.

El Maxima, prácticamente nuevo, que pasó por mi lado no llevaba ni a Tío To ni a Carlos, a pesar de que tenía dos ocupantes. No veía bien al conductor, pero sabía que el coche pertenecía a David Garrett, director de la banda del Instituto de Kingman y fotógrafo amateur de biquinis morados, así que había una probabilidad bastante alta de que lo condujera él. El copiloto, cuya cara tenía suficiente iluminación para que la viera, era la directora Elizabeth Owens, dedicada educadora y modelo amateur de biquinis morados.

Fuera como fuera y obtuviera los resultados que obtuviera, había pocas probabilidades de que me acabaría alegrando. Al menos, ahora estaba despierto.

El Maxima aparcó en la entrada entre el PT Cruiser y la casa. Garrett y Elizabeth salieron. Los dos vestían vaqueros y camisetas, como si fueran a pasar el fin de semana pintando la casa. Subieron al porche frontal y entraron en la casa sin ninguna pausa. No sabía si la puerta no estaba cerrada con llave o si les había abierto alguno de los niños. Sin embargo, esa noche no sonaba Hank Williams III.

Parecía que habían abierto las ventanas de la casa para que entrara un poco del aire impaciente de abril. Dado que no había nadie en el porche, no hacía falta que fuera tan sigiloso como la noche del sábado. Así pues, unos dos minutos después de que Garrett y Elizabeth hubieran entrado en la casa, yo ya estaba agachado bajo una ventana de la sala principal, en la pared norte.

Había podido echar un vistazo mientras salía del bosque, así que sabía que Donny, Tyler, Kaylee, Jared y Marisa estaban con Garrett y Elizabeth. Los chicos de la banda parecían relajados y calmados. Me daba la impresión de que no les molestaban las nuevas llegadas. No obstante, Donny y Tyler estaban irritados y decían muchas palabrotas y se quejaban. Era fácil entender el motivo: la directora y su novio estaban arruinándoles el negocio.

—Esto será lo que pasará —informó Elizabeth—. Si aparecen los dos instrumentos perdidos, no presentaremos cargos.

Me sonaba extraño. Sacar a los gamberros de un problema no era cómo funcionaban las cosas en Texas. Elizabeth era de Austin, que es la Tierra de los Conejitos Esponjosos del Estado de la Única Estrella, pero ni siquiera ella diría ‘Oh, son cosas de niños’ ante un gran robo.

—¡Tenemos un topo! —exclamó Tyler. Intentaba sonar como un gánster, de la misma forma que hacía dos días intentaba sonar como un vendedor. No se le daba mejor—. Donny, ¡ha sido tu maldita novia!

Escuché el chirrido de una silla en el suelo y entonces David Garrett habló. Tenía la voz profunda, fuerte y autoritaria. Me gustaba menos que nunca.

—Siéntate, Tyler —ordenó Garrett—. Cuando tenía vuestra edad, tuve que elegir y escogí la banda en vez del fútbol americano, pero todavía sé pegar.

La silla chirrió de nuevo, pero a un volumen menor.

—Eso está mejor. En primer lugar —continuó Garrett—, no tenéis ningún topo. Un topo se lo habría contado a la *sheriff* en lugar de acudir a mí. De todas maneras, yo me habría enterado de lo que pasaba porque el domingo vi la camioneta de Donny por el pueblo a las 3:00 AM con un sousafón y tú ibas detrás. Cuando hablé con mis músicos y me describieron a tu comprador, sabía quién era, así que pedí a unos amigos que hicieran saber a esa persona que una banda de viento del Corpus Christi, con un contrato de grabación, buscaba una tuba de verdad. Claro, os llegó el rumor y aquí estamos.

Suponía que Garrett sí que había visto la camioneta de Donny con el sousafón... cuando volvía a casa con el coche después de pasar casi toda la noche de sábado en casa de Elizabeth. No quedaría bien conducir hasta la iglesia el domingo por la mañana desde la casa de la directora, ¿verdad? Incluso aunque todo el mundo supiera ya que duerme con ella.

Sobre los topos que no lo son si se lo cuentan a él en vez de a la policía, era un poco dudoso. Además, yo sabía una cosa que Tyler y Donny, jugadores de fútbol americano, no podían entender: la única forma para garantizar una política de cero filtraciones es trabajar solo.

—Esto es lo que tiene que pasar —volvía a hablar Elizabeth—. Antes de que lleguen los compradores, Donny y Tyler sacarán la tuba al porche. Los compradores la han de ver con gente que conozcan cuando aparezcan. Tienen que salir del vehículo y subir al porche. A continuación, vosotros dos podéis volver a entrar y entonces el señor Garrett se encargará.

—¿Cómo? —preguntó Tyler—. ¿Un arresto civil o qué?

—No arrestaremos a nadie —aseguró Garrett—. No hace falta, porque lo resolveremos nosotros. Solo tengo que hablar con los compradores para solucionarlo. Con uno de ellos en particular.

Ahora habló Marisa.

—No tenéis que sacar la tuba de la funda, ¿no? Esos tíos no la tratarán bien.

—Los chicos pueden abrir solo los pasadores —especificó Garrett—. Los compradores se podrían poner nerviosos e irse si no la ven. Si eso pasa, tendremos que involucrar de verdad a la *sheriff* para recuperar el sousafón Conn, lo que no será bueno para nadie. Bastante tenemos con que hayan dañado el King, a pesar de que solo es la campana y ya veremos si la reemplazamos.

Hubo un silencio durante unos pocos segundos y entonces Donny dijo:

—Eh, el que se llama Carlos disparó al King solo porque se sorprendió de que fuera de fibra de vidrio, así que si lo volvemos a sorprender, puede volver a disparar.

Garrett emitió un sonido entre un gruñido y un gemido.

—No sufras que no herirá a nadie. Además, le debieron de dejar la pistola para parecer un tipo duro.

Oí un ruido sordo y un traqueteo en la carretera del condado y miré para ver otro par de luces en la ancha entrada.

Volvía a ser la hora de la tuba.

11. No os llevaréis mi tuba

Me dirigí hacia el norte y me coloqué entre el PT Cruiser y el Honda. Entonces vi que una minifurgoneta Plymouth, abollada y llena de manchas, llegaba. Paró al final de la entrada y entonces hizo marcha atrás, igual que la furgoneta blanca hacía dos días. Sin duda, también habían robado esa chatarra enmohecida y anticuada para la misión de esa noche.

Todavía conservaba una mínima esperanza de que encontraría una manera de robar dinero sucio, a pesar de que parecía que tendría problemas. Garrett había amañado una venta y el dinero no cambiaría de manos. Por otro lado, se suponía que Tío To y Carlos llegarían con dos mil quinientos dólares encima.

Mientras estuviera allí, valía la pena ver cómo acababa todo. Según la foto que había encontrado en el cajón de Garrett, Carlos y él habían tenido una historia, probablemente polémica. De forma que, con la impresión del

reencuentro, tal vez Carlos aflojara la cartera. O, al menos, que bajara la guardia.

Además, como le pasaba a Lester, yo no podía ver telenovelas. Mi apartamento de la ferretería no tenía televisión por cable.

Me puse detrás del parachoques posterior del PT Cruiser y observé que Tyler y Donny salían por la puerta principal de la casa y cerraban la puerta. Donny tenía la funda de la tuba y la dejó en el porche cuando el motor de la minifurgoneta dejó de rugir y Tío To y Carlos salían del vehículo. Me di cuenta de que todos iban vestidos casi exactamente igual que la noche del sábado. Era como si tuvieran un uniforme para el intercambio de instrumentos de metal. Carlos llevaba incluso el gorro de vaquero.

Donny se agachó, abrió la funda de la tuba y empezó a sacar el instrumento. Tío To y Carlos subieron al porche y Tío To abrió la puerta trasera de la minifurgoneta.

Entonces la puerta principal se volvió a abrir y Marisa salió, aparentemente rompiendo el plan de Garrett y Elizabeth. Empujó a Donny lejos de la funda y la cerró con la Gronitz dentro.

—Este instrumento ya no está en venta —aseguró.

Al verlo, Carlos se puso frente a Marisa, cogió la funda y la lanzó a la minifurgoneta. Entonces Tío To cerró la puerta trasera mientras Carlos se llevaba la mano a la espalda y sacaba a la Jueza. Yo me puse tenso.

—Puesto que has intentado incumplir el trato —dijo Carlos—, cambiaremos los términos. El precio ahora son quinientos dólares.

Yo tenía la sensación de que el precio siempre había sido quinientos dólares.

Tío To les dirigió una sonrisa desdentada.

—La misma situación que antes. O eso o nada. Sin embargo, si decidís nada, Carlos y yo tal vez nos lo llevemos igual.

Entonces David Garrett salió por fin al porche.

—Los menores de treinta, volved dentro —ordenó.

Donny y Tyler acataron las órdenes, pero Marisa se quedó, mirando a Tío To y Carlos.

—No cogerás la tuba —dijo.

No me hizo falta saber castellano para entender lo que decía. Si Tío To y Carlos intentaban irse con la Gronitz, tendrían cuarenta kilos de una fiera tan dura como el metal detrás de ellos. Me gustaba esa niña.

No obstante, Carlos miraba más allá de Marisa. Garrett y él se miraban fijamente como dos gallinas enfadadas.

—Dile a tu alumna que no hablo castellano —espetó Carlos. Pronunció la palabra ‘alumna’ como si escupiera un bocado de guano de murciélago.

—Marisa, deberías entrar —sugirió Garrett.

—Tienen la Gronitz —replicó Marisa.

—No se lo llevarán. Ve con la señora Owens y los demás y yo lo solucionaré.

Marisa dio unos pocos pasos hacia atrás, con la mirada fija en Carlos. Entonces se giró y entró. Garrett cerró la puerta.

Me relajé un poco.

—Charlie, no sé qué crees que haces con esa pistola de imbécil —suspiró Garrett—. Parece la que llevaría Yosemite Sam.

Carlos/Charlie frunció el ceño.

—Siempre quisiste ser Bugs Bunny. —Tenía la Jueza colgando, pero movía la mano.

—Eh, Carlos. —Tío To se aclaró la garganta—. Tengo la sensación de que esta situación ha dejado de ser una transacción de negocios. Como parece que tienes cierta animadversión hacia este caballero, te pediré que me devuelvas la Jueza. Una pistola puede ser útil para conseguir algo, por eso te la dejo con gusto. Pero los negocios no se tendrían que hacer nunca con animadversión. —Alargó la mano.

Casi solté un silbido. El Tío Anthony que yo había conocido cuando era un niño llevaba una pistola del calibre .25 en el bolsillo de detrás y una escopeta detrás del asiento del Harvester International. Así que a lo mejor tendría que haber imaginado que, al crecer, había decidido combinar las dos. También tendría que haber imaginado que un hombre que se vestía y hablaba como Carlos no era el tipo de tío que tiene una Jueza.

Carlos/Charlie tenía una expresión de dolor, como si una compañera de baile le hubiera clavado el tacón en el pie, pero entonces giró la Jueza para agarrarla por el cañón y se la entregó a Tío To.

Tío la agarró, giró el cilindro mientras miraba con los ojos fruncidos los cartuchos y la puso en su cinturón. Señaló a Garrett con la cabeza.

—Adelante y soluciona lo que tengas que solucionar. Entonces a lo mejor tendré otra propuesta. Ha sido una empresa complicada, pero he invertido demasiado tiempo y energía para ahora irme.

Yo sentía lo mismo. Era casi como si Tío To y yo estuviéramos cortados por el mismo patrón. Él había ido a la prisión y yo había ido a la Universidad de Texas, pero hay gente que opina que no hay tanta diferencia.

Garrett dio un paso hacia Carlos/Charlie, que dio un paso atrás y casi cayó del porche. Garrett paró y zarandeó la cabeza.

—Mira, Charlie —empezó—, no me cabrea que te llevases tú el dinero. No sé cómo te hiciste con el número PIN, pero da igual. Me alegré de saber que habías vuelto a Texas. Pensaba que no volverías nunca a casa.

Ahora estaba un poco celoso de Charlie. Hasta donde yo sabía, nadie se alegraba de que yo hubiera vuelto a casa. Y yo no había pirateado la cuenta bancaria de nadie.

—Lo tenía que hacer —replicó Charlie, misterioso—. California no es lo que era. Es en Texas donde está ahora la música que quiero tocar. Estoy formando mi propia banda de viento, David. He estado en Baja California, México, con tíos auténticos aprendiendo a tocar las canciones auténticas.

—¿De verdad? Di algo en castellano, Charlie.

El pecho de Charlie se hinchó.

—No. ¿Qué te ha parecido? Mira, mientras no seas el cantante, a los tíos de la banda de viento no les importa las palabras que sepas decir. Se trata de las notas que sepas tocar. Así que ahora, mientras tú estás encerrado en tu instituto de las afueras, yo crearé música en el mundo auténtico para gente auténtica. —Se señaló a sí mismo con el pulgar—. Se han acabado las segundas filas con fibra de vidrio para mí.

Ahora Garrett estaba molesto.

—¿Entonces pasarás por encima del nombre de mamá y comprarás y venderás instrumentos robados de institutos? Unos instrumentos que el dinero de mamá ayudó a pagar.

—Mamá dejó ese dinero para ayudar a los músicos —respondió Charlie—, no solo a bandas de instituto. Además, se suponía que me tenías que consultar, pero lo hiciste solo. Así que expreso mi desacuerdo.

—Un momento —añadió Tío To—. ¿Estáis diciendo que los dos tenéis la misma madre? Cromáticamente, lo encuentro improbable.

Garrett lanzó una mirada rápida a Tío.

—No te importa —le espetó. Se giró de nuevo hacia Charlie—. ¿De verdad conseguirás lo que quieres robando a los niños?

Su labio superior se deformó en una expresión de desdén.

—De niños a los que les da igual. Si les importara, no venderían los instrumentos de metal de su instituto.

—No son niños de la banda —explicó Garrett—. Los de la banda, nada más se enteraron, intentaron llamarme. Pero yo..., yo tenía el móvil apagado.

Así que hicieron lo que creían que era mejor. No llamaron a la *sheriff* porque no querían que sus amigos fueran a la cárcel y tendrías que agradecerse.

—¿Novia nueva? —preguntó Charlie—. Eso es lo que suele significar que alguien te necesite y hayas encontrado algo mejor que hacer.

Oh, sí. Esos tíos eran hermanos.

—Lo que estoy diciéndote es que los niños de la banda no robaron nada —repitió Garrett—. Lo único que hicieron mal fue intentar proteger a un par de deportistas atontados, basura blanca.

Se oyeron gritos de protesta desde dentro de la casa. Donny y Tyler protestaban por la caracterización. Como miembro de la tribu, creía que el término era adecuado.

Tío To se aclaró la garganta:

—Perdóneme, señor, pero es un término que yo también encuentro ofensivo.

Esta vez, Garrett ni siquiera lo miró.

—Dime que nunca has usado un término equivalente con los negros y me disculparé.

El Tío se rascó la mandíbula y dijo:

—De acuerdo, pero nos vamos del tema. ¿Ya habéis superado vuestros problemas para que podamos completar nuestra transacción?

Garrett se volvió hacia él.

—¿No lo entiendes? No habrá ninguna transacción. Charlie y tú sacaréis la tuba del coche y devolveréis el sousafón Conn. También nos pagaréis una campana nueva para el King. A cambio de eso, nadie va a la prisión.

—¿Qué se supone que haré yo, entonces? —preguntó Charlie.

Garrett se volvió hacia él.

—Eres mi hermano, así que vienes y te quedas conmigo. Devuelve la pasta que te quede. A partir de ahí ya veremos.

Charlie soltó un resoplido irónico y corto.

—Con tus condiciones y encima me quedo sin banda de viento —remarcó.

—Como he dicho, ya lo veremos.

Tío To se interpuso entre los dos, chasqueó la lengua y sacó a la Jueza del cinturón.

—Según escucho, yo no me llevo nada. Ni por la compra de hoy, ni por reventas extraoficiales. Iba con cuidado de no ser avaricioso, puesto que se abría un nuevo horizonte de negocios para mí. Me gustaba ser moderador y que me pagaseis en consecuencia.

Garrett observó la pistola.

—Te pagaré sesenta y seis dólares por los problemas. No llevo más dinero encima.

El Tío mantuvo la Jueza apuntando hacia abajo, pero la inclinó.

—¿Sesenta y seis dólares? ¿Un hombre con una cuenta corriente caritativa y todo eso? No, necesitaré por lo menos mil para sacar la tuba de esta minifurgoneta. —Hizo una pausa y se rascó la mandíbula con la mano libre de nuevo—. En realidad, necesitaré mil para irme sin dispararte. Y os tendría que disparar a los dos para que nadie me pueda acusar de racista. Mil dólares. Después podéis hacer lo que queráis con la tuba y los sousafones y las malditas armónicas de vidrio y todo lo que tengáis.

Charlie lo miró.

—Sabes que solo tengo quinientos esta noche. No hay mil dólares en este porche.

Tío To levantó la pistola.

—Entonces hace falta que alguien de los dos los consiga.

—O podrías tener quinientos sesenta y seis dólares ahora mismo —dijo Garrett.

Parecía que Tío no había oído la oferta. Empezó a mover el cañón de la Jueza y apuntaba alternando entre Charlie y Garrett.

—Pito, pito, gorgorito —cantó—. ¿Dónde vas tú tan bonito? En la era verdadera. Pim, pom, fuera.

Entonces la puerta principal se abrió y salió Elizabeth. Tenía el teléfono móvil en la mano y miraba directamente a Tío To.

—¿Quieres que venga la *sheriff*? —preguntó.

Garrett suspiró.

—Elizabeth, no...

Tío paró de mover la Jueza y la bajó, pero le lanzó una mirada irónica a Elizabeth.

—Señora, nadie de la oficina de la *sheriff* podría llegar aquí en menos de media hora. Y si quieres preocuparme diciendo que me acusarás de mala conducta, vaya, podría dispararos a todos para evitarlo.

Me volví a poner tenso. Tío To no sabía que yo estaba allí, así que, si mis rodillas cooperaban, podría tirarme encima de él antes de que reaccionara. O tal vez no. Me preparé para lanzar una moneda mental al aire.

En ese momento, oí el crujido de neumáticos que se acercaban por la entrada.

Bien, bien. Me preguntaba cómo esta situación podría complicarse más. Estaba a punto de descubrirlo.

12. Todo el mundo es Abejónix

Nadie en el porche parecía haber oído lo mismo que yo. Estaban todos envueltos en el enfrentamiento tejanos a cuatro bandas.

Un Chrysler 300 negro y lento pasó al ralentí al lado de mi escondrijo. Apagó las luces. Excepto el crujido ligero de los neumáticos, casi no hacía ruido.

Tenía la premonición de que este nuevo acontecimiento significaba que la Jueza volvería a expresar su opinión, de forma que cuando el coche me pasó al ralentí por el lado, salí en cuclillas y me puse detrás del parachoques trasero. Tal vez, si me acercaba bastante, podría al menos intentar saltar al porche y proteger a Elizabeth.

Entonces alguien —Carlos/Charlie, pensé— finalmente vio el Chrysler y chilló. Así estaba preparado para cuando el coche parara y no me golpearía la cabeza contra el maletero.

Miré la luz brillante del freno izquierdo cuando las luces del Chrysler se encendieron e inundaron el porche. Tío To, Charlie, Garrett y Elizabeth hicieron un gesto de dolor en los ojos.

Entonces se abrió la puerta del conductor y el conductor bajó. Dejó la puerta abierta entre el porche y él.

—Quedaos todos dónde estáis —ordenó con una voz profunda y flemática—. Sospecho que tendré que arrestar a alguien. Dejadme echar un vistazo para averiguar a quién.

Era Ernest, también conocido como el ayudante Abejónix. Un tiempo después de que me lo encontrara esa mañana, parecía que había decidido que tenía que hacer algo aparte de estar de pie. Sin embargo, había cometido un error de táctica.

El primer disparo de la Jueza golpeó el faro izquierdo del Chrysler. Todavía me retronaba en la cabeza cuando salté, agarré a Ernest por la correa y lo empujé dentro del coche con la cara contra el asiento delantero. El gorro del ayudante cayó en el suelo del coche y dejó a la vista una cabellera del color y la textura de un cepillo de baño con un brillo azul del tablero de control.

Encima del porche, todo el mundo gritaba y se oían portazos.

—Suéltame, joder —gritó Ernest en el asiento del pasajero—. Seas quién seas, estás metiéndote con un agente de la ley.

Sostenía a Ernest con el antebrazo alrededor del cuello y una rodilla en las caderas.

—No creo ni que estés de servicio —gruñí, intentando cambiar la voz. Intentaba simular a un personaje entre Winston Churchill y Batman—. No es un coche patrulla. No tiene radio.

—Tengo una en la guantera —dijo Ernest—. Solo hace falta que la encienda. Y da igual si estoy de servicio o no. Solo necesito una razón para creer que está ocurriendo un delito. Que me disparen a los faros y que me pongas la rodilla en el culo me sirve.

La Jueza volvió a disparar y oí romperse el otro faro. Miré a través del parabrisas y vi que también habían apagado la luz del porche y las de la casa.

—Escuche, ayudante —dije—. Yo soy un peatón inocente, pero resulta que sé que los únicos objetos en juego son unos instrumentos de banda. Nada por lo que valga la pena recibir un disparo.

Ernest intentó deshacerse de mí.

—Estoy de acuerdo —afirmó—. Suéltame para que les pueda devolver los disparos.

No me pareció una buena opción. Tío To solo había acertado a las luces, pero si Ernest le devolvía los disparos, alguien podía morir. Y ese alguien podía ser yo.

Tío To gritó desde el porche:

—¡Eh! Supongo que todos vosotros os relacionáis con estos niños y que, como ellos, oís campanas y no sabéis dónde. Mi sugerencia es que apartéis ese vehículo de la entrada para que tenga la salida despejada. Os daré dos minutos. Me parece generoso. ¿Os parece generoso?

—¡Vale! —berreé.

Ernest incrementó los esfuerzos para moverme, pero me mantuve firme.

—*Boy scout* —jadeó—, si tenemos dos minutos, Señor Peatón Inocente, quiero que entiendas una cosa. Llevo cuarenta años de agente de la ley en Texas y hay unas normas que estoy obligado a cumplir. Una de esas normas estipula que si un sospechoso abre fuego en mi dirección, yo se lo tengo que devolver, por Dios.

Manoseé la pistola .357 con la mano que tenía libre.

—Yo lo respeto —aseguré—, pero todas mis normas van dirigidas a la supervivencia, de forma que las seguiré.

En efecto, la correa de la empuñadura de la .357 todavía estaba pasada. La pistola se me deslizó en la mano, tan resbalosa como una anguila.

—No sé qué crees que haremos a continuación —dijo Ernest—. Está cargada con cartuchos vacíos.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —Estaba desconcertado.

Ernest intentó reír, pero sonó como un graznido.

—Tengo una jubilación a medias en el condado de Kingman. Normalmente, el factor de intimidación de una pistola me funciona sin balas de verdad. Además, así, si algún imbécil me coge el arma, le sale el tiro por la culata.

—De acuerdo, es divertido —admití—. Casi tan divertido como un ayudante que se acerca cuando cree que hay un delito sin cartuchos reales ni refuerzos.

—Hay delitos y delitos —explicó Ernest—. He visto a un sureño mayor y escuálido y un tío vestido como Roy Rogers que conducían una minifurgoneta reventada con una pegatina en el parachoques que decía MUJERES CON OBAMA. Me ha parecido sospechoso y los he seguido. Y ahora insinúas que, además de robar una Plymouth barata, están involucrados en el caso del robo de tubas. Hasta ahora, ninguna situación hubiera parecido pedir munición real. ¿A qué se suponía que tenía que disparar, a un sousafón?

—No serías el primero —afirmé—. Pero supongo que esa frase que afirma que los agentes de Texas siempre devuelven el fuego era una chorrada.

Ernest intentó girar el puño izquierdo hacia mí, pero los brazos humanos no se doblan así.

—No quiero matar a nadie por una furgoneta de mamás o por una corneta demasiado grande —aseveró—, pero no soy un fanático. Tengo balas reales a mano, pero no te diré dónde.

—En la guantera —aventuré—, con la radio.

Ernest gruñó de nuevo.

—Suéltame, genio.

Lancé la .357 tan atrás como pude y la oí impactar contra el suelo entre los otros coches. Entonces toqué el cinturón de Ernest y encontré la funda de las esposas. Después de treinta segundos de lucha, conseguí esposarle las muñecas detrás de la espalda.

—Te diré una cosa en nombre de la justicia —advirtió Ernest—. Si me entero de quién eres, ya puedes correr hasta el océano y seguir nadando hasta Cuba.

El Chrysler todavía iba al ralentí. Me senté en las pantorrillas de Ernest, hice señas con la mano a las siluetas del porche oscuro y di marcha atrás sin intentar cerrar la puerta abierta, que en todo caso habría golpeado el pie de Ernest.

Le di más potencia, el coche hizo un zarandeo hacia atrás y tomó las curvas como una ardilla sobrecogida, con la puerta abierta, que se agitaba. Cuando pasamos la camioneta de Donny, giré el volante hacia la izquierda y el Chrysler rebotó en la basura llena de hoyos. Ernest soltaba palabrotas golpe tras golpe, pisé los frenos y fuimos a parar casi dieciocho metros más allá de la entrada, cerca de la fila oriental de árboles. Entonces paré el motor y lancé las llaves hacia la noche.

—Le has metido una paliza al depósito de aceite de mi nuevo coche —dijo Ernest—. Así que cuando hayas nadado hasta Cuba, ya puedes seguir el crol hasta las malditas Islas Canarias.

Me levanté sin responder, metí los pies de Ernest dentro y cerré la puerta. Me sentía mal por los daños, pero ninguno de ellos había sido culpa mía. Así pues, creía que no era justo que Ernest me culpara a mí, especialmente porque él me había arruinado la noche.

Me dirigí hacia la casa, agachado, a través de los árboles. Me había dado cuenta de que no había más dinero para mí. Antes de volver a la entrada e ir hacia el Toyota, quería asegurarme de que Elizabeth y las chicas de la banda estaban bien. Que les dieran a los otros. Eran todos unos sinvergüenzas, menos Garrett, y él era el novio de Elizabeth, por lo tanto, que le dieran también a él.

Estaba a medio camino del porche cuando giraron los neumáticos de la minifurgoneta Plymouth. Entonces se encendieron las luces y salió haciendo ruido de la entrada hacia la carretera a una gran velocidad. Oí muchos gritos provenientes de la casa al pasar esto y supuse que Tío To estaba cortando por lo sano y se llevaba la tuba.

Me detuve para ver que la minifurgoneta pasaba por mi lado y había bastante luz para contemplar que, de nuevo, la persona que huía con la Gronitz era Marisa.

—Joder, sí que le gusta la tuba —dije en voz alta.

La minifurgoneta llegó a la carretera y desapareció. Yo estaba a punto de girar hacia la casa cuando oí un clic metálico a unos metros a mi izquierda.

Sonaba como si cargaran una pistola.

Al darme la vuelta, una brillantez repentina de linterna me pegó en toda la cara.

—Seas quién seas —dijo la voz de David Garrett, floja y enfadada—, acabas de crear más problemas de los que posiblemente puedas...

Paró. El haz claro de la linterna se acercó. Entonces Garrett volvió a hablar.

—¿De verdad llevas la cara pintada de negro? —preguntó.

Decidí pagarle con la misma moneda.

—¿De verdad me apuntas con una pistola?

Bajó la linterna.

—No te apunto —dijo—. Solo la tengo en la mano. La he encontrado en el suelo.

Ahora la veía, en la mano izquierda y apuntando hacia el suelo. Sin embargo, yo la había oído cargar, de forma que sabía que no 'solo' la tenía en la mano. Si Ernest no me había mentido, no había ninguna bala de verdad.

La cara de Garrett se hizo más clara cuando los ojos se me acostumbraron y veía que me miraba con el frente perplejo.

—¿Te conozco? —preguntó.

Solo había visto a Garrett de lejos en el instituto y dudaba de que él me hubiera visto. Había alguna probabilidad de que me hubiera visto en las fotografías de Elizabeth, pero todas tenían más de seis años. Así que a lo mejor la edad, además de la cara pintada de negro y una mala iluminación, conseguían que no me reconociera.

Esta vez, cuando le respondí, empleé la misma voz de Churchill/Batman que había usado con Ernest.

—No —respondí—. Pero estoy en tu bando.

Frunció el ceño todavía más.

—¿Qué mierda de bando es ese?

—El bando que recupera tus instrumentos de metal y consigue que nadie pise la prisión y que a nadie le disparen.

—¿Alguien es familia tuya? ¿Qué son tuyos? —preguntó.

—Digamos que soy un padre preocupado.

—¿Uno que acecha en la oscuridad con la cara pintada de negro?

—Exacto —contesté—. Un padre preocupado con un entretenimiento.

Garrett zarandeó la cabeza.

—Un idiota con una pistola gigante me saca aquí fuera y me encuentro a un acechador vestido como un ninja mientras una alumna mía se da a la fuga

con una minifurgoneta robada para evitar que el idiota se lleve nuestra tuba. Mi hermano, del que no sabía nada, se ha convertido en un contrabandista del mercado negro de sousafones para vengarse de mí por una adolescencia de mierda. Mi novia no quiere que sus alumnos tengan problemas con la ley, así que estamos negociando con la pandilla que no pudo disparar recto en lugar de llamar a la *sheriff*. Y ahora tengo que volver e informar de que me he encontrado a un padre preocupado con la cara pintada de negro y de que todavía no tengo el dinero que el idiota pide por su tiempo y por las molestias. —Suspiró—. Vine a un instituto de un distrito rural porque quería una vida más sencilla, por el amor de Dios.

—¿Dónde trabajabas antes? —pregunté.

—En Chicago. Doce años. Vine aquí hace dos años.

El universo estaba lleno de coincidencias.

—No he ido nunca a Chicago —mentí—. Pero he oído que es muy bonito. Tiene una ratio baja de robo de sousafones. —Levanté las manos—. Voy a meter la mano en el bolsillo trasero ahora. No te emociones.

Garrett levantó la .357, pero no me apuntó. Era muy amable por su parte.

Saqué el montón de mil cuatrocientos dólares del bolsillo posterior. Lo deshice, quité cuatro billetes y me los guardé de nuevo en el bolsillo. Entonces alargué los otros diez hacia Garrett.

—Si le das esto al caballero del porche —dije—, se irá. A pesar de que tal vez lo tengas que llevar a casa. El resto, recuperar los instrumentos, castigar a los alumnos del robo, resolver rivalidades entre hermanos y toda esa mierda, ya es tu problema.

Garrett miró el dinero.

—¿Eres Robin Hood o qué? ¿Es dinero sucio?

Me molestó que no callara y cogiera la pasta.

—No conseguirás dinero más limpio. La oferta expira en cinco segundos, amigo.

Cogió el dinero.

—De acuerdo. Gracias, supongo.

Sabía que Elizabeth y los niños estarían bien, así que me di la vuelta y me dirigí hacia la entrada.

—¡Eh! —gritó Garrett—. Espera. Seas quien seas, creo que te deberías quedar.

Me detuve, me di la vuelta y vi que había levantado la .357.

Le lancé una gran sonrisa y esperé que la luna fuera lo bastante fuerte para que me viera los dientes.

—En primer lugar —enumeré—, la pistola no tiene nada, excepto metal. En segundo lugar, te tocará rescatar al ayudante de la *sheriff* que he esposado a ese Chrysler. Oh, y le echarás la culpa de todo lo que ha pasado al misterioso desconocido que lo ha esposado. Tal vez puedas repartir un poco de culpa a los chicos que han robado los instrumentos, si te importa un poco. No obstante, si le hablas al ayudante del idiota, el idiota lo arreglará para que tu hermano y todos los niños pisen la prisión con él. Conozco a ese tío, así que puedes confiar en mi palabra. ¿Lo entiendes?

Garrett bajó la .357.

—Sí. —Miró la pistola—. Ya decía que esta pistola pesaba muy poco, pero yo no entiendo de pistolas. Soy maestro de escuela. Y músico.

—Al menos eres rico. —Señalé la casa—. Ve a pagar al hombre y llévatelo de aquí. Entonces busca al ayudante.

—Puedo encargarme —aseguró—. El problema será el condenado de mi hermano. Nuestra madre era la misma, pero nunca consiguió que nos llevásemos bien.

Encogió los hombros.

—La gente tiende a dar menos problemas cuando consigue lo que quiere. He oído un poco de la conversación y he deducido que quiere una cosa llamada banda de viento. Consíguesela. —Me volví de nuevo—. Pero nada de fibra de vidrio.

Entonces corrí hacia la entrada y el bosque donde había empezado la noche. Esta vez, Garrett no dijo nada para pararme e hizo bien. Había tenido un impulso estúpido y altruista y ahora estaba cabreado.

No me gustaba ese sentimiento, así que intenté convencerme de que todo el lío valía los cuatrocientos dólares que me llevaba. Aun así, en lugar de esto, solo me las apañé para convencerme de que ser buena persona era un dolor de cabeza.

14. Viejos amigos necesitados

No tenía prisa y caminé por el bosque con paciencia. Después de un cuarto de hora, salí a una carretera donde había aparcado mi Toyota. Estaba escondido en una zanja plana debajo de un roble y casi no se me veía. Así que al menos había hecho algo bueno esa noche.

—Alto, amigo.

La voz sonó detrás de mí y la reconocí.

Me volví con las manos en alto. Tío To estaba en el borde de la carretera. El cañón de la Jueza brillaba, incluso con la débil luz de la luna.

—Me alegro de verdad de haberte visto —aseguró el Tío—. Mira, ahora que me han pagado, necesito que me lleven a casa. No quería molestar a los otros, puesto que ha resultado que había un ayudante de la *sheriff* en casa. Así pues, pensé que sería mejor partir al instante.

—Ya veo —respondí—. Y sabías que estaba aquí porque...

—Oh, el compañero profesor ese de la banda te ha mencionado. Y, en efecto, aquí estabas. —Tío To dio un paso hacia mí y me observó—. Virgen María, ¿eres el pequeño Matty Marx? No te había visto desde que tu padre y el mío trasladaron nuestro último cargamento de *maribuena* de Texas Occidental. Ya han pasado unos años. —Hizo un sonido de niño malo—. Lo sentí cuando me dijeron que había muerto, por cierto. Yo era un huésped del Estado en ese momento; si no, habría ido al funeral. Que el Señor lo tenga en su gloria y a tu madre, también.

Bajé las manos.

—Gracias, Tío.

—Y ya que estamos —siguió—, quería decir que también sentí cuando me dijeron lo de tu pequeña bebé. Una cosa terrible, el síndrome de la muerte repentina ese. No es culpa tuya ni de tu mujer ni nadie piensa que lo fuera. Parece que la pérdida se cebó con tu matrimonio y también sentí cuando me contaron eso. Resulta que yo, por mi parte, apruebo las uniones interraciales.

Miré a Tío To a los ojos. Pensaba que no veía compasión, pero quería creer que sí que había.

—Gracias por los pésames —dije—. Pero, si me lo permites, quizás podrías bajar el cañón de esa pistola endemoniada.

Dio otro paso hacia mí.

—Bueno, si no te importa, esperaré hasta que me dejes en el pueblo.

Esperaba esa respuesta.

—Vamos —propuse.

Cuando puse en marcha el motor del Toyota y se encendieron las luces, Tío To movió el cañón de la Jueza hacia mí.

—Oye, pensaba que estaba alucinando, pero te has embadurnado la cara de negro, ¿no? —preguntó.

—No quiero hablar —respondí.

El Tío se aclaró la garganta.

—Bueno, te informo de que es altamente inapropiado. Puesto que tenemos un poco de tiempo mientras conduces, te explicaré por qué.

Entonces, cuando lleguemos a nuestro destino, requeriré una prueba de buena fe de que has recibido y aceptado mi mensaje de comprensión y tolerancia.

Lo miré.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Depende de lo que tengas —contestó Tío To. Se echó hacia adelante y golpeó la Jueza contra el parabrisas del Toyota—. Va, venga. He aparcado mi furgón nuevo de la distribuidora de propano. No puedo esperar para que lo veas. Es un Dodge Ram antiguo color plata y me hace una gracia de mil demonios.

Entré a la carretera sucia con el Toyota y empecé a conducir hacia mis bolsillos vacíos.

15. *Es la música, no el instrumento*

Elizabeth no me llamó para que fuera a la escuela lo que quedaba de semana. Pero yo fui al concierto de primavera de la noche de viernes, a pesar de que costaba tres dólares entrar. Tenía curiosidad por ver cómo les iba a los gánsteres del sousafón.

No sabía qué esperar. Marisa, Kaylee y Jared ocupaban sus lugares con el resto de la banda y tocaban bien. Según lo que yo entiendo. El gimnasio del Instituto Rural de Kingman tenía una acústica terrible, especialmente desde mi posición, arriba de todo de las tribunas. Sin embargo, David Garret parecía satisfecho con sus músicos, igual que la multitud de padres y de abuelos. Se hicieron muchas reverencias e incluso tocaron un bis: *Barras y estrellas*. Tenía la sensación de que era un montaje.

El solo de tuba fue impresionante, por cierto, incluso en el gimnasio con eco. No sé cómo consiguió que cada nota de pedo de ballena sonara mejor allí que en el aula de la banda, pero así fue.

Cuando se acabó el bis y Garrett y la banda habían recibido el aplauso, Elizabeth se levantó del asiento en primera fila y se puso de cara al público.

—¡Otro aplauso para la Banda de los Pumas! —gritó y todo el mundo volvió a aplaudir y vitorear—. Ahora, para los que podáis quedaros, se procederá a la venta anual de dulces y la barbacoa en el aparcamiento del instituto, a través de las puertas traseras. Y me han comunicado que algunos miembros de la banda os tienen preparada una sorpresa.

Permanecí donde estaba mientras la banda recogía y todo el mundo se iba despacio de las tribunas. La mayoría de ellos salió por detrás, así que parecía que la venta de dulces sería un buen negocio, pero yo no planeaba quedarme.

Esperaba a que todo el mundo me dejara el paso libre para bajar y salir por las puertas principales.

Entonces me di cuenta de que los niños de la banda dejaban los instrumentos dentro de la funda junto a las tribunas, al otro lado del gimnasio y junto al montón creciente de instrumentos estaban Donny, Tyler y el ayudante Abejónix. Tenía que ver qué pasaba.

Cuando los últimos niños de la banda dejaron las fundas, bajé y crucé el gimnasio. La cabeza de Ernest se movió un poco hacia mí.

—Atención, caballeros —dijo Ernest mientras me acercaba. Los chicos empujaron las bolsas contra las sillas plegadas y señalaron un punto al techo distante.

—Ayudante —grité, alargando la mano mientras me acercaba—. No lo he visto desde la mañana del lunes, así que pensaba que tendría que saludar.

De nuevo, Ernest no me dio la mano.

—¿Debería recordarte?

Me rendí del apretón de manos.

—Probablemente no. Soy Matthew Marx. Nuestros nombres acaban en x, lo que nos convierte en hermanos de abecedario.

—Eso no existe —repitió. Incluyó la cabeza para lanzarme una mirada funesta por encima de las gafas de sol—. ¿Puedo ayudarte en algo? Tengo que atender un asunto.

—Ya lo veo —dije—. ¿Se han ofrecido estos chicos para ayudar a la banda con el equipaje?

Ernest asintió con la cabeza.

—Pues sí. Harán cualquier otra cosa que les pida en un futuro inmediato, incluso sacarme brillo a los zapatos y llevar a cabo unas reparaciones de automóviles. Se han ofrecido voluntarios para llevar a cabo estas y otras tareas con el objetivo de servir como ejemplo a todos los jóvenes de la comunidad de Kingman que desean seguir respirando en libertad y tener una mínima oportunidad de jugar al fútbol americano la próxima temporada. ¿No es así, caballeros?

—Señor, sí señor —respondieron Donny y Tyler a coro.

No pude evitar sonreír de oreja a oreja. Ojalá hubiera escuchado la conversación cuando Garret libró a Ernest de las esposas. En algún momento habían ofrecido la posibilidad de castigo o de arresto. No estaba seguro de si llegarían a la conclusión de que habían tomado la decisión correcta.

—¿Hay algo divertido, señor Marx? —preguntó Ernest.

Zarandé la cabeza.

—No, señor. Solo quería saludar.

—Ya veo. —Ernest se levantó las gafas—. Bueno, no quieras decir nada más. Empiezas a resultarme demasiado familiar.

De nuevo, lo saludé, me di la vuelta y me dirigí hacia las puertas principales.

Sin embargo, vi a Elizabeth y Garret en una de las puertas traseras. Y Elizabeth me hacía gestos para que me acercara. No vi ninguna forma de evitarlo, así que me acerqué.

—Creo que todavía no os conocéis oficialmente —aventuró Elizabeth. Hablaba deprisa, como hacía en esas raras ocasiones en las que estaba nerviosa—. Matthew Marx, él es David Garrett. David, Matt y yo estábamos casados.

Garrett y yo nos dimos las manos.

—Yo también estaba casado.

—Pero no con Elizabeth.

—No tuve esa suerte.

Miré a Elizabeth.

—¿Qué tal la broma?

Levantó la vista al cielo como si pidiera fuerzas a Dios. Entonces dijo:

—Eso no viene al tema. Necesito un trozo de tarta. ¿David?

—Ve yendo —contestó—. Me gustaría tener una charla rápida y privada con el señor Marx.

Los ojos de Elizabeth se abrieron.

—Oh, qué idea más mala.

—Prometo que me portaré bien —aseguró Garrett.

—Yo me portaré bien si él también se porta bien —repliqué con mi mejor sonrisa de las que querían decir ‘a hacer puñetas’.

Elizabeth levantó las manos en señal de rendición.

—Solo diré que hay un ayudante de la *sheriff* allí. —Se fue fuera.

—De acuerdo —dijo Garrett—. Incluso sin la cara pintada de negro, te reconozco.

—Me lo imaginaba.

—La única razón que se me ocurre para que estuvieras allí es que nos espiabas, a Elizabeth y a mí. Nos seguiste hasta allí.

No se me había ocurrido que Garrett llegaría a esa conclusión. Incluso abrí la boca para decirle que se equivocaba y entonces me di cuenta de que tal vez dejaría que lo pensara.

—Fue estúpido —dije—. No volverá a pasar.

—Más te vale —amenazó Garrett—. Lo dejaré estar esta vez porque me ayudaste, pero no te devolveré los mil dólares, más que nada porque no puedo: mi hermano vive ahora conmigo. Parece que la gente piensa que soy rico, pero solo soy el fiduciario de la herencia de mi madre. Lo único que tengo mío es el dinero de maestro, lo que significa que seguro que no tengo mil dólares extra. Lo siento.

—No hace falta —aseguré—. Fue una decisión mía.

Y era el dinero de tu madre.

Garrett asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Tampoco le contaré a Elizabeth que estabas allí la otra noche y tú y yo empezamos de cero. —Me ofreció la mano.

Encajamos las manos de nuevo un momento muy breve y los dos lo detestamos. Entonces abrió la puerta e hizo un gesto hacia el exterior.

—¿Te apuntas a la fiesta?

Estaba a punto de declinar la invitación. Entonces miré la multitud y las mesas de comida en el pequeño aparcamiento trasero. Vi a Tío Anthony en la mesa de las galletas. Llevaba una gorra con un logotipo que decía *Pistolas y munición* y una camiseta con un *I ♥ Rodeo* por debajo de unos vaqueros desteñidos.

Asentí a Garrett y salí. Miré hacia atrás el tiempo suficiente para verlo ir con Elizabeth a una mesa llena de pasteles.

Seguí a Tío To hasta el borde de la multitud. Me vio acercarme y se paró debajo de un haz de luz, se apoyó y quitó el envoltorio de una bandeja de plástico de galletas de avena y mordió una cuando me acerqué.

—Ya sabes, la mayoría de la gente se centra en las que tienen trocitos de chocolate, pero yo digo que no hay nada como una buena galleta de avena. Es sana y con azúcar moreno, ¿sabes? —Me alargó la bandeja—. Adelante, Matty. Invito yo.

Cogí una y la probé.

—Está buena —confirmé—. No para cuatrocientos dólares, pero no está mal.

El Tío me mostró su sonrisa desdentada.

—Si pensara por un solo segundo que habías ganado esos cuatrocientos dólares mediante el trabajo honrado, a lo mejor me sentiría mal. Pero sé quién te ha criado. Personalmente, no creo en el infierno, pienso que está disfrutando de una galleta de avena y de un porro a la derecha del Señor. Incluso mientras hablamos.

—Tú crees en un cielo especial, Tío. —Miré alrededor—. Y en una tierra especial, también, donde puedes andar entre la gente a la que has jodido y sabes que no te tocará nadie.

Asintió con la cabeza y se acabó la galleta.

—Mi Señor es misericordioso —dijo con el dedo hacia el cielo—. Por eso sé que tu niña está allí arriba también. Así que recuerda, Matt: cuando te roban algo valioso, no puedes volver a robarlo para recuperarlo. Ni del cielo ni de la tierra. Ni siquiera lo intentes.

Giré la cabeza hacia la mesa de comidas.

—Ya te veré por aquí, Tío —me despedí.

—No si yo te veo antes, Matty.

Hubo barullo por el aparcamiento, junto al depósito de la cafetería, y fui hacia allí, de donde el hermano de David Garrett, Charlie, salió vestido igual que en la casa. Le seguía una docena de niños de la banda con instrumentos y todos los niños vestían como él. Vi a Kaylee con su trompeta y a Jared con el clarinete... y Marisa con un sousafón de fibra de vidrio blanco con cinco agujeros irregulares en la campana.

Garrett silbó para captar la atención de la multitud y Elizabeth levantó las manos.

—Aquí tenéis la sorpresa que os había prometido —gritó—. Señoras y señores, por primera vez, *La banda de los Pumas*.

Charlie levantó los brazos y los agachó como dos hachas. Entonces *La banda de los Pumas* tocó con metal, viento y percusión tres de las canciones mexicanas más altas, más estridentes y más duras que se habían escuchado nunca en el condado de Kingman. Lo habían montado todo en cuatro días, pero parecía y sonaba como si hiciera años que lo hacían. Kaylee incluso cantó en el segundo número, pero en castellano, de forma que no tenía ni idea de qué iba. Sin embargo, sabía que el sousafón de Marisa era dominante y perfecto y que *La banda de los Pumas* había llegado para quedarse.

Antes del número final, Charlie desapareció un momento y volvió a aparecer con el sousafón de metal Conn en los hombros. Entonces Marisa y él tocaron notas graves en armonía, que yo ni siquiera sabía que eran posibles.

A continuación, los miembros de la banda de viento desaparecieron. Todos excepto Marisa, que avanzó desde el depósito para que los miembros de la audiencia pudieran poner billetes de cinco, diez y veinte dólares en la campana del sousafón.

Rebusqué en los bolsillos y encontré dos billetes arrugados. Tenía en mente una rebanada de pechuga que hacía muy buen olor. ¡Pero qué

demonios! Así que cuando la turba alrededor de Marisa disminuyó, avancé y añadí mis billetes.

—Supongo que todo esto irá a una buena causa —dije.

Marisa asintió con la cabeza.

—Sí. Carlos, el hermano del señor Garrett, dirigirá la banda de viento y todo lo que ganemos después de cubrir gastos irá a becas escolares. —Se tocó el cuello de la chaqueta roja—. Nuestro benefactor nos dio el vestuario, así que no vale despilfarrar dinero en ese aspecto. Si viene a nuestro próximo concierto, le prometo que nos sabremos más de tres canciones.

—Sonabais bien todos —aseguré. Estiré la mano y toqué uno de los agujeros irregulares en la campana del sousafón—. A pesar de una tuba con defectos hecha de fibra de vidrio.

Marisa me lanzó una sonrisa brillante.

—Es la música —recalcó—. No el instrumento.

Miré alrededor y no había nadie en cinco metros a la redonda.

—Sabías que estaría allí con el dinero el lunes por la noche, ¿verdad? —afirmé—. Me habrías visto el sábado al huir con la furgoneta. Y sabías que estaría en la oficina de Garrett cuando llevaste a Donny al aula de la banda el lunes por la mañana.

En lugar de contestar, apretó los labios en la boquilla del sousafón y tocó siete notas rápidas y graves.

¡Tan ta ra ra ran, tan tan!

Entonces se dio la vuelta sobre los talones, de nuevo como una bailarina, que no era fácil con un sousafón encima.

—Sabía que eras inteligente cuando convertiste a D. H. Lawrence en tu putita —grité mientras se iba.

Algunos de los padres de mi alrededor me dedicaron miradas, pero me daba igual.

Entonces fui a la puerta del gimnasio y tropecé con Lester, que salía. Iba cogido del brazo de una mujer morena deslumbrante que le sacaba una cabeza y tenía, como mínimo, treinta años menos que él.

—¿Queda barbacoa, señor Marx? —preguntó Lester—. Mi encantadora esposa insiste en probar la pechuga y tengo que alimentarla enseguida.

La morena deslumbrante sonrió. Estaba radiante.

—De lo contrario, lo apuñalaré —dijo con la más dulce de las voces.

Les expliqué que mi parte todavía estaba allí y me hice a un lado para aguantarles la puerta. Al hacerlo, miré hacia el depósito y vi a Garrett y Elizabeth hablando y riendo. Medité acercarme a decir buenas noches. Aun

así, atravesé el gimnasio hasta el vestíbulo y salí para el aparcamiento principal.

La semana no había ido todo lo bien que esperaba. Lo había hecho mucho mejor en circunstancias mucho peores en Chicago, así que no estaba seguro de por qué tenía tantos problemas en mi propio pueblo. Tal vez solo podía prosperar en lugares donde no me sentía cómodo. Como Chicago.

Sin embargo, al entrar a mi Toyota, miré al aparcamiento del Instituto Rural de Kingman..., y allí, al brillo de una luz artificial, vi que Tío To le entregaba una bandeja de galletas de avena cubierta con plástico a un tío bajito con una cola de caballo. A la vez, el tío bajito entregó al Tío algo que se metió en la chaqueta de tela vaquera. Me di cuenta de que la bandeja de galletas parecía más voluminosa que antes.

Tío To observó que el tío bajito se montaba en un todoterreno. Entonces Tío subió a su enorme Dodge Ram plateado y también se fue.

Se me ocurrió que todavía no sabía dónde vivía ahora y, dado que era un viejo amigo de la familia, no me parecía bien.

No, no volvería a Chicago ni a cualquier otro lugar durante un tiempo. Tenía curiosidad sobre demasiados asuntos nuevos en la tierra en la que nació. Asuntos como el matrimonio improbable de Lester y la esposa vedet con muchas probabilidades de ser violenta. Asuntos como la servidumbre que ligaba a Donny y Tyler al ayudante Abejónix. Si Kaylee escogería a Jared o a la Universidad de Baylor. O la carrera *in crescendo* de Marisa en la banda de viento.

Por supuesto, debía quedarme al menos para ver si Elizabeth necesitaba que diera clases el lunes.

Además, no me había gustado que el Tío To me dijera que no podía robar lo que me habían robado. No creía que esa frase fuera suya.

Esperé hasta que sus focos casi no se vieran en la carretera. Entonces encendí mi Toyota, puse en marcha las luces y seguí a Tío To hasta Kingman.

No sabía qué se había guardado en el bolsillo.

Sin embargo, sabía que sería mío.

Cherie Priest

Las novelas más famosas de Cherie Priest quizás sean las de la saga de steampunk *El siglo mecánico* que agrupa las novelas *Boneshaker*, *Clementine*, *Dreadnought*, *Ganymede* y, recientemente, *The Inexplicables*, así como la novela corta *Tanglefoot*, pero también ha escrito la saga de gótico sureño *Eden Moore*, que comprende *Four and Twenty Blackbirds*, *Wings to the Kingdom* y *Not Flesh Nor Feathers* y la serie de fantasía urbana *Cheshire Red Reports*, que abarca *Bloodshot* y *Hellbent*. Además, ha escrito las novelas *Dreadful Skin*, *Fathom* y *Those Who Went Remain There Still*. Su última novela es *Fiddlehead*. Vive en Chattanooga, Tennessee.

A veces, cuando las cosas se complican, la mejor persona para tener a tu lado es un hombre malo. Y cuanto más se complican las cosas, peor tiene que ser el hombre.

METAL PESADO

Cherie Priest

Kilgore Jones se soltó de Eldorado y cerró de una patada la puerta del conductor, que rebotó y se abrió de nuevo, así que la empujó con las caderas. El viejo coche se zarandeó hacia adelante y hacia atrás y gimió en señal de protesta, pero esta vez el seguro se cerró y no se abrió, por su propio bien. El Bandera Pirata era un coche grande, pero su conductor era un hombretón.

No sería atrevido afirmar que Kilgore medía dos metros y un buen adivinador de feria calcularía que pesaba un cuarto de tonelada. Calvo y con mucho vello facial, presumía de una alfombra de impresionantes patillas marrones que lucían rojas con el sol y llevaba gafas de aviador. El resto de su vestuario era negro. Si le preguntabas por qué, te contestaba imperturbable que le hacía parecer delgado.

A pesar de su vestimenta, Kilgore emitía una sombra con forma de globo en el suelo: un eclipse humano mientras atravesaba unos surcos que servían de aparcamiento.

La vieja sala de máquinas surgió imponente ante él: un gigante decimonónico construido para el trabajo y no para la belleza. Estaba hecha con baldosas rojas y tejas verdes y medía fácilmente lo mismo que la enorme iglesia vieja de Chattanooga, donde ya no le permitían entrar: un pastor que cantaba sobre Satanás tenía sentido, pero un seglar que hablaba de monstruos solo era un imbécil.

Al acercarse, vio que ladrillos nuevos habían reparado ventanas, puertas y otras partes antiguas. Notó los restos de pintura blanca alrededor de la puerta principal y la entrada, pelándose gran parte de ella en una brisa de noviembre fría y cortante.

La grava crujía bajo sus pies y el viento le tiraba del abrigo. El sol era intenso y brillante en un nítido cielo azul sin nubes, pero no había ni una pizca de calor. Las Grandes Montañas Humeantes no eran tan quebradizas como lo serían en un mes, pero él intuía que acabaría pasando.

—¿Hola? —gritó Kilgore. La palabra resonó e hizo eco en las paredes de la sala de máquinas y las salas de calderas adyacentes, a través de la de descanso y del banco de trabajo e impactó contra los artículos de minería del

siglo pasado abandonados al final de la pista—. ¿Hay alguien? ¿Señora Huesman?

Subió las escaleras de la entrada y se plantó en el rellano, en un listón de madera, mirando hacia el interior cavernoso. Vio calabazas, restos de una recaudación de fondos de Halloween si se fiaba de la pancarta. Las habían dejado en palés con letreros de descuento garabateados a mano con un rotulador grueso rojo. Incluso la más grande, una calabaza de treinta kilos, parecía minúscula bajo aquel vasto techo lleno de guías entrecruzadas que cargaban grandes tubos de aquellos de antes de que nacieran los abuelos de Kilgore.

El viento silbaba a través de las vigas, esparcía hojas muertas y alteraba los pajaritos gordos que se apiñaban en las cuerdas de transporte.

—¿Hola? —intentó de nuevo—. ¿Hay alguien?

—¿Hola? —respondió alguien, que dijo algo más que no entendió.

La voz provenía del interior, después de los palés de calabazas, en la pared final..., detrás de una puerta que a lo mejor conducía a una oficina.

Se dirigió hacia el sonido del hablante.

—... lo siento si viene por Rich. Se ha ido a pasar el día a casa y creo que se ha llevado la bolsa del dinero de las calabazas. Pero si quiere una, y tiene el importe exacto, veré lo que puedo hacer. Todos los beneficios van a parar al museo...

La puerta se abrió bruscamente, forzada por el hombro de una mujer con los brazos llenos de varios objetos: archivos, papeles, revistas de la primera época de Bush y una bandolera que dejaba ver las líneas elegantes de una libreta. Se paró. O, mejor dicho, se congeló. No esperaba a Kilgore.

—¿Puedo..., puedo ayudarlo? —preguntó.

Apartó el peso y depositó lo que llevaba en brazos en un teléfono antiguo que descansaba contra la pared.

Era joven, larguirucha y alta, con una melena rubia, brillante y muy cuidada. Llevaba una rebeca grande encima de una camiseta negra de una banda que Kilgore no reconoció y que decía algo. Tenía los vaqueros manchados con el omnipresente polvo rojo de Ducktown, Tennessee, con las huellas de unas manos. Las suyas, supuso él.

—¿Señora Huesman? —Se puso las gafas de sol encima de la cabeza.

—¿Sí? Quiero decir, sí. —Asintió con la cabeza, aliviada de escuchar su nombre—. Soy Bethany. Nadie me llama señora Huesman fuera de la universidad. ¿Usted es...?

Él dio un paso adelante, con la mano extendida.

—Kilgore Jones. Jennifer Andrews te ha dicho que venía, creo.

La postura de Bethany de huir o luchar se suavizó.

—¡Sí! Eres el tío que trabajaba con el pastor Martin en la Montaña de Arena, en aquella época. ¿Tú eres..., eres el Pesado? Bueno, Jenn dijo...

Alargó la mano para dársela. Ella tenía los dedos pequeños y fríos y entre los dos tenían un buen surtido de sortijas brillantes de plata.

Kilgore sonrió, con la esperanza de desarmarla. Con su tamaño, hacer que la gente se sintiera cómoda requería un esfuerzo extra, así que cuidaba todo el lenguaje.

—A ver si lo adivino: dijo que cuando me vieses, sabrías por qué la gente me llama así.

Se sonrojó o tal vez era solo el efecto del frío en las mejillas.

—Más o menos. Lo siento, no quería ser grosera. Cualquier amigo del pastor Martin... —La voz se fue apagando y miró toda la sala de máquinas, escudriñando el vasto interior como si se asegurara de que estaban solos—. Jenn dijo que el pastor no vendría. ¿Por qué crees que no viene?

Kilgore debería de haber dicho algo sobre la Montaña de Arena. Después de todo, ella había sacado el tema. De todas maneras, calló. Ella se merecía la verdad, pero no le haría ningún bien.

—No sabría decirlo, pero estoy aquí para ayudar si puedo. Si tienes unos pocos minutos, me gustaría formularte unas preguntas.

—De acuerdo, ¿pero podemos ir a otro lugar más cálido para hablar?

—¿Qué tienes en mente?

—Subir la pendiente —indicó con un movimiento brusco de cabeza—. El museo está cerrado, pero yo tengo la llave y hay calefacción. —Cogió la bandolera, pero dejó todo lo demás donde estaba—. Podemos ir a pie, no pasa nada. Incluso con el viento, está tan cerca que sería de locos conducir hasta allí.

Kilgore creía que no estaba de acuerdo, pero se contuvo.

—De acuerdo. ¿Puedo ayudarte a cargar algo?

—No —respondió con desdén mientras tiraba de la puerta de la oficina, que se cerró con un silbido empalagoso—. Esas cosas están bien allí. No hay nada que merezca la pena robar y nadie que se lo lleve. No desde que... —Se paró y cambió de opinión—. Ya no. Te lo contaré cuando tenga una taza de café en la mano.

Afortunadamente, la pendiente era corta, pero no tan corta como para no desear que el Bandera Pirata le ayudara a subirla. Odiaba las pendientes, las contaba entre los más terribles de sus enemigos. Arriba les esperaba un

museo, un edificio bajo de una sola planta que era demasiado moderno para encajar con los edificios antiguos, pero demasiado nuevo para llamarlo *vintage*. El techo estaba inclinado de manera irregular por encima del barato revestimiento exterior blanco, con un aparcamiento de grava en el que cabrían seis coches muy apretados.

Kilgore se sacó una badana del bolsillo y se limpió la frente, sin importar la brisa.

—No hay nada de tráfico por el museo, ¿no?

—¿Por qué lo dices? —preguntó mientras sacaba las llaves de la bandolera y abría la puerta.

—El aparcamiento dice que no espera demasiada compañía.

Ella miró por encima del hombro.

—Oh. Sí, supongo que tienes razón. Ahora que lo pienso, no he visto nunca más de tres o cuatro coches aquí arriba. Y uno de ellos suele ser el de Ammaw Pete.

—¿Ammaw Pete? ¿La coordinadora de los voluntarios?

La puerta se abrió. Bethany entró y encendió una luz, a pesar de que el día todavía era bastante claro para que casi no lo necesitaran.

—¿Cómo lo sabes?

—He llamado esta mañana antes de salir y ella ha contestado al teléfono. Parece una mujer... interesante.

—Interesante. Así es ella. Trabaja aquí de voluntaria casi todos los días y, aparte de eso, está jubilada.

Bethany tiró la bandolera al mostrador y le condujo hasta una cocina americana con poca variedad y mucha suciedad.

Hurgó hasta que encontró el café Folgers, cogió con una cuchara lo que necesitaba para un filtro y no paró alrededor del espacio pequeño y frío mientras preparaba el café y el calentador, recién encendido, le quitaba el frío del aliento. Le costó Dios y ayuda: parecía que el edificio fuera una ordinaria caravana provisional y las paredes eran más finas que el queso de un sándwich. No hacía ni dos horas que lo habían apagado, pero todo el calor ya se había desvanecido.

Clavó las uñas de los dedos en la taza y dejó pequeñas medias lunas en la superficie blanca. La estufa emitió un zumbido alto y el café desprendió volutas de vapor. Bethany se aclaró la garganta.

—No sé si será un disparate..., pero Adam y Greg están muertos. No sé por qué se los llevó y no sé si yo seré la siguiente. Hay... muchas cosas que no entiendo sobre lo que pasó. Sobre este lugar. Sobre esa cosa.

—¿Es la primera vez que vienes a Ducktown? —preguntó Kilgore.

Ella asintió.

—Si no fuera por el programa, no habría oído nunca el nombre de este lugar. El Departamento de Ecología de la Universidad de Tennessee está involucrado en una limpieza desde hace diez o doce años: la monitorizaba y emitía recomendaciones. He revisado los archivos y los registros: es fascinante, si te gustan esas cosas. Y si no me gustaran, mi trabajo final versaría sobre otro asunto. —Añadió una risa suave y rápida que se suponía que debía sonar leve, pero que resultó extraña.

—De acuerdo. Para dejarlo claro, estabais Adam Frye, Greg Malcolm y tú en ese viaje, ¿verdad?

—Correcto. Yo dirigía el trabajo porque ellos eran de primer año y a mí solo me queda un semestre para acabar el máster. La mayor parte de mi investigación estaba orientada a la extracción en la cima de la montaña. Ya sabes, las compañías de carbón del norte y el este del pueblo. Sin embargo, la Mina Burra Burra es una leyenda y la destrucción que causó en la cuenca de cobre ofrece unas posibilidades únicas, así que, a pesar de que no era santo de mi devoción, cuando asignaron campos, tenté a la suerte. Me pareció una buena idea en ese momento.

—Unas últimas palabras muy populares. —Kilgore se sirvió otra taza y volvió a dejar la cafetera en el calentador—. Cuéntame, ¿cuándo llegaste por primera vez?

—Hace una semana y media. Nos alojábamos en el Hostal Express Vacaciones, en la carretera. La universidad nos envió aquí y nos daba algo de dinero para dietas, el lote entero. Se suponía que teníamos que comprobar los niveles de pH del suelo en una cuadrícula de un mapa y catalogar las plantas que crecían en la zona de reserva.

—¿Zona de reserva? —Frunció el ceño.

—Es un tramo de la antigua tierra cobriza, el territorio que dejó arruinado el dióxido de azufre, donde nada crece ni vive. La campaña del gobierno no recuperó esa sección. Según dicen, lo hicieron como un recordatorio, pero seguro que se les habían acabado los recursos.

Kilgore conoció la tierra cobriza y muerta, pero no se había dado cuenta de que todavía quedaba. Había visto las viejas fotografías de los informes de la Agencia de Protección Ambiental y un reportaje en la revista *LIFE* hacía décadas, antes de la limpieza. Ciento treinta kilómetros cuadrados de paisajes sin vida, con colinas rojas venenosas hasta donde la vista alcanzaba. Excepto

por el conjunto de casas, la iglesia y el complejo de la mina, parecía la superficie de Marte.

Bethany continuó y levantaba los ojos de vez en cuando para comprobar que lo escuchaba.

—Ahora parece normal, como si los árboles hubieran estado siempre allí y nos rodearan bosques antiguos normales, pero se necesitaron años de preparación: añadir nuevas especies de hierbas resistentes al ácido para asegurar el territorio y plantar árboles importados *ad hoc*. Trajeron plantas que filtraran toxinas con las raíces y flora que daría una oportunidad a esas colinas en la lucha por la recuperación. Con el tiempo. —Extendió la mano en la dirección del valle—. Funcionó, aunque dejaron esa estúpida mancha de tierra cobriza, junto al agua, que es lo que nos enviaron a examinar. Eso y el agua bajo el cráter.

Él agudizó las orejas.

—¿Dónde está el cráter? Si el museo está donde la vieja mina, estará cerca...

—Está al otro lado del aparcamiento. ¿Sabes una cosa? Olvídate del café, está horrible. —Se levantó de repente y tiró el contenido de su taza por una pila cercana—. Ven, te lo mostraré.

Salió por la puerta, pasó por un estante lleno de folletos cutres ‘del pueblo’. Él la siguió, ella casi corría porque quería acabar ya con todo.

Las botas de ella crujieron, dejaron marcas en el aparcamiento sin pavimentar y se detuvieron junto a una gran jaula de metal que, en su momento, bajaba a los mineros casi un kilómetro por el agujero en busca de cobre. Entonces se volvió y la melena se le agitó con furia cuando el viento proveniente de la cima, detrás de sus espaldas, sopló hacia arriba. Levantó la voz para que la oyera y casi chillaba al señalar el norte.

—¡Allí estaba la planta, allí mismo, enfrente de la sala de máquinas, en la cima! ¡Allí estaba y tenían rutas que llevaban las cargas de minerales por encima de ellos!

Se dio la vuelta y ahora la melena era un halo, vasto y dorado, más salvaje que el de Medusa. Parecía que estuviese al borde de un precipicio, preparada para saltar. Dijo algo más, pero Kilgore no la podía oír: hablaba al viento y las palabras se perdían. No obstante, cuando se puso a su nivel la entendió. Con más calma, le contó:

—La mina se hundió hace unos años, pero entonces ya casi no extraían cobre, conseguían más dinero con el ácido sulfúrico generado del dióxido de azufre como parte del proceso de fundición, ya sabes, el mismo que destruyó

toda esta parte de las Grandes Montañas Humeantes. De todos modos, allí está: el lago donde se ahogaron mis amigos.

Más allá de la jaula de los mineros, por debajo del otro lado de la cresta afilada e irregular, les esperaba un gran cráter lleno de agua azul clara rodeada por rígidos árboles verdes. Parecía que alguien hubiera quitado el tapón y el paisaje se hubiera ido por el sumidero y hubiera dejado esa balsa azul, que resplandecía en el fin del mundo.

Kilgore resistió el impulso de decir que la escena era bonita. En vez de eso, apartó a Bethany del borde y del viento. Cuando volvieron al aparcamiento de grava, ella explicó:

—Allí murieron. Primero Adam, dos días después de que llegáramos. Un accidente inesperado, dijeron. Cayó y... se olvidó de nadar o una mierda así.

—¿Enviaron el cadáver a casa? No creo que aquí tengan las instalaciones para practicar una autopsia.

—Sí, ya está en casa. Sin embargo, Greg murió dos días después y está en el Centro Médico Cuenca de Cobre, salvo que hayan devuelto el cadáver y nadie me lo haya comunicado, que podría ser. Nadie me dice nada. Ammaw Pete cree que soy una pequeña arpía de ciudad con ínfulas, como si Knoxville fuera Nueva York, y que soy una intrusa oportunista desde hace mucho tiempo. No sabe que la he oído decirlo, pero le daría igual si lo supiera. —Miró a Kilgore con algo nuevo en los ojos, algo astuto—. Tal vez te hablan a ti.

—Hago todo lo posible por ser un hombre sociable..., pero según mi experiencia, la gente suele abrirse más deprisa con una mujer guapa como tú que con un tío como yo.

—Aquí no. —Encogió los hombros—. No les gusto. No confían en mí. Creen que soy igual que los abogados y los ecologistas que cerraron la mina y dejaron a todo el pueblo sin trabajo. Si no estás a favor del cobre, estás en contra. Como si toda la vida que estamos devolviendo a este lugar no valiera una mierda.

Kilgore Jones hizo ruidos de protesta, pero ella no respondió. Solo miró hacia arriba de la cresta, hacia el agujero azul en la tierra cobriza, rodeado por todos los árboles desafiantes, con las raíces aferradas a las empinadas paredes del cráter, torcidas y muy agarradas y todavía vivas, como un enorme 'que te den' a la historia.

Sin embargo, ella todavía no le había dicho lo que quería escuchar, de forma que se lo volvió a recordar amistosamente, pero con firmeza.

—Dime qué viste aquella noche, cuando Greg se hundió.

Despacio, asintió con la cabeza.

—Algo subió y casi salió del agua, pero no del todo. Murmuró a Greg —respondió, apenas más fuerte que el cuchicheo que describía—. Lo llamó. Lo atrajo. Cuando vio que no lo seguiría, lo agarró y se lo llevó a rastras dentro del lago.

—Describe lo que viste.

—No..., no puedo.

—Haz un esfuerzo, porque no se me da nada bien leer mentes. Bethany —dijo, con urgencia, quizás con impaciencia—, pediste ayuda. Explícamelo.

Tragó saliva, cruzó los brazos y se apretó la sudadera alrededor del cuerpo.

—Parecía un hombre, pero no lo era. Parecía un minero, uno de los antiguos mineros, del siglo dieciocho. Pero no exactamente. —Frunció las cejas—. ¿Crees que era un fantasma?

Ese sería un terreno más cómodo para Kilgore, si no fuera por la alumna.

—Los recuerdos y la imaginación, los suyos o los de los demás, son normalmente los que crean los fantasmas. Muy de vez en cuando alguno tendrá fuerza para aparecer en el mundo real, pero no he oído nunca de ninguno que tuviera bastante poder para ahogar a un adulto.

Se escondió las manos en las mangas y después se las metió bajo los brazos.

—Esa cosa... fuera lo que fuera, no era un recuerdo. Estaba realmente allí. Así que si no era un fantasma, ¿qué era?

—Todavía no lo sé.

No dio ninguna opción, porque solo habría conseguido asustarla. Necesitaba más información y eso significaba que le hacía falta una persona del pueblo. A pesar de sus protestas educadas, Bethany no lo era y todo el mundo en el condado lo sabía. Kilgore no lo era tampoco y Chattanooga no era más rural que Knoxville, pero para ser del terreno necesitabas algo más que una dirección de partida.

Dejó a Bethany en los escalones del museo. Se dieron la mano y le hizo prometer que estarían en contacto y que no se acercaría al cráter. Ella aceptó los términos, pero él no sabía hasta qué punto podía confiar en su palabra. El pánico por ver a su compañero ahogarse no era nada comparado con el canto de sirena de una criatura mística o su mera curiosidad.

Sirena.

La palabra le rondaba en la cabeza y se negaba a desaparecer. Tomó nota mentalmente, pues no servía de nada negar la coincidencia. Las sirenas eran

seres del agua con una forma determinada de actuar: llamaban, atraían y mataban, a pesar de que solían manifestarse con una apariencia más bonita que la de un viejo minero.

—Hay una primera vez para todo. Entonces volvió a hablarle a Greg, pero Greg no le hizo caso —musitó mientras abría la puerta posterior de Eldorado y entraba en el coche—, así que recurrió a la fuerza.

Contempló el crucifijo plateado del retrovisor, que temblaba y se movía como un péndulo. Había sido un regalo de alguien que ya no le hablaba, un hombre al que había considerado un padre, y la tercera iglesia que lo había expulsado. La última iglesia. Aquella por la que pasaba a veces con el coche, puesto que todavía no había acabado del todo con aquella discusión, pero tenía bastante sentido común para no entrar.

Ya no era bienvenido allí, como si fuera un maldito vampiro que sabía que no tenía que cruzar el umbral. De todas maneras, no se acercaba. Conocía los lugares en los que no lo querían y parecía que ninguna cantidad de deseos ni de rezos lo cambiaría.

Suspiró porque seguro que le habría venido bien la ayuda, pero lo aceptó, sacó una libretita del bolsillo y apuntó lo que había averiguado. Entonces fue a la última página, donde había anotadas dos direcciones: una era el lugar donde se bebía en el pueblo, un antro que tenía un letrero cutre de *Ed's*, la otra era la de una mujer que se llamaba, o la llamaban, Ammaw Pete, que trabajaba de voluntaria en el museo y, supuestamente, no tenía a la pobre señora Huesman en gran estima.

Su reloj indicaba que era demasiado pronto para molestarse en ir al bar: no encontraría a nadie útil con quién hablar. Pero ¿y la señora Pete? Todavía no era hora de cenar y había dicho que podía pasarse antes de la puesta del sol. Estaba esperándolo, pero él habría preferido llamar primero, por el tema de la cortesía... Aun así, ella había reconocido que no tenía teléfono. Cogía todos los mensajes en la línea del museo y parecía de lo más contenta así.

Kilgore Jones sí que tenía un teléfono, pero era un terminal sin GPS. Se consoló pensando que, por gracia divina, Ducktown aparecía en Google Maps y, por lo tanto, unas hojas impresas en casa le daban una idea de cómo era el área.

Ammaw Pete vivía a tiro de piedra de la mina, pero tardó veinte minutos en encontrar el camino hasta la entrada de la casa dentro de Eldorado. La carretera no estaba señalada ni pavimentada y la encontró después de descartar otras cuatro carreteras idénticas. Cómo llegaba el correo a las casas era un misterio para él, pero los pueblos pequeños y apartados tenían sus

métodos. Cuando todo el mundo se conoce, las cosas no suelen perderse ni extraviarse, lo que hacía que el caso de los estudiantes ecologistas de la Universidad de Tennessee fuera todavía más extraño.

O tal vez no, porque los niños eran de fuera y la comunidad no se sentía obligada a cuidarlos: los perdieron con más facilidad que al correo.

Puso el freno de mano, el coche se zarandeó con fuerza y se detuvo con el chirrido habitual.

La residencia de Ammaw Pete era bastante rudimentaria, con muchas reformas y un patio que no recibía tanto amor como las cestas de flores que colgaban en el porche. Las cestas estaban vacías, excepto las de petunias moradas y rosas: el resto había muerto por la estación. Estas también morirían, probablemente antes de Acción de Gracias. Sin embargo, por ahora daban un toque de color a la casa blanca con el techo gris que delataba que alguien vivía y que a alguien le importaba ese lugar.

Kilgore golpeó los escalones, vio que eran verdaderos y entonces llamó a una puerta pintada de rojo.

Tras la puerta, escuchó un televisor que mascullaba las noticias locales, una silla chirrió, una mesa del suelo crujió y, tras una serie de pasos y una pausa, apareció un globo ocular en la ventanilla que servía de mirilla. La puerta no se abrió.

—¿Quién es?

Se colocó en su pose más educada, con las manos dobladas por delante y un poco encorvado para minimizar su prodigiosa altura.

—Disculpe, señora, busco a Ammaw Pete. ¿Es usted?

—¿Qué quiere?

—Soy Kilgore Jones. Hemos hablado esta mañana por teléfono —le explicó.

—Sí, me acuerdo. Eres un hijo de puta de los buenos, ¿no?

—Eso me dicen.

—¿Qué quieres? No estás con la policía, eso lo recuerdo.

—Soy de Chattanooga. Trabajo en el taller de la maquinaria.

—¿Un investigador del ahogamiento aislado? —El ojo se estrechó.

—No del ahogamiento, señora, sino de la cosa que lo causó.

Sintió un clic, el giro de un pomo antiguo y el chirrido de la puerta al abrirse dos centímetros y medio.

—Tienes mi atención, hombretón. No la desperdicies.

Abrió bastante la puerta para que la viera. Pequeña y madura, todavía no era una anciana. Con los cabellos canosos y los ojos claros, llevaba un vestido

gris minúsculo y pantuflas grises.

—Eres intuitivo, ¿verdad?

—No, señora. No detecto nada que no pueda ver.

—Pues eres un luchador. O eso o lo otro. —Suspiró y abrió toda la puerta con un giro de muñeca—. Supongo que será mejor que entres.

Se retiró para hacerle sitio, se dio la vuelta y paseó por un hogar recargado, pero muy limpio y organizado, a rebosar de cosas que le removían su alma de urraca. Había un montón de libros sobre la guerra de Secesión norteamericana y del Salvaje Oeste y aquella serie de los años ochenta que hablaba sobre fenómenos paranormales, figuras de tierras cercanas y lejanas, filas de campanas para turistas, cucharas con pequeños emblemas que las identificaban como piezas de coleccionista, fotografías de seres queridos enmarcadas y colgadas en unos pocos centímetros cuadrados de pared, un lote de teteras y manoplas organizadas con gracia, una celosía de varias tazas de café que colgaban de las paredes alrededor de los armarios, mantas de ganchillo hechas a mano con colores claros y patrones desafortunados, cortinas hechas de retales de sábanas, pueblos navideños con patinadores y oficinas de correos y estaciones de trenes que esperaban al siguiente con luces brillantes y miniaturas de habitantes, mascotas y coches alegres, además de coronas de flores en todas las puertas.

—Siéntate y pondré la tetera al fuego.

Y tanto que la había puesto al fuego. Kilgore no escaparía nunca de la casa de una mujer mayor del sur sin té, del mismo modo que no había quedado con ninguna joven sureña sin café, ahora que lo pensaba. Era como si nadie pudiera hablar sin un sorbo de alguna bebida para distraerse.

Habían hecho lo mismo en la antigua Primera Iglesia Bautista, ¿no? Cuando no eran cenas de sobaquillo, eran comuniones, y por eso lo llamaban el Vestíbulo de la Hermandad.

Ammaw, cuyo nombre había confundido la primera vez con mamá, señaló hacia la mesa del comedor, una pieza bien trabajada y barnizada que alguien habría hecho. Ninguna de las sillitas combinaba ni parecía lo suficientemente fuerte para soportar a Kilgore.

Quería sugerir que tal vez podían sentarse en el exterior del porche, pero entonces descubrió un banco de cedro que seguramente sería de jardín, pero que en la cocina de Ammaw acumulaba montones de toallas dobladas y varias sartenes de hierro.

—¿Cree que yo podría... despejar ese banco? Mejor si no rompo nada.

Se rio con la tos de una octogenaria fumadora, pero ni era tan mayor, ni Kilgore veía cigarrillos por ninguna parte.

—Haz lo que consideres necesario.

Se dio cuenta de que no era solo la risa. Pronunciaba las palabras con el tono irregular de una anciana. Mientras él le redistribuía con delicadeza la decoración, dijo:

—Espero no haberla importunado, especialmente si se encontraba mal.

—¿Mal? —Se paró ante la cocina y le lanzó una mirada—. ¿Oh, quieres decir la tos? Supongo que no hace mucho que viniste a la ciudad o ya lo habrías oído. Todos los viejos que crecimos aquí... tenemos esta voz.

—Lo siento.

—¿Por qué? No duele y no me importa. Da sentimiento de pertenencia a la tribu —le informó, sacó una caja de bolsitas de té de un armario y entonces descolgó dos tazas de la pared. Para ella eligió una rosa, con un asa con una forma bonita. Para él, una con Piolín sentado en una bañera—. Antaño, Ducktown y Copperhill formaban una enorme tribu. La mina cuidaba a los trabajadores —insistió, con la tos en contra—. Eso se ha acabado, como la mayoría de nosotros. Así son las cosas.

—Pero la tierra ha revivido muy bien —respondió él y aceptó un poco de agua hirviendo, donde hundió la bolsita de té para que se hiciera la infusión—. Aquí está.

—Aquí está, sí. También hay serpientes, ratas e insectos. Esos dolores de cabeza no los teníamos antes, pero aquí vienen, arrastrándose. Ninguno de ellos merece la pena por esos malditos árboles. Nos gustaba nuestra tierra cobriza, para que lo sepas... —Le miró por encima de la taza—. Pero no has venido por el té ni por las quejas. Quieres hablar del cráter y de quién duerme allí.

No le gustaba la formulación de esa frase: ofrecía demasiadas sugerencias, implicaba demasiadas cosas. Se preguntaba de cuánta información dispondría la mujer realmente, así que se lo preguntó directamente.

—Sí, señora. Usted ha trabajado en el museo más tiempo que nadie y es de aquí. Creo que es la mejor persona más adecuada para responder preguntas.

—¿Qué sabes ya del tema?

—Solo lo que vio Bethany Huesman.

Ammaw Pete emitió un sonido burlón que agitó la superficie del té.

—Esa chica. Cree que sabe tanto. A mí no me dijo que hubiera visto nada. No se lo dijo tampoco al *sheriff*.

—Asegura que a usted no le cae nada bien. Cree que es porque no es del pueblo.

—Es porque intentó pedir un café descremado *light* y no sé qué más en la gasolinera de la entrada del pueblo y tuvo una actitud altiva cuando solo pudo comprar café de toda la vida —espetó. Kilgore suponía que hablaban de lo mismo—. Así que no me dijo ni mu..., pero te habla a ti. Pues muy bien, así que vio algo, ¿no?

—Algo que salía del agua, con el aspecto de un antiguo minero. Arrastró a su amigo al cráter y lo ahogó.

—¿Con el aspecto de un antiguo minero? —repitió, pensativa, y con un signo de interrogación—. Bien, a veces estas cosas toman la forma por la que se les llama. Nos muestran lo que esperamos ver. —Cerró los ojos e inspiró con profundidad por encima de la taza, absorbió el vapor y sonrió, pero de una manera casi nefasta—. Esas cosas que estaban aquí antes de nosotros..., antes de la mina..., antes de los indígenas. Seguirán aquí cuando el último de nosotros desaparezca.

—¿Cree que les alegra? ¿Que el último de nosotros desaparezca?

—No lo sé. Yo soy terrestre.

—Pero los estudiantes ecologistas de la Universidad de Tennessee también están aquí por la tierra, para devolverle la vida. ¿No cree que los fantasmas o seres locales se alegrarían por ello?

—Ducktown no los quiere aquí. Sea lo que sea lo que hay al fondo de lago no los quiere aquí. Todos no somos hippies ni estamos hechos de arcoíris, hombretón. Debe haber una armonía, tú me entiendes. Y, aquí en la cuenca, siempre hemos vivido del metal. Tenemos tierra que contiene cobre, cosas que sacan cobre y cosas que trabajan cobre. Una armonía.

—Vale, este lugar no ha estado en armonía durante ciento cincuenta años y esos niños no tendrían que arriesgar su vida para devolverla.

—¿Por qué no? —preguntó guiñándole un ojo. Había un resplandor de dureza. Fingió estupefacción, pero ella la apartó con un gesto—. No, ahora en serio, sabes que te tomaba el pelo. Sea lo que sea ese Belcebú, no tendría que crecer aquí ni se tendría que enquistar. Lo tendrías que sacar y encargarte de él.

—¿Cómo?

—Lo desconozco. Pero si es bastante asqueroso para matar a gente, no servirá de nada hablar a buenas. Al menos no si le hablas tú.

Él meditó sobre la información.

—Gracias —dijo al fin, con los labios al lado de la cabeza de Piolín—. Me ha dado muchas ideas.

Se acabó el té, le volvió a dar las gracias a la mujer y se retiró al hotel para prepararse para el trabajo de la noche. Alquiló una habitación en el mismo Hostal Express Vacaciones que los estudiantes, no por nada en particular, sino porque no había nada más en kilómetros.

Por el pasillo, de camino a su habitación, se encontró a Bethany, que iba descalza y con un cubo con cubitos.

—¡Hola! —saludó alegremente y él le contestó ‘hola’ mientras se ajustaba la mochila que cargaba como equipaje—. No sé por qué me sorprende verte aquí. No me imagino otro lugar para que pases la noche.

—Está cerca y es limpio. Servirá para esta noche.

—¿Ese es todo el tiempo que te quedas? ¿Una noche?

—Depende. Ya veremos qué pasa.

Encogió los hombros y apretó el cubo de cubitos.

—¿Seguro que estarás bien?

—Siempre lo estoy.

Ella rio nerviosa y él se preguntó si nunca reía de otro modo.

—Supongo que nadie te molesta a menudo.

—No, señora, nadie.

Se desearon buenas noches y él se fue a su habitación. Encendió la luz para descubrir que no había nada extraordinario ni tampoco ofensivo: una cama con una sábana fea, algunas muestras de artículos de tocador y una pila con un grifo roto.

Se preguntó qué habría pensado Bethany si le hubiera soltado las cosas que guardaba en el pecho, si le hubiera dicho que no, que no le molestaban a menudo, pero que cuando le molestaban era ya para siempre. Cualquiera que haya visto una película de prisiones sabe que lo primero que hay que hacer es derrotar al hombre más importante. Los monstruos también lo sabían. Hasta ese momento, había escapado de todas las situaciones con algunas cicatrices de recuerdo. Cicatrices que todos los días le recordaban a los que no habían tenido tanta suerte.

Esas cosas que no existían... eran peores que los nadie.

A veces las cosas que no existían mordían y peleaban, chillaban y escupían veneno o fuego. Las cosas que no existían podían cambiar de forma y mover sus huesos y, a veces, solo una Biblia y la fuerza bruta podían derrotarlas.

La Biblia de Kilgore era pequeña y de cuero rojo, al hojear con suavidad las páginas de papel cebolla se agitaban, revoloteaban y se pegaban. Ya no solía leerla. No le hacía falta. Se la sabía de pe a pa, como el demonio. Sin embargo, la llevaba encima porque había desviado un ataque de zarpas que, de lo contrario, le habría abierto el pecho en vez de dejarlo como si se hubiera desmayado sobre una parrilla. Le trajo suerte.

En ausencia de ayuda mortal, usaría la suerte que pudiera conseguir. Preferiría tener al pastor Martin a su lado, pero ese tren ya se había marchado, ¿verdad?

Cuando anocheció, se puso el Libro Sagrado en el bolsillo, junto a su castigada libreta: un objeto lleno de pensamientos e investigaciones del caso, garabatos minúsculos, imágenes dibujadas con cuidado que podrían o no significar algo para él más adelante. Una hora o dos horas de investigación en Internet le habían proporcionado un nombre, o al menos una dirección. Solo era un punto de partida, pero era mejor que nada.

Volvió a entrar en el coche. Lanzó el equipaje al asiento del copiloto y, al hacerlo, golpeó la cruz plateada que colgaba del retrovisor. Se tambaleó y golpeó el vidrio con un enorme crac. Cogió la baratija y la paró. La sujetó un momento y entonces exclamó:

—Mierda.

La quitó del retrovisor y se la colgó al cuello. No tenía iglesia, pero tenía fe. Y tenía a su viejo y leal Bandera Pirata, que arrancaba a la primera.

Una vez pasó las pocas farolas y tiendas de la esquina de las que presumía Ducktown, las luces del coche iluminaron un camino llamativo, oscuro como la boca del lobo.

Estaba a casi tres kilómetros de la mina, pero había pocas señales que señalaran el camino y casi nada en el sentido de la civilización. Sin embargo, las estrellas brillaban en el cielo y los árboles formaban hileras a cada lado de la carretera, así que le llevarían sin problema hasta el cráter del lago.

Miraba los árboles al conducir, a la caza de algo que tal vez vivía y se escondía tras ellos. Alguna pista de la antigua armonía. Una especie de resurrección.

Cuando iluminó una reja, leyó una señal grande de PROHIBIDO EL PASO. Los haces de luz largos iluminaron el resto del mensaje, que prometía que se dispararía a cualquiera que condujera más allá y que acabaría de comida para los osos. Probablemente por diversión, porque no había ningún oso.

Bajó del coche para inspeccionar el panorama en persona. La señal estaba sujeta por una cadena a la altura de sus caderas. No le importó. Solo era un

candado enmohecido en una cadena vieja. Un par de patadas con sus botas con punta de hierro resolvieron enseguida el asunto y otra patada envió dando vueltas la reja a los árboles hasta que acabó apoyada de mala manera en un árbol deshecho.

Casi no valió la pena abrir el camino: la senda seguía unos noventa metros, se convertía en otra más ancha que dejaba el sitio justo para que el vehículo girara y poco más.

Con un poco de conducción creativa, maniobró el coche en un giro de 180 grados para poder salir corriendo si así lo requerían las condiciones. Aparcó, puso el freno de mano y dejó la puerta abierta para que la luz del techo durara un rato mientras comprobaba los suministros.

Un bote de plástico de ketchup lleno de agua sagrada. Un talismán muy desgastado que había fabricado en Nueva Orleans el año anterior a la Tormenta. Linternas y pilas extra y una lámpara para la cabeza que le había dejado un amigo mecánico. Un viejo cuchillo de plata para tarta porque, a veces, la plata era necesaria pero es cara, así que la cogió de donde pudo.

Una pistola de nueve milímetros cargada. Nunca se sabe.

Se dio unas palmaditas en el pecho y sintió el bulto tranquilizador de la libreta y de la Biblia. Guardó la pistola en el cinturón por la parte delantera, donde sería más fácil encontrarla, a pesar de que el frío metal en la barriga le provocó un gran escalofrío. Encendió la luz LED en el cinturón y se sintió ridículo, pero tenía las manos libres, y esto era más importante que la dignidad en la oscuridad.

Escondió todo lo demás en los bolsillos de la gabardina.

Cerró la puerta del coche y se apagó la luz. Encendió el interruptor de la lámpara de la cabeza, que iluminó el bosque sin la gracia vigorosa de las luces de Eldorado pero, fuera del pueblo, una luz pequeña llegaba muy lejos.

Por un momento se quedó quieto y escuchó. No oyó gran cosa. Casi le molestó, pero entonces recordó como Ammaw Pete mascullaba que todos los insectos iban al pueblo y supuso que no era tan perturbador. En la hierba no había grillos que hicieran ruido con las piernas. No había ratones que crujieran en las hojas ni ardillas que construyeran los nidos en la copa de los árboles. Nada ni nadie, menos de lo que esperaría en el cráter.

Kilgore tenía un sentido de la orientación bastante bueno, casi insólito, o eso solía contar su madre a la gente. Sentía en la cabeza que la ubicación del cráter tiraba de él. El olor del agua flotaba hasta los árboles: una peste desagradable de monedas de centavos oxidadas y estancamiento.

La carretera le había acercado bastante.

Olfateó, se limpió la nariz con la manga y empezó a caminar.

La pendiente se empinaba conforme andaba y, con cada paso, el suelo caía abruptamente debajo de él. Se resbalaba y derrapaba, pero la vegetación lo frenaba y, en un tropezón muy desagradable, acabó en tierra.

Entonces llegó al claro que rodeaba el agua, un círculo de tierra cobriza que mantenía los árboles a raya, o tal vez los árboles no querían arraigar en ese cuestionable estanque. Era una playa pequeña y repulsiva, desnuda, con el mismo atractivo que la mugre de una bañera sucia.

Quieto, moviendo solo el cuello, el hombretón examinó la escena y no escuchó nada. Aun así, sintió algo que no le gustó: la sensación picante e infeliz de que le observaban.

Sacó la libreta. La brillantez de la luz de la cabeza destiñó las páginas y complicó la lectura, pero frunció los ojos y forzó la vista para que sus propias palabras aparecieran.

—Te has llevado a dos chicos —dijo con paciencia. Como la luz, el sonido recorrió un largo camino—. Estaban aquí para limpiar la cuenca y tú los mataste.

Una ola rompió la superficie en calma de la piscina ennegrecida por la noche. Oyó el suave torrente del agua en movimiento, la ola de un repique solitario del viento que tocaba su única nota.

—Ammaw Pete dijo una cosa que me hizo pensar: dijo que hablar a buenas contigo no te detendrá, al menos si hablaba yo. ¿A quién obedecerías? Todo el mundo tiene miedo a algo, pero tú llevas una vidorra aquí, ¿no?

El agua se movió de nuevo. Kilgore lo vio de reojo: las líneas movedizas de algo que viajaba por debajo de la superficie, pero que no se asomaba al exterior.

—Te llamó Belcebú y no era una forma de hablar. Quería decir que eres un demonio, pero yo creo que no te mereces ese nombre. Un demonio podría salir del agua y causar... un desbarajuste más interesante en otro lugar. Y tú no puedes, ¿verdad?

Levantó la vista sin mover la cabeza. El deslumbrante resplandor de la luz le mostraba una figura que era redonda y calva, una cabeza parecida a la suya. Sus ojos se levantaron lo suficiente para romper la calma del agua y ver qué cabrón le provocaba de esa manera.

Kilgore contuvo un escalofrío y volvió a poner la vista en la libreta, en la palabra que había anotado.

—No estoy seguro de cómo se pronuncia eso —admitió—. De todas maneras, tal vez sea un nombre equivocado; sin embargo, es una coincidencia

bonita, así que te llamaré *Kupfernickel*.

Los ojos de dentro del agua eran más oscuros que el cielo de arriba o que el agua de abajo. Eran tan negros que derramaban oscuridad, un resplandor de maldad. Kilgore miró a los ojos de la cosa.

—Esa palabra... ¿significa algo para ti?

Una expresión de desdén baja y burbujeante sopló y agitó la superficie del lago. Entonces, tan suavemente que apenas se entendía, la criatura replicó.

—*Duendecillos imbéciles*.

—Duendecillos imbéciles —repitió Kilgore, demasiado sorprendido para responder otra cosa hasta volver a mirar la libreta.

A menudo las criaturas no sabían hablar y, si sabían, encontraban complicado hacerse entender. La voz era clara, a pesar de que sonaba como si viniera de kilómetros y kilómetros de profundidad.

—Pero son peligrosos, ¿no? Y están ligados al metal..., como el metal a la Mina Burra Burra, más o menos.

Los antiguos mineros alemanes se quejaban de que había una plaga en el cobre y no se podía fundir. No sabían que el metal no era cobre, sino niquelina: no podían sacar cobre porque no había.

—No eres tan diferente de ellos, *Kupfernickel*. Una cosa que finge ser otra. No eres un ser, ni una criatura de la vida, por supuesto.

—*Tus palabras no significan nada. Tú no significas nada. No hay vida aquí.*

—Tendrías que ser una cosa pequeña, un punto frío. Un tramo donde no crece la hierba, pero la polución de la mina ha permitido que amplíes tus fuerzas.

—*Tengo más poder de lo que crees* —silbó.

Se levantó y fue a gatas hacia el borde y hacia Kilgore con una lentitud deliberada que mostraba su aterradora forma, paticoja y afilada.

—No —insistió y no retrocedió, poniéndolo en evidencia—. Si tuvieras bastante fuerza propia, no llevarías la piel de un hombre muerto. No tienes suficiente sustancia, ni suficiente vida.

Miró deprisa a su alrededor y escudriñó el bosque con el haz de luz blanca clara que llevaba en la frente. La línea de árboles apareció impenetrable y sin rajaduras, una fila de troncos divididos con rayas de oscuridad. Parecía una jaula.

La criatura soltó alguna queja húmeda, pero paró la progresión del agua y permaneció con los muslos en el lago. También observó la línea de árboles, a la caza de lo que fuera que buscaba Kilgore pero, al no ver nada, adoptó otra expresión de desdén.

—*Sabes muy poco y todavía entiendes menos.*

—Entonces sal del agua. Ven aquí y ciérrame la boca, Belcebú.

La criatura dudó, entonces embistió y se retiró, como si hubiera cambiado de opinión. Kilgore reconocía una farsa cuando la veía.

—No puedes, ¿verdad?

—*Sí que puedo* —insistió.

—Demuéstramelo.

No obstante, la cosa observó los árboles en busca de una respuesta que Kilgore no podía ver. Se encogió en el agua en una postura entre amenazante y dispuesta a huir. La cosa llevaba ropa holgada: la ropa de ir por casa y el peto de un minero de hacía cien años, con botas, guantes y el humo del hollín de una vela alrededor de sus ojos vacíos. Empapado y deshecho, el uniforme se le pegaba a la piel y los huesos y mostraba los pliegues y las curvas de algo hecho con poco más que cartílagos y mito.

—Ven a darme una paliza si tan fuerte te crees. He destrozado a cosas más grandes que tú y te destrozaré a ti.

Los ojos negros como el carbón se fruncieron y le salió humo de las órbitas.

—*El agua te asusta.*

—La tierra te asusta —contraatacó.

—*No me asusta en absoluto.*

—¿Entonces por qué miras a los árboles?

Frunció el ceño y se agachó, con las articulaciones que chirriaban y se inclinaban, como si se acostumbrara a estar dentro del agua. El humo le salía de los ojos y de la comisura de los labios al hablar.

—*Ningún árbol me asusta.*

—Y a mí no me asusta la oscuridad, pero sé qué esconde.

Kilgore comprobó la distancia desde la orilla del agua: unos diez metros. Bastante lejos para que la criatura, a pesar de embestir, pudiera cogerlo. Incluso así, para asegurarse, retrocedió un metro o dos más, sin apartar los ojos de los dos cráteres humeantes en la cara de manzana arrugada de la criatura.

Se le resbaló la libreta, pero la atrapó al vuelo. La levantó hasta la luz de la linterna de la cabeza y empezó a leer.

—Por el monolito y el árbol torcido, os invocamos, donde se reúnen los vuestros. —Se aclaró la garganta e ignoró las salpicadas y los silbidos de la criatura que todavía estaba de pie en el agua—. Poderoso Señor de los bosques y de los animales, cazador y cazado, yo os convoco.

—*¡No responderá nadie! ¡No hay vida aquí!*

—Escuchadme, y venid de nuevo a esta vuestra casa sagrada. Guardián de las soberanas puertas, observador de la tierra viva —respiró.

Tal vez fue su imaginación la que vio que algo resplandecía en los árboles más allá del alcance de la brillantez de la lámpara de cabeza.

—*¡No queda nada para escucharte!*

—Ya puedes rezar porque sea así —gruñó Kilgore—. En el nombre de Jesús, del Padre, el Hijo y del Espíritu Santo...

—*Escúchate un poco, cobarde* —escupió la criatura—. *Le cantas al rey crucificado e invocas a los dioses antiguos con el mismo aliento.*

Zarandéó la cabeza. Lo había oído antes, de gente y cosas bastante más sagradas.

—Dios de la Creación, enviad a vuestros ángeles. Enviadlos en una forma que este cabrón reconozca y dadles vuestra energía todopoderosa.

—*Tu dios no cuenta con ángeles para criaturas como yo. Ni espadas. Ni corazones.*

Entonces esta vez, por el lado de Eldorado, lo vio seguro: se movía entre la vegetación como un riachuelo que fluía entre rocas, un movimiento lento, otro rápido como una centella: corría en un lugar extraño entre mundos.

—Él dará orden sobre ti a sus ángeles —repetió su frase preferida del libro de cuero rojo—, de guardarte en todos tus caminos.

En ningún lugar se especificaba qué forma tendrían esos ángeles ni cómo cumplirían las promesas.

—*No puedes hacerlo de las dos formas. Las maneras antiguas con los dioses modernos.*

—Un dios —corrigió—. Solo uno: antiguo, nuevo y eterno. Él tiene personal muy diverso.

Una cosa estaba clara: a veces las cosas tomaban los nombres por los que se las llamaba. Adoptaban las formas que creían mejores. No sabía cómo funcionaba ni por qué. No entendía los mecanismos de la Ley, pero sospechaba que nadie en la tierra los entendía ni podría entenderlos nunca. Solo sabía que Dios estaba en su bando. Creía más en Él de lo que creía en su propio nombre.

—*¡Tu Cristo no tiene poder aquí!*

—Te equivocas en eso y en todo lo demás.

Tal vez habría seguido hablando, pero una luz blanca soltó chispas, tembló y salió de la línea de árboles. Lo iluminó todo, pero no cegó a Kilgore, que todavía tuvo la precaución de mantener un ojo lloroso avizor en la

criatura, a pesar de que retrocedió. Levantó un brazo para cubrirse de la iluminación repentina.

La supernova emitió sombras de troncos más fuertes que los barrotes de una prisión y lanzó las formas más allá del cráter del lago, a través del agujero donde estaba antes la mina y por encima de la cresta, pasó la jaula de los mineros que rompía la luz en lazos y atravesó los brotes decididos que se aferraban a la pobre tierra, cobriza como la cara de Marte.

—Todavía hay vida —gritó con sorpresa, casi sin aliento por la iluminación divina y exigente.

Entre los dedos, alrededor de los bordes del feroz resplandor que era más frío que noviembre, vio a una figura con cuatro patas, con todas las extremidades tan estrechas como las raíces de un árbol joven y que sostenían un tronco como un barril y una cabeza orgullosa rematada con una corona tan ancha como los brazos extendidos de Kilgore. O sin ninguna corona, con cuernos, si es que eran eso.

Esa cosa tenía cuernos, a pesar de que Kilgore no encontraba las palabras para nombrarla. Ni para una oración o una súplica, puesto que se acercaría a la blasfemia. Incluso si sabía la manera en la que su Dios llamaba a esa cosa, no sería una palabra que pronunciarían sus labios.

Inspiró y expiró. Se obligó a respirar a través de ese éxtasis de luz penetrante que atravesaba la cuenca de cobre y todo lo que contenía.

—Tubal-Caín —fue lo mejor que encontró para saludar. El nombre de uno de los guardianes con cuernos del poderoso libro de cuero rojo. Rio bobamente al recordar un chismorreo de la tradición popular que casi había olvidado—. ¡Eres forjador, alabado sea el Señor! Ya entiendo tus patrones, Dios. Veo que giras la rueda...

El gran ciervo se movió. Su forma fluctuaba entre una proyección fina como una hostia y la carne y la sangre, pero se mantenía estable y contemplaba la criatura del lago, que se encogía con la luz.

La criatura luchó, cual mosca en la miel. Echaba gases y retrocedía, embestía hacia atrás y no iba a ninguna parte... Bueno, iba hacia adelante, hacia la cosa que brillaba en los árboles.

Salió, dando patadas y luchando desde el agua hasta que fue libre y estaba suspendida en alto, con enfado, goteando y soltando palabrotas en una lengua que ningún ser humano ha entendido nunca. Se encogía y se marchitaba como se habían marchitado la hierba y los árboles.

—Llévatelo —chilló ahogándose, sin reír, puesto que tenía tan poco aliento que solo podía jadear.

Cuando la criatura con forma de minero se levantó, retorciéndose y muriéndose, y se dirigió a regañadientes hacia el bosque, Kilgore sintió una presión en el pecho como una mano que le apretaba. La presión creció y se frotó los ojos, pero solo vio el ardor abrasador de la luz de los árboles... Y entonces vio estrellas. Después de eso no vio nada, ni siquiera la luz sempiterna. Ya no.

Volvieron las estrellas, pero esta vez en el cielo. Parpadeó. Estrellas de verdad y no las que le habían nublado la vista cuando se había ido la luz.

Yacía de espaldas y una sensación de punzada afilada a su lado sugería que alguien le golpeaba con un palo.

—¡Ay!... —masculló y le dio un golpe al palo.

El palo estaba en manos de Ammaw Pete, que también tenía una linterna enorme con una pila de nueve voltios en la parte baja. No le apuntaba a la cara, hay que decirlo todo. Enfocaba a la tierra e iluminaba su lámpara de cabeza, que había caído y había dejado de funcionar.

—Levántate, hombretón. Ya has acabado.

—¿Acabado? Yo no... —Se levantó despacio, impulsándose con los codos—. Yo no he hecho nada.

El ceño fruncido sugería que no estaba de acuerdo, pero solo dijo:

—Como tú digas. Recupérate. He encontrado tu coche en la colina, pero a la batería le hará falta un arrancador. Hay más de un tipo de vida, ya lo sabes, y me tienes que llevar a casa.

—¿Ha andado hasta aquí?

Le enfocó la cara con la linterna y se estremeció.

—Por supuesto que he venido andando. ¿Cómo sino se suponía que tenía que seguir esa luz? ¿Conduciendo entre los árboles? No estoy segura de qué tipo de coche te piensas que tengo y yo no monto en bicicleta. Nunca aprendí. No es natural eso de correr con dos ruedas.

—Y tanto que..., que lo es —rebatía con una sonrisa. Ella le ofreció una mano para quedar bien, pero él se levantó sin su ayuda—. ¿Así es cómo me encontró? ¿Siguió la luz?

—Mejor que la estrella de Belén.

Estaba medio en broma cuando dijo:

—Cierre la boca, señora.

—Oh, claro. Tú puedes pedir un favor a los dioses paganos, pero yo no puedo bromear un poco sobre la astrología. Muy bien. Eres un hipócrita enorme.

Se sacudió el polvo y se palpó en busca de heridas. En general, se sentía bastante bien. Cansado, pero bien.

—Soy enorme en muchas cosas, pero no soy hipócrita.

—Entonces tal vez solo estás confundido. Ya está bien —dijo y dio un paso adelante para sostenerlo. Funcionó, mayoritariamente porque él no quería caerle encima—. Espera un momento si te hace falta.

—No sé qué me pasa —musitó—. No he hecho nada. He pedido ayuda y ha venido. Eso ha sido todo.

—No, niño. —Le dio una palmada en el brazo—. Eso no ha sido todo. Tenías razón —le aseguró mientras le del brazo hacia arriba de la montaña, en dirección al Bandera Pirata—. Había vida en este lugar. Mucha vida. Tu vida. Y mi antiguo hombre —explicó guiñándole un ojo— te cogió un poco para hacer su voluntad. Has hecho un buen trabajo al llamarlo.

Kilgore frunció el ceño a la pequeña mujer que le agarraba del brazo. Continuó hacia adelante.

—Sabía que si te pedía todo a la vez, no lo harías por nada en el mundo. Alabado sea el Señor, él tiene tiempo, pero tú y yo no.

Mientras andaban, el brillo de los ojos de la mujer no procedía de la linterna ni de la luna.

Daniel Abraham

Daniel Abraham vive con su familia en Albuquerque, Nuevo México, donde es director de apoyo técnico de un proveedor local de servicios de Internet. Empezó su carrera de escritor con historias cortas de ficción, que vendió a las revistas *Asimov's Science Fiction*, *SCI FICTION*, *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, *Realms of Fantasy*, *The Infinite Matrix*, *Vanishing Acts*, *The Silver Web*, *Bones of the World*, *The Dark*, *Wild Cards* y a otras más. Algunas de estas aparecieron en su primera antología, *Leviathan Wept and Other Stories*. En cuanto a sus novelas, publicó algunas en poco tiempo, incluida la saga de *The Long Price Quartet*, que comprende *A Shadow in Summer*, *A Betrayal in Winter*, *An Autumn War* y *The Price of Spring*. También ha escrito la saga *La daga y la moneda*, que abarca *El sendero del dragón*, *The King's Blood* y *The Tyrant's Law*. Es autor también de *Hunter's Run*, una novela colaborativa con George R. R. Martin y Gardner Dozois. Con el pseudónimo de M. L. N. Hanover, ha escrito la saga de romance paranormal de cuatro volúmenes *Black Sun's Daughter* y, junto con Ty Franck, bajo el pseudónimo de James S. A. Corey, la ópera espacial de la serie *Expanse*, que, por ahora, consiste en *Leviathan Wakes*, *Caliban's War* y *Abbadon's Gate*.

En el peor de los barrios, donde la vida no vale nada y la norma suele ser sálvese quien pueda, está bien encontrar un amigo en el que poder confiar, y a veces se encuentran en los lugares más inesperados...

EL SIGNIFICADO DEL AMOR

Daniel Abraham

El nombre Orilla del Norte Soberano hacía referencia a una extensión de tierra junto al río Taunis, dentro de la gran ciudad de Nevripal, pero que no pertenecía a esta. Se formó como un accidente político cuando, siglos atrás, los magos del Imperio Hanish hicieron un llamamiento para la paz después de la Guerra de los Diez Emperadores. Cedieron las tierras que rodeaban el río lento y oscuro al Consejo de Nestripon, pero se hizo una excepción con el palacio de invierno Hanish y sus tierras, que eran las preferidas de la Emperatriz. En un gesto sentimental y de buena fe que a menudo sigue a las guerras entre monarcas que también son familia, la tierra permaneció técnicamente dentro del Imperio Hanish, a pesar de que no quedó allí ningún oficial ni ciudadano. El alcalde y los burgueses de Nevripal, que no compartían el aprecio familiar de los enemigos derrotados, declararon que la Orilla del Norte Soberano era, en esencia, un problema en sí mismo. Sin ninguno de los Hanish que lo supervisara ni ninguna persona de Nestripon que quisiera hacerse cargo, se convirtió en el lugar más extraño de todos: una zona autónoma donde la ley protegía e imponía la anarquía.

Con el paso del tiempo, la Orilla del norte se había convertido en una curiosidad. Los restos de una docena de culturas encontraron allí su lugar o se vieron obligados a ello al no hallar otro refugio. Las aguas mansas y oscuras del Taunis transportaban barcasas y balsas a las orillas enfangadas. Los delincuentes y los deudores huían allí, con los refugiados de guerras nacionales y locales, los adictos y los que eran más pobres que las ratas. De forma vasta y desorganizada, la Orilla del Norte Soberano creció.

La ausencia de magistrados no significaba que no hubiera urbanistas, arquitectos, genios o locos, más bien quería decir que no había restricciones para los que vivían e inventaban allí. Con el paso de las décadas, la presión de la gente y la desesperación provocó que los edificios crecieran. Una planta tras otra, construidas con lo que tuvieran en las manos y con el lema no oficial *Lo que vale, vale*. Las torres se inclinaban y se balanceaban y, a veces, caían y reducían a los hombres y mujeres que había dentro a carne y sangre, para que los supervivientes o la próxima oleada de refugiados las reconstruyeran.

Crearon pasarelas de cuerda y madera entre los edificios, incluso se decía que un nativo podía cruzar desde la muralla del norte hasta las aguas mansas del sur sin pisar nunca el suelo. Lanzaban los excrementos, las meadas y la basura a la calle por las ventanas hasta que llegaba la lluvia para llevárselo y, como plantas en tierra fértil, se erigían edificios inestables y de poca confianza, guiados por el profundo anhelo humano de ser el último al que le cayera un zurullo. Las calles se hicieron más oscuras y más estrechas y a veces desaparecían del todo bajo toldos de listones y brea que las redefinían como hogares y cobertizos.

Como en cualquier comunidad, había monumentos y espacios por todas partes. Se decía que el Templo, el origen de la ciudad, era parte del palacio Hanish original. El Mercado del Agua, construido encima del río, era donde los hombres y las mujeres intercambiaban cachivaches y trastos con la ferocidad de los mercaderes de piedras preciosas. La madriguera del opio de la muralla, en la que los hombres se dormían hasta morir bajo cortinas de cuentas que iban desde el amarillo hasta el ámbar por el humo. Había barrios y demarcaciones invisibles para el ojo no entrenado, pero que contaban con un nombre para los nativos: la Sal, la Asfixia de Hafner, el Pueblo de Jim.

Con tres kilómetros de largo y uno y medio de ancho en su máxima extensión, la Orilla del Norte Soberano era el hogar y el antro de cincuenta mil personas. El poco orden que reinaba lo imponían los señores del crimen, para los que era un refugio de los magistrados. La poca comida que había procedía de las casas de caridad de Nevripal, cuando la nobleza de la ciudad se sentía generosa, o se robaba del tráfico del río o se pescaba de las aguas malolientes. La jerarquía de los habitantes de la ciudad sin ciudadanos iba desde los bebés escuálidos y hambrientos que pasaban unas vidas breves en las sombras hasta los hombres sagrados con ropa oscura del Templo; desde adictos, sacos de huesos medio locos por la nostalgia y el hambre, hasta maestros del crimen y la violencia cuyos áticos daban al otro lado del río, a las luces del mundo respetable, como reflejos en un espejo empañado.

En las profundidades de la ciudad, ni demasiado cerca de la muralla ni del río, ni en las alturas elevadas e inciertas, ni hundida en el estiércol y los residuos que ahogaban las calles más bajas, había una habitación pequeña que tenía un brasero de estaño bajo una chimenea con un tubo fino de arcilla y dos antiguos colchones manchados. En un colchón yacía el príncipe Steppan Homrey, heredero fugitivo de Lyria. En el otro, Asa, que estaba enamorada en secreto de él.

A pesar de las horas que eran, ninguno de los dos dormía.

—La amo —aseguró el príncipe, con el brazo por encima del frente y con lágrimas viriles que le cubrían los párpados. Hacía veintitrés años y diez días de su bautizo y tenía medio año más que ella—. La amo y la venderán al asilo de pobres, donde la harán trabajar.

Media docena de respuestas aparecieron en la cabeza de Asa: *Solo la has visto una vez y de lejos. Mejor en el asilo de pobres que aquí. Tal vez confundes el amor con otra clase de nostalgia*, hasta que un pensamiento victorioso y diplomático se impuso:

—Lo siento.

—Tendrías que haberla visto. Era como el amanecer de una mañana de invierno.

—¿Cubierta de rocío, quieres decir?

—No —respondió el príncipe—. Era pura, pálida y brillaba como el horizonte cuando es casi demasiado claro para mirarlo.

—Ah.

—Le he preguntado a un chico cómo se llamaba. Zelanie, la hija de Jost. Juraría que tiene sangre real. Si la hubieras visto, sabrías lo que quiero decir. La postura que tenía era como ver a una reina en la coronación. Todo a su alrededor estaba claro porque ella estaba cerca. Estaba destinado a encontrarla. Ahora lo entiendo. Sean los que sean los planes que los dioses urden para mí, estaba destinado a encontrarla. Por lo tanto, estaré destinado a salvarla. Tendrías que haber visto a su padre. Tenía cara de asesino.

Asa se movió. El colchón crujió y se acomodó a su cuerpo.

—Crees que soy imbécil —aseguró el príncipe.

Tenía los ojos rojos de llorar y la cara era una máscara de melancolía. Asa suspiró.

—Creo que te está cazando una madrastra a la que nada le gustaría más que verte flotar boca abajo en el río. Tu padre es prisionero de un mago de Kyrea, en el caso de que no esté muerto. La mitad de los habitantes de tu país de origen cree que eres un asesino y la otra mitad piensa que eres imbécil. Ya tienes suficientes dolores de cabeza para preocuparte por otra cosa.

—No lo he pedido yo —replicó—. Esto lo entiendes, ¿no?

Asa se había pasado la vida entrando y saliendo de la Orilla del Norte Soberano y había trabajado de ratera, de acólita de los dioses, de estafadora, de agente de información y, como la propia ciudad, de avatar y personificación de lo que hiciera falta hacer. Convertirse en la protectora no oficial de un refugiado político no era la decisión más sabia, pero así había sido.

Steppan acababa de llegar cuando se conocieron hacía un invierno, con la lana finamente bordada y muy cardada de su capa, que se suponía que era discreta y que le hacía resaltar como sangre en un vestido de novia. Tenía el ceño fruncido tanto por la indignación moral del sufrimiento a su alrededor, como por la autocompasión masculina, y la primera mitad del día que traspasó la muralla había perdido las monedas que llevaba cosidas con cuidado en la manga. Incluso los sacerdotes se lo habrían pensado dos veces antes de apostar por su futuro, pero allí estaba, meses después, con el pelo más largo y greñado en el pescuezo, la ropa de un color entre amarillo y marrón en el que se acababa convirtiendo todo lo que se lavara en el Taunis y mirando la habitación con ojos llenos de lágrimas, como un cachorro que hubiera perdido a su dueño. No se había afeitado en un mes y el bigote negro le brillaba como si se lo hubiera aceitado. Era la viva imagen del ‘no lo he pedido yo’, así que Asa le permitió ese argumento.

—¿Dónde me habías dicho que estaba?

—La vi en el camino junto a ese edificio que parece encorvado. Con cuatro pilares.

—Sé a lo que te refieres. ¿Eso pasó hace dos días?

El príncipe Steppan asintió con la cabeza, se giró y se apoyó con los codos.

—¿Me la encontrarás? ¿Le darás un mensaje de mi parte?

—No, no te anunciaré bajo ninguna circunstancia a alguien en quien no confío del todo, pero echaré un vistazo. Veré lo que hay. ¿Zelanie, hija de Jost? Pues a esa buscaré.

Asa conocía el lugar. El edificio era la antigua torre con raíces en la caballeriza del palacio del Emperador Hanish y una larga historia de hundimientos menores. Una familia que viviera allí estaría lo bastante desesperada para vender a sus adolescentes a los asilos de pobres. El tráfico de esclavos estaba prohibido en Nevripal, pero la Orilla del Norte Soberano no era Nevripal. Asa conocía dos lugares en los que se reunían los empresarios para hacer negocios sin infringir la ley desde un punto de vista técnico. En verdad, no era lo peor que podía hacerle un padre a su hija.

—Gracias, amiga —dijo el príncipe—. La amo.

Ya lo habías mencionado, pensó Asa con amargura, pero no lo dijo.

Cuando el sol empezó a brillar en los cielos orientales, Asa ya iba por los puentes de cuerda entre los edificios. El aire apestaba a humo y aguas

residuales, pero no más que de costumbre. Los sonidos de las voces provenían de ventanas sin vidrios y de las calles de abajo: chillaban y soltaban palabrotas, pero también cantaban y reían. Los hombres y las mujeres con capas se pegaban unos a otros en los puentes que no tenían más de un palmo de ancho, con las espaldas y las barrigas que se rozaban de una manera que habría sido íntima si no fuera la rutina. Cada una o dos semanas se hundía un puente, tiraba a dos o tres personas al aire y las aplastaba contra cualquier techo que hubiera debajo. Sin embargo, moría más gente por la corriente y nadie hacía nada al respecto. Se reconstruían los puentes si importaban a suficiente gente y tenían cuerda de repuesto y, si no, no se reconstruían.

Los caminos de la ciudad se movían y cambiaban como un río lento e incómodo. Era una de las cosas que le gustaban a Asa de la ciudad. Pero solo una.

La torre antigua parecía triste bajo la luz amarilla de la mañana. Se inclinaba un grado al este y tenía ventanas a los lados, abiertas en las paredes cuando lo pedía la comodidad de los habitantes hasta que apareció la fiebre arquitectónica. Asa se metió por una escalera de mano y después por una escalera hecha con troncos de madera encontrada en el río que habían clavado fuera del edificio y emergió en el patio que había descrito Steppan. Cuatro pilares enormes salían del suelo, altos y orgullosos como árboles, y eclipsados. Unos hombres y mujeres dormían en la mugre o montaban un espectáculo para tener que levantarse. Al otro lado, tres niños jugaban a perseguir un perro que nadie se había comido todavía.

—Busco a un hombre que se llama Jost, cuya hija es Zelanie —anunció Asa tocando el hombro de un hombre.

Zarandeo la cabeza y encogió los hombros y después hizo la misma pregunta a la siguiente persona una y otra vez, uno tras otro, hasta que se sabía los movimientos y las palabras de memoria. Cuando, cerca del mediodía, una mujer asintió con la cabeza y señaló el río, Asa soltó una palabrota: no era una buena señal.

Los hombres de los asilos de pobres estaban en el extremo occidental del muelle. Tenían caras gordas y risas que sonaban crueles por el contexto, igual que una piedra preciosa parecería fea en una lata. Todavía no habían acabado de construir los corrales, pero un par de chicos nativos martilleaban las paredes y las alzaban para sus compatriotas con más fortuna. El capataz del asilo de pobres fumaba una pipa al lado del río y contemplaba la oscura curva donde el río reducía un poco la corriente. Su escritorio era una tabla entre dos montones de baldosas con una tela morada por encima para que pareciera

respetable. Una fila de hombres y mujeres esperaba a que empezaran los negocios. Uno de ellos era un hombre que parecía cansado, que probablemente doblaba la edad al príncipe, con una chica de piel pálida al lado.

—¿Jost? —preguntó Asa, acercándose.

El hombre la miró y después a su hija.

—Aquí —respondió el hombre.

—Entonces esta será la encantadora Zelanie. —Asa sonrió.

Era una criatura flaca con cabellos oscuros, menos lisos de lo que se esperaba, y las mejillas y los pechos más redondos que la media, quizás. Asa creía que no sería siempre una belleza y, por supuesto, no era el amanecer del invierno convertido en carne, pero era bastante bonita y sabía sonreír. Sus ojos no delataban si era inteligente o no, pero se la veía espabilada. Si le corría sangre real por las venas, estaba muy escondida.

—¿Qué quieres? —preguntó Zelanie.

—¿Hacéis cola para el asilo de pobres?

—Si alguna vez abren y empiezan a contratar —respondió su padre.

—¿Contratar? Creía que el verbo era comprar.

—Bueno, nadie te ha pedido opinión, ¿no?

Asa se volvió hacia la chica, pero antes de que él pudiera hablar, oyeron una voz familiar que venía del callejón de detrás de ella. Josep Red apareció tambaleando, saludando con su mano buena y sonriendo de oreja a oreja, como si hubiera encontrado una perla en un orinal.

—Perdón —se excusó Asa, con los ojos fijos en la chica de una forma bastante significativa. Frunció el ceño, sonrió de manera incierta y se dio la vuelta.

—Asa, desperdicio de corrida —saludó Josep mientras se iban juntos de la fila—. Estaba buscándote.

—¡Qué honor!

—¿Todavía trabajas las noticias sobre cazadores?

Asa levantó una ceja y el viejo rio de forma burlona.

—Sí, todavía trabajo ese mercado. ¿Qué tienes?

—Dos ayudantes del magistrado aparecieron por la muralla anoche. Deambulaban por la Asfixia de Hafner y preguntaban a la gente por un cuadro.

Asa escupió, volvió a mirar la fila de hombres y mujeres, el corral medio vacío y la chica a la que el príncipe Steppan había decidido que amaba. No

puede esperar que yo lo haga todo a la vez. Asa puso una moneda de cobre en la mano sin cicatrices de Josep.

—¿Por qué no me lo enseñas?

Los cazadores del magistrado no vestían con sutileza. Los dos llevaban armaduras de cuero hervido con el sello de la balanza y el hacha del alto consejo esculpido en el pecho y las espadas que les colgaban habrían dado de comer una semana a cualquiera con valor para llevárselas. Andaban con una firmeza que llevaba intrínseca el derecho de paso e ignoraban a la mayoría de la gente: solo se rozaban con los hombres y las mujeres bien vestidas e incluso a ellos les hablaban con tonos cortantes y condescendientes. Asa y Josep Red los observaron un rato sin ser vistos y nada de lo que contemplaron hizo que Asa pensara bien de ellos.

—¿Quién aparece en el cuadro? —preguntó Asa.

—¿Crees que me lo han enseñado? Yo estoy por debajo de los de su clase.

—¿Qué preguntan a la gente?

—¿Habéis visto a este hombre?

El estómago de Asa se encogió. Si al Consejo de Nevripal se le había metido entre ceja y ceja aliarse con los enemigos de Steppan, el futuro sería insoportable. Josep asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo. Con cinco planes de escape ya en la cabeza, Asa salió a la calle con una sonrisa y caminó hacia los cazadores. Tenían los ojos tan duros como la pizarra y uno de ellos puso la mano en la empuñadura de su acero.

—Buenos días. He oído que ustedes, jóvenes fornidos, buscan una cosa y creo que puedo ser de ayuda.

—¿Quién eres?

—Asa.

Los cazadores se miraron uno a otro como si no supieran si sentirse insultados o halagados. Durante un momento tenso, nadie habló. Uno de ellos quitó la mano de la espada y se sacó un trozo de papel grueso del cinturón. Lo puso ante los ojos de Asa como si pusiera un rastro en la nariz de un perro cazador. En lugar de la nariz fina y los ojos muy separados de Steppan, la cara dibujada con tinta que la miraba era ancha y larga y muy conocida. Los ojos de Asa se fruncieron para disimular el alivio.

—¿El canciller Rouse? —preguntó Asa fingiendo incredulidad.

Los cazadores intercambiaron una mirada que significaba que acababan de interesarse por Asa más que antes.

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Bastante para aconsejarles que lo busquen en el cementerio. Murió hace seis años.

—No murió —replicó el segundo cazador—. Usó una pócima para fingir su muerte y enterró a un criado en su lugar. Hemos venido a acabar lo que empezó.

—¿Lo has visto? —preguntó el primero—. ¿Vive aquí?

—Si vive aquí, yo no lo he visto. Y..., con todos los respetos, el canciller Rouse derrotó al ejército de Sarapin y mató a setenta personas con sus propias manos. Si viviera por aquí, ya nos gobernaría y nos entrenarían a todos en su ejército por la mañana. Al menos esto es lo que yo he oído.

Los cazadores se miraron con asco.

—Tenemos razones para pensar que está aquí. De ser así, lo encontraremos.

—Vayan con Dios —deseó Asa—. Preguntaré y si me entero de algo... Bueno, si me entero, ¿hay recompensa?

Quince minutos después, Asa volvió al muelle. Habían construido los corrales y el capataz estaba sentado detrás del escritorio morado. No había aún ningún esclavo tras los barrotes del corral, pero tardarían poco en estar allí. Zelanie y su padre no estaban en ninguna parte y no había forma de averiguar si los asilos de pobres los habían rechazado, si habían llegado a un acuerdo o si Jost esperaba un precio mejor por el futuro de su hija. Durante la mayor parte del día, la cola de hombres y mujeres avanzó despacio, pero esos dos en particular no volvieron. Al final Asa se rindió, gastó una moneda en una cocina asquerosa junto al río y volvió a la pequeña sala con un saco de arpillera que contenía pichones cocinados.

Steppan estaba sentado junto al brasero y alimentaba el fuego con ramitas y trocitos de carbón. La luz le resplandecía en los ojos oscuros cuando miró a Asa. El fuego y el calor transmitían una incómoda sensación. Desde detrás de una de las finas paredes, los gemidos de una mujer resonaban como el grito de apareamiento de un gato montés. Un paquete de tela gris yacía en el colchón de Steppan. Asa dejó la bolsa con la comida y se sentó a su lado en el colchón.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó Steppan.

—Interesante. He visto a tu amada. Tienes razón, su padre quiere venderla.

—¿Y?

—Y la vida del hermano Rouse en el Templo está a punto de volverse mucho más interesante. El pasado vuelve para perseguirlo, a pesar de que no veo de qué manera nos afecta. También creía que habíamos acordado que eso tenía que estar escondido.

El príncipe miró la tela como un ratón miraría a una serpiente.

—Tal vez lo necesitamos.

Asa sacó un pichón y le dio un bocado, pensativa. La carne era basta, pero estaba condimentada con pimienta y sal que lo disimulaba. Steppan cogió un ave para él con una mano y desenvolvió el paquete de tela con la otra. La funda era de color verde y tan ostentosa y llamativa como todo lo que llevaban los cazadores. Steppan desenvainó el acero.

—¿Qué crees que necesitaremos? ¿Planeas matar a todo el personal del asilo de pobres? ¿O solo a su padre?

—La venderán y tengo que estar preparado para comprarla —explicó Steppan—. Si puedo mejorar el precio de los asilos de pobres, puedo reclamarla y liberarla.

—Creo que no lo venderás por gran cosa. No en nuestros mercados.

—Ese no era mi plan.

Asa dio otro mordisco y entonces dejó el cadáver del ave en el colchón. Steppan miró hacia otro lado, entre presumido y avergonzado.

—¿Pues por qué no me explicas tu plan? —preguntó Asa, pronunciando cada palabra con cuidado.

—Todo el mundo sabe que la Orilla del Norte Soberano es el refugio de bandoleros y ladrones. Robar a un ladrón no es delito. Los señores del crimen se reúnen en Sal, o eso me has dicho. Debe de haber bastante oro para comprar su libertad.

—No. Por nada del...

—¡Ya! —gritó Steppan y, cuando se giró, el acero se giró con él. Las lágrimas en sus ojos delataban que sabía lo malo que era el plan—. Has sido mi compañía, mi única amiga, y estaré en deuda contigo toda la vida, pero no puedes pedirme que la abandone. No puedes pedirme que no lo intente.

—No ayudarás a nadie si mueres. Hay otra manera.

—¿Cuál?

—Todavía no se me ha ocurrido —respondió Asa, que recogió el pichón.

La boca de Steppan se abrió y cerró como la de una marioneta. La punta del acero volvió a apuntar al suelo y rio con amargura una vez. Comieron en silencio mientras el sol se ponía fuera y la oscuridad se apoderaba de las repugnantes calles. Los gemidos de la mujer se convirtieron en un combate de

gritos en una lengua que Asa no conocía y entonces acabaron abruptamente. Steppan avivó el pequeño y humeante fuego, fue a mear por la ventana al final de recibidor, volvió y se lanzó a su colchón. Asa se apoyó contra la pared fría y crujiente.

Sin duda, el mejor plan era que superara sus ingenuas ilusiones sobre el amor, pero como eso sería complicado, necesitaban una alternativa. De lo contrario, Steppan llevaría a cabo una acción desesperada y suicida. Comprar la libertad de la chica no era mala idea, pero la parte de conseguir el dinero era horrible. Así que a lo mejor había otra forma. A través de la habitación minúscula, Steppan respiraba despacio y profundamente, con sus manos acurrucadas bajo el cuello, como un niño. Con esa poca iluminación, tenía las mejillas más oscuras y la curva de los labios se le perdía en la incipiente barba. De todas maneras, ¿cuánto pagaban los asilos de pobres? Sin saber qué precio ofrecían, sería complicado pensar en una solución concreta. Asa pensó en los cazadores que buscaban al supuestamente muerto canciller Rouse y el chiste sobre la recompensa. Para la mayoría del pueblo de la Orilla del Norte Soberano, la vida era demasiado barata.

La vida era barata y los cadáveres, económicos.

Los ojos de Steppan se abrieron de repente.

—¿Qué?

—¿Te has reído?

—¿Yo? Bueno, he pensado en una cosa graciosa.

La sonrisa de Steppan fue bastante prieta.

—¿Has pensado en algo?

—Lo pensaré por la mañana cuando hayas vuelto a guardar esa cosa, ¿eh?

—Por supuesto. Gracias, Asa. Por todo. No sé qué haría sin ti.

Probablemente morirías, pensó Asa.

El Templo se asentaba debajo de la ciudad y las cámaras más profundas arraigaban en el húmedo suelo de la orilla del río. Un conjunto de telas colgaba por encima del edificio y la basura, los nidos de pájaros y los animales muertos que se habían instalado a lo largo de los años bloqueaban la poca luz solar que luchaba por llegar a las estructuras más altas. Los rayos débiles de luz resaltaban el polvo y la suciedad que había en el aire e iluminaban azulejos escarlatas y dorados, cristalerías antiguas y destrozadas y senderos amarillentos de mármol que monjes y sacerdotes mantenían limpios. El efecto solía compararse a estar bajo las copas de los árboles de una jungla,

pero Asa creía que parecía más bien como estar bajo el agua: unas ruinas bajo el agua después de una vasta y fangosa inundación.

Las antorchas y las farolas calentaban el aire, incluso a mediodía, y el enorme vestíbulo central, con las estatuas de siete dioses, olía a incienso dulce. Los sacerdotes y los médicos que vivían en los vestíbulos oscuros y adoraban a los dioses en la penumbra o eran santos dedicados a servir a los más desafortunados en los peores lugares del mundo, o monstruos que ya habían metido la pata en otros lugares. A veces, eran las dos cosas.

Asa se sentó en el banco trasero y observó el gran tamaño de un sacerdote mientras caminaba por la nave central. Los años le habían dado canas y le habían engordado la papada, pero cualquiera que lo mirara de cerca lo habría reconocido como el hombre al que los cazadores buscaban. Cuando habló, la voz le sonó floja y brusca.

—Asa.

—Canciller Rouse.

—Ya no me llamo así —replicó el sacerdote, que se agachó en el banco frente a Asa y se giró para mirar por encima del inmenso hombro que tenía—. Pero ya lo sabes. Así que tengo que pensar que estás diciéndolo para provocar una reacción.

—La única manera de describir mi estado de ánimo es afligida. Pero no soy la única que pronuncia ese nombre últimamente. Hablé ayer con un cazador del magistrado en la Asfixia de Hafner. Tenía un retrato tuyo.

Rouse apretó los labios y suspiró.

—Eso he oído.

—Entonces supongo que tienes un plan para apartarte del peligro.

—Quizás. O a lo mejor es hora de rendirme al juicio del consejo.

Asa soltó una carcajada. Rouse parecía herido.

—¿No lo crees, amiga Asa?

—Creo que eres el mismo asesino sin corazón que cuando gobernabas. Llevas el alzacuello porque la única autoridad que has llegado a aceptar es la divina.

—Así es. Tienes razón.

—Así que tienes un plan.

—Quizás.

—Pues si tú no tienes uno, yo sí. El precio por mi ayuda es de lo más razonable.

Rouse calló durante un largo rato. Los siete dioses los contemplaban con los ojos tallados en piedra vacíos. En algún lugar cercano, un coro invisible

levantaba sus doce voces con el canto de mediodía. Asa luchó contra el impulso de moverse. Había oído historias en las que el canciller Rouse había cortado la garganta de un hombre y le había sacado la lengua por el agujero como castigo por interrumpirlo. Era muy posible que fuera una exageración, pero el riesgo era demasiado elevado si los rumores eran ciertos.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Rouse.

—Tu ayuda en un problema que tengo. Tu pericia. Nada que no hayas hecho antes. A cambio, te ayudaré a salir de la boca del lobo y me encargaré de los cazadores por ti: ellos ni siquiera sabrán que estás involucrado.

—Suenas sospechosamente razonable.

—Yo puedo ser razonable.

—Cuéntame qué tienes exactamente en mente —pidió Rouse.

Así lo hizo Asa y añadió unos adornos de más que de costumbre. Rouse escuchó con una ferocidad intimidante. Al final, reía en silencio y con una violencia que hizo crujir el banco.

—Los echarán de menos —espetó cuando se recuperó.

—Tal vez, pero eso será un problema siempre. Sé honesto: ibas a matarlos.

—Sí.

—Los habrían echado de menos igualmente. Así, dejarán de remover la mierda, tú no estás implicado y los dos nos llevamos dinero. Si consiguen volver al mundo, es culpa mía. Nadie sabrá nunca a ciencia cierta que tú estás implicado.

El coro terminó el canto con una ambigua armonía, como si honrase mejor a los dioses con algo que permaneciera abierto y sin acabar.

—Mi plan es más sencillo —replicó Rouse.

—En mi plan no muere nadie.

—¿Eso es bueno?

—Has matado a mucha gente, amigo, y, ¿dónde has acabado? No es un argumento rotundo para la estrategia.

El hombre que había gobernado naciones con su látigo lo meditó.

—Algún día nos pasaremos de la raya. Los magistrados vendrán. O los soldados. Quemarán todo este lugar hasta la orilla del río y clamarán que tienen un mundo más limpio.

—Probablemente —asintió Asa—. Pero no lo harán hoy, ¿así que por qué hablamos?

Un momento después, Rouse suspiró.

—Lo intentaremos a tu manera.

Pasaron el resto del día con las preparaciones. La lista de hierbas y venenos de Rouse era más corta de lo que Asa esperaba, pero también más complicada de conseguir. Lobelia seca y césped, vino destilado y arsénico en polvo. Asa intercambió una cosa por otra, habló con dulzura, prometió y amenazó, sustrajo y suplicó, lloró y robó. En la puesta del sol, Rouse ya tenía todo lo que había pedido y algo más y Asa se sintió como la cuerda en un concurso de estirar la cuerda. Aunque para ese momento ya había acabado.

La Orilla del Norte Soberano no dormía, pero dormitaba. La luz cobriza del crepúsculo hacía que las sombras fueran más oscuras y las calles y las pasarelas más rojas. Las hogueras empezaban a brillar y resplandecer en las ventanas y en los tejados y el humo que apestaba a carbón y madera y heces secas llenaba el aire. Algunas noches, la neblina salía del agua oscura del Taunis y se mezclaba y Nevripal, al otro lado del agua, se convertía en la nada. Esas noches, la Orilla del Norte Soberano parecía estar al lado de un mar infinito, rodeada de agua, silenciosa. Los amigos y los conspiradores se congregaban para cantar, quejarse o planear una fuga. Los sintecho pedían calor y comida o, de lo contrario, morían en los márgenes sin que nadie los llorara. Era como cualquier otra ciudad, solo que todavía más exagerado, y era una de las cosas que más le gustaban a Asa de la ciudad, pero solo una.

Steppan no estaba en la habitación, tampoco la espada. No estaba en la entradita de azulejos donde a veces pasaban la tarde jugando con viejos desdentados y con algún dedo amputado. No estaba en el callejón ni en las habitaciones comunes. El adicto que vivía en la habitación contigua no lo había visto desde el mediodía. La rabia se apoderó del mareo de Asa, pero no tanto como para borrarlo del todo. La solución al misterio de la desaparición del príncipe Steppan estaba clara del todo, al menos si se consideraba con perspectiva.

Cerca del mediodía, Asa salió a la calle junto al río que daba al muelle. Steppan estaba sentado, con las piernas que le colgaban por encima del río y la mirada fija en los corrales. Unas antorchas iluminaban a los cautivos y a los barrotes. Diez hombres y seis mujeres. Había desde gente que apenas había dejado atrás la infancia hasta ancianos: todos propiedad de los asilos de pobres. Traerían más antes de que los embarcaran. Asa había visto los corrales tan llenos que parecía que casi no había suficiente espacio para respirar. Siete guardias, de pie o sentados, reían unos con otros y el agua y la niebla hacían que las voces parecieran cercanas y lejanas a la vez.

—Hemos llegado tarde —aseguró el príncipe.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya la han vendido.

Dentro de los barrotes del corral, como un ave en una colección de animales, Zelanie, hija de Jost, los miraba. Llevaba un vestido marrón amarillento, que en un principio habría sido rosa o blanco. En el río, apareció una barcaza. Contrabandistas o un grupo de jóvenes de la ciudad que buscaban aventura. El agotamiento, el placer y el ansia precipitada de Asa por lo que todavía tenía que pasar explotaron en una carcajada. La expresión de Steppan era tan cruda como un bofetón.

—Es incómodo para ella —dijo Asa—, pero es temporal. No podemos liberarla sin que pase esta fase.

—¿Cómo?

—Piénsalo —le pidió Asa, sentada a su lado—. Si te la llevas antes de que la vendan al asilo de pobres, estamos robándola a la familia. Viven aquí. Conocen a gente. Si causan alguna riña, provocarían problemas serios. Sin embargo, si la han vendido, han pagado a su padre. Sus hermanos, sus hermanas o sus tías, que necesitan el dinero, ya lo tienen. Cuando se pierda, la pierde el asilo de pobres. Lo soportarán mejor y es menos probable que se enteren de quién está detrás del plan y, si lo averiguan, es una pérdida menor para ellos y un riesgo pequeño para nosotros. Se llevarán, como mínimo, a cien personas en las barcazas al final de la semana. No se darán cuenta de que les falta una y, si se dieran cuenta, vienen aquí tres veces al año durante una semana o incluso menos.

—¿Lo has planeado tú?

Asa rodeó los hombros de Steppan con un abrazo, con una sonrisa de oreja a oreja. La desesperación en los ojos del príncipe se convirtió en incredulidad al principio y, entonces, en una cosa parecida a la admiración. Era una expresión dulce como la miel y mareante como el vino para Asa y justificaba el esfuerzo de todo el día.

—Todo esto y más, amigo. He planeado todo esto y más. Sin embargo, necesito descansar, y tú también. Mañana será un día largo y necesitare mi ingenio. Así que vuelve a la habitación. No dormiré si me tengo que preocupar por ti.

Se levantaron juntos y, a través de las aguas que se habían vuelto oscuras, la chica los miró. Llena de astucia, Asa levantó la mano, saludándola como una amiga y, después de un momento, ella respondió con timidez al saludo.

Encontrar a los cazadores fue bastante fácil. No habían ido para ser sutiles. Mandarles un mensaje no fue demasiado complicado. Con media manzana seca, compró a una docena de mensajeros de la calle. Aun así, hasta que no llegaron al tejado de la corte, Asa no estaba segura de si aparecerían.

Era un tejado bajo y gris, del mismo tamaño que habría tenido la habitación de un campesino en la otra orilla del río, pero palaciego según los estándares de la Orilla del Norte Soberano. Se arropaba entre edificios más altos, así que, a pesar de que técnicamente estaba abierto al cielo, solo tenía un pequeño cuadrado de azul por encima. Sus vistas eran paredes en su mayoría. Las coladas colgaban de ventanas grises y sin vidrios para secarse y alguien había construido un palomar en el callejón de debajo que llenaba el aire de arrullos angustiados y de olor a mierda. Un brasero cuadrado de hierro escupía un pequeño y apestoso fuego. Una chica que no tendría más de nueve años hizo una reverencia a los cazadores, masculló en la lengua del Salvaje Coiris y les señaló la mesa en la que se sentaba Asa, que los esperaba con tres tazas y un cuenco de piedra con sidra.

Los hombres caminaron hasta allí con la facilidad y la gracia de los que están acostumbrados a la violencia.

—Hemos hablado contigo —dijo el que llevaba el papel en el cinturón—. Asa, dijiste que te llamabas.

—Qué alegría que se acuerden. Por favor, siéntense.

Los hombres intercambiaron una mirada y entonces se sentaron de forma que no se les podía acercar nadie sin que lo vieran.

—Según recuerdo, no sabías nada.

—Nadie en la orilla del norte es lo que parece —respondió Asa mientras servía sidra del cuenco en las tres tazas—. No estaba segura entonces de lo que tenía sentido o no. Resulta que sé dónde duerme el canciller y que no es un hombre al que sea seguro contrariar. Hablé ayer con él.

Los dos cazadores se pusieron tensos. Asa señaló las tazas de sidra, para que ellos eligieran primero, y entonces se bebió la tercera, casi entera para disipar cualquier sospecha de veneno.

—¿Qué le dijiste? —preguntó el del papel.

—Que estaban los dos aquí y lo buscaban. Oh, por favor, no me miren así. ¡Cómo si no lo supiera ya! Se lo contarían nada más atravesaron la muralla. También lo convencí de que no los matara, de nada. Le expliqué un plan para librarse de ustedes sin ningún riesgo para él. Cree que estoy en su bando.

—Aun así, estás aquí con nosotros.

Asa asintió con la cabeza.

—Es un mundo triste y perdido, lleno de cabrones y hombres de confianza. Qué pena más grande.

—¿Cuál es tu precio? —preguntó el otro cazador, entonces tosió y lanzó una mirada furiosa al fétido braserillo.

—Directo al grano —asintió Asa—. Es todo un detalle. Quiero cartas de amnistía. Quiero dos, firmadas por el alcalde.

El segundo cazador rio una vez, pero el primero se acercó a Asa. Ninguno de los dos había tocado la sidra.

—Pides demasiado, amiga Asa —replicó el primer cazador.

—¿Por qué mantenemos esta conversación? —pidió el segundo—. Esta aberración de la naturaleza sabe dónde se esconde Rouse. Rompámosle un par de dedos y lo averiguaremos.

—Así no conseguirán que salga de su escondrijo —aseveró Asa—. No les ofrezco solo información, ahora soy su compañera. No abandonará su protección salvo que alguien de su confianza lo saque. Pueden recorrer puentes y calles lo que les queda de vida y no lo encontrarían. O pueden hacerme caso y estarán en casa esta noche.

En algún lugar, la voz de un hombre se elevó en un grito furioso y otro le contestó, una sílaba por cada sílaba de gritos. Asa tomó otro trago de sidra y esperó.

—¿Cómo lo sacarás? —preguntó el primer cazador.

—Ah, una pregunta excelente. Ya he hecho mi primer contacto, así que ya es propenso a creer legítima una nota mía. Cuando hayamos elegido el lugar adecuado, lo enviaré allí. Cuando llegue, lo envenenaré con una sustancia que no lo mate, por supuesto, sino con algo que le quite la fuerza y la voluntad, al menos el tiempo necesario para que le pongáis las cadenas, ¿de acuerdo? Nada de peleas ni violencia. Todos salimos ganando.

El segundo cazador rio, tosió y zarandó la cabeza.

—¿Envenenarás a un emponzoñador? —puso en entredicho el primer cazador y se movió en el asiento.

—No digo que sea fácil —replicó Asa—. Haría falta un truco adecuado. Una bandeja de dátiles con miel, por ejemplo. Algo así. Un refrigerio sospechoso del que recelara y que evitara. No hay nada como prevenir una trampa para que un hombre se sienta seguro. Entonces, con la guardia baja... —El segundo cazador soltó otra risa, pero tenía problemas para enfocar la vista—. Y, por supuesto, me tomaría algo para contrarrestar los efectos antes de sentarme.

—¿Qué...? —arrastró las palabras el primer cazador. Se levantó de repente e intentó desenvainar la espada.

—Ha sido el humo —explicó Asa señalando el brasero—. Por si tenían curiosidad.

Cuando los cazadores cayeron, Asa sacó el vial precintado con plomo que Rouse le había entregado, se sentó encima de los hombres dormidos por turnos y les puso el aceite negro por los ojos y la nariz. La niña se acercó, con las manos entrecruzadas de ansiedad y placer.

—Aléjate del fuego, bonita —ordenó Asa—. No es bueno para las niñas pequeñas.

Los cazadores permanecieron quietos y callados un largo rato y entonces, como el canciller y sacerdote había augurado, empezaron a temblar y moverse. Les salía espuma blanca por las comisuras de la boca y los ojos les daban vueltas. Asa desnudó a los dos hombres y apagó las hierbas del brasero con lo que quedaba de sidra. Cuando el aire se limpió, la niña se acercó para recoger las espadas, los cinturones y las armaduras.

—*Encancú atzien* —agradeció.

—De nada —contestó Asa mientras amarraba las cadenas de esclavo a los cuellos de los cazadores—. Intenta venderlo por un buen precio.

La cola en el muelle era más larga. Se había corrido la noticia de que los asilos de pobres habían llegado. Los desesperados y los inservibles salieron de los edificios abrumados y pestilentes como el zumo sale de una naranja. Los cazadores estaban agachados junto a Asa como un par de perros. El aceite negro les había manchado la parte blanca de los ojos con un tono marrón y verde y el que había tenido el papel zarandeaba la cabeza de vez en cuando como si quisiera limpiárselo. Parecía que no les incomodaba la desnudez ni los collares de hierro negros de las cadenas con las que Asa los animaba con gentileza a andar.

El capataz de la mesa morada frunció el ceño cuando llegó el turno de Asa y observó a los dos cazadores con ojo de comprador.

—¿Qué les pasa?

—Una partida mala de sidra —respondió Asa—. Les advertí de que tenía algo, pero no me escucharon. Han estado así durante meses y ya no puedo cuidarlos.

—¿Por qué cojones los tendría que cuidar yo?

—Son fuertes. Dóciles.

—Se les va la cabeza.

—Epa —dijo el segundo cazador y entonces pareció que había olvidado lo que quería decir y se sentó con las caderas desnudas.

—Tal vez cueste un poquito más entrenarlos —aceptó Asa—. Sin embargo, no se aburrirán ni replicarán. Tienen buenos dientes, buena espalda y no se quejan. Si no buscas eso, encontraré otro lugar donde venderlos.

El hombre del asilo de pobres tamborileó los dedos en la tela morada. En los corrales detrás de él, los cautivos se habían multiplicado hasta la cincuentena o más. Tantos como había en la cola serpenteante detrás de Asa y los cazadores. Mientras el capataz del asilo de pobres vacilaba, Asa vio a la chica abrirse camino hasta los barrotes y la forma en la que apretaba el cuerpo contra estos. La saludó un poco con la mano, con una esperanza desesperada en el gesto.

—Doce por los dos —ofreció el capataz.

—Quince.

—Doce o nada.

—Pues doce.

El capataz contó dos filas de monedas de oro minúsculas, seis en cada fila, y Asa las recogió. Dos de los guardias fueron a por los soldados acabados de comprar para introducirlos en los corrales y Asa soltó un sonido de alarma.

—¿Qué? —preguntó el capataz.

—No has comprado las cadenas, son mías. Yo te los llevaré a la jaula si quieres, pero el metal te costará cuatro monedas más.

—En tus sueños.

Bajo los ojos curiosos de los guardianes, Asa condujo a los dos cazadores a los corrales. Zelanie siguió cada movimiento con ojos voraces. Tenía la boca medio abierta y murmuraba palabras. Asa fingió ignorarla. En la puerta de los corrales, los guardianes y los cautivos se reían de los hombres desnudos mientras les quitaban las cadenas. Los cazadores del magistrado parecían vagamente conscientes de que les pasaba algo desagradable, pero no hacían nada por taparse ni protestaban. Asa se volvió hacia detrás y dejó las cadenas y los hombres a los guardias. Todos contemplaban el espectáculo, menos la mujer. Cogió el frasco negro sin ningún gesto de sorpresa y se lo escondió en la manga con el parpadeo practicado de una ladronzuela.

—Bébetelo al amanecer y serás libre —aseguró Asa y entonces se apartó antes de que pudiera responder o preguntar nada—. Oye, esas cadenas son mías. Cómprate unas.

Al lado del muelle, Rouse se apoyaba en una pared de piedra medio derruida y mordisqueaba, pensativo, un trozo de alquitrán. Asa dejó caer las

cadenas en un charco en los enormes tobillos del sacerdote.

—Gracias por el préstamo —dijo Asa.

—De nada.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo estarán así?

—No volverán a ser nunca los hombres que eran. Lo que les tenga que pasar, ocurrirá en... cuatro meses. Tal vez cinco.

—Bien, seguramente disfrutarán de sus nuevas ocupaciones. Su último trabajo parecía un poco arriesgado.

Rouse asintió con la cabeza, se paró y usó la uña del dedo pequeño para quitarse un poco de negro de los dientes y entonces lo echó al agua.

—Ya hemos acabado hasta esta noche.

—No es que no disfrute de tu compañía, pero será mejor que vuelva a mis aposentos antes de que a mi querido amigo le llegue la noticia por otro sitio. Si cree que ha muerto de verdad, es capaz de hacer alguna sandez dramática y sangrienta. Clavarse su espada o algo así.

Rouse rio mientras se envolvía las cadenas en su gordo antebrazo.

—Y pensar que algún día tal vez gobierne una nación.

Asa se quedó helada y entonces forzó una sonrisa fácil.

—El mundo es un lugar injusto.

—Y que lo digas —coincidió el canciller mientras se levantaba—. Y que lo digas.

El príncipe irradiaba alegría como el fuego irradia calor. Tenía un sonreír tan amplio que parecía chirriar y andaba con el brazo por encima de los hombros de Asa mientras recorrían el mercado abarrotado de gente. Por encima de ellos, el cielo era blanco y monótono, sin ninguna pista del amanecer que se acercaba. Todavía faltaban horas para que tuvieran que actuar. Asa intentó compartir la alegría con poco éxito. Ahora que ya casi habían ganado la partida, la embriaguez que tan placentera le había resultado antes, parecía mínima y decepcionante. El peso del brazo de Steppan le molestaba y las miradas de su júbilo transmitían un sentimiento entre la consternación y la amenaza. *No hace falta que todo sea tan evidente.*

—Vino, amiga mía —gritó a media voz Steppan—. Vino y la mejor comida que encontremos. Fuma si quieres. No hay nada demasiado bueno para no ponértelo hoy a los pies.

—Promesas, siempre promesas —masculló Asa.

Si había alguna intención escondida en sus palabras, Steppan no la entendió. Riendo, se metieron en un callejón estrecho de listones que había entre dos edificios, a quince metros del suelo. La anciana que reclamaba que el lugar era suyo los saludó con la cabeza, igual que la noche que Asa había traído a Steppan por primera vez. El vino era horrible, pero una de las monedas de oro minúsculas del capataz del asilo de pobres les pagaría el de una semana. Steppan levantó la copa de arcilla para un brindis.

—¡Por Asa! —discurseó—. Campeona del amor.

—¡Por el amor de Dios, no! Elige otra cosa.

—¿Eso por qué no? —preguntó Steppan.

Los listones bajo sus pies dejaban huecos tan anchos como un dedo pulgar. Demasiado estrechos para resbalarse, pero suficientes para ver la caída. Por un momento, pareció tener demasiado significado.

—La gente ama a sus padres. A sus hermanas. La gente ama a los perros, las canciones o los poemas. Si tengo que ser campeona de algo, que sea con algo cuyo significado no cambia cada vez que alguien lo nombra.

Steppan rio como si hubiera sido un chiste y vació la copa. Tenía los cabellos salvajes, oscuros y brillantes. Si hubiera tenido una pústula en la piel, no se la habría visto. El hombre estaba alegre, vivo y lleno de esperanza. Había olvidado todos sus problemas de príncipe porque una chica que había visto una vez de lejos probablemente no moriría ni iría a un asilo de pobres. Era como ver a un niño recibir una golosina de miel inesperada y era como un lastre de plomo en el corazón de Asa.

—No entiendes qué es el amor —dijo Steppan, limpiándose la barba con el dorso de la mano.

—¿Tú lo sabes?

—El amor es como el reconocimiento. Es el momento en el que ves a alguien y piensas *Hay alguien con quien tengo algo en esta vida. He nacido para conocer a alguien.* ¿No te ha pasado nunca?

—Sí, pero nunca me ha consolado.

Steppan llamó a la mujer con la mano y levantó el vaso para que se lo llenara. A ese ritmo, estaría roncando antes del amanecer, lo que tal vez sería la mejor opción. Asa no tenía ganas de buscar una excusa para que Steppan no pudiera acudir a la última parte de su complot.

—El amor es como un niño que duerme en el pecho de su madre —comparó Steppan.

—¿A medio formar y con muchas posibilidades de mearse encima?

—Ah, puedes intentar ser cínica, amiga, pero ya hace demasiado que te conozco. En el fondo eres una romántica. Estás enamorada del mundo.

—Yo diría que estoy a medio formar y con muchas posibilidades de mearme encima —replicó Asa, intentando no sonreír. El gozo de Steppan era demasiado simple, genuino y contagioso.

—¡De acuerdo! De acuerdo, entonces el amor no es como un bebé. El amor es como caer por una ventana y descubrir que puedes volar.

—Poco probable e intentarlo es peligroso.

La risa de Steppan fue un chillido. Asa vio que los hombres que pasaban por debajo los miraban, curiosos, y ya no se sintió impaciente. La mala leche se le había pasado por un momento. Volvería, pero por ahora había desaparecido, lo que era un regalo.

—El amor es como una explosión de dulzura cuando muerdes una fresa.

—Corto para ti y doloroso para la fresa.

—¡Ay! El amor es como música bonita tocada en una ruina.

—Dame un minuto. No, solo un minuto. Pensaré algo.

El juego siguió conforme pasaban las horas y el vino. Asa intentaba olvidar lo que había pasado antes y lo que pasaría después. Había sido una tarde larga y agradable, ellos dos solos y la ciudad bajo sus pies. Un momento dorado que aparecía y desaparecía. Cuando anocheció, Steppan apenas podía andar recto. Asa había igualado los vasos del príncipe y se sentía más sobria que nunca. Todavía le quedaba trabajo y había mil cosas que podían ir mal.

Los cautivos de los asilos de pobres morían siempre, por supuesto. Solían tener la gracia de perecer después de meses o años tras las altas paredes grises, pero unos pocos afortunados morían en el muelle y, en esos casos, los hombres de los asilos de pobres actuaban igual que siempre: lanzaban el cuerpo al río y se olvidaban de él. Asa impulsó con una pértiga el pequeño barco detrás del muelle, lo anudó a una pared de piedra podrida construida por manos que habían muerto cien años atrás y esperó. El Taunis era un río aburrido, predecible y lento como un caballo de tiro. Los niños de la Orilla del Norte Soberano conocían los lugares en los que la madera y los cadáveres acababan descansando en la orilla, de la misma forma que en otras ciudades conocían en qué sitios había tiendas de golosinas. El río apestaba y mascullaba contra el lado del barco. Habría sido fácil no oír el sonido de algo pesado lanzado al río desde el muelle si Asa no hubiera prestado atención.

El cuerpo de la chica cayó boca abajo al agua. Los hombros eran de un gris poco iluminado en la luz de la luna y, la cabeza, un nudo de filamentos negros. Subirla al barco hizo que la embarcación se balanceara, pero no de

manera peligrosa. Tenía la cara manchada de hielo blanco y moratones azules, la lengua hinchada que le salía de los labios y los ojos, abiertos en ranuras, estaban quietos como piedras. Asa no había visto nunca un muerto más muerto.

Al lado del río, les esperaba una carretilla de carga y Asa se alegró de haberla añadido al plan. Zelanie, que ya no era hija de nadie, era un peso muerto empapado y parecía que la habían rellenado con arena y plomo. Aquella carretilla sin cubierta era un descuido para recordar la próxima vez, pero arrastrar un cadáver por esas calles no llamaría demasiado la atención: siempre pasaban cosas más extrañas.

Rouse esperaba en un taller minúsculo al fondo del templo. Estantes de sal y hierbas secas cubrían las paredes y ocupaban el poco espacio disponible. Juntos, la levantaron hasta la mesa de pizarra que solían emplear para preparar a los muertos. Rouse le quitó la ropa empapada del río con un cuchillo de acero, le lavó su suciedad y la suciedad del río y la tapó desde los dedos del pie hasta el cuello con una manta caliente. Le colocó piedras hirviendo por el cuerpo, cogió un frasco pequeño de los estantes y le puso con precaución una única gota carmesí en la lengua. El canciller gruñó con satisfacción.

—¿Está bien? —preguntó Asa.

—Está como esperaba. Después de esto, se tendría que despertar, no como si durmiera, sino como si se hubiera golpeado la cabeza. Puede levantarse ebria, confundida o, posiblemente, violenta.

—¿Y qué hacemos?

—Yo te digo que puede levantarse confusa y violenta y tú la velas mientras yo duermo, eso hacemos —respondió Rouse mientras dejaba el frasco en su lugar.

Después de que Rouse se levantara, Asa se apoyó en la pared y contemplaba la cara de la mujer a la luz de una única vela. Tan lentamente como las estrellas se mueven en el cielo nocturno, la piel se le aclaró, la lengua ennegrecida y monstruosa empequeñeció y volvió detrás de los dientes. Asa contemplaba los cambios sin saber qué significaban. Después de un rato, se hizo más y más guapa y, entonces, le apareció una expresión en la cara muy interesante, más irresistible que la belleza. Entendió que un hombre como Steppan pudiera perder la cabeza al mirarla. Los ojos se movieron bajo sus párpados y empezó a temblar como un niño que había pasado demasiado frío.

Cuando respiró por primera vez en horas, Asa se sobresaltó como si hubiera chillado. Abrió los ojos, brillantes, salvajes y atónitos y, un momento después, rio, profunda, salvaje y satisfecha. Cuando se estiró, media docena de piedras cayeron de la manta al suelo. Vio a Asa y ella levantó la barbilla, como si saludara a una amada amiga.

—¿Quién eres? —preguntó, extenuada.

—Me llamo Asa. Tenemos un amigo en común.

—¿Sí?

—Bien, tú no lo conoces, pero sí.

Zarandeo la cabeza, parpadeó y rio de nuevo. Necesitó un momento para recuperar su atención, pero parecía más borracha y feliz que atemorizada o propensa a la violencia. Asa se sentó a sus pies.

—¿Me has salvado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por amor.

—¿A mí?

—No.

Se movió hacia adelante, se envolvió con la manta en un último momento y con un éxito parcial. Su mano encontró la de Asa y tenía los dedos como témpanos. Todavía estaba muy fría.

—¿A tu amigo, entonces?

—Sí. —La respuesta podía haber significado el amor de Steppan hacia ella o el amor de Asa hacia él. Las dos serían verdad.

—Me has salvado —dijo Zelanie bajito, mostrando su sonrisa de felicidad.

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—En realidad sí. Me gusta ser inteligente y me ha hecho falta ser muy, muy inteligente. Al menos esa parte ha estado bien.

Tarareó contenta y se movió hacia adelante. Los cabellos le olían a río. Tenía la boca suave y con gusto a cobre y suciedad. Cuando deslizó una mano por debajo de la ropa de Asa, la sensación de piel contra piel fue como echar agua en una quemadura. El anhelo por que la tocaran (al principio Steppan, pero al final cualquiera) que había ignorado durante tanto tiempo afloró como el calor del verano. Cuando Asa se echó hacia atrás, se llevó los dedos entrelazados de las dos a la boca.

—Estás drogada.

—Un poco, ¿verdad?

—No eres tú.

—No soy otra persona. —Se tumbó en la mesa de pizarra y se apegó a Asa. Tiró con las manos del corsé de la capa de Asa—. De todas maneras, ¿cómo puedes saber tú quién soy yo?

—Yo... Antes de que hagas algo: tal vez no soy lo que esperas.

Mostró la punta de la lengua, rosa como las perlas, entre los dientes.

—¿No? Averigüémoslo.

Media docena de respuestas aparecieron en la cabeza de Asa. *Por favor, para y Esto es un error terrible y De acuerdo*. El corsé se aflojó. Zelanie movió la mano con gentileza. Los ojos de Asa se cerraron.

—De acuerdo. Averigüémoslo.

—¿Te acostaste con ella? —preguntó Steppan. Tenía los ojos abiertos de par en par y la boca floja. Las mejillas se le habían puesto grises de la sorpresa y el horror.

No era la única respuesta que podía haber emitido. Asa pensó al menos en otra media docena: *¿Te gustó?* y *Me alegro tanto por ti y*, la que más deseaba, *A la próxima, esperadme*. Pero el impacto del príncipe era profundo y verdadero. Era una cosa que nunca habría imaginado que pudiera pasar, a pesar de que, comparado con otros mil acontecimientos en la Orilla del Norte Soberano solo en la última semana, era muy normal y corriente. Todos los sueños y esperanzas de Asa se desvanecieron en ese momento, como si no hubieran existido nunca, como una burbuja que reventaba. El guapo hombre, desesperado, noble y romántico era un niño ingenuo, fastidiado por un acontecimiento que no esperaba. El dolor era menos poderoso que el alivio.

La cruel respuesta flotaba en la lengua de Asa. *No es menos virgen ahora que cuando la viste la primera vez, burro*.

—Claro que no. Era una broma.

—Era una... —repitió Steppan y soltó un resoplido largo y tartamudo.

El color le volvió a las mejillas en forma de dos círculos flameantes de color escarlata. Los dos rieron pero, sin que Steppan lo supiera, no reían juntos.

—Te espera en el Templo. El apotecario dice que tal vez estará floja durante una temporada. Días, como mínimo.

—Podemos traerla aquí —sugirió Steppan—. Y cuidarla mientras se recupera.

Asa reprimió una sonrisa. Era una idea terrible.

—No creo. Hay otro problema. Uno que no había previsto. El sacerdote sabe quién eres.

—¿Cómo? —preguntó Steppan.

—No lo sé. Se le escapó e hice como que no me había dado cuenta, pero si lo sabe él, pueden saberlo otros también. La Orilla del Norte Soberano no es segura para ti. Ya no. Zelanie y tú tenéis que huir y mejor esta noche que mañana por la mañana.

La expresión de Steppan era solemne. Puso una mano en el hombro de Asa.

—¿Nos acompañarás?

—Mejor no. Somos compañeros reconocidos. En verdad, mi sitio está aquí.

—Pues gracias, amiga, por todo lo que has hecho. No te olvidaré.

Después de que Steppan se fuera a por el acero y a presentarse a su amante, Asa encendió un fuego en el brasero de estaño. A través de las finas paredes se filtraban los sonidos de las voces, como si estuvieran a kilómetros de distancia. Alguien tocaba una mandolina. Al otro lado de la sala pequeña, el colchón vacío todavía conservaba la forma del cuerpo de Steppan. Asa se levantó, lo estiró y lo apiló. Eran más cómodos así.

La mañana encontró a Asa en los tejados, comiendo almendras calientes de un trapo en forma de cucurucho. Al este, los puentes de Nevripal se oscurecían despacio conforme apagaban las antorchas nocturnas, adelantándose al amanecer. Los carruajes avanzaban con pesadez por las calles al lado del río y el traqueteo de las pezuñas y las ruedas apenas se oía al otro lado del agua. Una a una, las estrellas se desvanecieron y abrieron paso al cielo azul. La brisa lenta apestaba a humo de carbón y plantas podridas. Más cerca, Sal estaba lleno de cuerpos en descanso o en movimiento. Los puentes de cuerda estaban abarrotados con gente que iba de un lugar a otro dentro de la Orilla del Norte Soberano, como si el cambio de unos pocos metros supusiera alguna diferencia. A la pequeña ciudad dentro de la ciudad le daba igual: no juzgaba a nadie y, de los mil aspectos que albergaba, ese era el que más le gustaba a Asa.

En algún lugar de allí abajo, el príncipe Steppan Homrey, heredero fugitivo de Lyria, y su desconocida amada Zelanie huirían de los asesinos de

su madrastra. Asa solo esperaba que Zelanie fuera bastante competente para saber verlos. A pesar de todo, el cielo era bonito.

Los pasos de Rouse eran lentos, pesados e inconfundibles. Se aclaró la garganta.

—Buenos días, canciller.

—Amiga Asa. —El sacerdote se acercó, se sentó junto a Asa y frunció los ojos por la luz creciente—. Espero que estés bien.

—No lo sé.

—¿No?

Asa rio y le ofreció el trapo de cucurucho. Rouse cogió un puñado pequeño de almendras y las mordisqueó plácidamente. El emponzoñador no le tenía miedo a los venenos, al fin y al cabo.

—En estos últimos días he robado a una chica de los asilos de pobres matándola, sacando su cuerpo del río y resucitándola y he colaborado con un reconocido asesino en serie, sin ánimo de ofender...

—No me ofendes.

—Para envenenar y esclavizar a dos agentes de la ley, he llevado a cabo actos sexuales gloriosos, pero borrachos, con la amada de mi mejor amigo en una mesa de autopsia.

—No pierdes el tiempo.

—Se me ha ocurrido que tal vez no soy una buena persona.

—No tengo nada que decir al respecto.

Durante un largo rato permanecieron callados con sus pensamientos.

—El amor es como un palomo que caga a una multitud —sentenció Asa.

—¿Cómo?

—Al que le cae, no lo merece.

El sacerdote emitió un sonido con la garganta y frunció el ceño.

—Tal vez confundes el amor con la nostalgia —opinó y Asa aulló una risa—. Ya sabes por qué he venido.

—Tu parte del dinero del asilo de pobres —dijo Asa entregándole un monedero pequeño, que sonó en la mano de Rouse.

—No te ofenderás si lo cuento —dijo Rouse.

—¿Conmigo, amigo? Serías bobo si no lo hicieras.

Paul Cornell

El autor británico Paul Cornell escribe ciencia ficción y fantasía en novelas, cómics y televisión y es una de las únicas dos personas nominadas a los Premios Hugo en las tres categorías. Tor Books ha publicado su novela de fantasía urbana, *London Falling*, y la secuela, *The Severed Streets*, salió al mercado en diciembre. Ha escrito guiones en *Doctor Who* para la BBC y en Batman y Robin para DC Comics. En la actualidad es el guionista de Lobezno en Marvel Comics. Ha publicado historias cortas en *Isaac Asimov's Science Fiction*, *Interzone* y en muchas antologías.

Este relato, tan extraño como repleto de acción, pertenece a una serie de historias que Paul Cornell ha escrito sobre las hazañas del espía Jonathan Hamilton en la Gran Partida entre naciones de una Europa decimonónica en la que la tecnología ha seguido un camino muy diferente al de nuestra propia línea temporal y explora la habilidad de abrir y utilizar pliegues multidimensionales en el espacio. Romances de Ruritania como los escritos por Charles Stross, ya que las extravagantes batallas de Hamilton para prevenir el desastre nos recuerdan a las aventuras de James Bond o, incluso, al Dominic Flandry de Poul Anderson, que tal vez sea su antecedente directo.

En esta aventura, Hamilton lucha a vida o muerte con alguien que es tan inteligente y peligroso como él: él mismo.

UNA FORMA MEJOR DE MORIR

Paul Cornell

Cliveden es una de las fincas de la Grandiosa Bretaña. Está junto al Támesis, en Buckinghamshire, al final de una gran avenida, de esas por las que transitaban los carruajes cuando se estilaban los carruajes. En sus bosques, un tejo *Grand Charles* de las colonias americanas se había convertido en una especie de casa de huéspedes. El árbol te conduce a un cobertizo que tiene pintadas en su rampa de acceso marcas antiguas del nivel al que llegó el agua durante la inundación. La rampa ya se ha ampliado un par de veces para que llegue al río. Desde la casa se puede contemplar, por encima de un parterre, 180 grados de antiguos prados inundados y tierras de labranza sin cercar. La otra mitad de las vistas es la que se esperaría de una finca de caza. Se aprecia una colina suave y muy recóndita, que se mantiene despejada para posibles presas en el horizonte, con árboles a ambos lados, en los que se pueden esconder los animales durante la caza. Hay también escondites para batidores. Hay un balcón con vistas al campo, desde el que se pueden hacer tratos y amistades. En algunas épocas del año, se oyen tiros de escopeta, la llamada a los perros de presa y los gritos de los cazadores sin el estorbo de rejas ni zanjas. Las canaletas del patio sirven para recoger la sangre.

Hamilton solía trabajar sin uniforme, por lo que podía conocer a los grandes propietarios sin prejuicios. Compartía espacio con los nobles que se arriesgaban a tener una vida social fuera de sus palacios y todavía necesitaban ojos atentos que los vigilasen. Estaba a la altura de esos individuos que habían perdido sus almas durante la gran partida, aunque, realmente, solo habían cambiado de bando. En fincas como esa se permitía a gente tan desdichada desahogarse y sus palabras ayudaban a restablecer el equilibrio que sus acciones habían hecho peligrar. En fincas como esa era también donde se entrevistaba a los oficiales, como él mismo, tras ser heridos o fracasar. Al final, siempre al final, eran sitios de los que gente como él, a veces, ni volvía. Eran la única alternativa en Londres para un extranjero o un hombre sin uniforme, el margen en el que se apuntaban los renglones torcidos. Edificios como ese eran la manifestación material de cómo se habían hecho siempre

esas cosas: la clásica consigna de los nobles en las zonas rurales inglesas. Una consigna que se podía leer aunque se tuviera la cara en el barro. Bueno, especialmente en esas ocasiones. En las circunstancias en las que se encontraba Hamilton, ese pensamiento le tranquilizaba. Pero ni siquiera así estaba listo para morir.

Encontró la invitación en la mesa del desayuno. El nombre de la finca y la fecha: ese mismo día. La caligrafía seguía el nuevo estilo, lo que significaba que no la habían escrito a mano, sino que la habían dictado mediante voz. No podía tomar ninguna conclusión solo con la letra. Únicamente que este gesto indicaba que, a pesar de todo, los que tenían poder sobre él todavía confiaban en quiénes eran y en qué podían hacer.

La había cogido sin hacer cábalas, como probablemente habría hecho antaño. Solo sintió un pequeño y resignado temor como respuesta a la pregunta que no había formulado. Había empezado a sentir una furia más profunda e inútil que nunca. Sabía que le debían dinero, pero cada vez estaba más convencido de que no lo recibiría. El hecho de que se le adeudara dinero se vería ahora como un gesto impertinente por su parte, como una carga para los que manejaban otras inversiones. Así pues, mirando la tarjeta en sus dedos engarrotados, decidió que tenía una propuesta: pediría que destinaran el dinero a contribuir con alguna causa perdida. Sin embargo, quizás estaban en regiones con bloqueos y, si aquí no querían, menos iban a quererlo allí. Incluso así, se aferró a ese pensamiento mientras elegía un buen traje y preparaba el equipaje para ir al campo. No obstante, incluso con esa esperanza había empezado a parecerle traición y cobardía. Los hombres condenados no deben pedir nada al verdugo: así empezaban las súplicas.

Ni siquiera así perdió la esperanza. Jugaba consigo mismo. Su propia serenidad lo corroía mientras se preparaba. Un imbécil, se dijo, supondría que iba hacia Cliveden para saldar sus deudas, para que al menos le agradeciesen todos esos años y lo despidiesen como se merecía. Se prometió no esperar a que eso pasase.

Observaba desde el carruaje mientras este se zarandeaba hacia la avenida que llevaba a Cliveden. No vio a nadie en las tierras, ni a un solo trabajador en los campos. Era muy extraño. Solían estar allí fuera, en grandes multitudes, y saludaban cualquier carruaje desde encima de las cosechadoras,

los arados y los caballos. Hamilton no sabía cuántos trabajadores eran necesarios para mantener una finca como Cliveden, pero se contarían por centenares. Tradicionalmente había habido muchos: ‘un trabajo para cada hombre, y algunos de esos trabajos son holgazanear, por si acaso’, como dijo un bromista.

Las dos veces que vio morir a un oficial en esas tierras fueron en sitios apartados, lejos de los ojos de cualquiera: una vez en forma de accidente y, la otra (y era una imagen que se llevaría a la tumba), un suicidio. No hizo falta investigar nada. Hamilton se quedó helado: ¿sería una versión ampliada de lo que había visto en Keble? Se estaba imaginando nuevos horrores sin ninguna prueba.

El carruaje paró al final del camino y Hamilton saltó a la gravilla. Le dio una rampa en la rodilla y casi se cayó. Se estaba haciendo mayor. Se preguntó si lo habían visto y frenó el pensamiento de que le daba igual. Sí que le importaba. Tenía que importarle. Se dio cuenta de que había sido una impertinencia ir con carruaje cuando, en un momento, podría haber cogido el túnel que había desde sus aposentos en Londres. Llevaba una bolsa de viaje, como quien no quiere la cosa, por si tenía que arreglarse para la cena. Afirmaba cosas de forma tácita con esas acciones. Afirmaciones obstinadas. Como si aquella noche tuviera la intención de terminar el servicio de Keble. Darse cuenta de eso solamente consiguió enfurecerlo más. Solo los imbéciles y los criminales desconocen por qué hacen las cosas. Parecía que ya no era lo suficientemente fuerte para resignarse a ese destino. Llegar allí como alguien que cedía a las órdenes de aquellas voces interiores, al dolor, al deseo o al egoísmo, haber permitido que aquellas amenazas al equilibrio le anidasen en el corazón para solo darse cuenta en ese umbral... era una invitación para que los poderes de esa casa lo aniquilasen. Acertarían si lo hiciesen.

Se permitió sonreír, por un momento se sintió aliviado. *Acertarían si lo hiciesen*. Si pudiese aceptarlo, todo iría bien. Había llevado la bolsa de viaje. No vacilaría ni correría como un loco para devolver la invitación, como un universitario en pánico. Si de repente hacía, decía o insinuaba algo sin querer, todavía podría restablecer el equilibrio, aunque le costase la vida. No era necesaria tanta preocupación.

Sin embargo, el pensamiento le seguía persiguiendo: parecía que los que tenían su vida en sus manos ya no valoraban el equilibrio, ¿no?

Ese pensamiento era mucho peor que la muerte que le esperaba.

Si el mundo lo tentaba a derribar su propio castillo de naipes era porque parecía que todos lo hacían esos días. Dudaba de ese viaje y de la realidad.

Concebía su vida como un castillo de naipes.

A lo mejor el mundo también estaba muriendo.

A lo mejor era cosa de la edad.

Pero nadie se habría sentido así nunca, ¿verdad?

El carruaje se marchó. Él miró hacia atrás y contempló su equipaje.

Se encontró con instrucciones en sus ojos. No debía ir a la casa, sino al bosque.

Caminó por un sendero con curvas en el borde del bosque. Estaba nublado, pero las sombras del interior del bosque se inclinaban en ángulos imposibles, como si alguien en alguna parte interior iluminara un escenario.

Se adentró en el bosque.

El sendero lo llevó a tres árboles caídos, que un leñador escondido habría cortado un instante antes. Se detuvo a escuchar los sonidos de la naturaleza. Sin embargo, no oyó ruidos de sierras ni ecos lejanos de metal en la madera, tampoco máquinas pesadas. Era raro que el efecto pudiese ser tan completo.

Se acercó a la orilla de un claro, de donde venía una luz extraña. Parecía verano porque la luz entraba por arriba. El aire ardía. Hamilton mantuvo su expresión impassible. Se acercó poco a poco al centro y vio unos árboles que no deberían estar allí. Quería seguir el protocolo, pero era difícil cuando aquellos a los que se dirigía habían abandonado la propiedad. Era como si hubiesen cogido la linde de su deber y la hubiesen saltado. Le apetecía chillarles. Se sentía mal porque le apetecía chillarles.

Se dirigió al árbol más alto.

—¿Quería verme, señor?

Unas semanas atrás, en Keble, le habían invitado a unirse a Turpin. El Rector había invitado al comandante y había pedido a Hamilton que le acompañase en la Mesa Alta. En esa época le había parecido lo más normal del mundo, pues Hamilton había estudiado allí. Fue en coche hasta Oxford, como siempre, y dejó que los conserjes se encargasen de su Morgan, como siempre. Se paró un momento, antes de entrar en la capilla, para meditar sobre Annie y su terrible pérdida. Después entró y observó la belleza del edificio. Se sintió orgulloso por mantener la calma. Llevaba unas semanas de permiso y debería haber sospechado algo. Antes de que le ordenasen tareas inútiles; de que le diesen órdenes oficiales subalternos; de que ni siquiera le permitiesen

volver a los dragones de caballería y sus interminables maniobras en Escocia; antes de todo eso debería haber entendido que lo alejaban de algún asunto.

Fue muchos años atrás, en las estancias del guarda en Keble, cuando Turpin apareció en su vida y le preguntó por primera vez su opinión sobre trabajar sin uniforme. Según decía, el equilibrio, la necesidad constante que tienen algunas personas de sopesar y cambiar todo, desde la fuerza militar hasta la ética personal que evitaba que las guerras entre las grandes naciones y sus colonias estallasen por todo el sistema solar, era algo que se sentía en el cuerpo, una especie de sentido. Lo dijo un par de años antes de que los teólogos médicos se hubieran puesto a investigar sobre la presencia del equilibrio en la mente. Hamilton lo había corroborado consigo mismo. Turpin ya estaba allí, con el aspecto con el que Hamilton lo conoció: su cara era un mosaico de piel artificial desde que estuvo castigado en los suburbios de Kiev y en las trincheras llenas de mierda de Zimbabue.

No obstante, el Turpin al que Hamilton saludó al entrar en los aposentos del Rector, después de décadas de servicios, era diferente. Sus rasgos se habían suavizado y le habían desaparecido todas las marcas de la edad. Hamilton, precavido, no mostró ninguna reacción. Turpin tampoco comentó nada.

—Un público interesante el de esta noche, comandante —dijo mientras señalaba con la cabeza a los que se habían reunido bajo el techo del Rector.

Hamilton miró y ese había sido, en retrospectiva, el momento en el que su equilibrio se inclinó de manera peligrosa hacia el fracaso.

Al lado de los uniformes, los trajes de noche y de los cuellos clericales, había un ciervo pequeño. No era ninguna mascota exótica. Seguía con la mirada los movimientos de la conversación y penetraba en ellas, con una boca que formaba palabras de una forma horriblemente humana.

Hamilton miró enseguida hacia un mar de telas translucidas que hablaba con el capellán. Al lado, había una columna circular sobre la que caían continuamente pájaros. Bueno, en realidad no eran exactamente pájaros, sino esos artefactos heráldicos de imitación que a menudo exhiben los Extranjeros cuyas fuerzas ahora daban la vuelta al sistema solar. Suponía que el objetivo era que cayesen sin más, más que..., quería pensar que el vestido... era una representación de la idea de que los Extranjeros podían unirse y llevar a cabo sus planes en grandes masas voladoras. La columna tenía un cáliz, sostenido de alguna manera por todas esas figuras que caían. Todas mujeres, supuso Hamilton. Más bien lo esperó.

—Es el último grito en Palacio —aclaró Turpin.

Hamilton no encontró ningún comentario prudente que hacer. Era obvio que había escuchado hablar de esas cosas. Bastante para desdeñarlas y seguir con otro tema. Que el nuevo rey lo había permitido, e incluso lo alentaba, presumiblemente para vergüenza de Elizabeth... y se detuvo. Estaba pensando sobre la reina, y él no era nadie para saber qué podría opinar o no de su marido.

—¿No te gusta? —preguntó Turpin.

—No, señor.

Turpin se detuvo un instante, lo consideró y cambió de tema.

—Creo que ahora Bodlean es infinito.

—Me alegro.

Turpin señaló una esquina con la cabeza.

—¿Y qué pasa con él?

Se refería a un hombre joven que hablaba con una bella mujer. El primer pensamiento de Hamilton fue que le sonaba. Entonces cayó. Se dio cuenta de que la ira no le había abandonado nunca. Eso era lo que las naves de los Extranjeros habían traído. Por supuesto, no la usaría toda en minucias. O quizás las minucias se habían apoderado de la guerra.

Fue como mirar al hijo que nunca había tenido, su propia cara sin rastro de lo que el tiempo había escrito en ella. Por un momento, el espectro de un pensamiento lo apartó de mirar al hijo. El primero de muchos fantasmas. Tenía el pelo más oscuro y el cuerpo más delgado, con más caderas que hombros. El chico no llevaba uniforme, sino una corbata negra, así que no habían conseguido, o tal vez ni siquiera habían deseado, que entrara en el regimiento. La mujer joven con la que hablaba el chico le había dado un codazo y él había dirigido la mirada a Hamilton. Era la impresión de contemplarse en un espejo. Los ojos eran los mismos. No sabía cuál habría sido su propia expresión en ese instante, pero la versión más joven de él sonrió con el contacto visual. No había sido nada respetuoso. Tampoco era atractivo, pero Hamilton lo había reconocido. Él contenía la ira, ya que sabía que ese chico podía leerlo como un libro abierto. Hamilton no sabía que esas cosas eran posibles. Debía de ser una reunión muy segura para dejar ver a los dos juntos. El chico lo esperaba. Se lo habían permitido.

Se volvió hacia su oficial superior con una ceja levantada.

—¿Quién es la chica?

Turpin se detuvo un momento, desconcertado por la falta de comentarios de Hamilton sobre el chico.

—Se llama Preciosa Nada.

—¿Padres a los que les gustan los retos?

—Puede que sea un *memento mori*. Ella ha venido...

—Con la Facultad de Heraldistas, sí. —Hamilton había visto los colores de la bufanda de seda, un lugar muy adecuado para ponerlos.

—Bueno, solo por ahora, estos días. Es una Heraldista de último curso, pero está en el periodo de prueba.

—Gracias a él.

Hamilton encontraba inquietante la idea de que una Heraldista estuviese relacionada con una criatura tan peculiar como el chico. Los Heraldistas decidían sobre la procreación y qué familias y naciones existían. La Facultad guardaba los registros de todos los linajes familiares, decidía los detalles de los escudos de armas y era la autoridad sobre cualquier gran ceremonia y su legado. Por supuesto, semana sí, semana no, se oían rumores de que la Facultad estaba al borde de la disolución o de la censura, mientras los heraldistas intentaban encontrar una nueva manera de protestar por las nuevas formas de trabajar y fracasaban.

Parecían asombrados de que aconsejasen tan mal a Su Majestad. Una parte de este conflicto alcanzaba las tertulias de los desayunos. Sin embargo, siempre desaparecía de las vespertinas. Para Hamilton, que partes de una misma entidad pública se peleasen entre ellas era como si un hombre se pegase puñetazos en la cara: una blasfemia física representativa del nivel al que habían llegado.

—¿Seguro que no tienes nada que decir sobre este asunto? —preguntó Turpin e interrumpió las reminiscencias de Hamilton.

—Es razonable. Tú siempre has sido razonable. —No enfatizó el ‘tú’.

Entonces el Rector golpeó su copa con una cuchara y los señores y las señoras, el trampantojo y el ciervo pequeño entraron a cenar.

Hamilton se sintió aliviado al ver que la versión más joven de él había ido al otro extremo de la mesa, en una cuesta al final del vestíbulo. En otras circunstancias, habría sido reconfortante volver a ese lugar con el olor a betún y la luz de las velas. Pero, al contemplar la mesa de los universitarios, se dio cuenta de que faltaba algo. Solía haber muchos sirvientes que se movían entre las filas, servían bandejas de comida y llenaban los vasos. De repente, vio aparecer una comida al lado de un joven charlatán, lo que no le sorprendió en absoluto. Hamilton se había sentado enfrente de Turpin y se volvió hacia él para mirarlo.

—Servicio oculto —explicó el superior—. Ocurre en muchos sitios ahora. Los criados se mueven en un pliegue infinito, en un mundo opcional vacío al lado del mundo real. Otro uso de los nuevos instrumentos. Tienes que reconocer que es más ordenado.

Hamilton no tuvo la necesidad de estar de acuerdo con las nuevas opiniones de su viejo mentor. Se preguntaba si las nuevas facciones de la cara del hombre se debían a que también era su versión más joven. Pero no, seguramente no: tenía experiencia y mantenía el tono de voz que solía usar. Turpin se percató de esa mirada.

—Uno de los hombres sin uniforme lo descubrió por mí —dijo, como si hablase sobre un carruaje—. En cuanto los grandes poderes se dieron cuenta de que algunos de los instrumentos que han caído en nuestras manos daban acceso a mundos opcionales, fuera del equilibrio, el Palacio creyó que el deber de nuestro grupo era trazar un mapa para averiguar a dónde conducen todos esos túneles con los pliegues abiertos. Nuestros grupos de caza del regimiento han viajado por casi todos.

Hamilton pensó que ya entendía por qué no lo habían incluido en esa campaña.

—¿Incluido otro tú?

—Unos cuantos. El dueño original solo era un newton o dos diferente del original. Bueno, en términos físicos. En su lugar de origen, algunos de nuestros conflictos no han ocurrido, de ahí las facciones nuevas en la cara. Nuestros chicos lo metieron en la bolsa y, cuando volvió, le conectaron la mente a un túnel infinito: como si utilizásemos un terrier para sacar un zorro. Cuando salió, entré yo usando el mismo método, lo que supuestamente hará que dure un poco más.

Hamilton dudó de ese planteamiento. El chico había destruido su equilibrio y comenzaba a tener pensamientos sediciosos. Hasta ese momento no le había parecido peligroso que Turpin no estuviera buscando, como había dicho, prolongar su servicio. Sin embargo, quería un trato de favor de la Corte. Ahora se parecía más a aquellos a los que servía. Daba igual la distancia que hubiera entre sus oficiales y él.

—¿Qué pasaría si los mundos opcionales empiezan a asaltarnos del mismo modo?

—Fue lo primero que pensamos. Parecen ser únicos, por lo menos en todas esas opciones cercanas. Somos los únicos que hemos encontrado a los Extranjeros. O tal vez solo existen en nuestro mundo. Si empiezan a aparecer,

puede que tengamos que empezar a firmar tratos con británicos opcionales en vez de asaltarlos.

—¿Y darles el equilibrio?

Turpin levantó las manos. Quizás sentía que eso escapaba de su deber o comprensión.

—¿Cómo puede haber versiones más jóvenes de la gente? ¿Cómo existe un mundo opcional en el que... tengo... su edad?

—A mí me han explicado que esos mundos se forman en ondas.

—¿Como las ondas que interfieren entre ellas en este mundo para crear las alturas y las profundidades del equilibrio?

—Presumiblemente. —Ya había vuelto a aparecer esa impaciencia con el asunto del equilibrio—. Algunas ondas están un poco atrás en el tiempo y otras, un poco adelante.

—¿Y existen mundos opcionales en los que hay ciervos parlanchines y columnas de pájaros? ¿O eso solo son modas que lo anticipan?

—Un poco las dos cosas. Me han asegurado que hay una gama de opciones más bien grande. —Turpin se había acercado a él, como si deseara no haber sido él el que los hubiera llevado a esa conversación—. Escucha, esa versión más joven de ti es el primero de su tipo que hemos traído. La mente que tiene es la suya propia. Es un buen chico, un voluntario de un mundo tan parecido al nuestro que no había ni un átomo de diferencia.

—¿Excepto que no había Extranjeros?

—Exactamente.

—¿Ni equilibrio?

—¡Claro, claro!

Hamilton se preguntó si Turpin planeaba poner su mente en el cráneo del chico, pero solo los había invitado a un evento social.

—Podemos hacer todo esto ahora, y no sabía que pudiésemos...

—Te lo cuento en secreto. Descubrirás, si las miras, que tus lentes de contacto ya han reaccionado a mi tono de voz. No le podrás contar nada de esto a nadie. —De repente miró disgustado el semblante sobresaltado de Hamilton—. ¡Que no lo harías, por supuesto!

Los modales de Turpin parecían haber cambiado con el cuerpo nuevo. Eso también había sido impactante, un cambio como los que había escuchado que sucedían en la Corte.

—Si somos capaces de todo esto ahora que tenemos instrumentos, ¿por qué los Extranjeros no pueden abrir un túnel en el bloqueo, aparecer en Whitehall y atacarnos?

—Buena pregunta. Los grandes poderes han reflexionado sobre ello. Juntos.

Había dado bastante información para que Hamilton entendiese que ahora había un grado de cooperación bastante mayor entre las cortes de los grandes poderes de Europa. La llegada de los Extranjeros lo había forzado, pues la captura accidental de los nuevos instrumentos en varias partes del sistema solar podría haber alterado el equilibrio. Allí, sospechaba, había actuado la mano de la deidad. Si actuaba en alguna parte.

—La teoría principal en este momento es que, por alguna razón, los Extranjeros prohibieron, entre ellos, el uso de los mundos opcionales. Ese es el pilar de la religión equivocada que practican, sea la que sea. El opcionalismo es tal vez un efecto secundario de lo que utilizan como propulsión, pero hasta ahora solo hemos entendido el efecto secundario y no la propulsión.

—¿Podemos usarlo para sorprenderlos?

—Estamos en ello.

Ese se ajustaba más al tipo de conversación que Hamilton estaba acostumbrado a tener con su oficial superior. Se arrepintió de sus reacciones anteriores, entendiéndolas y recuperando el control sobre él mismo. Esa noche, fuera la que fuera, estaría planeada como una prueba de carácter y, hasta ese momento, lo único que había hecho era atascarse. Lo que él sintiese por cualquier cosa era tan irrelevante en ese momento como lo había sido siempre. Turpin había pasado el resto de la cena alabando los mil aspectos de la estrategia de defensa compartida adoptada por la ‘gran alianza’ de grandes poderes. Había alguna incorporación a sus filas todos los días. Saboya era la más reciente. Había rumores de que incluso los turcos se unirían a ellos. Hamilton había querido preguntar qué pasaba con el equilibrio en este tema. ¿Qué pasaría si todas las naciones estaban en el mismo bando? ¿La llegada de los Extranjeros y sus instrumentos eran el choque fatal, el momento final en el que el equilibrio se hundiría y provocaría una nueva realidad actual o social, como los expertos en la materia habían planteado a menudo como hipótesis? ¿Era eso lo que pasaba a su alrededor? Siempre había considerado que ese momento sería, de alguna manera, grandioso, no encontrar animales salvajes en los aposentos del Rector. ¿O era este un giro particularmente feroz del péndulo, que se estabilizaría, igual que siempre, en un movimiento más suave?

Sin embargo, Turpin, leal a su nuevo estilo, no había mencionado en ningún momento el equilibrio, excepto cuando se encontraron antes de la

comida. Hamilton había albergado a medias la esperanza de que uno de los eclesiásticos abriría un debate sobre el tema. Había sabido, a través de los cotilleos de su criada Alexandria, que no todo iba bien entre el clero y que el próximo sínodo en York sería duro con Su Majestad y su apabullante mancomunidad de naciones, pero no había ninguna señal que lo indicase. Esos clérigos en particular estaban tan contentos de obviar ese tema como la Heraldista.

Durante toda la conversación, Hamilton había mirado a su superior. No había querido que lo viesen estirando el cuello para echar un vistazo a la versión más joven de él mismo. Había continuado fingiendo despreocupación y esperaba no haber proyectado preocupación. La campana había sonado, los estudiantes habían empezado a salir y el Rector había invitado a los presentes a volver a los aposentos a por brandi. Turpin había anunciado que quería hablar con alguien y se había ido.

Cuando Hamilton entró, el hombre más joven se interpuso en su camino. Preciosa estaba con él y tenía un semblante interesado. Turpin ya había llegado al otro lado de la sala, gracias a Dios, así que no había nadie para intentar algo similar a una presentación grosera. Sin embargo, Hamilton sabía que tendría encima la mirada de su superior. Todavía no había averiguado qué esperaban de él. No obstante, si eso era una partida, la ganaría él.

—Comandante —dijo el joven—. No sabe el tiempo que hace que espero este momento.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. —Había sonado como un insulto, así que mantuvo la mandíbula firme y lo ignoró—. ¿Dónde te han encontrado?

El joven parecía impertérrito.

—Oh, en algún pasillo polvoroso de lo que todavía se podría denominar realidad.

—El estilo de este año. —Hamilton no podía evitar mirar a Preciosa en vez de a su yo más joven. Ella también lo miraba. Se preguntó de qué forma los estaba comparándolos.

—La mayoría de gente tendría un montón de preguntas —aseguró el joven.

—La naturaleza de la inocencia es cuestionar y la del deber, aceptar.

—Y la naturaleza de la edad es estar demasiado seguro de ella misma.

El chico estaba preparado para enfadarse si creía que era necesario. Parecía muy preocupado por su honor. Seguro que también lo observaban. Por eso Hamilton le había golpeado el orgullo, para ver si sabía controlarse o no. Por desgracia, a Hamilton eso solo se le había ocurrido después de actuar.

Quizás era el objetivo de todo eso: ¿ver cuál de los dos demostraba más cortesía? ¿Le habían explicado al chico qué destino podría esperarle si no aprobaba ese examen, fuera el que fuera? ¿Era posible que a Hamilton, después de todo, le permitiesen inspeccionar su nuevo... vehículo? ¿O era su sustituto? No podía dejar que los pensamientos se bloqueasen en esa posibilidad. Hamilton se dio la vuelta con amabilidad hacia Preciosa. Era pequeña, con una melena pelirroja que resaltaba sobre un vestido verde que... sí, la influencia de la opcionalidad también contaba: el vestido había sido, o era todavía, un prado soleado. Estar delante de ella no era para tanto comparado con estar delante del vestido. Ella estaba acostumbrada a que la mirasen y lo buscaba. Las pecas no le hacían parecer infantil, pero de alguna manera sumaban junto a la seriedad apasionada de esos ojos, que exhibían una expresión de tremendo interés, un reto para el mundo que igualaba a aquel vestido. Tenía una boca acogedora.

—¿Dónde me conociste? —preguntó él.

Ella había sonreído, pero no se había reído.

—Nos presentaron en la Facultad de Heraldistas. El coronel Turpin lo llevó de visita. Sin embargo, creo que no nos habían presentado.

—Me tendrás que perdonar. Supongo que ya hemos compartido... cierto grado... de intimidad.

Se preguntó si con eso se le pondría el vello de punta. No obstante, ella había sonreído en vez de ofenderse. Aun así, había lanzado una sonrisa forzada: no estaba preparada del todo para los nuevos modales. Hamilton había encontrado algo que le gustaba de ella, lo que no tendría que haberle sorprendido, suponía.

—¿Por qué crees que Turpin quiere que nos conozcamos? —preguntó el chico.

—Puede que esté decidiéndose por un traje y quiere que nos lo probemos los dos.

Había mirado a Preciosa, como si le sugiriese que ella también se lo tendría que probar. Ella solo levantó una ceja.

El chico se había interpuesto entre los dos. Decidió que era necesario llevar ese concurso intangible al mundo real y había encontrado una manera de hacerlo.

—¿Dime, Comandante, sabes jugar a las cartas? —le retó.

El Rector, sin duda animado por Turpin, no tardó nada en animarse ante la posibilidad de una partida. El público, que sin duda se había dado cuenta de lo que veía cuando miraba a Hamilton y a su yo más joven, se había intrigado o hablaba chillando sobre el tema. Suponía, mientras se preparaban las cartas y volvía a mirar a la multitud, que ya había grupos de gente así por la Grandiosa Bretaña, en los salones más modernos, que cambiaba de forma, de edad y de apariencia y a tomar por saco el equilibrio y de ahí en adelante todos se apuntarían a lo que fuera más nuevo y extremo, como si fueran puñeteros islandeses. Tal vez era consecuencia del bloqueo. Tal vez todos estaban empezando a bailar mientras el barco se hundía.

La partida, según había decidido alguien, tenía que ser de póquer cronometrado. Ni él ni el chico lo sabían y Hamilton suponía que no era ninguna casualidad. Los dos habían cogido una mano de diez cartas de una baraja nueva que había en la mesa. Hamilton cogió un vaso para reconfortarse, un Castillo de Knappogue, de la destilería de Tullamore, whisky puro. Nada de lo que sirviesen allí o en la Mesa Alta sería de esas cosas que las lentes de contacto de su cabeza pudiesen ignorar. Ese era el objetivo de noches así. Entender la realidad, ese era el pensamiento, suponía, cuando los invitados mostraban interés. Así que aceptaba esa desventaja. El chico, por supuesto, tenía que actuar igual y, a pesar de las miradas de advertencia de Preciosa, pidió lo mismo.

La idea era formar combinaciones de valores diferentes descartando cartas y eligiendo nuevas de otra baraja. La naturaleza de lo que era una mano válida cambiaba dependiendo del tiempo: cada arco de diez minutos del reloj de bronce dorado del Rector decidía las normas de ese periodo. También había un límite de tiempo de pocos segundos que dictaba cuánto podían tardar en realizar una jugada, de forma que no esperasen a que el terreno se les volviese favorable. Así pues, mientras esperaban a que sonasen las nueve en punto en la campana de la capilla, Hamilton se dio cuenta de que uno de los jugadores podía guardarse las cartas para intentar conseguir una ventaja a largo plazo o descartarse todo el rato y jugar las cartas que tenía en vez de esperar un gran golpe. El tiempo y el significado de ese juego estaban interconectados de una manera extraña. Apareció un tipo de proyección inteligente de las normas en la pared que había detrás de él, que sobresaltó al ciervo. La proyección tenía todos tonos de color y líneas borrosas que sugerían que un cortesano estaba prestando demasiada atención a los gustos estéticos de Su Majestad. Se decía que la apariencia del salón de baile a Hampton Court cambiaba según el lugar, a menudo como un movimiento borroso, como si se viese desde un

carruaje. Unas damas ya se habían caído como resultado de uno de los nuevos bailes y a Hamilton le había parecido que todos eran trotes sin gracia, en los que el tempo cambiaba siempre, en los que la gente podía chocar en cualquier momento y sería difícil saber dónde estaba cada uno de ellos. Los bailarines se apresuraban en culpar a sus propios defectos antes que cuestionar aquella perspectiva que lo causaba todo. Y bien que lo tendrían que hacer, así se tendrían que comportar, ¿en qué pensaba Hamilton? Se reprimió de nuevo.

Recogieron las cartas para las manos iniciales. El chico volvió a contactar visualmente con él. Sin ninguna sonrisa. Subestimarle habría sido demasiado obvio por parte de Hamilton. No lo haría: sería mentirse a sí mismo. Dejó que sus ojos subiesen más allá del asiento del oponente y se detuvieron, por un momento, donde no debían.

—¿Qué miras? —preguntó el chico sin darse la vuelta.

—Nada —respondió Hamilton y miró otra vez las cartas con un levantamiento de ceja calculado con precisión.

* * *

En la primera ronda de diez minutos, Hamilton se impuso y su oponente no consiguió ningún punto, mientras que él había hecho combinaciones simples y obvias. Parecía que el chico esperaba una carta que no llegaba. Hamilton se reconoció en esa esperanza, pero era un rasgo que el servicio militar le había quitado a base de golpes.

Una ovación y la cuchara que golpeaba el vaso del Rector marcaron el final de la ronda y el chico enseguida enseñó lo que tenía, que no le daba ningún punto, de manera que Hamilton se puso en cabeza y provocó otra ovación. Hamilton se preguntaba si había alguien en la multitud que lo apoyase o si, para los que iban a una fiesta vestidos como un espejo, la versión más vieja de un individuo era de manera automática la menos interesante. Miró a Preciosa otra vez y creyó verle algo en la expresión. ¿Por qué sentía que ella no opinaba igual? Ella se mordía el labio inferior y tenía los ojos abiertos de par en par por la emoción de la partida. Él se giró hacia el chico de nuevo.

—¿Conoces la fábula de la liebre y la tortuga? —preguntó para disimular lo que maquinaba con las cartas—. Sin pausa, pero sin prisa.

—Sí, a los griegos se les daba muy bien este juego. —Lanzó la primera de una serie de combinaciones rápidas para coger ventaja e intentar forzar a

Hamilton para que apostase por algo que tal vez no pasaba nunca—. Es una caja de sorpresas.

—Aun así, apenas es un clásico.

—Lo que se considera un clásico cambia con el tiempo, como cualquier cosa.

Así pues, parecía compartir sus opiniones sobre lo que había hecho posible su llegada. ¿A lo mejor tendría que sentirse como si fuera un esclavo, una propiedad que un grupo de asalto había tomado en una provincia invadida?

Después de todo, algo de eso había en Hamilton, que se arriesgó a lanzar una mirada a Turpin y decidió subir la temperatura.

—¿Hacemos que la partida sea más interesante? —Al oír el acento tan fino que usaba el chico, se permitió un tono de acento irlandés.

—¿Cuánto?

Hamilton intentó recordar qué le habría destrozado su cuenta bancaria cuando tenía veinte años. No habría tanta diferencia con lo que se la destrozaría ahora. ¿O su memoria distorsionaba el tiempo de nuevo? No quería ofrecer una cifra que el chico consideraría una miseria. Aun así, el valor del dinero casi no había cambiado con los años, solo el concepto de cuánto era suficiente.

—¿Mil guineas? —Los espectadores emitieron ruidos de impacto. Hamilton se dio cuenta de su error enseguida. Parecía que abusaba del chico. Preciosa sacudía la cabeza pidiendo al joven que tirase las cartas—. O no, quizás no, pongamos...

—Mil guineas. —La apuesta había despertado al chico. Por supuesto que sí: Hamilton le había desafiado delante de su chica.

Él habría hecho lo mismo a su edad si Annie hubiese estado y, tal vez, habría hecho lo mismo ahora. No humillaría a su yo más joven echándose atrás ahora.

—Pues de acuerdo.

Las próximas tres rondas parecieron transcurrir en un abrir y cerrar de ojos. Hamilton y el chico apenas levantaron la vista mientras miraban las cartas, las valoraban y lanzaban, y el Rector anunciaba los puntos que conseguían. Los ases valían mucho o poco según la combinación. El orden de las cartas como figuras de la corte, con jadeos de los que estaban reunidos, que bajo presión revelaron una forma de pensar más tradicional, también cambiaba. Y la Sota, el Caballo y el Diablo podían a veces elevar o disminuir los valores numerales en las copas, las espadas, los bastos y los oros.

Cuando quedaban once minutos para el final, todo el mundo había rodeado la mesa en la que Hamilton y el chico sudaban, mirándose las manos y entre ellos, cogiendo y tirando cada vez más deprisa. Hamilton reflexionaba sobre lo difícil que sería perder mil guineas: tendría que vender algo, quizás el Morgan. Podía enfrentarse a esa presión por su experiencia y entrenamiento. El chico tendría la seguridad de la juventud, pero tenía más que perder. Incluso la vida, si no podía pagar o si lo que tuviera en vez de familia o regimiento decidía que su existencia no pagaba ese gasto. A lo mejor, su vida, al menos como mente en su propio cuerpo, dependía de la partida que jugaban esa noche, fuese lo que fuese. Hamilton dejó a un lado los remordimientos de conciencia. Para eso lo había hecho, ¿no? No para dañar al chico, sino para sacarlo de su juego. ¿O eso era todo? Entonces se maldijo por perder la concentración en ese segundo, mientras miraba, mientras tiraba la mano: podría haberse guardado algunas de esas cartas un poco más para conseguir una mayor puntuación. La multitud aclamó la llegada de la última ronda y el último cambio de reglas. El chico ganaba por poco. Apenas consideraba cada mano antes de tirarla y ahora no tenía que pensar en lo que pasaría. Ya habían girado la última curva y se apresuraban a llegar a la línea de meta. Hamilton decidió que la única manera posible era igualar su velocidad: echar un vistazo rápido a la mano, tirar, esperar que saliera todo bien y forzar al chico a tirar. El Rector chillaba, más y más salvaje. Los dedos empezaron a buscar a ciegas las cartas. Hamilton empató y percibió que lo único que le quedaba para los segundos finales era la suerte: no sería la primera vez que se habría entregado a su misericordia. Vio que tenía un diez de cada palo, que no era ni la mejor ni la peor mano, y lo tiró cuando solo quedaba un momento. El chico miró su propia mano... y parecía haberse congelado. Hamilton le veía los dedos temblar. ¿Estaba esperando, prolongando de manera deliberada el sufrimiento? A menudo había sido cruel, cuando un trabajo le había dado margen para serlo. El reloj de mano anunciaba los últimos segundos: tres..., dos... Hamilton tenía solo un punto de más y el chico tendría algo. El chico movía los dedos por las cartas, tiró toda la mano con un grito, los repiques de la campana de la capilla resonaron en la habitación, el Rector golpeó el vaso al unísono y todo el mundo se acercó para verlo...

El chico no tenía nada. No podía haber hecho nada. Miraba a Hamilton. Preciosa dio un paso adelante para defenderlo, con la cara furiosa, le daba igual que la tradición la obligase a actuar de manera contraria. Como un padre, Hamilton se dio cuenta de que estaba de acuerdo.

—Estoy satisfecho —había empezado Hamilton—, solo me llevaré una buena botella de...

—¡No te atrevas! —gritó el chico—. ¡No te atrevas! ¡Te pagaré lo que te debo!

Había usado un acento irlandés, el mismo que Hamilton escuchaba cuando pensaba y casi nunca cuando hablaba. En ese tiempo, el chico se había levantado de un salto y se había ido, sin despedirse ni agradecer nada al anfitrión. Preciosa lo había seguido con la mirada, furiosa con el mundo, pero no tuvo la indecencia de ir tras él.

Se generó un silencio breve antes de que los parloteos volviesen. Hamilton miró al Rector, que cerraba con torpeza la libreta que había usado para apuntar la puntuación. No vio que Hamilton lo contemplaba. No es que la multitud estuviese de parte del hombre más joven, tenía la sensación de que algo se había roto. Era como si esa gente hubiese descubierto, después del resultado, que muchas cosas habían cambiado, dentro y fuera de ellos, y ya no sabían qué hacer para animarse.

Hamilton se levantó y se bebió el último sorbo de su vaso. Le animó descubrir, a pesar de todo, que Preciosa se había unido a él.

—No se lo merecía —dijo ella.

—No. Pero los merecimientos no forman parte de las partidas.

A su alrededor, la fiesta había muerto. Se oían despedidas. Turpin eligió ese momento para ir hacia él. Le puso la mano en el hombro. Hamilton no estaba seguro de si recordaba que su oficial superior le hubiese tocado alguna vez. Preciosa se hizo a un lado enseguida.

—Un espectáculo lamentable —sentenció Turpin con mucha discreción.

—Lo siento, señor. He supuesto que era un concurso.

—No tenías que obligarlo a decidir entre la bancarrota y la desgracia. Esperaba que nuestra joven Heraldista pudiese liderar, mediante la cercanía al joven, el inicio de una nueva tendencia en su Facultad para que adopten el punto de vista de Su Majestad. Ganase o perdiese, se habría sentido más cercano a él si le hubiera visto demostrar lo que vale. Sin embargo, ahora no podrá verlo y mantendrá su postura.

Turpin miró la cara de Preciosa, ahora que pensaba que nadie la miraba. Y descubrió una especie de cálculo, como si calculase la extensión de tiempo que era necesario esperar antes de que se fuese detrás del chico. Entonces volvió a mirar a Hamilton, volvió a sacudir la cabeza y fue a despedirse del anfitrión.

Hasta que descubrió aquella tarjeta en la mesa del desayuno, era lo último que Hamilton sabía de él. Hamilton deseó buenas noches a su anfitrión, abandonó los aposentos del Rector y se fue a la puerta de la Capilla. Descubrió, en la desesperación que se apoderaba de su estómago, que el edificio era ahora un horror.

Y ahora estaba en Cliveden, dirigiéndose junto a aquellos de los que solo sabía que eran sus oficiales superiores, un Caballero de la Corte de San Jaime y un Secretario de Poderes de la Corona, porque las órdenes de sus ojos así lo dictaban. Estarían presumiblemente en Londres de nuevo, en el despacho de Turpin en Horseguards Parade o, por lo menos, una parte del despacho estaba allí. Se vestían con árboles como el que llevaba un abrigo.

—Buenas tardes, Comandante. —La voz de Turpin venía del aire a su alrededor—. Siento comunicarte que... tenemos un trabajo para ti.

Un suspiro de alivio dejó a Hamilton sin palabras por un instante.

—¿Un... trabajo, señor?

—Parece que, durante tu encuentro con él, entendiste el carácter de tu yo más joven. Como Su Majestad deseaba. —Ese era el Caballero.

Hubo una época en la que la antigua Reina Madre resolvía esos asuntos ella misma, pero ya no abandonaba nunca su ala del Palacio y se rumoreaba que... Hamilton no había impedido que ese pensamiento floreciera en su mente. El alivio que sentía le había hecho bajar la guardia... La gente rumoreaba que estaba loca.

—No me había dado cuenta de que actuaba al servicio de Su Majestad, señor.

Esperaba que su tono no expresara la información que estaba seguro de que ambos compartían: Su Majestad sabía tanto sobre el asunto como él.

—Por supuesto, era lo que deseaba. Quiere transmitirte que lo has hecho bien. El hombre más joven debería haber luchado mejor con la presión a la que lo sometiste —añadió Turpin, con un sonido en la voz que Hamilton no había escuchado antes. Estaba acorralado y afligido.

—Palacio se ofreció a pagarte la deuda —siguió el árbol que era el Secretario de la Corona—, pero el chico, orgulloso, se negó. Lo interpretamos como un gesto noble y lo volvimos a intentar, dejando claro que la oferta era seria.

Hamilton podía imaginarse que cualquier presión que él hubiera ejercido sobre el joven no sería nada en comparación con dejar algo claro por parte de

Palacio.

—Entonces, declaró que tenía el dinero —continuó Turpin—. Le pregunté dónde. Me respondió que lo había ganado a las cartas, pero estaba claro que mentía. Poco después, tuve el placer de recibir una visita sorpresa en mi despacho de Su Excelencia el Conde Mariscal y Duque de Norfolk, como oficial de armas en la Facultad de Heraldistas. Me contó que habían desaparecido mil guineas de la cuenta de la Facultad en Cuits.

Se había llevado la cantidad exacta de dinero. Hamilton se sintió bastante molesto de que asociasen esa actuación chapucera con él mismo.

—¿Lo hizo Preciosa por él?

La Heraldista no parecía tan ignorante. ¿Tan seductor era su yo más joven? Era un pensamiento demasiado tentador para ser realidad.

—A lo mejor consiguió información que provenía de ella, pero sin que ella lo supiese —aventuró Turpin—. Su Excelencia también me informó de que la Heraldista había desaparecido. Nuestros agentes inspeccionaron sus aposentos: encontraron signos de lucha y un intento más bien chapucero de esconder esas señales. El chico no apareció cuando lo citaron.

Hamilton ya no sentía que lo pusiesen en entredicho y veía complicado ocultar su satisfacción. Así que el chico de oro se había convertido en un canalla.

—Huelga decir que no me ha pagado —aseguró.

—Me atrevería a decir que Preciosa lo encontró con las manos en la masa. Se abrió un pliegue infinito en sus aposentos unas horas antes de que llegasen nuestros agentes. Hemos encontrado pruebas del pliegue. Somos capaces, hasta cierto punto, de rastrear donde terminan esos túneles. Nuestra presa ha huido aquí, en Cliveden.

—¿Por qué?

—Hay... un complejo de túneles de pliegues recién puestos en esta finca —explicó el Caballero, que sonaba afligido por las pintas de su Corte—. Su Majestad tenía..., tiene todavía..., planes de veranear aquí, entre los mundos opcionales que elija. La Facultad todavía... no tiene... conocimiento de una información tan sensible. Tu yo más joven, Comandante, se esconde en alguna versión opcional de este bosque.

El Secretario de la Corona se aclaró la garganta y se hizo el silencio.

—Su Majestad está intrigado con la idea de poner los opcionales a nuestro servicio. Se pregunta si un número de mundos opcionales servirían para hacer frente el bloqueo. Necesitaría buenas razones para abandonar esa política. Sin embargo, está abierto a la posibilidad de que alguien encuentre esas razones.

Hamilton ladeó la cabeza. Le habían dicho que todas las posibilidades estaban abiertas. Si sacaba a un joven confuso de los arbustos y alegaba que era un error, escucharían al joven, aunque la conversación tenía que darse en las bodegas de Cliveden. Bueno, tenía un trabajo. Dejó la bolsa de mano, la abrió y sacó a toda prisa el distorsionador Webley y una funda de pistola.

—Estamos vigilando el perímetro —anunció Turpin—. Hemos restringido las realidades a su alrededor para que no pueda salir. —La calidad de la luz en el claro cambiaba y Hamilton era consciente de que había pasado algo con las lentes de contacto—. Hemos probado estas con el chico y no tardarán en ser un estándar para los soldados. Te da la capacidad de ver todos los mundos opcionales a tu alrededor y moverte entre ellos, lo mismo que hace él.

Hamilton terminó de pasarse la correa de la funda, guardó la pistola y se volvió a poner la chaqueta. Tocó lo necesario para usar las nuevas lentes de contacto y las activó. De repente había gente en el claro, a su lado. Volvió a la posición previa y se esfumaron otra vez. Había visto campesinos y peones, los que mantenían la finca en funcionamiento. Presumía que eran la última opción de ocio que explorarían Su Majestad y los amigos.

—Entra en los pliegues —ordenó Turpin— y saca a ese chico y a la Heraldista, a ser posible vivos.

Esas últimas dos palabras las había pronunciado con un tono que, en privado, sugería a las lentes de contacto que, para Turpin, sí que estaban abiertas todas las posibilidades. No había considerado adecuado reemplazar el arma de Hamilton con otra menos letal, al fin y al cabo. Esos cortesanos a lo mejor no tenían el conocimiento militar para ser conscientes de una decisión así. Hamilton contempló a los tres que daban órdenes. La pregunta sobre lo que le debían por sus servicios cayó en la simplicidad de que el servicio continuase. Después de todo, todos suponían que saldaría su deuda. Los pensamientos de morir en sus manos se habían convertido en algo de un mundo opcional. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el bosque.

—Vaya con Dios, Comandante —deseó el Privado.

Hamilton no miró atrás. Tras un momento, empezó a correr.

Consultó el mapa de la finca que tenía en la cabeza. Corrió entre los árboles, ajustó las lentes de contacto y volvió a estar perdido. Se obligó a comprobar en todo momento las opciones. No se podía permitir que el chico le apareciese por sorpresa.

¿Su yo más joven había actuado de una manera tan deshonrosa porque el equilibrio no se había descubierto en los mundos opcionales? Eso debía de ser lo que Su Majestad consideraba, la idea de que no era necesario formar ejércitos porque sus súbditos mentales de esos mundos no tendrían la ética requerida. Quizás en esos mundos el equilibrio simplemente no existía, lo que era una señal de que esos lugares eran menos reales que este mundo. O a lo mejor el equilibrio se extendía por todos los mundos a su manera, a lo mejor era así como sostenía tantos choques.

Puede que, simplemente, fuese complicado entender la existencia de su yo más joven. Por tanto, se preguntaba con qué parámetro se había juzgado al chico durante sus años de formación. ¿Lo excusaba esa falta? Era complicado saber si debían aplicarse las mismas normas o no. Si todo era real, si el valor era relativo, ¿qué significaba ahora y allí ser un traficante de armas, llevar una falda escocesa o insultar la bandera, si los que cometían esos actos escapaban con facilidad a otro lugar con normas diferentes? Ese podría haber sido el sentimiento del chico al recibir esa oferta milagrosa de ascenso, el honor, el interés de una mujer guapa, de un lugar fuera de su propio mundo. Parecía que lo habían sacado de la oscuridad y le habían enseñado los nuevos y claros horizontes semanas después, puede que meses. Si este nuevo mundo incluía esa extraña costumbre, este ideal desesperado sobre la preservación del orden ante el colapso, pues allá donde fueres, haz lo que vieres...

Sin embargo, Turpin dijo que el mundo del chico era como el nuestro en casi todos los detalles, excepto que estaba unos años atrás en la onda. Ni siquiera así tenía equilibrio. La idea de que pudieran vivir sin él, lo que sus grandes poderes tenían, a lo mejor a través de un mero accidente, su mundo todavía conservaba algo de *statu quo* para la conciencia y la sociedad..., bueno, existía un rumor subversivo. No era de extrañar que Turpin se sintiese vulnerable cuando había abierto esa puerta. No era de extrañar que pareciese confiar cada vez menos en el equilibrio.

Hamilton se reprimió de nuevo. Semejantes cavilaciones no eran apropiadas mientras estaba de servicio. Se orientó por el bosque cuando se levantó, como si tuviese que valerse por sí mismo. Dividió el lugar en partes y, moviéndose tan en silencio como pudo, exploró el terreno hacia el río desde todos los ángulos de la finca. No encontró a nadie.

Usó las lentes de contacto para cambiarse a la opción más cercana tras el mundo de los criados. Esa sería una de las elegidas para el deporte de Su Majestad. La casa era casi igual, con pocas diferencias arquitectónicas. Ondeaba una bandera con un símbolo sin sentido. Hamilton no quería

descubrir su significado. Volvió a dividir el suelo y solo encontró hombres viejos con un uniforme que no reconoció y unas mujeres jóvenes con vestidos interesantes. Era probable que la situación se pusiera más interesante cuando llegase la temporada. Se preguntó si quitarían a las mujeres o si ofrecerían opciones propias de té y laberintos.

Cambió otra vez las lentes de contacto y, cuando buscó, encontró a unos colonos americanos que caminaban por la senda, con ese acento pintoresco que le recordaba a las obras de Shakespeare. Esa gente, mientras se agachaba y los escuchaba pasar, hablaba con una terrible despreocupación, como si no hubiese nadie que los juzgase, ningún enemigo que les plantara cara. Algunos de ellos serían del interés de un Rey en su mundo, otros seguramente no. Para Su Majestad, aventurarse en cualquiera de esos mundos elegidos con precaución equivaldría a un safari en territorio ajeno. Incluso en esa situación, la elección lo era todo, ¿no? Esos mundos serían completamente seguros. A excepción de que uno de ellos albergara al chico.

Buscó en algunos mundos más. Se alejaba de todos los significados. Pensaba a dónde iría si estuviese en el pellejo del joven y, con ese modo de pensar, cayó en que había algo de lo que no se había dado cuenta..., porque no se imaginaba a sí mismo yendo hacia allí. Al final encontró, entre una docena de opciones, un sitio vacío. No se veía ninguna casa a través de los árboles, el río era un lugar diferente y la altura del nivel del mar era distinta. A pesar de todo, según la poca información que le daban las lentes de contacto sobre el lugar del globo en el que se encontraba, era el mismo sitio. Miró alrededor con precaución y se aseguró de que estaba escondido desde todos los ángulos. Además de no estar la finca, no había ninguna residencia. Había algo..., algo extraordinario sobre...

—Así que sí que te enviaron. —Era su voz. Venía de arriba de la pendiente.

Hamilton no veía su origen. Dio un paso para poner el tronco de un árbol entre él y la voz. Sacó el distorsionador Webley de la funda.

—¿Dónde está la Heraldista?

—No la vas a encontrar...

Eso quería decir que no estaba detrás de él. Se arrodilló tras abandonar la protección del árbol, colocó la mano izquierda en la pistola que guardaba en la manga y disparó hacia la voz. La explosión y el trueno del proyectil se fundieron en un ruido. Entonces hubo otro, un ruido de ramas mientras el chico aparecía. Hamilton saltó y pegó dos tiros más hacia el sonido, el follaje y la hierba se comprimieron en segundos, impulsos de gravedad le tiraban de

la ropa y una luz lo deslumbraba como una línea de estrellas que aparecían y desaparecían en un instante.

Sin esperar ningún resultado, se refugió otra vez detrás del árbol y escuchó. El movimiento se detuvo. Y tanto. Él no habría seguido moviéndose, sino que se habría tumbado un rato y luego un poco más.

Oyó un breve movimiento encima de la cuesta. Con ese asalto, si el chico todavía vivía, era probable que tampoco estuviera herido. Empezó a caminar lentamente a través del árbol, asegurándose de no volver donde el chico lo había ubicado por última vez. Mientras andaba, empezó a examinar su alrededor. De hecho, era muy extraño que ese mundo estuviese vacío. Había oído a veces, en las fiestas de la Corte, en la época en la que lo invitaban, a esas personas que no tenían nada mejor que hacer que hablar sobre las glorias de la naturaleza, sobre alguna energía poética misteriosa que podía surgir a partir de su contemplación. Hamilton pensaba, y una vez opinó, con poco acierto, que la naturaleza no era nada simple, que los millones de hilos, detalles y superficies en ángulos desde cualquier perspectiva eran la esencia de la complejidad, mucho más que cualquiera de los artefactos de la civilización. Para él, la naturaleza era una buena tapadera para sus detalles. Liz... Su Alteza Real... había hecho un chiste para disimular que había dejado en evidencia al embajador francés.

Sin embargo, había un extraño sentimiento de gloria. Los árboles a su alrededor, la hierba a la que prestaba tanta atención mientras la pisaba, parecía que todo le llamaba. Los colores parecían demasiado claros. ¿Era un defecto en sus lentes de contacto? No. Era demasiado completo, pero no se trataba de simplicidad. Los objetos que veía cerca, incluso el río que divisaba tenían... más detalles de los que estaba acostumbrado a ver. Recordó la falta de nitidez en la visión de un ojo una vez que se había herido una córnea hasta que le fabricaron una y se la pusieron. Era como si hubiera sufrido una cosa parecida toda la vida y ahora pudiera ver mejor.

Joder, qué bien estaría poder quedarse allí. Menudo alivio y menudo descanso.

No. Eran pensamientos peligrosos.

Oyó un ruido delante de él y sacó la pistola. No obstante, enseguida vio de qué se trataba. Un zorro le miraba desde dos arbustos. Por supuesto, él era el que estaba en el camino del animal, que se había vuelto hacia él en ese instante. Ya era más suerte de la que había tenido nunca en la caza. Sin embargo, los ojos de esa cosa, el lustre de la piel, la intensidad de cada pelo, que podía ver desde su posición...

El zorro rompió el hielo y corrió.

Algo en el bosque se rompió con el animal: Hamilton se pegó un porrazo, se dio cuenta en ese instante de que los tímpanos le resonaban y estaba contento de que le resonasen porque significaba que estaba vivo. Se apartó a un lado mientras tierra y hojas caían a su alrededor, los lados tiraban de él y él rodaba cuesta abajo, chocaba con las plantas y se agarraba al suelo para intentar frenar antes de que el sonido acabara.

El chico casi lo había cogido. El chico tenía la misma pistola. Claro que sí. Yació en el suelo entre jadeos. Entonces se quedó así un poco más. El chico seguro que no sabía que él estaba allí o ya le habría disparado. Se preguntó por un instante, de manera ridícula, qué habría pasado con el zorro. Eliminó ese pensamiento y empezó a levantarse. Se dio cuenta, mientras lo hacía, de que no estaba herido. Tal vez la suerte le sonreía. Era un concurso de trabucos y globos.

Sentía, con un poco de extrañeza, que era oportuno que su vida llegase a ese punto. Entonces eliminó también ese pensamiento. Sería más oportuno si su vida llegase a ese punto y entonces continuara después de la muerte del otro sujeto.

—Podrías haberte quedado allí.

Se trataba otra vez del chico y era complicado rastrear dónde estaba sin tener noción de su propia ubicación. Se habría colocado en un lugar que alteraba el sonido, con algunos árboles y un muro de roca.

Hamilton siguió mirando.

—¿Por qué dices eso?

—¿No sabes dónde estás?

—En una Bretaña opcional.

—Ni de lejos, abuelo. —Las expresiones que había perdido por el camino —. No es un país si no vive nadie.

—Supongo que Su Majestad ha estado por aquí. Habrá hecho una buena caza.

—La misma que podemos hacer todos. En el cielo.

Hamilton sonrió de oreja a oreja al oírlo.

—¿Cómo te has enterado?

Parecía que el chico quisiera debatir con su padre. Quería ver cuáles eran los barrotes de la jaula. A lo mejor se había sentido así en esa vida, pero el fracaso de su padre había significado que él no podía hacerlo o que tal vez no había sentido nunca esa necesidad. ¿Un lugar en el que no tenía identidad ni

razón para actuar? Se parecía más al infierno sin equilibrio del que venía ese chico.

—Es más... real... que cualquiera de los lugares de los que venimos. Es obvio que yo opino que se trata del cielo, porque no ha llegado nadie.

Hamilton oyó la sonrisa de la voz.

—Excepto nosotros. ¿Seguro que no es otro sitio? —Le vino a la cabeza un pensamiento curioso—. ¿Por eso quieres que me quede?

—Quiero decir que, si volviese, no me buscarían aquí. Podrías esperar unos días y entonces ir a dónde quieras.

Hamilton hizo una mueca por la falta de significado en la vida del chico.

—¿Crees que abandonaría mi deber?

Tuvo la visión de que, por un instante, un hombre más joven le robaba la vida. Era como invadirse a sí mismo, pero también sentía la sensación apabullante de la tentación.

—Ni siquiera soñaría con sugerirlo, abuelo. —Él también estaba serio—. Quiero decir que podrías aprovecharte de esta partida. Necesitan que muera uno de los dos, así que...

¿De dónde había sacado esa idea? A Turpin le habría gustado ver al chico como trofeo, pero el Palacio no se decidía a mostrar interés por el asunto y a Hamilton no se le ocurría ninguna manera en la que las partes interesadas quedasen satisfechas con que emergiese del bosque el chico en su lugar.

—¿Quién te lo ha dicho? —Una pausa—. ¿Intentas mentirme?

—Ni siquiera lo soñaría..., abuelo. Solo estoy aquí para traerte de vuelta.

El chico podría haber asumido que a Hamilton le habían proporcionado unas lentes de contacto diferentes a las suyas, mentiras que podían engañar orejas que saben detectarlas. O podía saber que lo que tenía en la cabeza estaba por delante de cualquier cosa que Hamilton tuviese como equipaje estándar. Sin embargo, conocían la voz del otro demasiado bien. Oyó un sonido que provenía de una dirección que Hamilton no esperaba. Se dio la vuelta, pero se obligó a hacerlo con la pistola hacia el suelo. Allí estaba el chico, cuya pistola también apuntaba hacia el suelo. Hamilton caminó hacia él. Se permitió el primer contacto visual honesto con su yo más joven. Ver aquella cara hacia él era, en realidad, extraordinario, una alegría que necesitaba contener, una amabilidad para la que valía la pena cruzar las ondas que separaban los mundos. Inhaló con profundidad un aire que era mejor que cualquiera de los que había catado nunca. Fuera o no el cielo, se imaginaba a su Majestad entrando y dándole ideas de qué debía pertenecerle, cazando allí infinitamente, con una nueva juventud para él siempre que lo deseara y

versiones más jóvenes de cada cortesano y cortesana a sus órdenes. Si gracias al chico se demostraba alguna clase de error, los nuevos modales se quedarían para siempre, pero eso a duras penas era culpa del chico. En ese momento, Hamilton decidió conducirlo al claro, hacia una cosa que a menudo se les negaba a los de su clase: explicaciones.

—Me han dicho que solo podía asegurar mi sitio en la sociedad, en tu mundo, si te mataba —empezó el chico—. Que por eso nos han juntado en... diferentes concursos.

Hamilton se dio cuenta de que eso era lo mismo que él había imaginado.

—¿Quién...?

Un disparo exactamente igual que el suyo o el del chico resonó a través de la completa claridad del cielo. El impacto hinchó la cara del chico y, en un momento, le deformó el cuerpo. La sangre brotó de su boca. El proyectil del distorsionador lo absorbió y el cuerpo cayó al suelo, vacío.

Ella dio un paso adelante y bajó la pistola. Al menos tenía la gracia de aparentar tristeza.

—La señorita Nada —dijo ella.

Todavía llevaba aquel maldito vestido. Volvió a esconder la pistola. Ella y Hamilton se miraron un rato hasta que él entendió que si quería dispararle, ella lo permitiría, y enfundó la pistola con furia.

Ella empezó a andar hacia la casa enseguida. Él consideró la idea de enterrar al chico. La absurdidad de todo le creó un nudo en la garganta. La siguió y la alcanzó.

—¡Malditos! Malditos los dos porque no os he visto venir. —La agarró por el brazo para detenerla—. ¿Entiendo que nunca has estado en realmente a favor de la Facultad?

Le miró con calma.

—No nos importa la idea de asaltar mundos opcionales. No nos importa robar cuerpos nuevos para mentes viejas. Hasta cierto punto. No obstante, establecimos el límite al surgir el riesgo de que ellos nos puedan sustituir a nosotros. Somos la Facultad de Heraldistas, leches. Sin árboles genealógicos, no tendríamos negocio.

—Al hacer que el chico pareciera capaz de robar y secuestrar, hasta el punto de llegar a amenazar a Su Majestad...

—Hemos demostrado que esos reemplazos no son de confianza. No han tenido nunca equilibrio, ya lo ves.

—¿Por qué me lo cuentas?

Le miró con verdadera tristeza en ese momento. Ella lo entendía.

—Porque no me vas a delatar.

Emergieron al claro y, en ese momento, Preciosa asumió enseguida el rol de víctima temblorosa y rescatada.

—¡Era un monstruo! —gritó mientras se apoyaba en el brazo de Hamilton.

—¿Era? —preguntó la voz de Turpin desde los árboles.

Hamilton mantuvo una expresión de calma.

—El chico está muerto.

Steven Saylor

El exitoso autor Steven Saylor es, junto a Lindsey Davis, John Maddox Roberts y la difunta Ellis Peters, una de las estrellas más brillantes del género de misterio histórico. Es autor de la larga saga *Roma Sub Rosa*, que narra las aventuras de Gordiano el Sabueso, detective en la Antigua Roma en novelas como *Sangre romana*, *El brazo de la justicia*, *La suerte de Venus*, *El enigma de Catilina*, *Asesinato en la Vía Apia*, *Cruzar el Rubicón*, *El cerco de Massilia*, *La adivina de Roma*, *El veredicto de César*, *El triunfo de César* y *Las siete maravillas*. Ha compilado las hazañas más cortas de Gordiano en *La casa de las vestales* y *La muerte llega a Roma*. Otros libros de Saylor incluyen *A Twist at the End*, *Have You Seen Dawn?* y una enorme novela histórica sin Gordiano, *Roma: La novela de la Antigua Roma*. Sus libros más recientes son el segundo volumen de la secuencia de *Roma*, *Imperio: La novela de la Roma de los emperadores* y una nueva novela de Gordiano, *Corsarios del Nilo*. Vive en Berkeley, California.

Recientemente, como se explica en *Las siete maravillas*, Saylor ha presentado una nueva serie de relatos que llevan a un Gordiano adolescente de visita por las Siete Maravillas del Mundo con su compañero de viaje, el viejo poeta griego Antípatro de Sidón. La historia transcurre en el pueblo legendario de Tiro el año 91 a. C. *Mal vistos en Tiro* es un episodio inédito del viaje del joven Gordiano. Como Gordiano descubre, Tiro fue la ubicación, cien años antes de su visita, de la única aventura terrestre conocida de dos de los canallas más grandes de la literatura, *Fafhrd y el Ratonero Gris* (como narra *El gambito del adepto*, la novela corta de 1947 de Fritz Leiber, que más adelante se incluyó en la colección de Leiber *Espadas en la niebla*). Este cruce de caminos multidimensional en Tiro podría parecer una mera coincidencia, pero como Gordiano aprende, tanto en la Tierra como en Newhon, todas las historias y los escritores están sutilmente, incluso de una forma mágica, conectados.

MAL VISTOS EN TIRO

Steven Saylor

—¿Qué son esos extraños dibujos en las paredes? —pregunté.

La bella camarera de la taberna, una rubia voluptuosa, me acababa de servir la tercera copa de vino y los dibujos cada vez me parecían más curiosos.

Antípatro, mi compañero de viaje y antiguo tutor, frunció sus blancas cejas y me lanzó esa mirada fulminante con la que me había familiarizado demasiado durante nuestro viaje. Aunque solo tenía diecinueve años y ya era un hombre según la ley romana, su mirada me hizo sentir más cerca de los nueve años.

—¡Gordiano! ¿Será posible que no conozcas las historias de Fafhrd y el Ratonero Gris?

—¿El qué gris?

—El Ratonero.

Fruncí el ceño.

—Sé lo que es una rata, pero ¿qué cojones es un ratonero?

Antípatro suspiró.

—Es un término usado para los gatos egipcios, una criatura conocida por su destreza cazando, especialmente roedores. Así pues, un ratonero es un cazador de ratas.

—Ah, bueno, en Roma no tenemos gatos, ya lo sabes.

Me estremecí al pensar en una criatura así, con esas garras afiladas y los colmillos salvajes. Me había encontrado con algunos en nuestros viajes, con los que vivían en los barcos. Se suponía que los capitanes valoraban su habilidad para mantener la nave sin alimañas, pero yo guardaba las distancias con esas exóticas criaturas. Como la mayoría de los romanos, los encontraba un poco repulsivos, incluso una amenaza. Me habían dicho que los egipcios adoraban mucho a esas bestias peludas y les permitían vagar por las calles e incluso vivir en sus casas. Yo no había ido a Egipto todavía, pero saber que los egipcios vivían con gatos no me animaba a viajar hasta allí.

Al final, por supuesto, Antípatro y yo tendríamos que visitar Egipto, ya que era el hogar de la Gran Pirámide, la más vieja y, según algunos, la más

espléndida de las Maravillas del Mundo. Y estábamos decididos a visitar las siete maravillas. Acabábamos de regresar de Rodas, hogar del Coloso, e íbamos hacia Babilonia, hogar de las legendarias Murallas y los Jardines Colgantes.

En ese momento, entre maravilla y maravilla, por decirlo de alguna forma, nos encontrábamos en la ciudad portuaria de Tiro, que tenía su propia historia legendaria. Probablemente, lo más conocido de Tiro era la producción de tinte de caparazón de múrice: todos los reyes del mundo querían vestirse con púrpura de Tiro. Además, Tiro era también el lugar de nacimiento de Antípatro, así que nuestra visita al lugar era también una vuelta al hogar para él. Así divagaban mis pensamientos mientras sorbía mi tercera copa de vino. Antípatro había bebido más que yo y ya iba por la cuarta. Era raro que se entregara a la bebida sin moderación. El abandono de la sobriedad tenía algo que ver con volver a su pueblo natal. ¿Existe algo más conmovedor que un poeta anciano rodeado por los recuerdos de infancia?

—Egipto, gatos, ratas, pirámides... ¿De qué estábamos hablando? —pregunté—. Ah, sí, los raros dibujos de este sitio.

La taberna se llamaba Caparazón de Múrice. El enorme dibujo de un caparazón estaba pintado en la fachada y una hilera de ladrillos de barro, estampados con más caparazones, rodeaba la entrada. Sin embargo, dentro de la taberna no había moluscos por ningún sitio. Los frescos de las paredes tampoco tenían ninguna relación con la producción del tinte púrpura. En su lugar, estos dibujos, pintados por todas las paredes, parecían representar las hazañas de dos héroes desconocidos para mí. Uno era mucho más alto y gordo que el otro: un gigante musculoso con la barba roja. El más pequeño de los dos tenía una nariz respingona y llevaba una capa gris con una capucha puntiaguda. Los dos llevaban espadas y, en muchos de los dibujos, las empuñaban dando un efecto terrible.

—¿Cómo habías dicho que se llamaban?

—Fafhrd...

—Sí, te he oído decirlo la primera vez. Creía que te aclarabas la garganta.

—Qué gracioso, Gordiano. Repito: Fafhrd. Un nombre de lo más exótico. Cuentan que era un gigante de verdad que venía del lejano norte, más allá del río Istros, más allá de Dacia, más allá de las tierras salvajes de Germania.

—Pero no hay tierras al norte de Germania, ¿no?

—Nadie que yo conozca las ha visitado nunca. A pesar de eso, cuentan que Fafhrd provenía de allí.

—¡Fafhrd! ¡Fafhrd! —intenté pronunciar el nombre algunas veces, hasta que un movimiento de cabeza de Antípatro me indicó que lo había pronunciado bien—. ¿Y el otro? ¿El llamado Ratonero Gris?

—Al parecer, era un niño de aquí, criado en las calles de Tiro. Más oscuro, más pequeño, más delgado que su compañero, pero con la misma destreza con la espada. De hecho, se dice que los fueron los mejores espadachines de su época.

—¿Cuándo fue eso?

—Fafhrd y el Ratonero Gris vivieron en Tiro hace unos cien años. Mi abuelo se los encontró una vez. Según él, no eran solo los mejores espadachines de su época, sino de todos los tiempos.

—Una afirmación atrevida. ¿Por qué nunca he oído hablar de ellos?

Antípatro se encogió de hombros.

—Supongo que son más famosos en Tiro, a cuyos habitantes impresionaron de verdad. En Tiro, donde más se los recuerda es aquí, dentro de las cuatro paredes del Caparazón de Múrice, donde pasaron buenos ratos bebiendo y alternando...

—¡Este repugnante lugar es prácticamente un santuario suyo! —reí mientras contemplaba los dibujos de las paredes.

Antípatro olfateó.

—No has escuchado nunca la historia de Fafhrd y el Ratonero Gris porque has crecido en la lejana Roma.

—Pero Maestro, tú y yo hemos viajado por todo el mundo grecoparlante durante casi un año, desde Éfeso hasta Halicarnaso y Olimpia, por todas esas islas del Egeo, y no recuerdo haber visto ni una sola imagen o inscripción de esos dos en ningún sitio. Ningún sacerdote los invoca nunca. Ningún poeta de los que conozco, tú tampoco, narra sus hazañas. ¿No serán solo leyendas locales y solo los conocéis aquí en Tiro?

El gruñido de Antípatro me daba la razón. Incluso yo, que era un adolescente inmaduro, suponía que los héroes de juventud de un anciano serían especialmente queridos, así que desistí de seguir dudando del renombre de esos supuestos grandes espadachines.

—Qué pareja tan rara forman, es extraño —señalé—. En algunos de los dibujos, puedes creer que contemplas a un dios alto y a su servidor enano y, en otros, un brujo diminuto y un autómatas de madera que obedece su voluntad.

—Qué imaginación tienes, Gordiano —respondió Antípatro, agrio.

Los dos habíamos vaciado las copas y pidió a la camarera que nos trajese más vino.

—¿Qué se ve en estos dibujos? —pregunté, luchando por mostrar más respeto.

Antípatro miró hacia todos los lados y esbozó una mueca, pero su necesidad natural de hacer de pedagogo, junto a la posibilidad de revivir una de sus fascinaciones de la niñez, era demasiado fuerte para resistirse.

—Pues, ya que has preguntado..., en ese dibujo vemos su encuentro con contrabandistas de Sidón; allí, el contacto con las piratas cilicios y el rescate de la princesa de Capadocia secuestrada. Esa imagen muestra el encuentro con la traficante de esclavos chipriota (¡parece de lo más imponente!) y allí observamos una cita que se convirtió en una emboscada. Allí, los bandoleros idumeos galopan por el desierto para robar unos sepulcros egipcios repletos de joyas que nadie ha visto nunca.

—Pero sí que las vemos en el dibujo.

—¡Una licencia artística, Gordiano!

—¿Y ese dibujo? —Señalé una imagen que había encima de la ventana, bastante subida de tono.

—Ah, ahí contemplamos la noche en la que Fafhrd y el Ratonero Gris disfrutaron juntos de los lascivos favores de Laodice de Egipto, que envió una tropa de eunucos nubios para decapitarlos. Pero nuestros héroes se escaparon, como puedes comprobar, y se llevaron su enorme baúl de ébano, que no solo contenía su fabulosa colección de afrodisíacos, también guardaba la misma copa de la que Sócrates bebió la cicuta.

—¡Fantástico! —grité—. Y encima de esa pared, parece que esas imágenes representan otra serie de aventuras.

—Muy astuto por tu parte. Sí, esas imágenes representan proezas de una naturaleza más sobrenatural. Así pues, ves la ocasión en la que los dos espadachines vieron al extraño demonio llamado Ningable, que aparece como una figura barriguda, como puedes apreciar, y lleva una capa con una capucha oscura de la que sobresalen siete ojos de siete tallos torcidos.

—¡Qué horror!

—De hecho, Ningable de Siete Ojos demostró ser un amistoso demonio y un sabio consejero. Fue Ningable el que los envió a su viaje más maravilloso, una caminata hacia el este, más allá de los picos nevados de la Montañas Libanesas. Durante un tiempo siguieron la legendaria ruta de Jenofonte y los Diez Mil. Entonces continuaron hacia tierras desconocidas y, finalmente, llegaron a la Ciudad Perdida y luego a la Ciudadela Llamada

Niebla, donde se encontraron con su peor enemigo, con espeluznantes y mágicos poderes.

Los ojos de Antípatro brillaron mientras narraba los detalles.

—¿Qué pasa con esos dibujos? Parece que los dos formaron parte de una batalla. ¿Una batalla famosa?

—Sí, ese sería el sitio que Alejandro Magno impuso a Tiro, durante el mismo, los dos lucharon con valentía para defender la ciudad. Nos muestra a Fafhrd encargándose de los muros y lanzando bloques de piedra a los barcos de los sitiadores mientras el Ratonero Gris aparece bajo el agua, limando las cadenas del ancla. A su alrededor, las espadas chocan y las flechas vuelan...

—¿Pero, Maestro, no habías dicho que vivieron en Tiro hace unos cien años?

—Sí.

—¿Y el sitio de Alejandro no fue cien años antes de eso?

Sonreí, porque por una vez había recordado una de las lecciones de historia de Antípatro. Él tosió.

—Sí, es correcto.

—Entonces, ¿cómo es posible que...?

—¡Otra licencia artística! —insistió—. O... tal vez Fafhrd y el Ratonero Gris también estuvieron en Tiro otros cien años atrás.

Intenté no sonreír con suficiencia.

—No todo en este mundo es tan sencillo como los testarudos romanos queréis pensar que es —me soltó Antípatro—. Es cierto que Fafhrd y el Ratonero Gris estaban en Tiro hace cien años, mi abuelo da fe de ese hecho, igual que todos estos dibujos a tu alrededor, pero nadie sabe de dónde vinieron ni a dónde fueron. Hay quien cree que Fafhrd y el Ratonero Gris llegaron de un reino fuera del espacio y del tiempo normal, un lugar mágico si quieres llamarlo así, y por eso tal vez estaban presentes en Tiro no solo hace cien años, sino también un siglo antes.

—¿Por qué no cien años después? Eso significa... ¿que podrían estar aquí hoy!

Observé al resto de parroquianos, la mayoría era gente venida a menos. Algunas de las figuras con capa en la taberna podrían haber sido el Ratonero Gris, pero no había ningún gigante con la barba roja por ningún lado.

Antípatro frunció el ceño y me avergoncé un poco por provocarlo. Para distraerlo, señalé las imágenes que me habían embarcado en esta conversación. Estaban a los dos lados de la puerta por la que habíamos entrado.

—Esos son los dos dibujos que encuentro más curiosos.

Antípatro levantó una ceja nívea erizada.

—¿Sí? ¿Por qué? ¡Descríbelos!

Hacer que un alumno enumerara los detalles de una estatua o una pintura era un ejercicio típico de los tutores, uno que Antípatro me había pedido a menudo cuando visitábamos templos y santuarios, pero nunca antes en una taberna.

—Muy bien, Maestro. Cada dibujo tiene dos partes. En la primera imagen, la de la izquierda, Fafhrd tiene en el regazo a una chica hermosa, que lleva un vestido de la época cretense con el pecho completamente desnudo, pero en el panel adyacente, aparece una cerda gigante en su regazo. Puesto que la cerda lleva el mismo vestido que la chica, ¡tenemos que pensar que la chica se ha convertido en la cerda! Allí, en el mismo dibujo, al otro lado de la puerta, el Ratonero Gris aparece emparejado con otra encantadora doncella pero, en el siguiente panel, se ha convertido en un caracol gigante. ¿Qué clase de historia es esta? ¡Héroes que copulan con cerdas y caracoles! ¿Por qué otorgan a esas imágenes tan indecorosas un lugar tan prominente, en el que ningún visitante puede ignorarlas? ¡Menuda visión cuando te vas con la barriga llena de vino y la cabeza te da vueltas!

—Esos dibujos tienen un interés especial —aseguró Antípatro—, porque muestran lo que ocurrió aquí mismo, en el Caparazón de Múrice.

—¡Pretendes engañarme! ¿Transformaron a mujeres en cerdas y caracoles en este lugar?

—El hecho es indiscutible. Mi abuelo fue testigo...

—Sí, claro que lo fue, pero...

—Eran víctimas de una maldición, ya ves: me refiero a Fafhrd y el Ratonero Gris. Cualquier chica que abrazasen se transformaba en una criatura repugnante ante sus ojos. Para romper esta maldición, emprendieron una búsqueda que los conduciría en primer lugar a Ningauble de Siete Ojos y entonces, después de muchos peligros, a la Ciudadela Llamada Niebla y al enfrentamiento con el mago. Sin embargo, la historia empezó aquí, en el Caparazón de Múrice, con la joven de la taberna que se convirtió en cerda. El hechicero responsable de aquella maldición también era originario de la ciudad de Tiro. ¿Dónde crees que el mago aprendió brujería?

—No tengo ni idea.

—De libros que provenían de una biblioteca privada de esta ciudad, volúmenes extraños, una colección a la que su dueño llamaba los Libros de la Sabiduría Secreta. Pergaminos de muchas épocas y lugares, todos llenos de

conocimientos esotéricos que no se encuentran en ningún otro sitio. Cuando era un niño, oí hablar a mi abuelo de esos libros en un cuchicheo, pero cuando le pregunté si se podían leer, me respondió que eran demasiado peligrosos y, en lugar de esto, que me ciñera a mis obras de Homero.

—Y bien que hiciste pues, como Homero, llegaste a ser poeta.

—Sí, un poeta de gran renombre: uno de los mejores poetas de mundo, según dicen algunos. —Antípatro suspiró. Entre las numerosas virtudes que se le atribuían no se encontraba la modestia—. ¡Ay, pero qué vida tan diferente habría llevado si, de pequeño, hubiera tenido acceso a los Libros de la Sabiduría Secreta! Dicen que el poder que contienen esos volúmenes va más allá de la comprensión de los humanos. No me refiero al poder del poeta para embelesar a la audiencia con risas y emoción; no, me refiero al poder de la brujería, capaz de doblar el propio tejido de la realidad.

Nos habíamos encontrado un poco de magia durante nuestro viaje, como el encuentro con la bruja de Corinto. Me estremecí con el recuerdo y bebí un buen trago de la copa.

Antípatro se acabó la copa en ese momento y pidió más vino. No lo había visto nunca tan desenfrenado.

—Ahora —anunció—, después de toda una vida fuera, vuelvo a mi ciudad natal y me atrevería a decir que soy un hombre más sabio, más astuto y más socarrón que cuando me fui. Más determinado y menos temeroso.

—¿Temeroso de qué?

—¡De los Libros de la Sabiduría Secreta! ¿No lo entiendes, Gordiano? Por eso hemos venido a Tiro.

Fruncí el ceño.

—Creía que Tiro era solo un alto en el camino entre Rodas y Babilonia, además del lugar donde naciste, por supuesto. Era normal que quisieras recordar un poco...

—Oh, no, Gordiano, estamos aquí por un propósito muy específico. Hemos venido a la ciudad de Fafhrd y el Ratonero Gris, los héroes de mi infancia. Sus aventuras lo eran todo para mí de niño. Su aventura más grande los llevó frente a frente con la magia que se encontraba en los Libros de la Sabiduría Secreta, de los que por fin intento apoderarme. Ya he dado los primeros pasos para adquirirlos. Mañana, a esta hora..., ah, ¡si tenemos aquí a la guapa camarera!

Le entregó la copa vacía. ¿Era el vino que había bebido o estaba más sensual que nunca? Tenía una sonrisa muy amistosa. Engullí un trago de vino.

—Mañana a esta hora... ¿qué?

—Ya lo verás. —Antípatro sonrió—. ¡O, más bien, no lo verás!

Rio con fuerza y sonó tan extraño que me bebí de un trago toda la copa de vino.

Al día siguiente, en la habitación del piso de arriba que habíamos alquilado en el Caparazón de Múrice, me levanté con una resaca terrible. Peor que los latidos de mi cabeza fue la charla de Antípatro, al que parecía que no le había afectado lo más mínimo el vino que había consumido anoche.

—¡Arriba, arriba, Gordiano! Estamos en Tiro y tenemos que aprovechar al máximo nuestra breve estancia aquí.

—¿Breve? —mascullé mientras me tapaba la cabeza con una almohada—. Pensaba que podríamos quedarnos un poco... en esta habitación tranquila y bonita...

—¡Ja! Cuando haya cumplido mi propósito, abandonaremos Tiro enseguida. Así que haremos un poco de turismo mientras podamos.

Me quitó la almohada y casi me sacó a patadas de la cama.

Una hora después, con un poco de comida en el estómago y el fresco aire marino en los pulmones, emprendí un circuito por la ciudad con Antípatro. Tiro no era tan grande como algunos de los lugares que habíamos visto en nuestros viajes, pero era una de las ciudades más antiguas que habíamos visitado y estaba llena de historia. Los marineros de Tiro eran los primeros que habían navegado más allá de las Columnas de Hércules (que ellos conocían por el nombre fenicio, Melqart) y la reina Dido de Tiro había fundado la ciudad de Cartago, que antaño rivalizó con Roma. Cartago ya no existía, pero Tiro sí, a pesar de que la conquista de Alejandro Magno la había cambiado para siempre.

—Alejandro encontró la ciudad como una isla y la dejó como una península —explicó Antípatro. Por calles empinadas llegamos al punto más alto de la ciudad, desde el que Antípatro señaló el paso elevado de tierra y piedra que conectaba la antigua isla, en la que estábamos, con el continente—. Alejandro asedió la fortaleza no solo por mar, también por tierra, y construyó el dique hasta la isla, para poder transportar arietes enormes. Le costó siete meses que Tiro se arrodillara y se rindiera, pero al final triunfó, y conmemoró la conquista con una celebración allí, en el antiguo Templo de Melqart. De esta forma Tiro se convirtió en parte del mundo grecoparlante y así ha sido desde entonces, unas veces bajo el dominio de los Seléucidas, otras bajo el de los Ptolomeos de Egipto. Sin embargo, hace cuarenta años, Tiro consiguió la

independencia y empezó a acuñar moneda propia otra vez: el famoso siclo de Tiro. Es de nuevo una ciudad-estado orgullosa e independiente y seguirá siéndolo si puede escapar de las garras de Roma.

No era la primera vez que Antípatro había expresado cierta animadversión contra los romanos.

Por calles en pendiente descendimos a los muelles de la ciudad, llenos de actividad. Tiro está bendecida con dos puertos naturales, uno al norte y otro al sur, y ambos estaban repletos de barcos. En los muelles había montones de navegantes y mercaderes que supervisaban a los esclavos, que a su vez cargaban y descargaban el género. Las tabernas de los embarcaderos tenían mucho movimiento, incluida el Caparazón de Múrice, que estaba en el puerto del norte. Lejos de los muelles, en recintos adoquinados, los tintoreros extendían una húmeda tela verde. Según Antípatro, la luz del sol convertiría el verde en púrpura.

—¿Cómo puede ser? —cuestioné—. Suena a magia.

—¿Sí? Bueno, supongo que sí. Aun así, después volveremos y comprobarás que así es. —Sonrió—. ¡De una forma o de otra, hoy verás magia!

Le miré de reojo.

—¿Maestro, de qué hablas?

—Anoche, después de que te acostaras, volví abajo y contacté con un hombre al que esperaba encontrar.

—¿Qué hombre?

—El que conoce al que tiene realmente los Libros de la Sabiduría Secreta. Nos reuniremos con él esta noche en el Caparazón de Múrice.

—¿Y entonces qué?

—Ya lo verás. O no lo verás.

Estaba confuso por el vino, pero recordaba vagamente que Antípatro había dicho una frase parecida la noche anterior. ¿Qué planeaba mi viejo tutor?

Continuamos el recorrido por la ciudad, que era bastante pequeña y se atravesaba fácilmente a pie. Como tenían poca tierra para construir, sus habitantes habían construido hacia arriba, en la parte central de la isla, y los bloques de pisos residenciales contaban con cinco, seis e incluso siete plantas, lo que convertía a Tiro en una ciudad más alta que Roma. Por eso, muchas de sus calles estrechas y empinadas eran bastante oscuras, incluso a mediodía. Las zonas más expuestas al sol estaban en gran parte ocupadas por fábricas de tinte y, en esos vecindarios, se respiraba el aire más nauseabundo que he oído

jamás en ninguna ciudad, debido a las soluciones y los compuestos involucrados en el proceso del tinte púrpura, que emitían olores potentes.

Con la intención de encontrar un poco de luz solar y aire fresco, paseamos por el paso elevado de Alejandro, aunque Antípatro declinó ir hasta el continente. Divisaba un pueblo que había crecido cerca, pero Antípatro me aseguró que no había nada interesante que ver en las monótonas afueras. Así pues, dimos la vuelta y volvimos al Templo de Melqart. El lugar era oscuro y olía a moho y herrumbre, pero albergaba una llama eterna (como en el de Vesta en Roma), así como algunas estatuas notables y pinturas del dios al que yo conocía como Hércules, que era la deidad más venerada de la ciudad.

Cuando volvíamos al Caparazón de Múrice, paramos en la plaza en la que los tintoreros habían extendido antes la tela y me sorprendí al comprobar que el verde se había convertido en púrpura al secarse.

—¡Como por arte de magia! —murmuré.

* * *

Aquella noche en el Caparazón de Múrice, en una pequeña sala privada de la taberna, cenamos una ensalada de pulpo y corazones de palmera de primero y estofado de pescado, servido por la misma rubia guapa que nos había traído el vino la noche anterior, de segundo. Me enteré que se llamaba Galatea.

Descubrí por qué Antípatro había asumido el coste de pagar una sala privada cuando un desconocido entró por la puerta.

El hombre llevaba una túnica azul oscuro a la que un ancho cinturón de cuero rodeaba. Del cinturón colgaba una vaina con una daga, cuya empuñadura llevaba incrustados un círculo de marfil y una tira de minúsculos rubíes. La túnica era lo bastante larga para cubrir las rodillas del hombre, pero dejaba a la vista sus brazos musculados y bronceados, en los que lucía brazaletes y pulseras de plata grabadas al detalle. Alrededor del cuello le brillaba una maraña de collares plateados con colgantes de coralina y lapislázuli y en las orejas llevaba aros gruesos de plata tan pesados que le habían estirado los lóbulos. Lucía una melena despeinada, prácticamente negra, a pesar de que había algún mechón gris, y tenía la barbilla cubierta con barba de unos días. Sus facciones arrugadas y desgastadas por la oscuridad dificultaban calcular su edad: solo estaba seguro de que era bastante mayor que yo y bastante más joven que Antípatro.

Antípatro, que acababa de comerse el estofado, miró hacia arriba y levantó las cejas.

—¿Eres...?

—Me llamo Kerynis. Creo que teníamos una cita.

Antípatro mantenía la mirada en el hombre y apartó el tazón a un lado para despejar la mesa.

—Sí, habíamos quedado. ¿Has traído...?

Colgando del hombro, el hombre llevaba una cartera con bultos cilíndricos de cuero. Sacó uno de los rollos, del que extrajo un desgastado pergamino de papiro marrón.

—Parece muy antiguo —apuntó Antípatro.

—Así es —corroboró Kerynis—. Con un documento así, cuanto más antiguo, mejor. Cuanto más moderna sea la copia, más probable es que contenga errores y puede ser... peligroso..., como ya os imaginaréis. Con el detalle más nimio ejecutado de manera incorrecta, pum, os transformáis en una col.

Antípatro rio y sonó un poco nervioso.

—Sí, sí que lo imagino. Tan viejo... y tan delicado.

—Cuidado al cogerlo.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó Antípatro.

—Sí, pero hasta que no lo hayáis comprado, tratadlo como el objeto extraño y valioso que es.

—¡Por supuesto!

Con entusiasmo y cuidado, Antípatro cogió el pergamino de Kerynis y lo desplegó en la mesa. Estaba tan desgastado que se quedaba extendido sin que le pusieran peso.

Me levanté de la silla y ojeé por encima de su hombro. Las letras griegas estaban escritas en un estilo arcaico que no reconocía y con tan poca intensidad que era casi imposible que leyera el texto, pero parecía que Antípatro le sacaba el intrínquis. Veía que recorría las líneas con el dedo y murmuraba mientras leía.

—¡Fantástico! Transformación de hombre a mujer... Cómo matar con una mirada... Habilidad temporal de entender el habla de las aves... Cómo controlar los sueños de un durmiente... Resucitación de los muertos... ¡Maravilloso!

—¿Qué es esto, Maestro? —pregunté mirando a Kerynis. El hombre estaba de pie, con los brazos cruzados y contemplaba la reacción de Antípatro con una irónica mirada de diversión.

—Este documento es un resumen, o lista de contenidos, de los Libros de la Sabiduría Secreta —explicó Antípatro—. ¡Extraordinario! Solo con que la mitad de estas fórmulas funcionen...

—Una colección así sería de un valor incalculable —aseguró Kerynis, acabando la frase de Antípatro y se rio—. Tal vez os preguntáis por qué lo quiero vender. —Dio unas palmadas en la cartera—. Aquí lo tenéis: muchos de esos libros son disparates, sin tapujos. Elaboras el brebaje de la bruja exactamente como está escrito, sigues la receta hasta el más mínimo detalle pero, en vez de conseguir dos cabezas, pillas una indigestión. De todas maneras, yo me pregunto: ¿quién quiere dos cabezas? —Volvió a reírse—. Algunos de los volúmenes son simples sandeces. Todas esas cosas sobre la contemplación de astros: en el caso de que se pudiera adivinar el futuro mirando las estrellas, ¿quién querría hacerlo? La vida ya es bastante aburrida tal y como es. Yo prefiero que me sorprenda. En cuanto al libro de los proverbios hebreos, te los puedes creer o no. —Encogió los hombros.

—Parece como si hubieras leído bastante los libros —señaló Antípatro.

—Claro que sí. Que no os engañen mis apariencias. Sé lo que pensáis cuando me miráis: un pirata. ¿Qué otra clase de hombre iría con todas esas joyas, dispuesto a empeñarlas todas en un momento dado si tiene que huir de la ciudad? Sin embargo, mi padre fue un erudito de la Biblioteca de Alejandría y crecí entre libros. Sabía recitar Hesíodo antes de saber ir al baño: ‘Un mismo día resulta a veces madrastra, a veces madre’. —Rio—. La vida me ha cambiado un poco desde entonces, pero conozco el valor de la palabra escrita.

—¿Así que afirmas que los Libros de la Sabiduría Secreta no valen para nada? —Antípatro parecía alicaído.

—Yo no he dicho eso, amigo mío. —Kerynis dio palmadas en la cartera y observó los cilindros de cuero—. Entre esos libros hay obras de un verdadero genio. El problema es separar el grano de la paja. Se podría hacer probando y descartando, pero haría falta toda una vida, o acortar la propia vida si se comete ningún error.

—¿Un error?

Kerynis asintió con la cabeza.

—Encontraréis muchos hechizos de amor en esos libros. Por eso hay mucha gente interesada y que me ha ofrecido dinero. Yo no he tenido nunca ningún problema en tirar la caña y hacerme con el pescado que me gustara, pero entiendo que para alguna gente puede ser un problema. Así pues, en estos pergaminos encontraréis un montón de hechizos para eso y también

muchas pociones. Imaginad que un rico asqueroso os contrata para hacer una de esas pociones, dársela a la chica o al chico que le gusta y la poción funciona bastante bien, al principio, pero resulta que es venenosa. —Silbó y se le apagaron las mejillas—. No encontraréis a nadie más enfadado que un cliente que ha pagado, se ha levantado de la cama con un cadáver, por muy bonito que sea, y considera que es culpa vuestra. Creedme, lo sé. Me ha ocurrido.

—¿Así que has usado los libros? —preguntó Antípatro—. ¿Les has hecho pruebas?

—Algunos fragmentos, pero no les he dedicado mi vida, que es lo que tendría que hacer un hombre para sacarles el intrínquilis. ¿Queréis sinceridad? No merecen mi tiempo. No necesito brujería. Prefiero la acción directa, no sé si me entendéis. Si veo algo que deseo, lo cojo. No necesito controlar mentes ni volverme invisible.

—¿Invisible? —cuchicheó Antípatro—. ¿Existe esa fórmula de verdad? El hombre con el que hablé anoche me indicó...

—Sí, era mi compinche. Tiene algunas nociones de lo que contienen estos libros, pero pocas.

—Pues sí que mencionó la invisibilidad.

—Oh, sí. Me transmitió vuestro especial interés en esa área. Así que me tomé la molestia de consultar ese pasaje en particular... —Kerynis hurgó en la cartera un rato y soltaba palabrotas cuando parecía que no encontraba lo que buscaba—. Oh, espera, ¡ya lo tengo!

De un cilindro de cuero hecho harapos extrajo una pieza de papiro bastante destrozada.

—¿Puedo verlo? —preguntó Antípatro, con un temblor en la voz.

—¡Cuidado! Se va a caer a trozos. Se aprecia qué pedazo me cayó ayer mientras preparaba la fórmula.

—¿Has hecho una poción de invisibilidad de verdad?

—Claro, y no es la primera vez. ¡No es nada fácil! Es casi imposible encontrar algunos de los ingredientes y después los tienes que mezclar de manera exacta. —Kerynis buscó más dentro de la cartera y sacó un pequeño frasco de vidrio verde oscuro y un tapón de corcho.

—¿Es esto? —preguntó Antípatro.

—Sí, lo es —respondió Kerynis con una sonrisa—. Lo bebí anoche.

—¿Pero cómo...?

—Lee las instrucciones —Kerynis señaló el pergamino con la cabeza.

Antípatro analizó el papiro y empezó a leer en voz alta:

—Coged la pata izquierda de la criatura llamada camaleón...

—La pata izquierda, daos cuenta —interrumpió Kerynis—. Da igual si son delanteras o traseras, pero nunca una pata derecha. Yo cometí ese error y el resultado no es gracioso. Sigue.

—Añadid una medida igual de la hierba llamada camaleón. ¿Qué es esto? Kerynis encogió los hombros.

—Crece aquí, también en Egipto.

Antípatro asintió con la cabeza.

—Asadlo al horno hasta que sea marrón, pero no negro, y entonces pulverizadlo y mezcladlo con un ungüento hecho de... —Leyó en silencio un rato y asintió—. Sí, esta receta es bastante simple. Trasvasadlo en un recipiente de vidrio.

—¡Vidrio, no metal! —dijo Kerynis—. Cualquier clase de metal la estropeará enseguida.

—¡Ah! Está bien saberlo. —Antípatro volvió al pergamino—. Poned un tapón: este brebaje será eficaz para siempre. Permite que el usuario atraviese una multitud sin que lo vean. Ingerid la dosis mínima la primera vez y dosis más grandes a partir de entonces, según la necesidad.

Kerynis asintió con la cabeza.

—Tienes que tomar dosis cada vez más grandes para que funcione. Yo lo he hecho tantas veces que ahora necesitaría tomarme todo el frasco para volverme invisible y, aun así, probablemente me veríais con luz clara. Pero si no la has usado nunca antes, un par de gotas en la lengua deberían de funcionar, al menos durante unos minutos.

—¡Fantástico! —exclamó Antípatro—. ¿Quieres decir que puedo intentarlo?

—Por supuesto.

—¿Aquí y ahora?

—¿Por qué no? Aun así, tengo que advertirte de que tal vez te haga sentir un poco extraño.

—¿Extraño?

—Grogui. Un poco extraño. Aturdido. No del todo borracho. Puede ser un poco desagradable, pero es el precio de la invisibilidad.

Antípatro frunció el ceño.

—¿Por todo lo demás es seguro?

Kerynis extendió los brazos.

—Mírame. Sigo vivo y conservo todos los sentidos.

Antípatro cogió el frasco y le quitó el tapón. Se lo llevó a la nariz, lo apartó y volvió a taponarlo.

—¡Qué mal olor! Es vomitivo.

Kerynis sonrió con suficiencia.

—No he dicho en ningún momento que supiese bien.

No podía seguir callado durante más tiempo.

—Maestro, ¿estás seguro de que quieres hacerlo?

—Gordiano, he querido hacerlo desde que era un niño. Nunca había soñado que tendría esta oportunidad. —Antípatro contempló el frasco largo y tendido—. ¡Lo voy a hacer! Entonces nos sentaremos aquí hasta que surta efecto y tú, discípulo mío, me dirás lo bien que funciona.

Kerynis zarandeo la cabeza.

—No funcionará. Como prueba, quiero decir.

—¿Por qué no? —preguntó Antípatro.

—Vosotros dos viajáis juntos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ya hace mucho tiempo?

—Alrededor de un año.

—¿Os veis mucho todos los días?

—Sí.

—Entonces tu amigo te podrá ver pese al efecto de la poción.

—¿Qué dices?

—Tiene que ver con una cosa denominada ‘rayos de visibilidad’. Hay una explicación de cómo funcionan en alguno de los otros volúmenes. No puedo presumir de conocer todos los detalles, pero es como ver la imagen posterior de un objeto, incluso después de cerrar los ojos. Una persona que te ve todos los días, cuyos ojos se han adaptado a tus rayos de visibilidad, te verá aunque los otros no puedan.

Antípatro frunció el ceño.

—Eso limita el uso práctico de la poción.

Kerynis encogió los hombros.

—Significa que un hombre no puede hacerse invisible y pasar por delante de su esposa, así es. Sin embargo, el mismo hombre puede pasar por medio de una multitud de desconocidos sin que lo vean.

Antípatro asintió con la cabeza, pensativo.

—¿Así que si uso la poción y paso por la sala común, nadie me podrá ver?

—Correcto.

—¿Qué pasa con Galatea, la camarera? —pregunté—. Ha visto a Antípatro muchas veces estos últimos dos días.

—No es suficiente para absorber los rayos de visibilidad. El proceso puede llevar meses.

—¡Estoy preparado! —Antípatro intentó destapar la botella de nuevo, pero Kerynis le cogió la mano.

—Todavía no. Asegurémonos primero de que tenemos un trato. ¿Has traído la suma que acordamos?

Antípatro dio palmadas en la bolsa dentro de su túnica, lo que produjo un clic amortiguado y entonces sacó una pequeña bolsa de dinero, pero muy abultada.

—Aquí lo tienes todo. Puedes contarlo si quieres.

—Era mi intención. ¿Está todo en siclos de Tiro? No quiero monedas extranjeras.

—Está como lo solicitó tu hombre.

Kerynis asintió con la cabeza.

—Pon el dinero encima de la mesa y, a continuación, yo pondré los Libros de la Sabiduría Secreta. —Dejó la cartera encima de la mesa—. Los libros por el dinero. Ese es el trato.

—De acuerdo —aseguró Antípatro—. Continuamos.

No había visto nunca a Antípatro tan impaciente. Contemplé como le quitaba el tapón al frasco, dejaba caer dos gotas del aceitoso unguento marrón en el dorso de la mano y las lamía.

—¿Así? —preguntó, mirando a Kerynis.

—Debería de funcionar. Tal vez hacen falta unos minutos antes de que notes el efecto. Echa un vistazo a los libros mientras esperas. Yo contaré el dinero.

Antípatro hurgó en su cartera. Pegada a cada cilindro de cuero había una etiqueta que identificaba el título o el autor del pergamino que contenía. Mientras tanto, Kerynis abrió la bolsa de dinero, derramó las monedas en la mesa y empezó a amontonarlas en pequeñas torres. Resoplé por la cantidad de dinero que Antípatro estaba dispuesto a entregarle. ¿Cómo había reunido semejante cantidad?

Kerynis vio mi reacción. Levantó una de las monedas para que le llegara el brillo de las lámparas.

—El siclo de plata de Tiro. ¿Existe algo más bonito? La bonita efigie de Melqart en una cara y, en la otra, un águila orgullosa que coge una rama de palmera. ¿Quién querría un montón de libros viejos y malolientes pudiendo

tener esto? Pero para gustos, colores. Así que si mi pequeña colección de libros os sirve, estoy encantado de cerrar el trato.

De repente, el cilindro de cuero que tenía en las manos se le cayó a Antípatro, que se enderezó. Kerynis lo miró y asintió con la cabeza.

—Empieza a producir efecto. Ya ves una niebla alrededor de los ojos.

—Sí, la siento —murmuró Antípatro—. Una sensación cálida que, sin ser desagradable, sí que es diferente...

Fruncí los ojos.

—Yo no veo ningún cambio.

—Ni lo verás, jovencito —replicó Kerynis—. Lo acabo de explicar. ¡Por Melqart, lo verías desaparecer! Siempre me sorprende.

—¿Ya ha pasado? ¿Soy invisible? —preguntó Antípatro, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la puerta.

Kerynis continuó mirando hacia donde Antípatro se había sentado.

—Ve a la sala común si quieres. Mira cómo reacciona la gente. Sin embargo, recuerda que solo durará unos minutos.

Cuando Antípatro abrió la puerta y abandonó la estancia, Kerynis dio un salto y soltó una palabrota suave. Zarandeó la cabeza y rio.

—Me había prometido que no me sobresaltaría, pero los invisibles siempre te hacen saltar.

—Tendría que ir con él. —Empecé a levantarme.

Kerynis agitó la mano.

—Deja que el anciano disfrute.

Miré las torres de monedas de plata en la mesa y los cilindros llenos de pergaminos y decidí quedarme. Había tres salidas de la habitación: una conducía a la sala común, otra a la cocina y la tercera a otro lugar. Si nadie se quedaba a vigilarlo, ¿qué impediría que Kerynis se fugase con el dinero y los libros?

Levantó una de las monedas y silbó.

—¡Mira esto! Un Melqart sin nariz.

—¿Qué dices?

—Son muy extrañas, amigo mío. Parece que algo rompió el molde original y, en algunas monedas, Melqart no tiene nariz. Cuando se dieron cuenta, dejaron de fabricarlas, así que no se suelen ver muchas.

—¿Son valiosas?

Sopló.

—No más que cualquier otra moneda del mismo peso. En todo caso, son menos valiosas. ¿Quién quiere un Melqart sin nariz en el monedero?

Mientras continuaba acariciando las monedas, repasándolas como un niño con soldados de juguete, miré más de cerca los llamados Libros de la Sabiduría Secreta. Me arriesgué a sacar un pergamino que daba instrucciones para convertir hombres en mujeres y viceversa. Ese era un tema con el que estaba familiarizado, ya que había presenciado una supuesta transformación en el lago sagrado de Salmacis en Halicarnaso. Leía el texto por encima para ver si mencionaba a Salmacis cuando me di cuenta de que Kerynis se había inclinado hacia adelante, había acercado la cabeza y leía el texto al revés.

—¿Te interesa convertirte en chica? —preguntó y me lanzó una sonrisa halagadora—. ¿Quizás solo por la noche?

Me aclaré la garganta.

—No con gente como tú alrededor.

—Va, va, romanito —rio—. ¿Eres romano, no? Es imposible confundir el acento. ¿Qué tienes en mi contra? Solo soy un honesto compañero que intenta hacer una transacción honesta.

—Ya lo veo. ¿Cómo has conseguido estos Libros de la Sabiduría Secreta?

—Ah, eso no te importa. Sin embargo, puedo asegurarte que son absolutamente auténticos. ¿Crees que intentaría estafar a un distinguido amigo como tu compañero de viaje? Es mucho más viejo y sabio que tú, jovencito, y parece que confía en mí.

Fruncí el ceño para intentar pensar una respuesta y entonces salté cuando se abrió la puerta y Antípatro volvió a entrar con una sonrisa de oreja a oreja.

Kerynis oyó el ruido y miró hacia la puerta. Miró sin comprender nada al principio y entonces frunció los ojos.

—Ah, sí, ya empieza a irse. Veo vagamente tu contorno. ¿Qué tal?

—¡Fantástico! —declaró Antípatro—. Era invisible del todo. Nadie podía verme. Me ha hecho sentir bastante... travieso. No he podido resistirme a gastar bromas a la gente.

—¿Qué tipo de bromas? —pregunté, consternado al pensar que mi tutor se comportara como un niño.

—Da igual, Gordiano. —Antípatro enderezó los hombros, como si quisiera deshacerse del comportamiento infantil—. Lo que importa es que la fórmula funciona. Los resultados son increíbles. El valor de una herramienta así con propósitos militares o de espionaje... ¡Un hombre podría cambiar el curso de la historia!

—Pero, Maestro, ¿no recuerdas la lección de Ícaro? Si los hombres tuviéramos que volar, los dioses nos habrían dado alas. Y si tuviéramos que ser invisibles...

—¡Tienes que probarlo tú! —replicó Antípatro y me ofreció el frasco.

—¿Qué?

—Sí, Pruébalo —le apoyó Kerynis.

Contemplé el frasco un largo rato y entonces se lo cogí a Antípatro. Lo destapé y lo olí. Tal y como Antípatro había dicho, el olor era vomitivo.

—Adelante —me animó Antípatro—. Dos gotas en el dorso de la mano.

Kerynis zarandeó la cabeza.

—Eres joven y fuerte. Tal vez tendrías que probar con tres gotas.

Inhalé profundamente y entonces dejé caer tres gotas del ungüento en la mano. Después de un momento final de duda, las lamí. Tenían un sabor horrible.

Durante lo que pareció mucho tiempo, me contemplaron en silencio. Finalmente, empecé a sentir una cálida sensación en la boca del estómago que se extendía hacia el pecho y los miembros. Sentía la cabeza ligera. La estancia brillaba con suavidad.

Kerynis sonrió y asintió con la cabeza.

—Ah, ya empieza a hacer efecto.

Antípatro frunció el ceño.

—Yo no veo ningún cambio.

—Ni lo verás, ya lo he explicado. ¿Cómo te sientes, joven romano?

Tragué saliva.

—Extraño..., pero no en el mal sentido. —Me miré la mano de la que había lamido las gotas—. Todavía me veo a mí mismo.

—Claro —afirmó Kerynis—. Son los rayos de visibilidad. Tú te ves siempre, no aspiras a tu propia invisibilidad.

A pesar de que me había levantado despacio y en silencio de la silla y andaba por la habitación, él continuaba mirando el lugar donde yo me había sentado.

—¡Pruébalo! —cuchicheó Antípatro—. Adéntrate en la sala común y mira qué pasa. Te acompañaré.

—No, Maestro, quédate aquí —ordené, mirando el dinero en la mesa, la bolsa de libros y a Kerynis, en el que no confiaba todavía.

—Muy bien. —Antípatro se sentó, contento, y empezó a examinar los cilindros.

Mientras sentía los efectos extraños de la poción, me aventuré en la sala común. Había una docena de clientes repartidos por la pequeña taberna, que bebían vino y apostaban dinero. Fui de un lado a otro de la habitación y pisaba con la intención de no hacer ruido. Parecía que nadie me miraba. Llevé

a cabo unos experimentos simples, como por ejemplo dar palmas delante de la cara de un desconocido borracho y su única reacción fue retroceder con un salto, sorprendido.

Galatea pasó con una jarra llena de vino. Caminé a su lado, mientras le miraba abiertamente su encantadora cara, el pelo dorado y la parte superior de sus blancos pechos, que estaban enmarcados de manera sugerente en la pechera del vestido. ¡Ojalá hubiera vivido un siglo atrás, en los días de Fafhrd y el Ratonero Gris, cuando los vestidos cretenses estaban de moda y las mujeres vestían piezas que mostraban los senos por completo!

La seguí durante las rondas y la observaba flirtear sin vergüenza con todos los hombres del establecimiento. Sentí tal puñalada irracional de celos que no me pude resistir a ponerle los labios cerca de la oreja y susurrarle:

—¡Uh!

La pobre chica dio tal salto que se echó el vino de la jarra por la parte delantera del vestido. Una parte del vino fue a pararle a los senos. Los hombres que fueron testigos de su aparente torpeza rieron y silbaron. Uno de ellos chilló:

—Ven aquí, Galatea, que yo te lo limpiaré de un lametazo.

La vi enrojecer y me avergoncé un poco de mis actos. No obstante, cuando se dio la vuelta y desapareció por un pasillo estrecho, la seguí. Cuando entró a una habitación pequeña, me adentré detrás de ella y casi me golpeó con la puerta.

Una única lámpara iluminaba tenuemente la minúscula habitación llena de trastos y sin ventanas. Parecía que era la habitación en la que dormía, puesto que tenía una cama estrecha, una silla y un baúl abierto lleno de ropa y otros objetos. Mientras me quedaba allí muy quieto y observaba, Galatea se quitó por la cabeza el vestido manchado con vino y se quedó desnuda del todo ante mí.

Ya hacía mucho desde la última vez que había visto a una mujer desnuda. En los meses de invierno, mientras estábamos en Rodas, había disfrutado de la compañía íntima de Vindovix la Gala, pero no era lo mismo. Sin miedo a que me viera, la contemplaba de manera directa. Se volvía hacia un lado y otro bajo la luz ámbar, de forma que la veía desde todos los ángulos. Galatea era una estatua de Venus, dotada de miembros pulcros, caderas y nalgas tentadoras y senos que cambiaban de forma cuando se agachaba, se giraba y se enderezaba y cada forma era más provocativa que la anterior.

Cuando sacó otro vestido del baúl, no pude contener un gruñido de decepción.

Galatea se giró y me miró directamente.

—¿Hay alguien ahí?

Contuve la respiración.

Frunció el ceño y entonces siguió, me dio la espalda mientras se ponía el nuevo vestido por la cabeza. Cuando se giró otra vez, parecía que la poción de invisibilidad había disminuido, pues saltó hacia atrás y levantó los brazos para defenderse.

—¿Qué eres...? ¿Cómo has...? —Parecía que se había quedado sin palabras, como le pasaría a cualquier chica si de repente se les materializara un hombre en una habitación cerrada.

Yo también me quedé sin palabras, pero solo por un momento.

—Creo que ha sido culpa mía que derramases el vino —dije al fin.

Frunció el ceño.

—No seas idiota. He tenido poca traza y punto. ¿De dónde has aparecido?

—¿Eso importa?

Galatea sonrió.

—Ah, sí, ya te reconozco. Eres el joven romano que viaja con el anciano. No te veía bien al principio. Debe de ser por la luz. Aun así..., ¿cómo has...?

—Siento que hayas derramado el vino.

—El vestido ha quedado inservible. —Suspiró.

—Te compraré otro.

—Eso es muy gentil. Pero tengo que volver al trabajo o, de lo contrario, esos destripaterrones borrachos saltarán la barra y empezarán a servirse.

Se movió hacia la puerta y pasó tan cerca de mí que nos tocamos, frente con frente. De ese breve contacto y del roce creo que se dio cuenta del efecto que había provocado en mi cuerpo, puesto que miró hacia abajo, sonrió con complicidad y me dio un beso fugaz en los labios antes de abrir la puerta y dejarme solo en el aposento.

Cuando volví al comedor privado, Antípatro y Kerynis habían cerrado el negocio. Ya no se veían las monedas y la cartera llena de pergaminos estaba en el suelo junto a Antípatro.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Kerynis.

—Sí, Gordiano, ¿has hecho alguna diablura? —Supongo que enrojecí, porque Antípatro rio y zarandeó la cabeza—. Por Hércules, creo que sí.

Kerynis también parecía muy divertido y aprovechó mi consternación para soltarme un manotazo en la espalda. Tras unas palabras de despedida, dejó los libros y se llevó los siclos.

Aquella noche, en nuestra habitación, muy pasada la medianoche, Antípatro examinó los pergaminos recién adquiridos y, cuando el aceite de las lámparas se agotaba, las rellenaba. De vez en cuando murmuraba para él mismo o soltaba una exclamación de estupefacción.

—Imagínatelo —comentaba. O decía—: ¡Increíble! ¿Puede ser real?

Mientras Antípatro leía, yo solo tenía en la cabeza a Galatea mientras yacía en la cama estrecha, sin nada más que el taparrabos, y me cubría con una sábana. Por la ventana abierta entraban los sonidos nocturnos del muelle, olas que chocaban contra el embarcadero y el tranquilo crujir de los barcos, pero no servían para que me calmara. Tenía los ojos cerrados, pero estaba completamente despierto. Se me ocurrió una idea.

—Maestro, ¿qué ha pasado con el frasco?

—¿Con qué?

—El frasco con la poción.

—Lo tengo aquí en la cartera, con el pergamino. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Volvió a mirar el pergamino que tenía encima y me contemplaba de reojo.

—¿Tienes necesidad de ser invisible esta noche?

—¡Por supuesto que no!

Tarareó, escéptico, y entonces centró toda la atención de nuevo en el pergamino.

Yo no paraba de dar vueltas en la cama. No me llegaba el sueño.

En mi interior, estaba convencido de que Galatea dormía desnuda, sin ni siquiera una sábana que la cubriera. Por más que lo intentaba, no podía pensar en otra cosa.

En algún momento, la habitación se oscureció, puesto que las lámparas se quedaron sin aceite y Antípatro no las rellenó. Asintió con la cabeza y soltó el pergamino, que se desplegó, le rodó por las piernas y cayó el suelo. Antípatro empezó a roncar.

Me levanté de la cama muy silenciosamente. Empecé a ponerme la túnica, pero entonces me di cuenta de que no hacía falta. Ni tampoco el taparrabos que llevaba. ¡Un hombre invisible no necesita ropa! Con la emoción que solo puede sentir un adolescente de diecinueve años por el simple hecho de ir desnudo, me quité el taparrabos y me deleité con la fría brisa marina de la ventana.

Con movimientos furtivos, encontré el frasco, lo destapé y bebí unas gotas. Un instante después, sentí que hacía efecto.

En el piso inferior todo estaba en calma. La sala común vacía estaba cerrada por la noche. En la oscuridad, navegué por el estrecho pasillo hacia la habitación de Galatea.

La puerta no tenía el cerrojo puesto. Muy despacio, despasé la cadena del pomo, abrí y entré.

A una lámpara pequeña, encima del baúl, le quedaba poco de aceite. Me había equivocado al menos en una cosa: Galatea dormía tapada con una sábana. La inclinada brillantez ámbar de la lámpara no le revelaba la carne, solo un paisaje de lino con protuberancias y sombras.

Junto a la lámpara, algo brilló con intensidad. Era una moneda de plata. Atraído por el brillo, me acerqué al baúl y la miré más de cerca.

Era un siclo de Tiro, pero no era un siclo cualquiera. La efigie de Melqart no tenía nariz.

¿Era probable que no viera una, sino dos, el mismo día?

La miré más de cerca. Casi con total seguridad era la misma moneda que Kerynis me había mostrado. ¿Cómo se había hecho con ella Galatea, si no se la había dado Kerynis? ¿Por qué le daría un hombre cualquiera una moneda de plata con ese valor a una mera camarera, salvo que le hubiera ofrecido un servicio más allá del vino?

¿A cuántos más de la taberna había pagado Kerynis aquella noche con un siclo de vino por sus impecables interpretaciones? Podría haber dado un siclo a cada hombre presente y todavía le habrían sobrado muchas más.

Sentí un suspiro somnoliento. Me di la vuelta y acabé a los pies de la cama. De repente me enfadé porque me habían tomado por idiota: cogí el lado más cercano de la sábana y tiré. Había acertado en una cosa: Galatea dormía desnuda. La suave luz ámbar consiguió pegarme una puñalada de anhelo a pesar del enfado.

No obstante, tenía compañía. A su lado estaba Kerynis, también desnudo. Los dos se estremecieron y, durmiendo, intentaron coger la sábana que les habían quitado de manera tan zafia.

Se me ocurrió un nuevo pensamiento, que contrarrestó el primero: ¿y si Kerynis había pagado el siclo a Galatea por el placer de su compañía y no para seguir la broma de que los dos viajeros imbeciles eran invisibles por un momento? Si era así, mi enfado estaba injustificado del todo y la poción sí que funcionaba y, en ese caso, ninguno de ellos me podía ver allí, desnudo del todo.

Un instante después, Kerynis me desengañó. Grogui por el vino y a saber de qué otros placeres, se apartó rápidamente hacia un lado de la cama, se las

apañó para dejar un poco de espacio entre Galatea y él y dio palmadas en el sitio vacío.

—¿Vienes con nosotros, semental romano? ¡Los tres podemos recrear los encuentros amorosos de Fafhrd, el Ratonero Gris y la Reina Laodice!

Galatea rio, me miró con los ojos entreabiertos y mostró una sonrisa somnolienta. Dio palmadas en el sitio vacío, como Kerynis.

Al fin y al cabo, los dos me podían ver.

—Pero, Maestro, no entiendo por qué no emprendes acciones legales. ¿No hay magistrados en Tiro? ¡Lleva a ese sinvergüenza ante un tribunal de ley y pide que te devuelva el dinero a cambio de esos libros inútiles!

La primera luz de la mañana penetraba por la ventana abierta cuando desperté a Antípatro y le conté lo que había descubierto. Ya estaba claro, la luz del sol brillaba en los mástiles del puerto y todavía discutíamos.

—No, no, Gordiano. No lo haré. El dinero ahora es suyo y los libros, míos y punto en boca.

—No es justo —rebatí—. Se ha aprovechado de ti. Nos ha hecho quedar como imbéciles.

Antípatro levantó una ceja blanca.

—¿Es apropiado llamar imbécil a tu viejo tutor?

—No quería decir eso y lo sabes. —Paseé por el aposento—. Siempre que lo pienso, me hierve la cara.

—¿Cuándo piensas qué?

—En lo que se deben de haber reído de nosotros a nuestras espaldas. Todos los hombres de la sala, a los que pagaba Kerynis para que le siguieran la farsa. Creíamos que los engañábamos, que éramos invisibles, ¡pero eran ellos los que nos engañaban! ¡Porque nos podían ver!

—Si tenemos en cuenta las dotes artísticas que requiere una actuación así —respondió Antípatro, pensativo—, es bastante remarcable que ninguno se riera.

—Pues estoy seguro de que están riéndose ahora. Se reirán cada vez que cuenten la historia. Cuando lo pienso...

—Entonces mi consejo, Gordiano, es que no lo pienses.

Inhalé con fuerza.

—Si hubiera podido robarle el dinero a Kerynis, lo habría hecho, pero no llevaba armas encima...

El hecho de que no hubiera llevado ni siquiera ropa, mucho menos un arma, cuando me encontré con Kerynis, no se lo había contado a Antípatro. Me pareció mejor omitir algunos detalles de mi encuentro nocturno.

—En primer lugar, no ha habido robo, Gordiano. ¿Qué ley han violado?

—¡Kerynis te ha estafado!

—Respecto a la poción, sí. No obstante, yo no le pagaba por la poción, sino por los Libros de la Sabiduría Secreta.

—¿Qué te hace pensar que no son también fraudes? Falsificaciones inútiles, barbaridades absolutas...

—Porque anoche tuve la oportunidad de examinarlos detenidamente. No tengo ninguna duda: son los Libros de la Sabiduría Secreta que aparecen en las leyendas de Fafhrd y el Ratonero Gris.

—Sin embargo, la poción de la invisibilidad no funcionó. Los dos nos mareamos un poco, pero no nos hizo invisibles.

—Es verdad, aquel lote de poción no funcionó, pero no por eso tenemos que deducir que la receta no funcionó. Kerynis tiene la culpa, no el pergamino. El sujeto sería demasiado vago para buscar todos los ingredientes adecuados para elaborar un lote original. Además, creo que se equivoca sobre la llamada hierba camaleón. Sospecho que es una planta que no crece por los alrededores y tal vez necesito estudiarlo un poco para determinar con exactitud a qué planta se refiere el libro.

—Pero, Maestro, ¿qué te hace creer que estos Libros de la Sabiduría Secreta son menos fraudulentos que el hombre que te los vendió?

Por un momento, Antípatro pareció desconcertado, pero entonces me miró con frialdad.

—Creo en los Libros de la Sabiduría Secreta, Gordiano, porque creo en las leyendas y las leyendas afirman que estos pergaminos existen, si sabemos interpretar la sabiduría de manera correcta.

Inhalé profundamente. No se puede discutir con la fe de un hombre en las leyendas de su infancia.

—Y, Gordiano, ¿dónde está ahora nuestro amigo Kerynis?

—Ha abandonado la taberna con la primera luz y se ha llevado el botín, pero todavía podemos localizarlo...

—¡No, no, no! —Antípatro fue categórico—. Me alegra que lo encontraras y le sacaras la verdad sobre la poción inútil. Confío en que ninguno de los dos resultó herido durante el intercambio. ¿No llegasteis a las manos?

—No, no hubo violencia ni contacto físico... de ese tipo.

Contestó a este comentario ambiguo con un rostro sin expresión, pero no replicó.

—Siento que tuvieras que enfrentarte a esa decepción cuando fuiste a la habitación de la chica. No solo te diste cuenta de que había formado parte de la farsa, sino que la descubriste en brazos de otro hombre. ¡Ay! Otro había sembrado el jardín antes que tú. Entiendo que Kerynis se dio la vuelta y se fue cuando le sacaste la verdad.

Cambié con inquietud el peso de un pie al otro.

—No exactamente.

—Ah. ¿Así que le sacaste la verdad y lo dejaste allí, en la cama con la chica?

—No, lo vi vestirse e irse. Al final.

Antípatro frunció el ceño.

—No estoy seguro de cuando me dormí, pero creo que te fuiste a la habitación de la chica poco antes del amanecer y volviste poco después, con la primera luz. ¿O... te fuiste antes? ¿Cuánto tiempo estuvisteis los tres allí... y que os mantuvo tan ocupados? —Me vio inquieto y levantó una ceja—. Bueno, da igual. No me importa. Igual que mi compra de esos libros y el precio que he pagado por ellos no te importa. ¿Vale?

Después de una larga pausa, asentí con la cabeza.

—Entendido.

—Entonces no sacaremos nunca más el tema.

Aquel día contratamos una yunta de mulas, solucionamos otros asuntos para el próximo tramo de nuestro viaje y, al día siguiente, dejamos Tiro en dirección a Babilonia.

Mientras las mulas nos subían por un viejo camino hacia las Montañas Libanas, los dos íbamos callados y pensativos. ¿Cómo, me preguntaba yo, podía un hombre como Antípatro, normalmente tan sabio, haber sido tan imbécil para dejar que los que eran como Kerynis lo estafasen? ¿Y por qué estaba tan seguro del valor de los Libros de la Sabiduría Secreta que habían resultado ser inútiles? Ese lapso de prudencia tenía algo que ver con volver a su ciudad natal, creía. Los sueños medio olvidados de los héroes de la infancia habían sacudido al niño ingenuo que llevaba dentro y habían perjudicado la sabiduría que tanto le había costado adquirir.

De mi falta de conocimiento temporal, solo puedo alegar que tenía diecinueve años y era sensible a la persuasión, lejos de casa y en medio de un

largo viaje. Los lugares que había visitado y la gente que había conocido me sorprendían siempre y yo me sorprendía siempre a mí mismo.

Al final, Antípatro habló.

—Nuestra primera noche en el Caparazón de Múrice, Gordiano, remarcaste que no habías encontrado en ninguna parte de nuestros viajes las leyendas de Fafhrd y el Ratonero Gris y me preguntaste por qué. He meditado largamente la cuestión. ¿Por qué dos figuras con un interés tan importante han sido tan despreciadas por analistas e historiadores, pasadas por alto por filósofos, poetas y sacerdotes? Creo que tal vez se debe a que tienen, por decirlo sin rodeos, demasiada mala fama. Eran tozudamente independientes para jurar lealtad a una sola ciudad y convertirse así en protagonistas de la epopeya de una ciudad. Se involucraban demasiado a menudo con demonios y brujos para atraer al filósofo formal y eran demasiado sospechosos para gustar al historiador sobrio. En resumen: eran canallas y los canallas no aparecen en la lista de reyes, semidioses y héroes. Ay, tal vez ningún poeta lo escriba nunca.

Durante una larga temporada permanecemos callados, el camino se hacía más empinado y las mulas andaban con dificultad hacia adelante.

—Me pregunto...

—¿Sí, Gordiano?

—¿Crees que algún día un poeta escribirá nuestras aventuras, Maestro?

Antípatro sonrió con aflicción.

—Ay, dudo que viva tanto como para escribirlas.

Como siempre, a la mención de la palabra 'poeta', Antípatro pensaba enseguida solo en él.

—Tal vez lo haga yo.

—¿Tú, Gordiano? Tú no eres poeta. ¡Y hablas un griego espantoso!

—¿Tienen que estar escritos en griego todos los poemas?

—Cualquiera que valga la pena leer. —Antípatro volvía a mostrar su animadversión hacia los romanos.

—Me pregunto, Maestro, si ese poema nos mostraría como héroes o pícaros, como sabios o como imbéciles. ¿O como canallas?

—¡Ja! Creo que el canalla en nuestro último encuentro sería tu compañero de cama Kerynis —Antípatro vio el disgusto en mi cara y rio en voz alta—. ¿Puede un hombre no ser todas esas cosas a la vez, como Fafhrd y el Ratonero Gris? Eso es lo que los hace tan fascinantes. Algunos hombres son una cosa en la superficie y otra por debajo. El verdadero poeta no muestra

solo el exterior del sujeto, sino todas las contradicciones que tiene por dentro, y deja que los lectores extraigan sus conclusiones.

Contemplé a mi tutor canoso y sonreí, porque le tenía un gran afecto.

—Lo recordaré, Maestro, cuando sea hora de escribir mis memorias.

Los herederos de Fritz Leiber ostentan todos los derechos de reproducción de Fafbrd y el Ratonero Gris y se mencionan con el permiso de Richard Curtis Associates, Inc., agentes de los herederos. Los libros de Leiber los publica ereads.com.

Garth Nix

El escritor australiano Garth Nix, éxito de ventas en el *New York Times*, ha trabajado como publicista de libros, editor, consultor de *marketing*, relaciones públicas y agente literario antes de publicar la exitosa saga *Abhorsen*, que comprende *Sabriel-Samarkanda*, *Lirael: La guardiana de la memoria*, *Abhorsen: La novena puerta* y *The Creature in the Case*. Otros libros suyos incluyen la saga *Seventh Tower*, que consiste en *The Fall*, *Castle*, *Aenir*, *Above the Veil*, *Into Battle* y *The Violet Keystone*, y la saga *Keys to the Kingdom*, que abarca *Mister Monday*, *Grim Tuesday*, *Drowned Wednesday*, *Sir Thursday*, *Lady Friday*, *Superior Saturday* y *Lord Sunday*, al igual que las novelas independientes *The Ragwitch* y *Shade's Children*. Ha recopilado historias cortas de ficción en *Across the Wall: Tales of the Old Kingdom and Beyond*. Sus libros más recientes son dos novelas escritas con Sean Williams: *Troubletwisters: The Mystery* y *Troubletwisters: The Monster*, una nueva novela independiente, *A Confusion of Princes*, y una nueva colección, *Sir Hereward and Mister Fitz: Three Adventures*. Nacido en Melbourne, ahora vive en Sídney, Australia.

Nix ha escrito una famosa saga que detalla las aventuras de Sir Hereward, un caballero andante, y su acompañante Míster Fitz, un brujo con mil años que resulta que es una marioneta encantada. En esta historia, Sir Hereward y Míster Fitz allanan una casa sin querer para encontrar todo lo que no buscaban, incluidas algunas sorpresas muy mortales.

UNA CARGA DE MARFILES

Garth Nix

—Tendríamos que haber comprado el mono —murmuró Sir Hereward, mientras mantenía torpemente el equilibrio en el tejado, que brillaba ligeramente debajo de la luna y era bastante resbaladizo por culpa del aguacero que acababa de caer encima del antiguo caballero y de su acompañante Míster Fitz, un brujo con la forma de una marioneta encantada.

Ninguno de los dos parecía caballero o brujo esa noche. Sir Hereward vestía un chaleco de cuero manchado de hollín y pantalones de deshollinador hasta las rodillas, con un rollo de cuerda en el hombro y una daga en vez de una espada en el cinturón, mientras que Míster Fitz se había disfrazado de niño deshollinador, con una capucha rasgada y sucia sobre su cabeza de calabaza hecha de papel maché y unos infantiles guantes de cuero en sus manos de madera.

—El mono no estaba lo bastante adiestrado ni tenía la mente preparada para entender órdenes mágicas —replicó Fitz susurrando.

—Me robó la cartera con bastante facilidad —contraatacó Sir Hereward—. Si lo hubiéramos comprado, estaría aquí y yo no estaría húmedo, congelado y...

—El tema es discutible, ya que no compramos el mono y, además, hemos llegado a nuestro punto de acceso.

Sir Hereward contempló la enorme chimenea de baldosas que sobresalía unos dos metros del tejado. Por la mitad del cañón, habían atado una cinta fina de oro, grabada con muchas runas de apariencia malévolas y escrituras mágicas.

—El mono podría haber saltado por encima y evitar esas maldiciones —dijo Sir Hereward.

Arrastró los pies un paso o dos, con un gesto de dolor cada vez que sus pies descalzos encontraban algún afilado hilo del cobre que revestía los canalones.

—Saltar por encima no las evitaría —respondió Míster Fitz. Sus penetrantes ojos azules reflejaban con claridad la luz de la luna mientras

estudiaba la cinta de oro—. La arquitecta bruja que diseñó este lugar estaba muy versada en su arte.

—Confío en que puedes contrarrestar los hechizos —opinó Sir Hereward.

—Sería mejor dejarlos en su lugar y restarles eficiencia —replicó el brujo marioneta.

Rebuscó en la bolsa del cinturón mientras hablaba y sacó un puñado de trozos grandes de papel de cebolla con runas escritas con un trazo grueso y tinta del color de la sangre seca en líneas próximas.

—¿Restarles eficiencia? —preguntó Sir Hereward—. ¿Exactamente en qué proporción? Son maldiciones mortales, ¿no?

—Sí, lo son —afirmó Fitz. Lamió el tejado con su larga lengua azul y que parecía ser de tela, para recoger la humedad que necesitaría en lugar de la saliva que su boca no fabricaba; lamió uno de los trozos del papel, lo pegó con cuidado encima de la cinta de oro y lo apretó con fuerza contra el aparato de la chimenea. Los runas de oro empezaron a brillar con vehemencia antes de que los contrahechizos del papel las aplacasen y las calmasen—. Ahora solo provocarán un pinchazo, un dolor o algo similar.

—Hay muchos grados y tipos de dolor —dijo Sir Hereward con pesimismo. Pero entonces se quitó el rollo de cuerda del hombro y apretó la cerradura del ancla, que extendió tres brazos punzantes—. ¿La pongo ahora en el sitio?

—Todavía no —negó la marioneta, que contemplaba de cerca el borde de la chimenea. Cogió otro papel, lo mojó del mismo modo y lo pegó en la cornisa—. Una maga inteligente: había hechizos escondidos en las baldosas de arriba, pero creo que ya es bastante seguro para proceder. ¿Confías en el plan?

—Si todo es como nos han dicho y como tú has visto en el futuro —enumeró Sir Hereward—. De lo que, por supuesto, estoy casi seguro es de que no es el caso. A pesar de todo, no creo que Montaul sospeche que estamos aquí, que ya es mejor que nada.

La casa sobre cuyo tejado estaban pertenecía al ya mencionado Montaul, vulgarmente conocido como ‘Cartera pelada’, no por su pobreza, sino por su inmensa riqueza, cuya existencia negaba y no usaba con facilidad. Había llamado la atención de Sir Hereward y Mister Fitz, que solo robaban casas de vez en cuando, porque dos días antes había recibido en secreto una carga de figuras de marfil, setenta y cuatro tallas con el dedo en alto que representaban los dioses menores del lejano reino de Asantra-Lurre. Probablemente, sin que lo supiera Montaul, catorce de las figuras no eran meras representaciones de

dioses menores, sino anclas enérgicas que guardaban deidades reales en el plano de los mortales y podían servir para invocarlas de nuevo. Como dichos dioses menores estaban proscritos por varias razones, normalmente por su propia naturaleza hostil, hacía tiempo que los buscaba el Consejo del Tratado por la Seguridad del Mundo, la posiblemente mítica, a veces se creía extinta, y en general sorprendente sororidad en la que había nacido Sir Hereward, cuyo sexo masculino había sido una sorpresa que no habían permitido que utilizase en su beneficio. Míster Fitz, en cambio, era hombre y mujer, o ninguna de las dos cosas, o lo que deseara ser, y había servido al Consejo en diferentes papeles desde que unos sistemas de gobierno de milenios anteriores que ya casi se habían desvanecido lo establecieron así.

En otros lugares, o tal vez en otras épocas, no habría hecho falta que Sir Hereward y Míster Fitz subieran al tejado y entraran a casa de Montaul a través de una chimenea protegida con hechizos mortales. Sin embargo, la ciudad de Kwakrosh estaba lejos de cualquiera de los aliados tradicionales del Consejo que pudieran ejercer algún tipo de influencia. Aquí, Montaul no solo era consejero y coronel de las bandas adiestradas de la ciudad, sino que también pagaba a disgusto, pero con conocimiento, un buen dineral a un gran número de jueces, abogados, vigilantes y cazarrecompensas para asegurarse de que, si ocurría alguna actividad criminal, fuera más probable que la hiciera él, no que se la jugasen a él o a su extremadamente valiosa fortuna.

Así que tocaba tejado con lluvia y descenso por la chimenea.

Sir Hereward apretó los dientes al levantar una pierna por encima de los hechizos de papel para subirse al borde de la chimenea y esperaba que algo como una daga le golpeará la entepierna: era el tipo de cosas a las que Míster Fitz llamaría dolor. No obstante, solo sintió un ligero cosquilleo, parecido a un hormigueo, provocado por sentarse demasiado tiempo en un lugar.

Tras asegurar el gancho del lado de la chimenea, dejó caer la cuerda tan lenta y silenciosamente como pudo, hasta que quedó suelta. Si los planos que habían conseguido mediante un soborno al inspector de impuestos de chimeneas eran exactos, la cuerda tendría que colgar unos treinta centímetros por encima de la parte superior de la chimenea. Bastante cerca para dejarse caer, pero escondida de miradas indiscretas.

—Si valoramos la cantidad del vino alastrense que bebiste anoche, creo que tendríamos que parar un rato para repasar el plan —opinó Míster Fitz con calma—. Empiezo yo. Me ocupo de cualquier defensa mágica adicional. Tú me sigues cuando cuente hasta ocho...

—Diez. Creía que habíamos quedado en diez —susurró Sir Hereward—. ¿Qué ocurre si pasa algo que tarda un poco en disiparse? No quiero equivocarme con un hechizo mortal, un separador de piel o algo similar.

—Muy bien. Me sigues cuando cuente hasta diez. Salimos al Gran Salón, que tiene muchas posibilidades de estar vacío...

—Mmm —opinó Hereward, que no era del todo disconformidad, sino evasivas de apuestas.

—Que tiene muchas posibilidades de estar vacío debido a la tacañería de Montaul, además de los sabuesos que tiene sueltos por el interior —continuó Míster Fitz—. Si están, lanzamos el hueso soporífero que he preparado antes... Confío en que lo tienes a mano.

Sir Hereward señaló el camal izquierdo de los pantalones, que marcaba un bulto increíblemente grande que le llegaba casi hasta la rodilla y señaló la posición del hueso partido al que Míster Fitz le había infiltrado un hechizo de sueño para perros. El hueso estaba descuartizado para que cada uno de los cuatro *lurchers*, podencos, alanos o cualquier raza de perro guardián que hubiera dentro lo destrozara y se asegurara su porción. El lametón más suave los dormiría. Por fortuna, el hueso soporífero solo funcionaba con los perros, así que era seguro tocarlo. Míster Fitz conocía otras variedades para otras especies a pesar de que, cuando lo preparaba para los humanos, solía lanzar el hechizo en pasteles o dulces, salvo que el objetivo fueran caníbales, como los terribles habitantes de la ciudad en ruinas de Coradon.

—Giramos a la derecha, nos adentramos por el vestíbulo, subimos las escaleras y atravesamos la puerta interior hacia la oficina —explicó Míster Fitz—. Según he visto en el futuro, ese pasillo interior no está cerrado cuando Montaul está en casa, le gusta entrar y salir, pero en cualquier caso todavía tengo dos hechizos, suficientes para abrir la cerradura si hiciera falta.

—Pillamos los marfiles, abrimos la puerta principal de la oficina desde dentro, atravesamos el patio, luchamos con los guardias de la puerta que no nos esperan, salimos a la noche y huimos —resumió Hereward—. Simple, elegante y sencillo.

—Yo no lo describiría como elegante —espetó Míster Fitz—. Aun así, tendría que servir para nuestro propósito. ¿Preparado?

—Claro —respondió Sir Hereward, que inclinó la cabeza como si saludase a alguien importante en un baile o en la recepción de la corte.

Míster Fitz cogió la cuerda con sus manos enguantadas y empezó a descender de cabeza, con sus ojos de pupilas azules contemplando la oscuridad del hollín.

Hereward contó hasta doce antes de seguirlo. Sus movimientos no eran tan fluidos como los de la marioneta, pero descendía con una eficiencia sobria, ya que inconscientemente recordaba la técnica aprendida años atrás, cuando era supernumerario en el cazador de piratas *La fiera mordedora*.

La chimenea, a pesar de que apenas la usaban porque Montaul racaneaba en la compra de cualquier combustible, estaba cubierta de hollín. Aunque Hereward intentaba ceñirse la cuerda y tocar la pared solo con los pies, se balanceó algunas veces y levantó una polvareda negra y asfixiante. La mayor parte del polvo voló o se hundió, así que cuando llegó abajo, junto a Míster Fitz, estaban los dos completamente ennegrecidos, con los disfraces de deshollinadores muy mejorados.

El vestíbulo no solo estaba vacío, también muy oscuro. Montaul no era partidario ni de velas ni de lámparas encendidas en las habitaciones en las que no estuviera presente. Míster Fitz veía a las mil maravillas, pero Sir Hereward solo disponía de las orejas, y no le gustaba lo que oía: un bufido húmedo y baboso, con muchas posibilidades de preceder al rechinar de grandes dientes y que estaba mucho más cerca de lo que consideraba seguro. No sonaba tampoco como el de un perro. Era más fuerte y... diferente.

—Dame el hueso —pidió Míster Fitz, que parecía bastante calmado, aunque con un pequeño toque de la seriedad que requería la situación. Míster Fitz siempre estaba calmado.

—¿Qué es? —murmuró Sir Hereward, que se movía muy lentamente, puesto que era consciente de que un movimiento repentino podría adelantar la transición de ruidos babosos a crujidos, con su mano o brazo como fuente de crujidos.

—Un basilisco —señaló Míster Fitz—. Está lamiéndome el guante ahora mismo.

—¡Un basilisco! —protestó Sir Hereward, que cerró los ojos con fuerza de manera instintiva nada más oyó la mención a la bestia petrificante—. ¿Funcionará el hueso con un basilisco?

—Ahora lo veremos —replicó Míster Fitz.

Hereward oyó que la marioneta cogía el hueso y un segundo más tarde el sonido baboso se incrementó, seguido por los horribles ruidos crujientes que había temido. Cesaron casi enseguida, interrumpidos por un ruido sordo muy alto, una fuerte vibración a través del suelo y el cese de las mascadas y los crujidos.

—Recuérdame que enmiende mi tratado sobre huesos soporíferos —pidió Míster Fitz—. Creía que existía una posibilidad remota de que fuera eficaz,

puesto que según afirma el Índice de Plontarl había perro en el híbrido original que hizo Kexil-Ungard cuando creó los primeros basiliscos. Un galgo, quizás, a pesar de que hay una clara preponderancia de reptil en la criatura...

—¿Hay? —preguntó Sir Hereward, sin rastro de sarcasmo aparente en la voz—. Dado que no veo nada, tengo que confiar en tu opinión. ¿Podríamos continuar, tal vez? ¿Con un poco de luz?

—Claro —respondió Míster Fitz.

La marioneta no recurrió a ningún objeto esotérico para una cosa tan simple como emitir una lucecita. En vez de eso, Sir Hereward se dio cuenta de que aparecían dos chispas claras y azuladas, como si hubiera encendido una mecha revestida de cobre. Poco a poco iluminaron más conforme Fitz incrementaba la luminosidad de sus ojos, un viejo truco suyo que más de una vez había demostrado que era de gran valía: la ocasión más famosa fue cuando la rápida lectura de un mapa a media noche consiguió que Hereward huyera por una salida trasera hacia un sitio seguro en lugar de ir a una derrota segura y una muerte prolongada, puesto que los enemigos en cuestión eran devotos de Pozalk-Nimphenes, un dios cuyo concepto de prisioneros de guerra era indistinguible del de comida, de forma que cualquier cautivo era siempre enviado a su garganta insaciable y desdentada y perecía unos días después en el estómago místico del dios o en cualquier otro órgano que procesara esas cosas.

Fitz no hizo que los ojos le brillaran demasiado, así que Hereward frunció los ojos mientras vigilaba hacia la chimenea y miraba al vestíbulo. El basilisco era una figura oscura en el suelo junto al leñero de bronce. Por lo que intuía de la silueta, parecía una lagartija fea, que es lo que él siempre había creído que eran, si bien es cierto que tenían el poder de hipnotizar las presas, paralizándolas como estatuas.

—¿Por qué habría un basilisco aquí? —preguntó Sir Hereward mientras miraba despacio alrededor de la habitación—. Si no hay ningún artefacto para encender las luces, estoy perdido del todo en la oscuridad.

—No creo que sea un habitante voluntario de la casa —respondió Míster Fitz.

—Hay otra cosa cerca de la puerta de la oficina —afirmó Hereward. Divisaba una silueta que al principio había pensado que era un mueble ancho, pero se movía levemente, lo que sugería que respiraba—. La puerta de detrás de nosotros está entornada. ¿Ves de qué se trata?

La marioneta miró a su lado y se agarró a la rodilla de Hereward por un momento mientras se inclinaba hacia la pata petrificada de una hembra de moklek, los primos pelados y domesticados de los mamuts salvajes. Esa pata ahuecada servía para guardar unos atizadores y otros instrumentos de chimenea, incluida una horca con seis dientes para asar.

—Sí... la veo —respondió Míster Fitz—. Curioso.

—¿Qué es, por favor?

—Una moklek pigmea. Una albina, creo, lo que es sorprendente, pero también nos brinda una oportunidad.

—Un basilisco y una moklek pigmea albina no formaban parte del plan —dijo Sir Hereward—. Ni considero que la presencia de dichas criaturas sea una ‘oportunidad’. Esa moklek está acostada ante la puerta. ¿Tiene colmillos?

—Colmillos pequeños con joyas en las puntas —confirmó Míster Fitz—. Está dormida.

—Incluso una moklek puede perder los nervios y sus pequeños colmillos pueden destripar. Las joyas podrían ayudar. La pregunta es: ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—El para qué también puede ser relevante —sugirió Míster Fitz, con su tono pedagógico. En realidad, no había abandonado nunca su papel de niño y tutor de Sir Hereward.

—Lord Arveg, cuya casa está junto al muro que rodea el recinto, tiene una colección privada de animales salvajes... —pensó Sir Hereward tras un momento de reflexión—. Si se abriera una brecha en la pared de esta casa, la otra pared..., pero no ha habido ninguna detonación, ni ninguna explosión de petardo...

—La brujería puede disolver la piedra —explicó Míster Fitz—. Y transportar animales de manera energética a través de materia sólida. Se puede amortiguar el sonido, o enviarlo a otro lugar, mediante instrumentos mágicos.

—Alguien más busca los marfiles —concluyó Sir Hereward. Desenvainó la daga y la giró para que la luz de los ojos de Fitz no se reflejara en la hoja de acero—. Supongo que un brujo.

—O alguien equipado con instrumentos de brujo —asintió Míster Fitz. Agarró la cuerda ensuciada de hollín, extrajo una aguja energética de un bolsillo interior escondido y la apretó muy fuerte dentro del puño enguantado para que su luz no pudiera escapar, ni tampoco energías que interrumpiesen los pensamientos o la visión de Sir Hereward—. A lo mejor también tienen un objetivo diferente en mente, además de los marfiles. Montaul atesora muchas

riquezas y muchos enemigos. En cualquier caso, es una doble adversidad, puesto que el uso de brujería podría... despertar algo en uno de los marfiles. Tendríamos que darnos prisa.

Sir Hereward asintió con la cabeza, salió de la chimenea y empezó a andar con cautela hacia la oficina, silenciosamente, con sus pies descalzos en los adoquines. Míster Fitz crujía a su lado, la luz de sus ojos que parecía la linterna de un minero. Iluminaba bastante el camino para dar pasos seguros y, a la vez, creaba sombras a ambos lados que insinuaban cosas terribles.

—¿Seguro que la moklek está dormida? —susurró Hereward mientras se acercaban.

—No, creo que solo descansa —dijo Míster Fitz—. No le pises la cola.

Mientras subían los cuatro escalones de la puerta de la oficina para esquivar la moklek pigmea, esta se levantó de repente, se dio la vuelta con delicadeza en el sitio y emitió un jadeo lastimoso con la trompa.

Sir Hereward se detuvo a mitad de un paso y cogió con más fuerza la daga. Era un buen acero de Trevizond, muy afilado, pero que pudiera perforar la cabeza de la moklek era más que discutible. Especialmente si tenía que hacerlo mientras intentaba no ser destripado.

—Va, va —la calmó Míster Fitz y estiró un brazo para acariciar la trompa—. No pasa nada.

—¿Se lo dices a la moklek o a mí? —susurró Sir Hereward.

—A los dos —respondió Míster Fitz—. Es jovencita y tiene miedo. Va, va. No pasa nada. Dile hola a la moklek, Hereward.

—Hola —obedeció Sir Hereward. Estiró la mano derecha con cautela y se unió a acariciar con cortesía la trompa de la moklek.

—Será mejor que nos acompañes —dijo Míster Fitz—. Síguenos.

La moklek emitió un sonido suave con la trompa y dio un paso adelante. Sir Hereward saltó rápidamente a un lado y se agachó para murmurar en la oreja de Míster Fitz:

—¿Por qué nos llevamos a la moklek? No querías a un mono. Una moklek no será mejor.

—Es una moklek muy inteligente —respondió Míster Fitz—. Al contrario que un mono, que es de lo más estúpido. Tal vez nos sea útil. Como he dicho, su presencia nos brinda una oportunidad. Una que a lo mejor perdemos si no obtenemos los marfiles rápidamente.

Sir Hereward suspiró, levantó la daga y se desplazó con sigilo por un pasillo que conducía a la verdadera oficina. Esperaba que esta gran habitación también estuviera oscura, pero estaba bañada por la luz de la luna, cortesía de

un desigual y gran agujero redondo en la pared, donde algo mágico o muy ácido había fundido algunas baldosas rojas de noventa centímetros de grosor.

La presunta responsable del agujero de la pared estaba en mitad de la habitación y abría los cajones de la mesa de contratación, un mueble grande y feo que tenía docenas de cajones en grandes columnas de caoba a la izquierda y, a la derecha del pupitre, una placa de mármol de Perridel con vetas de oro.

Se giró cuando Hereward dio otro paso, a pesar de que pensaba que había sido extremadamente sigiloso y, un instante después, tuvo que esquivar dos dagas, que volaron con estrépito hacia la pared y el suelo. A continuación, ella saltó encima de la mesa y al techo, corrió boca abajo gracias a unos zapatos de araña *ikithana* y se lanzó encima de Hereward en un movimiento que, por fortuna, reconoció como el ataque vertical de piernas tijera de los monjes guerreros del Convento de la Mañana Roja, que ya hacía tiempo que habían desaparecido, pero que todavía tenían influencia, así que adoptó el contramovimiento de hacerse a un lado y lanzarle dos puñetazos rápidos en la cara mientras descendía. Uno de los golpes fue con la empuñadura de la daga y, por lo tanto, bastante efectivo. La ladrona, que debía de serlo, cayó al suelo y Sir Hereward le puso una rodilla en la espalda y la punta de la daga en el pescuezo, para que le pudiera llegar al cerebro con poco esfuerzo.

—Muévete y mueres —gritó—. Además, no somos guardias, sino visitantes como tú, así que no servirá de nada que emplees cualquier estratagema o brujería extraña que tengas en mente.

—Entonces sois intrusos —resumió la mujer con calma.

Vestía como una ladrona, de gris oscuro, con un vestido parecido a la ropa interior para el tiempo frío, completado con una capucha rasgada. Incluso mirando hacia abajo, era alta y de constitución fina pero, como el salto había evidenciado, solo tenía musculo y nervios.

—Como tú —espetó Sir Hereward—. ¿Qué estás buscando?

—Intrusos en el gremio, quiero decir —respondió la mujer, impaciente—. He comprado la licencia para robar aquí. Aun así, si me liberáis y os marcháis, no os llevaré ante la corte de la Madre Ladrona para la inevitable amputación de pulgares.

—Ah, una ladrona profesional —exclamó Míster Fitz—. No obstante, no estamos aquí para robar a Montaul. Reclamamos una propiedad robada.

—Oh —se sorprendió la mujer—. ¿Entonces sois agentes?

Sir Hereward se quedó quieto y apretó más la daga, dispuesto a usarla. Un cerebro humano estaba menos protegido que el de una moklek, como él bien

sabía. Sería una muerte fácil y rápida. Su ocupación y la de Míster Fitz no era necesariamente secreta, pero solo sus enemigos solían saber quiénes eran.

—¿Agentes? —preguntó Sir Hereward, con la voz plana y apagada.

—¿De la Aseguradora Barcana? ¿O de la Asociación de la Protección de la Riqueza?

—Agentes de la aseguradora —respondió Míster Fitz—. Sí..., pero de lejos. Hemos estado rastreando una carga sustraída durante un tiempo considerable. Ahora creemos que ha llegado hasta aquí.

—Entonces podemos llegar a un acuerdo —explicó la ladrona—. Me llamo Tira, Ladrona del Séptimo Círculo del Gremio de Ladrones en Kwakrosh, Lesemb y Navilanaganishom. ¿Quiénes sois vosotros?

—Yo soy Sir Hereward —se presentó Hereward, a pesar de que no aflojó la rodilla ni quitó la daga—. El nombre de mi compañero es Míster Fitz. Antes de que empecemos a hablar de acuerdos, ¿dónde están los guardias del patio exterior?

—Dormidos —dijo Tira—. Les he echado Polvo Nocturno desde mis zancos de sombra mientras se reunían para chismorrear sobre las carreras de battlemounts de mañana.

—¿Y la pared de aquí la disolviste con un espray de Suspensión de Piedra de Argill u otra cosa? —preguntó Míster Fitz.

—Argill —confirmó Tira—. Y la pared de la colección de Arveg, a pesar de que tengo que confesar que fue un error. La mezcla era más fuerte de lo que pensaba y sopló el viento. Sin embargo, las criaturas son dóciles, supongo que las crearon para que fueran así. No tenéis que temer nada de ellas.

—Has invertido una buena suma para entrar con zancos, polvo y disolventes —enumeró Míster Fitz—. ¿Buscas algún tesoro en particular?

—Montaul es conocido por ser un hombre muy cariñoso —respondió Tira.

—Por favor, contesta la pregunta —pidió Sir Hereward.

—Los nuevos marfiles —dijo, después de un momento de pausa—. El gremio ya tiene un comprador. Sin embargo, supongo que vosotros también buscáis lo mismo, cuando habéis actuado tan rápido, ¿no?

—Sí —respondió Sir Hereward—. Aun así, no los buscamos todos. Solo catorce están... contemplados en nuestro contrato. Tú puedes quedarte el resto. ¿Entiendes?

—Entiendo —aceptó Tira.

Hereward apartó la daga, se echó para atrás y se levantó. Tira dio la vuelta sobre ella misma y lo miró. Llevaba la capucha muy cerca de la cara y, a

pesar de que tenía la piel oscura, se había embadurnado la nariz y las mejillas con una sustancia gris casi del mismo color que su curiosa ropa para amortiguar cualquier brillo. Según le parecía a Hereward, parecía de confianza. Tan de confianza como puede ser alguien que no tiene cicatrices en la cara. Parecía más joven de lo que esperaba. Tenía los ojos ocultos bajo una tira roja, de un tejido muy fino, con centenares de minúsculos agujeros que le permitían ver mientras se protegía de ciertas cosas, como por ejemplo la mirada de un basilisco, salvo que se encontrasen frente a frente. En ese caso, las propiedades petrificantes serían la última de sus preocupaciones. El hecho de que la llevara sugería que no había dicho la verdad sobre disolver por accidente la pared de la colección de animales salvajes.

—Podría haberme liberado, ¿sabes? —aseguró.

—Sin duda —cedió Sir Hereward con educación, a pesar de que pensaba lo contrario—. ¿Dónde están los marfiles?

—Aquí no —contestó Tira—. O eso acababa de descubrir cuando habéis llegado.

Sir Hereward dio un vistazo a la habitación. Además de la mesa de contrataciones de Montaul con los cajones revueltos, había escritorios más pequeños para los empleados, un armario cuyas puertas estaban abiertas para mostrar los papeles y pergaminos apilados que contenía y un enorme baúl con el candado roto y la tapa levantada. Míster Fitz ya estaba dentro del baúl hurgando.

—Nada importante —confirmó la marioneta—. Una moneda o dos perdidas en los rincones. Diría que lo vaciaron precipitadamente. Hereward, ve y mira si Montaul está en las habitaciones de arriba.

Hereward asintió con la cabeza, corrió por la escalera de caracol del lateral y volvió un minuto después zarandeando la cabeza.

—La habitación de arriba está vacía. Parece la celda de un monje, con una manta fina y todo. Pero nuestros observadores... ¡Se supone que tenían que usar los silbatos de pitidos si alguien salía, maldita sea!

—¡Oh! —exclamó Tira. Movié los dedos, haciendo el gesto de levantar polvo—. Eran vuestros observadores...

Míster Fitz salió del baúl de un salto y se dirigió hacia la puerta que conducía a la casa del guardia, con la espalda doblada por la cadera y la cabeza cerca del suelo. En la misma puerta, olió el suelo, con el polvo que se levantaba alrededor de su nariz de papel maché, aunque sus fosas nasales no se le hincharon.

—Uno de los dioses menores ha empezado a manifestarse —dijo seco—. Hace unas horas, creo. Tenemos que suponer que ahora controla las acciones de Montaul y tenemos que seguir antes de que pueda emerger en este plano y allanar el camino a sus compañeros del panteón de marfiles.

—¿Dios menor? —preguntó Tira—. ¿Qué dios menor?

—Los marfiles no son un simple tesoro —sentenció Hereward mientras se dirigía a la puerta y la desatrancaba con la mano izquierda porque tenía la daga preparada en la mano derecha—. Al menos los catorce que buscamos. ¿Has dormido a los guardias de la puerta y a los del patio?

—No —respondió Tira.

Recuperó los cuchillos que había lanzado y se colocó junto al caballero. Detrás de ella estaba Míster Fitz, que todavía tenía la aguja mágica escondida en su mano enguantada.

—Supongo que entrarán —dijo Sir Hereward—, por el ruido de dentro. La moklek, el basilisco, vosotros registrando... ¿Preparada?

—No son ni valientes ni jóvenes —replicó Tira, preparando los cuchillos para lanzarlos—. ¡Ya!

Sir Hereward abrió la puerta. Tira tenía los cuchillos preparados y entonces los bajó despacio. Sir Hereward pasó ante ella y contempló los dos cuerpos secados que yacían en los escalones. Eran, hablando en plata, paquetes de polvo con forma humana envueltos en una malla, con las espadas junto a los huesos atrofiados de la mano y del brazo, que no tendrían nada que envidiar a los de un zombi que llevaba muerto mil años.

—Necesitaba vida para consolidar su presencia —explicó Míster Fitz, que se agachó para oler de nuevo los cuerpos de los guardias—. Eran necesarios para él.

—¿Sabes cuál es? —pidió Sir Hereward.

Había catorce marfiles y catorce dioses menores pero, de ese número, tenían que temer a uno más que al resto.

—No —respondió Míster Fitz—. No ha dejado ninguna señal ni declaración obvia y no podemos permitirnos perder tiempo para tomar una muestra de la esencia que tal vez haya excretado.

—No me gusta esta conversación —añadió Tira—. Si no hubiera visto a esos dos, pensaría que queréis asustarme para alejarme de mi robo legítimo.

—No hace falta que vengas con nosotros, dama —aseguró Sir Hereward por encima del hombro mientras corría hacia la puerta sin ser consciente de lo pequeño que era el pórtico que habían planeado usar, puesto que no sería bastante ancho para que pasara la moklek.

Míster Fitz corrió detrás de él, saltó a uno de los soportes de las antorchas que había por arriba y miró por un orificio, con la precaución de no acercarse a la cinta de oro embrujada que había para matar a cualquier niño, mono o rata embrujada que, sin ella, pudiera entrar.

Detrás de ellos, la moklek pigmea investigaba con cautela los cuerpos con la trompa, exhaló con asco y trotó detrás del caballero, la ladrona y la marioneta.

—No soy ninguna dama —protestó Tira mientras ayudaba a Sir Hereward a levantar la barra de la puerta—. ¡Soy Ladrona del Sexto Círculo del Gremio de Ladrones en Kwakrosh, Lesemb y Navilanaganishom!

—Creía que habías dicho el Séptimo Círculo —replicó Sir Hereward.

—Cuando vuelva con los marfiles —contestó Tira—. Solo he anticipado mi ascenso. En realidad, no esperaba ninguna complicación con dioses menores.

Míster Fitz cayó cuando abrieron el pórtico.

—Hay jaleo por el puerto —dijo—. Será el dios menor. ¡Deprisa!

La casa de Montaul estaba en una pequeña colina, justo encima del puerto, de forma que podía ver la llegada y la salida de los barcos, la base de sus riquezas. Un camino de adoquines llegaba hasta el muelle largo y semicircular en el que cuatro barcos estaban amarrados en los embarcaderos que sobresalían del muelle como los dedos de una mano. A lo lejos se veían algunas naves más, cargueros de comercio anclados bajo la protección del dique, un largo rompeolas de grandes piedras que protegía el puerto del viento y de las olas, con una fortaleza hexagonal junto al mar, construida para proteger el puerto de los piratas y de los enemigos navales. La fortaleza podía disparar desde los cañones de los muros y lanzar explosivos del tamaño de un barril desde el gran mortero que escondían en el centro de la fortaleza, como una araña gorda en un agujero. Además de esto, como muchos otros edificios municipales de Kwakrosh, estaba bastante desatendido y solo contaban con ella en épocas de amenaza. Las autoridades del ayuntamiento de la ciudad no querían reconocer que, llegado el momento, sería demasiado tarde.

Sir Hereward, Míster Fitz, Tira y la moklek pigmea bajaron por el camino del puerto como sombras en la noche. La luna alumbraba la calle con un espantoso relieve, arrojando sombras plateadas, reflejándose en los charcos que había dejado el temporal e iluminando a los borrachos que dormían en las puertas de los almacenes más cercanos al muelle, borrachos que después de una inspección por la mañana descubrirían que solo eran hojas envueltas por harapos.

—Querrá un barco —intervino Sir Hereward—. No obstante, el viento va contra el dique y la plenamar: ningún barco zarpará esta noche.

—De vela no —respondió Míster Fitz. Señaló el embarcadero más lejano, donde se oían gritos, que de repente cesaron y una linterna amarilla parpadeó. Detrás de ella, se veía el contorno oscuro de un barco largo, pero relativamente bajo, con solo un solo mástil pequeño y grueso.

—¿El hexarreme? —preguntó Sir Hereward, que esquivó un charco que parecía particularmente profundo en un tramo sin adoquines.

Se refería al barco del Estado de Kwakrosh, una reliquia del pasado que sacaban al mar una vez al año para que el Excelentísimo Alcalde llevara a cabo el ritual de ofrecer el pecio, una cesta flotante con especias, vino, tela, arenque ahumado y una ínfima cantidad de monedas de oro. Después se lo disputaban los botes que vendían mercancías a los barcos, pescadores y vagos semiacuáticos del puerto en un alegre caos, una señal de respeto por los antiguos tiempos en los que la ciudad solo era una pueblecito donde ocurrían naufragios.

—Pero no tiene remeros ni tripulación —remarcó Tira, que corría con facilidad junto a Sir Hereward.

—Si el dios menor tiene bastante fuerza, moverá los remos con magia —explicó Míster Fitz—. Eso me anima.

—¿Te anima? —preguntó Sir Hereward—. ¡Si tiene suficiente fuerza para remar un hexarreme de sesenta bancos contra este viento y marea, es demasiado fuerte para mí!

—Demuestra una cierta estupidez y obstinación —dijo Míster Fitz—. Quiere volver a Asantra-Lurre sin saber o sin que le importe que el reino ya no exista ni que esté a mil leguas.

—¿Cómo? —preguntó Tira—. ¿Te refieres a Montaul?

—Montaul ya no vive, solo es un recipiente para el dios menor —contestó Míster Fitz.

Llegaron al muelle mientras hablaba y los adoquines se convirtieron en las tablas suaves del paseo entarimado. Dos vigilantes con uniformes de guardias municipales los miraron nerviosamente. Sus alabardas, coronadas por linternas, estaban sobre el cuerpo deshidratado de una de sus compañeras, que tenía los brazos congelados en una postura que intentaba repeler el horror que le había caído encima.

—¿Quién... quién está ahí? —tartamudeó uno de ellos.

—Somos amigos —anunció Sir Hereward con facilidad mientras pasaba corriendo y se olvidó por un momento que estaba cubierto de la cabeza a los

pies de hollín, descalzo, con una daga desenvainada en la mano y le acompañaba una marioneta brujo, una ladrona y una moklek pigmea albina.

—Oh, vale —les dijo por detrás el vigilante, nervioso. Levantó la voz para añadir—: Venga, adelante, amigos.

Oyeron el gran crujido de un madero que hacía mucho tiempo que no se usaba chocando contra bronce y el ruido del agua mientras los remos de estribor del hexarreme marchaban a una, con babor frente al embarcadero.

—Tenemos que embarcar antes de que zarpe —aseveró Sir Hereward y aceleró el paso, con los pies descalzos que resonaban contra el muelle hacia el embarcadero.

Los remos del hexarreme decayeron por un momento, pero ya se levantaban y se movían, con arcos de energía de color violeta claro y visibles a través de los portillos de los remos, mientras el dios menor intentaba organizar correctamente los bancos de remos, como un equipo de pulpos clasificando palillos.

—¿Queremos embarcar con lo que sea que está haciendo esto? —preguntó Tira.

—La mente y el poder del dios menor está ocupada en mover el barco —recalcó Míster Fitz, que había saltado al hombro de Sir Hereward cuando la carrera se volvió demasiado rápida para sus cortas piernas—. Mientras está concentrado en esa tarea, tenemos una oportunidad para enviarlo al lugar de donde vino.

—Ya casi estamos —jadeó Sir Hereward.

Saltó a la pasarela y corrió, incluso cuando los remos de estribor remaban más fuerte y el hexarreme gruñía y se alejaba en diagonal del embarcadero, amarró las cuerdas a la popa y se agachó cantando mientras se tensaban. Hubo un gran ruido cuando la pasarela cayó, la moklek pigmea saltó los últimos metros y la cubierta resonó como un enorme tambor cuando el animal aterrizó.

—¿Por qué todavía nos sigue la moklek? —preguntó Sir Hereward, que había evitado por poco que el salto del paquidermo lo reventara.

—Se lo he pedido yo —respondió Míster Fitz—. Como he dicho, nos puede ser útil. Es la hora de la acción. Tenemos unos minutos ahora y dudo que el dios menor se haya dado cuenta de nuestra presencia, puesto que tiene la atención puesta en una salida veloz del puerto.

Los remos de estribor se hundieron y salieron otra vez. Las cuerdas amarradas se partían con ruidos como disparos y el hexarreme se balanceaba

bastante lejos del embarcadero porque los remos de babor se pusieron en marcha, propulsados de nuevo por arcos energéticos.

Sir Hereward y Míster Fitz rebuscaron en sus bolsillos y bolsas y sacaron brazaletes de seda, que se pusieron en los brazos, encima de los codos. Símbolos mágicos empezaron a brillar en la tela, más claros que la luna. Entonces el hombre y la marioneta hablaron a la vez:

—En el nombre del Consejo del Tratado por la Seguridad del Mundo, que actúa bajo la autoridad garantizada por los Tres Imperios, los Siete Reinos, la Regencia Palaciega, la República Jessar y los Cuarenta Reinos menores, nos declaramos agentes del Consejo. Identificamos al dios menor manifestado... uf...

Sir Hereward paró y miró a Míster Fitz, que continuó, y el hombre repetía las palabras de la marioneta un instante después.

—A bordo de esta nave como una entidad desconocida, pero incluida bajo el Tratado, como prueban sus nefastas acciones sobre los inocentes. Por consecuencia, el llamado dios menor y todos aquellos que lo ayudan se consideran enemigos del Mundo y el Consejo nos autoriza a emprender todas y cada una de las acciones necesarias para desterrar, repeler o exterminar al llamado dios menor.

—No sois agentes de la aseguradora —recalcó Tira.

La capucha se le había caído un poco en la carrera al barco, por lo que mostraba un poco más de cara. Parecía todavía más joven que antes.

—Se puede decir que lo somos —replicó Míster Fitz—. En cierto modo.

—En cualquier caso, recibirás tu parte de marfiles —la tranquilizó Hereward, que creía que juzgaba de manera correcta la expresión fugaz que le cruzó los ojos y le dejó la boca plana—. En el supuesto de que sobrevivamos.

El barco se balanceaba hacia atrás mientras los remos de los dos lados se movían a una, un progreso torpe y con bandazos que causaba que la cubierta se inclinara a un lado y al otro y que todas las partes del viejo barco crujieran y gimieran.

—Así no llegaremos lejos —aseguró Sir Hereward—. Dudo que esta barcaza haya salido al mar en años. ¿Dónde está el dios menor? ¿Y que impedirá que nos chupe la vida cuando nos acerquemos?

—Lo tenemos debajo —respondió Míster Fitz—. En el centro del barco, en medio de la cubierta. Mientras siga remando, no tendrá energía que despilfarrar en ataques deshidratantes.

—¿Y si para de remar? —preguntó Tira.

—El barco se hundirá, probablemente —contestó Sir Hereward, al que no le gustaba la sensación de la cubierta bajo sus pies. Las tablas se movían de lado a lado, al buque le faltaba rigidez y la popa se hundía unos treinta centímetros: ya no atravesaba las pequeñas olas del puerto, sino que las surcaba—. Es discutible si zozobrará al pasar el dique o se hundirá antes por la popa.

—Entonces tenemos que conseguir los marfiles antes —sentenció Míster Fitz—. Si el barco se hunde, el dios menor se dará cuenta de que puede andar por el fondo del mar. De momento, todavía tiene grabada la visión del mundo de Montaul y sus limitaciones humanas.

—¿Es bastante débil para que lo destierres con tu aguja? —preguntó Sir Hereward—. ¿Lo distraemos mientras tú te acercas?

—Me temo que no —respondió Míster Fitz—. En lugar de eso, tendríamos que conseguir la figura de marfil que lo ancla, traerla aquí y que Rayo-de-luna Piel-pálida Caótica III la pise.

Sir Hereward siguió el movimiento de los ojos de la marioneta, que señalaba al animal de compañía.

—¿Te refieres a la moklek?

—Es un medio seguro de destrucción de esas cosas —confirmó Míster Fitz—. Que una moklek albina lo pise. Por eso he dicho que era una oportunidad. Es, de manera considerable, más conveniente que nuestros planes originales de llevarnos los marfiles a las balsas de fuego de Shundalar y más barato que llevarlos a los sacerdotes del Índice Infalible para que los almacenen. Aunque sería mejor si nuestra amiga tuviera zapatos de plata, que aceleran el proceso...

—¿Cómo sabes su nombre? —interrumpió Sir Hereward.

—Lo tiene grabado en el colmillo derecho —respondió la marioneta—. Es su nombre de pedigrí, pero tiene otro en el colmillo izquierdo y sospecho que prefiere este último: Rosie.

La moklek levantó la trompa y emitió un barrido corto y suave. Casi como una respuesta, un cohete rojo fue disparado desde la fortaleza del dique, seguido de dos cañonazos.

—No son tan veloces con la alarma —dijo Sir Hereward, observando la trayectoria del cohete con interés. A pesar de que no estaba comprometido de una manera directa con la eliminación de los dioses menores hostiles, era mercenario oficial de artillería—. Y la pólvora está húmeda: aquel cohete debería haber subido el doble.

—Incluso con pólvora húmeda, los idiotas de la fortaleza podrían golpearlos si deciden disparar —recalcó Tira—. Está bastante cerca.

—¿Entonces como cogemos los marfiles? —preguntó Sir Hereward, que se agarró a una barandilla e hizo un gesto de dolor mientras los remos se hundían de nuevo para llevar el barco hacia atrás y una queja de lo más desagradable emergió del madero de debajo cuando la nave temblaba entera mientras la propulsaban deprisa hacia el oleaje. Ya habían navegado unos cien metros lejos del muelle y se dirigían hacia la marea sin la protección del dique—. Supongo que los mantiene cerca e, incluso si rema por su vida, no me gusta pasearme con un dios menor deshidratador hostil.

—Os sugiero a Tira y a ti que subáis por los lados y atraveséis los portillos de remo de la cubierta de arriba.

—Hay remos enormes que van arriba y abajo en esos portillos —interrumpió Tira—. Nos pisarían.

—Ya tiene unos remos rotos, o los tenía rotos antes, así que hay portillos vacíos —explicó Míster Fitz—. Elegidlos con cuidado, bajáis y os balanceáis. Yo lanzaré una aureola a vuestras armas que os permitirán batallar con los arcos enérgicos del dios menor. Si los cortáis y los alejáis de los remos, perturbarán el ritmo de los remos y la entidad tendrá que enfrentarse a vosotros. Mientras está distraída luchando con vosotros en la cubierta superior, yo entraré con disimulo a la cubierta del medio, en la que está, recogeré los marfiles y los traeré aquí para que Rosie los pise.

—Los catorce marfiles que has mencionado —puntualizó Tira—. El resto no.

—Claro —respondió Míster Fitz, que no mentía, pero que no siempre decía la verdad.

—Así pues, ¿entre nosotros y la presencia principal del dios menor habrá unos centímetros de remos carcomidos por los gusanos? —caviló Sir Hereward—. Es mejor de lo que había temido. ¿Quieres babor o estribor, Tira?

—Ninguno de los dos —respondió la ladrona—. Pero si hemos llegado hasta aquí, y me espera todavía un año para mi prueba del Quinto Círculo...

—¿El Quinto Círculo? —preguntó Sir Hereward—. A este ritmo descubriremos que empezaste ayer de aprendiz.

—Quinto, Sexto, Séptimo, un botín como estos marfiles me garantizará un ascenso rápido —replicó Tira con tranquilidad—. Yo voy a babor.

—Sacad las armas y mirad hacia otro lado —ordenó Míster Fitz.

Obedecieron. La aguja mágica brilló y un haz de luz iluminó la cubierta como si un rayo hubiera golpeado el pequeño y grueso mástil que tenían por encima. Cuando miraron hacia adelante de nuevo, la aguja volvía a estar dentro de la mano de Fitz y los aceros de sus dagas y cuchillos brillaban con una reluciente luz de color azul, como un pudín de Invierno con brandi caliente, solo que todavía más impresionante.

—Un consejo —recomendó Sir Hereward a Tira—. La seda de la araña *ikithana* no se pega con el agua del mar.

Tira se sorprendió, pero rápidamente dominó su expresión y se descalzó. Las uñas del dedo pequeño estaban cubiertas de bronce y eran más oscuras en las puntas, con alguna clase de veneno.

—Vigila los remos de al menos dos filas antes de elegir el portillo —añadió Sir Hereward—. Asegúrate de que no te pegarán los remos de delante ni los de detrás.

Tira asintió. Parecía asustada, Hereward creía haberla escuchado ahogar un gemido.

—En realidad, eres solo una aprendiz, ¿no? —preguntó Sir Hereward de repente—. ¿Cuántos años tienes?

Tira se encogió de hombros y entonces volvió a asentir con la cabeza.

—Quince —cuchicheó—. Y medio.

—Que los dioses nos amparen —musitó Sir Hereward, desde la altiva altura de los veinticinco años—. Quédate aquí con la moklek. Por favor.

Hereward se apartó de ella y por eso no vio el breve sonreír que le cruzó la cara. Él miró hacia un lado y detenía la cabeza en sustos momentáneos por lo bajo que estaba el hexarreme en el agua, tan bajo que la hilera inferior de portillos de remos solo sobresalía un palmo por encima del mar y las olas más grandes entraban dentro. Si habían albergado alguna esperanza de que el barco sorteara alguna ola fuera del dique protector, se había desvanecido.

Fue solo cuestión de segundos encontrar un hueco adecuado, donde no hubiera remos extendidos. Consideró por un momento sostener la daga con las llamas energéticas en los dientes, pero se la puso en el cinturón, subió deprisa por el lateral y, sin perder el tiempo, fue hacia el portillo inferior.

Estaba más claro debajo de la cubierta que arriba y los rayos de luna, a través de los portillos, caían junto a la luz violeta de los arcos enérgicos que movían los remos, arcos que subían como un gran tronco de árbol desde abajo, a través de la escotilla del pasillo que había entre los bancos vacíos, y entonces se rompía en ramas que se extendían hasta cada remo.

Sir Hereward acuchilló el arco más cercano, lo cortó del remo y tuvo que agacharse y esquivar la madera cuando se levantó. Estaba agachado y fue a gatas a cortar el siguiente arco, con resultados similares, y esta vez aquel remo se cruzó con el de delante, con un ruido de astillarse que se extendió por la cubierta según los remos en movimiento se chocaban con los que se frenaban de repente. El hexarreme vagaba de un lado a otro con el viento y enseguida escoró a babor, con los portillos de remos inferiores de dos cubiertas más abajo sumergidos del todo y el agua que entraba en cascada con una fuerza imparable.

Sir Hereward escuchaba el borboteo fatídico. Saltó hacia atrás por un arco que iba detrás de él, no a por un remo, lo cortó en dos y se retiró al portillo del que había venido.

—¡Fitz! —rugió, un grito de capitán marino—. ¿Los tienes?

Más arcos se dirigieron hacia él por ambos lados y muchos más dejaban los remos inútiles y rotos y se reorientaban para atacarlo. Hereward cortaba y acuchillaba mientras sobresalía del portillo. Con sus pies descalzos tocaba las crestas de las olas y sentía que el hexarreme vagaba con cada ola. Se estaba hundiendo y se hundía deprisa.

—¿Fitz? ¿Los tienes?

—¡Sí! ¡Sube!

Escuchaba claramente la voz fina y aflautada de la marioneta a través de los bajos gemidos de las tablas que se rompían y los borboteos de ahogo del barco. Sir Hereward cortó un arco que intentaba cogerlo por la garganta, lanzó la daga a otro que casi lo tenía agarrado por el tobillo y salió a babor más deprisa que el mono, que casi había comprado, hubiera desaparecido con su cartera en una demostración de sus habilidades.

Llegó con el tiempo justo. El mar lo perseguía mientras subía y ya había agua hasta la mitad de la cubierta principal, que estaba inclinada en un ángulo de casi veinte grados. Rosie, la moklek pigmea albina, se apoyaba en el palo mayor, con una pata en alto, y Míster Fitz le colocaba una caja de madera con un mango de bronce y bordes reforzados bajo esa pata. La caja con los marfiles.

Entonces una red brillante en espiral, de color violeta, atrapó a la marioneta y la apartó de la caja, que Tira agarró. Dejó que la marioneta pescada con red girara por la cubierta y saltó por la borda, con la caja en la mano derecha.

Sir Hereward trepó por la cubierta a gatas. Tira levantó la caja, le miró y gritó:

—¡Puede que Asantra-Lurre ya no exista, pero sus habitantes resistimos!

Se dio la vuelta para zambullirse en el mar y Hereward sacó su revólver pimentero del bolsillo secreto bajo el chaleco, lo levantó y abrió fuego en un rápido movimiento. Solo dos cañones dispararon, pero al menos hirió a la ladrona debajo del brazo y encima de la cadera. Salieron disparados sangre y fragmentos de hueso. Tira soltó la caja, cayó de lado y la ola verde que se la llevó amortiguó el grito de angustia.

La caja se deslizó hacia Hereward, que se agachó, la agarró y la lanzó hacia la moklek pese a que arcos violetas aparecieron en una docena de lugares de la cubierta y se lanzaron hacia él. Una descomunal masa de energías nauseabundas, con un ligero aspecto humano apareció en la escalera de popa, con una voz inhumana que gritaba en una lengua incomprensible que hería las orejas de Hereward. El dios menor se tambaleó por la cubierta y los arcos más distantes llegaron con la velocidad de una serpiente para agarrar a Hereward por los tobillos desnudos. Su piel echaba chispas por el contacto, hasta que se dejó caer por la cubierta y se sumergió en el agua del mar, que crecía por la borda que ya estaba hundida.

Al caer, Sir Hereward gritó:

—¡Pisa la caja, Rosie! ¡Písala!

La moklek pigmea berreó en respuesta y puso el pie encima de la caja. Se astilló, pero no se rompió. Una ola los golpeó y envió a Hereward, que luchaba entre arcos, hacia el mástil. El agua llegó a la caja y amenazaba con enviarla lejos hasta que Rosie atrapó el mango con la trompa. El dios menor, o la porción que había en los restos del cuerpo de Montaul, se tambaleó hacia los marfiles e intentó agarrarlos para encontrarse con un látigo enérgico, blanco como una centella, que emanaba de la aguja de Míster Fitz, que había escapado de la red azul y estaba unos treinta metros por encima del soporte del mástil.

—Pisa... —repitió Sir Hereward, pero un arco se le anudó en la garganta, le ahogó el grito y no podía respirar.

Intentó deshacer la soga, pero los dedos le quemaban y no podía agarrarla y cada vez más arcos le rodeaban todas las partes de su cuerpo, le apretaban y tiraban de él, de forma que era tan probable que lo destrozasen como que lo estrangulasen, incluso que lo ahogasen pues, en su brutalidad, los arcos lo arrastraban al agua.

A Rosie la moklek no hacía falta que se lo dijeran dos veces. Levantó la pata, la dejó caer con todas sus fuerzas y rompió la tapa de la caja. Caminó por encima y destrozó la caja con todos los marfiles que contenía para

convertirlos en polvo y continuó pisando y rompiendo hasta que no quedó nada más grande que una astilla minúscula. Los arcos enérgicos se volvieron flácidos y se encogieron en Hereward, que subió a gatas la cubierta inclinada tosiendo y mascullando, y salió de la espuma del agua justo a tiempo para contemplar como los arcos abandonaban el cadáver de Montaul y se debilitaban hasta ser lucecitas que centelleaban en los ojos, la boca y las costillas abiertas del cadáver. Entonces oyeron un ruido sordo, una repentina ráfaga de aire contra el viento y las luces se apagaron. Los desechos de Montaul cayeron de la cubierta y la marea se los llevó, pues el hexarreme se había hundido tanto que solo una parte de la cubierta estaba por encima de la superficie.

—¡Abandonad el barco! —gritó Hereward sin fuerzas—. ¡Está hundiéndose!

Míster Fitz asintió con la cabeza, pero en lugar de saltar al mar desde el mástil, subió y lanzó una cuerda hasta el lomo de Rosie, en cuya cabeza se situó sin complicaciones. La moklek levantó la trompa, dispuesta a utilizarla como tubo respiratorio, se alejó del mástil y se sumergió en el mar.

Hereward nadó hacia ella. Al ver que Rosie se sentía cómoda incluso en el mar, y que su espalda ancha, aunque era más pequeña que la de un moklek normal, ofrecía un espacio considerable, subió con un poco de ayuda de Míster Fitz. A pesar de todo, Rosie flotaba con las olas y el viento y la marea ya la conducía hacia el muelle, ayudada por las cuatro patas fuertes que remaban con vigor por debajo.

—Buen disparo —le felicitó Míster Fitz—. De alguna manera has compensado tu falta de juicio sobre la mujer, a pesar de que tendría que haberlo esperado.

—También te ha engañado a ti —respondió Sir Hereward, que hizo una mueca al sentir que la garganta le quemaba—. A ti te han pillado como un novato con una red *ikithana*.

—Tienes razón —caviló la marioneta—. Una suerte que no opusiera resistencia al agua. Pero sospeché de ella desde un principio, puesto que tenía demasiadas herramientas mágicas para una ladrona sin más de Kwakrosh, incluso para la Madre Ladrona.

—Entonces por qué no... —empezó con vehemencia Sir Hereward antes de que un gran crac sonase detrás de él y el hombre y la marioneta se girasen para ver una llama elevarse desde la fortaleza del dique.

—Una bomba de mortero —dijo Sir Hereward, que miraba como las chispas de la mecha dejaban un rastro en el cielo—. Tienen mala puntería...

si te queda alguna aguja, Fitz...

—Ni una —respondió la marioneta—. La tabla de coser la tengo en la posada.

—O a lo mejor el objetivo es correcto —apuntó Sir Hereward, mientras el recorrido de chispas caía en picado hacia el casco del hexarreme casi sumergido del todo y solo se veía el mástil encima del manto blanco de las olas, a unos cien metros detrás de ellos—. Pero si la mecha es demasiado larga, la bomba caerá en...

Un destello amarillo cobrizo se iluminó en el cielo, seguido un momento después por un trueno a través del agua. A continuación oyeron un enorme pum. Mientras Hereward parpadeaba para quitarse el destello de los ojos, vio que ya no había mástil ni ninguna otra señal del hexarreme.

—Creía que nos disparaban a nosotros —aseguró.

—Quizás sí —respondió Míster Fitz.

—En cualquier caso, tardarán un poco en cargar otra —dijo Sir Hereward, que miró atrás de nuevo—. Ya estaremos en tierra. Es un final triste para una nave famosa. Uno de los últimos hexarremes que quedaban de Ashagah, creo. Será difícil explicar a las autoridades de la ciudad, que se han reunido en el muelle para recibirnos, según percibo.

—Tal vez no sea tan difícil, en el supuesto de que encontremos un chivo expiatorio apropiado —dijo Míster Fitz. Se alzó sobre la cabeza de Rosie, se apoyó en el hombro de Hereward y señaló hacia adelante.

Tira la ladrona, o la sacerdotisa, o lo que fuera, flotaba boca arriba ante ellos y se impulsaba débilmente con las piernas. Cuando la moklek se acercó, Hereward estiró una mano e hizo un movimiento que estaba a caballo entre empujarla y atraerla hacia la espalda de Rosie.

—¡Cabrones! —murmuró ella—. Que Pixalten-Qockril os envíe...

Míster Fitz dio un paso adelante y le apretó un dedo de madera en la frente, puesto que hacía tiempo que había perdido los guantes. Tira dejó de hablar, giró los ojos y Hereward tuvo que girarle la cara para que no tuviera la boca y la nariz en el agua.

—Y tenemos dinero para sobornos —continuó Míster Fitz. Estiró el brazo y se quitó el brazalete, que ya no tenía letras—. Todo irá bien.

—Supongo —dijo Sir Hereward, que se quitó el brazalete, golpeó con la mano ligeramente en la espalda de la moklek y añadió—: Tenemos muchas cosas que agradecerte, Rosie.

—De hecho, es una princesa entre los mokleks —dijo Míster Fitz—. Literalmente: el albinismo es una marca de ascendencia real.

—El hexarreme de Ashagah y los mokleks —dijo Sir Hereward, pensativo—. Me recuerda a un poema. A ver...

Hexarreme de Ashagah
Del remoto Panas
Suena por la ruta
En busca de presa
Una carga de marfiles, oro y mokleks...

—¡Bah! —protestó Míster Fitz—. Eso es paja, un asesinato del poema original. Si lo tienes que recitar, Hereward, deberías honrar al poeta, ¡no cometer un crimen!

—Es una traducción tardía, sí, ¡pero yo sigo defendiéndola! —protestó Sir Hereward—. Tú y tu corazón de mimbres no tenéis sentimientos para el verso.

La moklek berreó y los salpicó con un poco de agua del mar. Una ola la levantó: el viento del este soplaba contra la espalda de Hereward y los llevaba hacia la costa, con el caballero y la marioneta discutiendo todo el camino.

Walter Jon Williams

Walter Jon Williams nació en Minnesota, pero ahora vive cerca de Albuquerque, Nuevo México. Sus obras cortas de ficción han aparecido frecuentemente en *Asimov's Science Fiction*, así como en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *Lightspeed*, *Subterranean* y se han compilado en las colecciones *Facets* y *Frankensteins and Foreign Devils*. Sus novelas incluyen *Ambassador of Progress*, *Knight Moves*, *Hardwired*, el hombre máquina, *The Crown Jewels*, *Voice of the Whirlwind*, *House of Shards*, *Days of Atonement*, *Aristoi*, *Metropolitan*, *Rock of Ages*, *City on Fire*, además del gran *thriller* catastrófico *The Rift*, una novela de la Guerra de las Galaxias, *Los caminos del destino*, y tres obras en su aclamada Ópera Espacial *Dread Empire's Fall: Dread Empire's Fall: The Praxis*, *Dread Empire's Fall: The Sundering* y *Dread Empire's Fall: Conventions of War*. Sus novelas más recientes son *Implied Spaces*, *This Is Not a Game*, *Deep State* y *The Fourth Wall*, la novela en formato de folletín *The Boolean Gate* y una colección nueva: *The Green Leopard Plague and Other Stories*. Ganó un muy merecido Premio Nebula en 2001 por su historia *Daddy's World* y se llevó otro Nebula el 2004 con su historia *The Green Leopard Plague*.

En la siguiente historia, una estrella de cine (Sean Makin, el cómico y ególatra narrador de la novela de Walter *The Fourth Wall*) acaba dentro de una trama de la vida real todavía más descabellada y más peligrosa que la de una película de Hollywood.

DIAMANTES DE TEQUILA

Walter Jon Williams

—No —afirma Ossley—. No. En serio. Puedes fabricar diamantes con tequila.

—Vende mucho tequila —replica Yunakov— y podrás comprar todos los diamantes que quieras.

—No me refiero a eso —asegura Ossley.

Estamos en la habitación de Yunakov, en el complejo turístico. La brisa silba a través de las ventanas y las puertas mientras lanzamos el humo del cannabis al mar. En un lado de la habitación, una impresora 3D zumba con su trabajo y en el otro hay una barra con dos taburetes y alrededor de quince botellas de licor medio vacías. Unos seis u ocho de nosotros estamos sentados alrededor de una mesita de madera sobre la que hay una gran cachimba de plástico que Ossley había imprimido el primer día de rodaje.

La película se llama *El arrecife de la desesperación*. Yunakov es el *attrezzista* y Ossley, su asistente. El resto son miembros del equipo: un par de electricistas, un asistente de vestuario, una ambientadora de decorados y Chip, que es el primo de alguien.

Yo soy la estrella de la película. Una gran estrella. Y los productores se están gastando unos doscientos millones de dólares para que todavía lo sea más. Aunque todavía no soy lo suficientemente grande como para dejar de relacionarme con el equipo.

Quiero agradecer al equipo porque pueden hacerme quedar bien. Y, además, tienen la mejor hierba del rodaje.

Estamos en México, pero no fumamos cogollos mexicanos. Comprar marihuana en México es peligroso, sobre todo porque es probable que el camello te delate a la policía que, a su vez, te encerraría en prisión y te confiscaría la marihuana para vendérsela de nuevo al camello. Y, por supuesto, sería una vergüenza que pillasen en México a un tipo de Hollywood, con todas las protestas y los sobornos que supondría.

No, es 420, maría cultivada en California, donde es bastante legal, y pasada de contrabando a México, donde no lo es, en cajas de material del cine. A mí me parece bien porque California tiene lo mejor, incluida la hierba.

De hecho, no estoy nada contento de estar en un país extranjero, donde la gente habla una lengua extranjera y tiene costumbres extranjeras y sirve comida mexicana que no es tan buena como la que puedo encontrar en Los Ángeles. Aun así, soy una gran estrella internacional, así que aunque estoy en un país extranjero, todo el mundo me trata muy bien y eso es mejor que ser tratado como una vieja y acabada gloria en California, cosa que también he experimentado.

Observamos a Chip (el que es el primo de alguien) encender la cazoleta de la cachimba e inhalar una cantidad heroica de humo, una calada lo suficientemente grande para dejarlo bizco durante horas... Después de una pausa, Ossley continúa:

—No, en serio. Hay que calentar el tequila hasta los ochocientos grados centígrados y entonces aparecerán diamantes a nanoescala en placas de silicio o hierro. Existen sistemas industriales de esto.

—Estás inventándote chorradas —opina Yunakov.

Sin embargo, en ese momento alguien ya ha consultado la respuesta en el móvil y ha descubierto que la historia es verdadera, al menos en Internet, que no siempre es lo mismo.

En ese instante, la impresora 3D, que ha estado pitando a un lado, emite un zumbido mecánico final y se apaga. Ossley va medio a gatas por el suelo hasta la máquina y retira el objeto, que parece un vaso grueso de precipitado de laboratorio. No es del todo transparente: parece que hay capas amarillentas hechas con materiales diferentes.

—De acuerdo —dice—. Aquí tenéis mi último proyecto.

Ossley es un hombre flaco y bajito, entre un metro treinta y un metro y medio, con rizos hasta las orejas. Sus gafas negras le engrandecen los ojos en vastas manchas de Rorschach. Una sombra oscurece su barbilla. Viste camiseta de tirantes y pantalones cortos llenos de herramientas, cables y aparatos electrónicos.

Como ha ganado reputación por construir la cachimba, prestamos atención a lo que hace. Se va detrás de la barra, nos enseña una botella de vino sin etiqueta, la destapa y sirve una copa. El vino es muy rojo, tan oscuro que es casi morado.

—De acuerdo —empieza—. Unos amigos míos tienen una bodega en la Costa Central, en California, y me envían esto para que practique. Es un *cabernet* normal y corriente. Solo tiene un par de semanas, lo justo para que la fermentación se haya detenido. Lo han trasvasado una vez y yo lo he

filtrado para eliminar cualquier sedimento. Así que, aparte de eso, es bastante puro.

Lo pasa y todos bebemos un trago. Cuando me toca, lo huelo, pero no huele a nada. Me tomo un trago y, mientras el vino fluye por mi lengua, siento como mis papilas gustativas se apartan del líquido como el que huye de un derrame tóxico. Me lo trago solo porque escupirlo al suelo sería de mala educación. Lo paso.

—Dos cosas convertirían esto en un vino aceptable —explica Ossley desde detrás de la barra—. El tiempo y la maduración en barriles de roble. El roble es perfecto para el vino y pocos bodegueros usan otro material. El roble permite que el oxígeno entre al vino y la oxigenación acelera otros procesos que ocurren entre el roble y el vino, que tienen que ver con taninos hidrolizables y fenoles y terpenos y fur-furfurales.

El cannabis provoca que tartamudee con los tecnicismos.

Levanta el vaso de precipitado.

—He diseñado esto para hacer en pocos minutos lo que la maduración en roble consigue en meses. Así que comprobemos si funciona.

Ossley deja el vaso de precipitado en la barra y echa el vino. Nos mira desde la barra.

—La reacción puede salpicar un poco. —Coge un plato y lo pone encima del vaso de precipitado—. Ahora esperemos veinte minutos, más o menos.

Volvemos a disfrutar de la tarde. Hacemos otra ronda de fumar y yo la complemento con cerveza.

Normalmente no pillaría un colocón así si trabajo al día siguiente, pero no tengo que memorizar diálogo para el rodaje de mañana: todas las escenas son submarinas y no tendré que hablar.

El arrecife de la desesperación trata sobre el intento de mi personaje de rescatar un submarino hundido. Una tarea peligrosa, pues un cártel mexicano lo usa para introducir drogas de contrabando en Estados Unidos. El submarino se sumergió con doscientos millones de dólares de cocaína a bordo, lo que lo convierte en un objetivo deseable para mi personaje, un submarinista con una grave adicción a la coca. Desgraciadamente, el cártel quiere recuperar las drogas y, por supuesto, también entran en acción la Guardia de Costa y la DEA.

Mi personaje, Hank, no es un buen tío. Empieza siendo un adicto antisocial pero, según transcurre la película, encuentra el amor y la inspiración en Anna, la hermana de uno de los marineros que se hundió en el submarino. En el clímax, cuando llegan los malos del cártel, cambia la

cucharilla de la coca por una metralleta Heckler & Koch y se encarga del negocio.

Lo que sucede en el desenlace todavía está un poco en el aire. Parece que la película tiene dos finales escritos por dos guionistas diferentes. En el primero, el original, Hank vuelve a la superficie, vende la cocaína y él y Anna caminan hacia el amanecer con un montón de millones de dólares.

En el segundo final, Hank aprende la lección moral de que las drogas son malas, entrega la coca a la DEA y se aleja sin nada.

El primer final, que gusta a todo el mundo, tiene más sentido para un personaje como Hank. El segundo final, que no gusta a nadie, es un acto de cobardía por parte de los productores, que tienen miedo de que los acusen de rodar una película que promueve el consumo de drogas.

La última noticia que me han dado es que rodaremos los dos finales y los productores decidirán durante la edición qué final cerrará la película. Como los productores de la cinta tienen fama de cobardes, me lo imagino.

Salvo que me rebele o algo parecido. Podría rechazar filmar el segundo final o arruinar todas las tomas.

Sin embargo, yo también soy un cobarde, así que no creo que pase.

—Entonces de acuerdo —interviene Ossley. Sale de detrás de la barra y contempla el vaso de precipitado con sus amplificadas ojos—. Creo que la reacción ya está.

Coge una copa, la mete en un cubo con hielo y echa el contenido del vaso de precipitado en la copa. Por la forma en la que lo sostiene, sé que está caliente.

El vino ha cambiado de color. Tiene un tono de rojo bastante más claro.

Ossley pone un termómetro en la copa y espera hasta que el vino se aclimate a la temperatura de la habitación. Entonces coge la copa del cubo de hielo y me la entrega.

—Aquí tienes, Sean —exclama—. Pruébalo y dime qué opinas.

El exterior de la copa es resbaladizo por culpa del hielo. La miro con cierta preocupación.

—¿De verdad quiero beberme tu experimento químico? —pregunto.

—No te dolerá. —Ossley levanta la copa hasta la nariz, huele y pega un buen trago—. Pruébalo.

Cojo la copa con desconfianza. Recuerdo que, en el pasado, ha habido gente que ha intentado matarme. Gente que ni siquiera conocía y por razones de las que no tenía ni idea.

—¿Te das cuenta de que, si me envenenas, toda la producción se detiene y te quedas sin trabajo? —pregunto.

Ossley me lanza una mirada de superioridad, con los labios fruncidos.

—En realidad se trata de la Versión Seis punto Uno del envasado —aclara—. Yo las he bebido todas. No contiene nada dañino. No en esas cantidades, al menos.

Me pongo la copa debajo de la nariz y huelo. Me sorprende. A diferencia de las muestras anteriores, esta sí que huele a vino. Ossley sonrío de oreja a oreja.

—¿Ves? —dice—. Es vainillina lo que hueles. Las lactonas le dan fragancia de roble.

Yunakov, el *attrezzista*, me guiña el ojo.

—Es vino, tío —me tranquiliza—. Yo he bebido el producto de Ossley toda la semana. Está bien.

Paladeo un poco con cautela. Sabe más o menos como el vino de mesa rojo. No es brillante, pero es aceptable.

—No está mal —opino—. Ha mejorado mucho.

Paso la copa a la ambientadora de decorados.

—¿Ves? —exclama Ossley—. Se tarda meses en producir un vino de esa calidad y mi reactante lo ha hecho en veinte minutos. Imagina qué ocurriría en la industria del vino si cada bodeguero pudiera producir un *grand cru* en veinte minutos.

La ambientadora de decorados sorbe y entonces se relame los labios, crítica.

—Esto a duras penas es *grand cru* —estima.

—Estoy empezando —se excusa Ossley—. En un par de años más, serviré una cosa que no diferenciarás de un *Haut-Brion*.

Ella levanta una ceja.

—¿Cómo justificas la denominación de origen? —pregunta.

Ossley ríe.

—La denominación de origen no es algo místico. La denominación de origen no existe porque tus antecesores calzaran zocos y rezaran a Santa Valeria. Solo es química. Dame un análisis químico y podré duplicar el resultado.

Sigue un debate serio sobre el *terroir*, el *debourgage* y el *encépagement* y yo vuelvo a la cerveza. Me gusta un buen vino peleón, pero no soy lo bastante fanático para que me importen los detalles complicados.

Fumamos otra ronda y decido que es hora de irme a la cama. La habitación de Yunakov está en la planta baja del complejo turístico, así que me voy saltando la barandilla del balcón y cojo el camino hasta mi cabaña.

El mar brilla con la luz de las estrellas. Las flores tropicales se aclaran con la brisa. La playa tiene un resplandor irisado.

Si cierro los ojos, casi puedo imaginarme que vuelvo a estar en el paraíso, es decir, en el sur de California.

Doblo la esquina y me sobresalto al oír un grito. Es uno de los camareros del hotel que lleva una bandeja del servicio de habitaciones. Las botellas y los platos vuelan y me apresuro a cogerlos antes de que se rompa nada. El camarero y yo lo ordenamos todo.

—Lo siento, señor Makin —se disculpa el camarero—. No lo vi venir.

El complejo turístico está en Quintana Roo, así que el camarero es maya y con suerte llega al metro y medio, cara ancha, narigudo y sonrisa nerviosa. Lo miro.

—No pasa nada —aseguro—. Buenas noches.

No me sorprende del todo oír a la gente chillar cuando aparezco sin que lo esperen, pues soy una estrella de cine peculiar.

Era un niño con la cabeza gorda, pero precioso, cuando todas las familias de Norteamérica me invitaron a sus salas de estar como estrella de la comedia *Árbol genealógico*. Pero cuando crecí me hice alto. Pero la cabeza siguió creciendo. Es una enfermedad llamada pedomorfosis: tengo la cabeza extrañamente grande y los rasgos con las proporciones de un niño, con la nariz respingona, una frente enorme y los ojos muy grandes.

Ahora mismo parezco todavía más siniestro que habitualmente porque, para mi papel de moral ambigua, me he afeitado la cabeza, que está quedándose calva, y me he dejado perilla. Parezco esa persona a la que no te gustaría encontrarte a la vuelta de la esquina una noche oscura.

Mi apariencia explica por qué mi carrera se hundió cuando dejé de ser mono y por qué me costó encontrar trabajo durante más de una década hasta que me rescató una inverosímil salvadora: una diseñadora de juegos que se llama Dagmar Shaw, que me contrató como estrella de una producción llamada *Escape a la Tierra*, que se emitió por Internet. Yo hacía de Roheen, una especie de extraterrestre y ángel a la vez. *Escape a la Tierra* fue un éxito enorme y la secuela también. Estoy en negociaciones con Dagmar para más proyectos de Roheen, pero mientras tanto intento expandir mi fama protagonizando una película.

Mi cara extraña garantiza que no seré nunca la estrella de una comedia romántica, pero también que me acepten enseguida como malo: durante los años en los que me arrastraba por un trabajo, hice de matón más que de otra cosa. Así que, en *El arrecife de la desesperación*, soy un personaje infame que encuentra la redención y se convierte en bueno.

Aunque borde el papel, aunque sea absolutamente brillante, no está claro que la gente vaya a pagar por ver mi extraña cabeza en una pantalla de cine. Al fin y al cabo, mis únicos éxitos han sido en formatos más pequeños.

Mientras remuevo mis inseguridades, camino hacia la cabaña. Es un edificio encolado, con un techo al estilo maya, alto y hecho con hojas de palmera: todo destila sabor local. Abro la puerta y veo que Loni Rowe ha llegado antes que yo. Está echada en una butaca, bebiéndose mi zumo de naranja. Escribe por su móvil, pero cuando me ve llegar, aparta el móvil y se levanta.

—Hola —saluda—. Había un dron por aquí arriba, así que se me ha ocurrido venir a tu cabaña y darles material para que escriban.

Es una pelirroja pálida que se esconde del sol y, cuando está en cámara, se tiene que poner un buen puñado de maquillaje para taparse todas las pecas. Tiene unos enormes dientes brillantes y una exuberante figura que le ha brindado admiradores por todo el mundo. Hay un póster popular de Loni que ha vendido millones de ejemplares y es difícil imaginarse la habitación de cualquier adolescente norteamericano sin la imagen del escote de Loni en alguna parte.

Loni es una actriz joven y ambiciosa. Tiene un papel en la película como amante de un señor de la droga. También es mi novia o, mejor dicho, mi novia oficial para las revistas, para que los titulares nos garanticen que nuestros nombres no se olviden.

A pesar de que nuestra relación tiene en gran parte intenciones publicitarias, tenemos sexo de vez en cuando. Los adolescentes que se van a dormir cada noche mirando el póster de Loni se decepcionarían si supieran que la experiencia es bastante satisfactoria, pero nada especial. No hay pasión en nuestra relación porque los dos estamos mucho más apasionados con nuestras carreras. No obstante, Loni y yo somos amigos y, a pesar de que nos utilizamos el uno al otro, supongo que seguiremos siendo amigos, incluso después de que tengamos otras relaciones de revistas.

Loni, como recordaréis, es la buenorra que rompió la relación con mi anterior novia de revista, Ella Swift. Ella es una estrella mucho más

importante que Loni y engancharme fue un buen golpe para Loni. Robarle el novio fortaleció mucho su perfil.

Los dos romances de revista los ideó mi representante, Bruce Kravitz, de PanCosmos Talent Associates en Beverly Hills. *El arrecife de la desesperación* es un lote casi entero de la PCTA: Bruce representa a la mayoría del reparto y al guionista que redactó el borrador del primer guion (un guion que nunca he visto de un guionista que nunca he conocido), al guionista que reescribió el guion y creó el primer final y al otro guionista que escribió el segundo final, el que todo el mundo odia, pero que seguramente usarán de todas maneras.

Bruce también representa a Ella Swift y nos situó como amantes de revista para que generásemos titulares, durante un periodo en el que ninguno de los dos tenía películas en la cartelera, para que los espectadores recordaran que existíamos. Por razones que ella sabrá, Ella quiere esconder que es lesbiana y mantiene una apasionada relación con su peluquera.

No tengo ni idea de por qué Ella quiere seguir dentro del armario porque, para mí, pensar en ella con otra mujer la hace más exótica e interesante. Pero entonces no tenía a nadie más en mi vida y seguí la corriente. Cuando nos veían en los estrenos, fiestas, eventos benéficos o los partidos de los Lakers y yo dormía en su casa de Malibú dos o tres noches por semana, en una habitación de invitados, ella compartía la habitación principal con la peluquera.

Entonces Ella se marchó a Sudáfrica a rodar *Kimberley*, sobre el tráfico de diamantes, y Loni, que está en el momento de su carrera en el que cualquier publicidad es buena, aceptó convertirse en la otra que rompió el corazón de Ella.

El triángulo produjo un número masivo de titulares generados por Bruce, en los que Ella lloraba a sus amigos, se hundía en el estudio de *Kimberley* o volaba a Estados Unidos a suplicarme que volviera con ella. Algunas semanas las revistas informaban con rapidez si Loni y yo discutíamos en el estudio o si habíamos roto. Otras semanas, estábamos a punto de anunciar nuestro compromiso. A veces me pillaba hablando por teléfono con Ella y se enfadaba y a veces yo volaba en secreto a África a estar con Ella.

Siempre me alegraba verme en los titulares, incluso si las historias no eran ni remotamente verdaderas.

Si apareces en las noticias, significa que importas a la gente. Me gusta importar a la gente. Ver mi nombre en las portadas de las revistas hace latir mi corazón.

Pero hay desventajas por convertirse en un famoso de revista, incluido el dron aeronáutico con cámara que los *paparazzi* envían a donde vivimos y trabajamos. Son ilegales, al menos en Estados Unidos, pero no puedes arrestar a un dron y, si no puedes arrestar al piloto, solo tienes a un hombre con un mando y no puedes probar que haya hecho nada con ese mando que infrinja la ley.

Para mí, utilizar drones es hacer trampa. Se supone que las revistas publican las historias que les proporcionan nuestros publicistas, no montan su propia flota aérea para descubrir las cosas ellas mismas.

Aun así, Loni había sabido actuar cuando descubrió que había un dron con cámara que sobrevolaba el hotel: había ido de su habitación a mi cabaña, como si fuera una cita, y se había asegurado de que *Relato o Daño semanal* o el que fuera consiguiera su próxima historia. Las secretas visitas nocturnas de Loni a Sean o algo así.

—¿Todavía vuela el dron? —pregunto.

Loni mira el móvil y consulta el informe realizado por nuestro personal de seguridad.

—Parece que no —responde—. Despejado.

Voy hasta ella y pego un trago al zumo de naranja.

—Puedes quedarte si quieres —le ofrezco.

Me lanza una sonrisa de disculpa.

—Volveré a mi habitación, si no te importa. Necesito unas horas más de redes sociales.

La estrella aspirante tiene que trabajar en las redes, o eso parece.

—Pásalo bien —le digo y me acabo el zumo de naranja mientras se dirige hacia la puerta.

Se va escribiendo con el móvil. Esta noche parece que dormiré solo.

A la siguiente mañana estoy bajo del agua, con un equipo de submarinista, haciendo un montón de planos de reacciones. Con la cámara cerca de la cara, finjo sorpresa, ira, determinación, desesperación y amenaza. Nado ante el objetivo de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de arriba a abajo. Me escondo detrás del coral mientras los malos imaginarios nadan por encima de mí. Manejo aparatos de salvamento sumergidos con aparente habilidad.

El director, un inglés llamado Hadley, sentado en una especie de tienda de campaña en una lancha adaptada, me envía instrucciones a través de altavoces

submarinos. Ni siquiera se moja los pies: lo único que hace es mirar los monitores de vídeo y sorber un cortado preparado por su camarero personal.

—Demasiado corta —opina—. Más larga.

—Demasiado larga —expresa—. Más corta.

Odio las tomas submarinas. Como todos. Intenté convencer a los productores de que podríamos grabar con un croma, pero no me hicieron caso.

A las doce y media termino, pero cuatro horas en el agua me han agotado y la máscara de submarinista me ha dejado marcado un círculo rojo alrededor de la nariz y los ojos. Tengo suerte de que hayamos grabado todo a poca profundidad, donde hay mucha luz natural, y no tengo que sufrir la descompresión.

Una lancha motora me lleva al hotel y de camino decido parar en la habitación de Loni Rowe. He visto la hoja de rodaje esta mañana y me he dado cuenta de que han cambiado los horarios y tengo una escena con Loni al día siguiente. Quiero hablar con ella: estoy pensando en cederle algunas de mis líneas porque son demasiado pedantes, como dicen, para mi personaje, pero estarían bien para el suyo.

Tiene una suite en la planta baja, en un ala del hotel, con un patio que da a la playa, y en el patio tiene muebles de jardín en los que hay un bañador y algunas toallas secándose. El bañador es tan grande que puede cubrirle todo el cuerpo, como un vestido, y ayuda a la pálida pelirroja a esconderse del sol. Hay una placa de cartón con el nombre de Loni en la puerta, L. ROWE, para que los miembros de producción no despierten a otra persona por equivocación.

Noto que el cristal de la puerta corredera está agrietado (un pájaro se habrá chocado, pienso, una gaviota o algún gorrión), golpe en el marco, abro la puerta y entro al interior, que tiene aire acondicionado.

Loni está muerta en el suelo. No hay ninguna duda sobre su estado, porque tiene la cabeza destrozada. Su vestido de tirantes rosa está salpicado con un tono más oscuro de rojo, incluso más oscuro que el rojo de sus cabellos. Hay una taza de café rota en el suelo, a su lado, en un charco de líquido moca. En el aire circula una fragancia empalagosa que envuelve mis sentidos.

Miro alrededor como un loco para ver si hay alguien más en la habitación, especialmente alguien con un arma. No hay nadie.

El corazón me late en la garganta y tengo el pulso tan alto que ya no oigo la brisa, ni las olas del océano ni mis propios pensamientos. Los cadáveres no

son algo nuevo para mí, pero si me enfrento a la muerte, necesito preparación.

Salgo de la habitación e intento recordar si he tocado algo. Mientras vuelvo al porche, me saco un pañuelo del bolsillo y rozo el pomo de la puerta. Entonces cierro la puerta corredera de vidrio y todo el vidrio del marco cae y se desmenuza en el suelo en un montón enorme de fragmentos con arcoíris relucientes. El ruido es más alto que el grito de una conciencia culpable.

Vuelvo a mirar a mi alrededor como un loco, pero parece que nadie me presta atención. Me escabullo hacia mi cabaña y entonces actúo de una forma lógica para alguien en mi situación.

Llamo a mi representante.

—¿Así que han disparado a Loni? —pregunta Bruce.

—¿Disparado? —Se me aprieta el estómago y me doblo en el comedor por un repentino espasmo de angustia—. No sé cómo la han matado — respondo—. Solo sé que está muerta.

—Pero tú no la has matado.

—No.

Tacha la próxima pregunta en su lista mental.

—¿Tienes coartada?

Intento pensar. Pensar es complicado, porque tengo un remolino en la cabeza y una agitación en la barriga y solo veo el cuerpo de Loni desplomado en el suelo con el vestido rosa de tirantes.

—He estado bajo el rodaje submarino toda la mañana —contesto.

—Entonces estás bien —afirma Bruce. Tiene un tono de autocongratulación en la voz por la forma lógica en la que maneja la crisis—. No estás en peligro.

—Bruce —digo—, aquí no tenemos la policía de Beverly Hills. No son policías de guante blanco. Pueden cargármelo a mí solo porque me tienen a mano.

—Por eso solo hablarás con uno de nuestros abogados presente —asegura Bruce—. Te enviaré a uno en unos minutos, junto con un colega mexicano.

El dolor de estómago desaparece. Me enderezo. El pánico empieza a desvanecerse.

—Sean, ¿crees que podía ir dirigido a ti? —pregunta Bruce—. Por aquello que, ya sabes, pasó.

Lo que pasó hace un par de años, cuando un número sorprendente de personas intentó matarme para hundirme el regreso al cine.

La pregunta de Bruce provoca que una ola de paranoia se me apodere de los nervios, pero entonces pienso en la cronología de los acontecimientos.

—No lo veo —respondo.

Porque, en realidad, todos esos malos momentos ya han pasado, esas épocas en las que viajaba con guardaespaldas, me escondía en habitaciones de hotel y desconocidos intentaban apuñalarme con cuchillos de cocina.

Ahora soy una gran estrella. La gente me adora. Nadie me quiere ver muerto, como mucho algún aguafiestas.

—Todo va bien, Sean —me tranquiliza Bruce—. No estás en peligro. Y nos aseguraremos de que no tengas ningún problema.

—Vale. Vale.

Una sensación de bienestar se apodera de mí. Bruce Kravitz es un mago absoluto a la hora de invocar esa sensación de bienestar. Así hace las cosas y así hace a la gente feliz.

—Ahora tendrías que contarle a alguien lo del cuerpo —aconseja Bruce.

La paranoia vuelve.

—¡A la policía no! —replico.

—No —cede Bruce—. Claro que a la policía no, tienes razón. ¿Está por ahí alguno de los productores?

—No lo sé.

—Empezaré a hacer llamadas y lo averiguaré. Tú quédate quieto y recuerda que estás desolado.

—¡Por supuesto que estoy desolado! —exclamo.

—Quiero decir que recuerda que se suponía que Loni y tú estabais juntos —explica Bruce con firmeza—. Han matado a tu novia, Sean, a tu amante. Tienes que estar preparado para interpretar ese papel.

—Claro.

El pánico y el terror me habían hecho olvidar que todo aquello que el público sabía sobre Loni y yo era una completa farsa.

—¿Puedes hacerlo, Sean? ¿Puedes interpretar ese papel? —Bruce suena como si quisiera tranquilidad, así que le tranquilizo.

—Claro que puedo hacerlo —contesto—. Loni me caía bien. He encontrado su cadáver. No será complicado.

—Bien. Ahora haré unas llamadas y te volveré a llamar.

De nuevo la voz de Bruce invoca esa maravillosa sensación de bienestar. Se lo agradezco, cuelgo y me siento en el sofá, a la espera de lo que ocurrirá a continuación.

Lo que ocurre a continuación es Tom King, el director de producción. En un rodaje, el director de producción es la persona que hace que todo salga hacia delante, la que controla el presupuesto y supervisa la producción, un trabajo que requiere la clarividencia financiera de J. P. Morgan y la persistencia de un policía de televisión. Tiene experiencia en grandes producciones como esta y los horribles y complejos problemas que causan.

Me llama a la puerta cuando suena el móvil y es Bruce, que me dice que está de camino. Abro la puerta y le permito entrar.

Tom King es un hombre corpulento de cincuenta años que está quedándose calvo. Viste una camisa blanca de algodón, pantalón caqui y lleva el móvil en la mano. Tiene un trocito triangular de pelo entre el labio y la nariz, un trocito que la hoja de afeitar se ha dejado esta mañana.

Tiene unos ojos azules inteligentes que me miran con cautela a través de unas gafas negras, como si pudiera explotar si no me trata como debe.

—Bruce dice que hay un problema —empieza.

—El problema es que Loni está muerta —explico con un poco de brusquedad.

Resulta que no se trata de una complicación menor en el catering o en los horarios de rodaje que haya que resolver: hay un cadáver en una de las habitaciones y parece que Tom lo contempla más como un problema táctico que como un crimen violento.

Parpadean sus ojos azules.

—¿Me lo puedes enseñar? —pide.

—¿Por qué no lo miras tú solo?

No tengo ganas de ver a Loni muerta de nuevo.

—Solo sé lo que Bruce me ha dicho —me espeta. Todavía me mira con cautela, como si sospechara que tengo alucinaciones.

La paranoia me da vueltas en la cabeza. Tal vez está acostumbrado a que los actores enloquezcan y alucinen con cadáveres. Tal vez le pasa siempre.

—Por favor —pide.

—Yo no entraré —aseguro.

—De acuerdo. No hace falta que entres.

Vamos al patio de Loni. Las toallas todavía se agitan con la brisa. Tom entra al patio y se da sombra en los ojos con la mano para mirar. Yo permanezco a unos cinco metros, donde no hay peligro de ver ningún cadáver.

—La puerta de vidrio está agrietada —apunta Tom.

—Lo he hecho yo. El vidrio se rompió cuando cerré la puerta.

Contempla el montón de vidrio y frunce el ceño.

—Estoy convencido de que el protocolo requiere vidrio de seguridad —suelta.

Es una frase típica de director de producción.

Me mira por encima del hombro, parece que está a punto de decir algo y entonces decide callárselo. Sé lo que piensa: ‘Has roto el vidrio al huir de la escena del crimen’.

Que le den, pienso.

Abre la puerta con cuidado, entra y entonces yo siento una repentina inhalación. Entro en el patio, siento el aire acondicionado fresco que se escapa por la puerta y, mientras los ojos se me ajustan a la oscuridad, veo a Tom encorvado sobre el cuerpo de Loni. Le toca la pierna. Se endereza y sigue mirando al cadáver.

—Está fría —sentencia—. Ya hace un rato que está aquí.

Lo que me exculpa, como bien sabe. Se endereza y me mira.

—Sean, lo siento —dice.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. ¿Tienes alguna idea?

Ahora de verdad que está en la habitación, no quiere mirar el cuerpo. Yo no quiero mirarlo tampoco. En lugar del cadáver, nos miramos el uno al otro. Entonces, detrás de él, veo el agujero de bala en la pared.

—Mira —comento, señalándolo.

Tom va hasta la pared y examina el agujero de bala. La mente empieza a recuperarse del golpe y puedo procesar algunos hechos.

—La bala ha atravesado la puerta de vidrio —especulo—, ha atravesado a Loni y entonces ha seguido hasta la habitación del lado.

Contempla el agujero, asiente con la cabeza y el mismo pensamiento horripilante se nos ocurre a la vez. Se gira, con los ojos azules muy abiertos.

—¿Quién está en la habitación de al lado? —pregunta.

Corremos por el edificio. No tengo aliento cuando llego a la habitación al otro lado de la de Loni, con un cartel de cartón: E. COUSTEAU.

—Emeline —jadeo.

Es una de las ambientadoras de decorado, una francocanadiense de Montreal. Salto a su patio y, como la puerta corredera de vidrio está abierta, entro.

—¡Emeline! —grito.

No hay respuesta y aprecio un olor ligero y dulce en el aire.

Al menos no hay ningún cuerpo en el suelo. Sin embargo, encuentro el agujero de bala fácilmente. Mirando desde la posición del agujero, está claro

que la bala perforó la pared y salió por la puerta abierta.

—¿Qué hay detrás? —pregunto agitando el brazo.

—La piscina y, más allá, la pista de tenis —explica Tom—. Y si una bala hubiera herido a alguien allí, ya lo sabríamos.

—¡Emeline! —chillo otra vez y examino el dormitorio, pero no está.

Vuelvo y encuentro a Tom pensativo en la habitación de delante, mirando las cachimbas impresas por Ossley en la mesa, junto a una bolsa de cogollos, lo que explica el olor a cannabis en el ambiente. Tom confisca las dos cachimbas.

—Creo que no queremos que la policía encuentre esto —explica.

—Sí, señor.

Me mira.

—Si tienes algo en la cabaña, será mejor que desaparezca.

—Estoy limpio —afirmo—. No viajo nunca con nada que pudiera hacer que me pillasen.

Para eso ya está el equipo, por favor.

—Tengo que hacer unas llamadas —se excusa Tom—. Deberías volver a la cabaña y esperar a la policía.

—Bruce dice que ha enviado a un abogado.

—La policía llegará antes. —Me frunce el ceño—. ¿Tienes alguna teoría de quién querría matar a Loni?

—No. Nadie, para nada.

—Ella y tú, ya sabes, os veáis —dice—. ¿No te mencionó a nadie?

En este momento el *shock* se me pasa y comienzo a enfadarme.

—No me dijo que un asesino la asediara, no —respondo—. Aunque te parezca raro, no salió ese tema.

Mi vehemencia le sorprende un poco.

—De acuerdo —cede—. Te creo. Pero quizás tendrías que volver a tu habitación ya.

Le obedezco, pero antes me invade una sensación de que todo esto ya me ha pasado antes.

El hecho es que matan a la gente de mi círculo. Yo no le deseo el mal a nadie, pero mueren. Cuando echo la vista atrás, veo mucha sangre.

Yo solo he matado a una persona. Bueno, a dos, aunque nadie sabe nada sobre una de ellas. Y no tenía ninguna animadversión hacia ninguna de ellas.

No me levanto por la mañana pensando ‘Bueno, ¿a quién mataré hoy?’. No pretendo hacer daño a nadie. No lo he pretendido nunca.

Esperaba haberlo dejado todo atrás, pero ahora que un desconocido ha asesinado a Loni por razones desconocidas, todo empieza a resultarme terriblemente familiar.

Cuando la policía me interroga por la noche, revivir los viejos recuerdos me agota emocionalmente, me desanima y me deprime. No hace falta que actúe en absoluto para parecer el novio aturdido y destrozado de Loni. Solo necesito pensar en que si me equivoco tal vez me culpen de todo para evitar acabar con la botella de tequila más cercana.

El interrogatorio de la policía se desarrolla mejor de lo que esperaba. Resulta que la producción merece lo mejor: la PFM, la Policía Federal Ministerial, que son los mejores investigadores del país, reemplaza enseguida a los policías locales. Me interroga un hombre muy educado con un traje gris de civil y un inglés muy bueno. Se llama Sandoval. Me da el pésame por mi pérdida y graba el interrogatorio en una grabadora muy nueva con función de transcripción, que muestra una versión escrita del interrogatorio en una pantalla de nueve pulgadas. El problema es que transcribe las palabras inglesas con las palabras españolas que suenan fonéticamente parecidas y el resultado es un completo galimatías. No sabe encender la función de inglés, si tiene, pero me asegura que la transcripción del audio será correcta.

Se parece un poco a Charlton Heston en *Sed de mal* y, por un momento, me divierto de manera grotesca mientras recuerdo al personaje de Heston intentando que funcione aquel aparato para grabar las conversaciones de los micrófonos ocultos en la ropa en esa película.

Sandoval tiene dos ayudantes, un hombre mayor con canas y bien vestido que está sentado sin moverse y solo escucha. Tal vez es el oficial superior, pero creo que a lo mejor no habla porque no sabe mucho inglés. Hay otro hombre, rubio y con el cuello grueso, con botas de montaña y una especie de chaqueta azul de guardabosques con muchos bolsillos. Parece norteamericano, pero tampoco habla, así que no lo sé.

No ha aparecido ningún abogado, pero Tom King está presente en el interrogatorio como apoyo moral y confirma mi versión según la cuento.

Todo va bien hasta que menciono que después de encontrar el cuerpo llamé a Tom. Las cejas de Sandoval se levantan.

—¿No llamaste a la policía? —pregunta.

—No sé llamar a la policía en México —me excuso—. No tengo el teléfono de emergencias. Creía que tal vez otra persona lo sabría.

Si Sandoval no lo encuentra plausible, no lo dice. Acabo mi versión, Sandoval formula unas preguntas de seguimiento, entonces me ofrece su pésame de nuevo y se marcha.

Hablo como persona a la que la policía ha interrogado algunas veces y estoy convencido de que el interrogatorio ha ido sobre ruedas.

Después de eso, no tengo problemas para dormir. Por la mañana, me despierta la asistente de dirección al traerme el desayuno. Ella no suele ocuparse de eso, pero me da el pésame y también intenta averiguar si me encuentro con ganas de trabajar y puedo continuar con la producción.

Le aseguro que estoy bien. Le pregunto qué pasa y me responde que la policía todavía está por allí, tanteando e interrogando a todo el mundo. La noticia de la muerte de Loni se ha filtrado, por supuesto, y media docena de drones *paparazzi* dan vueltas fuera del hotel y han desplegado policía extra para que los intrusos no se acerquen al recinto.

De hecho, como habla castellano y ha oído a algunos de los policías gritándose unos a otros, sabe bastante sobre la investigación. Según parece, la policía local lo arruinó todo antes de que llegara la PFM.

—Cortaron trozos de la pared que la bala atravesó —dice a trompicones—, tanto del apartamento de Loni como del de Emeline. Los pusieron en bolsas de pruebas, pero olvidaron etiquetarlas y ahora ya no saben a cuál pertenece. Y entraron tantos policías a la habitación de Loni a sacarse fotografías que todas las pruebas que había, como la salpicadura de sangre, no sirven...

Abre los ojos al darse cuenta de que, tal vez, el presunto amante de Loni no es el mejor destinatario de estas noticias. Se lleva las manos a la boca.

—Joder, Sean, lo siento —se disculpa—. ¡No tendría que haber dicho nada!

—¿Querían fotografiarse con un cadáver? —pregunto. Me asquea.

Me lo imagino todo. Policías con uniforme rondando, posando con el cadáver, la escandalosa y famosa estrella de Hollywood...

A pesar de que, pensándolo mejor, tal vez es lo que Loni habría querido.

La ayudante de dirección desaparece como un rayo, pero no es la última persona que me trae comida. Parece que es costumbre llevar comida a alguien de luto, incluso si esa persona no la necesita (al fin y al cabo, soy la estrella de la producción y normalmente me dan tres comidas de catering al día, además de pisco-labis saludables) y ahora tengo la nevera llena de cuencos de fruta, sopas, cajas de bombones, paquetes de seis yogures, pasteles, cajas de nueces y una pizza sin gluten.

Además, tengo un montonazo de flores, incluido un ramo gigante de mi representante.

La única persona que no me da el pésame es Mila Cortés, la bonita venezolana que interpreta el personaje de mi novia, Anna. Mila es toda una diva. Es demasiado buena para el complejo turístico que acoge al resto de la producción, así que ella vive en un yate atracado en Playa del Carmen, al norte. Solo la veo cuando rodamos una escena juntos, el resto del tiempo me ignora.

Peor que ignorarme, en realidad. De hecho, mi aspecto le da asco y se ofende por tener que compartir el universo con alguien tan raro como yo. Ya hace tiempo que soy extraño y la actitud de la gente como Mila destaca de la del resto con bastante facilidad.

Aun así, al resto de gente le importa, y a pesar de la ridícula acumulación de flores y manjares, me ha emocionado sinceramente la preocupación de todo el mundo. Esperan que el dolor me rompa el corazón y, la fuerza de su creencia es tan fuerte, que me encuentro destrozado de verdad. A veces, la voz me falla y desaparece en medio de una frase. Me saltan lágrimas en los ojos. Estoy sorprendido de mi habilidad para encarnar el personaje de amante devastado.

Cuando una de las técnicas de sonido, una rubia californiana muy guapa que se llama Tracee, se ofrece a ayudarme para olvidar a Loni, le respondo que estoy demasiado hundido para responder. Así que quedamos para más tarde.

Los abogados aparecen a media mañana y tengo que volver a contar la versión, lo que todavía me deprime más.

Alrededor del mediodía me llega la claustrofobia, así que decido visitar al director, Hadley. Me pongo gafas de sol y pongo una expresión impasible, salgo a la luz del día y aparecen muchos zumbidos en el aire cuando los drones con cámara hacen zoom para primeros planos.

Aparecer en la revistas siempre me hace sentir contento y querido, así que me fuerzo a poner la actitud requerida de pesar deprimido y arrastro los pies con las manos en los bolsillos.

Encuentro a Hadley hablando con Sandoval en la piscina. Otro policía mexicano habla con Chip, el hombre que es primo de alguien en el rodaje. Hay cola de gente para interrogar, así que es evidente que tardará un poco.

La gente sigue dándome el pésame. La ventaja de estar al aire libre es que puedo escapar. Agradezco y continúo, como si tuviera algún lugar al que ir.

Acabo en la playa, solo, con la brillante arena blanca, contemplando la playa. Supongo que tendré una buena fotografía en la portada de *Plato semanal* u otra publicación parecida.

El océano tiene un perfecto azul turquesa, con olas que mueren en el rompeolas unos noventa metros adentro. Hay policías por la playa, haciendo como que vigilan la arena o algo así, pero son bastante amables y no se acercan.

Respiro la fragancia de yodo del mar.

—Hola —saluda alguien—. ¿Qué tal?

Me doy la vuelta y veo que es el policía rubio que estuvo en mi interrogatorio de anoche, el hombre que parecía estadounidense. Todavía lleva la chaqueta azul y yo llevo mis Ray-Ban, como Gregory Peck en aquella película sobre la guerra. Su voz es como una marisma de Carolina del Norte.

—¿Quién eres? —pregunto.

Observa el cielo en busca de cualquier dron que pudiera leerle los labios.

—El agente especial Sellers —responde—. Administración para el Control de las Drogas. La DEA.

Parpadeo con una profunda sorpresa.

—¿Crees que mataron a Loni por un asunto de drogas?

—No. —Zarandea la cabeza—. Solo acompaño a la PFM. Estoy aquí por otro asunto.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Si busca drogas, el rodaje tiene para dar y vender. Yo, sin ir más lejos, no pasaría una prueba de orina.

—¿Otro asunto? —pregunto—. ¿Cuál?

Saca un móvil y lo enciende. La luz solar se refleja en la pantalla, así que pregunta:

—¿Podemos ir a la sombra?

Encontramos unas palmeras y nos refugiamos debajo de ellas, donde los drones no podrán espiarnos, y pasa las diferentes fotografías hasta que encuentra la que quiere. Me la enseña.

—¿Conoces a este hombre?

Me pongo las gafas de sol en la frente y contemplo la fotografía. Creo reconocerlo y me acerco más.

Es Ossley, el ayudante de producción aficionado a los experimentos químicos, a pesar de que en la foto lleva la cabeza afeitada y perilla. Sus ojos borrosos, detrás de las gafas gruesas, le delatan. Eso y su expresión altiva.

—¿Cómo se llama? —pregunto.

—Oliver Ramírez —responde Sellers—. Le llaman Ollie.

No digo nada.

—Parece que lo has reconocido —sondea Sellers.

—Se parece a un camarero que conozco —respondo—. Trabaja en una cafetería en Sherman Oaks. —Bajo las gafas de sol para taparme los ojos y miro a Sellers con lo que pretendo que sea una expresión de inocencia—. No sé si se llama Ollie o no.

No delataré a nadie que pueda involucrarme como consumidor de drogas, y menos si la droga es más o menos legal donde vivo.

Hasta donde yo sé, los experimentos químicos de Ossley no han hecho daño a nadie. Por motivos evidentes, no soy el mayor fan de las arcaicas y punitivas leyes antidroga de mi país.

Decido cambiar de tema.

—¿Tienes alguna idea sobre... —callo, como si la emoción me sobrepasara—, sobre lo que le pasó a Loni?

Sellers contempla el mar.

—Nadie sabe realmente nada todavía —responde—. Pero hay una teoría que plantea que todo fue un accidente.

No tengo que fingir sorpresa. La boca se me abre sola.

Sellers entiende mi confusión.

—Mira, el disparo salió del agua —explica mientras señala con la mano hacia el mar—. El tirador estaría en una embarcación a cierta distancia, al otro lado del arrecife, o de lo contrario alguien lo habría visto. La policía está intentando averiguar de qué forma el asesino disparó con tanta precisión desde el mar, en una embarcación que se movía arriba y abajo, a través de una puerta de vidrio y de una habitación oscura en la que habría sido casi imposible ver. Como nadie encuentra una explicación, creen que quizás fue un accidente...

Se calla al ver mi reacción.

—Se equivocan —aseguro—. Eso no es lo que pasó.

Porque lo que pasa a mi alrededor no son accidentes, estoy a punto de decir. Lo que pasa a mi alrededor son asesinatos.

Aun así, no lo digo porque mi teléfono suena justo en ese momento. Es mi representante, así que tengo que responder.

—Gracias por las flores —respondo.

—¿Va todo bien? —pregunta Bruce.

—Más o menos.

—Los abogados creen que todo ha ido bien.

Salvo que Loni sigue muerta, pienso.

—Me alegro —contesto.

Estoy siendo bastante seco, pues hay un agente de la DEA escuchando a menos de un metro.

Después de un silencio, Bruce pasa al siguiente asunto en su lista.

—¿Has hablado con los padres de Loni? —pregunta—. Esta mañana se han enterado de la muerte de Loni por las noticias. Seguro que apreciarían un toque más personal.

—¡Oh, Dios!

Porque de normal haría que mi representante les enviara una tarjeta, ¿sabéis? Sin embargo, se supone que soy el novio de Loni, así que soy casi familia: tendré que estar una eternidad al teléfono y fingir dolor con un par de desconocidos.

—Ni siquiera sé cómo se llaman —lamento.

—Kevin te está enviando todo al móvil. —Kevin es el ayudante de Bruce—. ¿Lo demás bien?

—Voy tirando —contesto.

Suena una melodía en el móvil cuando llega el mensaje.

—Los llamaré enseguida —aseguro.

Porque así tendré una excusa para alejarme del agente especial Sellers. Y así lo hago. Vuelvo a mi cabaña y realizo la llamada, que es horripilante. Me produce ansiedad y depresión a partes iguales y entonces busco a Ossley.

La habitación de Ossley no está en el hotel, sino en la planta baja de un anexo ubicado entre el hotel principal y la carretera. Creo que el anexo es un hotel más antiguo que fue comprado por el más grande. Cuando llamo no responde Ossley, sino una mujer.

—Soy Sean —anuncio—. ¿Está Ossley?

Se abre la puerta y veo a Emeline Cousteau, la ambientadora de decorados cuya habitación agujereó la bala. Es alta y con el pelo oscuro, con una cara muy expresiva que me recuerda a la de Karen Allen, pero sin sus pecas. Va descalza y viste un top de fiesta que le deja los hombros al aire.

—Hola, Sean, pasa —me invita—. Siento mucho lo de Loni.

—Sí. Yo también.

La habitación de Ossley es pequeña, una habitación corriente de hotel, con dos camas y un escritorio pequeño. Las cortinas están echadas, la habitación es oscura, recargada y el aire huele a moho de la ducha. Ossley está sentado en el escritorio, trabaja con un ordenador y bebe de una lata de refresco.

Tomó asiento en la cama que no han usado. Ossley me dice que siente lo de Loni. Es imposible leerle los ojos detrás de esas gafas gruesas.

—Hay un agente de la DEA con la policía mexicana —informo—. Buscan a un tío que se llama Ollie Ramírez.

No se puede decir que mi dardo no acierta en la diana. Ossley se queda petrificado en menos de medio nanosegundo. Tira el teclado al suelo, la lata de refresco rebota en la mesa y las gafas se le caen de la nariz.

—Tranquilo, colega —le digo—. No te he delatado.

A pesar de que, por supuesto, no era garantía de que no lo hiciera otro.

Ossley recoge el teclado y entonces se lleva las manos a la cabeza.

—¿Qué voy a hacer? —grita.

Emeline se acerca a él y le pone las manos en los hombros. Le masajea y se encorva para cuchichearle en la oreja.

—No te preocupes, cariño. No te pasará nada.

Mientras los miro, ato cabos de golpe, como si me tirasen un cubo de agua helada. Creo que el corazón me deja de latir durante unos segundos. Me quedo con la boca abierta mientras intento cuadrar mis pensamientos y levanto una mano para señalar a Ossley.

—Te disparaban a ti —acuso—. Estabas en la habitación de Emeline, la bala no te dio, atravesó la pared y mató a Loni.

Entonces perforó su puerta y se perdió en el mar.

Recuerdo los vidrios en el patio de Loni cuando ayer fui a su habitación. Los trozos de cristal habían caído hacia el exterior, lo que era un indicio de hacia qué dirección iba la bala. Pero como el resto cayó por todas partes cuando salí, lo había olvidado hasta ese momento.

Tal vez si se observaba mejor el agujero de la pared, la trayectoria real sería más clara, pero solo recuerdo agujeros pequeños. Nadie había prestado ni una pizca de atención a la pared, no con un cadáver, un objetivo evidente para el francotirador marino.

Ossley y Emeline me miran como si acabara de descubrir el gran secreto que enviará sus almas al infierno. Quizás así sea.

—Estábamos juntos, ya me entiendes —explica Ossley—. Y agaché la cabeza para, mmm... Como decía, la bala me pasó por encima de la cabeza.

—Nos escondimos un rato —sigue Emeline—. Y entonces huimos.

Miro a Ossley.

—¿Qué experimentos químicos has estado haciendo para que la DEA y un francotirador te persigan?

Ossley extiende una mano hacia mí.

—Bueno —dijo—. Ya lo sabes.
Consigo mantener la paciencia.
—No —ataco—. No lo sé.
Emeline me mira.
—Lo sabes —confirma ella—. Con el vino.
Asiento con la cabeza.
—Está construyendo un vaso reactor...
—Reactante —corrige Ossley.
—Imprimirás drogas —le digo.
Mueve su greñuda cabeza.
—Acabo de dejar las sustancias químicas precursoras —explica—. Son como profármacos de la naturaleza: producirán drogas cuando hayan acabado de reaccionar con el vaso.
—El vaso que también imprimirás —deduzco.
—Correcto.
—¿Qué drogas? —pregunto.
Encoge los hombros de manera desafortunada.
—Las opiáceas son las más fáciles —responde—. Quiero decir, están muy relacionadas, solo decides cuántos grupos de acetil o lo que sea que quieras añadir a la morfina...
—¿Oxicodona? —pregunto—. ¿Dilaudid? ¿Heroína?
—Clorhidrato de diacetilmorfina —contesta Ossley—. Pero eso no es...
—Encoge los hombros, asiente con la cabeza y me da la razón—. Bueno, sí, es heroína, sí.
—¿Y cuánta has producido?
Parece que la pregunta le sorprende.
—Mmm —piensa—. Nada. El equipo no es lo suficientemente bueno. Si tu objetivo es producir drogas, la impresora tiene que ser muy precisa y tienes que controlar la temperatura, la humedad y la luz muy bien. No he podido nunca permitirme una impresora tan buena. E incluso si consiguiera una, tendré que llevar a cabo un montón de experimentos antes de que pueda producir algo de calidad farmacéutica.
—¿Y por qué la DEA...?
—Publiqué algo en Internet.
Asiento con la cabeza.
—Claro que sí —gruño—. Porque las convenciones de las redes sociales exigen que anuncies tu delincuencia en un foro electrónico que pueden buscar los responsables de la ley. ¿Qué otra cosa ibas a hacer?

Extiende las manos en un gesto de indefensión.

—Aparecieron los narcos. Hablan de ‘trama delictiva para distribuir drogas’. Decidí que era hora de irme de la ciudad, así que me deshice de la identidad de Ramírez y creé una nueva.

—Tenías una identidad de reserva sin utilizar.

—La imprimí. Después conseguí un trabajo aquí porque conozco a gente.

En este momento estoy más que sorprendido, así que solo asiento. Ossley sonrío con superioridad.

—Me puse el nombre del narcotraficante más famoso de todos los tiempos.

Me quedo en blanco.

—¿Hay un narcotraficante famoso que se llame Ossley?

—Owsley. Augustus Owsley Stanley. Prácticamente creó los psicodélicos en los años sesenta. Hizo millones de pastillas de ácido cuando todavía era legal.

Me acaricia la frente.

—No me importa nada lo que hicieron tus abuelos —le corto—. Solo intento averiguar qué haré contigo.

La alarma de Ossley está clara, incluso detrás de sus gafas gruesas. Emeline y él intercambian una mirada.

—No puedes ir a la policía —asegura—. Quiero decir, todo lo que he hecho era solo teórico.

—Alguien está disparándote —suelto—. Podrían herir a otra persona inocente. —Le miro—. Tal vez tendrías que desaparecer.

Ossley y Emeline intercambian otra mirada.

—Lo hemos pensado —responde—. Pero, joder, estamos aquí en medio de este enorme dispositivo policial. Imagino que estamos más seguros aquí que fuera.

—Díselo a Loni —ataco.

Hay un largo silencio.

—Mira —dice al final—, no dispararán a nadie con toda esta policía por aquí. No pasará.

—¿No? —Señalo las cortinas echadas en las ventanas—. ¿Entonces por qué no recorres las cortinas? ¿Por qué no sales al patio y te bebes una cerveza?

Ossley se relame los labios. Parece desesperado. Emeline, que todavía está detrás de él, le empuja un poco los hombros.

—Explícale el cambio de paradigma —ordena.

—Yo...

Le vuelve a empujar.

—Cuéntaselo —insiste.

Parpadea detrás de los vidrios gruesos.

—Bueno, veamos, es un cambio en el proceso de fabricación, ¿no? Pequeñas impresoras 3D en los quioscos y garajes que crearán todas las herramientas que se necesitan.

—Incluidas las drogas —añade.

—Exacto. La mayoría de las cosas para las que ahora hacen falta grandes fábricas y cadenas de montaje. —Se vuelve a relamer los labios—. Pero mira, si puedes crear, o alguien en tu pueblo puede crear lo que antes requería de una fábrica, entonces esa fábrica es innecesaria, ¿no?

—Así que las fábricas cerrarán —deduzco.

—Las fábricas de drogas y los laboratorios farmacéuticos —recalca Ossley—. Porque cuando la fórmula sea pública, la gente podrá fabricar su medicación en casa. No solo cosas ilegales, sino todo lo demás: estatinas para el colesterol, bloqueadores de adrenoreceptores beta para la hipertensión, triterpenoides para enfermedades renales, antibióticos para las infecciones...

—Es un cambio de paradigma —recalca Emeline, desesperada por que lo entienda.

—Así que las fábricas de drogas y los laboratorios farmacéuticos se van a la bancarrota —resumo—. Lo entiendo.

—No solo eso —matiza Ossley—. Sino el mecanismo entero por el que se distribuyen, mmm, o no se distribuyen las drogas. —Ríe, desesperado—. Mira, el trabajo de la DEA resulta imposible si cualquiera puede fabricar las drogas que quiere. —Sonríe—. Es un mundo nuevo. La prohibición desaparecerá porque habrá demasiadas maneras de esquivarla.

—¡Por eso la DEA quiere eliminar a Ossley! —grita Emeline—. No infringe la ley, sino que amenaza sus trabajos.

Intento concentrarme en lo que Emeline intenta decirme.

—¿Quieres decir que la DEA es la que intentó dispararte? —pregunto.

—No —responde Ossley.

—Por supuesto —grita Emeline al mismo tiempo que Ossley.

Se miran el uno al otro durante un minuto y Ossley se vuelve hacia mí de nuevo.

—Mira, no solo la policía pierde el trabajo, los delincuentes también —explica.

—Ah —exclamo.

Porque ahora mismo hay complejas redes que llevan coca, opio o lo que sea que lleven; refinan materias primas hasta crear poderosos alcaloides; pasan de contrabando la mercancía por las fronteras y, entonces, la racionan, la meten en paquetes pequeños y la distribuyen por los barrios... y, por supuesto, hay muchos tipos duros con pistolas cuyo trabajo es asegurar que ese negocio tiene éxito y protegerlo de la competencia.

Organizaciones enteras sacan millones de dólares de beneficio para las que la violencia es la primera respuesta. Todos sus miembros tendrán que volver a limpiar zapatos, plantar judías o trabajar en una tienda si Ossley perfecciona su tecnología.

—Los arruinarás a todos —concluyo.

—No le podría pasar a un grupo de gente más simpática, ¿verdad? —ironiza.

—Mientras tanto, intentan matarte.

—Yo todavía creo que son los malditos policías —interviene Emeline—. ¿Cómo sabrían los cárteles que estás aquí?

No tengo respuesta para eso, ni para nada más. Me levanto.

—Será mejor que imprimas una nueva identidad y planees tu huida —aconsejo—. No puedes quedarte aquí durante mucho más tiempo.

Lo medita mientras me voy.

Estoy en la cabaña. Hadley, el director, viene a verme. No me trae comida.

—Por Dios, tenemos un problema muy gordo —exclama.

Casi le estoy agradecido de que no desprenda simpatía. Se dirige a una de las cestas de fruta que me han regalado y empieza a meterse uvas en la boca.

Hadley es barbudo, rubio y nervioso, con toda una gama de tics nerviosos que debió de adquirir cuando llevaba el timón de enormes y complejos films en los que un solo error por su parte, o de cualquier persona relacionada con la producción, podría costar doscientos millones de dólares, como si los quemasen con gasolina. Se dedica a sus películas con una determinación un poco inhumana.

—Todavía nos quedan dos escenas grandes con Loni —explica—. La compañía de la garantía de cumplimiento dice que podemos cortarlas y nadie se dará cuenta.

Una garantía de cumplimiento es la aseguradora de la película que garantiza que, en caso de que alguna catástrofe haga peligrar la conclusión, se

pueda terminar la película o devolver la inversión a los productores. En una producción grande como esta, los agentes de las compañías de garantía de cumplimiento aparecen mucho por el rodaje, sobre todo para auditar los distintos departamentos. Es evidente que prefieren que se termine la película y no tener que devolver el dinero a nadie. No garantizan que la película sea buena, pero insisten en que el film puede prescindir de una subtrama y de dos escenas importantes. Solo les importa que la película esté lista, preferiblemente a tiempo y dentro del presupuesto.

Podéis imaginar el gozo que siento ante la perspectiva de que mi primera gran película vaya a ser un lío despedazado e incoherente.

—Se lo tengo que quitar de la cabeza —concluye Hadley.

Ha sacado una piña de la cesta de fruta y tira de las hojas superiores, abstraído, pero está demasiado flojo para arrancar ninguna, así que pierde la paciencia y lanza la piña a la cesta.

—Alguien me ha preparado un guiso —informo—. Está en la nevera. ¿Por qué no le pegas a eso en vez de a la piña?

Hadley me mira.

—Me tienes que ayudar, amigo.

—Claro. —Juego mi as—. Llamaré a Bruce Kravitz.

Se toca la nariz, como hacen en las películas para indicar que es una gran idea.

—Brillante.

Hadley no es cliente de Kravitz (todos los directores de PanCosmos capaces de dirigir una producción tan grande y complicada están en otros proyectos), así que no tiene acceso al pez más grande de la industria, pero yo sí.

Llamo a Bruce enseguida y entiende la ecuación al momento: película de mierda → carreras en declive para los clientes de PanCosmos.

—Empezaré a hacer llamadas —asegura.

Le cuento las buenas noticias a Hadley cuando Tom King, el director de producción, entra a zancadas.

—Creo que lo tendrías que saber —se dirige a Hadley—. Los policías están verificando los antecedentes de todas las personas relacionadas con la producción y han encontrado un problema.

Siento que se me tensan los hombros al anticipar la noticia de que van a arrestar a Ossley, pero no es lo que nos comunica Tom.

—Se trata de la empresa de transporte que hemos contratado para cambiar el equipo de ubicación. Es un cártel importante.

Hadley y yo le miramos.

—¿En serio es de los jodidos narcos? —pregunta Hadley.

—El amo de la empresa de transporte es Antonio Germán Contreras. Su hermano, Juan Germán Contreras, es uno de los líderes del cártel Tricolor, que controla el tráfico de drogas de la costa del Golfo.

—¡Me cago en todo! —exclama Hadley.

Los ojos azules de Tom son implacables.

—Los Tricolores son muy duros —explica—, incluso para ser cárteles. Han matado a miles de personas para llegar a su posición.

Hadley se coge la cabeza y me mira.

—¿Qué cojones hacemos? Si los despedimos, nos matan. Si no los despedimos, nos matan.

Tom se da la vuelta hacia mí.

—Sean, ¿tienes alguna idea de por qué el cártel y Loni están relacionados? —me pregunta.

—No creo que lo estén —respondo con suficiente sinceridad. Añado más incertidumbre—. ¿El cártel tiene rivales? Quizás era una advertencia de otro cártel para los Tricolores.

Tom entiende el alcance al instante. Se gira hacia Hadley.

—Es nuestra excusa para despedirlos. Diremos que su presencia aumenta la probabilidad de que ataquen la producción.

—¡Y entonces nos matarán! —responde Hadley. Está, literalmente, rechinando los dientes.

Tom lo medita un poco más.

—Les deberíamos pagar de todas maneras.

—¡La compañía de seguros no querrá! —exclama Hadley.

—Lo discutiremos. —Tom se gira hacia mí. La preocupación le crece en los ojos—. Sean, ¿qué tal?

—Bien, supongo.

Una autoevaluación honesta sería: ‘Estoy muy cansado de tener que fingir ser el amante en pena’, pero creo que no tengo esa posibilidad.

—Porque nos presionarán a todos para acabar la película —vaticina Tom—. Quiero que sepas que puedes tomarte todo el tiempo que consideres necesario para volver al rodaje.

Hadley masculla al oír esa sugerencia. Los ojos de Tom van del director a mí.

—Pero sería una buena idea saber...

—Estoy preparado para trabajar —aseguro.

Siento el alivio ligero detrás de los preocupados ojos azules.

—¿Estás seguro? Porque...

—Sí —afirmo—. Quiero salir de aquí y volver al rodaje. Es lo mejor para mí.

La respuesta les hace muy felices. Se van juntos a cuadrar los horarios del rodaje y me dejan solo en la cabaña, en medio del olor de las cestas de fruta y los ornamentos florales.

Dos segundos después de que cierren la puerta corredera, suena el teléfono. Lo miro y es Dagmar. Oh, mierda. Más problemas.

—Estoy de vacaciones —me explica Dagmar—. Estoy en las Islas Vírgenes con mi marido y mi hija. Mis primeras vacaciones en años que no están marcadas por disturbios, ni asesinatos ni el colapso de la sociedad. No podías alejarte de los problemas durante dos malditas semanas, ¿no?

—No me he metido en problemas —señalo—. No tengo nada que ver con esto.

—Ya me has mentido antes —ataca—, cuando había gente que intentaba matarte.

Bueno, admito para mí mismo, tiene razón.

Hay que reconocer que mi relación con Dagmar Shaw es imperfecta. Es la mujer que me rescató de la oscuridad y me convirtió en una estrella al ficharme para *Escape a la Tierra* y la secuela y se lo agradezco. Pero, por otro lado, es controladora, astuta, motivada y demasiado lista. Y tiene planes que van más allá de los míos.

Yo quiero ser una gran estrella y tener a millones de personas adorándome. A mí me parece una ambición modesta y comprensible.

Dagmar, en cambio, es sobre todo una genial supervillana que quiere apoderarse del mundo.

—Te enviaré a mis guardaespaldas —me dice—. Necesitas que te cuiden.

Me cuesta invocar a mi valor moral para resistirme a Dagmar. Sabe mucho más sobre mí de lo que me gustaría. Sabe dónde están enterrados los cuerpos o, mejor dicho, el cuerpo en singular, que no es que sea mucho mejor desde mi perspectiva.

—Sí, de acuerdo —cedo.

Ya he vivido en un círculo de guardaespaldas: a veces era molesto, pero la mayoría del tiempo era como tener criados con pistolas. Tienen que hacer lo que les digas, con el añadido de que tienen que protegerme de los malos.

—Una cosa más —me informa—. Es tu trabajo asegurarte de que a los guardias les pague tu producción y no mi compañía.

Lo medito.

—Me haré cargo.

Contratar a guardaespaldas, si tenemos en cuenta el disparo y mi propio pasado, probablemente cuente como necesidad justificada.

—Y, por cierto —añade—, siento mucho lo de Loni Rowe.

—La mayoría de la gente habría empezado así —señalo.

—La mayoría de la gente no sabe que no era tu novia real —recalca.

No se me ocurre nunca preguntar a Dagmar cómo lo sabe. Tiene sus fuentes, algunas de ellas extrañas.

—Ahora no te metas en problemas —ordena—. No me interrumpas de nuevo las vacaciones.

—Haré todo lo que esté en mi mano —aseguro y ella cuelga.

En ese momento, mis nervios se disparan al oír disparos fuera, en el complejo. Me tumbo en el sofá. Quizás los guardaespaldas no sean una mala idea, pienso.

Es la policía mexicana la que dispara. Habían advertido a los reporteros de las revistas de que el espacio aéreo del hotel se tenía que respetar como la escena del crimen y que tendrían que retirar los drones, pero los reporteros, como siempre, han ignorado las advertencias. Y como estamos en Quintana Roo, y no en Beverly Hills, la PFM autorizó el uso de escopetas para abatir los drones del cielo. Además, sacan del vehículo a cualquier desconocido al que pillan con un mando. Le pegan y lo encierran en la cárcel.

Permanezco dentro de la cabaña mientras juegan al tiro al plato y los perdigones rebotan en el techo de hoja de palmera y llueven sobre el patio. Enseguida el espacio aéreo del hotel está despejado, lo que facilita que Tracee, la técnico de sonido, venga a mi cabaña por la noche. Cree que me consuela después de la muerte de Loni. Pero, realmente, me alivia la ansiedad de un montón de cosas que no sería capaz de explicarle ni queriendo.

Al día siguiente, aparecen las nuevas hojas de rodaje y nos enteramos de que la producción se retomará un día después. Mis guardaespaldas, cuatro, llegan a Cancún en el mismo vuelo que la señora Trevanian, la agente de la compañía de seguros. Los guardaespaldas son los caballeros con armas, pero Trevanian es la que puede acabar con la película si corta todas las escenas de Loni y convierte la historia en una tontería. Es una figura siniestra con un

traje azul marino y una determinada manera de andar que provoca que un escalofrío de peligro recorra mi espalda. Parece que ya sepa qué está dispuesta a pagar y qué no.

Esta tarde hay un homenaje a Loni. Nos juntamos todos en la cabaña de uno de los productores y, por turnos, hablamos sobre lo maravillosa que era y todo eso mientras sé que la señora Trevanian está decidiendo mi futuro en otra sala. Me cuesta encontrar algo que decir. Otros son efusivos, parlotean sobre los recuerdos felices con Loni, pero yo estoy deprimido, mudo con la pena de saber que la señora Trevanian destruirá mis posibilidades de convertirme en una estrella del cine.

Me voy del homenaje tan pronto como la vergüenza me lo permite e intento memorizar el texto del día siguiente en un frenesí de angustia.

Tom viene a decirme después de la cena que la reunión no ha ido bien. La señora Trevanian ha insistido en que no hay que reemplazar a Loni, sino cortar todas sus escenas. Cuando Hadley gruñó, se arrancó mechones de la barba y berreó que sin esas escenas la película sería incomprensible, la señora Trevanian le respondió que *El arrecife de la desesperación* sería un éxito de taquilla y que no era necesario que los éxitos de taquilla tuvieran sentido.

—¿No habéis visto la saga *Transformers*? —preguntó.

Me hundo mucho en el sofá y contengo un llanto de desesperación. Están abatiendo mis visiones de estrellato, igual que abaten los drones espías, y sé que no volverán. La película se irá a pique y luego nadie gastará otros doscientos millones de dólares en alguien que, a simple vista, es tan extraño como yo.

Mi única opción será trabajar para Dagmar hasta que se canse de mí y, entonces, volveré a la playa. Un don nadie, como hace tres años.

—Todo esto no habrá servido para nada —gimo—. Loni habrá muerto para nada.

—Sí, claro —asevera Tom—, ¿qué podemos hacer?

—¿Recaudar más dinero? —sugiero.

Me dirige una expresión escéptica.

—Ya es un poco tarde para eso —opina.

—Es verdad —aseguro—. ¿Cuánto costaría rodar todas las escenas de Loni con otra actriz? No hace falta que contratemos a una gran estrella ni nada, solo a alguien que sea competente, de confianza...

Tom intenta ser simpático.

—¿Quién más tiene el *sex-appeal* de Loni? ¿Quién está tan buena en biquini? El personaje es una *femme fatale*.

—California está repleto de tías que están buenas en biquini —señalo con suficiente sinceridad.

Tom se centra en la mesita y repasa números.

—Si no contamos el sueldo de Loni —calcula—, volver a rodar todas las escenas de Loni costará diez millones de dólares.

Le miro. Loni aparece en pocas escenas.

—Diez millones de dólares por...

—La mayoría se va en la persecución de la lancha de tabaco.

Dios bendito, había olvidado la persecución de la lancha de tabaco, sobre todo porque yo todavía no había filmado mi parte. Loni ya había rodado su mitad y, después de que yo rodara la mía, juntarían las dos partes en edición con muchas tomas caras que tenían dobles, explosiones y disparos, para que pareciera que me las he apañado para evadir la muerte a manos de Loni y un grupo de sicarios del cártel, que vuelan todos por los aires en una explosión que cuesta una fortuna en efectos especiales.

—Mira —señalo—, si no rodamos el resto de la persecución de la lancha, nos ahorramos millones de dólares. Gástalos en contratar a una nueva actriz, busca algún cambio para sustituir la persecución de la lancha y volvemos a rodar las escenas de Loni.

Tom me mira sin entenderme.

—Ya lo he sugerido. Trevanian me cortó enseguida. Está rotundamente denegado.

—¡Pero el dinero ya está en el presupuesto!

—Ya no, ya no.

A Tom se le marcan las cuerdas en el cuello. Tiene la desesperación en el tono. Ya ha vivido esta discusión.

Por un momento, desesperado, valoro poner yo el dinero. Con mis ahorros e inversiones y, por supuesto, con el dinero de las Caimán, podría conseguirlo.

Pero no, es de locos. Los largometrajes son la peor inversión del mundo, peor que invertir en fábricas de radiocasetes. Hollywood es experto en hacer desaparecer el dinero de la gente.

Aunque nadie intentara robarme descaradamente, aunque la gente de la película lo hiciera lo mejor que supiera, solo haría falta una metedura de pata en un departamento para que el film fuera un fracaso. El estudio podía pedir una reedición mala hasta la saciedad o pifiar un traslado al 3D de última momento, el compositor que se encargara de la banda sonora podría estar más sordo que la pared, los tráileres podrían ser una mierda, el departamento de

publicidad podría estar en guerra con los productores y sabotear la promoción y todo mi dinero desaparecería, y entonces no tendría ni trabajo ni dinero.

Me reclino en el sofá e intento no gimotear.

—Estamos jodidos.

—Hadley está a punto de pegarse un tiro —me cuenta Tom.

—Mejor si se lo pega a la señora Trevanian.

—Bueno —dice Tom—, siempre podemos esperar un patrocinador de última hora con un enorme cheque.

Cojo el teléfono.

—Llamaré a Bruce.

El teléfono de Bruce va directo al buzón de voz. Es molesto que tenga otros clientes y una vida personal, pero supongo que cabía esperarlo.

Dejo el móvil.

—Probaré otra vez.

Tom vuelve a mirar la puerta, donde uno de mis guardias está dando vueltas.

—¿De dónde vienen los guardias? —pregunta.

—Los estás pagando tú —le cuento—. Es urgencia justificada. Incluso la señora Trevanian estaría de acuerdo.

—¡Joder! —exclama.

Es la única objeción que pone.

Repaso el texto una vez más y entonces oigo un pum de escopeta mientras otro dron de revista huye del hotel. Me rindo. Nadie me consolará en mucho tiempo, gracias a Dios, decido que es hora de ir al minibar y abro una botella de tequila reposada. Con un par de chupitos me doy cuenta de la manera de recaudar el dinero para hacer la película como es debido.

Llamo a la puerta de Ossley y recibo un interrogante apagado y paranoide como respuesta. Le digo que soy yo y abre la puerta para comprobar que no miento. Cuando ve a mis dos guardaespaldas, cree que son asesinos y entra en pánico, pero pongo el zapato en la puerta, me acerco y hablo en voz baja.

—Mira, puedo salvarte el culo.

Me deja entrar. Mis guardias se colocan a ambos lados de la puerta. Emeline no está y sin ella el lugar tiene un aire de desesperación: la única luz es un ordenador portátil encendido en modo ahorro de pantalla y hay comida del servicio de habitaciones pudriéndose en el tocador.

Ocupo la única silla de la habitación, así que Ossley se tiene que sentar en la cama donde yo había estado esa mañana.

—Veo que todavía tienes las cortinas corridas —señalo.

—Cuidado cuando pases por delante —aconseja—. Podrían verte la silueta.

Miro las cortinas con más respeto.

—De acuerdo. —Entonces me vuelvo hacia él—: Mira, han encontrado a gente del cártel Tricolor trabajando en la producción. —Se estremece—. Seguirán viniendo a por ti, así que hay que volverte inofensivo.

Espero que le brille una pizca de esperanza a los ojos, pero en lugar de eso recibo una sombra de sospecha.

—¿Cómo planeas conseguirlo? —cuestiona.

—Vendemos tu fórmula al cártel.

Lo reflexiona con aparente impaciencia. Se le ondulan los labios. Estúpido es lo que parece que quieren decir sus labios.

—Veo dos problemas —responde—. En primer lugar, ¿qué les impide matarme en vez de pagarme?

—Tienes que conseguir un seguro. Tienes que documentar la fórmula y dejarla en las manos de alguien de confianza para que la publique si te pasa algo.

Su expresión de desdén se agudiza.

—¿Alguien como tú?

—No —niego—. Yo no quiero tener nada que ver. Además, no la entendería.

—Claro que no —asevera—, porque ni siquiera has pillado lo que te dije antes: no hay fórmula. No he imprimido ninguna droga, solo he desarrollado la teoría. Y todas mis teorías ya están disponibles en Internet, en foros dedicados a la fabricación de aditivos. ¡No hay nada que vender!

Lo medito.

—Bueno —argumento—, podríamos decir que tienes la fórmula completa. Y entonces conseguir dinero para no contar nada a nadie.

Ossley salta de la cama y anda en círculos, moviendo las manos.

—¿Decirle a un montón de delincuentes violentos que tengo una fórmula que no existe? ¿Y esperar que me paguen por suprimirla?

—Sí.

—¡Es de locos! —exclama.

Casi que estoy de acuerdo con él: sí, no es mi idea más brillante. Pero entonces prosigo.

—¡No me conoces en absoluto! —proclama—. ¡Si creo en algo es en la libertad!

No estoy seguro de que tiene que ver esto con la libertad, pero Ossley continúa hablando para explicármelo.

—¡No me interesa forrarme con mis ideas! ¡No me interesan las patentes, ni los derechos de autor ni las marcas! —Prácticamente escupe las palabras—. ¡Todo eso se interpone en el camino de la libertad para utilizar la tecnología y la tecnología es lo que importa! La tecnología tiene que ser libre: libre para toda la gente que quiera usarla, sin que ningún imbécil saque la mano para cobrar peaje.

—¿Aunque te mate? —pregunto.

Un brillo de absoluta certeza brilla a través de las gafas gruesas de Ossley.

—Si muero —responde—, la tecnología llegará igual. Alguien averiguará cómo hacerlo. ¡La gente imprimirá drogas en casa! Es tan inevitable como que la gente conectase los ordenadores a las líneas de teléfono y crease Internet.

—Sí, y el que averigüe la respuesta recibirá una tonelada de dinero —replico.

Me contempla desde la altura de la superioridad moral.

—La información debe ser libre —asegura—. Y yo soy el que la libera.

Se me ocurre que el golpe de gracia de esa noche sería un sermón de un sabelotodo arrogante y megalómano. Recuerdo que soy muy alto, que parezco un *klíngon* y que soy un asesino, que podría levantarme ahora misma, agarrar a Ossley, tirarlo al suelo y decirle que hará lo que yo diga o le reviento la cabeza de una patada.

Sin embargo, no lo hago. En realidad no soy esa clase de tío.

En lugar de eso, me voy, llamo a los guardaespaldas y vuelvo a la cabaña, donde estudio el texto hasta que es hora de irse a dormir. Tracee, la técnico de sonido, me llama, pero le digo que estoy demasiado alterado para quedar.

Follar con alguien tres veces se acerca peligrosamente a una relación, así que decido no quedar más.

—Quiero algo grandioso —me dice Hadley—. Necesito tu jodida actuación, Sean.

Cuando Hadley hace de director de verdad, si está en la caseta o la tienda de campaña rodeado de monitores de vídeo y comunicándose con sus subordinados a través de auriculares o altavoces, no es el personaje con

aspavientos, espasmos e histérico que es el resto del tiempo. Cuando dirige en persona, Hadley está en su salsa. Es autoritario, resolutivo y te dice lo que quiere.

Por supuesto, sigue siendo un imbécil.

Aun así, me vendrían bien algunas indicaciones. Preferiría que fuera un director que estuviera en el rodaje y que supiera hablar con los actores, no un intento de Mesías que da órdenes desde una habitación pequeña con un maestro cafetero, un *macchiato* y su complejo de Napoleón, pero es lo que hay.

Estoy más que deprimido. La señora Trevanian se ha cargado la película, la película se ha cargado mi carrera y ya no veo motivos para acabar el film.

Sé que tendría que ser la viva imagen de las Tres P (Puntualidad, Pasión y Profesionalidad), que tendría que darlo todo en la actuación porque debería ser feliz solo con trabajar, pero ahora me pregunto que qué obtendré por todo esto. He sido muy trabajador toda mi vida. Incluso he matado a gente. Y personajes molestos como la señora Trevanian y los francotiradores de los Tricolor no me dejarán ser feliz en ningún sitio.

De repente me pregunto por qué me molesto en interpretar al protagonista de una película. No he interpretado nunca al héroe en un film. Y trabajar en cine y televisión requiere diferentes estilos de actuación.

Las estrellas de televisión son atractivas. Aunque sus personajes sean despreciables, caen simpáticos, son cercanos. Al fin y al cabo, los invitas a tu casa cada semana. Si no te gustan, no los ves.

Las estrellas de cine, en cambio, son más explosivas. Tienen que brillar muy intensamente para cubrir una pantalla de doce metros y exigir la atención de un cine abarrotado.

Por eso muy pocas estrellas televisivas han pasado con éxito al cine. Además de una habilidad distinta, necesitas también una personalidad diferente. Tienes que pasar de ser majo a dominante.

De la misma manera, algunas estrellas de películas son, en pocas palabras, demasiado grandes para la televisión. Jack Nicholson es fascinante en el cine, pero no te gustaría tenerlo en la sala de estar semana tras semana. La televisión no podría aguantar su personalidad.

Creo que lo estoy haciendo bien en la película. Todo el mundo asegura que soy magnífico, pero me lo dirían igual aunque actuase mal. Podría ver los brutos y averiguarlo yo mismo, pero siempre he sido demasiado inseguro para verlos.

Ahora me cuesta entender el motivo.

De alguna forma salgo adelante y Hadley se considera satisfecho con la energía que he podido reunir. Vuelvo a mi cabaña para una ducha y cenar y entonces mis guardias, gracias a Dios, me dicen que el *attrezzista* Yunakov está en la puerta.

Me invita a una fiesta en su habitación como consuelo por mi pérdida. Estoy tan ansioso por salir de ese deprimente ambiente lleno de flores que pego un salto al escucharlo.

Es muy parecida a la fiesta de la otra noche, con la excepción de que Ossley está escondido y no hay cannabis, más que nada porque un par de policías mexicanos se han unido a la diversión. Hay policías estatales de uniforme que están aquí para protegernos y mantener el orden, al contrario que los PFM de civil que, realmente, investigan el asesinato de Loni. Supongo que ninguno de los dos policías está de servicio, puesto que empujan el codo con el coñac como si no hubieran bebido nunca el caro brandi Napoleón de importación. Los dos son mayas de metro y medio de estatura.

Miro las pistolas que llevan en los cinturones y las dos metralletas Heckler & Koch que han apoyadas en una esquina, junto a un rifle para disparar a los drones, y mi cerebro empieza a tramar un plan.

Decido hacerme amigo de los policías.

Les relleno las copas. Les hablo a los dos y les pregunto por sus vidas. Héctor habla inglés mejor, pero Octavio es mucho más expresivo y se comunica con gestos afectuosos, con un tono de voz y un talento natural para la imitación. Le pregunto si se ha planteado hacerse actor.

Les halaga bastante que una gran estrella de Hollywood se interese por ellos. Cuentan excitantes hazañas policiales que, pese a que podrían ser verdaderas, sospecho que no les pasaron a ellos, sino a otra persona.

Cuando la fiesta se acaba, me llevo a Héctor y Octavio de paseo. Acabo en medio de una pareja de tíos medio borracho y con armas automáticas casi tan grandes como ellos. Me dejan coger el rifle. Los llevo al pequeño anexo del hotel donde se esconde Ossley y cuento con precaución el número de puertas correderas de vidrio de patios hasta que llego a su habitación.

Les ofrezco mil dólares por cabeza si mañana por la mañana disparan a esa puerta a la hora en la que yo tenga que estar en el rodaje. Les explico que quiero que apunten hacia arriba, sin herir a nadie.

Están bastante borrachos para que no vean nada malo en mi petición y mil dólares son, al fin y al cabo, casi tres veces su sueldo. Aun así, Héctor está un poco confuso.

—¿Pero por qué? —pregunta.

—Publicidad —respondo guiñándoles un ojo, lo que parece satisfacerles.

—De acuerdo —acepta Héctor—. Pero necesitamos quinientos más.

—¿Para qué?

—Para sobornar al sargento y que haga desaparecer las pruebas.

A penas estoy sobrio durante esta conversación, pero al día siguiente recuerdo bastante de lo que había dicho y llevo el dinero. Estamos en una zona de Quintana Roo repleta de americanos y de dólares americanos. Conseguir unos miles de dólares del banco no es problema. Luego me dirijo a la sesión de maquillaje.

Estamos rodando otra escena submarina. Según el horario, tengo que estar seis horas en el rodaje, pero hay una serie de problemas técnicos, más caos del habitual y una clara falta de cooperación del océano, el sol y las nubes. Además, he de repetir varias escenas de nuevo, así que trabajo alrededor de doce largas horas, la mayoría de ellas en el océano. Son casi las diez cuando me desmaquillan y vuelvo a la cabaña.

Mis guardaespaldas entran delante de mí para asegurarse de que no hay asesinos rondando y, para su sorpresa, descubren a Ossley y a Emeline escondidos en mi habitación. Expreso más sorpresa de la que siento en realidad y pregunto a Ossley que qué hacen.

—Mmm, ¿podemos hablar en privado? —pregunta.

Mis guardias se aseguran de que no lleva nada puntiagudo y entonces salen a vigilar los jardines.

Me siento en una silla bajo una jarra con flores de funeral que se marchitan.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunto.

Ossley parece que no está bien. Va sin afeitarse, desastrado y se palpa el cuerpo con las manos como si quisiera asegurarse de que todavía lo conserva todo.

—¡Han vuelto a dispararle hoy! —grita Emeline, completamente indignada.

Miro a Ossley.

—He escapado antes de que llegara la policía —explica.

Reprimo mis ganas de bailar de alegría.

—Lo siento —le digo—, pero no puedes esconderte aquí, ya lo sabes. No quiero nadie que atraiga el fuego hacia mi habitación.

Emeline mira a Ossley.

—Díselo —ordena—. Dile lo que estás pensando.

Tiene un pequeño tic.

—He pensado en lo que hablamos la otra noche.

Pongo mi semblante de *klington* y le miro seriamente.

—Tal vez tendrías que refrescarme la memoria, porque lo que más recuerdo es un sermón tuyo sobre la libertad.

Emeline es la responsable de su cambio de opinión, Emeline y por supuesto las balas que Héctor ha disparado a la puerta del patio de Ossley. Al fin y al cabo, he ganado. Y no veo ninguna razón por la que no debería restregárselo por sus pedantes narices.

Después de hablar con Ossley y Emeline, decido dejarle pasar la noche en la habitación libre y esconderlo en otro lugar al día siguiente. Luego doy una vuelta, busco a Héctor y Octavio y los hago tan felices a ellos y al sargento desconocido como lo estoy yo.

El estrellato de Hollywood abre muchas puertas, por lo que conseguir una entrevista con Juan Germán Contreras no requiere tanto esfuerzo como crees. Hablo con su hermano, que es la cabeza de la compañía de transportes, y cuando finalmente tengo su palabra de que me verá, le llevo regalos. Una botellita de *bourbon* muy cara, además de la impresora 3D de Ossley, el vaso de precipitado que me había enseñado en la fiesta y una botella de matarratas *cabernet*.

La verdadera reunión se organiza en un periquete. Me envían al móvil algunas coordenadas de GPS y conduzco hasta la ubicación con mis guardaespaldas. Resulta ser un Burger King a medio construir, con vistas al mar. Las olas rompen en el arrecife. Su hermano, Antonio, me está esperando. Nos piden que dejemos los móviles en bolsas de plástico escondidas en la construcción porque los policías pueden seguir los GPS. Seguimos el Chevrolet Tahoe de Antonio dentro de la jungla, atravesamos varias puertas con guardias mexicanos muy grandes y muy armados hasta llegar a un bungaló con tejado, una casa idéntica a las que en California tenemos a patadas.

A mis guardias no les hace ninguna gracia, pero yo soy el jefe, más o menos, y tienen que hacer lo que yo ordeno. Les he dicho que esperen en el coche. Los guardias de Antonio me ayudan a llevar los trastos a la casa, donde conozco al hombre del momento.

Voy vestido como en *Sed de poder*. Un traje gris tropical, corbata roja y botines. Me han recortado la perilla y me han vuelto a afeitar la cabeza. Espero parecer un mafioso *klington*.

Supongo que debería pedir perdón por insistir en que normalmente ya parezco siniestro de una manera muy extraña. Aterrorizo a los niños pequeños. Asusto a los camareros del servicio de habitaciones que me encuentro por casualidad de noche.

Además, durante mis años más salvajes, cuando luchaba por mi carrera, si trabajaba, interpretaba al malo. Sé insinuar muy bien amenazas cuando hace falta.

Juan es tan amenazante en la vida real que no hace falta que parezca aterrador. Tampoco lleva corbata. Es un hombre esbelto al borde de los cuarenta años, vestido de manera informal con una camisa de campesino de algodón, pantalones con cordones y sandalias. Me he documentado y sé que el hombre más buscado en México es un antiguo oficial de alto rango de la PFM que se pasó al lado oscuro. Dirige lo que solo puede ser descrito como un grupo paramilitar y parece reprimir su curiosidad por saber qué me ha llevado hasta aquí.

Sonríe y estrechamos la mano. Le regalo el *bourbon* y me ofrece asiento en una silla tallada con motivos mesoamericanos de una manera tan espectacular que tendría que estar en un museo de arte popular.

Su hermano Antonio y él se sientan.

—Tengo entendido que ha habido violencia en su rodaje —dice Juan.

—Eso me temo —afirmo.

—Lamento decirle que no le puedo ayudar. La policía ha rodeado la grabación con su propia gente y ellos y yo... —Mueve una mano, ambiguo—. No trabajamos juntos.

Cree que he venido a por protección y yo lo que pretendo es llevarme su dinero. Pero, primero, un poco de zalamería.

—Estoy impresionado —señalo—. Habla inglés a las mil maravillas.

Ignora el cumplido sin cambiar el semblante.

—Antes trabajaba en la DEA —explica—. Cuando estaba en el bando de la policía.

Medito preguntarle si conoce al agente especial Sellers, pero pienso que no es una buena idea.

—Mis hijos y yo disfrutamos de *Escape a la Tierra* —dice—. La vimos juntos.

El corazón me late cuando imagino esa encantadora escena doméstica: Juan y los niños absortos con la película mientras los esbirros del cacique siguen con los encargos de asesinatos, contrabando, apuñalamientos, disparos y decapitaciones.

—Gracias —digo—. Esos proyectos fueron muy especiales.

Hablamos un poco sobre la industria cinematográfica y el rodaje actual en México. Me da el pésame por la muerte de Loni. Parece saberlo todo sobre *El arrecife de la desesperación* y que el hilo argumental le entretiene bastante. Intuyo que no quiere decapitarme y me alivia.

—Me pregunto si conoce a Ollie Ramírez —hablo yo.

Parece desconcertado.

—Es una especie de inventor —explico—. Es la persona a la que los asesinos han intentado matar.

Parece sorprendido.

—¿No era Loni Rowe? —pregunta.

—La muerte de Loni fue un accidente —le contesto, a pesar de que tengo claro que ya lo sabe—. ¿Puedo hacerle una demostración?

Hago la demostración del vino, la misma que Ossley hizo en la habitación de Yunakov. Dejo que Juan pruebe el horrible vino joven y entonces pongo el *cabernet* en el recipiente de Ossley, espero a que reaccione, enfrío el resultado y se lo entrego. Levanta las cejas cuando prueba el resultado.

—Este es solo uno de los inventos de Ollie. Puede encontrar otros en Internet. —Le lanzo una mirada—. Si consulta alguna de esas páginas, verá que está trabajando con la idea de usar esta tecnología para imprimir drogas.

Una sombra recorre los ojos de Juan. Intento no temblar. Ya no es ese anfitrión cortés, al menos no del todo, sino el señor de un imperio criminal. Frío y calculador. El ambiente cálido de la habitación se desvanece.

Si no me jugara mi carrera como gran estrella de Hollywood, no querría estar ni a mil kilómetros de él.

—¿El señor Ramírez quiere venderme esta tecnología? —pregunta.

—No. Eso sería demasiado peligroso. —Alza la mirada sorprendido, con los ojos como platos—. Cuando se sepa que esta tecnología existe, no se podrá controlar. A la gente solo le hará falta una impresora, las sustancias químicas y las instrucciones de Internet para fabricar drogas. La gente de los Estados Unidos haría sus propias drogas y podría venderlas más baratas que usted.

Juan me mira como un niño miraría una mosca antes de arrancarle las alas.

—¿Se puede saber qué interés tiene usted en todo esto? —pregunta.

Le he hecho la demostración de la tecnología de pie. Vuelvo a la silla de arte popular y me siento para estar a la misma altura que Juan.

—Intento sacar a Ollie Ramírez de un lío —explico—. Alguien intenta matarlo y no es necesario.

Me mira sin pestañear. Como me he documentado, sé que su organización ha matado a unas veinte mil personas en los últimos años. No solo las ha matado, también las ha torturado, mutilado, desmembrado, reventado y quemado.

Pero yo también he matado. No es una cosa de la que esté particularmente orgulloso, pero es de conocimiento público y, si Juan se ha documentado, lo sabe. Tal vez por eso me he ganado un poco de su respeto.

—Matar a Ollie ahora mismo sería un error —aseguro—. Al enterarse de que alguien lo persigue, se ha asegurado de que otra gente custodie su investigación. Gente en la que puede confiar. Un abogado en un sitio, un amigo en otro. Si le pasara algo a Ollie, la información saldría a la luz.

Esto es bastante cierto. A pesar de que solo podemos suponer qué haría Bruce Kravitz con el archivo PDF que tiene en el buzón de su despacho del Edificio PanCosmos.

La cara de Juan parecía tallada en piedra.

—¿Conoce a alguno de esos amigos de Ramírez? —pregunta.

—No. No quiero saber sus nombres y no entiendo de tecnología. Soy actor, no científico.

Y quizás no me torturarán por una información que no tengo.

—¿Y qué desea Ramírez? —pregunta Juan.

—Un precio justo por sus descubrimientos. —Saco una hoja y la dejo en la mesa, entre nosotros dos.

He hecho cálculos basados en lo que he podido averiguar sobre el negocio de Juan. Todos los años, saca un beneficio de seis mil millones de dólares sobre unos ingresos de veinte mil millones. Cuenta con casi ciento cincuenta mil trabajadores, sin contar a los oficiales corruptos que tiene en nómina.

—Para asegurarnos de que los hallazgos de Ollie no vean nunca la luz del día, pide veinticinco millones de dólares. Veinticinco millones todos los años —explico.

La cifra parece razonable. Una de las dificultades del negocio de Juan es encontrar lugares en los que guardar el dinero que gana. A veces los amontonan en garajes o habitaciones libres. Cuando arrestan a los mandamases del cártel, a veces les decomisan cien millones de dólares o más en efectivo, almacenados en una habitación porque no han encontrado un lugar mejor.

—Puede hacer esta inversión o no. Usted conoce su negocio mejor que yo. —Señalo con la cabeza la hoja—. Es una cuenta en las islas Caimán. Si el dinero aparece aquí, sabremos valorar a Ollie como una buena inversión y él buscará otra línea de investigación que no afecte a su negocio.

Juan mira la hoja, pero no la toca. La cuenta en las Islas Caimanes es mía, en realidad se trata del intento de evasión fiscal de un servidor. Parte del dinero de *El arrecife de la desesperación* es francés y japonés y, como Bruce Kravitz sugirió, escondí la mayor parte de mi sueldo en una cuenta extraterritorial. El dinero no ha estado nunca en Estados Unidos y no tendré que pagar impuestos hasta que lo lleve a casa.

—Debería añadir una cosa más —señalo—. Esta tecnología... llegará antes o después. Alguien repetirá la investigación de Ollie y entonces... —Encojo los hombros—. Entonces deje de pagar. Habrá comprado unos años.

El rostro de Juan es ilegible.

—Si esta tecnología de impresión se acabará liberando, ¿cómo sé que no fue Ramírez? —pregunta.

Muevo una mano.

—Usted tiene recursos —contesto—. Lo averiguará. Además, esta gente no sabe guardar secretos: yo supongo que, quién sea que lo haga, se jactará en todos los foros de Internet que encuentre.

Juan mira a su hermano y su hermano le mira a él. Entonces Juan se vuelve hacia mí.

—No conozco a ese Ramírez —asegura—. Pero lo que propone es interesante. Entiendo por qué le disparan.

Me levanto de la silla mesoamericana.

—Ya le he hecho perder bastante tiempo —me excuso.

Entonces les doy la mano a los hermanos Germán Contreras y me voy con la impresora. La dejaría de regalo, pero pertenece al departamento de propiedad.

Estoy un poco sorprendido por mi supervivencia, igual que mis guardaespaldas. Cuando estoy otra vez en el hotel, me convengo de que todo el viaje ha sido una locura y que Germán estaba sentado en el bungalow bebiendo *bourbon* y riéndose del visitante idiota.

Por eso me sorprendí al día siguiente cuando comprobé el saldo del banco y encontré que habían depositado veinticinco millones en la cuenta de las Caimán. En efectivo, nada más y nada menos, lo que significa que Juan no solo tenía el dinero en las Caimán, sino que también había conseguido que alguien llevase en persona el dinero de su cuenta a mi banco.

Voy a Cancún, donde Ossley se esconde en un hotel con otro nombre, y le cuento que el dinero ha llegado. En un día o dos, volará a las Caimán, donde abrirá una cuenta bancaria y le podré transferir su parte del dinero.

—Si vuelves al negocio de la droga, yo mismo te mataré —le amenazo.

Tendría que centrarse en su proyecto del vino, le aconsejo, y alejarse de cualquier negocio ilegal.

Abandono mi cabaña después de cenar y paseo por los territorios del hotel. Evito la playa o las vistas al mar, puesto que me paso la jornada laboral en un sitio o en el otro. Busco algo de compañía con la que poder relajarme, pero Yunakov no está en la habitación, así que camino hasta las barras que hay junto a la piscina y me pido una Negra Modelo.

Cuando mis ojos se acostumbran a la neblina del bar, veo al agente especial Sellers a un lado, intentando comunicarse con el loro verde y rojo del chiringuito. Sellers todavía viste el conjunto de Jim de la Jungla. Ando hasta él con la cerveza en la mano y contemplo al loro.

—¿Ya has conseguido que confiese? —pregunto.

Sellers me mira, se sobresalta un poco (sí, soy una figura molesta y siniestra si aparezco por detrás) y entonces se gira hacia mí.

—El loro no habla —explica—. Creo que quiere un abogado.

—¡Hijo de puta! —grita el loro.

Parece que los turistas norteamericanos borrachos han tenido una fuerte influencia en su vocabulario.

—Es un caso complicado, claro —señalo—. ¿Por qué no descansas y nos tomamos algo?

Se viene conmigo al bar y pide un vodka con tónica.

—¿Has encontrado al hombre que buscabas? —pregunto.

—Siguió esquivando el interrogatorio. Entonces alguien disparó a su habitación y se marchó.

—¿Buscabas al *attrezzista*? —pregunto con sorpresa fingida. Él asiente con la cabeza—. ¿Sabes quién le disparó?

—Eso es confidencial —responde, por lo que supongo que no tiene ni idea.

Decido cambiar de tema.

—¿Algún progreso sobre quién mató a Loni? —pregunto.

Me mira con incertidumbre decidiendo si debería o no compartir las noticias, pero entonces deja que hable el vodka.

—¿Recuerdas que dije que podría haber sido un accidente?

Asiento con la cabeza.

—Hubo problemas con la prueba al principio —cuenta Sellers—, pero entonces las cosas se aclararon y ahora parece que le dispararon desde tierra. Tal vez alguien desde las pistas de tenis, escondido en la jungla al otro lado de la carretera. Perforó la pared y mató a Loni por un simple error.

No es complicado parecer impactado. Había creído que era muy inteligente por llegar a esa conclusión yo solo.

—Le he dado muchas vueltas. No podía imaginarme por qué alguien lastimaría... —Consigo llorar una lágrima—. ¡Y ahora sueltas que fue un accidente de verdad!

Asiente con la cabeza en lo que imagino que es una especie de consuelo.

—Eso apunta la prueba física —explica—. Ya dije que podía ser fortuito, pero no estuviste de acuerdo.

—Ya no sé qué pensar —exclamo.

Pienso en añadir un temblor a la voz, pero lo descarto. No quiero sobreactuar cuando mi audiencia está a solo un metro.

Sorbo mi dulce y negra cerveza. Sellers no dice nada.

—¡Hijo de puta! —chilla el loro.

Hay jaleo y entra media docena de miembros de la película al chiringuito. Es obvio que vienen de cenar en algún sitio y entre ellos reconozco a Chip, el hombre que está aquí porque es el primo de alguien. Por alguna razón, un recuerdo de Juan me viene a la cabeza. *No conozco a ese Ramírez, pero lo que dices es interesante. Entiendo por qué le disparan.*

De repente se me ocurre que tal vez Juan decía la verdad.

Señalo con la cabeza al grupo.

—¿Conoces al alto? —pregunto—. ¿El rubio?

—Yo estaba cuando lo interrogaron —afirma Sellers.

—No es parte del equipo —especifico.

—Está aquí de vacaciones —explica Sellers—. Es familia de, mmm, creo que era el ayudante del jardinero.

Observo a Chip desde una posición privilegiada de la barra.

—¿Sabes a qué se dedica? —pregunto.

Sellers saca su dispositivo móvil y navega entre los archivos, que es una cosa que seguramente no haría si no hubiera bebido más de un par de vodkas.

—Trabaja para la Farmacéutica Porter-Bakker —dice—. En *marketing*.

Es como si me explotara la cabeza, pero al revés. Todo el humo, la llama y los escombros se ajustan y los pedazos encajan para formar un todo entero.

—De acuerdo —asiento—. Es interesante.

Por lo visto, Chip es golfista y la mayoría de los días va a uno de los muchos campos de Cancún. Le observo cuando vuelve de uno de sus viajes, con la bolsa de golf colgada al hombro. Entra a su habitación y enseguida se da cuenta de que alguien ha entrado y ha esparcido sus pertenencias por todas partes. Deja caer la bolsa, corre al sofá de la sala de estar y saca una caja larga. Parece aliviado al descubrir que todavía está allí.

—De acuerdo —digo—. Vamos.

Mis cuatro guardaespaldas y yo abandonamos la cabaña, desde donde observo las gilipolleces de Chip en vídeo, y entonces atravesamos el complejo hasta la habitación de Chip. Dos guardias me abren paso a través de la puerta abierta.

—Alto ahí, forastero —exclamo—. Tenemos que hablar.

Chip se da la vuelta: tiene la cara iluminada con lo que creo que se llama ‘la expresión del culpable’. Me mira fijamente mientras mis guardias se acercan.

—¿Qué guardas en esa caja? —pregunto y, como parece que va a oponer una resistencia desesperada, añado yo—: No sirve de nada luchar. Una grabación en vídeo de esto ya está en un servidor de Nueva Zelanda.

Y así es. Mis guardias y yo habíamos entrado a la habitación de Chip, habíamos puesto cámaras por todas partes y habíamos tirado sus pertenencias por toda la habitación con la intención de que nos llevase a la caja que escondía debajo del sofá que, por supuesto, habíamos descubierto durante nuestra búsqueda.

Mis guardaespaldas, estoy encantado de remarcarlo, parecen bandoleros ligeramente disfrazados con trajes tropicales. Se habrían llevado a Chip al mar y lo habrían ahogado si se lo hubiera pedido.

Uno de ellos arranca la caja de los nerviosos dedos de Chip. Contemplo la caja con toda mi intensidad *klington*.

—¿Qué quieres? —pregunta Chip. Tiene el rostro petrificado.

—Vamos fuera y hablamos. —Lejos de cualquier dispositivo de grabación.

Mis guardias registran a Chip en busca de armas y entonces vamos todos hasta la piscina, donde Chip y yo nos sentamos en una mesa de hierro forjado. El sol brilla en el agua. Huele a cloro. Uno de los guardias ajusta la sombrilla roja y amarilla de la mesa para que tengamos sombra y, entonces, se retiran fuera de nuestro alcance de habla.

Miro a Chip, todavía con mi cara de *klington*.

—Empecemos la conversación aceptando que eres un idiota —empiezo.

—No sabes de qué hablas —niega.

—De acuerdo —cedo—. Asegurémonos que sabemos de lo que hablamos. Porque desde mi punto de vista, has venido para matar a Ollie Ramírez, pero fallaste y mataste a una estrella del cine. Eso brinda apoyo y publicidad al rodaje, lo que te dificulta completar la misión y, por eso, matas el tiempo jugando al golf. Y lo has hecho en México, donde las autoridades ni siquiera necesitan abrir esa caja y encontrar un rifle con tus huellas para sacarte una confesión mediante palizas y encarcelarte. Tienes muchas posibilidades de no sobrevivir en la prisión, porque estará llena de violentos cárteles asesinos que te torturarán hasta matarte solo para divertirse con tus gritos.

Hay un momento de silencio y entonces Chip reúne fuerzas para formular una pregunta.

—¿Por qué iba a matar yo a ese Ollie Ramírez?

Suspiro.

—En nombre de la Farmacéutica Porter-Bakker, que está claro que ha decidido que los descubrimientos de Ollie son una amenaza para su balance. Lo he consultado: el año pasado obtuvieron un beneficio de seis mil trescientos millones sobre unos ingresos de cuarenta y nueve mil millones. Apenas se mantendrían si la gente pudiera imprimir sus medicinas en el sótano. —Río de manera despectiva—. Por cierto, también son idiotas.

Chip me mira. Me llevo la mano al bolsillo y saco una hoja. Una hoja muy similar a la que le di a Juan hace unos días.

—Si no quieres que entregue tu rifle a la PFM, con una copia adecuadamente editada del vídeo, quiero que envíes cincuenta millones de dólares a esta cuenta. Mañana. Y cincuenta millones extra todos los años por el aniversario de la muerte de Loni para garantizar que Ollie Ramírez no continuará con las investigaciones.

Me mira fijamente. Mueve los labios, pero no dice nada. Se ha quedado sin palabras.

—Puede parecer mucho para ti y para mí, pero con beneficios de seis mil trescientos millones, no es tanto. Además, por supuesto, está el asunto de evitar todas las investigaciones, la mala publicidad y la quiebra de lo que quede de tu compañía. Junto con encarcelar a todo el mundo involucrado.

Me hundo en la silla y medito las posibilidades.

—Por supuesto, tus superiores podrían decidir que la acción más sensata ahora sería matarte. Así que sugiero que permanezcas en la habitación, vigilado, hasta que se entregue el dinero. —Sonrío—. Y puesto que no confío en tu compañía ni en ti lo más mínimo, la prueba estará guardada y se enviará

de manera automática en caso de que me pasara algún accidente desafortunado.

Me levanto. Los guardaespaldas me miran. Chip no ha dicho nada en un largo rato.

—A lo mejor ahora deberías ir a buscar un teléfono o algo parecido —aconsejo.

Chip vuelve a la habitación y uno de mis guardias le acompaña. Por mi parte, pienso que tendría que levantar una varita mágica de edición, hacer una fundición cinematográfica de esta escena junto a la piscina e ir directo al final feliz.

La Farmacéutica Porter-Bakker me ha pagado. Algunos ejecutivos de menor nivel han dimitido, pero en ese momento no estaba interesado para nada en el tema porque estaba ocupado rescatando la película. Aflojé diez millones en efectivo, me gané créditos como productor ejecutivo y un porcentaje de los beneficios y Bruce Kravitz proporcionó una sustituta de Loni, una actriz magnífica que se llama Karen Wilkes. No llenaba el biquini igual de bien que Loni, pero añadía un tipo de maldad loca al papel de la novia del gánster que la hizo memorable. La perversa señora Trevanian se frustró, recogió su capa de malvada y se volvió a Los Ángeles.

No compartí el dinero de Porter-Bakker con Ossley. Al fin y al cabo, ya le pagaban para no continuar con la investigación de las drogas.

Así que todo acaba bien para mí. Es triste que no se haya aplicado justicia al asesinato de Loni, pero aunque Chip fuera a la prisión, no conseguiría que Loni volviera. Por supuesto, siento que Loni tuviera que morir, pero si ocurrió, al menos fue de una forma en la que saqué publicidad y fortuna. Y una buena película, que no es moco de pavo.

Por supuesto, yo no morí, que siempre es un plus.

La mejor parte viene después, en una reunión con Hadley y Tom King. Estamos en la cabaña de Hadley, comemos tacos de marisco, bebemos *macchiatos* preparados por su camarero y comentamos el horario de rodaje. Intentamos averiguar cómo y dónde filmaremos el final.

Me acabo el taco y me chupo los dedos.

—Por cierto —le digo a Tom—, yo no rodaré ese segundo final de mierda en el que entrego las drogas a la policía en lugar de venderlas y en el que todos comen perdices. Mi personaje no es así. Mi personaje se queda con el dinero.

Hadley me mira, alarmado.

—Sean —dice—, los productores quieren ese final de mierda.

—Yo soy ahora el productor —le respondo y le miro con mi cara *klíngon*. Se alborota y habla sin decir nada, pero al final cede.

¿Qué otra opción le queda? Soy el hombre que ha salvado la película. Soy el chico que ha convertido la tragedia en dinero; la tristeza, en felicidad y el tequila, en diamantes.

El arrecife de la desesperación será un gran éxito. Lo sé porque el asesinato de Loni es un tipo de publicidad por la que el estudio habría pagado centenares de millones de dólares. Todo el mundo que ha leído los titulares de las revistas o ha visto las noticias querrá formar parte de la historia, formar parte de mi historia.

Pagarán dinero para acercarse a mí. Y yo les dejaré. Aceptaré su amor, su aprecio me hará feliz y, a cambio, les daré todo lo que tengo. Les daré cosas brillantes.

Les daré diamantes.

Phyllis Eisenstein

Los relatos de ficción de Phyllis Eisenstein han aparecido en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, *Asimov's*, *Analog*, *Amazing* y en otras publicaciones. Probablemente, su trabajo más conocido es la saga de relatos de fantasía sobre las aventuras de Alaric el Juglar, que nació con la extraña habilidad de teletransportarse. Relatos que más tarde se convirtieron en dos novelas: *Born to Exile* y *In the Red Lord's Reach*. Sus otros libros son dos novelas de la saga *Book of Elementals: Sorcerer's Son* y *The Crystal Palace*, así como las novelas *Shadow of Earth* y *In the Hands of Glory*. Parte de sus relatos de ficción, incluidas las historias escritas con su marido Alex Eisenstein, han sido recopiladas en *Night Lives: Nine Stories of the Dark Fantastic*. Graduada en Antropología por la Universidad de Illinois en Chicago, durante veinte años fue miembro de la facultad de Columbia, donde enseñaba escritura creativa y editó dos volúmenes de *Spec-Lit*, una antología con historias de ciencia ficción de sus estudiantes. Ahora trabaja de correctora en una gran agencia publicitaria y todavía vive, con su marido, en su ciudad natal: Chicago.

En la primera historia de Alaric en décadas, el juglar parte en una caravana hacia un desierto inexplorado, donde los espíritus malignos aúllan de noche y los espejismos son el pan de cada día. Sin embargo, no todos los peligros son imaginaciones.

LA CARAVANA A NINGUNA PARTE

Phyllis Eisenstein

El hombre de los ojos oscuros vestía ropas largas y desteñidas por el sol y un grueso y sucio turbante blanco en la cabeza, como la mayoría de los hombres reunidos en la taberna aquella noche. Sin embargo, Alaric se dio cuenta enseguida de que no era uno de ellos. Todos eran charlatanes, borrachos, hombres que reían con facilidad y levantaban sus jarras con cualquier excusa, que se berreaban unos a otros y berreaban al tabernero desde las mesas. Eran hombres que derrochaban su dinero sin control, por lo que las canciones de Alaric ya se habían beneficiado de su generosidad ética.

Sin embargo, el hombre de los ojos oscuros estaba sentado tranquilamente en una esquina, bebiendo vino de una copa y contemplando el gentío. La mano que empujaba la copa estaba endurecida por el trabajo. Arremangado, exhibía unos antebrazos robustos y bronceados. Un hombre trabajador, pensó Alaric, que había parado en la única taberna de una ciudad de la frontera del Desierto Occidental con algún propósito.

Aquella tarde, Alaric cantaba canciones picantes en la escandalosa sala. Su voz clara se elevaba con rimas por encima del alboroto para que los borrachos rieran y le hicieran los coros. A duras penas se oía su laúd y a veces ni se molestaba en tocar las cuerdas, pero a los oyentes parecía que no les importaba. A pesar de que era joven, había probado su repertorio de canciones en tabernas así y conocía su efecto. Sin embargo, el hombre de los ojos oscuros nunca rio ni se unió a los estribillos y Alaric entendió que esperaba algo.

Caminando por la estancia, cantando todavía mientras agradecía con la cabeza las monedas que le echaban a la bolsa de piel de ciervo, llegó a la pequeña mesa del hombre de los ojos oscuros. Allí, en la madera barnizada por incontables copas de vino derramadas, dejó una moneda de plata. El hombre de ojos oscuros bajó la mirada mientras Alaric se acercaba y, entonces, levantó la cara.

—Eres un viajante —dijo el hombre y con la voz atravesó el clamor del aposento. Tenía la voz de un líder.

Alaric inclinó la cabeza y levantó la voz para sonar más claro.

—Juglar significa viajante. Nos pasamos la vida buscando inspiración para nuevas canciones.

—Cantas bien —apuntó el hombre de los ojos oscuros—. Podrías encontrar una plaza en alguna casa rica. Incluso pienso que en el palacio real.

Alaric contempló la moneda de plata. Tenía algunas como esa dentro de su camisa, pero no muchas, no las suficientes para tentar a un ladrón. Él lo fue hace algún tiempo y podría volver a serlo usando el poder con el que había nacido: el poder de moverse de un lugar a otro en un parpadeo. Aun así, prefería ganar dinero con sus canciones. Estiró su mano derecha hacia la moneda sin tocarla, rozando ligeramente con dos dedos la superficie de la mesa más próxima.

—He trabajado en casas ricas, incluso en palacios, pero el horizonte me atrae. —Levantó los ojos—. Quiero ver qué hay más allá.

El hombre de los ojos oscuros sonrió de lado.

—Yo fui joven una vez, como tú, y me pregunté qué había más allá del horizonte. Ahora soy mayor y ya he ido y, aun así, de vez en cuando hago ese viaje. Pero ya lo sabías, ¿no? Sabes quién soy.

Alaric apartó la mano y tocó acordes con el laúd.

—El tabernero me ha contado algo del hombre que conduce una caravana a través del gran desierto todos los años. Te llamas, según él, Piros.

El hombre frunció sus ojos oscuros.

—¿Y te dijo que Piros busca aventureros para el viaje?

Alaric negó con la cabeza.

—Dijo que buscabas hombres para que te cuiden los camellos. Y que es una travesía dura, en la que a veces el destino te condena a muerte. A pesar de que eso ya lo intuía sin que me lo contara. —Se encogió un poco de hombros—. Por desgracia, no tengo ni idea de camellos.

Piros deslizó la moneda hacia el lado de la mesa de Alaric.

—Te he escuchado y te he observado esta tarde. Las noches son largas y aburridas en el gran desierto, incluso para los hombres cansados de un día entero de viaje. Tienen mucho tiempo de silencio para gastar en peleas por tonterías. Las canciones podrían conseguir que ese tiempo fuera más ameno. —Entonces se dirigió a la silla—. Llévate mi moneda como una de las que has ganado en este sitio y, probablemente, no nos veremos más. O llévate mi primer pago por tus canciones en nuestro viaje, si lo prefieres. Entender a los camellos ya llegará, lo prometo.

Alaric cogió la moneda y la giró entre los dedos.

—Has hablado con el tabernero también, imagino.

El hombre de ojos oscuros asintió con la cabeza.

—Llevas aquí ocho días y quiere que te quedes. A un lugar como este no le hace falta un juglar para mantener la clientela, pero te considera, al menos en parte, entretenimiento para él mismo. Y haces amigos con facilidad, Alaric el juglar. Por supuesto, eso es necesario en tu oficio, igual que en el mío. Pero mi hermano cree que lo harías bien en el viaje y siempre he confiado en su opinión.

—¿Tu hermano?

Piros golpeaba la copa con un dedo.

—¿Tanto se ha borrado el parecido con los años?

Alaric miró por encima del hombro al tabernero. Entonces se dio cuenta, a pesar de que el líder de la caravana era mayor y estaba más estropeado.

—Bien, juglar —dijo el hombre de los ojos oscuros—, mañana todos los hombres de este local se habrán gastado sus últimas monedas y pedirán sitio en la caravana. ¿Acompañarás a los que elija?

Alaric lanzó la moneda hacia arriba.

—Dicen que hay una ciudad perdida en el gran desierto. Dicen que hay un tesoro oculto.

Piros sonrió de nuevo de lado.

—Has escuchado fantasías de borrachos.

—Y aseguran que al otro lado del desierto hay una tierra llena de maravillas.

—Ah, eso depende de lo que uno haya visto antes.

Alaric se metió la moneda en la bolsa.

—He visto maravillas antes, Piros, y quiero ver más. —Le ofreció la mano para cerrar el acuerdo—. Iré contigo.

El hombre de los ojos oscuros ignoró la mano.

—Hay algo más, juglar.

Alaric retiró la mano y la extendió en las cuerdas del laúd.

—¿Sí?

—Tengo un hijo. Tendrá tu edad, algo más joven quizás, y ya ha hecho este viaje conmigo. Pero no pienses que habla en mi nombre. Tú trabajas para mí, no para él. ¿Me entiendes?

Alaric agachó la mirada hacia el laúd y tocó una única cuerda.

—¿Los otros hombres sabrán lo mismo?

—Todos ellos.

Alaric asintió con la cabeza.

—Entonces será como deseas, patrón Piros.

—Piros —sentenció el hombre—. Piros a secas. Ve al patio ya listo para partir al amanecer.

Alaric cantó el resto de la noche, mientras se preguntaba qué tipo de hijo requería una advertencia así.

Aún no había amanecido y el patio de la taberna ya estaba repleto de hombres amarrando con cuerdas barriles y toneles en las jorobas de más camellos de los que Alaric podía contar con facilidad. Los camellos estaban arrodillados y soportaban las progresivas cargas con algún bramido ronco. Alaric reconoció a muchos de los hombres de la noche anterior y se preguntó cómo podían trabajar con tanto vigor con el dolor de cabeza que tendrían de la resaca. Algunos de ellos le sonrieron cuando pasó en busca del tabernero.

Piros estaba en un extremo del patio, cerca de la cabeza de la caravana. A su lado había un joven con unos ropajes más relucientes y nuevos que los suyos, con un turbante teñido de verde oscuro y una cara que delataba que era el hijo de Piros. Tenía la percha de su padre también, con la espalda recta y los hombros cuadrados. Cuando Piros gesticulaba o decía una palabra o un nombre, el joven callaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, y parecía prestar poca atención a lo que sucedía a su alrededor.

Alaric captó la atención del patrón de la caravana.

—Buenos días.

—Claro que sí. Es un buen día para viajar al oeste.

Contempló a Alaric de arriba abajo. Se fijó en el sombrero de paja que Alaric había fabricado con sus propias manos y bajó la mirada por la túnica oscura y los pantalones escoceses hasta llegar a sus duras botas, que no eran nuevas pero todavía se podían usar.

—¿Así es como piensas cruzar el gran desierto?

El juglar llevaba el resto de sus escasas pertinencias en una mochila, con el laúd por encima. Había viajado durante una larga temporada así de ligero, tanto a pie como con su propia manera especial.

—Es lo que tengo —se excusó.

Piros volvió a prestar atención a los camellos.

—Este es mi hijo Rudd —lo presentó, a pesar de que no hizo ningún gesto hacia el joven—. Él te encontrará ropa de desierto para el viaje.

Alaric miró al joven, que ni se inmutó, como si no hubiera oído las palabras de su padre.

—Rudd —repitió su padre y, después, con más brusquedad—: ¡Rudd!

El joven parpadeó y frunció el ceño.

—¿Padre?

De nuevo, Piros no lo miró.

—Ve y pide a tu tío ropa de viajante para el juglar.

Rudd miró a Alaric, como si se diera cuenta de que estaba allí por primera vez. Arisco, torció los labios.

—¿No puede ir a pedirla él mismo?

—Ve —mandó Piros—. Sé útil.

Los labios del joven se tensaron un momento, desapareció su expresión arisca y pareció perder el enfoque de los ojos.

—Podría ser útil —replicó con un tono apático—, si lo permitieras.

—Haz lo que digo.

Con los hombros menos cuadrados y la espalda menos recta que antes, Rudd se volvió hacia la taberna. Pero se tambaleó como un borracho y Alaric lo agarró del brazo para evitar que cayera. El joven miró a Alaric directamente a la cara y entonces se zafó de su ayuda y siguió adelante.

—Lo seguiré —sugirió Alaric a Piros.

—Como quieras. Por ahora.

El líder de la caravana gesticuló bruscamente a un grupo cercano de hombres, a pesar de que Alaric podía ver por la inclinación de la cabeza que todavía miraba a su hijo.

Rudd abrió la puerta de la taberna lo suficiente para entrar y la cerró con fuerza detrás de él. Cuando Alaric llegó y entró, el joven había desaparecido en el oscuro interior y el único movimiento visible era el de un par de perros, al otro lado de la sala, que reñían por corteza de pan y de queso, los restos de la noche anterior. Alaric llamó a Rudd y al tabernero, pero no hubo respuesta y pasaron largos minutos antes de que, al fin, emergieran de una habitación trasera: Rudd llevaba una bolsa de tela en el hombro y su tío lo seguía de cerca para evitar que las puntas se arrastraran por el suelo pegajoso de vino. Cuando el joven paró para apartar a golpes a uno de los perros y quitarle la corteza que había estado masticando, se le resbaló la bolsa. El tabernero la cogió al vuelo con destreza y dejó que el sobrino centrara toda su atención en desmenuzar el pan duro como un perro hambriento de la calle.

El uniforme para el desierto era de tres prendas: una túnica que cubría hasta el tobillo, pantalones anchos y un turbante, todo del color de la arena blanca. Alaric se quitó su ropa, la guardó en la mochila y se puso la del desierto. El tabernero le ayudó con el gran turbante, que parecía un pañuelo

que se metía intrincadamente en sí mismo y dejaba una punta suelta en el cuello, que le colgaba en la espalda. Esa punta, explicó el tabernero, sería la máscara cuando volara la arena.

Alaric se cargó en los hombros la mochila, con el laúd muy amarrado, e hizo gestos al joven, que ya había acabado con la corteza y, sentado en una mesa, daba patadas de manera metódica a los perros, que le olfateaban las piernas a pesar de las patadas.

—Lo saben —aseveró el tabernero mientras señalaba con la cabeza al sobrino. Hablaba muy bajito—. Los perros siempre lo saben. Y siempre perdonan.

Alaric miró la cara del tabernero y vio tristeza.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo ves?

Alaric frunció el ceño.

—Veo... algunas cosas, pero a lo mejor no es de lo hablas.

—Ah —exclamó el amo—. Piros no te lo ha dicho.

Alaric miró a Rudd.

—Me ha dicho que no obedezca a su hijo.

El amo calló un largo momento y entonces dijo:

—Sí, es un buen consejo. —Puso una pierna encima de la mesa, a su lado, y señaló con la cabeza al sobrino—: Una vez pensó que yo era su hermano, que murió en el parto.

La puerta de la taberna se abrió y apareció Piros, una figura oscura que el sol iluminó detrás de él.

—¿Estás preparado?

—Sí —respondió el juglar.

—Rudd —chilló el tabernero.

El joven no respondió. Daba la espalda a los otros.

—¡Rudd! —exclamó su padre y, al no recibir respuesta, fue a zancadas hacia su hijo y lo agarró por el codo—. Es hora de empezar el viaje.

Rudd parpadeó algunas veces, como si se despertara de un sueño, y se levantó con un poco de balanceo. Su padre no le soltó el brazo mientras atravesaban la puerta. Sin mirar atrás, Piros gesticuló a Alaric para que los siguiera.

El tabernero zarandeo la cabeza.

—Todavía espera un nieto.

—¿Hay mujer? —preguntó Alaric.

Andaban uno junto a otro por la estancia.

—¿Qué mujer querría esto? —respondió el amo.

Alaric encogió los hombros. Tenía el sombrero en una mano: no había cabido en la mochila. Entonces se lo entregó al tabernero.

—Toma esto como mi agradecimiento por los ropajes.

El hombre se giró, hacia un lado y otro, y al final se lo puso en la cabeza en un ángulo desenfadado.

Fuera, los hombres de la caravana ya estaban montados en los camellos, excepto uno, que tenía las riendas de dos animales arrodillados. A la señal de Piros, ayudó a Alaric a subir al asiento largo y estrecho del más pequeño de los dos. Era un asiento extraño, pero no incómodo, muy almohadillado, con una argolla gruesa delante para agarrarse y otra detrás, para que se aferrara un segundo pasajero. Con alforjas grandes detrás, un voluminoso saco amarrado al otro asiento y una bota de agua, Alaric se sentía bastante seguro cuando la camella se levantó, a pesar de que el suelo parecía estar demasiado lejos.

El hombre contempló a Alaric un momento antes de agarrar las riendas y subir sobre su propia montura.

—Soy Hanio —se presentó—. Piros me ha encargado cuidarte. Pídeme ayuda si tienes dificultades.

—Gracias —dijo Alaric—. Espero esquivar las dificultades.

—Es una criatura pacífica. Agárrate fuerte y ella seguirá a los otros.

En ese momento, la línea de camellos empezó a avanzar y a la criatura pacífica no le hizo falta que la instasen para ir detrás de los compañeros. Hanio los siguió.

La manera de marchar de la camella era diferente de la de un caballo, pero no del todo incómoda, y Alaric se adaptó a ella pronto. Bajo la tutela de Hanio, aprendió a guiar el animal y que, si la llamaba por su nombre, Folero, provocaría que girase la cabeza por encima de su largo cuello para mirarle con curiosidad. A veces, incluso le mordisqueaba la rodilla con sus grandes y suaves labios. Entonces solía tratarla como a un caballo, con una palmadita en el cuello y elogios.

Piros, en ocasiones, dirigía la caravana. Pero a menudo deambulaba y hablaba con los viajeros, comprobaba la seguridad de las cuerdas y, de vez en cuando, apartaba un animal para reajustarle la carga. Alaric casi siempre podía verlo, puesto que estaba encima de una camella especialmente alta. Rudd no solía estar cerca: ocupaba un lugar más avanzado, con su cabeza inclinada señalizada por el turbante verde.

El calor del día se incrementaba de manera progresiva, a pesar de que no era tan fuerte como lo sería más adelante en el año, Alaric lo sabía, y no era

tan exagerado para un hombre montado en una camella como lo sería si caminara por el suelo del desierto cocido por el sol. El horizonte era una línea muy lejana, la enorme superficie sobre la que se movían mostraba pocos mojones al dejar la taberna atrás, solo una hilera de piedras para indicar el camino. Durante la mayoría del día, los rodales de hierbajos y los matorrales eran la única vegetación visible y, de vez en cuando, un camello se desviaba para mordisquear la hierba, pero el viajante lo reconducía enseguida a la columna. Parecía que Folero desdeñaba esas actitudes y caminaba regularmente hacia adelante. Al final del día, la novedad de cabalgar un nuevo tipo de montura había empezado a agotarse y Alaric se alegró bastante de desmontar y entregar la camella a Hanio para que se hiciera cargo de ella.

Podría haber cruzado el desierto a mucha más velocidad, con su manera especial, saltando de horizonte a horizonte en un instante, siguiendo un camino trazado por los límites de su visión, pero un viaje normal le permitía interrogar a los acompañantes sobre el destino y, así, llegar sin ser un completo desconocido de la tierra. Para ese propósito, aquella noche junto al fuego de unas cuantas hogueras, después de que hubieran descargado y amarrado los camellos en estacas clavadas en el suelo, de que los viajeros hubieran cenado bien con las provisiones que Piros les había empaquetado, y de entretener al grupo con una docena de canciones picantes, inició conversaciones con varios hombres, preguntando con la curiosidad de un joven sobre la gente y las ciudades que había más allá del desierto. Le sorprendieron un poco las respuestas, que se limitaron a los placeres de una única ciudad, un puñado de posadas y la pequeña población de mujeres dispuestas a saciar sus apetitos y llevarse su dinero. Le confesaron que no se habían aventurado más allá, pero que solo querían descargar la carga que llevaban, recoger lo que el patrón había cambiado por ella y volver a casa con el sueldo.

—¿Es un lugar tan aburrido que a nadie le importa verlo? —preguntó Alaric a Piros.

—Son hombres prudentes —contestó el patrón de la caravana—, aunque por todo lo que hicieron en el establecimiento de mi hermano no lo parecían. Las costumbres del otro lado del desierto son diferentes, la lengua es extraña y los hombres prefieren aquello con lo que están familiarizados.

—¿Y tú? —preguntó Alaric.

—Yo soy algo más atrevido. Uno no se convierte en comerciante sin serlo.

No miraba al juglar al hablar, sino que mantenía la mirada en el hijo, como había hecho desde que se encendieran las primeras hogueras. El joven se sentaba con un grupo de hombres que hablaban con cierta animación y de vez en cuando reían, aunque el joven Rudd no lo hacía nunca, sino que miraba las llamas, como si viera algo tan fascinante que no pudiera apartar la atención. Alaric no veía nada, a excepción de heces de camello quemándose.

Alaric señaló al joven con la cabeza, a pesar de que no estaba seguro de que Piros se hubiera dado cuenta del gesto.

—Supongo que quieres que tu hijo conozca ese otro lugar.

Piros no respondió durante un largo rato y entonces murmuró:

—Creo que ya sabe bastante. —Se levantó—. Es hora de montar las tiendas. Hanio te encontrará un sitio.

A la señal de Piros, los hombres desempaquetaron de prisa una serie de tiendas pequeñas, las montaron, cubrieron el suelo con alfombras de dibujos y se organizaron ellos mismos, seis hombres por tienda, con sacos de comercio como almohadas. Alaric se envolvió en su manta fina y se acostó junto a Hanio. La noche refrescó enseguida, pero el calor de seis cuerpos hacía que la tienda fuese bastante acogedora.

El alba llegó pronto. Después de desayunar pan blanduzco y queso duro, pero sabroso, los viajeros cargaron a los camellos de nuevo, montaron y la caravana siguió. De nuevo, Hanio iba tras Alaric, hasta que el juglar se retrasó deliberadamente para cabalgar a su lado.

Hanio apenas miraba hacia él. Llevaba la punta del turbante decolorado por el sol alrededor del cuello y, algo más arriba, tenía la nariz afilada como un halcón y la cara roída por el tiempo. Parecía de la misma edad que Piros.

—¿Hace mucho que trabajas para Piros? —preguntó Alaric.

La mirada del hombre no se movió de la línea de los camellos de delante.

—Unos años.

—Entonces sabrás mucho sobre sus negocios.

Hanio no respondió.

—Me preguntaba qué es eso que comerciamos al otro lado del desierto que merece la pena este viaje anual —empezó Alaric.

—Varios bienes —respondió Hanio y, como si supiera que Alaric iba a preguntar más detalles, añadió—: Cueros y lanas buenas, metalistería, ensambladuras, hierbas secas. Y pararemos a por sal por el camino: la sal más pura del mundo. La pagan muy bien.

—También se valoraría bien la sal pura en casa.

Alaric inclinó la cabeza para señalar la tierra de la que habían marchado.

—Pararemos de nuevo en las minas cuando regresemos.

—¿Las minas?

Hanio asintió con la cabeza.

—No sabía que la sal viniera de minas.

—Eres joven, juglar. Hay muchas cosas que no sabes.

—Y me muero de ganas por aprenderlas en mis viajes —replicó Alaric—. Pero dime, buen Hanio, si las minas están en la mitad del camino del desierto, ¿por qué la gente del oeste no envía caravanas para recoger su propia sal?

Hanio frunció el labio. No era una sonrisa.

—Temen demasiado al desierto.

Alaric enderezó la espalda y se sentó recto en Folero. Miró alrededor y, además de camellos que andaban pesadamente, no vio nada más que un paisaje plano en el horizonte. Si había animales en esa parte del desierto, habían huido o se escondían bajo tierra. Si había hombres, no habían intentado acercarse a su campo de visión. En la rodilla de Hanio había una espada pesada en una vaina trabajada y la mayoría de los otros viajeros también llevaban armas, espadas cortas y largas, arcos, hondas y lanzas que eran el doble de grandes que el brazo de un hombre. La caravana parecía preparada para lo que pudiera deparar el destino.

—¿Qué temen? —preguntó.

—Por la noche, a veces se oye el gemido del desierto —respondió Hanio—. Espíritus malignos, dicen, que salen de la ciudad perdida a por almas humanas. Lo oirás cuando llegemos a las dunas. —Gesticuló vagamente hacia adelante.

—Ah —exclamó Alaric—. La ciudad perdida. He oído un cuento o dos al respecto. ¿Has ido?

Hanio resopló.

—Difícilmente sería perdida si los hombres pudieran visitarla.

—¿Entonces no son más que fantasías de viajeros?

—Bueno —dijo Hanio. Giró la cabeza al fin y miró a Alaric con dureza—. A veces se ve de lejos y hay torres, cúpulas y paredes. Todo blanco, como la ceniza. Pero si intentas acercarte, se retiran sin cesar y, al final, se desvanecen del todo. Es una ciudad fantasma, una residencia para los espíritus malignos. —Se paró durante un par de instantes—. Hay hombres que han muerto persiguiéndola. No tengo ningún deseo de morir.

—Ni yo —murmuró el juglar, pero no podía evitar preguntarse si no podría llegar con su propio estilo de viaje. Sin embargo, lo que dijo fue—: ¿Cuánto queda para las minas de sal?

—¿Ya estás inquieto, juglar? —preguntó Hanio.

Alaric zarandó la cabeza.

—Solo me gustaría saber qué debo esperar.

Hanio rio bajito.

—Como todos. Vuelve a preguntar en dieciocho días y tendrás respuesta. —Volvió a mirar hacia otro lado—. Lo haces bien con Folero. Tal vez no hace falta que os vigile tan de cerca.

—Como deseas, buen Hanio.

El hombre asintió con la cabeza y movió su montura hacia adelante, donde Alaric podía ver a Piros montando junto a Rudd. No volvió hasta que la caravana paró por la noche en una arboleda que había aparecido como una mancha en el horizonte y había crecido mientras el sol descendía detrás de ellos. Había un estanque en el corazón de la arboleda, con los bordes pisados duramente por muchos pies y los viajeros llenaron las botas y las teteras antes de dejar que los camellos lo rodeasen y bebiesen. La sombra de los árboles era placentera y, mientras encendían hogueras y preparaban la cena, Alaric cantó sobre las inmensidades desiertas, la nieve y el hielo, tan extraños para los viajeros de las caravanas como el desierto lo habría sido para los nómadas que montaban ciervos entre los glaciares. Y los hombres a su alrededor se maravillaban de que esos lugares cubiertos de hielo pudieran existir de verdad.

Aquella noche, en la tienda desierta, soñó con el norte y, cuando se despertó bien entrada la noche, quería volver para ver a la única gente a la que le importaba si vivía o moría. Podría haberlo hecho en un instante, pero sabía que era improbable que los viajeros de las caravanas opinasen bien de alguien que mostrara el poder de un brujo y se desvaneciera como la ciudad fantasma y, por eso, se dio la vuelta y volvió a dormirse. Otra vez será, se dijo, como antaño hacía tan a menudo.

Al día siguiente, una ligera ondulación se hizo visible en el horizonte y se propagó por los viajeros la noticia de que llegarían a las dunas en menos de dos días. La caravana empezó a torcer hacia el sur y llegó, un poco más tarde, a otra arboleda, que esta vez rodeaba un pozo. Los hombres pasaron un tiempo considerable recogiendo agua, un cubo tras otro, para la cena y los

camellos. Solo los camellos bebieron agua antes de que la hirvieran y los hombres incluso llenaron las botas con agua ardiente. Alaric no intentó probar el agua sin tratar después de que Hanio le explicara que le afectaría a las tripas de manera negativa. La arboleda ofrecía dátiles, a por los que treparon algunos de los hombres, y Alaric se alegró de comer el puñado que le adjudicaron, variando el menú de queso y restos de pan duro.

Por la mañana, los hombres sacaron harina y, con el agua hervida, amasaron barras de pan planas y las dejaron en rocas calentadas en las hogueras. Alaric no estaba acostumbrado a esos productos, pero aun así eran deliciosos y se sintió fortalecido para el día. Se veían con claridad en la distancia las dunas, grandes colinas de arena, y la caravana dio la vuelta hacia el sur para bordear la peor parte. Aun así, al final del día habían dejado atrás el desierto raso y se movían en un equilibrio menos seguro. Aquella noche no había arboleda, ni estanque ni pozo, a pesar de que todavía había mucho pan de la hornada de la mañana y agua en todas las bolsas de los hombres. Los camellos parecían impasibles ante la falta de agua y forraje para ellos y algunos viajeros aseguraron que las jorobas de los animales eran un almacén de ambas.

—Criaturas extraordinarias —murmuró, intentando pensar cómo encajaría esa información en la serie de canciones que sabía que saldrían de ese viaje.

Al anochecer, en una cama que la arena hacía más suave, se meció para dormir intentando varias rimas con ‘joroba’.

En la oscuridad más profunda, le despertó el sonido de un gemido: un coro de gemidos con una docena de tonos, como una multitud de hombres que trabajaran para mover una gigantesca piedra más allá de su fuerza o que la misma multitud lamentara las muertes de incontables seres queridos. Ninguno de los otros hombres en su tienda parecía haberse despertado o, al menos, no se movían en respuesta.

Alaric se quitó la manta y salió a gatas de la tienda. Se levantó una brisa fresca y la luz de luna mostró la arena arremolinándose aquí y allá. Tras unos instantes, pensó que los gemidos parecían venir e irse con la brisa. Habían añadido combustible a las hogueras para que ardieran toda la noche y los dos hombres sentados alrededor de la más grande hacían guardia como le tocaba hacer a alguien todas las noches. Un hombre levantó una mano hacia Alaric. El juglar bordeó un par de tiendas para unirse a ellos.

—¿Cómo pueden dormir con ese ruido? —preguntó.

Los hombres sonrieron de oreja a oreja y uno de ellos dijo:

—Es el desierto.

Y entonces miró más allá de Alaric y se levantó.

Alaric se dio la vuelta y vio a una figura junto a una de las tiendas por la que había pasado. No llevaba turbante y se le veían los cabellos oscuros con pinchos salvajes pero, conforme se acercaba, Alaric reconoció a Rudd.

—¿Te sentarás con nosotros? —preguntó el hombre que se había levantado. Extendió una mano hacia Rudd—. Te serviremos un poco de té.

El compañero ya estaba cogiendo la tetera que descansaba en las brasas.

Rudd paró unas zancadas más allá.

—Nos llaman. Tenemos que irnos.

—Partiremos con la primera luz.

—Tenemos que irnos ya —replicó Rudd—. Cargad los camellos.

El hombre cruzó el pequeño espacio entre ellos y rodeó los hombros de Rudd con el brazo.

—Los otros necesitan descansar. Todavía nos queda un largo camino por delante.

Rudd zarandó la cabeza.

—No es largo.

—A pesar de todo, deberíamos llegar todos frescos. —Extendió la otra mano hacia el fuego y su compañero le puso una taza de té—. Toma unos tragos contra el frío y entonces acuéstate e intenta dormir algo más —ofreció, tendiéndosela a Rudd—. Serías un pobre viajero si dormitases encima del camello y te rompieses el cuello al caer.

—La arena es suave —murmuró Rudd. Cogió la taza y sorbió una o dos veces. Entonces señaló a Alaric—. Tú oyes la música de su llamamiento. Ven conmigo y tócales el laúd.

—Mañana —cuchicheó el hombre que estaba a su lado.

Rudd derramó lo que quedaba de té en la hoguera y lanzó la taza a la oscuridad antes de darse la vuelta y volver a su tienda.

Alaric miró al hombre con la tetera. Sirvió otra taza y se la ofreció a Alaric, que aceptó el metal caliente con gratitud.

—¿Es sonámbulo? —preguntó el juglar.

—Algunos lo llamarían así. —El hombre llenó una taza y dejó la tetera.

—¿Lo ha hecho antes?

El hombre asintió con la cabeza.

—Es una de las razones por las que montamos guardia. Piros nos daría un buen azote si le pasara algo al niño.

Bebió un poco de té.

—¿Qué pasaría si se hubiera ido por el otro camino, lejos del fuego?

—No lo hace nunca. El fuego lo atrae como a una polilla.

—Ya, pero...

—Como he dicho, hacemos guardia.

Alaric se quedó un poco al calor de la lumbre y, al final, el otro hombre vino. Entonces, entre bostezos, el juglar volvió a su propia tienda.

La mañana le pareció llegar muy deprisa.

El sol estaba alto y ya habían hecho casi la mitad del viaje cuando Piros, que había deambulado arriba y abajo en la línea de camellos como siempre, acabó junto a Alaric.

—Veo que Folero sigue tratándote bien —comentó.

—Parece que nos acoplamos bien. —Alaric se acercó para acariciar el cuello del animal—. Piros, anoche me desperté y oí al desierto cantar.

Piros le miró de reojo.

—Supongo que un juglar podría llamarlo así.

—Tu hijo lo oyó también.

—Ah —exclamó Piros—, fue una de esas noches.

—¿Él quién pensaba que lo llamaba?

Piros zarandeó la cabeza.

—A veces el niño tiene fantasías salvajes. Te aconsejo que no las creas. —Se levantó un poco del asiento, como si mirara una cosa más adelante—. Canta sobre el norte otra vez esta noche. Es un contraste bienvenido.

Entonces golpeó la montura y viró de la línea para trotar hacia delante. Parte de la carga había caído en cascada en la arena y toda la caravana se paró mientras volvían a amarrarla.

Más tarde, Alaric divisó por primera vez la ciudad fantasma.

Al menos se parecía a una ciudad, lejos en el horizonte meridional, borrosa por la distancia, con torres y paredes que insinuaban formas en la luz del desierto, con agua plateada a su alrededor. Mientras la miraba, se le abrió la boca de sorpresa y oía a los hombres detrás de él riéndose. La risa se detuvo abruptamente cuando un camello se desvió de la línea y empezó a galopar hacia las formas mientras su viajante (con el inconfundible turbante verde) lo espoleaba con golpes fuertes de vara. Pasó junto a Alaric chillando:

—Ven conmigo.

Entonces se desvió hacia el sur, hacia el desierto. Cuatro viajeros más rompieron la caravana para seguirlo y la persecución avanzó un buen trecho antes de que lo pillaran y formaran un grupo ajustado a su alrededor para

prevenir que siguiera adelante. Alaric podía distinguir los salvajes movimientos de brazos de Rudd: parecía que azotaba a los otros hombres con una vara. Los sonidos de las voces llegaban hasta Alaric, pero no entendía ni una palabra.

Piros salió de la línea, a pesar de que no hizo ningún intento de unirse al grupo que rodeaba a su hijo. Alaric se puso a su lado mientras la caravana seguía adelante y los dejaba atrás.

—Me ha dicho que fuese con él —informó el juglar.

—Mira lo que te habría ocurrido —replicó Piros, que apenas lo miraba. Levantó una mano hacia la caravana—. Ve con el resto.

—Un juglar siempre busca nuevas historias para cantar —explicó Alaric—. Creo que hay una aquí.

—Una mala —murmuró Piros.

Alaric señaló el horizonte meridional.

—Solo la ciudad ya merece una canción.

Aun así, al mirar a los viajeros que volvían a la caravana, la imagen distante vaciló hasta que no fue nada más que una lámina de agua plateada.

—¿Ni siquiera es real el agua? —preguntó.

—Ni siquiera —respondió Piros.

—Será atractiva para hombres peor equipados que nosotros.

Piros movió la cabeza un poco.

—Da igual lo lejos que vayas, da igual lo veloz que seas, siempre será inalcanzable. Cuando yo era joven y viajaba al desierto con mi padre, lo aprendí. —Se echó hacia adelante, con los antebrazos en los muslos—. Hubo un tiempo en el que mi hijo también lo entendía.

Los viajeros volvieron y uno de los perseguidores llevaba las riendas de la montura de Rudd. Cuando el hijo pasó delante del padre, frunció el ceño y espetó:

—Es tu culpa que no nos esperen.

Piros no respondió. Solo señaló la caravana que se retiraba y giró la montura para ocupar la parte trasera mientras el grupo se daba prisa para volver a unirse. A Folero no le hizo falta ninguna orden de Alaric para alcanzar a los otros camellos y el juglar acabó aferrado a las argollas de delante y de detrás para sujetarse al asiento.

Esa noche, después de haber preparado la cena y de que algunos hombres de la caravana se hubieran reunido para escuchar cantar a Alaric, Rudd se

abrió camino en el grupo y se sentó a los pies del juglar. No se unió a los estridentes estribillos, pero marcaba ligeramente con la cabeza el ritmo de la música y sonreía de vez en cuando, a pesar de que Alaric no estaba seguro del todo de que fuese por las canciones. Conforme oscurecía y los oyentes se iban uno tras otro, él se quedó hasta que Alaric por fin apartó el laúd y, solo entonces, permitió que un par de los hombres de su padre lo escoltasen hasta su tienda. Luego, Alaric se puso junto a una de las hogueras pequeñas, donde Piros discutía la ruta con los hombres que habían estado en primera fila de la caravana. Esperó a que la conversación decayera hasta la nada y que otros hombres buscaran sus tiendas. La guardia de noche estaba en una hoguera más grande a cierta distancia, así que Piros y él estaban solos.

—Será duro tener un hijo así —comentó Alaric.

Piros contempló las ascuas durante unos instantes.

—La mayoría de los hombres saben tratar con él. De lo contrario, ya haría tiempo que lo habría perdido.

Alaric agarró un cucharón que habían usado para remover la papilla de maíz de la cena, le pegó la vuelta y atizó el fuego. Las ascuas resplandecieron durante un momento, con el calorcito placentero contra el frío nocturno.

—¿Siempre ha sido así?

De nuevo, Piros calló un largo rato. Entonces dijo:

—No siempre. Creía que tomaría mi lugar algún día. Era un buen viajante. Aprendió enseguida a montar y superó a la mayoría de los hombres en la caravana. Pero eso era antes.

—¿Antes...?

El patrón de la caravana suspiró.

—Supongo que estoy un poco sorprendido de que ninguno de los otros no te lo haya contado. Que todos hayan mantenido el juramento.

Alaric esperó.

—También te exigiré un juramento, pero no puedo creer que lo cumplas ni pretenderlo. No después de escuchar tus canciones. ¿La gente se reconoce cuando cantas?

Alaric sonrió un poco.

—Sería idiota si incluyera demasiada verdad en las canciones. Me importa demasiado mi vida.

Piros seleccionó algunos trozos secos de heces de camello de un montón cercano y los lanzó al fuego, que enseguida se avivó.

—Pensaba que podría ser el caso.

Alaric apoyó los codos en las rodillas.

—La gente se reconoce en cualquier historia, traten sobre ellos o no. Te juro que nadie te reconocerá. Ni reconocerá a tu hijo. Y cante la canción que cante de este viaje será lejos, donde nadie conozca tu nombre.

Piros encogió los hombros.

—No sé por qué me importa, pero así es. —Miró a Alaric de reojo—. Aun así, hay una parte de mí, una parte vanidosa y codiciosa que quiere escuchar la historia que contarás. Quiere la inmortalidad que ofrece. A mi edad, creo que es el único tipo de inmortalidad que conseguiré. —Miró por encima del hombro hacia la tienda donde dormía su hijo—. Porque nietos seguro que no.

Alaric cogió la tetera que descansaba entre las brasas. Había un poco de líquido en el fondo y derramó media taza del fuerte té del desierto.

—No garantizo ningún tipo de inmortalidad.

Piros le quitó la tetera y llenó una taza.

—No seas modesto, juglar. Tú tienes canciones que son más viejas que nosotros dos juntos.

—Pues cuéntame tu historia. O dime la versión que quieres que oiga.

—¿Y no... la verdad?

—Nadie cuenta nunca la verdad sobre él mismo. Contamos lo que queremos que otros juzguen, para bien o para mal. Y cuando haya escuchado tu historia, tal vez consiga hacer de ella algo más. —Sopló el té para refrescarlo antes de beber un trago—. A lo mejor cantaré nuestra visita a los rascacielos de la ciudad perdida. ¿Cómo se llama?

Piros sorbió un trago de su té.

—He oído que la llaman Refugio —murmuró.

—Un nombre bonito y romántico —apuntó Alaric.

—¿Y qué crees que encontraríamos?

Alaric sonrió un poco.

—Los deseos del corazón, por supuesto. ¿No es eso lo que todos buscamos?

Piros giró la taza en las manos.

—Tal vez por eso siempre se retira más allá de nuestro alcance. —De nuevo, miró hacia la tienda del hijo—. Me culpa de eso. Me culpa de la mayoría de cosas.

—He oído que es habitual entre los hijos —aseveró Alaric.

Piros observó la taza, como si pudiera leer algo en el contenido.

—Si no lo hubiera llevado nunca a las cuevas..., tal vez nuestro cuento sería muy diferente.

—¿Las cuevas?

Piros asintió poco a poco.

—Algunos dirán que fue el destino, por el tipo de niño que era. Cabezón. De obediencia limitada. Si su madre viviera, me despreciaría por no haberlo enderezado a palos. Ella creía mucho en las palizas.

—Así que tú eras el bueno.

—Para lo que sirvió, sí. —Volvió a sorber un poco de té—. Tenía doce veranos cuando ella murió. Después de eso, lo mantuve a mi lado. Salvo en el viaje a las cuevas. Eso pasó cuando tenía dieciséis. —Zarandé la cabeza—. Tendría que haber esperado más, pero él quería saber. Era curioso en esa época. —Se acabó el té, dejó la taza en el muslo y se inclinó con los codos en las rodillas y los dedos entrelazados. Durante un momento, apretó la barbilla entre los dedos y entonces enderezó la espalda de nuevo y suspiró—. Se lo advertí. Pero al final hizo lo que quiso. Ya has visto el resultado.

—¿Las cuevas son... peligrosas?

—Mortalmente peligrosas —respondió Piros—. Los vapores que se elevan de las profundidades son venenosos. Sin embargo, crece una sustancia muy codiciada en el otro extremo del desierto. Así pues, hay negocio si la llevamos. Mi padre lo hacía, y su padre, y antes de él estaba el mercader que pasó el comercio a mi familia.

—Pero si las cuevas son venenosas —preguntó Alaric—, ¿cómo se obtiene esa sustancia?

—La gente que vive cerca conoce el secreto para cosecharla sin morir.

—Entonces es un tipo de planta.

Piros encogió los hombros.

—Tal vez es musgo o tal vez es un depósito de minerales. Parece que nadie lo sabe. No es fácil estudiar algo que existe en una niebla venenosa.

—Así que... Rudd se envenenó.

Piros zarandé la cabeza.

—Ese sería un destino mucho más sencillo. —Inhaló profundamente y pareció fruncir los ojos para ver algo más allá del fuego, a pesar de que no había nada más que el cielo oscuro y estrellado—. Sabía que te lo tendría que haber contado cuando te pedí que te unieses a nosotros, pero ahora parece más difícil de lo que esperaba. Pero... —Miró a Alaric de reojo—. Cuando lleguemos a las minas de sal, habrá otro viaje de dos días, solo para algunos de nosotros. Yo, Hanio y Rudd, porque rechazará quedarse atrás. Nuestro destino serán las cuevas y volveremos con una cantidad considerable de cierto polvo, que estará a mi cargo, a pesar de que le daré pequeñas cantidades a Rudd de vez en cuando. Bajo su influencia y, sabiendo que hemos renovado

el suministro, podría instarte a probarlo. Ya que valoras tu vida, no lo pruebes. —Suspiró con fuerza—. Lo elogiará. Te dirá que te hará sentir como un rey. Se podría pensar que no lo haría, que desearía quedarse tanta como pudiera, pero bajo su influencia los hombres tienden a no pensar en el futuro. Por el bien de tu propio futuro, no lo aceptes. Créeme: pensarás que estás ganando el mundo, pero te perderás a ti mismo.

—No tengo ningunas ganas de que eso pase —afirmó Alaric.

Piros volvió a suspirar.

—¿Qué hombre no querría sentirse como un rey?

Alaric se permitió esbozar una sonrisa.

—He observado a algunos reyes. No es una vida tan envidiable como se podría pensar.

Piros le miró.

—En el otro extremo del desierto, pagan bien por eso. Lo llaman el Polvo del Deseo.

—Un nombre interesante.

—Está bien triturado, tiene un color gris azulado, parecido al tomillo, pero con una fragancia más fuerte y un sabor todavía más picante. Queda bien con la carne de ave.

—¿Lo has probado?

Piros miró de nuevo al fuego.

—Era joven e idiota y había una apuesta. No he vuelto a apostar desde entonces. Rudd me ha mostrado lo que me podría haber pasado a mí.

Alaric asintió con la cabeza lentamente.

—Entiendo tu advertencia. Pero me pregunto..., ¿por qué no se lo niegas? Su poder acabará desvaneciéndose con el tiempo.

Los dedos entrelazados del patrón de la caravana se tensaron hasta que los tendones se le marcaron en el dorso de las manos.

—En el otro extremo del desierto... vi morir a un hombre acostumbrado al polvo debido a su carencia. Fue una muerte larga, lenta y dolorosa. —Cerró los ojos y agachó la cabeza—. ¿Tengo que perder hasta la sombra de mi hijo?

Alaric miró la tienda donde dormía Rudd. Había un hombre en la entrada, enrollado en una manta y con la cabeza en una montura de camello. Alaric sabía que había otro detrás.

—Es un cuento triste —sentenció al final—. Pero hay que desarrollarlo más antes de convertirlo en canción. —Evitó añadir que necesitaba un final.

—Bien —aceptó Piros—, todavía nos queda un largo camino. Mucho tiempo para desarrollarlo. —Con una mano en el suelo arenoso, se levantó.

Al día siguiente, a media mañana, la ciudad fantasma volvió a ser visible. Esta vez, Alaric cabalgaba a poca distancia detrás de Rudd y vio que Hanio llevaba las riendas de la montura del joven y que otros dos hombres cabalgaban cerca de él. Igual que antes, la ciudad se insinuaba y se movía en el horizonte, con muchas torres que eran relativamente distintas y se fundían en una amplia mancha borrosa. Por la tarde, toda la masa parecía elevarse y por debajo se veía el cielo vacío. Nubes, pensó Alaric, a pesar de que era una conjetura difícil de aceptar mientras el resto del cielo era de un azul monótono, con la excepción de la mancha brillante del sol.

Los siguientes doce días pasaron con poco que reseñar. Todas las mañanas horneaban pan y lo repartían antes de que los hombres subieran a los camellos y la larga línea de animales cargados empezara a moverse hacia el oeste. Todos los días, la caravana se movía hacia el oeste, a veces por el duro terreno del desierto, a veces bordeaba dunas y avanzaba despacio sobre arena a la altura del tobillo y la distante ciudad espectral casi siempre los acompañaba, lejos en el sur. Todas las tardes paraban en algún pozo. El agua solo era potable después de haberla hervido. También solía haber broza alrededor, pero los camellos se aseguraban de que no sobreviviera a su presencia. Y cuando montaban las tiendas, encendían el fuego y consumían los restos del pan de la mañana con frutos secos, queso y, a veces, unas pocas porciones de carne en conserva, que necesitaba estar en remojo en agua caliente para evitar ser tan dura como el cuero, Alaric cogía el laúd y tocaba y cantaba hasta que solo quedaba la guardia de la noche. Y todas las noches, Rudd se sentaba a los pies de Alaric y escuchaba, sonreía y asentía con la cabeza sin decir nada.

Entonces, un día que prometía ser como muchos otros, apareció una mancha borrosa en el horizonte y creció conforme se acercaba la caravana hasta convertirse en una amplia arboleda que rodeaba una lámina brillante de agua que no era ninguna ilusión. En una orilla del agua, acurrucado entre los árboles, había un pueblecito con una docena de cabañas y, a su alrededor, hombres, mujeres y niños se encargaban de huertos con vegetales y de pequeños rebaños de cabras. Alaric apenas podía creer lo que veían sus ojos. En mitad del desierto, donde solo unos pocos pozos solitarios recordaban a los viajeros que los hombres a veces pasaban por allí, se habían establecido seres humanos con hogares contruidos con cuidado y, en esos hogares, había magníficas sillas talladas y mesas encima de alfombras bellamente tejidas, muebles y baldosas dignas de una casa real.

Los camellos, incluida Folero, fueron atados junto a una orilla del agua, con las riendas enganchadas a pinchos de metal que clavaron profundamente en los troncos de unos árboles para mantenerlos alejados de los huertos. Los hombres de la caravana montaron las tiendas, encendieron los fuegos cerca y Alaric pensó que lo hacían por la misma razón. Piros entregó su propia montura a Hanio y fue hasta el corazón de las alfombras y, mientras llegaba a ese lugar, un hombre con vestimentas blancas, una cadena dorada alrededor del cuello y una diadema en la frente salió de uno de los hogares para encontrarse con él. Otros nativos, engalanados con menos opulencia, dejaron los trabajos del huerto para acercarse al hombre que, obviamente, era su príncipe.

Alaric vio reverencias y gestos grandilocuentes entre el visitante y el príncipe y, tras unos momentos de conversación, Piros le indicó con la mano que se acercara. Alaric se acercó e hizo una profunda reverencia al hombre con vestimentas blancas.

—Este es nuestro juglar —anunció Piros—. Nos entretendrá esta noche.

El príncipe sonrió.

—Si me complace, tendrá una recompensa. —Miró a Piros—. ¿Pero qué pasará las noches que se vaya? ¿Permanecerá aquí? ¿Quizás incluso después?

—Así será si le place —afirmó Piros.

—Si posee tanto talento como dice, espero que así sea.

Todos ofrecieron una reverencia y Alaric siguió el camino de Piros hacia las alfombras, donde el patrón de la caravana se volvió y levantó un brazo hacia los hombres que esperaban entre los camellos. Con aquella señal, empezaron a descargar sacos de una veintena de animales.

Alaric siguió a Piros hasta la hoguera más grande, donde los hombres que se ocupaban les sirvieron té a los dos. Piros bebió el suyo mientras contemplaba como liberaban a los camellos de las cargas, los hombres se echaban los sacos a la espalda y los llevaban a las alfombras, donde los apilaban. El príncipe todavía estaba allí: ahora tenía tiza y pizarra y estaba claro que calculaba el pedido.

Al final, incapaz de mantener más tiempo el silencio, Alaric dijo:

—No acabas de sugerir que yo a lo mejor quiero quedarme cuando la caravana se marche, ¿verdad?

Piros no le miró.

—Como he dicho, será tu elección. Es una vida sosegada, excepto cuando hay tormentas de arena. A pesar de todo, la gente se las ha arreglado para recuperarse de todas las tormentas. La comida es buena. Comeremos cabra

fresca durante nuestra estancia y nos llevaremos cabra seca para el resto del viaje. La mayoría de esos sacos están llenos de granos para pan fresco y tendrán más que suficiente para un año. Un juglar podría tener un trabajo peor que cantar para un príncipe así.

—Lo dudo —replicó Alaric.

Piros esbozó una sonrisa fría.

—Te ofreceré oro. Lo sé seguro.

Alaric zarandó la cabeza.

—Ya he tenido oro. Atrae a los ladrones. Yo prefiero viajar. ¿O estás tan cansado de mí, buen Piros, que me descargarías como a esos sacos de grano?

Entonces Piros le miró.

—Podría ofrecerte el Polvo para que te quedases. Como señor de las cuevas de las que proviene, tiene un gran suministro personal.

—¿Sí? Entonces creo que a lo mejor no comeré lo que ofrezca. ¿Es con el Polvo como se ha enriquecido?

—Entre otras cosas —afirmó Piros—. Tiene el mobiliario, que también es caro a ambos lados del desierto. Y también está la sal. —Hizo gestos hacia el norte—. Las minas están a cierta distancia, a pesar de que nadie aquí te dirá exactamente dónde o cómo llegar. La reunieron con los sacos de grano del año pasado y nos espera en un almacén a medio día de viaje desde aquí. Una partida de hombres la recogerá mañana mientras yo estoy en otro lugar. Si te interesa el trabajo duro, puedes acompañarlos.

—Y tú —repitió Alaric— estarás... en otro lugar.

Piros dirigió la mirada al príncipe, que asentía con la cabeza mientras le depositaban el último saco de granos a los pies. Piros repitió el asentimiento y Alaric no sabía si se lo dirigía a él o era solo satisfacción por las transacciones con el príncipe.

—Tal vez querrás acompañarme —dijo el patrón de la caravana—. Volveremos en cuatro o cinco días.

—Con el Polvo. —No era una pregunta.

Piros cruzó los brazos sobre el pecho.

—Un hombre conoce a sus compañeros en el desierto.

Alaric sonrió.

—Como los compañeros de viaje en cualquier lugar.

El juglar pensaba en las extensiones del Ártico, desiertos de otro tipo, pero desiertos al fin y al cabo, y la gente que había conocido.

—Tienes coraje, juglar —aseguró Piros.

Alaric zarandó la cabeza.

—Menos de lo que crees, buen Piros. Pero tengo una enorme curiosidad y eso a veces se confunde con coraje.

Piros miró a los camellos y las hogueras.

—Como te iba diciendo, mi hijo vendrá. Necesita vigilancia. Le gustan tus canciones. Tal vez eso evite que persiga la ciudad.

—¿Por qué no lo dejas aquí? Tus hombres parecen buenos vigilantes.

—Tengo el Polvo que le hace falta, al menos hasta que lleguemos a la fuente. Solo hay uno en el que se puede confiar y vendrá con nosotros. — Piros miró duramente a Alaric—. Creo que ya te he entendido, juglar. No habrá ninguna recompensa especial por el viaje, pero dudo que te importe.

—Me conformo con una buena canción.

Piros volvió a asentir.

—Hanio y yo sabemos encontrar el lugar. No es fácil leer las señales en el desierto. Especialmente para los nuevos. Aléjate un poco y podrías perderte para siempre.

—Soy un viajero prudente y no me he perdido casi nunca —afirmó Alaric. Era reacio a decir ‘nunca’, a pesar de que se acercaba bastante a la verdad. El mapa que llevaba en la mente de todos los lugares que había visto o a los que había ido siempre le había funcionado bien a su poder especial—. Y soy bueno siguiendo a otra gente.

—Muy bien —aceptó Piros—. Mañana, cuando la partida de la sal vaya al norte, nosotros partiremos al sur.

—Hacia la ciudad fantasma.

—Sí. Esto debería de complacer a mi hijo.

Aquella noche, el pueblecito los acogió bien, con carne fresca y vegetales para toda la caravana y alabó la música de Alaric. El príncipe no le ofreció oro, pero Alaric no lo esperaba después de una sola noche de entretenimiento. Por la mañana, enviaron a un gran grupo de hombres y camellos a por la sal, con uno de los nativos que los guiaría, a pesar de que Piros aseguró a Alaric que no tenía ninguna duda de que sus hombres podían encontrar ellos solos el almacén habitual. Piros, Hanio y Rudd se dirigieron al sur en sus monturas, con Alaric, Folero y cuatro camellos sin pasajeros cargados con comida y agua que los seguían. Por la tarde, acamparon en un lugar tan desolado como cualquiera de los que Alaric había visto por el camino. No había ninguna fuente de agua pero, por supuesto, ellos habían traído: prepararon té y compartieron un poco del pan de la mañana para la cena. Luego el juglar cantó una canción recién compuesta sobre las dunas que gemían, con un estribillo repetido que hizo que dos de sus compañeros movieran la cabeza al

ritmo a pesar de que Rudd no se unió, ya que solo se sentaba al calor de la lumbre y miraba al sur en la oscuridad, como si hubiera algo allí.

Al día siguiente retomaron la marcha, acamparon, comieron y Alaric cantó de nuevo. Al otro, se hizo visible una ligera elevación del paisaje ante ellos: no eran dunas, sino una línea de modestos montículos que se extendían hacia el suroeste. Un viaje de medio día llevó a los viajeros hasta allí: un grupo estrecho de siete cabañas, muy elaboradas pero más pequeñas que las del poblado del príncipe. También había agua, pero Piros advirtió de que no era potable, ni siquiera después de haberla hervido, y de cerca Alaric vio que era de un color amarillento desagradable e incluso los camellos la rechazaron.

Media docena de hombres salieron de las cabañas para saludarlos. Eran hombres demacrados, se les marcaban los huesos de las caras; los ojos, hundidos y con un círculo oscuro; las manos y los antebrazos, esqueléticos, que aparecían al final de las mangas y la ropa del desierto les quedaba ancha en el cuerpo, como si esos hombres no hubieran tenido nunca carne. Su líder, el más alto del grupo, hizo una reverencia a Piros y lo escoltó dentro de una de las cabañas mientras el resto empezaban a descargar los camellos. Alaric les dio la mano y se cargó a la espalda unas botas de agua, que habían rellenado en el estanque del pueblecito y traído con los camellos a pares, atadas por una cuerda gruesa.

Los hombres demacrados llevaron agua a seis cabañas y el resto de los suministros acabaron en la que estaba más cerca de la hoguera comunitaria. Poco tiempo después de la distribución, Piros y el hombre alto salieron de la reunión.

—Hay que cosechar más —dijo Piros a los compañeros—, así que mañana estaremos aquí todo el día mientras acaban.

Hanio asintió. Había cogido una cabra joven del pueblo, la había llevado en las rodillas en una bolsa de malla y entonces la mató de una puñalada rápida, la desolló hábilmente, la destripó y ensartó el cadáver para que se tostara al fuego mientras los hombres demacrados ponían las tripas en una enorme cazuela para estofarlas, sin desperdiciar nada.

Durante el tiempo de cocina, un par de hombres demacrados cogieron sacos pequeños y vacíos de la cabaña de suministros, escalaron la altura que estaba más allá de su pueblecito y descendieron por detrás hasta que ya no se los veía. Desaparecieron un tiempo y, cuando volvieron, cargaban sacos en los hombros, llenos de algo pesado y sin forma, y otro par se fue por la misma

senda, de nuevo con los sacos vacíos y de nuevo volvieron más tarde con sacos llenos. Los hombres demacrados continuaron así de dos en dos, turno tras turno, mientras Hanio aseguraba los sacos llenos a los camellos y Piros llevaba otros sacos llenos de varias de las cabañas y hacía lo mismo.

En cierto momento, Rudd, que se había sentado con las piernas cruzadas en el hoyo de fuego y miraba la cena tostarse, se levantó y subió por la escalera y Hanio dejó el camello que cargaba para perseguirlo. Alaric lo siguió enseguida, dos docenas de pasos por detrás y desde la cumbre veía toda la ciudad fantasma en el horizonte y a Rudd, que descendía la ladera hacia allí, con Hanio detrás. Hanio decía algo que Alaric no podía descifrar, pero su tono parecía suave y persuasivo y al final agarró el brazo de Rudd, lo paró y parecía suplicarle que volviera. Piros se unió a Alaric en la cuesta, pero no hizo ningún amago de perseguir a su hijo. Hanio dio la vuelta al joven al final y Piros le envió un pequeño asentimiento de cabeza antes de volver a la hoguera.

Alaric cantó aquella noche sobre una larga y peligrosa búsqueda del tesoro. Era una vieja canción que había aprendido muy lejos, pero parecía apropiada. Cortó su propio trozo de carne de la cabra y estaba deliciosa. Debido a una pequeña señal de Piros, no probó las tripas, con un fuerte olor de lo que podría haber sido tomillo. Piros y Hanio tampoco comieron. Si Rudd lo hizo, Alaric no lo vio. Después de la cena, Piros montó una tienda para su grupo y todos entraron a gatas para compartir calor contra el frío del desierto. Alaric se despertó una vez, cuando alguno de los otros que no era Rudd, pues dormía a su vera, salió supuestamente a responder a la llamada de la naturaleza. Como él no la sintió, se volvió a dormir.

Por la mañana, hornearon un poco de pan en piedras calentadas en la hoguera y rompieron el ayuno con eso y carne de cabra fría. Luego Hanio sugirió que Alaric quizás quería ver la parte visible de la recogida del Polvo para satisfacer parte de la curiosidad que lo había llevado al desierto.

—¿Es posible? —preguntó Alaric.

—Sí, pero hay poco que ver —respondió Piros.

Rudd, que se había acercado a su comida, levantó la mirada al oírlo.

—Me gustaría verlo.

—Tú ya lo has visto —replicó su padre—. No ha cambiado.

—Quiero verlo —levantó la voz.

Se levantó, lanzó la comida a medio mordisquear a un lado y entonces se giró y empezó a subir la cuesta.

Piros miró a Hanio.

—Ve con él y no dejes que le dé demasiado ese aire fresco.

—Tal vez me hace falta un poco de ayuda —apuntó Hanio.

Rudd miró por encima del hombro a su padre.

—¿No quieres unirte, padre? ¿Para vigilarme?

Piros miró a Alaric, pero no dijo nada.

—Iré —aceptó el juglar. Cogió a Rudd—. Así puedes explicarme el proceso de la cosecha.

—Mi padre lo entiende mejor —aseguró Rudd, con un tono en la voz y un semblante arisco—. Pero lo teme. ¿No, padre?

Piros lo miró con los ojos fruncidos.

—Tú también deberías temerlo —contraatacó—. Mira qué les ha pasado a los cosechadores. —Se dirigió a Alaric—: Mueren antes de tiempo, aunque no inhalen el veneno. Los años de exposición pasan factura.

—Tal vez no quiero verlo —rectificó Alaric y dio un paso atrás.

—Aléjate de la entrada —aconsejó Piros—, allí estarás seguro. El olor que emana ya advierte a los hombres para que no se acerquen demasiado.

—Aterrado por un olor —se burló Rudd.

—¿Qué clase de olor? —preguntó Alaric.

—No lo confundirás con un perfume —explicó Piros—. Ni con tomillo.

Alaric dudó otro momento. Aun así, Hanio iría y parecía bastante sano. Al final, la curiosidad pudo más que la duda. Alaric señaló con la cabeza a Rudd y a Hanio y los tres subieron hasta la cumbre. Allí, siguieron las crestas de las colinas durante cien o doscientos pasos. A su derecha, la ciudad fantasma fluctuaba en el horizonte y Rudd la miraba a menudo, a pesar de que no intentaba correr, pensó Alaric, porque Hanio lo llevaba cogido por el brazo. Una lámina de agua, o algo que parecía agua, se extendía hacia fuera de la ciudad y parecía bastante real, salvo por los márgenes, que se movían como el líquido de un cuenco llevado por borrachos.

—Háblame sobre la cosecha —sugirió Alaric.

Rudd no respondió y al final Hanio dijo:

—Aguantan la respiración. Esto es todo. Nadie querría respirar ese hedor.

—¿Lo recogen mientras aguantan la respiración? —se sorprendió Alaric.

—No queda otra —replicó Hanio—. Después de mucha práctica, se les da muy bien aguantar la respiración. A los que se les da peor no los seleccionan nunca para el trabajo. O mueren.

—No parece un trabajo muy atractivo —afirmó el juglar—. O muerte temprana o muerte prematura. ¿Qué tipo de hombre elegiría eso?

—No hay elección —aseguró Hanio—. El príncipe manda y ellos obedecen. Por supuesto, los cosechadores usan todo el polvo que quieren, así que tiene sus ventajas.

Alaric olió su destino antes de verlo y era tan repelente como Piros había prometido, un fuerte aroma de podredumbre, como si lo hubieran dejado demasiado tiempo al sol. Se paró un momento y permitió que Hanio y Rudd se acercaran y empezaran a bajar la cuesta meridional. Los vio girar y desaparecer debajo de un saliente de roca. Después de un largo rato, dio dos pasos en esa dirección y se volvió a detener, luchando de nuevo con la curiosidad. Una sensación de inquietud crecía en su interior y daba igual las veces que se dijera que si Hanio pensaba que era seguro, él también tenía que pensarlo. Aun así dudaba.

Entonces, vio que uno de los hombres demacrados subía hacia él y escuchó que Hanio gritaba algo, a pesar de que no pudo descifrar las palabras. Se apartó a un lado, el hombre demacrado le pasó rozando y siguió corriendo a toda velocidad por el camino por el que había venido.

Hanio vigiló desde debajo del saliente y chilló otra vez, mientras gesticulaba con urgencia a Alaric para que se uniera a él. El juglar miró hacia la cuesta. ¿Qué pasaría, se preguntó, que Hanio y el segundo hombre demacrado no podían solucionar? ¿Cómo creían que él sería de ayuda?

Los sonidos de la carrera le hicieron girarse. Piros y los cinco hombres demacrados que quedaban corrían a través de la cadena de colinas.

—¿Qué ha hecho el estúpido chico? —chilló Piros. Aun así, pasó bruscamente por el lado de Alaric sin esperar una respuesta.

Los últimos dos hombres demacrados cogieron los brazos de Alaric y lo llevaron con ellos. Él tropezó y perdió un poco el equilibrio mientras los tres descendían la cuesta.

Debajo del saliente, el lado de la ladera era casi vertical y formaba un muro un poco más alto que un hombre y, ajustada en aquella pared, había una enorme puerta de madera. Rudd estaba al pie de aquella puerta, con Hanio arrodillado a su lado, que lo mecía como un niño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Piros, que se inclinó hacia su hijo.

De repente, uno de los hombres demacrados abrió la puerta y dejó ver la oscuridad de una cueva, de la que salió un olor de podredumbre, diez veces peor que el de antes y, cuando Alaric aguantó la respiración, tres de los hombres demacrados cogieron a Piros, lo levantaron y lo condujeron a través

de la entrada mientras los otros elevaban al juglar con una fuerza que no podía contrarrestar y lo echaban también allí dentro. El aliento que le quedaba a Alaric desapareció cuando cayó encima de Piros. Cerraron la puerta de madera y la luz del día se desvaneció. En una oscuridad negra como el hollín, Alaric cogió y apretó el cuerpo del patrón de la caravana contra el suyo y, en un instante, estaban los dos en el norte y la fetidez de la podredumbre desapareció en su frío y puro aire.

Alaric soltó a Piros y cayó de rodillas mientras tosía e inhalaba fuertemente entre jadeos. El aire era frío y se estremeció por el contraste con el calor del desierto a pesar de que, para el norte y esa época del año, el día era templado. Casi le daba miedo mirar a Piros. No lo había pensado a la hora de utilizar su poder: no había tenido tiempo. ¿Se había llevado el cuerpo entero de Piros o habría solo una parte de él, como el trozo de un cadáver descuartizado?

Un gemido suave llamó su atención. Piros se apoyó en los codos y tosió. Estaba entero, y no solo eso, sino que Alaric y él yacían en un amplio lecho de roca.

Alaric se dio cuenta de que su poder había transportado no solo a Piros, sino también un buen pedazo del suelo de la cueva. Y en aquel suelo había un esqueleto humano decolorado por el tiempo, las costillas fracturadas, huesos de extremidades dispersos (Alaric pensó que Piros y él debían de haberlo pisado al caer) y, entre esos huesos, había incrustaciones de unas cosas que podrían haber sido vidrios minúsculos o moho, de color gris azulado. Había manchas de ese color en una de las mangas de Alaric y, al ponerse de pie, se las quitó con la otra manga, con cuidado de que no le tocara la piel y de no inhalar esa sustancia. Supuso lo que debía de ser.

Piros se incorporó y contempló alertado, con los ojos muy abiertos, la resistente hierba del norte que sobresalía del lecho de roca, los matorrales y los árboles raquíticos sembrados a través del paisaje, y las lejanas montañas coronadas en blanco. Frunció el ceño.

—¿Es esto la tierra de los muertos?

Alaric negó con la cabeza.

—No, la hemos esquivado. Esto es solo el norte.

El patrón de la caravana dio la vuelta de rodillas, se dirigió a gatas hacia el borde del trozo de roca, puso las manos en la fría tierra del norte e introdujo los dedos solo un momento. Entonces se levantó.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —murmuró. Miró a Alaric de nuevo—. Lo has hecho tú.

Alaric no dijo nada.

Piros se dio la vuelta completamente.

—Esto está muy lejos —murmuró y se frotó las ropas del desierto por el frío. Entonces hizo una reverencia a Alaric—. ¿Qué desea de mí, señor mío?

Alaric aguantó la respiración bruscamente. Esa no era la reacción que había esperado. Miedo del poder del brujo, sí, y su probable primo: el odio. ¿Pero una reverencia?

—No quiero nada, Piros, aparte de tu amistad.

—Te debo la vida —apuntó Piros—. No es una deuda que se salde así como así.

Alaric zarandó la cabeza.

—Me he salvado a mí mismo. Era igual de sencillo traerte conmigo.

—Podrías haberme dejado morir.

—No soy ese tipo de hombre —aseguró Alaric.

Piros frunció los ojos.

—¿Eres un hombre? ¿O alguna clase de espíritu mágico?

—Un hombre.

—Y aun así...

—Nací con esa habilidad. Intento no usarla cuando los otros me pueden ver. Asusta. —Miró fijamente a Piros—. Sin embargo, tú no estás asustado.

—He visto muchas cosas en mi vida y el miedo nunca me ha sido útil. ¿Puedes devolverme allí? —sentenció Piros—. No a la cueva, sino fuera.

—Puedo devolverte al campamento de los hombres demacrados o al pueblecito junto al estanque o a la posada de tu hermano.

—¿A la colina de la cueva?

—Sí, a allí también.

—Tengo que saber quién ordenó esto. Y tengo que ver a mi hijo y a Hanio si todavía no han muerto.

—Los cosechadores nos superan en número —recordó Alaric.

—Sí —asintió Piros—, pero contamos con la ventaja de la sorpresa. —Movié la cabeza—. No están solos. Su príncipe no les permitiría nunca matarme, salvo que hubiera otra persona preparada para encargarse del comercio y con una oferta más provechosa. La cuestión es... ¿quién?

—¿Sospechas...?

La boca de Piros se deformó en una línea dura y seca.

—Alguien que vino con nosotros a la fuente del Polvo para asegurarse de que se perpetraba la acción. Y matarte a ti también para no dejar a ningún testigo creíble.

—Dos posibilidades —murmuró Alaric.

—Sí —confirmó Piros—. Llévame allí, juglar. Necesito saber la verdad.

—A poca de distancia de la cueva —explicó Alaric.

Piros asintió con la cabeza.

—Muy bien —concedió el juglar—. Ven a mis brazos.

Se abrazaron y un instante después volvían a estar en el desierto, en la cuesta de la cadena que habían seguido hasta la cueva. Los dos cayeron al suelo y Piros subió a gatas a la cumbre, con la cabeza y el cuerpo escondidos. Miró por encima de la colina y entonces gesticuló a Alaric para que se uniera.

El saliente que señalaba la cueva solo estaba a una docena de largas zancadas. Había tres hombres demacrados visibles a su alrededor.

—¿Tienes un puñal? —susurró Piros.

Alaric zarandeó la cabeza. Tenía uno, pero estaba en la bolsa, en el campamento de los hombres demacrados.

—Toma este.

Piros se sacó un acero largo de la manga y se lo ofreció, con la empuñadura hacia él.

—Yo no mato a personas —susurró el juglar.

—Es para asustarlos. Fantasmas con puñales. ¿Crees que plantarán cara?

Alaric agarró el puñal. Piros se sacó dos más de las mangas. Alaric se preguntó cuántos más llevaría encima.

—Sígueme —ordenó el patrón de la caravana, que de un salto se levantó, saltó por encima de la colina y corrió hacia el otro lado gritando—: ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Alaric cogió el puñal con fuerza y corrió detrás de él.

Los tres hombres demacrados miraron hacia arriba y empezó a chillar: gritos agudos y altos, como perros heridos. Se agarraron unos a otros como niños horrorizados y entonces otros tres aparecieron por el saliente y empezaron a chillar también.

En ese momento, Piros ya los había alcanzado.

—¡Al suelo! —gritó—. ¡A tierra como los truhanes que sois, con las caras en el suelo! ¡Echaos polvo y piedras en las cabezas y suplicadme que no os ajusticie como merecéis!

Enarboló los puñales. Alaric se detuvo unos pasos detrás de él y empezó a enarbolar su propio acero de una forma que esperaba que fuera lo bastante amenazante.

Los hombres demacrados se agacharon, rascaron el suelo con dedos temblorosos y lanzaron la tierra que sacaron al aire, sin dejar de gritar.

—¡Silencio! —rugió el patrón de la caravana.

Los gritos cayeron abruptamente sobre los gemidos salpicados de tos.

—¿Quién dio la orden? —preguntó Piros y pegó un par de patadas a la cabeza inclinada más cercana. Al no obtener respuesta, acuchilló el hombro del hombre con la punta de un puñal: le estropeó la ropa y la piel y la sangre empezó a mancharle la ropa—. ¡Responded!

El hombre herido se agarró el hombro y gimió.

—Tu hombre —anunció uno de los otros—. Fue tu hombre.

—Hanio —confirmó el otro—. Afirmó que si lo hacíamos, podríamos volver al pueblecito. ¡Con nuestras familias!

—Dijo que nos darían la bienvenida —añadió otro—. ¡Otros se encargarían de cosechar el Polvo!

Piros atravesó a zancadas el grupo de hombres agachados y ninguno de ellos intentó pararlo, sino que lo seguían con la mirada. Alaric los sorteó mientras se preguntaba si el horror les duraría mucho antes de descubrir que Piros y él no eran espíritus.

Hanio esperaba debajo del saliente, con la espalda contra la puerta que precintaba la cueva. Él también tenía un par de puñales, aceros largos y siniestros.

—Así que hay otra forma de salir —dijo—. Y el veneno es mentira.

Piros zarandeó la cabeza.

—Tú nos mataste.

—Lo dudo —negó Hanio, que lanzó de una patada una piedra contra Piros. Golpeó la bota del patrón de la caravana y descubrió lo que había debajo de los ropajes—. Todavía eres de carne y hueso.

Piros frunció el ceño.

—¿Dónde está mi hijo?

—Se ha ido —aseguró Hanio. Señaló hacia el sur con la punta de un puñal—. A donde siempre ha querido ir.

Piros no apartó la mirada del hombre.

—¿Sabía lo que planeabas?

—Claro que sí. ¿Crees que le gustaba la prisión en la que habías convertido su vida?

Alaric veía lo fuerte que agarraba los puñales Piros, con los nudillos blancos por la presión.

—Te lo habría dado todo algún día —dijo—. A él no.

—Algún día, de aquí a veinte años —replicó Hanio—. Y hasta entonces tendría que soportar su locura. Ya estoy harto. Ya hace tiempo que te pasaste

de la raya.

Piros se acercó a uno de los lados del refugio de roca, hasta que tuvo la pared en el hombro.

—Así que estamos aquí.

—Dos contra uno —resumió Hanio.

—Siete contra dos —corrigió Piros—. Tú has establecido las probabilidades.

Hanio zarandó la cabeza.

—Creen que estáis muertos. Han huido.

Piros no miró hacia los acobardados hombres demacrados, pero Alaric no pudo evitarlo. Se habían largado.

—Parece que estamos solos —afirmó.

Piros asintió.

—Avísame si vuelven. De lo contrario, esto es entre Hanio y yo. —Hizo un único paso hacia Hanio—. ¿Quién más está de tu parte?

—Todos —contestó Hanio—, cuando vuelva sin ti.

Levantó uno de los puñales a la altura de la cintura y mantuvo el otro en las caderas.

Piros saltó, desarmó a Hanio con los puñales y, en un abrir y cerrar de ojos, los dos hombres se golpearon contra la puerta de madera y acabaron en el suelo en una maraña de ropajes del desierto, con Hanio encima. Alaric se dio cuenta de que aguantaba la respiración, preparado para huir a su manera, pero dudoso sobre si quedarse más rato.

Entonces Piros empujó a Hanio a un lado y se tambaleó. El acero que tenía en la mano izquierda estaba sucio de sangre hasta la empuñadura y había una mancha creciente del mismo color en la barriga de Hanio. Piros limpió el puñal sangriento con el borde de la ropa de Hanio y se volvió a guardar los aceros en las mangas. En silencio, Alaric le entregó el puñal que le había prestado y lo guardó también en una de las mangas.

—Dejaremos que los nativos lo entierren —mandó Piros—. O tal vez lo dejarán al calor para que se seque. Ahora vayamos a por mi hijo. —Volvió a subir la colina.

Alaric le siguió.

—¿Qué le harás? —preguntó.

Arriba del todo, Piros se volvió hacia el sur y Alaric se puso a su lado e hizo lo mismo. La ciudad fantasma estaba allí, como a menudo, y entre esta y ellos, a duras penas visible en el pálido suelo del desierto, había una figura minúscula con un turbante en la cabeza.

—Me pregunto cuánto Polvo le dieron. Es más fuerte cuando está fresco. Debe de ver torres y jardines de flores brotando donde se ven esas formas que probablemente sean nubes. Y tal vez también ve barcos en el agua. —Piros inspiró fuerte y profundamente—. Esto es lo que yo vi. Me asusté tanto que no he vuelto a probar el Polvo nunca más.

—Podemos traerlo con nosotros —sugirió Alaric.

—Podemos —dijo Piros—. Aun así, no me hace falta que Hanio me diga que el niño lo sabía. De lo contrario, lo habrían echado a la cueva como a nosotros. Hanio fue siempre un hombre cuidadoso. Un buen subordinado que no dejó nunca nada al azar. Si te hubiera matado para no dejar testigos, no le habría perdonado la vida a Rudd.

—No puedes estar seguro —replicó Alaric—. Hanio podría haberte mentido para ganar ventaja en la pelea. Podría haber hecho uso del Polvo para aturdir la mente del niño. —Frunció los ojos hacia el sol para calcular la distancia. Sería un viaje bastante fácil con su poder especial y, si pillaba al chico bastante de prisa, mientras estaba demasiado sorprendido para luchar, el regreso sería fácil también—. Piros, es tu hijo.

Piros, afligido, rio bajito.

—Es el hijo del Polvo. Y yo también estoy harto de administrar su prisión. —Volvió a respirar profundamente y se dio la vuelta, dando la espalda al sur, a la ciudad, a su hijo—. Deja que cumpla el deseo de su corazón.

Empezó a descender la cuesta norte, hacia el grupo de cabañas de los hombres demacrados.

Alaric trotó detrás de él.

—Piros...

El patrón de la caravana siguió caminando.

—¿No es un final lo bastante bueno para tu canción, juglar?

—Un final perfecto para la canción —aseguró Alaric—, pero no para la vida de un hombre. ¿Lo dejarás morir allí porque el Polvo le deforma la mente?

—Si lo persigues, tú cargarás con él —advirtió Piros—. ¿Es eso lo que quieres?

Alaric tragó saliva con fuerza.

—Piros..., no puedo dejarlo morir.

Piros zarandeó la cabeza.

—No te tenía por imbécil, juglar, pero parece que lo eres.

Un instante después, Alaric caminaba hacia el sur, unos pasos por detrás del hijo de Piros.

—¡Rudd! —se desgañitó.

El joven apenas miró por encima del hombro. No parecía sorprendido de verlo.

—Vuelve —pidió el juglar—. No hay nada allí fuera. No hay ninguna ciudad.

—Has escuchado demasiado a mi padre —aseguró Rudd—. Sabía que había una ciudad, pero le asusto, por eso lo niega.

—Es una ilusión —afirmó Alaric—. Un truco del desierto. La he visto casi todos los días y siempre acaba desapareciendo.

—A mí no me desaparecerá.

Aceleró el paso, como si quisiera alcanzarla antes de que se desvaneciera.

Alaric paró y dejó que el espacio entre él y Rudd aumentara. La ciudad estaba delante, tentadoramente difuminada, pero todavía seguía allí. Piros había dicho que era una ilusión y Alaric lo había aceptado. Pero ¿y si había algo?

¿Qué pasaría si había una ciudad, algún tipo de ciudad? ¿Qué pasaría si era Rudd el que tenía razón? Calculó la distancia y la saltó con su manera especial, un salto que era el equivalente al de la travesía de un hombre durante medio día a través del desierto. Al mirar atrás, ya no podía ver a Rudd, y hacia delante la ciudad estaba tan lejos como antes. Otro salto. Dos. Tres. Al décimo, la ciudad había desaparecido, a pesar de que la lámina de agua a su alrededor todavía se extendía atractivamente a través del desierto en la distancia. Unos saltos más mostraron que el agua continuaba retrocediendo.

Ilusiones, todo ilusiones. Ahora lo sabía a ciencia cierta y se sentía decepcionado y un poco avergonzado por haberse permitido pensar de otra manera por un momento. Volvió al lugar que había dejado, unos pasos por detrás de Rudd y corrió para alcanzarlo.

—¿Sigues aquí? —preguntó Rudd.

—Te acompañaré —sugirió Alaric—, y cuando la ciudad desaparezca, volveremos.

—¿Dónde? —preguntó Rudd—. Hanio dirige ahora la caravana, no me querrá. —Miró a Alaric—. Sí, sé que mi padre ha muerto y tú también. Eres una ilusión, pero estás aquí. ¿Por qué debería creer en ti y no en la ciudad?

Alaric no intentó responder, sino que dijo:

—Estoy aquí para traerte a la tierra de los vivos. A la taberna de tu tío, si lo deseas.

Rudd buscó a ciegas en los ropajes y sacó una bolsa de cuero que tal vez contenía monedas, pero cuando introdujo los dedos, sacaron un pellizco de

polvo gris que lamió.

—Estoy en la tierra de los vivos —aseguró—, y la ciudad me dará la bienvenida.

—Rudd...

El chico alargó la bolsa hacia Alaric.

—¿Pueden los muertos disfrutar del Polvo?

Alaric zarandó la cabeza.

—Qué pena —exclamó Rudd—. La ciudad desborda Polvo.

Cerró la bolsa y la guardó.

—La caravana desborda Polvo. Vuelve conmigo.

Agarró el brazo de Rudd por encima del codo.

Rudd se paró, abrupto, y miró la mano que le apretaba el brazo.

—No eres una ilusión —murmuró.

Se zafó del brazo y empujó al juglar. Entonces dio unos pasos atrás, se sacó un puñal de la manga y lanzó una estocada hacia Alaric.

Alaric saltó a un lado y luchó contra el instinto de desvanecerse.

—Así que puedes morir dos veces —dijo Rudd y atacó.

Un instante después, Alaric se encontraba en el norte. A sus pies, tenía el lecho de piedra con los huesos humanos esparcidos. Inhaló profundamente y volvió a saltar una docena de pasos detrás del chico.

—¡Rudd! —chilló—. La ciudad no te quiere. ¡Me ha enviado para que no vayas!

El chico se dio la vuelta.

—¡Mentiroso! —chilló y enarboló el puñal—. ¡Siempre me ha querido!

Entonces se volvió hacia el sur y retomó la marcha.

—¡Rudd!

El chico no respondió esta vez.

—Rudd —dijo Alaric más bajito.

Miró durante un largo rato mientras la figura del niño disminuía en la distancia, hacia la inalcanzable ciudad fantasma. Cuando no era más que un punto en el amplio paisaje del desierto, Alaric volvió al conjunto de cabañas de los hombres demacrados.

Piros estaba solo con los camellos e inspeccionaba los montones de las muchas bolsas de Polvo. Levantó la mirada mientras Alaric se acercaba.

—¿No quería venir?

Alaric zarandó la cabeza.

—Imaginaba que no querría. —Acarició el cuello de un camello—. Nos iremos ya. Ya hace demasiado tiempo que estamos aquí.

Alaric miró a derecha e izquierda.

—¿Y los cosechadores?

—Se han ido —informó Piros—. Tal vez han vuelto con su príncipe, con una historia sobre nuestra magia, si se atreven. Lo atribuirá al Polvo, supongo. O tal vez solo están en el desierto y esperan a que nos vayamos. No importa. Ya no los necesitamos. Tenemos suficiente Polvo para este viaje. Y apuesto que ya lo habrán olvidado todo el año que viene.

—¿Y tú y yo?

—Volvemos al pueblecito a continuar nuestro viaje. Empaqueta un poco de esa carne de cabra para mañana.

Alaric sacó trocitos de los huesos y los envolvió en un saco que antes contenía pan. Puso el saco en unas redes junto a Folero. Cuando terminó, Piros montaba su camello.

—¿Cuántos de los otros crees que lo saben? —preguntó Alaric mientras Folero se arrodillaba para dejar que montara.

—Da igual. Seguirán al que vuelva. —Frunció el labio, pero no había vida en su expresión—. ¿Crees que es la primera vez que intentan matarme?

Alaric frunció el ceño.

—Es un negocio muy lucrativo —explicó Piros—. Y pago bien a los hombres. Pero, a veces, alguien quiere que le paguen mejor. Antes, Hanio estaba a mi lado. Yo creía... Bueno, da igual lo que yo crea. Folero te espera.

Alaric montó y el camello se tambaleó con una rara combinación entre torpeza y gracia a la que Alaric se había acostumbrado.

—Dejas a tu hijo allí. Tal vez los dos juntos podamos persuadirlo.

—Yo no tengo ningún hijo —aseguró Piros. Tiró de las riendas del camello y el animal empezó a amblar hacia el norte. Los otros, enlazados a él por una línea de cuerdas, empezaron a moverse en su estela. Miró a Alaric y le hizo gestos para que lo siguiera—. Sin embargo, tal vez lo pueda arreglar, con el tiempo.

Mientras cabalgaba al final de la caravana, Alaric no podía evitar pensar que Piros no hablaba de casarse de nuevo con una joven esposa.

Durante todo el día siguiente, mientras avanzaban hacia el norte, cada vez que el juglar miraba hacia atrás, veía la ciudad fantasma en el horizonte, que le mandaba señales, pero permaneció con Piros e intentó no pensar en el chico que había contestado a su llamada, pero que nunca llegaría. La canción ya empezaba a componerse en su cabeza, un cuento conmovedor, apropiada para

largas noches de invierno a la vera de una hoguera resplandeciente muy lejos del desierto. Algún día podría cantarla sin preguntarse qué más podría haber hecho para cambiar el final.

Lisa Tuttle

Lisa Tuttle realizó en 1972 su primera venta a la antología *Clarion II* después de haber asistido al taller Clarion. En 1974 ya había ganado el premio John W. Campbell al Mejor Escritor del Año. Ha conseguido convertirse en una de las escritoras más respetadas de su generación y ganó el premio Nebula en 1981 por su historia *The Bone Flute* —que, en un gesto todavía polémico, rehusó aceptar— y la nominaron para el Premio Arthur C. Clarke en 1993 por su novela *Futuros perdidos*. Entre sus libros podemos encontrar una novela en colaboración con George R. R. Martin, *Refugio del viento*, las novelas independientes *Familiar Spirit*, *Gabriel*, *The Pillow Friend*, *The Mysteries* y *The Silver Bough*, así como libros infantiles, las obras de no-ficción *Heroines* y *Encyclopedia of Feminism* y, como editora, *La piel del alma: Relatos de terror femenino*. Se ha reunido su abundante obra corta en *Nido de pesadillas*, *A Spaceship Built of Stone*, *Recuerdos del cuerpo: Cuentos de deseo y transformación*, *Ghosts and Other Lovers* y *My Pathology*. Nacida en Texas, se mudó a Gran Bretaña en 1981 y vive con su familia en Escocia.

Nos encontramos ante una joven dama del siglo XIX que ejerce el difícil papel de Watson para un excéntrico tipo de Sherlock Holmes que tiene el objetivo de investigar el misterio de una mujer que, al mismo tiempo, está desaparecida y sin desaparecer, y muerta pero no muerta.

EL CURIOSO CASO DE LAS ESPOSAS MUERTAS

Lisa Tuttle

La tarjeta de visita estaba justo en el centro de la brillante bandeja de plata del mostrador del vestíbulo. La vi nada más entrar, pero la emoción que sentí por un posible cliente se apagó con la ansiedad. Tendría que encargarme de esta persona yo sola. ¿Dónde estaba el señor Jesperson?

Nos habíamos aburrido de esperar en casa, durante días, a que pasara algo. Y esa mañana nos habíamos despedido sin quedar a ninguna hora. Así que sabía que era injusto enfadarme: no era culpa suya. Podía aprovechar su ausencia como una oportunidad para demostrar que yo era una igual o, mejor dicho, una compañera.

Señorita Alcinda Travers ponía en la tarjeta. Me preguntaba cuánto tiempo hacía que la dama esperaba y si le gustaría ver a una detective, pero sobre todo me preguntaba si nos ofrecería un desafío, el gran misterio que anhelábamos. Revisé mi aspecto en el espejo del marco dorado, me re Coloqué un mechón que se me había salido del moño y me ajusté el corsé. Mi vestido estaba, por desgracia, viejo y desgastado, pero si bien no era moderno, al menos aparentaba formalidad. Consideré que parecía arreglada, tranquila y seria: esperaba satisfacer las expectativas de la señorita Travers.

Al colocar la tarjeta en la posición que señalaba que estaba con el cliente, me adentré en la habitación que hacía de salón y de despacho. Me inquieté al descubrir a una niña que esperaba sola.

Se hacía pasar por adulta con un lujoso vestido de seda de color rosa, que no era de su talla y tenía demasiados volantes y un gorro bastante absurdo. Sin embargo, su semblante serio y de angustia me convenció de que su visita no era ninguna broma, así que fingí haber asimilado la decepción y hablé con la adulta que ella deseaba aparentar. Después de presentarme a la señorita Travers y de disculparme por hacerla esperar, le pregunté por el encargo.

—Quiero que encuentre a mi hermana.

—¿Edad?

—Diecisiete y tres cuartos.

—¿Nombre?

—Alcinda Travers.

Arqueé las cejas.

—Creía que ese era su nombre.

Enrojeció. Oí un ligero crujido que provenía de un paquete marrón que tenía en el regazo.

—No. Lo siento. Tendría que haberlo dicho..., yo..., no me esperaba que me lo preguntasen y no, no, es decir, tenía una de las tarjetas de Cinda y pensé que no importaría...

—No importa en absoluto, querida —aseguré con dulzura—. Solo intento ordenar los hechos. Si su hermana es Alcinda, ¿quién es usted?

—Felicity Travers. Alcinda en realidad es, era, es mi hermanastra, pero ha sido más bien una madre para mí. No puedo creer que haya desaparecido. No imaginé nunca que me dejaría. Todavía no puedo creerlo, a pesar de que ya hace un mes. ¡Un mes entero! —Cerró un puño, se mordió el labio y calló.

Moví una silla.

—¿Desapareció hace un mes?

—No ha desaparecido. Bueno, no exactamente, pero ya hace un mes que pasó. Que no..., no..., no se levantó una mañana. Nadie podía entender el por qué. Era del todo inesperado. No estaba enferma. Nunca estaba enferma. Y estaba tan contenta. Entusiasmada sería más adecuado. Tenía un secreto, algo estaba a punto de pasar, alguna aventura, pero no me dijo qué; decía que me lo explicaría todo más adelante, ‘después’, pero después fue demasiado tarde, porque por la mañana, por la mañana... —Zarandeo la cabeza con impotencia—. No se despertó.

Esperé un momento antes de apuntar:

—¿Su hermana murió por la noche?

Me miró, furiosa.

—No está muerta.

—¿Cómo dice? Cuando ha dicho que no se despertó... ¿Qué pasó luego?

—Llamaron al doctor, por supuesto, pero ni siquiera él le encontró el pulso. Sentenció que habría sido el corazón, alguna debilidad como la que mató a su madre, a pesar de que nunca habíamos detectado nada. Sin embargo, afirmó que estaba muerta, así que sería cierto. Hasta yo lo creí.

Hay gente que sabe contar historias. A otros hay que sacárselas a pedazos.

—¿Y cuándo se dio cuenta de que no estaba muerta?

—Cuando la vi hace una semana.

—¿La semana... pasada? ¿Pero fingió estar muerta un mes entero?

Asintió. Acabé masajéandome la sien de la misma forma que mi madre cuando mi hermana intentaba justificar alguno de sus extravagantes planes.

—¿Qué pasó después de que el doctor diagnosticara su muerte y antes de que la volviera a ver?

Encogió los hombros.

—Lo habitual en estos casos. Muchos llantos. Estábamos todos muy tristes. Los amigos y los parientes vinieron a casa al día siguiente y nos trajeron comida que nadie quería. Me senté junto a ella en el salón toda la noche y yo pensaba que se tenía que despertar, no podía estar muerta de verdad. Ni siquiera parecía muerta, era como si durmiera. Yo le frotaba las manos y le susurraba su nombre. Pero nada, continuaba tumbada, quieta del todo. Por la mañana, se la llevaron y la enterraron.

—¿La enterraron? ¿Está segura?

—No lo vi, si es lo que pregunta. No me permitieron asistir al funeral, pero mi padre fue y él no mentiría. He visto su tumba, a pesar de que mi madrastra no quería: quería prohibirme ir al cementerio después de lo que le pasó a Cinda.

—¿Qué le pasó a Cinda?

Parecía enfadada.

—Se lo acabo de contar.

—Quiero decir, ¿cómo estaba eso relacionado con una visita al cementerio?

—No lo estaba. Esa es la forma de pensar de nuestra madrastra. Si se le puede llamar pensar. Cinda iba a visitar la tumba de su madre casi todos los días los meses antes de morir, así que cree quizás murió por eso. Es una locura, eso es todo. Si me hubiera impedido ir, no habría visto nunca a Alcinda.

Sentí que se me hundía el pecho. Hace tiempo su historia me habría parecido interesante, pero ya no.

—¿Vio a su hermana hace una semana, en el cementerio donde la enterraron?

Asintió con vigor.

—Supongo que llevaba un velo.

—¡Sí!

—A pesar de que no le vio la cara, ¿está segura de su identidad?

Más asentimientos de cabeza.

—¿Estaba encima de su tumba?

—No. En la tumba de su madre, allí iba siempre. Llevé flores para ponérselas porque pensé que a Cinda le gustaría más que si se las pusiera en su tumba.

—¿No se te ha ocurrido pensar que la figura que viste podría ser un fantasma?

—Por supuesto. Por eso no me atreví a hablarle o acercarme, porque los fantasmas no dejan nunca que los toquen. Solo supe que era ella de verdad cuando vi al hombre. Tenía que estar viva.

—¿Qué hombre?

—¡Ay! ¡El hombre que se la llevó! No sé quién era, pero le puedo mostrar qué aspecto tiene. —Rasgó el papel marrón para sacar un libro negro que abrió y me entregó.

Contemplé el retrato a lápiz de un hombre muy barbudo con ojos estrechos y bizcos y una nariz respingona. No era un retrato halagador, pero había un destello de vida que me hacía pensar que era verdadero.

—¿Lo ha dibujado de memoria?

—¡Dios mío, no, yo no! Lo hizo Alcinda. Ese era su libro. Siempre lo llevaba encima. Solía enseñarnos sus dibujos, pero ya hacía tiempo que no lo hacía. No lo vi hasta... Hasta después de que desapareciera.

—¿Pero era el hombre que vio?

—Era él. Lo vi tan claramente como la veo a usted ahora y casi a la misma distancia. Caminó hasta Alcinda y dijo: ‘¡Señora Merle!’. Entonces dijo algo que no entendí (creo que no era inglés) y la agarró del brazo. Ella no se resistió.

Inspiró profundamente.

—No se puede tocar a un fantasma. Así que, a menos que él también fuera uno, ella tiene que estar viva. Yo lo perseguí, pero cuando estaba a punto de llegar a él, se giró y me miró. —Unió las manos debajo de la barbilla, encogió los hombros y se encorvó en la silla—. Me miró de una forma horrible. No puedo explicarle lo espantosa que fue. Y él dijo con una voz suave y condescendiente, que hizo que todo fuera más aterrador todavía: ‘Vete, niña. No me molestes, a menos que estés preparada para morir’.

Se estremeció.

—¡Así que corrí! Me espeluznó tanto que salí corriendo.

—Eso pretendía. ¿Cómo respondió la mujer?

—No respondió en absoluto. Era como una sonámbula. Creo que ni sabía que yo estaba allí.

—¿La vio con nitidez?

—Sé que era Alcinda —insistió tozudamente—. ¡Estoy absoluta y completamente segura de eso! ¿Conoce usted a alguien tan bien que puede

reconocer desde la distancia, en la oscuridad, sin decir ninguna palabra? Era ella. Lo sé. Mi hermana está viva y la tiene él.

Saltaron unas lágrimas de sus ojos azules.

—Oh, ¡por qué tuve que huir! ¡Soy una asquerosa cobarde! Debería haberlos seguido, ver dónde la llevó, pero dejé que él me asustara.

—Hizo muy bien en huir —afirmé con firmeza—. Habría sido peligroso, y una absoluta estupidez, que una niña sola intentara medir fuerzas con un adulto, especialmente con uno que le habló así.

—Me tiene que ayudar a encontrarla. ¡Por favor, diga que me ayudará, señorita Lane!

Tenía sentimientos encontrados. Su historia era absurda aunque ella creyera en lo que decía. Igual fantaseaba. Aun así...

—¿Se lo ha contado a alguien más? ¿Se lo ha dicho a su padre?

Asintió con la cabeza, con la tristeza escrita en la cara.

—Cree que la pena me ha afectado el cerebro y ahora coincide con su esposa en que visitar el cementerio me perjudica. Así que tengo prohibido ir. —Se le desplomaron los hombros—. Usted me cree, ¿verdad? Le juro que todo es verdad. Tiene que aceptar este caso. Jespersion y Lane son los únicos en Londres lo bastante inteligentes para resolverlo.

Por un momento me distrajo pensar dónde habría oído hablar esta niña de nuestro nuevo negocio, pero no lo pregunté porque no importaba. Era una niña, estaba de luto y no aceptaba la realidad de su pérdida. No había ningún caso. Estaba a punto de decírselo cuando volvió a hablar.

—Hay otra pista. En el libro. —Señaló con la cabeza el cuaderno de Alcinda, todavía en mis manos—. Hacia el final, mi hermana escribió unas páginas que no sé leer. Quizás es latín u otra lengua. Estoy segura de que es algo importante.

Encontré las páginas. No estaban en latín. A pesar de que no saqué el intríngulis del desbarajuste de letras y símbolos, sabía que al señor Jespersion le encantaría el reto: los códigos y las claves eran su pasión. Entonces me di cuenta de que, a pesar de que no creía que encontraríamos a Alcinda Travers viva, había decidido que debíamos ayudar a su hermana pequeña de alguna manera.

—Seré honesta con usted —dije—. No creo que su hermana esté viva y no quiero darle falsas esperanzas. A pesar de todo, sí que parece que haya un misterio relacionado con su muerte y, tal vez, tiene algo que ver con el hombre que conoció en el cementerio. Mi compañero, el señor Jespersion, podrá descifrar las notas que dejó su hermana y el retrato nos ayudará a

desenmascarar la identidad del hombre. Después de esto, podremos discutir si hay algo que investigar.

A pesar de todo lo que había dicho para desanimarla, ella desprendía energía positiva mientras me lo agradecía.

Le formulé las preguntas pertinentes: la ubicación del cementerio, la identidad del médico que había emitido el certificado de defunción, si Alcinda tenía algún pretendiente y cuál era la mejor manera de contactar con mi joven clienta si necesitábamos más información o teníamos noticias de las que informar.

—Nuestra dirección aparece detrás de la portada del cuaderno de Alcinda —respondió—. Nuestro número de teléfono también, a pesar de que mi madrastra vería horriblemente sospechoso si alguien que no conoce me escribiera o me telefonara... Volveré por aquí.

—Si vuelve mañana por la tarde, podrá conocer al señor Jesperson —la informé.

Más tarde, un mensajero llegó con una nota del señor Jesperson, escrita en papel de carta con el encabezado de su club, que nos informaba a la señora Jesperson y a mí que lo habían invitado a cenar y que no lo esperásemos.

A las mujeres, en general, nos toca cocinar y pensar las comidas en las casas, pero no he conocido nunca a ninguna que se preocupe por una ‘comida como Dios manda’ si no hay un hombre. Si estamos solas, nos enorgullecemos de ‘servir una buena mesa’ (de pie en la mesa de la cocina o envueltas en mantas ante el fuego) con un surtido de provisiones de la despensa o nos deleitamos con un ‘refrigerio’ de huevos pasados por agua con pan y mantequilla o té y pasteles, o manzanas y queso, mientras leemos.

No hizo falta ninguna discusión entre nosotras para estar de acuerdo en que la sopa, la ternera, las patatas y todo eso se guardase para el día siguiente y con el pan y el queso nos sobraría.

—Podemos cenar pastel de manzana: será fácil hacer otro mañana —opinó la señora Jesperson—. ¿Comemos aquí o...?

—Si no le importa —interrumpí—, me llevaré el plato a la habitación.

—Como quiera, señorita Lane.

A pesar de que me sabía mal, había cierta frialdad entre nosotras.

—Puedes llamarme Edith —me había invitado más de una vez, pero como no le devolvía una confianza parecida, todavía me llamaba ‘señorita Lane’,

mientras que yo, para evitar ofenderla otra vez, apenas sabía cómo dirigirme a ella.

La señora Jesperson era una mujer excelente, competente, amable e inteligente. Tal vez no tenía la brillantez de su hijo, pero no era tonta, y yo debería haberle agradecido su amistad. Después de haberme acogido sin saber nada de mí, me ofreció un techo sin preguntar ni recibir nada a cambio. Por supuesto, lo hacía por complacer a su hijo. Muchas madres se verían en una situación similar, forzadas a convivir con una mujer joven y antipática, pero nuestra situación era más bien diferente.

Jasper y yo nos asociamos con gusto y respeto mutuo, con vistas al negocio, pero como todavía no habíamos visto ni medio penique de beneficio, nuestra agencia de detectives era más bien una afición cara. Esta magnífica habitación, que podría haber alquilado a un inquilino que pagara, me la dejaba gratis. La mujer me mantenía con su exigua herencia e incluso me hacía la colada.

Depender de alguien no me ha hecho nunca feliz. Me moría por demostrar que la inversión de la señora Jesperson había sido inteligente y no sabía cuánto más podría aguantar sin ganar dinero. Jasper no tenía ningún problema. Edith Jesperson era su madre, al fin y al cabo, y no conocía otro tipo de vida. Era joven, varón y estaba completamente seguro de que cualquier inversión en su talento se multiplicaría por mil con el tiempo.

Tiempo. Tengo que esperar. Recordé que llevábamos asociados solo seis semanas y me puse a cenar acompañada de un libro sobre las aventuras de una intrépida viajera en Laponia.

Cuando bajé por la mañana, descubrí que Jesperson se me había adelantado y ya trabajaba detrás del escritorio.

—Has madrugado —empecé a decir antes de fijarme en el cuello arrugado, los puños manchados y la dorada barba incipiente—. ¿O no te has acostado? ¿Cuándo has llegado?

Me lanzó una mirada.

—Oh, hace unas horas, supongo.

—¿Qué te ha entretenido tanto?

—¿Tú que crees? Lo dejaste aquí para que yo lo descifrara. —Vi que había estado trabajando en el cuaderno de Alcinda.

—¿Lo has resuelto?

—No era demasiado complicado, pero como no estaba centrado cuando empecé, cometí algunos errores de partida. Pero cuando lo descifré... ¡qué historia tan intrigante! No puedo esperar para oír el resto del caso: ¿supongo que algún misterio alrededor de la muerte repentina de una joven dama y la desaparición de su cuerpo?

Le miré y entonces negué con la cabeza poco a poco.

—Muerte repentina, sí, pero el cuerpo estaba enterrado. Unas semanas después, su hermana vio lo que al principio creyó que era un fantasma en el cementerio.

Conté la historia con tanto detalle como pude y lo remití al esbozo a lápiz. Lo miró un buen rato.

—El señor S, supongo. —Se levantó y me entregó sus notas—. Tal vez te gustaría leer la versión de la señorita Travers mientras me arreglo. Es... extraña. ¿Ya estás lista para salir?

Asentí con inseguridad.

—Sí, ¿pero dónde...?

—Al cementerio, por supuesto.

(Lo que sigue es la transcripción de J. J.)

Reunirme con mi querida madre es lo único que he deseado: sentir su presencia y saber que está cerca de mí. Cuando era una niña pequeña, le hablaba todas las noches. Después de las oraciones memorizadas a un Dios que no podía imaginar, compartía mis esperanzas, miedos y experiencias con mi querida Mamá. Creía que ella contestaba las preguntas respondiéndome en sueños o dejándome mensajes escondidos en la rutina diaria, cosas que para los demás no tenían sentido, cosas de las que solo yo me daría cuenta y entendería.

Al crecer, perdí la fe, aunque nunca he dejado de pensar que Mamá, allá donde esté, me cuida. Aun así, es difícil creer, confiar, no saberlo nunca con certeza. No saberlo nunca... Hasta que sea demasiado tarde y yo también muera.

Hasta ese momento, mis conversaciones con ella serán unilaterales y seguiré teniendo miedo de que, en verdad, hablo sola, de que nadie me escucha, de que no hay nadie para oír mis preguntas y confesiones porque no hay vida después de la muerte física, no hay espíritu independiente al cuerpo.

No quiero creer eso. ¡Tal vez soy demasiado inteligente y moderna para mi propio consuelo! Sería tan precioso hundirme en el cálido consuelo de la religión...

Alguna parte de mí todavía cree. Pienso que, cuando muera, me reuniré con Mamá. Pero si muero arrugada, desdentada y alocada, como aquella vieja bruja que vemos a veces en la parte trasera de la iglesia, que se trastorna a ella misma y perturba la parroquia con su risa... vaya, tal vez no conoceré a mi propia madre o ella no me reconocerá... ¡Terrible!

No quiero eso. Quiero morir en mis propios términos.

Sé que lo que haré no está exento de peligro. Lo admito, tengo miedo, pero ahora que el señor S me ha demostrado que es posible, tengo que comprobarlo por mí misma.

Los antiguos egipcios tenían guías hacia la otra vida y los maestros budistas del Alto Himalaya también: muchas culturas en todo el mundo han encontrado la manera de instruir a los vivos y prepararlos para la vida que viene después, pero nuestra propia sociedad 'civilizada' prefiere fingir que la muerte se puede conocer solo una vez, al final, cuando se acaba la vida. El señor S me ha asegurado que la muerte no tiene por qué ser la tierra de la que no vuelve ningún viajero: él ha ido y ha vuelto más de una vez y ha aceptado (¡al fin!) compartir el conocimiento conmigo.

Es un hombre extraño. Aprecio su sabiduría sobre los caminos de la otra vida y no he sido nunca tan agradecida como cuando él aceptó ayudarme, pero me inquieta. A veces, cuando me mira, siento que quiere algo, que espera que yo entienda lo que quiere de mí, pero entonces, cuando pienso que tal vez lo que quiere es hacerme el amor, habla sobre mi juventud e inocencia y me aconseja que espere unos años antes de embarcarme en esta gran aventura.

Así que tal vez he malinterpretado esas miradas. Sin embargo, es muy tarde, demasiado tarde para que me pare. Me ha dicho lo que tengo que hacer, me ha provisto de los medios y planeo llevarlo a cabo esta noche.

Él se enfadaría si supiera que escribo esto (incluso de forma tan secreta), puesto que prometí no decir ni una palabra a nadie de él, ni del plan que hemos trazado. Y no se lo he dicho a nadie, a pesar de que la tentación de compartirlo con Felicity era fuerte. Pero todavía es una niña. Tal vez se lo contaría a Padre.

Escribo esto para decir que moriré esta noche, pero mi muerte no será —no está planeada para serlo— eterna. No quiero que sea un suicidio. Quiero que mi segunda muerte, la verdadera, ocurra después de muchos años de vida. La primera muerte es una exploración, una forma de averiguar la verdad.

Si sale mal, lo siento mucho. Pero es un riesgo que he de correr. Felicity, si has descifrado estas palabras, déjame decirte que te amo, querida. Y si puedo, continuaré vigilándote desde el otro plano mientras siento que mi madre me

cuida. Espero que, si me voy antes de tiempo a un lugar mejor, lo entiendas y me perdones. Nos volveremos a encontrar.

El cementerio era bastante nuevo (la madre de Alcinda sería una de las primeras enterradas aquí). Cuando llegamos a las rejas del Cementerio Park Grove, vimos enseguida que, a diferencia de los grandes y modernos camposantos de Londres, no estaba diseñado para que los visitantes pudieran pasar una tranquila hora de reflexión. Su único propósito era almacenar cadáveres bajo el suelo.

Durante mi infancia jugué alguna vez en el cementerio local. Recuerdo también excursiones al de Highgate, donde mi tío, mi tía y un abuelo estaban enterrados. Había imaginado que las visitas de Alcinda a la tumba de su madre fueron en un ambiente similar, que estaría cuidado por solemnes ángeles de piedra y mujeres con vestimentas clásicas, que estaría lleno de viudas plañideras y de árboles de luto cubiertos de hiedra. Esperaba mausoleos y panteones familiares, estatuas y lápidas decoradas con símbolos raros, la atractiva parafernalia del luto que, a menudo, atrae a las chicas de cierta edad y naturaleza.

Sin embargo, en este moderno cementerio, a pesar de su nombre evocativo, tenía pocos árboles, ninguna arboleda y no se parecía en nada a mi idea de parque. No vimos ni una sola estatua ni un monumento decorativo y las lápidas eran monótonamente sencillas. Con las tumbas ordenadas en estrictas líneas, reflejaba una imagen de sobriedad. Me recordaba a un internado o a un cuartel militar. Mis coetáneos tal vez se burlen de los sentimentales y elaborados rituales de luto con los que crecimos y se podría discutir que al muerto le da igual donde amontonan sus huesos, pero el Cementerio Park Grove era como una efímera visión de un futuro muy organizado, pero de lo más impersonal. Un futuro que no ofrece nada para consolar a los vivos. Había pocas razones para visitar ese lugar después de un funeral, lo que hacía que la obsesión de Alcinda pareciera más extraña.

—Ahora entiendo por qué no había esbozos de lápidas desgastadas y rodeadas de hiedra ni estatuas en el cuaderno de la señorita Travers — comentó Jespersion mientras paseábamos por un camino recto y aburrido.

—Pero no por qué no se molestase en traer el cuaderno y los lápices.

—El discreto señor S no le permitiría dibujarlo en directo.

Coincidí en que era probable que lo hubiera dibujado de memoria.

—Veamos si hay algún conserje, él podría reconocer su cara —sugirió y se volvió hacia la entrada, donde habíamos visto una pequeña caseta.

En aquel momento, la lluvia, después de tanto tiempo amenazante, se liberó de las pesadas nubes grises que teníamos encima de la cabeza. Así que no llegamos como los sobrios y afligidos visitantes que esperábamos aparentar. Llegamos sin aliento, despeinados y empapados.

Un enérgico hombrecito calvo y vestido de terciopelo abrió en cuanto los nudillos de Jespersion golpearon la puerta. Estaba deseoso de recibirnos mientras se disculpaba por la lluvia, como si fuera su responsabilidad que hubiera caído.

—Por favor, señora, tome asiento al calor de la lumbre, la calentará y se secará en un santiamén —me invitó a sentarme cerca de la chimenea, en una butaca cubierta.

La vivienda era pequeña y con demasiadas sillas.

Mientras nos servía tazas de té (acababa de hacer una tetera y no aceptaría un no por respuesta), continuaba expresando su pesar por el tiempo y nos aseguraba que nos invitaba a permanecer tanto tiempo como deseáramos.

Jespersion se las arregló para introducir en la conversación una pregunta a nuestro hospitalario anfitrión:

—Supongo que usted es el conserje, ¿o deberíamos llamarle guarda?

—Vaya, que Dios le bendiga, señor, soy eso y más: conserje, vigilante, guarda, jardinero jefe, enterrador, plañidero de repuesto y guía, si hiciera falta un guía —advirtió con orgullo—. Eric Bailey a su servicio. Si quiere saber algo sobre el Cementerio Park Grove (pasado, presente o futuro), soy el hombre al que hay que preguntar. O a lo mejor prefiere llevarse uno de nuestros folletos informativos para leer cuando le venga bien.

—Gracias, muy amable —murmuró Jespersion y alargó una mano hacia el folleto, pero le distrajo algo de la pared.

Le seguí la mirada y vi un sistema de campanas con números y letras debajo de cada una, que me recordaba a algo que había visto en casas importantes para llamar a los criados, a pesar de que no se me ocurría la utilidad en un cementerio.

—Si piensa comprar una parcela, estoy encantado de responder a sus preguntas, pero yo no me encargo de esa parte del negocio, así que lo tendría que mandar a...

—No, no —le cortó Jespersion—. Estamos aquí en nombre de una joven dama que, mientras hacía una visita a una de las tumbas... En lugar de

contarle toda la historia, solo le diré que perdió un objeto y cree que un hombre que vio podría ayudarla.

Esa pobre invención parecía no convencer del todo al señor Bailey y deseé que nos hubiésemos esforzado más en crear una excusa plausible para nuestras pesquisas.

—¿Un *ojeto*? ¿Qué tipo de *ojeto*? Si perdió algo aquí, yo lo encontraré, puede estar seguro. Ando por estas tierras todos...

—Nos gustaría hablar con este señor —interrumpió Jespersion, y abrió el cuaderno—. ¿Lo reconoce?

El señor Bailey sabía quién era claramente.

—¡Y tanto! Aunque supongo que al señor Smurl no le gustaría el retrato: parece muy siniestro y estoy seguro de que no lo he visto con una expresión así en mi vida. —Entonces frunció el ceño y nos miró, sospechoso—. ¡Oigan! ¿Vuestra amiga no querrá decir que el señor Smurl pudo haberse llevado su *ojeto*?

—Claro que no —respondió Jespersion rápidamente—. Espero que no me haya malinterpretado, no quiero poner a nadie en entredicho, pero si pudiéramos encontrarlo... Ella nos lo agradecería gratamente y, en su nombre, nosotros...

Sin que lo esperásemos, el conserje rio. Las sospechas se habían desvanecido y parecía realmente divertido.

—A la joven dama le gustaría ver al señor Smurl de nuevo, supongo. ¡Sí, no tendría que sorprenderme! ¿Dejó caer el pañuelo en el camino para tentarlo? ¡Oh la la! Yo ya lo he visto todo, demasiadas veces... —Zarandé la cabeza y entonces se puso serio—. Será mejor que le digan a su amiga que el señor Smurl es un hombre felizmente casado.

Jespersion frunció el ceño y zarandé la cabeza.

—Según el retrato, no parece un Adonis. ¿Es el señor Smurl un visitante habitual del cementerio?

—¡Y tanto! ¡Es mi *encargao*! Uno de los fundadores y accionista principal del Cementerio Park Grove, por no hablar de que posee una arraigada y respetada funeraria y que es un miembro importante de la comunidad local.

Se movió en el asiento, cogió una tarjeta de un montón de la mesa y, como Jespersion tenía las manos ocupadas con el cuaderno, me la dio a mí.

Smurl & Snigg

Enterradores de calidad desde 1879

121 Calle Mayor

Sydenham

Al recordar que Felicity dijo que el hombre del cementerio se había dirigido a su hermana como ‘la señora Merle’, sentí un escalofrío de horror cuando lo entendí: no había dicho la señora Merle, sino la señora Smurl.

Me levanté sin darme cuenta.

—Nos tenemos que ir —dije—. Inmediatamente.

Mi compañero no cuestionó mi urgencia: él había establecido la misma conexión, a pesar de que se las apañó para mantener las formas y dar las gracias a nuestro anfitrión mientras yo salía por la puerta, bajo la lluvia, pensando en el posible paradero de Alcinda.

¿Qué podía hacer? No sabía dónde encontrarla. Iba arriba y abajo, en un mar de pensamientos, empapándome con la lluvia hasta que Jespersion paró un taxi y, con firmeza pero de forma caballerosa, me hizo entrar.

—*Courage, ma brave* —me murmuró al oído y, de alguna manera, sus palabras aclararon mis pensamientos.

—Tenemos que impedir que Smurl se entere de que lo buscamos —opiné—. Fingiré que tengo... un pariente viejo y lejano que se acerca al final de su vida e investigaré sobre sus servicios. Tal vez, no lo sé, tal vez pueda averiguar dónde vive. Tú, mientras tanto, tienes que seguir vigilando, creo, y seguirlo cuando se vaya. Ver si va a casa, o a cualquier otro lugar a comer o al final del día. ¿Qué te parece?

—Un línea de acción sensata.

Tardamos cinco minutos en llegar a la funeraria de la calle Mayor: podríamos haber ido a pie y habernos ahorrado la tarifa, a pesar de que, como ahora llovía todavía más, pensé que era mejor llegar solo un poco mojada que empapada e incómoda. Tras pagar al taxista, mi compañero se fue con brío a esperar hasta que me viera salir.

El corazón me latía un poco deprisa para estar cómoda cuando abrí la puerta. Tintineó una campana al entrar y entonces una voz casi tan alta y dulce como la campana me saludó.

—Bienvenida. Pase, querida, y dígame cómo podemos ayudarla.

Calculé que la mujer que vino hacia mí con las manos extendidas tenía treinta y pocos años. Vestía recatadamente de seda color lavanda. Su pelo era

castaño, con un peinado cuidado pero sencillo, y tenía unos ojos oscuros, tiernos y expresivos.

—Me gustaría hablar con el señor Smurl, si es posible.

Junto sus manos (pues yo no le había dado la mía), hizo una mueca de pesar y zarandó la cabeza.

—Me temo que no está disponible para consultas personales en todo el día. Tampoco lo estará mañana. Es un hombre muy ocupado. ¿Puedo ayudarla yo? Soy la señorita Hyacinth Snigg, la hija del señor Edgar Snigg, que tampoco está disponible ahora mismo, pero no se preocupe lo más mínimo. Estoy completamente informada de todos los aspectos del negocio, puedo responder cualquier pregunta y estoy muy capacitada para aconsejar. ¿Se quiere sentar?

Señaló un pequeño sofá cubierto con felpa de color rojo oscuro.

—No, gracias, es muy amable, pero me gustaría hablar con el señor Smurl.

La expresión forzada de dolor de su cara se transformó en una más real.

—Tal vez no lo entiende. No soy la recepcionista, sino una socia de pleno derecho en esta empresa, en la que llevo casi diez años.

—¡Querida señorita Snigg! —Ahora yo estaba enfadada conmigo misma—. Me ha malentendido. No quería ofenderla. Si deseara organizar un funeral o que me aconsejaran sobre ese asunto, estaría más que encantada de hablar con usted.

Frunció un poco el ceño.

—¿No ha venido a hablar sobre un funeral?

Me mordí el labio.

—No exactamente. Es decir... El asunto es complicado y bastante urgente. De verdad, tengo que hablar con el señor Smurl. Es el único que puede ayudarme en este asunto. No me importa esperar. Si pudiera atenderme durante unos minutos, se lo podría explicar.

—Si se lo puede explicar al señor Smurl en unos pocos minutos, por favor, tómese todo el tiempo que desee para explicármelo a mí. No me cuesta entender las cosas y, si es un asunto de negocios, yo sabré ayudarla.

Improvisar no ha sido nunca mi especialidad. Conforme continuaba mi silencio, notaba como se enfadaba todavía más conmigo. Me parecía injusto que pensara que yo era una de esas mujeres que denigran a las de su propio sexo y solo hacen negocios con hombres y deseé no haber dicho con tanta claridad que no había ido a hablar de organizar funerales, pero ahora no veía ninguna escapatoria.

—Mi negocio con el señor Smurl es de índole personal —añadí.

Le brillaron los ojos.

—¿Sí? Entonces sería mejor que se acercara a él en horario no laborable. ¿Por qué no le telefona a casa? ¿O le escribe?

—No tengo la dirección de su casa.

—No esperará que se la dé yo.

—Sería muy amable por su parte.

Resopló.

—No contribuiré a alimentar sus falsas esperanzas. No es la primera mujer que imagina que podría tener negocios de naturaleza personal con el señor Smurl.

—No sé qué quiere decir —repliqué, dirigiéndole mi mirada más gélida.

—Oh, creo que sí, ¿señorita...?

Cuando no respondí, dijo con desdén.

—Es señorita, supongo.

—Supone muchas cosas —respondí, todavía con frialdad—. Lamento que sienta que la he engañado, no ha sido nunca mi intención. He venido con la esperanza de una charla distendida con el señor Smurl sobre su esposa.

Vi que la había sorprendido.

—¿Su esposa?

—Sí. —Era ir a ciegas, pero no se me ocurrió nada mejor—. ¿Conoce a la señora Smurl?

—Claro que sí. —Contestó—. Se lo he dicho, hace más de diez años que estoy en la empresa y nuestras familias han sido amigas durante mucho tiempo. Conozco a las dos damas.

Dios sabe qué pensó del asombro que mostró mi cara al oírlo, pero se apresuró en ampliar la información:

—Por supuesto, me refiero tanto a la madre del señor Albert como a su esposa.

—Supongo que es un matrimonio reciente.

Arrugó la frente.

—¿Por qué lo supone? El señor Smurl llevará casado unos doce años. Si afirma que la conoce...

Vi que no me la había ganado ni lo más mínimo.

—No he afirmado nunca que la conociera. He dicho que mi negocio con el señor Smurl tiene que ver con su esposa, a pesar de que tal vez me equivocaba, porque desconocía que hubiera otra mujer en el hogar con el mismo nombre: la señora Smurl a la que me han encomendado que encuentre

podría ser su madre también. He venido en representación de la familia Travers. Tal vez recuerde un funeral reciente...

—¡Oh, pobre joven! Sí que me acuerdo, sí. ¿Cómo podría olvidarme? Era tan joven y bella... Una muerte tan repentina e inexplicable... ¡Terriblemente triste! —Se le humedecieron los ojos y volvió a tener el aspecto suave y anhelante que la primera vez que la había visto—. ¿Pero qué negocio podría tener su familia con la señora Smurl?

—Había supuesto que se habrían conocido aquí o en el funeral.

—Oh, no, ¡eso es imposible! Ninguna de las damas ha tenido nunca nada que ver con el negocio.

—Tal vez, al pasar...

—No. Debe de haber algún error. ¿Es posible que, a pesar de que me haya presentado con suficiente claridad, sea yo la dama en la que pensaba? Si me transmite el mensaje, puedo...

—No hay ningún error. Si no fue en el funeral, entonces a lo mejor la señora Travers la ha conocido en otro lugar...

—Es imposible.

Nos miramos la una a la otra. Ataqué:

—Me llama la atención que esté tan convencida.

—El señor Smurl no recibe visitantes ni trabaja en casa. No reciben a nadie en casa. Tanto su madre como su esposa tienen problemas de salud y apenas han puesto los pies en la calle en los últimos años. Así que salvo que la señora Travers sea doctora o sacerdotisa, no conoce a ninguna de las dos mujeres.

Vi que tenía que retirarme.

—Perdóneme. Tal vez, después de todo, pensaba en usted. Estaba tan profundamente conmovida por la amabilidad que recibió... —Al ver que parecía apaciguada, me volví a atrever—. Sin embargo, no sentiré que he cumplido mi deber hasta que no hable con el señor Smurl. ¿No podría volver más tarde? ¿No aparecerá en algún momento?

Vi su entrenado instinto empresarial (y tal vez la duda sobre lo que diría el señor Smurl), luchando contra el deseo de deshacerse de mí.

—Siempre viene antes de ir a casa a por la com... a comer. Entre las doce y media y la una en punto.

Se lo agradecí, con falsa efusividad, y aseguré que volvería.

—¿Podría pedirle que me esperara? ¿Al menos hasta la una en punto?

Se me había ocurrido que, tal vez, había otra manera de averiguar la dirección del señor Smurl y, cuando me reuní con el señor Jespersion, le

propuse que fuésemos a la oficina postal más cercana a echar un vistazo al directorio local. Smurl era un apellido tan inusual que no era probable que nos indujera a error. De hecho, además de la lista de negocios de Smurl y Snigg, el directorio local solo reveló una entrada: Smurl, Albert E. Un vistazo al mapa del área permitió que Jespersion localizara la calle, a medio camino entre la funeraria y el cementerio.

Miré el reloj de la pared.

—Todavía tenemos unas dos horas antes de que se vaya a casa —señalé—. Gracias a Dios que la lluvia ha parado.

Partimos con brío. Yo no conocía la zona, pero sabía que podía confiar en el sentido de la orientación de Jespersion y en su memoria: con una mirada rápida a un mapa tenía suficiente para apuntar el lugar en su cabeza.

A pesar de que sabía que era inútil intentar antes de que acabásemos en prisión, no podía evitar especular sobre la situación. ¿La tenía encerrada en el ático o le permitía una libertad limitada? ¿Sabían de su presencia su esposa y su madre? ¿La utilizaba de criada o de enfermera para las dos inválidas o, como sugería la manera en la que se dirigía a ella, la consideraba una esposa? Esposa, esclava y prisionera; por desgracia, esos términos no eran necesariamente contradictorios.

—Puede ser incluso una prisionera voluntaria —apuntó Jespersion.

Sus palabras me estremecieron y tuve que expresar mi desacuerdo.

—Has visto el retrato: ¿te pareció atractivo?

—A mí no, pero recuerda los comentarios del señor Bailey y los de la señorita Snigg. Cierta clase de mujeres debe de encontrarlo irresistible.

—¡Alcinda no! Has leído lo que escribió: detestaba que pudiera intentar hacerle el amor.

—¿Y a quién se supone que intentaba convencer? ¿A ella misma? Pero, por favor, no nos peleemos. Solo quiero que no descartes la posibilidad de que la dama tal vez no nos lo agradezca, sino que incluso rechace que la rescatemos.

Lo entendí. No soy del todo ignorante a lo que se puede hacer en nombre del amor. El corazón tiene sus razones y todo eso. Incluso si el raptor no le había robado el corazón a la señorita Travers, como muchas mujeres antes que ella, podría elegir permanecer y sufrir sus abusos en lugar de volver y ser avergonzada, ‘arruinada’ a los ojos de un mundo que valora a las mujeres como si fueran fruta fresca.

—Pero le tenemos que ofrecer la posibilidad.

—Por supuesto.

Lo cogí del brazo y, mientras paseábamos, reflexioné en voz alta sobre cómo se había llevado a cabo el secuestro. Por supuesto, la señorita Travers había aceptado beber una poción. Pero ¿cómo había estado él tan seguro de que podría raptarla en su propio funeral? ¿Tenía cómplices? Tal vez el doctor que firmó el certificado de muerte o empleados de confianza que le ayudarían a hacer el cambio con un ataúd vacío y asegurarse de que no enterraban a la señorita Travers viva...

—Creo que la enterraron viva —dijo Jesperson.

Me estremecí, mis dedos apretaron su brazo, y me miró a la cara sorprendido.

—Te habrás fijado en el sistema de campanas en la caseta de Bailey, ¿no?

—Creía que... tal vez alertaban sobre intrusos. ¿Seguridad contra ladrones de cadáveres, quizás?

—Y los muertos, ¿cómo avisan a sus guardianes? Lo admito, no lo entendí hasta que no leí el folleto que me dio el señor Bailey.

Citó el párrafo que había encontrado tan iluminador:

—‘Los ataúdes de seguridad, fabricados según el diseño original del señor Smurl (patente pendiente), están disponibles por un recargo adicional muy razonable. El sistema de alarma incorporado avisará al guardia de seguridad (que siempre escucha, día y noche) en momentos de resurrección, en el desafortunado caso de que el entierro haya sido anticipado. En ese caso, el ataúd está diseñado para mantener a los ocupantes vivos y cómodos, con aire más que suficiente para respirar hasta que lo exhumen, acción que se realizará con la máxima rapidez para minimizar la incomodidad y eliminar todas las preocupaciones’.

—Dios mío —murmuré mientras sentía las rodillas flojas. Tenía que luchar contra el impulso de alentar grandes cantidades de aire y jadeos.

Me apretó el brazo.

—Supongo que permanecería en un estado de inconsciencia durante toda la experiencia y no tuvo miedo en ningún momento. O como Smurl sabía que no estaba muerta, no habría ninguna razón para que pidiera ayuda con la campana..., salvo que, por supuesto, solo deseara probar su sistema... Perdóname —dijo contrariado—. Ah, ya hemos llegado.

Estábamos en una calle larga y tranquila de casas acaudaladas.

—¿Qué casa es?

—Allí mismo, creo. ¿Ves un número en ese palo? ¿El que sobresale del laburno?

A pesar de que no tenía ni idea de qué era un laburno, vi el palo tapado por un matorral y, conforme nos acercábamos, el número 14 a través de un velo de hojas.

El señor Jesperson abrió la puerta y me indicó que yo tenía que ir delante por el sendero estrecho hacia la puerta principal. Tenía la mente en blanco. Me quedé a un lado y dejé que mi compañero llamara a la puerta. Esperamos. Volvió a llamar. Un picor de ansiedad y frustración me recorrió el cuerpo a medida que transcurrían los segundos. No oíamos que nada se moviera dentro, ni siquiera movimientos furtivos, ni pasos ni el cierre silencioso de una puerta interior y, a pesar de eso, ese silencio no parecía ser el de una casa vacía.

La puerta, por supuesto, estaba cerrada.

Jesperson metió la mano en el interior del bolsillo de la chaqueta, se palpó el cuerpo e inspeccionó el área de alrededor de la puerta. Seguí sus ojos hasta el dintel, el felpudo y, después, hasta una planta marchita, quizás una especie de árbol cítrico, en una maceta de terracota en la puerta. Dio un paso hacia ella, se agachó y levantó la maceta, la tocó por debajo y, riendo con satisfacción, sacó una llave.

Era una llave grande y anticuada de esas que se pueden emplear para cualquier cerradura, para cerrar a alguien fuera o dentro. Cuando Jesperson la giró, escuché el movimiento suave y pesado de la cerradura y, entonces, la puerta se abrió. Un momento después, ambos estábamos en un recibidor oscuro con un techo alto, las paredes cubiertas con papel verde oscuro y motivos de color nata, una escalera al frente y puertas oscuras y barnizadas cerradas en ambos lados.

—Señor Smurl —gritó mi compañero y me hizo pegar un bote. Esa voz tan alta parecía más allanamiento que nuestra entrada—. ¿Señor Smurl? Por favor, no se alarme. No pretendemos hacerle daño. Espero que no le importe, pero nos hemos permitido la libertad de entrar.

Aguanté la respiración cuando se calló y escuché algo. Al encontrarme con sus ojos, vi que él también lo había escuchado. Un sonido demasiado bajo y ligero para identificarlo, que había venido de detrás de la puerta de la derecha.

Cuando se abrió la puerta, vimos una habitación llena de mujeres: todas sentadas, calladas y quietas, a escala real.

—Disculpe —empezó Jesperson, pero sus palabras cayeron como piedras en el silencio y no continuó.

Había seis en total, repartidas alrededor de la sala como miembros de una orden religiosa o de un círculo de costura femenino, inesperadamente congeladas por un hechizo como el que custodiaba el castillo de la Bella Durmiente. Si dormían, era con los ojos abiertos de par en par, pero parecía que no veían nada. Podía afirmar que eran criaturas vivas, que no se trataba de figuras de cera ni de cadáveres, por los ligeros movimientos de sus respiraciones y el ocasional parpadeo de algún ojo.

Nos arrastramos en silencio sin abrir la boca, aunque parecía improbable que ni movimientos más violentos pudieran romper esa calma tan extraña. Al examinarlas más de cerca, empecé a verlas como individuos, no como las muñecas calcadas que me habían parecido al principio. Había ligeras variaciones en los colores de los vestidos. Vestidos que todas llevaban y que eran simples como uniformes, pero con grandes diseños de seda. Lo mismo pasaba con el color de sus cabellos: sobre todo tonos de color marrón, beige o gris. La similitud de las caras se debería a la falta de expresión de todas, como si llevaran copias de la misma máscara. Era incapaz de decidir si eran feas o bonitas.

Dos de ellas destacaban del resto: una porque era claramente mayor que las demás, con canas y un poco jorobada; la otra, por su juventud y sus cabellos dorados.

Esa sería Alcinda, pensé, y no me resistí a pronunciar su nombre en voz alta.

La respuesta tardó en llegar, pero fue inconfundible: giró la cabeza hacia mí.

Sentí que el señor Jespersion se ponía tenso a mi lado. Jadeé.

—¿Alcinda? ¿Me oyes?

Tenía los ojos en blanco y no se movió más.

—Me pregunto si hay alguna palabra mágica que desconocemos o si solo tenemos que llamar la atención —caviló Jespersion. Con un tono normal de conversación, siguió—: Queridas damas, estaría muy agradecido si pudieran iluminarnos sobre su habilidosa pero desconcertante pintura viviente.

—Está claro que no puede ser nada de la Biblia o sobre lo que se concibe popularmente como historia —opiné—. Quizás... ¿un grupo femenino de estudio de la Biblia? O no... Ya lo tengo. Un moderno harén inglés y metodista que espera el regreso de su amo y señor.

Había empezado como un chiste hasta que me fijé en la única silla que no estaba ocupada en la sala: una gran butaca de cuero estropeada, pero que

parecía cómoda y reservada, suponía, para el patriarca de esa pequeña y sumisa tribu.

—Prefiero la pintura algo más viva —aseguró Jesperson—. ¡Venga, damas! Están desatendiendo sus deberes. Podrían mostrar un poco de hospitalidad a los huéspedes.

—¿Qué les ha hecho? —murmuré y agarré una mano de Alcinda. Estaba fría y, por más que la rozara o apretara, tan floja e indiferente como un pez muerto. No podía encontrarle el pulso y, después de unos segundos intentándolo, solté la mano, que le cayó de nuevo en el regazo—. ¿Qué tipo de droga provocaría un estado así?

Mi compañero zarandé la cabeza.

—Creo que es más probable que sea el resultado de la hipnosis, posiblemente facilitada por un sedante.

—Una droga desaparecería con el tiempo. ¿Cómo podemos despertarlas de la hipnosis?

—Me temo que necesitaremos a Smurl para eso.

Mientras pronunciaba el nombre, me di cuenta de un ruido subterráneo, como un escalofrío que recorrió el aposento. Eso me dio una idea y pronuncié en voz alta:

—¡Señora Smurl!

No pasó nada enseguida. Después se me ocurrió que la pausa entre mis preguntas y sus respuestas era una especie de retraso que se daría si el sonido tuviera que disminuir, forzado a pasar por un medio mucho más denso que el aire y, entonces, el oyente tuviera que interpretar las sílabas dichas por separado antes de juntarlas y traducirlas de un idioma a otro. Después de dos o tres segundos, cuando había dejado de esperar, cinco mujeres giraron la cabeza hacia mí, como girasoles pálidos y ciegos, y todas respondieron a la llamada de su nombre, todas ellas eran ‘señora Smurl’, excepto Alcinda.

Fue un momento inquietante. Debajo de la fuerza de esa mirada concentrada y ciega, sentí un escalofrío de miedo al imaginarme este poder usado por un hombre.

—Por favor, señora Smurl, levántese si me oye.

No pasó nada, a pesar de que esperamos un minuto entero.

Intercambié una mirada con mi amigo: ¿tal vez la voz de un hombre produciría el resultado deseado?

—Señora Smurl —dijo en voz baja e intencionadamente—, señora Smurl, asienta con la cabeza para mostrar que me oye.

Ninguna de ellas movió ni un músculo.

—Tiene que haber una palabra clave para liberarlas del tránsito. O tal vez él las ha entrenado para que solo contesten a su voz.

Me parecía horriblemente probable, puesto que por supuesto ningún hombre que fuera tan loco para montar un hogar así se arriesgaría a renunciar al control en beneficio de alguien más.

Aun así, Alcinda no había contestado a las llamadas de ‘señora Smurl’. Así que probé de nuevo:

—Alcinda. Por favor, levántese.

Contuve el aliento. Se levantó.

Jesperson y yo nos miramos y supe que pensábamos lo mismo: no había nada que nos impidiera irnos con Alcinda. Una vez lejos de Smurl, sin drogas, podría volver a ser normal; si no, habría doctores o especialistas en hipnosis...

Pero no podíamos hacer que las otras nos siguieran y, sabiendo que era probable que Smurl volviera muy pronto, ¿cómo íbamos a dejarlas? Era un dilema imposible de resolver.

—Llévatela a la calle Gower —ordenó Jesperson con decisión.

—No te quedarás aquí solo.

—Ojalá pudiera —dijo secamente, con una inclinación de cabeza a nuestra audiencia silenciosa.

—No te dejaré.

Me miró, medio afrontado, medio divertido.

—¿Y cómo pretendes pararme, señorita Lane? ¿Me sacarás de la oreja?

—Por favor. —Lo miré, deseando que pudiera hacerle ver lo que yo veía—. Es demasiado peligroso...

—¿Crees que no soy rival para un gerente de funeraria de mediana edad? Confía un poco en mí. Tal vez es un peligro para las mujeres, pero...

Al ver que había herido su orgullo, intenté explicarme.

—Él no es gran cosa y, por supuesto, no tienes miedo de unas mujeres débiles. Pero imagina si una palabra de él las transforma en ménades. Alguien sin miedo puede cometer los actos más terribles. Y si él se ha convertido en su dios...

Sabía, por la impaciencia de su expresión, que no compartía mi imagen mental de esas damas silenciosas y sobriamente vestidas convertidas en las criaturas aulladoras y enloquecidas por la sangre que estropearían a un hombre con las manos y harían un festín con su carne sangrienta.

—Querida señorita Lane —dijo gentil—. Confía en mí. No podemos abandonar...

—Si pretendes quedarte aquí, iré de aquí directa a la policía.

Los crujidos de una silla y el frufrú aterciopelado de un regazo causaron que girara la cabeza a tiempo para ver que una de las estatuas había cobrado vida. Era una mujer con un vestido marrón que se acercó a la mujer que tenía al lado, la de gris, y comenzó a pronunciar palabras demasiado flojas para que yo las entendiera.

—¿Señora Smurl?

La mujer se enderezó. Ya no era una estatua sin color ni vida, sino que se había convertido en una individuo con un semblante antipático, ojos oscuros y violentos, mandíbula fuerte y la barbilla hacia fuera con hostilidad. Dos rizos morenos se le movían encima de las orejas, un toque infantil que no ayudaba a que pareciera que le faltaba un día para cumplir treinta y ocho años.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Qué significa esta intromisión? ¿Cómo os atrevéis a entrar sin invitación?

A pesar de un tono de ira justificada, mantenía la voz tranquila y entonada mientras los ojos saltaban sin cesar del señor Jesperson a mí.

—Le pido disculpas —mintió—. Aun así, después de llamar sin ninguna respuesta, sentimos que no había otra forma...

Los rizos se le agitaban.

—¿Habéis allanado la casa?

—En absoluto.

Enseñó la llave y a ella se le abrieron los ojos como platos.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde?

—¿Dónde cree? Cuando el señor Smurl oyó que estábamos preocupados por la señorita Travers, evidentemente...

—¿Quién es la señorita Travers?

Jesperson la señaló. Alcinda no hizo ninguna señal de haberlo oído y todavía miraba en blanco hacia mi dirección.

La señora Smurl silbó sin ganas con desagrado y dijo con frialdad:

—No te preocupes por la joven dama.

—Sí que me preocupo. Su familia la quiere en casa.

—Esta es su casa. Nosotros somos su familia.

Él levantó una ceja escéptica.

—Me inclinaría más a creer esa afirmación si viniera de la propia dama.

—No puede hablarte.

—Eso ya lo veo. Pero ¿quién se lo impide?

—El señor Smurl así lo desea.

—Al señor Smurl, estoy convencido, no le gustaría que lo arrestasen y lo acusasen de reclusión ilegal y otros delitos.

—¿Te atreves a amenazar...? —Su voz era apenas más alta que un murmullo. Se le habían reducido tanto los labios que casi eran invisibles.

—Sí —respondió Jespersion, con un tono alegre—. La bigamia es una de las otras acusaciones a las que podría enfrentarse, a pesar de que sospecho que la mayoría de los matrimonios solo son reconocidos dentro de estas cuatro paredes. A pesar del dicho que el hogar de un caballero es su castillo, todavía hay unas cosas que no se pueden llevar a cabo impunemente, ni siquiera aquí dentro. ¿Por qué intenta defenderlo? No puede ser feliz si comparte marido con otras mujeres, mujeres que han sido robadas de sus familias y las han forzado a ser sumisas...

Su cara pálida se sonrojó.

—¡Cómo te atreves! El señor Smurl es un buen hombre, un perfecto caballero. No haría nunca uso de la fuerza contra una mujer y no nos ha obligado a hacer nada contra nuestra voluntad nunca.

—¿A esto lo llama voluntad?

Señaló hacia las mujeres mudas y quietas.

—No sabes nada de nosotras. Es por su propio bien. Hace que el día pase más agradablemente.

—¿Drogadas y durmiendo? Sí, me atrevería a decir que las inquilinas de un fumadero de opio opinan igual. ¿Pero por qué debería la vida como esposa de tu perfecto caballero requerir semejante evasión?

A medida que siguió hablando, mis nervios se incrementaron. ¿Cuánto tiempo hacía que estábamos allí? ¿Qué pasaría si Smurl sospechaba al escuchar que alguien había estado preguntando sobre su esposa y volvía a casa ahora?

Mirando a la mujer agitada y pequeña (yo soy bajita, pero ella lo era todavía más), dije:

—Puede justificar a ese hombre y su vida como le plazca, pero nosotros hemos venido a por la señorita Travers y pretendemos llevarla a casa.

—No hay ninguna señorita...

—Alcinda —dije bruscamente y me las apañé para atraerla hacia mí. Conseguir que se moviera sola habría sido demasiado lento y me dirigí de nuevo a la mujer enfadada—: ¿Puede despertarla?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Si quiere permanecer aquí, que nos lo diga ella y nos iremos.

Me miró.

—¿Os iréis sin ella?

—Por supuesto. No nos la llevaremos contra su voluntad.

No estaba segura de decir la verdad.

—Le aseguro que si la joven dama dice que prefiere quedarse, así será — confirmó el señor Jesperson—. De lo contrario, la escoltaremos allá donde quiera ir.

—¿Y dejar que difunda mentiras sobre nuestro marido? No. Sería un problema demasiado grande para nosotros.

Se giró y empezó a murmurar para despertar a las figuras durmientes una tras otra. Cuando le tocó a la última, las orejas se me habían acostumbrado bastante a su voz y me las apañé para entender que repetía una simple frase en latín ligada al nombre de pila de cada mujer y la escuché ordenar:

—*Carpe diem*, Violet.

Así que ese era el ‘ábrete, sésamo’ que las liberaba del encarcelamiento. Sus respuestas lentas, reacciones confusas y comportamiento adormilado me hizo pensar que todavía no estábamos en peligro, a pesar de que no descartaba la posibilidad de que unas palabras más de la primera mujer pudieran convertirlas en un ejército de fieras. Igual que los carceleros tienen a una persona leal entre los prisioneros, parecía que Smurl le había dado a su primera mujer poder sobre las demás. Solo con su complicidad podía haber reunido su colección de mujeres ‘muertas’: si ella hubiera protestado, él tal vez estaría en la prisión y la mayoría de estas mujeres todavía estarían seguras en el seno de sus familias reales. Ella tendría tanta culpa como él, pensé, con un furioso desprecio contra él que me crecía en el pecho. Tal vez no era justa con ella, tal vez él había estado años minándole la moral, forzándola a convertirse en su vil esclava, pero no me parecía esclavizada, con esa sonrisa petulante en la cara, consciente de que había aumentado las probabilidades de vencernos...

—*Carpe diem*, Alcinda —ordenó el señor Jesperson.

Los ojos de la chica se abrieron. Parecía una muñeca sobresaltada y la confusión, el resentimiento y el miedo se disputaban su expresión.

—Hemos venido a ayudarte —anuncié rápidamente—. Dime, ¿te gustaría marcharte de aquí?

—Por el amor de Dios —gritó con fervor—. ¡Sí!

—¡Alcinda! —gritó la señora Smurl, al cargo de la situación—. ¡Dormite!

A pesar de que a mis hermanas y a mí no se nos permitía estudiar latín, debido a una creencia que defendía que las lenguas muertas podían dañar los más débiles cerebros femeninos, habíamos oído a mi padre mientras

crecíamos y aquella orden en particular era la que alguna vez nos hacía al final de un largo y agotador día.

Se quedó congelada, como en una partida del pollito inglés. Pero la completa blancura de la cara de Alcinda no tenía pinta de ser un juego.

—Violet —chillé bruscamente y, cuando me miró con expresión de sorpresa, añadí—: *Dormite*.

Por desgracia, no sabía otro nombre.

—Supongo que te crees muy inteligente —soltó la señora Smurl.

—En realidad no. Tú la despiertas, nosotros despertamos a Alcinda y así todas las veces que haga falta. Qué pérdida de tiempo. Estoy segura de que no querrías que el señor Smurl nos encontrara aquí...

—Menos lo querrías tú —respondió con una sonrisa maliciosa.

Sentí un escalofrío de aprensión mientras me preguntaba si de verdad quería retenernos hasta que él volviera. Jesperson, mientras tanto, había despertado a Alcinda y, con sus fríos modales, informó a la señora Smurl de que nos lo llevábamos.

—¿Y si cualquiera de las damas quisiera unirse?

Con una sonrisa encantadora, miró a las dos mujeres que flanqueaban a la señora Smurl. Respondieron como si fuera una insinuación lasciva, retrocedieron y zarandearon la cabeza. La que estaba algo más gorda y vestía de gris incluso cerró los ojos.

—Somos felices así —dijo la señora Smurl, que rodeó la cintura de la dama de gris, que temblaba.

—No todas —repliqué y le ofrecí la mano a Alcinda, que la cogió con fuerza.

—¡Descarada desagradecida! —La señora Smurl nos miró y su ira brilló un momento y entonces se desvaneció, como si se relajara—. Muy bien. Te puedes ir si lo deseas, Alcinda, pero no puedes volver nunca. No habrá perdón. Y si alguna vez piensas en traicionarnos...

A mi lado, sentí su escalofrío mientras zarandeaba la cabeza.

La mujer continuó:

—Pero si lo intentas, el señor Smurl se vengará. No se puede escapar de él, lo sabes, da igual lo lejos que huyas, da igual lo que le pase a él, su poder sobre ti no disminuirá.

—No diré nada, Martha. Le prometí que no lo haría y yo cumplo las promesas, a pesar de que él no mantuvo la suya. Se lo he dicho muchas veces: no lo amo. No quiero estar casada con él.

—No ha hecho nada malo. Albert es un buen hombre. No te ha forzado nunca, ¿verdad? ¿Tú lo reconoces? Sí, veo que sí; te tienes que doblegar ante la verdad. Yo sé, y tú sabes, que fuiste un error, su pequeña debilidad, pero no fue el fin del mundo, ¿verdad? No lo fue. Aprendiste enseguida a ser feliz. Y todavía podría ir bien, lo sabes, sí...

A pesar de que no me daba cuenta, la monótona repetición de su voz causaba un efecto. Por fortuna, Jespersion estaba alerta al peligro y enseguida levantó la voz.

—Martha, ¡*dormite!* —chilló y su voz fue como si me lanzasen un cubo de agua, que me despertó.

Marta se estremeció, pero después de un breve instante de ira, tenía los ojos tan en guardia y alerta como siempre. Las palabras mágicas no funcionaban con ella.

—¿Cómo te atreves? —Se acercó, fulminándonos con la mirada—. ¿Cómo te atreves a allanar mi casa, importunar mi paz y tranquilidad, rechazar decirme tu nombre y entonces tomarte libertades con el mío? Te atreves a dar órdenes que una mujer solo tendría que aceptar de su marido. Fuera de aquí —ordenó con una voz tranquila y peligrosa—. Idos ya.

Yo estaba a medio camino de la puerta con Alcinda cuando me di cuenta de que Jespersion no se había movido.

—Una cosa más antes de que me vaya —dijo—. Quiero aclarar que, si alguna otra desea marcharse, cuenta con la promesa de mi protección.

—De nuestra protección —añadí para que ninguna pensara que tenía que cambiar a un amo por otro.

—No la queremos —replicó la señora Smurl.

—Con todo el respeto, señora, preferiría oírlo de cada dama por separado, me da igual lo capacitada que se pueda sentir para hablar en su nombre.

Hubo una lucha breve y silenciosa entre ellos, pero entonces ella se rindió y despertó a sus hermanas. Resultó ser innecesario, como había insinuado: a excepción de la mujer vieja, Mary, que estaba demasiado desconcertada para entender nada, el resto proclamó su amor por el señor Smurl y expresó el deseo de quedarse. Les daba igual el qué dirán, todas se sentían su querida esposa. Mientras Violet declaraba todavía con pasión que no podría dejar nunca a su amado Albert, pasara lo que pasara, la vieja se levantó, deambuló y abandonó la habitación.

Martha Smurl resopló enfadada.

—Ahora ya no se calmará y tendré que emplear mi tiempo en perseguirla y el señor Smurl se enfadará si la cena no está lista a tiempo...

—No pasa nada, querida —dijo Violet y sonó deseosa—. Iré yo y me ocuparé de la Madre Mary, tú puedes encargarte de la cena.

Así que las dejamos allí. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Tendríamos que contentarnos con el rescate de Alcinda para nuestro final feliz. Al fin y al cabo, no nos habían encomendado que hiciésemos nada más.

La casa en la que Alcinda había crecido y en la que todavía vivía su familia estaba apenas a tres kilómetros, al otro lado del cementerio, pero no quería volver. Presionarla para saber los motivos solo consiguió que aumentara su ansiedad, así que sugerimos que volviera a la calle Gower con nosotros. De momento, parecía una buena idea apartarla de otro posible encuentro con el señor Smurl.

Llegamos a la estación de tren y pronto tuvimos un carruaje solo para nosotros. Ya que no había que preocuparse de que nos escuchara nadie, saqué el tema de una visita a Scotland Yard.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué?

—Como el señor Smurl tiene buena reputación en el vecindario, sería mejor evitar a la policía local. Y si consideramos la seriedad de sus delitos...

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Delitos? —susurró—. ¡Oh, no, no, nunca!

A pesar de que pensé que tal vez temía la venganza que la señora Smurl había sugerido, yo tenía poca paciencia.

—Te secuestró —remarqué—. Se trata de un delito muy serio.

—¡Pero yo acepté!

—¿Aceptaste convertirte en su prisionera? No lo creo. Si allí eres feliz, podemos devolverte.

Me arrepentí de mis crueles palabras cuando la vi estremecerse.

—No. Por favor. No quiero eso. Y estoy agradecida... ¡Oh, no sabréis nunca lo agradecida que estoy! Es verdad... traicionó mi confianza. Él tenía sus razones para quererme muerta para el mundo; yo estaba tan metida en mis propios planes que no me di cuenta. Esperaba volver a casa un día o dos después de que me enterraran y... —Se paró y no pude reprimir un grito de horror—. ¿Qué?

—¿Quieres decir... que sabías que te enterrarían viva? ¿Estuviste de acuerdo?

—Por supuesto. El señor Smurl me explicó el funcionamiento de los ataúdes de seguridad y, bueno, como estaba tan decidida a vivir la experiencia de la muerte, ¿cómo no iba a estar satisfecha con que me declarasen muerta y me enterrasen? Cualquiera otra cosa sería poco menos que dormir. Yo quería estar muerta para el mundo, conocer la tranquilidad de la tumba. Era la única manera.

Habló con una convicción simple, pero era como oír un himno de alabanza a algún dios antiguo y olvidado hacía tiempo. Había encontrado las notas de su cuaderno bastante peculiares, pero ahora todavía me chocaba más la distancia entre su manera de pensar y la mía. Tal vez pertenecíamos a dos razas diferentes, adoctrinadas en diferentes sistemas de creencia. Me parecía que tenía algo inhumano.

Me había dejado sin palabras, pero la cara de Jesperson ardía de curiosidad cuando preguntó:

—¿No tenías miedo?

—¡Oh, sí! ¡Claro! Estaba aterrorizada. —Rio nerviosa, y ya parecía solo una chica guapa, moderna y normal—. No he pasado nunca tanto vida en toda mi... Pero eso formaba parte del todo, ¿no lo entendéis? ¿Quién no tendría miedo a morir?

Asintió.

—Querías conocer a la Muerte, como el niño del cuento de hadas, y para el señor Smurl, supongo, fue una oportunidad inigualable para anunciar el valor de sus servicios.

Parecía como si hubiera hecho la más increíble de las deducciones, como si Sherlock Holmes supiera todo el recorrido de la carrera de un hombre después de mirarle el gorro.

—¡Sí! ¡Exacto! ¡Muy astuto por tu parte! Por supuesto, la gente diría que era un error tremendo por su parte si se enteraban, pero no fue así, ya ves. No era un delito real, claramente no un delito contra mí. ¡Yo le supliqué, casi le obligué! Y no estuve nunca en peligro, puesto que él sabía que funcionaría...

—Ya había empleado el mismo plan al menos tres veces antes —agregué—. Con esas pobres mujeres. Espero que no me digas que todas estaban allí como tú, dispuestas a probar la muerte, o a ayudarlo a probar el valor de su invento.

Hizo una mueca.

—No, por supuesto que no. Sus razones... Lo hicieron por amor. No hay más. Estaban todas tan locamente enamoradas de Albert Smurl que habrían

hecho cualquier cosa que les hubiera pedido y habrían accedido a cualquier plan con tal de vivir con él.

—Luego, cuando descubrieron que no eran la única, ¿seguían sintiendo lo mismo?

—Ya las has oído. Son criaturas extrañas y tristes, estoy de acuerdo. El amor es una fuerza peculiar y poderosa, ¿no crees, señorita Lane?

La mirada que me dirigió era desconcertante, una conexión repentina que era más que inesperada después de mi primera impresión sobre ella.

—Sí que causa que alguna gente actúe como idiota —corroboré.

—Albert Smurl es uno de esos. —Suspiró—. Se enamoró de mí, yo no pedí nunca su amor, y entonces no pudo resistir la tentación, supongo, pues su experiencia con mujeres sugería que yo estaba obligada a sentir lo mismo, que yo me enamoraría de él muy pronto... —Me miró con una cara suplicante—. Siempre fue amable conmigo. No puedo culparlo por amarme, señorita Lane, de verdad que no puedo. Lo que hizo estuvo mal, claro que sí, pero yo no soy inocente. Le ofrecí toda mi cooperación y, ahora que estoy libre, me gustaría decir que acaba aquí. No presentaré cargos contra él.

Sonaba muy segura, no como una persona forzada a actuar contra su voluntad por un astuto hipnotizador, pero no soy experta en esos asuntos. A pesar de eso, podríamos discutir el asunto de los cargos criminales más adelante. Teníamos otros asuntos de los que hablar.

Mientras el tren nos conducía todavía más lejos del territorio de Smurl, la distancia física hacía posible sacar la pregunta de cuándo y cómo la señorita Travers volvería a casa y que lo reflexionara sin alarmas. Nos contó que no sabía por qué, pero el mismo acto de ir hacia su propia calle le hacía latir el corazón de una manera incómodamente dura y la respiración se le volvía más superficial: parecía horrorizada por algo innombrable.

Jesperson explicó:

—Sospecho que Smurl te plantó una orden en la cabeza mientras eras su esclava para evitar que vuelvas con tu familia en el supuesto de que consiguieras escapar. No sabrías por qué, pero sentirías aversión por ir a tu antigua dirección.

Parecía afligida.

—¡Qué espanto! ¿Eso quiere decir que no podré volver a casa nunca? ¿Y si mi familia se muda a otra casa? ¿Podré volver con ellos entonces?

Jesperson sonrió.

—Las sugerencias hipnóticas pueden contrarrestarse, especialmente si eres consciente de ellas. Puedo enseñarte una técnica simple o, si lo prefieres,

con tu permiso, puedo liberarte de los problemas que te creó. He estudiado las artes de la hipnosis...

¿Sus talentos eran infinitos?

A pesar de que pensaba que no deseaba que otro hombre extraño accediera a su mente, hay algo tan agradable en Jasper Jesperson, y es tan obviamente digno de confianza, que no me sorprendió que la señorita Travers expresara gratitud por su oferta.

—Pero cuando vuelva a casa —dijo dudosa—, ¿qué les contaré? Todos creen que estoy muerta. ¿Cómo lo puedo explicar? ¿Qué historia puedo contar?

—Tienes que contarles la verdad —afirmé—. Por improbable que parezca... la verdad tiene una fuerza innegable: mucho más poderosa que cualquier ficción que intentes idear.

—Pero... entonces tendría que mencionar... su nombre.

Me pregunté si su negativa se debía del todo a otra orden hipnótica. Ciertamente, había muchas cosas que inhibían a una joven dama distinguida a admitir un secuestro por un polígamo en serie. Sin duda, era consciente de las consecuencias sociales que causaría su historia al hacerse pública. Podría argumentar, tal vez era incluso cierto, que la había amenazado con una escrupulosa cortesía, como invitada en su casa, pero seguirían mirándola con sospecha, como 'bienes perjudicados' arruinados para siempre en el mercado del matrimonio. La sociedad impone una pesada carga a las mujeres. Algunas la llevan sin darse cuenta, algunas son capaces de liberarse de ella, otras consiguen adaptarse de una manera u otra a lo que cargan. No conocía demasiado bien a Alcinda para saber si pensaría que su 'cata de la muerte' le costaría esa perpetua sospecha.

—Tendrás que mencionar al señor Smurl. No veo otra manera... Al fin y al cabo, ha inventado el dispositivo que ha permitido liberarte de tu tumba prematura.

—Aun así, nadie creerá que has estado semanas sepultada —añadió Jesperson—. No con ese buen aspecto que tienes.

Se sonrojó un poco y le sonrió, a pesar de que no percibí ninguna insinuación. Él continuó:

—Deben haberte rescatado al poco del entierro, a pesar de que se mantuvo en silencio. Tal vez la esposa del señor Smurl, solo la original, eso sí, las otras damas serán hermanas solteras, te cuidó con ternura hasta que recuperaste la salud. No alertaron a tu familia por miedo a que en cualquier momento murieses y generar falsas expectativas.

—Sí, sí —confirmó animada—. ¡Eso serviría! Creo que pueden tragárselo. Es bastante parecido a lo que pasó, podríamos decir que solo en los últimos días he vuelto a la normalidad, lo bastante bien para arriesgarme a salir... Podríamos decir que me desperté mientras la enfermera dormía, no reconocí mi entorno y me asusté... —Frunció el ceño, giró los ojos y vi que movía los labios para ensayar las mentiras meditadas.

Llegamos al 203-A guiados por los olores de la cocina. Sin saber cuándo llegaríamos, la señora Jesperson le había dado el mejor uso posible a la ternera: la había cocinado a fuego lento en una gran olla con cebollas, zanahorias, chirivías, nabo y patatas, lo que produjo un plato que se podía recalentar, además de ser lo bastante consistente como para alimentar a un regimiento.

Cenamos con ganas el ragú (como ella llamaba a lo que, en mi casa, había sido un simple estofado) con col al vapor y una barra de pan crujiente. Después teníamos queso y un pastel de manzana con nata.

Era la primera comida del día para Jasper y para mí. Nuestra invitada demostró un apetito parecido al nuestro, así que apenas decía palabra más allá de ‘pasad la sal’ o ‘¿puedo coger más pan, por favor?’ hasta que acabamos y, hartos, nos hundimos en las sillas para recuperarnos mientras la señora Jesperson fue a poner la tetera en el fuego. Entonces llamaron a la puerta. Jasper fue a responder y, un momento después, Felicity entró corriendo a la habitación.

—¿Es verdad? ¿La habéis encontrado? ¡Oh, Cinda! ¡Mi Cinda!

Alcinda casi se cayó de la silla por la prisa en levantarse y, en un instante, estaban abrazándose y llorando de alegría.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo lo has sabido?

Apartó un momento a su hermana mayor y la mirada de Alcinda saltaba de ella a nosotros, desconcertada.

Expliqué que Felicity era nuestra clienta.

—Te estarías preguntando cómo habíamos llegado a ti.

No encontré extraño que no lo hubiera preguntado, con tantas otras cosas sobre las que pensar, pero me sorprendió.

—No. Estaba convencida de que había sido cosa de Mamá.

—¿Tu madrastra?

Zarandeo la cabeza, sonriendo con aire titubeante.

—Me refiero a mi querida y difunta madre. Difunta en este plano, pero no del todo muerta. Esto lo sé ahora porque mientras estaba... muerta... la volví a encontrar. —Suspiró—. Sé que encuentras extraño que no sienta ira ni venganza hacia el señor Smurl por lo que me ha hecho, pero no puedo. No es, como podéis pensar, que le tenga miedo o que esté bajo coacción, sino que, de verdad, le estoy agradecida. Sí, realmente agradecida por lo que hizo, por el gran regalo que me dio. A lo mejor me sentiría de una manera diferente si hubiera estado mucho más tiempo con esa presión para convertirme en una esposa más, pero en ese momento lo bueno todavía me parecía pesar más que lo malo. Cada vez que ‘me lanzaba un hechizo’ me permitía escapar a otro lugar y mi madre estaba allí. Habría permanecido de buen gusto con ella para siempre, pero me dijo que tenía que volver, que era demasiado joven y que todavía tenía una vida por vivir. Dijo que escapase. —Frunció el ceño y parecía insegura—. Sé que lo intenté. Tengo la sensación de que conseguí huir de la casa una vez, pero entonces el señor Smurl me encontró y me volvió a llevar... —Se sobrepuso al recuerdo incompleto—. No sé qué pasó exactamente, pero me dijo que no me preocupara, que enviaría a alguien a salvarme. —Nos sonrió—. Y entonces vinisteis vosotros.

—Tu madre me envió —añadió Felicity—. Se me apareció en un sueño. Era un sueño de verdad, lo supe todo el rato. —Sonrió triunfalmente y entonces añadió—: Tuve el sueño después de verte en el cementerio.

Felicity explicó que Alcinda se las había apañado de alguna manera para escaparse y describió lo que había visto. Pero cuando le repitió las palabras de Smurl, Alcinda exclamó que no podía ser verdad, que no creería que él dijera una cosa parecida, y menos a una niña.

—¿Estás segura, querida, de que no fue un sueño?

Felicity frunció el ceño.

—¡Claro que no! Sé muy bien cuando estoy despierta. Pero Papá no me creyó tampoco, aunque no sabía que era el señor Smurl la persona a la que había visto, y yo no sabía qué hacer ni cómo encontrarte de nuevo para salvarte de esa horrible bestia.

Siguió hablando sobre la objeción de su hermana.

—Deseé que el señor Sherlock Holmes existiera más allá de las historias porque, si fuera real, le podría escribir una carta. Pensaba que reconocería que decía la verdad. Aquella noche soñé que era real y que había decidido visitarlo, así que cogí el tren sola hasta Londres y partí hacia la calle Baker consultando un mapa que no sabía leer demasiado, cuando una dama amable me ofreció ayuda. Era igual que el retrato en la pared encima de la cama de

Alcinda, así que enseguida supe quién era. Casi pregunté ‘¿No está muerta?’, pero entonces pensé que sería grosero, así que se lo agradecí y le pregunté por el gran detective, en la calle Baker 221-B. Me dijo que la dirección que quería era en realidad calle Gower 203-A y, entonces, me acompañó todo el camino (fue el sueño más extraordinariamente detallado) y me mostró la puerta. Era su puerta —dijo señalándonos con la cabeza—, pero en el sueño era diferente. Ustedes solo tienen un nombre en la puerta. En el sueño había una chapa de latón con los nombres de Jesperson y Lane. Cuando me levanté recordaba esos nombres, así como la dirección, y sabía que ese era mi destino, a pesar de que había un camino muy largo desde Sydenham. Y caro.

—Me preguntaba cómo nos encontraste —dije.

—¿Conocisteis a mi madre cuando vivía? —preguntó Alcinda, obviamente intrigada por la cuestión—. Antes de convertirse en la señora Eugene Travers era Maria Lessingham.

Jesperson, que sería solo un niño en la época de la muerte de la señora Travers, dijo bajito:

—No he tenido nunca el placer.

Yo no reconocí el apellido Lessingham más que el apellido Travers. Sin embargo, antes de que lo dijera, pensé en los últimos años, en los que había pasado tantas horas en habitaciones oscurecidas, en compañía de hombres y mujeres que afirmaban tener la habilidad de estar en íntima comunión con los muertos y de actuar como interlocutores de sus espíritus. Muchos, si no la mayoría, eran fraudes, pero no podía refutarlos a todos. Incluso a veces llegué a pensar que leer las mentes o la telepatía tenían una explicación más sencilla que los reclamos de los espiritistas. María era un nombre bastante común; mientras que estaba segura de que no había conocido nunca a la madre de Alcinda en carne y hueso, no podía descartar tan fácilmente la posibilidad de que su espíritu hubiera encontrado el mío en alguna sesión de espiritismo...

Durante un momento, al recordar la emoción de mis tempranas investigaciones físicas, me preguntaba cómo podía haberme dejado distraer de la emoción de la gran cuestión de qué nos pasa después de la muerte por inquietudes más pequeñas y me di cuenta también de que Alcinda Travers y yo no éramos tan diferentes, como yo había pensado. A lo mejor, hace algunos años, yo también habría creído que la extraña proposición del señor Smurl era demasiado tentadora para rechazarla.

La señora Jesperson volvió con una bandeja de té. Para su hijo había preparado una cafetera plateada pequeña de café muy fuerte para resucitar su

cerebro privado de sueño. Y, para el resto, un ligero y aromático té chino servido en tacitas de porcelana azules y blancas.

Mientras bebía el té sin ninguna ceremonia, Felicity tenía ganas de volver a casa. Alcinda le explicó sus preocupaciones y que el señor Jespersion le había ofrecido su ayuda.

—Tal vez, si no es un abuso demasiado grande por mi parte pasar aquí la noche...

Felicity interrumpió a su hermana:

—¿Por qué no lo puede hacer el señor Jespersion ya?

—Claro que puedo, si quiere —respondió y vació la última gota de café.

Alcinda se acomodó pronto en la silla y Jespersion se sentó a su lado en un taburete.

—¿Te gustaría que nos fuésemos? —pregunté.

—No, no. Mientras a la señorita Alcinda le parezca bien.

—Me lo parece —respondió—. ¡No quiero separarme de Felicity tan pronto!

—¿Querrías irte a casa con ella?

—¡Oh, sí!

Pensé que la inhibición sobre la vuelta ya había desaparecido, pero Jespersion continuó:

—Me gustaría que visualices el lugar, un lugar muy específico que signifique el hogar para ti.

—Mi propia habitación —contestó al instante—. Es la más pequeña y la que está más alta, pero la elegí yo misma.

—Piensa en ella con todo lujo de detalles.

—Oh, eso es fácil. Mi pequeña mesa de trabajo y la sillita que están debajo de la lámpara. Mi cama está en la pared trasera. Hay pomos de latón brillante en el somier y, en la cama, una colcha de retales que tejí con mis dos mejores amigas. Encima de la cama está el retrato preferido de mi madre. Lo miro todos los días y todas las noches. Le hablaba.

—Céntrate. Visualízalo con todos los detalles que puedas, no hace falta que lo digas en voz alta, obsérvalo para ti.

Ella cerró los ojos.

—Mientras lo visualizas, piensa lo feliz que eres de volver de nuevo a casa, lo cómoda que te hace sentir estar en esa habitación y ver la cara de tu madre. Puedes ver el amor que sentía por ti en la cara de tu madre. Es la persona que más te amó y siempre te ha protegido. No hay ningún otro lugar en el que preferirías estar, ningún otro lugar en el que te sientas tan cálida,

protegida, amada y segura. Estabas en tu habitación, segura y feliz, cálida y bien.

Siguió así durante unos minutos, con una voz tan convincente y soporífera que, en un momento dado, me adormilé y soñé que yo estaba en esa habitación, una habitación que no había visto nunca, pero que sentía como si fuera mi casa, mirando un retrato de mi madre con un sentimiento relajado de cómodo bienestar que distaba mucho de la realidad de nuestra relación.

Cuando la —nos— volvió a traer a nuestro entorno, sabía que lo había conseguido. Sin galimatías, su magia normal había funcionado y, lo que era más inesperado, había funcionado en mí y me sentí tan refrescada y relajada como mi compañero le aseguró a Alcinda que se sentía ella.

A pesar de que Felicity y Alcinda dijeron que no hacía falta que las acompañásemos todo el camino hasta Sydenham, Jespersion insistió. ¿Y si Smurl rondaba fuera de su casa, con un cómplice, preparado para atrapar a la prisionera huida? A lo mejor a la señorita Travers le gustaría reconsiderarlo. Podríamos pasar por Scotland Yard antes de irnos de Londres... Aun así, ella estaba decidida a no presentar cargos contra el señor Smurl y nos suplicó que respetásemos su decisión.

Caminamos hasta la Estación Holborn Viaduct y de allí compramos billetes para Sydenham. Fue una buena decisión que fuésemos, de verdad, porque a pesar de que Felicity tenía un billete de vuelta, no tenía bastante dinero para comprar uno de ida para Alcinda. Me pregunté, mientras Jespersion se revolvía el bolsillo para pagar uno de ida de primera clase y dos de vuelta, si alguna vez conseguiríamos dinero de los curiosos casos que aceptábamos.

Al dejar a las dos hermanas en la puerta de su casa (prefirieron estar a solas con la familia), sentí que nos expulsaban gentilmente de la historia: fuera la que fuera la explicación de Alcinda, no figurarían los nombres de Jespersion y Lane. Sin embargo, si esa era su decisión, ¿qué derecho a discutirla teníamos? A veces, las buenas acciones deben ser su propia recompensa.

Nadie las esperaba con malas intenciones. La calle estaba tranquila, con unos gorriones que cantaban en los árboles. Después de que las hubiéramos visto entrar con seguridad, mi compañero y yo fuimos, sin discusión, hacia la casa de Smurl.

Era por la tarde cuando llegamos, las farolas todavía no estaban encendidas, pero la mayoría de las casas de la calle ya tenían ventanas que brillaban con calor e insinuaban comodidad dentro, excepto la de Smurl. Sin embargo, alguien se nos había adelantado, había abierto la puerta del matorral de laburno e iba hacia dentro, con los pasos un poco titubeantes, en dirección a la puerta principal. La figura me resultaba familiar. Enseguida reconocí al conserje del cementerio, Eric Bailey.

Continuamos acercándonos a la casa y caminábamos más despacio para observarlo. Llamó unas cuantas veces a la puerta y el sonido se transmitía con claridad a través del aire. Oímos que llamaba al señor Smurl y se identificaba, pero no recibió ninguna respuesta. En ese momento estábamos en la puerta, de forma que podíamos verlo intentando abrir el pomo e inspeccionando el ojo de la cerradura.

Cuando se enderezó, había cambiado de actitud. Me pregunté si había visto algo que le preocupara. Se rozó la barbilla y se movía con nervios y daba vueltas sobre el mismo lugar. En ese momento, el señor Jesperson abrió la puerta y entramos.

Con un poco de sorpresa, el hombre aulló un saludo incierto.

—Buenas tardes —deseó Jesperson tocándose el gorro—. ¡Nos volvemos a encontrar, señor Bailey!

Cuando nos reconoció, se relajó un poco.

—¡Mira tú por donde! ¿Ha venido a buscar al señor Smurl?

—Sí. Aquel folleto que me dio era muy interesante. He pensado que me gustaría oír algo más sobre el famoso ataúd de seguridad por parte del inventor.

No se habría sorprendido más si mi compañero le hubiera contestado que tenía una invitación de San Pedro para hablar sobre su sitio en el cielo.

—¿No me diga que el señor Smurl lo ha invitado a su casa?

—¿Por qué lo dice? ¿Tan inusual es?

—¡No lo he oído nunca! Ni por negocios ni por ninguna otra cosa desde que la mujer enfermó, hace cuatro, cinco o quizás seis años. Me sentía un poco extraño viniendo aquí, pero no sabía qué hacer. No lo han visto en el local desde que se fue antes de la una. Lo esperaba a las tres en punto, pero cuando no apareció, no lo pensé demasiado. Le gusta aparecer por la tumba, pero pensé que le habría surgido algún asunto. Me dijeron que se había perdido dos reuniones sin ninguna nota ni ninguna explicación. Bueno, él no es así. Fue a casa a comer a la una en punto y pensé que la mujer habría empeorado... —Retrocedió mentalmente y miró con detenimiento al señor

Jesperson—. ¿Tenía una cita? ¿Ha dicho que lo invitó a su domicilio particular para hablar de negocios?

—No, no he dicho eso. He decidido pasar, por si acaso. Pero entiendo que no está en casa.

Se ha dado a la fuga, pensé. Ha embalado las ‘esposas’ que le quedaban y se ha ido a la Europa continental a esconderse. O tal vez estaban en Southampton y planeaban embarcarse hacia Norteamérica, donde tal vez esperaba que los mormones poligámicos lo recibieran con los brazos abiertos.

Eric Bailey zarandeó la cabeza descontento.

—Han cerrado la puerta desde el interior.

—Tal vez su esposa no deja entrar a nadie antes de que vuelva su marido.

—La señora Smurl es inválida. Me lo ha dicho bastante a menudo. No podría bajar al piso inferior para abrir a nadie ni para cerrar la puerta.

—Tiene que haber otra forma —aseveré—. Una puerta trasera en el jardín.

Había un muro alto y una puerta cerrada que vallaba el acceso al jardín trasero, pero eso, por supuesto, era un pequeño obstáculo para un joven zanquilargo, fuerte y ágil. Mientras esperábamos que Jesperson volviera y nos contara (como yo esperaba) que la casa estaba vacía y nuestra presa huida, el señor Bailey y yo nos miramos y entonces miramos al horizonte extrañamente, sin nada que decir. Pasó un minuto muy largo antes de que lo oyésemos volver por encima de la pared.

En la penumbra tenía una cara fantasmal.

—Creo, señor Bailey, que sería mejor que fuera a la policía —sugirió.

* * *

En una parte de la casa, como nos dijo, había puertas correderas que servían de ventana para el comedor. Al pasar, vio de manera fugaz lo que describió como una pintura muerta. A pesar de que la oscuridad ennegrecía muchos detalles, las posiciones de los cuerpos (caídos sobre la mesa, hundidos en las sillas o en una posición contraída en el suelo) sugerían que todos habían muerto repentina y horriblemente.

—¿Cadáveres? —chilló el guardián del cementerio con horror—. ¿Pero de quién?

—Un hombre y cinco mujeres —respondió con pocas palabras—. A pesar de que estoy seguro de que ya no se puede hacer nada por ellos, ¿cuál es el

camino más rápido para ir a la estación local de policía?

Lo acompañamos pero, como éramos desconocidos para el señor Smurl, no nos retuvieron. Nos enteramos de los resultados de la investigación policial cuando se hicieron públicos y, a pesar de que no estuvimos de acuerdo con la conclusión, no parecía ni necesario ni inteligente contradecirlos.

Albert Smurl era una persona respetada y con muchos amigos influyentes. El veredicto oficial fue ‘muerte accidental’ causada por la ingestión de una sopa envenenada con arsénico. No hubo ni la más ligera sugerencia de asesinato, excepto entre los chismorreos barriobajeros. Solo podía ser un accidente. La madre del señor Smurl era conocida porque se le iba la cabeza. A lo mejor, intentando ser útil, había puesto lo que creía que era sal a la sopa preparada por la nuera. ‘¿Quién tiene arsénico en la cocina?’ no era una pregunta que a nadie le apeteciera formular.

Las preguntas que se hicieron concernían en gran parte a las identidades de las tres mujeres desconocidas que habían estado cenando con los Smurl. Por su proximidad en edad y sus vestidos refinados se pensó que era más probable que fueran amigas del señor Smurl que criadas o parientes sin fortuna. Había evidencias dentro de la casa para demostrar que probablemente habían residido allí, como mínimo, durante algunas semanas o meses.

Los periódicos cooperaron con la policía al pedir que cualquier persona con parientes desaparecidas de esa edad compareciese. Las fotografías *post mortem* de las víctimas anónimas eran demasiado desagradables para que las publicaran, pero se podían examinar en la estación local de policía. No sé cuánta gente compareció, pero si alguien dijo alguna vez: ‘¡Vaya, si no supiera que murió hace tres años, diría que es un retrato de la hija de mi vecino!’ no se informó de aquella noticia y las identidades de esas tres mujeres son un misterio para la policía y el público.

Desde el momento en el que Jespersion informó que todos los de la casa estaban muertos, me sentí aliviada de que hubiéramos conseguido rescatar a Alcinda y sentí pena por las otras cinco mujeres. Sabía que el señor Smurl era el asesino. Por desgracia, no es extraño que los hombres de hoy en día se comporten como reyes salvajes del pasado que insistían en llevarse a las esposas, concubinas y criadas con ellos al abandonar esta vida. Me pareció el tipo de cosa que un hombre horrible como Smurl haría: llevarse a las víctimas con él cuando se suicidase para evitar que se hiciera justicia por sus delitos. Cambié de pensamiento al saber que el nombre de pila de la señora de Albert Smurl era Violet. ¿Quién era Martha?

Después de una búsqueda, creo que encontramos su tumba falsa en el Cementerio Park Grove. Su nombre hacía dos años, en la época de su supuesta muerte, era Martha Boyd Elliott y estaba casada con Channing Elliott, un hombre que la describía como su ‘querida esposa, que se fue demasiado pronto’ y tenía las palabras PARA SIEMPRE EN NUESTROS CORAZONES talladas debajo del nombre y las fechas. Esto no tendría que suponer ninguna diferencia. Los mismos horribles delitos se habían cometido contra ella. No ha cambiado nada, pero después de este dato, tengo que considerar si alguien puede ser víctima y verdugo a la vez. A pesar de que no estoy segura si me lo cuestiono por Martha Boyd Elliott o Albert E. Smurl.

Ciertas frases me persiguen. Sigo escuchando la dulce y suave voz de Alcinda diciendo:

—No puedo culparlo.

O:

—No podía evitarlo.

Aunque también recuerdo a un policía que murmuró:

—El veneno es un arma de mujer.

Neil Gaiman

Uno de los grandes de la ciencia ficción, la fantasía y el horror es Neil Gaiman. Ha ganado cuatro Hugo, dos Nebula, un Fantasía Mundial, seis Locus, cuatro Stoker, tres Geffens, dos Fantasía Mitopoeicos y una Medalla Newbery. Gaiman llamó la atención del público por primera vez como creador de la serie de novelas gráficas *Sandman*, una de las más aclamadas de todos los tiempos. Gaiman sigue siendo una superestrella de las novelas gráficas, entre las que encontramos *Breakthrough*, *Death Talks About Life*, *La leyenda de la llama verde*, *La última tentación*, *Only the End of the World Again*, *Mirrormask* y un montón de libros en colaboración con Dave McKean, como *Orquídea negra*, *Casos violentos*, *Señal y ruido*, *Mr. Punch*, *Los lobos en la pared* y *El día que cambié a mi padre por dos peces de colores*. Tuvo un éxito similar en ciencia ficción y fantasía con la novela *American Gods*, que ganó los Premios Hugo, Nebula y Bram Stoker en 2002 y en 2003 se alzó con el Hugo y el Nebula con *Coraline*. Su historia *A Study in Emerald* ganó el Hugo en 2004. Su novela *El libro del cementerio* se llevó el Hugo, la Medalla Newbery y la medalla Carnegie en 2009. También ha ganado el Fantasía Mundial por su historia con Charles Vess *El sueño de una noche de verano* y se hizo con el premio Internacional de Horror del Gremio de Críticos por su colección *Angels & Visitations: A Miscellany*. Otras novelas de Gaiman son *Buenos presagios* (escrita con Terry Pratchett), *Neverwhere*, *Stardust* y *Los hijos de Anansi*. Además de *Angels & Visitations*, han recopilado sus obras de ficción en *Humo y espejos*, *Adventures in the Dream Trade* y *Objetos frágiles*. Una película basada en *Stardust* se estrenó en 2007 y una película de animación basada en *Coraline*, en 2009. Sus obras más recientes son un libro ilustrado con Adam Red, *El primer día de escuela de Chu*; su novela para adultos, *El océano al final del camino*; un salto de viajes en el tiempo para todas las edades, *El galáctico, pirático y alienígena viaje de mi padre* y, como editor, la antología *Criaturas fantásticas*.

En esta historia nos sumerge en el surrealista mundo del Londres de Debajo, de su famosa novela *Neverwhere*, en una aventura que demuestra que, a veces, el hábito hace el monje.

CÓMO EL MARQUÉS RECUPERÓ SU ABRIGO

Neil Gaiman

Era bonito. Era extraordinario. Era único. Era la razón por la que el Marqués de Carabás estaba encadenado a un poste en medio de una habitación circular bajo tierra mientras el nivel del agua se elevaba poco a poco. Tenía treinta bolsillos: siete de ellos a la vista, diecinueve escondidos y cuatro eran más o menos imposibles de encontrar, de vez en cuando, incluso para el propio Marqués.

Le habían dado (ya volveremos al poste, a la habitación y al agua que se elevaba cuando sea el momento) una vez (aunque ‘dar’ puede considerarse una desafortunada pero justificada exageración) una lupa de la mismísima reina Victoria. Era una maravillosa obra de arte: dorada, adornada con una cadena y querubines y gárgolas minúsculas, con la extraña propiedad de convertir en transparente cualquier cosa que se mirara a través de ella. El Marqués no sabía dónde había obtenido la lupa Victoria antes de que se la robara para compensar un pago que él sentía que no se había saldado del todo: al fin y al cabo, solo había un Elefante y obtener su diario no había sido fácil, ni tampoco escapar del Elefante y del Castillo cuando ya lo tenía. El Marqués se había guardado la lupa de Victoria en uno de los cuatro bolsillos que se suponía que no existían y no había sido capaz de encontrarla de nuevo.

Además de los bolsillos extraños, su abrigo tenía unas mangas magníficas, un cuello majestuoso y una abertura por detrás. Estaba fabricado con cuero, era del color de una calle húmeda de medianoche y, lo más importante de todo, tenía estilo.

Hay gente que dice que el hábito hace el monje y, normalmente, se equivocan. Aun así, se podría decir que cuando el chico que se convertiría en el Marqués se puso el abrigo por primera vez y se miró al espejo, se enderezó y cambió su postura, porque sabía, al ver el reflejo, que el tipo de persona que lleva un abrigo como ese no era un joven cualquiera, ni un simple ladrón, ni un vulgar traficante de favores. El chico que llevaba el abrigo, que en esa época era demasiado grande para él, había sonreído al ver su reflejo y recordó la ilustración de un libro sobre el gato de un molinero que andaba con las dos

patas traseras. Un gato atrevido que llevaba un buen abrigo y unas botas grandes y soberbias. Y se bautizó a sí mismo.

Un abrigo así, lo sabía, era el tipo de abrigo que solo podía llevar el Marqués de Carabás. No estaba nunca seguro, ni antes ni ahora, de cómo se pronunciaba su nombre. Unos días lo decía de una manera y otros, de otra.

El nivel del agua le había llegado a las rodillas y pensó: *Esto no habría pasado nunca si todavía tuviera el abrigo.*

Sucedió el día del mercado después de la peor semana de la vida del Marqués de Carabás y no parecía mejorar. A pesar de todo, ya no estaba muerto y la herida de la garganta se le curaba deprisa. Se le había quedado una especie de afonía que consideraba bastante atractiva. Claramente, era una ventaja.

También había desventajas por estar muerto o, al menos, haberlo estado recientemente. Perder el abrigo era la peor de todas.

Los Habitantes de las Cloacas no fueron de gran ayuda.

—Vendisteis mi cadáver —recordó el Marqués—. Esas cosas pasan. También vendisteis mis posesiones. Las quiero recuperar. Pagaré.

Dunnikin, de los Habitantes de las Cloacas, encogió los hombros.

—Las vendimos —confirmó—. Como te vendimos a ti. No puedo ir recuperando las cosas que vendo. No es un buen negocio.

—Estamos hablando de mi abrigo —dijo el Marqués de Carabás—. Y tengo la intención de recuperarlo.

Dunnikin se encogió de hombros.

—¿A quién se lo vendiste? —preguntó el Marqués.

El habitante de las Cloacas no dijo nada. Hizo como si ni siquiera hubiera oído la pregunta.

—Puedo conseguirte perfumes —ofreció el Marqués, ocultando su enfado con toda la indiferencia que pudo reunir—. Perfumes gloriosos, magníficos y embriagadores. Sabes que los quieres.

Dunnikin miró seriamente al Marqués. Entonces se recorrió la garganta con un dedo. Aquel gesto, reflexionó el Marqués, era de muy mal gusto. Aun así, provocó el efecto deseado. No formuló más preguntas: no obtendría respuestas.

El Marqués fue hasta los tenderetes de comidas. Esa noche, el Mercado Ambulante se ubicaba en la Galería Tate. Los tenderetes estaban en la Sala de los prerrafaelitas y ya habían empaquetado la mayoría de las cosas. Ya casi no

quedaban puestos, solo un hombrecillo con cara triste que vendía salchichas y, al lado, bajo un cuadro de Burne-Jones con mujeres en bata que bajan las escaleras, estaban los Habitantes de la Seta en unos taburetes, con mesas y una parrilla. El Marqués había comido una vez una de las salchichas del hombre con la cara triste y tenía la costumbre de no cometer nunca el mismo error dos veces de manera intencionada, así que siguió hasta el puesto de los Habitantes de la Seta.

Había tres Habitantes de la Seta que cuidaban del puesto, dos chicos y una chica. Olían a humedad. Llevaban viejas trenzas y chaquetas del ejército y miraban a través de sus greñas, como si la luz les lastimara los ojos.

—¿Qué vendéis? —preguntó.

—La Seta. La Seta con tostada. La Seta cruda.

—Ponme una Seta con tostada —pidió.

Una de los Habitantes de la Seta, una joven mujer flaca y pálida con la cara del color de una papilla de maíz del día anterior, cortó una rebanada de pedo de lobo del tamaño del tronco de un árbol.

—Y la quiero muy hecha —especificó.

—Sea valiente. Cómala cruda —le animó la mujer—. Haga como nosotros.

—Ya he hecho tratos con la Seta —explicó el Marqués—. Podemos entendernos.

La mujer puso la rebanada de pedo de lobo en la parrilla portátil.

Uno de los hombres jóvenes, alto, con hombros jorobados y una trenca que olía como los sótanos antiguos, se acercó al Marqués y le sirvió un vaso de té de seta. Se inclinó hacia adelante y el Marqués vio el montoncito de setas pálidas que le crecían en la mejilla como espinillas.

El Habitante de la Seta preguntó:

—¿Es usted de Carabás? ¿El traficante?

El Marqués no se consideraba un traficante. Respondió:

—Soy yo.

—He oído que busca su abrigo. Yo estaba cuando el Habitante de las Cloacas lo vendió. Fue a principios del último Mercado. En Belfast. Vi quién lo compró.

El cuello del Marqués se erizó.

—¿Y qué quieres por esa información?

El joven de la Seta se humedeció los labios con su lengua de liquen.

—Hay una chica que me gusta que no me dice ni la hora.

—¿Una chica de la Seta?

—Ya me gustaría tener esa suerte. Si estuviéramos los dos enamorados y viviésemos en la Seta, no me tendría que preocupar de nada. No. Ella es de la Corte del Cuervo. Pero a veces come aquí. Y hablamos. Como estamos hablando usted y yo ahora.

El Marqués no esbozó ninguna sonrisa de lástima.

—Y aun así no te corresponde. Qué raro. ¿Qué quieres que haga?

El joven metió una mano en el bolsillo de su larga trenca. Sacó un sobre que iba dentro de una bolsa de plástico de sándwich.

—Le he escrito una carta. Más bien un poema, aunque que no tengo nada de poeta. Para decirle qué siento por ella. Pero no sé si lo leería si se lo doy yo. Entonces lo he visto y he pensado que si usted se lo diera, con sus buenas palabras...

Calló.

—Crees que la leería y estaría más receptiva a escuchar tu petición de mano.

El joven se miró las manos con una expresión de desconcierto.

—Yo no quiero su mano —dijo—. Ya tengo las mías.

El Marqués intentó no suspirar. La mujer Seta le puso un agrietado plato de plástico delante, con una humeante rebanada de Seta a la parrilla.

Pinchó la Seta con el dedo para comprobar que estaba muy hecha y que no tuviera esporas vivas. No se puede ser nunca bastante precavido y el Marqués se consideraba demasiado egoísta para una simbiosis.

Estaba buena. Masticó y tragó a pesar de que le dolía la garganta.

—¿Así que solo quieres que me asegure de que lee tu misiva de anhelo?

—¿Quiere decir mi carta? ¿Mi poema?

—Sí.

—Bueno, sí. Y quiero que esté allí con ella, para asegurarse de que no la tira sin leerla y que me traiga su respuesta.

El Marqués miró al joven. Tenía setas minúsculas que le crecían en el cuello y las mejillas, tenía el pelo grasiento y sin lavar y desprendía hedor a sitio abandonado, pero también era cierto que detrás del viscoso flequillo tenía unos ojos azules intensos, que era alto y que no era feo. El Marqués lo imaginó lavado, peinado y con algo menos de setas y le dio un aprobado.

—Pongo la carta en la bolsa del sándwich para que no se moje por el camino.

—Muy inteligente. Dímelo ya: ¿quién compró mi abrigo?

—Todavía no, señor Precipitación. No me ha preguntado por mi amor verdadero. Se llama Drusilla. La reconocerá porque es la mujer más bonita de

toda la Corte del Cuervo.

—De toda la vida, la belleza está en el ojo del que mira. Dame alguna pista más.

—Ya se lo he dicho. Se llama Drusilla. Solo hay una. Y tiene un gran antojo rojo en forma de estrella en el dorso de la mano.

—Parecéis una pareja improbable. Una Seta enamorada de una dama de la Corte del Cuervo. ¿Qué te hace pensar que abandonará su vida por tus húmedos sótanos y alegrías fúngicas?

El joven Seta se encogió de hombros.

—Me amaré cuando haya leído mi poema. —Giró el rabillo de un minúsculo maticandil que le crecía en la mejilla derecha y, cuando cayó en la mesa, lo recogió y siguió girándolo entre los dedos—. ¿Vale?

—Vale.

—El tío que compró su abrigo llevaba un bastón —reveló el joven Seta.

—Mucha gente lleva un bastón —replicó de Carabás.

—Este tenía un gancho al final —matizó el joven Seta—. Se parecía un poco a una rana. Era pequeño. Un poco gordo. Cabellos de color gravilla. Necesitaba un abrigo y se encaprichó del suyo.

Se metió el maticandil en la boca.

—Esa información será útil. Ten por seguro que le comunicaré tu pasión y tu admiración a la bella Drusilla —aseguró el Marqués de Carabás, con una alegría que sin duda no sentía.

De Carabás extendió el brazo por la mesa y cogió, de los dedos del joven, la bolsa del bocadillo con el sobre. Lo echó en uno de los bolsillos cosidos dentro de la camisa.

Entonces se fue, pensando en un hombre con un bastón con gancho.

El Marqués de Carabás, a falta de su abrigo, llevaba una manta. La llevaba envuelta como un poncho. No le gustaba. Ojalá tuviera el abrigo. *Aunque la mona se vista de seda, mona se queda* cuchicheó una voz en lo más profundo de su mente, lo que alguien le había dicho cuando era un niño: sospechaba que era la voz de su hermano e hizo todo lo posible para olvidarlo.

Un bastón: el hombre que había comprado su abrigo a los Habitantes de las Cloacas llevaba un bastón.

Reflexionó.

Al Marqués de Carabás le gustaba su forma de ser. Cuando se arriesgaba, le gustaba minimizar los riesgos: era una persona que repasaba dos o tres veces sus conjeturas.

Comprobó las conjeturas por cuarta vez.

El Marqués de Carabás no confiaba en la gente. Era perjudicial para el negocio y podría marcar un desgraciado precedente. No confiaba en sus amigos ni en los amores ocasionales y tampoco confiaba nunca en sus empleados. Se reservaba toda la confianza para el Marqués de Carabás, una imponente figura en un abrigo imponente capaz de hablar mejor, pensar mejor y planear mejor que nadie.

Solo había dos clases de personas con bastones: los obispos y los pastores.

En la Puerta de los Obispos, los bastones eran meros adornos, sin utilidad, puramente simbólicos. Y los obispos no necesitaban abrigos. Al fin y al cabo, vestían hábitos. Hábitos buenos, blancos y obispales.

El Marqués no temía a los obispos. Sabía que los Habitantes de las Cloacas no los temían tampoco. Los habitantes de Matorral del Pastor eran otra historia. Ni con su abrigo en sus mejores tiempos, ni con salud y un pequeño ejército a su servicio, el Marqués habría querido encontrarse a los pastores.

Contempló la idea de visitar la Puerta de los Obispos y pasar unos agradables días para asegurarse de que su abrigo no estaba allí.

Entonces suspiró dramáticamente, fue al Refugio del Guía y buscó una guía a la que pudiera persuadir para llevarlo a Matorral del Pastor.

Su guía era extraordinariamente bajita, con un pelo rubio muy corto. El Marqués había pensado al principio que era una adolescente hasta que, después de viajar durante medio día, calculó que tendría unos veinte años. Había hablado con media docena de guías antes de encontrarla. Se llamaba Knibbs, le había parecido segura de sí misma y él necesitaba esa confianza. Le contó los dos lugares a los que iba mientras salían del Refugio del Guía.

—Entonces, ¿dónde quiere ir primero? —preguntó—. ¿A Matorral del Pastor o la Corte del Cuervo?

—Visitar la Corte del Cuervo es una formalidad: solo se trata de entregar una carta. A alguien que se llama Drusilla.

—¿Una carta de amor?

—Eso creo. ¿Por qué lo preguntas?

—He oído que la bella Drusilla es tan malvada como bonita y que tiene la desafortunada costumbre de convertir en aves de presa a los que le desagradan. Tiene que amarla mucho para escribirle cartas.

—Me temo que no he visto nunca a la joven dama —explicó el Marqués—. La carta no es mía. Y da igual el lugar al que vayamos en primer lugar.

—Creo que, por si le pasa algo espantoso en Matorral del Pastor, deberíamos ir primero a la Corte del Cuervo —dijo Knibbs pensativa—. Así la bella Drusilla recibe la carta. No estoy prediciendo que le vaya a pasar algo horrible, tranquilo. Solo que vale más prevenir que morir.

El Marqués de Carabás se observó envuelto en la manta. Si hubiera llevado el abrigo sabía que no habría dudado: habría sabido qué hacer exactamente. Miró a la chica, consiguió esbozar una sonrisa de lo más convincente y dijo:

—Entonces vamos a la Corte del Cuervo.

Knibbs asintió, se puso en marcha por el sendero y el Marqués la siguió.

Los senderos del Londres de Debajo no son los mismos que los del Londres de Arriba: la creencia, la opinión y la tradición cuentan tanto como la realidad de los mapas.

De Carabás y Knibbs eran dos figuras minúsculas que andaban por un túnel alto y cercado tallado en piedra antigua y blanca. Sus pasos hacían eco.

—Usted es de Carabás, ¿no? —preguntó Knibbs—. Es famoso. Sabe llegar a los lugares. ¿Para qué necesita exactamente a una guía?

—Dos cabezas piensan mejor que una —le respondió—. Y cuatro ojos ven más.

—Tú tenías un abrigo elegante, ¿no? —dijo.

—Sí, tenía uno.

—¿Qué le ha pasado?

No dijo nada. Entonces añadió:

—He cambiado de opinión. Vamos primero a Matorral del Pastor.

—Muy bien —aceptó la guía—. Es igual de sencillo llevarlo a un sitio que al otro. Le esperaré fuera de la tienda de los pastores, tranquilo.

—Muy inteligente, chica.

—Me llamo Knibbs, no chica —espetó—. ¿Quiere saber por qué me hice guía? Es una historia interesante.

—En realidad no —respondió el Marqués de Carabás. No se sentía particularmente hablador y pagaba bien a la guía por las molestias—. ¿Por qué no probamos a caminar en silencio?

Knibbs asintió con la cabeza y no abrió la boca al llegar al final del túnel. Tampoco lo hizo mientras descendían por la escalera de metal a un lado de la pared. Cuando llegaron a la orilla de la subterránea Laguna de los Muertos, encendió una vela para invocar al barquero y volvió a hablar.

—Para ser un buen guía tienes que estar sindicado. Así la gente sabe que no los conducirás por el camino equivocado.

El Marqués gruñó. Se preguntaba qué diría a los pastores en la tienda y probaba varias alternativas según la posibilidad y la probabilidad. No tenía nada que los pastores quisieran y eso era un problema.

—Si los llevas por el camino equivocado, no trabajarás de guía nunca más —dijo Knibbs alegremente—. Por eso nos obligan a sindicarnos.

—Lo sé —dijo el Marqués.

Era una guía muy irritante, pensó. Dos cabezas solo pensaban mejor que una si la otra cabeza tenía la boca cerrada y no empezaba a contarle cosas que él ya sabía.

—Yo me gradué en la calle Bond.

Se golpeó con los dedos la cadenita que llevaba en la muñeca.

—No veo al barquero —dijo el Marqués.

—No tardará en llegar. Búsquelo por aquella dirección y grite cuando lo vea. Yo vigilaré por aquí. Por un lado u otro lo veremos.

Contemplaron las aguas oscuras del Tyburn. Knibbs empezó a hablar de nuevo.

—Antes de ser guía, cuando era pequeña, los míos me educaban para tal fin. Me dijeron que era la única manera en la que podríamos restablecer el honor.

El Marqués se giró hacia ella, que tenía la vela a la altura de los ojos. *Pasa algo*, pensó el Marqués y se dio cuenta de que tendría que haberla escuchado desde el principio. *Algo va mal*.

—¿Quién es tu gente, Knibbs? —preguntó—. ¿De dónde vienes?

—De algún lugar donde ya no es bienvenido —contestó la chica—. Nací y me criaron para jurar fidelidad y lealtad al Elefante y al Castillo.

Algo duro le golpeó la nuca, como un martillazo, y se le iluminó un relámpago en la oscuridad de la mente mientras se desplomaba en el suelo.

* * *

El Marqués de Carabas no podía mover los brazos. Se dio cuenta de que los tenía atados por detrás. Yacía en un lado.

Había estado inconsciente. Si la gente que se lo había hecho pensaba que todavía seguía inconsciente, no haría nada para convencerlos de lo contrario. Abrió los ojos una mínima raja para echar un vistazo al mundo.

Una voz profunda y estridente habló:

—Oh, no seas idiota, de Carabás. Sé que ya no estás inconsciente. Tengo las orejas grandes. Oigo el latido de tu corazón. Abre bien los ojos, comadreja. Enfrentate a mí como un hombre.

El Marqués reconoció la voz y esperó equivocarse. Abrió los ojos. Veía unas piernas, unas piernas humanas con los pies descalzos. Tenía los dedos de los pies rechonchos y apretujados. Las piernas y los pies eran del color de la teca. Conocía esas piernas. No se había equivocado.

Su mente se dividió en dos: una pequeña parte se reprochaba la distracción y su idiotez. Knibbs se lo había dicho por el Templo y el Arco y no la había escuchado. Pero incluso mientras se enfurecía por su propia idiotez, el resto de la mente tomó el control, forzó una sonrisa y dijo:

—Vaya, eso sí que es un honor. No hacía falta que me montases una recepción así. Vamos, al mínimo presentimiento de que su excelencia tuviera deseos de verme me habría...

—Ido disparado en la dirección contraria tan deprisa como tus largas y flacas piernecitas pudieran correr —acabó la persona con las piernas de color teca.

Lo agarró con la trompa, que era larga, flexible, de un color azul verdoso y le colgaba hasta los tobillos, y empujó al Marqués para que se cayera de culo.

El Marqués empezó a rozar las muñecas atadas poco a poco contra el suelo de hormigón mientras decía:

—En absoluto. Todo lo contrario. Las palabras no pueden describir qué placer me provoca tu paquidérmica presencia. ¿Puedo sugerir que me desates para saludarte, de hombre a... de hombre a elefante?

—Creo que no. Más que nada por todos los problemas por los que he pasado para conseguir que esto ocurra —respondió. Tenía la cabeza de un elefante gris verdoso. Sus colmillos eran afilados y estaban manchados de un marrón cobrizo en las puntas—. Ya lo sabes, cuando averigüé lo que habías hecho, juré que te haría chillar y suplicar perdón. Y juré que te respondería que no cuando me rogases misericordia.

—Pues podrías decir que sí —sugirió el Marqués.

—No podría decir que sí. Abusaste de mi hospitalidad —recordó el Elefante—. Yo no olvido nunca.

Al Marqués le encomendaron llevarle a la reina Victoria el diario del Elefante cuando él y el mundo eran mucho más jóvenes. El Elefante regía su feudo con arrogancia, sin ternura ni humor, y el Marqués pensó que era estúpido. Incluso creyó que el Elefante no podría averiguar su papel en la desaparición del diario. Aun así, ya hacía mucho tiempo: el Marqués era joven e idiota.

—Todos estos años educando a una guía para traicionarme en el supuesto de que yo la contratara —reflexionó el Marqués—. ¿No es un poco exagerado?

—No si me conoces —respondió el Elefante—. Si me conoces, no es demasiado. También he hecho otras muchas cosas para encontrarte.

El Marqués se intentó sentar. El Elefante lo volvió a tumbar de una patada.

—Suplícame misericordia —ordenó el Elefante.

Eso era fácil.

—¡Misericordia! —exclamó el Marqués—. ¡La suplico! Muestra clemencia, que es el mayor de todos los dones. Te corresponde, Elefante todopoderoso, como señor de tu propia hacienda, apiadarte de alguien que ni siquiera es digno de limpiar los excelentes dedos de tus pies...

—¿Sabes que todo lo que dices suena sarcástico? —preguntó el Elefante.

—No lo sabía. Lo siento. He hablado de corazón.

—Chilla —ordenó el Elefante.

El Marqués de Carabás chilló a viva voz durante mucho tiempo. Es complicado chillar cuando te han cortado la garganta poco tiempo atrás, pero chilló con tanta fuerza y lástima como pudo.

—Hasta chillas con sarcasmo —recalcó el Elefante.

Había una gran cañería negra de hierro que sobresalía de la pared. Una rueda junto a la cañería permitía que saliera o no su contenido. El Elefante la giró con sus brazos poderosos y escupió un chorro de residuos oscuros y un chorro de agua.

—Hay exceso de residuos en las cloacas —explicó el Elefante—. En fin. La cuestión es que yo hago los deberes. Custodias bien tu vida, de Carabás. La has escondido bien todos estos años, desde que nos encontramos por primera vez. No servía de nada, ni siquiera intentarlo, si vivías en otro lugar. He enviado a gente a todos los rincones de Londres de Debajo: gente con la que has comido, gente con la que has dormido o te has reído o has acabado

desnudo en el reloj del Big Ben, pero no servía de nada seguir adelante, no mientras tu vida se hubiera apartado del peligro. Hasta la semana pasada, cuando se extendió la noticia de que ya habías acabado con eso. Y entonces fue cuando di la orden de que otorgaría la ciudadanía a la primera persona que me permitiera ver...

—Verme suplicar misericordia —acabó de Carabás—. Ya lo has dicho.

—¡Me has interrumpido! —replicó el Elefante bajito—. Iba a decir que otorgaría la ciudadanía del Castillo a la primera persona que me permitiera ver tu cadáver.

Acabó de girar toda la rueda y el agua salía a borbotones.

—Tengo que advertírtelo. Existe una maldición que recaerá sobre la persona que me mate —dijo de Carabás.

—Cargaré con ella —aseguró el Elefante—. A pesar de que te la estarás inventando. Te gustará lo que viene a continuación. La sala se llena de agua, te ahogas, vació el aposento de agua, entro y me rio mucho.

Emitió un sonido de trompeta que, reflexionó de Carabás, podría haber sido una risa si provenía de un elefante.

El Elefante desapareció de la vista de de Carabás.

El Marqués oyó un ruido de puerta. Yacía en un charco. Se acurrucaba y se retorció y entonces se puso de pie. Miró hacia abajo: tenía un grillete alrededor del tobillo que estaba encadenado a un poste metálico en el centro de la sala.

Ojalá llevara su abrigo: tenía aceros, ganzúas para forzar puertas, botones que no eran tan inocentes como parecían. Rozó la cuerda que le ataba las muñecas contra el palo metálico con la esperanza de que se deshilara y sentía que se le levantaba la piel de las muñecas y las palmas mientras la cuerda absorbía el agua y se tensaba. El nivel del agua continuaba elevándose: ya le llegaba a la cintura.

De Carabás contempló la sala circular. Solo tenía que liberarse de las cadenas que le ataban las muñecas (era obvio que debía aflojar el poste al que estaba anudado) y entonces abriría el grillete del tobillo, apagaría el agua, saldría de la sala, esquivaría a un Elefante movido por la venganza y a cualquiera de sus matones armados y huiría.

Tiró del poste. No se movió. Tiró con más fuerza. No se movió.

Se desplomó sobre el poste y pensó en la muerte, una muerte final y verdadera, y entonces pensó en su abrigo.

Una voz le habló al oído. Le dijo:

—¡Tranquilo!

Algo le tiró de las muñecas y le cayeron las cadenas. Cuando la sangre le volvió a las muñecas se dio cuenta de lo ceñidas que se las habían puesto. Se volvió y dijo:

—¿Qué?

La cara que se encontró era tan familiar como la suya. La sonrisa era devastadora y tenía unos ojos aventureros sin malicia.

—El tobillo —dijo el hombre con una nueva sonrisa más devastadora que la anterior.

El Marqués de Carabás no estaba arruinado. Levantó una pierna, el hombre se agachó, manipuló con un alambre y le quitó el grillete.

—He oído que necesitabas algo de ayuda —dijo el hombre.

Tenía la piel oscura como la del Marqués. Era casi un centímetro más alto que de Carabás, pero caminaba como si fuera mucho más alto que cualquier persona que pudiera encontrarse.

—No. Ninguna molestia. Estoy bien —aseguró el Marqués.

—No lo estás. Te acabo de rescatar.

De Carabás lo ignoró.

—¿Dónde está el Elefante?

—Al otro lado de la puerta, con algunos de los que trabajan para él. Las puertas se cierran automáticamente cuando el recibidor está lleno de agua. Necesitaba asegurarse de no quedarse atrapado contigo. Yo ya contaba con eso.

—¿Contabas con eso?

—Por supuesto. Los he seguido durante horas. Desde que he oído que te habías ido con una agente del Elefante. He pensado: mal movimiento. Necesitará que le echen una mano.

—¿Has oído...?

—Mira —dijo el hombre que se asemejaba un poco al Marqués de Carabás, solo que era más alto y tal vez alguna gente (el Marqués no, claro) podría haberlos confundido si llevara un peinado más acertado—, no pensarías que dejaría que le pasara algo a mi hermano pequeño, ¿verdad?

El agua les llegaba por la cintura.

—Estaba bien —repitió de Carabás—. Lo tenía todo controlado.

El hombre caminó hasta el otro extremo de la sala. Se arrodilló, buscó algo a tientas en el agua y sacó de la mochila algo que parecía una palanca pequeña. Colocó uno de los extremos bajo la superficie del agua.

—Prepárate —dijo—. Creo que esta es la manera más rápida de salir de aquí.

El Marqués todavía flexionaba los dedos con rampas y se los frotaba para que volviera la sangre.

—¿Qué es esto? —preguntó intentando no parecer impresionado.

—Tira. Es el desagüe —respondió el hombre y levantó un gran cuadrado de metal.

De Carabás no tuvo oportunidad de protestar, pues su hermano lo cogió y lo lanzó por el agujero del suelo. *Es probable*, pensó De Carabás, *que haya atracciones como esta en las ferias*. Podía imaginarlo. La gente del Londres de Arriba tal vez pagaba una buena cantidad para subir en ellas si había garantía de sobrevivir.

Se precipitó por las cañerías y se lo llevó la corriente de agua, siempre hacia el fondo. No sabía si sobreviviría y no se lo estaba pasando bien.

El cuerpo del Marqués se magulló y golpeó mientras bajaba por la cañería. Cayó boca abajo sobre una gran rejilla de metal que no parecía poder resistir ni su propio peso. Gateó por la rejilla hacia el suelo de roca de su lado y se estremeció.

Oyó un ruido inverosímil, seguido inmediatamente por su hermano, que salió disparado por la cañería y aterrizó de pie, como si lo hubiera practicado. Sonrió.

—Divertido, ¿eh?

—En realidad no —dijo el Marqués de Carabás. Entonces tuvo que preguntar—: ¿Gritabas *yujú*?

—Claro que sí. ¿Tú no? —preguntó su hermano.

De Carabás se levantó, titubeante. Solo dijo:

—¿Cómo te llamas ahora?

—Igual que siempre. Yo no cambio de nombre.

—Peregrino no es tu nombre real —replicó de Carabás.

—Sin embargo, funciona. Marca mi territorio y mis intenciones. ¿Todavía te llamas Marqués? —contraatacó Peregrino.

—Sí, porque yo lo digo —explicó el Marqués.

Estaba seguro de que parecía lamentable y sonaba poco convincente. Se sintió pequeño e idiota.

—Es tu elección. De todas maneras, me retiro. Ya no me necesitas. No te metas en líos. En realidad, no hace falta que me lo agradezcas.

Su hermano lo decía de verdad, por supuesto. Esto fue lo que más le escoció.

El Marqués de Carabás se odió a sí mismo. No hubiera querido decirlo, pero ahora era preciso.

—Gracias, Peregrino.

—¡Ah! —exclamó Peregrino—. Tu abrigo. Por la calle se comenta que ha acabado en Matorral del Pastor. No sé nada más. Así que un consejo, de todo corazón. Sé que no te gustan los consejos. Pero ¿el abrigo? Déjalo estar. Olvídalo. Consigue uno nuevo, lo digo de verdad.

—Pues bien —dijo el Marqués.

—Bien —repitió Peregrino, sonrió y zarandeó la cabeza como un perro, salpicando agua por todas partes, antes de adentrarse en las sombras y desaparecer.

El Marqués de Carabás se levantó. Goteaba de una manera funesta.

Tenía poco tiempo antes de que el Elefante descubriera la falta de agua en la sala y la ausencia de cadáver y lo buscase.

Se llevó la mano al bolsillo de la camisa: tenía la bolsa del bocadillo y, por dentro, el sobre parecía seguro y seco.

Se preguntó, por un momento, una cosa que le carcomía desde el Mercado. ¿Por qué el chico Seta lo usaba a él, de Carabás, para mandar una carta a la bella Drusilla? ¿Y qué tipo de carta podía persuadir a una miembro de la Corte del Cuervo, a una con una estrella en la mano, para abandonar su vida y amar a un Habitante de la Seta?

Tuvo una sospecha. No era una idea agradable, pero problemas más inmediatos la apartaron a un lado.

Se podía esconder: actuar con cautela durante una temporada. Todo acabaría pasando. Pero entonces pensó en el abrigo. Su hermano lo había rescatado (¡rescatado!), lo que no habría pasado nunca en circunstancias normales. Podía conseguir un abrigo nuevo. Claro que podía. Aun así, no sería su abrigo.

Un pastor tenía su abrigo.

El Marqués de Carabás siempre tenía un plan principal y un plan alternativo y, después de esos planes, siempre tenía un plan real, uno sobre el que ni siquiera él sabía nada para cuando el plan principal y el plan alternativo se hubieran ido a pique.

Ahora le dolía admitirlo: no tenía plan. Ni siquiera un plan normal, aburrido y obvio que podía abandonar cuando se complicara. Solo tenía una obsesión que le guiaba de la misma forma que la necesidad de comer, de amor o de seguridad guiaba a aquellos a los que el Marqués consideraba hombres inferiores.

No tenía un plan. Solo quería su abrigo.

El Marqués de Carabás empezó a andar. Tenía en el bolsillo un sobre que contenía un poema de amor, estaba envuelto en una manta húmeda y odiaba a su hermano por haberlo rescatado.

Para hacerse a uno mismo desde cero hace falta un modelo, algo hacia lo que ir o de lo que huir: todas las cosas que se quiere ser o las que no se quiere ser.

El Marqués, cuando era un niño, conoció a la persona que no quería ser. Tenía claro que no quería ser como Peregrino. No había querido ser como nadie. En vez de eso, había querido ser elegante, exitoso, brillante y, sobre todo, había querido ser único.

Como Peregrino.

* * *

Resulta que un antiguo pastor a la fuga, al que había ayudado a cruzar el río Tyburn hacia la libertad y una vida corta, pero feliz, como animador de la Legión Romana que esperaba unas órdenes que no llegarían nunca junto al río, le había dicho que los pastores nunca te obligaban a hacer nada. Solo cogían tus impulsos y deseos naturales y los estimulaban y reforzaban, de forma que se actuaba con bastante naturalidad, pero como ellos quisieran.

Lo recordó y lo olvidó porque tenía miedo de estar solo.

El Marqués no había sabido hasta ese momento que tenía mucho miedo de estar solo y se sorprendía de lo feliz que era de ver a personas andando en la misma dirección que él.

—Me gusta que estés aquí —dijo uno de ellos.

—Me gusta que estés aquí —repitió otro.

—A mí también me gusta estar aquí —afirmó de Carabás.

¿A dónde iba él? ¿A dónde iban ellos? Qué bien que viajaran todos juntos por el mismo camino. Un grupo implica seguridad.

—Está bien viajar juntos —dijo una mujer blanca y flaca con un suspiro de felicidad. Sí que era feliz.

—Está bien viajar juntos —asintió el Marqués.

—Claro. Está bien viajar juntos —señaló el vecino del otro lado.

Había algo que le resultaba familiar de esa persona. Tenía las orejas enormes, como abanicos, y una nariz como una gruesa serpiente gris verdosa. El Marqués empezó a preguntarse si ya había conocido a esa persona e

intentaba recordar exactamente dónde cuando un hombre que llevaba un gran bastón con un final curvo le golpeó el hombro con delicadeza.

—No queremos perder el ritmo nunca, ¿verdad? —dijo el hombre de manera razonable y el Marqués pensó que por supuesto que no y se afaná un poco para recuperar el ritmo de nuevo.

—Así va bien. Perder el ritmo es perder la cabeza —dijo el hombre con el palo y continuó andando.

—Perder el ritmo es perder la cabeza —dijo el Marqués en voz alta mientras se preguntaba cómo podía no haberse dado cuenta de un conocimiento tan obvio, tan básico.

Había una parte minúscula de él, en algún lugar distante, que se preguntaba qué significaba de verdad.

Llegaron al lugar al que se dirigían y estaba bien estar entre amigos.

El tiempo transcurría de manera extraña en ese lugar, pero pronto al Marqués y a su amigo con cara gris verdosa y larga nariz les habían encomendado un trabajo. Un trabajo real: se deshacían de los miembros del rebaño que ya no se podían mover ni servían para nada después de haberles quitado todo lo que podía ser útil. Les quitaban lo que tenían (pelo, grasa y todo lo demás), los arrastraban hasta la fosa y allí lanzaban sus restos. Los turnos eran largos y agotadores y el trabajo sucio, pero lo hacían juntos y al mismo ritmo.

Ya hacía unos días que trabajaban juntos con orgullo cuando el Marqués notó algo que le molestaba. Parecía que alguien intentaba llamar su atención.

—Te he seguido —cuchicheó el desconocido—. Sé que no querías que lo hiciera. Pero bueno, era necesario.

El Marqués no sabía de qué hablaba el desconocido.

—Tengo un plan de fuga para cuando pueda despertarte —explicó el desconocido—. Por favor, despierta.

El Marqués estaba despierto. De nuevo, no entendía de qué hablaba el desconocido. ¿Por qué pensaba el hombre que estaba dormido? El Marqués le habría contestado, pero tenía que trabajar. Lo reflexionó mientras desmembraba al siguiente individuo del rebaño, hasta que decidió que había algo que podía decir para explicar por qué el desconocido le molestaba. Lo dijo en voz alta:

—Trabajar es bueno.

El amigo con la nariz larga y flexible y las orejas enormes asintió al oírlo.

Trabajaron. Después de un rato, el amigo cogió los restos de algunos antiguos miembros del rebaño y los lanzó a la fosa.

El Marqués intentó ignorar al desconocido, al que ahora tenía detrás. Estaba bastante ensimismado cuando sintió que algo le tapaba la boca y que le ataban las manos por detrás. No estaba seguro de qué se suponía que tenía que hacer. Le hizo sentirse un poco fuera de ritmo con el rebaño y se habría quejado, habría llamado al amigo, pero tenía los labios sellados y lo único que podía hacer eran ruidos inútiles.

—Soy yo —cuchicheó la voz detrás de él con urgencia—. Peregrino. Tu hermano. Los pastores te han capturado. Te tenemos que sacar de aquí.

Entonces hubo una exclamación:

—Eh, oh.

Un ruido en alto, como algo que ladrara. Se acercó: un guau-guau que se convirtió en un aullido triunfante y unos aullidos similares alrededor lo replicaron.

Una voz ladró:

—¿Dónde está tu compañero de rebaño?

Una voz quieta y elefantina resonó:

—Se fue por ahí. Con el otro.

—¿El otro?

El Marqués esperaba que llegaran, lo encontraran y lo resolvieran todo. Estaba claro que había algún tipo de error. Quería estar a ritmo con el rebaño y ahora no lo estaba, era una víctima involuntaria. Quería trabajar.

—¡La Puerta de Lud! —murmuró Peregrino.

Entonces figuras de gente que no eran exactamente gente los rodearon: tenían la cara afilada y vestían pieles. Hablaban sin paciencia unos con otros.

La gente desató las manos del Marqués, a pesar de que le dejaron la cinta en la cara. No le importó. No tenía nada que decir.

El Marqués estaba aliviado de que se hubiera acabado todo y tenía ganas de volver a trabajar pero, para su sorpresa, se los llevaban a él, a su secuestrador y a su amigo con la nariz enorme, larga y flexible lejos de la fosa, junto a un paso elevado y, al final, a un enjambre de habitaciones pequeñas, en la que cada habitación estaba llena de gente que trabajaba duramente a buen ritmo.

Subieron unas escaleras estrechas. Uno de los escoltas, vestido con pieles ásperas, abrió una puerta. Una voz gritó:

—¡Entrad!

El Marqués sintió una emoción casi sexual. Aquella voz. Era la voz de alguien a quien el Marqués se había pasado la vida queriendo complacer. (¿Toda una vida que retrocedía a cuándo? ¿Una semana? ¿Dos?).

—Una oveja descarriada —dijo uno de los escoltas—. Y su depredador. También su compañero de rebaño.

La sala era grande y estaba cubierta con cuadros: paisajes, en su mayoría teñidos por los años, el humo y el polvo.

—¿Por qué? —dijo el hombre sentado en una mesa al final de la sala. No se dio la vuelta—. ¿Por qué me molestas con esta tontería?

—Porque diste órdenes de que si alguna vez me capturaban dentro de los límites de Matorral del Pastor, me tenían que traer ante ti para que te deshicieras de mí personalmente —dijo una voz. El Marqués la reconoció como su aspirante a secuestrador.

El hombre empujó la silla hacia atrás y se levantó. Caminó hacia ellos y salió a la luz. Había un bastón de madera apoyado en la pared y lo agarró al pasar. Durante unos largos instantes los miró.

—¿Peregrino? —preguntó al final y el Marqués se emocionó al oír la voz—. Había oído que te habías retirado, que te habías hecho monje o algo parecido. No había soñado nunca que te atreverías a volver.

(Algo muy grande ocupaba la cabeza del Marqués. Algo le llenaba el corazón y la mente. Era enorme, casi podía tocarlo).

El pastor extendió una mano y quitó la cinta de la boca del Marqués. El Marqués sabía que debería estar desbordado de felicidad porque le tendría que emocionar que el hombre le prestase atención.

—Y ahora lo veo... ¿quién lo habría pensado? —La voz del pastor era profunda y resonante—. Ya está aquí. ¿Y ya es uno de los nuestros? El Marqués de Carabás. Sabes, Peregrino, que tengo muchas ganas de cortarte la lengua, de molerte los dedos mientras miras. Pero imagina lo placentero que sería si la última cosa que vieras fuese a tu hermano, uno de nuestro rebaño, como ejecutor de tu fatalidad.

(Algo enorme llenó la cabeza del Marqués).

El pastor estaba gordinflón, bien alimentado y excelentemente vestido. Su pelo era gris arenoso y tenía una expresión amenazante. Llevaba un abrigo formidable, a pesar de que le quedaba un poco ceñido. El abrigo era del color de una calle húmeda a medianoche.

El Marqués se dio cuenta de que aquello que le llenaba la cabeza era ira. Lo era: ardía dentro del Marqués como un incendio forestal y devoraba todo lo que encontraba por el camino con una llama roja.

El abrigo. Era elegante. Era bonito. Lo tenía tan cerca que podría haber extendido la mano y tocarlo.

Y, sin duda, era suyo.

El Marqués de Carabás no hizo nada para indicar que se había despertado. Habría sido un error. Él pensaba y pensaba deprisa. Y lo que pensaba no tenía nada que ver con la habitación en la que estaba. El Marqués solo tenía una ventaja sobre el pastor y sus perros: sabía que estaba despierto y controlaba sus pensamientos. Ellos, no.

Elaboró hipótesis. Analizó las hipótesis. Y, entonces, actuó.

—Perdón —dijo de manera insulsa—, pero me temo que necesito continuar. ¿Podemos acelerarlo? Llego tarde a una cosa que es de lo más importante.

El pastor se apoyó en el bastón. No parecía preocupado. Solo dijo:

—Has dejado el rebaño, de Carabás.

—Eso parece —respondió el Marqués—. Hola, Peregrino. Qué maravilla verte tan animado. Y al Elefante. Qué delicia. Toda la pandilla está aquí. —Volvió a prestar atención al pastor—. Qué maravilla encontrarte, es encantador pasar un poco de tiempo como uno más de tu banda de serios pensadores. Pero, de verdad, me tendría que ir ya. Tengo una misión diplomática importante. Tengo que entregar una carta. Ya sabéis a lo que me refiero.

—Hermano, no estoy seguro de que entiendas la gravedad de esta situación... —añadió Peregrino.

El Marqués, que entendía la gravedad de la situación a la perfección, dijo:

—Estoy seguro de que esta amable gente —señaló hacia el pastor y los otros tres pastores vestidos con piel y con la cara afilada que tenía a su alrededor— me permitirá abandonar este lugar y dejarte a ti de fianza aquí. Te quieren a ti, no a mí. Y yo tengo una cosa de lo más importante para entregar.

—Yo me encargo —aseguró Peregrino.

—Tú calla —ordenó el pastor.

Cogió la cinta de la boca del Marqués y la puso en la de Peregrino.

El pastor era más bajito que el Marqués, y más gordo, y el abrigo magnífico parecía un poco ridículo si lo llevaba él.

—¿Algo importante que entregar? —preguntó el pastor, limpiándose los dedos—. ¿De qué estamos hablando exactamente?

—Me temo que no te lo puedo explicar —dijo el Marqués—. Al fin y al cabo, no eres el destinatario de este particular comunicado diplomático.

—¿Por qué no? ¿Qué dice? ¿Para quién es?

El Marqués se encogió de hombros. Tenía el abrigo tan cerca que habría estirado la mano y lo habría acariciado.

—Solo la amenaza de muerte podría forzarme a enseñártelo —soltó a disgusto.

—Pues eso es fácil. Te amenazo de muerte. Aparte de la sentencia de muerte que ya pesa sobre ti por haber renegado del rebaño. Y el Chico Risueño —el pastor señaló con el bastón hacia Peregrino, que no se reía— ha intentado robar a un miembro del rebaño. Eso implica pena de muerte también, además de todo lo demás que planeamos hacerle.

El pastor miró al Elefante.

—Sé que lo tendría que haber dicho antes, pero en el nombre de la Bruja Vieja, ¿qué significa eso?

—Soy un miembro leal del rebaño —dijo el Elefante con humildad y una voz profunda, y el Marqués se preguntaba si había sonado tan impersonal y llano cuando era parte del rebaño—. Me he mantenido leal y al ritmo incluso cuando este no lo ha hecho.

—Y el rebaño te agradece todo el trabajo —replicó el pastor. Extendió una mano y tocó la afilada punta de un colmillo elefantino como prueba—. No he visto nada como tú antes y ojalá no lo vuelva a ver. Será mejor que tú mueras también.

Las orejas del Elefante se movieron.

—Pero yo pertenezco al rebaño...

El pastor miró la enorme cara del Elefante.

—Vale más prevenir que curar —sentenció. Entonces preguntó al Marqués—: ¿Bueno, dónde está la carta importante?

El Marqués de Carabás contestó:

—La tengo dentro de la camisa. Tengo que repetir que es el documento más importante que nunca me han encomendado entregar. Te tengo que pedir que no lo mires. Por tu propia seguridad.

El pastor estiró la pechera de la camisa del Marqués. Los botones volaron, impactaron en las paredes y cayeron al suelo. La carta, en la bolsa del sándwich, estaba en el bolsillo interior de la camisa.

—Qué decisión tan desafortunada. Espero que la leas en voz alta antes de que muramos —dijo el Marqués—. Aun así, nos la quieras leer o no, te aseguro que Peregrino y yo aguantaremos la respiración. ¿Verdad, Peregrino?

El pastor abrió la bolsa del sándwich y contempló el sobre. Lo estropeó y sacó una hoja de papel decolorado. El polvo se levantó al salir la carta y se quedó suspendido en aquella habitación oscura.

—‘Querida bella Drusilla’ —leyó el pastor en voz alta—. ‘A pesar de que sé que a día de hoy tú no sientes por mí lo que yo siento por ti...’ ¿Qué es esta

bobada?

El Marqués no dijo nada. Ni siquiera sonrió. Como había dicho, aguantaba la respiración y esperaba que Peregrino lo hubiera escuchado, y contaba, porque en ese momento contar le parecía la mejor opción posible para distraerse de la necesidad de respirar. Pronto tendría que respirar.

Treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete...

Se preguntaba cuántas esporas de hongo quedaban en el aire.

Cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, cuarenta y seis...

El pastor dejó de hablar.

El Marqués dio un paso atrás por miedo a una puñalada en las costillas o a unos dientes en la garganta de los guardias hombres perro con pieles ásperas, pero no había nadie. Caminó hacia atrás, lejos de los hombres perro y del Elefante.

Vio que Peregrino también andaba hacia atrás.

Le dolían los pulmones. El corazón le latía en la sien, con la suficiente fuerza para ahogar el ligero zumbido de las orejas.

Solo cuando la espalda del Marqués dio contra una estantería de la pared, lo más lejos posible del sobre, se permitió respirar con profundidad. Oyó que Peregrino también inspiraba.

Hubo un extenso sonido. Peregrino abrió del todo la boca y la cinta cayó al suelo.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Peregrino.

—Nuestra salida de la sala y nuestra salida de Matorral del Pastor, si no me equivoco —explicó de Carabás—. Y no suelo equivocarme. ¿Te importaría desatarme las muñecas?

Sintió las manos de Peregrino en sus manos atadas y entonces las ataduras cayeron.

Hubo un estrépito bajito.

—Mataré a alguien —exclamó el Elefante—. Cuando sepa quién.

—Vaya, chico —dijo el Marqués rozándose la manos—. Querrás decir a quién. —Los pastores y los ovejeros daban pasos torpes hacia la puerta—. Y puedo asegurarte que no matarás a nadie si quieres llegar al Castillo con seguridad.

La trompa del Elefante silbó con rabia.

—Claro que te mataré.

El Marqués sonrió.

—Me obligarás a decir ‘bah’ —dijo—. O ‘bobadas’. Hasta ahora no he tenido nunca las más mínimas ganas de decir ‘bobadas’. Pero puedo sentirlo

brotando en mi interior...

—¿Qué se ha apoderado de ti, por el Templo y el Arca? —preguntó el Elefante.

—Pregunta errónea. Pero haré la pregunta adecuada en tu nombre. La pregunta en realidad es qué no se ha apoderado de nosotros tres (no se ha apoderado de Peregrino ni de mí porque aguantábamos la respiración y no se ha apoderado de ti porque, no lo sé, será porque eres un elefante, con una piel muy gruesa, o posiblemente porque respiras por la trompa, que está a nivel del suelo) y qué sí que se ha apoderado de nuestros captores. Y la respuesta es que lo que no se ha apoderado de nosotros son las mismas esporas que se han apoderado de nuestro pastor corpulento y de sus caninos compañeros.

—¿Esporas de los Seta? —preguntó Peregrino—. ¿Setas de los Habitantes de la Seta?

—Exacto. Esas mismas Setas —corroboró el Marqués.

—¡Venga ya! —exclamó el Elefante.

—Por eso —explicó de Carabás al Elefante—, si intentas matarme o matar a Peregrino, no solo fracasarás, sino que nos condenarás a todos. Mientras que si callas y hacemos todo lo posible para parecer que todavía pertenecemos al rebaño, tenemos una oportunidad. Las esporas están ahora tomando sus cerebros. Y en cualquier momento los Setas empezarán a llamarlos para que vayan a casa.

Un pastor caminaba implacablemente. Llevaba un bastón de madera. Le seguían tres hombres. Uno de esos hombres tenía la cabeza de un elefante, uno era alto y ridículamente bello y el último del rebaño llevaba el más magnífico de los abrigos. Le venía como anillo al dedo y era del color de una calle húmeda a medianoche.

Al rebaño lo seguían unos perros guardianes, que se movían como si estuvieran preparados para atravesar el fuego.

No era extraño en Matorral del Pastor ver a un pastor y parte de su rebaño yendo de un lugar a otro, acompañado por los más feroces ovejeros (que eran humanos o lo habían sido una vez). Así que cuando vieron a un pastor y a tres ovejeros que, aparentemente, dirigían a tres miembros del rebaño hacia fuera, ninguno de los rebaños más grandes les prestó atención. Los miembros del rebaño que los vieron se limitaron a actuar como lo habían hecho siempre: si eran conscientes de que la influencia de los pastores había menguado un poco, esperaban con paciencia a que viniera otro pastor, los cuidara y los sacara del

peligro de los depredadores y del mundo. Tenían miedo de estar solos, al fin y al cabo.

Nadie se dio cuenta de que habían atravesado los límites de Matorral del Pastor y habían seguido caminando.

Los siete llegaron a la orilla del Kilburn, donde se detuvieron y el expastor y los tres peludos hombres perro se zambulleron a zancadas en el agua.

El Marqués sabía que no había nada en la cabeza de los cuatro hombres en ese momento, además de una necesidad de llegar a los Habitantes de la Seta para probar de nuevo la carne, dejarla viva en su interior, servirla y servirla bien. En cambio, los Habitantes de la Seta arreglarían todo lo que odiaban sobre ellos mismos: sus vidas interiores se volverían mucho más felices e interesantes.

—Me tendrías que haber dejado matarlos —opinó el Elefante mientras el expastor y los ovejeros huían por el agua.

—No sirve de nada —replicó el Marqués—. Ni siquiera por venganza. La gente que nos ha capturado ya no existe.

El Elefante agitó con fuerza las orejas y entonces se las rascó con energía.

—Hablando de venganza, ¿para quién cojones me robaste el diario? —preguntó.

—Para la reina Victoria —admitió de Carabás.

—No está a día de hoy en mi lista de potenciales ladrones. Es intensa —dijo el Elefante después de un momento.

—No lo discutiré —cedió el Marqués—. Además, no pagó todo lo acordado. Lo liquidé obteniendo mi propio suplemento para compensarlo.

Se metió una mano dentro del abrigo. Los dedos encontraron los bolsillos obvios, los menos obvios y, para su sorpresa, los menos obvios de todos. Buscó por dentro y sacó una lupa con una cadena.

—Era de Victoria. Creo que se puede usar para ver a través de cosas sólidas. A lo mejor se podría considerar un pequeño pago por mi deuda contigo...

El Elefante sacó una cosa de su propio bolsillo (el Marqués no podía ver qué era) y frunció los ojos a través de la lupa. Entonces el Elefante hizo un sonido a medio camino entre un resoplido de alegría y un bramido de satisfacción.

—Oh bien, muy bien —aceptó. Se guardó en el bolsillo los dos objetos. Entonces dijo—: Supongo que salvarme la vida vale más que robarme el diario. Y aunque no me habría hecho falta salvación si no te hubiera seguido

por el desagüe, ya está bien de recriminaciones. Considera que la vida vuelve a pertenecerte.

—Tengo ganas de visitarte en el Castillo algún día —dejó caer el Marqués.

—No tientes a la suerte, amigo —dijo el Elefante con un silbido rabioso de la trompa.

—No la tentaré —aseguró el Marqués, resistiendo la urgencia de señalar que tentar a la suerte era de la única forma con la que había llegado tan lejos.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que Peregrino se había adentrado misteriosa e irritantemente en las sombras, una vez más, sin ni siquiera un adiós.

El Marqués odiaba que la gente actuara así.

Hizo una pequeña y distinguida reverencia al Elefante y el abrigo del Marqués, su glorioso abrigo, cogió la reverencia, la amplificó, la hizo perfecta y la convirtió en el tipo de reverencia que solo el Marqués de Carabás podía hacer. Fuera quién fuera.

El siguiente Mercado Ambulante lo celebraron en el Jardín del Techo del Derry y Tom. Derry y Tom no existía desde 1973, pero el tiempo y el espacio en el Londres de Debajo tenía sus propios e incómodos acuerdos, y el jardín del techo era más nuevo y más inocente que el actual. La gente del Londres de Arriba (eran jóvenes, en una intensa discusión, llevaban tacones y camisas estampadas de cachemir con el ombligo al aire y pantalones de campana, tanto los hombres como las mujeres) ignoraba por completo a la gente del Londres de Debajo.

El Marqués de Carabás avanzó a zancadas a través del jardín del techo como si fuera el amo, de prisa, hasta que llegó a los puestos de comidas. Pasó por el lado de una mujer minúscula que vendía bocadillos de queso en una carretilla llena de cosas, un puesto de curry, un hombre pequeño con una enorme pecera de vidrio de peces ciegos y un tenedor hasta que, al final, llegó a la parada en la que vendían las Setas.

—Una rebanada de Seta, muy tostada, por favor —pidió el Marqués de Carabás.

El hombre que le tomó nota era más pequeño que él y, aun así, más corpulento. Tenía entradas en el pelo rubio y una expresión torturada.

—Enseguida —dijo el hombre—. ¿Algo más?

—No, eso es todo. —Entonces, con curiosidad, el Marqués preguntó—: ¿Me recuerdas?

—Me temo que no —respondió el hombre Seta—. Pero tengo que decirle que tiene un abrigo muy bonito.

—Gracias —dijo el Marqués de Carabás. Miró alrededor—. ¿Dónde está el compañero joven que trabajaba aquí?

—Ah. Esa es una historia muy curiosa, señor —dijo el hombre. Todavía no olía a humedad a pesar de que tenía una pequeña costra de hongos junto al cuello—. Alguien le dijo a la bella Drusilla, de la Corte del Cuervo, que nuestro Vince tenía planes con ella y aparentemente le había enviado (tal vez no da crédito, pero me lo han asegurado así) una carta llena de esporas con la intención de convertirla en su novia en la Seta.

El Marqués levantó una ceja, socarrón, aunque no le pareció sorprendente. Después de todo, él mismo se lo había dicho a Drusilla e incluso le había enseñado la carta original.

—¿Se ha tomado bien la noticia?

—No lo creo, señor. No creo que se lo haya tomado bien. Unas hermanas y ella esperaban a Vince y nos encontraron de camino al Mercado. Le dijo que tenían asuntos de naturaleza íntima de los que hablar. Parecía encantado con la noticia y se fue con ella para averiguar qué eran esos asuntos. Esperé toda la noche hasta que llegara al Mercado y viniera a trabajar, pero ya no creo que aparezca. —Entonces el hombre dijo con un poco de nostalgia—. Es un abrigo muy bueno. Creo que yo tuve uno así en una vida anterior.

—No lo dudo —dijo el Marqués de Carabás, satisfecho con lo que había oído y cortando la rebanada tostada de Seta—, pero este abrigo en particular es muy mío.

Mientras se iba del Mercado, pasó junto a un grupo de gente que bajaba las escaleras, se detuvo y señaló con la cabeza a una mujer de una gracia poco frecuente. Tenía una melena naranja y el perfil de una belleza prerrafaelita, con un antojo con forma de estrella de cinco puntas en el dorso de una mano. La otra mano acariciaba la cabeza de un búho grande y arrugado, que miraba con incomodidad al mundo con unos ojos que eran, inusualmente para un ave así, de un azul pálido intenso.

El Marqués la señaló con la cabeza y ella le miró con torpeza y entonces apartó la mirada como alguien que empezaba a darse cuenta de que le debía un favor al Marqués.

La señaló con la cabeza apaciblemente y continuó bajando.

Drusilla corrió tras él. Parecía que tuviera algo que quisiera contarle.

El Marqués de Carabás llegó al pie de la escalera antes que ella. Se paró un momento y pensó en la gente, en las cosas y en lo complicado que era hacer una cosa por primera vez. Y entonces, vestido con su bello abrigo, se deslizó con misterio en las sombras, sin ni siquiera un adiós, y desapareció.

Connie Willis

Connie Willis vive con su marido en Greeley, Colorado. Llamó la atención por primera vez como escritora a finales de los años setenta, con unas historias para la ya extinta revista *Galileo*. Continuó para asentarse como una de las escritoras más populares y aclamadas por la crítica de los años ochenta. En 1983 ganó dos Premios Nebula, uno por la novela corta *Brigada de incendios* y otro por su historia corta *A Letter from the Clearlys*. Unos meses después, *Brigada de incendios* ganó también un Premio Hugo. En 1989, su novela corta *El último de los Winnebago* ganó el Nebula y el Hugo. Ganó otro Nebula en 1990 por la novela corta *En el Rialto*. En 1993, su novela emblemática *Doomsday Book* ganó el premio Nebula y el premio Hugo, igual que su historia corta *Incluso la reina*. Ganó otro Hugo en 1994 por su historia *Muerte en el Nilo*, otro en 1997 por *El alma escoge su propia compañía*, otro en 1999 por la novela *Por no mencionar al perro*, otro por la novela corta *Los vientos de Marble Arch* en 2000, otro en 2006 por la novela corta *Infiltrado* y todavía otro en 2008 por la novela corta *Todos sentados en el suelo*, que amplió en 2011 con su libro más reciente, la novela de dos volúmenes *El apagón/Cese de alerta*, que ganó el Nebula y el Hugo. En 2009 la votaron para el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción y, en 2011, recibió el premio SFWA Grand Master. Todo esto la convierte en la escritora más galardonada en la historia de la ciencia ficción y la única persona que ha ganado dos Nebula y dos Hugo el mismo año. Otros libros suyos incluyen las novelas *Water Witch*, *Light Raid* y *Promised Land*, todas escritas en colaboración con Cynthia Felice, *Los sueños de Lincoln*, *Bellwether*, *Uncharted Territory*, *Remake* y *Passage* y, como editora, las antologías *The New Hugo Winners, Volume III*, *Nebula Awards 33* y, con Sheila Williams, *A Woman's Liberation: A Choice of Futures by and About Women*. Se han recopilado sus obras cortas de ficción en las colecciones *Brigada de incendios*, *Impossible Things* y *El espíritu de la Navidad y otras historias navideñas*. Está preparando una enorme colección retrospectiva: *Lo mejor de Connie Willis*.

En esta historia rápida, graciosa y furiosa nos transporta a una noche en el cine que resulta ser mucho más difícil y complicada que comprar una mera entrada.

UNA TARDE DE CINE

Connie Willis

‘¡Una comedia encantadora y desenfadada!’

—*Entertainment Daily*

El sábado anterior a las vacaciones de Navidad, Zara entró en mi habitación de la residencia y me preguntó si quería ir al Cinódromo con Kett y ella.

—¿Qué películas echan? —pregunté.

—No lo sé —respondió encogiendo los hombros—. Muchas.

Eso quería decir que la película era lo de menos. Qué sorpresa.

—No, gracias —dije y seguí escribiendo mi trabajo de economía.

—Va, venga, Lindsay —replicó y se dejó caer en mi cama—. Echan *Fuerza-X*, *Los doce días de Navidad* y la recreación de *Crepúsculo*. El Dromo tiene cien películas. Alguna tendrá que quieras ver. ¿Qué te parece *Una niñera bajo sospecha*? ¿No la querías ver?

Sí, pensé. Al menos la quise ver ocho meses atrás, cuando vi el tráiler. Sin embargo, las cosas habían cambiado desde entonces.

—No puedo. Tengo que estudiar —me excusé.

—Todas tenemos que estudiar —contraatacó Zara—. Pero es Navidad. El Dromo estará decorado e irá todo el mundo.

—Exacto, y eso significa que el tren ligero estará a reventar y el control de seguridad será eterno.

—¿Es por Jack?

—¿Jack? —pregunté, cuestionándome si podía salirme con la mía—. ¿Qué Jack?

Mejor no. Era Zara. En vez de eso, dije:

—¿Por qué no ir contigo al Dromo estará relacionado con Jack Weaver?

—Es... No lo sé —tartamudeó—, es que has estado tan... seca desde que se fue y vosotros veáis muchas películas juntos.

Eso era quedarse corta. Jack era el único chico que había conocido al que le gustaban las películas tanto como a mí, y de todos los géneros, no solo los

films de héroes de cómic y los *slasher*. Le encantaba todo, desde Bollywood hasta comedias románticas como *French Kiss*, pasando por el cine en blanco y negro como *El bazar de las sorpresas* y *El capitán Blood*. Vimos docenas de películas en el Dromo y centenares más por Internet el semestre que estuvimos juntos. Rectifico: un semestre menos una semana.

Zara todavía seguía hablando:

—Y no has ido al Dromo desde...

—Desde que me convenciste para que fuera con vosotros a *La puerta del monzón* —indiqué—, y entonces, cuando estábamos allí, queríais comer y hablar con tíos y no la pude ver.

—No volverá a pasar. Kett y yo prometemos que entraremos a la película. Va, te sentará bien. Habrá muchos tíos. ¿Recuerdas al de la fraternidad Sig Tau que dijo que le gustabas? ¿Noah? Tal vez esté por allí. Va. Por favor, ven con nosotras. Es nuestra última oportunidad. No podremos ir el fin de semana que viene por los exámenes finales y después estaremos de vacaciones.

Y nadie querría ver *Una niñera bajo sospecha* en casa. Si sugiriera que fuésemos al cine, mi hermana insistiría en que viésemos *Una Navidad de Gru, mi villano favorito* con los niños y entonces acabaríamos pasando toda la tarde en los recreativos jugando a ‘Aplastad al minion’ y comprando peluches de la jirafa de *Madagascar* y granizados de *La edad de hielo*. Cuando volviera a la universidad, ya no emitirían *Una niñera bajo sospecha*. Además, Jack no aparecería mágicamente y me llevaría como había prometido. Si quería verla en la gran pantalla, tenía que ir ahora.

—De acuerdo —accedí—. Pero no iré con vosotras a conocer tíos. Iré porque tengo muchas ganas de ver *Una niñera bajo sospecha*. ¿De acuerdo?

—Sí, claro —aceptó, sacó el móvil y tecleó—. Le mandaré un mensaje a Kett y...

—Lo digo de verdad —afirmé—. Tienes que prometer que no te entretendrán como la última vez, que veremos de verdad la película.

—Lo prometo —dijo—. Nada de tíos ni nada de comer hasta después.

—Y nada de compras —especifiqué. No había visto *La puerta del monzón* porque Zara se probaba los zapatos de Polly Pepper en la tienda de *El diablo se viste de Prada*—. Prométemelo.

Zara suspiró.

—De acuerdo. Lo prometo. Sepárame los dedos.

‘¡Una dulce comedia romántica con mucha acción!’

—*popcorn.com*

La promesa de Zara significaba tanto para mí como las que me había hecho Jack. Zara empezó a enviar mensajes en cuanto llegamos y todavía no habíamos acabado la revisión preliminar de bolso y teléfono en el Dromo cuando Kett dijo:

—Los tíos de la NWU de detrás de mí en la cola me acaban de preguntar si queremos ir a ver el elenco de *La dinastía Bourne*. Los proyectan en holograma por Skype en la caseta de la Universidad.

Zara me miró con esperanza.

—Podríamos ir a la sesión de las 12:10 en lugar de a la de las diez.

—O a la de las 14:20 —propuso Kett.

—No —negué.

—Lo siento —se disculpó Zara con los chicos—. Le prometimos a Lindsay que veríamos *Una niñera bajo sospecha* con ella.

Ellos enseguida empezaron a entrarles a las chicas de detrás.

—No entiendo por qué no podríamos haber ido a una sesión posterior —renegó Kett, con mala cara, mientras pasábamos el control de explosivos.

—Porque después del holograma de Skype, habrían querido jugar a *Skyfall* o cenar en el restaurante de *Dos colgaos muy fumaos* y no habríamos llegado ni a las 14:20 ni a las 16:30 —expliqué.

Nada más pasar los escáneres de cuerpo y retina y entrar en el Dromo, fui de cabeza a comprar las entradas, sin hacer caso del alud de tráileres, hologramas, anuncios y elfos que repartían cupones para galletas gratis, videojuegos y horarios de las sesiones de firmas de hoy.

—Creía que comprarías las entradas por Internet antes de que saliéramos de casa —apuntó Zara.

—Lo he intentado —expliqué—, pero hay un contrato especial limitado y las tienes que comprar aquí.

Recorrí con el dedo la lista de películas: *Ripper 2*, *Fuerza-X*, *La casa de la colina zombi*, *El consorte de la Reina*, *Cambio de marchas*, *Cuando pensabas que lo habías olvidado...*

Sinceramente, esperaba que, con cien películas, las pusieran en orden alfabético. *Masacre mortal*, *Los doce días de Navidad*, *La matanza de Texas*: *El musical*, *Una relación desafortunada*, *Regreso a regreso al futuro*, *Wicked...*

Aquí estaba.

Una niñera bajo sospecha. Pulsé el botón de las entradas tres veces y pasé la tarjeta.

No disponible, dijo la pantalla. Hay que comprar las entradas en taquilla, lo que significaba que teníamos que hacer cola, una de las peores cosas del Dromo.

Lo lógico es que, con lo grande que es y con tanta gente con la que lidian, tuvieran varias taquillas y colas como en Universo Disney, pero solo las usan para exposiciones. Para las entradas había una cola única que serpenteaba a través de todo el vestíbulo del Dromo (del tamaño de un campo de fútbol americano), el estadio de *paintball* de *Los juegos de la hambre*, el área de comer en la que no se puede reservar, el último hogar al este del mar de Wetaworks, la terraza de realidad virtual y ochocientos metros de tiendas de recuerdos y boutiques.

Tardamos veinte minutos en encontrar el final y, por el camino, casi perdemos a Kett dos veces, una vez en la tienda La chica de rosa:

—¡Oh, Dios! ¡Tienen zapatos de tacón en Cincuenta sombras de gris!

Y de nuevo cuando vio que en Siempre queda el amor, Batidos y Conos vendían malta de arándano.

Zara y yo la sacamos de los dos lugares y nos pusimos al final de la cola, que crecía por instantes.

—No entraremos nunca a la película —renegó Kett.

—Claro que sí —aseguré con confianza, a pesar de que no estaba segura.

Había mucha gente en la cola, a pesar de que la mayoría eran niños pequeños que, obviamente, verían *La pastorcilla de ocas* o *¡Qué bello es vivir! de los Teleñecos* o *Dora la Exploradora va a Duluth*. Los adultos de nuestro alrededor a los que pregunté iban todos a *Un romance de los Tudor* o *Regreso al exótico hotel Marigold* y los demás llevaban camisetas de *Iron Man 8*.

—Claro que entraremos.

—Más te vale —dijo Kett—. De todas maneras, ¿por qué tienes tantas ganas de ver *Una niñera bajo sospecha*? No la había escuchado nunca. ¿Es una comedia romántica?

—No, es más bien una aventura romántica de espías. Como *Charada* o *39 escalones* —expliqué.

—No he visto esos tráileres —afirmó mientras miraba el horario del techo—. ¿Todavía las proyectan?

—No.

No tendría que haber mencionado películas antiguas. En esta época de recreaciones y adaptaciones, nadie mira nada que tenga más de una semana. A excepción de Jack, a quien incluso le gustaban las películas mudas.

—Ya sabes, el tipo de película en la que la heroína se ve inmiscuida por accidente en un crimen —seguí—, o algún tipo de conspiración y el héroe es un espía, como *Jumpin' Jack Flash*, o un periodista, o un detective que finge ser un delincuente, como en *Cómo robar un millón y...*, o es un sinvergüenza...

—¿Un sinvergüenza? —preguntó Kett sorprendida.

—Un rebelde —aclaré—, un calavera, un canalla, como Michael Douglas en *Tras el corazón verde*, o Errol Flynn...

—No he visto tampoco ninguno de esos tráileres —me cortó—. ¿Todavía echan *El rol del fin*?

—No —respondí—. Un sinvergüenza es un tío fanfarrón al que le dan igual las normas o las leyes...

—Ah, ¿quieres decir un malote? —preguntó Kett.

—No, un sinvergüenza es divertido, sexi y encantador —dije mientras intentaba desesperadamente pensar en una película relativamente reciente que pudiera haber visto—. Como Iron Man. O Jack Sparrow.

—O Jack Weaver —añadió Zara.

—No —negué—, como Jack Weaver no. En primer lugar...

—¿Quién es Jack Weaver? —preguntó Kett.

—El tío del que Lindsay estaba enamorada —contestó Zara.

—No estaba...

—Espera —empezó Kett—. ¿Es el tío que metió muchos patos en el despacho del decano el año pasado?

—Ocas —corregí.

—¡Ah! —exclamó Kett impresionada—. ¿Saliste con él?

—Por poco tiempo —respondí—. Antes de que me enterara de que era...

—¿Un sinvergüenza? —se metió Zara.

—No —negué—. Un malote al que expulsaron de Hanover la semana antes de graduarse.

—En realidad no lo expulsaron —explicó Zara a Kett—. Se fue antes de que pudieran expulsarlo.

—O presentar cargos criminales —añadí.

—Qué pena —dijo Kett—. ¡Suena muy extravagante! Me gustaría haberlo conocido.

—Tal vez lo consigas —aseguró Zara con una voz extraña—. ¡Mira!

Señaló al vestíbulo. Allí, apoyado en un pilar con las manos en los bolsillos, mirando hacia los horarios de las películas, estaba Jack Weaver.

‘¡Diversión excitante! Te acelera el pulso’

—*USA Today*

—Es él, ¿no? —preguntó Zara.

—Sí —respondí con tristeza.

—Me pregunto qué hará aquí.

—Como si no lo supieras —dije.

Normal que hubiera sido tan insistente en que las acompañara. Jack y ella habían urdido un...

—¡Oh, Dios! —gritó Kett—. ¿Es ese el tío del que hablabais? El... ¿qué le has llamado?

—Gilipollas.

—Sinvergüenza —recordó Zara.

—Exacto, el sinvergüenza. ¡No me habías dicho que estaba tan bueno! Quiero decir, está buenorro.

—Chsss —exclamé.

Era demasiado tarde. Jack ya había mirado hacia nosotras y nos había visto.

—Zara, como lo hayas organizado tú, ¡no te volveré a hablar nunca más! —amenacé.

—No es asunto mío, lo juro —aseguró.

El juramento no significaba nada, pero dos cosas hicieron que me inclinara a creerla. Una era que, a pesar de que se asemejaba sospechosamente a la escena de película en la que la futura pareja se conoce por primera vez, la cara de Zara era un poema y el motivo fue evidente unos segundos después, cuando tres tíos de la Sig Tau, incluido Noah, aparecieron de una forma demasiado casual.

—¡Oh! —exclamó Noah—. No sabía que vosotras tres también veníais hoy al Dromo.

Si pasamos por alto que Zara te ha escrito quince veces desde que estamos en la cola de seguridad, pensé. Al menos, si estaban ellos, Jack no vendría a hablarme.

Si es que le apetecía hacerlo. Porque la otra razón por la que pensé que Zara no tenía nada que ver con que Jack estuviera allí era la cara de él. No

estaba solo sorprendido de verme, sino consternado, lo que demostraba que tenía razón: no era un sinvergüenza, sino un malote. Estaría con otra chica.

—Me sorprende gratamente verte aquí, Lindsay —dijo Noah, que no conseguiría ser actor ni en la saga *Crepúsculo*—. ¿Qué haces en el Dromo?

—Las tres —respondí recalcando la palabra ‘tres’— veremos una película.

—Oh —dijo y le frunció el ceño a Zara, que le puso cara de ‘sigue’—. Nosotros solo hemos venido a comer en la Cantina de Mos Eisley y nos preguntábamos si queríais venir con nosotros.

—Oh, me encanta la Cantina —cuchicheó Kett.

—Te invito a un daiquiri Darth Vader —me dijo Noah.

—Lindsay prefiere una Pimm’s Cup —explicó Zara—. ¿No?

Miré hacia el vestíbulo con la esperanza de que Jack no lo hubiera oído.

No estaba ya. Tampoco estaba al final de la cola ni en las máquinas de entradas. Bueno, se habría ido a conocer a su nueva novia. Ojalá ella odiara las películas.

—¿Qué cojones es una Pimm’s Cup? —preguntó Noah.

—La bebida de una película —expliqué.

Mi película favorita, añadí en silencio. O al menos así era antes. La bebida que Jack me había preparado después de ver *Me ha caído el muerto* y que Téa Leoni dijera que era su bebida preferida.

—Podríamos comer y entonces ir a la película, ¿no, Lindsay? —sugirió Kett, que miraba a Noah con adoración—. Me acaban de enviar al móvil un cupón para *Desayuno con diamantes*.

—No —dije.

Zara lanzó otra mirada de ánimo a Noah, que propuso:

—Tal vez podemos ir con vosotras. ¿Cuál veréis?

—*Una niñera bajo sospecha* —contestó Kett.

—No he oído nunca hablar de ella —dijo Noah.

—Es una aventura de espías —explicó Kett—. Un aventura romántica de espías.

Noah hizo una mueca.

—¿Estáis de broma? Odio las comedias románticas. ¿Por qué no vemos todos juntos *Masacre letal*?

—No —repetí.

—Tal vez podemos quedar en la Cantina después de la película —sugirió Zara.

—Sí, no sé —musitó Noah mirando a los otros tíos—. Tenemos mucha hambre. Escucha, te mandaré un mensaje —dijo y los tres se fueron.

—No me lo puedo creer —exclamó Zara—. Solo intentaba ayudarte a olvidar...

—Noah está cañón —dijo Kett mirándolo y suspiró—. Ya puede ser buena la película.

—Es buena —confirmó Jack, a mi lado—. Hola.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Ver una película. ¿Qué otra cosa haría aquí? —Se inclinó hacia mí y me dijo al oído—: Traidora, me prometiste que irías a ver *Una niñera bajo sospecha* conmigo.

—No estabas —respondí fría.

—Sí —dijo—. Respecto a eso, lo siento. Pasó una cosa. Yo...

—¿De verdad es una buena película? —preguntó Kett, poniéndose a su lado—. Lindsay no nos ha contado de qué va. Solo ha dicho que aparece un sinvergüenza.

—Sinvergüenza —repitió Jack, que me levantó una ceja—. Me gusta como suena.

—¿Qué opinas de imbécil? —pregunté—. ¿O de malote?

Me ignoró.

—En realidad —le contó a Kett—, es un agente secreto que trabaja en un caso confidencial, así que no puede explicarle nada a la heroína, ni por qué se fue del pueblo...

—Buen intento —repliqué y añadí para Kett—. En realidad va sobre un asqueroso que le cuenta a una heroína una sarta de mentiras, hace una cosa asombrosamente estúpida y, después, desaparece sin decir nada...

—¿Por qué no entras con nosotros, Jack? —me interrumpió Kett, que lo miraba con deseo—. Por cierto, soy Kett, amiga de Lindsay, pero no me había dicho que estabas tan...

Zara se interpuso entre los dos.

—En realidad, Kett y yo queríamos jugar con drones con unos tíos de la fraternidad Pi Kappa, Jack —explicó—. Nosotras...

—¿Qué tíos de la Pi Kappa? —preguntó Kett.

Zara la ignoró.

—Solo entrábamos a la película para acompañar a Lindsay, pero ahora que estás aquí, podrías entrar tú.

—Me encantaría —dijo Jack frunciendo el ceño—, pero por desgracia no puedo.

—Tiene que poner una bandada de ocas en el cine cuando proyecten *Los doce días de Navidad* —le provoqué—. ¿O ahora serán perdices, Jack, como el primer día de los doce en el villancico?

—Serán cisnes nadando —me contestó sonriente—. Tengo ocho en el bolsillo.

—¿En serio? —preguntó Kett.

Como si se pudiera pasar algo a través de la seguridad, mucho menos una bandada de cisnes.

—Eso sería tan extravagante —exclamó—. ¡Lo que hiciste en el despacho del decano fue tan impresionante! ¡Y claro que te tendrías que venir con nosotras a ver *Una niñera bajo sospecha*!

—No tengo ninguna intención de ir a ninguna parte con Jack —aseguré.

—Entonces iré yo. —Kett se agarró al brazo de Jack con comodidad—. Podemos ir los dos.

—Sí, claro, seguro que nos lo pasaríamos bien —le siguió la corriente Jack, zafándose de ella como si fuera alambre espinoso—, pero no ocurrirá. No podemos entrar. No quedan entradas.

—Sí que quedan —repliqué señalando el horario—. Mira.

—Ahora quizás, pero créeme, no quedarán cuando te toque comprar.

—Estás vacilándonos —dijo Zara—. ¿Después de haber hecho cola todo este tiempo?

—Y decirle a Noah que no iríamos con él a la Cantina —añadió Kett.

—Sí que quedarán —repetí con confianza.

—Incorrecto —corrigió Jack señalando el horario, en el que ENTRADAS AGOTADAS había empezado a parpadear junto a *Una niñera bajo sospecha*.

‘Un misterio apasionante’

—*flickers.com*

—Oh, no —exclamó Zara—. ¿Qué hacemos ahora?

—Podríamos ir a *Una relación desafortunada* —sugirió Kett a Jack—. Se supone que es muy buena. O *El diario*.

—No vamos a ninguna de esas —dije—. Que la sesión de las 12:10 de *Una niñera bajo sospecha* haya agotado las entradas no quiere decir que para las otras sesiones no queden. Todavía podemos entrar a las 14:20.

—¿Y esperar dos horas más? —gimió Kett.

—¿Por qué no comemos primero y después compramos las entradas? —propuso Zara—. Podríamos ir a *Chocolat*...

—No —negué—. No volverá a pasar como con *La puerta del monzón*. Nos quedamos aquí hasta que consigamos las entradas.

—¿Qué te parece si tú te quedas en la cola, Lindsay, y nosotras vamos y te traemos comer? —sugirió Kett.

—No —dije—. Prometiste que vendrías conmigo.

—Sí, y tú prometiste que vendrías conmigo, Lindsay —replicó Jack.

—Tú me diste plantón.

—De eso nada. ¿Estoy aquí, no? Y, de todas formas, Kevin Kline dio plantón a Meg Ryan en *French Kiss*. Michael Douglas dio plantón a Kathleen Turner en *Tras el corazón verde*. Indiana Jones dejó a Marion atada en la tienda de los malos. Admítelo, así actúan los sinvergüenzas.

—Sí, claro, pero no despilfarran todo su futuro con una broma estúpida.

—¿Te refieres a lasocas? No era una broma.

—Oh, ¿en serio? ¿Entonces qué era?

—Veo que tenéis muchos asuntos de los que hablar —dijo Zara—. No queremos molestar. Os vemos después. Escíbeme un mensaje.

Antes de que pudiera quejarme, Kett y ella se habían desvanecido en la multitud. Me volví hacia Jack.

—Ni siquiera así entraré contigo.

—Correcto —aseguró mirando la barra de entradas—. No entrarás tampoco a la sesión de las 14:20.

—Supongo que ahora me dirás que tampoco quedarán entradas.

—No, no suelen usar ese truco dos veces. Esta vez será algo más sutil. Entradas gratis para una sesión navideña especial de *El bazar de las sorpresas* o una aparición del nuevo Hulk. O, dado que te gustan los sinvergüenzas, del nuevo Han Solo. —Sonrió—. O yo.

—No me gustan los sinvergüenzas —maticé—. Ya no. ¿Y qué quieres decir con ‘no suelen usar ese truco dos veces’?

Zarandé la cabeza, con desaprobación.

—Esa no es tu frase. Tendrías que decir: ‘Me gustan los hombres decentes’ y entonces yo digo: ‘Yo lo soy’. —Se inclinó hacia mí—. Y entonces tú dices...

—Esto no es *El imperio contraataca* —dije seca, alejándome de él—. Y tú no eres Han Solo.

—Correcto —dijo—. Soy más como Peter O’Toole en *Cómo robar un millón y...* O Douglas Fairbanks en *La máscara del Zorro*.

—O Bradley Cooper en *El mentiroso más grande del mundo* —solté—. ¿Por qué has dicho que no entraré a las 14:20 tampoco? ¿Has hecho algo en el cine?

—No, nada. Lo juro.

Levantó la mano derecha.

—Sí, claro, tu palabra no es exactamente de confianza, ¿sabes?

—En realidad sí. Solo es que... Da igual. Te prometo que yo no he tenido nada que ver con las entradas agotadas de las 12:10.

—¿Entonces cómo estabas tan seguro de que pasaría?

—Es una larga historia que no puedo contarte aquí —dijo mirando a su alrededor—. ¿Qué te parece si vamos a un lugar tranquilo y te lo explico todo?

—¿Dónde has estado los últimos ocho meses? ¿Y qué te poseyó para meter esasocas en el despacho del decano?

—No —dijo—. Lo siento, no puedo hasta...

—¿Hasta qué? ¿Hasta que hayas hecho lo mismo aquí? —Bajé la voz—. En serio, Jack, podrías meterte en un gran lío. Los Dromos tienen mucha seguridad...

—Lo sabía —dijo con gran alegría—. Todavía estás loca por mí. *Más vale que comamos juntos agradablemente*, como le dijo Peter a Audrey en *Cómo robar un millón y...* Hay un lugar pequeño en el Bulevar de Pixar que se llama *Gusteau's*...

—No iré a ningún lugar contigo —aseguré—. Veré la sesión de las 14:20 de *Una niñera bajo sospecha*. Yo sola.

—No flipes —dijo.

‘¡Mirad la química que tienen estos dos!’

—*The Web Critic*

Jack se fue antes de que pudiera preguntarle qué significaba ‘No flipes’ y no lo pude seguir por miedo a perder el sitio en la cola, así que pasé el resto de la espera para conseguir las entradas con la preocupación de que se agotarían las de la sesión de las 14:20 también, aunque solo había una veintena de personas antes que yo, que todos verían otra cosa y que el cartel de los horarios todavía indicaba que quedaban entradas disponibles.

Sin embargo, había más colas y el taquillero de la mía parecía tener el cerebro de un personaje de *Dos tontos muy tontos y otro todavía más*. Le costaba una eternidad devolver el cambio o pasar la tarjeta de la gente y

darles las entradas. Qué suerte que no intentara comprar una entrada para las 13:10. Nunca lo habría conseguido.

Eran y media antes de que me acercara a la taquilla y entonces el chico que estaba tres personas por delante de mí no se decidía entre *Promoción Zombi* o *Avatar 4*. Su novia y él estuvieron unos diez minutos intentando decidir, después la tarjeta de él no pasaba y tuvieron que usar la de la novia, que tuvo que buscar en todo el bolso para encontrarla, sacó montones de cosas para que las aguantara él mientras ella miraba y volvía a ponerlo todo dentro cuando por fin tenían las entradas.

Jack se refería exactamente a esto, pensé. ¿Y si estaban haciéndolo aposta para que yo no entrara?

No seas ridícula, me dije. *Ves conspiraciones donde no las hay*. Aun así, todavía miraba con angustia los horarios cuando llegué a la barra, asustada de que ENTRADAS AGOTADAS parpadease en el último minuto.

No pasó y pedí:

—Un adulto para la sesión de la sesión de las 14:20 de *Una niñera bajo sospecha*.

El vendedor de entradas asintió, pasó la tarjeta sin incidentes, me entregó la entrada y me deseó que disfrutara de la película.

—Claro —respondí decidida.

Me dirigí a la entrada del complejo del cine. A medio camino, Jack reapareció de repente y se puso a ritmo de mi paso.

—¿Y? —preguntó.

—No estaban agotadas las entradas y no he tenido ningún problema para conseguir una. ¿Ves? —dije enseñándosela.

No estaba impresionado.

—Sí, y en *Tras el corazón verde* encontraron el diamante y Whoopi Goldberg le consiguió un contacto a Jack y mira qué pasó.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que todavía no estás en la sala y, si no llegas a las 14:20, no te dejarán entrar.

Era cierto (era parte de las precauciones de seguridad del Dromo no dejar entrar a nadie en una película después de que hubiera empezado), pero eran solo las 13:30. Se lo transmití a Jack.

—Sí, pero la cola para entrar o para las palomitas podría ser larguísima.

—No compraré palomitas. Y no hay ninguna cola para entrar —dije señalando al acomodador, que estaba solo en el vestíbulo del cine.

—Por ahora —replicó—. Todavía no estás allí. Una horda de mujeres de mediana edad podría aparecer para ver la nueva de *Cincuenta sombras de Grey* antes de que llegues al acomodador. Aunque llegues a la sala, la película se podría romper...

—El Dromo no usa películas. Es todo digital.

—Exacto, lo que significa que algo podría ir mal con el material digital. Podría infectarlo un virus o colapsarse el servidor, o algo podría hacer sonar la alarma de la Administración para la Seguridad en el Transporte y confinar todo el Dromo.

—¿Como meter ocas sueltas en un cine? —pregunté—. ¿Qué pretendes, Jack?

—Te lo he dicho, no pretendo nada. Solo pronostico que, tal vez, no entres. De hecho, estoy casi seguro de que no lo conseguirás. Si no entras, estaré en el *Gusteau's*.

—No pasará nada —dije y empecé a andar por el medio vestíbulo que me quedaba hasta la entrada y el acomodador.

El vestíbulo se llenaba de gente minuto tras minuto con pandillas de niños emocionados, adolescentes escribiendo con el móvil y familias discutiendo sobre dónde ir en primer lugar. Me abrí paso entre ellos, con la esperanza de que una cola no se formaría de repente ante el acomodador y demostrase que Jack tenía razón, pero el acomodador todavía estaba solo, apoyado en el puesto de las entradas y con cara de aburrimiento.

Le entregué mi entrada. Me la devolvió.

—Todavía no puede entrar. La película no ha acabado. Lo siento —dijo y agarró las entradas de dos niños de ocho años que se habían puesto detrás de mí.

Les partió las entradas por la mitad y se las devolvió.

—Sala 76. Subís hasta el tercer piso y giráis a la derecha.

Los chicos entraron. Yo dije:

—¿No puedo subir y esperar en el vestíbulo fuera de la sala hasta que se acabe?

Zarandé la cabeza.

—Va contra las normas de seguridad. No puedo dejar que nadie entre hasta que se vacíe la sala.

—¿Cuándo será?

—Lo comprobaré —dijo y consultó el horario—. 13:55.

Faltaban diez minutos.

—Si no quiere esperar...

—Espero.

Me apoyé en la pared, apartada del camino.

—Lo siento, no puede estar aquí —dijo un gerente nada más aparecer—. Aquí se formará la cola de *Doctor Who: la película*.

Empezó a acordonar el espacio y yo me fui a la otra pared, pero un montón de niñas y padres ya hacían cola para entrar a *La pastorcilla de ocas* y el único banco junto a la puerta estaba ocupado por una madre que intentaba convencer a sus dos hijas para que soltaran las gafas de realidad virtual. Con gritos incluidos. Y patadas.

Me tocaría esperar diez minutos en el vestíbulo. Con suerte Jack se habría ido a *Gusteau's*, pensé, pero no. Estaba fuera de la entrada con las manos en los bolsillos y una sonrisa de 'te lo dije' en la cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No ha pasado nada —dije pasando ante él—. La sesión de las 12:10 todavía no ha acabado.

—Así que has decidido dar un paseo conmigo después de todo. Perfecto —reaccionó agarrándome del brazo y me llevó a través del vestíbulo hacia el Bulevar Pixar—. Podemos ir al *Gusteau's* y me explicas qué excusa te ha dado el acomodador para no dejarte entrar y por qué no te dejan esperar en la entrada.

—No tengo ninguna intención de contarte nada —aseguré soltándome el brazo—. ¿Por qué tendría que hacerlo? Tú no me contaste que planeabas ganarte una expulsión una semana antes de la graduación.

—Sí, respecto a eso —dijo con el ceño fruncido—, en realidad no iba a graduarme...

—Claro que no —le corté con indignación—. ¿Por qué no me sorprende? ¿Por eso te colaste en el despacho del decano, porque suspendías e intentabas cambiar las notas?

—No —respondió—. La cosa es que en realidad yo no...

—¿Tú no qué?

—No puedo contártelo —dijo—. Es confidencial.

—¡Confidencial! —exclamé—. Hasta aquí. No escucharé más tus fantasías paranoicas. Esperaré en la entrada hasta que la película acabe y, entonces, entraré y, si intentas seguirme, se lo diré al segurata.

Me abrí camino hacia la entrada a través de una banda de hobbits con capa y pies peludos que era obvio que esperaban para *El regreso de Frodo*, un grupo de viejas que iban a ver una sesión nostálgica de *Sexo en Nueva York: La película* y la cola que parecía un laberinto para el *Doctor Who*, que ahora

se extendía casi nueve metros por el vestíbulo. Cuando llegué donde pretendía esperar, ya no había ninguna excusa. Ya eran las dos en punto.

Fui hacia el acomodador y le entregué la entrada. Zarandé la cabeza:

—Todavía no puede entrar.

—Pero habías dicho que la sesión de las 12:10 salía a las 13:55.

—Sí, pero no puede entrar hasta que el personal acabe la limpieza.

—¿Cuándo será eso?

Encogió los hombros.

—No lo sé. Un chico ha vomitado. Tardarán al menos veinte minutos en limpiarlo. —Me devolvió la entrada—. ¿Por qué no va a comer? ¿O realiza compras navideñas? Venden antifaces para dormir de *Origen* en la tienda de *Algo para recordar*.

Y Jack estará fuera, sonriendo, pensó.

—No, gracias —dije y me abrí paso entre las colas del *Doctor Who* y de *La pastorcilla de ocas* hacia el banco, con la esperanza de que la madre y las hijas se hubieran ido.

Ya no estaban allí, pero había ocupado el banco una pareja casi en horizontal que se besaba con mucha pasión. Los rodeé para ir a la pared, pero cuando lo conseguí, la pareja había llegado a escenas que requerían acompañamiento de un adulto para los menores de dieciocho y se acercaba a toda prisa a prohibido para menores de edad. Me preparé para Jack y otra ronda de sus teorías conspiratorias y volví al vestíbulo.

‘Un regalo para los amantes de las películas de Navidad’

—*silverscreen.com*

Jack no estaba. Pues él (y Zara y Kett) eran los únicos que no estaban en el vestíbulo. Estaba a reventar de gente que se comprobaba los abrigos, compraba entradas y refrigerios y miraban tráileres y horarios. A ratos me empujaban, a ratos me pisaban las multitudes que entraban y salían del complejo del cine y los niños que asediaban a los personajes navideños que rondaban por allí, lanzaban bastones de caramelo y repartían folletos de los Cines Coming Attraction. Alvin la Ardilla me dio un vale para un pastel de carne picada en la cafetería de *Sweeney Todd* y un Grinch espantosamente amistoso me entregó un cupón para una camiseta a mitad de precio de *Las doce princesas bailarinas* en el Pabellón Disney.

Al dárselo a una chica que era nueva gótica y leer un mensaje en el móvil, que me decía que había ganado una entrada especial para una repetición de la

presentación de *Me ha caído el muerto*, casi me atropelló un enorme Transformer que entró pisando fuerte a través de la multitud, agitaba sus colosales brazos metálicos y casi se golpeaba la cabeza con el techo del vestíbulo. En parte me aparté y en parte me apartaron de su camino mientras cruzaba al otro lado del vestíbulo.

La multitud se apresuraba a moverse hacia el Transformer y sacar fotografías con los móviles, se disputaban las posiciones para hacerse fotos y, con las espaldas, formaban un muro impenetrable. Era imposible que lo atravesara, al menos hasta que no se fuera el Transformer.

Daba igual: todavía faltaban quince minutos hasta que acabaran de limpiar. Me volví para buscar un lugar donde pudiera esperar sin que me atropellaran. En *Gusteau's* no, porque no tenía ningún deseo de escuchar decir a Jack: 'te lo dije'. Y en la cafetería de *Sweeney Todd* tampoco. Estaba demasiado lejos.

Me hacía falta un lugar más cercano para que pudiera volver cuando la multitud disminuyera o cuando viera que el personal de limpieza levantara el pulgar, y algún lugar con una cola corta, pero era casi imposible encontrarlo. *Zumos Zombis* estaba todavía más repleto que el vestíbulo. El Starbucks de *Stargate*, que anunciaba moca de muérdago, tenía una cola que se fundía con *Zumos Zombis* y parecía que el Transformer había repartido cupones de Té Transformer porque Té y Simpatía, que solía ser una apuesta segura, también estaba saturado.

Y estaba claro que no iría a la Cantina, a pesar de que en ese momento me habría sentado bien una bebida. Aun así, era obvio que Jack me había enviado ese mensaje que quería decir que esperaba en la Cantina para emborracharme y contarme más teorías conspiratorias. No iría.

Así pues, solo me quedaba la opción de un chocolate caliente en el *Polar Express*, que estaba junto al vestíbulo y cuya cola solo tenía dos personas, pero a pesar de todo tardó una eternidad. El chico en la barra quería un cortado con pan de jengibre, que la camarera no sabía cómo preparar, así que él le tuvo que dar instrucciones paso a paso y, después, la tarjeta del adolescente de detrás no pasaba.

Miré hacia el vestíbulo. El Transformer se había ido, pero ahora el zepelín de *La liga steampunk* flotaba por encima de las máquinas de entradas y lanzaba tarjetas regalo a la multitud. Si no volvía pronto, el vestíbulo estaría más repleto que con el Transformer.

Decidí que era mejor empaquetar el chocolate y volver y me encaminé hacia la puerta. Choqué con el chico del pan de jengibre, que devolvía el

cortado porque no tenía bastante nata montada y se las apañó para echarme toda la bebida por encima.

Los clientes se acercaron con servilletas y la camarera insistió en que esperara mientras cogía un trapo húmedo.

—No pasa nada —dije—. Tengo un poco de prisa. Tengo que ver una película.

—Será solo un segundo —aseguró mientras corría de vuelta a la barra—. No puede ir empapada.

—Estoy bien —afirmé y me dirigí a la puerta.

El hombre del pan de jengibre me agarró del brazo.

—Insisto en comprarle una bebida de disculpa. ¿Qué quiere?

—Nada, de verdad —contesté—. Me tengo que ir...

La camarera vino y empezó a limpiarme.

—No hace falta. De verdad —dije mientras la apartaba.

—¿No denunciará al *Polar Express*, verdad? —preguntó con lágrimas en los ojos.

Sí, pensé, *si me pierdo la película por culpa tuya*.

—No, por supuesto que no —afirmé—. Estoy bien. No me he hecho daño.

—Oh, bueno. Si se espera un minuto, le daré un cupón para un panecito gratis la próxima vez que venga.

—No quiero...

—Al menos déjeme pagarle la limpieza —siguió el chico sacando el móvil—. Si me da su correo electrónico...

—Pensándolo mejor, sí que me gustaría esa bebida. Un té de menta.

Cuando se dirigió a la barra, salí disparada del *Polar Express* hacia el escondrijo protector de la multitud y el vestíbulo. Había más gente que con el *Transformer*. Me abrí paso entre la aglomeración y caminé: qué suerte que no hubiera cogido el chocolate. Me tuve que abrir camino con las manos, separando las parejas, pasando entre ellas y apartando a los niños emocionados con camisetas azules para *El Janucá de los Pitufos* y adolescentes que miraban los tráileres de *La casa de la colina zombi*.

Era como nadar en miel y me pareció tardar horas para llegar a un sitio desde el que por fin veía al acomodador. Había una cola delante de él, pero no era la gente del *Doctor Who* y *La pastorcilla de gansos*, que todavía esperaban en las colas que parecían laberintos. Hacía falta que llegara a él antes de que salieran de esas películas o no entraría nunca a ver *Una niñera bajo...*

Alguien me agarró el brazo. Por favor, que no sea el chico del pan de jengibre, pensé mientras me estiraba hacia el centro de la multitud.

No era él. Era Papá Noel, con un micrófono y una falange de reno.

—¿Qué has pedido para Navidad, chica? —preguntó mientras me ponía el micrófono en la cara.

—Llegar hasta allá —respondí señalando.

—Jo, jo, jo —rio—. ¿Qué te parece un buen par de entradas para la sesión de las 15:25 de *Las Crónicas de Papá Noel*?

—No, gracias. Veré *Una niñera bajo sospecha*.

—¿Qué? ¿No quieres entrar a la película de Papá Noel?

Se volvió hacia el reno.

—¿Lo has oído, Saltarín? —dijo en voz bastante alta para que lo oyera todo el vestíbulo—. Tenemos un problema. Creo que tengo que repasar la lista de buenos y malos, Trueno.

La lista estaba bien elaborada: Papá Noel se puso las gafas y la repasó con un dedo muy lento mientras yo miraba con anhelo la entrada a las salas, donde la cola del acomodador crecía a cada minuto.

—Aquí está —anunció Papá Noel al final—. Sí, claro que eres mala. ¿Y qué traemos a los niños malos en Nadal, Juguetona?

—¡Carbón! —chilló la multitud.

Papá Noel cogió el saco y sacó un trozo de regaliz.

—¿Le entrego esto o le damos otra oportunidad? Al fin y al cabo, es Navidad.

—¡Carbón! —berreó la multitud.

Papá Noel lo tuvo que pedir dos veces más para convencerlos de que me ofrecieran las entradas de nuevo, que esta vez tuve el sentido común de coger.

—Y aquí tienes una entrada para la sesión de las 14:30 de *Los doce días de Navidad* por el sentido del humor —añadió—. Feliz Navidad, jo, jo, jo.

Por fin era libre. Corrí hacia la entrada, donde la cola ante el acomodador había desaparecido milagrosamente y le di la entrada.

—Lo siento —dijo y me la devolvió.

—¿Todavía están limpiando? —pregunté incrédula.

—No, pero ya es tarde. Son las 14:22. La sesión de las 14:20 ya ha empezado.

—Pero ponen tráileres los primeros quince minutos...

—Lo siento. Son las normas del cine. Nadie puede entrar después de que haya empezado. Creo que todavía puede conseguir entradas para las 16:30.

No puedo, pensé, y sé quién es el responsable.

—¿Quiere que compruebe si todavía quedan entradas? —preguntó.

—No, así está bien. Da igual —dije y salí por el vestíbulo hacia las profundidades del Dromo en busca de Jack.

‘¡Una gran película! ¡No te la pierdas!’

—*Times Out Magazine*

Esperaba que el *Gusteau's* fuera un bar cerca de las discotecas y del *Rick's* de *Casablanca*, pero no era así y, después de consultar dos mapas y un guía del Dromo vestido como *Frosty, el muñeco de nieve*, lo encontré en la tierra de los munchkins, en medio de la piscina de bolas de *Monstruos, S. A.* y la bajada de la luna de *Gru, mi villano favorito*, llenos de criaturas que emitían gritos de alegría o terror que perforaban los tímpanos.

El restaurante era una réplica del bistró francés de *Ratatouille*, con ratas en el papel de la pared y en las mesas. Jack estaba en una mesa al fondo.

—Hola —gritó por encima del alboroto de la piscina de bolas—. No has entrado, ¿verdad?

—No —afirmé con tristeza.

—Siéntate. ¿Quieres algo para beber? *Gusteau's* es para todos los públicos, así que no puedo ofrecerte una Pimm's Cup, pero puedo traerte un moca ratón.

—No, gracias —decliné la oferta, ignorando su invitación de sentarme—. Quiero saber qué pretendes y por qué viste que no...

—Mmm, ¿qué te ha pasado? —me interrumpió y señaló mi camiseta todavía mojada—. ¿No me digas que has chocado con Hugh Grant que llevaba un zumo de naranja, como en *Notting Hill*?

—No —respondí rechinando los dientes—, un cortado con pan de jengibre...

—¿Y no te han dejado entrar por el código de vestimenta del Dromo?

—No, no me han dejado entrar porque la película ya había empezado. Porque un chico con un cortado de pan de jengibre y Papá Noel no me han dejado volver del *Polar Express* a tiempo, como bien sabes. Tú eres el que los ha colocado ahí. Es otra de tus bromas de adolescente, ¿no?

—Te lo he dicho, no era una broma.

—¿Entonces qué era?

—Es... ¿recuerdas cuando vimos *Oceans 17*, que roban en el casino? ¿Policías, sirenas, helicópteros, todo el mundo allí? Pero solo es una distracción y el delito real ocurre en el banco.

—¿Estás diciendo que las ocas solo eran una distracción?

—Sí. Como Papá Noel. ¿Qué ha hecho para retrasarte?

—Sabes perfectamente lo que ha hecho. Tú lo has contratado para que no entrara y tuviera que ir contigo, pero no funcionará. No tengo ninguna intención de ver *Una niñera bajo sospecha* contigo.

—Claro, porque no la verás. Hoy no.

—¿Por qué no? ¿Qué has hecho?

—Nada. Yo no soy responsable de nada de esto.

—¿De verdad? —pregunté con sarcasmo—. ¿Y quién es responsable?

—Si te sientas, te lo cuento. También te explicaré por qué la sesión de las 12:10 estaba agotada, por qué *La liga steampunk* envió el zepelín cuando lo envió y por qué no has podido comprar entradas para *Una niñera bajo sospecha* por Internet.

—¿Cómo lo has sabido?

—Pura suerte. Las máquinas de entradas no te dejaban comprar tampoco, ¿no?

—No —dije y me senté—. ¿Por qué no?

—Primero necesito una información. ¿Qué hacías en el *Polar Express*? Cuando te he dejado, le dabas la entrada al acomodador.

—No me ha dejado entrar. Alguien ha potado en la sala.

—Ah, sí, vómito. Siempre funciona. ¿Pero por qué no has esperado en la entrada?

Le conté las colas del *Doctor Who* y *La pastorcilla de ocas* y la gente de los bancos.

—¿No te ha pasado nada más mientras esperabas? ¿No te ha enviado nadie un mensaje que decía que habías ganado entradas gratis para cualquier cosa?

—Sí. —Le hablé sobre la repetición de la presentación de *Me ha caído el muerto*—. No puedes negarme que sea cosa tuya. ¿Quién más sabría que *Me ha caído el muerto* es una de mis películas preferidas?

—¿Quién? —repitió—. Cuando estábamos en la cola has dicho: ‘No volverá a pasar como con *La puerta del monzón*’. Supongo que no entraste a esa película tampoco. ¿Por qué no? ¿Te pasó lo mismo?

—No —dije. Le conté que Zara se probó zapatos y no llegamos a la sesión de las seis en punto—. Y entonces le llegó un mensaje que decía que habría un preestreno especial de *Fiesta de despedida de soltera*...

—¿Que, déjame adivinar, era una película que ella tenía muchas ganas de ver?

—Sí —respondí—. Así que decidimos ir a las diez en punto, pero cuando miramos cuánto tiempo duraba, no salía hasta...

—Hasta después del último tren ligero a Hanover —acabó asintiendo con la cabeza—. ¿Estás segura de que no quieres nada para beber? ¿Una cerveza de raíces de ratón? ¿Una Coca-Cola de vainilla con parásitos?

—No. De todos modos, ¿por qué estamos aquí? —pregunté—. Habrá otro lugar al que podamos ir en el que no tendríamos que gritar.

—Esto y el Túnel del Amor son las únicas áreas que no están vigiladas. Podríamos ir.

Yo ya había estado en el Túnel del Amor con Jack.

—No —negué.

—He oído que tienen funcionalidades nuevas que son de lo más románticas: Anne Hathaway muere de tisis, a Keira Knightley la atropella un tren, Edward y Bella se queman en la noche de bodas y...

—No iremos al Túnel del Amor —afirmé—. ¿Cómo son esas las únicas áreas sin vigilancia?

—Quiero decir que no hay que distraer a los niños para no ver *Ice Age: La edad de hielo 2*. Los niños inventaron el período corto de atención. Tú, por otro lado, has sido de lo más cabezona, por eso el vómito. Y el hombre del pan de jengibre.

—¿Insinúas que es el Dromo el que intenta evitar que vea *Una niñera bajo sospecha*?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—De acuerdo, así que sabes cómo empezó todo, que después de las masacres de *Batman*, *Metrolux* y *Hobbit 3*, la asistencia a los cines se desplomó del todo y tuvieron que pensar una nueva manera para que volviera el público, así que convirtieron los cines en fortalezas donde la gente se sintiera segura trayendo a los niños y enviando a los adolescentes. Aun así, para conseguirlo, tuvieron que introducir todo tipo de seguridad: detectores de metal, escáneres de cuerpo enteros, detectores de explosivos y esto supuso que la gente hiciera colas de una hora y cuarenta y cinco minutos para ver una película de dos horas, lo que solo consiguió que la asistencia decayera todavía más. ¿Quién quiere hacer cola cuando puede quedarse en casa y ver las películas por Internet en pantallas de noventa pulgadas? Tuvieron que inventar algo nuevo, algo espectacular...

—Los cinóDromos —rematé.

—Sí. Convirtieron ir al cine en una experiencia de un día envuelta por completo de entretenimiento...

—Como el Universo Disney.

Asintió.

—O Ikea. Proyectar muchas películas. Centenares en lugar de la veintena de los múltiplex. Y añadir deslumbramientos: 4-D, IMAX, interactivos, tráileres a lo Hollywood y apariciones de famosos, además de restaurantes, tiendas, recorridos, discotecas y recreativos de Wii temáticos, y nada de eso era del todo nuevo.

—Pero creía que habías dicho...

—Los cines no han ganado nunca dinero con las películas, que eran complementarias, una excusa para que el público entrara y comprara palomitas y chucherías a precios exorbitantes. Los Dromos solo expandieron el concepto, hasta el punto de que las películas cada vez cuentan menos. ¿Sabías que el 53 % de la gente que va a un Dromo no ve una película jamás?

—Lo creo —dije pensando en Kett y Zara.

—No es una casualidad. En las dos horas que se tarda en ver una película, se gastarían mucho más dinero que el precio de una entrada y los refrigerios. Y si consiguen que veas una sesión posterior, comerás y cenarás allí y después te quedarás a jugar a algo. Cuanto más tiempo pases en el Dromo...

—Más dinero me gastaré.

Asintió.

—Así que hacen todo lo posible para que ocurra.

—¿Esperas que crea que el Dromo lo ha orquestado todo: las entradas, el vómito, el mensaje y el cartel de ENTRADAS AGOTADAS para que yo compre más recuerdos?

—No. ¿Recuerdas la película antigua que vimos en la que el tío investiga lo que parece un simple accidente de trenes y resulta que no era un accidente?

—*Me gustan los líos* —maticé enseguida—. Con Nick Nolte y Julia Roberts. Ella era periodista...

—Y él era un sinvergüenza que, según recuerdo, le gustaba mucho a Julia —dijo Jack sonriendo.

—¿Qué intentas decirme?

—Quiero llegar a que el accidente de tren era solo la punta del iceberg. Igual que pasa con *Una niñera bajo sospecha*. Creo que hay toda una vasta conspiración...

—¿Para que no vea una película?

—Tú no. Cualquiera. Y no solo *Una niñera bajo sospecha*, sino *El hotel Parson's Court*, *Cuando pensabas que lo habías olvidado*, *Cambio de marchas* y es posible que un par más.

—¿Por qué?

—Porque no pueden consentir que el público descubra lo que está pasando. ¿Recuerdas las cosas que te he contado que el Dromo usa para atraer a la gente: muchos deslumbramientos y mercancías y muchas películas?

—Sí.

—Bien, ese es el problema. Los antiguos múltiplex tenían que llenar quince pantallas. Los Dromos tienen cien.

—Pero proyectan la misma película en más de una sala.

—Correcto, y en 3-D, 4-D y versiones Wii, además de toneladas de secuelas y adaptaciones y recreaciones...

—Y repeticiones de presentaciones...

—Y relanzamientos y festivales de cine y maratones de *Harry Potter* y vistas preliminares, pero incluso si añades películas extranjeras y Bollywood y malas recreaciones de comedias románticas británicas y adaptaciones horribles de todo esto, todavía quedan un montonazo de pantallas por llenar. Especialmente cuando a la mayoría de la gente solo le interesa ver *El Regreso de Frodo*. ¿Recuerdas cuando vinimos a ver *El extraño caso del Bellona Club* y estábamos solos en la sala?

—Sí...

—Es como la heladería Baskin-Robbins: anuncian treinta y un sabores. Pero ¿quién coño pide pasa o natilla de limón? Eso podría ser perfectamente vainilla con un poco de colorante añadido. Y lo mismo podría pasar con la mitad de las películas del Dromo.

—¿Así que quieres decir que *Una niñera bajo sospecha* no existe?

—Opino que es una posibilidad muy real.

—Pero esto es ridículo. Tú y yo vimos el tráiler. Había uno encima de nosotros mientras hacíamos cola.

—Que dura tres minutos y se podría haber rodado en un día.

—Pero ¿por qué la anunciarían si no existe?

—Porque de lo contrario alguien como yo, por ejemplo, podría sospechar.

—Pero no es posible que la gente lo permitiera...

—Claro que sí. La mayoría de gente quiere ver el último éxito de taquilla y con un empuje insignificante, como la señal de ENTRADAS AGOTADAS, puedes convencer al 95 % restante para que vean otra cosa. O coman en *El festín de Babette*.

—¿Y el otro cinco por ciento?

—Lo acabas de presenciar.

—Pero las entradas se agotan, especialmente en Navidad...

—Y la gente vomita y te echa bebidas por accidente y te entran tíos de una fraternidad y no puedes ir a la sesión de las 22:20 porque acaba después del último tren ligero a casa. La última sesión de cada película que he mencionado acaba después del último tren ligero del horario y he intentado entrar a *Cambio de marchas* durante los últimos cinco días y no lo he conseguido. ¿Qué hora es?

—Las cuatro en punto.

—Tira —dijo agarrándome del brazo y levantándose—. Tenemos que ir ya para llegar a *Una niñera bajo sospecha*.

‘¡Emocionante, con suspense e increíblemente romántica!’

—*Front Row*

—Pero creía que habías dicho que no existía —dije mientras me sacaba de *Gusteau's*.

—No existe. Va.

Me condujo por Hogwarts y por el País de Nunca Jamás y por un pasillo de tiendas que vendían recuerdos de *Toy Story*, *El mago de Oz* y *El hijo del Rey León*.

—Por aquí no se va al complejo del cine —protesté.

—Tenemos que comprar unas cosas antes —dijo llevándome a la Boutique Princesa Disney.

—¿Compras? ¿Por qué?

—Porque no podemos permitir que la Dirección se dé cuenta de que estamos aquí. Y la forma más segura de llamar la atención del Dromo es no gastar dinero —dijo mientras observaba un estante de camisetas de *Enredados* y se dirigía a otro estante lleno de sudaderas de *Blancanieves y los siete enanitos*—. Además, es una fecha importante. Tendrías que llevar algo especial, algo que el acomodador no haya visto.

Hojeó todo el estante y uno de los tutús de *Las doce princesas bailarinas*, los sacó y entonces los volvió a colgar.

—¿Qué buscas? —pregunté.

—Te lo he dicho. Algo especial —dijo buscando en otro estante—. Y algo que no te haga oler como la cocina de Mamá Noel. Ah, aquí lo tenemos —dijo sacando una camiseta amarilla de *Dora y Diego van al Himalaya*, en la

que Diego enfocaba su cámara característica hacia Dora y el mono, encima del Everest—. Justo lo que necesitábamos.

—No me pondré... —empecé, pero él ya me lo había puesto en las manos con una gorra de béisbol rosa de *La pastorcilla de ocas*.

—Pídele al dependiente que te desactive las etiquetas para que te la puedas poner ya y entonces ve al vestuario, quítate la camiseta y ponte esta. Yo estaré en la tienda de al lado. —Me empujó hacia la caja—. Sin preguntas.

Le obedecí, me quité la camiseta por la cabeza (llevaba razón, apestaba a pan de jengibre) y me puse esa por encima de la camiseta interior.

Estaba demasiado ceñida, lo que sospechaba que era parte del plan y me sentaba peor a mí que a la percha.

—Al menos podrías haberme elegido cosas bonitas —le espeté cuando lo encontré en la tienda de al lado, probándose unas gafas de *Risky Business*.

—No, no podía. ¿Qué has hecho con la otra camiseta?

—La he guardado en la bolsa —expliqué.

—Vale. Va —dijo cogiéndomela.

Me dirigió fuera de la tienda, de vuelta hacia *Gusteau's*, a un contenedor de reciclaje, donde tiró la bolsa.

—Me gustaba esa camiseta —me quejé.

—Chsss, ¿quieres ver esa película o no? —preguntó.

Me condujo por un laberinto de globos de artistas, tecnología de tatuaje láser, atracciones y tiendas de golosinas hacia el vestíbulo y se detuvo antes de entrar.

—De acuerdo, quiero que vayas al quiosco y compres una entrada para *Dragonwar*.

—¿*Dragonwar*? Pero creía que íbamos a...

—Y vamos. Compra una entrada para *Dragonwar* y entonces...

—¿Una entrada? ¿No dos?

—Claro que dos no. Vamos por separado.

—¿Y si la máquina me dice que tengo que ir a la taquilla?

—Eso no pasará —aseguró—. Una vez estés dentro...

—¿Y si dicen que tampoco puedo entrar?

—Eso no pasará tampoco. Una vez estés dentro, ve al lugar de las comidas y compra una de palomitas grandes, un 7-Up grande con dos pajitas y entra a la Sala 17.

—¿La Sala 17? Pero *Dragonwar* se emite en la Sala 24.

—No veremos *Dragonwar*. Ni *Au revoir, mon fou*, que proyectan en la Sala 17. No entrarás a ninguna sala. Te quedarás en la puerta de la 17. Nos

encontraremos allí en un par de minutos.

—¿Y me prometes que veremos *Una niñera bajo sospecha*?

—Te prometo que te llevaré a *Una niñera bajo sospecha*. Palomitas grandes —pidió—. 7-Up grande. Coca-Cola no.

Me puso la gorra de *La pastorcilla de ocas* por debajo de los ojos.

—Sala 17 —repitió, y se fue hacia la multitud.

‘Basada en una historia real... ¡pero no la creeréis!’

—*At the Movies*

Tenía razón. Nadie se interpuso en mi camino ni me echaron ningún batido a traición ni me pararon para darme una entrada gratis para *¡Quedas detenido!*, ni el acomodador me miró mientras me partía la entrada por la mitad.

—Sala 24 —anunció e hizo un gesto hacia la derecha—. Al final del pasillo.

Entonces prestó atención a un trío de niños de trece años y yo seguí por el recibidor con alfombras.

No había ni rastro de Jack, pero quizás estaba escondido en una de las entradas de la sala o después de que el pasillo girase a la derecha.

No estaba allí. Esperé fuera de la Sala 17 más de un par de minutos y, entonces, caminé despacio hasta la 24, en la que emitían *Dragonwar*, pero no estaba allí tampoco.

Lo han pillado intentando colarse y lo han echado, pensé volviendo a la Sala 17 y quedándome en la entrada.

Esperé un poco más.

No había ninguna señal de Jack, ni de nadie más, excepto de un niño que salió disparado de la Sala 30 hacia el baño, cuya puerta cerró con estrépito. Esperé un poco más. Habría cogido el móvil para ver qué hora era pero, entre el vaso gigante de 7-Up que llevaba en el brazo izquierdo y la enorme bolsa de palomitas, era imposible.

Una puerta se cerró más allá del pasillo y levanté la vista con ganas, pero era el niño que volvía a saltos a la Sala 30, con la firme determinación de no perderse ni un segundo más de los necesarios de su película. Me preguntaba qué era tan fascinante. Me moví un poco hacia abajo del recibidor para poder ver el cartel encima de la puerta.

Masacre mortal. Y en la puerta de al lado, en el cartel encima de la Sala 28, *Una niñera bajo sospecha*.

‘¡El elenco es espectacular!’
—*Goin’ Hollywood*

¡Qué cabrón! Jack me había dicho que no existía y ahí estaba. Todos esos problemas que había tenido, todas esas personas que se habían interpuesto, no eran empleados contratados por el Dromo para no dejarme entrar. Eran simples cinéfilos como yo y lo que había pasado eran meras coincidencias. No había ninguna conspiración.

¿Cuándo aprenderás que no puedes confiar en ninguna de sus palabras?, pensé. Y, si hubiera estado allí, me habría el dado el gustazo de echarle el 7-Up (y las palomitas) por encima y me habría ido.

Pero parecía que lo habían pillado y lo habían expulsado del Dromo. Si es que había tenido la intención de venir.

Y me cargó (literalmente) la culpa. Ahora que lo pensaba, Nick Nolte le había hecho lo mismo a Julia Roberts en *Me gustan los líos* (¿qué otra cosa podía haber hecho?): marear la perdiz. O, mejor dicho, las ocas.

Lo mataré cuando lo encuentre, pensé, y me dirigí a la entrada, muy cabreada, y entonces paré y volví a mirar la Sala 28. Había venido al Dromo a ver *Una niñera bajo sospecha* y estaba allí mismo, con la sesión de las 16:30 a punto de empezar. Jack se lo tendría merecido si la veía sin él.

Volví donde el pasillo daba la vuelta y miré hacia un lado para asegurarme de que nadie (especialmente alguien del personal) venía y me pillaba entrando a una película diferente a la de mi entrada, corrí hacia la Sala 28 y abrí la puerta. Fue una gran hazaña por las palomitas y el 7-Up, pero me las apañé para mantenerla abierta con las caderas bastante tiempo para entrar.

Dentro estaba oscuro. La puerta se cerró detrás de mí y yo permanecí en la oscuridad, a la espera de que se me acostumbrasen los ojos. No se acostumbraron, a pesar de que tendría que haber luz de la pantalla o, si todavía no habían empezado los tráileres, de las luces superiores. ¿No se suponía que esos pasillos tenían que contar con alumbrado por si había que evacuar el cine?

Era obvio que este no tenía y no se veía nada. Me quedé allí, escuchando. Estaba claro que los tráileres habían empezado. Oía choques, estampidas y música inquietante. Debía de ser un tráiler de una de esas películas rodadas completamente de noche como *El caballero oscuro: la leyenda renace* o la recreación de *Alien* y por eso no se veía nada pero, en un minuto, cuando pusieron un tráiler diferente, habría bastante luz para encontrar el camino.

Aun así, a pesar de que los sonidos cambiaron a risas y murmullo amortiguado de voces, el pasillo siguió negro como el carbón de mina.

Tendría que encontrar el camino a ciegas, pero no tenía ninguna mano libre para tocar la pared. Ni para coger el móvil y emplear la luz de la pantalla como linterna.

Todo es culpa de Jack, pensé mientras me inclinaba para dejar el 7-Up y sacar el móvil del bolsillo. Lo abrí y lo sostuve delante de mí. Era evidente por qué el pasillo estaba tan oscuro: seguía unos metros y giraba de manera brusca a la izquierda en una especie de codo. Si hubiera seguido andando, me habría golpeado la cara contra una pared.

Aquí hay una buena denuncia, pensé intentando averiguar una manera de aguantar el móvil y el 7-Up a la vez. No había ninguna, ya que el vaso era demasiado ancho, pero si conseguía pasar el codo, tendría algo de luz de la pantalla. Me puse el teléfono en el bolsillo, agarré el vaso a ciegas y avancé por el pasillo contando los pasos hasta la pared.

—Cuatro, cinco —cuchicheé—. Seis, siete...

Y, de repente, una mano me agarró la cintura por detrás. Me quejé, pero ya tenía una segunda mano en la boca y la voz de Jack en la oreja:

—Chsss. Por aquí —cuchicheó y me llevó, de manera imposible, a través de la pared.

‘¡Una triunfadora! ¡Os alegraréis de haber venido!’

—*Variety Online*

Sorprendentemente, no se me había caído ni el 7-Up ni la bolsa de palomitas.

—¿Qué te crees que haces? —exclamé liberándome de él.

—¡Chsss! —susurró—. Estas paredes no están insonorizadas. ¿Se te ha caído alguna palomita?

—Por supuesto que me han caído —dije—. Casi me matas del susto.

—Chsss. Mira, puedes chillarme todo lo que quieras —murmuró—, pero no hasta la próxima escena de persecución. Y no saques el móvil. No quiero que la luz nos delate. Quédate aquí —ordenó.

Oí el silbido de una puerta al abrirse y cerrarse con suavidad y entonces oí el jaleo que venía de la pared de la izquierda. Sonaba similar a lo que había oído antes y había pensado que eran los tráileres de *Una niñera bajo sospecha*, pero venía de la sala de al lado, lo que significaba que provenía de *Masacre mortal*.

No veía nada, no hablemos ya de ver lo que tenía a mi alrededor, pero tenía que ser el pasillo que conducía a *Una niñera bajo sospecha* porque oía una voz que entonaba ‘Se estrena el día de San Valentín’ a través de la otra pared.

Bueno, todavía estaban con los tráileres. No me había perdido el principio de la película. Ya tendría tiempo para decirle a Jack lo que opinaba de él por haberme agarrado así y, a pesar de todo, conseguir entrar a tiempo de ver los créditos iniciales. Si lo encontraba en la oscuridad, que todavía era absoluta.

Jack había vuelto. Oí como cerraba la puerta.

—Por suerte, solo te han caído un par de puñados —dijo mientras sonaban las explosiones de *Masacre mortal*—. Me los he comido. ¿Por qué has tardado tanto? Temía que el acomodador te había visto e iba a salir a rescatarte.

—¿Que dónde estaba? —pregunté con furia—. Estaba fuera de la Sala 17, como me habías dicho. Me has mentido...

—Nadie te ha visto en la puerta de la 28, ¿verdad?

—No me cambies de tema. Tú...

—¿Te han visto? —Me agarró el brazo y empujó las palomitas.

—No —respondí escuchándolo a medias.

Entre explosiones ensordecedoras, el locutor de la pared de *Una niñera bajo sospecha* decía amortiguado:

—Y ahora, nuestra presentación estelar.

—Mira, me encantaría estar aquí en la oscuridad y pelearme contigo, pero tengo la intención de ver *Una niñera bajo sospecha*. Así que, por favor, suéltame el brazo: la película va a empezar.

—No, de eso nada —replicó. Me apretó el brazo—. Espera.

Me soltó, se apartó de mí y le oí hacer algo, a pesar de que no sabía qué, y entonces en la pared que estaba ante mí se encendió el haz de una pequeña linterna.

Según lo que veía con esa lucecita, estábamos en un pasillo estrecho como el de fuera, con una alfombra en el suelo y paredes sin iluminación, pero era largo y recto y terminaba en una pared, no en la entrada de la sala. No había ni rastro de la puerta que Jack acababa de atravesar, aunque tenía que ser en esa pared, porque Jack se había quitado la chaqueta y la había dejado al pie de la puerta.

—Para que no se filtre ninguna luz —explicó por encima del bullicio.

—¿Qué es este lugar? —pregunté—. ¿Dónde estamos?

—¡Chsss! —ordenó él, poniéndose un dedo en los labios y susurrando—. Se acerca la escena del beso.

Estaría diciendo la verdad, porque compases de violín reemplazaron a los disparos y las explosiones.

Me agarró las palomitas y el vaso del 7-Up, caminó de puntillas por el pasillo, se agachó, los dejó en el suelo y se volvió a levantar, con un dedo en la boca. Parecía que los de la masacre mortal habían vuelto, porque los románticos violines se pararon de repente, reemplazados por una ráfaga de trompetas, un montón de tambores y el sonido de motores revolucionados y chirridos de neumáticos.

—Escena de persecución —explicó Jack, que volvía hacia mí—. Hora de trabajar.

—Has dicho que me contarías qué lugar es este. ¿Dónde está el cine?

—Te lo contaré todo, lo juro. Después de que hagamos esto. Quítate la camiseta.

—¿Qué?

—La camiseta. Quítatela.

—No cambias nunca, ¿no?

—Esa no es tu frase. Tendrías que decir: ‘¿Seguro que estamos los dos pensando lo mismo?’ y yo digo...

—Esto no es *Cómo robar un millón y...* —protesté.

—Tienes razón —aceptó—. Se parece más a *Jumpin’ Jack Flash*. O a *Me gustan los líos*. Quítatela. Y date prisa. No tenemos tiempo.

—No tengo ninguna intención de quitarme...

—Cálmate. Es por las fotos de este pasillo y el de fuera —dijo y cuando me quedé quieta, con los brazos cruzados, añadió—: La cámara que tiene el chico de tu camiseta no es un simple dibujo. Contiene una cámara digital integrada.

Por eso había echado un vistazo a todas esas camisetas en la Boutique Princesa Disney. Había buscado la que tenía una cámara.

—¿Por qué no usas la cámara de tu móvil?

—Cuando los escanean en la cola de seguridad, compulsan la información con las bases de datos de la policía y del FBI.

—En las que tú apareces por lasocas —deduje—. Por eso querías que viniera contigo, para que te metiera la cámara.

—Por supuesto. Eso hacen los sinvergüenzas: usan a la chica para que pase de contrabando el collar por la frontera o para conseguir la historia de la noticia o para escapar de Alemania del Este...

—¡Esto no es una película!

—Tienes razón. Por eso necesito hacer esas fotografías. Así pues, ¿quieres darme la camiseta o quieres que coja la cámara mientras la llevas?

—De acuerdo —accedí.

Me quité la camiseta por la cabeza, se la entregué y me quedé allí echando fuego por la boca en camiseta de tirantes mientras él ponía la camiseta del revés, sacaba la cámara digital y me devolvía la camiseta. Me la puse mientras él sacaba fotografías del lugar y me apartaba con gestos para conseguir una de la larga pared detrás de mí.

Fotografió la pared por la que me había traído y la que estaba en el otro extremo, volvió a mi lado y escuchó durante un momento.

—Volveré enseguida —aseguró, apagó la mini linterna, lo que nos dejó a oscuras y volvió a salir al pasillo de nuevo.

Desapareció lo que me pareció una eternidad. Puse la oreja en la puerta, pero solo oía detonaciones y gritos de la parte de *Masacre mortal* y música asquerosamente animada de la otra parte. Escuché con atención, con miedo a que el estrépito disminuyera, pero no fue así, a pesar de que en el lado de *Masacre* oía, por encima de los choques, el sonido de voces amortiguadas.

Por favor que no sea el acomodador ni la seguridad del Dromo, pensé, y me pregunten qué hacía Jack aquí, pero no debían de ser ellos porque la puerta se abrió de nuevo y tuve que retroceder deprisa mientras Jack entraba y cerraba.

—¿Ves mi chaqueta? —cuchicheó.

La busqué en balde a tientas, me quité la camiseta otra vez y se la pasé para que la pusiera en la puerta.

—Gracias —murmuró y, después de unos pocos segundos, volvió a encender la mini linterna.

—¿Has conseguido las fotografías?

Agitó la cámara digital.

—Sí.

—Bien. Me has mentado.

—No, de eso nada. Aunque Jimmy Stewart mintió a Margaret Sullavan, Peter O'Toole mintió a Audrey Hepburn y Cary Grant también mintió a Audrey Hepburn. Así actúan los sinvergüenzas.

—No es excusa. Has prometido que me llevarías a *Una niñera bajo sospecha*.

—Y lo he hecho. Es esto. —Movié el brazo para señalar el pasillo—. Bienvenida a la Sala 28.

—Esto no es una sala —protesté.

—Tienes razón. Ven. —Me agarró la mano y me condujo junto a las palomitas y el 7-Up—. Siéntate y te lo explicaré todo. Venga, siéntate.

Me senté en el suelo, con la espalda contra la pared y los brazos cruzados con beligerancia en el pecho. Él se sentó enfrente de mí.

—Ese pasillo se divide en dos y se adentra en las salas por ambos lados. Si no te hubiera agarrado y traído hasta aquí, habrías dado la vuelta y seguido el codo hacia la Sala 30 y *Masacre mortal*. Si hubieras ido por el otro camino, habrías acabado en la Sala 26 —señaló con el dedo la pared a sus espaldas—, en la que están proyectando ahora *Abran paso a los patitos*, de lo que no te habrías dado cuenta hasta después de quince minutos de tráileres, momento en el que habrías pensado que te has equivocado de sala y se lo habrías comunicado al acomodador, que te habría respondido que lo sentía, pero que te habías perdido el principio de *Una niñera bajo sospecha* y no podía dejarte entrar, pero que tal vez todavía quedaban entradas para la sesión de las siete en punto. Un truco de los buenos, ¿eh?

—Pero ¿por qué...?

—Tienen una última línea de defensa por si un fan testarudo supera los otros cortafuegos. No pasa casi nunca, pero de vez en cuando alguien consigue lo que tú acabas de hacer: no puede entrar, compra una entrada para otra película y después intenta colarse en la que quería ver desde un principio.

—Entonces, ¿por qué no quitan los carteles?

—Lo intentaron, lo que al principio nos hizo sospechar, así que tuvieron que ingeniar un plan alternativo: el que ves ante ti.

—¿Nos? —pregunté.

—Ay, casi me olvida —dijo levantándose para recuperar la chaqueta.

Se la puso, volvió y empezó a buscar en los bolsillos.

—¿Qué haces ahora? —pregunté.

—Intento hacerlo antes de que *Masacre mortal* vuelva a un tramo tranquilo. —Frunció el ceño al ver el vaso rojo de Coca-Cola—. Has comprado 7-Up, ¿verdad? No Coca-Cola.

—He comprado 7-Up. —Se la pasé—. No harás una bomba fétida, ¿verdad? —le pregunté mientras sacaba una petaca y vertía un líquido marrón en el vaso.

—No —aseguró.

Pegó unas palmadas más a los bolsillos y sacó un vaso conmemorativo de *Terminator 12* y una bolsa de plástico con rodajas de limón. Abocó la mitad de la mezcla del 7-Up con hielo y el líquido marrón en el vaso de *Terminator*,

añadió una rodaja de limón y una ramita de menta del bolsillo del pecho, buscó en la chaqueta, sacó un tallo de ruibarbo con una floritura, lo puso en el vaso, removió la mezcla y me lo entregó.

—Su Pimm's Cup, señora.

—Como las que preparaste la noche que vimos *Me ha caído el muerto* — dije sonriente.

—Bueno, no como esas. Estas llevan ron, que era lo único que tenía la Coctelería de Tom Cruise. Y cuando preparé los de *Me ha caído el muerto* intentaba meterme en tu cama.

—¿Y qué intentas hacer esta vez? ¿Emborracharme para que acceda a ayudarte en otro asunto ilegal?

—No —negó sentado a mi lado—. En todo caso, ahora mismo no.

No se trataba de una respuesta de lo más tranquilizadora.

—Tengo las fotografías, he venido a por ellas y, gracias a ti y a esa horrible camiseta de Dora —me pasó el vaso de Coca-Cola—, será mucho más improbable que me pillen sacándolas. Aun así, todavía es demasiado complicado seguir investigando hasta que las haya sacado con seguridad de este establecimiento.

Sorbió su bebida sin prisa.

—¿Entonces no nos tendríamos que ir? —pregunté.

—No podemos, al menos hasta que no acabe *Masacre mortal* y podamos mezclarnos con el público que se va. Así que relájate. Bebe la Pimm's Cup, come palomitas. Tenemos... —Calló y escuchó un momento el ruido que venía de la pared— una hora y cuarenta y seis minutos que matar. Tiempo suficiente para...

—Contarme qué pasa, como has prometido. ¿O me dirás que también es confidencial?

—De hecho, lo es. Ya has visto lo que están haciendo: ocultan películas que no existen.

—Pero ¿por qué? A la mayoría de la gente no le importa las películas.

—Ah, claro que sí. Creen que tienen cien para elegir y por eso vienen hasta aquí con el tren ligero y soportan colas de seguridad eternas. ¿Crees que harían eso para comprar una bolsa de palomitas y una taza sobrealimentada de *Los Vengadores*? ¿Cuánto tiempo crees que resistiría la heladería Baskin-Robbins si solo tuviera tres sabores, aunque fueran los más populares? Mira a tus amigas. Tal vez han estado todo el día de compras y comiendo y...

—Ligando con tíos.

—Y ligando con tíos, pero si mañana alguien les preguntara qué hicieron, dirían que fueron al cine y las creerían. El Dromo no vende palomitas, sino una ilusión, una idea: una pantalla gigante con imágenes musicales, tu novia sentada al lado en la oscuridad, amor, aventura, misterio...

—Sin embargo, todavía no lo entiendo. De acuerdo, tienen que mantener la ilusión, pero tampoco es que no tengan películas. Has dicho que solo hay cuatro o cinco que no existen y proyectan la misma película en más de una pantalla. ¿Por qué no emiten *Fuerza-X* o *El regreso de Frodo* en una sala más en lugar de inventar films?

—Porque ya ponen *Fuerza-X* en seis salas y Starstruck acaba de anunciar que construirá una cadena de SuperDromos con doscientas cincuenta pantallas. Además, creo que el público cinéfilo no es el único al que intentan engañar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si eres una compañía cinematográfica, le podrías sacar buen provecho a todo esto. Si la película se retrasa, no multan ni despiden a nadie por no llegar a la fecha de lanzamiento. La lanzas de todas maneras y entonces, cuando se acaba, quitas el DVD y la retransmites en directo y, si te he visto, no me acuerdo. Por cierto, así fue con *La puerta del monzón* y sospecho que ha pasado con *Una niñera bajo sospecha*. No se puede lanzar una película de Navidad en febrero. Tiene que salir en diciembre o se te cae el pelo. Metafóricamente hablando.

—Eso quiere decir que tal vez aparecerá en Internet los próximos meses —deduje.

—Sí y, si es así, la veré contigo, lo prometo.

—¿Crees que es lo que ha pasado con las otras películas?

—No. *Los archivos del destripador* no apareció nunca. Tampoco *Misión a Antares* ni *La piel de nuestros dientes*. ¿Para qué gastar millones en hacer una película cuando se puede rodar un tráiler de tres minutos, pagar al Dromo para que impida a la gente entrar y embolsarte la diferencia? Ni siquiera tienen que saberlo los accionistas.

—Sería un fraude.

—Es un fraude —aseguró—. Y publicidad engañosa. Hay leyes contra la venta de productos que no existen.

—Por eso no venden entradas por Internet —añadí—. Pero si son delincuentes, ¿lo que estás haciendo no es peligroso?

—No si no saben que lo hago. Por eso tenemos que sentarnos tranquilamente, comer palomitas —bajó la voz hasta cuchichear y se acercó a

mí— y mirar la película.

—¿De qué va? —murmuré.

—De un tío que investiga una conspiración cuando, ¿quién aparece? Su ex, que es lo último que necesita. Intenta mantenerse invisible...

Eso explica por qué estaba tan consternado al verme, pensé, quitándome un peso de encima.

—Y sabe que tendría que huir antes de que ella le hunda la tapadera, pero ella cree que él es un...

—¿Sinvergüenza?

—Iba a decir gilipollas.

—Sinvergüenza —afirmé con firmeza— y, además, necesita que ella saque algo delante de los guardias, como Kevin Kline en *French Kiss*.

—Exactamente. Además, le tiene que contar unas cosas, así que la recluta para que lo ayude y, en el transcurso de las investigaciones, la convence para que lo perdone, como Olivia de Havilland perdona a Errol Flynn y Julia Roberts perdona a Nick Nolte y Whoopi Goldberg perdona a...

—Jack. Porque es lo que hacen las novias de los sinvergüenzas.

—Exactamente. Por eso tendrías que...

—Chsss —exclamé.

—¿Qué pasa? —cuchicheó.

—Se acerca la escena del beso —advertí y apagué la mini linterna.

‘La película más divertida de todas’

—*moviefone.com*

—¿Cuánto dura *Masacre mortal*? —le pregunté mucho tiempo después—. A mí esto me parece la escena final.

Se apoyó en un hombro y dijo:

—Así es.

Siguió acariciándome el cuello con la nariz.

—¿Pero no tenemos que largarnos antes de que acabe?

—Sí, pero olvidas que es un éxito de taquilla de Hollywood. ¿Recuerdas cuando vimos la recreación de *Speed*, que los dos creíamos que se había acabado y todavía no? ¿O *El retorno del rey*? Esa tenía unos siete finales. A *Masacre mortal* todavía le quedan tres picos.

—Oh, bueno —murmuré acurrucándome en su hombro, pero él se sentó, cogió la chaqueta, sacó el móvil y lo abrió.

—Creía que no tenías móvil —apunté sentándome.

—No uno con el que quiera que me pillen —respondió mirando la pantalla—. Cambio de planes. Me tengo que ocupar de un asunto. —Empezó a abotonarse la camisa—. Espera hasta la próxima explosión y, entonces, sal al pasillo y espera a que se acabe *Masacre mortal*. No te dejes nada aquí.

Asentí.

—Cuando salgas al vestíbulo, ve a una de las cafeterías, pero no al *Polar Express*, pide una bebida, manda un mensaje a tus amigas y espera al menos unos minutos antes de intentar irte. Así no deberías de correr peligro.

Me estiró los pies.

—Mira, no puedo escribirte ni llamarte (podrían rastrearlo), así que a lo mejor tardo un poco antes de poder ponerme en contacto contigo. Hasta ahora solo he demostrado que hay un pasillo bloqueado entre salas y alguna actividad sospechosa. Todavía tengo que probar que las películas no existen y tendré que hacerlo en Hollywood. —Vaciló—. Me sabe mal dejarte aquí.

—Pero Peter O'Toole dejó a Audrey Hepburn en un armario y Kevin Kline dejó a Meg Ryan en París sin pasaporte —añadí siguiéndolo hasta el final del pasillo—. Y ahora supongo que se supone que tengo que decir: 'Está bien. Ve' y tú me besas como despedida y yo me quedo en la entrada como Olivia, mirando con anhelo como te vas con la melena al viento que huele como el mar.

—Exactamente. Excepto que en este caso huele más como aceite rancio de palomitas y no podemos dejar la puerta abierta: entra demasiada luz. Pero sí que puedo encargarme del beso.

Me besó.

—¿Ves? Sí que te gustan los sinvergüenzas.

—Me gustan los hombres decentes —repliqué—. ¿Cómo saldrás del Dromo sin que te pille la seguridad?

—Me las apañaré —aseguró—. Mira, si te metes en problemas...

—No me meteré. Ve.

Me volvió a besar, abrió la pared y la atravesó. Inmediatamente volvió a aparecer.

—Por cierto, sobre las ocas y la graduación. ¿Recuerdas que en *Cómo robar un millón y...* Peter O'Toole le explica a Audrey Hepburn que no es un ladrón, sino un experto en seguridad 'licenciado en Historia del Arte y en Química y diplomado con honores en Criminología Superior por la Universidad de Londres'?

—Sí. Supongo que ahora me dirás que te has graduado en la Universidad de Londres.

—No, en Yale. En fraude al consumidor —dijo antes de irse.

Tuve que recoger sola muy deprisa toda la basura delatora con la poca luz de la pantalla del móvil, salí al pasillo, cerré la puerta sin ruido, me dirigí al pasillo que conducía a la sala de al lado y esperé a que acabara la película.

‘¡Una experiencia de película que te deja con ganas de más! ¡Un sí!’
—*rogerebert.net*

Tenía razón respecto a *Masacre mortal*. Siguió veinte minutos más, lo que me dio tiempo para asegurarme de que la puerta estaba completamente cerrada sin ninguna raja, volví a buscar palomitas perdidas y, entonces, me apoyé en la pared del pasillo para escuchar una melodía entera de choques, truenos y explosiones antes de que se encendieran las luces, la gente empezara a marchar y me tuviera que mezclar con ellos sin que se dieran cuenta de mi presencia.

Fue más fácil de lo que pensaba. Estaban todos demasiado absortos en encender de nuevo los móviles y quejarse sobre la película como para prestarme atención.

Masacre mortal parecía haber sido tan horrible como sonaba a través de la pared.

—No me imaginaba que el argumento sería tan aburrido —dijo un niño de doce años y su amigo asintió—. No me ha gustado nada el final.

A mí tampoco, pensé con nostalgia.

Me puse detrás de ellos y los seguí por el pasillo, escuchando su conversación para poder hablar sobre la película si alguien me preguntaba.

Como el encargado de las entradas, por el que todavía tenía que pasar. Me pregunté si recordaba que había entrado a *Dragonwar* y no a *Masacre mortal*. Tal vez tendría que volver a la Sala 17 y salir con el público de *Dragonwar*.

Pero si ya habían salido, tendría que pasar sola por el encargado de las entradas y se fijaría en mí. ¿Y si alguno de los miembros del personal me veía volver y deducía que me colaba en una segunda película? Mejor seguir con este gentío.

Me quedé delante de la puerta, rondando alrededor del cubo de basura hasta que apareció un grupo de chavales de instituto y, entonces, eché la bolsa de palomitas y el vaso de Coca-Cola y me pegué a ellos. Fue una buena decisión porque había personal de limpieza que acechaba fuera de la puerta con recogedores y bolsas de basura, encorvados en la pared, a la espera de que la sala se vaciara, y parecían estar anormalmente alerta. Me pegué a unas

chicas cuando pasaron, saqué el teléfono y fingí que enviaba mensajes como ellas hasta que nos mezclamos con el público de *Piratas del Caribe 9*, que acababa de salir.

Según escuchaba, *Piratas* no había sido mucho mejor que *Masacre mortal* y pensé que me lo había pasado mejor que cualquiera de ellas sin haber visto ninguna película.

La gente que bajaba quejándose reforzó ese pensamiento. La multitud pasó disparada delante del chico de las entradas hacia el vestíbulo. Me alivió ver que no estaba lleno de guardias de seguridad y no había sirenas a todo volumen. Jack se habría ido sin peligro.

Pero por si acaso estaba todavía en el Dromo, tenía que hacer que no sospecharan. Eso significaba alejarme de los estudiantes y ponerme a hacer cola para la próxima sesión de *Una niñera bajo sospecha*. Si todavía intentaba verla, era obvio que no sabía que no existía.

Las estudiantes intentaban decidir a qué restaurante ir.

—Mientras os decidís, me voy a por un pastel —informé a la que estaba más cerca, que ni siquiera levantó la vista del móvil.

Fui a comprobar la hora de la próxima sesión, que debería de ser a las 18:40. No era a esa hora, sino a las siete y media, y la de después era a las diez. Miré el horario durante un largo minuto, mientras consideraba qué significaba esto y entonces fui a intentar encontrar el final de la cola de las entradas.

Era diez veces más larga que cuando habíamos llegado, serpenteaba hasta la Cafetería de la Estrella de la Muerte y apenas se movía. Menos mal que no tenía ninguna intención de entrar. No llegaría ni a la mitad antes de que saliera el último tren a casa.

Me preguntaba cuánto tiempo tenía que estar aquí. Jack había dicho que no era seguro emplear su teléfono, pero tal vez había conseguido que alguien le prestara uno desde el que pudiera mandarme un mensaje, así que encendí el móvil y consulté los mensajes.

No tenía ninguno suyo, sino cuatro de Zara y todos preguntaban ‘Dnd estas?’, excepto el último, que decía ‘Como no cnt, supongo k has entrado a Niñera. T ha molado?’.

Tenía que contestarle al mensaje, pero no hasta que hubiera avanzado un poco en la cola para que no pareciera que me acababa de poner. No quería que preguntara lo que había hecho durante todo ese tiempo: enseguida establecería conexiones con Jack. Así que apagué el móvil y me quedé allí,

avanzando un centímetro de vez en cuando y pensando en el mensaje de Zara. ‘T ha molado?’, me había preguntado.

Me ha encantado, pensé, y recordé a los chicos que se quejaban sobre *Masacre mortal* y que yo me lo había pasado mucho mejor que ellos en el cine.

¿Y cómo lo sabía? ¿Acaso no había participado en una aventura romántica de espías fabricada por Jack, que sabía que yo quería creer que él había tenido una buena razón para irse sin abrir la boca y que me había oído quejarme incontables veces por ir al cine con Zara y Kett e irnos sin haber visto ninguna película?

Habrá unas mil razones para que exista ese pasillo: tal vez es un atajo entre salas para el proyccionista, o una salida de emergencia obligatoria en caso de incendio de la que Jack se había apropiado para ubicar su túnel privado del amor. Quizás había sobornado al acomodador para decirme que no podía entrar y que pusiera el cartel de *Una niñera bajo sospecha* en la Sala 28 después de que el público de *Abran paso a los patitos* hubiera entrado. Y lo demás (el vómito, el cortado de pan de jengibre derramado y el Papá Noel) podrían haber sido coincidencias y Jack había hecho que pareciesen parte de una conspiración.

No seas ridícula, me dije. *¿En serio crees que se habría metido en todos esos líos por acostarse contigo?*

*Claro que sí. Mira en qué líos se metió para gastar una broma al decano. Y todo se había desarrollado como el argumento de *Cómo robar un millón* y... o *Me gustan los líos*, con espías, idioteces, una pareja enfrentada obligada a estar junta en un reducido espacio y un héroe que mentía a la heroína.*

Pensar que era una estrategia tenía mucho más sentido que pensar que había una enorme conspiración de Hollywood escondida en este Cinódromo con decoración navideña.

No hay ninguna conspiración, pensé. *Me la ha jugado. Otra vez. Una niñera bajo sospecha está emitiéndose ahora mismo en la Sala 56 o 79 o 100. Y Jack está planeando otra broma (o la seducción de otra chica ingenua) mientras yo hago esta estúpida cola intentando protegerle de un peligro que nunca ha existido.*

Miré el final de la cola. Había una docena de personas. Todavía no podía enviarle ningún mensaje a Zara, pero ahora por una razón diferente: no podía enterarse nunca de lo tonta que había sido.

Así que continué allí, meditando lo fácil que habría sido para Jack sobornar a alguien del personal para que pusiera el cartel de ENTRADAS

AGOTADAS en los horarios, igual que había sobornado a algún granjero para que le prestara las ocas y había pagado a alguien para que me bloqueara el paso al vestíbulo. Ahora que lo pienso, cuando me di cuenta de que ya no quedaban entradas para *Una niñera bajo sospecha*, me tendría que haber ido a *Una relación desafortunada*.

Tres universitarios de primer año de Hanover se acercaron a la taquilla para hablar a las chicas que tenía delante.

—¿Qué vais a ver? —preguntó uno.

—No lo hemos decidido —respondió una de las chicas—. Estábamos pensando que tal vez *Saw 7*. O *Una relación desafortunada*.

—¡No! —gritaron los tres—. La acabamos de ver. ¡Es muy aburrida!

‘¡Merece mucho la pena!’

—*comingsoon.com*

Esperé diez minutos más, durante los que adelanté una zancada. Entonces llamé a Zara.

—¿Dónde estabas? —me preguntó—. Te he enviado muchos mensajes.

—¿Sí? No me han llegado. Creo que mi móvil funciona mal.

—¿Dónde estás ahora?

—¿Dónde crees tú? En la cola.

—¿En la cola? ¿Quieres decir que todavía no has visto *Una niñera por Navidad*? —preguntó.

—*Una niñera bajo sospecha* —corregí—. No, todavía no. Las tres sesiones de la tarde han agotado las entradas antes de que me tocara a mí, así que intento comprar una para las siete en punto.

—¿Dónde estás exactamente? —preguntó.

Se lo expliqué.

—Ahora voy —dijo.

Lo dudaba: tardaría al menos veinte minutos en deshacerse de los tíos y entonces, de camino hacia mí, el vestido que Zoe Deschanel llevaba en *Son of Elf* u otros tíos distraerían a Kett y a ella, y en ese momento, con un poco de suerte, la cola ya habría avanzado bastante para que pareciera que la hacía desde las 12:10.

Aun así, apareció casi al instante y sola.

—¿Esta es toda la cola que has hecho? —preguntó—. ¿Qué le ha pasado a Jack?

—Ni idea —respondí—. ¿Y Kett?

Zara entornó los ojos.

—Le ha mandado un mensaje a Noah y se han ido a la Discoteca *Dirty Dancing*. ¿Te ha contado dónde ha estado todos estos meses?

—¿Quién? ¿Noah?

—Qué graciosa eres —dijo Zara—. No, Jack.

—No. En prisión, probablemente.

—Qué lástima —exclamó Zara zarandeando la cabeza con tristeza—. Esperaba que volvieras. Quiero decir, sé que es un poco...

Sinvergüenza, pensé.

—... gilipollas —acabó Zara—. ¡Pero está buenorro!

Sí que lo está, pensé.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté para cambiar de tema.

—No lo sé —suspiró—. Este viaje ha sido un fracaso absoluto. No he conocido a nadie, ni siquiera a un tío corriente, y no he encontrado ningún regalo de Navidad para la familia. Supongo que iré a la tienda de *Pretty Woman* a ver si tienen algo que le guste a mi madre, pero creo que tal vez entre a ver *Una niñera bajo sospecha* contigo. ¿Cuándo has dicho que será la próxima sesión?

—A las siete en punto.

Miró la hora en el móvil.

—Ya son las 18:30 —dijo mirando el móvil y la cola que teníamos por delante—. No entraremos.

—¿Cuál es la sesión de después? —le pregunté, pero antes de que pudiera levantar la vista apareció Kett, que parecía molesta.

—¿Qué le ha pasado a Noah? —preguntó.

—Está en primeros auxilios —respondió.

—¿Primeros auxilios...?

—Le sangra la nariz. Dijo que quería llevarme a bailar, pero resulta que quería que me apuntara al concurso de camisetas mojadas, el gilipollas —explicó—. ¿Qué hacéis?

—Lindsay todavía intenta entrar a *Una niñera bajo sospecha* —contó Zara.

—¿Quieres decir que todavía no la has visto? —preguntó Kett—. Uy, ¿cuánto tiempo has hecho cola?

—Una eternidad —dijo Zara mirando el móvil—. Y seguro que no entra a la de las siete en punto. Esa sesión ha agotado entradas. —Cambió la pantalla—. Y la próxima sesión no es hasta las diez —avanzó la pantalla un poco más

—, que no acaba hasta después de que haya salido el último tren ligero a Hanover, así que tampoco puede ser.

—Uy —exclamó Kett—. Has estado todo este tiempo haciendo cola para una película que no verás. ¿Ha merecido la pena pasar todo el día aquí?

Oh, sí, pensé. Porque, con mentiras o sin ellas, estafada o no, fue la mejor tarde que había pasado en el cine en mucho tiempo. Mucho mejor que si hubiera ido a ver *Una relación desafortunada*. O *Masacre mortal*. Y mucho mejor que dar vueltas mirando botas de la Viuda Negra o los leotardos de *El lado bueno de las cosas* como Zara, o tratar con babosos, como Kett. A diferencia de las suyas, mi tarde había sido fantástica. Lo había tenido todo: aventura, suspense, amor, explosiones, peligro, buenos diálogos y escenas de besos. Una perfecta tarde de sábado en el cine.

Excepto por el final.

Sin embargo, tal vez todavía no había acabado: Jack me había prometido que vería *Una niñera bajo sospecha* conmigo si al final acababa en Internet. Antes del final de *Jumpin' Jack Flash*, Jack había dejado a Whoopi Goldberg esperándolo sentada en un restaurante. Michael Douglas había dejado a Kathleen Turner abandonada en un muro. Hans Solo había dejado a la Princesa Leia en la luna rebelde. Y todos volvieron, como habían dicho.

Por supuesto, Jack también me había dicho que se había licenciado en Yale, que investigaba una conspiración de gran alcance y que soltar las ocas en el despacho del decano no había sido una broma. Sin embargo, no todo lo que me había contado era mentira. Me había dicho que le encantaban las películas y eso era cierto. Nadie a quien no le gustasen habría podido maquinar una tan perfecta.

E incluso si se lo había inventado todo, incluso si era tan sinvergüenza como temía y no lo veía nunca más, seguía siendo una tarde maravillosa en el cine.

—¿Y? —preguntó Kett—. ¿Ha merecido la pena? O sea, no has hecho nada.

—Ni he comido nada —añadí saliendo de la cola—. Vamos a por sushi o algo. ¿A qué hora cierra Nemo?

—Ahora lo miro —dijo Kett sacando el móvil—. Creo que abre hasta... ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué? —preguntó Zara—. Ese gilipollas de Noah no te habrá enviado cosas guarras, ¿verdad?

—No —contestó Kett, que bajaba la lista de contactos del móvil—. No os lo vais a creer.

Marcó un número, se puso el móvil en la oreja y dijo:

—Acabo de ver tu mensaje. ¿Qué ha pasado? ¡Estás vacilándome! ¡Oh, Dios! ¿Estás segura? ¿En qué canal?

Oh, no, pensé, aunque había decidido que se lo había inventado todo, han arrestado a Jack. Lo han pillado con la cámara digital.

—¿Oh, Dios, qué? —preguntó Zara.

—Espera —dijo Kett a quien tuviera al otro lado, se apretó el teléfono contra el pecho y nos dijo—. Nos tendríamos que haber quedado. Nos hemos perdido todo el espectáculo.

Jack ha vuelto al campus a dejarme un mensaje, pensé, y la policía del campus lo ha pillado.

—¿Qué espectáculo? —preguntó Zara—. Cuéntenoslo.

—Margo dice que fuera del edificio de administración estaba lleno de cámaras de televisión y coches patrulla con luces y hace unos minutos el doctor Baker le ha dicho que han arrestado al decano.

—¿Al decano? —repetí.

—¿Por qué? —preguntó Zara.

—No lo sé —dijo Kett. Envió mensajes como una loca durante un minuto—. Margo dice que tiene que ver con embolsarse dinero de préstamos para estudiantes que no existen. Según parece, sale en todas las noticias.

Zara empezó a pasar pantallas para encontrar la información.

—El decano asegura que todo es un gran error —siguió Kett—, pero parece que el departamento de fraudes al consumidor del FBI hace meses que lo investiga y tienen todo tipo de pruebas.

Seguro que sí, pensé recordando que Jack había dicho que se tenía que ir, que había pasado algo y que lasocas habían sido una gran idea. Con todo el caos, nadie había pensado mirar el despacho del decano para comprobar si faltaba algo.

—¿Sí? —decía Kett. Puso la mano en el móvil—. Margo dice que el lugar estaba lleno de agentes del FBI que estaban buenorros.

—Aquí está —dijo Zara.

Sostuvo el móvil para que viera la pantalla, que mostraba el patio lleno de oficiales de policía, agentes del FBI y periodistas que intentaban sacar una foto al decano escoltado por la autoridad hacia un coche patrulla. No había ni rastro de Jack.

—¿Siguen allí? —preguntó Kett, que añadió desanimada—. Oh.

Se volvió hacia nosotros.

—Dice que ya no hace falta que volvamos, que ya se ha acabado todo. No puedo creer que nos lo hayamos perdido.

—Especialmente a los agentes del FBI —añadió Zara, apenada.

—Correcto —dijo Kett y suspiró—. En lugar de eso, me ha metido mano un capullo.

—Y yo todavía no tengo regalo para mi madre —se quejó. Se dio la vuelta hacia mí—. Y tú no has podido ver la película después de que te lo prometiera.

—Da igual.

—Podríamos entrar a la de las 21:30 e irnos antes de que acabe. Así al menos verías una parte —sugirió Zara.

—¿Y perdernos el final? —dije.

Pensé en *Tras el corazón verde*, en la que Michael Douglas vuelve cuando Kathleen Turner menos lo espera y en *French Kiss*, en la que Meg Ryan ya está en el avión y en *Jumpin' Jack Flash*, en la que él aparece en la última escena y es tan maravilloso como ella creía.

—No, no pasa nada —aseguré intentando no sonreír—. Ya la veré cuando esté en Internet.

Patrick Rothfuss

Patrick Rothfuss, éxito de ventas del *New York Times*, se ha ganado al público y a la crítica con la publicación de su primera novela: *El nombre del viento*. La segunda novela de la serie, *El temor de un hombre sabio*, se recibió con un éxito y una crítica similar en todo el mundo. Otros proyectos de Patrick son un libro de humor negro para niños, *Las aventuras de la princesa y el señor Fu*, y Worldbuilders, una ONG centrada en los fans que, desde que la fundó en 2008, ha recaudado más de dos millones de dólares para Heifer International (Worldbuilders.org).

Esta narración nos lleva a la icónica posada Waystone para seguir un típico día en la vida de uno de los personajes más famosos de *La crónica del asesino de reyes*, el misterioso Bast, que aparenta ser un mensajero, pero que es mucho más de lo que parece: un día en el que Bast aprende algunas lecciones y también enseña otras.

EL ÁRBOL DEL RELÁMPAGO

Patrick Rothfuss

Por la mañana: El sendero estrecho

Bast casi consiguió salir de la posada Waystone por la puerta trasera. Sí que había conseguido salir: había puesto los pies en el umbral y casi había cerrado la puerta del todo antes de que oyera la voz del maestro.

Bast se paró, con la mano en el pestillo. Frunció el ceño a la puerta, a la que apenas le faltaba un palmo para cerrarse. No había hecho ningún ruido. Lo sabía. Conocía todas las partes silenciosas de la posada, qué tarima crujía si le ponían un pie encima, qué ventanas se atascaban...

Las bisagras de la puerta trasera chirrían a veces, dependiendo del humor que tuvieran en ese momento, pero era fácil arreglarlo. Bast levantó el pestillo, de forma que el peso de la puerta no fuera tan fuerte y entonces la cerró despacio con facilidad. No chirrió. El movimiento de la puerta fue más silencioso que un suspiro.

Bast se enderezó y sonrió de oreja a oreja. Su semblante era dulce, astuto y salvaje. Parecía un niño malo que se las había apañado para robar la luna y comérsela. Su sonrisa era como la última porción que quedaba de la luna: afilada, blanca y peligrosa.

—¡Bast!

La llamada se oyó de nuevo, ahora más alta. No había nada tan grosero como un grito. Su maestro nunca se inclinaría por los berridos. Aun así, cuando quería que le oyeran, algo tan insustancial como una puerta de roble no detendría al barítono. Su voz resonaba como una trompa y Bast sintió que su nombre lo arrastraba como una mano alrededor del corazón.

Bast suspiró, abrió la puerta con suavidad y entró a zancadas. Era moreno, alto y adorable. Cuando andaba, era como si bailara.

—¿Sí, Reshi? —dijo.

Después de un momento, el posadero entró en la cocina: llevaba un blanco y limpio delantal y era pelirrojo. Por lo demás, era dolorosamente común. Su rostro reflejaba la placidez pastosa de los posaderos aburridos de todas partes. A pesar de que era temprano, parecía cansado.

Entregó un libro de cuero a Bast.

—Casi lo olvidas —dijo sin rastro de sarcasmo.

Bast cogió el libro y forzó una cara de sorpresa.

—¡Oh! ¡Gracias, Reshi!

El posadero se encogió de hombros y en la boca se le esbozó una sonrisa.

—Tranquilo, Bast. Mientras haces tus recados, ¿te importaría conseguir unos huevos?

Bast asintió con la cabeza y se puso el libro bajo el brazo.

—¿Algo más? —preguntó, diligente.

—Quizás también algunas zanahorias. Creo que prepararemos estofado esta noche. Hay tala, así que nos tenemos que preparar para una multitud.

Mientras lo decía, una comisura de la boca se le levantó un poco. El posadero empezó a darse la vuelta y paró.

—Ah. El niño de los Williams pasó anoche a buscarte. No dejó ningún mensaje.

Levantó una ceja hacia Bast. La mirada transmitía más que las palabras.

—No tengo ni idea de lo que quiere —aseguró Bast.

El posadero hizo un sonido para quitarle importancia y volvió al salón.

Antes de que diera tres pasos, Bast ya había salido por la puerta y corría bajo el amanecer.

Cuando Bast llegó, ya había dos niños esperando. Jugaban en la enorme piedra gris que estaba medio caída en el fondo de la colina. Trepaban por el lado inclinado para saltar al césped alto.

Sabía que lo miraban y Bast subió la minúscula colina con toda la paciencia del mundo. Arriba del todo estaba lo que los niños llamaban el árbol del relámpago, a pesar de que entonces era poco más que un tronco sin ramas, apenas más alto que un hombre. Hacía tiempo que se le había caído la corteza y el sol había decolorado la madera hasta dejarla tan blanca como un hueso, excepto la copa que, a pesar de los años, la madera estaba carbonizada con un irregular color negro.

Bast tocó el tronco con la yema del dedo y lentamente dio una vuelta alrededor del árbol. Fue hacia la derecha, en la misma dirección que el sol. La forma correcta de hacerlo. Entonces se dio la vuelta, cambió de mano y dio tres vueltas hacia la izquierda. Esa vuelta era contra el mundo. Era la manera de romper. Fue hacia adelante y hacia atrás, como si el árbol fuera una bobina y la enrollara y la desenrollara.

Al final se sentó apoyando la espalda contra el árbol y dejó el libro en una piedra. El sol brillaba en las letras doradas del *Celum tinture*. Después se distrajo tirando piedras al riachuelo que cruzaba la colina frente a la piedra gris.

Tras un minuto, un niño rubio y rechoncho subió con dificultad la colina. Era Brann, el hijo más pequeño del panadero. Olía a sudor, pan fresco y... a algo más. Algo fuera de lugar.

El lento acercamiento del niño parecía un ritual. Llegó a la cima de la pequeña colina, donde permaneció durante un momento en silencio, de forma que el único sonido provenía de los otros dos niños que jugaban más abajo.

Por fin, Bast se giró para mirar al niño. No tenía más de ocho o nueve años, estaba mejor vestido y era más gordo que la mayoría de los niños de la ciudad. Llevaba un paquete de tela blanca en la mano.

El niño tragó saliva, nervioso.

—Necesito una mentira.

Bast asintió.

—¿Qué tipo de mentira?

El niño abrió la mano con cautela y mostró que el paquete de tela era un vendado improvisado salpicado de color rojo claro. Se le pegaba un poco a la mano. Bast asintió con la cabeza: eso era lo que había oído antes.

—Jugaba con los cuchillos de mi madre —explicó Brann.

Bast examinó el corte. Recorría la superficie de la carne cerca del pulgar. No era serio.

—¿Te ha hecho mucho daño?

—Nada en comparación con los azotes que me llevaré si descubre que he tocado sus cuchillos.

Bast asintió comprensivo.

—¿Has limpiado el cuchillo y lo has vuelto a guardar?

Brann asintió con la cabeza.

Bast se tocó los labios pensativo.

—Te pareció ver una gran rata negra y te asustaste. Le lanzaste un cuchillo y te cortaste. Ayer, uno de los otros niños te contó una historia sobre las ratas que muerden las orejas y los dedos de los pies a los soldados mientras duermen. Te provocó pesadillas.

Brann se estremeció.

—¿Quién me contó la historia?

Bast se encogió de hombros.

—Elige a alguien que no te caiga bien.

El niño sonrió con maldad.

Bast empezó a contar con los dedos.

—Pon un poco de sangre en el cuchillo antes de lanzarlo. —Señaló la tela con la que el niño se había envuelto la mano—. Deshazte también de eso. La sangre es seca y se ve claramente que es antigua. ¿Sabes fingir un buen llanto?

El niño negó con la cabeza y parecía un poco avergonzado.

—Échate una pizca de sal en los ojos. Llénate de mocos y lágrimas antes de decírselo. Berrea y gimotea. Entonces, cuando te pregunten por la mano, dile a tu madre que sientes si le has roto el cuchillo.

Brann escuchó. Al principio asentía lentamente y después más deprisa. Sonrió.

—Es buena. —Miró a su alrededor nervioso—. ¿Qué te debo?

—¿Algún secreto? —preguntó Bast.

El hijo del panadero meditó un minuto.

—El viejo Lant se acuesta con la viuda Creel... —dijo con esperanza.

Bast movió una mano.

—Ya hace años. Lo sabe todo el mundo. —Bast se rozó la nariz y entonces dijo—: ¿Puedes traerme dos panecillos dulces después?

Brann asintió con la cabeza.

—Es una buena forma de empezar —dijo Bast—. ¿Qué tienes en los bolsillos?

El niño se hurgó y extendió las manos. Tenía dos monedas de shims de hierro, una piedra plana verdosa, un cráneo de ave, una cuerda envuelta y un trozo de tiza.

Bast reclamó la cuerda. Entonces, con cuidado de no tocar los shims, cogió la piedra verdosa con dos dedos y arqueó una ceja hacia el chico.

Después de un momento de duda, el niño asintió con la cabeza.

Bast se guardó la piedra en el bolsillo.

—¿Qué pasa si al final me pega? —preguntó Brann.

Bast se encogió de hombros.

—Ese es tu problema. Querías una mentira. Te he dado una buena. Si quieres que te solucione el problema, ya es otro asunto.

El hijo del panadero parecía decepcionado, pero asintió con la cabeza y descendió la colina.

El siguiente en subir la colina fue un niño algo más grande y con la ropa hecha harapos. Era Kale, uno de los Alard. Tenía un labio partido y sangre

seca alrededor de un agujero de la nariz. Estaba furioso, como solo podía estarlo un chico de diez años. Su cara vaticinaba tormenta.

—¡He pillado a mi hermano besando a Gretta detrás del antiguo molino! —dijo cuando llegó a la cima de la colina, sin esperar a que Bast le preguntara—. ¡Sabía que me gustaba!

Bast extendió las manos con un gesto de impotencia y se encogió de hombros.

—Venganza —el chico escupió.

—¿Venganza pública? —preguntó Bast—. ¿O venganza secreta?

El chico se tocó el labio partido con la lengua.

—Venganza secreta —dijo en voz baja.

—¿Cuánta venganza? —preguntó Bast.

El chico lo pensó un rato y entonces levantó las manos con una separación de casi medio metro.

—Así.

—Mmm —meditó Bast—. ¿Cuánto en una escala de ratón a toro?

El chico se rozó la nariz un poco.

—Del tamaño de un gato —contestó—. Tal vez del tamaño de un perro, pero no como el de Martin el Loco, sino como el perro de los Benton.

Bast asintió con la cabeza, pensativo.

—De acuerdo —dijo—. Méale los zapatos.

El chico parecía escéptico.

—Pues no parece una venganza del tamaño de un perro.

Bast zarandeo la cabeza.

—Meas en un vaso y lo escondes, que repose un día o dos. Entonces una noche, cuando haya puesto los zapatos junto a la chimenea, viertes el pis. No hagas ningún charco, solo mójalos. Por la mañana, estarán secos y probablemente no olerán tanto...

—¿Con qué objetivo? —le interrumpió furioso el chico—. ¡Eso no es ni una venganza de pulga!

Bast alzó una mano pacificadora.

—Cuando tenga los pies sudados, olerá a pis. Le será complicado averiguar de dónde proviene exactamente, pero todo el mundo sabrá que tu hermano es el que huele mal. —Bast sonrió al chico—. Supongo que tu Gretta no querrá besar al chico que se mea encima.

La admiración se apoderó del rostro del chico como el amanecer de las montañas.

—Es el plan más malvado que he escuchado nunca —aseguró asustado.

Bast intentó poner cara de modestia, pero no lo consiguió.
—¿Tienes algo para mí?
—He encontrado una colmena silvestre —respondió el chico.
—Me sirve para empezar —dijo Bast—. ¿Dónde?
—Pasando la casa de los Orisson. Más allá del pequeño riachuelo. —El chico se agachó y dibujó un mapa en el suelo—. ¿Ves?
Bast asintió con la cabeza.
—¿Algo más?
—Bueno... Sé dónde Martin el Loco guarda el alambique...
Bast arqueó las cejas al oírlo.
—¿En serio?
El chico dibujó otro mapa e indicó algunas direcciones. Entonces se levantó y se sacudió las rodillas.
—¿En paz?
Bast destrozó el mapa del suelo con el pie.
—En paz.
El chico se sacudió el polvo de las rodillas.
—También tengo un mensaje para ti. Rike quiere verte.
Bast zarandeó la cabeza, firme.
—Conoce las reglas. Dile que no.
—Ya se lo he dicho —dijo el chico encogiéndose de hombros de forma exagerada—. Pero se lo diré otra vez si lo veo...

No había más niños que esperasen después de Kale, así que Bast se puso el libro de cuero bajo el brazo y dio un largo paseo. Encontró unas frambuesas y se las comió. También bebió del pozo de los Ostlar.

Bast subió a la cima de un risco cercano, donde recorrió un buen tramo antes de esconder la copia en cuero de *Celum tinture* dentro de un ancho espino, donde una rama formaba un buen escondite junto al tronco.

Entonces miró el cielo despejado y brillante. Sin nubes. Poco viento. Caluroso, pero sin pasarse. Hacía tiempo que no llovía. No era día de mercado. Y faltaban horas para la tala...

La frente de Bast se arrugó un poco, como si llevara a cabo un complejo cálculo. Asintió con la cabeza para sí mismo.

Entonces Bast bajó del risco, pasó por casa del viejo Lant y bordeó las zarzas que protegían la granja de los Alard. Cuando llegó al pequeño

riachuelo, cogió unas cañas y las cortó, distraído, con un pequeño cuchillo. Entonces se sacó la cuerda del bolsillo y las unió para hacer una flauta.

Sopló la parte superior e inclinó la cabeza para escuchar el dulce acorde disonante. Agujereó algo más con el cuchillo reluciente y volvió a soplar. Esta vez la melodía se acercaba más, lo que hacía que el acorde disonante fuera mucho más estridente.

El cuchillo de Bast se movió una y otra vez. Después lo guardó y se acercó la flauta a la boca. Inhaló y olió su frescura. Posteriormente, lamió los cortes recién hechos de las cañas.

Entonces inhaló y sopló de nuevo las cañas. Esta vez el sonido era claro como la luz de la luna, enérgico como un pez saltando y tan dulce como la fruta robada. Con una sonrisa, Bast se dirigió a las colinas de detrás de los Benton y no tardó nada en oír el bajo y mecánico balido de las lejanas ovejas.

Un minuto después, Bast llegó a la cima de una colina y vio dos docenas de ovejas gordas y bobas que pastaban hierba en el verde valle de debajo. Era un lugar oscuro y aislado. La falta de lluvia reciente significaba que el pasto era mejor allí. Las empinadas laderas del valle garantizaban que no fuera fácil que las ovejas se alejaran. Así que no hacía falta que las vigilaran demasiado.

Una mujer joven se sentaba bajo la sombra de un ancho olmo que dominaba el valle. Se había descalzado y se había quitado el sombrero. Tenía una larga melena del color del trigo maduro.

Bast empezó a tocar. Una melodía peligrosa. Era dulce y brillante, lenta e intencionada.

La pastora reaccionó a su sonido, o eso parecía al principio. Levantó la cabeza emocionada. Pero no. No miró en su dirección. Solo se levantaba para estirarse y se puso de puntillas, con las manos unidas por encima de la cabeza.

Aparentemente ajena a que le dedicaban una serenata, la joven cogió una manta, la extendió debajo del árbol y se sentó en ella. Era un poco extraño, puesto que antes estaba sentada sin ella. Tal vez solo tenía frío.

Bast continuó tocando mientras descendía la pendiente del valle hacia ella. No se apresuró y la música que tocaba era dulce, alegre y melancólica a la vez.

La pastora no mostró ningún signo de percatarse de la música ni de Bast. De hecho, lo esquivó con los ojos y miró hacia el otro extremo del pequeño valle, como si tuviera curiosidad por lo que hacían las ovejas allí. Cuando giró la cabeza, descubrió la agradable línea del cuello desde su perfecta oreja en forma de concha hasta bajar a la gentil curva del pecho que lucía encima del corsé.

Con los ojos concentrados en la joven, Bast pisó una piedra suelta y tropezó con torpeza por la cuesta. Tocó una nota fuerte que graznó e interpretó mal algunas notas más de su canción mientras sacó un brazo para mantener el equilibrio.

Entonces la pastora rio, pero miraba deliberadamente hacia el otro extremo del valle. A lo mejor las ovejas habían hecho algo gracioso. Sí. Eso sería. A veces podían ser animales muy graciosos.

Aun así, solo se puede mirar ovejas un rato limitado. Ella suspiró, se relajó y se apoyó en el tronco inclinado del árbol. El movimiento levantó por accidente el borde del regazo más allá de la rodilla. Sus piernas eran redondas, bronceadas y estaban cubiertas por una fina capa de vello del color de la miel.

Bast siguió bajando el valle. Sus pasos eran delicados y graciosos. Parecía un gato al acecho. Parecía que bailara.

Aparentemente satisfecha de que las ovejas estuvieran seguras, la pastora suspiró de nuevo, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el tronco del árbol. Inclino la cara para que le diera el sol. Parecía a punto de dormirse, pero por todos sus suspiros parecía que respiraba más bien deprisa. Y cuando se movió, inquieta, para estar más cómoda, una mano le cayó de una manera que, sin darse cuenta, levantó todavía más el borde de la falda hasta que mostró buena parte de su muslo blanco.

Es complicado sonreír mientras se toca la flauta. De alguna manera, Bast se las apañó para hacerlo.

El sol ascendía por el cielo mientras Bast volvía sudado al árbol del relámpago, con alegría y un poco desaliñado. Esta vez, no había ningún niño que esperara cerca de la piedra gris, lo que le venía estupendo.

Cuando llegó a la cima de la colina, volvió a dar vueltas al árbol. Una en cada dirección para asegurarse de que sus pequeños trabajos todavía estaban en su sitio. Entonces se dejó caer bajo el árbol y se apoyó contra el tronco. Menos de un minuto después, ya había cerrado los ojos y roncaba.

Después de más de una hora, el sonido de unos pasos casi imperceptibles lo despertó. Se desperezó y vio a un niño flaco con pecas y una ropa que ya había sobrepasado el límite de desgastada.

—¡Kostrel! —exclamó feliz Bast—. ¿Qué tal el camino hacia Tinuë?

—Me ha parecido bastante soleado hoy —explicó el chico mientras llegaba a la cima de la colina—. Y me he enterado de un encantador secreto

por la orilla del sendero. Algo que creo que puede interesarte.

—Ah —pronunció Bast—. Pues siéntate. ¿Con qué secreto has tropezado? Kostrel se sentó con las piernas cruzadas en la hierba, cerca de él.

—Sé dónde se baña Emberlee.

Bast alzó una ceja medio interesado.

—¿Eso es todo?

Kostrel se rio.

—Mentiroso. No finjas que no te interesa.

—Claro que me interesa —replicó Bast—. Al fin y al cabo, es la sexta chica más guapa de la ciudad.

—¿La sexta? —preguntó el chico, indignado—. Es la segunda más guapa y lo sabes.

—Tal vez la cuarta —concedió Bast—. Después de Ania.

—Ania tiene las piernas tan finas como un pollo —observó calmado Kostrel.

Bast le sonrió.

—Para gustos, colores. Pero sí, estoy interesado. ¿Qué te apetecería a cambio? ¿Una respuesta, un favor o un secreto?

—Quiero un favor e información —respondió el chico con una pequeña sonrisa. Tenía ojos astutos en esa cara tan flaca—. Quiero buenas respuestas a tres preguntas. Y merece la pena, porque Emberlee es la tercera chica más guapa del pueblo.

Bast abrió la boca como si fuera a protestar, pero se encogió de hombros y sonrió.

—Nada de favores. Pero tendrás tres respuestas sobre un tema acordado previamente —ofreció—. Cualquier tema menos mi maestro, cuya confianza depositada en mí no puedo traicionar con buena conciencia.

Kostrel asintió con la cabeza para mostrar que estaba de acuerdo.

—Tres respuestas completas —afirmó—. Sin ambigüedades ni mierdas.

Bast asintió con la cabeza.

—Siempre que las preguntas sean concretas y específicas y no estupideces como ‘Cuéntame todo lo que sepas’.

—Eso no sería una pregunta —señaló Kostrel.

—Exacto —corroboró Bast—. ¿Aceptas no decirle a nadie dónde se baña Emberlee? —Kostrel puso mala cara al oírlo y Bast rio—. Estafador, lo habrías vendido veinte veces, ¿no?

El chico se encogió de hombros con tranquilidad, sin negarlo ni tampoco avergonzarse.

—Es una información valiosa.

Bast rio entre dientes.

—Tres respuestas completas y serias de un único tema con la seguridad de que soy el único al que se lo has contado.

—Lo eres —dijo el chico de forma arisca—. He venido aquí en primer lugar.

—Y con la seguridad de que no le contarás a Emberlee que alguien lo sabe. —Kostrel pareció tan ofendido que Bast no se molestó en esperar que respondiera—. Y con la confianza de que tú no irás.

El chico de pelo oscuro lanzó un par de palabras que sorprendieron a Bast más que su uso anterior de la palabra ‘ambigüedades’.

—De acuerdo —gruñó Kostrel—. Pero si no sabes la respuesta a mi pregunta, te puedo hacer otra.

Bast lo meditó durante un momento y entonces asintió con la cabeza.

—Y si elijo un tema sobre el que no sabes demasiado, puedo elegir otro.

Volvió a asentir con la cabeza.

—Es justo.

—Y me dejas otro libro —exigió el chico con los ojos brillantes—. Y un penique de cobre. Y me tienes que describir sus pechos.

Bast lanzó la cabeza atrás y se rio.

—Hecho.

Se dieron la mano. La del chico era tan delicada como el ala de un pájaro. Bast se apoyó en el árbol del relámpago, bostezó y se frotó el cuello.

—¿Cuál es el tema?

La sonrisa de Kostrel aumentó un poco y sonrió de oreja a oreja por la emoción.

—Quiero saber sobre los Fae.

Dice mucho sobre Bast que le costara tanto terminar ese bostezo, como si fuera un asunto intrascendente. Es bastante complicado bostezar y estirarse cuando se siente en la barriga como si se hubiera tragado una masa de hierro ácido y la boca se le hubiera secado de repente.

Sin embargo, Bast era una especie de farsante profesional, así que bostezó y se estiró e incluso consiguió rascarse el sobaco con desgana.

—¿Y? —preguntó el chico con impaciencia—. ¿Sabes cosas?

—Por supuesto —respondió Bast y esta vez lo hizo mucho mejor a la hora de parecer modesto—. Más que la mayoría de la gente, supongo.

Kostrel se acercó, con la intención en el rostro.

—Pensé que sabrías cosas sobre ellos. No eres de por aquí. Sabes cosas. Has visto lo que hay realmente allí fuera, en el mundo.

—Una parte —admitió Bast y miró hacia el sol—. Pues haz las preguntas. Tengo que irme pronto.

El chico asintió con seriedad y miró pensativo la hierba durante un momento.

—¿A qué se parecen?

Bast parpadeó desconcertado un instante. Entonces rio con desesperación y levantó las manos.

—Tehlu misericordioso. ¿Tienes idea de lo loca que es esa pregunta? No se parecen a nada. Son como ellos mismos.

Kostrel lo miró indignado.

—¡No intentes enredarme! —dijo señalando a Bast con un dedo—. ¡He dicho que nada de mierdas!

—No lo intento. De verdad que no. —Bast levantó las manos a la defensiva—. Solo que es una pregunta imposible de responder. ¿Qué dirías si te preguntara cómo son las personas? ¿Cómo responderías eso? Hay tantas clases de gente y todas son diferentes.

—Así que es una gran pregunta —dijo Kostrel—. Dame una gran respuesta.

—No sería simplemente grande —replicó Bast—. Podría escribir un libro. El chico se encogió profundamente de hombros.

Bast frunció el ceño.

—Se podría discutir que la pregunta no es ni concreta ni específica.

Kostrel levantó una ceja.

—¿Así que ahora estamos discutiendo? Creía que intercambiábamos libremente información. Si me preguntaras dónde se baña Emberlee y yo respondiera: ‘En un riachuelo’, sentirías que te estoy estafando, ¿no?

Bast suspiró.

—Tienes razón. Aun así, si te contara todos los rumores y los fragmentos de conversaciones que he oído, estaríamos más de un día. La mayoría sería inútil y una parte ni siquiera sería verdad porque proviene de historias que he oído.

Kostrel frunció el ceño, pero antes de que pudiera protestar, Bast levantó una mano.

—Vamos a hacer una cosa. A pesar de la naturaleza ambigua de tu pregunta, te daré una respuesta que cubra el sentido aproximado de las cosas y... —Bast dudó— un secreto real sobre el asunto. ¿De acuerdo?

—Dos secretos —negoció Kostrel, cuyos ojos brillaban de la emoción.

—De acuerdo. —Bast inhaló profundamente—. Cuando dices Fae, hablas sobre cualquier cosa que viva en Fae, y eso incluye muchas cosas que son... solo criaturas. Aquí tienes animales como perros, ardillas y osos. En Fae hay raums, dennerlings y...

—¿Y trols?

Bast asintió.

—Y trols. Existen.

—¿Y dragones?

Bast negó con la cabeza.

—Yo no he oído nunca hablar de ellos. Ya no...

Kostrel parecía decepcionado.

—¿Y sobre las hadas? Sus calderos y esas cosas. —El chico frunció los ojos—. Tranquilo, no es una pregunta nueva, es solo un intento de concretar tu respuesta en curso.

Bast rio desesperado.

—Señor y señora. ¿En curso? ¿Un azzie asustó a tu madre cuando estaba embarazada? ¿De dónde sacas esas expresiones?

—No me duermo en misa. —Kostrel se encogió de hombros—. Y a veces el padre Leodin me deja leer sus libros. ¿Cómo son?

—Como la gente normal —dijo Bast.

—¿Como tú y yo? —preguntó el chico.

Bast se contuvo para no sonreír.

—Como tú y como yo. Apenas te darías cuenta si te los encontrases por la calle. Pero hay otros. Algunos de ellos son... Son diferentes. Más poderosos.

—¿Como Varsa el nunca muerto?

—Algunos sí —afirmó Bast—. Pero algunos tienen otro tipo de poder, igual que el alcalde. O como un prestamista. —La expresión de Bast se volvió agria—. La mayoría de esos... no es buena idea estar a su alrededor. Les gusta engañar a la gente. Jugar con ella y herirla.

Una parte de la emoción de Kostrel desapareció al oírlo.

—Parece que sean demonios.

Bast vaciló y asintió.

—Algunos se asemejan mucho a los demonios —admitió—. O son tan parecidos que no hay ninguna diferencia.

—¿Los hay que sean como ángeles? —indagó el chico.

—Está bien pensarlo —dijo Bast—. Eso espero.

—¿De dónde provienen?

Bast ladeó la cabeza.

—¿Esa es la segunda pregunta? —preguntó—. Supongo que sí, puesto que no tiene nada que ver con la apariencia de los Fae...

Kostrel hizo una mueca y pareció un poco incómodo, a pesar de que Bast no sabía si era porque estaba avergonzado porque le hubiera quitado una pregunta o porque lo había pillado intentando recibir una respuesta gratis.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Es verdad que un Fae no puede mentir nunca?

—Algunos no pueden. A algunos no les gusta. A otros no les parece mal mentir, pero no se echarían atrás en una promesa ni romperían su palabra. — Bast se encogió de hombros—. Otros mienten bastante bien y siempre que tienen oportunidad.

Kostrel empezó a hacer otra pregunta, pero Bast se aclaró la garganta.

—Admítelo —dijo—. Es una respuesta bastante buena. Incluso te he respondido a preguntas gratis para ayudarte a concretar, por decirlo de alguna manera.

Kostrel asintió con la cabeza, un poco arisco.

—Aquí tienes el primer secreto. —Bast levantó un dedo—. La mayoría de los Fae no vienen a este mundo. No les gusta. Les parece desapacible, como llevar una camisa de estropajo. Pero cuando vienen, prefieren unos lugares determinados. Les gustan los lugares silvestres. Lugares secretos y extraños. Hay muchos tipos de Fae, muchas cortes y casas. Y todas están gobernadas por sus propios deseos...

Bast continuó con un suave tono de conspiración.

—A pesar de todo, algo que atrae a todas las criaturas de Fae son los lugares con conexiones a los elementos puros, los que de verdad dan forma al mundo. Lugares tocados por el fuego y la piedra. Lugares próximos al agua y el aire. Cuando se juntan los cuatro...

Bast se paró para ver si al chico agregaba algo. Sin embargo, la cara de Kostrel había perdido la afilada astucia que tenía antes. Volvía a parecer un niño, con la boca un poco abierta y los ojos de par en par por el asombro.

—Segundo secreto —enumeró Bast—. Los Fae se asemejan a nosotros, pero no son exactamente iguales. La mayoría tienen algo que los hace diferentes. Los ojos. Las orejas. El color de los cabellos o la piel. A veces son más altos que la media, o más bajitos, o más fuertes o más bellos.

—Como Felurian.

—Sí, sí —asintió Bast con irritación—. Como Felurian. Aun así, cualquier Fae que tenga la habilidad de viajar hasta aquí, tendrá suficiente arte

para esconderlo. —Se reclinó y asintió con la cabeza—. Es un tipo de magia que todos los Fae tienen.

Bast lanzó el último comentario como un pescador lanza el cebo.

Kostrel cerró la boca y tragó con ganas. No luchó contra el hilo. Ni siquiera sabía que le habían echado el anzuelo.

—¿Qué tipo de magia pueden hacer?

Bast entornó los ojos, dramático.

—Oh, venga, eso daría para otro libro.

—Pues a lo mejor tendrías que escribir un libro —afirmó Kostrel con rotundidad—. Así me lo dejas y matamos dos pájaros de un tiro.

El comentario pareció pillar a Bast distraído.

—¿Escribir un libro?

—Eso es lo que hace la gente que sabe algo, ¿no? —dijo Kostrel con sarcasmo—. Lo anotan para presumir.

Bast pareció pensativo durante un momento y después zarandeó la cabeza como si lo descartara.

—De acuerdo. Esta es la parte básica de lo que sé. No lo consideran magia. No emplean nunca ese término. Hablan de arte o de gracia. Hablan de aparentar o de moldear.

Miró el cielo y frunció los labios.

—Pero si fueran francos, y casi nunca lo son, tranquilo, te dirían que la mayor parte de lo que hacen es glamuria o gramaria. Glamuria es el arte de aparentar, de hacer que algo parezca otra cosa. Gramaria es el arte de moldear, de convertir cosas.

Bast aceleró antes de que el chico pudiera interrumpir.

—La glamuria es más fácil. Pueden hacer que una cosa parezca otra. Pueden hacer que una camisa blanca parezca azul. O que una camisa estropeada parezca entera. La mayoría de ellos tienen al menos un poquito de este arte. El suficiente para esconderse de los ojos de los mortales. Si tuvieran el pelo blanco plata, la glamuria podría hacer que pareciera negro como la noche.

La cara de Kostrel volvía a estar absorta en el asombro, pero no el asombro idiota y enorme de antes, sino un asombro pensativo. Un asombro inteligente, curioso y hambriento. El tipo de asombro que mostraría un chico hacia una pregunta que empezara con un ‘cómo’.

Bast podía ver la forma de esas cosas que se movían en los ojos oscuros del chico. Los malditos ojos avispados. Demasiado espabilados. Estos planteamientos imprecisos no tardarían en cristalizar en preguntas como

‘¿Cómo hacen la glamuria?’ o, peor todavía, ‘¿Cómo la descifraría un chico joven?’.

¿Y qué pasaría con una pregunta así rondando? No sacaría nada bueno. Romper una promesa hecha con justicia y mentir iba en contra de su deseo. Todavía era peor hacerlo en ese lugar. Era mucho más fácil decir la verdad y después asegurarse de que le pasara algo al niño...

Sin embargo, le caía bien el chico. No era ni tonto ni corriente. No era malvado ni malo. Retrocedió. Era divertido, seco, hambriento y mucho más enérgico que tres personas del pueblo juntas. Era brillante como el vidrio roto y bastante incisivo para cortarse. Y Bast también, según parecía.

Bast se acarició la cara. No solía pasarle nunca. No había tenido nunca contradicciones con sus deseos antes de ir allí. Lo detestaba. Antes era tan simple. Lo quería y lo tenía. Lo veía y lo cogía. Corría y perseguía. Tenía sed y la saciaba. Y si algo lo frenaba en busca de su deseo, ¿qué le pasaba? Así eran las cosas. El deseo todavía era suyo, todavía era puro.

Ahora no era así. Ahora se le complicaban los deseos. Entraban en conflictos unos con otros siempre. Se sentía una y otra vez en conflicto con él mismo. Ya no había nada que fuera sencillo, lo arrastraban de tantas maneras...

—¿Bast? —preguntó Kostrel, con la cabeza reclinada hacia un lado, con clara preocupación en la cara—. ¿Estás bien? —preguntó—. ¿Qué pasa?

Bast esbozó una honesta sonrisa. Era un chico curioso. Por supuesto. Ese era el camino, el sendero estrecho entre deseos.

—Solo estaba pensando. La gramaria es mucho más complicada de explicar. No puedo afirmar entenderla tan bien.

—Hazlo lo mejor que sepas —sugirió Kostrel, amable—. Digas lo que digas será más de lo que yo sé.

No, no podía matarlo. Sería demasiado difícil.

—Gramaria es cambiar una cosa —dijo Bast, con un gesto inarticulado—. Convertirla en una cosa diferente de lo que es.

—¿Como convertir plomo en oro? —preguntó Kostrel—. ¿Es así como los Fae fabrican oro?

Bast sonrió un poco al oírlo.

—Buena suposición, pero eso es glamuria. Es fácil, pero no dura. Por eso hay gente que les roba oro y acaba con los bolsillos llenos de piedras o bellotas al día siguiente.

—¿Podrían convertir grava en oro? —preguntó Kostrel—. Si de verdad quisieran.

—No es ese tipo de cambio —negó Bast, a pesar de que todavía sonreía y asentía con la cabeza por la pregunta—. Es demasiado grande. Gramaria se trata de... cambiar. Es convertir una cosa en más de lo que ya es.

La cara de Kostrel se contrajo por la confusión.

Bast inhaló profundamente y dejó salir el aire por la nariz.

—Déjame probar con otra explicación. ¿Qué tienes en los bolsillos?

Kostrel se los hurgó y sacó las manos. Había un botón de latón, un trocito de papel, una punta de lápiz, un pequeño cuchillo plegable... y una piedra con un agujero. Por supuesto.

Bast pasó despacio la mano por encima de la colección de restos y al final la detuvo encima del cuchillo. No era particularmente bueno ni elegante, sino un trozo de madera suave del tamaño de un dedo con una ranura que tenía un pequeño y articulado acero escondido.

Bast lo levantó con delicadeza entre dos dedos y lo dejó en el suelo entre ellos.

—¿Qué es esto?

Kostrel se metió el resto de pertenencias en el bolsillo.

—Mi cuchillo.

—¿Seguro? —preguntó Bast.

El chico, sospechoso, frunció los ojos.

—¿Qué otra cosa podría ser?

Bast sacó su cuchillo. Era algo más grande y, en lugar de madera, estaba fabricado en cuerno. Era fino y bonito. Bast lo abrió y el acero brillante resplandeció con el sol.

Dejó el cuchillo junto a la herramienta del chico.

—¿Cambiarías tu cuchillo por el mío?

Kostrel contempló el cuchillo, celoso. Aun así, no había ningún rastro de duda antes de que moviera la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque es mío —dijo el chico, con la cara nublada.

—El mío es mejor —replicó Bast, constatando un hecho.

Kostrel extendió el brazo, cogió el cuchillo y lo cerró dentro de la mano de manera posesiva. Tenía la cara tan oscura como una tormenta.

—Mi padre me lo dio antes de coger la moneda del rey para alistarse en el ejército, convertirse en soldado y salvarnos de los rebeldes.

Kostrel miró a Bast, como si lo retara a llevarle la contra.

Bast no miró hacia otro lado y, serio, asintió.

—Así que es más que un cuchillo —dijo—. Es especial para ti.

Todavía con el cuchillo en la mano, Kostrel asintió, parpadeando deprisa.

—Para ti, es el mejor cuchillo.

Otro asentimiento.

—Es más importante que los otros cuchillos. Y no es solo apariencia —dijo Bast—. Es algo que el cuchillo es.

Hubo un relámpago de comprensión en los ojos de Kostrel. Bast asintió con la cabeza.

—Eso es Gramaria. Ahora imagina si alguien pudiera sacar un cuchillo y lo convirtiera en más de lo que un cuchillo es. Convertirlo en un cuchillo mejor. No solo para ellos, sino para cualquiera. —Bast agarró su cuchillo y lo cerró—. Si tuvieran mucho talento, podrían hacerlo con cualquier cosa que no fuera un cuchillo. Podrían hacer que un fuego fuera más de lo que un fuego es. Más voraz. Más ardiente. Alguien muy poderoso podría hacer todavía más. Podría agarrar una sombra...

Calló, gentil, y dejó un espacio abierto en el aire vacío. Kostrel cogió aire y lo soltó para llenarlo con una pregunta.

—¡Como Felurian! —exclamó—. ¿Es eso lo que hizo para elaborar la capa de sombra?

Bast asintió con la cabeza serio, contento por la pregunta y odiando que tuviera que ser esa pregunta.

—Me parece probable. ¿Qué hace una sombra? Esconde, protege. La capa de sombra de Kvothe hace lo mismo, pero con más fuerza.

Kostrel asintió al entenderlo y Bast avanzó deprisa, contento de dejar atrás este asunto en particular.

—Piensa en Felurian...

El chico sonrió: parecía que no le costaba ningún trabajo.

—Una mujer puede ser bonita —dijo Bast despacio—. Puede ser un foco de deseo. Felurian lo es. Como el cuchillo. La más bonita. El foco del mayor deseo. Para todo el mundo...

Bast dejó que la afirmación se desvaneciera en el aire de nuevo.

Los ojos de Kostrel se desviaron y era obvio que deliberaba sobre el asunto. Bast le concedió tiempo y, después de un momento, otra pregunta salió del chico.

—¿No podría ser solo glamurria? —preguntó.

—Ah —dijo Bast, sonriente—. ¿Pero cuál es la diferencia entre ser bella y parecer bella?

—Bueno... —Kostrel se paró durante un momento y entonces se repuso—. Una es real y la otra, no. —Sonaba convencido, pero no se le reflejaba en

la cara—. Una sería falsa. Podrías notar la diferencia, ¿no?

Bast dejó que la pregunta navegara. Se había acercado, pero no era exacto.

—¿Cuál es la diferencia entre una camisa que parece blanca y una que lo es? —contraatacó.

—Una mujer no es igual que una camisa —dijo Kostrel con un desdén enorme—. Lo sabrías si la tocaste. Si pareciera suave como Emberlee, pero los cabellos fueran como una cola de caballo, sabrías que no es real.

—Glamuria no es solo para engañar los ojos —explicó Bast—. Es para todo. El oro de los Fae parece pesado. Y un cerdo con glamuria olería como rosas cuando lo besaras.

Kostrel vaciló sin disimulo al oírlo. La transformación de Emberlee en un cerdo con glamuria lo dejó un poco consternado. Bast esperó un momento hasta que se recuperó.

—¿No sería más complicado hacer glamuria a un cerdo? —preguntó al final.

—Eres avisado —dijo Bast de manera alentadora—. Tienes toda la razón. Y hacer glamuria a una chica bonita para ser más bonita no daría demasiado trabajo. Es como añadir glaseado a un pastel.

Kostrel se acarició la mejilla con cuidado.

—¿Se puede emplear glamuria y gramaria a la vez?

Bast estaba realmente impresionado esta vez.

—Eso es lo que he oído.

Kostrel asintió para sí mismo.

—Eso es lo que hará Felurian —dijo—. Como nata en el glaseado de un pastel.

—Eso creo —supuso Bast—. Lo que conocí...

Paró abruptamente y cerró la boca.

—¿Has conocido a algún Fae?

Bast sonrió como ante una trampa para osos.

—Sí.

Esta vez Kostrel sintió el anzuelo y el hilo. Pero era demasiado tarde.

—¡Bastardo!

—Lo soy —admitió Bast contento.

—Me has engañado para que preguntara.

—Sí —admitió Bast—. Era una cuestión relacionada con el asunto y la he respondido entera y sin ambigüedades.

Kostrel se levantó, se marchó y volvió un momento después.

—Devuélveme el penique —pidió.

Bast se puso la mano en el bolsillo y sacó el penique de cobre.

—¿Dónde se baña Emberlee?

Kostrel frunció el ceño furioso y dijo:

—Al pasar el viejo puente de piedra, subes las colinas casi un kilómetro y hay una hondonada con un olmo.

—¿Cuándo?

—Después de comer en la granja Boggan. Después de acabar de fregar y tender la colada.

Bast le lanzó el penique, sonriendo todavía como un loco.

—Ojalá se te caiga la polla —deseó el chico de manera venenosa antes de descender la colina.

Bast no pudo evitar reír. Intentó hacerlo en silencio para no herir los sentimientos del chico, pero no tuvo mucho éxito.

Kostrel se dio la vuelta al final de la colina y gritó:

—¡Todavía me debes un libro!

Bast dejó de risa cuando algo se le apareció en la memoria. Se aterrorizó por un momento cuando se dio cuenta de que *Celum tinture* no estaba en el lugar de costumbre.

Entonces recordó que había dejado el libro en un árbol encima de una colina y se tranquilizó. El cielo no mostraba ningún signo de lluvia. Además, era casi mediodía, tal vez algo más tarde. Así que bajo apresurado la colina porque no quería llegar tarde.

Bast esprintó la mayor parte del camino a la hondonada y, cuando llegó, sudaba como un caballo de carreras. La camisa se le pegaba al cuerpo de manera incómoda, así que mientras bajaba por el bancal inclinado hacia el agua, se la quitó y la empleó para limpiarse el sudor de la cara.

Había un largo y llano saliente de piedra en el pequeño riachuelo y formaba un estanque tranquilo donde el riachuelo giraba. Un grupo de sauces sobresalía del agua, lo que hacía el paraje privado y daba sombra. La orilla estaba llena de matorrales gruesos y el agua era suave, tranquila y clara.

Con el pecho al aire, Bast caminó hasta el duro saliente de piedra. Con ropa, la cara y las manos le hacían parecer esbelto, pero sin camisa sus hombros anchos sorprendían. Se parecían más a los de un campesino que a los de un vago que perdía el tiempo en una posada vacía todo el día.

Una vez que salió de la sombra de los sauces, Bast se arrodilló para mojar la camisa en el estanque. La escurrió por encima de la cabeza y se estremeció

un poco por la frescura. Se rozó el pecho y los brazos con vigor y se sacudió las gotas de agua de la cara.

Dejó la camisa a un lado, cogió una piedra de al lado del estanque, inhaló profundamente y se mojó la cabeza. El movimiento hizo que los músculos de la espalda y los hombros se contrajesen. Un momento después, sacó la cabeza, jadeó un poco y se quitó el agua del pelo zarandeando la cabeza.

Bast se levantó y se retiró el pelo con las manos. El agua le caía por el pecho, creaba canales en su pelo oscuro y se dirigía hacia su estómago liso.

Se sacudió un poco y pisó algo enterrado. Lo palpó un momento antes de sacar una pastilla de jabón del color de la mantequilla.

Se arrodilló al lado del agua de nuevo, mojó la camisa varias veces y la fregó con el jabón. Tardó un poco, puesto que no tenía tabla de lavar y, como era obvio, no quería frotar la camisa contra las ásperas piedras. La enjabonó y la lavó varias veces y la escurrió con sus manos, lo que hizo que los músculos de los brazos y los hombros se tensaran. Hizo un trabajo exhaustivo, a pesar de que al haber acabado, estaba completamente empapado y salpicado con espuma.

Bast estiró la camisa en una piedra soleada para que se secase. Empezó a quitarse los pantalones, se paró y ladeó la cabeza hacia un lado, en un intento de que le saliera el agua de la oreja.

Quizás debido al agua en la oreja, Bast no escuchó los emocionados trinos que venían de los matorrales que crecían cerca. Un sonido que podía venir de pájaros cantando en las ramas. Una bandada de pájaros. Unas bandadas, a lo mejor.

¿Y si Bast tampoco veía que los matorrales se movían? ¿Ni se daba cuenta de que entre el follaje de las ramas del sauce había colores poco comunes en los árboles? A veces un rosa claro, a veces un rojo sangre. A veces un amarillo irreflexivo o un azul pastel. A pesar de que es de verdad que los vestidos a veces tienen esos colores... Bueno, también los tienen las aves. Pinzones y grajos. Además, era de conocimiento público entre las jóvenes mujeres del pueblo que el joven bronceado que trabajaba en la posada era de lo más miope.

Los pájaros trinaron en los matorrales cuando Bast volvió a quitarse los pantalones. Parecía que el nudo le estaba causando problemas. Se lo toqueteó durante un rato, se frustró y se estiró como un gato, con los brazos arqueados por encima de la cabeza y todo el cuerpo doblado como un arco.

Al final se las apañó para deshacer el nudo y se quitó los pantalones. No llevaba nada debajo. Los dejó a un lado y salió de un sauce un trino de esos

que podían venir de un ave más grande. Una garza, a lo mejor. O un cuervo. Y si una rama se movía con violencia a la vez, bueno, tal vez un ave se había apoyado demasiado en la rama y casi se cae. Era evidente que algunas aves eran más torpes que otras. Además, en ese momento Bast miraba hacia otro lado.

Bast se sumergió en el agua, chapoteó como un niño y jadeó por la frialdad. Después de unos minutos se fue a aguas más superficiales del estanque, en las que el agua casi le llegaba a la estrecha cintura.

Debajo del agua, un observador cuidadoso podría haberse dado cuenta de que las piernas del joven parecían un poco... extrañas. Pero había matices: todo el mundo sabe que el agua dobla la luz de una manera extraña y hace que las cosas parezcan lo que no son. Además, las aves no eran las observadoras más cuidadosas, especialmente cuando centran la atención en otro lugar.

Una hora o así después, un poco mojado y oliendo a jabón dulce de madreselva, Bast subió al risco en el que estaba seguro de que había dejado el libro del maestro. Era el tercer risco que subía en la última media hora.

Cuando llegó a la cima, Bast se relajó al divisar el espinoso. Al acercarse, vio el árbol y el escondite que recordaba. No obstante, el libro había desaparecido. Una vuelta rápida al árbol demostró que no había caído al suelo.

Entonces el viento sopló y Bast vio una cosa blanca. Sintió un escalofrío repentino, por el miedo a que fuera una página arrancada del libro. Había pocas cosas que enfurecieran tanto al maestro como un libro maltratado.

Pero no. Al tocarlo, Bast no sintió papel. Era un trozo suave de corteza de abedul. La cogió y vio las letras vulgarmente talladas en ese lado.

Necesito hablar con tigo en seguida. Es importante. Rike

Por la tarde: aves y abejas

Sin tener ni idea de dónde encontrar a Rike, Bast volvió al árbol del relámpago. Acababa de llegar a su lugar habitual cuando una niña llegó al claro.

No esperó en la piedra gris, sino que siguió hacia arriba por la cuesta de la colina. Era más joven que los demás: tendría seis o siete años. Llevaba un vestido azul claro y llevaba cintas púrpuras que se entrelazaban cuidadosamente en sus rizos.

No había ido nunca al árbol del relámpago, pero Bast la había visto. Incluso si no la hubiera visto, habría adivinado por la calidad de la ropa y el olor a colonia que era Viette, la hija más pequeña del alcalde.

Subió la pequeña colina despacio y llevaba algo peludo en el brazo. Cuando llegó a la cima de la colina se quedó allí, un poco inquieta, pero esperando.

Bast la contempló con tranquilidad durante un momento.

—¿Conoces las reglas? —preguntó.

Se paró, con las cintas púrpuras en el pelo. Era obvio que estaba un poco asustada, pero el labio inferior le sobresalía, desafiante. Asintió con la cabeza.

—¿Cuáles son?

La chica se humedeció los labios y empezó a recitar con voz de flauta.

—Nadie más alto que estas rocas.

Señaló la piedra gris caída al pie de la colina.

—Si vienes al árbol, vienes solo.

Se puso el dedo en los labios e hizo el gesto de callar.

—Secreto para los...

—Espera —la interrumpió Bast—. Di los dos últimos versos tocando el árbol.

La chica empalideció un poco, pero dio un paso adelante y puso la mano en la madera decolorada por el sol del árbol que ya hacía tiempo que había muerto.

La chica se aclaró la garganta de nuevo, se paró y movió los labios en silencio mientras recitaba el principio del poema hasta que llegó donde estaba.

—Nada de esto contarás, o un rayo os matará.

Cuando recitó la última palabra, Viette jadeó y retiró la mano, como si algo le hubiera quemado o mordido los dedos. Los ojos se le abrieron de par en par al mirarse las yemas y ver que seguían intactos y de color rosa. Bast escondió una sonrisa detrás de la mano.

—Pues muy bien. Ya conoces las reglas. Yo guardo tus secretos y tú, los míos. Puedo responder preguntas o ayudarte a resolver un problema. —Se sentó con la espalda apoyada en el árbol, lo que lo puso al mismo nivel visual que la niña—. ¿Qué quieres?

Le enseñó el minúsculo trozo de pelo blanco que llevaba en el brazo.

—¿Es una gatita mágica? —preguntó.

Bast agarró la gatita con la mano y la observó. Era una criatura somnolienta, casi blanca del todo. Tenía un ojo azul y el otro, verde.

—Sí, lo es —afirmó un poco sorprendido—. Al menos un poco.

Se la devolvió. Ella asintió con la cabeza, seria.

—Quiero llamarla Princesa Panecillo Glaseado.

Bast la contempló perplejo.

—De acuerdo.

La chica le frunció el ceño.

—¡No sé si es chica o chico!

—Oh —exclamó Bast, que la agarró de nuevo, la acarició y se la devolvió—. Es chica.

La hija del alcalde frunció los ojos.

—¿No será una mentirijilla?

Bast parpadeó y entonces sonrió.

—¿Por qué me crees la primera vez y no la segunda? —preguntó.

—Ya sabía que era mágica —aseguró Viette, entornando los ojos de rabia—. Solo quería asegurarme. Pero no lleva ningún vestido. No tiene cintas ni lazos. ¿Cómo sabes que es chica?

Bast abrió la boca y la cerró. No era hija de un granjero. Tenía criada y un armario lleno de ropa. No pasaba el tiempo rodeada de ovejas, cerdos y cabras. No había visto nunca nacer un cordero. Tenía una hermana mayor, pero no hermanos...

Dudó: preferiría no mentir. Allí no. Pero no le había prometido responder la pregunta ni tenía ningún tipo de acuerdo con ella, lo que hacía todo más fácil. Era más fácil que una visita furiosa del alcalde a la posada Roca de Guía para preguntar por qué de repente su hija conocía la palabra 'pene'.

—Le hago cosquillas en la barriga —explicó Bast con facilidad—. Si me guiña el ojo, sé que es una chica.

La explicación satisfizo a Viette, que asintió con la cabeza, seria.

—¿Cómo puedo conseguir que mi padre me deje quedármela?

—¿Ya se lo has preguntado con amabilidad?

Asintió.

—Papá odia los gatos.

—¿Se lo has suplicado y has llorado?

Asentimiento.

—¿Has gritado y has tenido una rabieta?

Entornó los ojos y volvió a suspirar con rabia.

—Ya he intentado todas esas cosas; si no, no estaría aquí.

Bast lo meditó un momento.

—De acuerdo. En primer lugar, tienes que conseguir comida que se conserve durante dos días. Galletas. Salchichas. Manzanas. Escóndela en tu habitación donde nadie pueda encontrarla. Ni siquiera tu aya. Ni siquiera la criada. ¿Tienes algún lugar así?

La niña pequeña asintió con la cabeza.

—Entonces ve y pregúntaselo de nuevo a tu padre. Sé amable y educada. Si vuelve a decirte que no, no te enfades. Solo dile que aprecias a la gatita. Di que si no te la puedes quedar, temes que entristecerás tanto que morirás.

—Seguirá diciendo que no —aseguró la niña pequeña.

Bast se encogió de hombros.

—Probablemente. Hay una segunda parte. Esta noche juega con la cena. No la comas. Ni siquiera los postres. —La niña pequeña empezó a decir algo, pero Bast levantó una mano—. Si alguien te pregunta, di que no tienes hambre. No menciones a la gatita. Cuando estés sola en tu habitación, come un poco de la comida que has escondido.

La niña pequeña parecía pensativa. Bast continuó.

—Mañana, no salgas de la cama. Di que estás cansada. No desayunes. No comas. Puedes beber agua, pero solo sorbos. Túmbate en la cama. Cuando te pregunten por qué...

Se le iluminó la cara.

—¡Digo que quiero la gatita!

Bast zarandeó la cabeza, con expresión tétrica.

—No, eso lo arruinaría. Di que estás cansada. Si te dejan sola, puedes comer, pero con cuidado. Si te pillan, no tendrás nunca a la gatita.

La niña escuchaba con atención, con el ceño fruncido por la concentración.

—A la hora de cenar estarán preocupados. Te ofrecerán más comida. Tus platos preferidos. Sigue diciendo que no tienes hambre. Solo estás cansada. No te levantes. No hables. Haz esto todo el día.

—¿Puedo levantarme a mear?

Bast asintió con la cabeza.

—Pero recuerda parecer cansada. No juegues. Al día siguiente, tendrán miedo. Traerán a un doctor. Intentarán darte caldos. Lo intentarán todo. En algún momento aparecerá tu padre y te preguntará qué te pasa.

Bast le sonrió.

—Aquí es cuando empiezas a llorar. Sin gruñidos. No gimotees. Solo lágrimas. Túmbate y llora. Entonces di que echas mucho de menos a la gatita. Echaste tanto de menos a la gatita que ya no quieres vivir.

La niña pequeña lo pensó durante un largo minuto, mientras acariciaba distraída a la gatita con una mano. Al final asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —Se dio la vuelta para marchar.

—¡Espera! —chilló Bast rápidamente—. Te he dado lo que querías. Ahora me debes tú a mí.

La niña pequeña se dio la vuelta y tenía en la cara una mezcla extraña de sorpresa y vergüenza.

—No tengo dinero —aseveró sin mirarlo a los ojos.

—No quiero dinero —dijo Bast—. Te he proporcionado dos respuestas y una forma de quedarte a la gatita. Me debes tres cosas. Paga con regalos y favores. Paga con secretos...

Lo meditó un rato.

—Papá esconde la clave de la caja fuerte dentro del reloj del estante.

Bast asintió la cabeza, aprobándolo.

—Ese es uno.

La niña pequeña levantó la vista al cielo y seguía acariciando a la gatita.

—Una vez vi que mamá besaba a la criada.

Bast arqueó una ceja al oírlo.

—Ya van dos...

La niña se puso el dedo en la oreja y lo movió.

—Eso es todo, creo.

—¿Qué te parece un favor? —preguntó Bast—. Me tienes que traer dos docenas de margaritas con tallos largos. Y una cinta azul. Y unos brezos.

Viette arrugó la cara por la confusión.

—¿Qué son brezos?

—Flores —dijo Bast, que parecía perplejo—. Tal vez tú las llamas bálsamos. Crecen salvajes por aquí —dijo, haciendo un amplio gesto con las manos.

—¿Te refieres a los geranios? —preguntó.

Bast zarandeo la cabeza.

—No. Tienen pétalos flexibles y son de este tamaño. —Hizo un círculo con el pulgar y el dedo del medio—. Son amarillas, naranja y rojas...

La chica lo miró con los ojos en blanco.

—La viuda Creel tiene en la maceta de la ventana —continuó Bast—. Cuando les tocas las vainas, se abren...

La cara de Viette se iluminó.

—¡Ah! Te refieres a las sensitivas —dijo con un tono algo más que condescendiente—. Te puedo traer un montón. Es fácil.

Se dio la vuelta y comenzó a bajar la colina. Bast la llamó antes de que hubiera dado seis pasos.

—¡Espera! —Cuando se dio la vuelta, le preguntó—: ¿Qué dirás si alguien te pregunta para quién estás recogiendo las flores?

Volvió a entornar los ojos.

—Les digo que no les importa —respondió—. Porque papá es el alcalde.

Después de irse Viette, un silbido alto hizo que Bast mirara desde la colina hacia la piedra gris. No había niños que esperaran.

Volvió a oír el silbido, se levantó y se estiró duramente un largo rato. A la mayoría de las mujeres jóvenes del pueblo les habría sorprendido la facilidad con la que vio la figura que había a la sombra de los árboles, a casi sesenta metros de distancia.

Bast bajó la colina, atravesó el césped y se adentró entre las sombras de los árboles. Había un chico mayor con la cara sucia y la nariz chata. Tendría unos doce años. La camisa y el pantalón le estaban pequeños, por lo que enseñaba sus sucias muñecas y bastante tobillo. Iba descalzo y emitía un olor agrio.

—Rike. —La voz de Bast ya no tenía el tono amistoso y bromista que había usado con los otros niños de la ciudad—. ¿Qué tal el camino a Tinuë?

—Es un largo y jodido camino —contestó el chico, amargo, sin mirar a Bast a los ojos—. Vivimos en el culo del mundo.

—Veo que tienes mi libro —apuntó Bast.

El chico lo sostuvo.

—No intentaba robarlo —murmuró enseguida—. Tengo que hablar contigo.

Bast cogió el libro en silencio.

—No he roto las normas —aseguró el chico—. Ni siquiera he ido al claro. Pero necesito ayuda. La pagaré.

—Me mentiste, Rike —dijo Bast con voz tétrica.

—¿Y no lo pagué? —preguntó el chico enfadado, levantando la vista por primera vez—. ¿No he pagado por ello ya diez veces? ¿No es suficiente mierda mi vida para que me echés todavía más?

—Da igual, ya eres demasiado mayor —afirmó Bast rotundamente.

—¡Tampoco lo soy! —El chico pisó con fuerza el suelo e inhaló profundamente mientras trataba de controlar su temperamento—. ¡Tam es mayor y todavía puede ir al árbol! ¡Yo solo soy más alto que él!

—Esas son las reglas —dijo Bast.

—¡Es una regla de mierda! —chilló mientras las manos se le cerraban en puños furiosos—. ¡Eres un bastardo de mierda que se merece más correazos de los que le dan!

Entonces hubo un silencio, roto solo por la anómala respiración del chico. Los ojos de Rike apuntaban al suelo, tenía los puños cerrados y temblaba.

Los ojos de Bast se entornaron mucho.

La voz del chico era seca.

—Solo uno —suplicó Rike—. Solo un favor, solo esta vez. Es grande. Pero pagaré. Pagaré el triple.

Bast inhaló profundamente y le soltó en forma de suspiro.

—Rike, yo...

—Por favor, Bast. —Todavía temblaba, pero Bast se dio cuenta de que la voz del chico ya no estaba enfadada—. ¿Por favor?

Todavía con los ojos mirando al suelo, dio un titubeante paso adelante.

—¿Por... favor?

Extendió una mano sin rumbo, como si no supiera qué hacer. Al final cogió la manga de la camisa de Bast y tiró una vez, sin fuerzas, antes de dejar caer la mano a su lado de nuevo.

—Yo solo no puedo arreglarlo.

Rike levantó la vista: tenía los ojos llenos de lágrimas y la cara era una mezcla de ira y miedo. Un chico demasiado joven para no llorar, pero demasiado mayor para no odiarse por hacerlo.

—Necesito ayuda para deshacerme de mi padre —explicó con la voz rota—. No encuentro la manera de hacerlo. Podría acuchillarlo mientras duerme, pero mi madre se enteraría. Él bebe y después le pega. Ella llora siempre y entonces le pega más.

Rike miraba de nuevo al suelo y las palabras brotaban de él.

—Podría llevármelo a algún lugar cuando esté borracho, pero es muy grande. No podría moverlo. Encontrarían el cuerpo y entonces los azzies me pillarían. No podría volver a mirar a mi madre a los ojos. No podría si lo supiera. No imagino lo que haría si se enterara de que yo soy la clase de persona que mataría a su padre.

Levantó la vista, con la cara furiosa y los ojos rojos del llanto.

—Aun así, lo haría. Lo mataría. Solo tienes que explicarme cómo.

Hubo un momento de calma.

—De acuerdo —dijo Bast.

Bajaron al riachuelo, donde podrían beber y Rike se podría lavar la cara y recuperarse un poco. Cuando la cara del chico estaba más limpia, Bast se dio cuenta de que no todas las manchas eran de suciedad. Era fácil equivocarse, puesto que el sol veraniego le había dado a su piel un rico color marrón nuez. Incluso después de lavarse era complicado diferenciar si eran débiles tonos de moratones.

Pero los ojos de Bast eran astutos. Se fijó en la mejilla y la mandíbula. En el tono oscuro alrededor de la muñeca. Y, cuando se agachó para beber del riachuelo, Bast le vio fugazmente la espalda...

—Así pues —dijo Bast mientras se sentaba junto al riachuelo—, ¿qué quieres hacer exactamente? ¿Quieres matarlo o solo quieres que desaparezca?

—Si solo desapareciera, no dormiría nunca más por la preocupación de que volviera con algún plan —explicó Rike.

Entonces sonrió de nuevo.

—Desapareció dos veces. —Sonrió un poco—. Fue una buena época, solos mi madre y yo. Cuando me levantaba y no estaba, era como si fuera mi aniversario. No sabía que mi madre cantaba...

El chico se calló de nuevo.

—Creía que se había caído borracho en algún lugar y, por fin, se había roto el cuello. Pero solo había vendido las pieles de un año por dinero para bebida. Se tiró medio mes borracho en la caseta de caza, apenas a ochocientos metros de casa.

El chico zarandéó la cabeza, con más firmeza esta vez.

—No. Si se va, acabará volviendo.

—Imagino la forma de hacerlo —dijo Bast—. Es a lo que yo me dedico. Pero me tienes que decir lo que realmente quieres.

Rike se sentó un largo rato, abriendo y cerrando la boca.

—Desaparecido —respondió al final. Parecía que la palabra se le atragantaba en la garganta—. Siempre y cuando desaparezca para siempre. Si de verdad puedes hacerlo.

—Puedo hacerlo —aseguró Bast.

Rike se contempló las manos mucho tiempo.

—Entonces desaparecido. Yo lo mataría, pero no está bien. No quiero ser esa clase de hombre. Un hombre no tendría que matar a su padre.

—Yo podría hacerlo por ti —dijo Bast con facilidad.

Rike se sentó un rato y entonces negó con la cabeza.

—Es lo mismo, ¿no? Soy yo el que lo mata. Y si fuera yo, sería más honesto que lo hiciera con mis manos que con la boca.

Bast asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pues desaparecerá para siempre.

—Y pronto —añadió Rike.

Bast suspiró y miró al sol. Ya tenía cosas que hacer ese día. La rueda de sus deseos no pararía de rodar porque un granjero bebiera demasiado. Emberlee se bañaría pronto. Tenía que conseguir zanahorias...

Tampoco le debía nada al chico, más bien al contrario. El chico le había mentido. Había roto su promesa. Mientras que Bast liquidó aquella deuda de una forma tan firme que ningún otro niño del pueblo desearía nunca contrariarlo así... Todavía le irritaba recordarlo. El pensamiento de ayudarlo ahora, a pesar de todo, era bastante contrario a su deseo.

—Tiene que ser pronto —dijo Rike—. Está empeorando. Yo puedo huir, pero mi madre no. Y la pequeña Bip tampoco. Y...

—Vale, Vale... —Bast lo cortó moviendo las manos—. Pronto.

Rike tragó saliva.

—¿Cuánto me costará? —preguntó ansioso.

—Mucho —dijo Bast de forma siniestra—. No hablamos de cintas y botones. Piensa lo que desees. Piensa lo grande que es. —Miró al chico a los ojos y no le apartó la mirada—. Pues me debes el triple de eso. Y un extra por la urgencia. —Miró fijamente al chico—. Medítalo.

Rike estaba un poco pálido, pero asentía sin desviar la mirada.

—Puedes coger lo que sea mío y te guste —ofreció—. Pero nada de mi madre. No tiene nada que mi padre no se haya bebido.

—Nos las apañaremos —pronosticó Bast—. Pero no será nada de ella. Lo prometo.

Rike inhaló profundamente y asintió sarcástico.

—De acuerdo. ¿Por dónde empezamos?

Bast señaló el riachuelo.

—Busca una piedra del río con un agujero y tráemela.

Rike miró a Bast desconcertado.

—¿Quieres una piedra de los Fae?

—Piedra de los Fae —repitió Bast burlándose tanto que Rike enrojeció de vergüenza—. Ya eres demasiado mayor para esas estupideces. —Bast miró al chico—. ¿Quieres mi ayuda o no?

—Sí —dijo Rike con vocecilla.

—Entonces quiero una piedra de río. —Bast señaló el riachuelo—. Tienes que encontrarla tú. No puede ser otra persona. Y hace falta que la encuentras seca en la orilla.

Rike asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —Bast dio dos palmadas—. Venga.

Rike se marchó y Bast volvió al árbol del relámpago. No lo esperaba ningún niño para hablar, así que estuvo ocioso. Tiró piedras al riachuelo y hojeó el *Celum tinture*, contemplando algunas de las ilustraciones. Calcificación. Valoración. Sublimación.

Brann, feliz por haberse librado de los azotes y con una mano vendada, le trajo dos panecillos dulces envueltos en un pañuelo blanco. Bast se comió el primero y dejó el segundo a un lado.

Viette le trajo montones de flores y una cinta azul. Bast entrelazó las margaritas en forma de corona y ensartó la cinta a través de los tallos.

Entonces, mirando al sol, vio que ya era casi la hora. Bast se quitó la camisa y la llenó con el montón de sensitivas amarillas y rojas que Viette le había traído. Añadió el pañuelo y la corona, cogió un palo y montó un hatillo para poder llevar todo cómodamente.

Pasó el viejo puente de piedra, subió las colinas y rodeó un risco hasta que encontró el lugar que Kostrel había descrito. Era un escondite pensado con inteligencia: el riachuelo hacía una curva y se arremolinaba en un encantador y pequeño estanque, perfecto para un baño privado.

Bast se sentó detrás de los matorrales y, después de casi media hora de espera, se durmió.

El crujido seco de una ramita y un trocito de canción lo despertaron y bajó la mirada para ver a una mujer joven que descendía con cuidado por la empinada cuesta hacia la orilla del agua.

Con movimientos silenciosos, Bast se escabulló riachuelo arriba, con el hato. Dos minutos después, se arrodilló en la hierba junto al agua con la pila de flores al lado.

Eligió una flor amarilla y respiró la fragancia. Al rozar su aliento los pétalos, el color se desvaneció y cambió a un delicado azul. La dejó caer y la corriente se la llevó despacio curso abajo.

Bast cogió un puñado de flores rojas y naranjas y sopló. También cambiaron hasta a un azul pálido y vibrante. Las esparció por la superficie del

riachuelo. Lo hizo dos veces más hasta que no le quedaron flores.

Entonces recogió el pañuelo y la corona de margaritas y corrió hacia la parte baja del riachuelo hasta el cómodo escondite del olmo. Se movió bastante deprisa para llegar cuando Emberlee se acercaba a la orilla.

Con tranquilidad y en silencio, lo trepó. Incluso con el pañuelo y la corona en una mano, lo subió con tanta agilidad como una ardilla.

Bast se situó en una rama baja, escondido por las hojas, y respiraba deprisa pero con calma. Emberlee se quitaba las medias y las dejaba con cuidado en un arbusto cercano. Su pelo era de un rojo dorado reluciente que le caía en forma de rizos. La cara era dulce y redonda, con un agradable tono pálido y rosado.

Bast sonrió mientras la observaba. Primero la izquierda y después la derecha. Entonces empezó a despasarse el corsé. Llevaba un vestido azul espliego, con amarillo por los bordes, y cuando lo dejó en el arbusto se prendió y se extendió como el ala de un pájaro grande. Tal vez era una mezcla fantástica de pinzón y grajo.

Ya solo con un vestido blanco, Emberlee miró a su alrededor de nuevo: a la izquierda y a la derecha. Entonces se lo quitó en un movimiento fascinante. Lo lanzó a un lado y se quedó tan desnuda como la luna. Su piel cremosa con las pecas era fascinante. Tenía las caderas anchas y seductoras. Y los pezones coloreados del rosa más pálido.

Correteó dentro del agua. Dio una serie de grititos por el frío. Si somos justos, no se asemejaban demasiado a los de un cuervo. A pesar de que podrían, tal vez, tener una ligera similitud con los de una garza.

Emberlee se lavó un poco, salpicando y sacudiéndose. Se enjabonó, se bañó la cabeza en el río y la sacó jadeando. Mojada, el pelo adoptó el color de unas cerezas maduras.

Fue entonces cuando la primera sensitiva azul llegó a la deriva por el agua. La miró con curiosidad mientras flotaba y empezó a enjabonarse el pelo.

Aparecieron más flores. Bajaban con la corriente y hacían círculos a su alrededor, atrapadas en el lento remolino del estanque. Las miró maravillada. Filtró un poco de agua con las manos y se las puso a la cara, inhalando fuertemente para olerlas.

Río encantada, se sumergió bajo la superficie y salió en medio de las flores. El agua le enjuagaba su piel pálida y le corría por encima de los pechos desnudos. Las flores se le quedaban pegadas, como si no quisieran abandonarla.

En ese momento, Bast se cayó del árbol.

Fue rápido. Se oyó un ligero y frenético roce de dedos contra la corteza, un bramido y su impacto contra el suelo. Cayó de espaldas a la hierba y soltó un gemido bajito y dolorido.

Oyó una salpicadura y entonces Emberlee apareció ante él. Se tapaba con el vestido blanco. Bast miró hacia arriba desde la hierba donde yacía.

Había tenido suerte de aterrizar en aquel trozo de césped, pues la hierba alta amortiguó la caída. Unos centímetros más a un lado y se habría matado contra las rocas. Un metro y medio hacia el otro lado y se habría revolcado en el barro.

Emberlee se arrodilló a su lado, con la piel pálida y el pelo oscuro. Una flor le colgaba del cuello. Era del mismo color que sus ojos: azul pálido y vibrante.

—Oh —exclamó feliz Bast mientras la contemplaba. Tenía la mirada encandilada—. Eres mucho más encantadora de lo que había imaginado.

Levantó una mano para rozarle la mejilla y descubrió que tenía la corona y el pañuelo atado.

—Ah —añadió al recordarlo—. También te he traído margaritas. Y un panecillo dulce.

—Gracias —dijo.

Cogió la corona de margaritas con las manos y tuvo que soltar el vestido, que cayó despacio en la hierba.

Bast parpadeó sin palabras por un momento.

Emberlee inclinó la cabeza para observar la corona: la cinta era de un azul sorprendente, pero era nada comparada con sus ojos. La levantó con las manos y se la puso con orgullo en la cabeza. Con los brazos todavía en alto, inspiró lentamente.

Los ojos de Bast se apartaron de la corona.

Ella le sonrió con condescendencia.

Bast tomó aire para hablar. Después se paró y volvió a inspirar. Madreselva.

—¿Me has robado el jabón? —preguntó incrédulo.

Emberlee rio y lo besó.

Un buen rato después, Bast emprendió el largo camino de vuelta al árbol del relámpago rodeando las colinas del norte del pueblo. Todo era más rocoso

por allí. No había suelo lo suficientemente plano para plantar. Y el terreno era demasiado traicionero para pastar.

Incluso con las indicaciones del chico, Bast tardó un poco en encontrar la destilería de Martin. Aun así, tenía que reconocer el mérito de ese viejo y loco bastardo. Entre zarzas, escombros y árboles caídos no había ninguna posibilidad de que la hubiera encontrado por accidente. Estaba en una pequeña cueva dentro de un valle lleno de matorrales.

El alambique no era un artefacto chapucero formado por una mezcla de viejas ollas y alambres retorcidos. Era una obra de arte. Había barriles y grandes espirales de tubo, una enorme caldera de cobre que duplicaba el tamaño de un lavabo y un fogón para calentarla. Una madera recorría todo el techo y, después de seguirla hacia fuera, Bast se dio cuenta de que Martin recolectaba agua de lluvia y la llevaba dentro de casa para llenar los barriles de refrigeración.

Al verlo, Bast tuvo la repentina urgencia de hojear el *Celum tincture* y averiguar cuáles eran los nombres de las diferentes piezas del alambique y para qué servían. En ese momento recordó que se había dejado el libro en el árbol del relámpago.

Así que, en vez de enterarse, Bast hurgó por los alrededores hasta que encontró una caja llena de recipientes: dos docenas de botellas de todo tipo, jarras de arcilla, frascos viejos... Una docena estaban llenas. Ninguna de ellas estaba etiquetada.

Bast levantó una botella que contenía vino. Le sacó el corcho, lo olió con cautela y tomó un cuidadoso trago. La cara le explotó en un amanecer de placer. Esperaba vinagre, pero esto era... Bueno, no estaba seguro del todo. Volvió a beber. Contenía manzana y... ¿cebada?

Bast tomó el tercer trago, sonriente. Se llamara como se llamara, estaba muy bueno. Suave, fuerte y un poco dulce. Martin podía estar como un cencerro, pero desde luego conocía su licor.

Pasó más de una hora antes de que Bast volviera al árbol del relámpago. Rike no había vuelto, pero estaba el *Celum tincture* sin ningún estropicio. Era la primera vez que recordaba alegrarse de ver el libro. Lo abrió por el capítulo sobre la destilación, leyó durante media hora y asintió para él mismo algunas veces. Se llamaba tubo de condensación. Pensaba que parecía importante.

Al final cerró el libro y suspiró. Se acercaban nubes y no podía pasar nada bueno si dejaba el libro sin protección. La suerte no le duraría siempre y se

estremeció al pensar qué habría pasado si el viento hubiera tirado el libro a la hierba y hubiera estropeado las páginas. Si empezara a llover de repente...

Así que Bast volvió a la posada Waystone y entró con cuidado por la puerta trasera. Con pasos cuidadosos, abrió un armario y metió el libro. Recorrió en silencio medio camino de vuelta al exterior antes de oír pasos detrás de él.

—Oh, Bast —dijo el posadero—. ¿Has traído las zanahorias?

Bast se quedó helado, pillado en mitad de una fuga. Se sacudió a conciencia la ropa.

—No, no he tenido tiempo todavía, Reshi.

El posadero suspiró con fuerza.

—No pido... —Se paró, olió y observó al hombre del pelo oscuro exhaustivamente—. ¿Estás borracho, Bast?

Bast parecía ofendido.

—¡Reshi!

El posadero entornó los ojos.

—Pues vale, ¿has bebido?

—He estado investigando —matizó Bast, enfatizando la palabra—. ¿Sabías que Martin el Loco tiene una destilería?

—No —dijo el posadero y dejó claro con el tono que esa información no le parecía emocionante—. Y Martin no está loco. Solo que, desgraciadamente, tiene algunas obsesiones. Y un toque de paranoia de guerra de cuando era soldado.

—Bien, sí... —cedió Bast despacio—. Lo sé porque me soltó al perro y, cuando me subí a un árbol para huir, intentó talarlo. Pero, además de esas cosas, también está loco, Reshi. Muy, muy loco.

—Bast.

El posadero lo miró con un semblante de advertencia.

—No digo que sea malo, Reshi. Ni siquiera digo que no me caiga bien. Pero créeme: conozco a los locos. No tiene la cabeza como una persona normal.

El posadero asintió con la cabeza de una manera agradable, si bien un poco impaciente.

—Me he dado cuenta.

Bast abrió la boca y entonces pareció un poco confuso.

—¿De que hablábamos?

—Del avanzado estado de tu investigación —recordó el posadero mirando por la ventana—. A pesar de que apenas ha sonado la tercera campana.

—Ah. ¡Correcto! —dijo Bast emocionado—. Sé que Martin te debe dinero. Y sé que tienes problemas para cobrarle porque no tiene dinero.

—No usa dinero —corrigió el posadero con amabilidad.

—Es lo mismo, Reshi —suspiró Bast—. Y no quita que no necesitamos otro saco de cebada. La despensa se desborda con tanta cebada. Pero ya que tiene una destilería...

El posadero ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No, Bast —negó—. No envenenaré a los clientes con vino de alambique. No tienes ni idea de con qué se hace esa cosa...

—Sí que lo sé, Reshi —dijo Bast lastimero—. Etanoato de etilo y metano. Y lixiviación de estaño. No tenemos nada de eso.

El posadero parpadeó en un estado claro de desconcierto.

—Has... ¿Has estado leyendo de verdad el *Celum tincture*?

—Sí, Reshi. —Bast sonrió—. Para mejorar mi educación y mi deseo de no envenenar a la gente. He probado un poco, Reshi, y puedo asegurar con cierta autoridad que Martin no elabora vino de alambique. Es un líquido estupendo. Está a medio camino del Rhis y esto no es algo que yo diga a lo loco.

El posadero se acarició el labio superior pensativo.

—¿Dónde lo has probado? —preguntó.

—Lo he intercambiado —dijo Bast esquivando con facilidad los límites de la verdad—. Estaba pensando que no solo le ofrecería una oportunidad a Martin para pagarnos, sino que nos ayudaría a recibir nuevas mercancías. Es complicado de conseguir, los caminos son los que son...

El posadero levantó las manos impotente.

—Ya estoy convencido, Bast.

Bast sonrió, feliz.

—Si soy honesto, lo habría hecho solo para celebrar que por una vez hayas leído la lección. Pero también será bueno para Martin. Tendrá una excusa para venir más a menudo. Le hará bien.

La sonrisa de Bast se desvaneció.

Si el posadero se dio cuenta, no lo comentó.

—Le enviaré un chico a Martin y le pediré que venga con un par de botellas.

—Que te traiga cinco o seis —sugirió Bast—. Ya refresca por la noche. Se acerca el invierno.

El posadero sonrió.

—Estoy seguro de que Martin se sentirá halagado.

Bast empalideció al oírlo.

—Por todos los dioses, Reshi —dijo moviendo la mano delante de él y retrocediendo un paso—. No le digas que yo me lo beberé. Me odia.

El posadero escondió una sonrisa detrás de la mano.

—No es divertido, Reshi —exclamó Bast furioso—. Me tira piedras.

—Ya hace meses que no —señaló el posadero—. Martin ha sido muy cordial contigo las últimas veces que ha pasado a hacer una visita.

—Porque no hay ninguna piedra dentro de la posada —se quejó Bast.

—Sé justo, Bast —continuó el posadero—. Ya hace un año que es cortés. Incluso educado. ¿Recuerdas que se disculpó contigo hace dos meses? ¿Has oído que Martin se haya disculpado alguna vez con alguien del pueblo? ¿Alguna vez?

—No —reconoció Bast malhumorado.

El posadero asintió.

—Es un gran gesto por su parte. Intenta pasar página.

—Lo sé —murmuró Bast, que se movía hacia la puerta trasera—. Pero si está aquí cuando vuelva a casa esta noche, cenaré en la cocina.

* * *

Rike pilló a Bast antes de que llegara al claro.

—Lo tengo —dijo el chico con la mano en alto, triunfal.

Tenía empapada toda la parte baja del cuerpo.

—¿Qué? ¿Ya? —preguntó Bast.

El chico asintió y alzó la piedra entre dos dedos. Era plana, suave y redonda, un poco más grande que un penique de cobre.

—¿Ahora qué?

Bast se acarició la barbilla un momento, como si intentara recordar.

—Ahora necesitamos una aguja, pero tiene que ser prestada de una casa en la que no viva ningún hombre.

Rike pareció pensativo durante un momento y entonces se le iluminó la cara.

—¡Puedo coger una de casa de la tía Sellie!

Bast luchó contra sus ganas de soltar palabrotas. Había olvidado a Sellie.

—Servirá... —dijo reticente—, pero funcionará mejor si la aguja procede de una casa en la que vivan muchas mujeres. Cuantas más mujeres, mejor.

Rike levantó la mirada durante otro momento.

—Pues la viuda Creel. Tiene una hija.

—También tiene un hijo —señaló Bast—. Una casa en la que no vivan ni hombres ni niños.

—Pero donde vivan muchas chicas... —repitió Rike. Tuvo que meditarlo un poco—. A la vieja Nan no le caigo bien, pero creo que me daría un alfiler.

—Una aguja —matizó Bast—. Y te la tiene que prestar. No puedes robarla ni comprarla. Ella te la tiene que prestar.

Bast esperaba que el chico se quejara un poco sobre los detalles, sobre que la vieja Nan viviera al otro lado del pueblo, tan al oeste como se podía ir sin salir del pueblo. Tardaría media hora en llegar y, aun así, tal vez la vieja Nan no estaría en casa.

Sin embargo, Rike ni siquiera suspiró. Solo asintió serio con la cabeza, se giró y corrió. Sus pies desnudos volaban.

Bast continuó hacia el árbol del relámpago, pero cuando se acercó al claro vio un grupo de niños que jugaban en la piedra gris, que sin duda lo esperaban. Había cuatro.

Al verlos desde la sombra de los árboles, al lado del claro, Bast dudó y miró al sol antes de volver al bosque. Tenía otros asuntos pendientes.

La granja de los Williams no era una granja en el sentido literal. Ya hacía décadas que no era así. Hacía tanto tiempo que los campos estaban en barbecho que ya ni siquiera se reconocían, llenos de zarzas y malas hierbas. El granero se había deteriorado y medio techo estaba abierto al cielo.

Mientras recorría el largo sendero a través de los campos, Bast se giró hacia un lado y vio la casa de Rike. Era completamente diferente a la del granero. Era pequeña, pero arreglada. Las tejas necesitaban un poco de reparación pero, aparte de eso, parecía querida y cuidada. Las cortinas amarillas se agitaban en la ventana de la cocina y había un florero con margaritas.

Había un corral con tres cabras en un lado de la casa y un gran jardín bastante cuidado en el otro. Estaba todo vallado con palos amarrados, pero Bast vio líneas rectas de vegetación creciendo dentro. Zanahorias. Todavía necesitaba zanahorias.

Al estirar el cuello un poco, Bast vio unas cajas largas y cuadradas detrás de la casa. Dio unos pasos más hacia ese lado y las contempló antes de darse cuenta de que eran colmenas.

En ese momento hubo una gran tormenta de ladridos y dos perros negros gigantes con las orejas caídas corrieron hacia Bast, ladrando como alma que lleva el diablo. Cuando se acercaron, Bast se arrodilló y se peleó con ellos de forma juguetona, rascándoles las orejas y por debajo de los collares.

Después de unos minutos, Bast continuó hacia la casa y los perros le seguían agitando la cola antes de que vieran algún animal y se adentraran en la maleza. Llamó con educación a la puerta principal, aunque después de los ladridos era difícil que su presencia fuera una sorpresa.

La puerta se abrió un par de centímetros y, por un momento, Bast solo pudo ver un fino hilo de oscuridad. Entonces la puerta se abrió un poco más y vio a la madre de Rike: era alta y los rizos castaños que le sobresalían de la trenza le colgaban en la espalda. Abrió la puerta del todo. Llevaba un bebé minúsculo y medio desnudo en el brazo, con su cara redonda apretada contra el pecho. La criatura chupaba con afán y daba pequeños respingos.

Al mirar hacia abajo, Bast sonrió con ternura.

La mujer miró con aprecio a la criatura y dedicó una sonrisa cansada a Bast.

—Hola, Bast, ¿qué puedo hacer por ti?

—Oh, bueno —dijo levantando extrañamente la vista para mirarla a los ojos—. Me preguntaba, señorita, es decir, señora Williams...

—Nettie está bien, Bast —dijo indulgente.

Algunos vecinos del pueblo pensaban que Bast era tonto, lo que no le importaba lo más mínimo.

—Nettie —dijo Bast, que ofrecía su sonrisa más adulatoria.

Hubo una pausa y ella se apoyó en el marco de la puerta. Una niña se asomó de la blusa azul desteñida: un par de ojos oscuros y serios.

Bast sonrió a la niña, que desapareció detrás de su madre.

Nettie miró a Bast, expectante, y al final empezó:

—Te preguntabas...

—Oh, sí —exclamó Bast—. Me preguntaba si su marido está en casa.

—Me temo que no —respondió—. Jessom está comprobando las trampas.

—Ah —dijo Bast decepcionado—. ¿Volverá pronto? No me importaría esperar...

Ella sacudió la cabeza.

—Lo siento. Está de cacería y pasará la noche desollando y secando en su caseta.

Señaló con la cabeza hacia las colinas del norte.

—Ah —repitió.

Acurrucado cómodamente en el brazo de su madre, el bebé inhaló con fuerza y suspiró. Afortunado, se calló y se movió. Nettie miró hacia abajo, hacia Bast, y entonces se puso un dedo en los labios.

Bast asintió con la cabeza, retrocedió de la puerta y vio como Nettie daba un paso hacia adentro, separaba con agilidad al bebé que dormía del pezón con la mano libre y dejó con cuidado al niño dentro de una pequeña cuna de madera en el suelo. La niña de ojos oscuros emergió de detrás de su madre y fue a contemplar al bebé.

—Llámame si empieza a montar alboroto —pidió Nettie en voz bajita.

La niña asintió, se sentó en una silla próxima y empezó a mover con gentileza la cuna con el pie.

Nettie dio un paso afuera y cerró la puerta detrás de ella. Caminó los pasos necesarios para unirse a Bast y se volvió a colocar el corsé de manera inconsciente. A la luz del sol, Bast notó sus mejillas marcadas y su boca generosa. Aun así, estaba más cansada que bonita y la preocupación le inundaba sus ojos oscuros.

La mujer alta cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Entonces cuál es el problema? —preguntó harta.

Bast parecía confuso.

—No hay problema —contestó—. Me preguntaba si su esposo tenía algún trabajo.

Nettie descruzó los brazos, sorprendida.

—Oh.

—No tengo casi trabajo en la posada —admitió Bast, un poco avergonzado—. He pensado que tal vez su marido necesite ayuda.

Nettie miró a su alrededor y contempló el viejo granero. Las comisuras de la boca se le curvaban hacia abajo.

—Pone trampas y caza la mayor parte de estos días —explicó—. Lo mantiene ocupado, pero no tanto para que le haga falta ayuda, supongo. —Volvió a mirar a Bast—. Al menos no ha hecho nunca ninguna mención de querer tenerla.

—¿Cómo está usted? —preguntó Bast con su sonrisa más encantadora—. ¿Hay algo por aquí en lo que necesite una ayudita?

Nettie sonrió indulgente a Bast. Solo era una pequeña sonrisa, pero le quitó diez años y medio mundo de preocupaciones de la cara, haciendo que brillase de belleza.

—No hay mucho que hacer —dijo disculpándose—. Solo hay tres cabras y mi niño las cuida.

—¿Leña? —preguntó Bast—. No se me caen los anillos por sudar. Y tiene que ser complicado tirar adelante con su marido fuera de casa siempre... — Le sonrió con esperanza.

—Me temo que no tenemos dinero para criados —explicó Nettie.

—Solo quiero zanahorias —ofreció Bast.

Nettie lo miró durante un minuto y entonces soltó unas carcajadas.

—Zanahorias —dijo frotándose la cara—. ¿Cuántas?

—Quizás... ¿seis? —preguntó Bast, sin sonar demasiado seguro de su respuesta.

Volvió a reír y sacudió la cabeza un poco.

—De acuerdo. Puedes cortar un poco de leña. —Señaló la mesa de cortar en medio de la parte trasera de la casa—. Iré a por ti cuando te hayas ganado seis zanahorias.

Bast se puso a trabajar con ganas y pronto el patio estaba lleno del sonido crujiente de la madera cortada. El sol todavía brillaba con fuerza en el cielo y, después de unos minutos, Bast estaba recubierto de sudor. Se quitó la camisa despreocupado y la colgó en una valla cercana del jardín.

Había algo diferente en la manera en la que cortaba leña. No era dramática. De hecho, cortaba leña igual que todo el mundo: se pone el tronco en vertical, se baja el hacha y se corta la leña. No hay casi margen para improvisar.

Sin embargo, había una diferencia en la forma en la que lo hacía. Cuando el tronco estaba en vertical, lo examinaba con atención. Se quedaba quieto durante un momento minúsculo. Entonces bajaba el hacha. Fluía. La ubicación de los pies, el juego de los largos músculos de los brazos...

No exageraba. No había adornos. A pesar de todo, cuando levantaba el hacha y la bajaba en un arco perfecto, tenía gracia. El crujido agudo que emitía la madera al cortarse, la manera repentina en la que las mitades caían al suelo. Hacía que todo pareciera de alguna forma... elegante.

Trabajó duramente media hora. Nettie salió de casa con un vaso de agua y un puñado de zanahorias gordas que todavía tenían las hojas pegadas.

—Seguro que ya te has ganado seis zanahorias —dijo sonriéndole.

Bast cogió el vaso de agua, se bebió la mitad, se agachó y se tiró el resto por encima de la cabeza. Se sacudió un poco y se volvió a levantar, con los rizos oscuros pegados a la cara.

—¿Está segura de que no puedo echarle una mano con nada más? —le preguntó con una sonrisa fácil.

Tenía los ojos oscuros, sonrientes y más azules que el cielo.

Nettie zarandeo la cabeza. Ya no llevaba una trenza y, cuando miró hacia abajo, algunos rizos sueltos le caían sobre la cara.

—No se me ocurre nada —dijo.

—También soy bueno con la miel —añadió Bast, que levantó el instrumento para apoyarlo en su hombro desnudo.

Pareció un poco desconcertada al oírlo hasta que Bast señaló con la cabeza las colmenas de madera que había dispersas por el jardín.

—Oh —exclamó, como si recordara un sueño olvidado—. Antes hacía cirios y miel. Pero perdimos unas colmenas por aquel mal invierno hace tres años. Luego otra por las liendres. A continuación, llegó esa primavera húmeda y se fueron a pique tres más con una plaga de tiza antes de que nos diésemos cuenta. —Se encogió de hombros—. A principios de verano vendimos una a los Hestle para pagar el impuesto...

Zarandeo la cabeza de nuevo, como si soñara despierta. Miró a Bast.

—¿Entiendes de abejas?

—Un poquito —respondió Bast con dulzura—. No son complicadas de controlar. Solo se necesita paciencia y gentileza. —Dejó caer el hacha como quien no quiere la cosa—. Como todo, en realidad. Solo necesitan saber que están seguras.

Nettie miraba el jardín y asentía con la cabeza, de manera inconsciente, a las palabras de Bast.

—Solo quedan dos —dijo—. Suficientes para unas pocas velas. Un poco de miel. Poca cosa. Apenas merece la pena, en realidad.

—Venga, va —animó gentil Bast—. Un poco de dulzura es lo único que nos hace falta a veces. Siempre merece la pena. Incluso si comporta trabajo.

Nettie se giró para mirarlo. Lo miró a los ojos. No habló, pero no desvió tampoco la mirada. Los ojos de ella eran como una ventana abierta.

Bast sonrió, gentil y paciente, con la voz caliente y dulce como la miel. Estiró la mano.

—Venga conmigo —le ofreció—. Tengo que enseñarle una cosa.

El sol empezaba a esconderse hacia los árboles occidentales cuando Bast volvió al árbol del relámpago. Cojeaba un poco y tenía el pelo sucio, pero parecía de buen humor.

Había dos niños al final de la colina, sentados en la piedra gris, y balanceaban los pies como si fuera un enorme banco de piedra. Bast ni siquiera tuvo tiempo de sentarse antes de que subieran juntos la colina.

Era Wilk, un chico serio de diez años con cabellos rubios y greñudos. A su lado estaba su hermana pequeña Pem, que tenía la mitad de edad y el triple de su boca.

El chico señaló a Bast con la cabeza mientras llegaba a la cima de la colina y entonces miró hacia abajo.

—Te has herido la mano —indicó.

Bast se miró la mano y se sorprendió al ver unas manchas oscuras de sangre que goteaban. Sacó un pañuelo y se limpió.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó la pequeña Pem.

—Me ha atacado un oso —mintió indiferente.

El chico asintió, sin darle ninguna indicación de si lo creía o no.

—Necesito una adivinanza que deje a Tessa fuera de juego —explicó el chico—. Una buena.

—Hueles como el abuelo —dijo alegremente Pem mientras se colocaba junto a su hermano.

Wilk la ignoró. Bast también.

—De acuerdo —aceptó Bast—. Necesito un favor, te lo intercambio. Un favor por una adivinanza.

—Hueles como el abuelo cuando se ha tomado la medicina —aclaró Pem.

—Pero tiene que ser buena —recalcó Wilk—. Que la deje sin palabras.

—Enséñame algo que no se ha visto nunca antes y no se verá nunca más —enunció Bast.

—Mmm... —dijo Wilk, que parecía pensativo.

—El abuelo dice que se siente mucho mejor con la medicina —dijo Pem más fuerte, un poco irritada porque la ignoraran—. Pero mamá dice que no es medicina, sino que levanta el codo. Y el abuelo dice que se siente mucho mejor, así que es medicina, cojones.

Miró a Bast y después a Wilk unas cuantas veces, como si los retara a regañarla. Ninguno de los dos lo hizo y parecía un poco cabizbaja.

—Esa es buena —admitió Wilk al final—. ¿Cuál es la respuesta?

Bast sonrió un poco.

—¿Qué me darás a cambio?

Wilk inclinó la cabeza hacia un lado.

—Ya te lo he dicho. Un favor.

—Te he intercambiado una adivinanza por un favor —dijo Bast tranquilo—. Pero ahora me pides la respuesta...

Wilk pareció confuso durante un momento y después la cara se le puso roja y furiosa. Inhaló profundamente como si fuera a chillar. Entonces pareció

pensarlo mejor y bajó a saltos la colina, haciendo ruido con los pies.

Su hermana lo vio marchar y se volvió hacia Bast.

—Tienes la camisa estropeada —dijo con desaprobación—. Y tienes manchas de hierba en los pantalones. Tu madre te va a dar una buena tunda.

—No, ni pensarlo —replicó Bast petulante—. Porque ya soy mayor y puedo hacer lo que quiera con mis pantalones. Podría prenderles fuego y no me pasaría nada.

La niña pequeña lo contempló con envidia disfrazada.

Wilk volvió a la colina con fuertes pisadas.

—Vale —aceptó.

—El favor primero —pidió Bast. Entregó al chico una pequeña botella con un corcho—. Tienes que llenarla con agua en alto.

—¿Qué? —preguntó Wilk.

—Agua que cae naturalmente —explicó Bast—. No puedes cogerla de un barril o de un riachuelo. Tienes que cogerla mientras todavía está en alto.

—El agua cae de un surtidor cuando la bombeas... —dijo Wilk sin ninguna esperanza real en la voz.

—Agua que cae naturalmente —repitió Bast enfatizando la última palabra—. No sirve si alguien la tira de un cubo desde encima de una silla.

—¿Para qué la necesitas? —preguntó Pem con su voz aflautada.

—¿Qué me darás por la respuesta de esa pregunta? —preguntó Bast.

La niña pequeña palideció y se tapó la boca con una mano.

—Tal vez no llueva durante días —dijo Wilk.

Pem pegó un suspiro.

—No hace falta que llueva —dijo su hermana con una voz que supuraba condescendencia—. Podrías ir a la cascada del riachuelo y llenar la botella.

Wilk parpadeó. Bast le sonrió.

—Eres una chica avispada.

Ella entornó los ojos.

—Todo el mundo lo sabe...

Bast se sacó una cosa del bolsillo y la sostuvo. Era una hoja verde de maíz que envolvía un trozo pegajoso de panal. Los ojos de la niña pequeña se iluminaron al verlo.

—También necesito veintiuna bellotas perfectas —dijo—. Sin agujeros, con la cáscara intacta. Si las recoges alrededor de la cascada, será para vosotros.

Ella asintió con entusiasmo. Entonces ella y su hermano bajaron a saltos la colina.

Bast bajó al estanque del sauce y tomó otro baño. No era su hora habitual de baño, de forma que no había aves a la espera y todo fue mucho más práctico que antes.

Se lavó el sudor y la miel. También frotó un poco la ropa para deshacerse de las manchas de hierba y el olor a whisky. El agua fría le escocía en los cortes de los nudillos, pero no era nada serio y se curaría sin ayuda.

Desnudo y chorreando, salió del estanque y encontró una roca caliente de estar al sol todo el día. Tendió la ropa y la dejó secar mientras se secaba el pelo y se quitaba el agua de los brazos y el pecho con las manos.

Entonces volvió al árbol del relámpago, agarró un trozo de hierba para masticar y al instante se durmió a la luz dorada del sol vespertino.

Por la noche: lecciones

Horas después, las sombras del ocaso se alargaron para cubrir a Bast, que se despertó temblando.

Se sentó, se rozó la cara y miró a su alrededor adormilado. El sol empezaba a rozar la cima de los árboles occidentales. Wilk y Pem no habían vuelto, pero eso apenas era sorpresa. Se comió el trozo de panal que le había prometido a Pem y se relamió los dedos lentamente. Entonces masticó la cera, ocioso, y observó un par de halcones que daban vueltas en círculos por el cielo.

Al final oyó un silbido desde los árboles. Se puso de pie y se estiró, con el cuerpo doblado como un arco. Después corrió la colina abajo... a pesar de que, con poca luz, no lo pareció.

Si tuviera diez años, habría parecido que saltaba. Pero no era un niño. Si hubiera sido una cabra, habría parecido que hacía piruetas. Pero no era una cabra. Si un hombre bajaba de la colina a esa velocidad, habría parecido que corría.

Sin embargo, había algo raro en los movimientos de Bast con poca luz. Era complicado de describir. Casi parecía como si... ¿qué? ¿Diese saltitos? ¿Bailara?

Era un asunto insignificante. Sobra decir que llegó enseguida al lado del claro en el que estaba Rike en la oscuridad.

—Ya la tengo —exclamó el chico, triunfante.

Levantó la mano, pero la aguja era invisible en la oscuridad.

—¿Te la han prestado? —preguntó Bast—. ¿No la has intercambiado ni la has comprado?

Rike asintió.

—De acuerdo. Sígueme —ordenó Bast.

Los dos caminaron por la piedra gris y Rike seguía mudo cuando Bast escaló un lado de la piedra medio caída. La luz del sol todavía caía con fuerza. Rike miraba a su alrededor con ansiedad, como si lo preocupara que alguien pudiera verlo.

—Veamos la piedra —dijo Bast.

Rike se hurgó el bolsillo, la sacó y se la ofreció.

Bast apartó la mano de repente, como si el chico hubiera intentado darle carbón en llamas.

—No seas estúpido —gritó bruscamente—. No es para mí. El hechizo solo funcionará con una persona. ¿Quieres que sea yo?

El chico volvió a sacar la mano y miró la piedra.

—¿Qué quieres decir con una persona?

—Así funcionan los hechizos —dijo Bast—. Solo funcionan con una persona. —Al ver la confusión del chico escrita con claridad en la cara, Bast suspiró—. ¿Sabes que algunas chicas hacen amuletos encantados con la esperanza de que un chico las mire?

Rike negó con la cabeza y enrojeció un poco.

—Este funciona al revés —explicó Bast—. Es un amuleto para que tú actúes. Te pincharás un dedo, pondrás una gota de sangre y eso lo sellará. Hará que las cosas desaparezcan.

Rike contempló la piedra.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó.

—Cualquier cosa que quiera herirte —respondió Bast con facilidad—. Puedes llevarlo en el bolsillo o puedes coger un cordón...

—¿Hará que desaparezca mi padre? —interrumpió Rike.

Bast frunció el ceño.

—Eso es lo que he dicho. Eres su sangre. Así que a él lo asustará con más fuerza que a nadie más. Querrás colgártelo al cuello para...

—¿Y un oso? —preguntó Rike, que miraba la piedra pensativo—. ¿Me protegería de un oso?

Bast hizo un movimiento con la mano.

—Las cosas salvajes son diferentes —explicó—. Están poseídas por el deseo puro. No quieren herirte. Suelen querer comida o seguridad. Un oso...

—¿Puedo dárselo a mi madre? —interrumpió Rike de nuevo, mirando a Bast.

Tenía los ojos serios.

—... quiere proteger su terr... ¿Qué? —Bast calló.

—Tendría que tenerlo mi madre —dijo Rike—. ¿Y si me voy con el amuleto y mi padre vuelve?

—Se irá bien lejos para no volver —dijo Bast con la voz espesa—. No se esconderá al girar la ferretería...

La cara de Rike estaba decidida y la nariz chata lo hacía parecer todavía más terco todavía. Zarandeó la cabeza.

—Lo tendría que tener ella. Ella es importante. Ella tiene que cuidar de Tess y Bip.

—Saldrá bien...

—¡Tiene que ser para ella! —chilló Rike con la mano apretada alrededor de la piedra—. ¡Has dicho que podía ser para una persona, así que hazlo para ella!

Bast, hosco, frunció el ceño al chico.

—No me gusta tu tono —dijo de forma siniestra—. Me has pedido que haga que tu padre desaparezca. Y es lo que estoy haciendo...

—Pero ¿y si no es suficiente? —La cara de Rike estaba roja.

—Sobraré —dijo Bast, que se rozaba sin darse cuenta los nudillos con el pulgar—. Se irá muy lejos. Tienes mi palabra...

—¡No! —gritó Rike, con la cara roja y furiosa—. ¿Y si no es suficiente con hacer que se vaya él? ¿Y si al crecer yo soy como él? Me enfado tanto... —Se le cortó la voz y los ojos le empezaron a llorar—. No soy buena persona. Lo sé. Lo sé mejor que nadie. Como has dicho, tengo su sangre. Ella tiene que estar a salvo de mí. Si me pierdo y me vuelvo malo, necesita el amuleto para... necesita algo que me haga desaparecer.

Rike apretó los dientes, incapaz de continuar.

Bast extendió una mano y le tocó el hombro. Estaba duro y rígido como una tabla de madera, pero Bast le puso los brazos alrededor de los hombros. Con delicadeza, porque le había visto la espalda al chico. Estuvieron allí un largo rato, con Rike duro y rígido como una cuerda de arco y temblando como una vela tensa contra el viento.

—Rike —dijo Bast con dulzura—. Eres un buen chico. ¿Lo sabes?

El chico se agachó, se hundió en Bast y parecía como si se partiera en dos por los llantos. Apretó la cara contra el estómago de Bast y dijo algo, pero fue

sordo e inconexo. Bast cantó con suavidad, como se le canta a un caballo o para tranquilizar una colmena de abejas inquietas.

La tormenta pasó. Rike dio un paso atrás deprisa y se rozó la cara de repente con la manga. El cielo empezaba a teñirse de rojo por la puesta de sol.

—De acuerdo —dijo Bast—. Ya es la hora. Lo haremos para tu madre. Se lo tienes que dar. La piedra de río funciona mejor si se entrega como un regalo.

Rike asintió sin levantar la vista.

—¿Y si no se lo pone? —preguntó tranquilo.

Bast parpadeó confuso.

—Lo llevará porque se lo has dado tú —aseguró.

—¿Y si no? —insistió Rike.

Bast abrió la boca, vaciló y la volvió a cerrar. Levantó la vista y vio salir la primera estrella del crepúsculo. Miró al chico. Suspiró. No se le daba bien.

Antes era tan fácil. La glamuria era menos complicada. Solo hacía que la gente viera lo que quería ver. Engañar a la gente era coser y cantar. Engañar a la gente y decir mentiras era como respirar.

¿Pero eso? ¿Convencer a alguien que estaba demasiado ciego para ver la verdad? ¿Por dónde se podía empezar?

Eran desconcertantes esas criaturas. Tenían peligro y crispación en sus deseos. Una serpiente no se envenenaría nunca a ella misma, pero esta gente lo había convertido en un arte. Se envolvían en sus miedos y lloraban para ser ciegos. Era exasperante. Había suficiente para romper un corazón.

Así pues, Bast tomó el camino fácil.

—Es parte de la magia —mintió—. Cuando se lo das, le tienes que decir que se lo has hecho porque la aprecias.

El chico parecía incómodo, como si intentara tragarse una piedra.

—Es esencial para la magia —dijo Bast con firmeza—. Y entonces, si quieres reforzar la magia, se lo tienes que decir todos los días. Una vez por la mañana y otra por la noche.

El chico asintió con la cabeza, con un determinado semblante en la cara.

—De acuerdo. Puedo hacerlo.

—De acuerdo —accedió Bast—. Siéntate. Pínchate el dedo.

Rike obedeció. Se pinchó el dedo rechoncho y salió una gota de sangre que cayó en la piedra.

—Vale —dijo Bast, sentado frente al chico—. Dame la aguja.

Rike le entregó la aguja.

—Pero has dicho que solo hacía falta...

—No me digas lo que he dicho —gruñó Bast—. Mantén la piedra de forma que el agujero esté hacia arriba.

Rike obedeció.

—Mantenla firme —dijo Bast y se pinchó el dedo. Una gota lenta de sangre se formó—. No te muevas.

Rike agarró la piedra con la otra mano.

Bast giró el dedo y la gota de sangre colgó en alto un momento antes de que cayera por el agujero para impactar contra la piedra gris de debajo.

No hubo sonido alguno. No se movió el aire. No hubo ningún trueno distante. A lo sumo, hubo medio segundo de perfecto silencio, tan pesado como una baldosa. Pero no sería nada más que una breve pausa del viento.

—¿Ya está? —preguntó Rike después de un momento, con la clara esperanza de algo más.

—Sí —dijo Bast lamiéndose la sangre del dedo con una lengua roja, roja. Entonces se limpió un poco la boca y escupió la cera que había masticado. La enrolló entre los dedos y se la dio al chico—. Frótalo en la piedra y después llévalo a la colina más alta que encuentres. Permanece hasta que el crepúsculo acabe y dáselo esa noche.

Los ojos de Rike escrutaron el horizonte en busca de una buena colina. Después saltó de la piedra y echó a correr.

Bast estaba a medio camino de la posada Waystone cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaban las zanahorias.

Cuando Bast llegó a la puerta trasera, olió el pan, la cerveza y el estofado a fuego lento. Al mirar alrededor de la cocina, vio migas en la mesa de cortar el pan y la caldera no tenía tapadera. Ya habían servido la cena.

Con pasos suaves, miró la sala común desde la puerta. Los parroquianos se sentaban encorvados en la barra, con el viejo Cob y Graham vaciando las jarras. El aprendiz del herrero mojaba pan en la jarra y se lo metía entero en la boca. Jake untó mantequilla en la última rebanada de pan y Shep chocó la jarra vacía con educación contra la barra. El sonido ya era en sí una petición.

Bast entró por la puerta principal con una olla fresca de estofado para el aprendiz de herrero mientras el posadero servía más cerveza a Shep. Al recoger la olla vacía, Bast desapareció hacia la cocina y volvió con medio pan cortado y humeante.

—¿Sabes de qué me he enterado hoy? —dijo el viejo Cob con la sonrisa de un hombre que sabía que tenía las noticias más frescas de la mesa.

—¿De qué? —preguntó el chico con medio bocado de estofado.

Cob estiró la mano y cogió la punta del pan, un derecho que reclamaba como la persona mayor de los presentes, a pesar de que no era en realidad el mayor y que a nadie más le importaba la punta. Bast sospechaba que la cogía porque estaba orgulloso de todavía tener dientes.

Cob sonrió.

—A saber —dijo el chico y entonces untó el pan con mantequilla y dio un buen bocado.

—Creo que es algo de Jessom Williams —supuso Jake, despreocupado.

El viejo Cob lo contempló con la boca llena de pan y mantequilla.

—Lo que he oído —Jake hablaba arrastrando las palabras lentamente, sonriendo mientras el viejo Cob intentaba limpiarse la boca con furia— es que Jessom estaba poniendo las trampas y que un puma lo asaltó. Entonces, mientras se deshacía de él a patadas, se perdió y se fue hacia el pequeño riachuelo. Se ha desplomado.

El viejo Cob al fin se las apañó para tragar.

—Eres cortito, Jacob Walker. Eso no ha pasado. Se ha caído por el riachuelo, pero no había ningún puma. Los pumas no atacan a los hombres adultos.

—Sí que atacan si huelen sangre —insistió Jake—. Y a Jessom lo han atacado, si tenemos en cuenta que estaba cazando.

Hubo un murmullo de afirmación que, por supuesto, irritó al viejo Cob.

—No fue un puma —perseveró—. Cayó borracho. Eso es lo que yo he oído. Muy borracho. Es la única explicación posible. Porque el riachuelo no está cerca de sus trampas. Salvo que creas que un puma lo persiguió casi ochocientos metros...

El viejo Cob se sentó bien en la silla, petulante como un juez. Todo el mundo sabía que Jessom bebía un poco. Y, aunque el riachuelo no estaba realmente a ochocientos metros de las tierras de Williams, estaba demasiado lejos para que lo persiguiera un puma.

Jake dirigió una mirada llena de veneno al viejo Cob pero, antes de que pudiera decir algo, Graham metió baza.

—Yo también he oído que iba borracho. Un par de niños lo encontraron mientras jugaban cerca de las cascadas. Creían que estaba muerto y corrieron a buscar al guardia. Pero solo se había golpeado la cabeza y estaba bebido. Estaba todo lleno de vidrios rotos. Tenía cortes.

El viejo Cob levantó la mano.

—¡Bueno, no es maravilloso! —dijo frunciendo el ceño primero a Graham y luego a Jake—. ¿Alguna parte más de mi historia que os gustaría contar antes de que acabe?

Graham parecía desconcertado.

—Creía que ya...

—No he acabado —dijo Cob como si hablara con un tonto—. Lo contaba despacio. Lo juro. Podríais escribir un libro con todo lo que desconocéis sobre contar historias.

Un tenso silencio se posó entre los amigos.

—Yo también tengo noticias —dijo el aprendiz del herrero casi con timidez. Se sentaba un poco encorvado en la barra, como si le diera vergüenza sacarle una cabeza al resto de los presentes y tener el doble de espalda—. Si no las ha oído nadie, las cuento.

Shep tomó la palabra.

—Adelante, chico. No tienes que preguntar. Esos dos ya hace años que están a la gresca. No quiere decir nada.

—Bueno, estaba haciendo zapatos cuando Martin el Loco entró. —El chico zarandó la cabeza por la sorpresa y bebió un buen trago de cerveza—. Solo lo he visto unas veces por el pueblo y había olvidado lo grande que es. No tengo que levantar la vista para mirarlo, pero aun así creo que es más grande que yo. Y hoy parecía todavía más grande porque estaba furioso. Echaba fuego por la boca. Lo juro. ¡Parecía como si alguien hubiera juntado dos toros furiosos y les hubiera puesto una camisa!

El chico rio como alguien que ha bebido más de cerveza de la que está acostumbrado. Hubo una pausa.

—¿Y cuál es la noticia? —preguntó Shep caballeroso, dándole un codazo.

—¡Oh! —exclamó el aprendiz de herrero—. Ha venido a preguntarle al maestro Ferris si tenía bastante cuero para arreglar una caldera grande. —El aprendiz abrió los brazos con amplitud y con una mano casi golpeó a Shep en la cara.

—Por lo visto alguien ha encontrado la destilería de Martin. —El aprendiz del herrero se inclinó hacia adelante, temblando un poco, y murmuró—: Le ha robado un montón de bebida y se la ha destrozado un poco.

El chico se apoyó en la silla de nuevo y cruzó los brazos sobre el pecho con orgullo, seguro de haber contado la historia bien.

Pero no hubo ni rastro del murmullo que solía acompañar a un buen chismorreo. Tomó otro trago de cerveza y poco a poco empezó a parecer

confuso.

—Tehlu misericordioso —dijo Graham con la cara pálida—. Martin lo matará.

—¿Qué? —preguntó el aprendiz—. ¿A quién?

—A Jessom, alocado —añadió Jake. Intentó pegarle una colleja en el cuello, pero se tuvo que conformar con el hombro—. ¿Quién se ha emborrachado a plena luz del día y se ha caído por un risco con un montón de botellas?

—Creía que había sido un puma —dijo el viejo Cob con rencor.

—Deseará que fueran diez pumas cuando Martin lo pille —dijo Jake de forma siniestra.

—¿Qué? —El aprendiz rio—. ¿Martin el Loco? Sí, está descuidado, pero no es malo. Hace poco me acorraló y comentamos chorradas sobre la cebada durante dos horas. —Rio de nuevo—. Sobre si era saludable. Sobre el trigo que arruina a los hombres. Sobre la suciedad del dinero y el encadenamiento a la tierra o a alguna estupidez.

El aprendiz bajó la voz y encorvó los hombros un poco, abriendo los ojos y haciendo una imitación aceptable de Martin el Loco.

—¿Sabes? —dijo poniendo voz áspera y con la mirada perdida—. Sí. Ya sabes. ¿Oyes lo que digo?

El aprendiz rio de nuevo volviendo al taburete. Era obvio que había bebido más cerveza de la que le convenía.

—La gente cree que tienen que asustarse de las personas altas, pero no. Yo no le he pegado nunca a nadie en mi vida.

Todo el mundo lo miró. Tenía en los ojos una seriedad mortal.

—Martin mató a uno de los perros de Ensal por ladrarle —dijo Shep—. En mitad del mercado. Le lanzó una pala como si fuera una lanza y después le pegó una patada.

—Casi mató al último cura —dijo Graham—. El que había antes del padre Leodin. Nadie sabe por qué. El tío fue a casa de Martin. Aquella tarde Martin lo trajo al pueblo con una carretilla y lo dejó en la puerta de la iglesia. —Miró la sonrisa del aprendiz—. Eso fue antes de que nacieras. Tiene sentido que no lo sepas.

—Golpeó a un calderero una vez —dijo Jake.

—¿Golpeó a un calderero? —exclamó el posadero incrédulo.

—Reshi —dijo Bast gentil—, Martin está muy loco.

Jake asintió con la cabeza.

—Ni siquiera el cobrador de impuestos va a casa de Martin.

Cob parecía como si fuera a discutir con Jake de nuevo y entonces decidió emplear un tono más gentil.

—Bueno, sí —dijo—. Es verdad, pero porque Martin pasó mucho tiempo en el ejército del rey. Ocho años.

—Y volvió loco como un perro rabioso —añadió Shep.

El viejo Cob ya se había levantado y estaba a medio camino de la puerta.

—Ya hemos hablado bastante. Tenemos que advertir a Jessom. Si puede abandonar el pueblo hasta que Martin se tranquilice un poco...

—¿Más o menos... cuando muera? —dijo Jake agudo—. ¿Recuerdas cuando lanzó un caballo por la ventana de la vieja posada porque el camarero no le sirvió otra cerveza?

—¿Un calderero? —repitió el posadero, que no sonaba menos impresionado que antes.

El silencio descendió con el sonido de los pasos del porche. Todo el mundo contempló la puerta y se quedó quieto como una piedra, excepto Bast, que despacio se dirigió hacia la puerta de la cocina.

Todo el mundo soltó un enorme suspiro de alivio cuando la puerta se abrió para revelar la alta figura de Carter. Cerró la puerta detrás de él sin darse cuenta de la tensión en la sala.

—¿Adivináis quién pagará una botella de whisky para todo el mundo esta noche? —chilló con alegría y después se paró donde estaba, confuso por la sala llena de expresiones lúgubres.

El viejo Cob echó a andar hacia la puerta de nuevo y gesticuló a su amigo para que lo siguiera.

—Venga, Carter, te lo explicaremos por el camino. Tenemos que encontrar a Jessom el doble de rápido.

—Tendrás que andar mucho para encontrarlo —espetó Carter—. Lo he llevado hasta Baden esta tarde.

Todo el mundo en la habitación pareció relajarse.

—Por eso has llegado tan tarde —dijo Graham, con voz de alivio.

Se dejó caer en el taburete y golpeó la barra con un nudillo. Bast le sirvió otra cerveza.

Carter frunció el ceño.

—No es tan tarde —gruñó—. Me gustaría verte ir a Baden y volver en el tiempo que he tardado yo, son casi sesenta y cinco kilómetros...

El viejo Cob puso una mano en el hombro del hombre.

—No. No es así —dijo dirigiendo al amigo hacia la barra—. Solo teníamos un poco de miedo. Debes de haberle salvado la vida a ese maldito de

Jessom sacándolo de la ciudad. —Le frunció los ojos—. A pesar de que te había dicho que no deberías ir solo por la carretera estos días...

El posadero le dio a Carter una jarra mientras Bast salía para atender al caballo. Mientras comía, los amigos le contaron el chismorreó del día con cuentagotas.

—Bueno, esto lo explica todo. Jessom ha aparecido con peste a alcohol y como si le hubieran pegado doce demonios diferentes. Me pagó porque lo llevara al Vestíbulo de Hierro y después cogió la moneda del rey para alistarse en el ejército. —Carter sorbió la cerveza—. Entonces me pagó para llevarlo a Baden de cabeza. No quiso parar en su casa a por ropa ni nada.

—No hacía falta —dijo Shep—. Lo vestirán y lo alimentarán en el ejército del rey.

Graham suspiró con ganas.

—Eso es un error. ¿Imaginas lo que pasaría si un azzie viniera a por Martin?

Todo el mundo calló durante un momento e imaginó el conflicto que ocurriría si asaltaran a un agente de la ley en el pueblo.

El aprendiz del herrero miró a su alrededor.

—¿Y qué pasa con la familia de Jessom? —preguntó claramente preocupado—. ¿Los perseguirá Martin?

Los hombres de la barra sacudieron la cabeza a la vez.

—Martin está loco —dijo el viejo Cob—. Pero no es de esos. No persigue a una mujer ni a sus hijos.

—He oído que golpeó al calderero porque se había insinuado a la joven Jenna —dijo Graham.

—Hay algo de verdad en eso —dijo bajito el viejo Cob—. Yo lo vi.

Todo el mundo en la habitación se volvió hacia él, sorprendido. Habían conocido a Cob toda su vida y habían escuchado todas sus historias. Incluso las más aburridas habían salido tres o cuatro veces durante esos largos años. El pensamiento de que podría haberse guardado algo era... casi impensable.

—Tenía las manos muy largas con la joven Jenna —dijo Cob sin levantar la vista de la cerveza—. Y ella en aquella época era todavía más joven, claro. —Se paró un momento y suspiró—. Pero yo ya era viejo y... Bueno, sabía que aquel calderero me daría de lo lindo si intentaba pararlo. Se lo veía en la cara. —El viejo suspiró de nuevo—. No estoy orgulloso de mis actos.

Cob levantó la mirada con una pequeña y viciosa sonrisa.

—Entonces Martin giró la esquina —dijo—. Eso pasaba detrás de la casa del viejo Cooper, ¿te acuerdas? Martin miró al compañero y a Jenna, que ni

lloraba ni nada, pero que estaba claro que no estaba contenta. Y el calderero la tenía agarrada por la muñeca...

Cob zarandeó la cabeza.

—Cuando le pegó fue como si un martillo golpeará un jamón. Lo envió a la calle de un golpe. Tres metros, más o menos. Entonces Martin miró a Jenna, que lloraba solo un poco, más sorprendida que otra cosa. Y Martin le pegó una patada al calderero. Solo una vez. No con toda su fuerza. Yo veía que estaba repasando cuentas mentalmente, como si fuera un prestamista.

—Ese realmente no era calderero —dijo Jake—. Lo recuerdo.

—Y yo he oído cosas sobre el cura —añadió Graham.

Algunos de los parroquianos asintieron en silencio.

—¿Y si Jessom vuelve? —preguntó el aprendiz del herrero—. He oído que algunos tíos se emborrachan, se alistán en el ejército y después se van como unos cobardes cuando están sobrios.

Todo el mundo pareció meditarlo. No fue complicado pensarlo. Una banda de la guardia del rey hacía un mes que había pasado por el pueblo y había colgado un edicto ofreciendo una recompensa por desertores.

—¡Tehlu misericordioso! —exclamó Shep, tétrico, a la jarra casi vacía—. ¿No sería un gran lío real?

—Jessom no volverá —exclamó Bast con desdén.

Su voz tenía una nota de certeza que causó que todo el mundo se volviera hacia él con curiosidad.

Bast partió un trozo de pan y se lo puso en la boca antes de darse cuenta de que era el centro de atención. Tragó torpemente e hizo un gesto con las manos.

—¿Qué? —les preguntó riendo—. ¿Volveríais si supieseis que Martin os espera?

Hubo un montón de respingos negativos y cabezas negando.

—Hay que ser muy estúpido para destrozár la destilería de Martin —opinó Cob.

—Tal vez ocho años sean suficientes para que Martin se relaje un poco —apuntó Shep.

—Es poco probable —añadió Jake.

Más adelante, después de que los clientes se marchasen, Bast y el posadero se sentaron en la cocina y se prepararon la cena con restos de estofado y media barra de pan.

—¿Qué has aprendido hoy, Bast? —preguntó el posadero.

Bast esbozó una gran sonrisa.

—Hoy, Reshi, ¡he descubierto donde se baña Emberlee!

El posadero inclinó la cabeza, pensativo.

—¿Emberlee? ¿La hija de los Alard?

—¡Emberlee Ashton! —Bast levantó los brazos y emitió un sonido exasperado—. ¡La tercera chica más bonita en treinta kilómetros, Reshi!

—Ah —exclamó el posadero con una sonrisa honesta que se le esbozó en la cara por primera vez ese día—. Me lo tendrás que enseñar.

Bast sonrió de oreja a oreja.

—Te llevaré mañana —dijo con entusiasmo—. No sé si se baña todos los días, pero merece la pena el riesgo. Es tan dulce como la crema y ancha de cadera. —La sonrisa le creció malévolamente—. Reshi, es una lechera —dijo enfatizando la última palabra—. Lechera.

El posadero sacudió la cabeza, incluso cuando la sonrisa se le propagó por la cara sin poder evitarlo. Al final, rio entre dientes y levantó la mano.

—Me la puedes presentar cuando lleve ropa —dijo—. Así vale.

Bast suspiró.

—Te vendría muy bien salir un poco, Reshi.

El posadero se encogió de hombros.

—Es posible —admitió mientras jugaba con el estofado.

Comieron en silencio durante un largo rato. Bast intentó pensar en algo que decir.

—He conseguido las zanahorias, Reshi —soltó Bast mientras se acababa el estofado y guardaba los restos en la olla.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, supongo —dijo el posadero con la voz apática y gris—. Las usaremos mañana.

Bast se movió en el asiento, incómodo.

—Me temo que las he perdido —reconoció avergonzado.

Esto arrancó otra sonrisa cansada del posadero.

—No te preocupes, Bast. —Los ojos se le fruncieron y se centró en la mano de Bast que sostenía la cuchara—. ¿Qué te ha pasado en la mano?

Bast se miró los nudillos de la mano derecha: ya no sangraban, pero apenas tenían piel.

—Me he caído de un árbol —dijo Bast.

No mentía, pero tampoco respondía a la pregunta. Era mejor no mentir rotundamente. Incluso cansado y aburrido, el maestro no era un hombre fácil de engañar.

—Tendrías que ir con más cuidado, Bast —dijo el posadero pinchando la comida con desgana—. Y con las pocas cosas que se pueden hacer por aquí, estaría bien que estudiases un poco más.

—He aprendido muchas cosas hoy, Reshi —protestó Bast.

El posadero se sentó y miraba con más atención.

—¿De verdad? —preguntó—. Pues impresioname.

Bast lo meditó por un momento.

—Nettie Williams ha encontrado una colmena silvestre de abejas —explicó—. Y se las ha apañado para atrapar a la reina...

George R. R. Martin

Ganador del Premio de Fantasía Mundial, del Hugo y del Nebula. George R. R. Martin, el éxito de ventas del *New York Times* y autor de la memorable serie de fantasía *Canción de hielo y fuego*, ha sido apodado ‘el Tolkien norteamericano’.

Nacido en Bayonne, Nueva Jersey, George R. R. Martin hizo su primera venta en 1971 y pronto se convirtió en uno de los escritores más populares de ciencia ficción de los años setenta. Pronto se erigió como pilar del *Analog* de Ben Bova con historias como *With Morning Comes Mistfall*, *Y siete veces digo: Al hombre no matarás*, *The Second Kind of Loneliness*, *The Storms of Windhaven* (en colaboración con Lisa Tuttle, que después se amplió en la novela *Refugio del viento*), *Override* y otros, a pesar de que también vendió a *Amazing*, *Fantastic*, *Galaxy*, *Orbit* y a otras publicaciones. Con una de las historias de *Analog*, la sorprendente novela corta *Una canción para Lya*, ganó su primer Premio Hugo en 1974.

A finales de los años setenta llegó a la cumbre como escritor de ciencia ficción y produjo también su mejor trabajo en esa categoría con historias como *Los reyes de la arena*, su narración más famosa, que ganó el Nebula y el Hugo en 1980 (ganaría otro Nebula en 1985 con la historia *Retratos de sus hijos*), *El camino de la cruz y el dragón*, que ganó un Premio Hugo el mismo año (lo que convirtió a Martin en el primer autor en ganar dos Premios Hugo de ficción el mismo año), *Bitterblooms*, *The Stone City*, *Starlady* y otros. Estas historias se recopilarían en *Los reyes de la arena*, una de las colecciones más potentes del período. En ese momento, casi no escribía para *Analog*, a pesar de que tendría una larga serie de historias sobre las graciosas aventuras interestelares de Haviland Tuf (que más adelante se recogerían en *Los viajes de Tuf*) durante los años ochenta en el *Analog* de Stanley Schmidt, así como unas potentes obras individuales, como la novela corta *Nómadas nocturnos*. A pesar de eso, la mayoría de su trabajo a finales de los setenta y principios de los ochenta aparecería en *Omni*. Los ochenta también alumbraron la publicación de su memorable novela *Muerte de la luz*, su única novela independiente de ciencia ficción, mientras se recopilaban sus historias en *Una canción para Lya*, *Los reyes de la arena*, *Songs of Stars and Shadows*, *Canciones que cantan los muertos*, *Nómadas nocturnos* y *Retratos de sus hijos*. A principios de los ochenta, cambió el género de la ciencia ficción por

el terror, publicó la gran novela de horror *Sueño del Fevre* y ganó el premio Bram Stoker por su historia de terror *El hombre con forma de pera* y el premio de Fantasía Mundial por su novela corta de licántropos *Cambiando de piel*. Pero al final de la década, el hundimiento del mercado de terror y la quiebra comercial de su ambiciosa novela *El rag del Armagedón* lo sacaron del mundo editorial hacia una exitosa carrera en la televisión. Durante más de una década trabajó como guionista de programas como *Más allá de los límites de la realidad* y *La bella y la bestia*.

Tras unos años, Martin volvió de manera triunfal al mundo editorial en 1996 con la publicación de la inmensamente exitosa novela de fantasía *Juego de tronos*, el principio de la saga *Canción de hielo y fuego*. Una novela corta independiente ambientada en ese mundo, *Sangre de dragón*, ganó otro Premio Hugo en 1997. Los libros siguientes de *Canción de hielo y fuego* (*Choque de reyes*, *Tormenta de espadas*, *Festín de cuervos* y *Danza de dragones*) han convertido la saga en una de las series más populares, aclamadas y vendidas de la fantasía moderna. Hace poco, los libros se convirtieron en una serie de televisión de HBO, *Juego de tronos*, que se ha convertido en una de las más populares y aclamadas y ya ha convertido a Martin en una figura conocida fuera de los límites habituales del género e incluso ha inspirado una versión satírica suya en *Saturday Night Live*. Los libros más recientes de Martin son el último de la saga *Canción de hielo y fuego*, *Danza de dragones*; *Dreamsongs*, una masiva colección retrospectiva de dos volúmenes de toda su carrera, *Starlady and Fasto-Friend*, *Hunter's Run*, una novela escrita en colaboración con Gardner Dozois y Daniel Abraham y, como editor, unas cuantas antologías editadas en colaboración con Gardner Dozois, incluidas *Warriors*, *Songs of the Dying Earth*, *Songs of Love and Death*, *Down These Strange Streets* y *Dangerous Women*, así como unos cuantos volúmenes nuevos de la serie antológica *Wild Cards*, que son *Wild Cards: Busted Flush* y *Wild Cards: Inside Straight*. En 2012, Martin recibió el premio al conjunto de su obra en la Convención Mundial de Fantasía. *Un mundo de hielo y fuego*, una historia global de *Westeros* y las tierras de más allá, para las que la historia es el material original, salió al mercado en otoño de 2014.

En esta historia nos transporta a la turbulenta tierra de *Westeros*, escenario de la saga de hielo y fuego, para la historia del canalla aventurero Daemon Targaryen, el príncipe que no fue nunca rey... a pesar de que su ambición para llegar a serlo sumió en la guerra al mundo entero.

EL PRÍNCIPE PÍCARO O EL HERMANO DE UN REY

Reflexión sobre la juventud, aventuras, entuertos y boda del Príncipe Daemon Targaryen, como las anotó el Archimaestre Gyldayn de la Ciudadela de Oldtown

aquí transcritas por George R. R. Martin

Fue nieto de un rey, hermano de un rey y marido de una reina. Dos de sus hijos y tres de sus nietos se sentarían en el Trono de Hierro, pero la única corona que llevó Daemon Targaryen fue la de Stepstones, un diminuto reino que él mismo fundó con sangre, acero y fuego de dragón. Un reino al que pronto abandonó.

Con el paso de los siglos, la Casa Targaryen ha aportado al mundo tanto hombres fantásticos como monstruos. El príncipe Daemon fue ambas cosas. En su época, no hubo nadie tan admirado, amado e injuriado en todo Westeros. Estaba hecho a partes iguales de luz y oscuridad. Para algunos, era un héroe; para otros, el peor de los villanos. Tampoco es posible comprender esa enorme y trágica sangría conocida como la Danza de los Dragones sin tener en cuenta el papel crucial que este príncipe pícaro jugó antes y durante el conflicto.

Las semillas de ese enorme conflicto se sembraron durante los últimos años del largo reinado del Rey Viejo Jaehaerys I Targaryen. Hay poco que reseñar aquí sobre Jaehaerys, salvo que después del fallecimiento de su estimada esposa, la Reina Buena Alysanne, y de su hijo Baelon, príncipe de Dragonstone (Mano del Rey y su previsible heredero del Trono de Hierro), de Su Alteza no quedó ni la sombra del hombre que había sido antaño.

Cuando perdió al príncipe Baelon, el Rey Viejo tuvo que buscar otros apoyos. Como nueva Mano, nombró a Ser Otto Hightower, hermano pequeño de Lord Hightower de Oldtown. Ser Otto trajo a su esposa e hijos con él a la corte y sirvió al rey Jaehaerys con lealtad durante los años que le quedaban. Cuando la fuerza del rey comenzó a flaquear, el monarca se quedó postrado en la cama. La hija de quince años de Ser Otto, Alicent, se convirtió en su

compañera habitual: le llevaba las comidas, le leía, lo ayudaba a bañarse y vestirse. El Rey Viejo a veces la confundía con una de sus hijas y la llamaba por su nombre. Cerca del final, se convenció de que era su hija Saera, que había vuelto de más allá del Mar Angosto.

En el año 103 DC, el rey Jaehaerys I Targaryen murió en la cama mientras Lady Alicent le leía la *Historia antinatural* del septón Barth. Su Alteza tenía casi noventa y seis años y había gobernado los Siete Reinos desde que llegó al Trono de Hierro con catorce años. Sus restos se incineraron en Dragonpit y fueron sepultados con la Reina Buena Alysanne bajo la Fortaleza Roja. Todo Westeros guardó luto. Incluso en Dorne, donde su poder no había llegado, los hombres lloraron y las mujeres se rasgaron los vestidos.

Respetando sus deseos y la decisión tomado por el Gran Consejo del año 101, su nieto Viserys lo sucedió y subió al Trono de Hierro como el rey Viserys I Targaryen. Cuando ascendió al poder, el rey Viserys tenía veintiséis años. Ya llevaba una década casado con su prima, Lady Aemma de la Casa Arryn, que era nieta del Rey Viejo y de la Reina Buena Alysanne por parte de madre, la difunta princesa Daella (m. en el 82 DC). Lady Aemma había sufrido unos cuantos abortos y la muerte de un hijo en la cuna, pero también había parido a una hija sana, Rhaenyra (nacida el 97 DC). El nuevo rey y su reina adoraban a la niña, su única hija viva.

Viserys I Targaryen era de naturaleza generosa y amable y los señores y el pueblo lo amaban. El reinado del Rey Joven, como el pueblo lo llamaba desde la subida al Trono, sería pacífico y próspero. La generosidad de Su Alteza era legendaria y la Fortaleza Roja se convirtió en un espacio de canciones y esplendor. El rey Viserys y la reina Aemma organizaban muchos festines y torneos y derrochaban oro, cargos y honores entre sus numerosos preferidos.

En medio de la alegría, apreciada y valorada por todos, estaba la princesa Rhaenyra, la niña pequeña a la que los juglares de la corte apodaron pronto el Deleite del Reino. A pesar de que tenía solo seis años cuando su padre llegó al Trono de Hierro, Rhaenyra era una niña prematuramente brillante, atrevida y bonita, tan bonita como solo puede serlo alguien con sangre de dragón. A los siete años, se convirtió en jinete de dragones y voló a lomos de una dragona a la que llamó Syrax, igual que una diosa de la antigua Valyria. A los ocho años, como otras muchas chicas de alto linaje, la princesa entró a servir como copera... pero para su padre, el rey. Por lo tanto, en la mesa, el torneo o la corte, casi nunca se veía al rey Viserys sin su hija al lado.

Mientras tanto, la molestia de gobernar se delegaba en gran parte en el Consejo Privado del rey y en su Mano. Ser Otto Hightower había continuado

en aquel cargo y servía al nieto igual que al abuelo. Era un hombre competente, todos estaban de acuerdo, aunque muchos lo veían orgulloso, rudo y altivo. Cuanto más tiempo servía, se decía que más soberbio se volvía. A muchos grandes señores y príncipes les molestaron sus formas. Además, envidiaban el acceso que tenía al Trono de Hierro.

Su principal enemigo era nuestro príncipe pícaro: Daemon Targaryen, el ambicioso e impetuoso hermano pequeño del rey.

Tan encantador como irascible, el príncipe Daemon consiguió las espuelas de caballero a los dieciséis años y el Rey Viejo en persona le había entregado la Hermana Oscura en reconocimiento a su proeza. A pesar de que se casó con Lady Runestone en el año 97 DC, durante el reinado del Rey Viejo, el matrimonio no había tenido éxito. Al príncipe Daemon le pareció aburrido el Valle de Arryn ('En el Valle, los hombres se follan a las ovejas', escribió. 'No se les puede reprochar, son más guapas que sus mujeres') y pronto aborreció a su esposa, a la que llamaba 'mi zorra de bronce' debido a la armadura de bronce rúnica que llevaban los señores de la Casa Royce. Cuando su hermano llegó al Trono de Hierro, el príncipe pidió la anulación de su matrimonio. Viserys negó la solicitud, pero le permitió volver a la corte, donde ocupó un puesto en el Consejo Privado, y se convirtió en Consejero de la Moneda entre los años 103 y 104 y Consejero de Leyes durante medio año, en el 104 DC.

Sin embargo, el gobierno aburría a este príncipe guerrero. Lo hizo mejor cuando el rey Viserys lo nombró comandante de la Guardia de la Ciudad. Al encontrarse a los guardias mal armados y vestidos con harapos, Daemon equipó a todos los hombres con puñales, espadas pequeñas, porras y con una armadura negra (con coraza para los oficiales) y les dio largas capas doradas que podían lucir con orgullo. Desde entonces, se conoció a los hombres de la Guardia de la Ciudad como capas doradas.

El príncipe Daemon cogió con ganas el trabajo de las capas doradas y a menudo patrullaba los callejones de King's Landing con sus hombres. Nadie podía cuestionar que había traído más orden a la ciudad, pero impuso una disciplina brutal. Se deleitaba cortando las manos de los rateros, castrando a los violadores y cortando la nariz de los ladrones. Mató a tres hombres en peleas callejeras durante su primer año como comandante. En poco tiempo, el príncipe era bien conocido en todos los suburbios de King's Landing. Se convirtió en un personaje habitual de las tabernas (donde bebía gratis) y de las apuestas (donde siempre se iba con más monedas de las que tenía al entrar). A pesar de que probó incontables prostitutas en los burdeles de la ciudad, y se rumoreaba que tenía una afición especial por desvirgar doncellas, una

bailarina lysena se convirtió pronto en su preferida. Se hacía llamar Mysaria, a pesar de que sus rivales y enemigos la llamaban Miseria, el Gusano Blanco.

Como el rey Viserys no tenía ningún hijo vivo, Daemon se consideraba el heredero legítimo del Trono de Hierro y anhelaba el título de Príncipe de Dragonstone, que Su Alteza se negaba a garantizarle. Pero hacia el final del año 105, sus amigos le llamaban el Príncipe de la Ciudad y el pueblo llano, Lord Nido de Pulgas. A pesar de que el rey no quería que Daemon fuera su sucesor, todavía amaba a su hermano pequeño y enseguida perdonaba sus numerosas ofensas.

La princesa Rhaenyra también amaba a su tío, pues Daemon siempre estaba pendiente de ella. Si cruzaba el Mar Angosto a lomos de su dragón, siempre le traía algún regalo exótico cuando volvía. El rey Viserys no reclamó nunca otro dragón tras la muerte de Balerion. Tampoco le apasionaban ni las justas, ni la caza ni la esgrima. Por su parte, el príncipe Daemon se excedía en esos ámbitos y parecía todo lo que no era su hermano: apuesto y duro, un guerrero de renombre, gallardo, atrevido y bastante peligroso.

A pesar de que los orígenes de su enemistad se discuten mucho, todos están de acuerdo en que a Ser Otto Hightower, la Mano del Rey, le desagradaba bastante el hermano del rey. (El bufón del rey, Mushroom, defiende que la disputa empezó cuando el príncipe Daemon desvirgó a la joven hija de Ser Otto, Alicent, la futura reina, a pesar de que ninguna otra fuente apoya esta historia grosera). Fue Ser Otto quien convenció a Viserys para que destituyera al príncipe Daemon como Consejero de Moneda y a continuación como Consejero de Leyes, unas acciones de las que pronto se arrepintió. Como comandante de la Guardia de la Ciudad, con dos mil hombres a sus órdenes, Daemon era más poderoso que nunca.

—De ninguna manera podemos permitir que el príncipe Daemon suba al Trono de Hierro —escribió la Mano a su hermano, Lord de Oldtown—. Sería un segundo Maegor el Cruel, o peor todavía.

Era el deseo de Ser Otto (entonces) que la princesa Rhaenyra sucediera a su padre.

—Mejor el Deleite del Reino que Lord Nido de Pulgas —escribió.

No era el único con esa opinión. Aun así, su propuesta se enfrentaba a una traba considerable. Si se seguía el precedente marcado por el Gran Consejo del año 101, un varón demandante debía prevalecer sobre una hembra. En ausencia de hijo legítimo, el hermano del rey iría antes que la hija del rey, como Baelon había prevalecido sobre Rhaenys en el 92 DC.

Sobre la opinión del rey, todas las crónicas están de acuerdo en que el rey Viserys odiaba esa discordia. A pesar de que no era ciego a los defectos de su hermano, valoraba los recuerdos del chico aventurero de espíritu libre que Daemon había sido. Su hija era la mayor alegría de su vida, lo decía a menudo, pero un hermano es un hermano. Una y otra vez mediaba entre el príncipe Daemon y Ser Otto, pero la enemistad entre los dos hombres se enturbiaba sin fin bajo las falsas sonrisas que ponían en la corte. Cuando le presionaban con el tema, el rey Viserys solo decía que estaba seguro de que la reina le regalaría pronto un hijo. En el año 105 DC, anunció a la corte y al Consejo Privado que la reina Aemma estaba embarazada de nuevo.

Durante aquel mismo profético año, nombraron a Ser Criston Cole parte de la Guardia Real para ocupar el lugar vacío dejado por la muerte del legendario Ser Ryam Redwyne. Hijo de un mayordomo al servicio de Lord Dondarrion de Blackhaven, Ser Criston era un atractivo caballero de veintitrés años. Llamó la atención por primera vez cuando ganó el combate cuerpo a cuerpo celebrado en Maidenpool en honor a la coronación del rey Viserys. En los últimos momentos de la pelea, Ser Criston desarmó al príncipe Daemon de la Hermana Oscura con su maza con cadenas, para deleite de Su Alteza y la furia del príncipe. A continuación, entregó a la princesa Rhaenyra, que tenía siete años, el laurel de la victoria y le suplicó su favor para llevarlo en la justa. En las lizas, volvió a derrotar al príncipe Daemon de nuevo y tumbó a los dos aclamados gemelos Cargyll, Ser Arryk y Ser Erryl de la Guardia Real, antes de ser derrotado por Lord Lymond Mallister.

Con sus ojos verdes claros, el pelo negro como el carbón y una gracia natural, Cole se convirtió pronto en uno de los preferidos de todas las damas de la corte... Incluso de Rhaenyra Targaryen. Tanto la cautivaron los encantos del hombre al que llamaba 'mi caballero blanco' que Rhaenyra suplicó a su padre que nombrase a Ser Criston su guardia personal. Su Alteza se lo consintió, como la mayoría de cosas. Por lo tanto, Ser Criston siempre tuvo su favor en las lizas y se convirtió en un fijo a su lado durante los banquetes y las fiestas.

Poco tiempo después de que a Ser Criston le otorgaran la capa blanca, el rey Viserys invitó a Lyonel Strong, Lord de Harrenhal, a unirse al Consejo Privado como Consejero de Leyes. Era un hombre grande, corpulento y calvo y gozaba de una formidable reputación como guerrero. Los que no lo conocían a menudo lo tomaban por un bruto y confundían sus silencios y su tranquilidad hablando con estupidez. Nada más lejos de la realidad. Lord Lyonel estudió de joven en la Ciudadela y llegó a conseguir seis eslabones

para su cadena antes de decidir que la vida de maestro no era para él. Era letrado, culto y conocía exhaustivamente las leyes de los Siete Reinos. Casado tres veces y tres veces viudo, el Lord de Harrenhal se trajo con él a dos hijas y a dos hijos a la corte. Las hijas fueron criadas de la princesa Rhaenyra, mientras que el hijo mayor, Ser Harwin Strong, llamado Rompehuesos, fue capitán de los capas doradas. El más pequeño, Larys el Cojo, se unió a los confesores del rey.

Así estaban las cosas en King's Landing a finales del año 105 DC cuando llevaron a la reina Aemma a una cama de la Fortaleza de Maegor y murió mientras daba a luz al hijo que Viserys Targaryen había deseado durante tanto tiempo. El chico (llamado Baelon en honor al padre del rey) solo la sobrevivió un día y dejó al rey y a la corte desolados. Excepto, quizás, al príncipe Daemon, al que vieron en un burdel de la calle de la Seda haciendo bromas de borracho con sus camaradas sobre 'el heredero por un día'. Cuando el rey se enteró (la leyenda dice que fue la prostituta que se sentaba en las piernas de Daemon quien le informó, pero las pruebas sugieren que en realidad fue uno de sus compañeros de borrachera, un capitán de los capas doradas con ganas de un ascenso), enfureció. Su Alteza se cansó por fin de su hermano el desagradecido y de sus ambiciones.

Cuando acabó el luto, el rey se apresuró a resolver el problema de la sucesión. Sin tener en cuenta los precedentes establecidos por el rey Jaehaerys en el año 92 y el Gran Consejo del 101, el rey Viserys I declaró a su hija Rhaenyra heredera legítima y la nombró princesa de Dragonstone. En una espléndida ceremonia en King's Landing, centenares de señores rindieron tributo a Rhaenyra, que estaba sentada a los pies de su padre en la base del Trono de Hierro, y juraron honrar y defender su derecho de sucesión.

Sin embargo, el príncipe Daemon no estaba entre ellos. Furioso por el decreto real, el príncipe abandonó King's Landing y dimitió de la Guardia de la Ciudad. Primero se fue a Dragonstone, llevando con él a su querida Mysaria a lomos del dragón Caraxes, la bestia roja a la que el pueblo apodaba la Serpiente de Sangre. Permaneció allí durante medio año, en el que dejó embarazada a Mysaria.

Cuando se enteró de que su concubina estaba preñada, el príncipe Daemon le regaló un huevo de dragón. Y eso ya era ir demasiado lejos. El rey Viserys le ordenó que devolviera el huevo y volviera con su esposa legítima o sería considerado un traidor. El príncipe obedeció, aunque a disgusto. Así que mandó a Mysaria, sin el huevo, a Lys. Él voló al Valle de Arryn y volvió con su 'zorra de bronce'. Sin embargo, Mysaria abortó durante una tormenta en el

Mar Angosto. Cuando la noticia llegó al príncipe Daemon, no soltó ninguna palabra de pena, pero el corazón se le endureció contra su hermano. Así que solo hablaba del rey con desprecio y empezó a pensar día y noche sobre la sucesión.

A pesar de que la princesa Rhaenyra había sido proclamada heredera de su padre, había mucha gente en el reino que todavía esperaba que Viserys tuviera un hijo varón, puesto que el Rey Joven todavía no tenía ni treinta años. El Gran Maestre Runciter fue el primero que animó a Su Alteza para que se casara de nuevo e incluso le sugirió una opción idónea: Lady Laena Velaryon, que acababa de cumplir doce años y era una radiante doncella que acababa de florecer. Lady Laena había heredado la belleza de una verdadera Targaryen de su madre Rhaenys y el espíritu valiente y aventurero de su padre, la Serpiente Marina. Igual que a él le encantaba navegar, a Laena le encantaba volar y había reclamado para ella sola nada menos que a la poderosa Vhagar, la más vieja y grande de los dragones Targaryen desde que muriera Balerion en el año 94 DC. Si se casaba con ella, el rey podría cerrar la brecha que había crecido entre el Trono de Hierro y Driftmark, señaló Runciter. Y Laena seguramente sería una reina espléndida.

Viserys I Targaryen no era el rey más guerrero, la verdad sea dicha; siempre amable y ansioso por gustar, confiaba extremadamente en los consejos de sus hombres y normalmente hacía caso a lo que le sugerían. En este caso, a pesar de todo, Su Alteza tenía su propio criterio y ningún argumento lo haría desviarse de su camino. Se volvería a casar, sí. Pero no con una niña de doce años por razones de estado. Otra mujer cautivó sus ojos. Anunció su intención de casarse con Lady Alicent de la Casa Hightower, la inteligente y adorable hija de dieciocho años de la Mano del Rey, la chica que leía al rey Jaehaerys en su lecho de muerte.

Los Hightower de Oldtown eran una familia noble y antigua, de impecable linaje: no había ninguna objeción posible en la elección de la mujer del rey. Aun así, había gente que murmuraba que la Mano se había superado a sí mismo y que llevó a su hija a la corte con esa intención en la cabeza. Unos pocos dudaron sobre la virtud de Lady Alicent, con insinuaciones de que había entregado su pureza al príncipe Daemon y que después había recibido al rey Viserys en la cama también, incluso antes de la muerte de la reina Aemma. En el Valle, por lo visto, el príncipe Daemon azotó casi hasta la muerte al sirviente que le trajo la noticia. La Serpiente Marina tampoco estaba feliz. La Casa Velaryon había vuelto a ser despreciada. Su hija Laena había sido rechazada, igual que su hijo en el Gran Consejo de 101 y, anteriormente,

su esposa por el Rey Viejo en 92 DC. (Lady Laena parecía tranquila. ‘La dama parece más interesada en volar que en los chicos’, señaló su maestre).

Cuando el rey Viserys tomó a Alicent Hightower como esposa en el año 106 DC, la Casa Velaryon brilló por su ausencia. La princesa Rhaenyra brindó por su madrastra en el banquete y la reina Alicent la besó y la llamó su ‘hija’. La princesa estuvo entre las mujeres que desnudaron al rey y lo llevaron a la habitación de la esposa. La risa y el amor tomaron la Fortaleza Roja esa noche... mientras que en la bahía de Blackwater, Lord Corlys la Serpiente Marina daba la bienvenida al hermano del rey, el príncipe Daemon, en un consejo de guerra. El príncipe había tenido demasiada paciencia con el Valle de Arryn, con Runestone y con su esposa.

—La Hermana Oscura se forjó para propósitos más nobles que la matanza de ovejas —se supone que dijo al Señor de las Mareas—. Tiene sed de sangre.

Sin embargo, no era la rebelión lo que el príncipe pícaro tenía en mente: veía otro camino para llegar al poder.

Stepstones, el archipiélago de islas rocosas entre Dorne y las Tierras de la Discordia de Essos, había sido durante mucho tiempo guarida para bandoleros, exiliados, saboteadores y piratas. Las islas en sí tenían poco valor pero, por el lugar en el que estaban ubicadas, controlaban los pasos marítimos en las dos direcciones del Mar Angosto y los barcos mercantes que navegaban a menudo eran presa de sus habitantes. A pesar de todo, durante siglos, esos pillajes habían sido solo una molestia.

Sin embargo, diez años antes, las Ciudades Libres de Lys, Myr y Tyrosh dejaron de lado antiguas enemistades para hacer frente común en una guerra contra Volantis. Tras derrotar a los volantinos, las tres ciudades victoriosas firmaron una ‘alianza eterna’ y formaron un nuevo poder: la Triarquía, también conocida en Westeros como el Reino de las Tres Hijas o, vulgarmente, las Tres Putas (era un ‘reino’ sin rey, que gobernaba un consejo de treinta y tres magistrados). Cuando Volantis se retiró de las Tierras Disputadas, las Tres Hijas pusieron la vista en el oeste. Sus ejércitos arrasaron Stepstones bajo las órdenes del príncipe almirante myriense Craghas Drahar, que se ganó el apodo de Alimentador de Cangrejos, pues empaló a centenares de piratas en la arena para que los ahogara la marea.

La anexión de Stepstones por parte de la Triarquía se vio, al principio, con aprobación por parte de los señores de Westeros. El orden había reemplazado al caos y, si las Tres Hijas pedían un peaje a cualquier barco que atravesara sus aguas, parecía un pequeño precio a pagar.

No obstante, la codicia del Alimentador de Cangrejos y sus compañeros de conquista, hizo cambiar la percepción. El peaje se elevó una y otra vez y se convirtió en una ruina tan grande que los mercaderes, que habían estado pagando de buen grado, intentaban ahora alejarse de las galeras de la Triarquía como antaño con los piratas. Drahar y sus coalmirantes de Lys y Tyrosh parecían competir entre ellos para ver quién era el más avaricioso. Los lisenos se convirtieron en los más odiados, pues se cobraban el peaje de los barcos que navegaban raptando mujeres, chicas y jóvenes atractivos para servir en sus jardines y casas del placer. (Entre la gente que esclavizaron se encontraba Lady Johanna Swann, una sobrina de quince años del Señor de Stonehelm. Cuando su tacaño tío se negó a pagar el rescate, la vendieron a una casa del placer, donde se convirtió en una famosa cortesana conocida como el Cisne Negro y, *de facto*, gobernante de Lys. Por desgracia, a pesar de lo fascinante que es, su historia no tiene ningún interés en este escrito).

De todos los señores de Westeros, ninguno sufrió tanto estas prácticas como Corlys Velaryon, Señor de las Mareas, cuya flota lo había hecho más rico y poderoso que cualquier hombre de los Siete Reinos. La Serpiente Marina decidió poner fin al poder de la Triarquía sobre Stepstones y encontró en Daemon Targaryen a un decidido aliado, ambicioso por el oro y la gloria que la victoria en la guerra le traería. Faltaron a la boda del rey y elaboraron sus planes en High Tide, en la isla Driftmark. Lord Velaryon dirigiría la flota y el príncipe Daemon, el ejército. Las fuerzas de las Tres Hijas les multiplicarían en número. Pero el príncipe lucharía con el dragón Caraxes, la Serpiente de Sangre, y sus llamaradas.

La batalla empezó en el 106 DC. Al príncipe Daemon no le costó reunir un ejército de aventureros sin tierra y segundos hijos. Logró muchas victorias durante los dos primeros años de conflicto. En el año 108 DC, cuando por fin se encontró frente a frente con Craghas Alimentador de Cangrejos, lo mató sin dificultades y lo decapitó con la Hermana Oscura.

El rey Viserys, indudablemente encantado de librarse de su problemático hermano, lo ayudó con flujos regulares de oro. En el año 109 DC, Daemon Targaryen y su ejército de mercenarios y degolladores ya controlaban todas las islas menos dos. La flota de la Serpiente Marina también controlaba sus aguas. Durante ese breve momento de victoria, el príncipe Daemon se declaró rey de Stepstones y del Mar Angosto y Lord Corlys le puso una corona en la cabeza. Sin embargo, su 'reino' no estaba protegido. Al año siguiente, las Tres Hijas lanzaron una invasión bajo las órdenes de un despiadado capitán tyroshi llamado Racallio Ryndoon, seguramente uno de los canallas más

curiosos y llamativos de los anales de la historia. Además, Dorne entró en la guerra en alianza con la Triarquía. La batalla se retomó.

El rey Viserys y su corte no hicieron ningún movimiento.

—Dejad que Daemon juegue a la guerra —cuentan que dijo Su Alteza—. Así no crea problemas.

Viserys era un hombre de paz y, durante esos años, King's Landing fue el escenario de una ronda sin fin de banquetes, bailes y torneos en los que los actores y juglares anunciaban el nacimiento de cada nuevo Targaryen. La reina Alicent demostró rápidamente ser tan fértil como guapa. En el año 107 DC parió al segundo hijo del rey, al que pusieron Aegon, en honor del Conquistador. Dos años más tarde, dio una hija al rey, Helaena; en el 110 DC, engendró para Su Alteza un segundo hijo, Aemond, que se decía que era la mitad de grande que su hermano, pero el doble de feroz.

Aun así, la princesa Rhaenyra continuó sentándose al pie del Trono de Hierro cuando su padre convocaba la corte. Su Alteza empezó a llevarla también a los Consejos Privados. A pesar de que muchos señores y caballeros buscaban su favor, la princesa solo tenía ojos para Ser Criston Cole, su joven y valiente guardia.

—Ser Criston protege a la princesa de los enemigos, ¿pero quién protege a la princesa de Ser Criston? —preguntó la reina Alicent un día en la corte.

La amistad entre Su Alteza y la hijastra duró poco, puesto que las dos aspiraban a ser la primera dama del reino. Y, a pesar de que la reina había dado al monarca dos herederos varones, Viserys no había hecho nada para cambiar el orden de sucesión. La princesa de Dragonstone seguía siendo la heredera y la mitad de los señores de Westeros habían jurado defender sus derechos al trono. Había gente que preguntaba:

—¿Qué pasa con las normas del Gran Consejo del año 101?

Pero sus palabras caían en saco roto. El asunto ya estaba decidido por el rey Viserys y no era un conflicto que Su Alteza quisiera vivir de nuevo.

A pesar de eso, las preguntas persistían, incluso por parte de la reina Alicent. Uno de sus apoyos más fuertes era su padre, Ser Otto Hightower, Mano del Rey. Pero presionó tanto sobre el tema que en 109 DC el rey Viserys lo relegó de su cargo y designó en su lugar al reservado Lord de Harrenhal, Lyonel Strong.

—Esta Mano no me intimidará —proclamó Su Alteza.

Incluso después de que Ser Otto volviera a Oldtown, seguía existiendo un 'partido de la reina', un grupo de poderosos señores favorables a la reina Alicent y que apoyaban los derechos de sus hijos. Contra ellos se enfrentaba

el ‘partido de la princesa’. El rey Viserys amaba a su esposa y a su hija y odiaba los conflictos y la discordia. Luchaba todos los días para mantener la paz con su esposa y complacer a las dos con regalos, oro y honores. Mientras vivió y gobernó, mantuvo el equilibrio, continuaron los banquetes y los torneos como antes y la paz prevaleció en el reino. Aunque hubo ciertas personas que, con buena vista, observaron que los dragones de un partido lanzaban llamaradas a los dragones del otro partido siempre que tenían ocasión de pasar cerca.

En el 111 DC, se celebró un gran torneo en King’s Landing por el quinto aniversario de la boda del rey con la reina Alicent. En el banquete de apertura, la reina llevaba un vestido verde, mientras que la princesa vestía de manera espectacular el rojo y negro de los Targaryen. Tomaron nota y, desde entonces, se convirtió en costumbre referirse a los ‘verdes’ o a los ‘negros’ cuando se hablaba del partido de la reina y del partido de la princesa, respectivamente. En ese torneo, los negros lo tuvieron mucho mejor cuando Ser Criston Cole, que tenía el favor de la princesa Rhaenyra, desmontó a todos los campeones de la reina, incluso a dos primos suyos y a su hermano más pequeño, Ser Gwayne Hightower.

Aun así, había alguien que ni vestía de verde ni de negro, sino de dorado y plateado. El príncipe Daemon había vuelto por fin a la corte. Luciéndolo una corona, el autoproclamado Rey del Mar Angosto apareció sin avisar por los cielos de King’s Landing a lomos de su dragón, y dio tres vueltas por encima de los terrenos del torneo. Sin embargo, cuando aterrizó, se arrodilló ante su hermano y le ofreció la corona como prueba de amor y lealtad. Viserys le devolvió la corona, le besó en las dos mejillas para darle la bienvenida a casa y los señores y el pueblo emitieron una ensordecedora ovación, pues los hijos del príncipe Baelon Targaryen se habían reconciliado. Uno de los vítores más altos fue el de la princesa Rhaenyra, que estaba encantada del regreso de su tío preferido y le suplicó que se quedara un tiempo.

El príncipe Daemon permaneció en King’s Landing durante medio año e incluso retomó su asiento en el Consejo Privado, pero ni la edad ni el exilio habían cambiado su naturaleza. Daemon no tardó en reunirse con sus viejas camaradas de los capas doradas y en volver a los locales de la calle de Seda donde había sido un cliente tan valorado. A pesar de que trató a la reina Alicent con mucha cortesía, debido a su posición, no había aprecio entre ellos. La gente aseguraba que el príncipe era muy frío con los hijos de ella, especialmente con Aegon y Aemond, cuyos nacimientos habían provocado que descendiera todavía más en el orden de sucesión.

Con la princesa Rhaenyra era otra historia. Daemon pasaba largas horas en su compañía y la cautivaba con historias de sus viajes y batallas. Le regaló perlas, sedas y libros y una tiara de jade que se suponía que había pertenecido a la Emperatriz de Leng. Le leía poemas, cenaba con ella, charlaba con ella, navegaba con ella, la entretenía con burlas sobre los verdes de la corte, los ‘lameculos’ que adulaban a la reina Alicent y a sus hijos. Elogiaba su belleza y declaraba que era la doncella más bonita de todos los Siete Reinos. Tío y sobrina empezaron a volar juntos casi a diario y hacían carreras con Syrax y Caraxes de ida y vuelta a Dragonstone.

Aquí es donde las fuentes discrepan. El Gran Maestre Runciter solo dice que los hermanos se pelearon de nuevo y el príncipe Daemon se marchó de King’s Landing para volver a Stepstones y sus guerras. Sobre la causa de la pelea, no dice nada. Otros afirman que fue la reina Alicent quien presionó a Viserys para que hiciese marchar a Daemon. Pero el septón Eustace y Mushroom cuentan una historia diferente. Bueno, más bien dos historias. Eustace, el menos lascivo de los dos, escribe que el príncipe Daemon sedujo a la sobrina y tomó su castidad. Cuando descubrieron a los amantes en la cama y los llevaron ante el rey, Rhaenyra insistió en que estaba enamorada de su tío y suplicó a su padre que les permitiera casarse. No obstante, el rey Viserys no quería ni oír hablar del tema y recordó a su hija que el príncipe Daemon ya tenía una esposa. Colérico, confinó a su hija en sus aposentos, instó a su hermano a marcharse y ordenó a los dos que no hablaran nunca más de lo que había pasado.

La historia narrada por Mushroom es mucho más depravada. Según el enano, la princesa suspiraba por Ser Criston Cole, no por el príncipe Daemon. Pero Ser Criston era un verdadero caballero, noble, casto y respetuoso con sus votos y, a pesar de que estaba en su compañía día y noche, nunca la había besado, ni siquiera le había dicho que la amaba.

—Cuando te mira, ve a la niña pequeña que eras, no a la mujer en la que te has convertido —explicó Daemon a su sobrina—, pero yo puedo enseñarte a hacer que te vea como a una mujer.

Empezó dándole clases de besos, dice Mushroom. A partir de ahí, el príncipe siguió adelante para enseñar a la sobrina la mejor manera para tocar un hombre y producirle placer: un ejercicio que a veces incluyó al propio Mushroom y a su presunto miembro enorme. Daemon enseñó a la chica a desnudarse tentadoramente, le chupó los pezones para hacerlos más sensibles y voló con ella a lomos del dragón a piedras solitarias de la bahía de Blackwater, donde podían divertirse desnudos sin ser vistos y la princesa

podía practicar el arte de complacer a un hombre con la boca. Por la noche, la sacaba de sus aposentos vestida como un paje y la llevaba a los burdeles de la calle de Seda, donde la princesa podía observar a hombres y mujeres en el acto amoroso y aprender las ‘artes femeninas’ de las prostitutas de King’s Landing.

La duración en el tiempo de esas lecciones no lo explicita Mushroom, pero a diferencia del septón Eustace, insiste en que la princesa Rhaenyra no perdió la virginidad, puesto que deseaba preservar la inocencia como un regalo para su amado. No obstante, cuando se acercó a su ‘caballero blanco’ haciendo uso de todo lo que había aprendido, Ser Criston se horrorizó y la rechazó. La historia no tardó en saberse, en gran parte gracias al propio Mushroom. El rey Viserys, al principio, rehusó creerlo hasta que el príncipe Daemon en persona le confirmó que la historia era cierta.

—Entrégame a la chica en matrimonio —pidió presuntamente a su hermano—. ¿Quién la querrá ahora?

En lugar de eso, el rey Viserys lo envió al exilio y ordenó que nunca más volviera a los Siete Reinos bajo pena de muerte. (Lord Strong, la Mano del Rey, argumentó que se debía matar al príncipe enseguida por traidor, pero el septón Eustace le recordó a Su Alteza que ningún hombre es tan maldito como el fratricida).

Las consecuencias sí que fueron reales. Daemon Targaryen volvió a Stepstones y retomó la lucha por unas inhóspitas rocas arrasadas por las tormentas. El Gran Maestre Runciter y Ser Harrold Westerling, Lord Capitán de la Guardia Real, murieron los dos en el 112 DC. Nombraron a Ser Criston Cole Lord Capitán de la Guardia Real para sustituir a Ser Harrold y los archimaestres de la Ciudadela enviaron al Maestre Mellos a la Fortaleza Roja para ocuparse de las cadenas y las responsabilidades del gran maestre. Por lo demás, King’s Landing volvió a su tranquilidad habitual durante casi dos años, hasta el 113 DC, cuando la princesa Rhaenyra cumplió dieciséis años, tomó posesión de Dragonstone como su propia sede y se casó.

Mucho antes de que ningún hombre tuviera motivos para dudar de su inocencia, escoger un consorte adecuado para Rhaenyra había sido una preocupación del rey Viserys y de su consejo. Grandes señores y elegantes caballeros revoleteaban a su alrededor como mosquitos alrededor de una llama y competían por su favor. Cuando Rhaenyra visitó el río Tridente en el 112 DC, los hijos de Lord Bracken y los de Lord Blackwood lucharon en duelo por ella, y el hijo más pequeño de la Casa Frey se atrevió a pedirle abiertamente la mano (desde entonces se le conoció como el Tonto Frey). En

el oeste, Ser Jason Lannister y su gemelo Ser Tyland compitieron por ella durante un banquete en Roca Casterly. Los hijos de Lord Tully de Riverrun, Lord Tyrell de Highgarden, Lord Oakheart de Old Oak y Lord Tarly de Horn Hill cortejaron a la princesa, igual que el hijo mayor de la Mano, Ser Harwin Strong. Rompehuesos, como lo apodaban, era heredero de Harrenhal y se decía que era el hombre más fuerte de los Siete Reinos. Viserys incluso hablaba de casar a Rhaenyra con el príncipe de Dorne, como una manera de que los habitantes de Dorne entraran en el reino.

La reina Alicent tenía su propio candidato: su hijo mayor, el príncipe Aegon, el hermanastro de Rhaenyra. Pero Aegon era un niño y la princesa le sacaba diez años. Además, los dos hermanastros no se habían llevado nunca bien.

—Más razón todavía para unirlos en matrimonio —discutía la reina.

Viserys no estaba de acuerdo.

—El chico es sangre de la sangre de Alicent —le dijo a Lord Strong—. Lo quiere en el trono.

La mejor elección para el rey y el Consejo Privado sería el primo de Rhaenyra, Laenor Velaryon. Aunque el Gran Consejo del 101 DC no había sido favorable a su petición, el chico Velaryon era nieto del príncipe Aemon Targaryen, venerado todavía, y bisnieto del Rey Viejo, con sangre de dragón en ambas líneas del linaje. Esa combinación uniría y fortalecería la estirpe real y recuperaría para el Trono de Hierro la amistad de la Serpiente Marina, con su poderosa flota. Sin embargo, surgió un impedimento: Laenor Velaryon tenía diecinueve años y todavía no había mostrado ningún interés hacia las mujeres. Al contrario, se rodeaba de bellos escuderos de su edad y se rumoreaba que prefería su compañía. A pesar de eso, el Gran Maestre Mellos desestimó esa preocupación sin pensarlo dos veces.

—¿Y qué más da? —se supone que dijo—. A mí no me gusta el pescado, pero cuando me lo sirven, me lo como.

Así pues, se decidió la pareja.

Sin embargo, el rey y el consejo no habían consultado a la princesa y Rhaenyra demostró ser hija de su padre, con opiniones propias de con quién deseaba casarse. La princesa sabía mucho sobre Laenor Velaryon y no tenía ningún deseo de ser su esposa.

—Mis hermanastros le gustarían más —le espetó al rey. (La princesa siempre se refería a los hijos de Alicent como hermanastros, nunca como hermanos).

A pesar de que Su Alteza habló con ella, le suplicó, le gritó y le dijo que era una hija ingrata, no pudo hacerla cambiar de opinión... hasta que el rey sacó el tema de la sucesión. Lo que un rey ha hecho, un rey puede deshacerlo, señaló Viserys. Se casaría como él ordenaba o convertiría a Aegon en su heredero. La princesa tuvo que ceder. El septón Eustace explica que se arrodilló ante su padre y le suplicó perdón, mientras que Mushroom dice que escupió a su padre en la cara. Los dos están de acuerdo en que al final aceptó casarse.

Y aquí las fuentes vuelven a diferir. Aquella noche, el septón Eustace dice que Ser Criston Cole entró en la cámara de la princesa para confesarle su amor. Le dijo a Rhaenyra que tenía un barco esperándolos en la bahía y le suplicó que huyera con él a través del Mar Angosto. Se casarían en Pentos o Tyrosh o la Antigua Volantis, donde no llegara el poder de su padre y a nadie le importara que hubiera traicionado sus votos como miembro de la Guardia Real. Su habilidad con la espada y la maza con cadenas era tal que no dudaba que encontraría algún príncipe mercader que lo contratara. Sin embargo, Rhaenyra lo rechazó. Por sus venas corría sangre de dragón, le recordó, y estaba destinada a vivir mucho más que la vida de la esposa de un simple mercenario. Además, si traicionaba los votos de Guardia Real, ¿por qué los votos del matrimonio significarían algo para él?

Mushroom cuenta una historia muy diferente. En su versión, fue la princesa Rhaenyra quien acudió a Ser Criston, no él a ella. Lo encontró solo en la Torre de la Espada Blanca, cerró la puerta y dejó caer su capa para mostrarle su desnudez.

—He guardado mi virgo para ti —le dijo—. Tómala ahora, como prueba de mi amor. No significará nada para mi prometido y, a lo mejor, si se entera de que no soy casta, me rechazará.

A pesar de toda su belleza, los ruegos cayeron en saco roto, dado que Ser Criston era un hombre de honor y fiel a sus votos. Despreciada y furiosa, la princesa se puso la capa y salió a la noche... donde encontró a Ser Harwin Strong, que volvía de una noche de juerga por los tugurios de la ciudad. Rompehuesos hacía tiempo que deseaba a la princesa y no tenía los escrúpulos de Ser Criston. Así pues, fue él quien tomó la inocencia de la princesa y derramó su sangre con la espada de su virilidad, según Mushroom, que afirma haberlos encontrado en la cama por la mañana.

Desde aquel día, el amor que Ser Criston Cole había sentido por Rhaenyra Targaryen se transformó en aversión y el hombre que hasta entonces había

sido el compañero y campeón inquebrantable de la princesa se convirtió en el más amargo de sus enemigos.

Poco tiempo después, Rhaenyra zarpó hacia Driftmark acompañada por sus criadas (dos de ellas eran hijas de la Mano y hermanas de Ser Harwin), el imbécil de Mushroom y su nuevo campeón, Rompehuesos. En el 114 DC, Rhaenyra Targaryen, princesa de Dragonstone, se casó con Ser Laenor Velaryon (armado caballero dos semanas antes de la boda, puesto que se consideró necesario que el príncipe consorte fuera caballero). La novia tenía diecisiete años. El novio tenía veinte. Y todos estuvieron de acuerdo en que hacían una muy buena pareja. La boda se celebró con siete días de banquetes y justas. Entre los competidores estaban los hermanos de la reina Alicent, cinco hermanos juramentados de la Guardia Real, Rompehuesos y el preferido del novio, Ser Joffrey Lonmouth, conocido como el Caballero de los Besos. Cuando Rhaenyra concedió su liga a Ser Harwin, su nuevo esposo rio y le concedió una propia a Ser Joffrey.

Ser Criston se dirigió a la reina Alicent. Su Alteza estaba encantada de concederle su favor. Con su símbolo, el joven Lord Capitán de la Guardia Real derrotó a todos los contrincantes y luchó con mucha furia. Dejó a Rompehuesos con la clavícula rota y un codo destrozado (lo que motivó a Mushroom para apodarlo Huesosrotos), pero fue el Caballero de los Besos el que recibió la peor parte de su ira. El arma preferida de Cole era la maza con cadenas y los porrazos que le atizó al campeón de Ser Laenor le rompieron el yelmo y lo dejaron inconsciente en el barro. Retirado ensangrentado del campo, Ser Joffrey murió sin recobrar la conciencia seis días después. Mushroom nos cuenta que Ser Laenor pasó todas esas horas junto a su cama y lloró con amargura cuando murió.

El rey Viserys también estaba enfadado: una celebración de alegría se había convertido en una oportunidad para el dolor y el reproche. Sin embargo, se comentó que la reina no compartía su pena y muy pronto pidió que Ser Criston Cuele se convirtiera en su protector personal. La frialdad entre la esposa del rey y la hija del rey era clara para todos, incluso para los enviados de las Ciudades Libres, que tomaban nota de ella en las cartas que enviaban a Pentos, Braavos y la Antigua Volantis.

Ser Laenor volvió a Driftmark y dejó a muchos con la duda de si había consumado el matrimonio. La princesa permaneció en la corte, rodeada de amigos y admiradores. Ser Criston Cole no estaba entre ellos, puesto que se había pasado al partido de la reina, los verdes, pero el enorme e imponente Rompehuesos (o Huesosrotos, como lo llamaba Mushroom) ocupó su lugar y

se convirtió en el principal defensor de los negros, siempre junto a Rhaenyra en banquetes, bailes y cacerías. Su esposo no puso ninguna objeción. Ser Laenor prefería las comodidades de High Tide, donde pronto encontró un nuevo preferido en un caballero a su servicio llamado Ser Qarl Correy.

A pesar de que acompañaba a su esposa en los acontecimientos importantes de la corte en los que se esperaba su presencia, Ser Laenor pasaba la mayoría de los días lejos de la princesa. El septón Eustace dice que solo compartieron cama una docena de veces. Mushroom coincide, pero añade que Qarl Correy compartía a menudo esa cama también, puesto que a la princesa le excitaba ver a los hombres divertirse entre ellos, nos dice, y de vez en cuando la incluían en sus placeres. Aun así, Mushroom se contradice, puesto que también asegura que la princesa dejaba al esposo con su amante en noches así y buscaba consuelo en los brazos de Harwin Strong.

Sea cual sea la verdad de estas historias, se anunció pronto que la princesa estaba embarazada. Nacido los últimos días del año 114 DC, fue un niño grande y robusto, con ojos y pelo castaños y la nariz chata (Ser Laenor tenía la nariz puntiaguda, canas plateadas y unos ojos morados que demostraban su sangre valyria). El deseo de Laenor de ponerle al niño el nombre de Joffrey fue negado por su padre, Lord Corlys. Así pues, el niño tuvo un nombre Velaryon tradicional: Jacaerys (los amigos y los hermanos lo llamarían Jace).

La corte todavía se alegraba del nacimiento cuando su madrastra, la reina Alicent, también se quedó embarazada y parió el tercer hijo del rey, Daeron, cuyo color de ojos, a diferencia del de Jace, atestiguaba su sangre de dragón. Por orden real, los niños Jacaerys Velaryon y Daeron Targaryen compartieron nodriza hasta que los destetaron. Se rumoreaba que el rey esperaba prevenir cualquier enemistad entre los dos niños criándolos como hermanos de leche.

Si era así, sus esperanzas resultaron ser tristemente en vano.

Un año después, el 115 DC, ocurrió un trágico contratiempo de los que determinan el destino de los reinos: la ‘zorra de bronce’ de Runestone, Lady Rhea Royce, cayó del caballo mientras practicaba cetrería y se abrió la cabeza con una piedra. Tardó nueve días en sentirse lo bastante bien como para abandonar la cama, caer y morir a la hora de haberse levantado. Enviaron un cuervo a Storm’s End y Lord Baratheon envió un mensajero por barco a Bloodstone, donde el príncipe Daemon todavía luchaba para defender su frágil reino contra los hombres de la Triarquía y los aliados dornienses. Daemon voló enseguida al Valle.

—Para que descansa mi esposa —dijo.

Se trataba más bien de reclamar sus tierras, castillos y ganancias. No lo consiguió: Runestone pasó al sobrino de Lady Rhea y cuando Daemon hizo una visita a Eyrie, no solo ignoraron su reclamo, sino que Lady Jeyne le advirtió de que su presencia en el Valle no era bien recibida.

Después de volver volando a Stepstones, el príncipe Daemon aterrizó en Driftmark para hacer una visita de cortesía a su antiguo compañero de conquista, la Serpiente Marina, y la princesa Rhaenys. High Tide era uno de los pocos lugares en los Siete Reinos donde el hermano del rey estaba seguro de que no lo rechazarían. Allí le cautivó Laena, la hija de Lord Corlys, una doncella de veintidós años, alta, esbelta e incomparablemente encantadora (incluso Mushroom estaba eclipsado por su belleza y escribió que ‘era casi tan bonita como su hermano’), con una enorme melena de tirabuzones dorados y plateados que le caían más abajo de la cintura. Habían prometido Laena a la edad de doce años con el hijo del Señor del Mar de Braavos, pero el padre había muerto antes de que pudieran casarse y el hijo había resultado ser un derrochador y un idiota que despilfarró la fortuna y el poder familiar antes de acabar en Driftmark. Sin un buen plan para deshacerse de esa vergüenza, pero sin voluntad para formalizar el matrimonio, Lord Corlys había pospuesto una y otra vez la boda.

El príncipe Daemon se enamoró de Laena según nos han hecho creer los juglares. Hombres de una moral más insolente creen que el príncipe la vio como un medio para perpetuar su propio linaje. Se había considerado una vez el heredero de su hermano, pero había caído en la línea de sucesión y ni los verdes ni los negros tenían un lugar para él. Sin embargo, la Casa Velaryon era bastante poderosa para derrotar los dos partidos. Cansado de Stepstones, y libre al final de su ‘zorra de bronce’, Daemon Targaryen pidió a Lord Corlys la mano de su hija en matrimonio.

El exiliado prometido braavosi seguía siendo un impedimento, pero no durante mucho tiempo. Daemon se burló de él en su cara tan salvajemente que al chico no le quedó más remedio que retarlo a defender sus palabras con acero. Armado con la Hermana Oscura, el príncipe acabó con su rival enseguida, se casó con Lady Laena Velaryon una quincena después y abandonó la dura vida del reino en Stepstones. (Otros cinco hombres lo siguieron como Reyes del Mar Angosto, hasta que la breve y sangrienta historia de aquel ‘reino’ salvaje de mercenarios acabó para siempre).

El príncipe Daemon sabía que a su hermano no le gustaría oír la noticia sobre su nuevo matrimonio. Con prudencia, el príncipe y su nueva esposa se fueron lejos de Westeros después de cruzar el Mar Angosto a lomos de los

dragones. Algunos dicen que volaron a Valyria, desafiando la maldición que pesaba sobre aquel páramo tóxico para encontrar los secretos de los señores de los dragones en su antiguo territorio. La verdad era menos romántica. El príncipe Daemon y Lady Laena volaron primero a Pentos, donde el príncipe de la ciudad los recibió con una fiesta. Los pentoshis temían a la influencia creciente de la Triarquía hacia el sur y veían en Daemon un valioso aliado contra las Tres Hijas. Desde allí, el príncipe y su esposa pasaron a la Antigua Volantis, donde disfrutaron de una calurosa bienvenida parecida. Después volaron a Rhoyme, a Qohor y a Norvos. En esas ciudades, lejos de las angustias de Westeros y el poder de la Triarquía, recibieron una bienvenida menos intensa. Pero allá donde fueran, se reunían enormes multitudes para echar un vistazo a Vhagar y Caraxes.

Los jinetes de dragones estaban de nuevo en Pentos cuando Lady Laena se enteró de que estaba embarazada. Para evitar más vuelos, el príncipe Daemon y su esposa se establecieron en una mansión fuera de los muros de la ciudad, como invitados de un magistrado pentoshi hasta que nació el bebé.

Mientras tanto, de nuevo en Westeros, la princesa Rhaenyra había parido un segundo hijo a finales del 115 DC. Lo llamaron Lucerys (abreviado Luke). El septón Eustace nos explica que Ser Laenor y Ser Harwin estaban junto a la cama de Rhaenyra en el nacimiento. Como su hermano Jace, Luke tenía ojos marrones y un buen pelo castaño, en lugar del pelo plateado y dorado de los príncipes Targaryen, pero era una criatura grande y vigorosa y el rey Viserys estaba encantado con él cuando lo presentaron en la corte. La reina no compartía esos sentimientos.

—Sigue probando —le dijo la reina Alicent a Ser Laenor—. Tarde o temprano, tal vez consigas uno que se te asemeje.

La rivalidad entre los verdes y los negros se ensañó hasta tal punto que la reina y la princesa apenas podían soportar la presencia de la otra. Así pues, la reina vivía en la Fortaleza Roja de King's Landing, mientras que la princesa pasaba los días en Dragonstone con su campeón, Ser Harwin Strong. Se decía que su marido, Ser Laenor, la visitaba 'con frecuencia'.

En el año 116 DC, en la Ciudad Libre de Pentos, Lady Laena parió a dos gemelas, las primeras hijas legítimas de Daemon Targaryen. El príncipe llamó a las niñas Baela (como su padre) y Rhaena (como su madre). Cuando tenían medio año, las niñas y la madre se embarcaron hacia Driftmark, mientras Daemon volaba con los dos dragones. Desde High Tide, envió un cuervo a King's Landing para informar al rey del nacimiento de sus sobrinas y suplicó que se le permitiera presentar a las niñas en la corte para que recibieran la

bendición real. A pesar de que la Mano y el Consejo Privado argumentaron acaloradamente en su contra, Viserys lo consintió, pues el rey todavía amaba al hermano que había sido su compañero de juventud.

—Daemon es padre —le dijo al Gran Maestre Mellos—. Habrá cambiado. Así se reconciliaron los hijos de Baelon Targaryen por segunda vez.

En el 117 DC, en Dragonstone, la princesa Rhaenyra parió otro hijo. Al final se le permitió a Laenor ponerle el nombre de su amigo muerto, Ser Joffrey Lonmouth. Joffrey Velaryon era tan grande, con la cara tan roja y con tanta salud como sus hermanos. E, igual que ellos, tenía cabellos castaños, ojos marrones y destellos que algunos en la corte denominaban ordinarios. Los cuchicheos empezaron de nuevo. Entre los verdes, era un dogma de fe que el padre de los hijos de Rhaenyra no era su marido, Laenor, sino su campeón, Harwin Strong.

De lo que nunca hubo duda fue de que el rey Viserys todavía pretendía que su hija lo sucediera en el Trono de Hierro y que los hijos de ella continuasen después. Por real decreto, se les regaló un huevo de dragón a todos los niños Velaryon cuando estaban en la cuna. Los que dudaban de la paternidad de los hijos de Rhaenyra murmuraban que no eclosionarían, pero el nacimiento por turnos de tres jóvenes dragones desmintió esas palabras. Las eclosiones se llamaron Vermax, Arrax y Tyraxes. El septón Eustace nos explica que Su Alteza sentaba a Jace en sus rodillas en el Trono de Hierro mientras presidía la corte y le decía:

—Un día este será tu asiento, rey.

Los partos pasaron factura a la princesa: el peso que Rhaenyra ganó durante los embarazos no la abandonó nunca del todo y, cuando nació el pequeño, estaba corpulenta y gruesa de cintura. La belleza de la juventud era un recuerdo derruido, a pesar de que solo tenía veinte años. Según Mushroom, esto sirvió para ahondar en el resentimiento hacia su madrastra, la reina Alicent, que todavía era esbelta y graciosa con casi el doble de edad.

Los pecados de los padres suelen transmitirse a los hijos, dicen los hombres sabios, y lo mismo pasa con los pecados de las madres. La enemistad entre la reina Alicent y la princesa Rhaenyra pasó a sus hijos. Los tres chicos de la reina, los príncipes Aegon, Aemond y Daeron, crecieron para ser los rivales más agrios de sus sobrinos Velaryon, resentidos por haberles robado lo que consideraban que era su derecho por nacimiento: el Trono de Hierro. A pesar de que los seis niños iban a los mismos banquetes, bailes y fiestas, y a veces entraban juntos al patio con el mismo maestro de armas y estudiaban

con los mismos maestros, esta cercanía solo sirvió para alimentar el resentimiento mutuo en lugar de unirlos como hermanos.

Mientras que la princesa Rhaenyra odiaba a su madrastra, la reina Alicent, le caía cada vez mejor su cuñada Lady Laena. Con Driftmark y Dragonstone tan cerca, Daemon y Laena a menudo visitaban a la princesa y ella les devolvía las visitas. Muchas veces volaron juntos con los dragones, y la dragona de la princesa, Syrax, puso unos huevos. En el 118 DC, con la bendición del rey Viserys, Rhaenyra anunció los esponsales de sus dos hijos mayores con las hijas del príncipe Daemon y Lady Laena. Jacaerys tenía cuatro años; Lucerys tenía tres y las niñas, dos. En el 119 DC, cuando Laena se dio cuenta de que estaba encinta de nuevo, Rhaenyra voló a Driftmark para cuidarla durante el parto.

Y así fue como la princesa estuvo junto a su cuñada el tercer día de ese maldito año 120 DC, el Año de la Primavera Roja. Un día y una noche de parto dejaron a Lady Laena Velaryon pálida y débil, pero al final parió el hijo que el príncipe Daemon tanto había deseado: pero el niño estaba retorcido y malformado y murió a la hora. Su madre tampoco le sobrevivió mucho tiempo. El agotador parto había secado la fuerza de Lady Laena, la pena todavía la debilitó más y la dejó desamparada ante la fiebre del parto.

A medida que la afección empeoraba y a pesar de los mejores esfuerzos del joven maestro de Driftmark, el príncipe Daemon voló a Dragonstone y trajo al propio maestro de la princesa Rhaenyra, un hombre mayor y más experimentado, famoso por sus destrezas como sanador. Por desdicha, el maestro Gerardys también llegó demasiado tarde. Después de tres días de delirio, Lady Laena dejó este triste mundo. Solo tenía veintisiete años. Durante su hora final, según se dice, Lady Laena se levantó de la cama y salió de la habitación en un intento de llegar a Vhagar para volar una última vez antes de morir. Sin embargo, la fuerza le falló en los escalones de la torre y allí cayó y murió. El marido, el príncipe Daemon, la devolvió a la cama. Después de eso, la princesa Rhaenyra se sentó a su lado para velar el cadáver de Lady Laena y le consoló la pena.

La muerte de Lady Laena fue la primera tragedia del 120 DC, pero no sería la última, puesto que ese sería el año en el que tensiones y celos latentes que habían infectado durante mucho tiempo los Siete Reinos, empezaron a hervir. Un año en el que muchos tenían razones para gemir, llorar y rasgarse las vestimentas... Aunque nadie tenía más motivos que la Serpiente Marina, Lord Corlys Velaryon, y su noble esposa, la princesa Rhaenys, la que podría haber llegado a ser reina.

El Señor de las Mareas y su esposa todavía llevaban luto por la hija cuando el Desconocido volvió de nuevo para llevarse a su hijo. Ser Laenor Velaryon, marido de la princesa Rhaenyra y padre putativo de sus hijos, fue asesinado mientras asistía a una feria en Spicetown: su amigo y compañero Ser Qarl Correy lo acuchilló. Los dos hombres habían estado discutiendo en voz alta antes de sacar los aceros, explicaron los mercaderes de la feria a Lord Velaryon cuando llegó a recoger el cuerpo de su hijo. Correy ya había huido y había herido a unos hombres que intentaron retenerlo. Algunos dicen que un barco le esperaba. No lo vieron nunca más.

Las circunstancias del asesinato siguen siendo un misterio a día de hoy. El Gran Maestre Mellos solo escribió que uno de los caballeros a su servicio mató a ser Laenor después de una disputa. El septón Eustace nos proporciona el nombre del asesino y declara que los celos son el motivo del asesinato: Laenor Velaryon se había cansado de la compañía de Ser Qarl y se había enamorado de un nuevo preferido, un escudero joven y guapo de dieciséis años. Mushroom, como siempre, favorece la teoría más siniestra y sugiere que el príncipe Daemon pagó a Qarl Correy para eliminar al marido de la princesa Rhaenyra, se encargó de que un barco se lo llevara, le cortó el cuello y lo lanzó al mar. Correy, caballero a su servicio de familia relativamente humilde, era famoso por tener los gustos de un señor y el bolsillo de un campesino y, además, tendía a hacer apuestas extravagantes, lo que da algo de credibilidad a la versión de los acontecimientos del bufón. A pesar de todo, no hubo ninguna prueba, ni entonces ni ahora. Y eso que la Serpiente Marina ofreció una recompensa de diez mil dragones de oro para cualquier hombre que pudiera llevarle hasta Ser Qarl Correy o entregar al asesino para una venganza paterna.

Aun así, esto no fue el final de las tragedias que marcarían ese terrible año. Las siguientes ocurrieron en High Tide después del funeral de Ser Laenor, cuando el rey y la corte hicieron el viaje a Driftmark para la pira funeraria, la mayoría a lomos de sus dragones. (Había tantos dragones que el septón Eustace escribió que Driftmark se había convertido en la nueva Valyria).

Todo el mundo conoce la crueldad de los niños. El príncipe Aegon Targaryen tenía trece años; la princesa Helaena, doce; el príncipe Aemond, diez, y el príncipe Daeron, seis. Aegon y Helaena eran jinetes de dragones. Helaena ahora volaba con Dreamfire, la dragona que había pertenecido a Rhaena, la ‘novia’ de Maegor el Cruel, mientras que se decía que el joven Sunfire de su hermano Aegon era el dragón más bonito que se había visto en

la tierra. Incluso el príncipe Daeron tenía una bonita dragona azul llamada Tessarion, a pesar de que todavía no la había montado. El hijo mediano, el príncipe Aemond, era el único que no tenía dragón, pero Su Alteza tenía esperanzas de arreglarlo y había propuesto que la corte podía permanecer en Dragonstone después de los funerales. Había muchos huevos de dragón bajo Dragonmont. El príncipe Aemond podría elegir 'si el niño era lo suficientemente valiente'.

Pese a tener diez años, a Aemond Targaryen no le faltaba valentía. La broma del rey le escoció y decidió no esperar hasta Dragonstone. ¿Qué haría con un estúpido huevo?

Allí en High Tide había una dragona digna de él: Vhagar, la más vieja, grande y temible de los dragones del mundo.

Incluso para un hijo de la Casa Targaryen, siempre es peligroso acercarse a un dragón desconocido, especialmente a una dragona vieja y con mal humor que hace poco que ha perdido a su jinete. Su padre y su madre no le permitirían nunca acercarse a Vhagar y Aemond lo sabía. Así que se aseguró de que no lo supiesen, salió de la cama al amanecer cuando todavía dormían y se escabulló hacia el enorme patio exterior donde cuidaban y alimentaban a Vhagar y al resto de dragones. El príncipe había esperado montar a Vhagar en secreto, pero cuando subía a la dragona la voz de un chico chilló:

—No te acerques.

La voz pertenecía al más joven de sus sobrinos, Joffrey Velaryon, un niño de tres años. Madrugador toda su vida, Joff se había escabullido de la cama para ver a su propio dragoncito, Tyraxes. Con miedo a que al niño diera la alarma, el príncipe Aemond lo abofeteó, le gritó que callara y entonces lo empujó a una pila de excrementos de dragones. Cuando Joff empezó a berrear, Aemond corrió hacia Vhagar y trepó por la espalda. Después diría que tenía tanto miedo de que lo pillaran que se olvidó de temer que la dragona lo quemara y se lo comiera.

Llamadlo valentía, llamadlo locura, llamadlo fortuna o voluntad de los dioses o capricho de los dragones. ¿Quién puede conocer la mente de esas bestias? Lo que sí que sabemos es que Vhagar rugió, dio vueltas, se zarandeó violentamente, rompió las cadenas y voló. El príncipe Aemond Targaryen se convirtió en jinete de dragones dando dos vueltas alrededor de las torres de High Tide antes de descender.

No obstante, cuando aterrizó, los hijos de Rhaenyra lo esperaban.

Joffrey había corrido a por sus hermanos cuando Aemond se había elevado y Jace y Luke habían respondido a la llamada. Los príncipes

Velaryon eran más jóvenes (Jace tenía seis años; Luke, cinco; y Joff, tres), pero eran tres y se habían armado con espadas de maderas del patio de entrenamientos. Se lanzaron a por él con furia. Aemond les hizo frente: le rompió la nariz a Luke de un puñetazo, le arrebató la espada a Joff de las manos y se la reventó en la cara a Jace, que cayó de rodillas. Mientras los chicos más jóvenes huían de la pelea, ensangrentados y llenos de moratones, el príncipe empezó a burlarse de su fuerza llamándoles los Strong. Jace era lo bastante mayor para entender el insulto. Volvió hacia Aemond, pero el chico mayor empezó a pegarle salvajemente, hasta que Luke, al rescate de su hermano, sacó el puñal y cortó la cara de Aemond de forma que le saltó el ojo derecho. Cuando los mozos del establo llegaron a separar a los combatientes, el príncipe se retorció en el suelo, berreando de dolor, y Vhagar también rugía.

Después de eso, el rey Viserys intentó poner paz y exigió a todos los chicos que presentasen una disculpa formal a sus rivales, pero estas cortesías no apaciguaron a las madres. La reina Alicent pidió que le sacasen un ojo a Lucerys por el ojo que le había quitado a Aemond. Rhaenyra se negó, pero insistió en que le preguntaran ‘con tenacidad’ hasta que revelara dónde había oído llamar a sus hijos los ‘Strong’. Llamarlos así, por supuesto, equivalía a decir que eran bastardos, sin ningún derecho de sucesión, y que ella misma era culpable de alta traición. Cuando el rey lo presionó, el príncipe Aemond dijo que había sido su hermano Aegon el que le había dicho que eran Strong y el príncipe Aegon solo dijo:

—Lo sabe todo el mundo. Míralos.

El rey Viserys acabó el interrogatorio y declaró que no lo permitiría más. No saltarían ningún ojo, decretó. Pero a cualquiera (‘hombre, mujer o niño; noble, plebeyo o de la realeza’) que se burlara de sus nietos llamándoles los ‘Strong’, le arrancarían la lengua con tenazas ardientes. Su Alteza ordenó a su esposa y a su hija que se besaran e intercambiaran votos de amor y afecto, pero las falsas sonrisas y las palabras vacías no engañaban a nadie, a excepción del rey. El príncipe Aemond afirmó que había perdido un ojo y ganado una dragona aquel día y que le parecía un intercambio justo.

Para prevenir más conflictos y acabar con esos ‘viles rumores y calumnias infundadas’, el rey Viserys decretó que la reina Alicent y sus hijos volverían con él a la corte, mientras que la princesa Rhaenyra permanecería en Dragonstone con sus hijos. Desde entonces, Ser Erryk Cargyll de la Guardia Real le serviría de guardia, mientras que Rompehuesos volvería a Harrenhal.

Esas normas no complacieron a nadie, escribió el septón Eustace. Mushroom rebate: a un hombre al menos sí que le encantaban esos decretos, puesto que Dragonstone y Driftmark están bastante próximas y esa proximidad le brindaría a Daemon Targaryen una enorme oportunidad para consolar a su sobrina, la princesa Rhaenyra, a espaldas del rey.

A pesar de que Viserys todavía reinaría nueve años más, ya se habían plantado las semillas sangrientas de la Danza de los Dragones y el 120 DC fue el año en el que empezaron a germinar.

Los ancianos Strong fueron los siguientes en fallecer. Lyonel Strong, Lord de Harrenhal y Mano del Rey, acompañaba a su hijo y heredero Ser Harwin de regreso a su enorme castillo medio en ruinas junto al lago. Al poco de llegar, se propagó un incendio en la torre donde dormían y murieron tanto al padre como el hijo, junto a tres siervos y una docena de sirvientes. No se determinó nunca la causa del incendio. Algunos lo atribuyen a un simple infortunio, mientras que otros murmuran que el asiento de Harren el Negro estaba maldito y solo traía fatalidad a cualquier hombre que lo ocupara. Muchos sospechan que el fuego fue intencionado. Mushroom sugiere que la Serpiente Marina estaba detrás, como un acto de venganza contra el hombre que había hecho quedar a su hijo como un cornudo. El septón Eustace, de forma plausible, sospecha del príncipe Daemon, que eliminó a un rival por los afectos de la princesa Rhaenyra. Otros defiende la teoría de que Larys el Cojo podría haber sido el responsable: con su padre y su hermano mayor muertos, Larys Strong se convertía en Lord de Harrenhal.

La posibilidad más inquietante la presenta el Gran Maestre Mellos, que especula que el propio rey habría dado esa orden. Si Viserys había llegado a admitir que los rumores sobre el padre de los niños de Rhaenyra eran verdaderos, tal vez habría deseado eliminar al hombre que había deshonrado a su hija para que no revelara la bastardía de sus nietos. Si era así, la muerte de Lyonel Strong fue un accidente desafortunado, puesto que la decisión de ver a su hijo otra vez en Harrenhal había sido imprevista.

Lord Strong había sido la Mano del Rey y Viserys había llegado a confiar en su fuerza y consejo. Su Alteza había llegado a los cuarenta y tres años y estaba un poco corpulento. Ya no tenía el vigor de un hombre joven y sufría de gota, dolores de articulaciones y de espalda y una presión en el pecho que iba y venía y que a menudo lo dejaba con la cara roja y sin aliento. El gobierno del reino era una tarea agobiante y el rey necesitaba una Mano fuerte y capaz que asumiera algunas de sus responsabilidades. Consideró por un momento a la princesa Rhaenyra. ¿Quién mejor para reinar con él que la hija

que estaba destinada a sucederle en el Trono de Hierro? Pero esto habría significado que la princesa y sus hijos volvieran a King's Landing, donde el conflicto con la reina y sus niños habría sido inevitable. Consideró también a su hermano, hasta que recordó las etapas anteriores del príncipe Daemon en el Consejo Privado. El Gran Maestre Mellos sugirió elegir a algún hombre más joven y propuso algunos nombres, pero Su Alteza eligió la familiaridad y volvió a llamar a la corte a Ser Otto Hightower, el padre de la reina, que ya había ocupado el cargo para Viserys y el Rey Viejo.

Apenas había llegado Ser Otto a la Fortaleza Roja para hacerse cargo de la Mano, ya se había esparcido por la corte la noticia de que la princesa Rhaenyra se había vuelto a casar y había esposado a su tío, Daemon Targaryen. La princesa tenía veintitrés años y el príncipe Daemon, treinta y nueve.

El rey, la corte y el pueblo se indignaron con la noticia. No hacía más de medio año que la esposa de Daemon y el marido de Rhaenyra habían muerto y casarse de nuevo, tan pronto, era un insulto a su memoria, declaró Su Alteza con furia. El matrimonio se había llevado a cabo en Dragonstone, a escondidas. El septón Eustace afirma que Rhaenyra sabía que su padre no aprobaría nunca la pareja, así que se casó con prisas para asegurarse de que no pararía la boda. Mushroom expone una razón diferente: la princesa estaba de nuevo embarazada y no deseaba parir a un bastardo.

Así el maldito año 120 DC acabó como había empezado, con una mujer pariendo. El embarazo de la princesa Rhaenyra tuvo un resultado más feliz que el de Lady Laena. Conforme el año terminaba, dio a luz a un hijo pequeño, pero robusto. Un príncipe pálido con ojos morados y pelo plateado. Lo llamó Aegon. El príncipe Daemon por fin tenía un hijo vivo de su sangre. Y este nuevo príncipe, a diferencia de sus tres hermanastros, era un Targaryen puro.

En King's Landing, la ira de la reina Alicent se convirtió en soberbia cuando se enteró de que lo habían llamado Aegon y lo tomó como una ofensa contra su propio Aegon, cosa que en parte era cierta. (De ahora en adelante, nos referiremos al hijo de la reina Alicent como Aegon el Mayor y al hijo de la princesa Rhaenyra, como Aegon el Menor).

Parece que el 122 DC debería de haber sido de alegría para la Casa Targaryen. La princesa Rhaenyra tuvo otro hijo y le dio a su tío Daemon un segundo hijo, llamado Viserys como su abuelo. El niño era más pequeño y menos robusto que su hermano Aegon y los hermanastros Velaryon, pero demostró ser un niño muy adelantado. Aunque, por alguna inquietante razón,

el huevo que le pusieron en la cuna no eclosionó nunca. Los verdes lo tomaron como un mal agüero y no les avergonzaba decirlo.

Más adelante, ese mismo año, King's Landing celebraba también una boda. Siguiendo la antigua tradición de la Casa Targaryen, el rey Viserys casó a su hijo Aegon el Mayor con su hija Helaena. El novio tenía quince años y era un chico vago y un poco malhumorado, nos dice el septón Eustace, pero poseía un apetito más que saludable, era un glotón en la mesa, entregado a la cerveza y el vino, y pellizcaba y acariciaba a todas las criadas que tenía a su alcance. La novia, hermana suya, solo tenía trece años. A pesar de que algo más gorda y menos impresionante que la mayoría de las Targaryen, Helaena era una chica guapa y agradable, y todos estaban de acuerdo en que sería una buena madre.

Lo fue y de prisa. Apenas un año después, en el 123 DC, la princesa de catorce años parió a gemelos, un chico al que llamó Jaehaerys y una chica llamada Jaehaera. El príncipe Aegon ya tenía herederos propios, proclamaron con alegría los verdes en la corte. Pusieron un huevo de dragón en las cunas de los dos y pronto eclosionaron. Sin embargo, no todo iba bien con esos nuevos gemelos. Jaehaera era minúscula y tardaba en crecer. No lloraba, no sonreía y no hacía ninguna de las cosas que se supone que hace un bebé. Su hermano, a pesar de que era más grande y robusto, también era menos perfecto de lo que se esperaba de un príncipe Targaryen: tenía seis dedos en la mano izquierda y seis dedos en cada pie.

Una esposa y niños eran poco para aplacar los apetitos carnales del príncipe Aegon el Mayor, que engendró dos niños bastardos el mismo año que nacieron sus gemelos legítimos: un hijo de una chica cuya pureza compró en la calle de Seda, y una chica de una de las criadas de su madre. En el año 127 DC, la princesa Helaena parió a su segundo hijo, a quien le entregaron un huevo de dragón y el nombre de Maelor.

Los otros hijos de la reina Alicent también habían crecido. El príncipe Aemond, a pesar de haber perdido un ojo, se había convertido en un espadachín habilidoso y peligroso bajo la tutela de Ser Criston Cole, pero seguía siendo un chico salvaje y caprichoso, de sangre caliente e implacable. Su hermano pequeño, el príncipe Daeron, era el más popular de los hijos de la reina. Era tan inteligente como amable y también muy atractivo. Cuando cumplió doce años, en el 126 DC, lo enviaron a Oldtown para servir de copero y escudero de Lord Hightower.

Aquel mismo año, al otro lado de la bahía de Blackwater, la Serpiente Marina cayó enfermo de unas fiebres repentinas. Mientras estaba en la cama,

rodeado de maestros, se planteó el asunto de la sucesión como Señor de las Mareas y Amo de Driftmark si la enfermedad se lo llevaba. Con sus hijos legítimos muertos, según la ley, sus tierras y títulos tendrían que pasar a su nieto Jacaerys. Pero como se suponía que Jace ascendería al Trono de Hierro después de su madre, la princesa Rhaenyra pidió al suegro nombrar a su segundo hijo, Lucerys. Sin embargo, Lord Corlys también tenía media docena de sobrinos y el más mayor, Ser Vaemond Velaryon, se quejó de que la herencia por derecho tendría que pasar a él, con la justificación de que los hijos de Rhaenyra eran bastardos engendrados por Harwin Strong. La princesa no tardó en responder a esa acusación. Envío al príncipe Daemon para que cogiera a Ser Vaemond, lo decapitaron y lanzaron el cadáver a su dragona.

Sin embargo, ni siquiera esto acabó con el problema. Los hermanos pequeños de Ser Vaemond huyeron a King's Landing con su esposa e hijos para pedir justicia y quejarse ante el rey y la reina. El rey Viserys se había hecho extremadamente gordo y apenas podía subir los escalones del Trono de Hierro. Su Alteza los escuchó con un silencio sepulcral y, entonces, ordenó que les arrancaran la lengua a todos.

—Estabais advertidos —declaró mientras se los llevaban—. No toleraré más estas mentiras.

Mientras bajaba, Su Alteza tropezó, trató de aferrarse a algo y se cortó hasta el hueso la mano izquierda con un acero dentado del trono. Aunque el Gran Maestre Mellos limpió la herida con vino hervido y le vendó la mano con vendas de lino empapadas con ungüentos sanadores, la fiebre llegó enseguida y muchos temieron que el rey moriría. Solo la llegada desde Dragonstone de la princesa Rhaenyra cambió el rumbo de la situación, puesto que fue con su propio sanador, el Maestre Gerardys, que actuó deprisa y le cortó dos dedos de la mano a Su Alteza para salvarle la vida.

A pesar de que estaba muy debilitado por el sufrimiento, el rey Viserys retomó pronto el cargo. Para celebrar su recuperación, se celebró un banquete el primer día del 127 DC. Se ordenó a la princesa y a la reina que asistieran con todos los niños. En una demostración de amor, cada mujer vistió el color de la otra e hicieron muchas declaraciones de amistad para deleite del rey. El príncipe Daemon levantó la copa hacia Ser Otto Hightower y le agradeció su leal servicio como Mano. Ser Otto, a su vez, elogió el coraje del príncipe mientras los niños de Alicent y los de Rhaenyra se saludaban unos a otros con besos y compartían el pan en la mesa. O eso apuntan las crónicas de la corte.

De noche, después de que el rey Viserys se hubiera marchado (puesto que Su Alteza se cansaba con facilidad), Mushroom nos cuenta que Aemond el Tuerto propuso un brindis por sus primos Velaryon y destacó con admiración fingida los ojos marrones, el pelo castaño... y la fuerza, una clara alusión al apellido Strong de su supuesto verdadero padre.

—No he conocido nunca a nadie tan fuerte como mis queridos primos —acabó—. Así que acabémonos las copas por estos tres chicos fuertes.

Todavía más tarde, explica el bufón, Aegon el Mayor se ofendió cuando Jacaerys pidió a su esposa, Helaena, que bailaran. Intercambiaron palabras furibundas y los dos príncipes habrían llegado a las manos si no hubiera sido por la intervención de la Guardia Real. No sabemos si informaron alguna vez al rey Viserys de estos incidentes, pero la princesa Rhaenyra y sus hijos volvieron a su sede de Dragonstone al día siguiente.

Después de la pérdida de los dedos, Viserys I no volvió a sentarse en el Trono de Hierro. Desde entonces, evitaba la sala del trono y prefería celebrar la corte en el salón y, después, en su cámara, rodeados por los maestros, septones y su leal bufón Mushroom, el único hombre que todavía le podía hacer reír (de acuerdo con Mushroom). Su Alteza recobró un poco de su antiguo vigor cuando el Gran Maestre Mellos murió y lo reemplazó el Gran Maestre Gerardys, cuyas pociones y licores demostraron ser más eficientes que las sanguijuelas que prefería Mellos. Sin embargo, esas recuperaciones fueron cortas y la gota, los dolores de pecho y la falta de aliento siguieron molestando al rey. Con poca salud, Viserys dejó todavía más el gobierno del reino a la Mano y al Consejo Privado.

Mientras los Siete Reinos recibían el 129.º año después de la Conquista de Aegon con hogueras, banquetes y bacanales, el rey Viserys I Targaryen empeoraba. Los dolores del pecho eran tan severos que ya no podía subir ni unos pocos escalones y lo tenían que llevar por la Fortaleza Roja en una silla. En la segunda luna del año, Su Alteza había perdido todo el apetito y gobernaba el reino desde la cama... cuando se sentía con fuerzas para gobernar. En Dragonstone, mientras tanto, la princesa Rhaenyra estaba de nuevo embarazada y también descansaba en la cama con su marido el príncipe pícaro siempre a su lado.

El tercer día de la tercera luna del año 129 después de la Conquista, la princesa Helaena trajo a sus tres hijos a visitar al rey a sus habitaciones. Los gemelos Jaehaerys y Jaehaera tenían seis años y su hermano Maelor, solo dos. Su Alteza dio al bebé una sortija de perla de su dedo para que jugara y contó a los gemelos la historia de cómo su tatarabuelo homónimo Jaehaerys el Rey

Viejo había volado a lomos de su dragón al norte del muro para derrotar a una vasta horda de salvajes, gigantes y huargos. Los niños lo escucharon con atención. Después el rey los echó, pues estaba cansado. Entonces Viserys de la Casa Targaryen, el Primero de su Nombre, Rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, Señor de los Siete Reinos y Protector del Reino, cerró los ojos y se durmió.

No se despertó nunca. Su Alteza tenía cincuenta y dos años y había reinado sobre la mayor parte de Westeros durante veintiséis años.

Todos conocemos bien la historia de los actos intrépidos, los crímenes y la muerte heroica del príncipe Daemon Targaryen en la masacre que sucedió a continuación, así que acabaremos aquí la historia.

Después de esto, estalló la tormenta y los dragones bailaron y murieron.

Sobre los editores

George R. R. Martin es autor de muchas novelas número uno del *New York Times*, incluida la aclamada *Canción de hielo y fuego: Juego de Tronos*, *Choque de reyes*, *Tormenta de espadas*, *Festín de cuervos* y *Danza con dragones*. Como escritor y productor, ha trabajado en *The Twilight Zone*, *Beauty and the Beast* y algunos largometrajes y episodios pilotos que no se emitieron nunca. Vive con la adorable Parris en Santa Fe, Nuevo México.

Gardner Dozois ha ganado quince premios Hugo y treinta y dos Premios Locus por su trabajo como editor, además de dos Premios Nébula por sus propias narraciones. Fue director de *Asimov's Science Fiction* durante veinticinco años y es autor o editor de unos cien libros, incluyendo *The Year's Best Science Fiction*.

Notas

[1] Western emitido entre 1957 y 1962 en ABC. <<

[2] Western emitido entre 1957 y 1963 en CBS. <<

[3] En la serie *Látigo*, emitida entre 1959 y 1965 en TVE. <<

[4] Emitida entre 2004 y 2006 en HBO. <<

[5] «Solo los hechos, señora» es una frase atribuida a Joe Friday, detective del serial convertido en serie de televisión Dragnet (1949-1959) aunque nunca la dijo. <<